BIBLIOTECA DE GRANDES PENSADORES

Maquiavelo

Estudio introductorio de

JUAN MANUEL FORTE MONGE



NICOLÁS MAQUIAVELO

EL PRÍNCIPE
EL ARTE DE LA GUERRA
DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO
VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI
DISCURSOS SOBRE LA SITUACIÓN DE FLORENCIA

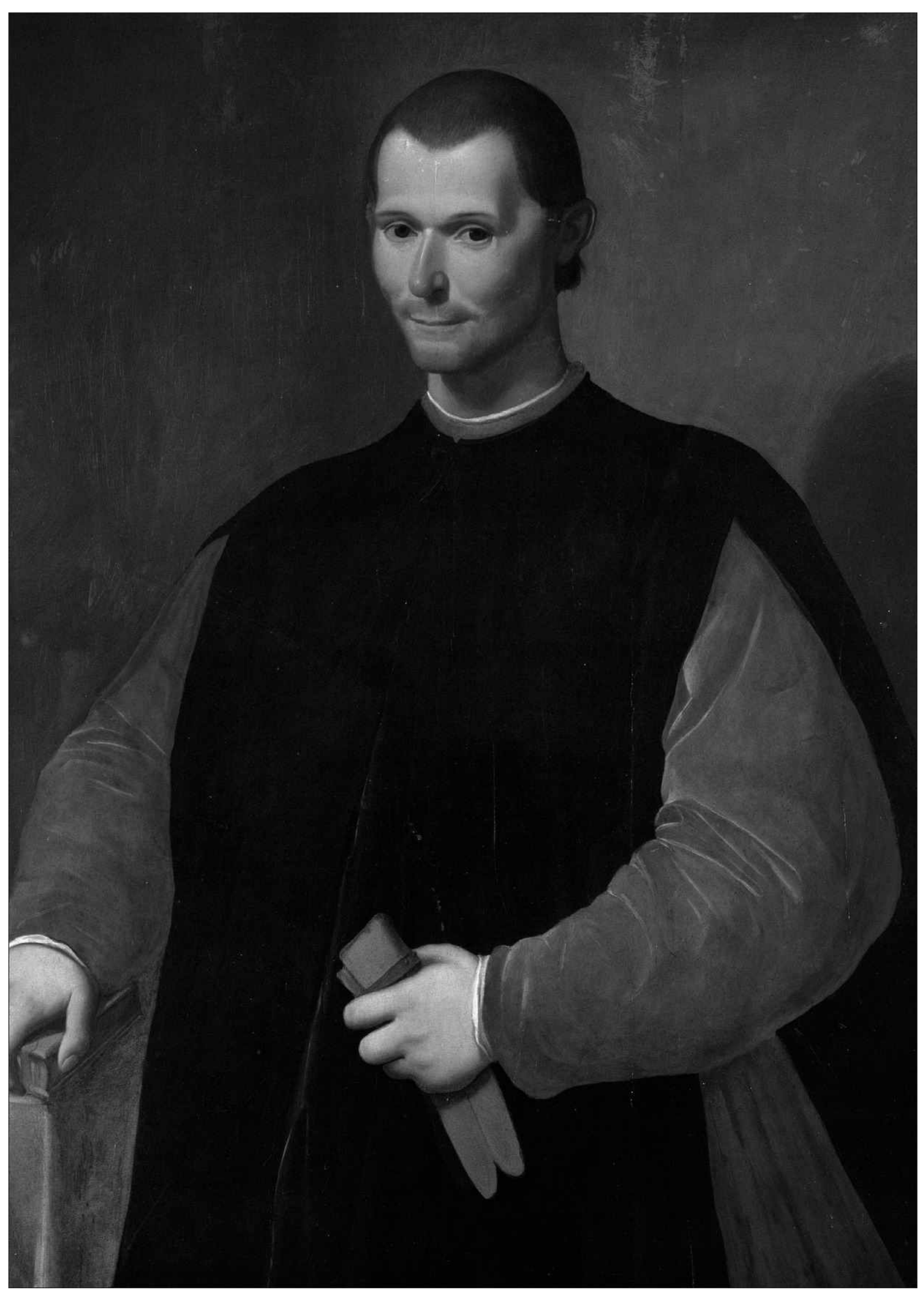
ESTUDIO INTRODUCTORIO
por
JUAN MANUEL FORTE MONGE



EDITORIAL GREDOS

MADRID

CONTENIDO



Retrato de Nicolás Maquiavelo realizado por el pintor manierista Santi di Tito, en la segunda mitad del siglo XVI

(Florencia, Vecchia Cancelleria del Palazzo Vecchio).

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por

JUAN MANUEL FORTE MONGE

MAQUIAVELO, EL ARTE DEL ESTADO

Existe una caracterización con la que se ha asociado repetidamente la obra de Maquiavelo, que se forjó ya mientras vivió, y que viene inmejorablemente expresada en palabras de Guicciardini, en las que definía a su amigo y protegido como un hombre que siempre fue «extravagante respecto de la opinión común, e inventor de cosas nuevas e insólitas». Emblema, el de la novedad, típicamente renacentista; no menos recurrente que la fascinación por lo insólito, por el descubrimiento. Divisa refrendada por el propio Maquiavelo, que había hecho suya la voluntad de novedad en el arranque de su obra más importante: «he decidido recorrer un camino todavía no pisado por nadie». No es la asunción retórica de un *topos* renacentista; se trata de una elección consciente, meditada, que ya había sido tratada por él en su caracterización del principado y del príncipe nuevo, temas nucleares de *El príncipe.* Pero la novedad, el descubrimiento, el nuevo camino se asocian irremediablemente a riesgos sombríos: apartarse de los lugares comunes, de los caminos trillados, máxime en el pensamiento político del siglo XVI, tenía como correlato afrontar los peligros del viaje, sufrir la soledad. No debe extrañarnos, pues, si esta caracterización ha sido hábilmente consagrada en nuestro tiempo, continuando el propio juego de imágenes de Maquiavelo: si el «príncipe nuevo» fue también para éste un príncipe destinado a estar solo, no menos legítimo es evocar su propia soledad: soledad existencial y política (durante largos y desesperantes años), pero sobre todo soledad doctrinal: la de quien emprende un viaje sin compañeros, con escasos puntos de referencia y lleno de incógnitas.

La mirada nueva —«extravagante», dice Guicciardini—, esa capaz de vislumbrar al príncipe desde el pueblo y al pueblo desde el príncipe, se tuvo que fraguar a partir de un extrañamiento, un distanciamiento, no menos que una pérdida. En efecto, son necesarias ideas nuevas, pues un viejo mundo se está derrumbando: el apacible equilibrio italiano; la turbulenta y agotada tradición republicana y municipalista del centro norte de Italia. Recordemos aquí que las grandes obras de Maquiavelo se desarrollan, para usar su propia expresión, *post res perditas*, esto es, cuando todo se ha perdido. En efecto, sólo a partir del derrumbe pudo afirmarse la voluntad de recorrer los motivos de la postración de Italia y las ruinas de Florencia. Italia y Florencia, pues, teatro de una civilización tan deslumbrante como decadente y precaria; tan sofisticada, como generadora de servidumbre. ¿Cómo extrañarnos entonces de que el poder y la grandeza de la Roma antigua ejerzan de contrafigura de la debilidad de ambas; la antigua virtud de la presente corrupción? Con todo, Maquiavelo no se queda en un juego de amargas ironías o nostálgicos sarcasmos. En el camino del infierno, cualquier atisbo de mejora, de orden digno, merece ser buscado y defendido con determinación. Además, la desesperación es terreno propicio para el cambio de la fortuna: la determinación en una acción casi irreflexiva pueden hacer las veces de una razón ora ya impotente. No sólo. Maquiavelo tiene un gusto por lo extraordinario. Su ingenio, lo hemos dicho, bordea lo insólito, y de

ahí que intente también una exploración de los orígenes, de los fundamentos mismos del orden político (del que depende a su vez cualquier otro orden) y de su decadencia. El florentino arriba así a sus orígenes de violencia, de destrucción, de falsificación; instancias éstas de las que el propio orden político no parece poder librarse nunca del todo y que siguen incrustadas en él, recordando su pecado original, e incluso ofreciéndosenos como remedio, como peligrosa tentación. Quizá sea esto último, es decir, los rendimientos más inquietantes de aquella decisión de explorar la génesis y destrucción del orden político (y no tanto lo que en sus escritos haya de ciencia o de doctrina), lo que explica que su obra se haya convertido en un clásico capaz de interpelar al lector contemporáneo con renovada insistencia.

VIDA Y OBRA

Familia y estatus

Hasta 1498, año en que irrumpe en la vida pública florentina, poco se sabe de Nicolás Maquiavelo. La escasez de noticias sobre su infancia y su juventud —veintinueve años para ser precisos— dificulta cualquier intento de trazar una arqueología de su pensamiento a la vez que abre las puertas a múltiples —y no siempre fundadas— especulaciones. Con todo, algunas cosas se saben con seguridad[1] sobre estos primeros años de la vida del autor de *El príncipe*, datos que arrojan alguna luz sobre el contexto de elaboración de su pensamiento.

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Sus padres (Bernardo Machiavelli y Bartolomea dei Nelli) criaron también otras dos hijas (Primavera y Margherita) y un varón (Totto). Poco o nada se sabe de la madre, excepto que era viuda de un tal Niccolò Benizzi cuando contrajo segundas nupcias con Bernardo. De un pariente del siglo XVII se recaba la noticia de que Bartolomea abonó la vena poética del hijo con composiciones líricas, noticia que no ha dejado ninguna otra traza y que se antoja improbable. De su padre, sin embargo, se sabe bastante más gracias a que nos ha llegado su *Libro di ricordi*, una mezcla de registro y libro de cuentas que abarca desde 1474 hasta 1484.

El padre de Maquiavelo fue hijo único y huérfano de un tal Niccolò di Buoninsegna, y consiguió el título de doctor en jurisprudencia (*messer* en italiano, *dominus* en latín) en lugar y fecha que se desconocen. Sin embargo, basta con una ojeada al mencionado *Libro di ricordi* para entender que nunca llegó a ejercer públicamente su profesión —toda su actividad profesional consistió en aconsejar a parientes y amigos a cambio de retribuciones en especie— y se limitó a vivir de los rendimientos de su patrimonio. Nunca perteneció al gremio de jueces y notarios, ni ocupó —error muy extendido— cargos políticos ni administrativos. Sus datos fiscales muestran un modesto patrimonio, poca liquidez y bastantes deudas; una situación poco envidiable que, sin embargo, mejoró a partir de 1470 con la herencia de unos tíos.

De la relativa pobreza de la familia ofreció diversos testimonios el propio

Maquiavelo: entre otros, un poema dirigido al padre donde se queja entre bromas del escaso rendimiento de sus tierras y también de la inutilidad práctica de sus conocimientos jurídicos.[2]

De hecho, tanto Nicolás Maquiavelo como su padre Bernardo, tal vez por el impago de sus impuestos o porque el padre fuera hijo ilegítimo, fueron excluidos del derecho pleno de ciudadanía en Florencia. Esta relativa pobreza y exclusión social contrastan sobre todo con el estatus de sus ancestros y ofrecen alguna pista sobre las motivaciones e inquietudes de Maquiavelo con respecto a su propia condición social y política. Veámoslo.

Los antepasados de los Machiavelli[3] eran oriundos del Valle di Pesa, un paraje del Chianti vinícola, a escasos kilómetros de Florencia. En esta demarcación gozaron de diversas posesiones, entre ellas las tierras y la casa llamada el Albergaccio, en Sant'Andrea in Percussina (una aldea del municipio de San Casiano), heredada por nuestro Maquiavelo y donde vivirá su destierro político. Volviendo a la familia, en 1260 diferentes ramas de los Machiavelli vivían ya en Florencia y estaban ubicadas muy cerca del Puente Viejo, en Oltrarno —en la ribera externa del río—, en un grupo de casas destruidas durante la Segunda Guerra Mundial. Villani, en su *Crónica*, los menciona entre las familias güelfas que tuvieron que abandonar Florencia y refugiarse en Lucca tras la batalla de Montaperti.[4] Lo más relevante en este sentido es el hecho de que, entre los siglos XIII y XV, los Machiavelli participaron en el gobierno de Florencia con cincuenta y cuatro priores de los gremios mayores *(Arti Maggiori)* y doce gonfalonieros de justicia. Para hacerse una idea de la importancia de estas magistraturas, baste decir que el vértice del Estado de Florencia (la llamada *Signoria*) se componía entonces de un gonfaloniero de justicia y ocho priores. Así, puede afirmarse que la familia formaba parte del llamado *popolo grasso*, esto es, la alta burguesía urbana que controlaba la industria, el comercio y el gobierno florentino, aunque en su caso a mucha distancia del protagonismo de otras familias florentinas.

Pero el relativo lustre de la familia se apagó con el paso de las décadas, al menos por lo que respecta a la rama de nuestro autor. Tras la caída de los Médicis en 1494, su familia carecía de un nombre de los que en Florencia se denominaban de *degnità e prestigio*. De hecho, como hemos ya apuntado, Maquiavelo no fue nunca un *uomo da bene*, ni uno de los *uomini principali*. Durante el período republicano (1494-1512), para ser idóneo para el Gran Consejo *(Consiglio Grande)* de Florencia se requería estar al día del pago de impuestos *(netti di specchio)* y tener un antepasado de las últimas tres generaciones por línea directa que hubiera pertenecido a alguna de las tres magistraturas más importantes de la ciudad: la Señoría, los dieciséis *gonfalonieri* y los doce *buoni uomini*. A esto se le llamaba «gozar del *beneficio dei tre maggiori*». Pues bien, insistamos: ni Maquiavelo ni su padre fueron nunca *beneficiati*,[5] es decir, no pudieron formar parte del Gran Consejo ni postularse para las magistraturas del gobierno florentino. Desde el punto de vista formal, los cargos que Maquiavelo ocupó fueron siempre de naturaleza administrativa y burocrática, no ejecutiva, lo cual explica por qué

trató siempre de presentarse a sí mismo como simple profesional, un técnico al servicio del Estado. Sin embargo, como luego se verá, los vínculos informales y personales durante el período como secretario le marcaron con un perfil político y partidista.

Otro dato relevante es el hecho de que el declive de los Machiavelli coincidió con el primer predominio de los Médicis sobre Florencia (1454-1494). Precisamente en los comienzos del régimen mediceo, Girolamo Machiavelli (1415-1460), ancestro de nuestro Nicolás y jurista (como su padre) de renombre, fue uno de los líderes de la oposición medicea, honor que, como el mismo Maquiavelo nos recuerda en su *Historia de Florencia*, pagó con la prisión, el exilio y la muerte.[6] Es lógico pensar que este perfil antimediceo pudiera pesar en alguna medida en la exclusión política de la familia durante el primer período de hegemonía medicea (1434-1494), en el repentino ascenso de Maquiavelo como secretario de la Segunda Cancillería tras la expulsión de los Médicis (1498-1512) y, por último, en la posterior frialdad y hostilidad con que los Médicis le trataron en su segundo período de apogeo, al menos, hasta la década de 1520.

Educación y cultura clásica: Livio y Lucrecio

El padre de Maquiavelo anotó escuetamente en su *Libro di ricordi* algunos episodios de la educación que proporcionó a sus dos hijos varones. En concreto, hay cinco menciones a la educación de Nicolás: en 1476, con ocho años, gramática y rudimentos de latín con un tal Matteo della Rocca; al año siguiente aprendió el *donatello* (ejercicios de latín clásico) con Filippo da Poppi; en 1480, con once años, Maquiavelo se inició en el aprendizaje del ábaco; por último, en 1481, Paolo Sassi da Ronciglione le enseñó los clásicos latinos.[7] Precisamente de este profesor es del único del que sabemos algo: docente del Estudio Florentino (que durante mucho tiempo fue, a todos los efectos, la universidad de Florencia), fue maestro de humanistas de renombre, como Pietro Critino. Es obvio, pues, que la educación de Maquiavelo fue relativamente discreta: no aparece inscrito en el Estudio Florentino o en la Universidad de Pisa para cursar, por ejemplo, jurisprudencia, como podía esperarse de él teniendo en cuenta la tradición familiar. Todo ello podría quizá relacionarse con las estrecheces económicas de la familia, si bien se ha señalado que familias bastante más modestas en estatus accedían a la enseñanza superior. Tampoco puede descartarse que Maquiavelo asistiera a algún curso particular en el Estudio. Así, unos años después de su muerte, el humanista Paolo Giovio dedicó a Maquiavelo una entrada en sus *Elogia virorum litteris illustrium*. Giovio, tras señalar el escaso conocimiento de Maquiavelo de las lenguas clásicas, afirma que sacó provecho de los conocimientos de Marcello Virgilio Adriani (profesor de retórica y poética del Estudio y futuro secretario de la Primera Cancillería), de quien recibió lecciones de griego y latín.[8] La verdad es que si el humanista dio clases a Maquiavelo, de ello no hay más evidencia que este testimonio poco seguro;[9] de hecho, es altamente improbable que Maquiavelo conociera el griego, pues no dio señal de ello en ninguna de sus obras.

Al margen de este *curriculum* formal, Maquiavelo debió de familiarizarse con los

clásicos, el humanismo y la literatura italiana gracias, en primer lugar, a la gran afición paterna por los libros. En el *Libro di ricordi* aparecen numerosas noticias referentes a la adquisición de ejemplares (prestados, pagados en metálico o en especie, etc.), que permiten hablar de una auténtica pasión por los libros. Entre los clásicos, sabemos que el padre de Maquiavelo consiguió las obras, entre otros, de Aristóteles, Cicerón, Cneo Pompeyo, Justino, Tolomeo, Plinio, Terencio, Macrobio, Tito Livio y Lucrecio. Entre los modernos, destaca la adquisición de las obras históricas del humanista Flabio Biondo, que Maquiavelo utilizó para componer su *Historia de Florencia*. Mención especial merecen los nombres de Tito Livio y Lucrecio. El caso de Tito Livio es paradigmático: Bernardo Machiavelli adquirió el ejemplar manuscrito de un tal Nicolò Tedesco, «sacerdote y astrólogo», como premio a sus «trabajos», que consistieron en un índice toponímico (ciudades, montes y ríos) para el volumen, del cual, por cierto, no se tienen noticias sobre su posterior edición;[10] trabajos que se cifraron en nueve meses de anotaciones, cuya única recompensa fue una copia del códice. Y fue Maquiavelo en persona el que, tiempo después, fue a recoger el códice cuidadosamente encuadernado por un librero.[11]

El caso de Lucrecio es más misterioso y ha dado lugar a varias especulaciones. En la década de 1960, Sergio Bertelli señaló la existencia, en la Biblioteca Apostólica Vaticana, de un códice (*Rossiano* 884) que contenía una copia manuscrita de Maquiavelo del *De Rerum Natura* de Lucrecio y del *Eunuchus* de Terencio. La pregunta inmediata resultaba obvia: ¿qué interés podía tener Maquiavelo en copiar ambos textos y, en particular, la obra lucreciana, de la que existían ya cuatro ediciones en circulación? Diferentes hipótesis se han vertido al respecto. Bertelli habla de una posible amistad de Maquiavelo con Michelle Marullo (humanista y soldado griego), que estaba preparando una nueva edición del texto de Lucrecio (y para el que Maquiavelo podría haber copiado este códice). Marullo, además, se casó con la hija de Bartolomeo Scala, amigo del padre de Maquiavelo. Además, para Bertelli se trata de una señal inequívoca del carácter poco piadoso de Maquiavelo, lo que pudo granjearle simpatías entre los opositores a Girolamo Savonarola y, por tanto, en el nuevo gobierno, del que él se convirtió en secretario.[12] Para Giorgio Inglese,[13] la copia del *De Rerum Natura* es más bien un indicio de las inquietudes filosóficas de Maquiavelo. En fin, algunos autores no conceden ninguna importancia a este hecho (caso de Francesco Bausi), mientras que otros le otorgan una máxima relevancia. Por ejemplo, Paul Anthony Rahe ha presentado recientemente una interpretación del pensamiento de Maquiavelo como un «paradójico epicureísmo político» (cuyo punto de partida sería justamente Lucrecio) que desembocaría en un republicanismo popular y radical.[14] Más adelante tendremos oportunidad de comentar algo más esta interpretación, que a simple vista resulta cuando menos original.

Con independencia de lo dicho, la cultura clásica resuena en toda la obra de Maquiavelo y él mismo habla en *El príncipe*[15] de una «continua lectura de las cosas antiguas». Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se presentan como un comentario de Livio, repleto también de referencias a otros autores romanos y griegos; *El*

arte de la guerra está lleno de remisiones al *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio y a otros muchos escritores clásicos; *Andria* es una traducción de la comedia homónima de Terencio (de quien ya hemos dicho que Maquiavelo había copiado el *Eunuchus*), y *Clizia* es una reelaboración de la *Casina* de Plauto. En fin, la mayoría de sus obras ofrecen una continua contaminación y diálogo más o menos solapado, y a menudo crítico, con autores clásicos (entre los que destacan Jenofonte, Polibio, Tito Livio, Plutarco, Cicerón, Tácito y Tucídides), sin olvidar las trazas continuas de poesía latina e italiana (Virgilio, Tibulo, Ovidio, Dante, Petrarca, Pulci). A este propósito, Bausi postula que, hasta 1513, la cultura maquiaveliana se nutre y expresa sobre todo en los cauces de la tradición popular florentina (sobre todo poética), y es a partir del ocio forzado y el aislamiento político que se asiste a un viraje cultural en Maquiavelo, más orientado a partir de entonces al clasicismo y al mundo grecolatino, y en consonancia con las preferencias de la familia medicea.[16] En todo caso, Maquiavelo está lejos de ser un humanista modélico, ni por formación ni por pensamiento. No se trata tanto de que no supiera griego y de que en sus obras no se halle ni rastro del gusto por la disquisición erudita o la precisión filológica, ni tampoco el hecho de que fueran escritas en italiano y no en latín. El humanismo pretende en general la búsqueda de puentes entre la cultura clásica y el mensaje cristiano, a la vez que supone una nueva *paideia* para transformar al hombre a través de la educación y la cultura; Maquiavelo, por el contrario, entendía que la educación no podía erradicar el ámbito pasional e incluso identificaba el auge de las «letras» con una cierta decadencia política. Su admiración por el mundo grecolatino se fundamentaba en criterios principalmente políticos. Refractario ante todo cosmopolitismo y pacifismo humanista, veía en la construcción de los Estados nacionales europeos un inevitable campo de batalla donde Italia llevaba, pese a sus logros culturales, todas las de perder. De ahí la crítica a sus contemporáneos y a ese gusto por la «cultura» cortesana que durante décadas parecían haberse desentendido de la cruda realidad política.

Repentina ascensión a la Cancillería. ¿Maquiavelo «arrabbiato»?

En febrero de 1498, Nicolás se hallaba entre los siete candidatos presentados por los Ochenta para ocupar uno de los dos puestos de secretario de la Señoría. En esta ocasión fue derrotado ante el Gran Consejo por un candidato cercano al partido savonaroliano.[17] Cuatro meses después, la caída de Savonarola precipitó la salida de los funcionarios más próximos al partido del fraile, entre ellos Alexandro Braccesi, humanista de renombre vinculado a la Cancillería desde 1467 y hombre de confianza de Savonarola en Roma. Fue entonces, ejecutado ya el dominico y sometida la facción savonaroliana, cuando el nombre de Maquiavelo volvió a ser propuesto junto a cuatro candidatos para un puesto diferente y más relevante y, ahora sí, resultó elegido (el 19 de junio) como *secretarius* o *cancellarius* de la Segunda Cancillería, con un sueldo de 192 florines sellados. Por su parte, Marcello Virgilio era entonces secretario de la Primera Cancillería, con un sueldo de 330 florines. En total, había seis secretarios o cancilleres que ocupaban distintas magistraturas. Éstos, sin ser políticos ni tener poder ejecutivo, estaban lejos de ser meros

notarios o escribas: tenían acceso a los asuntos «graves y secretos» y todos ellos estaban, al menos en teoría, bajo el mando del primer canciller.

No deja de sorprender el hecho de que un joven de veintinueve años, perteneciente a una familia social y políticamente mal situada, pasara del anonimato a secretario de la Segunda Cancillería de Florencia, cargo de gran relevancia que requería un buen manejo del arte epistolar y reservado para probados hombres de letras. Cierto es que hay pruebas de la competencia del joven Maquiavelo en el género jurídico epistolar: como ya nos recuerda el propio nieto, fue curiosamente él, en vez del padre, el encargado de reivindicar los derechos de la *Maclavellorum familia* ante el cardenal Juan López, en relación con un litigio de patronazgo con la familia Pazzi (*N. Maquiavelo al cardenal Juan López* [2-12-1497]). La carta en cuestión demuestra un perfecto manejo por parte del autor de las reglas de la *petitio* (súplica de carácter jurídico), de acuerdo con la estructura y los recursos de la retórica epistolar *(ars dictaminis)*. La importancia de que fuera Maquiavelo, y no su padre, el encargado de escribir la súplica fue señalada ya por Giuliano de' Ricci. En cualquier caso, la sorpresa persiste cuando comprobamos que en su elección como secretario su nombre se impuso a otros tres candidatos con bastantes más títulos y experiencia que él.[18]

Son varias las hipótesis que se han manejado a la hora de explicar el inusitado ascenso de Maquiavelo. Peter Godman, por ejemplo, conjetura que fue justamente ese bajo estatus el que aupó a Maquiavelo al puesto de secretario, a lo cual habría que añadir la neutralidad política de la familia: neutralidad e irrelevancia social que, sin granjearle apoyos, se impusieron a las desconfianzas que el resto de candidatos podían provocar entre la facción popular o en la oligárquica.[19] En definitiva, Maquiavelo pudo salir elegido por eliminación del resto de candidatos.

Sin embargo, se ha señalado también lo contrario: que el éxito de Maquiavelo sólo se explica por su ubicación ideológica y partidista, ajustada a las líneas del nuevo gobierno y a un clima netamente antisavonaroliano.[20] Ciertamente es un hecho conocido que la nueva administración se forjó sobre el derrumbe del régimen de Girolamo Savonarola y el distanciamiento con el pasado mediceo. Y precisamente algo sabemos de la escasa simpatía política que Savonarola despertaba en Maquiavelo, en particular, gracias a la famosa carta, en marzo de 1498, dirigida a Ricciardo Becchi (a la sazón legado florentino en Roma) sobre las últimas predicaciones del profeta dominico. En ella, el fraile es descrito sin ambages como un personaje tendencioso, partidista y malintencionado. Afirma Maquiavelo, por ejemplo, que Savonarola ha decidido «arrastrar a numerosos ciudadanos en su caída»; que discurre con «razones eficacísimas para quien no las sopese», y que, en definitiva, abrazado a una estrategia desesperada y arriesgadísima, «se va amoldando a los tiempos y coloreando sus mentiras».[21] La carta es por lo demás un importante documento que anticipa algunos de los rasgos del pensamiento maquiaveliano: no hay condena de la actuación del fraile en consideración de la religión o la moral, sino sólo desde la perspectiva de la eficacia política e ideológica. Por ello, Savonarola no es juzgado tanto como un falso profeta, cuanto como un líder político

religioso acorralado y que ha optado por la huida hacia delante. Pues bien, si añadimos a este escrito el interés maquiaveliano en Lucrecio, tendremos tal vez el retrato, como algunos han querido, de un Maquiavelo *arrabbiato* (acérrimos enemigos del fraile), incluso cercano a los *compagnacci* (amigotes), esto es, a ese grupo de jóvenes libertinos que mientras Savonarola predicaba la penitencia y la quema de vanidades se entretenían pública y ostentosamente con banquetes, cantos, bromas vulgares y obscenidades a costa del dominico. Una hipótesis colorista, pero improbable, porque todo apunta más bien a que Maquiavelo adoptó para el caso una actitud cautelosa y prudente, como solía ser su proceder. Sea como fuere, el hecho es que los antepasados de Maquiavelo le proveían con un pedigrí antimediceo y su carta sobre Savonarola nos muestra a un joven simpatizante con los opositores (moderados o radicales) del fraile. Credenciales que debieron de serle útiles en su ascensión a la Secretaría.

Otro elemento a tener en cuenta, y que debe añadirse a todo lo anterior, ha consistido en llamar la atención de las amistades del padre o del propio Maquiavelo. En concreto, se ha mencionado a Bartolomeo Scala —humanista y político de humildes orígenes, promocionado por Lorenzo el Magnífico— como posible valedor de Maquiavelo y también del ya mencionado Marcello Virgilio. Scala, fiel mediceo, fue secretario de la Primera Cancillería hasta pocos meses antes de que Maquiavelo fuera nombrado secretario de la Segunda. Godman considera a Scala la clave que permite entender la elección de Virgilio y Maquiavelo a la Primera y Segunda Cancillerías, respectivamente: ambos tenían una edad y un estatus parecido, y los padres de uno y de otro eran amigos o colaboradores de Bartolomeo Scala.[22] Es sabido que, en su *De legibus et iudiciis* (1483), Scala convierte al padre de Maquiavelo en uno de los interlocutores del diálogo, al que llama *amicus*. Por otro lado, fue casualmente Scala quien, en el largo proceso de modernización de la Cancillería, había suprimido la necesidad formal de tener el título de notario para acceder a algunas secretarías. Gracias a esta reforma, Maquiavelo pudo convertirse en secretario[23] sin ser *messer*. Lo cierto es que a Scala le sucedió, en febrero de 1498, Marcello Virgilio Adriani,[24] precisamente el hombre que, como ya hemos visto, Paolo Giovio había identificado como maestro de Maquiavelo. Pero la relación entre Virgilio y Maquiavelo no parece que prosperara demasiado: cuando los Médicis retomaron el poder en 1512, Maquiavelo fue depuesto ipso facto de su cargo, mientras que Virgilio conservó su puesto, lo que hace pensar en la diferente índole ideológica y en los distintos vínculos personales de ambos secretarios.[25]

«Cancellarius et mandatarius»

La Primera Cancillería era la más importante y se ocupaba de los asuntos y la correspondencia (en latín) con las potencias exteriores; la Segunda, de los asuntos relacionados con la guerra y con el *Contado*, esto es, de las relaciones con los funcionarios y autoridades de las ciudades y del territorio bajo dominio florentino. La lengua de trabajo era el toscano e implicaba, entre otras cosas, la redacción de informes

descriptivos o valorativos sobre sucesos y estrategias de acción y, a menudo, a propósito de las llamadas *pratiche* o *consulte* (esto es, juntas y comités de carácter consultivo creados ad hoc para afrontar problemas y situaciones delicadas). Debe tenerse en cuenta que las atribuciones y las funciones de la Segunda Cancillería variaban y el puesto era compatible con otros cargos con funciones relacionadas. Más aún, encargos y servicios informales cobraron con el tiempo más peso que las funciones formales.

Maquiavelo fue confirmado en su puesto en enero de 1500, y a partir de ahí fue reelegido año tras año,[26] es decir, durante un período de catorce años, hasta el regreso de los Médicis, en 1512. Como coadjutores suyos hallamos a Agostino Vespucci (primo del célebre Américo y amigo de Leonardo da Vinci), Andrea di Romulo (que compitió con él para el puesto de secretario) o Biagio Buonaccorsi (gran amigo de Maquiavelo y transcriptor de sus escritos). La ingente correspondencia oficial entre Maquiavelo y sus colaboradores, políticos y servidores relacionados con la ciudad muestran catorce años de actividad incesante, a menudo rodeada de fuertes tensiones y acompañada de una estrecha relación y gran complicidad entre Maquiavelo y sus ayudantes (en especial, con Buonaccorsi y Vespucci).

En julio de 1498 había sido nombrado secretario de los Diez de Libertad y de Paz (magistratura con competencias en el ámbito militar y de la guerra). El nuevo cargo no le reportó más emolumentos, pero sí nuevos jefes y tareas; en concreto, los Diez encomendaron a Maquiavelo continuas legaciones y comisiones de carácter diplomático y militar. Respecto a sus actividades como diplomático, hay que tener en cuenta que en la Florencia de la época se distinguía entre *oratori* (embajadores formalmente designados) y *mandatarii* (mandatarios, legados); estos últimos eran designados para misiones extraordinarias —en ausencia, por ejemplo, de embajadores formales, cuyos mecanismos de elección eran lentos y complicados— y podían realizar las mismas funciones que los embajadores sin gozar de su estatus. Maquiavelo fue precisamente uno de estos mandatarios florentinos agregado, a menudo, a otros mandatarios y embajadores que actuaban conjuntamente. Aunque las funciones encomendadas a Maquiavelo fueron diferentes en cada caso, no nos apartaríamos demasiado de la verdad si afirmáramos que él fue «el alma de todas las legaciones en las cuales participó».[27] Este hecho fue particularmente cierto a partir de 1502, cuando nuestro secretario pasó a ser el hombre de confianza del gonfaloniero Piero Soderini.

Parece obvio, por lo demás, que la experiencia diplomática tuvo una gran influencia en la forja del pensamiento de Maquiavelo. Recuérdese, por ejemplo, que en la dedicatoria de *El príncipe* afirma que nada estima más entre sus enseres que «el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos». Es obvio que esta «experiencia» se refiere básicamente a la práctica política y diplomática, y se complementa con «la lección de los clásicos». Por otra parte, mucho se ha escrito sobre el talento diplomático de Maquiavelo. Eugène Duprè, por ejemplo, en su monografía dedicada a este asunto, asume que éste no fue un diplomático genuino *(di razza)* sino ocasional *(di ventura).* Según Duprè, Maquiavelo era brillante en la fase preliminar de la actividad diplomática

—el análisis psicológico y político de los intereses en conflicto— pero lo era menos en la segunda fase: la adopción de decisiones rápidas y decididas. En realidad, el secretario no tuvo nunca o casi nunca responsabilidades ejecutivas, por lo que es difícil entender en base a qué puede acusársele de indecisión; las tesis de Duprè,[28] según el cual Maquiavelo fue más bien un espíritu especulativo que práctico, suenan quizá más razonables si nos atenemos a su infortunio político.

Primeras misiones y legaciones. Breves escritos políticos

Fracaso de Pisa

Las primeras misiones importantes que tuvo que afrontar Maquiavelo datan de 1499 y estuvieron relacionadas con la conquista de Pisa, ciudad de enorme importancia para Florencia tanto por su tamaño como por su posición estratégica. Pisa se había perdido en 1494, con ocasión de la invasión de Italia por parte de Carlos VIII para reclamar el trono de Nápoles. Habían pasado cuatro años y, a pesar del apoyo de Milán y de las promesas del rey francés a Savonarola, Pisa se mantenía inasequible por la vía diplomática, en parte debido al apoyo que Venecia prestaba a la ciudad, y en parte, por la tibieza con que Francia ayudaba a los florentinos. Florencia decidió entonces recurrir a la vía militar. Las primeras operaciones se produjeron a principios de 1499 y fueron encomendadas a Paolo Viteli. En este contexto, Maquiavelo redactó su *Discorso sopra Pisa*,[29] primer escrito político suyo en prosa que se conserva. Bastaría recordar aquí la frase con que se cierra el breve escrito para entender hasta qué punto Maquiavelo estaba comprometido con una cierta forma de afrontar el problema: «No se ve ningún medio para recuperar Pisa, a menos que se haga uso de la fuerza». En relación con este mismo asunto, se le asignaron diferentes misiones de escasa importancia, hasta la primera legación relevante, en julio, ante Caterina Sforza, condesa de Forlì, para recabar precisamente su apoyo en la campaña contra Pisa. Mientras tanto, Florencia, con la esperanza quizá de obtener mayores apoyos de Francia para su empresa, apoyaba a Luis XII en su nueva campaña para la conquista de Milán y de Nápoles. En octubre de 1498, Francia se apoderó de Milán y expulsó a Ludovico Sforza, el Moro, que tras una repentina contraofensiva fue encarcelado en abril de 1500. Luis XII envió entonces una tropa de ocho mil mercenarios suizos y gascones a la campaña contra Pisa, a cambio de quinientos hombres y cincuenta mil ducados para la reconquista de Nápoles. En el campo de operaciones se hallaba también Maquiavelo, que luego rememoró estos hechos en un pasaje de sus *Discursos.*[30] Desastrosamente, en opinión de Maquiavelo, las autoridades de Florencia rechazaron la rendición de Pisa —que exigía una prórroga de cuatro meses bajo Francia, antes de ser entregada a Florencia—, debido a la desconfianza de los florentinos hacia Francia. Finalmente, pese a tener todo a favor, las tropas francesas fracasaron en la conquista de la ciudad y acabaron amotinándose, secuestraron a un comisario florentino y exigieron un resarcimiento de dos mil ducados.

Legación en Francia y luchas en Pistoia

La Señoría florentina envió entonces a Maquiavelo a Lyon ante Luis XII, junto a otros legados y embajadores, con el encargo de defender las posiciones florentinas sobre lo sucedido en Pisa. Se inició así un periplo infructuoso de seis meses tras la corte itinerante del monarca que recorría ciudades francesas, hasta que finalmente Maquiavelo fue sustituido, en enero de 1501, por el nuevo embajador florentino, Pierfrancesco Tosinghi. La experiencia francesa se plasmó en diferentes escritos y con diferentes tonos. En una carta del 27 de agosto de 1500, Maquiavelo asumió que las relaciones y alianzas entre Estados son papel mojado si detrás no hay un poder militar, político o económico que las respalde, y así, los franceses «tienen sólo en consideración a quien está armado o dispuesto a dar».[31] Además, redactó unas breves y críticas anotaciones sobre la corte francesa *(De natura gallorum)*, un texto reelaborado varias veces y que años más tarde dio paso a otro escrito bastante distinto y matizado sobre las instituciones políticas y militares del reino *(Ritratto di cose di Francia)*.[32] Otro documento relacionado con la comisión en Francia es el *Discursus de pace inter imperatorem et regem*,[33] escrito tras su regreso a Florencia, a principios de 1501, en el que se recrea una hipotética conversación sobre la situación y las relaciones entre Francia y el emperador.

Pasadas apenas dos semanas de estancia en Florencia, se le asignó una nueva misión: controlar las luchas intestinas de Pistoia, ciudad importante del dominio florentino. De hecho, el conflicto entre las facciones llevó a Maquiavelo a la ciudad en otras tres ocasiones, la última en febrero de 1502, fecha en la que Florencia restableció el orden en la ciudad *manu militari*. A propósito de una «consulta» creada para afrontar la situación, Maquiavelo redactó su *De rebus pistoriensibus*,[34] un informe compuesto probablemente en marzo de 1502 y que se centra en la descripción de la toma militar de la ciudad y el procedimiento aplicado para su pacificación.

En el verano de 1501, César Borgia, capitán general de los Estados papales, duque de Valentinois (de ahí su apodo «el Valentino») e hijo de Alejandro VI, atravesó la Toscana para dirigirse a la conquista de Piombino, plaza estratégica independiente y limítrofe con los territorios de Siena y Florencia. En un tiempo récord, César había limpiado el Adriático de señores más o menos legítimos (Forlì, Faenza, Imola, Rimini, Pésaro) con la idea de crear un fuerte Estado en el centro de Italia. Su proyecto de ducado de Romaña y su expansión por la Italia central suponían ya una seria preocupación para Florencia, acentuada por diversas exigencias y amenazas de parte del hijo del papa. Durante este período, Maquiavelo fue enviado a Cascina y a Siena en misiones de escasa importancia, mientras la amenaza de César Borgia perdía momentáneamente fuerza. A su vuelta a la ciudad, en agosto, desposó a Marietta di Luigi Corsini, con la que tuvo cinco hijos: Primerana, Bernardo, Lodovico, Guido, Piero, Baccina y Totto. De todos ellos, el único con cierto *curriculum* literario fue Guido, eclesiástico y autor de alguna pieza teatral.

La República de los Soderini (1502-1512). La forja de un «arte dello stato»

Rebelión de Arezzo y primera legación ante César Borgia

Tras la conquista de Piombino, César Borgia continuó su expansión por el centro de Italia y se aprestó a expugnar Urbino y Camerino. La amenaza sobre el territorio florentino tenía ya tres focos: suroeste, sureste y noreste. En este contexto, Vitellozzo Vitelli, señor de Città di Castello y lugarteniente de César, promovió una sublevación de Arezzo y de las poblaciones de la Valdichiana, ambas bajo dominio florentino. La rebelión contra la República surtió efecto al grito de «libertà» e invocando el antiguo dominio de los Médicis. Florencia protestó ante Francia e inició los preparativos para la guerra, pero César Borgia desde Urbino y Alejandro VI desde Roma —quizá no del todo descontentos con la iniciativa de Vitelli— solicitaron sendas embajadas a la ciudad para arreglar el asunto. En junio de 1502, los florentinos enviaron a Francesco Soderini (obispo de Volterra) y a Nicolás Maquiavelo ante César. El Valentino exigía a la ciudad una mutación de carácter oligárquico, pero la presión de Francia hizo que sus exigencias se difuminaran, y finalmente, Arezzo y la Valdichiana volvieron al control florentino, eso sí, previa llegada de las tropas francesas, en agosto de 1502. Fue justamente Maquiavelo el encargado de supervisar la recuperación de Arezzo en tres legaciones, y sus consideraciones sobre la cuestión quedaron plasmadas en un escrito incompleto cuya última redacción pertenece al año siguiente: *Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati*.[35] En este texto se perfilan algunas líneas de pensamiento que se consolidaron posteriormente: las historias antiguas son «maestras de nuestras acciones»; los hombres «experimentan siempre las mismas pasiones», entre otras, el deseo de mandar y el de resistir; a los pueblos sometidos se les debe premiar o castigar, y toda vía intermedia es peligrosa e inútil; la dificultad y la necesidad de saber reconocer la «oportunidad» para actuar, etc. Todo ello sobre la base de un esquema comparativo que parte de un texto de Tito Livio que, como era habitual en Maquiavelo, fue sometido a omisiones y modificaciones a fin de facilitar su adaptación a una lógica dilemática[36] (contra las vías intermedias, la temporización, etc.), que le permitía criticar la irresolución y la tibieza de Florencia en comparación con el modelo de decisión y firmeza de la política de Roma.

Piero Soderini, «vexillifer perpetuum»

La inestabilidad interna y el progresivo aumento de las amenazas (César Borgia, Arezzo, etc.) impulsaron un cambio de enorme relevancia en las instituciones florentinas. Hasta entonces, el gonfaloniero de Justicia era el cargo de mayor poder ejecutivo en Florencia, aunque compartía su soberanía con los ocho señores priores de la Libertad *(Signoria)* y su poder se veía limitado por los dieciséis gonfalonieros de Compañía y los doce *buoni uomini*, por no hablar de las funciones del Consejo de los Ochenta y del poder de veto del Gran Consejo. Pero el poder del gonfaloniero de Justicia estaba particularmente limitado por el hecho de que el cargo rotaba cada dos meses.[37] Todas estas limitaciones junto con las amenazas externas y las presiones de la oligarquía hacían apremiante la búsqueda de una mayor estabilidad y continuidad en la política exterior y, sobre todo, la reducción del poder del Gran Consejo, muro de contención para las aspiraciones

oligárquicas. Se propuso así la creación de un gonfaloniero vitalicio, decisión que fue ratificada el 26 de agosto de 1502. Entre los candidatos al cargo fue elegido Piero Soderini, hermano de Francesco Soderini, un amigo de Maquiavelo, y que en breve se convirtió en cardenal (1503). Como ya hemos señalado, Maquiavelo pasó a ser rápidamente el hombre de confianza del gonfaloniero, y aunque resulta difícil precisar hasta qué punto los hermanos Soderini emplearon a Maquiavelo para objetivos partidistas e incluso personales, y hasta qué punto fue éste inspirador de su política, lo cierto es que muchos percibieron un estrecho vínculo personal e ideológico, lo cual explica que el secretario fuera privado de su cargo tras la expulsión de los Soderini, en 1512, mientras que otros hombres de la administración (como el primer canciller) conservaran su puesto a la vuelta de los Médicis. La institución del gonfaloniero a perpetuidad *(vexillifer perpetuum)* se ajustaba en un primer momento, como se ha dicho, a la estrategia de la oligarquía, que buscaba un diseño constitucional semejante al veneciano, donde también había un dogo vitalicio. Sin embargo, Soderini no dio más pasos en la dirección del modelo de la aristocrática Serenísima.[38] Por el contrario, como veremos a continuación, el proyecto de una milicia ciudadana desencadenó las suspicacias entre la aristocracia florentina, que empezaba a preguntarse si el gonfaloniero perpetuo no sería en realidad el primer paso en la dirección hacia un régimen principesco o popular, más que hacia una oligarquía estable. Y esto explica por qué no sólo los Soderini, sino también Maquiavelo —principal impulsor, como veremos, de la milicia—, eran sospechosos tanto para los Médicis como para buena parte de la oligarquía florentina, una de cuyas voces definía a Maquiavelo como un delator al servicio del gonfaloniero.[39] Pero que Maquiavelo se convirtiera en el hombre fuerte del gonfaloniero no impidió tampoco el hecho de que éste criticara la escasa determinación de aquél y su ingenuidad en los *Discursos* (III, III) y en el sarcástico epitafio —escrito a modo de burla y en vida del gonfaloniero— titulado *La notte che morì Pier Soderini*.

Segunda legación ante César Borgia

Tras la toma de Urbino, que César acometió despojando de su Estado a Guidobaldo de Montefeltro (hasta entonces aliado suyo), los lugartenientes del Borgia empezaron a desconfiar y a temer, y con razón, si acaso no les esperaría la misma suerte que al duque de Urbino. Fue precisamente esta ciudad la primera que se rebeló invocando el nombre de algunos de los señores rebeldes, quienes celebraron una dieta en el castillo de la Magione con el fin de idear un plan contra César. Colocado en tal tesitura, éste cambió las amenazas a Florencia por la cordialidad, y pidió a la República una embajada para negociar una posible alianza. Soderini decidió enviar —lo que demuestra de nuevo su confianza en él— a Maquiavelo; éste se presentó ante César en octubre de 1502 y permaneció junto al duque, acompañándole por diversas ciudades (Imola, Cesena, Fanno y Sennigallia), hasta enero de 1503. La posición de Florencia consistió, como solía ser habitual, en contemporizar, sin comprometerse a una alianza clara con el Valentino. En cuanto a Maquiavelo, parecía estar de acuerdo con el propio César Borgia en que, teniendo al papa y a Francia de su lado, la dieta de los conjurados sólo podía ser una

«dieta de fracasados». No se equivocaba. Llegado el invierno, César consiguió convencer a los lugartenientes rebeldes de que los había perdonado y de que deseaba reconciliarse con ellos. Pero era sólo una trampa mortal: el 31 de diciembre, tras reunirse con cuatro de ellos, hizo apresar y ejecutar a dos (Francesco y Paolo Orsini), y al cabo de poco, a los otros dos (el ya mencionado Vitellozzo Vitelli y Oliverotto da Fermo). El episodio causó una gran impresión en todas las cortes italianas. Maquiavelo lo narra en un texto de finales de 1503, que probablemente retocó posteriormente (en torno a 1514) en un escrito suficientemente descriptivo: *Il tradimento del duca Valentino al Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo et altri*.[40] Este breve texto, editado ya por Blado en 1532 —con su título más divulgado: *Il modo que tenne il duca Valentino per ammazzar Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, il signor Paolo e il duca di Gravina Orsini in Senigaglia*, texto que por momentos parece realzar el crimen de César Borgia—, contribuyó en cierta medida también a forjar la mala fama de Maquiavelo. Por lo que se refiere a su legación, la correspondencia muestra su petición recurrente de volver a Florencia —lo reclamaban en su casa y en la Cancillería— y la insistencia del gonfaloniero Soderini por mantener a su hombre de confianza en la misión. Sólo después de la muerte de los conjurados, en enero de 1503, fue sustituido por otro mandatario.

Impuestos y armas

El primer gran problema al que se tuvo que enfrentar Piero Soderini fue solucionar la crisis financiera del Estado. Con la campaña de Pisa todavía abierta y la amenaza de César Borgia gravitando sobre Toscana, era necesario un ejército eficaz y operativo y, por consiguiente, mayores ingresos. La única solución consistía en una subida de impuestos, a la que se resistían muchos ciudadanos florentinos con derecho a voto en las diferentes magistraturas; con todo, la reforma tributaria consiguió imponerse a finales de marzo de 1503. De este mismo año es un breve escrito de Maquiavelo sobre la cuestión *(Parole da dirle sopra la provvisione del danaio, fatto un po' di proemio e di scusa)*,[41] que sirvió seguramente a Soderini o a algún otro magistrado cercano a éste para introducir o completar un discurso a favor de la reforma fiscal. El escrito, aunque breve, es intenso, y en él se hallan algunas constantes de la obra maquiaveliana. En primer lugar, se parte de la idea de que el gobierno de todas las ciudades se apoya en la prudencia y en las armas: «Nervio de todas señorías que en el mundo han sido y jamás serán». De manera que la ruina de los Estados resulta «de la falta de armas o de sensatez». Los florentinos demostraron algo de sensatez creando un gonfaloniero perpetuo. Faltaban aún las armas, y Maquiavelo invitó, pues, a dotarse de ellas y, en consecuencia, a aumentar los ingresos del Estado, sin los cuales es imposible proveerse de un ejército eficaz. Se anticiparon también los posibles argumentos contrarios al incremento del gasto militar: César ya no era un enemigo poderoso y Florencia estaba bajo la protección de Francia. La respuesta consistió en recordar a los florentinos que no podían amparar a sus amigos ni precaverse de sus enemigos sin contar con armas poderosas.

Hundimiento de César Borgia. Invitación a abrir el templo a Marte

Tras una breve legación en Siena, se encomendó de nuevo a Maquiavelo prestar ayuda en la campaña contra Pisa. Los florentinos habían proyectado, no sin voces en contra, desviar el río Arno de su cauce para aislar a la ciudad de cualquier fuente de suministros. Maquiavelo coordinó durante todo el verano los trabajos, en los que participó también Leonardo da Vinci (quizás enrolado por el propio Maquiavelo), pero a pesar del esfuerzo humano y financiero, la obra resultó un rotundo fracaso y fue abandonada en otoño de ese mismo año.

Mientras tanto, en agosto de ese mismo 1503 murió Alejandro VI, padre y apoyo fundamental de César Borgia. En octubre, Maquiavelo fue enviado a Roma, junto con Francesco Soderini. Allí tuvo lugar el nuevo cónclave tras la muerte de Pío III, papa que había sucedido al Borgia y cuyo magisterio duró tan sólo veintiséis días. Del cónclave salió elegido, con el apoyo de César, Giuliano della Rovere (Julio II), enemigo declarado de los Borgia y que había prometido a César el ducado de la Romaña y la capitanía de las tropas papales. El propio Maquiavelo fue testigo presencial de los acontecimientos y de esa ingenuidad de César que le costó el Estado y la posición. Maquiavelo se entrevistó personalmente con él, y en una carta muestra su perplejidad al comprobar la «arrojada confianza» del duque y su creencia de que «las promesas hechas por otros han de ser más sólidas de lo que han sido las suyas».[42] Al cabo de pocos días, César fue arrestado y enviado a prisión por el papa, no sin antes solicitar inútilmente al propio Maquiavelo un salvoconducto de parte de Florencia. Es obvio que la fascinación por el personaje no abandonó al secretario florentino, que años después, en el capítulo VII de *El príncipe*, volvió a hacer un examen global de conducta del que una vez fue considerado como paradigma de «príncipe nuevo».

Maquiavelo fue entonces reclamado en Florencia por la magistratura de los Diez y por su esposa, que acababa de dar a luz un hijo: Bernardo. Sin embargo, fue retenido en Roma por el entonces ya cardenal Francesco Soderini, que alegaba gestionar asuntos que incumbían a la República. Es así que, de mejor o peor grado, Maquiavelo no tuvo más remedio que prolongar su estancia en Roma y ejercer de secretario privado del hermano del gonfaloniero, algo que, como le comentaron a Maquiavelo algunos amigos, no fue bien visto por todos. Por ejemplo, el prior Agnolo Tucci se quejó públicamente de la falta de noticias por parte de Maquiavelo, quien se vio obligado a enviarle un informe, con cierto tono desdeñoso, dándole los últimos detalles de las noticias de Roma. En cualquier caso, lo cierto es que Francesco Soderini y Maquiavelo se hicieron buenos amigos, como lo prueba el hecho de que el cardenal se convirtiera en padrino de su nuevo hijo.

Maquiavelo volvió a Florencia el 18 de diciembre, aunque por poco tiempo. El 28 de diciembre, los franceses fueron vencidos por Gonzalo Fernández de Córdoba, hecho que provocó que Nápoles pasase a manos españolas. Sucedió, pues, que el 19 de enero de 1504 Maquiavelo estaba ya en Lyon, ante la corte de Luis XII, en una misión extraordinaria que consistía en inquirir sobre el futuro de la protección que Francia podía seguir ofreciendo a Florencia. Maquiavelo permaneció en Francia hasta primeros de marzo, y en abril otra legación lo llevó hasta Piombino, con el fin de consolidar las relaciones entre Florencia y esta ciudad a expensas de Siena. Después de esta última

comisión, el florentino disfrutó de un período sin viajes ni ulteriores misiones.

Según el propio autor, en quince días de octubre de 1504 Maquiavelo redactó su *Decennale Primo*,[43] que es la primera de sus escasas obras publicadas (editada dos veces en 1506), a la que hay que añadir, en 1521, *El arte de la guerra* y, en 1522, *La mandrágora*. El *Decennale* es un compendio del convulso decenio (1494-1504) en 550 tercetos. Un dato relevante de la edición de 1506 —precedida de una carta dirigida a los florentinos por parte de su amigo y colaborador, Agostino Vespucci— es el cambio en la dedicatoria. La primera versión estaba dirigida a Alamanno Salviati, líder de la facción oligárquica florentina, y todo parece indicar que se trataba, por parte de Maquiavelo, de un ofrecimiento amistoso que todavía tenía sentido en 1504, pero no ya dos años después, debido sobre todo al descontento progresivo ante la dirección del nuevo régimen por parte de la oligarquía. De hecho, en 1506 Alamanno Salviati era ya un tenaz opositor de los Soderini y de Maquiavelo. El *Decennale* anuncia en sus versos finales lo que será el nuevo proyecto de Maquiavelo y los Soderini, en contra de la presión aristocrática. Maquiavelo asume que, puesto que la fortuna no está satisfecha y dadas las «itálicas disputas» (entre España, el papa, el emperador, Venecia, Francia y Florencia), el mejor camino sería volver a «abrir el templo a Marte».

No se trataba en todo caso de una exhortación a la guerra, sino más bien de la defensa de un proyecto ya en marcha y que se cifraba en dotar a Florencia de un ejército propio, formado por ciudadanos y súbditos (del dominio florentino), dando la espalda a decenios de ejércitos mercenarios. Pero la idea era mal vista por muchos, pues, aparte de sus costes económicos, suponía un formidable instrumento de poder en manos del gonfaloniero. El plan, no obstante, salió adelante, aunque no se materializó en algo concreto hasta diciembre de 1505. Por esas fechas, Maquiavelo fue designado para realizar los primeros reclutamientos en la comarca del Mugello.

Durante este período, el secretario florentino, al que le encargaron algunas comisiones de escasa importancia, se dedicó casi exclusivamente a la organización de la milicia. En cualquier caso, la ordenanza de levas generales no se aprobó hasta abril de 1506, y en junio se envió a quinientos hombres al frente de Pisa. Se nombró capitán de la guardia al valenciano Miguel de Corella (don Micheletto), un antiguo lugarteniente y sicario de César Borgia que hizo aumentar la desconfianza entre las filas de la oligarquía florentina. En noviembre de 1506, la milicia contaba ya con cinco mil hombres de infantería. Para entonces, Maquiavelo redactó un breve escrito en el que justificaba la creación de la milicia *(La cagione dell'Ordinanza)*[44] y el borrador para iniciar el procedimiento de formalización legal *(Provisione dell'Ordinanza).*[45] Ambos textos redundan en la necesidad de justicia y armas para mantener las repúblicas, y en la separación entre soldados propios (en general, ciudadanos y no profesionales) y soldados profesionales y ajenos, a favor evidentemente de los primeros. Para dirigir la milicia se creó una magistratura ad hoc *(Nove ufficiali dell'Ordinanza e Milizia fiorentina)*, cuyo canciller fue, precisamente, Maquiavelo.

Julio II y los «Ghiribizzi»

Entre agosto y octubre de 1506, el florentino realizó una nueva legación de importancia. Julio II, al mando de su propio ejército y seguido por un ilustre séquito de cardenales y señores, pretendía recuperar Bolonia y otras ciudades para los Estados de la Iglesia. El papa pidió a Florencia ayuda militar para sus planes, pero la ciudad del Arno mantenía una buena relación con el señor de Bolonia (Giovanni Bentivoglio) y, además, no podía hacer nada sin el visto bueno de Francia. Maquiavelo siguió a Julio II por diferentes ciudades, y de esta experiencia diplomática y política surgieron sus consideraciones sobre cómo Julio II despojó a Giampaolo Baglioni de su feudo en Perugia. En efecto, a pesar de que el papa entró desarmado en la ciudad y se puso en manos de su adversario, éste, conocido parricida y tirano, no tuvo valor, sin embargo, para «realizar una empresa capaz de producir general admiración, dejando de sí eterna memoria, por ser el primero que demostrara a los prelados cuán poco dignos de estimación son aquellos que viven y reinan como ellos» (*Discursos*, I, XXVII).

Desde la misma Perugia, en septiembre de 1506, Maquiavelo proyectó la experiencia de Julio II en un célebre escrito en torno al *riscontro* (adecuación, conformación) entre la fortuna y el comportamiento de los hombres *(Ghiribizzi al Soderini)*.[46] En esta carta, dirigida a Giovanni Battista Soderini (sobrino del gonfaloniero) y quizá nunca enviada, se ensaya una argumentación que será repensada en el capítulo XXV de *El príncipe* y en los *Discursos* (III, IX). Pero el planteamiento de los *Ghiribizzi* nutre sobre todo al *Capitolo di Fortuna*,[47] un poema en tercetos dedicado también a Giovanni Battista, y donde, como en el caso de los *Ghiribizzi*, se conjugan sugerencias astrológicas con una antropología no precisamente optimista.

Alemania y la conquista de Pisa

A su regreso de la legación ante Julio II, Maquiavelo se dedicó a cuestiones relacionadas con la milicia hasta que, en 1507, el emperador Maximiliano I de Austria convocó la Dieta de Constanza, con la que intentaba convencer a sus antiguos súbditos italianos de que le apoyasen en la recuperación de sus derechos en Italia y en su voluntad de coronarse en Roma. En junio, aunque Soderini pretendía enviar a nuestro secretario, la Señoría envió como embajador a Francesco Vettori, y sólo en diciembre, por empeño expreso del gonfaloniero, se le unió Maquiavelo, con gran enfado de la oligarquía florentina, que quería enviar a hombres más próximos a sus intereses. A propósito de este episodio pueden leerse las palabras de Francesco Guicciardini (*Historia de Florencia*, XXVIII, pág. 423) y, sobre todo, de Bartolomeo Cerretani, que definía a Maquiavelo como el *mannerino* (siervo, títere) de Piero Soderini, enviado a Alemania para mejor servir a los «intereses y planes»[48] del gonfaloniero. A partir de junio de 1507 (y antes de 1512) debe datarse otro poema en tercetos de 187 versos dedicado a Giovanni Folchi y que versa sobre la ingratitud en política: *Capitolo dell'Ingratitudine*.

En enero de 1508, Maquiavelo llegó a Bolzano, desde donde se trasladó a Trento y a Innsbruck. La experiencia germánica duró hasta junio de 1508 y le reportó una gran amistad con Francesco Vettori, así como una visión de las ciudades austriacas y suizas

que se plasmó en varios escritos: *Rapporto delle cose della Magna*[49] (escrito un día después de su regreso a Florencia, en 1508), un *Discorso sopra le cose della Magna e sopra l'imperatore*[50] —escrito en el verano de 1509 y que era una especie de informe para los nuevos embajadores ante el emperador— y, por último, el más extenso *Ritratto delle cose della Magna*[51] (ya de 1512). En todas ellos se subrayan los elementos de desunión y debilidad que hacen del imperio una estructura política sumamente frágil, pero también la convicción del enorme potencial militar y político de las ciudades libres suizas, idea esta que se confirma en sus cartas y en los *Discursos*.

A su regreso en Florencia, en junio de 1508, Maquiavelo volvió a ser destinado a la campaña de Pisa como responsable de la milicia. De hecho, hasta marzo de 1509 el secretario fue, junto con Niccolò Caponi, el más alto representante político de Florencia en el frente. Maquiavelo alternaba las operaciones y la organización militar con el reclutamiento de nuevas tropas y con breves misiones a diferentes ciudades relacionadas con la guerra. En marzo se le alejó del frente y redactó un breve escrito *(Provvedimenti per la riconquista di Pisa)*[52] que es prácticamente un resumen de los diferentes planes de batalla posibles para conquistar la población; no obstante, en junio las tropas florentinas tomaron la urbe, y Maquiavelo y Marcello Virgilio firmaron, como representantes legales de Florencia, la rendición de la ciudad.

Entre tanto, la derrota veneciana de Agnadello (14 de mayo de 1508) contra la Liga de Cambrai devolvió al emperador algunas ciudades, e inmediatamente se contemplaron las deudas y los compromisos contraídos por los florentinos en la Dieta de Constanza. De nuevo le tocó a Maquiavelo negociar en Mantua, en noviembre de ese mismo año, el pago de diez mil florines. Desde Mantua, Maquiavelo se trasladó a Verona, donde pasó algunas semanas inactivo, por lo que pudo escribir largas cartas a los magistrados florentinos. Durante este tiempo compuso probablemente su poema *Capitolo dell'Ambizione*[53] y redactó una carta a Luigi Guicciardini (*N. Maquiavelo a Luigi Guicciardini*, [8-12-1509]),[54] hermano del célebre Francesco, sobre el *topos* de la mujer horrenda *(vituperatio vetulae)*, que puede considerarse una pequeña joya de literatura burlesca, obscena y misógina.

Acusaciones anónimas. Concilio de Pisa y fin de la República

En diciembre de 1509, Maquiavelo inició el camino de vuelta a Florencia. Días antes de llegar a la ciudad, un mensajero le trajo una carta de su amigo Buonaccorsi, según este último era imprescindible su regreso a la ciudad para hacer frente a ciertas acusaciones gravísimas que se habían vertido sobre su persona. Se trataba, en efecto, de una denuncia anónima que acusaba a Maquiavelo de no ser «idóneo», esto es, de no poder ejercer cargos públicos por ser hijo de un padre con deudas al erario de la ciudad, pero Maquiavelo estaba lo suficientemente protegido como para que no se diera curso a la acusación, fuera cierta o no. Tampoco prosperó una segunda acusación anónima, en mayo de 1510, que inculpaba a Maquiavelo de practicar la sodomía con Lucrezia (conocida como la Riccia). El delito de sodomía podía inhabilitar a un ciudadano para

ejercer cargos públicos, pero el asunto se despachó con una testificación de la Riccia, que no admitió los cargos. Cabe añadir que la Riccia fue ciertamente amante de Maquiavelo y que basta leer alguna de las cartas de éste para percatarse de que la acusación no carecía de fundamento. Todavía una tercera acusación, ya en la primavera de 1511, denunciaba que Maquiavelo había sustraído una carta pública. A pesar de que las tres denuncias no tuvieron ningún efecto negativo para el secretario florentino, muestran claramente que el hombre de confianza de Soderini no carecía de enemigos.

Maquiavelo desempeñó durante 1510 algunas misiones de poca importancia relacionadas con la Ordenanza, hasta que, en julio, fue enviado a la corte de Luis XII (viajó de Lyon a Blois y a Tours) a fin de mediar en la tensa relación entre el rey y el papa. La política de los florentinos volvía a ser contemporizadora, sin comprometerse mucho con su aliado francés. Permaneció en tierras francesas hasta octubre, cuando fue sustituido por el embajador formal. A su regreso a Florencia se le encomendó la organización de una unidad de caballería, a propósito de lo cual redactó un breve *Discorso sulla milizia a cavallo* y un borrador de *Ordinanza de' cavalli*, ambas fueron reelaboradas un par de años más tarde en un texto con título en latín: *Pro describendis equis in militia florentina.*[55] En mayo de 1511 escribió un *Ghiribizzo circa Iacopo Savello* en el que pidió, sin éxito, que se nombrase capitán de la milicia al condotiero Jacopo Savelli.

Pero la guerra entre Francia y el papado era ya una realidad. En el campo político, Luis XII planeaba convocar un concilio en Pisa para deponer a Julio II y obligar a Florencia a decantarse abiertamente a favor del papa, que amenazaba a la ciudad con la interdicción, o de Francia, su principal aliada. En este contexto, tras alguna legación menor en Siena y Mónaco, se encomendó a Maquiavelo su cuarta y última legación en Francia con el fin de intentar convencer a Luis XII de que anulase el concilio o de que al menos éste tuviera lugar fuera del territorio florentino. Francia no aceptó cambiar la sede, y en noviembre de 1511 Maquiavelo realizó una nueva misión en Pisa para convencer a los cardenales cismáticos de que eligieran otra sede para el concilio. Aquéllos decidieron trasladarse a Milán, pero después de haber celebrado tres sesiones en territorio florentino.

Con la creación de la Liga Santa, la situación se hizo crítica para el gobierno florentino. Como muestra de hasta qué punto la situación era percibida como de extrema gravedad por el propio Maquiavelo (y con buen pronóstico), está el hecho de que a finales de ese mismo año decidió hacer testamento. En la primavera de 1512, Maquiavelo dedicó todos sus esfuerzos a fortalecer la milicia florentina, pero la muerte en Rávena de Gastón de Foix (el 11 de abril) obligó a las tropas francesas a retirarse de Italia a pesar de su victoria. En agosto de 1512, la Liga acordó, en la Dieta de Mantua, abolir el gobierno de Soderini en Florencia. Como era previsible, se ignoró al embajador florentino (Giovanni Vittorio Soderini), al tiempo que se escucharon las reclamaciones de la familia Médicis en pro de la restauración de un nuevo gobierno.

Las tropas españolas saquearon Prato, donde las milicias de Maquiavelo ofrecieron poca resistencia,[56] y las facciones oligárquicas y mediceas obligaron a exiliarse a los hermanos Soderini. Todos estos acontecimientos fueron relatados por Maquiavelo en una

dramática carta dirigida a una misteriosa *gentildonna* (*N. Maquiavelo a una dama no identificada* [16-12-1512]).[57] En esta carta, Maquiavelo expresaba las primeras críticas al comportamiento del gonfaloniero Soderini que, para la ocasión, se comportó con gran torpeza, tanto ante la amenaza exterior como respecto a los adversarios internos. En otro breve escrito de este convulso momento *(Ai Palleschi)*[58], Maquiavelo se dirigió expresamente a la facción medicea para defender la actuación del gonfaloniero Soderini y alertarles sobre el peligro que suponía la facción oligárquica. El secretario quería presentarse ante los Médicis como un consejero político del que podían servirse para hacer frente a los peligros y las dificultades que los acechaban, proponiendo como estrategia general una alianza entre los Médicis y la pequeña burguesía contra el estamento oligárquico.[59] Maquiavelo, como ya hemos señalado, pretendía reivindicar aquí su condición de técnico al servicio del Estado frente a la de «hombre político» y comprometido con una facción. Sin embargo, como acabamos de ver, bien por su íntima relación con los Soderini, bien por su personal enemistad con algunos hombres del nuevo régimen, el hecho es que para los Médicis era un personaje sospechoso y no tardaron en destituirlo de su cargo (7 de noviembre), además de obligarle a permanecer en territorio florentino y a pagar una fianza de mil florines de oro (10 de noviembre), vetándole la entrada en el Palacio de la Señoría (17 de noviembre).

«Post res perditas».[60] *Las grandes obras*

Cárcel y aislamiento. Correspondencia con Vettori

En febrero de 1513 se descubrió una conspiración republicana contra los Médicis urdida por Pietropaolo Boscoli y Agostino Capponi. Boscoli perdió inadvertidamente una nota que fue presentada a Giovanni de Médicis por un tal Bernardino Coccio. En ella aparecían los nombres de veinte conocidos antimediceos o hipotéticos partidarios de la conspiración, entre los que figuraba el de Maquiavelo.[61] El 12 de febrero, el *quondam*[62] secretario fue encarcelado y torturado, por lo que Maquiavelo buscó la gracia de los Médicis con desesperación, básicamente mediante la intercesión de los hermanos Paolo y Francesco Vettori (bien considerados ambos por la familia medicea). Además, mientras se hallaba en la cárcel envió dos sonetos burlescos a Giuliano de Médicis, a los que se añadió otro más de agradecimiento al ser excarcelado.

Pero no fue la intercesión de los Vettori la responsable de la liberación de Maquiavelo, sino la elección de Giovanni di Lorenzo de Médicis (León X) como papa (tras la muerte de Julio II). En efecto, la elección de León X supuso una amnistía general (11 de marzo de 1513) que incluyó a Maquiavelo. Fue quizá por estas fechas cuando compuso una cancioncilla para el carnaval *(Canto degli spiriti beati)* en la que hablaba de un mundo cristiano casi arruinado que debía ser reconducido a la religión por el nuevo papa. Se pedía también deponer el antiguo odio entre los cristianos para dirigir las armas contra el turco. En resumen, un canto en este caso moralizante, más bien que burlesco o picaresco, como en el caso de otros parecidos: *Dei diavoli schiacciati del Cielo*

(1502[?]), *Di uomini che vendono le pine* (1508), *De ciurmadori* (1509), *Di amanti e donne disperati* (1514[?]) y *De' Romiti* (1524[?]).

Maquiavelo decidió entonces retirarse a su villa en Sant'Andrea, a pocos kilómetros de Florencia, donde inició su célebre intercambio epistolar con Vettori, a la sazón embajador florentino en Roma (hasta principios de 1515) y, por consiguiente, en contacto permanente con los máximos dirigentes de la familia medicea. En ese intercambio, Maquiavelo dio prueba de sus dotes políticas, literarias y cómicas, e intentó reintegrarse a la vida política al servicio de los Médicis, con la ayuda de Francesco Vettori, que en verdad hizo poco por Maquiavelo. Ya desde su primera carta de 1513[63] (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [13-3-1513]), Maquiavelo pedía a Vettori que intercediera por él ante el papa y la casa medicea. Además, los análisis que el florentino hacía de la situación política estaban en estrecha relación con el intento de recordar al amigo embajador y a los Médicis sus dotes como consejero político y diplomático. Congraciarse con los Médicis, conseguir ser empleado por ellos «aunque tan sólo fuera para arrastrar una piedra» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [19-12-1513]), impulsó a Maquiavelo a esta intensa correspondencia y fue también la motivación crucial que explica la génesis de *El príncipe*. Vettori, aparte de francas muestras de estima y admiración, dejó claro desde el principio que él no era hombre del que pudiera recabarse demasiado. Así, Maquiavelo fue recibiendo continuas excusas: «Me duele no haber podido ayudaros…», dijo en una primera carta (*F. Vettori a N. Maquiavelo* [14-3-1513]); a continuación admitió su «culpa» (*F. Vettori a N. Maquiavelo* [30-3-1513]) por ser inútil para ayudarse a sí mismo y a los demás. La impaciencia de Maquiavelo por una ayuda que nunca llegaba se acabó imponiendo en forma de reproche: «No me puedo creer que, si mi caso se maneja con cierta destreza, no se me encargue algún trabajo» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [16-4-1513]). Pero el embajador no ocultaba que era el hombre equivocado para ayudarle; un hombre, como dijo en una de sus últimas cartas desde Roma, más inclinado a la renuncia que a la lucha: «Créeme, estamos en manos del destino» (*F. Vettori a N. Maquiavelo* [15-12-1514]).

Maquiavelo expresó a menudo en estas cartas sus estrecheces económicas y sus serias preocupaciones por su futuro. Asistimos a momentos rayanos a veces con la desesperación: «Magnífico Embajador, ved dónde diablos me hallo […], para mí no encuentro remedio» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [4-2-1514]). Maquiavelo se autodescribía en varias ocasiones como inútil para sí mismo y sin remedio posible: «Seguiré tal como estoy, entre mis piojos, sin encontrar a un hombre que se acuerde de mis servicios, o que crea que yo pueda ser útil para algo. Pero es imposible que yo pueda estar así mucho tiempo, porque me estoy consumiendo…» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [10-6-1514]). En este contexto, el florentino relataba la célebre descripción de su vida cotidiana en la aldea de San Casiano, espejo invertido de aquella vida en Roma que Vettori le había descrito en su carta precedente. Una vida de aislamiento o de relaciones sociales con hombres vulgares, llena de hueras actividades, como la caza de pájaros o los juegos y gritos en la taberna: «Así, rodeado de piojos, desenmohezco mi cerebro y me desahogo de la malignidad de mi suerte, contento de que me pisotee de esta manera, a

ver si se avergüenza» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [13-12-1513]). Pero fue ese mismo «miserable» ocio lo que permitió a Maquiavelo escribir sus obras más importantes (*El príncipe* y los *Discursos*) en un diálogo constante con el mundo clásico y desfogando así su vocación política, ahora expresada en el ámbito exclusivamente teórico: «La Fortuna ha hecho de tal manera que, no sabiendo razonar ni del arte de la seda, ni del arte de la lana, ni de ganancias o pérdidas, me convenga razonar de los asuntos de Estado, y necesariamente tengo que razonar de esto, o hacer voto de silencio» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [9-4-1513]).

En esta fase de la correspondencia con Vettori, Maquiavelo se prodigó también en sus análisis de la situación política italiana, a menudo a petición del propio Vettori, que propuso a Maquiavelo mostrar alguna carta suya a los Médicis con el propósito de recuperar su interés y su confianza. Se perfilan también aquí ciertos elementos típicos de su pensamiento, entre ellos algunos de carácter genérico, como la crítica de la neutralidad en política internacional —sobre todo cuando se es una potencia relativamente débil—, así como de la tendencia a la pasividad y la contemporización. Y otros elementos de naturaleza más concreta, como la visión negativa de una Italia débil, dividida y corrupta, verdadera hipótesis de fondo de *El príncipe* y de toda su obra. Es así, por ejemplo, que Maquiavelo asumía que en Italia «no hay armas que valgan un céntimo» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [10-8-1513]). Los italianos son «pobres, ambiciosos y viles» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [26-8-1513]). Y el gran problema no era otro que resolver la «ruina y servidumbre» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [26-8-1513]) de Italia a manos de las potencias extranjeras. En relación con la crítica de la neutralidad y la elección de un aliado, Maquiavelo consideraba a Francia, comparada con España, el Estado estructuralmente más fuerte de Europa y el único capaz de garantizar a largo plazo la seguridad para Italia (la carta del 3-12-1514 está dedicada toda ella a desarrollar esta tesis). En consecuencia, Maquiavelo abogaba por una alianza entre Francia y Florencia (y los Médicis): una alianza activa, decidida y no basada en la contemporización y las medias tintas.

«El príncipe». Un Estado para Italia

En la ya mencionada carta de diciembre de 1513 se daba noticia de la génesis de su obra más conocida, nunca publicada en vida de su autor, y cuyo título, *El príncipe*, fue de hecho una decisión de su primer editor (Blado), en 1532. Maquiavelo lo mencionaba en esta carta como *De Principatibus* (así lo refería también en *Discursos*, II, I, mientras que en *Discursos*, III, se habla de un *«De Principe»*), y afirmaba en ella que el «opúsculo» era fruto de su conversación con «los antiguos» y que su objetivo era básicamente determinar «qué es un principado, de cuántos tipos hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden». Resaltaba el hecho de que esta temática se ajustaba más bien al contenido de los capítulos II-XI; además, el propio Maquiavelo admitía que el texto no estaba cerrado: «Todavía lo estoy completando y repuliendo». Estos elementos hicieron que ya en su momento Meinecke aventurara, en su introducción a la edición alemana de la obra, la hipótesis de una doble redacción del

texto[64] (una primera fase, desde los capítulos I-XI, y una segunda, referida a los capítulos XII-XXV). Es una hipótesis posible, si bien no demostrada. En realidad, lo cierto es que la polémica sobre la fecha de redacción final o «repulido» ha llegado hasta hoy, con quienes, de un lado, proponen que su redacción (doble o de un trazo) finalizaría como muy tarde en 1514 y quienes, del otro, postulan una continuada reelaboración que se extendería hasta 1518.[65]

Maquiavelo escribió una primera dedicatoria a Giuliano de Médicis (hermano de León X y gonfaloniero de la Iglesia), pensando en el propio Vettori como intermediario para su presentación. El texto, sin embargo, ni siquiera debió de llegar a sus manos, habida cuenta de la frialdad con que Vettori recibió la obra y su posterior silencio al respecto, pero sobre todo porque la muerte prematura de Giuliano hizo que Maquiavelo pensara en una nueva dedicatoria, ahora para Lorenzo, el cual, desde mayo de 1515, se había erigido en capitán general de las milicias florentinas, para convertirse posteriormente en duque de Urbino.

Respecto al contenido de la obra, se aprecia, en efecto, una estructura bipartita: entre los capítulos I y XI se describen los tipos de principados (hereditarios, nuevos y mixtos), aunque la obra sólo se interesa por los nuevos y mixtos (capítulos III-IX), pues en los principados nuevos «consiste la dificultad», y éste era el caso que se correspondía con la situación italiana y, por consiguiente, con una discusión que podía ser útil a los Médicis o a cualquier príncipe que propusiera un Estado nuevo y fuerte en Italia. Los principados nuevos y mixtos debían considerarse en relación a su modo de conquista: mediante la virtud o la fortuna, con fuerzas propias o de otros, con el apoyo de los ciudadanos o mediante los crímenes, etc. En este contexto es en el que (en el capítulo VII) se aborda la figura de César Borgia y también el célebre capítulo del «principado civil» (que puede guardar relación con la hegemonía medicea sobre Florencia). Hasta aquí, la estructura del texto se corresponde con lo que Maquiavelo indicaba en su carta a Vettori, mientras que los capítulos posteriores introdujeron temas nuevos. Entre los capítulos XII y XIV se halla la cuestión de los tipos de ejércitos (mercenarios, auxiliares, propios y mixtos) y la crítica recurrente de las armas mercenarias. A continuación, la cuestión de las virtudes de los príncipes, y la concepción de la política como un espacio donde apariencias y realidad efectiva se disocian, y donde el discurso se sitúa, frente a las buenas palabras y las fábulas morales, del lado de la *verità effettuale*. Los capítulos XXIV y XXV afrontan cuestiones diversas que confluyen en la situación italiana y el diagnóstico de la crisis: primero, haciendo balance de los errores de los príncipes italianos y de las miserias de Italia; después, considerando la confrontación entre la fortuna y la virtud, y examinando las posibilidades de superación de la crisis italiana. Por último, el capítulo XXVI dirige a los Médicis una exhortación, no falta de motivos providencialistas, para la liberación de Italia y para poner fin a la depredación de los bárbaros. Es obvio, en este sentido, que sobre el opúsculo planeaba la idea de crear en el centro de Italia un Estado fuerte que la librara de ser el teatro de operaciones de la lucha por la hegemonía europea. De ahí que el intento de César Borgia, con sus virtudes y errores, apareciese propuesto como paradigmático.

Aunque *El príncipe* nunca se publicara en vida de Maquiavelo, circularon algunas copias manuscritas realizadas por su amigo y antiguo colaborador Biagio Buonaccorsi. Es curioso que ya en 1522 apareciera una edición en latín de un libro que parece, al menos parcialmente, un plagio del texto: *De regnandi peritia*, de Agostino Nifo. Pero en vida de Maquiavelo fueron otras las obras que lo hicieron relativamente célebre entre sus contemporáneos *(La mandrágora*, *El arte de la guerra).* La importancia y la relevancia del *De Principatibus* sólo empezó a ser visible años después de su publicación, cuando aquello que durante el Renacimiento sonaba familiar y quizás algo cínico se convirtió, un siglo después, en piedra de escándalo.

Los «Orti Oricellari» y los «Discursos sobre la primera década de Tito Livio»

A partir de 1514, Maquiavelo pudo regresar a Florencia y salir de su aislamiento en el campo. Junto al reclamo de ayuda a Vettori y al análisis de la situación política italiana, la correspondencia entre el *quondam* secretario y el embajador se recreaba en aventuras amorosas y episodios burlescos. Se combinan así la seriedad y la broma, lo grave y lo burlesco, y aun lo lascivo. Con frecuencia se hace difícil distinguir cuándo Maquiavelo hablaba en serio o en cómplice broma de sí mismo o de sus amigos. El hecho es que, a veces en doble lenguaje, a veces de manera más manifiesta, Maquiavelo daba cuenta a Vettori de sus infidelidades y de sus aventuras bisexuales, y así iban sucediéndose los episodios venéreos, entre los «besos de soslayo» de la cortesana Riccia y el «brasero» de Donato (*N. Maquiavelo a Francesco Vettori* [18-1-1514],[66] los únicos puertos y refugios de su «nave» (*N. Maquiavelo a Francesco Vettori* [31-1-1515]), metáfora a primera vista poco inocente.

Durante este período escribió el *Decennale Secondo*, un texto que arranca donde terminaba el *Decennale Primo*, esto es, en 1505, y que se interrumpió, por causas desconocidas, en 1509. A esta época pertenece también un fragmento de carta o posdata dirigida a Francesco Vettori y cuya composición pudo tener lugar entre 1514 y 1515 (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [¿2/3-1514?]).[67] Maquiavelo mostraba aquí de nuevo su interés por ser empleado por los Médicis, ensalzando la figura de Lorenzo frente a ciertas críticas que se propagaban tanto en Florencia como en Roma. En mayo de este mismo año, Paolo Vettori, entonces almirante de las galeras papales, consultó a Maquiavelo, quizá por deseo expreso de Lorenzo de Médicis, sobre la reordenación de las milicias florentinas, y aquél compuso por estas fechas unos *Ghiribizzi d'Ordinanza.*[68]

Con todo, la reconciliación con los Médicis era impracticable, fundamentalmente porque, como sabemos por una carta publicada por Tommasini, existía un veto expreso del papa para emplear los servicios de Maquiavelo.[69] A este mismo período pertenece también la anécdota, quizás inventada, según la cual Lorenzo de Médicis, al recibir una copia de *El príncipe*, despreció fríamente el obsequio y se mostró mucho más interesado por una pareja de perros que en ese mismo momento deseaban regalarle.

Bloqueada la aproximación a los Médicis —continuó estándolo, de hecho, hasta

1519, con la muerte de Lorenzo—, Maquiavelo empezó a frecuentar el célebre círculo de los *Orti Oricellari*, un grupo de literatos, políticos y humanistas que se reunían en los jardines de Via della Scala, auspiciados por Cosimo Rucellai. Desde el punto de vista político, el círculo acogía a personajes de tendencias muy distintas, desde jóvenes que años más tarde se decantaron por un republicanismo antimediceo —Luigi di Tommaso Alamanni y Jacopo da Diacceto acabaron decapitados tras descubrirse una conjura, mientras que Luigi di Piero Alamanni, Zanobi Buondelmonti, Antonio Bruccioli y Jacopo Nardi se vieron obligados a tomar el camino del exilio—, hasta fieles partidarios y colaboradores de los Médicis, al menos en este período (Filippo de' Nerli, Battista della Palla). No existen noticias que permitan establecer la fecha exacta en que Maquiavelo empezó a frecuentar los *Orti* —sólo nos han llegado dos cartas suyas de 1516—, pero en su carta de diciembre de 1517 a Ludovico Alammani parecía darse ya una relación consolidada con algunos miembros del círculo.

El mencionado Jacopo Nardi relata en sus *Istorie* la admiración que los jóvenes que asistían a los *Orti* expresaban a Maquiavelo. Según parece, mientras el antiguo secretario les exponía sus *Discursos*, algunos de ellos le ayudaban económicamente: «El tal Nicolás era muy amado por ellos, y también por cortesía sostenido, como yo vine a saber, con ciertos emolumentos: y se deleitaban enormemente con su conversación, teniendo en grandísima estima todas sus obras».[70] El hecho es que, estimulado en una medida u otra por ellos —la dedicatoria de la obra está dirigida a Cosimo Rucellai y Zanobi Buondelmonti—, el florentino compuso los *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, obra que, inédita en vida del autor, muestra de manera más amplia la concepción maquiaveliana de la política y de la historia.

La fecha de composición de los *Discursos* es difícil de precisar y, como en el caso de *El príncipe*, ha generado un enconado debate que aún no ha concluido. Además, las cuestiones cronológicas se enlazan nuevamente con problemas de interpretación más generales. Trataremos de hacer un breve resumen. Teniendo en cuenta que abundan las referencias al período 1517-1518, aparte de otros datos concordantes,[71] todo hace pensar que en este período (entre 1517 y 1518), Maquiavelo llevó a cabo un intenso proceso de redacción o reelaboración de un texto que quizás iniciara en 1515 o años antes. En efecto, según la célebre tesis lanzada por Federico Chabod, Maquiavelo comenzó a escribir los *Discursos* en los primeros meses de 1513. Los acontecimientos y la necesidad de congraciarse con los Médicis le habrían llevado a interrumpir el texto para iniciar *El príncipe*, que concluyó rápidamente a finales de ese mismo año, para luego retomar y finalizar los *Discursos*.

Esta hipótesis explicaría que, en el capítulo II de *El príncipe*, Maquiavelo declarase que «pasaré por alto tratar de las repúblicas, pues ya en otra ocasión lo hice por extenso». Pero hay otras interpretaciones para esta alusión, y la más interesante es la que aventuró F. Gilbert, para quien la referencia de *El príncipe* podría remitirnos a un pequeño tratado sobre las repúblicas seguramente muy anterior. Este viejo tratado acabaría insertándose en los *Discursos* y se correspondería, siempre según Gilbert, con los primeros dieciocho capítulos del libro I.[72] Esta tesis no deja de tener sus detractores e

incongruencias (existe alguna alusión en estos primeros capítulos a hechos cronológicamente posteriores), y de cualquier manera es difícil de comprobar. Es de común aceptación, en todo caso, que la mención del capítulo II de *El príncipe* hace referencia a algún texto anterior de Maquiavelo hoy indeterminable, y que pudo luego añadirse a modo de introducción o simplemente fusionarse intercaladamente en los *Discursos* tal como los conocemos hoy.[73] Es cierto, por otro lado, que los primeros dieciocho capítulos del libro I (o al menos una parte de ellos) son buenos candidatos a ser el núcleo del antiguo libro de las repúblicas, no sólo por su temática especial y su errático comentario de Livio, sino porque el contenido de los capítulos XVI-XVIII parece relacionarse con el texto de *El príncipe* y, en especial, con su capítulo IX dedicado al principado civil. Con todo, como ya hemos señalado, se trata de una hipótesis plausible pero no verificable ni libre de críticas.[74]

Respecto a la fecha de finalización de la obra *(terminus ante quem)*, el hecho es que no parece que haya referencias a acontecimientos posteriores a 1520[75] y que es posible que, en 1521, Guicciardini dispusiera ya de alguna versión del texto, aunque sólo es seguro que tuvo en su poder una en 1529, de la que realizó un comentario parcial. En todo caso, en su edición de 1531, Bernardo Giunta afirmaba haber oído a parientes y amigos que Maquiavelo no estaba satisfecho de algunas partes de su obra, y que tenía intención de rehacer algunas otras: el manuscrito que manejaba Giunta contenía de hecho, según éste, algunas correcciones, por no hablar de pasajes inequívocamente inacabados (como el de II, 7, 4), lo que permite conjeturar subsiguientes correcciones por parte del autor y un texto quizá reelaborado en diversos momentos y de algún modo inacabado, provisional, lo que explicaría el propio desequilibrio estructural de los tres libros —con un número de capítulos muy desigual entre ellos, y sin prólogo en el tercero —, y todo ello parece corroborarse atendiendo a las frecuentes incongruencias temáticas y sintácticas de la obra.[76]

La lógica del texto responde a diversos intereses y motivaciones, y propició ya testimonios contemporáneos que hablaban de «obra ciertamente de argumento nuevo, y nunca ensayada (que yo sepa) por nadie»,[77] pero también acusaciones de provisionalidad y discordancia. Lo cierto es que el propio Maquiavelo hablaba en su prólogo de una «vía todavía no transitada por nadie» para referirse a su trabajo. Respecto a su estructura temática, por un lado, nos encontramos ante un comentario libre de los diez primeros libros (década) de la historia de Tito Livio, cronológicamente ordenado, pero se trata de una estructura respetada sólo a medias, pues lo cierto es que la glosa ordenada desaparece en muchos capítulos y bloques del texto, y el florentino rompe el orden cronológico al hacer uso de otros libros de Livio.[78]

El desorden del comentario de Tito Livio se debe en parte a que los *Discursos* se organizan a su vez en torno a una triple temática, desafor-tunadamente desmentida también en ocasiones por el propio texto. Esta temática, que se corresponde con la división tripartita del texto (libros I, II y III), se hace explícita en el prólogo del libro I y, más tarde, en el prólogo del II y en el capítulo I del III. En teoría, esta estructura

respondería a los siguientes contenidos: el libro I versa sobre la fundación y política interna (leyes, constitución, etc.) de Roma; el II, sobre la política exterior de los romanos y la ampliación de su Imperio; el III, tanto sobre política interna como externa, pero centrada en los actos de hombres individuales. También en este caso encontramos capítulos que responden sólo vagamente a la estructura inicial, sea porque se trata de digresiones, sea porque su contenido la desborda.

Respecto del contenido más general y teórico del texto, todo el pensamiento maquiaveliano, desde su realismo político a su antropología, desde su concepción de la historia a su relativo republicanismo, se expresa en este texto en su dimensión más elaborada. Algún autor, destacando la disparidad entre los textos y las incongruencias conceptuales, ha planteado que los *Discursos* tienen poco, en realidad, de teóricos. Según este posicionamiento, se trataría más bien de una obra de acumulación de «actitudes políticas», discontinua, sin unidad conceptual y en la que, entre tantas incongruencias, aparecerían dos actitudes principales: un cierto republicanismo referible a sus años como secretario de la República y un discurso favorable al principado y a los Médicis[79] a partir del período *post res perditas*. Es justo destacar esta interpretación, que no deja de tener fundamentos y razones. Con todo, en mi opinión, se trata de una hipótesis que, a la vez que explica algunas incongruencias, convierte en inexplicable la mayor parte de su obra, cuyo contenido teórico es innegable y resulta, a grandes rasgos, congruente.

«La mandrágora» y «El arte de la guerra»

Entre 1517 y 1518 apenas si hay noticias de Maquiavelo. Se sabe, al menos, que las relaciones y amistades de los *Orti* no colmaban sus aspiraciones. En enero de 1518 escribió a su sobrino Francesco Vernacci: «La suerte, tras tu marcha, se ha portado conmigo tan mal como ha podido; de manera que estoy reducido a tal estado que soy de poco provecho para mí, y de menos para los demás» (*N. Maquiavelo a Giovanni Vernacci* [25-1-1518]).[80]

Maquiavelo siguió aprovechando su forzado ocio para componer otras obras aparte de los *Discursos*. A este período pertenece, por ejemplo, *L'Asino*, un poema satírico de inspiración clásica del que ya se habla en la carta a Alamanni de diciembre de 1517. Y sobre todo, otras dos obras suyas importantes, publicadas en vida y que le dieron cierta fama, una como comediógrafo *(La mandrágora)* y la otra como teórico de cuestiones militares (*Dell'arte della guerra* o *De re militari*).

La copia manuscrita de *La mandrágora* es de 1519. Se trata de una obra en tres actos ambientada en Florencia, de tema picaresco y humorístico, y que a menudo se ha considerado la mejor pieza teatral del Renacimiento italiano. La trama recrea la conquista de la mujer casada y honesta por parte del joven enamoradizo y osado, en un combate que da la razón a la astucia y a la intrepidez sobre una estupidez ofuscada por las propias ambiciones y las apariencias, y también frente a una honradez enervada por la corrupción reinante. El argumento esconde quizás un retrato caricaturesco de la conquista principesca del Estado y de la relación virtud-fortuna. En cualquier caso, el elemento

cómico y divertido contrasta con un mundo en descomposición que, a diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de la tradición picaresca, no parece redimible ni subsanable. Del éxito de la pieza dejan constancia las múltiples representaciones en vida del autor (la primera en Florencia, en 1520), incluida una en Roma, por deseo expreso del papa León X, así como sus diferentes ediciones, de las que se conservan dos, una de ellas en Venecia, con fecha de 1522.

El arte de la guerra se presenta bajo la forma de un diálogo ambientado en 1516, aunque el texto se escribió probablemente entre 1519 y 1520. Su protagonista, Fabrizio Colonna (capitán italiano al servicio de España), charla amigablemente con sus interlocutores, todos ellos del círculo de los *Orti Oricellari*: Cosimo Rucellai (muerto en 1519), Zanobi Buondelmonti (a quienes dedica los *Discursos*), Luigi di Piero Alamanni y Battista della Palla. Algunos temas se encuentran ya en *El príncipe* o en los *Discursos* —por ejemplo, la crítica de los soldados mercenarios y la indisciplina e inmoralidad de los soldados modernos; o la afirmación de la aparente incompatibilidad entre el espíritu militar clásico y la moral cristiana, etc.—, pero el tema dominante no es otro que la superioridad del arte militar romano, basado en ejércitos no profesionales, la batalla en campo abierto y en torno a la infantería; frente a este modelo tenemos las tendencias modernas, en que destacan los mercenarios, la caballería, las fortalezas, la artillería, etc. Ya en 1521 se publicó la primera edición del texto en Florencia, lo que procuró a Maquiavelo una cierta fama como conocedor de las cuestiones militares.

La incesante actividad literaria de este período arroja otros textos de valor desigual. Por ejemplo, su *Favola di Belfagor arcidiavolo*, un breve cuento burlesco de tonos misóginos; dos poemas (un *Capitolo pastorale*, del género bucólico, y una *Serenata* en octavas de estirpe ovidiana), además de una adaptación en prosa de la *Andria* de Terencio.

Vuelta a la vida pública. «Vida de Castruccio Castracani de Lucca». «Historia de Florencia». «Discursos sobre la situación de Florencia». Amistad con Guicciardini

Durante este período, Maquiavelo empezó a ser llamado de nuevo para desempeñar algunas misiones menores. Estos trabajos, aunque de naturaleza esencialmente privada, muestran ya una aproximación a los Médicis y un cierto carácter público, por cuanto las propias instituciones de la República estaban interesadas en que llegaran a buen puerto. En 1518, un grupo de mercaderes florentinos le encargó que fuera a Génova para gestionar la bancarrota de un florentino. Una misión parecida le fue encomendada, en julio de 1520, en la ciudad de Lucca, donde Maquiavelo estuvo casi dos meses. Durante su estancia el florentino compuso un *Sommario delle cose della città di Lucca*[81] (breve exposición de las instituciones de la ciudad) y su *Vida de Castruccio Castracani de Lucca*, una breve biografía de este legendario capitán luqués. Precisamente esta obra, leída y comentada por muchos de los frecuentadores de los *Orti Oricellari*, se considera un ensayo o prueba que le valió a Maquiavelo para ser finalmente elegido por los Médicis para escribir la historia de Florencia.

En efecto, como ya hemos señalado, tras la muerte de Lorenzo de Médicis el Joven (mayo de 1519) pareció levantarse el veto mediceo contra el antiguo secretario de la República. En marzo de 1520 se produjo una primera reunión entre Maquiavelo y el cardenal Giulio de Médicis, propiciada nuevamente por algunos de sus amigos de los *Orti*. En noviembre de 1520 los oficiales del Estudio eligieron a Maquiavelo para la composición de unos anales y crónicas de Florencia, a cambio de cien florines «de estudio» anuales. En efecto, el ex secretario se dedicó durante años a la redacción de la *Historia de Florencia* (las *Istorie fiorentine*), que narra la historia de la ciudad desde sus orígenes hasta 1494, año de la expulsión de los Médicis. Se compone de ocho libros, de los cuales es especialmente relevante el primero, por ser una introducción general a la situación italiana tras la destrucción del Imperio romano, en la que se combina la pura narración con el recurso dramático y moralizante de los discursos puestos en boca de diferentes personajes. No faltan las teorizaciones en forma de reglas generales de naturaleza histórico-política, ni las descripciones particularmente dramáticas de acontecimientos claves (la conjura de los Pazzi, la revuelta de los Ciompi, etc.). Desde el punto de vista metodológico, el propio Nicolás Maquiavelo señaló que su originalidad consistía en haber dado mucho más peso que sus predecesores a los conflictos internos para explicar la evolución de la ciudad.

Entre sus muchas líneas argumentales pueden destacarse dos, relevantes por su carga crítica. Por un lado, el declive general de las provincias italianas, propiciado en buena medida por el efecto negativo de la religión y el papel político de los papas, y que culminará en el período de pacífica molicie conocido como la Paz de Lodi (1434-1494); por otro lado, el diagnóstico de debilidad incurable de Florencia, donde el conflicto interno se salda sistemáticamente, a diferencia de Roma, con un resultado fratricida y partidista. Si ya era delicado presentar estos temas ante el cardenal Giulio de Médicis, mucho más delicado era sin duda el tratamiento que debía dar al describir el papel desempeñado por la familia medicea en la historia de la República. De tales escrúpulos da fe una carta enviada a Guicciardini (*N. Maquiavelo a F. Guicciardini* [30-8-1524])[82] —en la que Maquiavelo se preguntaba si su narración podía hacer que alguien se sintiera ofendido—, pero sobre todo el testimonio de Donato Giannotti,[83] amigo de Maquiavelo que, en una carta de 1533, afirmaba que éste le había confesado que, llegada la ocasión, pondría en boca de los adversarios de los Médicis lo que él mismo pensaba sobre la forma y los efectos de su influjo sobre Florencia. Los primeros cuatro libros se compusieron antes de diciembre de 1522, y el resto, antes de marzo de 1525.

Junto a los *annalia*, el Estudio encargó también a Maquiavelo otras tareas entre las cuales parece que estaba la redacción de un análisis y propuesta sobre la reforma constitucional de Florencia, el conocido como *Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Médicis (Discursus rerum florentinarum post mortem iunioris Laurentii Medices)*,[84] fechado entre noviembre de 1520 y enero de 1521, por encargo expreso del cardenal Giulio de Médicis. La propuesta de Maquiavelo era bastante peculiar, y debe explicarse a partir del hecho circunstancial de que en el momento los máximos representantes de la familia Médicis eran dos eclesiásticos sin

descendencia. En este contexto se abogaba por una transición a la República popular florentina, que pasaba por la restauración del Gran Consejo (abolido por los Médicis en 1512) y la alianza entre el pueblo y la facción medicea a expensas nuevamente de la oligarquía florentina.

En la primavera de 1521, Maquiavelo rechazó una oferta como secretario de Prospero Colonna, hermano del Fabrizio Colonna que era protagonista principal de la obra *El arte de la guerra*. Sus mejoradas relaciones con los Médicis siguieron dando sus frutos. En mayo de ese mismo año, la magistratura de los Ocho le envió a Carpi con una misión pública a todos los efectos y de relativa importancia: se trataba de asistir al capítulo general de los frailes franciscanos para promover una provincia franciscana independiente, lo cual permitiría que Siena, sede central de la Orden, no controlara a los frailes residentes en territorio florentino. Lo cierto es que la misión no arrojó resultados significativos. En el transcurso de la comisión, los cónsules del Gremio de la Lana encomendaron una nueva tarea a Maquiavelo, ésta sí francamente modesta, consistente en convencer a un fraile para predicar en el Duomo durante la cuaresma, lo que propició un intercambio de bromas con Guicciardini retratado en su correspondencia.

En efecto, la estancia de Maquiavelo en Carpi fue largamente recordada gracias a que aquí se inició un intercambio epistolar con Francesco Guicciardini, el célebre político e historiador italiano. Guicciardini era gobernador de Módena desde 1516, y en 1521 se convirtió en lugarteniente de las tropas de la Santa Sede. Esta circunstancia contribuyó a que Maquiavelo volviera a una vida pública de mayor relieve, como puente entre Guicciardini —al mando de las tropas de la Iglesia— y Florencia, o en los preparativos militares de la ciudad. El intercambio epistolar con el político e historiador fue sensiblemente más breve y de un tono algo diferente al mantenido con Vettori. Por razones obvias, no volvemos a ver a Maquiavelo quejarse de su suerte, aunque la misión de Carpi propició la broma y la ironía de Guicciardini a costa de la pérdida de categoría en las embajadas del *quondam* secretario. Y fue el propio Maquiavelo, que firmaba algunas cartas como «embajador florentino en la república de los frailes», el que optó por hacer burla y chanza de todo, incluido él mismo, aunque pueda entreverse un fondo de amargura ineluctable. En medio de la trama cómica y burlesca del intercambio epistolar, Guicciardini ofrece su célebre descripción de Maquiavelo: «Extravagante respecto de la opinión común, e inventor de cosas nuevas e insólitas» (*F. Guicciardini a N. Maquiavelo* [18-5-1521]),[85] y Maquiavelo, al cabo de unos años, firmó en una carta a Guicciardini un epígrafe cabal de sí mismo: «Historiador, cómico, trágico» (*N. Maquiavelo a F. Guicciardini* [21-10-1525]).[86] Las cartas retratan, por lo demás, otras facetas de la relación entre ambos, en particular la ayuda de Maquiavelo en ciertos asuntos privados de Guicciardini (concertación de matrimonio para su hija, visita de sus fincas, etc.), pero también algún breve análisis de la situación política y militar, o la preparación de una fallida representación de *La mandrágora* en Faenza.

Tras la misión de Carpi, de apenas diez días, Maquiavelo regresó a Florencia, donde, alternando entre la ciudad y su finca, redactó su *Historia de Florencia*. En agosto de este mismo año se publicó *El arte de la guerra*. En diciembre de 1521 murió León X, y

Giulio de Médicis (Clemente VII a partir de 1523) volvió a solicitar propuestas de reforma constitucional para estabilizar la situación de Florencia. En respuesta, Maquiavelo redactó un breve borrador sobre la cuestión *(Ricordo al cardinale Giulio sulla riforma dello stato di Firenze)* y, poco después, una *Minuta di provvisione per la riforma dello stato di Firenze*,[87] donde se volvió a proponer un regreso, tutelado y gestionado por los Médicis, a los orígenes republicanos florentinos. Sin embargo, en 1522 se descubrió una nueva conspiración antimedicea para matar a Giulio orquestada por viejos amigos de Maquiavelo y compañeros de los *Orti Oricellari* (Luigi di Piero Alamanni, Zanobi Buondelmonti, Jacopo Cattani da Diacceto y Luigi di Tommaso Alamanni). Mientras los dos primeros consiguieron escapar a Francia, los dos últimos fueron ejecutados. Esta vez el descubrimiento de la conjura se saldó sin daño para Maquiavelo, que quedó libre de toda sospecha y pudo mantenerse al servicio de la ciudad y de los Médicis. Sin embargo, que él mismo temiese por su vida parece desprenderse del hecho de que en noviembre de ese mismo año hiciera testamento por segunda vez. En otoño de 1522 escribió un breve escrito *(Istruzione)* con una serie de consejos a Raffaello Girolami sobre cómo desarrollar eficazmente su labor como embajador en España. Mientras tanto, cuatro libros de su *Historia de Florencia* quedaron terminados en diciembre de ese mismo año.

Las noticias sobre los últimos años de Maquiavelo son bastante escasas. En enero de 1525 se representó la *Clizia* en los jardines del rico Jacopo Falconetti, centro de reunión y banquetes frecuentado por Maquiavelo y por Barbara Raffacani Salutati, joven actriz de la que Maquiavelo estuvo enamorado y a la que dedicó dos madrigales. De hecho, la *Clizia*, obra inspirada en la *Casina* de Plauto, podía contener un motivo autorreferencial, puesto que se burlaba del inútil y alocado enamoramiento de un hombre senil por una joven. La obra tuvo gran éxito, y a su representación asistieron importantes nobles florentinos, entre otros, el joven Ippolito de Médicis, por entonces gobernador de Florencia y representante de Giulio que, desde 1523, se había convertido en Clemente VII.

Tiempos de guerra. Últimas voluntades

La nueva relación con los Médicis hizo que los dos últimos años de la vida de Maquiavelo trascurrieran frenéticamente, de misión en misión. En mayo de 1525 estaba ante el papa para consignar los ocho libros de su *Historia de Florencia*, por los que recibió la suma de ciento veinte ducados de oro. Además, en octubre de ese año, gracias a la mediación de Filippo Strozzi, consiguió un aumento de sueldo para redactar otros escritos de naturaleza histórica que quedaron sin acabar, quizás un noveno libro de la *Historia de Florencia* —del que queda un borrador *(Frammenti storici)* fechado a menudo mucho antes— y otros trabajos, como el bosquejo *Nature dei uomini fiorentini*, breve elenco de perfiles biográficos.

Durante este período, Maquiavelo dedicó la mayor parte de su tiempo a actividades más urgentes que la narración histórica. Clemente VII había decidido aliarse con

Francisco I, derrotado y capturado en la batalla de Pavía (febrero de 1525), de manera que la situación italiana y florentina era altamente delicada y la guerra parecía prácticamente inevitable. En julio, el florentino viajó a Faenza, donde se encontró con Guicciardini y donde se barajó la hipótesis de crear una milicia para la guerra contra Carlos V, proyecto que no entusiasmó a Guicciardini y que se demostró impracticable. Una idea de los peligros que se cernían sobre Italia y Florencia la ofrecen las palabras de Guicciardini: «Creo que todos deambulamos *in tenebris*, pero con las manos atadas a la espalda, para que no podamos esquivar los golpes» (*F. Guicciardini a N. Maquiavelo*, [7-8-1525]).[88]

A Maquiavelo se le encargaron nuevas misiones de naturaleza jurídico-comercial y, sobre todo, militar. A finales de agosto estaba en Venecia con una misión relacionada con los intereses de mercaderes florentinos. En abril de 1526, ante la inminencia de la guerra entre Carlos V y Francisco I (aliado con el papa y Venecia), se le encargó asistir a Pedro Navarra, ingeniero militar español pasado al bando francés, que proyectaba un plan de reforzamiento de las murallas de Florencia. Sobre la cuestión de las murallas redactó un informe *(Relazione di una visita fatta per fortificare Firenze)*[89] que entregó personalmente al papa en Roma. Para el caso, se creó además una nueva magistratura (los *Cinque Procuratori delle mura di Firenze*) de la que Maquiavelo fue designado secretario, tomando como ayudante a su hijo Bernardo. En mayo redactó también una *Minuta di provvisione* sobre la cuestión.

Ese mismo mes de mayo se firmó la Liga de Cognac, que comprometía a Francia, al papado, a Venecia, a Florencia y a los Sforza en la guerra contra el emperador. En junio, Maquiavelo fue enviado a Marignano, junto a las tropas de la Liga, para ayudar a Guicciardini en la defensa de Milán, que se rindió a los españoles en julio. En septiembre, Maquiavelo asistió al asedio de Cremona por las tropas de la Liga, sobre lo que elaboró un breve informe *(Disposizioni militari per l'asalto a Cremona).*

Aunque las tropas de la Liga eran muy superiores a las españolas, la guerra dio un vuelco repentino gracias a un golpe de mano en la ciudad de Roma: la noche del 19 de septiembre, la facción de los Colonna, ayudada por los españoles, asaltó y saqueó el Vaticano y San Pedro. Clemente VII se vio obligado a firmar una tregua de cuatro meses, a perdonar a los Colonna y a retirar sus fuerzas del ejército de la Liga de Lombardía. En dos de sus cartas, Maquiavelo escribió que el papa se dejó atrapar «como un niño», confiando más «en la tinta de una pluma que en mil infantes que bastaban para protegerlo» (*N. Maquiavelo a F. Guicciardini* [5-11-1526]).[90] El hecho es que las tropas de la Liga, y con ellas el florentino, tuvieron que abandonar Cremona y retirarse a Piacenza, y desde allí Maquiavelo se dirigió a Florencia, donde se preparaba un ejército para proteger al papa y castigar a los Colonna. Estaba previsto que Maquiavelo fuera el comisario papal de estas tropas, pero su demora en llegar a Florencia y la urgencia de la situación obligó a que se nombrara a Vitello Vitelli en su lugar.

Mientras tanto, un ejército de diez mil lansquenetes luteranos trataba de unirse al ejército español de Carlos de Borbón: una fuerza que, reunida, podía tener efectos devastadores para Florencia o Roma, como resultó ser el caso. En noviembre de 1526,

Maquiavelo se hallaba en Módena con Guicciardini para intentar frenar la llegada de las tropas alemanas. Por estas fechas, Giovanni de Médicis (Giovanni de las Bandas Negras) —al que Maquiavelo, tiempo atrás, había descrito como el líder natural para capitanear los ejércitos de la Liga— se topó en una escaramuza con los lansquenetes y resultó herido de muerte. Lansquenetes y españoles consiguieron reagruparse en Piacenza, así que en febrero de 1527 las tropas de Guicciardini volvieron a tratar de frenar al ejército imperial, ahora en Parma. Maquiavelo pasó unos días en Bolonia, donde entabló amistad con el cardenal Innocenzo Cybo, sobrino de Clemente VII y legado pontificio en Bolonia. Ante la imposibilidad de resistir a las lanzas imperiales, las tropas de Guicciardini se dirigieron entonces al Lacio para intentar reagruparse, y Maquiavelo precedió a Guicciardini para buscar y preparar el alojamiento del ejército. Pero el ejército imperial era más rápido, y el 6 de mayo, dieciocho mil soldados imperiales saquearon Roma durante semanas, mintras el papa se refugiaba en Castel Sant'Angelo con algunos cardenales y quinientos guardias suizos.

Apenas diez días después del célebre saco de Roma, los Médicis fueron expulsados de Florencia y la revuelta trajo de nuevo un régimen republicano popular, basado en el Gran Consejo, que no obstante sólo duró hasta 1530, año en que los Médicis volvieron a dominar la ciudad con el apoyo de España. En ese mismo mes de mayo de 1527, Maquiavelo regresó ya enfermo a una Florencia a la que también acudieron sus antiguos amigos republicanos (Buondelmonti, Alamanni, etcétera). Cabía pensar entonces en la reincorporación de Maquiavelo al nuevo régimen, pero los hombres fuertes de la nueva República no confiaban en él. Es conveniente traer aquí las palabras de Giambattista Busini, contemporáneo de Maquiavelo y acérrimo republicano, cuya versión de los hechos, aunque ya en una carta de 1549, puede ilustrarnos sobre su situación a su regreso a Florencia:

> Maquiavelo huyó de Roma y, habiéndose recuperado la libertad, se allegó hasta allí [Florencia]. Intentó con gran denuedo recuperar su puesto en la magistratura de los Diez. Zanobi Buondelmonti y Luigi Alamanni lo favorecían mucho, pero don Baldassarri y Niccolò di Braccio lo impedían, y la mayoría, a causa de *El príncipe*, lo odiaba: a los ricos les parecía que su príncipe era un documento que enseñaba al Duque a quitarles todos sus bienes; a los pobres, toda la libertad. A los Piagnoni [savonarolianos], les parecía un hereje; a los buenos, un ímprobo; a los malos, más malo y más osado que ellos; de manera que todos lo odiaban.[91]

De nada sirvieron las recomendaciones de los viejos amigos. Aparte de las sospechas de mediceo que pesaban sobre él, al parecer, un buen número de los nuevos dirigentes republicanos eran de filiación savonaroliana, por lo que su fama de irreligioso debió de ayudar muy poco a Maquiavelo. En todo caso, Maquiavelo murió escasas semanas después de su regreso a Florencia, exactamente el 21 de junio de 1527. Desde hacía mucho tiempo ingería píldoras para calmar un dolor de estómago que quizá derivó en una peritonitis. En sus últimas horas estuvo acompañado de algunos de sus viejos amigos (Luigi di Piero Alamanni, Zanobi Buondelmonti, Filippo Strozzi, Jacopo Nardi). Al día siguiente, fue enterrado en la iglesia de Santa Cruz.

Algunos escritos menores son de fecha indeterminada, entre ellos el *Capitolo dell'Occasione* (una traducción libre de 22 versos de un epigrama de Ausonio), el *Capitolo per una compagnia di piacere*, la *Allocuzione ad un magistrato*,[92] la *Esortazione alla penitenza* y el más relevante de todos, el *Discorso intorno alla nostra lingua*, que se ha fechado en torno a 1524. En este escrito, cuya autoría ha sido muy discutida, Maquiavelo polemizaba con quienes defendían la forja cortesana de la lengua y reivindicaba el toscano como tronco principal del italiano.

Por lo que respecta a su muerte, en una presunta carta de Piero Machiavelli, hijo de nuestro autor, se afirma que éste recibió la confesión de un tal fray Matteo justo antes de morir. Ya en el siglo pasado, Tommasini[93] expuso sus más que razonables dudas sobre la autenticidad de esta carta, que probablemente fue ideada por algún familiar para contrarrestar la mala fama de su nombre y el célebre sueño que se le atribuye antes de morir. En efecto, se dice que Maquiavelo contó a sus amigos que había soñado que se aparecían ante él dos hileras de hombres. Una de ellas rebosaba de personas de aspecto humilde y andrajoso, y al preguntar Maquiavelo de quiénes se trataba, se le dijo que eran los bienaventurados, que marchaban camino del Paraíso. La otra hilera estaba formada por un grupo de hombres solemnemente vestidos y de aspecto grave: se trataba de los condenados al Infierno, entre los que Maquiavelo consiguió distinguir a Plutarco y a Tácito. Al preguntársele en qué fila prefería estar, Maquiavelo no mostró ninguna duda: el infierno de los filósofos le parecía mucho mejor que el paraíso de los miserables. Sobre el carácter legendario de este episodio hay que advertir que su narración precisa corresponde al jesuita Étienne Binet, nada menos que en 1626. Como recuerda Procacci, atribuir una muerte blasfema a un enemigo intelectual o político era una práctica bastante habitual en la Europa de la Reforma y la Contrarreforma.[94] Bien puede, pues, tratarse de una invención tardía, aunque un testimonio anterior parece indicar que algo hubo. En efecto, en 1546, el ya antes mencionado Busini habla de un Maquiavelo a punto de morir que ingería píldoras para el estómago y que relataba su «tan celebrado sueño a Filippo, Francesco del Nero […] y así murió, mal contento y entre burlas». La verdad, no parece que Busini pudiera tener mucho interés en concebir un sueño difamatorio contra Maquiavelo, y lo que su testimonio indica es que el florentino, en efecto, debió de contar un sueño que adquirió cierta celebridad en determinados ambientes florentinos. En todo caso, invención o no, el contenido del sueño no parece traicionar el perfil vital de nuestro hombre, sino que, como ha dicho algún intérprete,[95] bien pudiera tomarse como un extracto de su testamento espiritual.

PENSAMIENTO

Filosofía y práctica política

El pensamiento y los escritos de Maquiavelo han sido objeto de intensas y prolongadas controversias ya desde su muerte. La temprana recepción de sus obras, en el contexto de

una Europa marcada por las guerras de religión, se caracterizó por la parcialidad y la instrumentalización, aderezadas a menudo con el desconocimiento del contenido de sus escritos. Se trata de un hecho comprensible si nos situamos en una época en que cualquier alusión al maquiavelismo era más bien un arma para descalificar al adversario que un sistema de pensamiento. Desde mediados del siglo XIX, la historiografía científica ha enfriado bastante el asunto, aunque persiste la tendencia a la enconada disparidad de interpretaciones. Comprensible también, si se repara en que lo que trata de dirimir la historiografía contemporánea es ya de por sí controvertible; piénsese, por ejemplo, en nociones tan discutibles como «ciencia política», «modernidad» o «filosofía» que con frecuencia se tratan de poner en relación con el florentino. La disparidad interpretativa afecta tanto a la veracidad e importancia de ciertos detalles biográficos como al estatus general de su pensamiento, que a menudo se intenta relacionar con dichos detalles.

Una primera dificultad se halla en el propio carácter de la obra de Maquiavelo, que carece de un aspecto sistemático y no está exenta de ambigüedades terminológicas, lagunas e inconsistencias. De hecho, su *vis* literaria hace que, incluso en los momentos más supuestamente teóricos de su obra, ésta se halle siempre jalonada de efectos retóricos y narrativos, algo que facilita las cosas al lector pero que complica la acción del intérprete.

Existe un tipo de interpretación genérica de la figura de Maquiavelo que vamos a considerar en primer término, aunque sólo sea porque ya no volveremos a ella. Se trata de la tendencia, partiendo del carácter asistemático y ambiguo de su obra, a considerar a Maquiavelo como un político práctico o una especie de analista de su tiempo con aficiones literarias y especulativas más bien que como un autor con pretensiones teóricas. La virtud de esta interpretación general se cifra en que explicaría las incongruencias y ambigüedades de su obra, que dependerían entonces del análisis de una coyuntura cambiante tanto en sí misma como en cuanto al enfoque del propio interesado. Así, resultaría que no sólo no estaríamos de ninguna manera ante un filósofo político, sino que su obra tampoco podría ser entendida —a no ser en un sentido muy limitado— como un ejemplo de pensamiento teórico. Maquiavelo se serviría, en efecto, de generalizaciones históricas y políticas, pero sólo a modo de andamiaje para apuntalar sus actitudes y opciones políticas, fundamentalmente coyunturales. Este andamiaje sería puramente instrumental y acomodaticio, y tendría un interés secundario para el propio autor.

Esta imagen de un Maquiavelo extraño y extranjero en el país de los filósofos tiene una larga tradición, e incluso ha sido recientemente reforzada por brillantes estudiosos.[96] Pero no es ésta la perspectiva que defenderemos aquí. Una cosa es que se pretenda que Maquiavelo es un filósofo en el sentido más típico del término, esto es, un autor centrado básicamente en el análisis sistemático de las ideas propuestas por la tradición filosófica, o en este caso filosófico-política; en efecto, es muy posible que no sea ésta una buena manera de caracterizar a Maquiavelo. Pero otra cosa muy distinta es negar la voluntad de teorización de un autor que se esfuerza sistemáticamente en pensar ciertos fenómenos políticos e históricos que necesariamente incumben a la filosofía. Su ingenio y su talento

literario hacen que Maquiavelo sea un autor penetrante y agudo más bien que meticuloso en sus conceptos, lo cual, en efecto, confirma que no nos hallamos ante un pensador sistemático y riguroso, pero nada dice contra una voluntad de teorización que sale al paso en cada página de su obra. Se podría objetar acaso que la actitud racionalizadora no es suficiente para afirmar que estamos ante un teórico o un filósofo de la política, pues ciertamente estas actitudes son atribuibles también al mero analista político. Sin embargo, tampoco es éste, en mi opinión, el caso que nos ocupa: Maquiavelo es un pensador que se pregunta por los fundamentos mismos de su análisis político, fundamentos que él sitúa en el terreno de los grandes procesos históricos o en el ámbito antropológico y de la naturaleza. Y sólo desde esta radicalidad teorizante, que efectivamente se da en Maquiavelo, es posible determinar el campo de lo político en sus relaciones con otros campos, en especial el campo de la moral o el de la religión.

Antes de Bodin y Hobbes

Otra tesis bastante típica de la historiografía es la de que Maquiavelo vendría a ser el fundador de la ciencia de la política, o simplemente que nos hallamos ante el primer científico de la política (Ernst Cassirer, Nicola Abagnano, etc.). Desde luego, un análisis sobre qué puede entenderse por ciencia política y qué contribución puede asignarse a Maquiavelo en relación con esta disciplina nos llevaría demasiado lejos, pero caben, al menos, algunas puntualizaciones al respecto.

En primer lugar, la concepción de la política como una ciencia es una de las pretensiones de la temprana modernidad, contexto en el que ante todo habría que ubicar a Maquiavelo. Sabemos que esta pretensión es deudora, en primer lugar, de la concepción de la ciencia inaugurada por Galileo Galilei y teorizada filosóficamente, en su forma más exitosa, por René Descartes. Las directrices de esta nueva filosofía son bien conocidas. Dejando de lado la fundamentación y la unicidad metafísica de todas las disciplinas, lo más relevante es esa concepción procedimental del conocimiento a través del método, cuyos paradigmas son la geometría y la aritmética, y que se plasma en la descomposición de los fenómenos hasta sus últimos elementos constitutivos (análisis), para luego recomponerlos metódicamente (deducción) y en condiciones controladas. El objeto es conocido sólo cuando se han comprendido las leyes que rigen su composición y descomposición. En este sentido, aunque existen precedentes, es Thomas Hobbes el que nos proporciona el intento más serio en esta concepción analítica y metódica de la ciencia política. De hecho, su mismo contractualismo puede verse como el intento de descomponer el cuerpo político hasta sus elementos más simples —individuos presociales guiados por pasiones elementales—, para entender las leyes y dinámicas de su composición. Pero, mucho más interesante para nosotros, esta concepción de la ciencia implica el rechazo sistemático (en Hobbes no menos que en Descartes) de la silogística dialéctica (basada en cualquier tipo de tópica) y de la prudencia (basada en la experiencia) como fuentes de conocimiento científico.

Dicho esto, parece que Maquiavelo es ajeno a este mandato de metodologización

que pretende ofrecer garantías de certeza sobre el objeto de conocimiento. Aunque Maquiavelo no siempre apele a la experiencia y su forma argumental tenga una evidente dimensión intuitiva y deductiva, en general parece pensar la política como una *téchné*, esto es, como una disciplina que contiene una dimensión práctica y que se basa en la experiencia. La materialidad de su objeto y la incerteza de su praxis impiden un régimen de ideas formal y científico, pero abren el campo a la prudencia, la pericia, la «técnica». De hecho, el florentino se refiere a su propia actividad como el *arte dello stato*, un saber basado precisamente en la experiencia (esto es, extraído de los ejemplos contemporáneos y también de las propias vivencias personales) y en las lecciones de la historia (extraídas mediante el análisis e interpretación de *exempla et casus*). Y no por casualidad Maquiavelo compara a menudo la ciencia política con la medicina o la navegación, actividades basadas en la experiencia y en un acervo de supuestos que, sin embargo, no permiten la exactitud ni la formalización matemática. Desde luego, no pretendemos afirmar que Maquiavelo puede asimilarse sin más a la tradición aristotélica o al eclecticismo humanista. De hecho, no viene mal recordar que el propio Aristóteles parece rechazar (al menos en la *Ética nicomáquea*) la idea de política como *epistémé*, o como *téchné*, argumentando que se trata más bien de una acción dirigida a fines y orientada por la prudencia *(phrónésis)* y no un arte que produzca objeto alguno. Por el contrario, el «arte del estado» maquiaveliano no es mera prudencia o praxis y mucho menos praxis cívica (aunque también será ambas cosas), sino que nos remite al conocimiento de las condiciones y factores que constituyen, perfeccionan o disuelven un objeto específico al que él llama estado: un poder estable extendido sobre un territorio y una población. Por otro lado, es evidente que su profunda actitud crítica y polémica lo desvincula de gran parte de la tradición política. De hecho, la originalidad de Maquiavelo tiene que ver con su rechazo de esa concepción de la política, tan frecuente en el Renacimiento, que hace de ella un saber práctico de carácter formativo pedagógico y orgánicamente vinculado a otras ramas del saber (normalmente a la ética). Aquí cabe quizás asentir a esas palabras de Louis Althusser que hablan de la soledad de Maquiavelo. En todo caso, estamos en una concepción «dialéctica» de la política, que se mueve en el ámbito de la verosimilitud y la prudencia, y al margen de las certezas metodológicas.

Otra cosa muy diferente es plantearnos si la concepción moderna de la ciencia que va de Hobbes a Descartes, al menos en lo que se refiere a sus pretensiones formalistas y procedimentales, no ha sido una pretensión incumplida ya desde sus mismos comienzos, cuando no un mero ejercicio retórico y de autolegitimación. Tales pretensiones entraron muy pronto en crisis (con Giambattista Vico y John Locke) y se recuperó una concepción de la historia y de la política donde no se podía renunciar ni a la dialéctica ni a la experiencia, y donde la verosimilitud tenía tanta presencia como certeza, si no más. Desde este punto de vista, es legítimo preguntarse si Maquiavelo no estará más cerca de nosotros que la versión más metodologista y pretendidamente científica de la modernidad.

Hasta ahora sólo nos hemos referido a la ciencia política moderna en su dimensión formal y procedimental, y nada hemos dicho de la naturaleza de su objeto propio, porque

el pensamiento moderno aborda la política desde y en función del Estado moderno, un fenómeno que, aunque no consolidado, prácticamente está en marcha en tiempos de Maquiavelo. El Estado moderno supone, claro está, la dotación de un derecho formal positivizado (estable y previsible), la profesionalización y especialización de la administración (burocratización), la separación entre los medios de administración y los administradores, y, en fin, toda una serie de fenómenos subsidiarios o concomitantes —ejércitos permanentes y, por tanto, presión fiscal, control demográfico y censo preciso, desarrollo de la burguesía y la economía capitalista, etc.— cuya discusión nos apartaría de nuestra materia. Pero el Estado moderno nos remite también a la verticalidad del Estado, a la escisión entre gobernantes y gobernados, a la necesidad de conjugar derechos y legitimidad (basada en el consentimiento popular y en el aparente respeto de la legalidad y la norma), y a la razón de Estado, la excepción, la lucha por el poder.

Para conjugar todos estos elementos y bajo el objetivo básico de la conservación, el Estado moderno se piensa a partir de un fundamento normativo que no es otro que el concepto de soberanía —asistido, a su vez, por elementos como el «estado de naturaleza» o el «contrato»—, lo que permitía un sustrato identitario y soldaba la brecha entre gobernantes, gobierno y administración. En fin, se trata de un dispositivo conceptual que culmina nuevamente en Hobbes y que en todo caso no está disponible al menos hasta los *Seis libros de la República*, de Jean Bodin (1576). Ahora bien, si la soberanía es nuevamente el producto de un cierto formalismo que pone el acento sobre el fenómeno de la legitimidad del poder, Maquiavelo se halla en una problemática diferente. Esta problemática no es otra que la dimensión existencial del Estado y, por ello, Maquiavelo ve en la fuerza (preeminentemente militar, pero también territorial, social), no menos (y quizá como factor más decisivo) que en los ordenamientos jurídicos y en las leyes, el elemento decisivo del orden político, mientras que la legitimización es algo relativamente secundario, reservado a la intervención de instituciones como la religión.

Parece evidente, pues, que Maquiavelo se mueve de nuevo en un programa relativamente ajeno al pensamiento político moderno, y que su intervención supone una perturbación para todo intento de determinar la esencia del Estado exclusivamente desde lo jurídico o desde cualquier instancia normativa. Alguien describió su pensamiento como «una filosofía de la fundación sin pregunta por el derecho de la fundación».[97] Resulta comprensible también en este sentido que el nombre de Maquiavelo fuera fácilmente ajustable a la crítica del formalismo normativo en la concepción del Estado. En cualquier caso, cabe recordar que, como en la cuestión de los aspectos metodológicos, el formalismo y el legalismo fueron problemáticos ya desde los mismos inicios de la modernidad, por lo que es razonable que Maquiavelo pueda considerarse como un punto de referencia para toda corriente que critique el normativismo como clave para entender la política y el Estado.

Así pues, aunque Maquiavelo suponga un antes y un después en la historia del pensamiento político, su identificación con éste sólo puede hacerse partiendo de su propia crisis y pluralidad interna. En definitiva, hablar de Maquiavelo como fundador de la ciencia política en general puede inducir a confusión, en especial si entendemos

«ciencia política» en la acepción típica y restringida que adoptó el ideario de la temprana modernidad. En este sentido, como acabamos de decir, su obra supone una interpelación perturbadora y quizás ineludible, más bien que el fundamento en positivo del pensamiento político moderno.

La ruina de Italia, la pluralidad de causas y el Estado burgués

Antes de interpretar los elementos más importantes del pensamiento político de Maquiavelo es preciso efectuar alguna consideración directamente relacionada con el contexto histórico-político que le tocó vivir y en el que se gestó su pensamiento. Salta a la vista que toda la obra de Maquiavelo está impregnada del momento histórico que viven la República florentina y la Italia de su época, y es bien sabido en qué consistió, al menos para él, ese momento: una profunda crisis de las repúblicas y los Estados italianos que, a partir de 1494, convierten a Italia en el teatro de operaciones de la lucha por la hegemonía europea entre España y Francia.

Hasta qué punto estas circunstancias determinaron el pensamiento de Maquiavelo se constata con sólo pensar que las referencias al problema de Florencia e Italia son constantes en toda su obra y alcanzan su cenit en la famosa exhortación a liberar Italia del *barbaro dominio* con que se cierra *El príncipe*. También en los *Discursos*, por poner otro ejemplo, leemos que no es un buen momento para nacer en Grecia o en Italia, pues «en los [tiempos] actuales nada le compensa de tan gran miseria, infamia y vituperio; porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, ni se observa la ordenanza militar; manchando todas las conciencias los vicios más repugnantes» (*Discursos*, II, prólogo).

La noción de la *misera Italia* y la apelación a liberarse de los bárbaros es un tópico recurrente desde tiempos de Petrarca, y como ya destacara Erasmo, los políticos italianos de principios del XVI —piénsese, por ejemplo, en Julio II o los mediceos León X y Clemente VII— usaban la diatriba contra los bárbaros para justificar cualquier guerra, alianza o infidelidad. Pero en el caso de Maquiavelo, es obvio que el dominio extranjero —bárbaro o no— es algo más que un tópico: es el hecho por excelencia que toca pensar y remediar. Así, el florentino traza un completo cuadro clínico de la decadencia italiana del que merece la pena extraer algunos elementos.

Para empezar, la causa próxima del declive italiano habría que situarla en los sesenta años de la Paz de Lodi (1434-1494), un período que predispuso a los italianos a una cómoda molicie y les hizo olvidar las virtudes militares y la necesidad de la guerra, asunto que dejaron en manos de ejércitos mercenarios y de las potencias extranjeras. Es éste el diagnóstico que aparece en su *Historia de Florencia*, donde se habla de esos sesenta años de paz y preparación de la servidumbre de Italia, años donde no había sitio para la «fortaleza de los soldados, la virtud de los capitanes o el amor a la patria de los ciudadanos» (*Historia de Florencia*, V, 1). En *El arte de la guerra* se corrobora el diagnóstico y se culpa a los líderes italianos que, con su cultura refinada y autocomplaciente, han preparado la ruina de Italia:

> Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba a una persona de su condición aprender a redactar una hábil respuesta, a escribir una bella carta, o mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión, saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar a los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar a sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregado al ocio corruptor […]. No comprendían los desgraciados que se preparaban a ser víctimas del primero que les acometiera. Esta fue la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las sorprendentes pérdidas que empezaron en 1494. (*El arte de la guerra*, VII, 388-389.)

Podríamos aducir más textos que redundan en lo mismo (por ejemplo, el capítulo XII de *El príncipe* o el capítulo XVIII del Libro II de los *Discursos*), pero aquí basta con retener que es obvio que Maquiavelo ve la causa de la decadencia italiana en ese ocio propiciado por la Paz de Lodi, en esa especie de molicie que conduce a debilitar los órdenes y virtudes militares y cívicos (con los requeridos sacrificios). Un ocio rodeado de fenómenos concomitantes y coadyuvantes: la ineptitud y la falta de visión de los líderes políticos, el papel negativo del papado para la creación de un Estado fuerte, la debilidad de la religión o su simple ausencia, la excesiva riqueza de los ciudadanos privados y pobreza de lo público (para el caso de Florencia), etcétera. Es así que la Paz de Lodi no se interpreta ya como aquellos buenos tiempos que no volverán, sino como la causa y la antesala del escenario de servidumbre posterior. Y este caso concreto y coyuntural de la servidumbre italiana prueba además que una prolongada paz (*Discursos*, II, XXV) y, en general, los tiempos en que predomina el *otium* (*Discursos*, I, VI), son auténticos disolventes de las virtudes militares y cívicas y, por lo tanto, una de las causas generales más comunes del declive de muchas repúblicas y Estados. Podríamos, en realidad, ir más allá y ver cómo ese mismo ocio se relaciona con causas de índole antropológica, como es la naturaleza ambiciosa y mezquina del hombre —la relación entre ambición y ocio, tal como viene retratada en su poema sobre la ambición *(Capitolo dell'Ambizione)*, tiene efectos, como en el caso de Italia, devastadores—, e incluso con causas geopolíticas y cosmológicas: el número de repúblicas en competición, la migración geográfica de la virtud, etc.

Si nos centramos en el caso de la decadencia de Roma, por el que Maquiavelo se interesó especialmente, se observa igualmente una pluralidad de causas relacionadas. La destrucción de la República estuvo para Maquiavelo conectada a dos causas particulares: en primer lugar, la promulgación de las leyes agrarias, que propiciaron un desequilibrio social y la consiguiente lucha de clases y de facciones que nutrió a personajes como Julio César (*Discursos*, I, XXXVII; III, XXIV). Así, si el conflicto fue un elemento positivo en los primeros tiempos de Roma, la subsiguiente lucha de facciones hizo que la legislación, los honores y los cargos públicos se redujeran a un elemento estratégico de esta lucha (*Discursos*, I, XXIX; III, XXVIII). En segundo lugar, la excesiva y rápida expansión territorial imposibilitó un buen gobierno apropiado de colonias y provincias y significó la prolongación de los cargos militares, que aumentaron su poder granjeándose la lealtad personal de sus ejércitos (*Discursos*, III, XXIV). Además, se mencionan otras causas genéricas, como la corrupción de la moralidad romana debido a la influencia que ejercían sobre Roma las culturas conquistadas (*Discursos*, II, XIX) y sobre todo la corrupción de

la religión romana (*Discursos*, II, XII), o incluso un hecho puramente fortuito: los hombres virtuosos se hicieron menos numerosos con el curso del tiempo, y nadie pudo entonces oponerse a la insolencia de los ambiciosos (*Discursos*, III, I).

Maquiavelo no estaba interesado exclusivamente en dilucidar los problemas políticos e históricos de su tiempo. Tampoco se limitó a analizar la coyuntura política desde una explicación simple, sino desde una pluralidad de causas próximas e inmediatas que se compaginan con causas genéricas y de naturaleza no específicamente política. Por todo ello, nuevamente, me parece un error reducir a Maquiavelo al papel de político práctico aficionado a las especulaciones, o querer poner el límite de su pensamiento en el momento histórico que le tocó vivir o en su situación personal. Más bien todo indica que es la excepcionalidad del momento vivido por Maquiavelo lo que le permite pensar lo político en una de sus condiciones más radicales: el problema mismo de la realidad existencial del Estado. Así, la reflexión sobre la crisis de Italia permitirá a Maquiavelo pensar, con el trasunto especular de la República romana y el Imperio, la fundación, la crisis y la destrucción de los Estados en general.

Por otro lado, el intento de contextualizar el pensamiento de Maquiavelo ha llevado a interpretarlo, como en el caso de Antonio Gramsci o de Max Horkheimer, como un defensor del Estado burgués en su lucha contra los residuos medievales y feudales de la Italia del momento, en especial del papado.[98] En efecto, lo que parece innegable es que Maquiavelo responsabiliza al papado del fracaso para conseguir un Estado unificado en Italia (*cf. Discursos*, I, XII; *Historia de Florencia*, I, 9). Además, es también indudable que Maquiavelo es contrario a esa aristocracia feudal que, según él, es la responsable de la corrupción y la debilidad política de ciertas zonas de Italia (*cf. Discursos*, I, LV). Es curioso que este mismo argumento le sirva a otro pensador marxista para criticar el nostálgico y anacrónico municipalismo de Maquiavelo y su visión patrimonialista del Estado principesco que, según este comentarista, le habría impedido entender los fundamentos objetivos del Estado moderno,[99] basados en la relación —tensa pero productiva— entre la oligarquía nobiliaria y cortesana y el absolutismo monárquico. Tengo para mí que este tipo de juicios se arriesgan a un estéril anacronismo. La construcción del así llamado Estado burgués fue un proceso que en tiempos de Maquiavelo todavía estaba en ciernes y que convivía con otras formas burguesas peculiares (las repúblicas italianas y alemano-suizas) o con potentes formas estatales que a duras penas pueden llamarse modernas o burguesas, como el proyecto imperial español. Cuando Maquiavelo critica los restos y particularismos feudales, es muy posible que no lo haga desde los supuestos del nuevo pensamiento burgués, sino desde una realidad burguesa y republicana que llevaba ya siglos instalada en la Toscana, procedente del mundo medieval y con rasgos diferenciados de la moderna burguesía. Y tampoco parece criticable la ceguera de Maquiavelo por no haber visto en la monarquía nobiliaria la clave para transitar hacia el Estado moderno. Primero, porque la tensión entre monarquía y nobleza dio resultados muy diferentes (en Francia, en Inglaterra o en España), y sobre todo, porque la preocupación principal de Maquiavelo no era inventar un Estado moderno al gusto de los intérpretes del siglo XX, sino simplemente la necesidad

de crear un orden político capaz de competir política y militarmente con dos realidades (las monarquías española y francesa) que exigían un gran Estado centralizado en Italia. Por supuesto, este Estado sólo era pensable destruyendo los particularismos feudales y valiéndose de los recursos proporcionados por las estructuras burguesas del centro de Italia, pero nos hallamos ante medios coyunturales para una situación concreta, no ante un proyecto dictado por una necesidad intrínseca a su forma de entender el Estado.

Público y privado. Amigo y enemigo. Realismo y «verità effettuale»

En *Parole da dirle sopra la provvisione del danaio*..., un escrito breve, ocasional y redactado una década antes de *El príncipe*, se muestran ya algunas de las líneas maestras que conformarán el pensamiento de Maquiavelo. Se parte allí, para empezar, de la uniformidad en la historia de las relaciones humanas, algo que le permite a Maquiavelo relacionar y comparar los fenómenos históricos de la Antigüedad y de su propio tiempo.[100] Se asume, pues, una cierta igualdad de la naturaleza humana, sesgo naturalista que permite hallar esas constantes antropológicas sin las que sería imposible establecer equivalencias entre situaciones históricamente diferentes, o postular que las mismas causas operen los mismos efectos en tiempos y circunstancias distantes. Y se asume, sobre todo, la separación radical de las relaciones entre ciudadanos y las relaciones entre Estados: «Entre privados, las leyes, los documentos y los pactos obligan a observar la palabra, pero entre los señores, sólo las armas obligan a cumplirla» (*Discurso sobre la provisión de dinero*, traducción de Marchaud, pág. 414).

Esta específica «lógica» del Estado da pie a dos argumentos independientes que, de haberlos conocido, seguramente no habrían disgustado a Carl Schmitt. El primero, que «toda ciudad, todo Estado, debe considerar como enemigos a todos aquellos que puedan abrigar la esperanza de quitarles lo suyo sin resistencia posible» (*Discurso sobre la provisión de dinero*, pág. 413); el segundo, que si la protección exige la obediencia, esta equivalencia funciona también a la inversa: no hay ni puede haber obligación donde no se cuenta con fuerzas que aseguren la protección y el castigo de la desobediencia: «Los hombres no pueden y no deben ser fieles siervos de aquel señor que ni puede defenderles ni corregirles» (*Discurso sobre la provisión de dinero*, pág. 413). Se conforman así algunos de los rasgos típicos de ese «arte del Estado» que postula una dimensión independiente de la política internacional y las relaciones jurídicas y sociales entre individuos. La diferencia entre una dimensión y otra es clara: las relaciones entre individuos están normalmente sometidas a una estructura normativa sostenida por una fuerza autorizada a la que es posible apelar. Las relaciones entre Estados carecen de esa estructura normativa y, por tanto, el elemento decisivo en ellas es la fuerza. La fuerza —la capacidad organizada y sistemática de generar violencia— permite no sólo defenderse de los enemigos, sino conservar los amigos, los aliados y los súbditos. Estamos así ante el elemento originario donde reposa no sólo la seguridad, sino el derecho mismo del Estado, pues donde la existencia está en peligro, el derecho carece de todo sentido. Vemos así, pues, que el punto de partida de Maquiavelo supone un espacio de autonomía para la

política diferenciado de las relaciones jurídicas entre individuos y, desde luego, de cualquier dimensión moral. Esta nueva lógica no es otra que la de la supervivencia y la realidad existencial del Estado, que lleva a Maquiavelo a pensar lo político desde la lógica de la eficacia o, si se quiere, desde un realismo descarnado.

Es ya un tópico pensar en Maquiavelo como el maestro del realismo político. El tópico es cierto en lo básico, aunque caben algunas precisiones. A nadie se le escapa que cierto realismo en la doctrina política es inherente a todo discurso político que quiera ser aplicable o útil para su tiempo: ¿qué pensamiento político renuncia a ser útil? Incluso la tradición utópica e idealista propiamente dicha no deja de tener aspectos realistas, aunque sólo sea para adoptar una forma negativa y crítica, o incluso como cobertura moral de situaciones de dudosa legitimidad. No se trata, pues, aquí de realismo en ese sentido de doctrina útil y eficaz para su tiempo, sino más bien de un pensamiento que renuncia a refugiarse tras instancias morales o jurídicas que permitan la redención última de los elementos poco amables de la política. Un pensamiento que puede rastrearse sin duda en las narraciones de Heródoto, Tucídides o Polibio, en algunas partes de la *Política* de Aristóteles o en ciertos humanistas próximos a Maquiavelo, como es el caso de Bartolomeo Platina o Giovanni Pontano.[101] Ahora bien, en general, en mi opinión sigue manteniéndose una diferencia crucial, y es que lo que entre los historiadores griegos y latinos se mantiene todavía en el ámbito de la descripción, de la excepción o, en todo caso, se resiste a la normalización, con Maquiavelo logra infiltrarse irresistiblemente en la esfera de la propia legitimidad del discurso. Después de Maquiavelo, la política será eficacia o no será, anudándose sin remedio al ámbito de lo viable, de lo efectivo. Poco importa en este sentido que la pretensión de realismo se quede en eso, una mera pretensión más bien retórica. Lo que Maquiavelo pone de relieve tanto en *El príncipe* como en sus *Discursos* es que, sin apelar a la eficacia, la política no es legítima, y no lo es porque, a diferencia de la ética o la religión, se trata de una actividad por esencia pública cuyo valor en el ámbito de las intenciones, de la voluntad o de la subjetividad es precisamente nulo. Puede decirse que, a partir de *El príncipe*, el discurso político por definición, incluso el de los que siguen apelando en primer término a cualquier trascendencia jurídica o moral, queda pendiente de ratificación por el tribunal de la eficacia, de la funcionalidad y la viabilidad.

Es bien sabido que Maquiavelo expresa ese apego a la eficacia con ese «ir directamente a la verdad efectiva *(verità effettuale)*[102] del asunto, dejando a un lado su representación imaginaria». El asunto *(la cosa)* a la que se refiere Maquiavelo es el comportamiento de los príncipes, pero en realidad puede hacerse extensivo al funcionamiento del poder político en general. El florentino no se limita a decir que muchos han imaginado el comportamiento de los príncipes, sino también que «muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente» (*El príncipe*, XV). Así pues, en estos textos se parte de una polaridad entre realidad y apariencias que se vehicula a través de metáforas sensibles: la realidad (palpada por pocos) frente a las apariencias (que todos ven). La quiebra entre realidad y apariencia (*cf.* también *Discursos*, I, LIII; II, XV; II, XXII; II, XXVII, etc.) instaura una

desconfianza generalizada que se extiende a su vez a la interpretación de los hechos dada por la tradición, siempre mediada, entre otras cosas, por la adulación y el miedo a los vencedores (*Discursos*, I, X; I, LVIII; II, prólogo; *El arte de la guerra*, II). Lo que se ha roto aquí es la identificación entre poder y legitimidad, entre comportamiento político y «opinión pública». Pero no se ha roto —y esto es lo relevante— porque el príncipe o los dirigentes políticos sean usurpadores, arteros o manipuladores, sino que son la propia naturaleza vertical de Estado y las necesidades anexas al poder (la futura razón de Estado) las que instauran necesariamente esa escisión. Tratemos ahora de sintetizar cuáles serían los supuestos fundamentales de este realismo político:

1. Un cierto pesimismo antropológico sin el que, como hizo notar Carl Schmitt, la política misma sería superflua. Es célebre la frase de Maquiavelo según la cual el que quiere dar leyes a un Estado «debe suponer a todos los hombres malos» (*Discursos*, I, III), y a lo largo de toda la obra de Maquiavelo se encuentra una naturaleza humana tendente al egoísmo y ambiciosa, descrita expresivamente en *El príncipe*: «Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los tratas bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, mas siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta» (*El príncipe*, XVII).
2. Una caracterización del Estado como una entidad abocada al conflicto externo e interno, que evidentemente tiene sus raíces en esa antropología poco optimista. En este sentido, acabamos de ver que, para Maquiavelo, el Estado debe considerar enemigo suyo cualquier otro Estado con fuerza suficiente para actuar contra él impunemente. Más interesante es el conflicto interno. En su *Historia de Florencia* habla de los «graves y naturales antagonismos que existen entre los hombres populares y los nobles» (*Historia de Florencia*, III, I); en *El príncipe*, este antagonismo había sido conectado con la ambición de los poderosos y con el deseo de «no-dominación» del pueblo: «[…] pues en toda ciudad se hallan esos dos humores contrapuestos. Y surge de que el pueblo desea que los notables no le dominen ni le opriman, mientras los notables desean dominar y oprimir al pueblo» (*El príncipe*, IX). La contraposición se reitera en diversos lugares de los *Discursos*: «[…] en toda república hay dos humores , el de los nobles y el del pueblo» (*Discursos*, I, IV); «habiendo en todas las repúblicas una clase poderosa y otra popular» (*Discursos*, I, V). Sin embargo, esta idea de la natural enemistad entre «ricos» y «pobres», o entre «quienes mandan» y «quienes son mandados», tiene, en realidad, poco de natural; es decir, no es un elemento propio de ningún «estado de naturaleza», sino un elemento intrínseco a la vida en sociedad, un elemento, si se quiere, estructural de cualquier sociedad históricamente dada.
3. La aceptación del carácter jerárquico de las relaciones de poder que, por tanto, implican un cierto grado de desigualdad política y de asimetría epistemológica

entre gobernantes y gobernados. Es ésta la cuestión a la que nos referimos más arriba entre poder y opinión pública, y que abrirá el espacio que la «razón de Estado» tratará de ocupar y solucionar. Es un tema que aparece ya en textos tan tempranos como *Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati*: «Yo he oído decir que la historia es la maestra de nuestras acciones, y en especial de los príncipes, y el mundo siempre estuvo habitado del mismo modo por hombres siempre con las mismas pasiones, y que siempre hubo quien obedece y quien manda, y quien obedece de mala gana y quien obedece solícito, y quien se rebela y quien es reprimido» (*Cómo tratar a los pueblos rebeldes de Valdichiana*, pág. 199). En cualquier caso, puede rastrearse en otros lugares, como en el ya mencionado capítulo XV de *El príncipe*.

4. La imposibilidad de hallar propuestas perfectas o soluciones sin inconvenientes, y la aceptación, por consiguiente, del mal menor (*Discursos*, I, VI; *El príncipe*, XXI). Se concluye así que no existen soluciones perfectas, porque toda opción que se adopte implica sacrificar otras opciones: «Porque quien examine atentamente las cosas humanas observará que, cuando se evita un inconveniente, siempre aparece otro. […] Conviene, pues, en todas nuestras determinaciones escoger el partido que menos inconvenientes ofrezca, porque ninguno hay completamente libre de ellos» (*Discursos*, I, VI). Así las cosas, la política no puede instalarse en el Paraíso: es necesario «conocer la vía del Infierno», siquiera sea «para evitarla»; es inevitable asumir como bueno el «partido menos malo», como único bien, siempre relativo, que puede esperarse de la política.[103] Pero nunca debe olvidarse que elegir el mal menor es siempre, al fin al cabo, «asumir el mal» (consista éste en lo que se quiera) como carga obligada de la política. Esta cuestión se relaciona indudablemente con la dialéctica mediosfines, el uso de la fuerza y la ruptura de la legalidad cuando fines superiores así lo exigen. Algo que nuevamente nos reconduce a las problemáticas que, a partir de Giovanni Botero, serán abordadas por la razón de Estado.

El resultado que arroja este realismo es una concepción de la política en términos de relaciones de poder y de lucha, en cuyo marco las formas jurídicas, morales e ideológicas son cruciales pero secundarias respecto de la fuerza. Llegamos así a una de las expresiones fundamentales del principio de la eficacia: el carácter estratégico de la fuerza como fundamento último del poder político. La cuestión de la *forza* se manifiesta como esencial en los casos extraordinarios, es decir, allí donde la legalidad no existe, donde es ineficaz y no se puede defender a sí misma, o donde se pretende que sea radicalmente transformada (reformas, revoluciones). Además, la fuerza es obviamente la clave para entender las relaciones internacionales entre Estados.

Este término, que aparece en Maquiavelo en no pocas ocasiones y con sentidos diversos, ha merecido la atención de numerosos estudiosos.[104] Maquiavelo lo usa en su famoso pasaje en torno a las dos formas de luchar que tiene el hombre al margen de la

legalidad y simbolizadas por la astucia (la zorra) y la fuerza (el león). Dejando a un lado la cuestión de la astucia —que puede entenderse también como una expresión de fuerza —, está claro que la fuerza tiene como principal y último recurso el uso de la violencia. Evidentemente existen muchas formas de poder no basadas en la fuerza que son efectivas. La cuestión es que, para decirlo con Carl Schmitt, la excepción representa aquí la regla: cuando la autoridad, el prestigio y cualquier poder amparado por la legalidad o la tradición fallan debido a su debilidad, la fuerza es el elemento privilegiado encargado de imponerlos, recomponerlos o destruirlos.

Además, la violencia está en la base de la fundación del Estado, que Maquiavelo presenta como respuesta ante una amenaza física exterior, de manera que los primeros dirigentes pueden relacionarse con la defensa física de la comunidad (*Discursos*, I, II). La fuerza se manifiesta de muchas maneras, pero es obvio que, en último término, su más pura expresión es la capacidad de generar violencia y destrucción, esto es, la fuerza organizada del poder militar. De ahí la importancia estratégica de la cuestión militar en el pensamiento maquiaveliano, a la que dedica tantos razonamientos y esfuerzos. Es obvio que la fuerza es fundamentalmente un recurso tan efectivo o más en su carácter amenazador que en su uso propiamente dicho —que implica, además, un enorme desgaste para quien la usa—, y en su uso le conviene una economía que tienda a su conservación, más que a su consumo. De ahí que el florentino recomiende su uso exclusivo para casos extraordinarios (en los que la legalidad no es efectiva) y también su dosificación: por ejemplo, su uso, cuando necesario, intenso pero breve (*El príncipe*, XV). En cualquier caso, como acabamos de ver, Maquiavelo no anula el aspecto legal y normativo, y de hecho afirma explícitamente que el hombre tiene dos formas de competir y de afirmarse: por las leyes o por la fuerza (dimensión animal). La legalidad normativa es necesaria y debe afirmarse en el interior de los Estados bien constituidos, y Maquiavelo no renuncia en absoluto a esta dimensión normativa, aunque la supedita a la fuerza como su condición de posibilidad y la declara nula en las relaciones internacionales o en situaciones de grave crisis del Estado, en las que su fuerza se fragmenta o se debilita.

Republicanismo, libertad, imperio

Maquiavelo fue un autor con claras simpatías republicanas, aunque es obvio que no mostró una preferencia incondicional por las repúblicas o por la cultura republicana, sino por la vitalidad del cuerpo político (buena educación, buenas costumbres) y la adecuación de su ordenamiento (buenas leyes, constitución, organización militar, etc.). A ese cuerpo político, que tiene su intrahistoria y momentos de vitalidad, no necesariamente le convienen más las formas republicanas que las formas principescas. Con todo, los textos de Maquiavelo se han convertido, creo que no sin razón, en un punto de referencia clave para un cierto modo de entender el republicanismo.[105]

El núcleo de este republicanismo se expresa en los *Discursos*, en particular en el capítulo II del libro II, donde se defiende la idea de que las repúblicas promueven el *bien*

común en mayor grado que las monarquías, un *bene comune* que «hace grandes las ciudades» y permite que prosperen las provincias. Es en las repúblicas donde se expresa el *vivere libero* (vida en libertad), y donde prioritariamente pueden hallarse el *vivere civile* (vida cívica) y el *vivere politico* (vida civilizada), opuestos claramente a la servidumbre empobrecedora *(vivere servo)* de las monarquías, aunque para Maquiavelo éstas pueden incluir igualmente el *vivere civile* y el *politico* cuando están bien ordenadas por las leyes (*cf. Discursos*, I, IX, XIX y XXV), esto es, cuando el monarca no ejerce un poder tiránico.

Pero ¿qué es una república? O mejor, ¿qué tipo de república interesa a Maquiavelo? Su modelo de república se aleja por igual de la Atenas democrática (abocada a la inestabilidad y a la tiranía) y de las aristocracias puras como Venecia o Esparta (abocadas a un férreo inmovilismo). Se parte de una preferencia por el modelo mixto, que permite que los tres elementos (monárquico, aristocrático y democrático) participen del poder frente a los modelos puros (monarquía o democracia). Era un lugar común, en efecto, que tanto Roma como Esparta y Venecia eran repúblicas mixtas. Maquiavelo suscribe el *topos*, pero se decanta a favor de Roma frente a las otras dos, debido a la mayor presencia y participación del elemento popular (*Discursos*, I, II y VI). Roma es propuesta como combinación paradigmática de libertad, poder y duración gracias a la participación en sus instituciones (sobre todo en el ejército) de un pueblo virtuoso que fue «durante cuatrocientos años enemigo de la monarquía y amante del bien público y de la gloria de su patria» (*Discursos*, I, LVIII).

Otros argumentos republicanos tienen que ver, sobre todo, con el poder militar y político. Las repúblicas son, en general, más fuertes militar —por la participación popular en el ejército y su grado de compromiso patriótico (*El arte de la guerra*, II, CCCII)— y políticamente, por la mejor repartición y valoración de riquezas, hombres y talentos que producen (*Discursos*, I, XVI; II, II; III, IX).

Pero al margen de estas preferencias por la forma de Estado republicana, últimamente se ha destacado con claridad el aspecto normativo del republicanismo maquiaveliano, centrado en la defensa del concepto de libertad republicana. Para empezar, hay que distinguir dos usos del término igualmente frecuentes en su obra, ya que Maquiavelo emplea a menudo el vocablo «libertad» para referirse a la independencia de un Estado respecto a las potencias externas, acepción que podría reconducirse a la cuestión del patriotismo y que permite hablar de libertad en relación a cualquier Estado en general.

El otro sentido se refiere a la libertad del despotismo interno, y es el único relevante en términos republicanos. Según una serie de intérpretes recientes, frente a las concepciones positivas de la libertad (libertad para) y frente a la concepción negativa de la libertad, de corte liberal y ejemplificada especialmente por Hobbes, Maquiavelo tendría una concepción negativa y republicana de la libertad. La concepción liberal entendería la libertad básicamente como ausencia de interferencia, mientras que la libertad republicana equivaldría a la ausencia de dominación, esto es, no consistiría en ausencia de interferencia, sino sólo de interferencia arbitraria. Esta pequeña variación en la definición

produciría una casuística divergente respecto de la libertad liberal: en la tradición republicana cabe la interferencia sin dominación —las leyes, en la medida en que no son arbitrarias o injustas, no suponen una restricción de la libertad—, como cabe también la dominación sin interferencia: cualquier dependencia de la voluntad arbitraria de otro, aunque tenga un carácter potencial o improbable, es ya una restricción de libertad, independientemente de que éste decida o no ejercer esa potencialidad o la ejerza con benevolencia o delicadeza.[106] El supuesto básico de este tipo de republicanismo es que si este tipo de libertad no fue primordial en el ámbito griego,[107] donde predominarían concepciones positivas —con los ideales participativos, de autogobierno y autorrealización—, sí resultó esencial en el republicanismo romano y fue revitalizada por Maquiavelo.

Pero si el florentino supone un eslabón importante en esta tradición ello se debe, en parte, a su original concepción del cuerpo político, porque, a diferencia de Aristóteles y de Cicerón, y a diferencia, desde luego, de cierta tradición humanística y cristiana, Maquiavelo no plantea un modelo político y social armonicista cuyo ideal más o menos alcanzable, pero en cualquier caso siempre deseable, sería la concordia ciudadana. Por el contrario, sus textos presentan un cuerpo político atravesado por el conflicto y el antagonismo, conflicto que no sólo es el dato de partida desde el que se construye el orden social y político, sino una constante inevitable y no necesariamente negativa. Algo que, dicho sea de paso, protege a Maquiavelo de cualquier intento de interpretación en clave totalitarista o schmittiana.

Aunque esta cuestión ya se ha mencionado en el apartado anterior, es útil precisarla aquí con ejemplos. Así, en su *Historia de Florencia* Maquiavelo habla de los «graves y naturales antagonismos que existen entre los hombres populares y los nobles» (*Historia de Florencia*, III, I), y en buena medida su historia está concebida, como algún autor ha señalado,[108] en consciente oposición a los ideales de *concinnitas, convenientia* y *concordia* que hallamos en las *Storie fiorentine* de Leonardo Bruni (una de las fuentes de Maquiavelo al elaborar su historia). Ya antes, en *El príncipe* (IX), este antagonismo había sido conectado con la ambición de los poderosos y con el deseo de «no-dominación» del pueblo. La contraposición se reitera en diversos lugares de los *Discursos* (I, IV; I, V). Justamente en los *Discursos* el «deseo de no-dominación» del pueblo, la plebe o la multitud se pone en conexión con la idea de libertad: «[…] y si se considera la índole de nobles y plebeyos, se verá en aquéllos gran deseo de dominación *(desiderio grande di dominare)*; en éstos de no ser dominados *(desiderio di non essere dominati)*, y, por tanto, mayor voluntad de vivir libres» (*Discursos*, I, V). Ideas iguales o parecidas se expresan en otros pasajes. Por ejemplo: «Las aspiraciones de los pueblos libres rara vez son nocivas a la libertad, porque nacen de la opresión o de la sospecha de ser oprimido» (*Discursos*, I, IV); el deseo de la multitud de vengar su servidumbre y recuperar la libertad (*Discursos*, I, XVI); la crueldad de la multitud que, a diferencia de la de los príncipes, se usa contra quienes quieren usurpar el bien común (*Discursos*, I, LVIII). Por todo ello, en las repúblicas debe ponerse al pueblo como «guardia de la libertad», una noción que parece remitirnos a una especie de soberanía fáctica basada en

una vigilancia efectiva de la clase dominante por parte del pueblo armado (*Discursos*, I, V).

Además, Maquiavelo defiende no sólo que la libertad y la potencia de Roma fueron fruto de la desunión de clases y no de la unidad armónica —«[…] la desunión de la plebe y el Senado romano hizo libre y potente aquella República»—, sino que a la defensa de la libertad le convienen también los medios «extraordinarios» cuando los ordinarios no bastan:

> Sostengo que quienes censuran los conflictos entre la nobleza y el pueblo, condenan lo que fue primera causa de la libertad de Roma […]. Fijando bien la atención en ellos [los tumultos], se observará que no produjeron destierro o violencia en perjuicio del bien común, sino leyes y reglamentos en beneficio de la pública libertad. (*Discursos*, I, IV.)

Una vez aceptado que es la ley la que debe erigirse en fundamento de la libertad, en la medida en que ésta puede ser, como hemos dicho, fuente de dominación, o sea, de poder arbitrario, cabe la vía tumultuaria para cambiar esas *leggi e ordinamenti*. Pero es evidente que esta vía tumultuaria no consiste ya en el exterminio de los que se benefician del estado de cosas previo (como para Maquiavelo había sucedido en el caso de Florencia), ni tampoco en desplazar la antigua arbitrariedad con una nueva forma de dominación, sino simplemente, por vía negativa, en reducir gradualmente la arbitrariedad y la dominación en el interior del sistema. Para el florentino es un hecho obvio que este itinerario sólo es posible en las repúblicas en las que la ley y la estructura politicosocial no ha establecido una dominación intolerable, y en las que su materia, noble y popular, no se halla fatalmente corrompida.

Quizá sea innecesario recordar aquí que algunos autores contemporáneos han reivindicado la vía del «disenso» como un rasgo peculiar de la familia republicana. Cierto es que Maquiavelo se cuida muy bien de diferenciar entre tumultos beneficiosos para el desarrollo político y conflictos que sólo pueden llevar al debilitamiento del Estado o a su fragmentación. En efecto, es obvio que si el conflicto, latente o expreso, es en buena medida inevitable, no todo conflicto contribuye a la causa de la libertad —en la acepción de ausencia de dominación que aquí hemos definido— ni al fortalecimiento del cuerpo político. Roma halla su reverso en la historia de Florencia:[109] en Roma, la desunión se encauzaba fundamentalmente por medio de la discusión, y tenía como resultado la participación del pueblo en el Estado mediante la innovación o la reforma jurídica, mientras que en Florencia el conflicto se expresa en el combate, el exilio y la muerte de gran número de ciudadanos (*Historia de Florencia*, III, I). Es patente que mientras tantos otros autores utilizaban a Roma para elogiar el parecido con sus ciudades, Maquiavelo la emplea como espejo que permite mostrar los defectos de Florencia.

Dicho esto, si Maquiavelo es relevante para la tradición republicana, lo es, en buena medida, por ser el primer pensador que, aceptando como punto de partida la división y el conflicto social, no circunscribe el problema de la dominación a las relaciones entre individuos, sino que las extiende a las relaciones entre ricos y pobres, entre dirigentes y dirigidos. Estos conflictos pueden tender, y normalmente lo hacen, a la corrupción, a la

destrucción o a la tiranía, pero si se canalizan mediante una legislación adecuada son también la puerta de acceso a un espacio de libertad y de prosperidad.

En efecto, si República y libertad se conectan a la seguridad y a las garantías de los ciudadanos —frente al poder arbitrario—, por otro lado posibilitan la prosperidad general del Estado. Además, en este círculo virtuoso entre prosperidad y libertad de dominación hay que incluir una cierta igualdad política y material, sin la cual la libertad es impensable, y que permite una cierta apertura a los puestos de poder mediante un sistema meritocrático:

> Los países libres en todas las comarcas ya hemos dicho que hacen grandísimos progresos. La población aumenta porque, no habiendo obstáculo que estorbe los lazos matrimoniales, son los hombres más propensos a casarse y procrean los hijos que creen poder alimentar, en la seguridad de no ser privados de su patrimonio; como también de que nacen ciudadanos libres y no esclavos, y que mediante sus méritos pueden llegar a ser hasta jefes del Estado. Las riquezas que proceden de la agricultura y de la industria se multiplican, porque cada cual se aplica a aumentar las suyas, pudiendo gozar de ellas libremente, y conforme crecen las de los particulares aumentan las del Estado. Lo contrario sucede en los países donde impera la servidumbre, tanto más faltos de bienes cuanto más rigurosa es aquélla. (*Discursos*, II, II.)

Está claro que en Maquiavelo funciona este ideal de libertad de dominación que acaso tiene también una dimensión positiva. Al fin y al cabo, el ideal de no dominación es pura abstracción vacía si no se proyecta sobre una realidad positiva (regulada por un Estado fuerte) que, en el caso de Maquiavelo, parece ser el ideal de vida burgués basado en la apertura de las magistraturas a un buen número de ciudadanos, junto con la seguridad y el disfrute de propiedad privada, paradójico contenido positivo de esa libertad negativa:

> Además, los beneficios comunes que la libertad lleva consigo, el goce tranquilo de los bienes propios, la seguridad del respeto al honor de las esposas y de las hijas y la garantía de la independencia personal, nadie los aprecia en lo que valen mientras los posee, por lo mismo que nadie cree estar obligado a persona que no le ofenda. (*Discursos*, I, 16.)

Pero Maquiavelo constituye también un desafío para todo enfoque republicano, porque en su pensamiento la libertad no puede asegurarse en realidad de modo estable con ningún orden constitucional ni ley.[110] Y no puede asegurarse, decimos, porque los cuerpos políticos están sometidos al tiempo y al cambio incesante de su tejido social, mientras que la ambición y el deseo de dominación jamás disminuyen en los hombres. Sucede así que las leyes y los mecanismos que en un tiempo salvaguardaron la libertad pueden acabar convirtiéndose en un resorte que promueve la servidumbre y la dominación. Las repúblicas deben estar siempre atentas a esa inexorable tendencia a la corrupción, en la materia o en la forma; y sus defensores deben saber, cuando sea necesario, utilizar la vía de la reforma y el tumulto como instrumento para regenerar y vivificar la república en favor de la libertad.

Resulta curioso además que, en último término, Maquiavelo pretenda legitimar su republicanismo en argumentos realistas. En este caso, su razonamiento podría expresarse diciendo que no existe Estado más fuerte y eficaz que la república de carácter popular, esto es, aquel en el que la multitud tiene una participación activa en la estructura y la

defensa del Estado. En otras palabras, siendo todo lo demás igual, las repúblicas de base popular —y haciendo abstracción de los inconvenientes a los que dan lugar— tienen una mayor fuerza competitiva que las monarquías y las repúblicas oligárquicas (*Discursos*, I, V y VI).

Pero además, tomarse en serio el realismo maquiaveliano y su exigencia de eficacia lleva a algunas consecuencias relativamente inesperadas cuando se lo pone en relación con su republicanismo. La primera, es que la pregunta tradicional sobre cuál es el mejor Estado carece por completo de sentido si antes no se han fijado los condicionamientos estructurales del cuerpo político y social. La pregunta sobre qué gobierno es mejor debe venir precedida claramente por una previa: qué condiciones son necesarias para que el Estado sea posible en sus diferentes tipologías. Primero habrá que pensar cómo establecer un orden; luego, se puede pensar en un buen orden o, incluso, en el mejor orden posible. En ningún caso el tipo de Estado puede pensarse en abstracto, sin referencia a la materialidad del cuerpo social; así, donde existe gran desigualdad es impensable una república; donde existe gran igualdad es inconveniente una monarquía (*Discursos*, I, LV).

Por tanto, el republicanismo de Maquiavelo tiene un carácter condicionado: se trata de un modelo que simplemente establece la superioridad material y normativa de las repúblicas —sobre todo de determinadas repúblicas— frente a otros órdenes políticos. No se trata, pues, de un proyecto político ni, para expresarlo anacrónicamente, de una ideología de partido. Por ello mismo, frente a ciertas críticas y perplejidades de algunos intérpretes, resulta compatible con *El príncipe* y también con su intento de reacercamiento a los Médicis.[111] En el primer caso, porque el problema del que se trata en el opúsculo es de la fundación de un Estado para Italia que permita salir del caos en el que se halla sumida; un proyecto pensable, en principio, sólo a partir del principado. En el segundo, porque en ese intento de reaproximación a la familia medicea Maquiavelo no renuncia a sus convicciones republicanas por lo que se refiere a su verdadera patria, Florencia. Aunque «el principado civil» que se propone en el capítulo XI de *El príncipe* parece tener por sujeto a los Médicis y por objeto Florencia, parece también claro que Maquiavelo descarta como imprudente la transición hacia el «principado absoluto» para su patria. En todo caso, Maquiavelo reafirma en su *Discursos sobre la situación de Florencia* su idea de una Florencia que no puede ser otra cosa que república. Se trata, en realidad, de una convicción teórica: donde existe una igualdad social del grado que se da en Florencia, el principado es moralmente costosísimo y políticamente imprudente.

La diferenciación en las obras del florentino de dos estrategias políticas, de un «arte de la política» de matiz republicano y tendente a promocionar el «bien común» y asegurar el *vivere libero* y *politico* (presente sobre todo en los *Discursos*), y de un «arte del Estado» (predominante en *El príncipe*), no parece particularmente apropiada y sólo puede aceptarse si se tiene en cuenta que el «arte de la política» está necesariamente supeditado al «arte del Estado», que lo precede lógica y existencialmente.

Si para Maquiavelo la política debe pensarse ineludiblemente limitada por un parámetro de eficacia, esto es, de producción efectiva de realidad, ello sólo es posible

partiendo de ese supuesto básico de la modernidad que fue la afirmación de la propia existencia. Por ello mismo, los cuerpos políticos tienen como valores sagrados o naturales la seguridad, la estabilidad y la duración en el tiempo. De ahí que los Estados deban regirse por la *ratio utilitatis*. Pero la afirmación en la existencia no consiste sólo en una mera resistencia a la disolución, sino en una continua actividad de reproducción y de expansión del propio ser. La expansión, que empieza siendo un mero ejercicio de seguridad, tiende a convertirse en deseo de dominio y conquista: conquista de la naturaleza, y conquista de esa naturaleza que abarca también a los demás hombres. La *vis perseverandi* y la exigencia de seguridad acaban entonces traduciéndose en *vis dominandi*. Así, la *verità effettuale*, el «orden de las cosas», la necesidad, imponen una tendencia de expansión subyugadora: a los hombres, dice Maquiavelo, «primero les basta con poder defenderse a sí mismos y no ser dominados por otros; de aquí se pasa después a ofender y querer dominar a otros» (*N. Maquiavelo a F. Vettori*, 10-8-1513).[112] Porque si una república «no molesta a los vecinos, será molestada por ellos, y esta molestia le producirá el deseo y la necesidad de conquistar» (*Discursos*, II, XIX; I, VI, etc.). Para Maquiavelo, la seguridad implica expansión, y la expansión supone algún tipo de dominación y de subyugación.

Ya que las cosas humanas están siempre sujetas al movimiento y a la inestabilidad, no hay posibilidad de pensar un orden político eterno ni libre de conflictos. Las repúblicas que han elegido el camino de la autocontención están siempre amenazadas por la fuerza externa de los Estados expansionistas, y ello a pesar de conceder que esta autocontención sería la «verdadera vida política de un Estado y la verdadera paz interior y exterior» (*Discursos*, I, VI). Pero la necesidad y la inestabilidad de las cosas obligan a ir más allá de lo aparentemente razonable, y la república que no se expande políticamente es un Estado donde el factor popular está muerto: una república destinada a sobrevivir replegada sobre sí misma es un perpetuo ejercicio de contracción, dado que la «necesidad» induce siempre a ampliar. Cuando repúblicas como Esparta o Venecia trataron de expandirse, estuvieron al borde de la destrucción (*Discursos*, I, VI). La alternativa más razonable para Maquiavelo es entonces el modelo expansionista romano, modelo a imitar por encima de todos. Pero por otro lado, este tipo de repúblicas expansionistas pueden acabar destruyendo y barriendo todo signo de libertad autónoma que hallen a su alrededor (*Discursos*, II, II). Y eso no es todo: cuando la expansión continúa, cuando todos los enemigos han sido abatidos, la república, transformada en imperio, se convierte en un gigante ingobernable, incapaz de soportar su propio peso y de frenar la corrupción propia e importada (*Discursos*, III, XXIV; II, XIX). Es así que, finalmente, la voluntad de realismo lleva a Maquiavelo a admitir una consecuencia trágica: la libertad se expande siempre a costa de los demás y de sí misma.

Pasiones y naturaleza humana

No hay posibilidad de una teoría de la política coherente sin asumir determinados supuestos antropológicos, ni tampoco sin una cierta filosofía de la historia. En la obra del

florentino, estos supuestos se dan con mayor o menor grado de explicitación y están conectados sin duda a posiciones políticas.

Por ejemplo, Maquiavelo parte de una esencial igualdad de la naturaleza humana, rechazando cualesquiera diferencias innatas esenciales de tipo intelectual o moral en el género humano (*Discursos*, I, LVIII; *Historia de Florencia*, III, XIII). Es justamente esta asunción la que deja la vía libre para su republicanismo popular y permite la polémica contra la nobleza ociosa (*Discursos*, I, XVII y LV, y *Discursos sobre la situación de Florencia*) y, como ya sugerimos, es esta misma tesis de que los hombres «experimentan siempre las mismas pasiones» la que también hace posible que las historias antiguas sean «maestras de nuestras acciones» (*Del modo di trattare*..., 13).

Hemos dicho también que el realismo político de Maquiavelo se ancla a su vez en un cierto pesimismo. De hecho, la apertura del campo de lo político es un fenómeno que trata de ordenar o remediar los efectos de una naturaleza humana que, al menos cuando vive en sociedad, resulta conflictiva. El pesimismo de Maquiavelo no se limita a los pasajes de *El príncipe* ya mencionados, sino que es una idea recurrente en prácticamente todas sus obras: «Siendo los hombres más inclinados al mal que al bien…» (*Discursos*, I, IX); «los hombres son naturalmente ambiciosos y suspicaces…» (*Discursos*, I, XXIX); «con qué facilidad los hombres pueden corromperse» (*Discursos*, I, XLII), y así podríamos seguir dando ejemplos. De hecho, algunos textos suyos (como los poemas *L'Asino* y *Capitolo dell'Ambizione*) están esencialmente dirigidos a dibujar esta naturaleza humana no precisamente angelical. Se trata, en cualquier caso, de un pesimismo naturalista que desea llamar la atención sobre la fuerza que ejercen las pasiones destructivas y egoístas en el hombre y que socialmente se plasma en esos dos fines que todo hombre tiene siempre en mente: la gloria (es decir, el poder) y la riqueza (*El príncipe*, XXV).

Existen algunas pasiones políticamente más relevantes que otras. Sin duda, el temor y la esperanza son dos grandes motores de la actividad política, y de hecho puede decirse que sólo desde ellos se hacen inteligibles la sociedad y el poder, así como las potencialidades políticas de la religión. Pero quizá la pasión políticamente más interesante es para Maquiavelo la ambición. Esa ambición que se plasma en una *libido dominandi* que no parece tener límites:

> Pasan los hombres de una ambición a otra. […]. Procuran, como ya he dicho, los ciudadanos ambiciosos que viven en una república, primero que nadie pueda perjudicarles, ni los particulares ni las autoridades, y para lograrlo buscan y adquieren amistades por medios aparentemente honrados, o prestando dinero o defendiendo a los pobres contra los poderosos; y por parecer esto virtuoso, engañan fácilmente a todo el mundo y nadie trata de evitarlo. (*Discursos*, I, XLVI).

Es fácil entender entonces por qué la ambición de riquezas y poder imprime una inestabilidad y un movimiento continuos a todos los asuntos humanos, ya que es precisamente esta naturaleza humana la que impone la inestabilidad y el dominio de la fortuna en la realidad política y social, y es ella también la que impone el conflicto social, aunque histórica y socialmente mediado. Desde este punto de vista, para Maquiavelo la

historia, la sociedad y la política son inteligibles desde el antagonismo y en el antagonismo.

Cabe aludir aquí a una hipótesis interpretativa relativamente extendida: pensar este pesimismo como una especie de naturalismo fatalista y dogmático, nutrido de suposiciones relativamente gratuitas y premodernas. Horkheimer, por ejemplo, afirma que el naturalismo psicológico es el límite y el principal error del maquiavelismo. El maquiavelismo atribuiría a la estructura natural humana lo que en realidad está mediado histórica y socialmente.[113] Esta crítica, aplicable en principio a determinados textos de Maquiavelo, no es del todo correcta si se considera desde la perspectiva de la obra maquiaveliana en su conjunto. Por un lado, si el defecto que se trata de achacar a Maquiavelo es su desconfianza respecto de la capacidad de los individuos y las sociedades políticas de autodeterminarse absolutamente, no hay más remedio que estar de acuerdo. Él acepta y afirma la existencia de fuerzas o tendencias naturales que parecen sustraerse al control de la praxis humana racional. Ahora bien, tales fuerzas no son de hecho insuperables, ni irreversibles; no imponen un fatal destino a los cuerpos políticos; su duración, su forma y su vigor dependen en buena medida de la prudencia humana y de la fortuna. La tesis de Maquiavelo no es que en los hombres gobiernen inexorablemente las pasiones egoístas y las actitudes interesadas, sino que esto es así «en general», o, por decirlo con palabras de Nicolás Abbagnano, el egoísmo y el comportamiento interesado se dan «como media».[114] Ésta es una cuestión esencial que quizá no se ha señalado suficientemente: el hecho es que no importa tanto el número de los que se mueven por pasiones egoístas, cuanto el que estos últimos imponen unas reglas del juego que obligan al resto a una actitud recíproca, al menos en las relaciones en las que están en juego el poder y el dominio. Tampoco se establece aquí un «tratado sobre la naturaleza humana», sino que sólo se quiere presentar una regla básica de la política que se cifra en la necesidad de establecer mecanismos políticos que obliguen a los hombres a ser social y políticamente virtuosos, aunque no quieran, o al menos, a procurar que sus vicios sean relativamente poco nocivos para el orden político. Por ello, la maldad del hombre es fundamentalmente una hipótesis política: «[…] quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se lo permita» (*Discursos*, I, III).

Hablar de pesimismo naturalista es oponerse a la idea, de estampa humanista, que imagina la posibilidad de una humanidad libre —quizás a través de la educación o la potenciación de la razón— de pasiones egoístas y destructivas. Es precisamente esta posibilidad la que se echa en falta en Maquiavelo, que confía poco en la pedagogía y menos aún en la razón para domeñar las pasiones. Pero el naturalismo antropológico es sólo un factor dentro de un múltiple y heterogéneo *concursus causarum*, factor que permite dar cuenta de ciertas tendencias históricas: por ejemplo, la propensión hacia la corrupción cuando se considera un ciclo largo en un cuerpo político.

Se ha sugerido también que, reubicando la historia y la política en un marco de contingencia o de «necesidad» modificable, el pensamiento maquiaveliano instaura algunos de los fantasmas típicos de la modernidad: la cuestión central de la libertad

política, o la praxis revolucionaria y la innovación histórica.[115] En este sentido es evidente la ruptura maquiaveliana con el naturalismo clásico y el eticismo y trascendentalismo cristianos; Maquiavelo es en realidad un teórico de la acción en la historia, pero una acción de posibilidades limitadas, que ha renunciado de antemano a la emancipación total del hombre y de la sociedad en términos racionales.

Virtud y fortuna

Una de las dicotomías más célebres en Maquiavelo es plantear el éxito y el fracaso político como una convergencia *(riscontro)* o desencuentro entre fortuna y acción humana. Pero la acción humana puede ser errática o virtuosa. De hecho, no falta quien ha querido hacer gravitar todo el pensamiento maquiaveliano a partir justamente de la articulación virtud/fortuna. Según John G. A. Pocock, la fuerte presencia de la fortuna en el Renacimiento es parcialmente explicable a partir del debilitamiento del concepto de providencia y de la emergencia de un pensamiento básicamente historicista; un pensamiento que tiende a interpretar el mundo eliminando o marginando los elementos providencialísticos de la tradición cristiana.[116] Es posible que el ascenso social de una élite mercantil financiera, presente en tantas repúblicas italianas, contribuyese también a este protagonismo, y que la fortuna fuera en verdad esa diosa mercantil emparentada con el crédito y el comercio.[117] También es evidente que la importancia de la noción de fortuna debe asociarse con la recuperación del pensamiento clásico y con el hermetismo y la astrología. En efecto, tanto para el mundo clásico como para la tradición hermética y astrológica, el concepto de fortuna y *virtù* tenían una función explicativa que se diluyó o minimizó en la tradición cristiana[118] y que vuelve a recuperarse a partir del humanismo italiano. Incidentalmente, es curioso notar que la fortuna ejercerá una enorme atracción en el pensamiento europeo hasta que las exigencias de precisión metodológica y el determinismo hobbesiano y spinoziano la expulsen del aparato conceptual de la teoría política.

En el caso de Maquiavelo, la fortuna aparece en primer término como una categoría relacional referida siempre a un sujeto humano. La fortuna es lo que la subjetividad humana, individual o colectiva, no puede prever o no es capaz de realizar intencionalmente, así como la causa de los efectos no intencionados o imprevistos que se derivan del propio hacer humano. Se trata, pues, del límite de la potencia humana (individual y colectiva) para proyectarse; esa potencia a la que Maquiavelo se refiere a veces con el nombre de *virtù* (virtud). Por otro lado, es obvio que lo fortuito y lo imprevisible gozan de mayor o menor protagonismo en función del ámbito de asuntos humanos al que nos refiramos o de la coyuntura social e histórica; es el caso de ciertas actividades, como la especulación económica o el conflicto bélico equilibrado. Sin embargo, ésta es una caracterización meramente negativa de la noción, que en cualquier caso no es la única que proyectan los textos maquiavelianos.

En los *Ghiribizzi*, por ejemplo, la cuestión de la fortuna es introducida por una

paradoja: ¿cómo es posible que en política los hombres, actuando de un mismo modo, lleguen a tan distintos resultados? O a la inversa, ¿cómo es posible que, en otras ocasiones, actuando de maneras tan opuestas, lleguen a idénticos resultados? Se fracasa y se triunfa utilizando métodos totalmente diferentes: una implacable severidad (Aníbal) o una actitud grata y clemente (Escipión el Africano). Maquiavelo responde a esta cuestión partiendo de distintos supuestos, algunos ya familiares. En primer lugar, el mundo humano está en continuo movimiento, en constante fluctuación: «Los tiempos son varios, y los órdenes de las cosas son diferentes». En segundo lugar, la naturaleza, ha dado a cada hombre un temperamento diverso, dotando a cada cual de un ingenio y de una imaginación particulares y distintos. Pues bien, esta confrontación entre mundo fluctuante y diferentes tipos de carácter —cada cual con su particular ingenio e imaginación— hace que unos prosperen y otros fracasen con diversos modos de proceder. Tienen buena fortuna los que actúan de acuerdo con la necesidad del momento, tienen mala *(trista)* fortuna los que actúan contra lo que imponen o requieren los tiempos.

A fin de tener siempre la suerte a favor, individuos y Estados deberían alternar severidad y humanidad, violencia y clemencia. Por eso, si alguien fuese capaz de conocer cuál es la actitud que requieren los tiempos y a continuación cambiara su modo de proceder de acuerdo con el signo de los mismos, ése tendría siempre buena fortuna. Maquiavelo hace uso en este punto de una fórmula de tradición astrológica: «Y vendría a ser cierto que pudiera haber un sabio que gobernase sobre las estrellas y los destinos». Ahora bien, Maquiavelo se apresura a negar que pueda existir un hombre capaz de prever el fluctuar de los tiempos: «De estos sabios no se encuentran, sobre todo porque los hombres tienen la vista corta». Se deja en suspenso si el que no se encuentre este tipo de sabios es una cuestión de hecho o si se trata de alguna imposibilidad necesaria de naturaleza antropológica. El caso es que no hay hombres[119] capaces de determinar el fluctuar de las acciones humanas, al menos en sus causas y efectos particulares.

La fortuna gobierna a los hombres, primero, porque éstos son cortos de ingenio y resultan falsamente persuadidos por su imaginación y, segundo, porque los hombres no pueden ni saben dominar su naturaleza. Pero Maquiavelo parece entrever alguna alternativa a esta psicología naturalista y fatalista que excluye todo género de libertad humana. Este atenuante aparece en una de las apostillas en los márgenes de los *Ghiribizzi*, donde dice: «No dar consejos, ni aceptar consejos de nadie que no sean consejos generales; que cada uno haga lo que le dicta su ánimo, y con audacia». Y en otra apostilla, Maquiavelo afirma: «Tentar la fortuna, que es amiga de los jóvenes, y cambiar de proceder en la medida en que es posible». Algo que se desarrollará con mayor precisión en *El príncipe*.

Además de la «fortuna particular» de los individuos, Maquiavelo habla también de la «fortuna universal» de las ciudades o los Estados. La ciudad debe afrontar la fortuna con una alternancia cíclica de irreligión y violencia por un lado, y de religión y humanidad por otro, entre otras cosas porque los hombres, dice Maquiavelo, se perturban con las cosas amargas, pero se empalagan con las dulces; en otras palabras, sufren cuando se

prolongan los tiempos de crueldad y violencia *(si dolgono nel male)* pero se «hastían» con la prolongación del bien y la paz *(infastidiscono nel bene).* Así, las ciudades deben alternar estos dos tipos de políticas según las necesidades que va imponiendo la cualidad de los tiempos.

En su *Capitolo di Fortuna*, ésta aparece descrita como diosa y señora del tiempo. En su palacio se hallan las ruedas que hacen girar y cambiar las cosas del mundo. La fortuna se confirma aquí como metáfora de la inestabilidad esencial por la que se hallan amenazadas las cosas y la vida de los hombres, tanto individual como colectivamente. Junto a la clásica imagen de la rueda se expone aquí una nueva metáfora que se repetirá en *El príncipe*: la del «torrente violento» que al desbordarse arrastra consigo todo lo que encuentra a su paso. El origen de la fortuna es desconocido, y gobierna el mundo gracias a su «propia y excelente virtud». El *caso* y la *suerte* presiden los laterales de la puerta de su palacio. Estas dos entidades son ciegas y sordas, lo que nuevamente nos distancia de una neutralización providencialista. Vuelve otra vez Maquiavelo a diferenciar entre los hombres a título individual y los colectivos, las ciudades o los Estados. Y aparece por primera vez algo ausente en los *Ghiribizzi al Soderini*: la virtud como reino contrapuesto al de la fortuna. El fracaso de los hombres se debe sobre todo a su incapacidad para dominar su propia naturaleza, regida por una «virtud oculta». Con todo, al final del poema la invariabilidad de la naturaleza humana y el determinismo naturalista parecen atenuarse. La fortuna somete también a ciudades e imperios. Tal como ya se apuntaba en los *Ghiribizzi*, para evitar la corrupción anexa a la paz y el ocio, los cuerpos políticos están obligados a alternar una política de guerra y disciplina (personalizada en Rómulo), y una política de religión y humanidad (representada por Numa Pompilio). Ya que esto no resulta nada fácil, sucede que los Estados acaban poniéndose en manos de la fortuna, esto es, a merced de otros Estados en ciclo ascendente.

Si analizamos ahora el famoso capítulo XXV de *El príncipe*, lo primero que llama nuestra atención es sin duda la propia consideración de Maquiavelo sobre su cambio de postura ante el problema. Efectivamente, Maquiavelo afirma que él, como muchos otros hombres de su tiempo, se inclinó en el pasado a pensar que todo destino humano está en manos de Dios y de la fortuna, pero ha cambiado de opinión. El cambio de postura se concreta en que, frente a quienes asumen que todo está en manos de la fortuna, el florentino ahora afirma que «a fin de que nuestro libre arbitrio no sea cancelado» puede pensarse que somos dueños de la mitad de nuestras acciones.

En este capítulo XXV de *El príncipe* aparece de nuevo la dicotomía entre fortuna *in universale* y fortuna *in particolare*,[120] es decir, entre la fortuna que afecta a países, colectivos y ciudades, y la que afecta a individuos. Respecto a la fortuna particular, se repiten los términos expuestos en las otras obras: la fortuna es la responsable del cambio y del continuo fluctuar de las circunstancias, sin que haya hombre capaz de adaptar su comportamiento. La razón es que los hombres no pueden desviarse de sus inclinaciones naturales, y además, están convencidos de que lo que funcionó en el pasado seguirá funcionando indefinidamente. La única solución que ofrece Maquiavelo es esa idea, no exenta de misoginia, según la cual la fortuna es amiga de los jóvenes y tímida ante la

audacia. Por ello, queriéndola someter, es preferible golpearla, ser impetuoso y violento, que actuar con demasiada cautela o respeto. Hay en este pasaje una novedad radical que puede pasar inadvertida. Por un lado, el florentino no excluye como «psicológicamente imposible» que pueda uno cambiar de proceder o variar de comportamiento, sino que los márgenes en los que uno puede variar son estrechos: están determinados por los límites naturales relacionados con la capacidad intelectiva para captar la oportunidad,[121] o bien, por la capacidad individual para cambiar de actitud; la versatilidad es una cuestión de grado y la adaptación es posible, pero sólo hasta cierto punto. Pero, además, esta versatilidad es limitada no sólo en sus márgenes sino en su repartición: la mayoría de los hombres ni conoce su necesidad, ni está en condiciones de cambiar su comportamiento. Por eso, Maquiavelo no se resiste a conformarse con tan pocos recursos que oponer a la fortuna y propone otra alternativa innovadora: si apenas es posible acomodarse a los tiempos, si no es posible estar al amparo de la fortuna, invirtamos los términos; moldeemos nosotros los tiempos, y, golpeando con fiereza y audacia, tratemos de ser nosotros los que determinemos los tiempos, convirtiéndonos en la «fortuna adversa» de otros.

En cuanto a la fortuna «universal», Maquiavelo vuelve a la metáfora del río o torrente desbordado que, saliéndose de sus márgenes acostumbrados, arrastra consigo las cosechas, los edificios… Los «Estados» pueden afrontar estos desbordamientos con prudencia creando los diques que impidan la crecida o mitiguen sus efectos. Pero esa virtud colectiva que puede hacer frente a la fortuna, se lamenta Maquiavelo, ha desaparecido de Italia, y se encuentra ahora en Francia, en España y en las repúblicas suizas. Ahora bien, en qué consiste esta virtud colectiva no se explica aquí, aunque bien podemos suponer cuáles son los medios con los que los Estados pueden hacer frente a la adversidad: buenas costumbres, buenas leyes (*Discursos*, I, XI) y, sobre todo, buenas armas (*El príncipe*, XII).

El príncipe supone en este sentido una voluntad clara de resistirse a la tentación fatalista que lo confía todo en manos de Dios, de los astros o de la fortuna. La suerte del hombre es, en buena medida, asunto suyo, especialmente en el caso del destino de los Estados, que, como acabamos de ver, admite un saber prudencial encaminado a fortalecerlos. Mayor voluntarismo se aprecia en el caso del destino individual, por las propias limitaciones pasionales y cognoscitivas de la naturaleza humana. Se aboga aquí por una especie de apología de la acción que compense las limitaciones impuestas por la imaginación y las pasiones, y que Maquiavelo expresa en diversos textos, particularmente en sus cartas: «Os ruego que imitéis a los que se abren paso con impertinencia y astucia, más que con ingenio y prudencia» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [9-4-1513]); «es mejor hacer y arrepentirse, que no hacer y arrepentirse» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [25-2-1514]); «se yerra igualmente siendo demasiado sabio, que siendo de los que no se paran en barras; más aún, muchas veces es mejor actuar como estos últimos» (*N. Maquiavelo a F. Guicciardini* [19-12-1525]); «actuar del todo impetuosamente: y a menudo la desesperación halla remedios que la deliberación no ha sabido encontrar» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [16-4-1527]).[122]

También en los *Discursos* trata Maquiavelo de la cuestión de la virtud y la fortuna. Allí se repite el itinerario ya mencionado, quizá con un tono algo más pesimista: «Un hombre acostumbrado a proceder de cierto modo, no cambia de costumbres» (*Discursos*, III, IX). En cuanto a la fortuna de los Estados, se introduce un argumento republicano. Las repúblicas afrontan el variar de la fortuna con más garantías que las monarquías, ya que permiten el acceso al poder a hombres de diverso carácter que pueden así afrontar la necesidad inherente a cada vuelco de la fortuna. Queda por resolver también la cuestión de dónde se encuentra el límite de la virtud colectiva: de lo hasta ahora expuesto se colige que si la virtud colectiva no tuviera más límite que su propia ausencia, un Estado bien ordenado y en donde existiera gran cantidad y variedad de virtud debería en principio estar exento de los avatares de la fortuna. La política podría ser entonces una técnica infalible y sería pensable la construcción de una «república perpetua» capaz de sobrevivir indefinidamente al efecto corruptor del tiempo. Una república perpetua que Maquiavelo parece descartar (en *Discursos*, III, XVII) para afirmarla poco después (en *Discursos*, III, XXII). En realidad, la contradicción es aparente: en *Discursos*, III, XXII, Maquiavelo afirma que una república podría ser perpetua si hubiera en ella hombres y leyes capaces de reordenarla periódicamente, mientras que en *Discursos*, III, XVII, niega que pueda ordenarse desde el principio una república perpetua. Pero la fortuna consigue una última victoria sobre la prudencia de los Estados y repúblicas, visto que para perpetuarse y reformarse estas últimas requieren hombres de extraordinaria virtud, una provisión que en último término está en manos de la suerte (*Discursos*, III, I y III, XVII). Por otro lado, en el segundo libro de los *Discursos*, Maquiavelo vuelve a dar muestras de una actitud vacilante y ambigua en torno a la cuestión, desde la apuesta por una virtud capaz de oponerse en mayor o menor medida a la fortuna (*Discursos*, II, I; II, XXX) al fatalismo de una fortuna que no sólo dispensa la ocasión, sino que dispone también los hombres que pueden o no aprovecharla (*Discursos*, II, XXIX).

Considerando lo visto hasta aquí, podríamos decir que la virtud individual no consiste ya para Maquiavelo en nada que se asemeje a las virtudes morales de la tradición aristotélica y escolástica, sino en la capacidad de hacer valer los fines determinados por la voluntad y el deseo a través de la prudencia y de la determinación. Al reubicar la cuestión en el territorio de la política y la historia, la virtud se desplaza hacia la exterioridad y cancela la cuestión de la entereza interior y ajena al devenir del mundo, un esquema perpetuado por la tradición estoica y por la boeciana, que oponían virtud interior a fortuna exterior. Por otro lado, se asiste a una doble transformación, en virtud de la cual, la prudencia pasa a ser prácticamente una *ancilla* (sirvienta) de las pasiones y de la ambición, y en la que la audacia y la determinación se erigen en claves fundamentales de la lucha por el poder individual y del proceso de fundación del orden político.

Por lo demás, la vocación exterior de la virtud no significa que ésta quede identificada con el éxito: el éxito puede deberse a la fortuna, y Maquiavelo habla a menudo de la virtud derrotada por la fortuna. La virtud se cifra en ser capaz de hacer lo

que la ocasión pone en manos del hombre. En este sentido, no hay más libertad individual en Maquiavelo que ese poder de proyectar, con prudencia y determinación, los propios intereses y deseos en el mundo. Es obvio, además, que ese predominio de la actividad, la determinación y la fuerza forma parte de la crítica de Maquiavelo a la cultura del ocio, de la pasividad, que él identifica con la exaltación cristiana de la humildad y del padecimiento.

El sujeto de la virtud, como hemos visto repetidamente, no es sólo el individuo, sino también la ciudad, el Estado, si bien aquí podemos hablar de prudencia más bien que de virtud. Esta realidad colectiva puede considerarse parcialmente unida, y de hecho puede ser moldeada y determinada exteriormente en una cierta dirección. De ahí que el florentino reivindique el poder de la religión para forjar el tipo de hombre que nace en el Estado (*Discursos*, I, XI y XII), y de ahí que, contra el naturalismo a ultranza, se defienda la importancia de la educación para moldear el carácter de los individuos que nacen en las «provincias»: «Verdad es que sus actos son más virtuosos, ora en un país, ora en otro; pero esto depende de la educación dada a los pueblos y de la influencia que ésta tiene en las costumbres públicas» (*Discursos*, III, XLIII).

Otra relación importante es la que se establece entre fortuna y necesidad. Aunque en el *Capitolo di Fortuna* se dice que la fortuna alterna tiempos de necesidad con tiempos de ocio, a diferencia de la fortuna,[123] la necesidad muestra sus cartas y determina un curso de acción más o menos acotado. En su sentido más relevante, la necesidad es un estado de cosas que determina el comportamiento humano en un sentido con más o menos fuerza. A veces este estado de cosas es puramente natural (la fertilidad o aridez de un país, por ejemplo), mientras que en otras ocasiones la necesidad puede ser fruto del hacer humano a través de las leyes, las costumbres o las instituciones. La necesidad implica la obligación de adaptación al estado de cosas, o cuando menos, restringe el campo de posibilidades de la acción. Y puesto que la acción humana, dejada libremente, está, según Maquiavelo, altamente condicionada por su índole pasional (ambición, codicia, ociosidad), la necesidad tiene un influjo decididamente positivo en términos políticos. Se comprende así que Maquiavelo afirme que los hombres no hacen nada bien si no es por necesidad (*Discursos*, I, III), o al menos nada excelente (*Discursos*, III, XII), y que se contraponga la necesidad a la elección (que llena todo de confusión, como en *Discursos*, I, I), a la ociosidad (como en el poema *Capitolo di Fortuna*, donde se vuelve a hacer al ocio responsable del desorden y la corrupción) o a la ambición (*Discursos*, I, XXXVII), que ocupa el lugar de la necesidad e introduce el conflicto destructivo.

Precisamente esa regularidad que se da en la naturaleza humana y en la historia de los cuerpos políticos es el territorio de la necesidad, del que cabe un conocimiento más o menos seguro o, al menos, altamente probable. Pero la inestabilidad, y el hecho de que la mente humana tenga serias limitaciones para concebir la totalidad del *concursus causarum* que determina una coyuntura particular, colocan el pensamiento político de Maquiavelo lejos de las pretensiones de exactitud científica.[124] No obstante, aunque la sombra de la fortuna sobre lo humano sugiera una limitación epistemológica, la afirmación de la virtud y del *arte dello stato* es la aceptación de la política como el

territorio en el que el hombre, a pesar de sus esenciales limitaciones, puede proyectarse y afirmarse sobre la naturaleza. La política es siempre un espacio con sombras, pero la renuncia a un mínimo grado de saber significa ponerse enteramente en manos del azar y el caos: un suicidio político.

Eternidad del mundo. Anaciclosis. Naturalismos

Entre los postulados o razonamientos de naturaleza cosmológica que aparecen en Maquiavelo, llama la atención su adhesión a la tesis de la eternidad del mundo. Digamos para empezar que se trata de un postulado que parece tener más importancia estratégica que teórica, o al menos eso se desprende del hecho de que Maquiavelo lo acepte dedicando al asunto apenas unas líneas en el capítulo V del libro II de los *Discursos*. El título del capítulo («Los cambios de religión y de lengua, unidos a los desastres de inundaciones y epidemias, extinguen la memoria de las cosas») no hace presagiar lo que se mantiene a continuación: el mundo es eterno, aunque, ciertamente, no tenemos memoria de más de cinco mil o seis mil años de historia. Ello es así porque «esta memoria de los tiempos pasados se pierde por diversas causas, de las cuales algunas proceden de los hombres, otras, del cielo». Las causas humanas de esta pérdida son las variaciones de lenguas y sectas, que cambian dos o tres veces cada cinco mil o seis mil años. Las causas naturales son periódicas devastaciones del mundo mediante diluvios, pestes, etc.

Dos cosas llaman la atención respecto de estas palabras: primero, que la eternidad del mundo de la que habla Maquiavelo parece íntimamente conectada a la especie humana, al primer hombre. En efecto, se habla de la «memoria de los tiempos pasados», memoria evidentemente humana. En realidad, muchos de los autores que tratan de la *aeternitas mundi* la relacionan con la eternidad de la especie humana y con el relato adamítico.

Al lector de los *Discursos* le llamará la atención no sólo la relativa cautela con la que se afirma la *aeternitas mundi* —negando simplemente el principal argumento empírico en su contra—, sino la ubicación del texto: el capítulo V del libro II. Parecería más lógico que el pasaje estuviera justamente en el capítulo I del libro I, en el cual se hace referencia al origen general de todas las ciudades; o en el capítulo II del libro I, en el que se habla de los tipos de repúblicas y Maquiavelo expone la teoría polibiana de la anaciclosis, y donde sería perfectamente lógico que estuviera. ¿Por qué introducir esta cuestión más de sesenta capítulos después, y sin continuidad conceptual alguna con los capítulos contiguos, esto es, II, IV y II, VI? Quizá Maquiavelo no fue tan temerario como para sostener, contra los preceptos de la Iglesia y el reciente Concilio Lateranense,[125] la eternidad del mundo, esto es, no quiso exponerla en primera línea de su obra.

Por otro lado, aunque la defensa de la eternidad del mundo y de las periódicas conflagraciones conoció muchos expositores que coinciden en mayor o menor medida con la descripción maquiaveliana —desde Platón, Aristóteles, Polibio, Proclo o Cicerón, hasta Pontano, pasando por averroístas como Boecio de Dacia o Siger de Brabante y

tantos otros—, Maquiavelo pudo tomar prestada esta argumentación de diversas fuentes y de exposiciones contemporáneas en las que se combinaba ya la doctrina de la eternidad (de origen aristotélico) con la de los periódicos cataclismos (de origen platónico y estoico). Se ha visto, por ejemplo, que el texto está en aparente contradicción con el *De Rerum Natura* de Lucrecio, una obra que, como se ha dicho, Maquiavelo transcribió personalmente. Por más que una lectura atenta de ambos textos parece alejar la posibilidad de una polémica directa (*De Rerum Natura*, V, 324-347), sí puede, al menos, concluirse que si, como afirman algunos, Maquiavelo fue un epicúreo, lo fue en un sentido muy poco ortodoxo.

Probablemente la fuente más próxima al texto, aunque en negativo, está en *La ciudad de Dios* de san Agustín, en un pasaje que es prácticamente especular respecto al texto de Maquiavelo. San Agustín refuta la eternidad del mundo basándose en la falta de noticias sobre el pasado y el relato exacto del inicio de las artes y las ciencias, que, a su vez, los defensores de la *aeternitas* tratarían vanamente de refutar con las periódicas catástrofes y diluvios que devuelven el mundo a un nuevo inicio prácticamente desde cero. San Agustín termina recordando la contradicción entre esta visión pagana y los seis mil años de antigüedad que estipula el Antiguo Testamento: «Les inducen a error también algunos escritos plagados de mentiras. Ellos la citan en su apoyo, y dicen que la historia tiene ya muchos miles de años, siendo así que por las Sagradas Escrituras no contamos siquiera seis milenios completos desde la creación del hombre…» (*La ciudad de Dios*, XII, 10). Un elemento formal hace que el paralelismo entre ambos textos aumente, y es que en ambos autores la discusión prescinde de sutilezas lógicas y teológicas: la historia y la autoridad de los filósofos en el caso de Maquiavelo, y la historia y la autoridad de las Escrituras en el de san Agustín, parecen ser las únicas cartas sobre la mesa para afirmar o negar la *aeternitas mundi*.

Pero la cuestión de las fuentes parece tener relativa importancia desde el momento en el que Maquiavelo se prodiga con tal brevedad sobre el asunto y luego no vuelve a mencionarlo más. La importancia del texto es más estratégica que teórica, como hemos dicho, y lo es porque dice poco del interés del autor por las cuestiones de filosofía natural, pero dice mucho del carácter polémico y poco cristiano que Maquiavelo parece querer transmitir al lector avisado: no sólo está negando, sin apenas entrar en la discusión, el relato bíblico en torno al mundo y la especie humana, sino que, sobre todo, está naturalizando la religión cristiana y las otras religiones del libro, insertándolas en un esquema de cambio y necesidad que naturaliza sus orígenes y niega su carácter divino. Existen otros elementos del propio texto que refuerzan esta hipótesis «anticristiana», pero me ocuparé de ellos en el siguiente apartado, al abordar precisamente su anticristianismo.

Hemos ya dicho que el lugar natural en el que Maquiavelo debería haber colocado su tesis de la *aeternitas mundi* es el capítulo II del libro I, donde se habla de los tipos de Estado y en donde Maquiavelo asume la teoría polibiana del ciclo natural de generación y destrucción del orden político. De hecho, el texto dedicado a la *anakyklosis* es casi un calco de algunos pasajes de libro VI de Polibio. Esta doctrina expone, como es bien sabido, una concepción naturalista de la historia a partir de la cual se explicaría el

surgimiento, el cambio y la decadencia de las formas políticas, sometidas a un ciclo natural y necesario. Además, en este capítulo de los *Discursos* Maquiavelo habla, siguiendo al historiador griego, del principio del mundo, lo cual parece en franca contradicción con la tesis sobre su eternidad: «Al principio del mundo, siendo pocos los habitantes, vivieron largo tiempo dispersos, a semejanza de los animales» (*Discursos*, I, II).

Pero la contradicción se desvanece al acudir al texto de Polibio y comprobar que cuando el historiador griego habla de los orígenes de las comunidades políticas se refiere a un «re-inicio» después de un aniquilamiento cataclísmico de la raza humana, en virtud del cual desaparecen las costumbres y los conocimientos de los hombres (Polibio, *Historia*, VI, 5, 5); razón de más para suponer que, de hecho, la eternidad del mundo maquiaveliana y la teoría de las cíclicas devastaciones del mundo que Maquiavelo intercala en *Discursos*, II, V debían haber servido de introducción a la *anakyklosis* de *Discursos*, I, II, introducción que, por motivos quizá prudenciales, decidió no ubicar en lugar tan notorio.

No vamos a reiterar aquí el ciclo de causas fatales y naturales por las que unas formas de gobierno se transforman naturalmente en otras. Para Polibio, como para Maquiavelo, el problema reside en la facilidad con la que las formas puras (monarquía, aristocracia, democracia) pueden convertirse en sus contrarias puras (tiranía, oligarquía y demagogia), y ambos sitúan en la mezcla de las tres formas puras (esto es, en el gobierno mixto) un freno frente a la tendencia degenerativa. En relación al origen de los cuerpos políticos, hemos mencionado ese retrato de tonos epicúreos que habla de pocos habitantes dispersos que en un principio vivían «a semejanza de los animales». Después, con el incremento de la población, para defenderse adecuadamente (¿de quién o de qué?) eligieron como jefe al más fuerte de entre ellos, al que obedecían. Es así, pues, que el primer origen de la asociación política tiene su fundamento en la necesidad de defensa *(per potersi meglio difendere)* y, por consiguiente, en el temor.

Pero lo más interesante de la redacción de Maquiavelo son precisamente los elementos que lo alejan del naturalismo polibiano y que hacen entrever diferencias en su forma de entender la historia. De hecho, algunos autores han insistido en la idea de que Maquiavelo mitiga o anula el fuerte naturalismo presente en el texto de Polibio. Por ejemplo, mientras que Polibio insiste en comparar a los hombres con determinados animales, como «los toros, los jabalíes, los gallos» (*Historia*, VI, 5, 8-9), Maquiavelo omite estas comparaciones. Pero lo que es más relevante: Polibio recalca que el origen de las formas de gobierno y sus «ciclos de transformaciones» se producen «por naturaleza» y por necesidad natural, mientras que Maquiavelo, por el contrario, habla de que las diferentes formas de gobierno nacieron azarosamente *(a caso)* y alude a las «variaciones de la fortuna», algo que tampoco aparece en el texto del historiador clásico. Es curioso, por tanto, cómo combina Maquiavelo el determinismo naturalista de Polibio con ese azar que la tradición atribuía a Demócrito y a la escuela epicúrea, y que pocos años antes Savonarola condenaba desde el púlpito.

Más que un epicureísmo, lo que Maquiavelo desarrolla en los dos capítulos

siguientes (*Discursos*, I, III-IV) es el paso de una *historia naturalis* a una *historia civilis* que se mueve exclusivamente por elementos internos, esto es, históricos, que además tendrán para Maquiavelo un carácter estructural e impersonal, exentos de todo moralismo; en concreto, la desunión y la lucha entre el pueblo romano y el patriciado, causa primera del paulatino desarrollo de libertad y de la fortaleza de Roma. Cierto es que la propia explicación de la contraposición entre pueblo y nobleza se ancla en el paradigma naturalista que entiende la sociedad como «un cuerpo mixto» (*Discursos*, III, I), un cuerpo compuesto por diversos humores, tal y como eran los cuerpos animales para la medicina galénica. La analogía lleva a nuestro autor a establecer límites naturales a todo cuerpo social, por ejemplo, el hecho de que todos estos cuerpos mixtos (no sólo los políticos, sino también los religiosos) tienen un principio vital principal, cuyo declive determina su tiempo de vida: «Todas las cosas de este mundo tienen término inevitable» (*Discursos*, III, I). Para ser capaces de recorrer al menos su entero ciclo vital, deben además renovarse periódicamente, reconduciéndose a sus principios constitutivos. Ello es así porque a lo largo de su vida, estos cuerpos, como los animados, van acumulando materia superflua, de la que deben desembarazarse para recobrar el vigor. Se mueve aquí Maquiavelo en una especie de «paradigma purgativo» de origen galénico que se aplica en diversos lugares y niveles. Por ejemplo, ese otro cuerpo mixto que es el género humano parece purgarse de su propio excesivo crecimiento y de la consiguiente «astucia» y «malignidad» que va apoderándose del mundo a través de los recurrentes cataclismos y devastaciones que permiten devolver a la humanidad a un nuevo inicio con pocos habitantes, que viven «más cómodos» y se vuelven «mejores» (*Discursos*, II, V).

Se aducen asimismo varias consideraciones políticas; por ejemplo, que esta renovación de los cuerpos puede efectuarse «por motivos extrínsecos» o por «prudencia interna» de los gobernantes. Coherentemente con lo dicho sobre la fortuna, conviene además que exista una cierta versatilidad en los principios constitutivos de un cuerpo político, versatilidad que haga posibles el cambio y la adaptación a las circunstancias (*cf. Discursos*, III, I). En todo caso, desde este marco general Maquiavelo explica los fenómenos de decadencia y corrupción en términos estrictamente sociopolíticos e históricos, como hemos visto en los casos de Roma o de la Italia de su tiempo.

En otro lugar, Maquiavelo se refiere a la inmutabilidad del mundo, en el que siempre ha habido la misma cantidad de «bueno que de malo», con la salvedad de que esta bondad (la virtud política o más bien militar) varía de acuerdo con las costumbres de los pueblos. Así, esta virtud pasó de Asiria a Media, Persia, Italia y Roma, mientras que el derrumbe del Imperio romano hizo que se fragmentara en múltiples pedazos que no han recaído en Italia (*Discursos*, II, prólogo). Se trata de una versión de la célebre doctrina de la *traslatio imperii*, que Maquiavelo pudo tomar quizá de Giovanni Boccaccio. Era común, además, ligar esta traslación geográfica del imperio hacia el oeste con motivos astrológicos, aunque el texto de Maquiavelo omite esta conexión.

Las resonancias astrológicas se observan también en la cuestión de la fortuna y de los cuerpos mixtos, aunque Maquiavelo no se compromete con ninguna tesis fuerte en este sentido y se limita a hablar del «cielo» o la «naturaleza» como fuerzas genéricas que

inciden sobre la historia humana. La referencia más precisa de connotaciones astrológicas aparece en un capítulo de los *Discursos* donde se asume que los grandes acontecimientos vienen precedidos de signos u hombres que los pronostican:

> El origen lo ignoro; pero es notorio, por ejemplos antiguos y modernos, que jamás ocurre ningún grave accidente en una ciudad o un Estado sin ser anunciado, o por adivinos, o por revelaciones, prodigios u otros signos celestes. (*Discursos*, I, LVI.)

Aunque Maquiavelo admite que la cuestión debería dejarse en manos de algún experto en las «cosas naturales», arriesga, no obstante, una hipótesis:

> Pudiera ser que al estar el aire, como quiere algún filósofo, lleno de inteligencias que mediante virtudes naturales prevén las cosas futuras, y que, sintiendo compasión por los hombres, les advierten con estas señales para que puedan disponer su defensa. (*Discursos*, I, LVI.)

Este texto plantea muchas cuestiones que no podemos abordar aquí, por lo que nos limitaremos a mencionar lo más relevante. Como en el caso de la eternidad del mundo, Maquiavelo no identifica a esos «filósofos» que suponen la existencia de tales inteligencias; en realidad sería mucho más sencillo hallar a quienes negaran esta tesis, pues, aparte de su ubicuidad en el mundo clásico, recorre gran parte de la tradición literaria florentina, desde Dante hasta Pulci.[126] La alusión a «las virtudes naturales» de esas inteligencias para prever las «cosas futuras» encierra, además del consueto naturalismo, una posible ironía sobre Savonarola, que en el texto se menciona como ejemplo de pronóstico auténtico. La ironía reside en el hecho de que Savonarola pretendía que su profetismo era de carácter sobrenatural, y que el fraile insistió sistemáticamente sobre los peligros morales y teológicos implicados en la astrología adivinatoria. Por último, al aludir Maquiavelo a una cierta «compasión por los hombres» por parte de esas inteligencias, el texto parece desbordar el mero naturalismo para introducirse en el ámbito del vínculo religioso, de tintes claramente paganos.[127]

A la luz de estos pasajes, a los que se podrían añadir otros tantos, no cabe duda de que en Maquiavelo tenemos numerosas expresiones de naturalismo. No era difícil, por consiguiente, comparar a Maquiavelo con un científico natural de la política, o bien, con no menos empeño, afirmar que estamos ante un autor anclado en una cosmología acrítica (el caso, como vimos, de Horkheimer) o premoderna (como han pretendido autores como Anthony Parel).

En nuestra opinión, lo que realmente hallamos en Maquiavelo es un surtido de naturalismos poco definidos y sin relación orgánica. Dicho de otra manera, no hay en Maquiavelo un sistema filosófico de carácter naturalista que explique los hechos políticos, sino más bien una multiplicidad de explicaciones naturalistas de diferente importancia que operan desde un ámbito muy genérico e impreciso. La *historia naturalis* parece determinar e imponer su marco a la *historia civilis* pero tiene escaso valor explicativo en la teoría política, pues ésta se ocupa sobre todo de elementos intrínsecos a esa *historia civilis* que no es responsabilidad de la naturaleza, sino de la acción del hombre.[128] Como

esquema general, el naturalismo tiene, sin embargo, un alto valor estratégico, fundamentalmente porque le sirve a Maquiavelo para presentar un marco general de la historia y la política exento de causas finales y de providencia cristiana y, en último término, quizá también de sentido.

Iglesia, religión y cristianismo. Epílogo

Es bien conocido que la tradición literaria italiana entre el Medievo y el Renacimiento se prodigó en polémicas anticlericales y antipapales, que ya desde Dante formaron parte de una tópica dirigida a criticar o ironizar los excesos del clero y el papado. Se trata, por lo demás, de una reacción natural en una sociedad que vive en una estrecha y continua relación con la Iglesia, que, a su vez, competía con otras fuerzas en pos del poder político, económico y social. Es obvio entonces que cuando se habla aquí de «anticlericalismo», el término no implica, en principio, ni una actitud racional ilustrada ni, por supuesto, una actitud antirreligiosa. De hecho, se puede decir que el núcleo de las críticas medievales y humanistas al clero y al papado es interno al cristianismo y tiene que ver fundamentalmente con la corrupción del clero o con las ambiciones políticas y territoriales del papado. Maquiavelo podía haber sido, por consiguiente, un caso más de anticlericalismo, de no ser porque su crítica adopta una radicalidad novedosa y sin anclajes cristianos.

Contra lo que piensan algunos, dice Maquiavelo en un capítulo de los *Discursos* dedicado a la cuestión (I, XII), la Iglesia no es la causa de la prosperidad de Italia. Al contrario, la Iglesia (a saber, la curia vaticana) es la responsable exclusiva de la debilidad de Italia y de su división interna; una Iglesia no suficientemente fuerte para unificar Italia bajo su mando, pero sí lo bastante fuerte como para impedir que cualquier otro lo hiciera. Las invasiones y las injerencias de las provincias italianas por parte de las potencias extranjeras son también responsabilidad de la Iglesia. Italia no aparece unificada bajo el gobierno de una república ni de una monarquía, porque la unificación italiana, amén de otras causas, ha sido tradicionalmente bloqueada por la Iglesia, que, a su vez, no ha tenido ni tiene fuerzas ni capacidad para llevar ella misma a cabo la unificación. Explícito es el interés de Maquiavelo en mostrar que su juicio tiene un alcance histórico y que no es una cuestión coyuntural. De hecho, la dimensión histórica adquiere unos términos muy precisos en el texto: desde el conflicto entre el papado, los longobardos y Carlomagno (que nos retrotrae a la Italia del siglo VIII) se viene a parar *ai tempi nostri*, con el ejemplo de la guerra entre Julio II, Francia y Venecia.

Este pasaje del capítulo XII del libro I de los *Discursos* puede ponerse en relación con otros textos maquiavelianos. Por ejemplo, la cuestión de la función de la Iglesia en la historia italiana aparece también en el primer libro introductorio de su *Historia de Florencia*. En el capítulo 5 de este libro I, Maquiavelo describe la transición desde la destrucción del Imperio romano y las invasiones bárbaras, hasta la consolidación del cristianismo, tiempos éstos, dirá el autor, *miserabili* para Italia. La desintegración del Imperio romano (a su vez degeneración de la República) supone el comienzo traumático

del moderno *Regnum Italicum*, un comienzo «miserable» caracterizado por la total confusión. Se hace referencia allí a los tumultos y a las *discordie gravissime* generados por el cambio de religión y la consecuente desesperación humana a la que llevaron, primero, el conflicto entre paganismo y cristianismo y, más tarde, las propias luchas intestinas entre las Iglesias cristianas y entre la doctrina católica y las heréticas, luchas, dice el pensador florentino, que «contristaban el mundo de múltiples modos» (*Historia de Florencia*, I, 5). Se trasluce aquí una clara intención polémica que hace aparecer al cristianismo, normalmente caracterizado como fuente de esperanza, como origen y causa de desesperación. En el capítulo 9 de este mismo libro se vuelve, como en los *Discursos*, a responsabilizar a la Iglesia de la debilidad de Italia y de la mayor parte de las injerencias extranjeras: «Todas las guerras que después desde entonces [tiempos de Carlomagno] hicieron los bárbaros en Italia, fueron en su mayor parte causadas por los pontífices […], lo que ha mantenido y mantiene a Italia desunida y enferma» (*Historia de Florencia*, I, 9). Además, a diferencia de la tradición antipapal de carácter cristiano, Maquiavelo asume que la responsabilidad del papado en estas guerras no sólo estuvo motivada por la ambición política, sino por la propia caridad religiosa: «Y así los pontífices, ora por caridad de la religión, ora por su propia ambición, no paraban de convocar en Italia nuevos humores y de suscitar nuevas guerras» (*Historia de Florencia*, I, 23).

Parece, pues, poco razonable definir a Maquiavelo como un «anticlerical reformista», cuya crítica estaría dirigida a los abusos de poder de la Iglesia, más bien que al poder de la Iglesia en cuanto tal.[129] Al menos por lo que concierne a los pasajes citados, no se aprecia diferenciación ni discriminación alguna entre clérigos buenos y malos, o entre papas sabios o ineptos. Para Maquiavelo, el papado como tal, independientemente de la buena o mala voluntad de sus representantes, es una de las causas principales de la división interna de Italia y de su intrínseca debilidad. El planteamiento de Maquiavelo se agota por lo demás en su dimensión polémica, sin que medie propuesta o sugerencia alguna que redefina el papel del papado en la vida política italiana. Además, el problema de la debilidad italiana, como el mismo Maquiavelo dirá en otros pasajes que veremos a continuación, no está sólo en relación con la actuación del papado, sino que se conecta nada menos que con la naturaleza misma de la religión cristiana.

Pero Maquiavelo no sólo acusa al papado de las divisiones italianas y de las invasiones extranjeras, sino que, además, dice que la curia romana, y en concreto los «malos ejemplos de aquella corte», han cancelado el sentimiento religioso en Italia, han dejado la provincia italiana privada de toda *divozione* y toda *religione*, han hecho a los italianos «sin religión y malvados», lo que conlleva «infinitos desórdenes». La fe y la capacidad de sacrificio de los soldados, las promesas civiles, los juramentos religiosos, se hallan sin duda entre los damnificados de esa decadencia del culto divino y el temor de Dios que Maquiavelo diagnostica para Italia.

Tanto en la crítica del papel político negativo del papado como en su denuncia del *malum exemplum* de la Iglesia, Maquiavelo se instala en un tradición antihierocrática y anticlerical disponible en un largo número de autores italianos, entre los que podríamos

citar a Dante, Marsilio de Padova, Petrarca o Lorenzo Valla, aunque en ellos esta tradición sigue moviéndose en un espacio teórico cristiano que asume la legítima centralidad de la religión cristiana y del papado en todo lo referente a la moralidad y a la salvación revelada. Por el contrario, en Maquiavelo hallamos, a mi modo de ver, un componente anticristiano, dato que cambia radicalmente el sentido de su crítica.

En cualquier caso, para entender la relación entre Maquiavelo y el cristianismo, conviene antes aclarar brevemente qué valor tiene la religión en general en su pensamiento. Las religiones o sectas (como también las llama Maquiavelo) son para el florentino «cuerpos mixtos», esto es, entidades históricas sometidas a una dinámica natural de nacimiento, desarrollo o corrupción. La descomposición que impone en ellas el paso del tiempo («todas las cosas de este mundo tienen término inevitable», *Discursos*, III, I) hace que para completar su ciclo vital necesiten, como sucede con los cuerpos políticos, periódicas renovaciones o reformas para reanimar sus puntos o principios vitales o partes esenciales (*Discursos*, III, I). Además de este principio «natural», se trata de entidades que se suceden históricamente unas a otras y cuya ambición universalista impone relaciones de oposición excluyente: la religión grecolatina persiguió y destruyó a su precedente, como la cristiana ha intentado hacer con ella (*Discursos*, II, V).

Las reflexiones en torno a las funciones de la religión aparecen sobre todo en los *Discursos*, en especial entre los capítulos XI y XV del libro I, donde se atribuyen dos roles principales a la religión: una especie de poder civilizatorio *(instrumentum civitatis)* y un papel político o estratégico, a menudo de carácter manipulador *(instrumentum regni)*.

En el primer caso, la religión se convierte en el *ethos* de un cuerpo político, una instancia educativa (Maquiavelo intercambia a veces educación y religión) que imprime una «forma» sobre la «materia» social, que, para seguir con la metáfora aristotélica utilizada por Maquiavelo, carece de contornos definidos. Cuanto más rudo y menos definido es este sujeto colectivo, más fácil es introducir una forma. La religión, para Maquiavelo, sirve en primer término para realizar la transición de un Estado puramente militar hacia la *civiltà* (*Discursos*, I, I). Una transición, por tanto, desde un cuerpo político en estado bruto, regido por la disciplina militar y la represión material —y en el que la religión no desempeña ningún papel—, hacia un orden político que se ayuda y se rige también con las artes de la paz y de la represión simbólica. Así, Numa Pompilio redujo al ferocísimo pueblo de Roma a la *obedienzia civile* —esto es, a la obediencia de las leyes de la ciudad—, y lo hizo con las artes de la paz (*Discursos*, I, XI). La religión se convierte en una institución que modela la mentalidad de los hombres, de ahí que, como veremos más adelante, se identifique e intercambie a menudo con la educación.

En cuanto al aspecto estratégico de la religión, ni *El príncipe* ni los *Discursos* carecen de ejemplos en este sentido. Aquí bastará con recordar la regla según la cual Maquiavelo afirma: «Y en verdad han tenido que recurrir a un dios cuantos dieron leyes extraordinarias a un pueblo, porque de otra suerte no hubieran sido aceptadas [...], y los que quieren evitarse esta dificultad acuden a los dioses» (*Discursos*, I, X). La religión sirve para introducir nuevas leyes, para aumentar el valor de los soldados, para legitimar en general todas las acciones que, fuera de la legitimidad ordinaria, la requieren

extraordinaria.

Veamos ahora ese componente anticristiano de Maquiavelo al que habíamos aludido. El núcleo principal de su crítica al cristianismo se encuentra en sendos pasajes de los *Discursos* y en *El arte de la guerra*, textos ambos en realidad muy relacionados. En el primero, la pregunta principal es por qué no ha resurgido, en Italia y en Europa, el amor a la libertad tras el declive de la República romana y la decadencia del Imperio. Maquiavelo responde que, en primer término, fueron la misma República romana, y después el Imperio, las causas principales de la decadencia de la virtud en Europa. La expansión romana, al destruir y absorber la multiplicidad de repúblicas antiguas, aniquiló también todo resto de virtud y de libertad ajenas. Cuando ella finalmente se colapsó, la libertad desapareció por completo. Pero si fue la propia fuerza romana la que destruyó la virtud y el amor a la libertad en toda Europa, la religión cristiana instauró un tipo de educación que impidió que ambas renacieran:

> [Nuestra religión] ha santificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los de enérgica actividad. Además, coloca el supremo bien en la humildad, en la abnegación, en el desprecio de las cosas humanas, mientras la pagana lo ponía en la grandeza del ánimo, en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir a hacer los hombres fortísimos. La fortaleza de alma que nuestra religión exige es para sufrir pacientemente los infortunios, no para acometer grandes acciones. (*Discursos*, II, II.)

En el libro II de *El arte de la guerra* Maquiavelo aborda las causas por las que no ha renacido en Europa la antigua virtud militar, virtud que nuevamente aparece relacionada con el amor a la libertad y la existencia de repúblicas y reinos independientes. En la Antigüedad, España, Francia, Grecia, Alemania o Italia estaban repletas de principados y repúblicas que competían entre sí por su libertad, y en estas condiciones se generaba una gran cantidad de hombres excelentes para la guerra. Comparado con aquel amor a la libertad, el tiempo presente ofrece una variada muestra de «tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia» (*El arte de la guerra*, II, 147). ¿Cuál es la causa de este desorden? En primer lugar, nuevamente, ese Imperio romano que aniquiló todo rastro de virtud y libertad fuera y dentro de sus fronteras. Pero una vez destruido el Imperio romano, ¿por qué no ha resurgido la virtud? La responsabilidad vuelve a atribuirse al cristianismo: la «presente forma de vida», basada en la religión cristiana, ha impedido, en Italia al menos, el desarrollo de verdaderas guerras, y también, por tanto, la emergencia de verdadera libertad (*El arte de la guerra*, II, 149).

Si uno repasa bien en qué consiste esa actual forma de vida basada en «nuestra religión», no parece que haya mucho margen de duda: pacifismo, desprecio del mundo, pasividad, humildad, perdón, debilidad, servidumbre. En una palabra, cristianismo. A la vista de estos y otros textos, parece poder afirmarse que en Maquiavelo hay una neta polémica contra el cristianismo que va más allá de la crítica a la Iglesia o a determinadas situaciones coyunturales. No obstante, no puede ocultarse que se trata de una cuestión abierta al debate y problemática empezando por la propia ambigüedad textual, porque, en efecto, tras relacionar el declive del amor por la libertad con la cristiana educación, Maquiavelo afirma también que se trata del producto de una «falsa interpretación» de la

religión cristiana, la cual, según continúa el texto, «nos permite perfectamente la exaltación y defensa de la patria».[130] Además, aunque la religión cristiana «nos hace estimar menos los honores del mundo», el propio autor admite que enseña «el verdadero camino» (*Discursos*, I, XII). No es éste el lugar para desarrollar una interpretación de estas afirmaciones, que plantean difíciles interrogantes. En cualquier caso, en mi opinión resulta difícil negar que la polémica anticristiana en Maquiavelo vaya más allá de una ingeniosa impiedad o de una crítica interna. Soy de los que están convencidos de que su crítica se dirige al modelo de perfección del cristianismo, como queda ejemplarizado en su «desarmado» profeta.

En este sentido, puede hallarse un indicio adicional en otro texto en el que Maquiavelo prodiga sus sarcasmos a propósito de la renovación de la «secta cristiana» (*cf. Discursos*, III, I): franciscanos y dominicos renovaron una religión que estaba «ya aniquilada» en la mente de los hombres. Su modelo de vida, basado en la imitación de Cristo, hizo que la religión cristiana se renovase, retrotrayéndola hacia sus principios, y justamente al renovarla propiciaron que continuaran «las malas costumbres de prelados y de pontífices», pues mientras convencían a los pobres de que hay que soportar el mal y dejar el castigo a Dios, los prelados «se portaban lo peor posible, por no creer en castigos que no veían» (*Discursos*, III, I).

Por último, parece razonable pensar que la doctrina de la *aeternitas mundi*, de la que nos hemos ocupado, es fundamentalmente un dispositivo anticristiano, porque la eternidad del mundo, tal y como aparece en *Discursos*, II, V, no sólo implica negar el relato bíblico, sino una naturalización de la religión cristiana, sujeta ahora a un esquema de cambio y de necesidad natural e histórica que omite toda idea de trascendencia en sus orígenes y en su esencia. Recuérdese que la pérdida de la «memoria» de ese mundo eterno está relacionada, según el florentino, con la variación de lenguas y sectas «que cambian dos o tres veces cada cinco mil o seis mil años». El cristianismo no supone una excepción, y en buena lógica debiera desaparecer en un arco que va de unos curiosos 1.666 años hasta un máximo de 3.000 años.

El texto mencionado no se limita a establecer la doctrina de la *aeternitas* y el sucederse de las sectas, sino que prosigue señalando el carácter destructivo de la religión cristiana, enemiga no sólo del culto pagano, sino incluso de todo rastro de Antigüedad, otro de los motivos, recordémoslo, de que la antigua virtud no haya podido renacer:

> […] teniendo en cuenta las otras persecuciones que sufrió el paganismo, no quedaría memoria de los anteriores sucesos. Léase lo que hacían san Gregorio y los otros propagandistas de la religión cristiana, y se verá con qué obstinación perseguían cuanto pudiera recordar la idolatría, quemando las obras de poetas e historiadores, destruyendo las estatuas de los dioses y alterando o arruinando cuanto pudiera ser recuerdo de la Antigüedad; de suerte que si a tal persecución hubieran podido añadir el uso de un nuevo idioma en brevísimo tiempo, todo lo antiguo se hubiera olvidado. (*Discursos*, II, V.)

Estas palabras dejan traslucir una clara animadversión por una religión que, según dice en su prólogo original a los *Discursos*, es responsable de la debilidad del mundo. Aunque la ambigüedad textual a la que nos hemos referido anteriormente y que habla de «falsas

interpretaciones» y de una religión que se ofrece como «el verdadero camino» plantea serios interrogantes, no creo que en ningún caso permita recuperar a un Maquiavelo cristiano, al menos si por cristianismo se entiende la predicación de esa «pobreza» y «ejemplo de vida de Cristo» que, según Maquiavelo, produjo tan negativos efectos como los mencionados (*cf. Discursos*, III, I).

A propósito de su crítica del cristianismo, no han faltado intentos de ofrecer una alternativa, como la expuesta hace tiempo por Isaiah Berlin, para quien Maquiavelo habría cancelado la ética cristiana para hacer suya una ética pagana alternativa, que se movería a partir de valores como la «fuerza y la determinación», o la consecución de la «gloria y felicidad mundanas».[131] Con todo, habría que añadir que si éste fuera el caso estaríamos ante una ética subordinada y al servicio de valores políticos, es decir, una ética subalterna, algo que difícilmente puede encajar precisamente con el aspecto incondicionado que toda ética tiende a asumir.

Llegados a este punto podrían plantearse dos preguntas relacionadas que bastará con enunciarlas y que son de difícil respuesta. La primera es si la autonomía y la separación entre ética y política instaura un pensamiento político «adiafórico», neutral y exento de todo valor extraño a la propia autoafirmación política. En efecto, es habitual hallar interpretaciones que se decantan por una cancelación radical del ámbito moral en Maquiavelo,[132] y de hecho hay que asumir, en buena lógica con todo lo dicho, que asistimos a una renuncia a fundamentar a priori, desde instancias jurídicas o metafísicas, la existencia misma del orden político: la fundación es un fenómeno existencial que en todo caso sólo puede justificarse a posteriori, por sus efectos. Todo orden político es un ejercicio de autoafirmación carente de legitimación normativa en todo su sentido, una realidad fundante pero sin fundamento. Por ello mismo, ni la religión ni la moral pueden legitimar la política, y más bien es ésta la que instrumentaliza a ambas como fuentes de legitimidad del poder.

Ahora bien, el orden político, que es el verdadero principio axiológico que adopta Maquiavelo como punto de partida —en contraposición con el desorden, la corrupción y la decadencia, y sin identificarse tampoco con los leviatanes soberanistas, hostiles a toda posibilidad de conflicto interno—, no cancela necesariamente la autonomía de la moral o de cualquier otro ámbito axiológico, sino que simplemente se limita a hacerlos posibles, y de ahí su prioridad, que es de naturaleza existencial, no lógica.

Algo diferente es justificar las expresiones axiológicas del pensamiento maquiaveliano, por ejemplo, su republicanismo y su exaltación de la virtud y de la libertad, o su confeso patriotismo. Y la respuesta, en mi opinión, sería la misma: la existencia de un orden político hace posible sus diferentes modulaciones, en este caso lógicamente subordinadas al primero, pues al cabo, republicanismo, disenso interno, libertad o patriotismo se pretenden al servicio del fortalecimiento y de la eficacia del orden político. De cualquier modo, el ideal de la libertad en un horizonte de conflicto irresoluble apunta a varios centros de gravedad axiológica: el orden político es necesario, pero hay muchas formas de orden, unas más deseables que otras. Sea como fuere, orden no se identifica ya con armonía, y mucho menos con unidad absoluta y total, sino que

admite el disenso y la pluralidad de fuerzas y voces.

En cualquier caso, Maquiavelo era consciente de que el orden político, ya entendido en sus formas menos deseables o en sus formas más productivas, ofrecía poco: un cierto marco de estabilidad, siempre amenazado y amenazante respecto al resto de ámbitos simbólicos y materiales de la vida. Cuando éste existe de un modo relativamente eficaz, no puede entusiasmar a muchos y pasa inadvertido como algo «normal», incapaz en todo caso de ofrecer los aspectos redentores y de autosatisfacción que la ética o la religión ponen a disposición del individuo. De hecho, su reivindicación e incluso su exaltación sólo eran posibles porque estaba en juego su existencia, o mejor aún, sólo porque su extremada debilidad era patente para Maquiavelo. Por ello estaba claro que sólo cargando las tintas sobre la *misera Italia*, postrada, lacerada, devastada y pisoteada, cabía alguna esperanza de hacer ver a sus contemporáneos la importancia del Estado y de la defensa eficaz y ordenada de la patria, y no ciertamente en tanto que camino de salvación o fuente de felicidad, sino como la única vía para evitar el infierno.

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Tras la inclusión de Maquiavelo en el índice de Quiroga de 1583, sus obras no volvieron a ser editadas en nuestro país hasta el siglo XIX. Durante esta centuria, la única obra que se traduce, aunque en diversas ocasiones, es *El príncipe* (1821, 1842, 1872, 1887). Las traducciones de Luis Navarro de las *Obras históricas* (1891) y de la *Obras políticas* (1895), colmaron este vacío con un proyecto de inigualada ambición en el mundo hispánico. En el presente volumen se rescata una parte sustancial de aquella edición (*El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani* y los *Discursos sobre la situación de Florencia*) con total respeto al registro original pero actualizada con un completo aparato crítico.

---

[1] A finales del siglo XIX ya se habían escrito tres grandes biografías de Maquiavelo: las de F. Nitti (1876), O. Tommasini (1883) y P. Villari (1894-1895). Estos trabajos contribuyeron en una medida u otra a abrir el camino de la investigación histórica (en el caso de Tommasini, con relevantes aportaciones). En el siglo XX, el texto de R. Ridolfi (1954), con sus numerosas reediciones, se ha venido considerando el trabajo biográfico de referencia. Del aluvión de biografías de los últimos años es obligado destacar dos intervenciones que suponen sendos trabajos biográficos de gran rigor: F. Bausi (2005) y G. Inglese (2006); el primero, mucho más que una biografía; el segundo, un riguroso trabajo de síntesis. La referencia completa de estas obras aparece en la bibliografía.

[2] Se trata del poema «Costor vissuti sono un mese, o piue…», en *Tutte le opere*, 1971, págs. 993-994. La correspondencia de Maquiavelo con Vettori está repleta de alusiones a sus estrecheces, y en algún momento le vemos afirmar: «Nací pobre, y antes aprendí a afanarme que a disfrutar» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [18-3-1513]). Y, por mencionar algún ejemplo más, su célebre carta de diciembre de 1512 se abre con una referencia a las limitaciones de su patrimonio: «Como con los míos lo que permite esta pobre tierra y exiguo patrimonio», y se cierra con una amarga alusión a su estado: «De mi lealtad y mi honestidad da testimonio mi pobreza» (*N. Maquiavelo a F. Vettori* [10-12-1513]).

[3] El escudo de armas de los Machiavelli incluía una cruz plateada sobre campo azul, en la que, según Borghini, se introdujeron cinco clavos *(chiavelli)* ad hoc, de manera que el nombre guardara alguna correspondencia con el escudo (V. Borghini, «Dell'arme delle famiglie fiorentine» [1585], en *Discorsi di Monsignore D. Vincenzio Borghini*, Florencia, 1755, vol. II, pág. 106). Respecto a la grafía del nombre familiar, Maquiavelo firma sus cartas como Machiavellus y Maclavellus (en latín) y Machiavegli o Machiavelli (en italiano). Pero amigos y contemporáneos suyos escriben Machiavello, Malclavello, Macravello, etc. (*Cf.* O. Tommasini, 1994-1999, vol. I, págs. 78-79).

[4] G. Villani, *Nuova cronica* [ed. de G. Porta], Parma, Guanda, pág. 78.

[5] *Cf.* N. Rubinstein, «Machiavelli and the World of Florentine Politics», en M. P. Gillmore [ed.], *Studies on Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1972, pág. 7; F. Gilbert, 1965, pág. 172. Con todo, se hicieron numerosas excepciones para conseguir un Gran Consejo —cuya función principal era refrendar leyes y candidatos al resto de las magistraturas— suficientemente amplio: así, hablamos de 3.400 personas en 1495 y de 3.750 en 1508 (G. Guidi, *Lotte, pensiero e istituzioni politiche nella repubblica fiorentina dal 1494 al 1512*, 3 vols., Florencia, Olschki, 1992; vol. I, 15).

[6] No está claro si la muerte se debió a la enfermedad o a las torturas (*cf.* N. Rubinstein, *The Government of Florence under the Medici* [1434-1494], Oxford, Oxford University Press, 1997, págs. 107, 116, 137 y 164). También un hermano de Girolamo (Piero) aparece entre los exiliados por su oposición a los Médicis (*ibid.*, pág. 123, nota 3). Maquiavelo recuerda a su pariente en el cap. I del libro VII de su *Historia de Florencia*.

[7] *Cf.* B. Machiavelli, *Libro di ricordi* [ed. de C. Olschki], Le Mornier, Florencia, 1954, págs. 31, 34, 45, 103, 138.

[8] P. Giovio, *Elogia virorum litteris illustrium*, Basilea, P. Perna-H. Petri, 1577, pág. 104.

[9] Giuliano de' Ricci, nieto de Maquiavelo y primer recopilador y transcriptor de su correspondencia privada, se indigna con estas palabras de Giovio, dictadas, según él, por la «envidia» (los textos del apográfo Ricci están publicados por O. Tommasini, 1994-1999, I, págs. 617-664.

[10] B. Machiavelli, *op. cit.*, págs. 14, 35.

[11] *Ibid.*, pág. 223.

[12] S. Bertelli, «Machiavelli and Soderini», *Renaissance Quaterly* 28/1 (1975), págs. 3-4.

[13] G. Inglese, DBI, 2006, pág. 82a.

[14] P. A. Rahe, *Against Throne and Altar: Machiavelli and Political Theory under the English Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, págs. 39-43.

[15] G. Inglese (2006, pág. 77) proporciona un elenco de las fuentes clásicas, entre las que sobresale Tito Livio, implícitas en *El príncipe*.

[16] F. Bausi, 2005, pág. 82.

[17] Concretamente fue elegido un tal Antonio Migliorotti. El Consejo de los Ochenta proponía a varios candidatos, uno de los cuales era finalmente elegido por el Gran Consejo. N. Rubinstein, «Beginnings of Machiavelli's Career in Florentine Politics», en M. P. Gilmore [ed.], *Studies on Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1972, pág. 79.

[18] En concreto, Maquiavelo fue propuesto junto con otros tres candidatos por el Consejo de los Ochenta, y elegido por el Gran Consejo frente a Andrea di Romolo (notario), Francesco Baroni (canciller de los Ocho y los Diez) y Francesco Gaddi (este último discípulo de Marsilio Ficino y que ya había ocupado diferentes cargos en la cancillería). N. Rubinstein, *art. cit.*, pág. 90.

[19] P. Godman, *From Poliziano to Machiavelli: Florentine Humanism in the High Renaissance*, Princeton, Princeton University Press, 1998, pág. 145.

[20] N. Rubinstein, *art. cit.*, pág. 78; F. Bausi, 2005, pág. 33.

[21] *N. Maquiavelo a Ricciardo Becchi* [2-3-1498], traducción española en *Epistolario privado*, 2007, págs. 77-84.

[22] P. Godman, *op. cit.*, págs. 146-147.

[23] A. Brown, *Bartolomeo Scala (1430-1497) Chancellor of Florence: the Humanist as Bureaucrat*, Princeton, Princeton University Press, 1979, págs. 162, 180, 182.

[24] R. Ridolfi, 1969, págs. 31-32.

[25] O. Tommasini, 1994-1999, vol. I, pág. 94. P. Godman (*op. cit*, págs. 239-241, 255-256, 272-275, 278-281, 283-284) habla de frialdad y distanciamiento progresivo entre ambos. Además, este estudioso ha rastreado la influencia de las obras de Marcello Virgilio Adriani en Maquiavelo, y las críticas del segundo al primero.

[26] N. Rubinstein, *art. cit.*, pág. 84.

[27] F. Nitti, 1991-1996, págs. 54-55, n. 1.

[28] E. Duprè Theseider, *Niccolò Machiavelli diplomatico. L'arte della diplomazia nel Quattrocento*, Como, Carlo Marzorati, 1945, págs. 47-51.

[29] Para todos los escritos políticos anteriores a 1512, usamos la edición de J.-J. Marchand: *Niccolò Machiavelli. I primi scritti politici (1499-1512)*, Padua, Antenore, 1975. Existe traducción española *(Análisis sobre el problema de Pisa)* en *Antología*, 1987, págs. 56-58.

[30] *Cf. Discursos*, I, XXXVIII. Maquiavelo expone la campaña de Pisa como ejemplo de la desastrosa estrategia de Florencia, al ponerse en manos de una potencia de la que, en el fondo, desconfía, y dándole a ésta, a su vez, motivos para sentirse injuriada.

[31] En *Legazioni*, *commissarie, scritti di governo* [ed. de F. Chiappelli], Bari, Laterza, 1971-1985, vol. I, págs. 440-444. Existe traducción española (*F. della Casa y N. Maquiavelo a la Señoría* [27-8-1500]) en *Antología*, 1987, págs. 59-65.

[32] La versión que se conserva del *De natura gallorum* hace alguna referencia a hechos acaecidos en 1503. El *Ritratto* se redacta probablemente entre 1510 y 1512. De ambos existe traducción española (*Del carácter de los franceses* y *Retrato de los asuntos de Francia*), en *Escritos políticos breves*, 1991, págs. 38-56.

[33] Traducción española en *Antología*, 1987, págs. 75-79.

[34] Traducción española *(De los asuntos de Pistoya)* en *Escritos políticos breves*, 1991, págs. 11-18.

[35] El título fue añadido en el siglo XVIII. Existe traducción española *(Cómo tratar a los pueblos rebeldes de Valdichiana)* en *Antología*, 1987, págs. 197-203.

[36] *Cf.* J.-J. Marchand, *op. cit.*, págs. 107-114.

[37] G. Guidi, *op. cit*., vol. II, págs. 621-622.

[38] La dicotomía se establecía entre república popular *(governo largo)* y república aristocrática *(governo stretto)*, basada en el modelo veneciano (F. Gilbert, «The Venetian Constitution in Florentine Political Thought», en *Florentine Studies. Politics and Society in Renaissance Florence*, Londres, Faber & Faber, 1968, págs. 463-500). Piero Soderini ni limitó los poderes del Gran Consejo, ni convirtió el Consejo de los Ochenta en algo similar al *Consiglio dei Pregadi* (el Senado) veneciano; de hecho, se fue distanciando del partido oligárquico y apoyándose en personas de modesto abolengo, como Maquiavelo (F. Bausi, *Machiavelli*, 2005, pág. 43).

[39] B. Cerretani, *Ricordi* [ed. de G. Berti], Florencia, C. Olschki, 1993, pág. 214. Sobre el grado de compromiso y de partidismo de Maquiavelo en relación a los Soderini, se han defendido posiciones maximalistas y minimalistas. En cualquier caso, un mínimo examen de los acontecimientos y la correspondencia muestra que las relaciones entre el secretario y los hermanos ofrecían sobradas razones para las suspicacias.

[40] Marchand ha mostrado la disparidad entre el escrito final (orientado a un mayor efecto narrativo) y los despachos de Maquiavelo (J.-J. Marchand, *op. cit.*, págs. 82-86). Existe traducción española *(Descripción de cómo procedió el duque Valentino para matar a Vitellozzo Vitelli…)* en *Antología*, págs. 161-168.

[41] Traducción española *(Discurso sobre la provisión de dinero, con un breve proemio y justificación)*, en *Antología*, 1987, págs. 189-196.

[42] *Legazioni…*, *op. cit.*, vol. III, pág. 244.

[43] El título aparece en la edición de 1506; el título manuscrito es, en cambio, *Compendium rerum*

decemnio in Italia gestarum. Existe traducción española *(Primer Decenal)* en *Antología*, págs. 209-230. Por otro lado, Vespucci anuncia en su dedicatoria que la obra debe considerarse «un anticipo de lo que con mayor extensión y sudor se está forjando en su taller». Se ha pensado, pues, que Maquiavelo estaba recopilando materiales para un trabajo más amplio, que luego posiblemente se insertó en sus *Istorie Fiorentine* o en el *Decennale Secondo* (1509).

44 Traducción española *(La causa de la Ordenanza militar...)* en *Antología*, págs. 236-243.

45 Traducción española *(Provisión de la Ordenanza)* en *Antología*, págs. 244-245. El borrador, incompleto, dará paso a un texto legal definitivo y mucho más largo, aprobado en diciembre de 1506 *(Militie Florentine Ordinatio)*, cuyo principal compositor fue seguramente Maquiavelo. Traducción española *(Ordenanza de la milicia florentina)* en *Escritos políticos breves*, págs. 91-108.

46 El término *ghiribizzi* se podría traducir por «fantasías» o «divagaciones». Del texto existen varias traducciones españolas. Por ejemplo, en *Antología* (págs. 266-271) y en *Epistolario privado* (págs. 105-110).

47 El *capitolo* es una composición en tercetos, normalmente de estilo burlesco o didáctico. Traducción española *(Capítulo de Fortuna)* en *Antología*, págs. 272-278.

48 B. Cerretani, *Storia Fiorentina* [ed. de G. Berti], Florencia, Olschki, 1994, págs. 352-353.

49 Traducción española *(Informe sobre la situación en Alemania)* en *Antología*, págs. 281-292.

50 Traducción española *(Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el Emperador)* en *Escritos políticos breves*, págs. 68-69.

51 Traducción española *(Retrato de los asuntos de Alemania)* en *Escritos políticos breves*, págs. 70-76.

52 Traducción española *(Disposiciones para la reconquista de Pisa)* en *Escritos políticos breves*, págs. 6-10.

53 Existe traducción española *(Capítulo de la ambición)* en *Antología*, págs. 313-320.

54 Traducción española en *Epistolario privado*, págs. 105-110.

55 Traducción española *(Sobre la distribución de la caballería en la Ordenanza florentina)* en *Escritos políticos breves*, págs. 113-120.

56 F. Guicciardini, por ejemplo, resaltará su cobardía (*Storia d'Italia* [ed. de S. Menchi Seidel], 3 vols., Turín, Einaudi, 1971, cap. VI, págs. 2-4).

57 *Epistolario privado*, págs. 122-127. Probablemente la carta estuvo dirigida a Isabella d'Este, aunque se ha sugerido también que podría no tener un destinatario concreto, sino ser una especie de escrito apologético (F. Bausi, 2005, pág. 70).

58 Traducción española *(A los partidarios de los Médicis. Tomad buena nota de este escrito)* en *Antología*, págs. 329-332.

59 *Cf.* J.-J. Marchand, *op. cit.*, pág. 303.

60 La expresión *post res perditas* (todo ya perdido) fue empleada por Maquiavelo para aludir al tiempo posterior al régimen republicano de Soderini y su propio infortunio político (1512).

61 El episodio de la conjura puede leerse en la descripción de Vettori (*cf. Scritti storici e politici* [ed. de E. Niccolini], Bari, Laterza, pág. 147) y de J. Nardi (*Istorie della città di Firenze*, 2 vols. [ed. de L. Arbib], Florencia, Varchi, 1838-1841; vol. II, cap. VI, págs. 23-24).

62 Maquiavelo utiliza la irónica y probablemente amarga expresión *quondam Secretarius* (en otro tiempo secretario) en una de sus cartas a Vettori (9-4-1513).

63 La traducción de las cartas aquí citadas procede de la ya mencionada edición del *Epistolario privado*.

64 Antes de Friedrich Meinecke, O. Tommasini, 1994-1999 (vol. II, págs. 87-115) y F. Nitti, 1991-1996 (vol. II, págs. 167-169) hablaban ya de una doble redacción (pensando sobre todo en el cambio de dedicatoria), aunque sin especificar demasiado su naturaleza.

65 Las razones filológicas e históricas para optar por una redacción única o doble, pero que en todo caso no iría más allá de 1514, son resumidas por G. Inglese (2006, págs. 45-49); *cf.* también J. García López (2004,

págs. 43-53). M. Martelli es uno de los actuales defensores de la doble redacción, sobre la que se superpondría en realidad una continua reelaboración que se prolongaría hasta 1518 (fecha en la que se añadiría quizás íntegro el último capítulo). Todo lo cual daría lugar a un texto inacabado y cronológicamente «pluridireccional» (M. Martelli, 1999, págs. 273-274; N. Machiavelli, *El príncipe* [ed. de Martelli], Roma, Salerno, págs. 427-487).

66 En *Epistolario privado* (págs. 223-227). Según M. Martelli, los «besos de soslayo» aluden a relaciones sodomíticas («Machiavelli politico amante poeta», Interpres, XVII (1998), págs. 246-248). El brasero de Donato no parece tampoco tener un sentido literal.

67 Mientras que R. Ridolfi se decanta por febrero o marzo de 1514 (1969, pág. 499, nota 36), no faltan voces que la sitúan en 1515 (*cf.* la nota a la carta de Vivanti en *Opere* [ed. de C. Vivanti], Turín, Einaudi, 1999; vol. II).

68 Existe traducción española *(Fantasías de las Ordenanzas)* en *Escritos políticos breves*, págs. 121-126.

69 Según muestra una carta, fechada el 14 de febrero de 1515, de Piero Ardinghelli, secretario del papa, a Giuliano de Médicis (*cf.* R. Ridolfi, 1969, págs. 253-254; F. Bausi, 2005, pág. 80).

70 J. Nardi, *op. cit.*, vol. II, cap. VII, pág. 77.

71 Por ejemplo, en *Discursos*, II, X se hace referencia a un acontecimiento de septiembre de 1517 como a un suceso «de hace pocos días». En II, II se alude al emperador Maximiliano I de Habsburgo (1459-1519) como si estuviera vivo, y en la dedicatoria de la obra a sus «mecenas» de los *Orti Oricellari*, Zanobi Buondelmonti (1491-1527) y Cosimo Rucellai (1495-1519), parece dar por sentado que este último está con vida.

72 La hipótesis de Gilbert se basaba en que esos primeros dieciocho capítulos del libro I tenían una temática diferenciada y no seguían ningún patrón de comentario del texto liviano, por lo que podían constituir un bloque anterior (*Cf.* F. Gilbert, «The Composition and Structure of Machiavelli's Discorsi», *Journal of the History of Ideas* 14 [1953], págs. 148-152). Con todo, el argumento, por diferentes razones, no parece probatorio (*cf.* G. Inglese, DBI, 2006, pág. 95), aunque mucho menos probado resulta pensar que el comentario de *El príncipe* sea un añadido anterior y que, por consiguiente, los *Discursos* sean en toda su extensión posteriores a éste (una hipótesis de H. Baron y sostenida, entre otros, por C. Lefort, 1972, pág. 324).

73 G. Inglese, 2006, pág. 95.

74 *Cf.* F. Bausi, 2005, pág. 163 y sigs.

75 Bausi alega un pasaje (en *Discursos*, II, XIX) que haría referencia a los años 1523-1524 (*cf.* F. Bausi, 2005, pág. 167 y sigs.). G. Inglese, por su parte, ha intentado refutar esta referencia como un error textual (G. Inglese, 2006, pág. 244). En caso de tener razón Bausi, podría interpretarse como una excepción que confirmaría que hubo alguna reelaboración del texto en un período muy posterior al de su composición.

76 G. Inglese, por ejemplo, admite algunos pasajes que implican notoriamente una reelaboración o revisión, aunque en cualquier caso se trata de un número limitado (G. Inglese, 2006, pág. 97). Por el contrario, F. Bausi (2005, pág. 169) habla, y lo muestra con todo lujo de detalles, de un texto inacabado, «fragmentario, discontinuo, provisional y discorde», tesis que parece difícilmente refutable, pero de la que no se sigue ni una precariedad textual irremediable ni una continua reelaboración posterior por parte de su autor.

77 J. Nardi, *op. cit.*, vol. II, VII, pág. 77.

78 Una tabla de concordancias sobre el comentario a Tito Livio —que muestra las continuidades y anomalías— fue ofrecida por primera vez por F. Gilbert (*art. cit.*, págs. 142-143) y ha sido recientemente revisada por G. Inglese (2006, págs. 100-101).

79 F. Bausi, 2005, págs. 178-181.

80 Traducción en *Epistolario privado*.

81 Existe traducción española *(Sumario de los asuntos de la ciudad de Lucca)* en *Escritos políticos breves*, 131-138.

82 Traducción en *Epistolario privado*, pág. 337.

83 R. Ridolfi, 1969, págs. 310-311.

84 Traducción en el presente volumen, págs. 663-681. Aprovechando la falta de herederos en la familia

medicea, el *Discursus* propone prácticamente una vuelta a los fundamentos republicanos de Florencia bajo el liderazgo y supervisión de los Médicis (*cf.* R. von Albertini, *Das Florentinische Staatsbewusstsein im Übergang von der Republik zum Prinzipat*, Berna, Francke, 1955, pág. 84 y sigs.).

85 Traducción en *Epistolario privado*, págs. 324-326.

86 *Ibid*., págs. 354-358.

87 Existe traducción española *(Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia)* en *Escritos políticos breves*, págs. 160-168.

88 Traducción en *Epistolario privado*, pág. 344.

89 Existe traducción española *(Informe sobre una visita efectuada para fortificar Florencia)* en *Escritos políticos breves*, págs. 169-177.

90 Traducción en *Epistolario privado*, pág. 407.

91 G. B. Busini, *Lettere a Benedetto Varchi sopra l'assedio di Firenze* [ed. de G. Milanesi], Florencia, Le Monnier, 1861, págs. 84-85.

92 Existe traducción española *(Alocución dirigida a una magistratura)* en *Escritos políticos breves*, págs. 127-131.

93 O. Tommasini, 1994-1999, vol. II, págs. 902-905.

94 G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Roma, Laterza, 1995, págs. 300-301.

95 G. Sasso, 1987-1988, vol. III, pág. 294. Para una opinión contraria, *cf.* F. Bausi, 2005, pág. 99.

96 F. Bausi, 2005, pág. 18 y sigs. Sobre esta problemática, *cf.* M. Gaille, *Machiavel et la tradition philosophique*, París, PUF, 2007. En un sentido algo diferente, F. Deppe (1987, pág. 290 y sigs.) argumenta la ruptura de Maquiavelo con la tradición filosófica, ética y teológica.

97 L. Althusser, *Política e historia. De Maquiavelo a Marx*, Buenos Aires, Katz, 2007, pág. 242.

98 A. Gramsci, 1975, pág. 30.

99 P. Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres, Verso, 1974, pág. 166.

100 Algo ya señalado en el comentario a la edición del texto llevado a cabo por J.-J. Marchand, *op. cit.*, págs. 60-63.

101 Sobre la tradición realista y Maquiavelo hay numerosos trabajos, de los que destacamos el de R. W. Dyson, *Natural Law and Political Realism in the History of Political Thought*, Nueva York, Peter Lang, 2005, vol. I.

102 De acuerdo con Sasso, la novedad teorética de Maquiavelo estaría en su percepción de lo *effettuale* (G. Sasso, 1967, pág. 319).

103 *Cf. N. Maquiavelo a F. Guicciardini* (17-5-1521). En este sentido, algunos autores han recalcado con razón el carácter consecuencialista de la actividad política. Una actividad que no se refiere directamente al ámbito de la moralidad, sino a sus condiciones (políticas) de producción y reproducción (J. M. Bermudo, 1994, pág. 256 y sigs.). Una actividad, pues, que no admite decisiones impecables y que conlleva de alguna manera una concepción trágica del mundo político (*cf.* R. del Águila y S. Chaparro, 2006, pág. 269 *et passim*).

104 ya Norsa le dedica precisamente un volumen (A. Norsa, *Il Principio della forza nel pensiero politico di Niccolò Machiavelli*, Milán, Hoepli, 1936). Sasso hace de las nociones de *forza* y *potenza* la esencia del pensamiento político de Maquiavelo (*cf.* G. Sasso, *Niccolò Machiavelli, Storia del suo pensiero politico*, Nápoles, IISS, 1958, pág. 97). Y, en términos similares, F. Gilbert, 1965, pág. 154.

105 Q. Skinner, *Visions of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, vol. 2, págs. 186-212; M. Viroli, *Republicanessimo*, Bari, Laterza, 1999, XIII; R. Pettit, «The freedom of the city. A Republican Idea», en A. Hamlin y P. Pettit (eds.), *The Good Polity. Normative Analysis of the State*, Oxford, Blackwell, 1989, págs. 141-168, en particular, págs. 161-162.

106 Sobre la diferenciación entre la concepción republicana y la liberal, véase R. Pettit, *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford, Clarendon Press, 1997, págs. 31-36.

107 Que no sea primordial no quiere decir que no pueda rastrearse en absoluto. En Aristóteles, por ejemplo, hallamos una definición de la libertad en buena medida caracterizada como el opuesto de la esclavitud: «Vivir como se quiere; pues dicen que esto es resultado de la libertad, pues lo propio del esclavo es vivir como no quiere» (*Política*, VI, 2).

108 D. Hoeges, *Niccolò Machiavelli: die Macht und der Schein*, Munich, Verlag, 2000, pág. 44.

109 H. Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance. Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of Classicism and Tyranny*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press, 1955, págs. 165-167; G. Sasso, 1967, pág. 315.

110 Vatter ha insistido en esta aportación de Maquiavelo para la defensa republicana de la libertad (M. Vatter, *Between Form and Event: Machiavelli's Theory of Political Freedom*, Boston, Kluwer Academic Publishers, 2000, pág. 5 *et passim*).

111 En fecha reciente, el republicanismo de Maquiavelo ha sido enfáticamente puesto en entredicho por Bausi, a partir sobre todo de su inconsistencia doctrinal y de esta reaproximación a la familia medicea (*cf.* Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* [ed. de F. Bansi], Roma, Salerno, 2001, vol. I, págs. XV-XVI y F. Bansi, 2005, págs. 21-22).

112 Ideas similares en *Discursos*, I, XXXVII y I, XLVI. Existe también otro tipo de república (ligas, federaciones) cuyo esquema de conquista es mucho más limitado y benigno, aunque, en términos absolutos, inferior al modelo expansivo romano (*cf. Discursos*, II, IV).

113 Th. Horkheimer, *Los comienzos de la filosofía burguesa de la historia*, Madrid, Alianza, 1982, págs. 42-43. Con más cautela que Horkheimer, Gramsci se refiere a esta oposición naturaleza humana/historia en relación a Maquiavelo, sin decantarse en una u otra dirección (A. Gramsci, *Quaderni del Carcere*, 5 vols., Turín, Einaudi, 1977, págs. 1598-1599).

114 N. Abbagnano, «Machiavelli politico», *Rivista di Filosofia* I (1969), pág. 11.

115 Vatter, *Between Form and Event*, págs. 7-9 *et passim*.

116 J. G. A. Pocock, 2008, pág. 132.

117 *Ibid.*, pág. 80.

118 En los autores cristianos, la fortuna tiende a ser absorbida por la Divina Providencia y se convierte en un instrumento de justicia inescrutable en las manos de Dios (Boecio, *De Consolatione philosophiae*, IV, VI; Dante, *Infierno*, VII, 25-99).

119 Maquiavelo niega por consiguiente el carácter seguro del saber astrológico. Cierto es que Maquiavelo admite en otro lugar (*Discursos*, I, LVI) la posibilidad de la prognosis y la profecía natural, pero esta prognosis no constituye una ciencia, ni desde luego un saber teórico al que deba atenerse la práctica política, sino más bien un dato que tener en cuenta y utilizar o manipular con fines políticos.

120 De acuerdo con Parel, esta diferenciación tendría una base astrológica en sentido técnico (A. J. Parel, *The Machiavellian Cosmos*, New Haven, Yale University Press, 1992, pág. 70). En mi opinión, la distinción no tiene este sentido técnico, sino que es un *topos* que se encuentra ya en Petrarca (*Familiarem Rerum*, XVII, 3), quien, por cierto, era totalmente contrario a la posibilidad de una astrología adivinatoria.

121 Como es bien sabido, la fortuna concede al hombre la *occasione*, estado de cosas favorable a la acción, aunque marcado por la transitoriedad (*cf. Discursos*, II, prólogo; *El príncipe*, VI; *Historia de Florencia*, IV, 29).

122 La traducción española de estas cartas procede del *Epistolario privado*, 2007.

123 H. Münkler (1990, pág. 249) subraya que el énfasis maquiaveliano en la noción de *necessità* no sólo se opone a la medieval *providentia Dei*, sino también al culto renacentista de la fortuna.

124 Del Águila ha subrayado con razón el predominio de la contingencia en el universo político maquiaveliano, en «un mundo sin principio reunificador ni armonizador alguno» (R. del Águila, *La senda del mal. Política y razón de Estado*, Madrid, Taurus, 2000, pág. 83).

125 El V Concilio Lateranense, iniciado en Roma en mayo de 1512 y prolongado hasta el año 1517. Entre

otras cosas, se condena la exposición doctrinal de la eternidad del mundo (nada infrecuente en ambientes escolásticos), a no ser para defender la fe cristiana.

[126] *Cf.* M. Martelli, «Schede sulla cultura di Machiavelli», *Interpres* VI (1985), págs. 283-303.

[127] Por tanto, esta expresión excluiría que estuviésemos ante un «estricto naturalismo aristotélico», como pretende Parel (A. J. Parel, *op. cit*, págs. 37-38). Otros autores la consideran como una expresión que tiene un mero valor retórico (M. Á. Granada, 1988, págs. 141-142).

[128] H. Münkler (1990, págs. 38-45) ha insistido en desmarcar la concepción maquiaveliana de la historia de las versiones fatalistas (*moralischen Terrorismus* en términos de Kant) o indiferentes *(Abderitismus)*, tal y como podríamos interpretar otras versiones clásicas de la misma; y, del mismo autor, sobre la concepción cíclica (págs. 338-351).

[129] Una posición sostenida, por ejemplo, por S. de Grazia, *Machiavelli in Hell*, Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead (Hertfordshire), 1989, págs. 90-91.

[130] Un patriotismo grato a Dios aparece por ejemplo también en su *Discurso sobre la situación de Florencia.* Sobre el patriotismo en Maquiavelo y relacionado con el amor a la libertad, *cf.* Y. Ch. Zarka, «El amor a la patria en Maquiavelo», en *Figuras del poder. Estudios de filosofía política, de Maquiavelo a Foucault*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, págs. 27-40.

[131] I. Berlin, 1992, pág. 105, *et passim*.

[132] B. Mindle, «Machiavelli's Realism», *Review of Politics* 47/2 (1985), pág. 214 *et passim*; S. Forde, «Varieties of Realism: Thucydides and Machiavelli», *The Journal of Politics* 54/2 (1992), pág. 381.

CRONOLOGÍA

1469 Nicolás Maquiavelo nace en Florencia el 3 de mayo.

1476 Estudia gramática y latín.

1477 Aprende el *donatello* (ejercicios de latín).

1480 Recibe lecciones de ábaco.

1481 Se ejercita en la lectura de los clásicos latinos.

1495 Durante este año (o los inmediatamente posteriores) transcribe el *De Rerum Natura* de Lucrecio y el *Eunuchus* de Terencio.

1497 Reivindica los derechos de la familia de los Machiavelli sobre unas propiedades en la zona de Pieve di Fagna.

1498 Se presenta sin éxito como candidato a la secretaría de la Segunda Cancillería. Tras presentarse por segunda vez, en junio es elegido secretario de la República (Segunda Cancillería) y al mes siguiente es nombrado secretario de los Diez de Libertad y Paz. Escribe la carta a Ricciardo Becchi (2-III-1498) sobre los sermones y las acciones de Savonarola.

1499 Le encargan su primera misión de carácter diplomático-militar en Piombino (marzo). Es enviado ante Caterina Sforza, condesa de Forlì (julio), y luego, a Pisa para seguir las operaciones de las tropas florentinas. Escribe *Discorso sopra Pisa.*

1500 Primera legación en Francia ante Luis XII (julio).

1501 Se casa con Marieta Corsini. Escribe *De natura gallorum* y *Discursus de pace inter imperatorem et regem*.

1502 Enviado a Pistoia (febrero). Primera legación ante César Borgia en Imola-Senigallia (junio-diciembre). Escribe *De rebus pistoriensibus* y *Dei diavoli schiacciati del Cielo* (datación imprecisa).

1503 Misión en Pisa (hasta octubre) y después en Roma para el nuevo cónclave y el nuevo papa Julio II (hasta el 18 diciembre). Escribe *Il tradimento del duca Valentino al Vitellozzo Vitelli…*, *Parole da dirle sopra la provvisione del danaio, fatto un po' di proemio e di scusa y Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati*.

1504 Capitanea el proyecto de creación de la milicia florentina. Nueva misión en Francia (enero). Escribe el *Decennale Primo.*

1505 Misiones en Mantua y Siena. Lleva a cabo los primeros reclutamientos y adiestramiento de la milicia florentina.

1506 Sigue como observador la expedición de Julio II en Bolonia y Perugia. Publica el *Decennale Primo.* Escribe *La cagione dell'Ordinanza, dove la si truovi, et quel che bisogni fare* y *Ghiribizzi al Soderini*, una carta (13/21-

9-1506) a Gian Battista Soderini sobre la fortuna y el éxito de la acción política.

1507 Canciller de la Magistratura de los Nueve (ocupada en la organización de la milicia). Es enviado como secretario del embajador Francesco Vettori al norte de Italia y Alemania ante el emperador Maximiliano. Escribe el poema *Capitolo dell'Ingratitudine* (datable a partir de julio de este año y anterior a 1512).

1508 Responsable en el frente de operaciones contra Pisa. Escribe *Rapporto delle cose della Magna* y *Di uomini che vendono le pine* (datación imprecisa).

1509 Misiones en Mantua, ante Isabella d'Este, y en Verona, ante el emperador. Escribe *Provvedimenti per la riconquista di Pisa, Discorso sopra le cose della Magna e sopra l'imperatore*, el poema *Capitolo dell'Ambizione* y la carta a Luigi Guicciardini (8-12-1509), de tono burlesco, acerca de su relación con una mujer horrenda. Interrumpe la redacción de su *Decennale Secondo.*

1510 Viaja a Lyon, Blois y Tours, con el encargo de mediar entre el papa y Francia (junio). Se ocupa de la organización y el reclutamiento de la caballería miliciana. Escribe *Discorso sulla milizia a cavallo, Ritratto di cose di Francia* y *Ordinanza de' cavalli.*

1511 Es enviado a Milán y Francia para intentar impedir la convocatoria del concilio cismático (septiembre). En noviembre viaja a Pisa para presionar a favor del traslado de sede del concilio. Escribe *Ghiribizzo circa Iacopo Savello.*

1512 Es depuesto de todos sus cargos y condenado a pagar una fianza de mil florines y a un año de confinamiento (noviembre). Escribe *Ritratto delle cose della Magna, Pro describendis equis in militia fiorentina, Ai Palleschi* y *Carta a una gentildonna* (16-9-1512), en la que relata la derrota de la República ante las tropas españolas.

1513 Sospechoso en una conjura antimedicea, es arrestado y torturado (febrero); una vez liberado (marzo), inicia su retiro en su casa de campo, a pocos kilómetros de Florencia. Intenta un reacercamiento con los Médicis. Piensa en dedicar *El príncipe* a Giuliano de Médicis. Escribe tres sonetos dedicados al propio Giuliano, y tal vez el *Canto degli spiriti beati* (de datación imprecisa) así como la carta a Vettori (10-12-1513), que relata un día de su vida cotidiana, y menciona la composición del *De Principatibus (El príncipe)*, completado quizás en los meses siguientes. Inicia su célebre intercambio epistolar con Vettori.

1514 La dedicatoria de *El príncipe* es finalmente para Lorenzo de Piero de Médicis. Retoma la redacción del *Decennale Secondo* (inacabada continuación del primero) y escribe *Di amanti e donne disperati* (datación imprecisa).

1515 Presenta *El príncipe* a Lorenzo de Médicis, que, según un testimonio (dudoso), lo acoge con frialdad (septiembre). Escribe *Ghiribizzi d'Ordinanza*, a petición de Lorenzo de Médicis.

1516 Frecuenta las reuniones de los *Orti Oricellari* (de tendencias republicanas), donde expone fragmentos de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y prosigue su composición. Viaja a Livorno por encargo de Paolo Vettori.

1517 Escribe *L'Asino*, poema satírico incompleto.

1518 Viaja a Génova para gestionar los intereses de mercaderes florentinos. Escribe el *Capitolo dell'Occasione* (datación imprecisa).

1519 La muerte de Lorenzo favorece el acercamiento a la familia Médicis. Inicia *El arte de la guerra (De re militari)*, acabado el año siguiente. Escribe *La mandrágora (La mandragola).*

1520 Primera representación de *La mandrágora.* Es recibido por Giulio de Médicis. Misión a Lucca en defensa de los intereses económicos florentinos. El Estudio Florentino le encarga la composición de la *Historia de Florencia* (las *Istorie Fiorentine*, que redactará en cinco años) y otras tareas literarias sin determinar. Escribe *Favola di Belfalgor arcidiavolo* (relato en prosa), dos poemas (*Serenata* y *Capitolo pastorale*), la *Andria* (adaptación de la comedia de Terencio), el *Sommario delle cose della città di Lucca* (en torno al ordenamiento político de la ciudad), la *Vida de Castruccio Castracani de Lucca* y *Discursos sobre la situación de Florencia* (escrito sobre la reforma política de Florencia).

1521 Rechaza una propuesta de empleo a las órdenes de Prospero Colonna. Enviado a Carpi en misión diplomática al Capítulo de los hermanos en menores una conjura (mayo), se antimedicea, le encarga también es arrestado escoger y tortuun prerado dicador. (febrero); Intercambio una vez epistolar liberado con (marzo), Francesco inicia Guicciardini. su retiro en su La casa mandrágora de campo, se representa a pocos kilómetros en Italia con de gran Florencia. éxito. Se Intenta imprime un El reacercamiento arte de la guerra. con Empieza los Médicis. a redactar Piensa Historia en dedicar de Florencia.

1522 Escribe *Minuta di provvisione per la riforma dello stato di Firenze* e *Istruzione* (breve escrito de consejos para diplomáticos). Quedan terminados cuatro libros de la *Historia de Florencia*. Se imprime *La mandrágora*.

1523 Se imprime en Nápoles *De regnandi peritia*, obra dedicada a Carlos V por Agostino Nifo, plagio parcial de *El príncipe*.

1524 Escribe *De' Romiti* (datación imprecisa), *Discorso intorno alla nostra lingua* (defensa del toscano como núcleo del italiano; autoría y datación discutidas) y *Clizia* (datación incierta).

1525 Primera representación con gran éxito de *Clizia*. En ella actúa la cantante

Barbara Raffacani Salutati, amor de Maquiavelo y a la que dedica varios poemas. Presenta al papa Clemente VII los ocho libros de su *Historia de Florencia*. Es enviado para auxiliar a Francesco Guicciardini en la organización de la milicia (sin éxito). Misión en Venecia por cuenta del Gremio de la Lana. Escribe *Frammenti storici* y un posible borrador del libro IX de la *Historia de Florencia* (datación incierta).

1526 Es elegido para supervisar el estado de las fortificaciones de la ciudad de Florencia y más tarde, nombrado secretario de la magistratura encargada de las murallas. En el campamento que asedia Milán, sigue las operaciones de guerra contra las tropas imperiales. Participa en el asedio de Cremona. Escribe *Relazione di una visita fatta per fortificare Firenze*, *Minuta di provvisione* (sobre la fortificación de Florencia) y *Disposizioni militari per l'asalto a Cremona.*

1527 En Romaña, junto a Guicciardini y las tropas de la Liga (febrero-abril). Viaja al Lacio para proveer el alojamiento de las tropas de Guicciardini. En Civitavecchia inspecciona la flota de la Liga, donde recibe la noticia de la reinstauración de la República. Vuelve a Florencia precipitadamente tras el derrocamiento del gobierno mediceo, sin ser reincorporado a la administración. Escribe *Esortazione alla penitenza* (datación imprecisa) y *Capitolo per una compagnia di piacere* (fecha desconocida). Muere el 21 de junio, junto a algunos amigos, a los que supuestamente relata su célebre sueño.

GLOSARIO

ANACICLOSIS *(anakyklosis)*
Doctrina que propone que la historia de los regímenes políticos está sometida a un ciclo circular, de carácter natural y necesario. Fue bastante común en el pensamiento político griego (Platón y Aristóteles), aunque su más amplio desarrollo se halla en Polibio. El ciclo consistiría en un movimiento inevitable desde las tres formas hasta las corruptas, a las que habría que añadir una monarquía primigenia: reino primitivo-monarquía-tiranía-aristocracia-oligarquía-democracia-olocracia. Polibio señala que para evitar el ciclo, algunas ciudades han producido una constitución mixta (conscientemente en Esparta, azarosamente en Roma) que permitiría una mayor estabilidad y duración en el tiempo. Maquiavelo, en *Discursos*, I, II, expone su *cerchio de le republiche* a partir del texto de Polibio, aunque se ignora con exactitud qué fuente o traducción manejó. La versión del florentino sigue a veces al historiador griego al pie de la letra, aunque destacan también algunas diferencias fundamentales. Por ejemplo, Maquiavelo parece atenuar el fuerte naturalismo todavía presente en Polibio (con sus comparaciones de las sociedades humanas y las animales) y sus tintes más fatalistas. Tomando a Roma como paradigma, el florentino (mucho más netamente que Polibio) reconduce la explicación naturalista de los cambios políticos hasta un planteamiento estrictamente histórico-político, apelando, como causas del cambio o la estabilidad, a las instituciones y al ordenamiento jurídico, a la expansión y organización militar o a las luchas sociales internas.

BÁRBAROS *(barbari)*
La expresión designa a los extranjeros que amenazaban la península italiana o la habían invadido: ejércitos franceses, alemanes, españoles o suizos que, ya desde tiempos de Carlomagno, aspiraron a dominar ciertas partes de Italia o a alcanzar una posición hegemónica sobre ésta. La liberación de Italia de los «bárbaros» es una fórmula presente ya en Petrarca y usada a menudo con fines retóricos o como justificación de estrategias y decisiones discutibles (como hará notar irónicamente Erasmo). En el caso de Maquiavelo se trata de un tema recurrente en toda su obra y la motivación práctica y explícita de *El príncipe*. Los males derivados del dominio extranjero son para el florentino algo más que un ejercicio de retórica: es el problema urgente que toca pensar y remediar, y que propicia sus duras críticas hacia la Italia y los dirigentes políticos de su tiempo.

CORRUPCIÓN *(corruzione)*
Maquiavelo utiliza profusamente esta noción para explicar ciertas dinámicas de los cuerpos políticos y asimismo, para criticar el tiempo presente: *«Questi nostri corrotti secoli».* La corrupción es en primer término un proceso natural: «Todas las cosas de este mundo tienen un término inevitable». Con el paso del tiempo, los cuerpos políticos van acumulando «materia superflua», de la que deben desembarazarse para recobrar el vigor.

Esto explicaría de modo genérico dos fenómenos políticos: la inevitable tendencia a la decadencia y la necesidad de reformas periódicas. A partir de este encuadre naturalista de carácter genérico, la corrupción se explica en términos sociológicos, políticos e históricos. Por ejemplo, prolongados períodos de ocio y paz, exceso de ambición y lujo, decadencia del culto divino, relajación de las costumbres, políticas y leyes equivocadas, etc., son esgrimidos como causas de la corrupción. A veces, la corrupción se refiere a la «materia» del Estado (el «cuerpo social», el pueblo, en general) y se expresa en el deterioro de las buenas costumbres, el amor a la libertad, etc. Otras veces puede referirse más específicamente a la religión, al orden jurídico, etcétera. Lúcido sobre todo resulta el análisis de la decadencia de la República romana, por la que Maquiavelo se interesó especialmente.

ETERNIDAD DEL MUNDO *(aeternitas mundi)*

La doctrina a favor de la eternidad del mundo, atribuida a Aristóteles, se desarrolla sobre todo en el contexto del averroísmo latino (Siger de Brabante, Boecio de Dacia) y, de hecho, ya en el siglo XIII es condenada por la Iglesia. Maquiavelo parece adherirse, no sin cierta cautela, a esta doctrina. Según su propia narración, el mundo habría existido siempre y siempre existirá, aunque se destruye periódicamente mediante cataclismos naturales (diluvios, pestes), por los cuales se purga. «Mundo» aquí parece referirse básicamente al mundo del género humano *(umana generazione)*. Los mencionados cataclismos, unidos a las periódicas devastaciones producidas por las invasiones y guerras humanas, explicarían por qué se pierde la memoria de las civilizaciones pasadas. No asistimos a un desarrollo conceptual de la teoría, cuya mención es casi testimonial. Es relevante, sin embargo, su carácter polémico respecto a la cosmología cristiana al uso. Por un lado, la eternidad contradiría el relato bíblico del Génesis, que fijaría la antigüedad del mundo humano en unos seis mil años. Por otro lado, las devastaciones periódicas y la destrucción y sucesión de religiones no excluyen al cristianismo, que pierde así todo carácter excepcional y es aparentemente considerado como una religión más, destinada a periclitar.

FORTUNA *(fortuna)*

La fortuna es en primer término aquello que los hombres y las sociedades humanas no pueden prever y es, por tanto, relativamente incontrolable. Expresiones como «el caso», «los tiempos» o «cualidad de los tiempos» parecen tener el sentido de circunstancias o coyuntura, por lo que son, al menos en parte, productos de la fortuna. También otras expresiones como «la suerte», «Dios» o «los cielos» pueden aparecer como dispensadoras de estas circunstancias y como sinónimos, por consiguiente, de la fortuna. Tanto para los individuos (lo que Maquiavelo llama «fortuna particular») como para los pueblos y los cuerpos políticos («fortuna general»), se acepta la imposibilidad de una previsión o ciencia perfecta de la acción humana, pero se rechaza igualmente todo fatalismo que pretenda que no cabe remedio alguno contra la fortuna. Se trata, pues, de un límite relativo de la potencia humana (individual y colectiva) para proyectarse, límite

que impide pensar en una ciencia perfecta de la política, pero que no excluye remedios generales en el *riscontro* (cotejo, confrontación) entre hombres y fortuna: la prudencia y la previsión para los Estados, la virtud en el caso de los individuos. Podría añadirse una doble contraposición: a diferencia de la fortuna cristiana, sujeta en último término a la divina providencia y a la justicia divina, Maquiavelo no propone ningún elemento trascendente o redentor. Por otro lado, frente a la alianza o conciliación de virtud y fortuna, típica del mundo clásico (la fortuna como premio de la virtud), se conservarían la oposición y el carácter hostil de la fortuna, propia del mundo cristiano. Frente a todo discurso de resignación o de huida interior, se plantea una invitación a la resistencia y a la acción, por más que, en último término, todo, incluso el reparto de la virtud, dependa de la invencible potencia de la fortuna.

HUMORES *(umori)*

En la medicina galénica, los humores eran fluidos del cuerpo humano: la contraposición y el equilibrio de unos con otros explicaban la salud y, a la inversa, hacían de la enfermedad un problema de desequilibrio humoral. Las diferentes mezclas de humores determinaban también el temperamento, esto es, las características fisiológicas y psicológicas del individuo. Maquiavelo utiliza la doctrina humoral para explicar aspectos de psicología individual (el carácter impetuoso o colérico, por ejemplo), y más usualmente, aunque de un modo metafórico, para dar cuenta de las dinámicas del cuerpo político, su fuerza y su corrupción. Así se explican la lucha y el equilibrio necesarios entre las clases sociales y sus diferentes tendencias: la ambición de los grandes y el deseo de libertad del pueblo (ocasionalmente aparece también una tercera categoría, equivalente a la plebe). Otras veces, los humores se refieren a cualquier fuerza o tendencia (ideológica, política, social) del cuerpo político. En cuanto al conflicto social y de clases, Maquiavelo defiende un esquema por el que este conflicto puede ser incluso el fundamento de la potencia de un Estado, siempre que sea capaz de plasmarse en el equilibrio social y normativo, como en el caso de la Roma republicana. El reverso lo hallamos cuando el conflicto degenera en guerra civil (decadencia romana) o en una continua lucha de facciones sin posibilidad de mediación jurídica y social (República de Florencia).

LIBERTAD *(libertà)*

Aunque el término es usado por Maquiavelo con diversas connotaciones, dos significados destacan como más relevantes: por un lado, la libertad referida a la autonomía o independencia de un Estado o cuerpo político; por otro lado, Maquiavelo alude a la libertad (sobre todo en los *Discursos*) en el sentido de cierta tradición republicana, que a su vez contendría dos aspectos. En primer lugar, en referencia al tipo de gobierno opuesto al principesco y que permite una relativa igualdad (tanto material como jurídica) y participación de los ciudadanos en las instituciones y el ejército, etc. Y esta alusión a la «libertad republicana» podría aplicarse a formas políticas muy diferentes: Atenas, Esparta, la Roma republicana o las repúblicas italianas del Medievo y el Renacimiento.

En cualquier caso, Maquiavelo aborda también otra dimensión de la libertad de raigambre republicana e independiente de la forma de gobierno, a saber, la libertad de dominación que, mediante la ley, protege al pueblo o a los ciudadanos de la opresión y la arbitrariedad internas, en especial, de la ambición de las clases dirigentes. En este doble sentido republicano tendríamos entonces una serie de fenómenos opuestos a la libertad: monarquía, tiranía, despotismo aristocrático, *vivere servo* o licencia (una especie de anarquía donde el pueblo se gobierna sin leyes y que suele originar la tiranía). Para explicar la pérdida «del amor a la libertad» (en el doble sentido de vida autónoma y de rasgos republicanos), Maquiavelo alude al carácter destructivo de la expansión romana y al papel pernicioso desempeñado por el cristianismo.

NATURALISMO *(natura)*
Es innegable que las ideas políticas de Maquiavelo están moldeadas por un cierto naturalismo, y de hecho el florentino apela a la naturaleza para establecer la posibilidad misma del saber político: es la identidad y uniformidad esencial de la naturaleza humana lo que permite comparar el presente con las situaciones de los tiempos pasados y abre, por consiguiente, la posibilidad de un saber técnico de la política a partir de la historia. Maquiavelo se apropia de toda una serie de doctrinas de carácter naturalístico en las que se apoya para explicar tales o cuales fenómenos históricos o políticos: la *anakyklosis*, la doctrina de la eternidad del mundo y de los cataclismos periódicos, una antropología de fundamentos básicamente pasional, la doctrina de los humores, la retroacción de los cuerpos políticos a sus principios para purgar su natural tendencia a la corrupción, etc. No obstante, más que un sistema, lo que nos presenta Maquiavelo es un surtido de naturalismos poco definidos y sin aparente trabazón orgánica; una multiplicidad de explicaciones de diversa importancia que operan a menudo en un sentido muy genérico e impreciso. En realidad, esta naturaleza parece presentarse como una *causa remota* de la historia y la política, cuya explicación requiere siempre ser completada por una pluralidad de causas próximas, de orden sociológico (educación y religión, lucha de clases), político (instituciones, organización militar, momento histórico) o de otra índole (la coyuntura, la fortuna, etc.). Como esquema general, el naturalismo tiene, sin embargo, un alto valor estratégico. Fundamentalmente parece servir para presentar un marco general de la historia y la política exenta de causas finales y de providencia cristiana y, en último término, quizá también de todo sentido.

NECESIDAD *(necessità)*
El término es ampliamente usado por Maquiavelo en diversos sentidos. En el más relevante, la necesidad aparece como un estado de cosas o situación que determina el comportamiento humano. A veces es un fenómeno puramente natural (la fertilidad de un país, por ejemplo) o no programado (un acontecimiento o una coyuntura imprevistos); en otras ocasiones, la necesidad puede ser autoimpuesta a través de las leyes, las costumbres o las instituciones. En todo caso, la necesidad obliga a adaptarse a la coyuntura o, cuando menos, restringe el campo de posibilidades de la acción. Dicho esto,

si consideramos que la acción humana se ve impulsada a seguir su naturaleza pasional y conflictiva (ambición, codicia, ociosidad), entendemos entonces por qué para Maquiavelo la necesidad tiene un influjo decididamente positivo en términos políticos. Se comprende así que éste afirme que los hombres «no hacen nada bien si no es por necesidad», y en fin, que se contraponga la necesidad a la elección (que llena todo de confusión), al ocio (padre del desorden y la corrupción) o a la ambición. Por lo demás, a diferencia de la fortuna, que impide ver qué camino escoger, la necesidad muestra sus cartas y determina un curso de acción más o menos limitado. Precisamente por ello, nuestro comportamiento se vuelve previsible, por lo que, por ejemplo, de cara al enemigo conviene esconder su carácter necesario y hacerla pasar por libre elección.

OCASIÓN *(occasione)*
La ocasión es una noción en estrecha relación con la fortuna y la virtud. A grandes rasgos, aparece como un ofrecimiento de la fortuna (o a veces, de Dios o de los cielos) para el éxito de la acción humana. La ocasión se caracteriza por la dificultad para identificarse y por su fugacidad (en el breve *Capitolo dell'Occasione* aparece descrita con un pie sobre la rueda de la fortuna). Aprovechar la ocasión exige claramente un componente prudencial (saber ver la materia apropiada y el tiempo adecuado para la acción) y una voluntad decidida (actuar con determinación y sin demora) por parte de aquel a quien se le ofrece. En el caso de *El príncipe*, la fortuna brinda una ocasión inmejorable para salvar y unificar Italia; en *La mandrágora*, se trata más bien de alcanzar el objeto del deseo amoroso. En ambos casos, la ocasión surge de una situación ardua o desesperada que convierte la acción en altamente arriesgada o difícil, de ahí que se presente también como una oportunidad para mostrar una virtud excelente.

PRINCIPADO NUEVO/CIVIL *(principato nuovo/civile)*
Uno de los temas nucleares de *El príncipe* es el análisis de la creación y el mantenimiento de los principados nuevos (y mixtos) en contraposición a los principados hereditarios y eclesiásticos. El principado aparece como la única solución para una Italia fragmentada, corrupta, impotente militarmente y, en fin, depredada por los «bárbaros». La dificultad del principado nuevo se cifra en ser un orden político carente de las fuentes tradicionales de legitimidad, de ahí su carácter relativamente revolucionario y frágil, y de ahí también el papel especialmente relevante de la fortuna y la ocasión, que exigen una virtud extraordinaria. Esta virtud incluye usar como medios la fuerza o el engaño, condenables si existiera un orden político efectivo que protegiese a los hombres de ambos, pero inevitables cuando lo que reinan son un caos violento y la corrupción. Es obvio también que la legitimidad del nuevo principado tiene entonces un carácter «consecuencialista», esto es, se fundamenta en los supuestos buenos efectos que es capaz de generar a posteriori. Capítulo aparte merece la cuestión del principado civil, al que Maquiavelo dedica el capítulo IX de *El príncipe*. Este principado parece excluir la violencia y el fraude, y algunos intérpretes lo han entendido en clave republicana (en relación, por ejemplo, a *Discursos*, I, XVIII), o lo han relacionado con la situación del

régimen florentino.

RAZÓN DE ESTADO *(ragion di stato/arte dello stato)*
La razón de Estado no es una noción aplicable a Maquiavelo, a no ser con muchas reservas. La expresión la hallamos en Francesco Guicciardini y en Giovanni della Casa, pero sólo con Giovanni Botero se desarrollará como doctrina. Incluiría toda una serie de saberes empíricos (información demográfica, geográfica, económica…) y técnicos (reglas dictadas por la prudencia respecto a la política, la guerra, etc.), dirigidos al fortalecimiento y a la conservación de los Estados. Este conjunto de saberes da por supuesto un determinado orden político, y también el orden impuesto por el derecho natural y divino de tradición cristiana. La violencia y el fraude sólo son excusables en caso de fuerza mayor, y siempre para conservar o restaurar el orden establecido, y no, por ejemplo, para conquistar. La expresión no se encuentra en Maquiavelo, que usa en cambio el «arte del Estado» *(arte dello stato)*: un saber que se funda en una cierta lectura de la historia y en la práctica efectiva de la política contemporánea. Aunque el término no se halla en Maquiavelo, es obvio que su concepción de la política influyó en la posterior razón de Estado, al menos en el sentido de un saber técnico diferenciado e independiente de la ética y la religión, al servicio de la conservación y el fortalecimiento del orden político constituido. Pero destaca igualmente por sus diferencias. Primero, porque este saber en Maquiavelo no se refiere sólo a la conservación (horizonte de sentido de la razón de estado boteriana), sino también a la innovación (principado nuevo) y la destrucción (conjuras, revoluciones) del orden político. Segundo, porque no parece admitir los límites de ningún orden moral dado, a no ser en base a su eficacia política. Y en tercer lugar, porque en Maquiavelo el saber prudencial y técnico (típico de la razón de Estado) cede el paso, en situaciones de caos o de enorme inestabilidad, a una virtud voluntarista e impetuosa más bien que prudencial.

REALISMO POLÍTICO *(verità effettuale)*
El realismo de Maquiavelo se suele identificar con su declaración programática de atenerse a la «verdad efectiva» y en oposición a toda idealización de la política. En casi todos sus escritos encontramos rasgos típicos de un cierto realismo político, de los que aquí podrían destacarse cuatro: la admisión de un relativo pesimismo antropológico, por el que las pasiones potencialmente destructivas (ambición, avidez, envidia…) se convierten en constantes que todo actor político debe tener presente; una caracterización del Estado y de la sociedad como entidades abocadas al conflicto externo (expansión y guerra defensiva) e interno (luchas de poder y de clases e intereses sociales); la aceptación de la naturaleza jerárquica de las relaciones de poder y, por lo tanto, de su carácter asimétrico y tendencialmente opresivo (y, por ende, conflictivo); y, por último, la imposibilidad, en el mundo político, de hallar decisiones perfectas o sin inconvenientes y la aceptación del «mal menor» como horizonte de la práctica política. De todo ello resulta un universo político marcado por el conflicto y la inestabilidad, donde la fuerza (y, en último término, la fuerza militar) se convierte en factor fundamental y decisivo. Es así

que, aunque Maquiavelo parece plantear una economía de la fuerza o el engaño (en el sentido de evitar su abuso o uso gratuito), ello se hace basándose en criterios políticos más bien que morales y asumiéndolos, en la medida de su grado de eficacia, como recursos decisivos de la actividad política.

RELIGIÓN *(religioni/sette)*
Las religiones o sectas son para el florentino «cuerpos mixtos», esto es, entidades históricas sometidas a una dinámica natural de nacimiento, desarrollo y corrupción. Debido a la descomposición que impone en ellas el paso del tiempo, para completar su ciclo vital las entidades religiosas necesitan renovaciones periódicas que rejuvenezcan sus principios vitales. Las religiones se suceden históricamente unas a otras y su relación es descrita por Maquiavelo en términos de oposición excluyente: la religión grecolatina destruyó a la anterior, tal y como la cristiana intentó hacer con la pagana. Las religiones tienen un papel muy importante en la vida social y política, del que destacan dos funciones principales: un poder educativo y civilizador *(instrumentum civitatis)* y un papel político o estratégico *(instrumentum regni)*, este último a menudo de carácter manipulador. La función civilizadora es evidentemente la más importante. La religión suple aquí la violencia y el temor al castigo material por una represión y un temor simbólicos, lo que supone un importante avance en términos civilizadores. La religión es así retratada como un *ethos* que imprime su huella en todo el cuerpo social. En este sentido, Maquiavelo lleva a cabo una crítica general del *ethos* cristiano, o al menos de una forma histórica de interpretar esta religión, pues a través de valores como la humildad, la caridad o el desprecio de lo mundano, el cristianismo habría propiciado la debilidad y la servidumbre política de los lugares en los que se había implantado.

REPÚBLICA *(repubblica)*
Maquiavelo se sirve a menudo de las expresiones *libertà*, *vivere libero*, *vivere civile* o *vivere politico* para aludir a las instituciones y los valores republicanos (aunque las dos últimas expresiones las aplica también a monarquías y principados benignos o bien ordenados). Su republicanismo no se presenta, en todo caso, de un modo sistemático, ni tampoco como un ideal incondicionado. En general, las repúblicas (el término «república» puede indicar en Maquiavelo Estado, ciudad o régimen político republicano), por oposición a las monarquías, son los órdenes políticos que mejor defienden el bien común. La mejor república para Maquiavelo sería un régimen mixto en el que se combinasen y contrapusieran el elemento popular y el aristocrático, y en el que el ordenamiento jurídico permitiera una cierta repartición del poder, así como un sistema de contrapesos y equilibrios. En estas repúblicas mixtas pueden preponderar el elemento aristocrático (así en Esparta y Venecia) o el popular (como en Roma). Por lo demás, una república (por ejemplo, Florencia) puede estar mal ordenada por el excesivo e inadecuado poder oligárquico, o por resolver el conflicto de sus elementos de modo violento y faccioso. También un excesivo desequilibrio a favor del elemento popular, como en el caso de Atenas (que aquí se entendería como una democracia, más bien que

como una república), introduce una inestabilidad que acaba con la pérdida de la libertad. Maquiavelo declara sus preferencias por el modelo mixto romano, donde el equilibrio permite una mejor defensa de la libertad y una gran potencialidad política y militar (gracias a su riqueza material y demográfica, y al mayor número, y más variado, de hombres virtuosos que genera).

RISCONTRO
Véase VIRTÙ, FORTUNA.

VIRTUD *(virtù)*
La virtud aparece en Maquiavelo en relación con otros términos, como «los tiempos», la ocasión y, en especial, la fortuna. Someramente podría definirse como la potencialidad de hacer valer los fines humanos mediante la prudencia y/o la determinación. La virtud no se concibe ya como una forma de autodominio, de buena voluntad o de integridad moral, y ello debido a que el problema se plantea ahora desde una perspectiva política, en la que la virtud se desplaza hacia la mundanidad y una lógica consecuencialista. El sujeto de la virtud es el individuo, pero también puede predicarse más genéricamente de pueblos o Estados. En el caso del individuo, aunque la virtud implique cierta prudencia, es igualmente importante la firme determinación, e incluso la audacia. De esta manera, Maquiavelo enfatiza el carácter impetuoso y poco reflexivo de la virtud ante la adversidad de la fortuna. Podría incluso hablarse de una apología de la acción y de cierta crítica a la contemporización y también a la débil y «afeminada» pasividad, a la que Maquiavelo suele también referirse con el término *ozio*. Por lo demás, la vocación exterior de la virtud no significa que ésta exija inevitablemente el éxito: el éxito se debe a la coincidencia entre el tipo de comportamiento del hombre y aquello que requieren las circunstancias (la llamada teoría del *riscontro*), pero la virtud puede concederse por más que la malignidad de los tiempos y la fortuna impidan que se exprese adecuadamente. En este sentido, podría concluirse que la virtud se cifra en una capacidad de hacer lo que la ocasión y la fortuna dejan en manos del hombre. En último término, pues, es otra forma de afirmar la superioridad de la fortuna (dispensadora de la ocasión) sobre la virtud, que a menudo parece tener que conformarse con una especie de heroica y trágica resistencia.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES DE OBRA COMPLETA

Edizione Nazionale delle Opere di Machiavelli, Salerno, Roma, 2001-2009 (10 vols. repartidos en 20 tomos, de los que hasta la fecha se han editado nueve).

Tutte le opere [ed. de M. Martelli], Florencia, Sansoni, 1971.

TRADUCCIONES

Antología [edición y traducción de M. Á. Granada], Barcelona, Península, 1987.

De Principatibus [ed. bilingüe; estudio introductorio, traducción y notas de E. Arteaga y L. Trigueros], México, Trillas, 1993.

Discurso sobre la situación de Florencia tras la muerte de Lorenzo de Médicis, en *Obras políticas* [edición y traducción de L. Navarro], Madrid, Sucesores de Hernando, 1915.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio [edición y traducción de A. Martínez Arancón], Madrid, Alianza, 1987.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio [traducción e introducción de R. Raschella], Buenos Aires, Losada, 2004.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio, en *Obras políticas* [edición y traducción de L. Navarro], Buenos Aires, Poseidón, 1943.

El arte de la guerra [edición y traducción de M. Carrera], Madrid, Tecnos, 1988.

El arte de la guerra, en *Obras políticas* [edición y traducción de L. Navarro], Buenos Aires, Poseidón, 1943.

El príncipe [traducción e introducción de M. Á. Granada], Madrid, Alianza, 2004.

El príncipe [traducción y estudios preliminares de A. Hermosa Ándujar], Buenos Aires, Prometeo, 2006.

El príncipe [traducción, introducción y notas de A. J. Perona], Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

Epistolario privado [edición y traducción de J. M. Forte], Madrid, Esfera de los Libros, 2007.

Escritos políticos breves [edición y traducción de M. T. Navarro], Madrid, Tecnos, 1991.

Historia de Florencia [edición y traducción de F. Fernández Murga], Madrid, Tecnos, 2009.

La mandrágora [estudio preliminar, traducción y notas de H. Puigdomènech], Madrid, Tecnos, 2009.

Vida de Castruccio Castracani de Lucca, en *Obras históricas* [edición y traducción de L. Navarro], Madrid, Sucesores de Hernando, 1915.

.

OBRAS SOBRE MAQUIAVELO

ÁGUILA, R. DEL, S. CHAPARRO, *La república de Maquiavelo*, Madrid, Tecnos, 2006.

ALTHUSSER, L., *La soledad de Maquiavelo: Marx, Maquiavelo, Spinoza, Lenin* [trad. de C. Prieto y R. Sánchez Cedillo], Madrid, Akal, 2008.

BAUSI, F., *Machiavelli*, Roma, Salerno, 2005.

BERLIN, I., «La originalidad de Maquiavelo» [trad. de H. Rodríguez Toro], en *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*, Madrid, FCE, 1992, págs. 85-143.

BERMUDO, J. M., *Maquiavelo, consejero de príncipes*, Barcelona, Publicacions UB, 1994.

DEPPE, F., *Niccolò Machiavelli. Zur Kritik der reinen Politik*, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1987.

GARCÍA LÓPEZ, J., *El príncipe, de Maquiavelo*, Madrid, Síntesis, 2004.

GILBERT, F., *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth Century Florence*, Princeton,

Princeton University Press, 1965.
GRAMSCI, A., *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo Stato moderno*, Roma, Editori Reuniti, 1975.
GRANADA, M. Á., *Maquiavelo*, Barcelona, Barcanova, 1981.
____, *Cosmología, religión y política en el Renacimiento: Ficino, Savonarola, Pomponazzi, Maquiavelo*, Barcelona, Anthropos, 1988.
INGLESE, G., *Per Machiavelli. L'arte dello stato, la cognizione delle storie*, Roma, Carocci, 2006.
____, «Machiavelli», en *Dizionario Biografico degli Italiani* (DBI), Roma, Treccani, 2006, vol. 67, págs. 81-105.
LEFORT, C., *Le travail de l'oeuvre Machiavel*, París, Gallimard, 1972.
MARTELLI, M., *Saggio sul Principe*, Roma, Salerno, 1999.
MÜNKLER, H., *Machiavelli. Die Begründung des politischen Denkens der Neuzeit aus der Krise der Republik Florenz*, Frankfurt, Fischer, 1990.
NITTI, F., *Machiavelli nella vita e nelle dottrine*, 2 vols. [ed. de S. Palmieri y G. Sasso], Bolonia, Il Mulino, 1991-1996.
POCOCK, J. G. A., *El momento maquiavélico* [trad. de M. Vázquez-Pimentel y E. García], Madrid, Tecnos, 2008.
RIDOLFI, R., *Vita di N. Machiavelli*, 2 vols., Florencia, Sansoni, 1969.
SASSO, G., *Studi su Machiavelli*, Nápoles, Morano, 1967.
____, *Machiavelli e gli antichi e altri saggi*, 4 vols., Milán, Ricciardi, 1987-1988.
SKINNER, Q., *Maquiavelo* [trad. de M. Benavides], Madrid, Alianza, 1984.
STRAUSS, L., *Meditación sobre Maquiavelo* [trad. de C. Gutiérrez de Gambra], Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964.
TOMMASINI, O., *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, 2 vols., Nápoles, Il mulino, 1994 [1883]-1999 [1911].
VILLARI, P., *Maquiavelo: su vida y su tiempo* [trad. de A. Ramos-Oliveira y J. Luelmo], Barcelona, Grijalbo, 1965.
VIROLI, M., *La sonrisa de Maquiavelo* [trad. de A. Pentimalli], Barcelona, Tusquets, 2000.

EL PRÍNCIPE

Traducción y notas de
ANTONIO HERMOSA ANDÚJAR

NICOLÁS MAQUIAVELO AL MAGNÍFICO LORENZO DE MÉDICIS[1]

Quienes desean ganarse el favor de un príncipe, suelen las más de las veces salirle al paso con cuanto le es más caro o ven que le place más. De ahí que se vea con frecuencia cómo le son presentados caballos, armas, paños recamados en oro, piedras preciosas y adornos semejantes dignos de su grandeza. Y deseando también yo ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi obligación hacia ella, no he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos; que, tras haberlos examinado y meditado considerada y largamente, y resumidos ahora en un breve volumen, ofrezco a Vuestra Magnificencia.

Y si bien juzgo esta obra indigna de llegar a Vos, confío no obstante que por humanidad habréis de acogerla, considerando que ningún don mayor quepa esperarse de mí que ponerle en disposición de aprender en muy breve tiempo cuanto yo, luego de tantos años y penalidades, he llegado a conocer. Obra esta que no he adornado ni recargado con amplios períodos o frases ampulosas y grandilocuentes, ni con ninguna otra pomposidad u ornato superfluo con los que tantos suelen describir y exornar sus metas; pues ha sido mi intención o que por nada se distinga o que sólo atraiga por la variedad de la materia o la importancia del asunto. Ni es mi deseo que se considere presunción el que un hombre de baja e íntima condición se atreva a cavilar y reglar el gobierno de los príncipes; porque al igual que quienes dibujan el paisaje se sitúan en la llanura para calibrar la naturaleza de los montes y de los lugares elevados, y sobre los montes para calibrar la del llano, del mismo modo es menester ser príncipe para conocer a fondo la naturaleza de los pueblos, pero ser del pueblo para conocer a fondo la de los príncipes.

Acepte pues Vuestra Magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo que yo se lo envío; de tenerlo en cuenta y leerlo con atención, percibirá el profundo deseo que me embarga: que alcancéis esa grandeza que la fortuna y vuestras demás cualidades prometen. Y si, desde el ápice de su altura, lanzara alguna vez Vuestra Magnificencia una mirada hacia parajes tan bajos, sabrá entonces cuán indignamente sufro la larga e incesante malignidad de la fortuna.

---

[1] *Nicolaus Maclavellus/ad Magnificum Lavrentium Medicem*

CAPÍTULO I

De cuántos son los tipos de principados y de qué formas se adquieren[2]

Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando el linaje de su señor haya sido por largo tiempo dominante, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán para Francesco Sforza,[3] o son como miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles para el rey de España.[4] Y los dominios así adquiridos, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o habituados a ser libres; y se adquieren o con las armas de otro o con las propias, por medio de la fortuna o de la virtud.

---

[2] *De principatibus. Quot sint genera principatuum et quipus modis acquirantur*

[3] Francesco Sforza (1401-1466). Se adueñó del poder luego de abatir la República Ambrosiana (1450), que se había constituido en Milán tras la muerte de Filippo María Visconti.

[4] Fernando el Católico (1452-1516).

CAPÍTULO II

De los principados hereditarios[5]

Pasaré por alto tratar de las repúblicas, pues ya en otra ocasión lo hice por extenso.[6] Me centraré únicamente en los principados, para tejer la urdimbre antedicha y discurrir acerca de cómo tales principados se puedan gobernar y conservar.

Así pues, afirmo que en los Estados hereditarios y hechos al linaje de su príncipe, las dificultades para conservarlos son bastante menores que en los nuevos, pues basta con no abolir el orden de sus antepasados y además con adaptarse a las circunstancias, de modo que si dicho príncipe posee una habilidad normal preservará siempre su Estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva se lo arrebate; y aun así, al menor infortunio del ocupante lo recuperará.

Tenemos en Italia como ejemplo al duque de Ferrara, que no resistió los ataques de los venecianos en 1484, o los del papa Julio en 1510,[7] por más razón que la antigüedad de su linaje. Pues el príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de causar daño, lo que le hace ser más amado; y si vicios extraordinarios no le granjean odio, razonable será la natural benevolencia de los suyos. Y es que en la antigüedad y continuidad de la dominación se extinguen los recuerdos y motivos de las innovaciones, ya que toda mutación deja el terreno preparado para la construcción de otra.

---

5 *De principatibus hereditariis*

6 En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en el presente volumen.

7 Referencia a Ercole d'Este, que estipuló un acuerdo con los venecianos en Bagnolo en 1484, y a Alfonso d'Este, quien en 1510 fue desposeído del poder durante un breve lapso de tiempo por Julio II.

CAPÍTULO III

De los principados mixtos[8]

Las dificultades se dan, en cambio, en el principado nuevo. Y si no es del todo nuevo, sino una especie de miembro de otro, pudiéndose el conjunto casi llamar principado mixto, los cambios derivan, en principio, de una dificultad natural, presente en todos los principados nuevos, a saber: que los hombres cambian de buen grado de señor con la esperanza de mejorar, lo que les hace tomar las armas contra él; mas se engañan, al constatar luego por experiencia su empeoramiento. Eso depende de otra necesidad natural y común, la de que es menester siempre causar daño a aquellos de los que se termina siendo príncipe nuevo, sea mediante la tropa o con la infinitud de agravios que la nueva adquisición lleva consigo. De este modo, tienes por enemigos a cuantos has agraviado al ocupar dicho principado, y no puedes conservar el favor de quienes te facilitaron la entrada, dado que ni estás en grado de dar satisfacción a cuanto habían imaginado ni está en tu poder emplear en su contra medicinas fuertes, al haber contraído obligaciones con ellos; y es que, por fuerte que sea uno al frente de su ejército, siempre requiere del apoyo de los naturales del lugar para introducirse en él. Por razones así, Luis XII de Francia ocupó Milán en un suspiro y en un suspiro lo perdió; bastaron para arrebatárselo la primera vez las propias fuerzas de Ludovico,[9] pues los mismos que le habían abierto las puertas, desengañados de su error y del futuro bien supuesto, no podían soportar la carga del nuevo príncipe.

Es, sí, cierto que al conquistar una segunda vez los lugares rebelados se pierden más difícilmente, pues el señor, escudándose en la rebelión, guarda menor compostura para afirmarse, y castiga a los delincuentes, descubre a los sospechosos, asegura los puntos más débiles. Y así, si la primera vez bastó para hacer perder Milán a Francia con un duque Ludovico acosando en las fronteras, para hacérselo perder la segunda fue menester tener a todos en contra y la derrota o la puesta en fuga de sus ejércitos de Italia, lo que se debió a las razones mencionadas. En cualquier caso, una y otra vez perdió Milán. Ya se han argüido las razones de la primera pérdida; quedan ahora por decir las de la segunda, y ver de qué remedios disponía Luis XII y con cuáles puede contar alguien en su situación a fin de preservar lo adquirido mejor de lo que lo hizo Francia.

Afirmo, por tanto, que los Estados que, conquistados, se añaden al ya poseído por quien los conquista, o son del mismo ámbito geográfico y tienen idéntica lengua, o no. Si lo son, resulta sumamente fácil conservarlos, máxime si no están habituados a vivir libres; para poseerlos con seguridad basta con haber extinguido la estirpe del príncipe dominante, pues en lo demás, preservando sus antiguas condiciones de vida y no habiendo disparidad de costumbres, los hombres se mantienen en calma. Eso ha sucedido en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, ligadas a Francia durante tanto tiempo, y si bien existen algunas diferencias de lengua, las costumbres son sin embargo similares, siendo fácil el recíproco acomodo. Quien los adquiera, si desea conservarlos,

debe poner en práctica dos máximas: una, extinguir la estirpe del antiguo príncipe; la otra, no modificar ni sus leyes ni sus tributos. De ese modo, en muy poco tiempo, el reciente y el antiguo principado pasan a formar un único cuerpo.

Es al adquirir Estados en un territorio diverso por su lengua, sus costumbres y sus instituciones, cuando surgen las contrariedades, y cuando se requiere de gran fortuna y gran habilidad para conservarlos. Uno de los mejores y más sólidos remedios es que la persona que los adquiere traslade allí su residencia, cosa que volvería más segura y perdurable la posesión. Eso ha hecho el Turco respecto de Grecia, que pese a cumplir en lo demás con lo dispuesto para conservar dicho Estado, nunca lo hubiera logrado de no haberse trasladado hasta allí. Desde el lugar se ven nacer los desórdenes, y con celeridad se les puede poner remedio; desde lejos, se tiene noticia cuando son grandes, y ya no tienen remedio. Además, el territorio no sufrirá pillaje por parte de tus subordinados, y a los súbditos complace el expedito acceso al príncipe. De ahí que tengan más motivo para amarlo si quieren ser buenos, o para temerlo si quieren ser de otra manera. Un extranjero con deseos de conquistar ese Estado probaría ahora más respeto. En suma, que residiendo en él un príncipe, difícilmente lo perderá.

El otro remedio mejor consiste en establecer colonias en uno o dos lugares, que hagan como de grilletes de cada Estado; o eso, o por fuerza ocuparlo militarmente. Las colonias no salen caras, y sin gasto, o apenas, se las envía y mantiene; además, tan sólo se injuria a la exigua minoría a la que se le expropian los campos y las casas que se entregan a los nuevos habitantes; y esos injuriados, quedando dispersos y empobrecidos, nunca lo pueden perjudicar. Todos los otros permanecen, de un lado, sin injuriar, lo que los debería mantener en calma, y de otro temerosos de equivocarse, por miedo a que les suceda lo que a los ya expoliados. En conclusión: estas colonias no cuestan, son más fieles e injurian menos, y los injuriados, como se ha dicho, no pueden perjudicar al estar empobrecidos y dispersos. De lo que cabe advertir que a los hombres o se les mima o se les aniquila, pues se vengan de las injurias leves, ya que de las graves no pueden; o sea, que la afrenta hecha a un hombre ha de ser tal que no quepa temor a su venganza.

Si en lugar de colonias se opta por la ocupación militar, ésta será mucho más costosa, pues la vigilancia de un Estado consumirá todos los ingresos procedentes del mismo, al punto que la adquisición se torna pérdida; también la afrenta es mayor, pues se perjudica a todo el Estado con los cambios de alojamiento del ejército, que a todos llena de malestar y del que cada uno se convierte en enemigo: un enemigo que le puede perjudicar, al permanecer derrotados en su territorio. Se mire por donde se mire, inútil es, pues, la ocupación, como útiles son las colonias.

Así mismo, quien se halle en un territorio tal debe, como se ha dicho, convertirse en jefe y protector de los naturales menos poderosos, y arreglárselas para debilitar a los poderosos del mismo, además de prevenir la menor contingencia que haga factible la entrada en el reino de un extranjero tan poderoso como él. Y es que siempre habrá quien, descontento por su mucha ambición o por miedo, lo llame en su ayuda, tal y como los etolios hicieron con los romanos en Grecia;[10] o como ocurrió en los demás lugares, donde entraron siempre tras la llamada de sus habitantes. En efecto, es el orden de las

cosas que tan pronto como un extranjero poderoso hace su entrada en un país, todos los que en él tienen menos poder se le adhieran, envidiosos como están de quien, más poderoso, ha estado por encima de ellos; al punto que, respecto de los menos poderosos, aquél no tendrá que esforzarse en absoluto para ganárselos, pues de inmediato forman una piña con el Estado recién obtenido. Su sola preocupación ha de ser evitar que adquieran fuerzas o poder en demasía; así, con sus fuerzas propias y el favor de aquéllos podrá con facilidad reducir a los poderosos y permanecer en todo árbitro de dicho país. Quien no sepa administrarse con soltura en este aspecto, pronto perderá cuanto haya obtenido, y en tanto lo preserve habrá de afrontar una infinitud de problemas e inconvenientes.

Los romanos supieron observar esos puntos en los dominios que tomaron: establecieron colonias, se atrajeron a los menos poderosos sin acrecentar su poder, redujeron a los poderosos e impidieron que todo extranjero poderoso ganara reputación. Quiero que baste con el caso de Grecia como ejemplo. Apoyaron a etolios y aqueos; redujeron el reino de Macedonia, de donde expulsaron a Antíoco; los méritos de etolios y aqueos nunca los llevaron a consentir un aumento en sus dominios; las lisonjas de Filipo jamás los indujeron a granjearse su amistad sin degradarlo, como tampoco el poderío de Antíoco los llevó a consentirle dominio alguno sobre dicho territorio. Los romanos, en efecto, hicieron en esos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: prestar atención no sólo a los desórdenes presentes, sino también a los futuros, recurriendo a toda su habilidad para evitarlos. Y es que, cuando se los prevé a tiempo, el remedio es fácil, pero si se espera a que se te echen encima, la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable. Sucede aquí como dicen los médicos del enfermo de tisis, que en los inicios su mal es fácil de curar y difícil de conocer, mas con el pasar del tiempo, al no haber sido ni conocido ni medicado, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Eso mismo ocurre en los asuntos de Estado: conocidos con antelación, lo que sólo es dado a alguien prudente, los males que en él surgen pronto sanan; pero cuando, por desconocimiento, se les deja crecer al punto de hacerse evidentes para todos, ya no cabe ningún remedio.

Por eso los romanos, viendo venir de lejos las dificultades, les pusieron siempre remedio, y jamás las dejaron proseguir para rehuir una guerra, sabiendo que la guerra no se evita, sino que se difiere para ventaja de los demás; así, hicieron la guerra contra Filipo y Antíoco en Grecia para no tener que hacerla contra ellos en Italia; y podían entonces eludir una y otra, mas no quisieron. Tampoco fue nunca de su gusto eso que a diario está en boca de los sabios de nuestra época, el beneficiarse del paso del tiempo, y sí, en cambio, el conducirse según su virtud y prudencia: es que el tiempo todo lo arrastra consigo, y puede comportar bien y mal, o mal y bien.

Pero volvamos a Francia, y examinemos si hizo alguna de las cosas dichas; hablaré de Luis, no de Carlos,[11] pues al haber sido más duradero su dominio en Italia, más fácilmente visible es su traza. Observaréis cómo hizo lo contrario de lo que se debe hacer para preservar un Estado diverso.

El rey Luis hizo su entrada en Italia por la ambición de los venecianos, que deseaban

así apoderarse de la mitad de Lombardía; no es mi intención censurar la opción tomada por el rey, pues, estando deseoso de poner un pie en Italia, y careciendo allí de amigos, o mejor, estándole cerradas todas las puertas luego del comportamiento del rey Carlos, se vio obligado a aceptar las ayudas que le salían, y se habría revelado una opción afortunada si en lo demás no hubiese cometido error alguno. Conquistada, pues, la Lombardía, recuperó de inmediato el rey la reputación que Carlos le quitara; Génova capituló, los florentinos se hicieron aliados suyos, el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forlí, los señores de Faenza, de Pésaro, de Rímini, de Camerino, de Piombino, Lucca, Pisa, Siena, todos le salieron al encuentro buscando su alianza. Y así acabaron percatándose los venecianos de la temeridad de su decisión, pues para obtener dos lotes de tierra en Lombardía hicieron al rey señor de dos tercios de Italia.

Considere ahora cualquiera con qué poca dificultad podía el rey preservar su reputación en Italia si hubiera observado las reglas antedichas y brindado protección y defensa a todos esos aliados suyos, los cuales —numerosos, débiles y atemorizados, unos por la Iglesia y otros por los venecianos— tenían necesidad imperiosa de estar de su lado; gracias a ellos, además, podía estar seguro frente a quien era todavía poderoso. Pero él, llegado apenas a Milán, hizo lo contrario, ayudando al papa Alejandro[12] a que ocupase Romaña. No se percató de haber tomado una decisión que a él lo volvía débil, al privarse de los aliados y de cuantos se habían arrojado en sus brazos, y a la Iglesia, grande, pues añadía al poder espiritual, que tanta autoridad le confería, otro tanto poder temporal. Y cometido un primer error, se vio forzado a proseguir, pues para poner fin a la ambición de Alejandro, e impedir que se convirtiese en dueño de Toscana, se vio forzado a venir a Italia. No siendo bastante engrandecer a la Iglesia y perder a los aliados, por desear el reino de Nápoles lo compartió con el rey de España; donde antaño era árbitro de Italia introdujo a un igual, para que tuviesen a quién acudir los ambiciosos del reino y los descontentos con su persona; y cuando podía haber dejado en dicho reino a un rey tributario suyo, lo depuso para poner en su lugar a uno en grado de echarle a él.

Es desde luego cosa harto natural y ordinaria el deseo de adquirir; y serán siempre alabados, sin reproche, los hombres que pudiendo lo realicen; mas si no pueden, y aun así quieren realizarlo a cualquier costo, tenemos aquí el error y el reproche. Por lo tanto, si Francia podía con sus solas fuerzas tomar Nápoles, debía hacerlo; si no podía, no debía dividirlo. Y si compartir Lombardía con los venecianos tenía excusa, pues gracias a eso puso pie en Italia, ésta merece reproche, pues no cabe la excusa de tal necesidad.

Así pues, Luis había cometido estos cinco errores: reducido a los menores de entre los poderosos; aumentado en Italia la potencia de un poderoso; traído a ella, a un extranjero poderosísimo; no venido a vivir aquí, y no establecido colonias. Errores esos, empero, que de seguir vivo quizá no le habrían perjudicado de no haber cometido un sexto: privar de sus dominios a los venecianos. Pues si no hubiese aumentado el poder de la Iglesia, ni traído a los españoles a Italia, menoscabarlos sería de lo más razonable y necesario. Pero con aquellas decisiones ya tomadas, de ningún modo debió consentir su ruina, pues siendo aquéllos poderosos siempre habrían disuadido a otros de acometer la

empresa de Lombardía, sea porque los venecianos no lo habrían consentido sin convertirse en señores suyos, sea porque los otros no habrían querido quitársela a Francia para dársela a ellos, y de enfrentarse a ambos no habrían tenido ánimo. Y si alguien dijera que el rey Luis cedió a Alejandro Romaña y a España el reino de Nápoles para eludir la guerra, le respondo con las razones antedichas: que jamás se debe dejar que prosiga un conflicto para eludir una guerra, puesto que no se la elude, sino que se la difiere en perjuicio propio. Y si otros adujeran la promesa hecha al papa de conquistar para él Romaña a cambio de la disolución de su matrimonio y del capelo cardenalicio para el obispo de Ruán, respondo con lo que diré después acerca de la promesa de los príncipes y de cómo se la deba observar.[13]

Así pues, el rey Luis perdió Lombardía por no haber observado ninguna de las reglas observadas por otros que conquistaron dominios y deseaban mantenerlos. Y nada milagroso hay en ello, sino todo ordinario y razonable. Sobre ese asunto hablé en Nantes con el cardenal de Ruán[14] cuando Valentino —así se conocía popularmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro— iba ocupando Romaña, y como me dijera que los italianos no entendían de la guerra, yo le respondí que los franceses no entendían de política, pues de lo contrario no permitirían que la Iglesia aumentara su poder; y que la experiencia ha mostrado que, en Italia, su poder, como el de España, fue causado por Francia, y la ruina de ésta causada por aquéllas. De lo cual se recaba una regla general que nunca, o raramente, falla: quien es causa de que otro se vuelva poderoso, se hunde; y es que tal poderío aquél lo ha originado gracias a su habilidad o su fuerza, y ambas despiertan sospechas al nuevo poderoso.

---

8 *De principatibus mixtis*

9 Ludovico Sforza, apodado el Moro (1452-1508).

10 A decir verdad, los romanos no fueron llamados por los etolios, aunque sí intervinieron contra Filipo V de Macedonia y sus aliados aqueos, ya que habían favorecido a Aníbal. Derrotados Filipo y la Liga Aquea (197 a.C.), los romanos se deshicieron de los etolios y de Antíoco unos años después, en 189 a.C.

11 Luis XII y Carlos VIII.

12 Alejandro VI Borgia.

13 En el capítulo XVIII.

14 Durante su primera legación en Francia (1500).

CAPÍTULO IV

Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro ocupara, a su muerte no se rebeló contra sus sucesores[15]

Consideradas las dificultades que conlleva mantener un Estado recién adquirido, podría alguien sorprenderse de por qué Alejandro se convirtió en señor de Asia en unos años, muriendo al poco de ocuparla; lo razonable, parece, era que el reino todo se rebelase; empero, los sucesores de Alejandro lo mantuvieron, y sin más dificultades que las nacidas en su propio seno debidas a su ambición.

Respondo que los principados de los que tenemos memoria están gobernados de dos modos diversos: o por un príncipe flanqueado por siervos que, en cuanto ministros por gracia y concesión suya, ayudan en el gobierno del reino; o por un príncipe y por nobles que, no por la gracia del señor sino por la antigüedad de su linaje, ostentan dicho rango. Tales nobles poseen territorios y súbditos propios, que les reconocen por señores y de cuya natural afección gozan.

En los Estados que se gobiernan por medio de un príncipe y de siervos, la autoridad del príncipe es mayor, porque en todo el territorio nadie reconoce a otro superior que a él; y si obedecen a cualquier otro, lo hacen en cuanto ministro y servidor suyo, sin que medie además el menor afecto.

Ejemplos actuales de esa diversidad en el gobernar son el Turco y el rey de Francia. La monarquía turca está toda ella en manos de un único señor, siendo los demás sus siervos. Divide su reino en sanjacados,[16] envía allí diversos administradores, y los cambia y sustituye como le parece. En cambio, el rey de Francia está situado en medio de una multitud de señores de raigambre, reconocidos en el reino por sus súbditos y amados por ellos, y gozando de privilegios hereditarios que el rey no les puede sustraer sin peligro para sí.

Así, quien medite sobre uno y otro Estados, hallará difícil de conquistar el Estado turco, pero, lograda la victoria, fácil de conservar. Las razones de las dificultades de ocupar el reino del Turco radican en no poder ser llamado por príncipes del mismo, ni esperar que la rebelión de quienes le rodean pueda facilitar su empresa, lo que surge de las razones antevistas. Y es que, al ser todos esclavos suyos y estarle obligados, se corrompen con mayor dificultad; y aunque lo hicieran, escaso beneficio se recabará de ello, ya que, por las razones señaladas, serán pocos quienes les sigan. De ahí que, quien ataque al Turco, ha de hacerse a la idea de que necesariamente encontrará un frente unido, y de que le conviene esperar más de sus fuerzas propias que de los desórdenes promovidos por otros. Pero una vez vencido y derrotado en batalla campal de modo que no pueda recomponer un ejército, sólo su linaje puede inspirar alguna duda, por lo que, extinguido, se disipa todo temor, al carecer los demás de prestigio ante el pueblo. Tal y como, antes de la victoria, el vencedor nada podía esperar de ellos, ahora, tras la misma, nada debe temer de ellos.

Lo contrario sucede en los reinos gobernados como el de Francia; en ellos puedes

entrar con facilidad ganándote a algún noble, ya que descontentos y proclives a las innovaciones siempre los hay. Éstos, por las razones expuestas, pueden despejarte el camino hacia ese Estado y facilitarte la victoria; la cual, si desearas conservarlo, te acarrearía un sinfín de dificultades, tanto con los que estuvieron de tu lado como con los que sometiste. Tampoco te bastará con extinguir el linaje del príncipe, pues siempre seguirán ahí los señores, en grado de encabezar nuevas rebeliones, y no siéndote posible ni contentarlos ni exterminarlos, acabas perdiendo dicho Estado a la menor ocasión.

Ahora bien, si consideráis a qué tipo de gobierno pertenecía el de Darío,[17] lo hallaréis similar al reino del Turco; por eso Alejandro tuvo por fuerza que chocar con él frontalmente e impedirle luchar en campo abierto. Pero tras la victoria, con Darío muerto, pudo Alejandro mantener tal Estado con seguridad, por las razones antedichas. Y de haber permanecido unidos sus sucesores, habrían gozado de él tranquilamente, pues en aquel reino no surgieron más tumultos que los provocados por ellos mismos.

En cambio, es imposible preservar con similar calma los Estados ordenados al modo francés; las frecuentes rebeliones en España, Francia y Grecia contra los romanos se debieron precisamente a los numerosos principados existentes en sus territorios; de hecho, mientras perduró su memoria, fue siempre incierto el dominio de los romanos sobre ellos. Mas, extinguida su memoria con la potencia y el prolongarse de su gobierno, la posesión de los mismos se volvió segura. E incluso, más tarde, al enfrentarse entre sí, pudo cada bando atraerse a una parte de aquellos dominios, según la autoridad adquirida en ellos; y es que, extinguido el linaje de sus antiguos señores, únicamente reconocían a los romanos.

Así pues, considerado todo esto, nadie se sorprenderá de la facilidad con la que Alejandro mantuvo el dominio de Asia, ni de las dificultades padecidas por otros para conservar lo conquistado, como Pirro[18] y otros. Cosa que no se debe a la mucha o poca virtud del vencedor, sino a lo diverso del objeto.

---

15 *Cur Darii regnum, quod Alexander occupaverat, a sucessoribus suis post Alesandri mortem non defecit*

16 División administrativa del Imperio otomano.

17 Darío III, rey de Persia (337-330 a.C.).

18 Rey de Epiro, finalmente derrotado por los romanos en Benevento (275 a.C.) luego de haberse adueñado por un tiempo de territorios de Italia meridional y de Sicilia.

CAPÍTULO V

Cómo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de ser conquistados vivían de acuerdo con sus propias leyes[19]

Cuando, según se ha dicho, los Estados ocupados están habituados a vivir de acuerdo con sus leyes y en libertad, si se les quiere conservar se dispone de tres modos: uno, desbaratarlos; otro, ir a vivir allí en persona; en tercer lugar, dejarlos vivir según sus leyes, gravándolos con una renta y creando en su interior una oligarquía que los vincule a tu suerte. Pues al haber sido creado tal gobierno por el príncipe, sabe que no podría subsistir sin su amistad y potencia, por lo que hará de todo por tenerlo de su lado. Y más fácilmente se mantiene una ciudad habituada a vivir libremente por medio de sus ciudadanos que de cualquier otro modo, de desear preservarla.

Valga el ejemplo de espartanos y romanos. Aquéllos retuvieron Atenas y Tebas estableciendo una oligarquía en su interior, si bien acabarían perdiéndolas. Los romanos, a fin de conservar Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron, y no las perdieron. Desearon mantener Grecia a la manera espartana, dejándole su libertad y sus leyes, mas sin lograrlo, al punto de verse forzados a desbaratar muchas ciudades de dicha provincia para mantenerla.

Y es que, verdaderamente, no hay modo seguro de poseerlas aparte de su destrucción. Quien se convierta en señor de una ciudad habituada a vivir libre y no la aniquile, que espere ser aniquilado por ella, pues siempre le serán de refugio al rebelarse el nombre de la libertad y sus antiguas instituciones, cosas ambas que ni el transcurrir del tiempo ni los beneficios deparados jamás hacen olvidar. Por mucho que se haga o prevea, si no se disgrega o dispersa a sus habitantes no olvidarán aquel nombre ni aquellas instituciones, recurriendo de inmediato a ellos a la menor ocasión. Eso hizo Pisa[20] luego de estar sujeta por cien años a los florentinos.

En cambio, cuando las ciudades o las regiones están habituadas a vivir bajo un príncipe, y el linaje del mismo ha quedado extinguido, al estar de un lado sus habitantes acostumbrados a obedecer, y faltarles de otro el antiguo príncipe, no se ponen de acuerdo en nombrar a uno de entre ellos, y vivir libres no saben; al punto que son más reacios a empuñar las armas, y más fácilmente puede un príncipe ponerlos de su parte y asegurarse frente a ellos. En las repúblicas, por el contrario, hay más vida, más odio, mayor es el deseo de venganza; ni les deja, ni cabe que les deje reposar la memoria de la antigua libertad, por lo que el solo camino seguro es extinguirlas o ir a vivir allí.

---

[19] *Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus qui antequam occuparentur suis legibus vivebant*

[20] La rebelión de Pisa tuvo lugar en 1494.

CAPÍTULO VI

De los principados nuevos que se adquieren mediante las propias armas y por virtud[21]

Que nadie se llene de estupor si yo, al hablar ahora de principados nuevos del todo por lo que hace a su príncipe y a su ordenamiento, aduzco ejemplos notabilísimos; en efecto, caminando por lo general los hombres por caminos abiertos por otros, e imitando con sus acciones las ajenas, al no poder recorrer enteramente los caminos de otros ni alcanzar la virtud de quienes imitan, debe el hombre prudente seguir siempre las vías recorridas por los grandes hombres e imitar a los excepcionales, a fin de que, aun si no se llega a su virtud, un cierto aroma suyo al menos sí desprenda. Hacer, pues, como los arqueros prudentes, los cuales —considerando lejano en exceso el lugar donde golpear y buenos conocedores del alcance de la virtud de su arco— apuntan mucho más alto del blanco elegido, no para alcanzar con la flecha altura semejante, sino para con la ayuda de tan alta mira lograr sus designios.

Afirmo, por tanto, que en los principados por completo nuevos, siendo nuevo también el príncipe, las dificultades para conservarlos dependen de que sea más o menos virtuoso aquel que los adquiere. Y como ese hecho de convertirse de particular en príncipe presupone virtud o fortuna, parece que la una o la otra mitigan parte de las muchas dificultades; con todo, aquel que menos se haya apoyado en la fortuna se ha mantenido más. También lo facilita el que el príncipe, obligado por no poseer más Estados, vaya a vivir allí personalmente.

Pasando a tratar ahora de quienes se convirtieron en príncipes más por virtud propia que por fortuna, afirmo que Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y semejantes son los más sobresalientes. Y si bien sobre Moisés no se deba razonar en cuanto fue mero ejecutor de las órdenes transmitidas por Dios, el solo hecho de poseer esa gracia que le hacía digno de hablar con Dios convierte también en deber admirarlo.

Consideremos no obstante a Ciro y a los demás fundadores de reinos: a todos los hallaremos susceptibles de admiración; y de examinarse las acciones e instituciones de cada uno en particular, aparecerán semejantes a las de Moisés, quien tuvo tan alto preceptor. Al escrutar sus vidas y sus acciones no se percibe que obtuvieran otra cosa de la fortuna que la ocasión, la cual les proporcionó la materia en la que introducir la forma que les pareció. Sin dicha ocasión se habría perdido la virtud de su ánimo, y sin dicha virtud, la ocasión se habría dado en vano. Así pues, necesario le era a Moisés hallar en Egipto al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios, de modo que, para sacudirse la esclavitud, estuviese dispuesto a seguirlo. Era menester que para Rómulo no hubiera lugar en Alba, que fuese un expósito, si se quería que llegase a ser rey de Roma y fundador de tal patria. Era preciso que Ciro encontrase a los persas descontentos con el poder de los medos, y a éstos pusilánimes y afeminados por la prolongada paz. No era posible a Teseo demostrar su virtud de no hallar a los atenienses dispersos. Tales ocasiones llevaron la alegría a esos hombres, y la excelencia de su virtud les permitió

reconocerla como ocasión. Cada patria, así, resultó ennoblecida y se llenó de prosperidad.

Quienes, semejantes a ellos, por caminos virtuosos se convierten en príncipes, adquieren el principado con dificultades, mas lo conservan fácilmente; dificultades esas que promanan, en parte, de la novedad de instituciones y procedimientos que se ven obligados a establecer para fundamentar su propio poder y su seguridad. Y debe así considerarse que nada hay más difícil de tratar, ni más incierto de conseguir, ni más peligroso de afrontar, que aprestarse a establecer nuevas instituciones. Porque el fundador tiene por enemigos a cuantos se beneficiaban del orden antiguo, y reticentes defensores en todos los potenciales beneficiarios del nuevo: reticencia que surge, en parte, del temor a los adversarios, que cuentan con el favor de las leyes; y en parte, de la incredulidad de los hombres, sólo dados a creer realmente en lo nuevo cuando lo ha confirmado una firme experiencia. Por eso, en toda ocasión propicia al ataque, los enemigos se lanzan a ello con vehemencia, en tanto los otros se muestran remisos en su defensa, de modo que se corre peligro en su compañía.

Así pues, es necesario, queriendo discurrir acertadamente al respecto, examinar si aquellos innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros, vale decir, si para llevar adelante su obra se ven necesitados de la oración o si pueden imponerse por la fuerza. En el primer caso, el fracaso es seguro, y nada sacan adelante; mas cuando dependen de sí mismos y pueden imponer su fuerza, sólo raramente corren peligro. De ahí que todos los profetas armados triunfen, y los desarmados se hundan. Pues, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es mutable, resultando fácil persuadirlos de algo, pero difícil mantenerlos persuadidos de lo mismo. Por eso es conveniente estar dispuesto de modo que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza.

Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar por tan largo tiempo sus ordenamientos de haber estado desarmados, tal como en nuestros días acaeció a Savonarola;[22] éste, en efecto, se hundió junto con sus instituciones en cuanto la multitud le retiró su confianza, careciendo de todo medio con el que retener a quienes se la profesaron o de atraerse la fe de los incrédulos. Tales hombres, ciertamente, se mueven entre obstáculos difíciles y hallan su camino erizado de peligros, que han de superar con su virtud; mas, superados al fin, y habiéndoseles empezado a venerar, una vez que eliminan a quienes sienten envidia de sus atributos perduran poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan grandes ejemplos deseo añadir otro menor, aunque en cierto modo parangonable a ellos, y que deseo me baste para los demás casos análogos. Se trata de Hierón de Siracusa,[23] un simple particular que terminó siendo príncipe de su ciudad. Tampoco conoció de la fortuna más que la ocasión: padeciendo opresión los siracusanos, lo eligieron su capitán, cargo desde el que mereció convenirse en su príncipe. Y fue tal su virtud, incluso en sus asuntos privados, que quien escribió sobre ella dijo: *quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*.[24] Eliminó la antigua milicia, estableció otra nueva; abandonó antiguas alianzas, hizo nuevas; y cuando dispuso de alianzas y soldados suyos, pudo sobre tales cimientos elevar cualquier edificio, al punto que lo que le costó gran

esfuerzo conseguir, con poco lo pudo mantener.

---

[21] *De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur*

[22] El famoso predicador dominico, gran protagonista de la República Florentina, que murió en la hoguera en plena Piazza della Signoria (23 de mayo de 1498).

[23] Hierón II, tirano de Siracusa (*ca*. 306-215 a.C.).

[24] «Que para reinar, nada le faltaba salvo el reino.» (Justino, XXIII, 4.)

CAPÍTULO VII

De los principados nuevos adquiridos por medio de las armas y de la fortuna ajenas[25]

Quienes sólo mediante la fortuna de simples particulares llegan a ser príncipes, sin apenas esfuerzo llegan, pero con mucho se mantienen; no hallan obstáculo en el camino, pues pasan en volandas, mas una vez establecidos se les llena de ellos. Así están aquellos a los que o por dinero o por gracia del donante se otorga un Estado; es lo que a muchos sucedió en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, a quienes Darío hizo príncipes a fin de que las mantuvieran para su seguridad y gloria personales; ése fue también el caso de numerosos emperadores, que de particulares, corrompiendo a los soldados, llegaron al poder. Todos ellos dependen sencillamente de la voluntad y de la fortuna de quienes se lo otorgaron, cosas ambas en exceso volubles e inestables, por lo que no saben, ni pueden, mantenerse en el cargo; no saben porque, si no se es hombre de gran ingenio y virtud, al haberse dedicado siempre a los asuntos privados, no es razonable que sepan mandar; y no pueden porque carecen de fuerzas que les sean leales y fieles.

Además, de modo similar a las restantes cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, los Estados surgidos de golpe no pueden tener raíces y ramificaciones tan firmes que la primera circunstancia adversa no las seque, siempre y cuando aquellos que, según se ha dicho, tan repentinamente se convirtieron en príncipes no posean tanta virtud como para saber prepararse a conservar de inmediato aquello que la fortuna puso en su regazo, y echen acto seguido los cimientos que los demás pusieron antes de convertirse en príncipes.

Deseo aducir para uno y otro de los dos modos susodichos de llegar a ser príncipe, o por virtud o por fortuna, dos ejemplos de nuestros días: Francesco Sforza y César Borgia. Francesco, con los medios apropiados y merced a su gran virtud, llegó a convenirse de particular en duque de Milán, conservando sin apenas esfuerzo lo que con tantas penalidades había llegado a adquirir.

Por otro lado, César Borgia, a quien el vulgo llamaba duque Valentino, adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre, y lo perdió con ella, aun a pesar de haber hecho uso de todos los resortes y de llevar a cabo todo cuanto un hombre prudente y virtuoso debía hacer al objeto de echar raíces en los Estados que las armas y la fortuna ajenas le otorgaron. Pues, como se dijo antes, quien no eche los cimientos antes los podrá echar después si grande es su virtud, pese a entrañar molestias para el arquitecto y peligro para el edificio. De hecho, quien sopese todos los avances logrados por el duque, comprobará con cuán sólidos fundamentos había preparado su futuro poder; no considero superfluo discurrir sobre ellos, pues yo mismo no sabría qué preceptos dar a un príncipe mejores que el ejemplo de sus acciones, y no fue culpa suya, sino de una malignidad extraordinaria y extrema de la fortuna, el que sus decisiones no lo beneficiaran.

En el querer engrandecer a su hijo, afrontaba Alejandro VI numerosos obstáculos,

presentes y futuros. Primero, no veía modo de poder hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia, y aun decidiéndose por quitarle uno a la Iglesia, sabía que el duque de Milán y los venecianos no se lo consentirían, estando como estaban ya Faenza y Rímini bajo la protección de los últimos. Veía además que los ejércitos de Italia, y sobre todo aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer una mayor potencia del papa; no podía, por tanto, fiarse de ellos, máxime estando al frente los Orsini, los Colonna y sus acólitos. Era, pues, menester alterar la situación, y llevar el desorden a tales Estados para poder enseñorearse con garantías de una parte de los mismos. Lo que le resultó fácil, al percatarse de que los venecianos, por razones de otra índole, estaban empeñados en traer de nuevo a los franceses a Italia: cosa a la que no sólo no se opuso, sino que favoreció con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis.

Así pues, pasó el rey a Italia con la ayuda de los venecianos y la aprobación de Alejandro; aún no había llegado a Milán y ya el papa había obtenido de él hombres para la campaña de la Romaña, a la que los demás asintieron dada la reputación del rey. Conquistada, pues, por el duque la Romaña, y expulsados los Colonna, en su deseo de mantenerla y de seguir el avance, el duque se topó con dos obstáculos: uno, que sus tropas no le parecían leales; el otro, la voluntad de Francia. Vale decir que las tropas de los Orsini, en las que se había apoyado, lo dejaran colgado, y no sólo le impidieran proseguir sus conquistas, sino que incluso le arrebataran lo conquistado, y aunque el rey hiciese otro tanto. De los Orsini ya había tenido prueba cuando, tras expugnar Faenza y proceder después al asalto de Bolonia, los vio en él sin entusiasmo alguno. Y respecto del rey, conoció sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, se disponía al asalto de la Toscana, empresa de la que aquél lo disuadió.

Decisión del duque fue entonces no depender más ni de las armas ni de la fortuna ajenas, y como primera medida debilitó las facciones de los Orsini y de los Colonna en Roma, al ganarse a todos sus seguidores de origen noble haciéndolos nobles suyos y concediéndoles una remuneración sustanciosa, además de honrarles, en función de su grado, con cargos en la milicia y el gobierno; al punto que en poco tiempo de su ánimo desapareció todo rastro de afecto hacia las facciones, volcándose todo en el duque. Tras ello, aguardó la ocasión de extinguir a los Orsini una vez dispersados los vástagos de los Colonna, ocasión que se le presentó pintiparada y que supo aprovechar aún mejor; en efecto, avisados los Orsini, tardíamente, de que la grandeza del duque y de la Iglesia era su caída, se reunieron en Magione, en tierras de Perugia; de aquí nacieron la rebelión de Urbino y las revueltas de la Romaña, además de otros grandes peligros para el duque, a los que éste se sobrepuso con ayuda de los franceses. Recobrada la reputación, y sin fiarse ni de Francia ni de ninguna otra fuerza externa, para no tener que ponerlas a prueba recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones que los Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, a quien el duque prodigó dinero, vestimentas y caballos como señal de garantía; su ingenuidad los condujo, así, a Sinigaglia, hasta sus propias manos. Eliminados, pues, tales cabecillas, y pasados sus seguidores a aliados suyos, el duque había echado los cimientos idóneos para su

potencia, al tener bajo su mando toda la Romaña y el ducado de Urbino, y creía sobre todo haberse granjeado la adhesión de la Romaña y ganado a todos esos pueblos, que ahora comenzaban a gustar del bienestar.

Y como todo esto es digno de noticia y de que otros lo imiten no quisiera pasarlo por alto. Tomada ya la Romaña por el duque, y hallándola gobernada por señores apocados, más dados a expoliar a sus súbditos que a conducirles al orden, a los que procuraban más motivos de desunión que de unión, hasta el punto de hacer de esa tierra un nido de pillaje, de intrigas y de toda suerte de atropellos, juzgó necesario darle un buen gobierno a fin de volverla pacífica y obediente al poder. Propuso por ello a Ramiro de Lorqua, hombre cruel y expeditivo, a quien otorgó plenos poderes. Éste logró en poco tiempo pacificarla y unirla, lo que le confirió enorme reputación. Juzgó más tarde el duque innecesaria una autoridad tan excesiva por temor a que resultare odiosa, y estableció un tribunal civil en el corazón de la Romaña, presidido por un hombre eminente, y en el que cada ciudad tenía su propio procurador. Sabedor, además, de que los rigores pasados le habían generado cierto odio, quiso mostrar, a fin de apaciguar los ánimos de aquellos pueblos y granjearse por entero su adhesión, que si alguna crueldad se había ejercido no provenía de él, sino de la acerba naturaleza de su ministro. De modo que, cuando en Cesena se le presentó la ocasión, lo hizo llevar una mañana a la plaza partido en dos, con un trozo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. Espectáculo tan feroz provocó en aquellos pueblos satisfacción y estupor a un tiempo.

Pero volvamos donde estábamos. Sostengo que el duque se sentía bastante poderoso, y en parte sobre seguro respecto de los peligros del momento; en efecto, habíase armado como pretendía, y deshecho de las tropas que, por cercanas, podían depararle algún daño, por lo que tan sólo le quedaba para continuar su avance conseguir el respeto del rey de Francia; pero sabiendo que éste se había percatado tardíamente de su error, y que no se lo toleraría, se decidió a buscar nuevos aliados, y a mostrarse remiso con Francia cuando sus tropas hicieron su entrada en el reino de Nápoles para luchar contra los españoles, que asediaban Gaeta. Era su intención obtener garantías contra aquéllas, lo que pronto habría logrado de seguir vivo Alejandro.

Tales fueron sus disposiciones respecto de las cosas presentes. En cuanto a las futuras, su primer temor había de ser que no fuera su aliado el nuevo sucesor de la Iglesia, e intentase privarle de lo que Alejandro le había concedido. Ideó cuatro maneras de conjurarlo: la primera, extinguir el entero linaje de los señores a los que había expoliado, a fin de dejar al papa sin la posibilidad; la segunda, atraerse a todos los nobles de Roma, según se ha dicho, para así tener embridado al papa; la tercera, ganarse al Colegio Cardenalicio lo más posible; la cuarta, adquirir antes de la muerte del papa tanto poder como fuese capaz para resistir por sí mismo un primer embate. De estas cuatro cosas, tres tenía ya realizadas a la muerte de su padre, y la cuarta, casi a punto. En efecto, de los señores expoliados dio muerte a cuantos pudo atrapar, salvándose poquísimos; a los nobles romanos se los había ganado, y una amplia mayoría del Colegio estaba ya de su parte. Y respecto de las nuevas conquistas, su designio era hacerse señor de Toscana; lo era ya de Perugia y Piombino, y de Pisa se había convertido en protector.

Y como no tenía ya por qué esperar la anuencia de Francia (ya nunca tendría que hacerlo, al haber sido los franceses expulsados del reino de Nápoles por los españoles, y estar ambos necesitados de comprar su amistad), listo estaba para el asalto a Pisa. Tras ello, Lucca y Siena caerían pronto, en parte por envidia de los florentinos, en parte por miedo: a los florentinos no quedaba escapatoria. De haberlo logrado (y lo habría hecho el año mismo de la muerte de Alejandro), hubiese adquirido tanta fuerza y reputación como para mantenerse por sí mismo, sin depender en lo sucesivo de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino sólo de su poder y su virtud.

Empero, Alejandro murió cinco años después de que él comenzara a desenvainar la espada, dejándolo con el dominio de la Romaña fuertemente consolidado, todos los demás en el aire y a él mismo entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Mas había tal arrojo y tanta virtud en el duque, conocía tan bien cómo se gana o se pierde a los hombres y eran tan sólidos sus cimientos, que de no haber tenido a esos ejércitos encima o haber estado él sano se habría sobrepuesto a cualquier dificultad. La mentada bondad de los cimientos saltó a la vista: la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aun medio muerto, estuvo seguro; y aunque los Ballioni, los Vitelli y los Orsini regresaron a Roma, no hallaron con quién atacarlo; pudo, si no hacer papa a quien quería, sí al menos que no lo fuese quien no quería. Ciertamente, de no hallarse enfermo a la muerte de Alejandro, todo le hubiera sido fácil. Y en persona me dijo en los días en que se eligió a Julio II, que había pensado en cuanto hubiera podido surgir, muerto su padre, y que a todo había puesto remedio; pero que nunca pensó en estar también él entonces a punto de morir.

Así pues, de reunir yo todas las acciones del duque, no sabría reprenderlo. Más bien me parece, como he hecho, proponer su imitación por cuantos, por fortuna o armas ajenas, hayan llegado al poder. Y es que él, por su grandeza de ánimo y alteza de miras, de ningún otro modo podía conducirse; únicamente la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad fueron obstáculos a sus designios. Por lo tanto, quien considere necesario en su nuevo principado tomar garantías frente a los enemigos, ganarse amigos, vencer por fuerza o engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y venerar por los soldados, aniquilar a quienes lo puedan o deban perjudicar, renovar con procedimientos nuevos antiguas instituciones, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, extinguir la milicia desleal, establecer otra nueva, preservar las alianzas con reyes y príncipes de modo que lo hayan o de beneficiar sin reciprocidad o perjudicar con miramientos, en absoluto podrá encontrar ejemplos más vivos que sus acciones.

Tan sólo se lo puede censurar por la elección de Julio II como papa, a causa de su mala decisión; en efecto, como se ha dicho, no pudiendo designar a un papa de sus preferencias, sí podía obtener que no lo fuese otro, y nunca debió consentir el papado para los cardenales a los que había perjudicado o para los que, una vez papas, hubieran de temerle. Y es que los hombres causan daño o por miedo o por odio, y entre los que había perjudicado se contaban, entre otros, el de San Piero *ad vincula*, el cardenal Colonna, el de San Giorgio y el cardenal Ascanio;[26] los demás, si llegaban al papado, tenían todos de qué temerlo, salvo el cardenal de Ruán y los españoles: éstos, por

parentesco y obligaciones; aquél, por su poder, al apoyarle el entero reino de Francia. El duque, por tanto, por sobre cualquier otra cosa, debía hacer papa a un español, y si no podía, debía permitir que lo fuese el cardenal de Ruán, nunca el de San Piero *ad vincula*. Pues quien cree que los favores nuevos hacen olvidar a los grandes personajes las antiguas injusticias se engaña. Erró, pues, el duque en dicha elección, y ello fue la causa de su caída final.

---

25 *De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur*

26 Giuliano Della Rovere (luego Julio II), Giovanni Colonna, Raffaele Riario y Ascanio Sforza.

CAPÍTULO VIII

De los que accedieron al principado mediante crímenes[27]

Ahora bien, como de particular uno se convierte en príncipe en otros dos modos no atribuibles del todo ni a la fortuna ni a la virtud, creo no deber pasarlos por alto, si bien de uno quepa hablar más extensamente donde se trate de las repúblicas. Dichos modos son: o cuando se accede al principado en modo criminal y nefando, o cuando un ciudadano particular se convierte en príncipe de su patria con el favor de sus demás conciudadanos. Al hablar del primero nos valdremos de dos ejemplos, antiguo uno y actual el otro, sin ulteriores profundizaciones, pues creo suficiente, para quien lo necesite, el imitarlos.

El siciliano Agatocles[28] llegó a rey de Siracusa a partir no sólo de una condición particular, sino incluso ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, acompasó su conducta criminal a cada período de su vida; mas con todo, combinó sus desenfrenos con tal grado de virtud de ánimo y cuerpo que, entrado en la milicia, llegó a ser pretor de Siracusa pasando por todas las graduaciones. Ya consolidado en el puesto, decidió convenirse en príncipe, manteniendo mediante la violencia y sin obligaciones hacia los demás lo que por acuerdo se le había concedido, e hizo partícipe de su plan al cartaginés Amílcar, por entonces con sus ejércitos en Sicilia; una mañana reunió al pueblo y el senado de Siracusa, como si tuviesen que deliberar sobre asuntos referentes a la república; a la señal convenida, hizo que sus soldados dieran muerte a todos los senadores y a los más ricos del pueblo. Una vez muertos, se adueñó y mantuvo el principado de la ciudad sin la menor oposición. Y pese a la doble derrota y el posterior asedio a manos de los cartagineses, no sólo pudo mantener la ciudad, sino que dejando una parte de la milicia para defenderla del cerco, con la restante pasó al asalto de África, y en poco tiempo liberó Siracusa del asedio y redujo Cartago a una situación de extrema penuria, al punto de forzarlos a negociar con él, contentándose con las posesiones de África y dejando Sicilia para Agatocles.

Así pues, quien medite sobre sus acciones y su virtud, poco o nada hallará atribuible a la fortuna; y es que, como se ha dicho, no obtuvo el principado por favor de nadie, sino pasando uno a uno por todos los grados del ejército, ganados tras infinidad de infortunios y peligros; y lo mantuvo después con un buen número de decisiones llenas de valor y de riesgo. No cabe llamar virtud, empero, a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimientos así permiten adquirir poder, mas no gloria. Pues, de considerar la virtud de Agatocles para desafiar y vencer los peligros, la entereza de su ánimo para soportar y superar adversidades, no se ve en qué pueda juzgársele inferior a ningún otro eminente capitán. No obstante, su feroz crueldad, su inhumanidad rabiosa de desenfreno, impiden que sea celebrado entre los hombres eminentes. No cabe atribuir, por tanto, ni a la fortuna ni a la virtud lo que él consiguiera sin la una ni la otra.

En nuestros días, durante el pontificado de Alejandro VI, Oliverotto da Fermo,

huérfano desde la infancia, fue criado por un tío materno llamado Giovanni Fogliani, y entregado desde su primera juventud a la milicia bajo Paulo Vitelli, para que una vez formado en el arte militar, alcanzase excelente graduación en la milicia. Muerto luego Paulo, militó bajo su hermano Vitellozzo, y en poquísimo tiempo, merced a su ingenio y a la gallardía de su persona y de su ánimo, pasó a ser el primero de su tropa. Mas considerando servil estar supeditado a otro, pensó en tomar Fermo, ayudándose de algunos ciudadanos del lugar, más afectos a la esclavitud que a la libertad de su patria, y del favor de Vitellozzo. Por lo que escribió a Giovanni Fogliani diciéndole que, tras pasar muchos años fuera de casa, le apetecía volver a verlo a él y a su ciudad, y calibrar en lo posible su patrimonio; y que como no había tenido más afán que el de adquirir honores, para que sus conciudadanos comprobasen que no había perdido el tiempo en vano, quería volver de tal guisa, acompañado de cien amigos y servidores a caballo. Y le rogaba que fuera de su agrado ordenar que los habitantes de la ciudad lo recibieran con todos los honores, cosa honrosa no sólo para él, sino también para el propio Giovanni, pues era su ahijado. No faltó éste a ninguno de los deberes debidos al sobrino, a quien, tras hacer que se le recibiera con todos los honores, hospedó en su casa. Días después, con la mente puesta en preparar cuidadosamente su futuro crimen, ofreció un solemnísimo banquete al que invitó a Giovanni Fogliani y a los restantes ciudadanos eminentes de Fermo. Acabados los postres y demás entretenimientos propios de tales banquetes, sacó a colación adrede algunos temas graves, relativos a la grandeza del papa Alejandro y de su hijo César, como también de sus empresas. Respondían Giovanni y los demás a sus palabras cuando, poniéndose repentinamente en pie, les dijo que temas tales se habían de discutir en un lugar más secreto, y se retiró a un cuarto hasta el que Giovanni y los demás ciudadanos le siguieron. Aún no habían tomado asiento cuando de lugares secretos del mismo salieron soldados que dieron muerte a Giovanni y a los demás. Tras el homicidio, Oliverotto subió al caballo, galopó por la ciudad y asedió el palacio del magistrado supremo, de modo que el miedo les constriñó a obedecerle y a establecer un gobierno del que se le hizo príncipe. Y muertos todos aquellos que, en su descontento, podían hacerle daño, se consolidó con nuevas instituciones civiles y militares, al punto que durante el año que mantuvo el principado, no sólo estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que se convirtió en temible para todos sus vecinos. Y habría sido difícil expulsarle, como a Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borgia en Sinigaglia, junto a los Orsini y los Vitelli, según se dijo; allí, hecho prisionero él también, un año después de cometido el parricidio fue estrangulado junto con Vitellozzo, su maestro en virtud y desenfrenos.

Alguien podría preguntarse por qué Agatocles y algún otro de su estofa, tras perfidias y crueldades sin cuento, pudo vivir por largo tiempo seguro en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin padecer jamás conspiración alguna por parte de sus conciudadanos, cuando otros muchos, por su crueldad, no lograron mantener el poder ni siquiera en tiempos pacíficos, menos aún en los conflictivos períodos de guerra. Creo que ello se deba al buen o mal uso de las crueldades; cabe hablar de buen uso (si del mal es lícito decir bien) cuando se ejecutan todas de golpe, en aras de la seguridad

propia, sin que se recurra más a ellas, y redunden en la mayor utilidad posible para los súbditos. Hay mal uso cuando, aun si pocas al principio, con el tiempo aumentan en lugar de desaparecer. Quienes se atienen al primer modo quizás encuentren en Dios y los hombres algún apoyo a su situación, como le pasó a Agatocles; a los otros, no les es posible mantenerse.

Es de notar por ello que quien se adueñe de un Estado debe meditar sobre todo el daño que le será preciso infligir, e infligirlo de golpe a fin de no tener que repetirlo cada día, pues el no tener que hacerlo infundirá calma a sus hombres y le permitirá ganárselos con favores. El que obre de otro modo, sea por debilidad o mal consejo, andará siempre necesitado de llevar empuñado el cuchillo; y nunca podrá ampararse en sus súbditos, pues sus renovadas y continuas injusticias les privan de garantías frente a él. Las injusticias, en efecto, deben cometerse de una vez, para que, menos degustadas, su daño sea menor, mientras los favores deben procurarse paso a paso, a fin de saborearlos mejor. Y un príncipe debe ante todo comportarse con sus súbditos de modo que ningún incidente, favorable o contrario, le obligue a variar su proceder, pues cuando en los momentos adversos llegan las necesidades, no está ya a tiempo de hacer el mal, en tanto el bien que hace se considera forzado y no le reporta beneficio, como tampoco agradecimiento alguno.

---

[27] *De his qui per acelera ad principatum pervenere*

[28] Tirano de Siracusa (316-289 a.C.).

CAPÍTULO IX

Del principado civil[29]

Vayamos al segundo caso, el de un ciudadano particular que se convierte en príncipe de su patria no mediante crímenes ni otras intolerables formas de violencia, sino a través del favor de sus conciudadanos; cabría denominársele principado civil, y llegar hasta él no requiere ni sólo virtud ni sólo fortuna, sino más bien una astucia afortunada. Al respecto afirmo que se accede o mediante el favor del pueblo o mediante el favor de los notables, pues en toda ciudad se hallan esos dos humores contrapuestos. Y surge de que el pueblo desea que los notables no le dominen ni le opriman, mientras los notables desean dominar y oprimir al pueblo; de esos dos apetitos contrapuestos surge en la ciudad una de estas tres consecuencias: el principado, la libertad o la licencia.

El principado se debe al pueblo o a los notables según una u otra partes tenga su ocasión, pues si los notables constatan que no pueden resistir al pueblo comienzan a otorgar su favor a uno de ellos, y lo hacen príncipe para, a su sombra, llegar a desfogar su apetito. El pueblo, por su parte, constatando que no puede resistir a los notables, otorga su favor a alguien, y lo hace príncipe para escudarse en su autoridad. El que llega al principado con el apoyo de los notables se mantiene con mayor dificultad que el que accede apoyándose en el pueblo, pues sábese príncipe en medio de otros muchos que se piensan iguales a él, y a los que por ello no puede mandar ni conducir a sus anchas.

En cambio, quien accede al principado mediante el apoyo popular está solo, sin nadie, o casi, en derredor suyo que no esté dispuesto a obedecer. Además de eso, no se puede con honestidad dar satisfacción a los notables sin perjudicar a los otros, lo cual sí es posible con el pueblo, por ser el suyo fin más honesto que el de los notables, al querer éstos oprimirlo y aquel que no se le oprima. No sólo eso: de enemistarse al pueblo, el príncipe jamás podría estar seguro, por ser demasiados. Con los notables, que son pocos, sí podría. Lo peor que puede esperar un príncipe de un pueblo enemigo es que lo abandone; mas con los notables por enemigos no sólo cabe temer su abandono, sino también que le hagan frente, pues siendo mayor su capacidad de previsión y su astucia, les falta tiempo para ponerse a salvo y buscan la deferencia del que presumen vencedor. Añádase que el príncipe está obligado a vivir siempre con el mismo pueblo, mientras que bien puede actuar sin los mismos notables, siéndole posible ponerlos y quitarlos a diario, y privarles de reputación o concedérsela a su antojo.

A fin de aclarar más todo esto, sostengo que a los notables se les deba examinar principalmente de dos maneras. O se conducen en modo de adecuarse en todo a tu suerte, o no. A los primeros, si no son unos rapaces, se les debe honrar y considerar; para los otros, dos son los índices a tener en cuenta: o proceden así por pusilanimidad o natural falta de ánimo, en cuyo caso tú debes servirte principalmente de los que son buenos consejeros, pues en la prosperidad te honras en ellos, y en la adversidad en nada has de temerles. O bien lo hacen aposta y movidos por su ambición, lo cual es señal de que piensan más en ellos que en ti; de ellos se debe el príncipe precaver, y temerlos

como a enemigos declarados, pues siempre, en la adversidad, promoverán su caída.

Así pues, debe quien llegue a ser príncipe mediante el favor del pueblo mantenerlo junto a sí, cosa esta fácil, pidiendo aquél sólo que no se le oprima. En cambio, alguien que en contra del pueblo llegue a ser príncipe mediante el favor de los notables, debe lo primero de todo tratar de ganarse al pueblo: cosa esta fácil si se hace su protector. Y puesto que los hombres, cuando obtienen un bien del que esperaban un mal, se sienten aún más obligados ante su benefactor, el pueblo se le mostrará de inmediato más servicial. El príncipe puede granjearse su adhesión de muchas maneras, de las que no es posible dar regla cierta al depender de la situación; de ahí que las dejemos de lado. Concluyo diciendo sólo que es menester a un príncipe mantener al pueblo de su lado, pues si no, carecerá de todo auxilio en la adversidad.

Nabis,[30] príncipe de los espartanos, sostuvo el asedio de toda Grecia y de un más que victorioso ejército romano, logrando salvaguardar contra todos ellos su patria y su poder. Cuando sobrevino el peligro le bastó con precaverse de unos pocos, cosa que no habría sido suficiente de haber sido el pueblo enemigo suyo. Y que nadie contradiga mi opinión echando mano del consabido proverbio de que *quien se apoya en el pueblo se apoya en el barro*, pues eso es verdad sólo si quien se apoya en el pueblo es un ciudadano particular, y pretenda que el pueblo lo libere cuando se halle en poder de los enemigos o de los magistrados. En ese caso fácilmente se podría sentir engañado, como los Gracos en Roma[31] o micer Giorgio Scali[32] en Florencia. Pero si se trata de un príncipe quien se apoya en aquél, en grado de mandar y lleno de valor, al que las adversidades no amedrenten y haya adoptado las necesarias disposiciones, y que con su ánimo y con sus instituciones mantenga en vilo al pueblo, jamás éste le abandonará, y podrá constatar la solidez de sus cimientos.

Suelen estos principados correr peligro cuando se está por pasar del orden civil al gobierno absoluto, ya que tales príncipes gobiernan o por sí mismos o por medio de magistrados. En este último caso, mayores son la fragilidad y los peligros para su permanencia, pues ésta depende por entero de la voluntad de los ciudadanos a los que se han asignado las magistraturas, quienes, en especial cuando llegan las adversidades, pueden deponerlo con suma facilidad del cargo, sea porque le hacen frente o porque le faltan a la obediencia. Y el príncipe, en medio de los peligros, no está a tiempo de asumir la autoridad absoluta, pues los ciudadanos y los súbditos, que suelen recibir las órdenes de los magistrados, no están en las situaciones difíciles en disposición de recibir las suyas; y siempre serán pocos los que en los momentos de incertidumbre sean de fiar. Y es que un tal príncipe no puede hacer caso de cuanto ve en los momentos de calma, cuando los ciudadanos necesitan del Estado, pues entonces todos se apresuran, todos prometen, y cada uno daría la vida por él mientras a la muerte no se la vea venir. Mas en la adversidad, cuando el Estado necesita de los ciudadanos, son pocos los que aparecen. Dicha experiencia es tanto más peligrosa cuanto que sólo una vez se la puede intentar. De ahí que un príncipe sabio deba meditar acerca de cómo, siempre y en cualquier situación, necesiten sus ciudadanos del Estado y de él: entonces siempre le serán fieles.

[29] *De principatu civile*

[30] Tirano de Esparta (205-192 a.C.).

[31] Tiberio y Cayo Graco, los infortunados tribunos de la plebe (*cf*. *Discursos*, 1-37).

[32] Tras la revuelta de los Ciompi (1378), Giorgio Scali se convirtió en una especie de jefe popular; su arrogancia hizo que poco después fuera ajusticiado.

CAPÍTULO X

Cómo se deben medir las fuerzas de todos los principados[33]

Cuando se examinan las características de tales principados conviene llevar a cabo otra consideración, a saber: si el poder de un príncipe es tan grande como para, en caso de necesidad, sostenerse por sí mismo, o si necesita siempre que otros lo defiendan. Y para mejor clarificar este punto afirmo que, en mi opinión, están capacitados para defenderse por sí mismos quienes, por abundancia de hombres o dinero, pueden formar un ejército apropiado y sostener combate abierto con cualquiera que desee atacarlos. Del mismo modo, opino que tienen siempre necesidad de otros quienes no están en grado de comparecer contra el enemigo en combate abierto, sino que se ven siempre forzados a guarnecerse en el interior de las murallas, y a defenderlas. Del primer caso se ha hablado ya, y aún diremos cuanto sea preciso. Del segundo, nada más cabe decir; sólo animar a tales príncipes a que fortifiquen y defiendan su ciudad, sin preocuparse para nada de las tierras circundantes. Y quien haya fortificado adecuadamente su ciudad, y en los demás asuntos se haya conducido con los súbditos como antes se dijo y después se dirá,[34] hará que un agresor se lo piense antes: los hombres, en efecto, en absoluto gustan de las empresas en las que se prevean dificultades, y no es precisamente llegar y pegar el atacar a alguien cuya ciudad está bien defendida y a quien su pueblo no odia.

Las ciudades de Alemania son muy libres, poseen poco territorio y obedecen al emperador cuando así lo quieren, y no sienten temor ni de él ni de ningún otro poderoso cercano, pues están de tal modo fortificadas que todos consideran largo y peliagudo expugnarlas. Todas tienen fosos y murallas apropiados, y suficiente artillería; los depósitos públicos contienen comida, bebida y leña para un año; además de eso, a fin de mantener bien nutrida a la plebe sin detrimento del erario público, disponen siempre de un fondo común durante un año con el que poder darle trabajo en aquellas ocupaciones que son el nervio y la vida de la ciudad, y de las industrias que dan de comer a la plebe. El adiestramiento militar, además, sigue aún gozando en ellas de prestigio, siendo numerosas las regulaciones que velan por su conservación.

Así pues, un príncipe que tenga una ciudad fortificada y no se granjee el odio no podrá ser asaltado; y de haber quien lo hiciere, acabaría yéndose abochornado, ya que las cosas del mundo son tan mutables que nadie podría permanecer durante un año con sus ejércitos ocioso y en estado de asedio. Y si alguien replicara que en caso de que el pueblo tenga fuera sus posesiones y las vea arder perderá la paciencia, y que el largo asedio y el propio interés lo harán olvidarse del príncipe, le respondería que un príncipe poderoso y valiente superará siempre esas dificultades, ora dando esperanzas a los súbditos de que el mal no durará mucho, ora infundiendo temor a la crueldad del enemigo, ora sabiendo precaverse con habilidad de los que le parecieren más osados. Además, el enemigo deberá razonablemente quemar y asolar el territorio a su llegada, justo cuando los ánimos de los hombres están aún encendidos y dispuestos para la defensa. Por eso tanto menos debe vacilar el príncipe, pues al cabo de unos cuantos días,

enfriados los ánimos, los daños están ya hechos, los males han surtido su efecto, y ya no hay remedio; entonces aún se unen más a su príncipe, pues con sus casas reducidas a ceniza y asoladas sus posesiones por defenderlo, consideran que tenga contraída con ellos una obligación. Y es que forma parte de la naturaleza de los hombres contraer obligaciones tanto por los beneficios que se hacen como por los que se reciben. De ahí que, si se considera todo como es debido, no resultará difícil a un príncipe prudente mantener en vilo los ánimos de sus ciudadanos antes y después de un asedio, siempre y cuando no les falte ni de qué vivir ni con qué defenderse.

---

33 *Quomodo omnium principatuum vires perpendi debeant*

34 En los capítulos IX y XIX.

CAPÍTULO XI

De los principados eclesiásticos[35]

En este punto, ya sólo nos queda discurrir sobre los principados eclesiásticos; al respecto, las dificultades surgen todas antes de poseerlos, pues se conquistan por virtud o por fortuna, mas sin la una ni la otra se mantienen. Y es que venerables instituciones los asientan en la religión, y es tal su poder y su prestigio que mantienen a sus príncipes en el poder, sea cual fuere su modo de obrar y proceder. Sólo ellos tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, aun indefensos, no les son arrebatados; a los súbditos, que no estén gobernados, no les preocupa, pues ni piensan ni pueden emanciparse de ellos. Son estos principados, por tanto, los únicos seguros y felices. Mas, estando regidos por una razón superior, inalcanzable para una mente humana, los dejaré de lado: elevados y preservados como están por Dios, sería propio de alguien presuntuoso y temerario examinarlos.

Empero, alguien podría preguntarme cómo ha llegado en lo temporal a adquirir la Iglesia tanto poder, cuando antes de Alejandro los potentados de Italia, y no sólo quienes a sí mismos se llamaban potentados, sino cualquier barón o señor de mínimo rango, en lo temporal la estimaban en poco, mientras hoy un rey de Francia tiembla ante ella, pues lo ha podido expulsar de Italia y hundir a los venecianos (aunque conocida la cosa, no considero superfluo rememorarla en buena parte).

Con anterioridad a la venida a Italia del rey Carlos,[36] el país se hallaba bajo el poder del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Tales potentados habían de tener dos preocupaciones esenciales: la primera, que ningún extranjero armado entrara en Italia; la segunda, que ninguno de ellos ampliase sus dominios. Quienes más preocupaban eran el papa y los venecianos; para contener a éstos, era menester la unidad de todos los demás, como ocurrió en la defensa de Ferrara, y para sujetar al papa se servían de los barones de Roma; éstos, divididos en dos facciones, la de los Orsini y la de los Colonna, tenían por lo mismo continuos altercados entre ellos; además, con las armas empuñadas a la vista del pontífice, mantenían el papado débil y exánime. Y aun si de vez en cuando surgía algún papa valeroso, como lo fue Sixto,[37] ni su fortuna ni su saber le permitieron jamás sortear tales obstáculos. La brevedad de la vida era la causa, pues en los diez años promedio que vivía un papa, con dificultad lograba deshacer una facción. Y si, por ejemplo, uno casi había conseguido exterminar a los Colonna, venía luego otro enemigo de los Orsini, que los hacía resurgir, sin tiempo suficiente para exterminar a los Orsini. Esto hacía que, en lo temporal, las fuerzas papales fueran escasamente estimadas en Italia.

Vino después Alejandro VI, quien, a diferencia de cualquier otro pontífice jamás existido, demostró hasta qué punto puede elevarse un papa con dinero y armas, llevando a cabo gracias al duque Valentino y a la llegada de los franceses todo cuanto ya examiné anteriormente a propósito de las acciones del duque. Y aun si no era su intención hacer

grande a la Iglesia, sino al duque, no por ello todo lo que hizo dejó de redundar en beneficio de la Iglesia, que tras su muerte y la del duque, fue heredera de todos sus esfuerzos.

Vino después el papa Julio, que se encontró con una Iglesia poderosa, en cuanto dueña de toda la Romaña, y desaparecidos ya los barones de Roma, luego de las andanadas de Alejandro por anular tales facciones; y encontró además la vía abierta a la acumulación de dinero, nunca usada antes de Alejandro. Julio no solamente mantuvo todo eso, sino que lo acrecentó; y decidió conquistar Bolonia, acabar con los venecianos y expulsar a los franceses de Italia, empresas todas ellas exitosas, y tanto más dignas de encomio cuanto que todo lo hizo por engrandecer a la Iglesia y no a un particular. Mantuvo asimismo las facciones de los Orsini y los Colonna en la condición en la que las halló, y si bien hubo entre ellos algún cabecilla en grado de promover desórdenes, también había dos cosas que los sujetaban: una, el poder de la Iglesia, que los consternó; la otra, el estar faltos en sus filas de cardenales, origen siempre de altercados entre ellos. Jamás se mantendrán en calma dichas facciones mientras cuenten con cardenales, ya que alimentan, en Roma como fuera de ella, las facciones y los barones se ven obligados a defenderlos: es así como, de las ambiciones de los prelados, nacen las discordias y los altercados entre los barones. Su Santidad el papa León[38] se ha encontrado, pues, con un poderosísimo pontificado, y de él se espera que, si aquéllos lo hicieron grande con las armas, sean su bondad y el número infinito de sus demás virtudes lo que lo vuelvan aún más poderoso y respetable.

---

35 *De principatibus ecclesiasticis*

36 En 1494.

37 Sixto IV (1471-1484).

38 León X Medici (1513-1521).

CAPÍTULO XII

De los diferentes tipos de tropas y de las tropas mercenarias[39]

Luego de haber examinado una a una todas las características de los principados sobre los que al principio me propuse razonar, considerado en buena medida las razones del bien y del mal que les es propio, y mostrado los modos en los que muchos han intentado adquirirlos y conservarlos, me queda ahora examinar en general los tipos de ataque y de defensa que cada uno de ellos puede experimentar. Antes señalamos[40] cómo es menester a un príncipe tener sólidos fundamentos, so pena de hundirse. Y de los fundamentos de todos los Estados, tanto nuevos como antiguos o mixtos, los principales son las buenas leyes y las buenas armas. Y puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas, las leyes son por cierto buenas, omitiré aquí hablar de las leyes para hacerlo sólo de las armas.

Afirmo, pues, que las armas con las que un príncipe defiende su Estado son o suyas, o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y si alguien mantiene su Estado apoyándose en tropas mercenarias, jamás se hallará estable ni seguro a causa de su desunión, ambición, indisciplina e infidelidad; de su arrogancia con los aliados y cobardía frente a los enemigos; sin temor de Dios, ni lealtad a los hombres, tanto se difiere la caída cuanto se difiere el ataque; en la paz te expolian ellas; en la guerra, los enemigos. La razón de todo esto es que no hay más pasión ni motivo que las mantenga formadas que una parca soldada, insuficiente siempre para que se apresten a dar la vida por ti. Quieren desde luego ser soldados tuyos mientras no estás en guerra, pero huyen o se largan como la vean venir. No creo que necesite de muchas energías para persuadir de eso, puesto que la actual ruina de Italia no tiene más causa que el haberse fundado durante muchos años en armas mercenarias. Alguno ganó algo alguna vez gracias a ellas, y entre sí hasta parecían valientes, pero en cuanto hizo su entrada el extranjero se mostraron tal como eran. De ahí que se le permitiera a Carlos, rey de Francia, apoderarse de Italia con la tiza;[41] y quien achacaba todo eso a nuestros pecados, decía la verdad, si bien no eran los que él creía, sino los que yo acabo de contar; y por ser pecados de los príncipes, también ellos pagaron la penitencia.

Deseo mostrar aún mejor lo pernicioso de tales tropas. Los cabecillas de los mercenarios son hombres excelentes o no: si lo son, no puedes confiar en ellos, pues siempre aspirarán a engrandecerse a sí mismos, ya sea oprimiéndote a ti, su patrón, o a otros, sin echarte cuenta; y si carecen de virtud, normalmente te hacen caer. Y si alguien objetara que, mercenario o no, todo aquel que empuñe las armas hará lo mismo, le replicaré con el uso que de las armas debe hacerse por parte de un príncipe o de una república. El príncipe debe ir en persona, y ocupar el cargo de jefe; la república deposita el mando en sus ciudadanos, y cuando quien lo ostenta carece de valor, debe cambiarlo; cuando sí lo tiene, debe sujetarlo con las leyes para impedirle cruzar la raya. La experiencia nos muestra a príncipes solos y a repúblicas armadas llevar a cabo acciones

notabilísimas, y a las tropas mercenarias nunca hacer otra cosa sino daño; y que más difícilmente cae una república armada con sus propias armas bajo el dominio de uno de sus ciudadanos, que otra armada con tropas ajenas.

Roma y Esparta permanecieron muchos siglos armadas y libres. Los suizos lo están hasta los dientes y lo son por completo. Ejemplo de armas mercenarias en la Antigüedad son los cartagineses, quienes estuvieron a punto de ser oprimidos por ellas al acabar la primera guerra púnica, pese a que eran ciudadanos propios quienes estaban al frente de las mismas. Tras la muerte de Epaminondas, los tebanos hicieron jefe de su ejército a Filipo de Macedonia, quien luego de la victoria les privó de libertad. Los milaneses, a la muerte del duque Filippo, contrataron a Francesco Sforza contra los venecianos, y aquél, tras derrotar a los enemigos en Caravaggio,[42] se alió a ellos para dominar a los milaneses, sus patrones. Sforza padre, a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada, por lo que, para no perder el reino, se vio obligada a echarse en brazos del rey de Aragón. Y si venecianos y florentinos acrecentaron en el pasado sus dominios con tales tropas, y sus jefes, lejos de hacerse príncipes los defendieron, sostengo que en este caso a los florentinos los favoreció la suerte, pues entre los jefes virtuosos que podían suscitarles temor, unos no obtuvieron la victoria, otros se toparon con obstáculos, y otros tenían puestas sus ambiciones en otra parte. El que no venció fue Giovanni Aucut,[43] de quien, justo por eso, no se podía conocer la lealtad; mas todo el mundo reconocerá que, de haberlo hecho, los florentinos hubieran quedado a su merced. Sforza mantuvo una rivalidad permanente con los hombres de Braccio,[44] por lo que se vigilaban entre sí. Francesco concentró su ambición en Lombardía, y Braccio, en contra de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vayamos a lo sucedido recientemente. Los florentinos nombraron capitán a Paulo Vitelli, hombre de suma prudencia y que, pese a su condición de particular, había adquirido una reputación extraordinaria. Si éste hubiera logrado expugnar Pisa, nadie negará que los florentinos habrían caído seguro en sus manos, pues pasado a sueldo de sus enemigos no habrían tenido escape, y en su bando, habrían tenido que obedecerlo. En cuanto a los venecianos, si se examinan sus pasos, se verá cuán firme y gloriosamente procedieron mientras llevaron adelante la guerra con sus propias tropas —antes de centrar sus miras en tierra firme—, con los nobles y la plebe armada actuando de manera en extremo virtuosa. Pero cuando en sus empresas cambiaron el mar por la tierra, olvidaron dicha virtud y adoptaron las costumbres de Italia. Al principio de su expansión terrestre, siendo pequeño su Estado y grandísima su reputación, poco habían de temer de sus capitanes. Pero apenas empezaron a ampliarlo, cosa que ocurrió con Carmignola,[45] tuvieron una muestra de ese error. Habían constatado su virtud extrema y derrotado al duque de Milán con él al frente; mas conocido de otra parte su reticente comportamiento en la guerra, estimaron que con él sería imposible volver a vencer, pues no lo deseaba, y que no lo podían licenciar para no perder lo que ya habían conquistado, por lo que, en aras de su seguridad, no les quedó más remedio que darle muerte. Capitanes suyos fueron luego Bartolomeo de Bérgamo,[46] Ruberto de San Severino, el conde de

Pitigliano[47] y otros semejantes, de los que había de temer no sus victorias, sino sus derrotas; tal fue el caso de Vailate, donde en un día perdieron todo lo que con tantas penalidades habían conquistado a lo largo de ochocientos años. Y es que con tales armas se obtienen sólo lentas, tardías y endebles conquistas, pero repentinas y anonadantes derrotas. Y puesto que con dichos ejemplos he venido a parar a Italia, que ha sido gobernada durante largos años por tropas mercenarias, deseo examinarlas remontándome hasta sus orígenes, a fin de que vistos su nacimiento y desarrollo, sea más fácil su remedio.

Habéis pues de saber que, con anterioridad al reciente rechazo del imperio en Italia, y del aumento de la reputación del papa en lo temporal, Italia se hallaba dividida en varios Estados, por cuanto muchas de las grandes ciudades se habían alzado en armas contra sus nobles, quienes, favorecidos antaño por el emperador, las habían tenido bajo su poder; al respecto, contaron con el apoyo de la Iglesia, deseosa de aumentar su reputación en lo temporal. En otras muchas, sus propios ciudadanos se convirtieron en príncipes. Con el resultado de que, habiendo casi caído Italia en manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y no familiarizados tales sacerdotes y ciudadanos con el uso de las armas, comenzaron a asoldar a extranjeros. El primero en dar prestigio a tropas tales fue Alberigo de Conio,[48] natural de la Romaña. De su escuela proceden, entre otros, Braccio y Sforza, árbitros en su época de Italia. Tras ellos se sucedieron todos los demás, que hasta nuestros días han estado al frente de esas tropas. Y la consecuencia de su virtud ha sido que Italia se ha visto atropellada por Carlos, saqueada por Luis, violentada por Fernando[49] y escarnecida por los suizos. El proceder que han seguido ha sido el de quitar prestigio a la infantería para dárselo a sí mismos, y obraron de esa guisa porque, sin Estado y viviendo de su profesión, una infantería reducida no les confería prestigio y mantener una más amplia estaba fuera de su alcance; se limitaron, pues, a la caballería, que con un número adecuado les permitía obtener sustento y honores.

Las cosas llegaron a tal punto que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes. Se servían además de todo tipo de mañas para alejar de sí y de sus soldados todo rastro de esfuerzo o temor: no se mataban en las peleas, limitándose a hacer prisioneros y sin pedir rescate, no asaltaban las ciudades de noche ni hacían los de la ciudad incursiones contra los sitiadores, no rodeaban el campamento de empalizadas ni fosos, ni acampaban en invierno. Todo ello les era permitido por sus ordenanzas militares, ideadas por ellos para rehuir, como se ha dicho, el esfuerzo y los peligros; al punto de volver a Italia esclava y escarnecida.

---

39 *Quot sunt genera militiae et de mercenariis militibus*

40 En el capítulo VIII.

41 Expresión con la que Maquiavelo indica cuán fácilmente se movió Carlos VIII por Italia: la tiza, en efecto, la utilizaban las avanzadillas para señalar los alojamientos.

42 El 15 de setiembre de 1448.

43 John Hawkwood, aventurero inglés a sueldo de Florencia.

44 Los hombres de Andrea Fortebracci (Braccio da Montone).

45 Francesco Bussone, conde de Carmagnola.

46 Bartolomeo Colleoni, célebre *condottiero* (el término proviene de *condotta*, es decir, el *contrato* estipulado por el jefe militar y el contratante para el que debía guerrear).

47 Niccolò Orsini.

48 Alberigo da Barbiano, conde de Cunio.

49 Referencias a Carlos VIII, Luis XII y Fernando el Católico.

CAPÍTULO XIII

De las tropas auxiliares, mixtas y propias[50]

Armas auxiliares, las otras inútiles, las hay cuando se llama a un potentado para que acuda con sus armas en tu ayuda y defensa, como no ha mucho hizo el papa Julio, quien, tras constatar la penosa experiencia de las tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, recurrió a las auxiliares, acordando con Fernando, rey de España, que éste lo ayudara con sus hombres y ejércitos.[51] Dichas tropas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero para quien las solicita son casi siempre nocivas, pues una derrota te hunde, una victoria te hace su prisionero.

De ejemplos tales están llenas las historias antiguas; empero, no deseo alejarme de este ejemplo reciente del papa Julio II, cuya decisión de arrojarse por entero en manos de un extranjero por adquirir Ferrara no pudo ser más insensata. Aun así, su buena estrella dio pie a un tercer factor que le evitó recoger el fruto de su mala elección; derrotados ya sus auxiliares en Rávena[52] irrumpieron los suizos, que de manera inopinada para él y los demás, pusieron en jaque a los vencedores, por lo que no fue hecho prisionero ni por los enemigos, que habían huido, ni por los auxiliares, al haber vencido con tropas distintas de las suyas. Los florentinos, desarmados totalmente, condujeron a diez mil franceses a Pisa para expugnarla, decisión esa que les reportó más peligro que cualquier otra adversidad hasta entonces. El emperador de Constantinopla,[53] para hacer frente a sus vecinos, llevó a Grecia a diez mil turcos, los cuales, acabada la guerra, no quisieron volver, dando inicio a la servidumbre de Grecia por los infieles.

Así pues, aquel que desee no poder vencer, que se valga de tales tropas, pues son mucho más peligrosas que las mercenarias; con aquéllas, en efecto, el hundimiento está asegurado, en cuanto forman siempre un cuerpo, siempre a las órdenes de otro; éstas, aun venciendo, para hacerte daño requieren siempre más tiempo y una mejor ocasión, pues no conforman un único cuerpo y eres tú quien las reunió y paga; además, un tercero al que tú hiciste jefe no puede adquirir de inmediato tanto poder como para perjudicarte. En resumen, en las mercenarias es más peligrosa la desidia; en las auxiliares, la virtud.

Un príncipe prudente, por tanto, siempre ha rehuido tales armas, prefiriendo las propias; ha preferido mejor perder con las suyas a ganar con las de otro, considerando falsa la victoria obtenida mediante armas ajenas. Nunca me cansaré en traer a colación a César Borgia y sus acciones. El duque entró en la Romaña con tropas auxiliares, al mando de franceses solamente, y con ellas tomó Ímola y Forli. Pero después, no pareciéndole fiables tales tropas, optó por las mercenarias, por considerarlas menos peligrosas, asoldando a los Orsini y los Vitelli. Pero al revelársele indecisas, desleales y peligrosas en la práctica, se deshizo de ellas y recurrió a las propias. Resulta fácil constatar la diferencia entre tales tipos de tropas, pues basta con atender a la diferente reputación del duque cuando disponía únicamente de las francesas, cuando tenía a los

Orsini y los Vitelli, y cuando se quedó con las suyas, dependiendo de sí mismo: no cesó de aumentar, y nunca fue tan alto su prestigio como cuando todo el mundo pudo advertir que él era el dueño único de sus tropas.

No era mi intención desviarme de ejemplos italianos y recientes, mas tampoco deseo pasar por alto el de Hierón de Siracusa, a quien ya mencioné con anterioridad. Nombrado, como dije, jefe de los ejércitos por los siracusanos, comprobó de inmediato la inutilidad de las tropas mercenarias al conducirse sus jefes como los actuales italianos; y pareciéndole que no los podía ni mantener ni licenciar, optó por descuartizarlos a todos, pasando acto seguido a hacer la guerra con armas suyas en vez de ajenas. Deseo igualmente traer a la memoria una imagen del Antiguo Testamento como hecha adrede. Ofreciéndose David a Saúl para combatir contra Goliat, el desafiante filisteo, Saúl lo armó con sus armas para infundirle ánimos; David, tras ponérselas, las rechazó, diciendo que no podía con ellas valerse por sí mismo, y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo. O sea, las armas de otro, o te vienen grandes, o te resultan pesadas o te aprietan.

Carlos VII, padre del rey Luis XI, que merced a su fortuna y su virtud había liberado a Francia de los ingleses,[54] percibió la necesidad de armarse con tropas propias, por lo que dictó en su reino la ordenanza de la caballería y de la infantería. Más tarde, el rey Luis, su hijo, disolvió la infantería, y empezó a asoldar suizos, error que, seguido de otros, es, como de hecho se aprecia, la causa de los peligros de dicho reino. Y es que al conceder reputación a los suizos ha degradado a la totalidad de sus tropas, pues ha disuelto la infantería y hecho depender la caballería de armas ajenas, pues una vez acostumbradas a combatir junto a los suizos no creen ya poder vencer sin ellos. De ahí que los franceses no se basten contra los suizos, y que, sin ellos, ni hagan tentativas contra los demás.

Así pues, los ejércitos de Francia han sido mixtos: en parte mercenarios y en parte, propios; y tales tropas, juntas, son mucho mejores que las puramente auxiliares o las puramente mercenarias, y de lejos inferiores a las propias. Y baste con el ejemplo aducido; el reino de Francia, en efecto, sería invencible de haber mejorado o preservado la ordenación de Carlos. Mas la escasa prudencia de los hombres es origen de cosas que, por las iniciales ventajas que procuran, no dejan percatarse del veneno que llevan dentro, según dije más arriba de la tisis.[55] Aquel, en suma, que en un principado no reconoce los males cuando surgen, no es en verdad prudente, mas eso es dado a pocos. Y de examinarse el origen de la caída del Imperio romano, se lo vería en el momento en que se empezó a asoldar a los godos, pues desde ese instante comenzaron a debilitarse las fuerzas de dicho imperio, y toda la virtud de la que se le privaba se les daba a ellos.

En conclusión, si no dispone de armas propias, ningún principado está seguro, o mejor, depende por completo de la fortuna al carecer de virtud que en circunstancias adversas lo defienda. Y fue siempre opinión y máxima de los hombres sabios *quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam fama potentiae non sua vi nixa*.[56] Y las armas propias son las compuestas por súbditos o por ciudadanos o por siervos tuyos: todas las demás son mercenarias o auxiliares. Y el modo de organizar las armas propias será fácil

de hallar si se razona sobre los procedimientos adoptados por los cuatro recién nombrados, o si se atiende a cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas otras repúblicas y principados se dotaron de tropas y las organizaron, procedimientos esos a los que me remito por completo.

---

[50] *De militibus mixtis et propriis*

[51] En 1511, el papa Julio II estableció la *Liga Santa* con Fernando el Católico.

[52] El 11 de abril de 1512.

[53] Juan Cantacuceno, en 1346.

[54] Al final de la guerra de los Cien Años, en 1453.

[55] En el capítulo III.

[56] «Pues nada hay tan débil e inestable como la reputación de poder que no se basa en las propias fuerzas.» (cita memorística de Tácito, *Anales*, XIII, 19.)

CAPÍTULO XIV

De lo que incumbe a un príncipe en relación con la milicia[57]

Un príncipe, por tanto, no debe tener otro objetivo ni más pensamiento, ni tomar otro arte como propio, aparte de la guerra, sus modalidades y dirección; pues es la única arte que concierne al que manda. Y requiere tal virtud que no sólo mantiene a quienes han nacido príncipes, sino que con frecuencia promueve a particulares hasta ese rango. Por el contrario, se ve que cuando los príncipes han dedicado más atención a la holganza que a las armas, han perdido su poder. Y la causa primera que te hace perderlo es descuidar dicha arte; como la causa que te lo hace adquirir es estar versado en ella.

Francesco Sforza se convirtió de particular en duque de Milán por tener armas, en tanto sus descendientes, por rehuir las incomodidades de las armas, de duques se convirtieron en privados. Y es que uno entre los males que te procura el estar desarmado es que te hace digno de desprecio, una de esas infamias de las que el príncipe se debe preservar, como después se dirá. Pues de uno armado a otro desarmado no cabe respeto alguno, estando fuera de lo razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, o que quien no está armado se halle seguro entre servidores armados; ya que al sentir uno desdén y el otro recelos, no hay posibilidad de que actúen de concierto. De ahí que un príncipe poco ducho en el arte de la guerra, junto a otros motivos de infelicidad, como se ha dicho, no pueda ni gozar de la estima de sus soldados ni fiarse de ellos.

Así pues, no debe apartar nunca su cabeza del adiestramiento militar, y en la paz aún debe ejercitarse más que en la guerra, cosa que puede realizar de dos maneras: una, con obras y, otra, con la mente. Respecto de las obras, además de mantener sus ejércitos bien organizados y adiestrados, debe participar en continuas cacerías, a fin de habituar el cuerpo a las penalidades, aprendiendo al mismo tiempo la naturaleza del terreno, a conocer dónde se elevan las montañas, se abren los valles, se extienden las llanuras, a comprender la naturaleza de los ríos y de los cenagales, poniendo en ello la máxima atención. Ese conocimiento es útil por dos razones: en primer lugar, se aprende a conocer el propio país, lo que puede facilitar su defensa; después, porque el conocimiento y la familiaridad con esos lugares le facilita la comprensión del sitio nuevo que haya de inspeccionar, dado que los oteros, los valles, las llanuras, los ríos y las ciénagas existentes, por ejemplo, en Toscana, guardan cierto parecido con los de otras regiones, hasta el punto que el conocimiento del relieve de una región facilita conocer el de las demás. El príncipe al que faltan tales pericias está falto de lo primero con lo que quiere hacerse todo capitán, pues enseñan a dar con el enemigo, hallar dónde acampar, conducir los ejércitos, planear la batalla y asediar las ciudades con ventaja para ti.

Entre las diversas alabanzas que los historiadores han prodigado a Filipómenes, príncipe de los aqueos, está la de que durante los períodos de paz tenía siempre la mente puesta en cómo hacer la guerra; cuando salía al campo con los amigos, frecuentemente se detenía a discutir con ellos: «Si el enemigo estuviera en aquella colina y nosotros aquí,

con nuestro ejército, ¿cuál de nosotros estaría en ventaja? ¿Cómo se podría salir a su encuentro ordenadamente? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Y si se retirasen ellos, ¿cómo los seguiríamos?». Mientras caminaban, pasaba revista a todas las situaciones en las que podría hallarse un ejército; escuchaba sus opiniones, daba la suya, y la corroboraba con razonamientos. Así, merced a esas continuas reflexiones, no podía surgir, estando al frente de su ejércitos, imprevisto alguno para el que no tuviera remedio.

Respecto a lo de ejercitar la mente, debe el príncipe leer historia, poniendo atención a las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias y derrotas, a fin de evitar éstas e imitar aquéllas. Y, sobre todo, hacer como ya hicieron ciertos grandes hombres: imitar a quien, antes que él, fue digno de alabanza y de gloria, teniendo siempre en la mente su temple y su modo de actuar; como se dice que hicieron Alejandro de Aquiles, César de Alejandro, Escipión de Ciro. Y cualquiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte,[58] reconocerá luego cuánta gloria le deparó a Escipión imitarla, y cuánto de la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad de éste se ajustaba a las descritas por Jenofonte de aquél. Modos símiles a ésos debe observar el príncipe prudente, y nunca en los períodos de paz permanecer ocioso, sino con diligencia hacer tesoro de ellos para poder utilizarlos en los momentos adversos, de forma que cuando varíe la fortuna lo halle en disposición de afrontarla.

---

[57] *Quod principem deceat circa militiam*

[58] La *Ciropedia.*

CAPÍTULO XV

De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o vituperados[59]

Nos queda ahora por ver cuáles deban ser los modos de proceder y actuar de un príncipe en relación con sus súbditos y aliados. Y como sé que son muchos los que han escrito al respecto, temo al escribir ahora yo que se me tome por presuntuoso, máxime cuando, al discurrir sobre tales asuntos, me alejo de los planteamientos de los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, he considerado más apropiado ir directamente a la verdad objetiva de los hechos, que a su imaginaria representación. Pues, muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente, y está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace en aras de lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación; y es que un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, acabará hundiéndose entre tantos que no lo son. De ahí que un príncipe que se quiera mantener necesite aprender a ser no bueno, y a hacer uso de ello o no, dependiendo de la necesidad.

Prescindiendo, por tanto, de las cosas imaginadas en relación con un príncipe, y discurriendo sobre las verdaderas, afirmo que a todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en especial a los príncipes por estar en lo más alto, se los caracteriza por algunas de las siguientes propiedades, en grado de procurarles reproches o alabanzas, a saber: a uno se lo tiene por liberal, a otro por tacaño (me valgo de un término toscano, porque *avaro* en nuestra lengua es quien desea acumular mediante rapiña, mientras *tacaño* es quien se pasa en no usar lo suyo); a uno se le tiene por desprendido, a otro, por rapaz; a uno por cruel, a otro, por clemente; a uno por traidor, a otro, por leal; a uno por afeminado y pusilánime, a otro, por fiero y valeroso; a uno, por humano, a otro, por soberbio; a uno por lascivo, a otro, por casto; a uno por íntegro, a otro, por desleal; a uno por rígido, a otro, por flexible; a uno por grave, a otro, por frívolo; a uno por devoto, a otro, por incrédulo, y así.

Sé que todo el mundo reconocerá que sería cosa harto laudable que un príncipe reuniese de entre las cualidades citadas las que son tenidas por buenas; pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, dado que las condiciones humanas lo impiden, necesita aquél ser tan prudente como para evitar incurrir en los vicios que lo privarían del Estado, y preservarse de los que no se lo quiten mientras ello sea posible; mas cuando no lo sea, cabe actuar con menor comedimiento. Y no le preocupe entonces la fama que da el practicar los vicios sin los que la salvaguardia del Estado es imposible, pues si se considera todo debidamente, se hallará algo que parecerá virtud, pero que al seguirlo provocará su ruina, y algo que parecerá vicio, pero que al seguirlo le procura seguridad y bienestar.

[59] *De his rebus quipus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur*

CAPÍTULO XVI

De la liberalidad y la parsimonia[60]

Comenzando, por tanto, por las primeras cualidades mencionadas, sostengo que sería bueno ser tenido por liberal; empero, la liberalidad, usada en modo que tal se te considere, te perjudica, pues de usarla de manera virtuosa y como es debido pasa desapercibida, y no lograrás sacudirte la infamia de pasar por lo contrario. Y, por tanto, un príncipe que desee tener fama de liberal entre los hombres se verá obligado a no dejar de lado ninguno de los atributos de la suntuosidad, lo que llevará a príncipe semejante a consumir en obras de tal guisa el conjunto de su patrimonio. Al final, si desea preservar la fama de liberal, se verá obligado a imponer tributos extraordinarios a su pueblo, aumentar el fisco y llevar a cabo todo cuanto sea menester para recabar más dinero. Y ello empezará a hacerlo más odioso ante los súbditos, y que pierda la estima de todos, lo que le convertirá en pobre. De manera que, al perjudicar con su liberalidad a los muchos y beneficiar a unos pocos, se resentirá ante el primer inconveniente y correrá peligro a la menor ocasión de riesgo; cosa esta que, una vez la advierta y quiera hacer marcha atrás, lo hará ser tachado inmediatamente de tacaño.

No pudiendo, por tanto, un príncipe poner en práctica la virtud de la liberalidad sin perjuicio suyo cuando se vuelve manifiesta, debe, si es prudente, no preocuparse de que se le tache de tacaño, porque con el tiempo se le considerará cada vez más liberal, al constatarse que, merced a su parsimonia, le son suficientes su ingresos, puede defenderse de quien le hace la guerra y puede emprender actividades sin gravar a su pueblo; de modo que llega a hacer uso de la liberalidad con todos aquellos a los que nada quita, que son muchísimos, y de la tacañería con todos aquellos a los que no da, que son pocos. En nuestros días hemos visto hacer grandes cosas sólo a los que han sido reputados de tacaños; los otros, quedaron extinguidos. El papa Julio II, que se sirvió de su fama de liberal para acceder al papado, no pensó luego en mantenerla a fin de poder hacer la guerra. El actual rey de Francia[61] ha llevado a cabo tantas guerras sin imponer ninguna contribución extraordinaria a los suyos merced a la parsimonia con la que gestiona los gastos superfluos. El actual rey de España,[62] de haber sido considerado liberal, no habría realizado ni ganado tantas empresas.

Así pues, un príncipe que quiera no robar a sus súbditos, estar en grado de defenderse, no terminar siendo pobre y despreciado, no verse obligado a convertirse en rapaz, no debe preocuparse en demasía de que se le tache de tacaño, porque es ése uno de los vicios que le permiten reinar. Y si alguien objetara que César se hizo con el poder gracias a su liberalidad, o que otros muchos, por haber sido y ser tenidos por liberales, accedieron a los más altos rangos, aduzco: o eres ya príncipe o estás en camino de serlo; en el primer caso, dicha liberalidad es perjudicial; en el segundo, es obligado ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería acceder al principado de Roma; mas si una vez llegado hubiera sobrevivido, y no hubiese moderado aquellos gastos, habría destruido

tal poder. Y si se replicase que muchos han sido los príncipes que han llevado a cabo grandes empresas con sus ejércitos, a los que, sin embargo, se les tenía por liberales, te respondo: o el príncipe gasta de lo suyo y de sus súbditos o gasta lo de otros; en el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe omitir medida alguna de la liberalidad. Y el príncipe que está en campaña con sus ejércitos, que se nutre de botines, saqueos y tributos, maneja lo de otros, por lo que es menester que se muestre liberal, so pena de abandono por parte de sus soldados. Y de lo que no es ni tuyo ni de tus súbditos se puede ser generoso dispensador, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, pues gastar lo de otros no te quita reputación, sino que te la aumenta: gastar lo tuyo es lo único que te perjudica. Y no hay nada que se consuma a sí misma como la liberalidad, pues vas perdiendo la capacidad de usarla a medida que la usas, volviéndote pobre o despreciable, o bien, por huir de la pobreza, rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas, lo que más debe evitar un príncipe es granjearse el desprecio y el odio, aquello precisamente a lo que la liberalidad te conduce. Hay, pues, más prudencia en el ser tenido por tacaño, que genera deshonra sin odio, que por desear fama de liberal verse obligado a ser tachado de rapaz, que genera una deshonra con odio.

---

60 *De liberalitate et parsimonia*

61 Luis XII.

62 Fernando el Católico.

CAPÍTULO XVII

De la crueldad y de la clemencia, y de si es mejor ser amado que temido o viceversa[63]

Prosiguiendo hacia las demás propiedades antedichas, afirmo que todo príncipe debe desear que se lo tenga por clemente y no por cruel, si bien debe estar atento a no hacer mal uso de dicha clemencia. A César Borgia se lo tenía por cruel; empero, esa su crueldad había reordenado la Romaña, unido y devuelto la paz y la lealtad. Si bien se considera todo eso, más clemente aparecerá que el pueblo florentino, que por rehuir la fama de cruel consintió la destrucción de Pistoia. No debe a un príncipe, por tanto, serle de preocupación que se lo repute de cruel por mantener unidos y leales a sus súbditos, pues con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que quienes, por excesiva clemencia, dejan proseguir los desórdenes, y con ellos, los asesinatos y rapiñas a que dan lugar; y es que éstos suelen perjudicar al pueblo en su conjunto, en tanto que las ejecuciones ordenadas por el príncipe sólo perjudican a algún particular.

Entre todos los príncipes, es al príncipe nuevo al que resulta imposible evitar que se le tache de cruel, al ser los Estados nuevos focos de peligros, pues como dijo Virgilio por boca de Dido:

> *Res dura, et regni novitas me talia cogunt*
> *Moliri, et late fines custode tueri.*[64]

Con todo, debe ser ponderado en sus opiniones y actuaciones, no suscitar temores infundados, y proceder en manera temperada, con prudencia y humanidad, para que la excesiva confianza no lo vuelva incauto, y la desconfianza excesiva, insoportable.

Surge de aquí un dilema, a saber: si es mejor ser amado que temido o al contrario. Al que se responde que lo mejor sería una y otra cosa a un mismo tiempo, pero que al ser difíciles de conciliar, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los tratas bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije,[65] más siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta. Entonces, el príncipe que ha dado crédito a sus palabras, omitiendo ulteriores preparativos, se hunde; porque las lealtades que se obtienen por un precio, y no por grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y cuando llega el momento no se las puede gastar. Y los hombres tienen menos miramientos para perjudicar a quien se hace amar que a quien se hace temer, porque el amor se mantiene merced al vínculo de la obligación, que la mezquindad de los hombres rompe siempre que está en juego la propia utilidad, en tanto al temor lo mantiene el miedo al castigo, del que nunca te logras desprender. No obstante, debe un príncipe hacerse temer de manera que, si no obtiene amor, consiga rehuir el odio, por resultar enteramente compatible el ser temido con el no ser odiado;

cosa esa que conseguirá cuando se quede al margen de los bienes de sus ciudadanos y súbditos, y de sus mujeres. Y aun si le fuere necesario proceder a ejecutar a alguien, siempre que haya justificación suficiente y causa manifiesta para hacerlo. Mas por encima de todo, debe abstenerse de los bienes ajenos, pues los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Por lo demás, los motivos para arrebatar los bienes nunca dejan de estar presentes, y quien empieza a vivir de la rapiña, siempre hallará motivo para apoderarse de lo de los otros; en cambio, los motivos para matar son siempre más raros, y faltan con mayor facilidad.

Ahora bien, si el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a una multitud de soldados, le es imprescindible pasar por alto la fama de cruel, pues sin ella nunca se mantendrá unido a un ejército, ni predispuesto para la acción. Entre los admirables logros de Aníbal se cuenta precisamente ese, que pese a disponer de un ejército numerosísimo, en el que se mezclaba un sinfín de clases de hombres, llevado a la guerra a tierra extranjera nunca surgiese en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto cuando la suerte le era favorable como adversa. Lo que sólo pudo surgir de aquella inhumana crueldad suya, que, unida a sus infinitas virtudes, lo hizo aparecer siempre ante sus soldados venerable y terrible; para lo cual, sin ella, sus restantes virtudes no habrían surtido efecto. Los historiadores demasiado aprensivos, por una parte, admiran esa obra suya, por otra, condenan la principal causa de la misma.

Que sus restantes virtudes no habrían bastado puede comprobarse en Escipión,[66] personaje de excepción no sólo en su época, sino en todas las demás, contra el que se rebelaron sus ejércitos en España,[67] lo que no se debió sino a su excesiva clemencia, que sus soldados aprovecharon para una vida más licenciosa que la conveniente a la disciplina militar. Por ello fue recriminado por Fabio Máximo en el Senado, que lo llamó corruptor del ejército romano. Además, un legado suyo destruyó la ciudad de los locrios, pero él ni llevó a cabo su venganza ni castigó la insolencia de aquél, y todo por esa blandura que le era connatural; hasta tal punto que, queriéndolo excusar, alguien en el Senado dijo que eran muchos los hombres para los que era más fácil no errar que corregir los errores. Su naturaleza habría acabado mancillando con el tiempo la fama y la gloria de Escipión si, mientras ejercía el poder, hubiera perseverado en ella; mas al actuar bajo las órdenes del Senado, ese nocivo rasgo suyo no sólo quedó oculto, sino que aumentó su gloria.

Volviendo a lo de ser temido y amado, concluyo que, puesto que los hombres aman por voluntad propia, y temen por voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe fundarse en lo que es suyo, y no en lo que es de otros. Debe únicamente ingeniárselas, según se ha dicho, en evitar el odio.

---

63 *De crudelitate et pietate; et an sit melius amarin quam timeri, vele contra*

64 «La difícil situación y la novedad del reino me constriñen a usar tales medidas y a vigilar sin descanso sus fronteras.» (Virgilio, *Eneida*, I, vv. 562-563.)

65 En el capítulo IX.

66 Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal.

67 En el año 206 a.C.

CAPÍTULO XVIII

De qué modo deben los príncipes mantener su palabra[68]

Cuán loable es que un príncipe mantenga su palabra y viva con integridad y no con astucia, todo el mundo lo entiende; empero, la experiencia muestra cómo en nuestros días han sido los príncipes que han sido poco fieles a la misma, y sabido con astucia enredar las cabezas de los hombres, quienes han llevado a cabo las mayores empresas, y dejado finalmente atrás a los que mantuvieron la lealtad.

Debéis, pues, saber que hay dos modalidades de combate: con las leyes, uno; con la fuerza, el otro. La primera es propia del hombre, la segunda, de las bestias; mas al no ser a menudo suficiente la primera, es menester recurrir a la segunda. Un príncipe requiere, por tanto, saber usar bien de la bestia y del hombre. Eso es lo que de manera solapada enseñaron los autores antiguos, al afirmar cómo Aquiles y otros muchos príncipes de la Antigüedad les fueron confiados al centauro Quirón para que los educase y sometiera a su disciplina. Y tener como preceptor a alguien mitad hombre mitad bestia no significa sino que un príncipe necesita saber hacer uso de una y otra naturalezas, y que la una no dura sin la otra.

Así pues, necesitando un príncipe saber hacer buen uso de la bestia, debe entre todas secundar a la zorra y al león, porque el león no se defiende de las trampas, ni la zorra de los lobos. Requiere, por tanto, ser zorra para reconocer las trampas, y león para amedrentar a los lobos. Los que sólo hacen de león, no saben lo que hacen. No puede, en suma, ni debe, un señor prudente mantener su promesa cuando el hacerlo se le vuelve en contra, y han desaparecido las razones que le llevaron a hacerla. Si los hombres fuesen todos buenos, precepto semejante no sería recto, pero dado que son malvados y no la mantendrían contigo, tampoco tú tienes por qué respetarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para adobar la inobservancia; cabría aducir al respecto una infinidad de ejemplos modernos, y mostrar cuántas paces, cuántas promesas han terminado siendo inútiles y vanas a causa de la deslealtad de los príncipes, siendo el que mejor ha sabido actuar como la zorra el que ha salido mejor parado. Pero es menester saber adobar bien dicha naturaleza, y ser un gran simulador y disimulador: son tan simples los hombres, y ceden hasta tal punto ante las necesidades inmediatas, que siempre el que engañe dará con el que se deje engañar.

Al respecto, no quisiera pasar por alto uno de los ejemplos recientes. Alejandro VI jamás hizo nada, ni pensó jamás en nada, que no fuese engañar a los hombres, y siempre encontró pretexto para poder hacerlo. Y nunca hubo hombre alguno más rotundo en el dar garantías, ni que con mayores juramentos afirmase algo y lo cumpliese menos; sin embargo, sus engaños le salieron siempre a la medida de sus deseos, pues era buen conocedor de este aspecto de la realidad.

Así pues, un príncipe no tiene por qué poseer todas las propiedades antedichas, pero sí es del todo necesario que parezca poseerlas. Más aún, hasta me atrevo a decir que, si las tuviera y observara siempre, le serán perjudiciales, mientras que si aparenta tenerlas le

son útiles; por ejemplo, parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo; pero con el ánimo predispuesto a que, en caso de necesidad, puedas y sepas convertirte en lo contrario. Y se ha de tener presente lo siguiente: que un príncipe, máxime si se trata de un príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cualidades por las que se reputa a los hombres de buenos, pues con frecuencia se requiere, para mantener el Estado, obrar contra la lealtad, contra la compasión, contra la humanidad, contra la religión. Por ello necesita tener un ánimo dispuesto a girar a tenor del viento y de las mutaciones de la fortuna, y, como dije antes, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal, de necesitarlo.

Debe, por tanto, un príncipe preocuparse porque nunca salga de su boca nada que no destile las antedichas cinco cualidades, y parezca, cuando se le ve o se le oye, todo clemencia, todo lealtad, todo integridad, todo religión. Siendo esta última la que más de todas debe aparentar tener, pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, pues ver es de todos, mientras que tocar es de pocos. Todos ven lo que pareces, pocos tocan lo que eres, y esos pocos no se atreverán a enfrentarse a la opinión de los muchos, que tienen además la majestad del Estado de su parte. Y en las acciones de los hombres, y más aún en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin. Trate, por tanto, un príncipe de vencer y conservar el Estado: los medios siempre serán juzgados honrosos y encomiados por todos, pues el vulgo siempre se deja llevar por la apariencia y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo, careciendo los pocos de sitio donde la mayoría tiene donde apoyarse. Un príncipe de nuestros días,[69] al que no es bueno nombrar, jamás predica otra cosa sino paz y lealtad, siendo total enemigo tanto de la una como de la otra; y si hubiese observado una o la otra, lo habrían privado más de una vez de la reputación o del Estado.

---

68 *Quomodo lides a principibus sit servanda*

69 Nueva alusión a Fernando el Católico.

CAPÍTULO XIX

De qué modo se deba evitar el desprecio o el odio[70]

Dado que ya he hablado de las más importantes de las propiedades mencionadas anteriormente, voy a examinar las restantes de manera más breve, al hilo de la máxima siguiente: que el príncipe se cuide, como en parte ya se dijo,[71] de evitar todo aquello que le genere odio o desprecio. Siempre que lo consiga habrá hecho su parte, y ninguna otra infamia supondrá peligro alguno para él.

Odioso, como dije, lo vuelve, sobre todo, el ser rapaz y usurpador de los bienes y las mujeres de sus súbditos, de lo cual debe abstenerse. Y cuando a la generalidad de los hombres no se les priva ni de sus bienes ni de su honor, éstos viven contentos, y lo único que queda por combatir es la ambición de unos pocos, que es fácil de contener y en diversos modos. Despreciable lo vuelve el que se le considere voluble, frívolo, pusilánime, inseguro; de ello el príncipe se debe guardar como de un escollo, e ingeniárselas para que en sus acciones se perciba nobleza, coraje, gravedad y fortaleza; debe en los pleitos privados de sus súbditos hacer notar que su sentencia es irrevocable, y mantener su compostura a fin de que nadie piense en engañarlo o embaucarlo.

El príncipe que da de sí dicha imagen adquiere gran reputación, y contra quien la tiene, difícilmente se urden conjuras, difícilmente se le ataca cuando se percibe su cualidad de eminente y de reverenciado por los suyos. Porque un príncipe debe temer dos cosas: una interna, proveniente de sus súbditos; la otra externa, proveniente de potentados extranjeros. De ésta se defiende con buenas armas y aliados leales, y éstos lo serán siempre que las armas sean buenas. Y siempre se mantendrán calmas las cosas de dentro cuando lo estén las de fuera, a menos que las haya perturbado alguna conjura en curso; y aún más: aunque se muevan las cosas de fuera, si se ha organizado y conducido como he dicho, siempre que no se deje ir hará frente a cualquier embate, como ya dije del espartano Nabis.

En relación con los súbditos, cuando las circunstancias externas permanecen en calma, no se han de temer conjuras secretas, frente a las que el príncipe se asegura de manera suficiente evitando que se le odie o desprecie, y ganándose la adhesión del pueblo, cosa ésta necesaria de lograr, como ampliamente dije antes.[72] Uno de los más poderosos remedios en manos de un príncipe contra las conjuras es que el pueblo no lo odie; en efecto, el que conjura siempre cree dar satisfacción al pueblo con la muerte del príncipe, mas si cree perjudicarlo no se aventura con decisión semejante, pues los obstáculos que se interponen a los conjurados son infinitos. La experiencia muestra que muchas han sido las conjuras, y pocas las que tuvieron éxito, pues quien conjura no puede estar solo, ni procurarse más cómplices que los que cree descontentos; y tan pronto como descubres tus intenciones a un descontento le das ocasión de contentarse, pues claramente puede esperar toda suerte de gratificación: al ver la ganancia segura de una parte, y turbia y erizada de peligros la otra, por fuerza ha de ser un amigo singular, o

enemigo declarado del príncipe, para serte leal. Por decirlo más brevemente: del lado de los conjurados no hay sino miedo, recelos, temor al castigo, lo que retrae; del lado del príncipe están la majestad del principado, las leyes, la protección que le brindan los amigos y el Estado; si a ello añadimos el afecto popular, nadie habrá tan temerario que trame una conjura, pues si de ordinario el conjurado ya teme la ejecución del delito, en este caso, con el pueblo por enemigo, debe seguir temiendo tras la comisión del magnicidio, al no poder esperar refugio alguno.

Al respecto podrían darse infinitos ejemplos, pero me contentaré con sólo uno, acaecido en época de nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal y príncipe de Bolonia, fue asesinado[73] tras una conjura que los Canneschi tramaron contra él, dejando como único descendiente a micer Giovanni, en pañales por entonces. Empero, el pueblo se sublevó inmediatamente después del homicidio, y dio muerte a todos los Canneschi, lo cual se debió al afecto que a la casa de los Bentivoglio el pueblo profesaba; éste era tal que no quedando en Bolonia ningún miembro de la misma, una vez muerto Aníbal, en grado de administrar el Estado, y teniendo noticia de la existencia en Florencia de un descendiente de los Bentivoglio, hasta entonces considerado hijo de un herrero, se lo fue a buscar a Florencia desde Bolonia para poner en sus manos el gobierno de la ciudad, que fue gobernada por él hasta que micer Giovanni llegó a la edad adecuada para hacerlo.

Así pues, concluyo afirmando que un príncipe debe preocuparse poco de las conjuras en tanto el pueblo le profese afecto; mas si le fuere enemigo y lo odiase, debe temer cualquier cosa y de todos. Los Estados bien ordenados y los príncipes prudentes han puesto la máxima diligencia en no desesperar a los notables y en dar satisfacción al pueblo y tenerlo contento, siendo ése uno de sus más importantes desempeños.

Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestra época está el de Francia; proliferan en él las buenas instituciones de las que dependen la seguridad y libertad del rey, siendo la primera de todas el parlamento y su autoridad. Quien organizó aquel reino conocía, de un lado, la ambición e insolencia de los poderosos, y juzgaba necesario ponerles un freno en la boca que los contuviese; y, de otro, conocía el odio del pueblo contra los notables, basado en el miedo; deseando garantizar su seguridad, no quiso que la tarea recayese en el rey, a fin de aliviarlo del malestar que suscitaría en los notables si favoreciera al pueblo, o en el pueblo si favoreciera a los notables. De ahí que instituyera un tercer juez[74] que, sin responsabilidad para el rey, castigara a los notables y favoreciera a los pequeños. No cabe ordenación mejor ni más prudente, ni en grado de brindar mayor seguridad al rey y al reino. De aquí puede deducirse otra máxima importante: que los príncipes deben hacer ejecutar a otros las medidas de castigo y retener para sí mismos las de gracia. Concluyo repitiendo que un príncipe debe mostrar estima a los notables, pero no hacerse odiar por el pueblo.

Examinando la vida y la muerte de algún emperador romano, quizá parezca a muchos que haya ejemplos que desdicen mi opinión, por hallarse quien, luego de haber vivido egregiamente y mostrar gran fuerza de ánimo, perdió sin embargo el imperio, o quien fue muerto por los suyos tras conjurarse contra él. A fin de responder a objeciones

tales, procederé a examinar las cualidades de algunos emperadores y mostrar las razones de su ruina, en coherencia con lo que antes aduje; asimismo, pondré de relieve los elementos destacables para quien lea sobre los hechos de aquellos tiempos. Me bastará con pasar revista a los emperadores que se sucedieron en el poder desde Marco, el filósofo, a Maximino,[75] esto es: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino.

Lo primero a tenerse en cuenta es que, si en los restantes principados tan sólo se ha de contender contra la ambición de los notables y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se las veían, además, con un tercer obstáculo: tener que soportar la crueldad y la codicia de los soldados, y ello presentaba dificultades tales que fue la razón del hundimiento de muchos. No era, en efecto, nada fácil satisfacer a los soldados y al pueblo, ya que éste quería tranquilidad, prefiriendo por ello príncipes moderados, mientras los soldados querían un príncipe de corte marcial, y que fuera osado, cruel y rapaz. Atributos esos que deseaban ejercitara contra el pueblo, a fin de obtener doble soldada y satisfacer su codicia y su crueldad. Esto hizo que aquellos emperadores que, de manera natural o adquirida, no contaran con reputación suficiente como para embridar a unos y otros, terminaran hundiéndose. Y entre ellos, la mayoría, máxime si habían accedido al principado como hombres nuevos, sabiendo la dificultad de conciliar humores tan opuestos, se decidía por complacer a los soldados sin importarles gran cosa el ser injustos con el pueblo. Decisión esa adoptada por fuerza, pues cuando un príncipe no puede impedir que se le odie, debe lo primero esforzarse por no atraerse el odio del pueblo en su conjunto; pero cuando eso le resulta imposible, debe ingeniárselas con todas sus artes para evitar el odio de la parte más poderosa. De ahí que los emperadores que, por el hecho de ser nuevos, tenían necesidad de favores extraordinarios, optaban por los soldados en detrimento del pueblo, lo cual redundaba o no en beneficio suyo en función de si el príncipe sabía mantener su reputación entre aquéllos.

De las razones antedichas deriva que Marco, Pertinax y Alejandro, todos ellos de vida moderada, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, compasivos y benevolentes, tuvieran todos, a partir de Marco, un triste final. Tan sólo Marco vivió y murió colmado de honores, pues accedió al poder por derecho hereditario, sin deber por ello reconocimiento ni a los soldados ni al pueblo; adornado además de numerosas virtudes que lo hacían venerable, mientras vivió mantuvo siempre a ambas partes en equilibrio, sin ser nunca ni odiado ni despreciado. Pertinax, en cambio, fue hecho emperador en contra de la voluntad de sus soldados, quienes, habituados a vivir de manera licenciosa bajo Cómodo, no pudieron soportar esa vida honesta a la que aquél los quería reducir; así, habiéndose granjeado odio, y unido al mismo el desprecio que inspiraba su vejez, se hundió recién iniciado su gobierno.

Es menester señalar aquí que el odio se conquista tanto mediante las buenas obras como con las malas; por ello, como dije antes, un príncipe que quiera mantener el Estado se ve con frecuencia forzado a no ser bueno, pues cuando una de tales partes —el pueblo, los soldados o los notables—, que tú consideras necesaria para mantenerte, está corrompida te ves obligado a actuar a su aire para satisfacerla, y entonces las buenas

obras te son enemigas.

Pero vayamos a Alejandro; fue tal su bondad que entre las diversas loas que se le dispensan se cuenta que en los catorce años que estuvo en el cargo a nadie dio muerte sin juicio previo; empero, se le consideraba afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, y cayó en el desprecio; razón por la cual el ejército conspiró contra él y le dio muerte.

Examinando ahora, en contraste, las cualidades de Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino, los encontraréis en grado extremo crueles y rapaces. Todos ellos, con tal de dar satisfacción a los soldados, no omitieron injusticia de ningún tipo que contra el pueblo cupiera cometer; y todos, salvo Severo, tuvieron triste fin. Y es que hubo tanta virtud en Severo que al mantener la lealtad de los soldados, y pese a las cargas que imponía al pueblo, pudo reinar sin contratiempos; sus virtudes lo hacían a ojos de los soldados y del pueblo tan admirable que, por así decir, éste quedaba atónito y estupefacto, y aquéllos reverentes y satisfechos. Y dado que sus acciones fueron notables en un príncipe nuevo, deseo mostrar brevemente cuán hábilmente supo usar de la zorra y del león, cuyas naturalezas ya dije antes que un príncipe está obligado a imitar.

Conocedor Severo de la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército, del que estaba al mando en Eslavonia, de la conveniencia de marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, muerto a manos de soldados pretorianos. Con tal pretexto, sin hacer manifiesta su aspiración al imperio, condujo a su ejército contra Roma, llegando a Italia antes de que se supiese de su partida. Llegado a Roma, el Senado, atemorizado, lo eligió emperador y dio muerte a Juliano. Tras este comienzo, quedaban a Severo dos obstáculos si quería enseñorearse del Estado: uno en Asia, donde Nigro, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho aclamar emperador; el otro en Poniente, donde estaba Albino, también aspirante al imperio. Juzgando peligroso descubrirse enemigo de ambos, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino; a éste le envió un escrito diciéndole que había sido elegido emperador por el Senado, pero que quería compartir dicha dignidad con él; le remitió el título de César, y por decisión del Senado se lo unió como colega; a todo ello dio crédito Albino. Pero una vez que Severo hubo vencido y dado muerte a Nigro, y puesto orden en los asuntos de Oriente, regresó a Roma y denunció ante el Senado cómo Albino, sin reconocer apenas los beneficios de él recibidos, había tratado de asesinarlo a traición, por lo que se veía obligado a castigar su ingratitud. Acto seguido fue a buscarlo a Francia, y le quitó el Estado y la vida.

Así pues, quien examine meticulosamente sus acciones lo hallará ferocísimo león y astutísima zorra, viendo en él a quien todo el mundo teme y respeta y los ejércitos no odian; y no le extrañará que aquél, hombre nuevo, haya podido tener tanto poder, pues su enorme reputación siempre lo defendió del presumible odio que en el pueblo, a causa de sus rapiñas, hubiera podido suscitar. También su hijo Antonino era hombre de cualidades excepcionales, que lo volvían maravilloso ante el pueblo y grato a los soldados: era un militar capaz de soportar cualquier fatiga, desdeñoso de todo alimento delicado y de cualquier forma de molicie, lo cual le atraía la adhesión de todos los ejércitos. No obstante, su feroz crueldad fue tanta, y tan inaudita (tras una infinidad de

ejecuciones de particulares había acabado con la mayor parte del pueblo de Roma y con todo el de Alejandría), que se volvió odiosísimo a todo el mundo, y empezó a ser temido incluso por los que estaban a su alrededor, de modo que acabó asesinado por un centurión en medio de su ejército. Es de señalar que muertes de ese tipo, ejecutadas por decisión de un ánimo obcecado, los príncipes no las pueden evitar, pues todo aquel al que no preocupe morir los puede atacar, si bien el príncipe debe cuidarse poco de ellas, dada su rareza. Sólo debe guardarse de cometer una grave injusticia contra aquellos de cuyos servicios se vale, y que se mueven a su alrededor al servicio de su principado, como las cometía Antonino, quien ya había asesinado con ignominia al hermano del centurión aludido, al que además amenazaba a diario. Sin embargo, lo mantenía en su cuerpo de guardia, actitud temeraria esa susceptible de hacerle pagar con su vida, como en efecto ocurrió.

Mas vayamos a Cómodo, quien podía muy fácilmente mantener el imperio por haberlo recibido por derecho hereditario de su padre Marco; con sólo seguir las huellas del padre, habría gozado del favor de los soldados y el pueblo, pero de ánimo cruel y bestial, optó por atraerse a los soldados y permitirles toda licencia con tal de dar rienda suelta a su rapacidad entre el pueblo. Por otro lado, no mirando por su dignidad, descendía a menudo a la arena a combatir con los gladiadores, y acometía otras acciones de gran vileza e indignas de la majestad imperial, por lo que se volvió despreciable a ojos de los soldados. Odiado por una parte y despreciado por la otra, una conspiración acabó con su vida.

Nos quedan por referir las cualidades de Maximino, hombre belicoso donde los haya; los ejércitos, hartos de la molicie de Alejandro, de quien ya he hablado, a su muerte lo eligieron emperador. Poco tiempo duró en el cargo, pues dos cosas lo hicieron odioso y despreciable: una, la humildad extrema de su origen, ya que había guardado ovejas en Tracia (algo de sobra conocido por todos, que le había acarreado un gran desprecio); otra, porque al haber retrasado al inicio de su principado el traslado a Roma a fin de entrar en posesión de la sede imperial, el exceso de crueldad practicado por sus prefectos, en Roma como en los demás lugares del imperio, le había procurado fama de feroz. Al punto que, indignados todos por el desdén suscitado por su bajo origen y por el odio que su ferocidad temible inspiraba, se rebeló primero África, luego el Senado con todo el pueblo de Roma, e Italia entera conspiró contra él. A lo que se añadió su propio ejército, el cual, topándose con graves dificultades durante el asedio de Aquilea para expugnarla, hastiado de su crueldad y rebajado su temor al verlo con tantos enemigos, lo asesinó.

No deseo discurrir ni sobre Heliogábalo, ni sobre Macrino, ni sobre Juliano, quienes por ser completamente despreciables, pronto se extinguieron. Al contrario, paso a la conclusión del presente razonamiento, y afirmo que los príncipes de nuestra época tienen en su gobierno menor necesidad de dar satisfacción en modo no ordinario a sus soldados; y es que, a pesar de que se los deba tener en cierta consideración, el problema es fácilmente resoluble, por cuanto ninguno de los príncipes actuales posee ejércitos que estén arraigados en el gobierno y la administración de las provincias, como eran los

ejércitos del Imperio romano. Por ello, si entonces era menester satisfacer más a los soldados que al pueblo, al ser su poder superior al de éste, hoy día es más necesario a cualquier príncipe, salvo al Turco y al sultán,[76] dar satisfacción a los pueblos antes que a los soldados, al ser su poder superior al de éstos.

Hago excepción del Turco porque en torno a él hay doce mil infantes y quince mil jinetes de los que depende la seguridad y fortaleza del reino, y cuya lealtad ha de preservar necesariamente, más allá de cualquier otra consideración. De manera similar, también el sultán, cuyo reino está por completo en manos de los soldados, debe por fuerza conservárselos leales sin preocuparse por el pueblo. Y se ha de observar que el Estado del sultán es diferente de los demás principados, dada su similitud al pontificado cristiano, al que no cabe llamar ni principado hereditario ni principado nuevo, pues los hijos del antiguo príncipe no son herederos ni permanecen señores, sino que lo es el elegido para dicho cargo por quienes tienen autoridad. Al ser tal ordenación antigua, no puede tratarse de un principado nuevo, ya que no tienen lugar las dificultades propias de los principados nuevos: es nuevo el príncipe, cierto, mas las instituciones de dicho Estado son antiguas, y dispuestas a recibirlo como si fuera su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro asunto. Afirmo que quien considere la argumentación desarrollada hasta aquí verá en el odio o el desprecio la causa de la ruina de los emperadores mencionados, y sabrá también de dónde dimana el que, actuando unos de un modo y otros al contrario, en ambos casos uno de ellos tuvo buen fin y los demás, desdichado. Para Pertinax y Alejandro, en efecto, siendo príncipes nuevos, resultó inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que obtuvo el principado por derecho hereditario; también para Caracalla, Cómodo y Maximino resultó nocivo imitar a Severo, al no tener virtud suficiente como para seguir sus huellas. Así pues, un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar las acciones de Marco, ni necesita tampoco seguir las de Severo; debe adoptar de las de Severo las necesarias para fundar un Estado, y de las de Marco, las convenientes y gloriosas para conservar un Estado ya establecido y asentado.

---

70 *De contemptu et odio fugiendo*

71 En los capítulos XVI y XVII.

72 En el capítulo IX.

73 En 1445.

74 El parlamento de París.

75 Desde Marco Aurelio a Maximino, esto es, desde el año 161 al 238 d.C.

76 Al sultán de Egipto.

CAPÍTULO XX

Si las fortalezas y otras muchas cosas hechas cada día por los príncipes son útiles o inútiles[77]

Algunos príncipes, para conservar el Estado de modo seguro, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido la división de las ciudades sometidas; algunos han alimentado disensiones contra ellos mismos; otros han optado por ganarse a quienes les resultaban sospechosos cuando accedieron al poder; unos han construido fortalezas; otros las han demolido y destruido. Y si bien no me es posible sobre todo ello dar una regla fija sin entrar en las particularidades del Estado en el que se haya de tomar alguna decisión semejante, hablaré empero con la generalidad que el tema en cuestión permite.

Ciertamente, jamás hubo príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, cuando los ha encontrado desarmados siempre los ha armado; y es que al armarlas, dichas tropas se hacen tuyas, se vuelven leales los que te infunden sospechas y quienes ya lo eran lo siguen siendo, convirtiéndose de súbditos en partidarios tuyos. Y puesto que no se puede armar a todos los súbditos, al beneficiar a los que tú armas frente a los demás puedes moverte con mayor seguridad; y apercibiéndose de tu singular modo de tratarlos, se sienten obligados hacia ti; los otros te excusan, pues consideran necesario que obtengan más beneficios los más comprometidos con los peligros y las obligaciones.

En cambio, cuando los desarmas, los estás ya ofendiendo, manifiestas desconfianza hacia ellos o por cobardía o por deslealtad, y cualquiera de esas dos opiniones genera odio hacia ti. Y como no puedes estar desarmado, por fuerza has de recurrir a las tropas mercenarias, cuya naturaleza ya vimos cómo era;[78] y aunque fueran buenas, no lo serían tanto como para defenderte de enemigos poderosos y de súbditos sospechosos. Por ello, según he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo siempre ha formado su ejército. De ejemplos así están llenas las historias.

Ahora bien, cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que como un miembro más se añada al ya suyo, entonces le es necesario desarmar tal Estado, salvo a quienes durante la conquista fueron partidarios suyos; e incluso a ésos, con el tiempo y oportunamente, tiene que volverlos blandos y afeminados, ordenándose de tal forma que todas las armas de tu Estado las empuñen tus propios soldados, es decir, aquellos que viven contigo en tu Estado de antes.

Solían decir nuestros mayores y los reputados de sabios que era menester conservar Pistoia con el odio de las facciones y Pisa con las fortalezas; alimentaban así las discordias en cada ciudad sometida, a fin de poseerlas con mayor facilidad. Eso, en los tiempos en los que por así decir había en Italia un cierto equilibrio, debía estar bien, pero no creo que hoy pueda servir de precepto, pues dudo mucho que las divisiones hagan jamás bien alguno; al revés, cuando el enemigo se aproxima con fuerzas, las ciudades divididas se perderán de inmediato, pues siempre la parte más débil se aliará a las fuerzas externas, y la otra tendrá que ceder.

Los venecianos, movidos, según creo, por dichas razones alentaban las facciones

güelfas y gibelinas en las ciudades sometidas a su dominio, y si bien nunca permitían que corriera la sangre, alimentaban igualmente entre ellas las desavenencias, para que los ciudadanos, atareados en sus discordias, no se unieran contra ellos. Una práctica que, como se vio, no les daría resultado, pues derrotados en Vailate, parte de las mismas se llenó de arrojo y les arrebató la totalidad del Estado. Delatan, por tanto, procedimientos similares debilidad del príncipe, pues en un principado vigoroso jamás se permitirán tales divisiones, por cuanto únicamente lo benefician en tiempos de paz, al ayudar a manejar más fácilmente a los súbditos; mas llegada la guerra, dicho procedimiento muestra su debilidad.

Sin duda, los príncipes se hacen grandes cuando superan las adversidades y los obstáculos que se les interponen; por eso la fortuna, máxime cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, más necesitado de adquirir reputación que otro hereditario, hace que le surjan enemigos, obligándolo a medirse con ellos a fin de tener ocasión de superarlos, y por la escala que aquéllos le tienden, subir todavía más alto. De ahí que muchos piensen que un príncipe prudente debe, cuando tenga ocasión, fomentarse astutamente alguna animosidad, para que cuando se sobreponga a la misma aumente su grandeza.

Los príncipes, y en particular los nuevos, han hallado más lealtad y utilidad en aquellos hombres a los que se tenía en sospecha al comienzo de su gobierno que en los que al principio se confiaba. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, regía su Estado apoyándose más en quienes le habían infundido sospechas que en los otros. Mas al respecto no cabe generalizar, pues cambia a tenor de la situación. Tan sólo diré que para un príncipe será siempre en extremo fácil ganarse a aquellos hombres que, enemigos al inicio del principado, necesitan de apoyos para mantenerse; tales hombres se ven más obligados a servirlo con lealtad al saber que precisan cancelar con hechos la adversa opinión que se tenía de ellos. Así es como el príncipe extrae mayor utilidad de ellos que de quienes, por su exceso de fidelidad, descuidan sus asuntos.

Y puesto que la materia lo pide, al príncipe que acaba de hacerse con un Estado merced al apoyo de sus habitantes no quiero pasar por alto el recordarle que examine a fondo la razón que ha movido a apoyarlo a quienes lo apoyaron. Y si no se trata de afección natural hacia él, sino sólo de descontento con la situación precedente, con denuedo y gran dificultad podrá mantenérselos leales, habida cuenta de la imposibilidad de contentarlos. Y si examina atentamente, con los ejemplos que derivan de los hechos antiguos y modernos, las causas de todo eso, comprobará que le resulta mucho más fácil ganarse la lealtad de los hombres satisfechos con el Estado anterior y, en consecuencia, enemigos suyos, que la de quienes, por no estarlo, se hicieron partidarios suyos y lo ayudaron a ocuparlo.

En aras de una más segura conservación de su Estado, ha sido costumbre de los príncipes edificar fortalezas que sirvieran de brida y freno a quienes planeasen actuar contra ellos, y como refugio seguro ante un imprevisto ataque. Alabo tal proceder, en cuanto usado desde antiguo. No obstante, se ha visto en nuestros días a micer Niccoló Vitelli derribar dos fortalezas en Città di Castello para mantener dicho Estado.

Guidobaldo, duque de Urbino, de regreso a sus dominios, de donde le expulsara César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas del citado territorio, juzgando que sin ellas volvería a perder el Estado menos fácilmente. Los Bentivoglio, tras su retorno a Bolonia, se sirvieron de medidas similares.

Las fortalezas, en suma, son útiles o no según las circunstancias, favoreciéndote a veces y perjudicándote otras. Al respecto, cabe razonar así: el príncipe que tenga mayor temor de su pueblo que de los extranjeros, debe construir fortalezas; pero el que tema más a los extranjeros que a su pueblo, debe dejarlas de lado. A la casa Sforza, el castillo edificado por Francesco Sforza en Milán ha dado y dará más ocasión de guerra que cualquier otro desorden en dicho Estado. De ahí que la mejor fortaleza posible sea no ser odiado por el pueblo, pues aunque tengas fortalezas, si el pueblo te odia, no te salvan: nunca faltan a los pueblos, una vez que han tomado las armas, foráneos que acudan en su auxilio. En nuestros días no se ve que hayan sido de provecho a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forlí tras el asesinato de su marido, el conde Girolamo:[79] gracias a su fortaleza pudo escapar al furor popular, esperar la ayuda de Milán y recuperar su Estado. En aquel entonces no era factible que un foráneo acudiese en auxilio del pueblo. Pero luego, de poco le valieron las fortalezas cuando César Borgia la atacó y el pueblo, enemigo suyo, se alió con los foráneos. Por lo tanto, entonces como antes, habría sido más seguro para ella que el pueblo no la odiase a tener fortalezas. Así pues, sopesado todo esto, alabaré tanto al que construya fortalezas como al que no, y censuraré a todo aquel que, fiando en ellas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

---

77 *An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint*

78 En el capítulo XIII.

79 Girolamo Riario.

CAPÍTULO XXI

Qué conviene a un príncipe para ser estimado[80]

Nada eleva la estima de un príncipe como las grandes empresas y el dar de sí ejemplos singulares. En nuestros días tenemos el caso de Fernando de Aragón, actual rey de España, al que casi puede llamarse príncipe nuevo, pues su fama y su gloria han hecho del rey débil que era, el primer rey de los cristianos. Si tomáis en consideración sus acciones las hallaréis todas grandísimas y alguna, extraordinaria. Al comienzo de su reinado conquistó Granada,[81] empresa que se convirtió en el fundamento de su poder. En primer lugar, la acometió libre de las restantes preocupaciones y sin tener obstáculo alguno delante; mantuvo centrados en ella los ánimos de los nobles de Castilla, y éstos, pensando en la guerra, dejaron de lado toda veleidad de cambio; mientras tanto, y sin que se apercibieran, su reputación y su poder aumentaban entre ellos. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo sostener ejércitos, y aprovechar aquella larga guerra para echar los cimientos del suyo, el cual más tarde le procuraría mayor renombre. Además de eso, para lograr llevar a cabo empresas aún más ingentes, sirviéndose siempre de la religión, recurrió a una pía crueldad, y expulsó y expolió a los marranos[82] de su reino: una acción mezquina y singular como pocas. Atacó bajo el mismo sayo África, llevó a cabo la campaña de Italia[83] y recientemente ha atacado a Francia;[84] de forma que siempre ha realizado y urdido grandes cosas que constantemente han mantenido en vilo y asombrados los ánimos de sus súbditos, y atentos a su desenvolvimiento. Tales acciones se han sucedido tan en fila unas de otras que nunca dio ocasión a los hombres de poder obrar tranquilamente contra él.

Favorece asimismo mucho a un príncipe dar de sí ejemplos singulares al regir los asuntos internos (semejantes a los que se cuentan de micer Bernabò de Milán),[85] de modo que cuando en la vida civil se dé la ocasión de que alguien haga algo extraordinario, para bien o para mal, adopte un modo de premiarlo o castigarlo que dé mucho que hablar. Y sobre todo, un príncipe debe ingeniárselas para dar de sí, en cada una de sus acciones, fama de hombre grande y de ingenio excelente.

Se estima igualmente a un príncipe cuando es verdadero amigo y verdadero enemigo, es decir, cuando se alía sin ambages con uno en contra de otro. Decisión esa siempre más útil que permanecer neutral, pues si dos poderosos vecinos tuyos viniesen a las manos, puede ocurrir o que hayas de temer al posible vencedor, o que no. En ambos casos te será de mayor utilidad decidirte por un bando y luchar como se debe; en el primer caso, en efecto, si no lo haces serás siempre presa del vencedor, para regocijo y satisfacción del vencido, y no habrá razón ni expediente alguno que te defienda o te proteja. Y es que el vencedor no quiere amigos dubitativos que se retraigan en la adversidad; y el derrotado no te protege por no haber acudido tú, armas en mano, en apoyo de su suerte.

Llamado por los etolios, Antíoco había entrado en Grecia para expulsar a los

romanos. Envió una legación a los aqueos, que eran amigos de los romanos, para instarlos a permanecer neutrales, mientras que, por su parte, los romanos los persuadían para combatir junto a ellos. El asunto fue sometido a deliberación en el consejo de los aqueos, donde el legado de Antíoco les instaba a permanecer neutrales, a lo que respondió el legado romano: *Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis*.[86]

Siempre ocurrirá que el que no es amigo busque tu neutralidad, y que el que sí lo es te exija que tomes partido con las armas. Los príncipes indecisos, para evitar los peligros presentes, toman las más de las veces la opción neutral, y las más de las veces se van a pique. En cambio, cuando valientemente el príncipe toma partido por uno de los bandos, si tu aliado resulta vencedor, por poderoso que fuere y aun quedando tú a su disposición, tiene contraída una obligación hacia ti, y hay afecto en la relación: y los hombres nunca son tan deshonestos como para, en craso ejemplo de ingratitud, ir en tu contra. Además, las victorias nunca son tan tajantes que el vencedor no haya nunca de albergar algún temor, máxime a la justicia. Y si fuera tu aliado el derrotado, siempre te dará amparo, y te ayudará mientras pueda, convirtiéndote en copartícipe de una fortuna en grado de resurgir.

En el segundo caso, cuando los que se enfrentan son de condición tal que no hayas de sentir temor, es aún más prudente tomar partido, pues contribuyes a hundir a uno con la ayuda de quien, si fuese prudente, lo debería salvar; y si resulta vencedor, quedará a tu discreción, siendo imposible que, con tu ayuda, no lo sea.

Cabe notar aquí que un príncipe debe reparar en no forjar una alianza con otro más poderoso que él al objeto de perjudicar a terceros, sino acuciado por la necesidad, como antes se dijo, pues si vence te conviertes en su rehén, y los príncipes deben evitar al máximo estar a discreción de otros. Los venecianos se aliaron con Francia contra el duque de Milán,[87] pudiendo haberlo evitado: el resultado fue su ruina. Pero si no se la puede evitar, como les sucedió a los florentinos cuando el papa y España atacaron la Lombardía[88] con sus ejércitos, el príncipe debe entonces aceptarla por las razones antedichas. Nunca crea un Estado tomar decisiones con total seguridad; piense más bien que siempre se hallará en terrenos movedizos, pues forma parte del orden de las cosas que siempre que se busque evitar un inconveniente acabe cayéndose en otro; mas la prudencia consiste en saber reconocer la índole de los inconvenientes, y adoptar el menos malo como bueno.

Debe igualmente un príncipe mostrar predilección por el talento, y conceder honores a quienes sobresalen en un arte. Junto a ello, debe velar por que sus ciudadanos ejerzan en paz sus oficios, tanto en el comercio, como en la agricultura o en cualquier otra actividad, sin temor a mejorar sus posesiones pensando en que le serán arrebatadas, o bien, a abrir un negocio por culpa de los impuestos. En lugar de eso, debe procurar recompensas a quien esté dispuesto a realizar tales menesteres, y a todo aquel que piense en engrandecer su ciudad o su Estado por el procedimiento que fuere. También debe, aparte de eso, entretener a la gente con fiestas y espectáculos en las fechas idóneas del año. Y puesto que toda ciudad se halla dividida en corporaciones o en barrios, debe

tenerlos en consideración, reunirse con ellos cada cierto tiempo y dar de sí ejemplos de humanidad y munificiencia, mas preservando siempre la majestad de su cargo, pues ésta ha de estar presente en toda circunstancia.

---

80 *Quod principem deceat ut egregius habeatur*

81 El reino musulmán de Granada fue conquistado en 1492.

82 Término con el que en España, desde el siglo XV hasta comienzos del XVIII, se designaba despectivamente a los judíos que seguían practicando encubiertamente su religión. El término se difundió por otros países.

83 Alusión a la conquista del reino de Nápoles.

84 Alusión a la ocupación de Navarra.

85 Bernabò Visconti (1319-1385).

86 «En relación a lo que aquéllos dicen, a saber, que no os inmiscuyáis en la guerra, nada es más ajeno a vuestro interés: sin respeto ni dignidad, seréis premio del vencedor.» (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXV, 49.)

87 En 1499.

88 Durante la guerra de la Liga Santa.

CAPÍTULO XXII

De los secretarios de los príncipes[89]

No es asunto de poca monta para un príncipe la elección de sus ministros, que son buenos o no según la prudencia de aquél. La primera conjetura que se hace acerca de la inteligencia de un señor es a partir de los hombres de que se rodea; cuando son competentes y leales cabe reputarlo siempre de prudente, ya que ha sabido reconocer su competencia y preservar su lealtad. En cambio, cuando son de otra manera, siempre es posible hacerse una mala opinión de él, pues el primer error que comete lo comete en esta elección.

Nadie había que, conociendo a micer Antonio da Venafro[90] y saberlo ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no considerase a Pandolfo hombre de gran valía teniendo a aquél por ministro. Hay tres clases de inteligencia: una que comprende por sí misma; otra que discierne lo que otros comprenden, y una tercera que no comprende ni por sí misma ni por medio de los demás, siendo la primera eminente, la segunda excelente y la tercera inútil; de ahí que fuese por completo necesario que si la de Pandolfo no era del primer tipo lo fuera del segundo, pues siempre que alguien tiene talento para conocer lo bueno y malo que otro hace y dice, aunque de por sí no esté en grado de descubrirlo, reconoce las obras malas y buenas de su ministro, alabando éstas y enderezando aquéllas; así, el ministro, que no puede esperar engañarlo, se mantiene bueno.

Respecto de cómo pueda un príncipe reconocer al ministro, hay un método infalible: si tú ves al ministro pensar más en él que en ti, buscar beneficios para sí en cada una de sus acciones, un sujeto así nunca será buen ministro, nunca podrás confiar en él: y es que alguien que tiene en su mano el poder del príncipe nunca debe pensar en sí, sino siempre en aquél, ni recordarle nada que no tenga que ver con lo suyo. Mas por otro lado el príncipe, para preservar su lealtad, debe pensar en su ministro, otorgarle honores, hacerlo rico, vincularlo a su persona, hacerlo partícipe de dignidades y cargos; para que así vea que no puede estar sin él, y que los abundantes honores no le hagan desear más honores, las abundantes riquezas no le hagan desear más riquezas, y que sus numerosos cargos le hagan temer toda mutación. Así pues, cuando los ministros y los príncipes en relación con los ministros actúan de ese modo, pueden confiar el uno en el otro; cuando sucede de otro modo, siempre habrá un mal final para uno o para el otro.

---

[89] *De his quos a secretis principes habent*

[90] Hábil y conocido jurisconsulto (1459-1530).

CAPÍTULO XXIII

De qué modo se ha de rehuir a los aduladores[91]

No quiero pasar por alto un punto importante, un error contra el que apenas si toman precauciones los príncipes, a menos que sean sumamente prudentes o hagan una buena elección. Me refiero a los aduladores, que en las cortes pululan; porque los hombres se regalan tanto con lo propio, engañándose por tanto, que difícilmente se protegen contra peste así; y cuando lo quieren hacer, corren el riesgo de volverse despreciables. Y es que no hay otro modo de guardarse de las adulaciones, sino que los hombres sepan que no te ofenden diciéndote la verdad; mas cuando todos pueden decirte la verdad, se te falta al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe seguir una tercera manera, esto es, elegir en su Estado a hombres juiciosos, los únicos a los que debe concederles la libertad de decirle la verdad, y sólo sobre aquello que él pregunta y nada más; debe, no obstante, preguntarles acerca de todo y escuchar sus opiniones, para luego decidir por sí mismo. Frente a tales consejos y consejeros debe comportarse de modo que todos sepan que, cuanto más libremente hablen, mejor recibidos serán; aparte de ellos, no escuchará a nadie, ejecutará la decisión tomada y la mantendrá con energía. Quien obra diversamente, o se hunde debido a los aduladores o cambia a menudo de opinión ante la diversidad de pareceres, de donde proviene el que se le estime en poco.

Deseo al respecto aducir un ejemplo de hoy. El padre Lucca,[92] hombre del actual emperador Maximiliano, hablando de su majestad dijo que nunca pedía consejo a nadie, y que nunca hacía nada como quería, modo ése de actuar contrario al recién descrito. El emperador es, en efecto, un hombre reservado, que no participa sus designios a nadie ni escucha opinión alguna; pero como al ponerlos en práctica empiezan a revelarse, rápidamente son puestos en cuestión por quienes están en torno, y él, vacilante, se desdice de los mismos. De ahí deriva que las cosas que hace un día las destruya al siguiente, por lo que jamás se entiende qué quiere o planea hacer ni puede nadie basarse en sus decisiones.

Así pues, un príncipe debe siempre tomar consejo, mas cuando quiere él y no cuando otros quieren; debe incluso disuadir a los demás de que le den consejo sobre algo si no lo pide, si bien él debe preguntar continuamente, escuchando luego con paciencia la verdad sobre cuanto preguntó, o mejor aún: enfadarse cuando observe que alguien, por el motivo que sea, no se la dice. Muchos consideran que un príncipe que transmite de sí la imagen de prudente no lo deba a su talante natural, sino a los buenos consejos de quienes se rodea, mas se engañan; hay una regla infalible, a saber, que un príncipe que por sí mismo no sea prudente no puede ser bien aconsejado, a menos que fortuitamente delegue el entero gobierno en un solo hombre de gran prudencia. Un caso así podría darse, pero duraría poco, ya que dicho gobernador le arrebataría el Estado en poco tiempo; pero si tiene más de un consejero, un príncipe que no sea prudente jamás tendrá consejos coherentes, ni sabrá nunca unificarlos: los consejeros actuarán cada uno pensando en su provecho, y él no sabrá ni rectificarlos ni reconocerlo. Y no caben más

casos, pues los hombres siempre te saldrán malos, a no ser que una necesidad los vuelva buenos. La conclusión, por tanto, es que los buenos consejos, provengan de quien provengan, nacerán de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

---

91 *Quomodo adulatores sint fugiendi*

92 Lucca Rinaldi, hombre de confianza y diplomático del emperador Maximiliano, y también obispo de Trieste.

CAPÍTULO XXIV

Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados[93]

La prudente observación de las reglas antedichas hace que un príncipe nuevo parezca antiguo, y le infundan de inmediato mayor seguridad y firmeza a su poder que si lo ostentara desde hace largo tiempo. Las acciones de un príncipe nuevo, en efecto, son observadas con más atención que las de uno hereditario, y si se las reputa virtuosas calan más hondamente en los hombres y los obligan a él más estrechamente que la antigüedad de la sangre. Ello se debe a que en los hombres ejercen más fuerza las cosas presentes que las pasadas, y si en las presentes hallan el bien, gozan de él sin pensar en más; mejor aún, correrán por completo en su defensa mientras en lo demás siga fiel a sí mismo. Su gloria será así doble, pues habrá instaurado un principado nuevo y adornado y fortalecido con buenas leyes, buenas armas, buenos aliados y buenos ejemplos; como es doble la vergüenza de quien, habiendo nacido príncipe, su escasa prudencia se lo hizo perder.

Quien medite sobre los señores que, en nuestros días, han perdido el Estado en Italia, como el rey de Nápoles,[94] el duque de Milán[95] y otros, descubrirá en ellos, en primer lugar, un defecto común en relación con sus tropas, por las razones ya expuestas;[96] luego, en alguno hallará que era enemigo del pueblo, o que si el pueblo le era leal, no se supo guardar de los notables: defectos esos sin los cuales no es posible perder Estados con tanta potencia como para mantener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino quien fuera derrotado por Tito Quinto, no tenía un gran Estado en paragón con el de romanos y griegos, que le atacaron; sin embargo, como era un hombre de guerra y capaz de ganarse al pueblo y guardarse de los nobles, sostuvo varios años la guerra contra aquéllos; y aun cuando finalmente perdió el dominio de alguna ciudad, le quedó sin embargo el reino.

Por tanto, esos príncipes nuestros, que por muchos años habían mantenido sus principados para luego perderlos, que no acusen a la fortuna por ello, sino a su propia indolencia; pues al no haber pensado nunca durante los tiempos de paz que podía haber cambios (se trata de un defecto común entre los hombres el no hacer caso de la tempestad durante la bonanza), cuando después vinieron tiempos adversos pensaron en huir y no en defenderse, creyendo que el pueblo, hastiado de las afrentas de los vencedores, los volvería a llamar. Semejante decisión, cuando fallan las otras, es buena; pero es muy malo haber descuidado los restantes remedios por ése, pues uno nunca debería dejarse llevar por la esperanza de toparse con quien lo recoja. Cosa que o no sucede, o si sucede, no es para tu seguridad, por tratarse de una forma de defensa vil y no depender de ti. Tan sólo son buenas, tan sólo seguras y tan sólo duraderas las formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu virtud.

93 *Cur Italiae príncipes regnum amiserunt*

94 Federico de Aragón.

95 Ludovico el Moro

96 En los capítulos XIII y XIV.

CAPÍTULO XXV

Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo se le puede hacer frente[97]

No me es ajeno que muchos han sido y son de la opinión de que las cosas del mundo estén gobernadas por la fortuna y por Dios, al punto que los hombres, con toda su prudencia, no están en grado de corregirlas, o mejor, ni tienen siquiera remedio alguno. De ahí podrían deducir que no hay por qué poner demasiado empeño en cambiarlas, sino mejor dejar que nos gobierne el azar. Las grandes mutaciones que se han visto y ven a diario, más allá de toda conjetura humana, han dado más crédito a esa opinión en nuestra época.

Pensando yo en eso de vez en cuando, en parte me he inclinado hacia dicha opinión. Con todo, y a fin de preservar nuestro libre albedrío, juzgo que quizá sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros. Se me asemeja a uno de esos ríos torrenciales que, al enfurecerse, inundan los llanos, asuelan árboles y edificios, arrancan tierra de esta parte y se la llevan a aquélla: todos huyen a su vista, cada uno cede a su ímpetu sin que pueda refrenarlo lo más mínimo. Pero aunque sea esa su índole, ello no obsta para que, en los momentos de calma, los hombres no puedan precaverse mediante malecones y diques de forma que en próximas crecidas, las aguas discurrirían por un canal o su ímpetu no sería ni tan desenfrenado ni tan perjudicial.

Algo similar pasa con la fortuna: ésta muestra su potencia cuando no hay virtud organizada que se le oponga, y por tanto vuelve sus ímpetus hacia donde sabe que no se hicieron ni malecones ni diques para contenerla. Y si ahora concentráis vuestra atención en Italia, que es el escenario de todas esas transformaciones y la que las ha puesto en marcha, comprobaréis que se trata de un campo que carece de malecones y de todo tipo de diques: y que de haberse protegido con adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, o la inundación no habría producido esas grandes transformaciones o ni habría tenido siquiera lugar. Y con lo dicho quiero que baste respecto al hacer frente a la fortuna en general.

Pero limitándome más a los detalles, afirmo que se ve a príncipes prosperar hoy y arruinarse mañana sin haber cambiado su natural o sus cualidades, lo que creo derive, primero, de las razones tan largamente examinadas antes, a saber: que el príncipe que todo lo basa en la fortuna se hunde con el mutar de la misma. Creo además que prospere aquel cuyo proceder concuerda con la calidad de los tiempos, y que, de manera similar, caiga aquel que no actúe en consonancia con ella. En efecto, vemos que al perseguir sus fines respectivos, la gloria y las riquezas, los hombres se comportan de distinto modo: uno con precaución, el otro impetuosamente; uno con violencia, el otro con sagacidad; uno con paciencia, el otro al contrario; y cada uno, con esos diversos procedimientos, los puede obtener. También se ve que de dos personas precavidas, una logra su objetivo y la otra no; y, análogamente, a dos prosperar igualmente siguiendo métodos diversos, siendo

el uno precavido y el otro impetuoso. Ello se debe a la calidad de los tiempos, que está en consonancia o no con su proceder. De aquí lo que ya dije, esto es, que dos que actúen diversamente produzcan el mismo efecto, y que de dos que actúan de igual modo, uno logra su objetivo y el otro no. De aquí igualmente lo diverso del resultado, pues si alguien se conduce con precaución y paciencia, y los tiempos y las cosas se mueven de forma que su proceder sea bueno, va prosperando; pero si los tiempos y las cosas mutan, se hunde, pues no varía su modo de obrar. Y no hay hombre tan prudente capaz de adaptarse a ello, sea porque no puede desviarse de aquello hacia lo que lo inclina su naturaleza, o sea porque al haber progresado siempre por una misma vía no se persuade de desviarse de ella. Así, el hombre precavido, al llegar el momento de volverse impetuoso, no sabe hacerlo, por lo que va a la ruina; en cambio, si se cambiase de naturaleza con los tiempos y las cosas, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II procedió en todas sus empresas de forma impetuosa, pero halló los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder que siempre le fue bien. Examinad la primera expedición que llevó a cabo contra Bolonia, en vida aún de micer Giovanni Bentivoglio; los venecianos la desaprobaban; el rey de España, también; con Francia estaba en tratos sobre la misma; empero, con la ferocidad e ímpetu habituales, lanzó personalmente dicha expedición. Ese movimiento mantuvo indecisos y quietos a España y a los venecianos: a éstos, por miedo; al rey de España, por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles. Por otro lado, arrastró tras él al rey de Francia, pues al verlo el rey en acción, y deseando tenerlo como aliado para someter a los venecianos, consideró que no podía negarle sus tropas sin que ello no supusiera una ofensa manifiesta. Logró, por tanto, Julio con su impetuosa acción lo que jamás ningún otro pontífice habría conseguido con toda la prudencia humana, porque si para partir de Roma hubiese esperado a tener los acuerdos firmes y las demás cosas en su punto, como hubiera hecho cualquier otro pontífice, nunca lo habría conseguido: el rey de Francia, en efecto, habría puesto mil excusas y los otros, aducido mil temores. No quiero entrar en sus otras empresas, todas de parecido tenor, y todas saludadas por el éxito; la brevedad de su vida, además, no le ha consentido experimentar lo contrario, pues de haber venido tiempos en los que hubiera sido necesario proceder con precaución, habría sobrevenido su ruina, ya que nunca se apartaba de aquellos procedimientos a los que su natural le inclinaba.

Así pues, concluyo que, al mutar la fortuna y seguir apegados los hombres a su modo de proceder, prosperan mientras ambos concuerdan, y fracasan cuando no. Ésta es, por cierto, mi opinión: es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla. Y se ve que se deja someter más por éstos que por quienes fríamente proceden. Por ello, es siempre, como mujer, amiga de los jóvenes, pues éstos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia.

97 *Quantum fortuna in rebus humanis possit, et quomodo illi sit occurrendum*

CAPÍTULO XXVI

Exhortación a ponerse al mando de Italia y liberarla de los bárbaros[98]

Teniendo en cuenta, pues, todo lo examinado hasta aquí, y pensando para mí si en la Italia de hoy corrían tiempos de honrar a un nuevo príncipe, y si había materia que diese ocasión a uno prudente y virtuoso de introducir la forma que a él le procurara honor y bien a la totalidad de los hombres de Italia, me parece que la situación está tan a favor de un príncipe nuevo que difícilmente cabe encontrar época más idónea al respecto. Era necesario, como dije, que el pueblo de Israel estuviese esclavo en Egipto para percibir la virtud de Moisés, que los persas estuvieran sometidos por los medos para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los atenienses anduvieran dispersos para descubrir la excelencia de Teseo; de igual modo, en el presente, para conocer la virtud de un espíritu italiano era necesario que Italia se viera reducida a los términos en que lo está hoy día: más esclava que los judíos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin cabeza, sin orden, abatida, expoliada, lacerada, teatro de correrías y víctima de toda clase de devastación.

Y aunque hasta ahora se haya manifestado en alguno cierto destello por el que juzgar que había sido destinado por Dios para su redención, también se ha visto después cómo, en el momento cumbre de su actividad, era rechazado por la fortuna. De modo que, inerte, espera a quien le pueda sanar sus heridas, ponga fin a los saqueos de la Lombardía, a las exacciones en el reino de Nápoles y en la Toscana y la cure de sus llagas, desde hace tanto putrefactas. Se la ve rogar a Dios para que le envíe a alguien que la redima de tales crueldades y ultrajes bárbaros. Se la ve también por completo lista y dispuesta a seguir una bandera, con que haya uno que la enarbole. Y en el momento presente no se ve en cuál esperar mejor que en vuestra ilustre casa, pues con su fortuna y su virtud, favorecida por Dios y por la Iglesia, de la que ahora es príncipe,[99] ¿cuál mejor para ponerse al frente de dicha redención? Lo que no supondrá mayor dificultad si ante vos tenéis las acciones y la vida de los que antes mencionara. Y si bien aquellos hombres fueron excepcionales y maravillosos, aun así fueron hombres, y la ocasión para cada uno de ellos fue inferior a la presente: su empresa, en efecto, no fue ni más justa que ésta ni más fácil, ni Dios le fue más propicio que a vos. Aquí la justicia es grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*.[100] Aquí la disposición es máxima, y donde la disposición es grande no puede haber gran dificultad si vuestra casa adopta las instituciones de los que he propuesto por modelo. Aparte de esto, aquí se ven hechos extraordinarios, sin igual, obra del propio Dios: el mar se ha abierto, una nube ha indicado el camino, ha manado agua de la roca, aquí ha llovido maná. Todo ha concurrido a vuestra grandeza. Lo que falta lo debéis hacer vos. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío y la parte de gloria que nos incumbe.

No ha de extrañar si alguno de los italianos ya mencionados no ha podido llevar a

cabo lo que sí cabe esperar de vuestra ilustre casa, y si tras tantas mutaciones habidas en Italia y tantas campañas de guerra, la virtud militar parece haberse extinguido en ella, esto se debe a que las antiguas instituciones ya no servían, y nadie ha habido que supiera dar con otras nuevas. Y eso que nada hay que dé tanto honor a un hombre nuevo que irrumpe cuanto las nuevas leyes y las nuevas instituciones establecidas por él. Estas cosas, cuando están bien fundadas y conllevan grandeza, hacen de él un hombre respetado y admirable. Y en Italia no falta materia en la que introducir cualquier forma. Aquí hay gran virtud en los miembros cuando de ella no están faltos los jefes. Observad en los duelos y en los combates entre pocos cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza e ingenio; mas cuando se trata de ejércitos, desaparecen. Y todo eso deriva de la debilidad de los jefes, pues los que están preparados no son obedecidos, y a todos les parece estarlo, sin que hasta el momento haya sabido encumbrarse alguno, por su virtud y su fuerza, frente a los demás. He ahí por qué en tanto tiempo, con tantas guerras habidas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército enteramente italiano el resultado ha sido negativo; de lo que es testigo, en primer lugar, el Taro; y más tarde Alejandría, Capua, Génova, Vailate, Bolonia y Mestre.

Así pues, de querer vuestra ilustre casa emular a aquellos hombres eminentes que redimieron a sus países, es necesario, antes que nada y como genuino fundamento de cualquier empresa, proveerse de un ejército propio, ya que no es posible tener soldados más fiables, más auténticos ni mejores. Y aunque cada uno de ellos sea bueno, todos juntos resultarán aún mejores en cuanto vean al mando a su príncipe y los honores y el apoyo que les dispensa. Es menester, por tanto, preparar dicho ejército para poder, con la virtud italiana, defenderse de los extranjeros. Y por muy temibles que sean consideradas las infanterías suiza y española, ambas presentan sin embargo defectos, por lo que un tercer tipo de organización militar podría no sólo hacerles frente, sino incluso confiar en vencerlas. Los españoles, en efecto, no están en grado de resistir a la caballería, y los suizos tienen en qué temer a la infantería cuando en el combate se las ven con otros tan tenaces como ellos. Por eso se ha visto, y la experiencia lo seguirá mostrando, que los españoles no pueden resistir a la caballería francesa, y a los suizos caer derrotados por la infantería española. Y si bien de esto último no tenemos completa experiencia, una muestra empero se ha podido observar en la batalla de Rávena, cuando la infantería española se enfrentó a los batallones germanos, que se despliegan del mismo modo que los suizos. Allí, los españoles, gracias a la agilidad de su cuerpo y con ayuda de sus broqueles, penetraron bajo las picas de los enemigos, seguros de malherirlos, ante la impotencia germana, y de no ser porque la caballería cargó contra ellos, habrían dado buena cuenta de todos. Conocido, por tanto, el punto débil de ambas infanterías, es posible organizar una nueva capaz de resistir a la caballería y sin miedo a otra infantería, lo cual se conseguirá con la creación de los ejércitos y el cambio en su organización. Son tales cosas de esas que, por la novedad de su reordenación, confieren reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No se debe, en suma, dejar pasar esta ocasión, a fin de que Italia, luego de tanto tiempo, vea a su redentor. No tengo palabras para expresar con qué amor sería recibido

en todos los lugares que han padecido las invasiones extranjeras, con qué sed de venganza, con qué tenaz lealtad, con qué devoción, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia obstaculizaría su paso? ¿Qué italiano le negaría pleitesía? A todos apesta esta bárbara dominación. Asuma, pues, vuestra ilustre casa dicha tarea con el ánimo y la esperanza con que se asumen las empresas justas, a fin de que, bajo su enseña, esta patria resulte ennoblecida, y bajo sus auspicios se verifique aquel dicho de Petrarca:

> La virtud contra el furor
> empuñará las armas, y será el combate corto:
> que el antiguo valor
> en el corazón itálico aún no ha muerto.[101]

---

[98] *Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam*

[99] Giovanni de Medici había accedido al papado en 1513, y tomó el nombre de León X.

[100] «En efecto, es justa la guerra cuando es necesaria, y piadosas las armas cuando sólo en ellas hay esperanza.» (Tito Livio, *op. cit.*, IX, 1.)

[101] *Canzone Italia mia (Ai Signan d'Italia)*, vv. 93-96.

EL ARTE DE LA GUERRA

Traducción de

LUIS NAVARRO

Notas de

MIGUEL SARALEGUI

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la edición *Opere*, Florencia, Tipografía Cenniniana, 1873, L. Passerini i Pietro Fanfani editores.

Para la comprensión y aclaración de algunos pasajes, nos hemos servido de N. Machiavelli, *L'arte della guerra* [comentario de D. Fachard] en *L'arte della guerra. Scritti politici minori* [coord. J.-J. Marchand], Edizione Nazionale delle Opere di N. M., Roma, Salerno, 2001 (en adelante, Fachard); de N. Machiavelli, *Dell'arte della guerra* en N. Machiavelli, *Discorsis sopra la prima deca di Tito Livio, Dell'arte della guerra e altre opere* [ed. de R. Rinaldi], Utet, Turín, 2006 (en adelante, Rinaldi) y N. Maquiavelo, *El arte de la guerra* [ed. de Manuel Carrera Díaz], Madrid, Tecnos, 2003 (en adelante, Carrera). Todas las referencias se refieren al comentario al pasaje. De cualquier otra referencia, se escribirán sus datos completos en nota.

PRÓLOGO[1] DE NICOLÁS MAQUIAVELO, CIUDADANO Y SECRETARIO FLORENTINO, A LORENZO STROZZI,[2] PATRICIO FLORENTINO

Han opinado, Lorenzo, y opinan muchos, que no hay nada tan desemejante, y que tanto difiera como la vida civil y la militar; y se ve con frecuencia a los que se dedican al ejercicio de las armas cambiar inmediatamente de traje, usos, costumbres y hasta de voz y de aspecto, por parecerle que no cuadran bien los modales del paisano a quien está pronto y dispuesto a cometer todo género de violencias: no en rigor convienen los hábitos y costumbres civiles a quienes los juzgan afeminados e impropios de su profesión, como tampoco que muestren la presencia y el lenguaje ordinarios los que, con las barbas y los juramentos, quieren intimidar a los demás hombres. Lo que ocurre en nuestros días justifica esta opinión; pero examinadas las instituciones antiguas,[3] no se encontrarán cosas más unidas, más conformes y que se estimen tanto entre sí como estas dos profesiones; porque cuanto se establece para el bien común de los hombres, cuanto se ordena para inspirar el temor y el respeto a Dios y a las leyes, sería inútil si no existiera una fuerza pública destinada a hacerlo respetar, cuya fuerza, bien organizada, y a veces sin buena organización, mantiene las instituciones. Por el contrario, sin este apoyo en la milicia, el mejor régimen político y social se derrumba, como las habitaciones de un magnífico y regio palacio, resplandecientes de oro y pedrería, cuando carecen de techo o de defensa contra la lluvia.[4]

Las disposiciones tomadas con la mayor diligencia en los antiguos reinos y repúblicas para mantener a los hombres fieles, pacíficos y temerosos de Dios, eran doblemente obligatorias a los militares; porque, ¿en qué hombres ha de procurar la patria mayor fidelidad sino en aquellos que le han prometido morir por ella? ¿Quién debe querer más la paz sino el que de la guerra puede recibir mayor daño? ¿Quién ha de temer más a Dios sino el que, arrostrando diariamente infinitos peligros, necesita más de su ayuda?

Esta necesidad, bien apreciada por los legisladores y por los militares, ocasionaba que todos los hombres elogiasen la vida del soldado y procuraran cuidadosamente seguirla e imitarla. Pero corrompida la disciplina militar y olvidadas casi por completo las antiguas reglas, han aparecido estas funestas opiniones que hacen odiar la milicia y evitar toda clase de relaciones con quienes la ejercen.

Juzgando, por lo que he visto y leído, que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares y devolverles en cierto modo su pasada virtud,[5] he determinado, a fin de hacer algo en este tiempo de mi forzosa inacción, escribir para los amantes de la Antigüedad lo que yo sepa del arte de la guerra; y aunque sea atrevimiento tratar de una profesión que no practico, no creo incurrir en error al ocupar teóricamente un puesto que otros, con mayor presunción, han ocupado prácticamente; porque las equivocaciones en que yo incurra escribiendo, sin daño de nadie pueden ser corregidas; pero las que de hecho cometen otros, sólo se conocen por la ruina de los imperios.[6]

A vos toca, Lorenzo, apreciar mi trabajo y juzgar si merece alabanza o censura. Os lo dedico, no sólo en prueba de gratitud por los beneficios que me habéis hecho, ya que en mi situación no puedo daros otra, sino también por ser costumbre honrar esta clase de trabajos con los nombres de quienes brillan por su nobleza, riquezas, ingenio y liberalidad, siendo así que en nobleza y riqueza no muchos os igualan; en ingenio, pocos, y en liberalidad, ninguno.

---

[1] Antes de pasar con los comentarios de la obra, se puede hacer una pequeña nota sobre la recepción de este libro en lengua española. Según el recuento de S. Bertelli y P. Innocenti, *Bibliografia machiavelliana*, Valdonega, Verona, 1979, la traducción en 1536 al español del *El arte de la guerra* sería la primera a una lengua vernácula —excluido queda el latino *De regnandi peritia* de A. Nifo— de una obra de Maquiavelo. Habría que esperar a 1546 para la primera traducción francesa y hasta 1560 para la primera inglesa. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la edición española fue «adaptada» por Diego de Salazar y publicada con su nombre y con diferente título: *Tratado de re militari*, Miguel de Eguía, Alcalá de Henares, 1536. Uno de los cambios fundamentales de esta adaptación consiste en poner a Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, como protagonista del diálogo. Esta adaptación conoció una segunda edición en Bruselas en 1590 ya cuando Maquiavelo había sido incluido tanto en el *Index* vaticano como español. Esta precoz recepción se detiene dramáticamente, teniendo que esperar tres siglos, hasta que se publica en 1895 en Madrid, Editorial Viuda de Hernando, la traducción literal de *El arte de la guerra* sin adaptaciones, de Luis Navarro de las *Obras políticas* de Nicolás Maquiavelo. Del tratado de Salazar, que tradicionalmente se ha considerado, más que un plagio, una adaptación, hay reedición reciente de E. Botella (Ministerio de Defensa, Madrid, 2000), quien afirma que la obra no es un plagio.

[2] Lorenzo di Filippo Strozzi (1482-1549) era un rico banquero florentino, perteneciente a la familia Strozzi, quien mantenía una complicada relación con la de los Médicis, pues a pesar de sus enfrentamientos, estaban unidas por lazos económicos y familiares. Frecuentador de los *Orti Oricellari* (era yerno de Bernardo Rucellai), amigo y protector de Maquiavelo, actuó en alguna ocasión como enlace entre los Médicis y Maquiavelo.

[3] La imitabilidad de los métodos políticos y bélicos antiguos es uno de los principios que más frecuentemente Maquiavelo reivindica para su doctrina.

[4] Se vuelve a defender la unión que existe entre vida militar y vida política.

[5] La posibilidad de imitar el pasado descansa, para Maquiavelo, en la idea cosmológica expresada en el prólogo al primer libro de los *Discursos*, donde afirma que el cielo, los elementos y los hombres son siempre los mismos.

[6] En cualquier caso, Maquiavelo contaba con una notable experiencia bélica como organizador de la milicia florentina, en la que se combinan, sin embargo, grandes éxitos, como la reconquista definitiva de Pisa, y grandes fracasos, como la nula oposición que esta milicia planteó a las tropas invasoras españolas en Prato en 1512.

LIBRO PRIMERO

Elogio de Cosme Rucellai. — Sus célebres jardines. — Los antiguos, y especialmente los romanos, son dignos de imitación más en las cosas rudas que en las delicadas. — Los soldados de oficio y las compañías de aventureros son indignos y peligrosos para la libertad de los Estados. — Ejemplo de Francisco Sforza y de su padre. — En las repúblicas y en los reinos bien organizados, no se permite el ejercicio de las armas como única profesión. — Así sucedió en Roma antes de los Gracos; después, la milicia se convirtió en oficio e instrumento de tiranía. — Los ejércitos permanentes, no sólo son perjudiciales a las repúblicas, sino también a los reinos. — Los ejércitos pretorianos fueron la ruina del Imperio romano. — Inconvenientes de tener hombres de armas en tiempo de paz. — Desaprobación de tomar a sueldo capitanes extranjeros. — Elección de los soldados: deben ser hombres de la propia nacionalidad. — Defectos de los voluntarios extranjeros. — Los soldados de infantería deben elegirse entre los campesinos y los de caballería, entre los habitantes de las ciudades. — A qué edad deben entrar al servicio. — Defensa de las milicias nacionales. — Los venecianos y el rey de Francia toman a sueldo tropas extranjeras, y de aquí su debilidad. — Pueden ser buenos soldados hombres de todos los oficios y condiciones. — Deben ser ágiles, fuertes y acostumbrados a las fatigas. — Procedimiento de los cónsules romanos para elegir las tropas que formaban las legiones. — Es preferible la milicia numerosa a la escasa. — Qué debe hacerse para que no ocasione confusión y desorden en el país. — Elección de hombres para la caballería.

Creo permitido alabar a un hombre después de muerto sin que en la alabanza haya motivo ni sospecha de adulación, y por ello no titubeo en elogiar a nuestro Cosme Rucellai,[7] cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas. Poseía cuantas dotes puede desear un buen amigo de sus amigos y la patria de sus hijos, porque no tuvo cosa suya, incluso la vida, que no pusiera voluntariamente a disposición de sus amigos, ni creo temiera acometer empresa alguna, por atrevida que fuese, si comprendía que era útil a su patria.

Confieso ingenuamente no haber encontrado entre tantos hombres como he conocido y tratado ninguno tan entusiasta por los grandes hechos y los actos magníficos. El único pesar que, al morir, expresaba a sus amigos, era el de haber nacido para perder la vida joven aún, dentro de su casa, sin gloria, sin haber podido, como deseaba, prestar algún notable servicio y sabiendo que sólo podría decirse de él: «Ha muerto un buen amigo». Esto no quita para que yo y algunos que como yo lo conocían, podamos dar fe, si no de obras que no pudo ejecutar, de sus brillantes cualidades.

No le fue ciertamente la fortuna tan enemiga que le impidiera dejar algún pequeño recuerdo de la agudeza de su ingenio, bien demostrada en algunos escritos suyos, entre ellos varias poesías eróticas, composiciones que entretuvieron su juventud, no por estar enamorado, sino por ocupar el tiempo, hasta que la fortuna alentara su espíritu a más elevados pensamientos. Nótanse en estos escritos la feliz expresión de las ideas y la fama que hubiese adquirido como poeta, si la poesía fuera el definitivo objeto de sus estudios.

Privado por la muerte de tan querido amigo, el único consuelo que para mí tiene esta desgracia es conservar su memoria recordando sus actos, la agudeza de sus dichos o la solidez de sus razonamientos. Lo más reciente que puedo citar de él es la discusión que mantuvo con el señor Fabrizio Colonna[8] no ha mucho tiempo, dentro de sus jardines, en la cual, Colonna trató ampliamente de cosas de guerra, preguntándole de ellas Cosme con

gran tino y prudencia. Yo y otros amigos presenciamos la conversación, y voy a narrarla para que éstos recuerden nuevamente el talento y las virtudes de Cosme, y los que no asistieron a ella lo lamenten y aprovechen los útiles consejos que, no sólo relativos al arte militar, sino también a la vida civil, dio uno de los hombres más sabios de esta época.

Al volver Fabrizio Colonna de Lombardía, donde había estado militando con mucha gloria suya al servicio del rey católico,[9] determinó, al llegar a Florencia, descansar algunos días en esta ciudad, para visitar a su excelencia el duque y ver a algunos caballeros con quienes tenía antigua amistad.

Ocurrió entonces a Cosme convidarlo a su casa, no tanto para mostrarse galante como para hablar con él largamente y oír y aprender las opiniones sobre varios asuntos de un hombre tan autorizado, dedicando un día a razonar sobre las materias que más preocupaban su ánimo.

Aceptada la invitación, acudió Fabrizio y lo recibió Cosme acompañado de algunos de sus más fieles amigos, entre los cuales estaban Zanobi Buondelmonti, Bautista de la Palla y Luis Alamanni, jóvenes todos y aficionados a los mismos estudios que Rucellai. Sus excelentes dotes no necesitan elogio, porque todos los días y a todas horas las ponen de manifiesto. Fabrizio fue honrado con las mayores distinciones que, dada la época y el sitio, se le podían conceder.

Terminada la comida, levantada la mesa, gozados los placeres del festín, que entre hombres grandes y de elevados pensamientos duran poco, siendo el día largo y grande el calor, creyó Cosme a propósito para satisfacer mejor su deseo conducir a los invitados, con excusa de librarse del calor, a la parte más retirada y umbrosa de su jardín.[10] Llegados al sitio y sentados unos sobre la hierba, que en aquel lugar es fresquísima, otros en sillas puestas a la sombra de corpulentos árboles, elogió Fabrizio tan delicioso lugar, mirando a los árboles con suma atención, porque no reconocía algunos de ellos. Comprendiolo Cosme y le dijo: «Os llama la atención no conocer algunos de estos árboles; no os admire, porque son de los que eran más apreciados en la Antigüedad que buscados hoy día». Díjoles su nombre, y que su abuelo Bernardo se había dedicado especialmente a cultivarlos.

«Imaginando estaba lo que me decís —respondió Fabrizio—, y el sitio y la afición de vuestro abuelo me recuerdan que algunos príncipes del reino de Nápoles la tuvieron también de cultivar estos árboles.» Calló después un momento, como titubeando de si debía proseguir, y añadió después: «Si no temiera ofender, diría mi opinión; y en verdad no lo temo, hablando con amigos, y no para calumniar, sino para discutir las cosas. ¡Cuánto mejor hubieran hecho nuestros antepasados, que en paz estén, procurando la imitación de los antiguos en las cosas rudas y fuertes, y no en el lujo y la molicie; en lo que hacían a la luz del sol, y no en lo realizado a la sombra, tomando lecciones de la Antigüedad verdadera y perfecta, no de la falsa y corrompida! Porque desde que los romanos se aficionaron a los placeres, empezó la ruina de mi patria».[11]

A lo cual respondió Cosme … Mas para evitar el fastidio de repetir tantas veces *éste dijo, aquél replicó*, pondré solamente los nombres de los interlocutores.

COSME —Precisamente os referís al asunto en que yo deseaba oíros, y os ruego que

habléis con entera libertad, porque de igual modo os preguntaré, y si en mis preguntas o respuestas excuso o acuso a alguno, no será con el propósito de excusar o acusar, sino para saber de vos la verdad.

FABRIZIO —Y yo os diré de muy buen grado cuanto sepa respecto a vuestras preguntas, dejando a vuestro juicio el apreciar si es o no es cierto. Las escucharé con gusto, porque me serán tan útiles como a vos puedan serlo mis respuestas, pues muchas veces quien sabe interrogar le hace a uno descubrir muchas cosas y recordar muchas otras que, sin las preguntas, no acudirían a la imaginación.

COSME —Refiriéndome a lo que antes habéis dicho de que mi abuelo y los vuestros hubieran hecho mejor cuidándose de imitar a los antiguos más en las cosas rudas que en las delicadas, excusaré al mío, y vos cuidaréis de excusar a los vuestros. No creo que hubiera en su tiempo quien detestara más que él la molicie ni amara más la vida austera que alabáis; pero comprendió la imposiblidad para él y sus hijos de practicarla por haber nacido en siglo tan corrompido que, a quien quisiera apartarse de sus costumbres, todos lo hubieran infamado y vilipendiado; de igual suerte que se tendría por loco al que, desnudo y al sol en el rigor del verano, se revolcase sobre la arena o en los meses más fríos del invierno sobre la nieve, como lo hacía Diógenes; o por ridículo y hasta por fiera a quien, como los espartanos, criase a sus hijos en el campo, haciéndoles dormir al sereno, estar con la cabeza desnuda y los pies descalzos y bañarse en agua fría para fortalecerlos contra las inclemencias, y para que amaran menos la vida y temieran menos la muerte. Si ahora se viese a alguno alimentarse de legumbres y despreciar el oro, como lo hacía Fabrizio,[12] pocos lo elogiaran y ninguno lo imitara. Así pues, mi abuelo, temiendo chocar con las actuales costumbres, sólo imitó las antiguas en lo que podía causar menos admiración.[13]

FABRIZIO —Lo excusáis muy bien, y seguramente decís la verdad; pero no me refería tanto a las costumbres rudas y austeras como a las más humanas y conformes con nuestro actual modo de vivir, que fácilmente pudiera restablecer cualquier ciudadano constituido en autoridad. No me apartaré de mis romanos para citar ejemplos. Quien examine con atención su vida y la organización de su república, verá muchas cosas que pueden revivir en una civilización donde queden algunos elementos sanos.

COSME —¿En qué cosas querríais imitar a los antiguos?

FABRIZIO —En honrar y premiar la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militares, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, y a no vivir divididos en sectas;[14] preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos. No es difícil persuadirse de la utilidad de tales reformas, cuando seriamente se piensa en ellas, ni establecerlas apelando a los medios oportunos, porque su utilidad es tan manifiesta que todos los hombres la comprenden. Quien tales cosas hiciera, plantaría árboles a cuya sombra se podría vivir más feliz y contento que en esta que ahora nos defiende de los rayos del sol.

COSME —Nada replicaré a lo que acabáis de decir, dejándolo a la consideración de los que fácilmente pueden juzgarlo; y para esclarecer mis dudas, insistiré en preguntaros,

ya que acusáis a vuestros contemporáneos de no imitar a los antiguos en las grandes e importantes acciones: ¿por qué censuráis que no les parezcan, y al mismo tiempo en la guerra, que es vuestra profesión y tenéis fama de excelente, nada habéis hecho, que se sepa, para imitar los procedimientos antiguos, ni siquiera, asemejarlos?

FABRIZIO —Llegáis al punto en que os esperaba, porque mis palabras merecían esa pregunta y la estaba deseando. Podría contestar a vuestra demanda con una fácil excusa; mas para vuestra satisfacción y la mía, y puesto que el tiempo lo permite, trataré detenidamente el asunto. Siempre que los hombres quieren hacer alguna cosa, deben prepararse hábilmente para que, llegada la ocasión, puedan realizarla: cuando las preparaciones se hacen cautamente, no se conocen, y a nadie se puede acusar de negligencia si no ha llegado la oportunidad de ejecutar la empresa; pero, al llegar, descúbrese en seguida si no está bien dispuesto o si no había pensado en tal cosa. Como yo no he tenido ocasión alguna para demostrar mis propósitos de restablecer la antigua disciplina en la milicia, ni vos, ni nadie puede culparme de no haberlo hecho. Creo que esto baste para contestar a vuestra pregunta.[15]

COSME —Bastaría si estuviera seguro de que la ocasión no se ha presentado.

FABRIZIO —Sé que podéis dudarlo, y deseo hablar largamente si tenéis paciencia para escucharme, diciendo cuáles son los preparativos indispensables, cuáles las ocasiones oportunas, cuáles las dificultades que hacen fracasar estos intentos e impiden que la ocasión llegue, y cómo la realización de tales empresas es, aunque parezca contradictorio, facilísima y dificilísima.

COSME —No podéis hacer nada más grato para mí y para los que nos acompañan, y si el hablar no os cansa, menos nos cansará oíros. Como el discurso será, sin duda, largo, pido ayuda a mis amigos con vuestra licencia, y ellos y yo os pedimos no toméis a mal que alguna vez os interrumpamos con preguntas acaso inoportunas.

FABRIZIO —Al contrario, celebraré mucho que vos, Cosme, y estos jóvenes me preguntéis cuanto queráis, porque vuestra juventud os aficiona, sin duda, a los asuntos militares, y esta afición contribuirá a que deis crédito a lo que os diga. Los que tienen ya el cabello blanco y la sangre fría, unos son enemigos de la guerra, y otros, incorregibles, por creer que los tiempos y no las malas costumbres son los que obligan a los hombres a vivir como viven. Preguntadme, pues, todos, sin temor alguno. Lo deseo, porque mientras preguntéis yo descanso, y porque no quiero dejar ni sombra de duda en vuestro entendimiento.

»Empezaré por lo que me habéis dicho de que, en la guerra, que es mi profesión, no había usado ningún procedimiento antiguo. A esto contestaré que la guerra es un arte con el cual ningún hombre en ningún tiempo puede vivir, como particular, honradamente, y que corresponde ejercitarlo a las repúblicas y los reinos.[16] Ninguno de éstos, cuando está bien organizado, consiente a sus ciudadanos o súbditos guerrear por su cuenta, ni ningún hombre de bien ejerció el arte militar como oficio privado. En efecto: no se puede considerar hombre bueno a quien se dedique a una profesión que exige, para serle constantemente útil, la rapiña, el fraude, la violencia y muchas condiciones que necesariamente lo hacen malo. Los que tienen por oficio la guerra, grandes o pequeños,

no pueden ser de otra manera, porque la paz los empobrece y arruina. De aquí la necesidad para ellos de impedir la paz o adquirir en la guerra los recursos necesarios para vivir en épocas tranquilas. Ninguno de ambos propósitos lo abriga un hombre de bien; porque la necesidad de medios de vida en todo tiempo produce los robos, las violencias, los asesinatos que tales soldados ejecutan, lo mismo contra los enemigos que contra los amigos. Sus jefes, por no querer la paz, procuran por todos los medios alargar las guerras, y si a pesar de ello la paz se acuerda, sucede con frecuencia que, privados de sus sueldos y de su modo de vivir, descaradamente enarbolan bandera de aventureros y saquean sin piedad algunas provincias.

»¿No recordáis cuando, habiendo quedado sin sueldo muchos soldados en Italia por la terminación de las guerras, formaron partidas que se llamaron compañías y se dedicaron a saquear pueblos y comarcas sin que nadie lo pudiera impedir?[17] ¿No habéis leído que cuando terminó la guerra entre Cartago y Roma, los soldados cartagineses, a las órdenes de Matho y Spendio, dos jefes tumultuosamente elegidos por ellos, mantuvieron contra Cartago una guerra mucho más peligrosa para sus ciudadanos que la sostenida por éstos contra Roma? En el tiempo de nuestros padres, Francisco Sforza, para poder vivir decorosamente en tiempo de paz, engañó a los milaneses, a cuyo sueldo estaba, les privó de la libertad y llegó a ser su príncipe.

»Como éstos han sido todos los demás soldados de Italia que practicaban la milicia por oficio, y si no han llegado todos pérfidamente a ser duques de Milán, sin tan elevadas miras, han cometido las mismas maldades. Sforza, el padre de Francisco, obligó a la reina Juana a echarse en brazos del rey de Aragón, porque repentinamente la abandonó con todas sus tropas, dejándola desarmada en medio de sus enemigos, por el deseo de que le diera más dinero o de quitarle su reino. Con iguales procedimientos procuró Bracio apoderarse del reino de Nápoles, y lo hubiera conseguido de no ser derrotado y muerto en Aquila.[18] El origen de tales desórdenes es convertir el ejercicio de las armas en una profesión a sueldo. Ya conocéis el proverbio que apoya estas opiniones mías: *La guerra hace al ladrón, y la paz lo ahorca*. Porque los que no saben vivir de otro modo, ni encuentran quien los mantenga, ni tienen la virtud de acomodarse a vida pobre, pero honrada, acuden por necesidad a robar en los caminos, y la justicia se ve obligada a ahorcarlos.

COSME —Presentáis la profesión de las armas casi como despreciable, y yo la había imaginado la más excelente y honrosa; de modo que si no la encontráis mejor, quedaré descontento, porque, siendo verdad lo que decís, ignoro de dónde procede la gloria de César, Pompeyo, Escipión, Marcelo, y tantos otros capitanes romanos a quienes la fama celebra como dioses.

FABRIZIO —No he explicado aún todo lo que me había propuesto, que son dos cosas: una, que el hombre de bien no puede tener el ejercicio de las armas como oficio, y otra, que en una república o un reino bien organizado no se permite a los ciudadanos o súbditos militar por su cuenta. Ya he dicho cuanto me ocurría de lo primero; réstame hablar de lo segundo, y al hacerlo, responderé a vuestra pregunta. Pompeyo, César y todos los capitanes romanos posteriores a las guerras púnicas lograron fama de valientes,

pero no de buenos, y los anteriores a ellos la conquistaron de valientes y de buenos, por cuanto éstos no ejercieron la guerra como su única profesión, y aquéllos sí. Mientras en la república fueron puras las costumbres, ningún ciudadano, por poderoso que fuera, se valió del ejercicio de las armas durante la paz para violar las leyes, expoliar las provincias, ejecutar actos de usurpación y tiranía contra la patria y someterlo todo a su voluntad; ni ninguno, incluso los de más humilde condición, pensó violar los juramentos, unir su suerte a la de personas privadas, no temer al Senado ni contribuir a cualquier acto de tiranía para asegurar en todo tiempo su vida de soldado. Los generales, satisfechos del triunfo, volvían gustosos a la vida privada, y los soldados dejaban las armas con mayor placer que las tomaban, dedicándose a las ocupaciones ordinarias, que aseguraban su subsistencia, sin que nadie intentara vivir con el oficio de soldado y el producto de las guerras.

»Ejemplo evidente de lo que digo es, en cuanto a los ciudadanos poderosos, el de Atilio Régulo[19] que, siendo general del ejército romano en África y teniendo casi vencidos a los cartagineses, pidió permiso al Senado para volver a su casa a cuidar de sus fincas, que estropeaban los labradores. Resulta, pues, más claro que el sol, que si Régulo tuviera el guerrear por oficio y hubiese pensado utilizar esta profesión en su provecho, pudiendo disponer de las riquezas de tantas provincias, no pidiera permiso para volver a cultivar sus haciendas, que en su mano estaba ganar cada día más de lo que pudieran valer éstas.

»Pero como los hombres buenos que no tienen la guerra por oficio tampoco quieren de ella más que los trabajos, los peligros y la gloria, cuando su ambición de vencer está satisfecha, desean volver a su casa y dedicarse a sus habituales ocupaciones. Lo mismo que los capitanes hacían, según parece, los soldados, quienes voluntariamente dejaban el servicio de las armas; de suerte que, si no estaban en campaña, deseaban ir a ella, y si lo estaban, ser licenciados.

»Esto sucedía en muchas ocasiones, y se comprende, viendo que entre los principales privilegios que concedía el pueblo romano a sus ciudadanos, uno era no servir en el ejército contra su voluntad. Resulta, pues, que mientras hubo buen régimen en Roma, esto es, hasta los Gracos,[20] ningún soldado tomó el ejercicio de las armas por oficio, siendo muy pocos los malos, y severamente castigados. En una nación bien organizada se procurará hacer el estudio del arte militar durante la paz, y ejercitarlo en la guerra por necesidad y para adquirir gloria; pero sólo cuando el gobierno lo ordene, como acontecía en Roma. Cualquier otro fin que se proponga un ciudadano no es bueno, y el Estado en que dominen otros principios carecerá de buen régimen.[21]

COSME —Cuanto habéis dicho me satisface por completo, y me agrada también vuestra deducción en lo que toca a las repúblicas; pero no en lo que se refiere a las monarquías, pues creo que los reyes desearán rodearse de personas que profesen exclusivamente el arte de la guerra.

FABRIZIO —Al contrario; un reino bien organizado debe evitar a toda costa este orden de cosas, solamente a propósito para corromper al rey y proporcionar agentes a la tiranía. Y no me pongáis por ejemplo ninguno de los reinos actuales, porque negaré que

haya alguno bien constituido.[22] Los que tienen buen régimen no dan poder absoluto al rey, sino en el mando de los ejércitos, único caso en que son precisas las determinaciones rápidas y la unidad de acción. En los demás nada puede hacer, sino aconsejado, y los que le aconsejan temerán que tenga a su lado quien en tiempo de paz desee la guerra, por no poder vivir sin ella. Quiero ser en esto un poco más extenso, sin fijarme en un reino perfectamente organizado, sino en cualquiera de los que hoy existen.[23] Aun en éstos, el rey debe temer a los que exclusivamente profesan el arte de la guerra. El nervio de los ejércitos es indudablemente la infantería, y si el rey no la organiza de modo que en tiempo de paz vuelvan los soldados contentos a sus casas y a sus ordinarias ocupaciones, necesariamente está perdido, pues la infantería más peligrosa es la formada por gente cuyo oficio es la guerra. Ella obliga a guerrear constantemente, o exige ser pagada en todo tiempo, o expone al que la tiene a perder el reino. Estar siempre en guerra no es posible, ni tampoco pagarla siempre; luego por precisión, el que se vale de ella corre el riesgo de perder sus Estados. Los romanos, como he dicho, mientras fueron buenos y sabios nunca consintieron que los ciudadanos tuvieran por única ocupación el ejercicio de las armas, no porque no pudiesen mantenerlos en todo tiempo, pues casi constantemente tenían guerras, sino por evitar el daño que pudiera causar el oficio de soldado. El tiempo de servicio no variaba, pero sí los hombres; y tenían estas cosas tan bien dispuestas, que el personal de las legiones renovaba cada quince años. Hacían servir a los hombres en la flor de la edad, de los diez y ocho a los treinta y cinco años, cuando las piernas, los brazos y los ojos gozan de igual vigor, y no esperaban a que el soldado empezase a menguar en fuerzas y a crecer en malicia, como sucedió en las épocas de corrupción.

»Octavio Augusto primero, y después Tiberio,[24] atendiendo más a su poder personal que al bien público, empezaron a desarmar al pueblo romano para dominarlo más fácilmente, y a mantener de continuo los ejércitos en las fronteras del imperio. Por no juzgar bastantes estas medidas para tener sujetos a su voluntad al pueblo y el Senado, organizaron un ejército llamado Pretoriano, acampado siempre junto a las murallas de Roma, y dominando la ciudad como una fortaleza. La facilidad con que se permitió desde entonces a los ciudadanos destinados a los ejércitos dedicarse a la milicia como oficio, produjo la insolencia de los soldados, que tan temible llegó a ser para el Senado y tan dañosa para los emperadores. Consecuencia de ello fue que muchos de estos soldados perecieran en luchas intestinas, que dieran o quitaran la dignidad imperial a su arbitrio, y que en algunas ocasiones hubiese a la vez varios emperadores nombrados por los diferentes ejércitos, lo cual ocasionó primero la división y después, la ruina del imperio.

»Debe, pues, el rey, si quiere vivir seguro, formar su infantería con hombres que en tiempo de guerra acudan de buen grado a pelear, y en el de paz, con mayor gusto vuelvan a sus casas, lo cual sucederá siempre que fíen su subsistencia en otra clase de trabajo. Conviene, pues, que, al terminar la lucha, los grandes señores se dediquen a gobernar a sus vasallos, los gentileshombres, a cultivar sus propiedades, y los soldados, a sus peculiares oficios, y que todos hagan voluntariamente la guerra para obtener la paz y no procuren turbar ésta por conseguir aquélla.

COSME —Vuestro razonamiento me parece exacto; pero, contradiciendo lo que yo había pensado hasta ahora, conservo aún algunas dudas, porque veo bastantes señores y gentileshombres vivir en la paz con el producto de sus cualidades militares, como muchos iguales a vos, que cobran sueldo de los príncipes o repúblicas; veo que lo mismo sucede a casi todos los hombres de armas y a muchos soldados que guardan ciudades y fortalezas, y creo, por tanto, que, aun en la paz, encuentran en la profesión de las armas medios de subsistir.

FABRIZIO —Paréceme que no opinaréis que haya en las épocas pacíficas medios de mantener a cuantos intervienen en la guerra, pues aunque no hubiese en contra de esta opinión otras razones, bastaría para refutarla tener en cuenta el corto número de soldados que se emplean en las guarniciones. ¿Qué proporción hay entre la infantería ocupada en la guerra y la que se dedica a guarniciones? Las mismas ciudades necesitan para su guarda muchas más tropa en tiempo de guerra que en el de paz, y hay que añadir la que en mucho mayor número sale a campaña, innecesaria en las épocas tranquilas. Respecto a las que quedan guardando los Estados, a pesar de ser pocas, el papa Julio y vosotros, los florentinos, habéis demostrado a todo el mundo cuánto hay que temer a los que tienen por único oficio la milicia, pues por su insolencia los quitasteis de vuestras guarniciones, reemplazándolos por suizos, nacidos y educados en el respeto de las leyes y elegidos conforme a las reglas citadas. No digáis, pues, que en la paz hay medios para mantener a todos los militares.

»La cuestión de que los hombres de armas conserven todo su sueldo en tiempo de paz, es más difícil de resolver. Sin embargo, bien pensado, la respuesta es sencilla, pues el sistema de mantener en estos casos a los hombres de armas no es bueno, sino pernicioso. Tienen por oficio la guerra, y si fueran en gran número en los Estados que los conservan, causarían grandes perturbaciones; pero siendo pocos e imposibilitados de formar ejército ellos solos, les es casi imposible causar perjuicios graves. No obstante, los han producido algunas veces, como ya lo dije hablando de Francisco Sforza, de su padre, y de Bracio de Perusa. Por tanto, la costumbre de mantener hombres de armas no la apruebo, por ser perniciosa y poder ocasionar grandes inconvenientes.

COSME —¿Prescindiríais de ellos? O, en caso de tenerlos, ¿cómo los tendríais?

FABRIZIO —En forma de milicia ciudadana, no conforme a la que tiene el rey de Francia, tan peligrosa y mala como la nuestra, sino semejante a la de los antiguos, que organizaban la caballería con súbditos suyos, y, hecha la paz, enviaban a los soldados a sus casas, a ocuparse en sus oficios, según explicaré detenidamente más adelante. Si ahora esta parte del ejército tiene por oficio la milicia aun en tiempo de paz, es por efecto de la corrupción de las instituciones militares.

»En cuanto a los sueldos que me dan y también reciben otros generales, digo que es una costumbre muy perniciosa, y que en una república bien organizada no deben darse, nombrando los generales entre sus ciudadanos en tiempo de guerra, y licenciándolos en el de paz, para que vuelvan a sus ocupaciones habituales. Tampoco un rey prudente debe dar tales sueldos, o darlos sólo en premio de grandes hechos, o en el caso de querer valerse de los servicios de un hombre en la paz y en la guerra. Y ya que me habéis

puesto por ejemplo, diré que jamás he ejercido el arte militar como profesión, pues la mía se limita a gobernar a mis súbditos y defenderlos, para lo que debo amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no sólo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien, le conviene tener junto a sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz o de la guerra, le harán cometer errores.

»Por ahora no me propongo deciros más de este asunto. Si lo dicho no os convence, debéis buscar quien mejor que yo lo haga. Ya habréis empezado a conocer cuán difícil es acomodar los antiguos procedimientos a las guerras actuales;[25] las precauciones que a los hombres prudentes conviene adoptar y las circunstancias que para plantearlos pueden aprovecharse. Comprenderéis más fácilmente estas cosas, si no os molesta mi discurso, al comparar, como voy a hacerlo, algunas de las instituciones antiguas con las modernas.

COSME —Si antes de oíros deseábamos hablar de estos asuntos, lo que acabáis de decir redobla, seguramente, nuestro deseo. Muy agradecidos a lo que ya nos habéis enseñado, os rogamos que continuéis.

FABRIZIO —Puesto que os place, empezaré tratando esta materia desde el principio, para facilitar su comprensión con amplias explicaciones. El fin que se propone quien hace la guerra, es combatir con toda clase de enemigos en campo abierto y ganar batallas. Para conseguir esto, es preciso organizar un ejército; y para crear un ejército se necesita encontrar hombres, armarlos, ordenarlos, adiestrarlos, ejercitarlos en grandes y pequeñas agrupaciones, saberlos acampar y enseñarles a resistir al enemigo a pie firme o caminando. Todo esto constituye el arte de la guerra campal, que es la más necesaria y la más honrosa. A quien sepa vencer al enemigo en una batalla, se le perdonarán los demás errores que cometa en la dirección de la campaña; pero quien no sepa hacerlo, aunque en todo lo demás del ejercicio de las armas sea excelente, no terminará una guerra con honor. Una batalla ganada borra todas las malas operaciones que hayas hecho, y si la pierdes, es inútil todo lo realizado antes de darla.

»Como lo primero que se necesita es reunir hombres, hay que empezar por el reclutamiento, que llamaré *elección*, por darle nombre más digno, y conforme al que tenía en la Antigüedad. Los que han escrito acerca del arte de la guerra, dicen que deben elegirse hombres de comarcas templadas para que tengan valor y prudencia, porque las cálidas los producen prudentes, pero no valerosos, y las frías, animosos, pero imprudentes. Este precepto sería bueno para un rey de todo el mundo, y que, por tanto, pudiera sacar soldados de donde quisiera. La regla de fácil aplicación consiste en que las repúblicas o los reinos saquen los soldados de su propio país, sea cálido, frío o templado, porque ejemplos antiquísimos demuestran que en todas partes el ejercicio hace buenos soldados y, donde la naturaleza no los produce, los forma el trabajo, que, para esto, vale más que la naturaleza. Si se eligen fuera del país, no deben llamarse elegidos, porque esta palabra significa tornar los mejores de una provincia y poder obligar a ir al ejército a los que quieran y a los que no quieran. No hay, pues, medio alguno de elegir sino en las comarcas sometidas a tu autoridad, porque de países que no sean tuyos no puedes llevarte a quien quieras, sino tan sólo aceptar a los que quieran ir contigo.

COSME —Sin embargo, entre estos últimos se puede tornar a unos y dejar a otros, y a esto también debe llamarse elección.

FABRIZIO —Verdad es en cierto modo lo que decís; pero tened en cuenta los defectos de este género de elección, pues a veces ocurre que no lo es. En primer lugar, no son tus súbditos los que se alistan voluntariamente; lejos de ser los mejores, suelen ser los peores de cada provincia, pues los más escandalosos, vagos, desenfrenados, irreligiosos, desobedientes a sus padres, blasfemos, jugadores y llenos de toda clase de vicios, son los que quieren dedicarse al oficio de soldado, y las costumbres de tales hombres no pueden ser más dañosas a una verdadera y buena milicia. Cuando se ofrecen más de los que necesitas, puedes elegir entre ellos; pero siendo la masa mala, la elección no será buena. Muchas veces sucede que los alistados no son tantos como tú necesitas, y te ves obligado a tomarlos todos, en cuyo caso no hay elección posible; lo que haces es asoldar infantería. De esta mala manera se organizan los ejércitos en Italia y en otras partes, excepto en Alemania, porque el alistamiento no se hace por obediencia al príncipe, sino por voluntad del que quiere servir en la milicia. Juzgad ahora si es posible establecer la antigua disciplina en ejércitos formados de esta manera y con tales hombres.

COSME —¿Qué convendría hacer en este caso?

FABRIZIO —Lo que ya he dicho, elegir los soldados entre los súbditos y por virtud del mandato del príncipe.

COSME —Y en los así elegidos, ¿podría establecerse la antigua disciplina?

FABRIZIO —Bien sabéis que sí, cuando quien los mande sea su príncipe o señor, tratándose de una monarquía, o un ciudadano nombrado general, si es en una república. De otra suerte, es muy difícil hacer algo provechoso.

COSME —¿Por qué?

FABRIZIO —Os lo diré oportunamente. Conste por ahora que no hay otro procedimiento para organizar bien un ejército.

COSME —Debiendo hacerse la elección para la milicia en el propio país, ¿dónde será mejor ejecutarla, en las ciudades o en los campos?

FABRIZIO —Cuantos han escrito de estas materias dicen ser mejor hacerla en los campos, porque los campesinos están avezados a las fatigas y a las inclemencias del tiempo, acostumbrados a vivir al sol y no a la sombra, a manejar el hierro, cavar un foso, llevar peso, y ser en general menos inclinados a la astucia y a la malicia. Mi opinión es que, habiendo dos clases de soldados, unos a pie y otros a caballo, los primeros deben ser elegidos en los campos, y los segundos, en las ciudades.

COSME —¿De qué edad los reclutaréis?

FABRIZIO —Según los casos. Para organizar un ejército donde no lo haya, es preciso reclutar a todos los hombres aptos y en edad para ser soldados, a fin de poderlos instruir como diré más adelante; pero haciendo la elección donde hay ya ejército organizado, y sólo para el reemplazo, los tomaría de diez y siete años, pues los de mayor edad estarán ya reclutados.

COSME —¿Queréis, pues, una organización semejante a la que tenemos los florentinos?[26]

FABRIZIO —Justamente. Pero armada, mandada, ejercitada y ordenada como no sé si lo está entre vosotros.

COSME —Luego, ¿elogiáis nuestra organización militar?

FABRIZIO —¿Por qué he de censurarla?

COSME —Pues muchos sabios la han censurado.

FABRIZIO —Lo que decís de que los sabios censuran vuestra organización militar, es contradictorio. Se puede tener reputación de sabio y equivocarse.

COSME —Los deplorables resultados que dio siempre nos ha hecho formar esa mala opinión.

FABRIZIO —Cuidad no sea la falta vuestra en vez de ser suya. Acaso lo sepáis antes de terminar nuestra conversación.

COSME —Tendré mucho gusto en ello. Pero antes os diré de qué la acusan para que podáis defenderla más fácilmente. Aseguran que, o es inútil y confiando en ella nos exponemos a perder el Estado, o es valerosa, y quien la mande podrá, en tal caso, usurpar el poder. En prueba de ello alegan que los romanos, por tener ejércitos propios, perdieron la libertad; que los venecianos, para librarse de obedecer a uno de sus conciudadanos, se valen de ejércitos extranjeros, y que el rey de Francia ha desarmado a sus pueblos para poderlos gobernar más fácilmente. Pero más que este peligro temo el de su inutilidad, acerca de la cual se aducen principalmente dos razones: una, que los soldados son inexpertos, y otra, que sirven a la fuerza, pues, según dicen, a cierta edad no es posible habituarse a la milicia, y nada bueno se hace a la fuerza.

FABRIZIO —Los que alegan las razones que acabáis de exponer son hombres de cortas miras, y voy a demostrarlo claramente. En cuanto a la inutilidad, aseguro que no hay milicia más útil que la propia, y no se puede organizar milicia propia sino del modo que he referido. Como esto no se discute, no quiero perder tiempo en demostrarlo, pues todos los ejemplos de la historia antigua están en nuestro favor. A los argumentos de la inexperiencia y de la fuerza contestaré ser cierto que la inexperiencia no aumenta el valor, y la fuerza produce el descontento; pero los soldados bien armados, bien ejercitados y bien organizados, adquieren pronto la experiencia y el valor, según lo veréis demostrado más adelante. Respecto a la fuerza, tened en cuenta que los llamados por orden del príncipe a empuñar las armas, no van al servicio, ni completamente obligados, ni por su espontánea voluntad, porque esto último tendría los inconvenientes, ya expresados, de no haber elección ni el número suficiente de voluntarios. Por otra parte, como el empleo de excesiva fuerza para el reclutamiento produciría muy mal resultado, se debe adoptar un término medio entre la violencia y la libertad, y que el recluta acuda a las filas por obediencia a las órdenes del soberano, y porque tema más su indignación que los trabajos de la vida militar. De esta suerte resultará una mezcla de fuerza y voluntad que no ha de tener las malas consecuencias del descontento.

»No quiero decir que un ejército así organizado no pueda ser vencido, porque muchas veces lo fueron los ejércitos romanos, y vencido fue el de Aníbal, lo cual demuestra que no se puede formar un ejército con la esperanza de que sea invencible. Vuestros sabios no deben, pues, juzgar inútil una organización militar porque el ejército

sea vencido alguna vez, sino creer que lo mismo pudo ser vencedor y aplicarse a remediar las faltas que produjeron la derrota. Cuando las averigüen, verán que no consisten en defectos del sistema sino en no haberlo planteado bien.

»En cuanto a que esta organización de la milicia facilite a su jefe usurpar el poder, respondo que los ciudadanos o súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta, ochocientos. Muchos otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos y, cuando no los tienen propios, toman a sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos a apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia a propósito cuando se trata de oprimir a hombres desarmados. Además, el peligro es mayor en los Estados con dos enemigos que con uno, y los que se valen de ejércitos extranjeros temen a la vez a los extranjeros tomados a sueldo y a los ciudadanos, como lo prueba lo antes dicho de Francisco Sforza; mientras los que tienen ejércitos propios sólo temen a los ciudadanos. Prescindiendo de otras muchas razones, alegaré la de que todos los fundadores de repúblicas o reinos han confiado siempre su defensa a los mismos habitantes.

»Si los venecianos hubieran sido tan sabios en esto como en sus demás instituciones, habrían conquistado el mundo; siendo tanto más reprensibles cuanto que sus primeros legisladores les pusieron las armas en las manos. No tenían posesiones continentales, y organizaron fuerzas de mar, donde con sus propios ciudadanos hicieron valerosamente las guerras, engrandeciendo la patria. Cuando después se vieron precisados a guerrear en tierra para defender a Vicenza, en vez de dar el mando en jefe a uno de sus conciudadanos, tomaron a sueldo al marqués de Mantua,[27] determinación funesta que atajó sus aspiraciones de ampliar sus dominios. Si lo hicieron por creer que no sabrían pelear en tierra como en el mar, era creencia errónea, pues es más fácil a un general de marina, llamado a luchar con el agua, el viento y los hombres, ser general en tierra, donde sólo se combate con los hombres, que a un general del ejército mandar los barcos de guerra. Los romanos, que sabían combatir en tierra y no en el mar, cuando tuvieron guerras con los cartagineses, tan poderosos en la mar, no tomaron a sueldo marinos griegos ni españoles, sino encargaron este cuidado a los mismos ciudadanos que militaban en tierra, y vencieron. Si los venecianos obraron así porque no se apoderase del poder algún conciudadano que mandara el ejército, su temor era infundado, pues, además de las razones antes expuestas, hay la de que, si ninguno de los puestos al frente de sus fuerzas marítimas jamás intentó tiranizar una ciudad como Venecia, rodeada del mar, menos pudiera hacerlo el general de un ejército terrestre. Debieron juzgar que no son los ciudadanos armados quienes originan las tiranías, sino las malas instituciones y los malos gobiernos, y donde el gobierno es bueno no hay motivo para temer las armas en manos de los ciudadanos. Tomaron, pues, una determinación imprudente y perjudicialísima a su poder y a su gloria.

»En cuanto al error que comete el rey de Francia no teniendo a su pueblo organizado para la guerra, que es el otro ejemplo aducido, no hay persona desapasionada que no lo juzgue uno de los vicios de organización de aquel reino, y la causa principal de su debilidad.

»Pero esta digresión es demasiado larga, y acaso me haya apartado del asunto. La he hecho para responderos y demostrar que no se puede fundar la seguridad sino en ejércitos propios, y éstos han de organizarse por medio de milicias nacionales, única manera buena de tener fuerza armada en un Estado y de establecer la disciplina militar. Examinando atentamente las instituciones de los primeros reyes de Roma, y en especial las de Servio Tulio, se advierte que la organización por clases es una milicia para poner rápidamente en pie de guerra un ejército que defienda el Estado.

»Volviendo a nuestro asunto, digo que la recluta para el reemplazo de un ejército ya organizado la haría de hombres de diez y siete años, y para un ejército que se forme de nuevo los elegiría desde los diez y siete a los cuarenta, a fin de poder servirme de ellos inmediatamente.

COSME —Tendríais en cuenta los distintos oficios al hacer la elección.

FABRIZIO —Los aludidos escritores los tienen, porque no quieren pajareros, pescadores, cocineros, rufianes, ni, en general, los que se dedican a ocupaciones de puro solaz, prefiriendo, además de los labradores, a los herreros, carpinteros, herradores, carniceros, cazadores y de otros idénticos oficios. Yo no estableceré diferencia entre los oficios en cuanto al valor real de los hombres, sino en cuanto a la utilidad que se puede obtener de ellos; y por esta razón, los campesinos, habituados a los trabajos de la tierra, son los mejores por ser la ocupación que más se adapta a las faenas del ejército. Después conviene tener bastantes herreros, carpinteros, herradores y canteros, porque en muchas circunstancias necesita el ejército operarios de estos oficios, y los soldados que los prestan son, por tanto, de doble aprovechamiento.

COSME —¿En qué se conocen los hombres que son o no buenos para el servicio militar?

FABRIZIO —Habiendo dicho ya algo de la elección de reclutas para reemplazar las bajas naturales de un ejército organizado, me referiré ahora a la organización de una milicia nueva para formar después con ella un ejército. Digo, pues, que las buenas condiciones del que hayas de elegir para soldado se conocen, o por experiencia, si ha ejecutado alguna acción notable, o por conjeturas. Las pruebas de valor no cabe apreciarlas en hombres elegidos de nuevo y que nunca han militado, que son casi la totalidad o todos los reclutados para formar un ejército nuevo. Faltando, pues, la experiencia en este caso, es necesario acudir a las conjeturas, que se forman atendiendo a la edad, el oficio y la constitución física del recluta. Ya hemos hablado de las dos primeras condiciones; falta decir algo de la tercera. Algunos, entre ellos Pirro, han dicho que el soldado debe ser de elevada estatura. César opina que esta condición se suple con la agilidad del cuerpo, la cual puede apreciarse por la conformación y la gallardía del soldado. Dicen los que han escrito de esta materia que conviene tengan los ojos vivos y animados, el cuello nervioso, el pecho ancho, los brazos musculosos, los dedos largos,

poco vientre, las caderas robustas, piernas y pies delgados, condiciones todas que hacen a los hombres ágiles y fuertes, las dos principales cualidades de un soldado. Se cuidará especialmente de que sus costumbres sean honradas; de lo contrario, lo que se elige es un instrumento de escándalo y un principio de corrupción. No habrá quien crea que un hombre disoluto y embrutecido por los vicios es capaz de alguna virtud laudable.

»No creo superfluo, sino necesario, para que comprendáis mejor la importancia del reclutamiento, decir cómo los cónsules romanos, al empezar el ejercicio de su cargo, elegían los soldados para las legiones romanas. Las continuas guerras hacían que en estos reclutamientos entrasen soldados veteranos y bisoños, pudiéndose aplicar la experiencia a los viejos y las conjeturas a los nuevos. Se debe advertir que estas levas se hacen, o para emplear inmediatamente a los reclutas en una guerra, o para ejercitarlos y aprovechar sus servicios en tiempo oportuno. No me refiero ni hablaré más que de estos últimos, porque mi intento es explicar cómo debe organizarse un ejército en un país donde no haya milicia, y, por tanto, donde no cabe formar inmediatamente un ejército, pues donde hay la costumbre de formarlos por mandato del soberano, los reclutas pueden ir en seguida a campaña, como sucedía en Roma y como lo practican hoy los suizos. En el reclutamiento de esta especie entran soldados bisoños y veteranos, y mezclados los nuevos y los viejos, forman un cuerpo de tropas unido y bueno. Sin embargo, cuando los emperadores empezaron a tener constantemente los ejércitos acampados, nombraban maestros para enseñar el ejercicio de las armas a los soldados bisoños, que llamaban *tirones*, como se ve en la vida del emperador Maximino; cosa que se hacía, mientras Roma fue libre, no en el ejército, sino dentro de la ciudad, y esta costumbre de los ejercicios militares para educar a los jóvenes producía que, al ser elegidos para ir a la guerra, tan adiestrados estaban en los simulacros de maniobras militares, que fácilmente se acomodaban a las operaciones de las campañas. Los emperadores abolieron estos ejercicios, y se vieron obligados a reemplazarlos del modo explicado.

»Llegamos a la forma del reclutamiento romano. Los cónsules, encargados de todo lo concerniente a la guerra, queriendo organizar los ejércitos, al empezar a desempeñar su cargo (porque era costumbre que cada uno de ellos tuviera dos legiones formadas exclusivamente de romanos, que eran el nervio de sus tropas) nombraban veinticuatro tribunos militares, adjudicando seis a cada legión, los cuales hacían en ella el oficio de los que hoy llamamos condestables. Reunían después a todos los ciudadanos romanos aptos para llevar las armas, y colocaban separadamente los tribunos de cada legión. En seguida se sorteaban las tribus para determinar en cuál debía empezar la elección; en ella escogían cuatro de los mejores, uno por el tribuno de la primera legión; de los tres restantes, otro por el tribuno de la segunda; de los dos que quedaban, otro por el tribuno de la tercera, y el último correspondía a la cuarta legión. Después se escogían otros cuatro, el primero por el tribuno de la segunda legión, el segundo por el de la tercera, el tercero por el de la cuarta, y el cuarto iba a la legión primera. Después se escogían otros cuatro, el primero para la legión tercera, el segundo para la cuarta, el tercero para la primera, y el cuarto para la segunda. Así continuaba la elección hasta completar las legiones. Como antes decimos, este sistema de reclutamiento podía practicarse para

enviar inmediatamente los soldados a la guerra, pues muchos de los elegidos eran prácticos en la guerra verdadera, y todos ejercitados en la simulada, cabiendo hacer la elección por conjeturas y por experiencia. Pero donde haya de organizarse una milicia de nuevo y ejercitarla a fin de que pueda operar en tiempo oportuno, la elección de los hombres sólo puede hacerse por conjeturas basadas en la edad y en el aspecto de las personas.

COSME —Creo exacto cuanto decís; mas antes de que paséis a otro asunto, deseo preguntaros acerca de una cosa que he recordado al oíros asegurar que, donde no hay costumbre de tener milicias, la elección de los hombres para el ejército se hace por conjeturas. En muchas partes he oído censurar nuestra milicia, sobre todo por lo numerosa, sosteniendo algunos que debía formarse de menos gente, lo cual tendría las ventajas de ser más escogidos y mejores los soldados, no se causarían tantas molestias a los habitantes, y podría darse a los elegidos algún sueldo, mediante el cual servirían más satisfechos y obedientes. Deseo oír vuestra opinión en este punto: si preferís la milicia en grandes o en pequeñas proporciones, y el procedimiento que para elegirla emplearíais en uno u otro caso.

FABRIZIO —La milicia numerosa es, sin duda, más segura y útil; mejor dicho, en ninguna parte se formará buena milicia si no es muy numerosa, y fácilmente refutaré los argumentos alegados en contra de esta opinión. En primer lugar, no por elegir pocos donde la población es numerosa, como en Toscana, la elección es más selecta y mejores los escogidos, porque si a ella se aplica la experiencia, se tropezará con que es aplicable a muy pocos, por ser pocos los que han estado en la guerra y poquísimos los que en ella han tenido ocasión de probar su valor, por el cual merecieran ser elegidos con preferencia a los demás; de suerte que quien elige tiene que prescindir de la experiencia y fiarse de las conjeturas. En este caso quisiera saber a qué regla debo atenerme, si me presentan veinte jóvenes de buena presencia, para escoger a unos y desechar a otros. Todo el mundo convendrá en que lo menos expuesto a equivocaciones, ya que no cabe elegir entre ellos, es armar y ejercitar a los veinte, reservándose preferir a los de más ingenio y valor cuando la práctica de los ejercicios lo demuestre. De modo que, bien mirado, es un error reclutar pocos por tenerlos mejores.

»En cuanto a lo de causar menos molestias a los habitantes, digo que la milicia, sea o no numerosa, no molesta a los ciudadanos, porque no les priva de atender a sus ocupaciones ni les liga de modo que no puedan hacer lo que necesiten, consistiendo su obligación en reunirse los días festivos para ejercitarse, lo cual no perjudica al país ni a los habitantes, y hasta sirve de grata distracción a los jóvenes, que en vez de vagar en dichos días, pasándolos en entretenimientos poco dignos, irán a los ejercicios militares, deleitándose con el hermoso espectáculo del manejo de las armas, siempre agradable a la juventud.

»Respecto a que siendo la milicia nacional escasa podría ser pagada, y así estaría más satisfecha y obediente, respondo que no hay milicia posible con tan pocos hombres como los que constantemente pueden ser pagados, si la paga ha de satisfacerles; por ejemplo, si se forma una milicia de cinco mil infantes, para dar a éstos un sueldo que les

satisfaga, se necesitarán por lo menos diez mil ducados mensuales. En primer lugar, este número de infantes no basta para formar un buen ejército, y la paga es un gasto insoportable para un Estado. Además, resultaría insuficiente para tener a los soldados contentos y obligados a servir en todo caso; de modo que, haciendo esto, gastaríais demasiado, tendríais poca fuerza armada y nunca la necesaria para defenderos o para realizar alguna empresa. Si aumentáis el sueldo o la milicia, mayor será la imposibilidad de pagarla; y si disminuís la paga o reducís el número de hombres, mayor el descontento de éstos y su inutilidad. Por tanto, los que defienden una milicia nacional pagada en tiempo de paz y cuando los milicianos están en sus casas, defienden una cosa inútil e imposible. La paga es indispensable cuando se les lleva a la guerra. En suma, si la organización de la milicia nacional produce algunas molestias en tiempo de paz, lo que no creo, en cambio ocasiona todos los bienes consiguientes a una fuerza bien ordenada en un Estado, sin la cual no hay seguridad para ninguna cosa.

»Afirmo, pues, que quien quiera una milicia poco numerosa por poderla pagar o por cualquiera otra de las razones que habéis expuesto, comete un error. Confirmando mi opinión, cada día disminuirá, por la multitud de impedimentos con que tropiezan los hombres, el número de los alistados, de suerte que el de milicianos quedará reducido a casi ninguno. En cambio, si la milicia es numerosa, podéis a vuestra elección valeros de pocos o de muchos, y debiendo serviros como fuerza efectiva y como reputación, mayor será una y otra cuantos más milicianos haya. Añádese a esto que, siendo el objeto de la milicia tener a los hombres ejercitados, si los alistados son pocos y el país extenso, distan tanto unos de otros, que no pueden, sin grandes molestias y perjuicio, reunirse para los ejercicios y, sin los ejercicios, la milicia es inútil, como oportunamente probaré.

COSME —Basta lo que habéis dicho para contestar a mi pregunta; pero ahora deseo que aclaréis otra duda mía. Dicen algunos que la multitud armada produce confusión, escándalo y desorden en el país.

FABRIZIO —Ésta es otra opinión equivocada, según voy a demostrar. Los ciudadanos armados pueden causar desórdenes de dos modos: o promoviéndolos entre sí, o contra los desarmados. Ambas cosas se evitan fácilmente, cuando la misma milicia no las remedia, como sucede respecto a las perturbaciones en su seno; y sostengo que el dar armas y jefes al pueblo no fomenta, sino impide los desórdenes. Si el país donde ha de ordenarse la milicia es tan poco belicoso que carece de hombres acostumbrados al manejo de las armas y tan unido que no hay en él jefes ni bandos, la milicia lo hará más fuerte contra los extranjeros, pero no creará la desunión, porque en los pueblos bien regidos, los hombres respetan las leyes, lo mismo armados que desarmados. Jamás ocasionan perturbaciones si no las producen los jefes que les dais, y ya diré los medios de evitar este peligro.

»Pero si el país donde vais a organizar la milicia es belicoso y está dividido en bandos, la constitución de la fuerza armada sirve para restablecer el orden; porque, sin ella, tenían armas y jefes, pero armas inútiles para la guerra y jefes promovedores de escándalos, mientras la organización de la milicia les da armas convenientes para guerrear y capitanes dispuestos a sofocar los desórdenes. Si antes de establecerla, los ciudadanos

ofendidos acudían al jefe de su bando, quien, para mantener su reputación, les alentaba a la venganza, no a la paz, lo contrario hará el jefe de la fuerza pública, quitando motivos a los desórdenes y procurando la unión. De tal suerte, allí donde los habitantes están unidos, pero son afeminados, pierden esta mala cualidad y mantienen la unión, y donde viven en confusión y desorden, se ordenan y tranquilizan, resultando en provecho de la patria el valor que empleaban en luchas intestinas. En cuanto al peligro de que los ciudadanos armados opriman a los que no lo están, se debe tener en cuenta que sólo podrían hacerlo mediante los jefes que les gobiernan. Para que estos jefes no puedan promover desórdenes, es necesario cuidar de que no adquieran gran prestigio con sus tropas. El prestigio se alcanza, o naturalmente, o por algún suceso accidental. Para contrarrestar el primero, conviene que el nacido en una localidad no sea jefe de la milicia organizada en ella, sino en otra donde no tenga motivos de particular interés. Respecto a los sucesos accidentales, deben arreglarse las cosas de modo que anualmente sean trasladados los jefes de un mando a otro, porque la continuada autoridad sobre los mismos hombres produce entre el que manda y los que obedecen tanta unión, que fácilmente puede convertirse en perjuicio del príncipe.

»El imperio de los asirios y el de los romanos ofrecen ejemplos de lo útiles que han sido estas traslaciones de jefes donde se han practicado, y lo dañoso de no hacerlas. El imperio asirio vivió mil años sin desórdenes ni guerras civiles, por la costumbre de trasladar anualmente de un mando a otro a los generales que estaban al frente de las tropas. Muy al contrario, en el Imperio romano, extinguida la familia de César, promoviéronse tantas guerras civiles entre los generales de los ejércitos y tantas conspiraciones de éstos contra los emperadores, por tener constantemente los mismos generales al frente de las tropas. Si entre los primeros emperadores, algunos de los que ejercieron el poder con justa fama, como Adriano, Marco Aurelio, Severo y otros, hubieran tenido la previsión de establecer estos cambios de mando de generales, habrían dado, sin duda, al imperio mayores condiciones de estabilidad y de duración, porque los generales hubiesen tenido menos medios para promover desórdenes, los emperadores menos motivos para temerles, y el Senado, no habiendo derecho de sucesión en la dignidad imperial, mayor influencia por la facultad de elegir emperadores, siendo las elecciones más acertadas. Pero ni los buenos ni los malos ejemplos destruyen las malas costumbres engendradas por la ignorancia o la pereza de los hombres.

COSME —No sé si mis preguntas os obligan a apartaros del asunto, porque del sistema de elección hemos pasado a otro orden de ideas, y, si ya no me hubiese excusado, creería merecer alguna reprensión.

FABRIZIO —De ningún modo. Todas estas explicaciones eran indispensables para hablar de la milicia. Censurada por muchos, debía empezar refutando las censuras, puesto que ha de ser la base del reclutamiento o elección de soldados. Antes de pasar a otro punto, diré algo acerca de la elección de los hombres para la caballería. Los romanos la organizaban con los ciudadanos más ricos, teniendo en cuenta los años y la calidad de las personas, y elegían trescientos por legión, de modo que en un ejército consular, la caballería no pasaba de seiscientos hombres.

COSME —¿Organizaríais milicia de caballería para que se ejercitara durante la paz y sirviera en la guerra?

FABRIZIO —Es indispensable, y no se puede obrar de otra manera cuando se quiere tener ejército propio, y no servirse de los que tienen el arte de la guerra por único oficio.

COSME —¿Cómo la elegiríais?

FABRIZIO —Imitaría a los romanos, escogiendo los más ricos, dándoles jefes, como ahora se les dan, armándolos y ejercitándolos.

COSME —¿Creéis que se les debería dar algún sueldo?

FABRIZIO —Sí; pero sólo la cantidad necesaria para mantener el caballo, porque si los soldados tuvieran la obligación de alimentarlo, podrían quejarse de esta carga. Es, por tanto, necesario pagarles el caballo y el gasto que ocasiona.

COSME —¿Qué número de soldados de caballería tendríais, y cómo los armaríais?

FABRIZIO —Ésta ya es otra cuestión que trataré cuando os haya dicho cómo debe armarse la infantería y prepararse para combatir.

---

7 *Vid.* nota de los carta dedicatoria a los *Discursos*.

8 Fabrizio Colonna (1450-1520), famoso capitán mercenario, luchó del lado francés contra tropas papales, italianas y españolas y también del lado papal y español contra los franceses. Hay que tener en cuenta que representó un papel muy importante en la invasión de Carlos VIII de la península itálica. Soderini y Maquiavelo trataron muchas veces de contratarlo, aunque jamás lo consiguieron. Tras la vida militar, se convirtió en feudatario de una región al norte de Nápoles.

9 Se refiere a Fernando el Católico y a la campaña de 1515.

10 El diálogo *El arte de la guerra* se desarrolla narrativamente en los famosos *Orti Oricellari* de Florencia.

11 Se trata de una de las ideas más queridas a Maquiavelo sobre la imitación a los antiguos y que tiene asimismo un lugar metódico en los *Discursos*, en cuyo prólogo también se lamenta que los romanos sólo se hayan imitado en prácticas privadas (la escultura, la medicina, la labor de los juriconsultos) dejando de lado la imitación de su más alta creación, base de toda su civilización: la política. F. Colonna señala que «su» patria (hay continuidad entre la Roma imperial y la Roma contemporánea) pereció por haber dejado de lado precisamente sus prácticas políticas y militares.

12 Se refería a Fabrizio Luscino, cónsul de Roma en el 282 y en el 277 a.C. en la guerra contra Tarento. Adquirió notoriedad por su rectitud y sobriedad.

13 Cosme limita en su argumentación el principio de imitabilidad de los tiempos pasados, punto de vista al que, a través de la teoría de la ocasión, también se sumará Colonna al final de la obra.

14 Los romanos no se dividían en sectas, sino sólo en facciones, que no impedían la vida civil, como, en cambio, ocurría en Florencia.

15 Se trata de una postura muy interesante, pues es un lugar único en el *corpus* maquiaveliano donde une estos dos temas: la posibilidad de la imitación del pasado y la teoría de la ocasión. Hay que señalar que en este texto Maquiavelo, al presentar esta teoría de la ocasión, mantiene una teoría intermedia de la fortuna: la fortuna dispone y, en esa disposición, el hombre hace, y es, por tanto, responsable de lo que hace. Hay que señalar que aquí se encuentren esa teoría intermedia de la fortuna (a veces Maquiavelo da una imagen más determinista; otras, más «voluntarista») y una teoría de la imitabilidad también intermedia o más bien dependiente de esa teoría de la fortuna, cuando lo habitual es que ofrezca una posibilidad completa de imitabilidad. En este caso, F. Colonna ha hecho todo lo que estaba en su mano para que se volviese a los tiempos pasados, pero, lamentablemente, no ha

habido una disposición de la fortuna que le haya dado ocasión de introducir esta reforma.

16 El valor moral de las acciones cambia a tenor de la relación que mantengan con lo público. La vida militar es absolutamente mala si se practica de manera privada; resulta, por el contrario, admisible cuando cae bajo la jurisdicción del Estado.

17 Fachard juzga que, más que a un acontecimiento preciso, Maquiavelo se referiría a los continuos daños que infligieron en el siglo XIV las Compañías de ventura capitaneadas por condotieros extranjeros, como el duque de Urslingen. En cambo, Rinaldi une este pasaje a los saqueos que se produjeron en 1455-1456, tras la paz de Lodi (1454), por las tropas de Jacobo Piccinino,

18 Capital de la región de los Abruzzos, situada en la Italia central, al este de Roma.

19 Marco Atilio Régulo vivió en la primera mitad del siglo III a.C. Fue cónsul en el 267 y en el 256. Cayó prisionero de los cartagineses en la primera guerra púnica. Éstos le dejaron ir a Roma para que negociara su rescate a cambio de prisioneros cartagineses. Al llegar a Roma, convenció a sus compatriotas de que la propuesta no les convenía, pero, como había dado su palabra, regresó a Cartago, donde fue torturado y ajusticiado.

20 Tiberio Sempronio Graco y Cayo Graco Sempronio vivieron entre 151-121 a.C., con lo que Roma estuvo bien organizada del 509 al 121 a.C. El fracaso de las reformas democráticas de los hermanos Graco significó un primer paso de abandono de la república y camino hacia el imperio. Una opinión similar se encuentra en *Discursos*, I, IV.

21 La postura de F. Colonna sobre la profesión militar resulta paradójica. Se trata de una profesión que resulta del todo irrecomendable como actividad puramente privada. Como actividad pública, reconocida por el Estado, sólo es aprobada en el caso de que no sea permanente, como ocurría en Roma antes de las guerras púnicas, pues si se ejerce de modo permanente, como en los tiempos de César y Pompeyo, parece que siempre se derivarán consecuencias incívicas y de amenaza para la comunidad política.

22 Rinaldi considera que esta frase muestra el carácter nostálgico de este escrito, cuyo idealismo es más intransigente y absoluto que en el resto de su producción.

23 Rinaldi conecta esta frase con la polémica antiutópica de *El príncipe*, XV, caracterizada por la búsqueda de la «verità effettuale».

24 Se trata de los dos primeros emperadores, cuyos gobiernos discurren desde 27 a.C. hasta 14 d.C (Octavio Augusto) y entre 14 y 37 (Tiberio César Augusto).

25 Termina la exposición de Fabrizio sobre la dificultad de acomodar los métodos militares clásicos a los nuevos tiempos. Su punto final señala un límite muy grande a la posibilidad de la imitación y da en parte la razón al punto de vista sostenido por Cosme Rucellai al justificar a su abuelo al comienzo de este libro I. Este punto de vista se retomará al final de la obra, en el libro VII.

26 Se refiere a la ordenanza militar de 19 de mayo de 1514, que retomaba la propuesta de Maquiavelo de 1506, suprimida en 1512 tras la caída de Prato. Esta ordenanza organiza un ejército formado por campesinos, directamente al servicio del gobierno, entrenados en tiempos de paz, pero que sólo recibían sueldo en tiempo de guerra. Esta organización ganó gran prestigio tras la definitiva reconquista de Pisa, que perdió por la escasa oposición que presentó a las tropas españolas en Prato.

27 Se trata de Gianfrancesco Gonzaga, quien ayudó a los venecianos en la exitosa conquista de Vicenza, que se produjo en 1404.

LIBRO SEGUNDO

Armas usadas en la Antigüedad. — Infantería romana armada a la ligera o vélites; honda, ballesta, dardo, rodela. — Infantería con armas pesadas; celada, coraza, grebas, brazales, escudo, espada, puñal, pilo. — La pica no la usaban o la usaban poco. — Los griegos fiaban más en las picas y los romanos en la espada y el escudo. — Armas de caballería romana, escudo, espada y lanza. — Armamentos de nuestra época introducidos por los tudescos y los suizos. — Peto de hierro; lanza o pica; alabarda; arcabuz. — Comparación entre las armas de los romanos y las de los tudescos. — Ventajas de aquéllas. — Ejemplos. — Cómo el conde de Carmañola, en tiempo de Felipe Visconti, venció a los suizos. — Infantería española de Gonzalo de Córdoba y tudesca de monseñor Aubigny. — Debe escogerse lo mejor de las armas romanas y de las tudescas. — La caballería moderna es preferible a la antigua. — La infantería es más útil que la caballería. — Ejemplo de Tigranes y de sus *catafrattes*. — Caballería de los partos. — En qué y cómo la infantería es superior a la caballería. — Ejercicios militares en la Antigüedad: para hacer a los soldados ágiles, diestros y fuertes: para aprender a manejar las armas: ejercicio del palo, del arco y de la honda. — Ejercicios que el autor propone; de la ballesta; del arco; de la escopeta; de la natación. — Ejercicios de la caballería en la Antigüedad. — Ejercicios de los jurados en algunas ciudades de Poniente. — Modo de organizar un ejército. — Brigadas de diez batallones que el autor propone y describe. — Qué entiende el autor por escuderos u hombres con escudos, picas ordinarias, vélites ordinarios, picas extraordinarias, y vélites extraordinarios. — Capitán general, condestables, centuriones, decuriones, banderas y trompetas. — Ejercicios de brigada y de batallón. — Simulacros de batallas. — La buena organización y no los hombres valientes es lo que hace un ejército valeroso. — Cómo se mantienen las filas en los ejercicios de batallón. — Tres clases principales de formación: la cuadrada, la cornuda y la con plaza en el centro. — Dos modos de organizar la formación cuadrada. — Para reorganizar las filas rotas, conviene señalar puestos fijos a los soldados y usar contraseñas. — Contraseñas de la bandera, de los cabos y de los soldados. — Cómo cambia un batallón rápidamente para convertir los flancos o la retaguardia en frente y éste en flancos o retaguardia. — Formación cornuda de los batallones: cómo se convierte en formación con plaza en medio. — Formación a manera de cruz, usada por los suizos. — Cómo han de ejercitarse los piqueros y los vélites extraordinarios. — Carros que debe tener cada pabellón. — Utilidad de haber muchos decuriones, de la bandera y de la música. — Por qué en tiempo del autor estaba en tanta decadencia el ejercicio de las armas. — La caballería moderna es tan fuerte como la antigua, si no más. — Cómo debernos armar a la caballería ligera y a los hombres de armas.

FABRIZIO —Una vez elegidos los soldados, lo necesario en mi opinión es armarlos, y para ello me parece lo más conveniente estudiar las armas que usaban los antiguos y escoger de ellas las mejores. Dividían los romanos su infantería, atendiendo al armamento, en pesada y ligera. Los hombres armados a la ligera llamábanse vélites, y esta denominación comprendía a los combatientes con hondas, ballestas y dardos, llevando por defensa casco y rodela. Combatían fuera de filas y a alguna distancia de la infantería pesada, que llevaba por armas celadas cuyos extremos caían hasta los hombros, coraza con falda o bandas que llegaban hasta las rodillas y las piernas y brazos cubiertos con grebas y brazales. Llevaban escudo largo como de dos *brazos* y uno de ancho, cercado de hierro en la parte superior, para resistir los golpes, y en la inferior, para que no se estropeara al chocar contra el suelo. Como armas ofensivas usaban espada de brazo y medio de largo suspendida al costado izquierdo, y en la cintura, a la derecha, un puñal. Con la diestra empuñaban un dardo llamado *pilo*, que, al empezar el combate, arrojaban contra el enemigo. Tales eran las armas con las cuales los romanos conquistaron el mundo.

»Algunos escritores antiguos añaden a las citadas una pica en forma de venablo llevada en la mano, pero no sé cómo podrían manejar tan pesada arma usando escudo,

porque éste impediría hacerlo con ambas manos, y con una poco podía hacerse de provecho, dado el peso de la pica. Además, combatir con pica en formación cerrada es inútil, si no está el que la lleva en primera fila, donde hay espacio para extenderla, cosa imposible en las demás filas. Y como en la formación de los batallones, según diré al tratar de ella, debe procurarse estrechar las filas, por ser esto menos malo que espaciarlas, cosa evidentemente peligrosísima, toda arma que tenga más de dos brazos de largo, en la estrechez de las filas es inútil, porque si la empuñáis con ambas manos, para que no os estorbe el escudo, no podéis ofender al enemigo que tenéis encima, y si la usáis con una mano, para valeros del escudo, habéis de hacerlo por la mitad del asta, y la parte posterior, tropezando con los que están a vuestra espalda, impedirá el manejo del arma.

»Para persuadiros de que los romanos no usaron tales picas o las usaron muy poco, leed en la historia de Tito Livio la descripción de las batallas y veréis que rarísima vez se mencionan las picas, pues casi siempre dice que, lanzados los pilos, ponían mano a las espadas. Prescindo, pues, de la pica y me atengo a la espada como arma ofensiva de los romanos, y al escudo y las demás citadas, como defensivas.

»No usaban los griegos tan pesadas armas de defensa como los romanos; fiaban más para la ofensiva en la pica que en la espada, especialmente las falanges de Macedonia, armadas con picas de diez brazos de largo, llamadas *sarisses*, con las cuales rompían las filas enemigas, sin perder el orden de formación de la falange. Aunque algunos escritores dicen que también usaban escudo, no creo, por las razones expuestas, que pudieran valerse a la vez de ambas armas. Además, en la narración de la batalla que dio Paulo Emilio contra el rey de Macedonia Perseo, no recuerdo que se diga nada de escudos sino solamente de sarisses o picas y de lo mucho que estas armas dificultaron la victoria a los romanos. Creo, pues, que la falange macedónica estaría organizada como lo está hoy un batallón suizo, que fía a las picas todo su esfuerzo y poder.

»Además de las armas, llevaba la infantería romana penachos, adorno que da a los ejércitos un aspecto bello para los amigos y atemorizador para los enemigos. En los primeros tiempos de Roma, la caballería no usaba más armas defensivas que un escudo redondo y un casco que cubría la cabeza; el resto del cuerpo estaba indefenso. Las ofensivas eran la espada y una pica larga y delgada herrada únicamente en uno de sus extremos. Esta pica impedía al soldado mantener firme el escudo y en la lucha se quebraba, quedando el jinete desarmado y expuesto a los golpes del enemigo. Andando el tiempo, la caballería fue armada como la infantería, pero con el escudo más pequeño y cuadrado y la pica más gruesa y herrada en los dos extremos; de modo que, al quebrarse, podía defenderse el jinete con el trozo que le quedaba en la mano. Con esas armas, repito, la infantería y la caballería romanas conquistaron el mundo, y, por los resultados, debe creerse que nunca ha habido ejércitos mejor armados. De ello da fe diferentes veces Tito Livio en su historia cuando compara los ejércitos romanos con los de sus enemigos, diciendo: «Pero los romanos, por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina eran superiores.» A causa de esta superioridad he hablado con más extensión de las armas de los vencedores que de las de los vencidos.

»Réstame hacerlo de las armas actuales.

»Lleva la infantería para su defensa peto de hierro, y para ofender, una lanza de nueve brazos de largo que llaman pica, y una espada al costado izquierdo, más redondeada que aguda en la punta. Éste es el modo ordinario de armar a la infantería actualmente, siendo pocos los que llevan defendidos la espalda y los brazos y ninguno la cabeza. Estos pocos, en vez de pica, usan alabarda, cuya asta, como sabéis, es de tres brazos de largo y el hierro tiene forma de hacha. Entre ellos van los escopeteros, quienes con sus disparos hacen el mismo efecto que antiguamente los honderos y ballesteros. Esta manera de armar los ejércitos la han puesto en práctica los alemanes, y, sobre todo, los suizos, que siendo pobres y queriendo ser libres, se veían obligados a luchar contra la ambición de los príncipes de Alemania, bastante ricos para mantener caballería, cosa imposible a ellos por su pobreza. Peleando a pie y queriendo defenderse del enemigo a caballo, tuvieron que acudir al sistema militar de los antiguos y apelar a armas que los defendieran del ímpetu de la caballería. Esta necesidad les ha hecho mantener o restablecer la antigua organización militar, sin la cual la infantería es completamente inútil, y adoptar la pica como arma utilísima, no sólo para resistir a la caballería, sino para vencerla. Tal organización y tal clase de armas han dado a los tudescos tanta audacia, que quince o veinte mil de ellos no temen atacar a la caballería más numerosa, como lo han probado repetidas veces en los últimos veinticinco años, siendo tan evidentes los ejemplos de las ventajas de esta organización y de estas armas, que, después de la venida del rey Carlos VIII a Italia, todas las naciones las han copiado y los ejércitos españoles han adquirido, por este medio, grandísima reputación.

COSME —¿Qué armamento os parece mejor, el de los tudescos o el de los antiguos romanos?

FABRIZIO —El romano, sin duda alguna. Explicaré lo bueno y lo malo de cada uno de ellos. La infantería tudesca, conforme está armada, puede resistir y vencer a la caballería, y, por no llevar armas pesadas, camina más fácilmente y con mayor rapidez se forma en batalla; en cambio, al carecer de armas defensivas, está más expuesta de cerca y de lejos a los golpes del enemigo, es inútil para los sitios de plazas fuertes y resulta vencida en los combates donde el enemigo oponga tenaz resistencia. Los romanos resistían y vencían la caballería como los tudescos y, por cubrirse el cuerpo con armas defensivas, librábanse bien de lejos y de cerca de los golpes del enemigo. A causa de sus escudos, era su choque más violento, rechazando mejor el del contrario, y en los combates cuerpo a cuerpo valía mucho más su espada que la pica de los alemanes, quienes llevan también esta arma; pero, como no usan escudo, resulta ineficaz. Teniendo aquéllos la cabeza cubierta con casco y pudiéndola cubrir además con el escudo sin gran riesgo, asaltaban las fortalezas. El único inconveniente de su armamento era el peso y la fatiga de llevarlo, pero lo soportaban acostumbrando el cuerpo a esta molestia y a sufrir los trabajos más rudos. Bien sabéis que la costumbre aminora o destruye los inconvenientes de hacer las cosas.

»No se debe olvidar que la infantería tendrá que combatir, o con otra infantería o con caballería, y siempre será inútil la que no pueda resistir a la caballería, o, pudiendo,

tema pelear con otra infantería mejor armada y mejor ordenada. Ahora bien: si comparáis la infantería tudesca y la romana, encontraréis en la primera aptitud, como hemos dicho, para resistir a la caballería y gran desventaja si tiene que combatir con infantería organizada como ella y armada como la romana. Habrá, pues, entre ambas la diferencia de que los romanos podrían vencer a la infantería y a la caballería, y los tudescos, sólo a la caballería.

COSME —Deseo que probéis vuestra opinión con algún ejemplo para comprenderla mejor.

FABRIZIO —Repetidamente encontraréis en nuestra historia casos en que la infantería romana ha vencido numerosa caballería, y nunca fue vencida por otra infantería a causa de la insuficiencia de sus armas o superioridad de las del enemigo; pues si sus armas hubieran sido imperfectas, ocurriese necesariamente una de dos cosas: o encontrar otras tropas mejor armadas, en cuyo caso no adelantaran en sus conquistas, o adoptar el armamento extranjero, renunciando al suyo. No hicieron ninguna de ambas cosas, luego el suyo era superior a todos.

»No ha sucedido esto a la infantería tudesca, porque se le ha visto dar mal resultado algunas veces que combatió con infantería tan tenaz y disciplinada como ella, sucediendo así a causa del mejor armamento de los enemigos. Atacado Felipe Visconti, duque de Milán, por diez y ocho mil suizos, envió contra ellos al conde de Carmañola, que era entonces el general de su ejército. Fue éste a su encuentro con seis mil caballos y poca infantería; dioles batalla, y lo derrotaron con grandes pérdidas. Carmañola, que era hombre hábil, conoció en seguida la superioridad de las armas enemigas para combatir contra la caballería y la inferioridad de los caballos contra infantería tan bien ordenada. Reunió entonces todas sus tropas, fue de nuevo contra los suizos, y, cuando estuvo cerca de ellos, dio orden de desmontar a sus hombres de armas. Combatiendo a pie, mataron a todos los enemigos, a excepción de unos tres mil, que, al verse perdidos, arrojaron las armas y se rindieron.

COSME —¿Cuál fue la causa de tan gran desventaja?

FABRIZIO —Os la he dicho hace poco; pero si no la habéis comprendido, la repetiré. La infantería tudesca, desarmada para la defensa, según lo he manifestado, tiene para ofender la pica y la espada. Con tales armas y su acostumbrado orden de batalla ataca a los enemigos; pero si éstos, cubiertos con armaduras, como lo estaban los hombres de armas que Carmañola hizo apear, se arrojan sobre los contrarios espada en mano, cual se lanzaron contra los suizos, una vez vencida la dificultad de alcanzarlos y de entrar en sus filas, combaten con completa seguridad, porque en la lucha cuerpo a cuerpo el tudesco no puede valerse de la pica, demasiado larga en tales casos, y necesita echar mano a la espada, recurso inútil en un hombre sin armadura contra otro que se defiende con ella. Comparando las ventajas e inconvenientes de ambos sistemas, se verá que el soldado sin armas defensivas está perdido cuando el enemigo ha resistido el primer choque, librándose de las puntas de las picas, cosa no difícil cuando va cubierto de hierro. Los batallones avanzan hasta que necesariamente chocan, llegando al combate personal, y aunque algunos caen muertos o derribados por las picas, los que quedan en pie son

bastantes para alcanzar la victoria. Por ello venció Carmañola a los suizos causándoles tan terribles pérdidas, y sufriendo él muy pocas.

COSME —Considerad que los de Carmañola eran hombres de armas, y aunque combatieran a pie, iban cubiertos de hierro, lo cual ocasionó su victoria. Creo, pues, que para obtener igual éxito sería preciso una infantería armada de igual modo.

FABRIZIO —No creeréis tal cosa si recordáis lo que he dicho de cómo iban armados los romanos, porque un soldado de infantería que lleva a la cabeza un casco de hierro, defendido el pecho con la coraza y el escudo, y cubiertos también los brazos y las piernas, está en mejor disposición para contrarrestar el ataque de las picas y meterse en las filas enemigas que un hombre de armas a pie. Citaré al efecto un ejemplo moderno. Pasó de Sicilia al reino de Nápoles infantería española para unirse a Gonzalo de Córdoba,[28] sitiado en Barletta por los franceses. Salió a su encuentro monseñor de Aubigny[29] con sus hombres de armas y unos cuatro mil infantes tudescos. Vinieron a las manos, y los tudescos con sus picas bajas abrieron las filas de los españoles; pero valiéndose éstos de sus broqueles y de la agilidad de sus cuerpos, se metieron entre los tudescos para combatirlos con la espada, mataron a casi todos ellos y alcanzaron la victoria. Todo el mundo sabe cuántos tudescos murieron en la batalla de Rávena por la misma causa; es decir, porque los españoles se acercaron hasta poder combatir con la espada a la infantería alemana, y habrían acabado con ella si la caballería francesa no hubiera acudido en su auxilio; lo cual no impidió a los españoles cerrar filas y retirarse a lugar seguro. En conclusión: la buena infantería debe saber y poder rechazar lo mismo las tropas de a pie que las de a caballo, cosa que, según he repetido varias veces, depende del armamento y la organización.

COSME —Decid, pues, cómo la armaríais.

FABRIZIO —Adoptaría las armas romanas y las tudescas para que la mitad fueran armados como los romanos, y la otra mitad, como los alemanes; por ejemplo: de seis mil infantes, tendría tres mil armados con escudos a la romana, dos mil con picas, y mil arcabuceros a la tudesca. Pondría las picas al frente de los batallones donde más temiera el ataque de la caballería y me serviría de los armados con escudos y espadas para sostener a los de las picas y asegurar la victoria, como lo probaré más adelante. Un cuerpo de infantería así organizado, sería, a mi entender, superior a todos los que hoy existen.

COSME —Respecto a la infantería, basta lo dicho; ahora deseamos saber cuál armamento conceptuáis mejor para la caballería: el actual, o el antiguo.

FABRIZIO —Creo que en estos tiempos se va más seguro a caballo con las sillas de arzones y los estribos, no usados en la Antigüedad. Creo que nuestros jinetes están mejor armados y que con más dificultad se resiste hoy el choque de un escuadrón de hombres de armas, que se resistía antiguamente el de la caballería romana. A pesar de ello, opino que ahora no se debe apreciar tanto la caballería como se estimaba en la Antigüedad, pues, según antes he dicho, muchas veces ha sido vencida por la infantería, y lo será siempre que esta fuerza tenga las armas y la organización que he referido. Disponía el rey de Armenia, Tigranes, contra el ejército romano que mandaba Lúculo, de ciento

cincuenta mil hombres de caballería; muchos de ellos, llamados *catafrattes*, estaban armados como nuestros hombres de armas. El ejército romano constaba de unos seis mil jinetes y veinticinco mil infantes, por lo cual dijo Tigranes al ver al enemigo: «Esa caballería sólo es bastante para una embajada». Sin embargo, al llegar a las manos, el ejército del rey fue vencido, y el historiador que describe esta batalla considera a los catafrattes como inútiles, pues dice que, llevando la cara cubierta, apenas podían ver y ofender al enemigo, y el peso de sus armas les impedía, una vez caídos, levantarse y valerse de sus personas.

»Las repúblicas o los reinos que prefirieron la caballería a la infantería, siempre han sido débiles y han estado expuestas a toda clase de contratiempos, como sucede a Italia en nuestros días, invadida, robada y arruinada por los extranjeros en castigo del pecado de no cuidarse de su infantería y de ser casi todos sus soldados de caballería. Debe tenerse caballería, pero como elemento secundario, y no el principal del ejército. Es utilísima y necesaria para las descubiertas, para las correrías y devastaciones del país enemigo, para tener en continua alarma a los oponentes e interceptarles las provisiones; pero en las batallas campales, que son las operaciones principales de la guerra y el fin con que se organizan los ejércitos, su mejor servicio es la persecución del enemigo, una vez derrotado, siendo en todo lo demás muy inferior a la infantería.

COSME —Me asaltan dos dudas: una nace de saber que los partos hacían la guerra sólo con caballería, y, sin embargo, se dividieron la dominación del mundo con los romanos; otra, cómo puede resistir la infantería a la caballería, y de qué proviene la fuerza de ésta y la debilidad de aquélla.

FABRIZIO —He dicho, o al menos he querido deciros, que mis explicaciones sobre el arte militar no traspasaban los límites de Europa. Siendo así, no me creería obligado a razonar lo ocurrido en Asia; sin embargo, diré que el ejército de los partos era completamente distinto del de los romanos. Todo él estaba formado de caballería, y combatía confusa y desordenadamente y con la mayor inestabilidad. Los romanos iban casi todos a pie y peleaban uniendo sus filas y concentrando las fuerzas. Unos u otros vencieron, según fuera espacioso o estrecho el terreno en que operaban. El primero era favorable a los partos, el segundo, a los romanos. En aquél demostraron los partos la superioridad de su organización militar en correspondencia a la región que defendían, la cual era extensísima, distante más de mil millas del mar, cruzada por varios ríos apartados unos de otros dos o tres jornadas, casi despoblada, de suerte que un ejército romano, pesado y lento en las marchas por su armamento y organización, no podía caminar sin grave daño, mientras los defensores del país iban a caballo y recorrían con la mayor facilidad largas distancias, estando hoy en un sitio y al día siguiente a cincuenta millas de él. Así se comprende que los partos, sólo con caballería, pudiesen destruir el ejército de Craso y poner en grave riesgo el de Marco Antonio.

»Pero, como os he dicho, no es mi propósito tratar de las fuerzas militares fuera de Europa, sino de la organización de los ejércitos romanos y griegos, y de la que actualmente tienen los alemanes.

»Vengamos ahora a vuestra segunda duda. Deseáis saber qué causas o qué

condición natural hace a la infantería superior a la caballería. En primer lugar, los caballos no pueden andar, como los hombres, por todas partes; los movimientos de la caballería en las maniobras son más tardíos que los de la infantería, pues si, avanzando, es preciso retroceder, o retirándose avanzar, o moverse estando parados, o en marcha detenerse de pronto, los caballos no lo hacen con tanta exactitud y precisión como los infantes. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con dificultad vuelve a ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto sucede rara vez a la infantería. También ocurre con frecuencia que un hombre valeroso monta un caballo cobarde, y un soldado tímido va sobre un caballo valiente. Esta disparidad de ánimo entre el hombre y el caballo contribuye al desorden.

»No debe admirar a nadie que un pelotón de infantería resista el empuje de la caballería, porque el caballo es un animal sensato, conoce el peligro y no se expone a él voluntariamente. Si se tiene en cuenta la fuerza que le hace avanzar y la que le obliga a retroceder, verase que ésta es mayor que aquélla; porque si las espuelas lo excitan a correr, el aspecto de las picas y las espadas le detiene. Por ello hay muchos ejemplos antiguos y modernos de permanecer seguro e invencible un pelotón de infantería atacado por caballería. Si se arguye que la impetuosidad con que corre el caballo hace su choque más terrible para quien se exponga a recibirlo y obliga al animal a no cuidarse tanto de las picas como de las espuelas, contestaré que, cuando el caballo vea que corre a chocar con las puntas de las picas, espontáneamente refrenará la carrera y, al sentir que le pinchan, se parará en firme o volverá a la izquierda o a la derecha del obstáculo que encuentra. Si queréis hacer la prueba, obligadle a correr contra un muro; rara vez sucederá, aunque vaya al galope, que choque con él. Cuando César tuvo que combatir con los helvecios en la Galia, se apeó e hizo apearse a toda su caballería, y ordenó apartar los caballos del campo de la lucha, como cosa más a propósito para huir que para combatir.

»A pesar de estos inconvenientes, propios de la caballería, el jefe que mande un cuerpo de infantería debe escoger caminos inaccesibles a los caballos, y rara vez ocurrirá que no pueda librarse de sus ataques sólo por la disposición del terreno. Si se camina por colinas, nada hay que temer de la impetuosidad de la caballería; y si por las llanuras, pocos serán las que no ofrezcan, con bosques y plantaciones, medios de segura defensa, pues cualquier vallado, cualquier zanja, por pequeños que sean, cualquier cultivo donde haya viñas o arbustos, impiden la carrera del caballo. Lo mismo se presentan estos obstáculos en las marchas que en las batallas, y hacen imposibles las cargas de caballería. No olvidaré, sin embargo, deciros que los romanos estimaban tanto la superioridad de su organización y de sus armas, que, si en un día de batalla podían elegir entre un sitio áspero que les preservara de los ataques de la caballería, pero donde no pudieran desplegar cómodamente sus fuerzas, y uno llano y fácil para las acometidas de los caballos enemigos, pero donde ellos pudieran maniobrar, siempre preferían éste.

»Dicho ya lo que debe imitarse de los antiguos y de los modernos para armar la infantería, pasemos a los ejercicios y veamos los que los romanos obligaban a hacer a su infantería antes de que la llevaran a los campos de batalla. Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero de ejercitarlos,

porque sin ello no hay soldado bueno. Estos ejercicios tendrán tres objetos: uno, endurecer el cuerpo, acostumbrarlo a sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y su destreza; otro, enseñar al soldado el manejo de las armas; y otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponda en el ejército, lo mismo en las marchas que en los combates y en los campamentos; las tres principales operaciones de todo ejército, porque si camina, acampa y combate ordenada y metódicamente, su general será bien juzgado aunque no consiga la victoria.

»Las leyes y las costumbres establecieron estos ejercicios en las repúblicas antiguas, donde se practicaban en todas sus partes. Los jóvenes adquirían la agilidad corriendo a competencia; la destreza, saltando; la fortaleza, luchando o arrancando palos clavados en tierra. Las tres cualidades son necesarias a un buen soldado: la velocidad le permite adelantarse al enemigo para ocupar un punto importante, para sorprenderlo y para perseguirle después de derrotado; la destreza, esquivar los golpes del contrario y saltar una zanja o un parapeto; y la fortaleza, llevar fácilmente las armas y rechazar al enemigo o resistir su empuje. Habituaban el cuerpo, especialmente a sufrir los trabajos más rudos, llevando pesadas cargas. Esta costumbre es indispensable, porque en las expediciones difíciles conviene muchas veces que los soldados lleven, además de las armas, víveres para muchos días, y no podrían hacerlo sin estar habituados a soportar peso, lo cual sería un inconveniente grave para evitar un peligro o alcanzar alguna brillante victoria.

»Para el manejo de las armas hacían los siguientes ejercicios. Daban a los jóvenes armas el doble más pesadas que las ordinarias; por espada, un palo revestido de plomo, de mucho más peso que aquélla. Obligaban a cada uno a clavar una estaca en tierra, dejando fuera de ella un trozo como de tres brazos de alto, tan firmemente fijado, que los golpes ni lo rompieran ni lo torcieran, y contra dicha estaca se ejercitaban los jóvenes con el escudo y el palo emplomado como contra un enemigo, dirigiendo sus golpes a veces como para herirlo en la cabeza o en el rostro, a veces como para atravesarle el pecho o romperle las piernas; ora retirándose, ora avanzando. Servíales este ejercicio para aprender a cubrirse con el escudo y a herir el enemigo, y lo pesado de las armas simuladas, para que las verdaderas les parecieran después más ligeras. Procuraban los romanos que sus soldados hiriesen a estocadas mejor que a cuchilladas, porque el golpe de punta es más grave, más difícil de parar, menos expuesto a que se descubra quien lo da, y más fácil de repetir.

»No os admire que los antiguos tuvieran en cuenta estos mínimos detalles, porque cuando se trata de los combates cuerpo a cuerpo, cualquier pequeña ventaja es de gran importancia, y los escritores dicen de esto mucho más de lo que yo os refiero.

»En la Antigüedad, lo mejor para una república era tener muchos hombres ejercitados en las armas, porque no es el esplendor de las piedras preciosas o del oro lo que hace someterse al enemigo, sino el temor a las armas. Además, los errores en muchos asuntos pueden a veces enmendarse; pero en la guerra es imposible, por lo inmediato de la pena. Por otra parte, el saber combatir aumenta la audacia de los hombres, puesto que nadie teme hacer aquello que ha aprendido.

»Querían, pues, los antiguos que los ciudadanos se adiestraran en el ejercicio de las

armas, y les hacían lanzar, contra la estaca clavada en el suelo, dardos más pesados que los ordinarios, cuyo ejercicio servía para que aprendieran a dirigirlos y para aumentar la agilidad y la fortaleza de los brazos. Enseñábanles también a disparar con arco y con honda, y para todas estas enseñanzas tenían instructores; de modo que, cuando se hacía la recluta para ir a la guerra, los elegidos eran ya soldados por el valor y la instrucción militar; lo único que les faltaba era aprender la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates, de lo cual se enteraban pronto al entremezclarse con los soldados veteranos, que desde hacía tiempo la practicaban.

COSME —¿Qué ejercicios ordenaríais ahora a los soldados?

FABRIZIO —Bastantes de los ya citados, como la carrera, la lucha, los saltos, el uso de armas más pesadas que las ordinarias, el tiro con ballesta y con arco, a los cuales añadiría el de arcabuz, arma nueva que, como sabéis, es necesaria. Toda la juventud de mi Estado se acostumbraría a estos ejercicios; pero muy especialmente la parte de ella escogida para la guerra, dedicando a dicha ocupación los días de fiesta. Desearía también que aprendiesen a nadar, cosa muy útil, porque no siempre hay puentes o barcos en los ríos, y el ejército que no sabe nadar pierde muchas ventajas y ocasiones de operar útilmente. Los romanos escogieron el campo de Marte para los ejercicios de la juventud, porque estaba inmediato al Tíber, y cuando le agobiaba el cansancio en tierra, se echaba al agua para restaurar las fuerzas y practicar la natación. También ordenaría, como los antiguos, ejercicios especiales para los hombres destinados a la caballería, cosa indispensable, porque no sólo necesitan saber montar, sino también valerse de sus armas a caballo. Para esto tenían caballos de madera, sobre los cuales se adiestraban los jóvenes montando en ellos armados y desarmados, sin ayuda alguna y por ambos lados, con lo cual se conseguía que, a la orden del capitán, los soldados de caballería estuviesen inmediatamente a pie o a caballo.

»Estos diversos ejercicios, que entonces eran fáciles, no serían ahora difíciles para una república o un príncipe que ordenara a la juventud practicarlos, como por experiencia se ve en algunas ciudades de Poniente, donde se ha conservado esta costumbre. Dividen en ellas los habitantes en varias agrupaciones, y cada una toma el nombre de la clase de armas que emplea en la guerra, de modo que, usando las picas, alabardas, arcabuces y arcos, llámanse piqueros, alabarderos, arcabuceros y arqueros, dejando a voluntad de los habitantes pertenecer a cualquiera de estas agrupaciones, pero siendo obligatorio formar parte de alguna de ellas. Como por la edad o cualquier otro impedimento, no todos son aptos para la guerra, eligen algunos en cada agrupación, a los que llaman *Jurados*, y éstos tienen obligación de ejercitarse todos los días festivos en el arma de que toman el nombre y en la plaza o local que al efecto tienen destinado en la ciudad. Los que, perteneciendo a las agrupaciones, no son Jurados, abonan los gastos que estos ejercicios ocasionan. Lo que se hace en esas ciudades, podríamos hacerlo nosotros; pero nuestra escasa prudencia nos impide tomar resoluciones acertadas. A causa de estos ejercicios, la infantería en la Antigüedad era buena, y los de Poniente la tienen mejor que la nuestra.

»Los romanos la adiestraban, o en las poblaciones, sin alejarse de sus moradas los

ciudadanos, como lo hacía la república, o en el seno de los ejércitos, como lo hicieron los emperadores por motivos antes expuestos; pero nosotros, ni queremos ejercitar a nuestros soldados en las ciudades, ni podemos hacerlo en el ejército, porque no lo forman súbditos nuestros, ni cabe obligarles a otros ejercicios que los que quieran practicar; todo lo cual ha sido causa de que se descuide, primero, la enseñanza del soldado, y después la formación de los ejércitos, y de que los reinos y repúblicas, especialmente en Italia, lleguen a extrema debilidad.

»Pero volvamos a nuestro asunto, y continuemos la explicación de los ejercicios. No basta para organizar un buen ejército tener hombres endurecidos en las fatigas y haberlos hecho vigorosos, ágiles y diestros; se necesita que aprendan a estar en filas, a obedecer las señales, los toques y las voces de los jefes, estar a pie firme, retirarse, avanzar, combatir y caminar, porque sin esta disciplina, cuidadosamente observada y practicada, nunca habrá ejército bueno. No cabe duda de que los hombres valerosos, pero desordenados, son más débiles en conjunto que los tímidos disciplinados, porque la disciplina aleja el temor y el desorden inutiliza la valentía.

»A fin de que comprendáis mejor lo que voy a explicar, os diré primeramente que todas las naciones, al organizar sus hombres para la guerra, han formado un núcleo principal en el ejército o en la milicia, más vario en el nombre que en el número de soldados, pues siempre ha sido de seis a ocho mil hombres. A este núcleo o unidad llamaron los romanos *legión*; los griegos, *falange*; los galos, *caterva*. En nuestros tiempos, los suizos, por ser los únicos que han conservado alguna sombra de las antiguas instituciones, le llaman en su lengua lo que en la nuestra equivale a *brigada*. Cada nación ha dividido después este núcleo en diferentes batallones, organizándolos de distintas maneras. Usaré, pues, el nombre de brigada como el más conocido, y después explicaré su organización antigua y moderna, y la mejor manera de ordenarla.

»Los romanos dividían la legión, compuesta de cinco o seis mil hombres, en diez cohortes; y opino que nuestras brigadas se dividan en diez batallones, formándolas seis mil hombres de infantería. Cada batallón debe tener cuatrocientos cincuenta soldados, cuatrocientos con armas pesadas, y cincuenta, ligeras; de los primeros, trescientos con escudos y espadas, que se llamarán *escudados*, y ciento con picas, que recibirán el nombre de *piqueros ordinarios*.

»Las tropas ligeras de cada batallón serán cincuenta infantes armados con arcabuces, ballestas, partesanas y rodelas. Aplicándoles su antiguo nombre, los llamaré *vélites ordinarios*. Tendrán, pues, los diez batallones tres mil escudados, mil piqueros ordinarios y quinientos vélites ordinarios; en suma, cuatro mil quinientos infantes.

»Para que la brigada llegue a tener seis mil hombres, como hemos dicho, es preciso añadir mil quinientos soldados, y de ellos pondría mil con picas, a quienes llamaría *piqueros extraordinarios*, y quinientos con armas ligeras tendrían por nombre *vélites extraordinarios*. En esta forma organizaría mi infantería, la mitad con escudos y la otra mitad, con picas y las demás armas.

»Para cada batallón tendría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones, y los vélites ordinarios, a las órdenes de un jefe y cinco decuriones. Las mil

picas extraordinarias irían al mando de tres condestables, diez centuriones y cien decuriones, y los vélites extraordinarios, a las órdenes de dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones.

»Nombraría después un general de la brigada. Cada batallón tendría bandera y cornetas.

»La brigada constaría, por tanto, de diez batallones formados por tres mil escudados, mil piqueros ordinarios, mil extraordinarios, quinientos vélites ordinarios y quinientos extraordinarios, sumando en todo seis mil hombres, entre ellos mil quinientos decuriones y, además, quince condestables o jefes de batallón con quince bandas de trompetas y quince banderas, cincuenta y cinco centuriones, diez jefes de vélites ordinarios y un jefe de la brigada con su bandera y sus trompetas. He insistido en explicar esta organización a fin de que no os confundáis cuando hable de la manera de ordenar las brigadas y los ejércitos.

»El rey o la república que quiera tener a sus súbditos o ciudadanos dispuestos para la guerra, debe organizarles de este modo y con las citadas armas, formando en su país tantas brigadas como sea posible.

»Una vez ordenados del modo que he dicho, bastará ejercitarlos batallón por batallón. Aunque por el número de hombres que constituye cada uno de estos cuerpos no pueda decirse que forma verdadero ejército, sin embargo, cada soldado puede aprender lo que a él especialmente le atañe, porque en los ejércitos hay dos clases de maniobras, las que deben hacer los soldados en cada batallón y las de los batallones cuando forman parte del ejército. Los hombres que saben hacer las primeras, con facilidad ejecutan las segundas; pero sin conocer prácticamente aquéllas, jamás se llega a comprender éstas.

»Cada batallón puede aprender sólo a mantenerse ordenado en cualquier clase de movimiento o de terreno, y después a formar en batalla, a distinguir los toques de mando de las trompetas durante el combate, como los galeotes el silbido, conociendo por estos sonidos cuándo debe detenerse o avanzar o retroceder, o el punto adonde han de dirigir las armas y la vista. Sabiendo, pues, mantener la formación de modo que ni el sitio ni los movimientos la descompongan, comprendiendo bien las órdenes del jefe por los toques de mando de las trompetas, y adiestrado para ocupar con rapidez cada cual su puesto, fácilmente aprende cada batallón, cuando se une a otros, las maniobras propias de un ejército.

»No carecen de importancia estas prácticas de conjunto y deben reunirse los batallones de cada brigada una o dos veces al año en tiempo de paz, para que, formando un pequeño ejército completo, practiquen operaciones durante algunos días tal como si fueran a dar una batalla, disponiendo el frente, los flancos y la reserva en los sitios correspondientes.

»Como un general coloca su ejército para combatir con el enemigo que ve, o con el que, sin verlo, sospecha o supone inmediato, conviene que el ejército practique las operaciones necesarias en uno u otro caso e instruirlo de modo que pueda caminar y combatir al mismo tiempo, si la necesidad obliga a ello, y sepan los soldados lo que deben hacer cuando son atacados por cualquiera de los flancos.

»Para instruir al soldado contra el enemigo visible hay que enseñarle cómo se empeña el combate, dónde ha de retirarse si es rechazado, quién le reemplaza en su puesto, a qué señales, a qué toques y a qué voces debe obedecer, y habituarle de tal modo a los combates y batallas simulados, que desee los verdaderos, porque los ejércitos no son valerosos por formarse de hombres bravos, sino por estar bien organizados y disciplinados. Si yo combato en primera fila y sé dónde he de retirarme al ser rechazado y quién ha de reemplazarme, combatiré con el aliento y la confianza de quien tiene el auxilio inmediato. Si peleo en las segundas filas, no me asustará que rechacen a las primeras, porque ya sé lo que puede suceder y hasta habré deseado ser yo quien dé la victoria a mi señor y no los que están delante de mí.

»Estos ejercicios son indispensables donde se forma un ejército nuevo, y convenientes donde es de veteranos. Los romanos aprendían desde niños las maniobras militares y, a pesar de ello, sus generales las hacían repetir de continuo al ejército, antes de emprender campañas. Josefo dice en su historia que por los continuos ejercicios de las tropas romanas, la turba de gente que sigue a los ejércitos en campaña para buscar ganancias era útil en los días de batalla, porque todos sabían maniobrar y combatir.

»En los ejércitos de tropas bisoñas formados para entrar inmediatamente en campaña o en las milicias organizadas para tener ejército cuando sea necesario, cuanto se haya hecho será infructuoso sin estas prácticas de maniobras, primero por batallones y después por todo el ejército; pues siendo indispensable la instrucción militar, precisa redoblar el cuidado y los esfuerzos para dársela a los que no la tienen y procurar que no la olviden los que la saben; doble objeto por el cual han trabajado con empeño muchos excelentes capitanes.

COSME —Creo que estas consideraciones os han alejado algo del asunto, pues sin decir el modo de ejercitarse los batallones nos habláis ya de ejércitos completos y de batallas.

FABRIZIO —Tenéis razón, pero ha sido por lo mucho que estimo la antigua disciplina, y el dolor que me causa verla hoy desdeñada. Vuelvo a mi asunto.

»Lo más importante en el ejercicio por batallones es saber conservar la formación, para lo cual es preciso ejercitarlos en la maniobra llamada de caracol. Ya he dicho que cada batallón debe tener cuatrocientos soldados de armas pesadas, y me atendré a este número. Deben dividirse en ochenta filas, de cinco cada una. Después, andando despacio o deprisa, mandaré reunirlas o separarlas sin producir confusión; cosa más fácil de explicar con hechos que con palabras, pero no es absolutamente necesario, porque cualquiera práctico en ejercicios sabe que esta maniobra tiene por único objeto habituar a los soldados a estar en filas.

»Veamos ahora cómo el batallón se forma en batalla. Se puede proceder de tres maneras: la primera y más útil es la organización maciza, formando dos cuadros; la segunda consiste en formar el cuadro con dos cuernos en el frente; la tercera es formarlo con un espacio vacío en el centro, al que llaman *plaza*.

»La primera formación puede realizarse de dos modos: una doblando las filas, es decir, que la segunda entre en la primera, la cuarta en la tercera, la sexta en la quinta, y

así sucesivamente, de modo que las ochenta filas de a cinco soldados se conviertan en cuarenta de a diez. Después vuelven a doblarse de igual modo, uniéndose una fila a otra, y quedarán veinte de a veinte hombres cada una. De este modo, el batallón resulta formado casi en dos cuadros, pues, si bien hay el mismo número de hombres por cada uno de los lados, sin embargo, por el frente los soldados están codo con codo; pero por los flancos hay entre ellos una distancia al menos de dos brazos, de modo que el cuadro es mucho más largo de frente a retaguardia que de un flanco al otro.

»Como he de nombrar muchas veces las diferentes partes del batallón y del ejército entero, entiéndase que cuando diga la cabeza o el frente, me refiero a la parte de delante; cuando nombre la espalda o la cola, es la parte de atrás, y que los flancos son los costados.

»Los cincuenta vélites del batallón no se mezclan en sus filas, sino que, formado éste, se reparten por los flancos.

»He aquí la otra manera de formarlo en batalla. Siendo mejor que la primera, deseo presentar con toda claridad cómo debe ordenarse. Supongo que recordaréis el número de soldados, jefes y clase de armas que tiene el batallón. La formación será, como dije, de veinte filas de a veinte soldados cada una; cinco filas de picas al frente y quince de los armados con escudos detrás; dos centuriones a la cabeza y otros dos a la cola, quienes harán el oficio de los que llamaban los romanos *tergiductores*. El condestable o jefe del batallón estará con la bandera y las trompetas en el espacio que media entre las cinco filas de las picas y las quince de los escudados. Los decuriones, uno a los flancos de cada fila, de modo que cada cual tenga a su lado los hombres que manda: los que vayan a la izquierda, los diez hombres de la derecha y los que estén a la derecha, los diez de la izquierda. Los cincuenta vélites irán a los flancos y a retaguardia del batallón.

»Para que un batallón en marcha se forme de esta manera, hay que hacer lo siguiente: dispuestos los soldados en ochenta filas de a cinco hombres cada una, como antes he dicho, dejando los vélites o a la cabeza o a la cola, con tal que estén fuera de formación, debe ordenarse que cada centurión vaya al frente de veinte filas, las cinco primeras o *inmediatas* a él de piqueros, y las demás de escudados. El sitio del condestable con la trompeta y la bandera es el espacio que media entre los piqueros y los escudados del segundo centurión, y ocupan el lugar de tres escudados; veinte decuriones irán a los flancos de las filas del primer centurión, a la izquierda, y otros veinte a los flancos de las filas del segundo centurión, a la derecha. Los decuriones que mandan piqueros deben llevar picas, y los que mandan escudados, escudos. Puestas en este orden las filas, si, caminando, se quiere desplegar la fuerza en batalla para hacer frente al enemigo, debes mandar parar al primer centurión con las primeras veinte filas; el segundo centurión continuará marchando, inclinándose a la derecha, por el flanco de las filas paradas hasta alinearse con el primero, y entonces también se parará; el tercer centurión seguirá marchando y girando a mano derecha por el flanco de las filas paradas hasta hacer lo mismo que el segundo; igual operación y del mismo modo ejecutará el cuarto centurión. Inmediatamente después, dos centuriones salen del frente y se colocan a retaguardia del batallón, quedando éste formado en el orden de batalla que demostré hace

poco. Los vélites se distribuyen por los flancos, como dijimos al explicar la primera formación, llamada redoblar por línea recta, mientras a ésta se la llama redoblar por flanco; aquélla es más fácil, ésta más ordenada, más segura, y se puede adaptar mejor a las circunstancias. En la primera hay que obedecer al número, porque cinco hacen diez; diez, veinte; veinte, cuarenta, y al redoblar las filas por derecho no podéis formar un frente de quince ni de veinticinco, ni de treinta, ni de treinta y cinco, siendo preciso atenerse al número que al doblar la fila resulta, y como muchas veces ocurre que en una acción conviene presentar un frente de seiscientos u ochocientos hombres, el redoblar por línea recta en este caso desordenaría las filas. Por eso me gusta más la segunda formación, cuyas dificultades deben superarse con ejercicios prácticos.

»Repito que es de la mayor importancia que los soldados sepan ordenarse pronto en filas, y que se les debe ejercitar en la formación por batallones, en marchas forzadas, avanzando o retrocediendo, pasando por terrenos quebrados, sin desorganizar la formación; porque los soldados que saben hacer esto bien, son soldados prácticos, y, aunque no hayan visto nunca al enemigo, pueden llamarse veteranos; los que, al contrario, no saben conservar el orden en filas, aunque hayan estado en mil campañas, deben considerarse como soldados nuevos.

»Hemos dicho cómo se forma un batallón en batalla cuando va marchando en pequeñas filas; pero lo importante y difícil, lo que exige mucho ejercicio y gran práctica y en lo que los antiguos ponían gran cuidado, es reorganizar rápidamente un batallón que las desigualdades del terreno o un ataque del enemigo ha desordenado. Para esto hay que hacer dos cosas: una, tener en el batallón gran número de contraseñas, y otra, que la formación sea constantemente igual, de modo que cada soldado ocupe siempre el mismo puesto; por ejemplo, si un soldado empezó a formar en la segunda fila, que continúe siempre en ella y dentro de ella, en el mismo sitio. Para esto son indispensables, como he dicho, muchas contraseñas.

»En primer lugar, la bandera debe ser de forma que, asemejándose a las de los otros batallones, se la distinga de los demás; en segundo, que el condestable y los centuriones lleven en la cabeza penachos o plumeros distintos de los demás, y muy visibles. Pero lo que sobre todo importa es conocer fácilmente a los decuriones, y tanto cuidaban de ello los romanos, que les hacían llevar un número en el casco, llamándoles primero, segundo, tercero, cuarto, etc. No contentos con esto, cada soldado llevaba en el escudo el número de la fila y del sitio que en ella ocupaba.

»Contraseñados así los hombres y acostumbrados a ocupar siempre el mismo sitio, por grande que fuese el desorden, fácil sería restablecer la formación, pues, situada la bandera, los centuriones y decuriones sabían a la vista cuál era su sitio, y reuniéndose los de la izquierda a la izquierda y los de la derecha a la derecha en la acostumbrada distancia, los soldados, guiados por la práctica y por la diferencia de las contraseñas, ocuparían inmediatamente su sitio propio, de igual modo que si os dan las duelas de un barril numeradas, con suma facilidad las colocáis, lo cual es imposible si no tienen ninguna señal.

»Tales cosas, con diligencia y ejercicio se enseñan pronto, y pronto se aprenden, y,

aprendidas, con dificultad se olvidan, porque a los reclutas les guían los veteranos, y al cabo de algún tiempo, con tales ejercicios, llega a ser un pueblo muy experto en las maniobras militares.

»Es preciso enseñar también a los soldados a volverse a la vez y convertir, cuando la ocasión lo exija, los flancos o la retaguardia en frente, y éste en flanco o retaguardia; cosa facilísima, porque basta que cada soldado vuelva el cuerpo en la dirección que se le ordene, y hacia donde tenga el rostro estará el frente.

»Debe tenerse en cuenta que, al volverse de flanco, las distancias cambian de proporción, porque son mayores de fila a fila que de hombre a hombre en cada una de ellas, lo cual es un defecto en la formación ordinaria del batallón. En tales casos, la propia discreción y la práctica hacen estrechar las filas, remediando este pequeño inconveniente. Más importante es y mayor práctica exige hacer a todo un batallón que vuelva como si fuera un cuerpo sólido; lo que no se consigue sin mucha costumbre y habilidad. Para volver, por ejemplo, sobre el flanco izquierdo, es preciso que se paren los colocados a la extrema izquierda, y que los inmediatos marchen tan despacio que no necesiten correr los que están en la extrema derecha; sin tal precaución, se desordenan las filas.

»Como siempre ocurre, cuando está en marcha un ejército, que los batallones que no van al frente tienen que combatir por el flanco o por la retaguardia, convirtiendo de pronto aquél o ésta en frente, para que, al hacer esta maniobra, conserve el batallón el orden de batalla que hemos establecido, preciso le es tener los piqueros en el flanco que convierta en frente, y los decuriones, centuriones y el condestable, en sus puestos acostumbrados. Para lograr esto, es preciso, al formar las ochenta filas de a cinco hombres, poner todas las picas en las veinte primeras filas, y cinco decuriones en la primera y cinco en la última. Las sesenta filas que quedan a la espalda son de escudados y forman tres centurias. La primera y última fila de cada una de ellas debe ser también de decuriones. El condestable, con la bandera y las trompetas, se situará en medio de la primera centuria de escudados, y los centuriones, a la cabeza de cada centuria.

»En tal situación, si queréis poner las picas en el flanco izquierdo, dobláis las centurias por el flanco derecho; y si deseáis que los piqueros estén en el derecho, las dobláis por el izquierdo. De esta suerte, el batallón vuelve con todas las picas sobre un flanco con los decuriones al frente, la retaguardia con los centuriones a la cabeza, y el condestable en medio. Así sigue avanzando, y cuando el enemigo se presenta y conviene convertir el flanco en frente, basta que los soldados se vuelvan de cara al flanco donde están las picas, y el batallón se encuentra entonces en el orden de batalla antes explicado; porque, a excepción de los centuriones, todos están en su puesto, y los centuriones, inmediatamente y sin dificultad se colocan en los suyos.

»Cuando, caminando de frente, tenga que combatir por retaguardia, conviene ordenar las filas de modo que, formado en batalla, las picas se encuentren detrás; lo cual se consigue colocando a la espalda las cinco filas de piqueros que ordinariamente van al frente de cada centuria, y en todo lo demás se observa el orden ya referido.

COSME —Habéis dicho, si mal no recuerdo, que estos ejercicios sirven para unir

después los batallones y formar el ejército, teniendo todos igual organización; pero si ocurre que uno de ellos ha de combatir aisladamente, ¿cómo ordenaríais sus cuatrocientos cincuenta hombres?

FABRIZIO —Su jefe debe juzgar entonces dónde le conviene más colocar las picas y ponerlas en el sitio oportuno, lo que en nada se opone al orden establecido; pues aunque se refiera al modo de pelear en las batallas en unión con otros batallones, las reglas lo mismo se aplican cuando se bate aisladamente. Al explicaros los otros dos modos que hay de formar el batallón, satisfaré vuestro deseo, porque, o no se emplean nunca, o únicamente se usan cuando el batallón opera solo.

»Para formar el batallón con dos cuernos, debes ordenarlo de ochenta filas de a cinco hombres, del modo siguiente: se pone en medio un centurión, y tras de él, veinticinco filas de dos piqueros a la izquierda, y tres escudados a la derecha. Detrás de las primeras cinco filas, en las otras veinte habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, excepto los que llevan picas, que podrán estar con los piqueros. A continuación de estas veinticinco filas así organizadas, se pondrán: primero otro centurión con quince filas de escudados; después, el condestable con la trompeta y la bandera, seguido también de otras quince filas de escudados; en seguida, el tercer centurión, al frente de veinticinco filas, y en cada cual de ellas tres escudados a la izquierda y dos picas a la derecha; tras de las cinco primeras filas habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, y después de todas ellas estará el cuarto centurión.

»Cuando, así ordenado el batallón, se le quiere formar con dos cuernos, se manda parar al primer centurión con las veinticinco filas que le siguen, y adelantarse al segundo centurión con sus quince filas de escudados que están a la espalda de aquéllas, inclinándose a la derecha y marchando por el flanco derecho de las veinticinco filas hasta llegar a la altura de la quince, y allí se para. En seguida avanza el condestable con las quince filas de escudados que le siguen, e inclinándose también a la derecha, sube por el flanco derecho de las anteriores quince filas hasta colocarse a su altura, y allí se detiene. Continúa el movimiento el tercer centurión con las veinticinco filas últimas, y el cuarto centurión que va tras ellas, e inclinándose también a la derecha, marcha por el flanco derecho de las quince últimas filas de los escudados, sin detenerse hasta que, con la última fila de éstos, alinea la última de los que él manda. Hecho esto, el centurión jefe de las primeras quince filas de escudados deja su puesto y se coloca en el ángulo izquierdo del batallón.

»De tal modo queda formado un batallón de veinticinco filas de altura a veinte soldados por fila, con dos cuernos, uno a cada lado del frente, cada uno de los cuales tendrá diez filas de a cinco hombres, quedando entre los dos cuernos un espacio suficiente para que quepan diez hombres que pasen de un flanco al otro. Entre los cuernos se situará el jefe, y en el extremo de cada uno de ellos, un centurión, y otro en cada uno de los dos ángulos de la retaguardia, y en los flancos, dos filas de piqueros y veinte decuriones.

»Sirven los dos cuernos para situar entre ellos la artillería, si el batallón la llevara, y los carros. Los vélites se distribuyen por los flancos al lado de los piqueros.

»Para convertir el batallón con cuernos en batallón con *plaza*, basta tomar ocho de las quince filas de a veinte soldados, y alinearlas con los extremos de los dos cuernos, formando así la espalda de la plaza. En ésta se sitúan los carros, el jefe y la bandera, pero no la artillería, la cual se coloca al frente o a lo largo de los flancos. Éstas son las dos formas de organizar un batallón sólo cuando tiene que pasar por sitios sospechosos. Sin embargo, la formación sin cuernos y sin plaza, es la mejor; salvo en el caso de necesitar poner a cubierto hombres desarmados, pues entonces la con cuernos es necesaria.

»Los suizos organizan los batallones de otros diversos modos, entre ellos uno en forma de cruz, porque en el espacio entre los brazos de ésta resguardan a sus arcabuceros de las acometidas del enemigo. Pero como dicha organización sólo es buena cuando ha de batirse un batallón aisladamente, y mi propósito es demostrar cómo deben combatir varios batallones reunidos, no me entretendré en explicarla.

COSME —Creo haber comprendido bien la manera de ejercitar a los soldados en los batallones; pero, si no recuerdo mal, dijisteis que, además de los diez batallones, tendría vuestra brigada mil picas extraordinarias y quinientos vélites también extraordinarios. ¿No queréis describir esta fuerza y cómo se ejercita?

FABRIZIO —Sin duda y con el mayor cuidado. Ejercitaré a los piqueros, a lo menos, compañía por compañía, en la misma forma que los batallones y como los que hay en éstos; pues de las picas extraordinarias me he de servir, más que de los batallones, en detalles de la guerra, como formar escoltas, merodear en el país enemigo y otras operaciones semejantes. A los vélites les ejercitaré sin reunirlos ni sacarlos de sus domicilios, porque, destinados a combatir individualmente, no es indispensable unirlos a las demás tropas para ejercicios comunes; basta que se instruyan bien en el combate individual.

»Es, pues, necesario, aunque sea fastidioso repetirlo tantas veces, ejercitar a los soldados en los batallones de modo que sepan mantener la formación, saber el puesto que ocupa cada uno, reorganizarse rápidamente cuando el enemigo o las desigualdades del terreno los desordena, pues, sabiendo hacer esto, es cosa fácil aprender el puesto que corresponde al batallón en una batalla y el papel que ha de desempeñar en el ejército.

»El príncipe o la república que cuidadosamente procure mantener esta organización y practicar estos ejercicios, tendrá siempre en sus Estados buenos soldados, superiores a los de los Estados vecinos, y estarán, por tanto, en el caso de imponer y no recibir la ley de los demás. Pero, como os he dicho, el desorden en que se vive ocasiona no apreciar estas cosas. Por ello, nuestros ejércitos no son buenos, y aunque hubiera algunos jefes o soldados naturalmente valerosos, no lo pueden demostrar.

COSME —¿Qué equipajes debe llevar, en vuestra opinión, cada uno de estos batallones?

FABRIZIO —En primer lugar no creo que los centuriones ni los decuriones deban ir a caballo, y si el condestable deseaba cabalgar, le daría un mulo y no un caballo. Permitiría dos furgones, uno a cada centurión y otro para cada tres decuriones, porque, como diré oportunamente, todos ellos cabe reunirlos en los campamentos. Cada batallón tendrá,

pues, treinta y seis carros, que llevarán las tiendas, los utensilios de cocina, las hachas y las estacas con punta de hierro, en cantidad suficiente para formar los campamentos, y además cuanto puedan acarrear, sin ir muy cargados.

COSME —No dudo que serán necesarios todos los jefes que ponéis en cada batallón; pero sospecho que tantos hombres con mando produzcan alguna confusión.

FABRIZIO —Así sucedería si no dependieran todos de un solo jefe; pero esta dependencia establece el orden de tal modo, que, sin los mandos referidos, es imposible gobernar bien el batallón. Como un muro que por todas partes se inclina necesita mejor muchos y pequeños puntales, aunque no sean muy fuertes, que pocos y sólidos, porque el empuje de cualquiera de éstos no impide que, a corta distancia de él, se arruine el murallón, de igual manera conviene que en los ejércitos haya, para cada diez hombres, uno de más ánimo, de más audacia o de mayor autoridad; el cual, con la palabra, la acción y el ejemplo, contenga a los demás y les aliente a combatir. La mejor prueba de ser esto tan necesario en el ejército, como los jefes, las banderas y las trompetas, es que existe en nuestras tropas, aunque no se saque partido de ello.

»En primer lugar, para que los decuriones cumplan su deber es necesario, como he dicho, que cada cual tenga sus diez soldados, siempre los mismos, con los cuales acampen, hagan las guardias y formen en filas; porque así son regla y medida para mantener la formación, impiden que se desordene y, si esto sucede, recobran pronto su puesto. Pero hoy sólo sirven para cobrar más sueldo que los demás y para algún servicio individual. Idéntica cosa sucede con las banderas, que se tienen más bien como lujosa ostentación en las revistas que para uso militar. En la Antigüedad servían de guía y como señal para reorganizarse, pues cada cual, al ver dónde estaba la suya, sabiendo el sitio que con respecto a ella debía ocupar, acudía inmediatamente a su puesto. También sabía que, según estuviese la bandera parada o en movimiento, así debía estar él quieto o en marcha. Es indispensable que en un ejército haya varios cuerpos y que cada cuerpo tenga su bandera y sus guías, porque es el modo de darle movimiento y vida.

»Los soldados deben, pues, seguir a la bandera y ésta moverse conforme a los toques de las trompetas; toques que, bien establecidos, sirven para ordenar todo el ejército, pues acomodando los soldados el paso al compás de los sonidos, conservan fácilmente la formación. Por ello en la Antigüedad había en los ejércitos flautas, pífanos y otros instrumentos perfectamente modulados pues así como el que baila va al compás de la música y, mientras lo sigue, no se equivoca, de igual modo un ejército, obedeciendo en sus movimientos al compás de los toques, no se desordena. Además, en la Antigüedad variaban los sonidos, según se quería enardecer, calmar o detener la impetuosidad de los soldados. Como los modos de la música eran diversos, variaban de nombres. El modo dórico inspiraba la constancia; el frigio, el furor; y se cuenta que, estando sentado a la mesa Alejandro y tocando una música en el modo frigio, se enardeció su ánimo hasta el punto de echar mano a las armas. Sería conveniente restablecer estas sonatas, y, si parece difícil, no descuidar aquellos toques que enseñan a obedecer al soldado; toques que cada cual puede determinar a su manera, con tal de que, por la práctica, se acostumbren los oídos de los soldados a conocerlos. Hoy, la trompetería no produce otro

fruto que el de hacer ruido.

COSME —Desearía que me explicarais, si habéis pensado en ello, cuál es la causa de que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia en los ejercicios militares.

FABRIZIO —Os diré de buen grado lo que pienso. Sabéis que en Europa ha habido muchos militares famosos, pocos en África y menos en Asia. La causa de ello consiste en que en estas dos últimas partes del mundo existieron una o dos grandes monarquías y pocas repúblicas, mientras en Europa ha habido alguno que otro reino y numerosas repúblicas. Los hombres llegan a ser sobresalientes y muestran sus preclaras dotes cuando los que gobiernan la nación a que pertenecen, sean repúblicas o reyes, les ponen en el caso de probarlas; por lo tanto, donde hay muchos soberanos, hay muchos grandes hombres, y donde aquéllos son pocos, éstos también.

»Son famosos en Asia: Nino, Ciro, Artajerjes, Mitrídates y algunos otros, muy pocos, grandes generales.[30] En África, prescindiendo de la antigüedad egipcia, Masinisa, Yugurta y los capitanes que produjo la república cartaginesa,[31] los que, comparados en número con los europeos, son poquísimos, pues en Europa los hombres famosos son innumerables, y aún lo serían más si a sus nombres se añadieran otros muchos que la injuria de los tiempos ha hecho olvidar. Esto nace de que en el mundo ha sido tanto más común el mérito cuanto mayor número de Estados, por necesidad u otro humano interés, han alentado y favorecido la virtud.

»Si en Asia aparecen tan pocos grandes hombres es porque casi toda ella formaba un imperio que, por su enorme extensión, estaba casi siempre en paz, y así era imposible que surgieran en él hombres capaces de grandes empresas. En África ocurre lo mismo, pues casi únicamente la república cartaginesa produjo algunos hombres ilustres, y esto a causa de que las repúblicas dan de sí más hombres famosos que los reinos, porque en ellas se honra el mérito y en éstos se teme; en aquéllas se alienta y en los reinos se ahoga.[32]

»Fijando la atención en Europa se verá que está llena de repúblicas y monarquías, temerosas unas de otras y obligadas por ello a mantener en vigor las instituciones militares y a honrar a los que en ellas adquieren fama. En Grecia, además del reino de Macedonia, había bastantes repúblicas y todas produjeron muchos grandes hombres. En Italia vivían los romanos, los samnitas, los etruscos, los galos cisalpinos; la Galia y la Germania estaban llenas de repúblicas y reyes; Iberia, lo mismo, y si, en comparación con los romanos, son pocos los hombres ilustres de estas comarcas que se citan, es a causa de la parcialidad de los historiadores que, siervos de la fortuna, las más de las veces sólo elogian a los victoriosos. Pero no es razonable suponer que entre las samnitas y los etruscos, pueblos que durante ciento cincuenta años estuvieron en lucha con los romanos, dejara de haber en tan largo plazo, y antes de ser vencidos, muchos hombres famosos. Otro tanto puede decirse de la Galia y de Iberia. Pero el mérito que los historiadores no celebran en los individuos, lo reconocen en los pueblos, cuya obstinación en la defensa de su libertad ensalzan hasta las estrellas.

»Siendo, pues, indudable que el número de grandes hombres depende del número

de Estados, la consecuencia es que conforme éstos se arruinan van disminuyendo los capitanes famosos, a medida que cesan las ocasiones de demostrar su mérito. El crecimiento del Imperio romano, que acabó con todas las repúblicas y reinos de Europa y de África y la mayor parte de los de Asia, no dejó medio de probar el mérito más que en Roma, y de aquí que los grandes hombres empezaran a escasear lo mismo en Europa que en Asia y que la virtud llegase a extrema decadencia, pues reducida a Roma, al corromperse las costumbres en esta ciudad, la corrupción se extendió a casi todo el mundo, y entonces pudieron los pueblos de la Escitia arrasar aquel imperio que había extinguido el mérito de todos los demás, sin saber conservar el suyo.

»La invasión de los bárbaros destrozó el imperio, dividiéndolo en muchas nacionalidades; pero la virtud militar no renació, primero porque no se restablecen fácilmente instituciones caídas en desuso, y además porque las nuevas costumbres, basadas en la religión cristiana,[33] no imponen la necesidad de defenderse que antiguamente existía, cuando los vencidos en la guerra, o eran muertos o quedaban en perpetua esclavitud, arrastrando miserable vida. Las ciudades vencidas, o eran arrasadas o expulsados sus habitantes, dispersándolos por todo el mundo y apoderándose el conquistador de sus bienes, de manera que los vencidos quedaban en la última miseria. Amedrentados los hombres por este temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban a los que en ellos sobresalían. Pero hoy el miedo casi ha desaparecido, porque a los vencidos no se les mata ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros, pues con facilidad recobran la libertad. Las ciudades, aunque se hayan rebelado mil veces, no son arrasadas; los habitantes continúan gozando de sus bienes, de modo que el mayor mal que se teme es el pago de alguna contribución. Por esto nadie quiere someterse al rigor de la vida militar y a los constantes ejercicios que exige por evitar peligros que apenas se temen. Además, Europa está sometida a pocos soberanos en comparación de los que antes había, porque toda Francia obedece a un rey, toda España a otro, y la misma Italia no está muy dividida; de modo que los Estados débiles se defienden uniéndose al vencedor y los poderosos, por las razones expuestas, no temen una ruina completa.

COSME —Sin embargo, de veinticinco años a esta parte, muchas ciudades han sido saqueadas y se han perdido muchos reinos, ejemplos que deberían enseñar a vivir a los demás, restableciendo algunas de las instituciones antiguas.

FABRIZIO —Cierto es lo que decís; pero recordad las ciudades que han sido saqueadas y veréis que no eran capitales de Estados, sino pueblos de segundo orden. Fue saqueada Tortona, pero no Milán; Capua, pero no Nápoles; Brescia, pero no Venecia; Rávena, pero no Roma, y tales ejemplos no hacen mudar de propósitos a quienes gobiernan, persistiendo en que pueden librarse de tales catástrofes mediante contribuciones pecuniarias, y de aquí que no quieran someterse a las molestias de los ejercicios militares, considerándolos en parte innecesarios y en parte, cosa que no entienden. Los que ya han perdido la libertad, cuyo ejemplo debiera inspirar temor a los demás, carecen de poder para remediar su infortunio. Así pues, unos príncipes por haber perdido sus Estados y otros por ignorancia o falta de voluntad, todos prescinden de las instituciones militares. Quieren que la fortuna les favorezca sin tomarse trabajo alguno;

no tienen en cuenta que su indolencia es causa de que todo quede a la fortuna, y, en vez de dominarla, se dejan dominar de ella.

»Como prueba citaré a Alemania, donde, por haber muchos reinos y repúblicas, hay mucha virtud militar, y cuanto bueno se encuentra en los actuales ejércitos procede del ejemplo de aquellos pueblos que, celosos de su independencia y temiendo la servidumbre (no temida en otros países), conservan su autoridad y la consideración que merecen. Creo que esto basta para explicaros los motivos de la indiferencia que hoy inspira el arte militar, según mi opinión. No sé si estaréis conformes o si tenéis alguna duda.

COSME —Ninguna. Estoy completamente convencido. Lo único que deseo, volviendo al asunto principal, es saber cómo organizaríais la caballería, con cuántos capitanes y con qué armas.

FABRIZIO —Acaso os parezca que había olvidado este punto.

»Si lo dejé para último lugar, es por dos razones que me obligan a hablar poco de él: una, que el nervio y la importancia de un ejército está en la infantería; otra, que la caballería actual es menos defectuosa que la infantería, y si no supera a la antigua, al menos la iguala. Por eso apenas he dicho nada del modo de ejercitarla.

»Respecto a las armas, le daría las que hoy tiene, lo mismo a la caballería ligera que a los hombres de armas; pero quisiera que los primeros fuesen todos ballesteros y mezclarles algunos arcabuceros, pues si éstos, en la generalidad de las operaciones de guerra, son poco útiles, en cambio para asustar a los paisanos y echarles de cualquier paso que guarden son utilísimos, hasta el punto de valer más un arcabucero que veinte soldados con otras armas.

»En cuanto al número, siguiendo la imitación de la milicia romana, tendría trescientos caballos efectivos para cada batallón, divididos en ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, dando a cada uno de estos cuerpos un jefe, quince decuriones, bandera y trompetas. Cada diez hombres de armas tendrían cinco furgones y cada diez caballos ligeros, dos, donde, como en los de la infantería, fueran las tiendas, las vasijas, las hachas, las estacas y cuanto más bagaje cupiese. No creáis que lo que propongo sea una gran novedad, a causa de que actualmente cada hombre de armas lleva consigo cuatro jinetes, porque esto es una corruptela. En Alemania, los hombres de armas van solos con sus caballos y cada veinte tienen un furgón que les transporta las cosas más necesarias. Los soldados de caballería romanos también iban solos, aunque inmediatos a la caballería estaban siempre los triarios, obligados a ayudarles en el cuidado de los caballos, cosa que podría imitarse hoy, como demostraremos al hablar de los campamentos.

»Lo que practicaron los romanos y practican ahora los tudescos también debiéramos hacerlo, y, si prescindimos de ello, es con manifiesto error.

»Estos dos cuerpos de caballería que forman parte de la brigada podrán reunirse algunas veces con los batallones de la misma y practicar juntos varias maniobras, más bien para conocerse que por verdadera necesidad.

»Dicho ya lo necesario respecto a la organización y el ejercicio de las fuerzas militares, pasemos a explicar cómo se forma un ejército para poder presentar batalla al

enemigo con esperanza de vencerlo, objeto principal de la organización de la milicia y de los estudios y cuidados que ésta exige.

---

[28] El Gran Capitán fue asediado por los franceses en 1502 en Barletta. Hay que recordar que el Gran Capitán aparece como el dialogante principal en la mencionada «adaptación» española de Diego Salazar, *Tratado de re militari*.

[29] Se trata de Robert Stuart, señor de Aubigny, mariscal de Francia y chambelán de Francisco I. Estuvo presente también en el asedio de Bolonia y Génova, así como en las batallas de Marignano y Pavía. Aquí se alude a la batalla de Seminara, que se libró el 21 de abril de 1503. Rinaldi señala que las fuentes no dicen nada de la nueva estrategia propuesta por Maquiavelo, sino que exclusivamente se refieren a la neta superioridad numérica de los españoles.

[30] Nino, figura mítica, al que se atribuye la fundación del imperio asirio. Ciro fundó el primer imperio persa (558-528 a.C.). Artajerjes, sucesor de Jerjes, puso fin en 449 a.C. a las guerras persas. Mitrídates IV, rey del Ponto (111-63 a.C.), luchó contra Roma.

[31] Masinisa (238-148 a.C.) y Yugurta (160-104 a.C), figuras de Numidia. Éste último, que fue derrotado por Mario, murió como prisionero en Roma.

[32] La idea de que la república provee de mejores ciudadanos en general y, en este caso, de mejores militares, es una idea típica del republicanismo clásico y se encuentra en *Discursos*, II, II, aunque no referida a cuestiones militares: «Es cosa fácil comprender de dónde nace la afición de los pueblos a las instituciones libres, porque se ve, por experiencia, que sólo cuando hay libertad aumentan el poder y la riqueza de los ciudadanos».

[33] Maquiavelo vuelve a considerar a la religión cristiana como una de las grandes responsables de la decadencia militar (no tanto en *Discursos*, I, XII donde el problema son las influencias «vaticanas» sobre la unidad política de la península Itálica sino en *Discursos*, II, II). La humanización de las costumbres bélicas que esta religión ha producido ha provocado el efecto de que la gente pierda la «necesidad» de defenderse, pues las consecuencias de la derrota no son tan graves como anteriormente, cuando los vencidos eran asesinados o sometidos a esclavitud. Maquiavelo interpreta el cristianismo como una religión casi esencialmente antibélica, idea que contrasta con la gran cantidad de críticas de muchos pensadores modernos a la «belicosidad» cristiana.

LIBRO TERCERO

De cómo los romanos tenían organizada la legión y los griegos la falange. — Cómo lo están los batallones suizos, e inconvenientes de imitar demasiado a la falange. — Deben adoptarse en parte la organización y las armas romanas, y en parte, las griegas. — Ejército consular; cómo y de cuántos hombres estaba compuesto. — Cómo se forma el ejército para dar una batalla. — Cómo se afronta al enemigo. — Uso de la artillería en las batallas campales. — Conviene atacar a la artillería enemiga para que no pueda disparar. — Los arcabuceros y los cañones pequeños causan más daño que la artillería pesada. — La artillería no debe impedir que se practique la antigua organización militar. — Ha de colocarse fuera de las filas para poderla manejar. — De cómo las picas dispuestas en cinco filas, bastan para contener la caballería. — Por qué la primera línea del ejército debe ser más sólida y numerosa que la segunda, y ésta, más que la tercera. — De cómo las tropas que se baten en primera y segunda línea pueden, al retirarse, caber en la tercera. — Cómo han de retirarse las picas situadas en los flancos del ejército. — El primer ejercicio que deben practicar los batallones consiste en restablecer rápidamente la formación cuando se desordena. — Grados y honores; cómo han de conseguirse. — Señales de la bandera. — El segundo ejercicio debe ser mover y hacer caminar al ejército sin que se descomponga su formación. — El tercer ejercicio ha de ser el de batallas simuladas. — El cuarto, conocer las órdenes del jefe por los toques de trompetas y por la bandera. — Toques usados por los lacedemonios. — Por los cartagineses. — Por los lidios. — Por Alejandro Magno y por los romanos. — Toques que el autor propone, y cómo deben usarse. — Por qué se debe acometer al enemigo dando furiosos gritos y después, combatir en silencio.

COSME —Puesto que mudamos de asunto, quiero que sea otro el que pregunte para que no se me tache de presuntuoso, defecto que siempre he censurado en los demás. Abdico, pues, la dictadura y la entrego a quien de estos amigos míos quiera ejercerla.

ZANOBI —Gratísimo nos sería que continuaseis; pero, si no queréis, decid al menos quién ha de reemplazaros.

COSME —Dejo el encargo al señor Fabrizio.

FABRIZIO —Lo acepto de buen grado, y deseo que sigamos la costumbre veneciana de que el más joven hable primero. Siendo la guerra ejercicio de jóvenes, creo que son los que deben hablar de ella con preferencia, por ser los capaces de realizarla.

COSME —Entonces os toca a vos, Luis.[34] Me agrada el sucesor, y según creo, quedaréis satisfecho de sus preguntas. Pero volvamos cuanto antes al asunto, y no perdamos tiempo.

FABRIZIO —Seguro estoy de que para explicar bien cómo se ordena un ejército en el momento de una batalla, es indispensable narrar de qué modo disponían en tales casos sus tropas los griegos y los romanos. Pero como esto podéis leerlo y estudiarlo en los escritores antiguos, prescindiré de muchos detalles, fijándome solamente en lo que crea necesario imitar para el perfeccionamiento posible de la milicia de estos tiempos. Os mostraré, pues, a la vez cómo se ordena un ejército para las verdaderas batallas, y cómo se ejercita en las simuladas.

»El mayor error que puede cometer quien ordene un ejército para combatir, es

formarlo con una sola línea de frente y hacer que el éxito dependa de un solo ataque. Esto nace de haber olvidado cómo en la Antigüedad se disponían las líneas de batalla de modo que las de delante se reconcentraran en las de detrás, sin lo cual no se puede apoyar una línea de combate, ni defenderla, ni reemplazarla, cosas que los romanos observaban cuidadosamente.

»Para explicar esta maniobra, diré que los romanos dividían las legiones en tres cuerpos, llamados *astarios*, *príncipes* y *triarios*. Los astarios constituían la primera línea del ejército, formándola varias filas sólidamente apiñadas. Detrás de ellos estaban los príncipes en orden más abierto, y en última línea, los triarios, tan espaciados que, en caso necesario, podían mezclarse con ellos los príncipes y los astarios. Tenían, además, los honderos y los ballesteros y otros soldados armados a la ligera, que no estaban en las filas, sino puestos al frente del ejército entre la caballería y la infantería.

»Esta infantería armada a la ligera comenzaba la batalla; si era vencedora, lo que ocurría raras veces, continuaba la victoria, persiguiendo al enemigo; si rechazada, retirábase por los flancos del ejército y por los intervalos dispuestos al efecto, situándose a retaguardia. Entonces entraban en lucha los astarios, y, si no podían resistir al enemigo, se retiraban poco a poco pasando por los claros de las filas de los príncipes detrás de ellos y, unidos con éstos, renovaban el combate. Si astarios y príncipes eran rechazados, retirábanse a la línea de los triarios, ocupando los intervalos que en ella había, y todos juntos, formando una masa, renovaban la lucha. Si entonces eran vencidos, la batalla estaba perdida, porque ya no había medios de rehacerse.

»La caballería se situaba a los flancos del ejército, como si fuera las dos alas de un cuerpo, y combatía a caballo o a pie, según las necesidades del momento.

»Este método de rehacerse tres veces hace casi imposible ser derrotado, pues para ello es preciso que por tres veces os abandone la fortuna y que el enemigo sea valeroso hasta el punto de derrotaros en tres ocasiones.

»Los griegos no tenían en sus falanges este modo de rehacerse, y, aunque había en ellas muchos jefes y muchas líneas, formaban un solo cuerpo o cabeza. Los combatientes se reemplazaban, no como los romanos, retirándose una línea a la que tenía detrás, sino sustituyendo un hombre a otro de este modo: cuando la falange formada en filas, supongamos que de cincuenta hombres de frente, atacaba al enemigo, las seis primeras filas podían combatir, porque sus lanzas, llamadas *sarisses*, eran tan largas, que las de la sexta fila pasaban la punta sobre la primera. El que caía muerto o herido durante el combate, estando en la primera fila era inmediatamente reemplazado por el que estaba a su espalda en la segunda; sustituía a éste el puesto tras él en la tercera, y así sucesivamente; de modo que, en un momento, las filas de la espalda rehacían las de delante, que siempre estaban completas, sin que quedase vacío ningún puesto de combatiente, excepto en la última fila, que poco a poco iba disminuyendo por no tener a su espalda quien cubriese las bajas. De esta suerte las ocasionadas en las primeras filas resultaban en la última, y aquéllas estaban siempre completas. Con tal organización era más fácil consumir la falange que dispersarla, porque su espesor la convertía en cuerpo inmóvil.

»Empezaron los romanos por imitar la falange, e instruyeron a sus legiones a semejanza de aquélla. Después les disgustó esta organización y dividieron las legiones en diferentes cuerpos, esto es, en cohortes y manípulos, por haber comprendido, según dijimos antes, que las agrupaciones militares eran tanto más vigorosas cuanto de más partes se componían, de modo que cada una de éstas se rigiera por sí misma, contribuyendo a la unidad del impulso.

»Los batallones suizos imitan ahora a las falanges lo mismo en la formación gruesa y maciza que en la sustitución individual de los soldados, y, al dar las batallas, ponen un batallón al lado del otro. Como si colocaran alguno detrás de otro, éste, al retirarse, no podría entremezclarse en las filas de aquél, a fin de que se ayuden el uno al otro, los colocan uno delante y otro detrás, pero a la derecha del anterior, de modo que, si el primero necesita apoyo, el segundo avanza a socorrerlo. El tercer batallón lo ponen detrás de los dos anteriores, pero a distancia de un tiro de arcabuz. Hacen esto para que, si son rechazados los primeros, avance el tercero sin tropezar con los que se retiran; porque una fuerza numerosa y en masa no se incorpora en otra igual como un pequeño cuerpo de tropas; por ejemplo, los tres distintos que formaban la legión romana, los cuales podían colocarse de modo que los de delante se unieran fácilmente a los de la espalda.

»Que la organización del ejército suizo es inferior a la de las tropas romanas lo demuestran muchos ejemplos de batallas, en las cuales las legiones de Roma aniquilaron siempre a las falanges griegas; porque la de las legiones y su manera de rehacerse era, como he dicho, muy superior a la solidez de la falange.

»Por estos ejemplos opino que los ejércitos modernos deben formarse aprovechando en parte la organización y las armas de la legión romana, y en parte, las de la falange griega y propongo para mi brigada dos mil picas, que es el arma de la falange, y tres mil con escudo y espada, que son las de la legión; divido la brigada en diez batallones, como los romanos dividían la legión en diez cohortes; organizo los vélites, es decir, la infantería ligera, para que combatan como combatían los suyos, y del mismo modo que tomo y mezclo las armas de griegos y romanos, aprovecho de ambos las organizaciones, disponiendo que cada batallón tenga cinco filas de picas al frente, y las demás sean de escudos para poder con el frente resistir a la caballería y penetrar fácilmente en las filas del enemigo a pie, puesto que en el primer choque tengo, como él, a los piqueros para contenerlo, y después los escudados para vencerle.

»Si fijáis vuestra atención en dicho orden de batalla, veréis que cada cual de estas armas se emplea para lo que es útil; porque las picas lo son contra los caballos, y, aun empleadas contra la infantería, desempeñan su misión antes de que la lucha llegue a ser cuerpo a cuerpo, en cuyo caso son inútiles. Para remediar este inconveniente, ponen los suizos detrás de tres filas de picas una de alabardas, a fin de dejar espacio a las primeras; pero esto no es suficiente. Colocando nuestras picas delante y los escudados detrás, con aquéllas se resiste a la caballería, al empezar el combate molestan y desordenan la infantería enemiga, y cuando resultan ineficaces, porque la lucha es cuerpo a cuerpo, las reemplazan los soldados con escudo y espada, quienes pueden manejarse en la confusión

de la más empeñada pelea.

LUIS —Impacientes estamos por saber cómo formaréis, para librar batalla, un ejército ordenado y armado según vuestro sistema.

FABRIZIO —Os lo voy a explicar. Ya sabéis que en un ejército romano ordinario, llamado ejército consular, sólo había dos legiones de ciudadanos romanos, o sea, seiscientos caballos y unos once mil infantes. Unían a éstos otros tantos infantes y caballos que les enviaban sus aliados y confederados, los cuales dividían en dos porciones, llamadas cuerno derecho y cuerno izquierdo, no permitiendo nunca que la infantería auxiliar excediera en número a la de las legiones, pero sí que la caballería fuese más numerosa. Con este ejército de veintidós mil infantes y unos dos mil caballos útiles, realizaba un cónsul todas sus empresas y combatía al enemigo. Cuando éste era muy poderoso, los dos cónsules reunían sus ejércitos.

»Advertid que en las tres principales operaciones hechas ordinariamente por un ejército, caminar, acampar y combatir, ponían las legiones en el centro, a fin de que la fuerza, en la cual más confiaban, estuviera siempre unida, según demostraré al hablar de cada una de las citadas operaciones.

»La infantería auxiliar, por la práctica que adquiría al lado de la infantería legionaria, era tan útil y disciplinada como ésta, y como ésta, también se la ordenaba para dar la batalla; de modo que quien sabe el orden de batalla de una legión, sabe el de todo el ejército; y habiendo ya dicho que formaba tres líneas y cómo se rehacían entrando unas en otras, se conoce la disposición general del ejército formado en batalla.

»Queriendo yo preparar el combate a semejanza de los romanos, como ellos tenían dos legiones, tomaré dos brigadas, y como disponga éstas quedará dispuesto todo el ejército, porque las fuerzas que agregue tendrán por único objeto hacerlo más numeroso. No creo necesario recordar cuántos infantes tiene una brigada, que consta de diez batallones, el número de jefes de cada batallón, y las armas, los piqueros, los vélites ordinarios y extraordinarios, porque detalladamente lo dije hace poco, advirtiendo que no lo olvidarais por ser cosa indispensable para comprender todas las maniobras. Continuaré, pues, la explicación sin detenerme en estos detalles.

»Opino que los diez batallones de una de las brigadas se pongan en el flanco izquierdo, y los otros diez en el derecho, organizando las del izquierdo del modo siguiente: sitúo cinco batallones, uno al lado de otro, de frente, de modo que entre ellos quede un espacio de cuatro brazos, y así ocuparán ciento cuarenta y un brazos de terreno a lo ancho, y cuarenta de fondo. Detrás de estos cinco batallones pondré otros tres, separados en línea recta de aquellos cuarenta brazos. Dos de éstos se colocarán enfilados detrás de los dos que hay en los extremos de la primera fila, y el otro, en medio, ocupando, por consiguiente, estos tres el mismo espacio en anchura y fondo que los cinco primeros, salvo que la distancia de cuatro brazos entre cada uno de los cinco será de treinta y tres entre cada uno de los tres. Los dos últimos batallones los sitúo detrás de los tres, a cuarenta brazos de distancia en línea recta, cada uno de ellos enfilado con los de los extremos de los tres, y dejando entre ellos un espacio de noventa y un brazos. Ocuparán, pues, los batallones así dispuestos ciento cuarenta y un brazos de

ancho y doscientos de fondo. A distancia de veinte brazos por el flanco izquierdo de estos batallones pongo las picas extraordinarias, que forman ciento cuarenta y tres filas de a siete hombres, de modo que con su extensión cubren todo el flanco izquierdo de los diez batallones dispuestos como he dicho. Destinaré cuarenta filas a la custodia de furgones y hombres sin armas puestos a retaguardia. Los decuriones y centuriones ocuparán los respectivos puestos, y de los tres condestables pondré uno al frente, otro en medio y otro en la última fila, el cual desempeña igual cargo que el *tergiductor* de los romanos, quienes daban este nombre al jefe situado a retaguardia de las tropas.

»Volviendo a la cabeza del ejército, pondré junto a las picas extraordinarias los vélites extraordinarios, que sabéis son quinientos, y ocuparán un espacio de cuarenta brazos. Al lado de éstos, a mano izquierda, situaré los hombres de armas en ciento cincuenta brazos de terreno, y después, la caballería ligera en un espacio igual al de los hombres de armas. Dejaré los vélites ordinarios alrededor de sus batallones respectivos en los intervalos que separan unos de otros, quedando como auxiliares de éstos, a no ser que los ponga detrás de las picas extraordinarias, lo cual haré o no, según me convenga. Al general de la brigada lo colocaré entre la primera y la segunda línea de los batallones o al frente, en el espacio entre el último batallón de los cinco de la primera línea y las picas extraordinarias, conforme las circunstancias lo aconsejen, rodeándolo de treinta o cuarenta hombres elegidos por su inteligencia para comunicar una orden, y por su intrepidez para rechazar un ataque. Junto al general estarán la bandera y el trompeta.

»En esta forma dispondré la brigada de la izquierda, o sea, la mitad del ejército, ocupando un espacio de frente de quinientos once brazos y el fondo antedicho, no contando el sitio de las picas extraordinarias destinadas a proteger la impedimenta, que será de unos cien brazos.

»La otra brigada se colocará a la derecha de la anterior, del mismo modo que he dispuesto la de la izquierda, dejando entre ellas un espacio de treinta brazos, a cuyo frente situaré algunas piezas de artillería, y tras ellas, al general en jefe del ejército, que tendrá junto a él, además de la bandera capitana y del trompeta, lo menos doscientos hombres elegidos, la mayoría a pie, y entre ellos diez o más capaces de ejecutar cualquier orden, armados de modo que puedan ir a caballo o a pie, según sea necesario.

»Para el ataque de plazas bastan al ejército diez cañones, que no deben pasar de un calibre de cincuenta libras, y en campaña me serviré de ellos, mejor para defender los campamentos que durante la batalla. La demás artillería será más bien de calibre de diez que de quince libras, y la pondré al frente de todo el ejército si el terreno no permite que la sitúe en los flancos de un modo seguro y donde no pueda atacarla el enemigo.

»Este orden de batalla permite combatir como las falanges griegas y como las legiones romanas, porque al frente están las picas y la infantería en apretadas filas, de manera que, al venir a las manos con el enemigo, pueden, como las falanges, reemplazar las bajas de la primera fila con los que están detrás. Por otra parte, si la primera línea es rechazada en desorden, puede replegarse a la segunda, ocupando los intervalos entre los batallones que la forman y, unida con éstos, formará un cuerpo sólido para detener el empuje del enemigo y rechazarlo. Si esto no basta, los soldados pueden replegarse a la

tercera línea y combatir desde ella; hay, pues, en el modo de pelear y en el de rehacerse algo de la organización griega y de la romana.

»En cuanto a la fortaleza del ejército, no existe formación más sólida, pues de uno a otro extremo está provisto de jefes y de armas, no quedando débil más que la retaguardia, donde están los bagajes y operarios, y aun éstos van flanqueados por un destacamento de picas extraordinarias. El enemigo no puede atacar por ningún punto sin encontrar seria resistencia, pues el ataque no será por retaguardia a causa de no haber nunca enemigo con fuerza tan numerosas que pueda acometer por todos lados; que, si así fuera, no emprenderíais campaña contra él. Aun siendo tres veces más numeroso que vuestro ejército y tan bien organizado, debilitaría sus líneas al querer envolveros, y, rotas por cualquier punto, todo le saldría mal.

»Respecto a la caballería, aunque la del enemigo fuera mucho más nutrida que la vuestra, podéis estar seguro de que las picas, dispuestas como he dicho, os defenderán del ímpetu de los caballos, aun en el caso de que vuestra caballería fuese batida.

»Los oficiales están colocados de modo que fácilmente pueden recibir y transmitir órdenes.

»El espacio que media entre los batallones y entre las líneas de batalla, no sólo sirve para la concentración de las fuerzas, sino para el paso de los que comunican las órdenes del general.

»Como os he dicho antes, los romanos formaban sus ejércitos de unos veinticuatro mil hombres, y así deben ser éstos; y de igual manera que los soldados auxiliares aprendían a combatir y a maniobrar de las legiones, los que unáis a vuestras dos brigadas deben adiestrarse con su ejemplo e imitar su organización; cosa fácil, porque, aumentando al ejército otras dos brigadas o tantos soldados como forman las dos primeras, basta con duplicar la formación, y donde se colocan diez batallones, a la izquierda poner veinte, engrosando o extendiendo las líneas, según lo exijan la naturaleza del terreno o la índole del enemigo.

LUIS —En verdad, señor, imagino el ejército como si lo viese y experimento ardiente deseo de verlo pelear. No quisiera por nada en el mundo que fuerais en este caso Fabio Máximo, y, como él, procuraseis estar a distancia del enemigo, evitando la batalla, pues en tal caso, peor que hablaba el pueblo romano de Fabio, hablaría yo de vos.

FABRIZIO —No lo temáis. ¿No oís la artillería? La nuestra ha disparado ya, pero sin causar mucho daño al enemigo. Los vélites extraordinarios y la caballería ligera avanzan y se despliegan atacando con gran furia y gritando cuanto pueden. La artillería enemiga ha hecho una descarga, y sus proyectiles, pasando por encima de nuestros soldados, no han causado daño. Para que no pueda hacer nueva descarga, ved a los vélites y a la caballería que se echan sobre ella y que el enemigo avanza para defenderla, de modo que ni su artillería ni la nuestra pueden ya prestar ningún servicio en la lucha. Ved con cuánto valor combaten los nuestros y con cuánta disciplina, por lo ejercitados que están y por su confianza en las tropas que les siguen, las cuales, a paso regular y llevando a sus flancos los hombres de armas, adelantan contra el enemigo. Ved a nuestra artillería que, para dejar el espacio libre, se retira por el sitio de donde partieron antes los vélites. Ved al

general animando a los suyos y mostrándoles segura la victoria. Ved a los vélites y a la caballería ligera yendo y viniendo por los flancos del enemigo para observar si hay por dónde causarle daño.

»Se ha llegado a las manos. Mirad con cuánto valor y cuán silenciosamente ha sostenido nuestro ejército el choque del enemigo y cómo el general ordena a los hombres de armas que se mantengan firmes y no carguen, sin apartarse de la línea de la infantería. Mirad cómo nuestra caballería ligera cae sobre un pelotón de arcabuceros enemigos que iban a atacarnos por el flanco y cómo la caballería contraria viene en su auxilio, de modo que, entremezclados los caballos de ambas fuerzas, no pueden los arcabuceros disparar y retirarse detrás de sus batallones. Mirad con cuánta furia atacan nuestras picas y, cómo, estando ya tan inmediatos los soldados de ambos ejércitos, no pueden manejar esta arma, de manera que nuestras picas, practicando la maniobra que se les ha enseñado, se retiran lentamente detrás de los escudados. Mirad cómo, entre tanto, un numeroso escuadrón enemigo de hombres de armas rechaza a nuestros hombres de armas de la izquierda, quienes, conforme a las reglas prescritas, se han retirado detrás de las picas extraordinarias, con cuyo auxilio hacen de nuevo frente, rechazan a los adversarios y matan a muchos.

»Entre tanto, todas las picas ordinarias de los primeros batallones se han puesto a retaguardia de las filas de los escudados, dejándoles el cuidado de continuar el combate, y mirad con cuánto valor y cuán segura y fácilmente destrozan al enemigo. ¿No advertís cómo, durante el combate, se han estrechado tanto las distancias que apenas se puede manejar la espada? El enemigo combate con denuedo, pero armado con picas y espadas, inútiles aquéllas por demasiado largas e ineficaces éstas por las armas defensivas del adversario, unos caen heridos o muertos y otros huyen. La fuga ha empezado por la derecha, continúa por la izquierda y la victoria es nuestra. ¿No ha sido un felicísimo combate? Pues más glorioso sería si se me permitiera realizarlo. Y habéis observado que no ha sido preciso empeñar en la batalla la segunda y la tercera líneas del ejército: ha bastado para vencer la que formaba el frente. En este punto nada más he de deciros, salvo aclarar cualquier duda que tengáis.

LUIS —Habéis descrito la batalla y la victoria con tanta viveza, que, admirado y estupefacto, no sé si acertaré a explicar alguna duda; confiando, sin embargo, en vuestra prudencia, me atreveré a decir lo que pienso. Decidme primeramente: ¿por qué vuestra artillería dispara una sola vez y ordenáis en seguida retirarla a retaguardia, sin hacer después mención de ella?

»Paréceme, además, que colocáis la del enemigo a vuestro gusto, haciéndola disparar alto, lo que muy bien podría suceder; pero si ocurre, y creo que ello ocurrirá con frecuencia, que sus proyectiles rompan vuestras líneas, ¿qué remedio pondréis?

»Y puesto que he empezado a hablar de la artillería, concretaré estas preguntas a dicha arma para no referirme más a ella. He oído a muchos desdeñar el orden de batalla y las armas de los antiguos, diciendo que hoy de poco o nada servirían a causa de la artillería que destroza las líneas y traspasa las armas defensivas, siendo locura aconsejar una organización sin defensa contra estos ataques y fatigarse con el peso de unas armas

que no garantizan la vida.

FABRIZIO —Vuestra pregunta necesita, por abrazar varios objetos, larga contestación. Verdad es que no he hecho disparar a la artillería sino una sola vez, e incluso dudé que disparase. La causa de ello consiste en importar más no recibir los proyectiles del enemigo que herir a éste con los nuestros. Ya habéis oído que para preservarse de la artillería es necesario estar fuera de su alcance o ponerse detrás de murallas o de trincheras; y aun en este caso es preciso que sean muy resistentes. Los generales resueltos u obligados a librar batallas no pueden estar detrás de murallas o de trincheras, ni situar sus tropas fuera del alcance de la artillería. No habiendo, pues, medio de defensa, conviene encontrar uno para aminorar la ofensa, y no hay otro que el de apoderarse de los cañones lo más pronto posible, para lo cual conviene precipitarse sobre ellos en orden abierto y no a paso mesurado y en masas compactas; porque la presteza en el ataque le impide repetir los disparos y el orden abierto, herir a muchos hombres. Este medio no es practicable para un cuerpo de ejército formado en batalla, porque, si camina deprisa, se desordena, y si va en orden abierto, evita al enemigo el trabajo de romperlo, rompiéndose por sí mismo.

He organizado mi ejército para poder hacer ambas cosas, colocando en los extremos de la línea de batalla mil vélites ordinarios, y mandándoles que, en unión de la caballería ligera, se arrojen sobre la artillería enemiga tan pronto como la nuestra haya disparado. Retiro mi artillería para no dejar tiempo a la enemiga de volver a disparar, pues no podría yo tenerlo y quitárselo al contrario. No permito que mi artillería haga un segundo disparo para impedir que lo efectúe también la enemiga, y aun, si es posible, que no dispare ni una sola vez. La única manera de inutilizarla es echarse sobre ella, porque si el enemigo la abandona, cae en vuestro poder, y si la defiende, ha de retirarla, de forma que, en cualquiera de ambos casos, no puede disparar.

»Paréceme que estas razones no necesitan ser apoyadas con ejemplos; puedo, sin embargo, presentar algunos de la Antigüedad. Al dar una batalla Ventidio contra los partos, cuyas principales armas eran los arcos y las flechas, les dejó llegar hasta las inmediaciones del campamento antes de sacar el ejército, a fin de empeñar el combate cuerpo a cuerpo sin que pudieran disparar las flechas. César refiere que, en una batalla contra los galos, le atacaron éstos con tanta presteza, que los suyos no tuvieron tiempo para disparar los dardos, según la costumbre romana. Es, pues, evidente que para evitar en campaña los efectos de un arma que se dispara de lejos, el único medio consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible.

»Para marchar contra el enemigo sin disparar la artillería, tengo otra razón que acaso os inspire risa, aun cuando no me parece despreciable. Lo que más ocasiona confusión en un ejército es impedir la vista a los soldados, y muchas valerosísimas tropas han sido derrotadas porque el sol o el polvo no les dejaban ver. Lo que más estorba a la vista es el humo de los disparos de artillería, y paréceme preferible dejar al enemigo cegarse con el humo de sus cañones que ir a su encuentro sin verlo. No prescindiré, sin embargo, de la artillería (lo cual sería desaprobado, vista la reputación de esta arma), pero la emplazaré en los extremos de la línea de batalla, para que, con el humo, no ciegue a los soldados del

frente del ejército, cosa para mí de la mayor importancia. En prueba de lo temible que es este peligro, citaré el ejemplo de Epaminondas, quien, para cegar al enemigo que venía a atacarle, hizo galopar a su caballería ligera por delante del frente de batalla de los contrarios a fin de que la polvareda levantada por los caballos les impidiera ver, con lo cual obtuvo la victoria.

»En cuanto a lo que decís de haber colocado la artillería enemiga a mi gusto, haciendo que pasen sus proyectiles por encima de mis soldados, responderé que, de ordinario, la artillería pesada no causa daño a la infantería, porque el blanco que ésta presenta es bajo y la puntería, difícil. A poco que la levantéis pasan los proyectiles por encima de los soldados, y a poco que la bajéis dan en tierra antes de llegar al enemigo. Otro obstáculo a la puntería es la desigualdad del terreno, pues impiden hacerla bien cualquier matorral o eminencia entre los cañones y la infantería. La caballería, y especialmente los hombres de armas, por ser su formación más compacta que la de la caballería ligera y por su mayor altura, es más fácil dañarla con la artillería, si bien se evita el daño teniéndolos a retaguardia del ejército hasta que cesen los disparos.

»Indudablemente, los arcabuces y la artillería ligera causan mucho más daño que la pesada, y el mejor medio de evitarlo es llegar cuanto antes al cuerpo a cuerpo. Si el primer choque cuesta la vida a algunos soldados, debe tenerse en cuenta que siempre ha de haber muertos, y que un buen capitán y un buen ejército no han de temer el daño particular, sino el general. Dignos de imitación son en esto los suizos, que jamás rehúsan combatir por temor a la artillería, castigan con la pena capital a quien se atreva, por tal causa, a abandonar las filas o dar cualquier señal de miedo. Hago retirar mi artillería a la espalda del ejército después de la primera descarga para que deje libre el paso a los batallones, y no hablo más de ella por ser innecesaria, una vez entablado el combate.

»Habéis añadido que muchos juzgan inútiles las armas y el orden de batalla de los romanos contra la violencia de la artillería, y, al oíros, podría creerse que modernamente hemos inventado una organización militar y unas armas que sean eficaces contra los cañones. Si lo sabéis, os agradeceré que me lo digáis, porque hasta ahora no conozca ninguna, y dudo que pueda hacerse tal descubrimiento. Quisiera que me dijesen quienes aseguran eso por qué razón nuestra infantería usa coraza o coselete de hierro y la caballería, armadura completa, pues si condenan como inútil el armamento antiguo a causa de la artillería, lo mismo deben condenar éste. Quisiera saber también los motivos de hacer los suizos, imitando la antigua organización militar, un cuerpo compacto de seis u ocho mil infantes y por qué las demás naciones siguen su ejemplo, siendo este orden de batalla tan expuesto a sufrir el daño de la artillería como cualquier otro de los antiguos que ahora se imiten.

»No sé lo que me responderían, pero si preguntáis a cualquier militar juicioso, os dirá que los soldados llevan las citadas armas defensivas porque, si no les libran de las balas de los cañones, los defienden de las ballestas, las picas, las espadas, las piedras y todas las demás armas de que se valga el enemigo; dirán también que usan la formación en masas, como los suizos, para poder rechazar la infantería, resistir el choque de la caballería con más vigor y presentar mayores obstáculos a quien quiera romper sus filas.

»Se ve, pues, que los soldados han de temer otras muchas cosas además de la artillería, de las cuales se defienden con las armas y practicando las reglas establecidas; de donde se deduce que cuanto mejor armado está un ejército y su formación es más compacta y unida, está más seguro. Quienes, por tanto, tengan la opinión que habéis manifestado, o son gentes de escasa prudencia o han meditado poco estos asuntos, pues si vemos que la más pequeña parte del armamento antiguo usado hoy, esto es, la pica, y la menor parte de su organización, que es la de las brigadas suizas, hacen tanto bien y fortalecen tanto nuestros ejércitos, ¿por qué no hemos de creer en la utilidad de las demás armas y ordenanzas caídas en desuso? Si no nos cuidamos de la artillería para adoptar la formación en masa de los suizos, ¿cuál otra de las antiguas podrá aumentar el peligro? Sabido es que ninguna formación resulta tan expuesta al daño de la artillería como la que estrecha las filas de los soldados.

»Además, si no me asusta la artillería enemiga para acampar junto a una plaza fuerte desde donde me ofende con mayor seguridad, pues, protegida por los muros, no puedo apoderarme de ella y sí sólo, al cabo de tiempo, contestar con mis cañones a los de la plaza, ¿por qué la he de temer en campo abierto, donde hay medio de quitársela al enemigo? Creo, pues, que la artillería no es impedimento para practicar las ordenanzas antiguas y mostrar las antiguas virtudes. Si no hubiera hablado ya otra vez de este asunto, lo haría ahora con más extensión; pero me atengo a lo que entonces dije.

LUIS —Hemos comprendido perfectamente cuanto habéis dicho acerca de la artillería, demostrando, en suma, que el mejor remedio contra sus disparos consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible, estando en campaña y frente a un ejército. Pero tengo una duda. Paréceme que el enemigo puede colocar su artillería en los flancos de sus fuerzas y resguardarla con la infantería de modo que pueda causaros daño, sin peligro de ser atacada. Al formar vuestro ejército en batalla habéis dejado, si no recuerdo mal, intervalos de cuatro brazos entre cada batallón y otros de veinte entre los batallones y las picas extraordinarias. Si el enemigo forma de igual modo su ejército y pone la artillería en dichos intervalos, creo que desde ellos podrá causar daño a vuestras tropas con grandísima seguridad, por ser muy difícil penetrar en sus filas para apoderarse de los cañones.

FABRIZIO —La duda está perfectamente justificada y procuraré disiparla remediando el citado peligro. He dicho que los batallones están en continuo movimiento, tanto en las marchas como en las batallas, y tienden naturalmente a unirse, de modo que si hacéis estrechos los intervalos donde colocáis la artillería, al poco tiempo quedan cerrados y los cañones no pueden disparar, y si, para evitar este inconveniente, los hacéis demasiado anchos, incurrís en otro peligro aún mayor, facilitando al enemigo entrar por ellos, no sólo para apoderarse de la artillería, sino para desordenar las líneas. Sabed, además, que no puede situarse entre filas la artillería, sobre todo la que va en carros, porque, caminando en sentido opuesto al que dispara, si os veis obligado a marchar y tirar a la vez, para disparar necesitáis volver los cañones, y esta operación exige tan grande espacio, que cincuenta carros de artillería desorganizarían cualquier ejército. Por eso es necesario tenerla fuera de las filas, donde puede ser atacada del modo que hace poco

dije.

»Pero supongamos la posibilidad de que esté entre filas, eligiendo un término medio en el intervalo, para evitar que, por pequeño y por la tendencia de la infantería a unir las filas, le impida disparar, y, por espacioso, deje penetrar al enemigo: en tal caso, el remedio consiste en abrir un espacio igual en vuestro ejército que deje a las balas libre paso e inutilice su violencia, cosa fácil de practicar, pues si el enemigo quiere que su artillería esté segura ha de situarla al final del intervalo, y, para no herir a sus soldados, disparar constantemente en línea recta, de suerte que, con dejar paso a los proyectiles, se conjura el peligro. Por regla general ha de dejarse vía libre a todo lo que no se puede resistir, como se hacía en la Antigüedad con los elefantes y con los carros armados de hoces.

»Creo, estoy casi seguro, que os parece he arreglado una batalla y conseguido una victoria a mi antojo; pero si no basta a convenceros cuanto hasta ahora he dicho, repetiré que un ejército ordenado y armado como he propuesto, necesariamente derrotará en el primer encuentro a cualquier otro ejército organizado como lo están los modernos, los cuales ordinariamente sólo tienen un cuerpo de batalla, no llevan escudados y van tan desprovistos de armas defensivas, que les es imposible resistir los golpes del enemigo cuando ataca cuerpo a cuerpo. El orden de batalla es tan defectuoso que, si enfilan los batallones unidos por los flancos, forman una línea sin profundidad; y si se colocan uno detrás de otro, como no están formados para que entren en las filas de los de atrás los de delante, la confusión primero, y el desorden después, se producen con la mayor facilidad. Y aunque estos ejércitos estén divididos en tres cuerpos con los nombres de vanguardia, batalla y retaguardia, la división sólo la practican en las marchas o en los campamentos, pues en las batallas todos atacan a la vez y procuran lograr en el primer choque la victoria.

LUIS —He advertido también en la batalla por vos descrita que vuestra caballería fue rechazada por la enemiga, retirándose para buscar apoyo en las picas extraordinarias, con el cual contuvo y rechazó al enemigo. Creo que las picas pueden contener a la caballería, como habéis dicho, pero sólo cuando forman batallones cerrados y fuertes como los de los suizos; pero en vuestro ejército sólo colocáis al frente cinco filas de picas y a los flancos, siete, de modo que no sé cómo puedan resistir el choque de la caballería.

FABRIZIO —Ya os he dicho que en la falange macedónica sólo eran eficaces a la vez para la resistencia las seis primeras filas de picas: sabed también que en un batallón suizo, aunque tuviese mil filas de fondo, sólo pueden obrar contra el enemigo cuatro, o a lo más, cinco. Las picas son de nueve brazos de largo, brazo y medio lo ocupan las manos para sostenerlas, y en la primera fila quedan libres siete brazos y medio. En la fila segunda, además del espacio ocupado por las manos, se pierde brazo y medio en la distancia entre las dos filas, y sólo quedan útiles seis brazos de pica; en la fila tercera, por igual motivo, sólo hay aprovechables cuatro brazos y medio, tres en la cuarta y uno y medio en la quinta. Las demás filas son inútiles para herir al enemigo, pero sirven para ir reemplazando a los que caen en las primeras, según dijimos oportunamente, y como barbacana de las cinco.

»Si, pues, cinco de estas filas resisten el choque de la caballería, ¿por qué no han de resistirlo cinco de las nuestras, a las cuales no faltan filas detrás que las sostengan y presten igual apoyo, aunque no tengan picas, como las de los suizos?

»En cuanto a las filas de picas extraordinarias que sitúo en los flancos del ejército y que os parecen muy débiles, fácil es formarlas en cuadro y ponerlas a los flancos de los dos batallones colocados en la última línea del ejército, desde cuyo sitio pueden acudir igualmente en apoyo del frente y de la retaguardia del ejército y prestar ayuda a la caballería, según las circunstancias lo exijan.

LUIS —¿Emplearíais siempre el mismo orden de batalla en todos los casos?

FABRIZIO —En manera alguna. Hay que variar el orden con arreglo a las condiciones del sitio y a la calidad y cantidad del enemigo, como se demostrará con algunos ejemplos antes de terminar esta conversación. He presentado este orden de batalla, no como superior a los otros, aunque sea excelente, sino para que sirva de regla al hacer variaciones. Todas las ciencias tienen sus principios generales que les sirven de fundamento. Insisto, sin embargo, en recordaros que ordenéis siempre el ejército de modo que los combatientes de las primeras filas puedan ser apoyados por los que están detrás, pues quien hace lo contrario inutiliza la mayor parte de su ejército, y, si tropieza con seria resistencia, no puede vencer.

LUIS —En este punto tengo una duda. En vuestro orden de batalla ponéis cinco batallones al frente, tres detrás y dos en la última línea. Creo sería mejor hacer lo contrario, pues me parece más difícil derrotar un ejército cuando el enemigo, a medida que vaya avanzando, encuentre mayor resistencia, y, con vuestro sistema, cuanto más penetrara la hallará más débil.

FABRIZIO —Recordad a los triarios que formaban la tercera línea en la legión romana, siendo sólo seiscientos hombres, y dudaréis menos si os acordáis cómo estaban formados. Siguiendo este ejemplo, he colocado en la tercera línea dos batallones, o sea, novecientos soldados, de modo que, al imitar la formación romana, he puesto más bien más que menos soldados en esta línea. Y aunque el ejemplo es convincente, diré, además, el motivo en que me fundo.

»La primera línea del ejército se forma espesa y sólida, porque es la que sostiene el empuje del enemigo y no ha de recibir refuerzos. Conviene, pues, organizarla con numerosos soldados, pues si son pocos, las filas resultarían flacas y espaciadas por falta de número. La segunda línea, destinada más bien a recibir a la primera, si es rechazada, que a afrontar al enemigo, debe tener grandes intervalos, y por eso conviene que sea de menor número que la primera; porque si fuera de número mayor o igual, o no podría dejar intervalos, lo cual ocasionaría confusión, o, dejándolos, sería de mayor extensión que la primera, constituyendo un orden de batalla imperfecto.

»No es exacto lo que habéis dicho de que el enemigo cuanto más penetra en mi ejército lo halla más débil, porque no puede combatir con la segunda línea sin que a ésta se haya unido la primera, de modo que la encuentra más fuerte y no más débil, teniendo que combatir con las dos primeras líneas reunidas. Lo mismo le sucederá si llega a la tercera línea, pues no sólo tendrá que batirse en ella con los dos batallones de tropas

descansadas que la forman, sino con todos los de la brigada. Como esta línea es la destinada a recibir los batallones de las dos primeras, conviene que esté muy espaciada y sea menor que en aquéllas el número de soldados.

LUIS —Me satisface esta explicación. Pero permitidme una pregunta. Si los cinco batallones de la primera línea se unen a los tres de la segunda, y después los ocho a los dos de la tercera, ¿cómo es posible que los ocho primero y los diez después ocupen el mismo espacio que los cinco del frente de batalla?

FABRIZIO —En primer lugar, no es el mismo espacio, porque los cinco batallones de la primera línea tenían entre sí cuatro intervalos y los ocupan al retirarse hacia los tres de la segunda línea y hacia los dos de la tercera. Queda aún el espacio que media entre dos brigadas y el que hay entre dos batallones y las picas extraordinarias, y todos estos intervalos forman bastante extensión. Añádase a esto que los batallones no ocupan el mismo espacio cuando están formados antes de la batalla que cuando el combate los desordena, porque en este caso, o estrechan las filas o las desparraman. Sucede esto último cuando el temor les obliga a huir; y lo primero cuando creen que su salvación está no en la fuga, sino en la defensa, la cual pueden hacer uniéndose, no dispersándose.

»Añádase a esto que las cinco filas de picas que están delante, una vez empeñada la lucha cuerpo a cuerpo, se retiran por los intervalos de los batallones a retaguardia, para dejar espacio a las maniobras de los escudados, y de estas picas puede servirse el general para lo que crea oportuno, pues mezcladas con la demás infantería en el tumulto de la lucha, serían ineficaces. Resulta, pues, que los espacios dispuestos en las tres líneas de batalla son suficientes para contener al remanente de los soldados de las dos primeras. En último caso, si no fueran bastantes los flancos del ejército, no los forman muros, sino hombres, y a ambos lados pueden extenderse y ocupar el terreno necesario para todos los combatientes.

LUIS —Las filas de picas extraordinarias que ponéis en los flancos del ejército, ¿deben permanecer en su puesto cuando los batallones de la primera línea se retiran a la segunda, formando como dos cuernos al frente del ejército, o se retiran al mismo tiempo que los batallones? En este caso, no teniendo detrás filas espaciadas que las reciban, ¿qué deben hacer?

FABRIZIO —Si el enemigo no las combate cuando obliga a los batallones de la primera línea a retirarse, pueden permanecer en su puesto y combatir al contrario por los flancos después de la retirada de la primera línea; pero si son atacadas, como es de presumir, al ser el enemigo bastante fuerte para rechazar los batallones, deben retirarse; lo cual harán facilísimamente, por no tener a su espalda filas que las reciban, debiendo doblar el fondo y entrar en línea recta unas filas entre las otras, como expliqué al hablar del modo de doblar las filas. Cierto es que para doblar el fondo, marchando en retirada, se emplea un método distinto del explicado; porque dije que la segunda fila debía entrar en la primera y la cuarta en la tercera y así sucesivamente, y en este caso no se ha de comenzar por las primeras filas, sino por las últimas, de manera que, al doblarse las filas, en vez de avanzar, se retiren.

»Para responder a cuantas objeciones podáis hacerme respecto a la explicada

batalla, repetiré que mi organización del ejército y lo dicho respecto a la manera de combatir se funda en dos razones: una, demostrar cómo se ordena en batalla; otra, cómo se ejercita. De lo primero no creo que tengáis duda alguna. Respecto a los ejercicios, sostengo que deben hacerse cuantas más veces sea posible reuniendo los batallones, pues así aprenderán los oficiales a mandarlos y los soldados a desempeñar cada cual su misión en las filas. Si esto es necesario, lo es también que los oficiales sepan todas las maniobras generales y se acostumbren a obedecer las órdenes del general en jefe.

»Conviene, por tanto, aprendan a reunir los batallones, a ocupar rápidamente cada cual su sitio y que la bandera de cada batallón tenga ostensiblemente el número que le corresponde, porque esto facilita la transmisión de las órdenes del general y permite a capitanes y soldados reconocerse mutuamente. Las brigadas han de estar también numeradas y llevar su número en la bandera principal. Es preciso saber perfectamente los números de las brigadas que forman los extremos izquierdo y derecho de la línea de batalla, y también el de cada uno de los batallones situados al frente, en el centro y en otros sitios.

»Los números han de ser igualmente signos correlativos que indiquen los empleos en el ejército; por ejemplo, el número primero será el de los decuriones; el segundo corresponderá al jefe de cincuenta vélites ordinarios; el tercero, al centurión; el cuarto, al jefe del primer batallón; el quinto, al del segundo; el sexto, al del tercero, y así sucesivamente hasta el décimo batallón, cuyo jefe será inmediatamente inferior al que mande la brigada. A este cargo no se podrá llegar sin haber pasado por todos los anteriores.

»Como además de estos jefes tenemos tres condestables de picas extraordinarias y dos de vélites extraordinarios, les daría el grado de condestables o jefes del primer batallón, sin que me procupe de tener seis jefes de igual graduación porque habría entre ellos más estímulo para obtener el empleo inmediato.

»Sabiendo cada uno de estos jefes el lugar en que debe ser colocado su batallón, una vez enarbolada en su sitio la bandera capitana, bastarán los toques de trompeta para que todos acudan al que les corresponde. Este ejercicio de acostumbrarse a formar en orden de batalla es el principal de todos, y por ello conviene practicarlo diariamente y varias veces por día, acostumbrándose a hacer, deshacer y rehacer la formación.

LUIS —¿Qué otras señales, además del número, deben tener, en vuestra opinión, las banderas?

FABRIZIO —La del general debe llevar las armas del soberano; las otras pueden tenerlas también variando el campo, o ponerles otra señal, como mejor parezca a aquel a quien pertenezca el ejército, porque esto importa poco, con tal de que se conozca la diferencia entre ellas.

»Pasemos al segundo ejercicio: consiste en poner en movimiento el ejército con paso mesurado y sin perder el orden de formación. El tercero ha de ser maniobrar como en el campo de batalla, haciendo disparar la artillería y retirarla; avanzar los vélites extraordinarios, y después de un simulacro de combate, retirarlos; hacer que los batallones de la primera línea, como si fueran rechazados, se retiren a los intervalos de la

segunda y después los de la primera y la segunda a la tercera, desde la cual cada uno volverá a ocupar su primitivo sitio. El cuarto ejercicio debe dedicarse a conocer, por los toques de las trompetas y por las banderas, las órdenes de mando de los jefes, pues las que se den de viva voz se comprenden desde luego sin necesidad de señales.

»Dada la importancia que tienen los toques de trompeta para transmitir las órdenes, os referiré los que se usaban en la Antigüedad. Dice Tucídedes que los lacedemonios empleaban en sus ejércitos las flautas, por creer que sus sonidos eran los más a propósito para que los soldados maniobraran, no con precipitación, sino con calma. Por igual motivo usaban los cartagineses el bistro al empezar el ataque. Aliatos, rey de los lidios, se valía de sistros y flautas, pero Alejandro Magno y los romanos prefirieron los cuernos y las trompetas, por creer que con tales instrumentos enardecían más el ánimo de sus soldados y les excitaban a combatir con mayor valor.

»Pero de igual manera que para armar nuestro ejército hemos apelado a las armas de los griegos y de los romanos, imitaremos también a estos pueblos en la distribución de los instrumentos, haciendo que junto al general en jefe esté la trompeta, como a propósito, no sólo para excitar el valor de los soldados, sino porque su sonido se oye a través del mayor ruido.

»Junto a los jefes de brigada y de batallón pondría flautas y tamboriles, para que tocasen, no como tocan ahora, sino como se acostumbra tocarlos en los festines. El general ordenaría con los toques de trompeta cuándo se debía hacer alto, avanzar o retirarse, cuándo habían de disparar la artillería o moverse los vélites extraordinarios, y, en fin, todas las maniobras que cabe mandar por medio de toques, y los tamboriles los repetirían en seguida. Como este ejercicio es muy importante, conviene practicarlo mucho. La caballería ha de llevar también trompetas, pero menos fuertes y de diferente sonido que las del general.

»Esto es cuanto se me ocurre respecto al orden de batalla y a los diversos ejercicios de las tropas.

LUIS —Os ruego me expliquéis, si no os molesta, por qué razón hacéis atacar furiosamente y con grandes gritos a los vélites extraordinarios y a la caballería ligera, y el resto del ejército debe acometer silenciosamente, pues no comprendo el motivo de la diferencia.

FABRIZIO —En la Antigüedad, los generales opinaban de distinto modo sobre si se debía atacar al enemigo rápidamente y dando grandes gritos, o despacio y en silencio. Este último sistema mantiene mejor el orden de formación y permite oír los toques y las voces de mando, y el primero sirve para enardecer a los soldados. Como ambas ventajas son importantes, hago atacar a unos con gran ruido y a otros silenciosamente. No creo que el gritar de continuo sea beneficioso, pues impide oír las órdenes, y esto es muy peligroso. No es probable que los romanos, después del primer ataque, continuaran gritando, pues se leen con frecuencia en su historia frases y exhortaciones de los generales para detener a los soldados que huían, y para hacer cambios en el orden de batalla durante el combate, cosa imposible si los gritos de los soldados cubrieran la voz del general.

[34] Se trata de Luis Alamanni (1495-1556). Amigo de Maquiavelo, tomó parte en una conjura política, con lo que tuvo que exiliarse en Francia donde sirvió a Francisco I como diplomático. Es el interlocutor de F. Colonna en este libro III.

LIBRO CUARTO

Peligro de extender demasiado el frente del ejército. — Elección del terreno según sea el enemigo más o menos numeroso. — Debe elegirse el sitio más alto, procurando que no ofendan el sol y el viento. — Cómo se ha de ordenar el ejército cuando es inferior al enemigo en caballería. — Por qué los buenos generales oponen la parte más fuerte de su ejército a la más débil del enemigo y a la más vigorosa de éste la menos resistente suya. — Ejemplo de Escipión contra Asdrúbal. — De cómo se envuelve al enemigo, teniendo ejército más numeroso que el suyo. — Manera de asegurar la retirada. — Ataque al enemigo por el flanco. — Aníbal y Escipión ordenaban de distinto modo su ejército. Por qué Escipión ponía los astarios en los extremos de la línea de batalla. — Carros con hoces de los asiáticos. — De cómo se defendió Sila contra Arquelao. — Estratagemas, asechanzas y demás recursos de esta índole. — Ejemplos antiguos y modernos. — Dificultades para contener un ejército en fuga y obligarlo a pelear. — Procedimientos empleados por los grandes capitanes. — De cómo, venciendo, se debe sacar el mejor partido de la victoria y, vencido, hacer que la pérdida sea menos dañosa. — Formación del ejército en cuña y manera de contrarrestarla. — Precauciones que debe tomar un general antes de empeñar la batalla. — No ha de empeñarla sino por necesidad o con manifiesta ventaja. — Ejemplos tomados de los más famosos capitanes de la Antigüedad. — Debe llevar consigo un consejo de hombres peritísimos en la guerra. — No puede evitarse la batalla si el enemigo está resuelto a combatir. — Ejemplos. — Cómo se contiene a los soldados deseosos de combatir aun con desventaja; cómo se les alienta cuando no quieren pelear. — De las arengas militares. — El buen general debe saber hablar a los soldados. — La religión sirve para predisponer bien los ánimos en el ejército. — Ejemplos. — Ventaja de poner a los soldados en la necesidad de combatir. — Confianza en el general. — Amor a la patria.

LUIS —Puesto que bajo mis órdenes acaba de ganarse una victoria tan honrosa, me parece prudente no tentar más a la fortuna, sabiendo cuán inestable y caprichosa es. Abdico, pues, la dictadura y dejo a Zanobi[35] el cuidado de preguntar, por corresponderle, siguiendo el orden de edad. Bien sé que no rehusará este honor, o, mejor dicho, este trabajo, primero por complacerme y además porque, siendo naturalmente más valeroso que yo, no temerá acometer una empresa en la cual lo mismo puede vencer que ser vencido.

ZANOBI —Haré lo que me digáis, aunque preferiría seguir de oyente, pues me han agradado más vuestras preguntas que las que se me ocurrían al escuchar la conversación. Perdonad, señor Fabrizio, si os hacemos perder tiempo y consumir la paciencia.

FABRIZIO —Me causáis, al contrario, gran placer, porque el cambio de personas encargadas de preguntar me da a conocer vuestro ingenio y vuestras respectivas aptitudes. ¿Os queda alguna duda respecto al asunto tratado?

ZANOBI —Dos preguntas deseo haceros antes de pasar a otra cosa. La primera que nos digáis si hay alguna otra manera de organizar los ejércitos, y la segunda qué precauciones debe tomar un general antes de entablar la batalla y cómo se remediarán los accidentes ocurridos durante la lucha.

FABRIZIO —Procuraré satisfaceros. No respondo separadamente a ambas preguntas, porque, al hacerlo a una de ellas, observaréis que lo hago también a la otra.

»Ya os he dicho que al proponeros determinado orden de batalla se podían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigo y la naturaleza del terreno aconsejaran, porque en tales casos se procede conforme al enemigo y al sitio. No olvidéis, sin

embargo, que lo más peligroso es dar demasiada extensión al frente del ejército, como no se cuente con numerosa y valerosísima tropa. En caso contrario, conviene preferir la línea de batalla profunda y poco extensa a la larga y débil. Cuando vuestras fuerzas sean inferiores a las del enemigo, se han de buscar también otras defensas, como la de apoyar el ejército en un río o un terreno pantanoso, para evitar ser envuelto, o resguardar sus flancos con fosos como hacía César en las Galias.

»En general, se debe alargar o estrechar el frente de batalla, según el número de vuestras fuerzas y de las del enemigo; si las de éste son inferiores, deben preferirse las llanuras extensas, sobre todo si el ejército está bien disciplinado, a fin de poder, no sólo desplegar cómodamente las líneas, sino también envolver al enemigo, pues en terreno desigual y montañoso, donde sea imposible desarrollar las fuerzas, ninguna ventaja produce la superioridad de éstas. De aquí que los romanos casi siempre buscaban terreno llano para pelear y se apartaban del montañoso.

»Debe hacer lo contrario el que tenga pocas tropas o mal ejercitadas, pues necesita pelear en posiciones donde el corto número pueda resistir o la falta de experiencia no perjudicar.

»Conviene también ocupar el sitio más elevado, para acometer con más violencia, pero cuidando que no sea al pie de una montaña o de sus estribaciones, por donde pueda venir el ejército contrario, porque, en tal caso, su artillería te ocasionará cómodamente mucho daño, sin que puedas evitarlo ni contrarrestarla con la tuya, a causa de la posición más elevada en que se encuentra.

»También debe procurar quien va a dirigir una batalla que ni el sol ni el viento hieran de frente a sus soldados, porque uno y otro perturban la vista, aquél con los rayos y éste con el polvo. El viento, además, contrarresta el ímpetu de las armas arrojadizas, disminuyendo la violencia del golpe. En cuanto al sol, no sólo hay que evitar que hiera de frente al prepararse al combate, sino también que esto suceda cuando avance el día, para lo cual conviene tenerlo a la espalda al formar en batalla, a fin de que transcurra el mayor tiempo posible antes de dar de frente. Esta precaución la tomó Aníbal en Cannas y Mario en la batalla contra los cimbrios.

»Si vuestro ejército fuera muy inferior en caballería, formadlo entre viñas, árboles u otros obstáculos de esta índole, como lo hicieron los españoles cuando, en nuestros tiempos, derrotaron a los franceses en Ceriñola, en el reino de Nápoles.[36] Se ha visto muchas veces, teniendo las mismas tropas, convertirse un ejército de vencido en vencedor, con sólo variar el sitio y el orden de batalla. Así sucedió a los cartagineses, quienes, derrotados varias veces por Marco Régulo, fueron al fin victoriosos, cuando, por consejo del lacedemonio Xantippo, bajaron a la llanura, donde con su caballería y sus elefantes vencieron a los romanos.

»He observado en la historia de los generales más célebres que, al ver reforzar al enemigo un lado de su línea de batalla no le han opuesto la parte más fuerte, sino la más débil de la suya, situando la de mayor fuerza frente a la enemiga que lo es menor. Comenzada la batalla, ordenaban que la parte de su línea más fuerte se limitara a sostener el choque, sin atacar a los contrarios y a la más débil, que se dejara vencer,

retirándose a la última línea del ejército. Esta maniobra ocasiona dos grandes daños al enemigo: uno el quedar envuelta la mejor parte de su ejército, y otro que, creyendo inmediata la victoria, casi siempre se desordena, lo que precipita su ruina. Cornelio Escipión, cuando guerreaba con el cartaginés Asdrúbal en España, ponía ordinariamente las legiones, sus mejores tropas, en el centro de la línea de batalla; pero supo que Asdrúbal había tenido noticia de ello y quería imitarle, y al preparar una nueva batalla, situó las legiones en los extremos de su línea y en el centro, sus tropas más débiles. Ordenó a éstas avanzar despacio y a las de los extremos adelantarse rápidamente. Empeñado el combate en los extremos de las líneas, sin llegar a las manos los que ocupaban el centro, sino que se mantenían a bastante distancia, alcanzó Escipión, por emplear sus mejores tropas contra las peores del enemigo, una brillante victoria.

»Esta estratagema, provechosa entonces, no lo sería ahora a causa de la artillería, porque el espacio que separase el centro de ambas líneas permitiría disparar los cañones repetidas veces, cosa muy perjudicial, como antes he dicho. Hay, pues, que renunciar a esta maniobra y proceder como he explicado, empeñando el combate en toda la línea y haciendo ceder a la parte más débil.

»El general que dispone de fuerzas superiores a las del enemigo, si quiere envolverlo sin que éste lo advierta a tiempo de poderlo evitar, formará su ejército con igual frente que el contrario, y, empeñada la lucha, procurará que poco a poco se retire el centro y avancen los extremos, con lo cual el enemigo quedará envuelto, sin poderlo sospechar ni evitar.

»Quien quiera dar una batalla con la casi certeza de no ser derrotado, coloque su ejército en donde tenga refugio inmediato y seguro, como un terreno pantanoso, una montaña o una plaza fuerte. En tal caso, el enemigo no puede seguirle, aunque venza, y en cambio, si no triunfa, será perseguido. A este recurso apeló Aníbal cuando empezó a serle contraria la fortuna y temía el valor de Marco Marcelo.

»Para desordenar las líneas enemigas han apelado algunos a que las ataquen las tropas ligeras, y, empezada la batalla, se retiren a sus puestos. Después, cuando ambos ejércitos vienen a las manos y la lucha se generaliza, las hacen salir por los flancos y acometer de nuevo al enemigo, desordenándolo y venciéndolo. El que es inferior en caballería, además de los recursos ya dichos, tiene el de poner detrás de sus caballos un batallón de picas y ordenar que, empeñado el combate, abra la caballería paso a las picas, con lo cual dominará siempre al enemigo. Otros, finalmente, adiestran algunos soldados de infantería a combatir entre los caballos, siendo poderoso auxilio para la caballería.

»De todos los generales, los más elogiados por la manera de disponer sus ejércitos para dar batalla, son Aníbal y Escipión, cuando combatieron en Zama. Aníbal mandaba un ejército formado de cartagineses y auxiliares de varias comarcas. Puso al frente de él ochenta elefantes, detrás de ellos a las tropas auxiliares, seguidas de los cartagineses, y en último lugar a los italianos, de quienes desconfiaba. Ordenó así el ejército porque los auxiliares, teniendo delante al enemigo y a la espalda a los cartagineses, no podían huir, y obligados a pelear, habían de rechazar o al menos cansar a los romanos. Hecho esto con sus tropas frescas, alcanzaría fácilmente la victoria contra un enemigo ya fatigado. Frente

al ejército de Aníbal dispuso el suyo Escipión colocando los astarios, los príncipes y los triarios según la costumbre romana, para concentrarse unas líneas en otras y apoyarse mutuamente. En el frente de su línea de batalla hizo muchos intervalos, y para que no los viera el enemigo y creyese sólidamente unida toda la línea, los cubrió con vélites, ordenándoles que retrocedieran al acercarse los elefantes, y por los intervalos ordinarios de las legiones se pusieran detrás de ellas, dejando paso a los paquidermos; así se libró de la impetuosidad de estos animales y, al llegar a las manos, logró la victoria.

ZANOBI —Al hablarnos de esa batalla me habéis hecho recordar que Escipión, durante el combate, no mandó retirar la línea de los astarios para incorporarla a la de los príncipes, sino que la dividió: colocó cada parte en los extremos de la línea de batalla, dejando así espacio a los príncipes para que avanzaran. ¿Queréis decirme la causa de no observar en este caso la habitual ordenanza?

FABRIZIO —Os la diré. Lo mejor de su ejército lo había puesto Aníbal en la segunda línea, y Escipión, para oponerle también en su segunda línea una fuerza igualmente sólida, unió los príncipes y los triarios, colocando éstos en los intervalos de la línea de aquéllos, y no quedando, por consiguiente, espacio para recibir a los astarios; por eso los dividió y puso a los extremos de la línea. Esta maniobra de abrir la primera línea para dejar espacio a la segunda, no debe practicarse sino cuando se ha adquirido gran superioridad, pues sólo entonces se hace fácilmente, como lo hizo Escipión. Si se intenta cuando la primera línea está desordenada o es rechazada, ocasiona inmediata derrota; por ello conviene tener siempre detrás de la primera línea otras que la apoyen y donde los soldados de aquélla puedan refugiarse.

»Pero volvamos a nuestro asunto. Los antiguos pueblos de Asia usaban, entre otras pesadas máquinas para ofender al enemigo, unos carros a cuyos lados ponían hoces, de modo que no sólo servían para romper con su ímpetu las filas, sino también para matar con las hoces a los adversarios. Para defenderse de estos carros se empleaban varios medios: o hacer el frente de batalla muy denso para resistir su ímpetu, o dejarles paso franco, como a los elefantes, o aplicar algún recurso extraordinario, como el practicado por el romano Sila contra Arquelao, que disponía de muchos de estos carros armados de hoces. Para contener su ímpetu mandó Sila clavar estacas en tierra al frente de su línea de batalla, y, tropezando en ellas los carros, perdían su impetuosidad. Conviene saber que Sila ordenó su ejército en este caso de distinta manera que la acostumbrada, pues puso a retaguardia los vélites y la caballería y al frente a todos los armados con armas pesadas, dejando entre ellos intervalos para que, si era preciso, avanzaran los de detrás. Empeñado el combate, alcanzó la victoria valiéndose de la caballería, a la cual abrió paso oportunamente.

»Para desordenar al enemigo durante la lucha es preciso hacer algo que lo asuste, o anunciar la llegada de nuevos refuerzos, o imaginar algún ardid que aparente recibirlos, de modo que, engañado por la apariencia, se atemorice y sea fácil vencerlo. Estas estratagemas las emplearon los cónsules Minucio Rufo y Acilio Glabrión. También Cayo Sulpicio hizo montar a los mercaderes y logreros que seguían al ejército en mulos y otros animales inútiles para el combate, pero formados de modo que asemejaban un cuerpo de

caballería, y les mandó presentarse sobre una colina, mientras él luchaba con los galos, logrando con este ardid la victoria. Lo mismo hizo Mario cuando combatía contra los teutones.

»Si los ataques simulados son muy útiles mientras dura el combate, mucho más aprovechan los verdaderos, sobre todo cuando se cae de improviso en medio de la lucha sobre la retaguardia o los flancos del enemigo, cosa difícil si el terreno no ayuda, porque si es abierto, no podéis ocultar los movimientos de parte de vuestras tropas, como conviene para esta maniobra; pero si es montuoso o cubierto de árboles y, por tanto, a propósito para emboscadas, muy bien podéis ocultar algunas fuerzas para atacar al enemigo por sorpresa, lo cual siempre será un medio de vencerle.

»A veces ha sido muy oportuno durante la batalla hacer correr la noticia de la muerte del general enemigo o de la derrota de una parte de su ejército, debiéndose a este recurso el salir victorioso. Desordénase fácilmente la caballería enemiga oponiéndole animales que desconozca o con cualquier ruido extraordinario. Lo consiguió Creso presentando sus camellos delante de la caballería enemiga y Pirro sus elefantes para contrarrestar la caballería romana, pues el aspecto de estos animales la atemorizó y desordenó. En nuestros tiempos, los turcos han vencido al sufí de Persia y al sultán de Siria únicamente con los disparos de las armas de fuego, cuyo estrépito, para ellos nuevo, dispersó su caballería y produjo su derrota. Los iberos, para vencer al ejército de Amílcar, pusieron al frente del suyo carros llenos de hierbas secas y arrastrados por bueyes. Al comenzar la batalla encendieron las hierbas, y huyendo los bueyes de las llamas, penetraron en el ejército de Amílcar y lo desorganizaron. Procúrase engañar al enemigo atrayéndole a las emboscadas, según hemos dicho, cuando el terreno es a propósito para prepararlas, y aun en las llanuras han empleado algunos el medio de abrir zanjas, cubriéndolas ligeramente con ramaje y tierra y dejando entre ellas intervalos por donde se retiran las tropas una vez empeñado el combate. Persiguiéndolas el enemigo, cae en las zanjas y es vencido.

»Si comenzada la lucha ocurre algún accidente a propósito para asustar a vuestros soldados, es convenientísimo saberlo ocultar y aun convertirlo en algo beneficioso, como hicieron Tulio Ostilio y Lucio Sila. Al ver aquél, durante una batalla, que algunas de sus tropas se pasaban al enemigo, cosa que había atemorizado extraordinariamente al ejército, en seguida hizo correr la voz de que lo hacían obedeciendo una orden suya, y así logró quitar el miedo a sus soldados e infundirles tanta confianza, que resultaron victoriosos. Sila ordenó a algunos soldados realizar una empresa en que perecieron, y para que su muerte no intimidara al ejército, dijo que los envió y puso en manos del enemigo porque sabía que no eran fieles. Mientras daba Sertorio una batalla en España mató a uno de los suyos, al notificarle la muerte de uno de sus generales, por temor de que, repitiendo la noticia, hiciera cundir el pánico.

»Es por demás difícil contener un ejército que empieza a huir y hacerle volver a la lucha, e imposible si la huida es general. Sólo en el caso de limitarse a algunas tropas cabe poner remedio. Muchos generales romanos evitaron derrotas poniéndose delante de los que huían y avergonzándoles por esta acción, como lo hizo Lucio Sila al ver que

algunas de sus legiones, rechazadas por las tropas de Mitrídates, volvían la espalda al enemigo. Puesto ante ellas con la espada en la mano, gritó: «Si alguien os pregunta dónde habéis abandonado a vuestro general, contestad: lo dejamos combatiendo en Beocia.» El cónsul Atilio opuso a los fugitivos los que habían permanecido en su puesto e hizo saber a aquellos que, si no volvían al combate, serían muertos por los suyos y por los enemigos. Al saber Filipo de Macedonia el miedo que a sus soldados inspiraban los escitas, situó a retaguardia del ejército un cuerpo de caballería de su completa confianza con orden de matar a los fugitivos. Prefirieron los soldados morir combatiendo a morir huyendo, y vencieron a los escitas. Finalmente, muchos generales romanos, no por impedir la fuga, sino por enardecer a sus soldados, en medio del combate tomaban una bandera, y, arrojándola entre los enemigos, prometían premio al que la recobrase.

»No creo fuera de propósito añadir a lo dicho algo de las consecuencias de las batallas, máxime siendo cosa breve, digna de atención y propia de este asunto. Las batallas se ganan o se pierden. En el primer caso se debe proseguir la victoria imitando a César y no a Aníbal, que, por detenerse después de derrotar a los romanos en Cannas, perdió la ocasión de apoderarse de Roma. César, al contrario, alcanzada la victoria, no descansaba, sino que perseguía al enemigo con mayor furor e impetuosidad que durante el combate. En el segundo caso, es decir, cuando se pierde la batalla, debe el general examinar si puede sacar algún partido de la derrota, sobre todo cuando le quedan restos de su ejército. En estos casos es oportuno aprovechar la negligencia del enemigo que, casi siempre, después de la victoria, se entrega a ciega confianza y da ocasión a que le ataquen con éxito. Así destruyó el romano Marcio los ejércitos cartagineses que, después de la muerte de los dos Escipiones y de derrotados sus ejércitos, ningún caso hacían de los que quedaron vivos a las órdenes de Marcio, con los cuales atacó a sus contrarios y los venció. No hay empresa tan fácil de ejecutar como la que el enemigo cree irrealizable, y las más de las veces daña a los hombres lo que menos temen.

»Si el general vencido no puede apelar a este recurso, debe ingeniarse a fin de disminuir en lo posible el daño de la derrota. Al efecto procurará impedir que el enemigo le persiga fácilmente y aun hará algo que le obligue a retardar la persecución. Para lo primero, algunos generales, al conocer que la batalla se perdía, dieron órdenes a los jefes para retirarse por diversos puntos, diciéndoles el sitio donde todos habían de reunirse, y con esto consiguieron que el enemigo, temeroso de dividir sus fuerzas, dejara marchar a todos o al mayor número sin hostilizarles. Para lo segundo, muchos han arrojado ante el enemigo sus objetos de mayor valor a fin de que, entretenido en hacerse con el botín, deje más tiempo a la fuga. Tito Dimio empleó con gran astucia un medio para ocultar al enemigo el daño que había sufrido en una batalla. Estuvo combatiendo hasta la noche con grandes pérdidas, y durante la oscuridad hizo enterrar la mayoría de sus muertos. Los enemigos, al ver al día siguiente tantos muertos de los suyos y tan pocos de los romanos, creyeron que la desventaja estaba de su parte y se retiraron.

»Paréceme, que, si bien algo confusamente, como anuncié, he contestado a vuestras preguntas; fáltame deciros, respecto a la formación del ejército, que alguna vez y algunos generales la han hecho en figura de cuña, creyendo que así romperían más fácilmente las

líneas enemigas. Para contrarrestar esta formación se ha ideado otra figurando unas tijeras abiertas, en cuya abertura se recibe el ataque de la cuña, rodeando y combatiendo por todas partes a los que la forman. A este propósito os recomendaré, como máxima de aplicación general, que el mejor remedio a cualquier intento del enemigo es hacer voluntariamente lo que pretende que hagáis a la fuerza, porque así lo hacéis con orden y provecho y en perjuicio suyo, y, de lo contrario, quedaréis perdido. En apoyo de esto repetiré algo ya dicho: ¿forma el contrario su ejército en cuña para romper vuestras líneas? Pues si las abrís al atacarle, no consigue su objeto y desordenáis las suyas. Puso Aníbal elefantes al frente de su ejército para desorganizar el de Escipión y le atacó éste en orden abierto, asegurando su victoria y la derrota de Aníbal; colocó Asdrúbal en el centro de su línea sus mejores tropas para rechazar las de Escipión, y éste ordenó ceder a las del centro de su ejército, derrotando así al enemigo. Todas estas disposiciones extraordinarias son, por consiguiente, ocasión de vencer para el que sabe prevenirlas.

»Réstame deciros, si mal no recuerdo, las precauciones que debe tomar un general antes de dar la batalla. Primeramente no ha de empeñarla nunca sino con manifiesta ventaja o forzado por la necesidad. La ventaja la produce el sitio, la organización o el tener más o menos tropas; la necesidad nace de resultar un mal mayor si no se combate, como si, por falta de pagas, se va a disolver vuestro ejército, o si lo amenaza el hambre, o si el enemigo aguarda refuerzos. En tales casos siempre se debe combatir, aunque sea con desventaja, por ser mejor acudir a la suerte de las armas, la cual puede ser favorable, que esperar inactivo la ruina segura; y tan grave falta comete en este caso un general no combatiendo como si, teniendo ocasión de vencer, no la conoce por ignorancia o no la aprovecha por cobardía.

»Las ventajas las proporciona unas veces el enemigo y otras, la propia prudencia. Muchos han sido derrotados al vadear un río por un enemigo muy inferior en número que ha esperado estuviese la mitad del ejército contrario en cada orilla para atacarle, como hizo César con los helvecios, destruyéndoles la cuarta parte de su ejército, dividido por un río. Encuéntrase a veces el enemigo fatigado por haberos perseguido deprisa y largo tiempo, y estando vuestras tropas frescas y descansadas, no debéis desperdiciar la ocasión de atacarle. Si el enemigo presenta la batalla muy de mañana, debéis no salir del campamento en algunas horas, y cuando ha estado algún tiempo sobre las armas, y perdido el ardimiento con que venía, podéis combatirle. A este recurso apelaron Escipión y Metelo en España, el uno contra Asdrúbal y el otro contra Sertorio. Si el enemigo disminuye sus fuerzas por dividir el ejército, como hicieron los Escipiones en España o por algún otro motivo, debe intentarse la batalla.

»La mayoría de los generales prudentes prefieren recibir el choque del enemigo a atacarle con ímpetu, porque las tropas sólidas resisten el primer ataque, por furioso que sea, y, resistido, el furor se convierte fácilmente en desaliento. Así lo hizo Fabio contra los samnitas y contra los galos y salió victorioso, mientras su colega Decio, por realizar lo contrario, perdió la vida. Otros generales, por temer el valor del enemigo han comenzado la batalla a la caída de la tarde para, si eran vencidos, salvarse gracias a la oscuridad de la noche. Sabiendo otros que el ejército enemigo tenía la superstición de no pelear en tal o

cual día, lo han elegido para el ataque y han triunfado. Esto hicieron César en las Galias contra Ariovisto y Vespasiano en Siria contra los judíos.

»La advertencia más útil e importante para un general consiste en que tenga junto a sí hombres fieles, prudentes y peritísimos en la guerra, de quienes continuamente se aconseje respecto de su ejército y del enemigo, sobre cuál sea más numeroso, cuál esté mejor armado o tenga mejor caballería o más práctica en las maniobras, o resista mejor el trabajo; o entre la caballería y la infantería, cuál merece más confianza. Después examinará el lugar en que se encuentra; si es más favorable al enemigo que a él; quién podrá tener más cómodamente los víveres y si conviene eludir la batalla o darla; lo que se debe esperar o temer de alargar la guerra, porque muchas veces su prolongación aburre a los soldados y las fatigas y el tedio les hacen desertar. Importa, sobre todo, saber quién es el general enemigo, quiénes le aconsejan, si es temerario o cauteloso, tímido o audaz. Conviene ver hasta dónde podéis fiaros de las tropas auxiliares, y es esencial no dar batalla con un ejército temeroso del enemigo o que por cualquier concepto desconfíe de la victoria, porque los que creen no poder vencer, antes de pelear están vencidos. En tal caso se debe evitar la batalla y hacer como Fabio Máximo, que, acampando en posiciones muy fuertes, quitaba a Aníbal los medios de atacarle; y si temierais que aun en tales posiciones irá a atacaros el enemigo, abandonad la campaña y distribuid las tropas entre las plazas fuertes, para fatigarlo en los asedios.

ZANOBI —¿No se puede evitar la batalla más que distribuyendo el ejército en las plazas fuertes?

FABRIZIO —Creo haberos dicho ya que un ejército en campaña no puede evitar la batalla si el enemigo se empeña en combatir de cualquier modo. El único remedio es estar constantemente apartado de él lo menos cincuenta millas, para tener tiempo de retirarse, cuando el contrario vaya en su busca. Fabio Máximo jamás esquivó la batalla contra Aníbal, pero quería darla donde le fuera ventajoso el sitio, y Aníbal no esperaba poderlo vencer en las posiciones donde acampaba; de creer lo contrario y desear combatir, Fabio se viera en la precisión de batallar o huir. Filipo, rey de Macedonia, el padre de Perseo, estando en guerra con los romanos se situó en una altísima montaña para evitar la batalla, pero éstos fueron a la montaña y lo derrotaron. Vercingetórix, jefe de los galos, por no batallar con César, que, contra lo que aquél esperaba, había pasado un río, se alejó con su ejército muchas millas. Si los venecianos, en nuestros tiempos, no querían pelear con el rey de Francia, tampoco debieron esperar a que el ejército francés pasara el río Adda, sino apartarse de ellos, como se apartó Vercingetórix; pero perdieron el tiempo esperando, no aprovecharon el momento del paso del río para dar la batalla ni supieron eludirla, pues, al levantar el campo para retirarse, estaban ya tan cerca los franceses, que les atacaron y derrotaron.[37] Repito, pues, que no se puede evitar una batalla cuando el enemigo quiere darla a toda costa; y no se cite el ejemplo de Fabio Máximo, porque en este caso tanto él como Aníbal esquivaban combatir.

»Ocurre muchas veces que los soldados desean pelear y el general, por lo numeroso que es el enemigo, o por la posición que ocupa, o por otro cualquier motivo, comprende la desventaja para la lucha y necesita quitarles aquel deseo. Sucede también que la

necesidad o la ocasión os obliga a luchar, y que vuestros soldados están desconfiados y poco dispuestos al combate. En el primer caso es preciso asustarlos y en el segundo, enardecerlos. Si para lo primero no bastan las persuasiones, el medio más eficaz consiste en sacrificar algunos soldados haciéndoles atacar al enemigo, porque de este modo los que entran en acción y los que no han combatido os creerán. También puede hacerse premeditadamente lo que, por acaso, sucedió a Fabio Máximo. Deseaba, como sabéis, el ejército de Fabio combatir con el de Aníbal, e igual deseo mostraba el jefe de su caballería; Fabio no quería dar la batalla, y esta diferencia de opinión les hizo dividir el ejército. Fabio contuvo a los suyos en el campamento y el general de la caballería atacó a los cartagineses, corriendo gran peligro y no siendo derrotado por el oportuno auxilio de Fabio. Este ejemplo demostró al jefe de la caballería y a todo el ejército que lo más atinado era obedecer a Fabio. Para enardecer a los soldados hay que irritarles contra el enemigo, repitiéndoles frases ofensivas y ultrajantes que éste diga de ellos, hacerles creer que estáis en inteligencia con él, y que una parte se ha vendido. Conviene acampar al alcance de los contrarios y tener con ellos algunas escaramuzas, porque lo que diariamente se ve, con facilidad se desprecia; mostrar, en fin, viva indignación reprobándoles en una arenga preparada al efecto su cobardía, y, para avergonzarlos, decirles que, si no quieren seguiros, iréis solo a combatir al enemigo. Si queréis que los soldados se porten como bravos en la batalla, es de todo punto indispensable no permitirles, hasta terminar la campaña, enviar a sus casas el botín capturado o que lo depositen en algún sitio, para que sepan que, si huyendo salvan la vida, no salvan lo que poseen, por cuya defensa pelean a veces con tanta obstinación como por la vida.

ZANOBI —Decís que con arengas se puede obligar a combatir a los soldados. ¿Las arengas deben dirigirse a todo el ejército, o sólo a los jefes?

FABRIZIO —Persuadir o disuadir a pocos de alguna cosa es muy fácil, porque, si no bastan las palabras, podéis emplear la autoridad de la fuerza. La verdadera dificultad consiste en destruir en el ánimo de la multitud un error funesto y pernicioso para el bien común o contrario a vuestra opinión, pues en este caso sólo puede usarse de la palabra, y, para convencer a todos, preciso es que llegue a sus oídos. Necesitaban, pues, los grandes generales de otros tiempos ser buenos oradores, pues, sin saber hablar a todo el ejército, con dificultad puede hacerse cosa buena. Éste es uno de los méritos que ya no existen. Leed la vida de Alejandro Magno y veréis cuántas veces le fue preciso arengar y hablar públicamente a su ejército; de otra suerte no consiguiera que le siguiesen soldados a quienes el botín había hecho ricos, por los desiertos de Arabia y por la India con tantas fatigas y peligros. Infinitas veces ocurren cosas mediante las cuales se arruina un ejército cuando el general no sabe o no acostumbra arengarle, puesto que las palabras disipan el temor, enardecen los ánimos, alientan la obstinación, descubren las celadas del enemigo, prometen recompensas, muestran los peligros y el modo de evitarlos. Con ellas se reprende, se ruega, se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan o encienden las pasiones humanas. El príncipe o la república que determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar a los soldados a oír las arengas del general, y al general a saber hablarles.

»En la Antigüedad valían mucho para tener obedientes a los soldados la religión y el juramento que prestaban al ir al ejército, porque estaban amenazados por sus faltas, no sólo con los castigos que pudieran imponerles los hombres, sino además con el de los dioses. Este recurso, unido a otras costumbres religiosas, facilitó muchas veces a los generales de la Antigüedad la realización de sus empresas, y producirá los mismos resultados donde se conserve el temor y respeto a la religión.[38] De ella se valía Sertorio persuadiendo a los suyos de que hablaba con una cierva, la cual le prometía de parte de los dioses la victoria. Sila figuraba hablar con una imagen que sacó del templo de Apolo. Muchos han asegurado que se les apareció en sueños Dios para determinarles a combatir; y en tiempo de nuestros padres, el rey de Francia Carlos VII, en la guerra que mantuvo contra los ingleses, aseguraba seguir los consejos de una doncella enviada de Dios, que en todas partes era llamada la doncella de Francia y que fue la causa de sus victorias.

»Aprovecha también emplear recursos para que vuestros soldados desprecien al enemigo: tal fue el del espartano Agesilao, quien enseñó a sus tropas a algunos persas desnudos para que, al ver sus delicados miembros, no les inspirasen temor alguno. Otros generales, obligados a dar la batalla, privan a su ejército de toda esperanza de salvación que no sea la victoria. Esta determinación es la mejor y más segura para que los soldados se obstinen en vencer al enemigo, obstinación que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor a la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general; el amor a la patria lo da la naturaleza, y el general se atrae el cariño de los soldados por su valor y pericia, mejor que cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen a combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue a vencer o morir.

---

[35] Se trata de Zanobi Buondelmonti, quien será el interlocutor de F. Colonna en los libros IV y V. A él y a Cosme Rucellai, Maquiavelo dedicó los *Discursos* (*vid*. nota 2 de *Discursos*).

[36] Se trata de la batalla de Ceriñola que se libró el 28 de abril de 1503 y supuso una gran victoria para las tropas españolas mandadas por el Gran Capitán.

[37] Se refiere a la batalla de Agnadello, que se produjo el 14 de mayo de 1509 y supuso un gran desastre para Venecia, tal que algunos intelectuales, como Maquiavelo, pusieron en cuestión todo su modelo político.

[38] Las ventajas políticas y militares de la religión antigua, que se entendía de un modo más cívico, en contraste con la demasiado espiritual religión cristiana, es uno de los temas más queridos de Maquiavelo, cuyo desarrollo pormenorizado se encuentra en *Discursos*, I, XI-XV.

LIBRO QUINTO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo. — Procedimiento de los romanos. — Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia o por los flancos. — Método de los romanos, digno de imitación en la actualidad. — Ejército cuadrado. — Su descripción conforme al diseño del autor. — La caballería ha de ponerse, o a retaguardia, o en los flancos. — Los furgones y los desarmados, en la plaza o espacio interior del cuadrado. — Manera de defenderse de un ataque tumultuoso. — Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército. — Éste puede caminar por vía abierta de diez a veinte millas diarias. — Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente. — Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo o por el derecho, o por ambos o más lados. — Ejercicios para acostumbrar a los soldados a organizarse en la formación cuadrada. — Órdenes militares con toques de trompeta o con la voz. — Soldados que trabajan como gastadores y explanadores. — Manera de proveerse de víveres los ejércitos antiguos. — En qué se debe imitar. — Presas y contribuciones. — Procedimiento laudable de los romanos en este punto. — Emboscadas. — Se cae en ellas de dos modos. — Cómo se evitan. — Necesidad del mapa geográfico del país enemigo. — Conocimiento del terreno. — Cómo se consigue. — Exploradores y guías. — Varias advertencias para caminar por tierra enemiga. — Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río. — Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingetórix. — Regla para conocer los vados. — Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas. — Ejemplo de L. Minucio en Luguria. — Estratagema de Marco Antonio contra los partos.

FABRIZIO —Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla a otro puesto a su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta operación. Hora es ya de enseñaros a disponer un ejército contra un enemigo que no se ve, pero cuyo ataque continuamente se teme. Sucede esto cuando se camina por país enemigo y sospechoso.

»Sabed primero que ordinariamente el ejército romano llevaba delante algunas tropas de caballería para explorar el camino; después seguía el ala derecha, y tras de ella, todos los carros que le pertenecían. En seguida caminaba una legión con sus carros detrás, después otra con sus carruajes, y a continuación el ala izquierda con sus correspondientes furgones. El resto de la caballería cerraba la marcha. Tal era, por regla general, el orden de marcha. Si durante el camino atacaba el enemigo de frente, o por retaguardia, retiraban rápidamente los bagajes a la izquierda o la derecha, o se situaban en el centro, según lo que permitía la naturaleza del terreno, y todos los soldados, libres de impedimenta hacían cara al enemigo por la parte donde atacase. Si el ataque era de flanco, ponían los equipajes en el lado seguro, y en el opuesto hacían frente al contrario. Este orden de marcha es bueno, y, prudentemente seguido, lo creo digno de imitación. Enviaré delante la caballería ligera para explorar el país, siguiéndola cuatro brigadas con sus respectivos furgones detrás de cada una de ellas; y como los carros son de dos clases, unos cargados con los efectos de los soldados, y otros con lo perteneciente a la totalidad del ejército, dividiré éstos en cuatro grupos, repartiéndolos entre las cuatro brigadas. Igual división haría en la artillería y en los desarmados, para que cada fuerza armada tuviese su respectiva impedimenta.

»Sucede a veces que se camina por país no sólo sospechoso, sino tan enemigo, que a cada momento teméis ser atacado. En tales casos hay que variar el orden de marcha

para ir seguro, de manera que, prevenidos por todos los lados, ni los paisanos ni el ejército enemigo puedan ofenderos. Acostumbraban en tales casos los generales en la Antigüedad formar el ejército en cuadro o cuadrado, pues así llamaban a tal formación, no porque fuera completamente cuadrada, sino por poder combatir por los cuatro lados. Así estaban dispuestos lo mismo a la marcha que al combate. Conforme a este modelo ordenaré las dos brigadas que me sirven de regla para la formación de un ejército. Queriendo marchar con seguridad por país enemigo y hacer frente por todos lados si de improviso me ataca el enemigo, para formar mis tropas en cuadro, procuraré que el espacio interior de éste tenga de largo por lado doscientos doce brazos; al efecto, apartaré un flanco del otro la citada distancia, poniendo en cada uno de ellos cinco batallones en fila y separados uno de otro tres brazos, de modo que ocuparán cuarenta brazos por batallón, o sea, doscientos doce en toda la línea. Los otros diez batallones los situaré cinco al frente y cinco a retaguardia entre los flancos, del modo siguiente: cuatro batallones al lado de la cabeza del flanco derecho, y otros cuatro al lado de la cola del flanco izquierdo, dejando entre ellos intervalos de tres brazos; colocaré en seguida un batallón junto a la cabeza del flanco izquierdo, y otro al lado de la cola del flanco derecho.

»Ahora bien: como el intervalo que media entre los flancos es de doscientos doce brazos y estos batallones que se les ponen al lado a lo ancho, y no a lo largo, ocupan con sus intervalos ciento treinta y cuatro brazos, quedará entre los cuatro batallones puestos al frente junto al flanco derecho y el colocado, también al frente, junto al izquierdo, un espacio de setenta y ocho brazos, igual al que mediará entre los batallones colocados a retaguardia, con la diferencia de que, en esta parte, el intervalo será hacia el ala derecha, y en el frente, hacia la izquierda. En el espacio de los setenta y ocho brazos del frente pondré todos los vélites ordinarios, y en el de la retaguardia, los extraordinarios, siendo mil en cada intervalo. Para que el espacio en el interior del cuadro tenga por lado doscientos doce brazos, es indispensable que no ocupen parte de la línea de los flancos los cinco batallones puestos al frente y los cinco colocados a retaguardia, para lo cual conviene que los de retaguardia alineen por su frente con la última fila de los flancos, y los de delante alineen su última fila con la primera de los flancos. Así quedará en cada una de las esquinas del cuadro un ángulo entrante, donde pueda ser dispuesto otro batallón. En estos cuatro ángulos pondré cuatro banderas o batallones de picas extraordinarias, y los dos batallones que me restan de esta arma los colocaré en el centro, formando un batallón cuadrado, a cuyo frente estaría el general con sus soldados escogidos.

»Como los batallones así formados marchan todos en la misma dirección, pero no pueden todos combatir del mismo lado, preciso es disponer para el combate los puntos que quedan descubiertos. Así, los cinco batallones de la cabeza del ejército, resguardados por todos lados, menos la primera fila, tendrán la formación ordinaria con las picas al frente: los cinco de detrás van también resguardados menos su última fila, la cual debe ser de picas, como oportunamente demostramos; y como los cinco batallones del flanco derecho van resguardados, a excepción de su derecha, y los del izquierdo lo mismo, a

excepción de su izquierda, al formarlos se procurará que las picas queden en primera fila por la parte que resulta al descubierto. Al referir cómo han de formar en combate los batallones, he dicho dónde deben ponerse los decuriones para que, en el momento de la batalla, todos los cuerpos del ejército y las partes de ellos se encuentren en su sitio de costumbre.

»Dividiré la artillería, situando una parte en el flanco derecho y otra en el izquierdo. La caballería ligera irá delante para explorar el terreno. Pondré los hombres de armas detrás del cuadro, parte en el extremo derecho y parte en el izquierdo, a cuarenta brazos de los batallones. Por regla general, de cualquier manera que se ordene un ejército, la caballería debe ponerse a retaguardia o a los flancos. Para situarla delante del frente del ejército, es preciso una de dos cosas: o ponerla a tanta distancia que, si es rechazada, tenga tras de sí espacio bastante para replegarse, sin atropellar a vuestra infantería, o formar ésta con tantos intervalos que los caballos puedan entrar por ellos sin desordenarla. Este precepto no debe considerarse de escasa importancia, pues, por no observarlo, muchos generales han sido batidos, desordenando el ejército su propia caballería. Los carros y los desarmados irán en el espacio interior del cuadro, repartidos de modo que dejen fácil paso a los que vayan de uno a otro flanco, y de la cabeza a la cola.

»Los batallones así formados ocupan, sin la artillería ni la caballería, por el exterior de los lados un espacio de doscientos ochenta y dos brazos. Como el cuadro lo forman dos brigadas, conviene determinar el lado en que ha de estar cada una. Recordaréis que a cada brigada se la nombra por el número que tiene, como también que la forman diez batallones y la manda un general. La primera brigada tendrá, pues, al frente del ejército cinco batallones, y los otros cinco en el flanco izquierdo, situándose el general en el ángulo izquierdo del frente. La segunda brigada formará con sus primeros cinco batallones el flanco derecho, y con los otros cinco, la cola del cuadro, situándose el general en el ángulo derecho de ésta y haciendo de *tergiductor*.

»Ordenado así un ejército, debe marchar sin alterar en nada su formación, y sin duda alguna va seguro contra los ataques tumultuosos de los paisanos. En estos casos encargará el general a la caballería ligera y a algunas compañías de vélites que los rechacen. Jamás ocurrirá que tal gente sin organización militar llegue al alcance de la espada o de la pica, porque teme siempre a las fuerzas disciplinadas, limitándose a correr con grandísima gritería, pero sin acercarse, como los gozquezuelos alrededor de un mastín. Cuando Aníbal vino a atacar a los romanos en Italia, pasó por la Galia sin cuidarse de los tumultuosos ataques de los galos.

»Para poder caminar, necesita un ejército gastadores y azadoneros que abran vía, los cuales serán protegidos por la caballería ligera enviada en descubierta. De esta forma podrá caminar un ejército diez millas por día, quedándole aún tiempo bastante para hacer el campamento y preparar la comida, porque la marcha ordinaria es de veinte millas diarias.

»Si sois atacado por un ejército organizado, el ataque no puede ser imprevisto, pues las tropas regulares marchan como las vuestras, y en tal caso tenéis tiempo para formar

éstas en batalla, como he dicho, o de un modo semejante. Si el ataque es de frente, pondréis delante la artillería que está en los flancos, y la caballería que va a retaguardia, colocando aquélla y ésta en los sitios y a la distancia que he explicado anteriormente. Los mil vélites que van a la cabeza salen de las filas, se dividen en dos cuerpos de a quinientos hombres y se colocan, como de ordinario, entre la caballería y los extremos de la línea de batalla. El hueco que dejan lo ocupan los dos cuerpos de picas extraordinarias que puse en el centro del cuadro. Los mil vélites que van a la espalda salen también de su sitio y se reparten por los flancos de los batallones para reforzarlos, y por la abertura que dejan se retiran todos los furgones y los desarmados, colocándose a retaguardia. Quedando vacío el interior del cuadro y cada cual en su puesto, los cinco batallones que puse a la espalda avanzan hacia el frente en el espacio que dejan entre sí los flancos. Tres de estos batallones se aproximan hasta cuarenta brazos y conservan entre sí intervalos iguales, y los otros dos quedan detrás, alejados igualmente de aquéllos cuarenta brazos. Esta formación puede hacerse en un instante, y es casi igual al primer orden de batalla que hemos explicado, porque si el frente es menos extenso, los flancos son más fuertes, lo cual no es menor ventaja. Como los cinco batallones que estaban a la cola tienen sus picas en las últimas filas, por el motivo que antes he explicado, es necesario ponerlas en las primeras a fin de que apoyen el frente del ejército, y para ello conviene, o que se vuelva cada batallón como un cuerpo sólido, o que los piqueros atraviesen rápidamente por entre los escudados y se coloquen delante de ellos, maniobra más breve y que ocasiona menos desorden que la de hacer volverse a todo el batallón. Esto deben hacerlo todos los batallones que queden a la espalda, cualquiera que sea la forma del ataque, según os demostraré.

»Si el enemigo viene por la espalda, lo primero que se hace es un cambio de frente, y de este modo, la cabeza queda convertida en cola y la cola, en cabeza. En seguida se ejecutan todas las maniobras antes explicadas para el orden de batalla. Cuando el enemigo ataca por el flanco derecho es preciso que todo el ejército se vuelva de este lado, que se convierte en frente, el cual se refuerza en la forma que ya hemos dicho, de modo que la caballería, los vélites y la artillería ocupen los puestos que les están designados en el frente de batalla. La única diferencia en este cambio de frente es que, de las fuerzas que se trasladan, unas tienen que marchar más deprisa y otras menos, según su posición. Cuando el ejército convierte en frente el flanco derecho, los vélites de la cabeza más próximos al flanco izquierdo son los que deben situarse entre los extremos de la línea de batalla y la caballería, y les reemplazarán las dos banderas de picas extraordinarias situadas en el centro del cuadro; pero antes se harán salir de éste los bagajes, pasando a retaguardia del flanco izquierdo, convertido en cola del ejército. Los demás vélites que en la primera disposición de las fuerzas estaban a la espalda, en el caso actual no cambian de posición, para que no quede desguarnecido el lado que ocupan, que, de cola, se convierte en flanco derecho. Todas las demás maniobras son iguales a las ya explicadas.

»Lo dicho del flanco derecho entiéndase también respecto del izquierdo cuando hay que convertir éste en frente, porque se hace igual maniobra. Si el enemigo es tan

numeroso que os ataca por dos lados, se deben reforzar ambos con tropas de las que hay en los otros dos, duplicando las filas y poniendo en cada uno de ellos una parte de la artillería, de los vélites y de la caballería. Si el ataque es por tres o por los cuatro lados, por necesidad uno de los contendientes carece de prudencia; porque el prudente no se expone a que el enemigo le ataque por tres o cuatro puntos a la vez con numerosas y ordenadas fuerzas, para lo cual necesitaría disponer de tantas, que por cada lado acometa con un ejército casi igual al agredido; y quien es tan temerario que entra en país enemigo donde hay un ejército bien organizado y tres veces superior al suyo, no puede quejarse sino de sí mismo por el daño que sufra. Cuando esto sucede, no por imprudencia del invasor, sino por alguna desventura, el desastre no será para él vergonzoso, ocurriéndole lo que a los Escipiones en España y a Asdrúbal en Italia. Pero si el enemigo no tiene mucha más gente que vosotros y por menosprecio os ataca por varios lados, cometerá una necedad para ventura vuestra, pues necesitará debilitar sus líneas al hacer esto, de tal modo que por cualquiera parte podáis romperlas, mientras por las demás resistís el ataque, y su derrota será inmediata.

»En este sistema de ordenar un ejército contra un enemigo que no se ve, pero se teme, es indispensable y sumamente útil acostumbrar a los soldados a marchar preparados a la lucha y a formarse en batalla en el camino para combatir de frente, por retaguardia o por cualquiera de ambos flancos conforme a las reglas prescritas, restableciendo después el orden de marcha. Cuando se quiere tener un ejército disciplinado y práctico, estos ejercicios son necesarios y precisa que el general y los jefes y oficiales los hagan ejecutar con frecuencia.

»La disciplina militar consiste en saber mandar y ejecutar estas cosas, y se llama ejército disciplinado al que practica bien tales maniobras. El ejército que en la actualidad usara esta disciplina sería invencible. La formación cuadrada que he explicado es algo más difícil que las otras maniobras, pero requiere practicarla con frecuentes ejercicios, y a las tropas que se habitúen a ella les resultarán fáciles todas las demás maniobras.

ZANOBI —Creo, como vos, que esta organización es necesaria, y nada he de añadir ni quitar a vuestro razonamiento; pero deseo saber dos cosas: una, si cuando tenéis que convertir en frente de batalla el flanco o la retaguardia, y los batallones tienen que volverse, ordenáis la maniobra de viva voz o con las trompetas; y otra, si los que hacéis ir delante para allanar el camino al ejército deben ser soldados de los batallones o trabajadores de los que se ocupan en estas humildes tareas.

FABRIZIO —Vuestra primera pregunta es muy importante, porque muchas veces las órdenes del general, mal entendidas o mal interpretadas, han causado la derrota de su ejército, y es preciso que durante la acción sean claras y precisas. Si se dan con las trompetas los toques, deben ser tan distintos unos de otros que no se puedan confundir; y si de viva voz, se evitará emplear frases de sentido general que se presten a interpretaciones erróneas, expresando con las palabras más propias ideas concretas. Muchas veces decir: *atrás, atrás*, ha sido bastante para desorganizar un ejército. No se debe, por tanto, emplear esta palabra, sino la de *retiraos*. Si queréis cambiar el frente por el flanco o la retaguardia, no decir *volveos*, sino *a la izquierda, a la derecha, por*

retaguardia, por el frente. De igual modo, las demás órdenes han de ser sencillas y precisas, como: *estrechad filas, quietos, firmes, adelante, vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda*, mandando de viva voz cuanto sea posible, y lo demás, con las trompetas.

»Respecto a los gastadores a que se refiere vuestra segunda pregunta, emplearé en abrir camino a mis propios soldados, no sólo porque así se hacía en los ejércitos antiguos, sino también porque haya en el ejército la menos gente posible desarmada y la menor impedimenta; sacando de cada batallón la gente necesaria para que, con las herramientas propias, hagan las explanaciones. Sus armas quedarán a cargo de los que ocupen las filas inmediatas, recobrándolas y volviendo a sus puestos al aproximarse el enemigo.

ZANOBI —¿Quién llevará las herramientas necesarias para las explanaciones?

FABRIZIO —Los carros destinados a ese objeto.

ZANOBI —Temo que no pudierais emplear en estos trabajos a los actuales soldados.

FABRIZIO —Ya hablaré de esto oportunamente. Por ahora quiero pasar a otro asunto, explicando el modo de vivir del ejército, pues me parece que, después de fatigarlo tanto, sea ya tiempo de que descanse y coma. El príncipe debe organizar su ejército de manera que esté lo más expedito posible, prescindiendo de toda carga inútil y de cuanto pueda estorbarle las operaciones. Una de las mayores dificultades es tener provisto al ejército de vino y pan cocido. En la Antigüedad no les preocupaba el vino, porque si no lo tenían, mezclaban al agua algunas gotas de vinagre para darle sabor, de modo que entre las provisiones indispensables del ejército se contaba el vinagre, y no el vino. No cocían el pan en hornos, como se cuece en los pueblos, sino que llevaban la harina y cada soldado la preparaba a su gusto, condimentándola con tocino y manteca de cerdo, que daba al pan sabor y lo mantenía tierno. Las provisiones militares eran, pues, harina, vinagre, tocino y manteca de cerdo, y para los caballos, cebada.

»Seguían a las tropas algunos rebaños de reses mayores y menores, que, caminando por su pie, no causaban impedimento. De esta manera marchaba un ejército en la Antigüedad muchos días por comarcas despobladas y difíciles, sin sufrir escasez de víveres, porque se alimentaba con los que fácilmente podía llevar consigo.

»Lo contrario sucede en los ejércitos modernos, que, no queriendo privarse del vino y deseando los soldados comer pan cocido, como cuando están en sus casas, de lo cual no se puede hacer gran provisión anticipadamente, quedan con frecuencia sin víveres o se les provee con gran trabajo y enormes gastos. Mi ejército no tendría, por tanto, víveres de esta clase, ni comería otro pan que el cocido por él mismo. En cuanto al vino, no prohibiría que se bebiera, ni que lo llevaran en el ejército, pero no haría nada por tenerlo; y respecto a las demás provisiones, me atendría a las costumbres antiguas. Si consideráis atentamente estas reformas, veréis cuántas dificultades evita; de cuántas molestias y trabajos libra al ejército y al general, y cuán cómodamente podrán éstos realizar todas sus empresas.

ZANOBI —Hemos vencido al ejército en batalla campal y caminado luego por sus tierras. Es, pues, natural que hayamos obtenido botín, impuesto contribuciones a los pueblos, hecho prisioneros, etc. Quisiera saber lo que en la Antigüedad se hacía en tales

casos.

FABRIZIO —Vais a saberlo. Ya os he dicho anteriormente que las actuales guerras empobrecen lo mismo a los vencedores que a los vencidos, porque éstos pierden sus Estados y aquéllos, su hacienda y sus recursos. No sucedía así en la Antigüedad, pues entonces la guerra enriquecía siempre al vencedor. Nace la diferencia de no tener ahora cuenta del botín, dejándolo a la discreción de los soldados, cosa que produce dos grandes males: uno, el que acabo de decir; otro, hacer a los soldados más codiciosos de presas que observantes de la disciplina, viéndose muchas veces que la codicia del botín es causa de perder la batalla.

»Los romanos, mientras sus ejércitos fueron modelo de todos los demás, evitaron ambos inconvenientes ordenando que todo el botín perteneciese al Estado, el cual lo repartía en la forma que estimaba conveniente. Para esto llevaban en los ejércitos los *cuestores*, que equivalían a nuestros tesoreros, quienes recaudaban el botín y las contribuciones impuestas a los vencidos, con cuyo producto daba el cónsul la paga ordinaria a los soldados, atendía a los gastos de la curación de heridos y enfermos y a todas las demás necesidades del ejército. Facultado estaba el cónsul, y lo hacía algunas veces, para conceder algún botín a los soldados; pero esta concesión no producía ningún desorden, porque, derrotado el ejército enemigo, se amontonaba el botín y distribuíase después conforme a la graduación de cada uno. Con este sistema, los soldados procuraban vencer y no robar.

»Las legiones romanas rechazaban al enemigo y no lo perseguían, porque jamás se desordenaban: la persecución quedaba a cargo de la caballería ligera y de los demás soldados que no eran legionarios. Si el botín se hubiese dejado al primero que lo tomase, fuera imposible y hasta injusto mantener ordenadas las legiones y, de no estarlo, se exponía el ejército a grandes peligros. Consecuencia de este sistema era que el Estado se enriqueciese y que cada triunfo de los cónsules aumentara el tesoro público con el botín y las contribuciones impuestas al enemigo. Otra buena institución de los romanos era que cada soldado tuviera obligación de dejar la tercera parte de su sueldo en poder del abanderado de su cohorte, la cual no se le devolvía hasta terminada la guerra. Hacían esto por dos motivos: uno, para que los soldados formaran capital con su sueldo, porque siendo en su mayoría jóvenes e imprevisores, cuanto más tienen más gastan innecesariamente; otro, porque sabiendo que su capital estaba junto a la bandera, la defendieran con gran empeño y obstinación. De tal modo conseguían los romanos que los soldados fueran económicos y valientes. Todo esto convendría restablecerlo si se quisiera que reviviesen las buenas costumbres militares.

ZANOBI —Considero casi imposible que en la marcha de un ejército por país enemigo dejen de ocurrirle accidentes peligrosos, los cuales exijan, para vencerlos, el talento del general y el valor de los soldados. Si os sucede alguno, os agradeceré que nos lo digáis.

FABRIZIO —Con mucho gusto, máxime siendo necesario hablar de ello al dar nociones completas del arte militar. Deben los generales, cuando llevan su ejército por tierra enemiga, guardarse especialmente de las emboscadas, en las cuales se cae de dos

maneras: o caminando descuidado, o dejándose atraer por la astucia del enemigo, sin prever su intención: En el primer caso, para librarse de ellas es necesario llevar dobles avanzadas que exploren el terreno, siendo esta precaución tanto más necesaria cuanto el país sea más a propósito para las emboscadas, como sucede en las comarcas selváticas o montuosas, pues hay que andar por bosques o desfiladeros. Una emboscada imprevista puede perderos, pero, prevista, no supone peligro alguno. Los pájaros y el polvo sirven muchas veces para descubrir al enemigo, pues cuando venga en vuestra busca, la polvareda que levante os indicará su aproximación. Muchas veces, por ver un general que en el sitio por donde ha de pasar vuelan palomas u otras aves de las que van en bandadas, circulando en el aire sin pararse en ningún sitio, conoció la emboscada del enemigo, y, enviando fuerzas delante, se libró de ella y lo derrotó.

»En el segundo caso, o sea en el de ser llevado a la emboscada por al astucia del enemigo, se debe cuidar de no dar crédito a lo que no es verosímil; por ejemplo, si el enemigo os ofreciera una presa, ocultando en el cebo el anzuelo; si, siendo muy superior en número, retrocede ante una fuerza inferior; si, al contrario, envía escasas fuerzas contra otras considerables. En todos estos casos es de temer el engaño, pues nunca debe creerse que el enemigo no sepa hacer lo que le conviene. Para no equivocarse y temer lo menos posible sus ardides, conviene estar más sobre aviso cuanta mayor debilidad e imprevisión manifieste. En tales casos es probable el peligro y se han de disponer las cosas para evitarlo, alardeando al mismo tiempo con las palabras y demás actos exteriores de desprecio al enemigo; de esta suerte evitáis el riesgo e infundís a vuestros soldados confianza en la victoria.

»Ha de tenerse en cuenta que, al caminar por país enemigo, son mayores los riesgos que al dar una batalla; por eso el general, a medida que avanza, debe redoblar las precauciones. Le son necesarios mapas del país que atraviesa que le den a conocer los pueblos, su número y distancia, los caminos, los montes, los ríos, los pantanos y todos los demás accidentes del terreno. Para el perfecto conocimiento de tales cosas, tendrá junto a sí, con diversos títulos, hombres de distintas clases, conocedores de la comarca, a quienes preguntará cuidadosamente, comparando sus respuestas, y consignará los datos en que estén conformes. Debe enviar avanzadas de caballería y con ellas, oficiales hábiles, no sólo para descubrir al enemigo, sino para explorar el país y saber si los informes que de él tiene son exactos. Llevará consigo guías, guardados con buena escolta, prometiéndoles premiar su fidelidad y castigar su perfidia; y procurará, sobre todo, que el ejército no sepa a qué expedición se le conduce, pues nada hay más útil en la guerra que ocultar los proyectos. A fin de que un ataque repentino no desordene el ejército, conviene llevarlo siempre dispuesto a combatir, porque los sucesos previstos son menos dañosos.

»Muchos generales, para impedir la confusión en las marchas, repartieron los bagajes y los desarmados, poniéndolos junto a las banderas y ordenándoles que sigan a éstas, de manera que si, durante la marcha, es preciso detenerse o retirarse, pueda hacerse con mayor facilidad. Esto me parece útil y merece mi aprobación. Hay también que cuidar de que una parte del ejército no se aparte de otra durante la marcha, o que

por andar unos deprisa y otros despacio, se alarguen y debiliten las líneas de formación, pues tales cosas desordenan el ejército. Los oficiales irán a los flancos para mantener la uniformidad del paso, conteniendo a los que caminen deprisa y haciendo avanzar a los que vayan despacio. Como mejor se regula el paso es con los toques de trompeta. Se ensanchará el camino para que, en todo caso, pueda marchar un batallón formado.

»Conviene tener en cuenta las costumbres y las condiciones del enemigo: si prefiere atacar por la mañana, o al mediodía, o por la tarde, y si su mayor fuerza consiste en infantería o caballería, y tomar las disposiciones con arreglo a lo que de esto se sepa.

»Pero tiempo es ya de hablar de los accidentes que pueden ocurrir en las marchas.

»Sucede a veces que, teniendo delante al enemigo, no quiere un general dar una batalla por juzgarse inferior en fuerzas y emprende la retirada, siguiéndole el contrario; pero llega a orillas de un río sin tiempo para pasarlo, y el enemigo puede alcanzarlo y batirle. Algunos, al encontrarse en este peligro, han abierto una zanja detrás del ejército, llenándola con hierbas secas y malezas e incendiándolas, pasando después el río con todo su ejército sin que pueda impedirlo el enemigo, detenido por el fuego de la zanja.

ZANOBI —Cuéstame trabajo creer que tal fuego pueda detener al enemigo, máxime habiendo oído que el cartaginés Hannón, perseguido por los enemigos, llenó de leña y maderos el lado por donde quería operar su retirada y los incendió; los enemigos no creyeron necesario guardar aquella parte, y entonces hizo pasar su ejército sobre las llamas, ordenando a los soldados que se taparan la cara con el escudo para defenderse del fuego y del humo.

FABRIZIO —Es cierto; pero considerad la diferencia que hay entre lo que he dicho y lo hecho por Hannón. He dicho que abriría una zanja y la llenaría de materias inflamables, de manera que el paso lo impedirían el foso y el fuego. Hannón puso el fuego sin foso, y, como quería pasar sobre él, no lo prendería muy grande. ¿No recordáis que el espartano Nabis, sitiado en Esparta por los romanos, cuando éstos habían entrado ya en la ciudad incendió parte de ella para impedirles el paso, y mediante aquellas llamas, no sólo los detuvo, sino que los rechazó fuera de la plaza?

»Pero volvamos a nuestro asunto. El romano Quinto Lutacio iba perseguido por los cimbrios, y al llegar a un río, para que el enemigo le diera tiempo a pasarlo, fingió querer dar batalla y disponer allí su campamento, e hizo abrir los fosos, armar algunas tiendas y hasta envió fuerzas de caballería ligera para merodear por los campos inmediatos. Creyeron los cimbrios que iba a acampar y acamparon ellos también, dividiéndose en diferentes cuerpos para proveerse de víveres. Aprovechó Lutacio esta circunstancia para pasar el río sin que el enemigo lo impidiera. Algunos generales, no teniendo puentes para el paso de un río, han variado el curso a parte de sus aguas, haciéndolas correr por donde ya habían pasado y, quedando más bajas las del antiguo cauce, pasaron sin dificultad. Cuando la corriente es rápida, para que la infantería pase con mayor seguridad, se sitúan en la parte superior al paso los caballos más fuertes, que con sus cuerpos detienen el impulso del agua, y otra fuerza de caballería en la inferior para que salve a los soldados arrastrados por la corriente. Los ríos que no son vadeables se pueden pasar con puentes, barcas u odres. El ejército ha de transportar lo necesario para todas estas operaciones.

»Ocurre algunas veces que impide pasar un río el enemigo, situado en la orilla opuesta. Para vencer esta dificultad, el mejor ejemplo que puede seguirse es el de César que, teniendo su ejército en la margen de un río de la Galia e impidiéndole el paso el galo Vercingetórix, situado con sus tropas en la orilla opuesta, recorrió durante varios días la margen del río. Lo mismo hizo el enemigo para observar sus movimientos; pero César acampó sus tropas en un sitio cubierto de bosques a propósito para esconder a sus soldados; sacó de cada legión tres cohortes y las hizo permanecer en aquel terreno, ordenándoles que, tan pronto como él se ausentara, echasen un puente sobre el río y lo fortificaran, y con el resto de su ejército continuó el camino. Vercingetórix, que veía el mismo número de legiones, creyó que no quedaba fuerza alguna a la espalda, y siguió por la margen que ocupaba del río el movimiento de las tropas de César; éste, cuando juzgó que el puente estaba ya construido, retrocedió rápidamente y pasó por él sin dificultad.

ZANOBI —¿Hay medios de conocer los vados?

FABRIZIO —Sí. Cuando en el río, entre el agua estancada y la corriente se forma al parecer una raya o línea, hay menos fondo y puede ser vadeado mejor que por otras partes, porque en los sitios de remanso dejan las aguas la mayor cantidad del sedimento que arrastran. Como esto se ha probado muchas veces, resulta evidente.

ZANOBI —Si ocurriera que el vado se hubiese hundido de modo que los caballos no pudieran hacer pie, ¿qué recurso quedaría?

FABRIZIO —Se hace un emparrillado con maderos; colócase en el fondo del río, y sobre él se pasa. Pero continuemos nuestra explicación.

»Si sucede que un general se mete con su ejército por un desfiladero y sólo tiene dos caminos para salvarse, el que sigue o el que ha seguido, ocupados ambos por el enemigo, haga, como remedio a su situación lo que ya se ha hecho en tiempos pasados, y consiste en abrir a retaguardia del ejército un ancho foso difícil de salvar, para demostrar al enemigo el deseo de contenerle por aquella parte, y, segura la retaguardia de ser atacada, amenace con toda la fuerza por el camino que hay hacia delante. El enemigo acudirá a la parte abierta del desfiladero y abandonará la cerrada por el foso; entonces se echa sobre éste un puente dispuesto de antemano, y por él pasa el ejército encerrado en la angostura, sin impedimento alguno, librándose de las manos de sus contrarios.

»El cónsul romano Lucio Minucio estaba en Liguria con el ejército y se dejó encerrar entre unos montes, de donde, rodeado de enemigos, no podía salir. Para librarse de aquel peligro envió hacia los pasos guardados por los enemigos algunos soldados de caballería de la Numidia que llevaba en su ejército, mal armados y montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos a defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertidos por los númidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron a los ligures a dejar libre salida al ejército de Minucio.

»Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose

rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abriose paso y salvó su ejército.

»Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los partos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándolo durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el mediodía. Creyeron los partos que no iba a levantar el campamento el primer día que adoptó tal decisión, y se retiraron a sus puestos, con lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar a sus soldados de las flechas de los partos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrodillara la primera fila de las legiones, la segunda colocara sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía de las flechas enemigas.

»Esto es cuanto se me ocurre deciros de lo que puede suceder a un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos a otro asunto.

LIBRO SEXTO

Campamentos de los griegos y de los romanos. — Deben imitarse en parte los de los romanos. — Descripción del campamento que el autor propone. — Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento. — Uso que debe hacerse de los espacios. — Ingenieros de los campamentos. — Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y sí sólo fosos y parapetos. — Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo. — Guardia o centinelas del campamento. — Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él. — Castigos y recompensas entre los romanos. — Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros. — Hacían jurar a los soldados la observancia de la disciplina. — Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos. — Manera de levantar el campamento. — Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera salubre; que no lo pudiera cercar el enemigo. — Cómo se conserva la salud en el ejército. — De los víveres. — Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario. — El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados. — Ejemplos griegos y romanos. — Manera de engañar a las ciudades sospechosas y a los espías interiores. — Secreto que debe guardarse en los movimientos. — Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos. — Escaramuzas; cuándo deben hacerse. — Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse. — Ejemplos de capitanes célebres. — Cómo se dividen las fuerzas del enemigo. — Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados. — Lo que más sirve para estos casos es la fama del general. — Augurios. — Cómo se aprovechaban en la Antigüedad. — Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo. — De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor a los pueblos. — Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

ZANOBI —Puesto que vamos a variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imitando así a los buenos generales que, según ha dicho el señor Fabrizio, ponen sus mejores soldados delante y a retaguardia, por ser necesario que los primeros inicien vigorosamente el combate, y los segundos lo sostengan con igual valor. Cosme empezó esta conversación con el mejor éxito, y Bautista la terminará con igual acierto. Luis y yo la hemos mantenido entre ellos dos, y puesto que cada cual de nosotros ha desempeñado voluntariamente su cargo, creo que Bautista[39] lo aceptará de igual modo.

BAUTISTA —He hecho hasta ahora lo que habéis querido y seguiré haciéndolo. Por tanto, señor Fabrizio, continuad vuestro razonamiento y perdonad que lo interrumpamos con nuestras preguntas.

FABRIZIO —Ya os he dicho que vuestras interrogaciones me son muy gratas, porque, en vez de perturbar, refrescan mis ideas. Continuando el asunto, diré que ya es tiempo de acampar nuestro ejército, porque, según sabéis, todo lo animado necesita descanso y descanso seguro, que sin seguridad, no es verdadero. Probablemente hubieseis querido que yo acampara primero al ejército, lo hiciera después caminar, y, por último, combatir; y hemos hecho lo contrario. Esto era necesario, porque, al explicar cómo un ejército en marcha se ponía en orden de batalla y después recobraba el de marcha, era preciso mostrar primero la manera de organizarse para combatir.

»Volviendo, pues, a nuestro asunto, digo que el campamento debe ser fuerte y estar bien dispuesto: fuerte lo hace el sitio y el arte; bien organizado, el talento del general. Los griegos buscaban posiciones naturalmente fortísimas, y no lo establecían sin estar apoyado en un despeñadero o cauce de río, o bosque, o cualquier otro reparo que lo

defendiera. Los romanos confiaban más en el arte que en la naturaleza, y jamás acampaban en sitio donde no pudieran desplegar, con arreglo a su ordenanza, todas sus fuerzas.

»De aquí que tuvieran siempre la misma forma de acampar, porque nunca la supeditaban al terreno, sino éste a aquélla; cosa imposible a los griegos, quienes, ajustándose al sitio y variando éste de condiciones por necesidad, alteraban la manera de acampar y la forma de los campamentos. Los romanos suplían con el arte la falta de fuerza natural de la posición ocupada, y como en estas explicaciones me he propuesto imitar a los romanos, lo haré también en la manera de acampar, no copiando todas sus disposiciones, sino las que juzgo apropiadas a estos tiempos.

»Ya os he dicho varias veces que en sus ejércitos consulares había dos legiones de ciudadanos romanos, los cuales sumaban unos once mil infantes y seiscientos caballos, y que además llevaban otros once mil infantes de tropas auxiliares. Jamás tenían sus ejércitos más soldados extranjeros que romanos, exceptuando la caballería, la cual no les importaba que fuese más numerosa que la de sus legiones.

»En todas las batallas ponían las legiones romanas en el centro, y las tropas auxiliares, en los flancos. Lo mismo hacían al acampar, como habréis leído en los escritores que se ocupan de estos asuntos. Por esto no explicaré sus campamentos, sino que diré cómo acamparía ahora mi ejército, y así advertiréis lo que adopto del método romano.

»Sabéis que, a semejanza de las legiones romanas, he formado dos brigadas de seis mil infantes y trescientos caballos útiles para cada una, y el número de los batallones, las armas y los nombres que les he dado. Recordaréis que, ni en el orden de marcha ni en el de batalla, he hecho mención de otras tropas, indicando sólo que, al duplicar el número de combatientes, se doblaba la formación.

»Al explicaros ahora la manera de acampar, me parece oportuno no limitarme a las dos brigadas, sino reunir un ejército que tenga las fuerzas del romano, es decir, dos brigadas y otras tantas tropas auxiliares. Lo hago para que el modo de acampar sea más regular llevando un ejército completo, lo cual no era necesario para las demás operaciones antes explicadas.

»Para acampar un ejército completo de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos útiles, dividido en cuatro brigadas, dos de mis propios súbditos y otras dos de tropas auxiliares, haré lo siguiente: encontrado el sitio donde quiera establecer el campamento, enarbolaré la bandera capitana y, tomándola por centro, será trazado un cuadro, cuyos lados estarán alejados entre sí cincuenta brazos, mirando a las cuatro partes del cielo, es decir, a Levante, Poniente, Mediodía y Norte. En este espacio estará la tienda del general. Por considerarlo prudente y porque lo hacían los romanos, separaré los hombres armados de los desarmados, y los aptos para el combate de los impedidos. Todos, o casi todos los armados acamparán en la parte de Levante, y los desarmados e impedidos, en la de Poniente. El frente del campamento estará a Levante, y la espalda a Poniente; los flancos, al Norte y al Mediodía.

»Para distinguir el campamento de los armados, trazaré una línea desde la bandera

capitana hacia Levante en una extensión de seiscientos ochenta brazos. A los lados y tan largas como éstas, haré otras dos líneas, distantes cada una de la del centro quince brazos. A la extremidad de estas tres líneas estará la puerta de Levante, y en el espacio que media entre las dos líneas de los lados haré una calle que vaya desde dicha puerta a la tienda del general, teniendo treinta brazos de ancho por seiscientos treinta de largo, porque la tienda ha de ocupar cincuenta brazos. Esta calle se llamará *vía Capitana*. Haré después otra desde la puerta del Mediodía a la puerta del Norte o Tramontana, pasando por la cabeza de la vía capitana y rasante con la tienda del general por Levante. Ésta tendrá de largo mil doscientos cincuenta brazos, por ocupar toda la extensión del campamento, y de ancho, treinta brazos, llamándose *vía de la Cruz*. Trazados el alojamiento del general y estos dos caminos, empezaré a señalar el sitio para las tiendas de mis propias brigadas, poniendo una a la derecha de la vía Capitana, y la otra a la izquierda. Pasando el espacio que ocupa el ancho de la vía de la Cruz, estableceré treinta y dos alojamientos a la izquierda de la vía Capitana, y otros treinta y dos a la derecha, dejando entre el decimosexto y decimoséptimo un espacio de treinta brazos que formará una calle transversal entre todos los alojamientos de las brigadas, según veremos al hablar de su distribución. De estos dos órdenes de alojamientos, los primeros del frente, a cada lado de la vía de la Cruz, se destinarán a los jefes de los hombres de armas, y los quince que les siguen, también por ambos lados, para los hombres de armas que, siendo ciento cincuenta en cada brigada, corresponderán diez a cada alojamiento. Los de los jefes tendrán cuarenta brazos de ancho y diez de largo (adviértase que cuando digo ancho me refiero al espacio de Mediodía a Norte, y largo es de Poniente a Levante). Los de los hombres de armas tendrán quince brazos de largo por treinta de ancho.

»Los otros quince alojamientos que les siguen por ambas partes y que principian pasada la calle transversal, tendrán el mismo espacio que los de los hombres de armas y los destinaré a la caballería ligera. Siendo también de ciento cincuenta hombres por brigada, corresponderá un alojamiento para cada diez soldados. Los que hacen el número dieciséis por cada lado serán para los jefes de esta fuerza y tendrán la misma extensión que los de los jefes de los hombres de armas. De esta suerte, los alojamientos de la caballería de las dos brigadas quedan a ambos lados de la vía Capitana y sirven de regla para trazar los de la infantería en la forma que voy a explicar.

»Habéis visto cómo he alojado los trescientos caballos de cada brigada con sus jefes en treinta y dos alojamientos, colocados junto a la vía Capitana a partir de la vía de la Cruz, y dejando entre el dieciséis y diecisiete un espacio de treinta brazos que forma la calle transversal. Voy ahora a alojar los veinte batallones que forman las dos brigadas ordinarias, y pondré los alojamientos de cada dos batallones detrás de los de la caballería, teniendo cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho, como los de la caballería, y tan juntos unos a otros que se toquen por la espalda. El primer alojamiento de cada lado, inmediato a la vía de la Cruz, será para el condestable de cada batallón, y ambos estarán, por consiguiente, en la misma línea que los de los hombres de armas. Su capacidad será de veinte brazos de ancho por diez de largo. En los quince que siguen a cada lado de la calle transversal pondré, también, a cada lado, un batallón de infantería, formado de

cuatrocientos cincuenta hombres, correspondiendo a treinta por alojamiento. Situaré otros quince alojamientos inmediatos a los de la caballería ligera con igual capacidad, y en ellos, un batallón de infantería por cada lado. Los dos últimos de ambos lados serán para los condestables de los batallones, y estarán en la misma línea de los que tienen los dos jefes de dicha caballería, con una capacidad de diez brazos de largo por veinte de ancho. De este modo, las dos primeras líneas de alojamiento serán por mitad de caballería y de infantería; y como quiero, según ya dije, que todos los soldados de caballería sean útiles para el servicio y que no haya sirvientes destinados a cuidar los caballos, ordenaré, como lo disponían los romanos, que la infantería acampada inmediatamente detrás de la caballería esté obligada a ayudar a ésta y a sus órdenes, liberándola de otros trabajos de campamento.

»Detrás de estas dos líneas de alojamientos dejaré un espacio de treinta brazos formando dos calles, a las cuales llamaré *primera calle a la derecha* y *primera calle a la izquierda*. A cada lado colocaré otra línea de treinta y dos alojamientos dobles, contiguos por detrás unos a otros, con igual capacidad a los ya citados y divididos de igual modo, después del dieciséis, para formar la calle transversal, alojando a cada lado cuatro batallones de infantería con sus condestables a la cabeza y a la cola. Dejando, después, otros dos espacios de treinta brazos, uno por lado, que llamaré *segunda calle a la derecha* y *segunda calle a la izquierda*, pondré otras dos líneas de treinta y dos alojamientos dobles, con iguales distancias y divisiones, y en ellos otros cuatro batallones por lado, con sus condestables. De esta suerte quedan acampados en tres líneas de alojamientos, a los costados de la vía Capitana, la caballería y los batallones de las dos brigadas ordinarias.

»Compuestas de igual número de soldados las dos brigadas auxiliares, las acamparé a ambos lados de las dos brigadas ordinarias y en igual forma que éstas, poniendo primero una línea de alojamientos dobles, ocupada la mitad por caballería y la otra mitad por infantería, apartadas una de otra treinta brazos, formando dos calles que se llamarán *tercera calle de la derecha* y *tercera calle de la izquierda*. Estableceré después a cada lado otras dos líneas de alojamientos ordenados de igual modo que los de las brigadas ordinarias, y formaré otras dos calles que llamaré con el número correspondiente a la izquierda o a la derecha. Toda esta parte del ejército quedará, por tanto, acampada en doce líneas de alojamientos dobles, con trece calles, incluyendo las vías Capitana y de la Cruz. Entre los alojamientos y los fosos y trincheras dejaré un espacio de cien brazos alrededor del campamento, y sumando todos estos espacios veréis que desde el alojamiento del general a la puerta de Levante hay seiscientos ochenta brazos.

»Nos quedan ahora dos espacios, uno desde el alojamiento del general a la puerta del Mediodía y otro desde éste hasta la puerta de Tramontana o del Norte. Midiéndolos desde el centro del alojamiento, tienen cada uno seiscientos veinticinco brazos. Tomo de ellos cincuenta brazos que ocupa el alojamiento del general; cuarenta y cinco brazos para la plaza que deseo dejar a cada lado del mismo; treinta brazos para la calle que por mitad separará ambos espacios y cien brazos que por cada parte median entre el foso y los alojamientos, quedando para éstos, también por cada lado, un espacio de cuatrocientos

brazos de ancho por ciento de largo, midiendo el largo con el espacio que tiene el alojamiento del general. Dividiendo por mitad a lo largo estos dos espacios, haré a izquierda y a derecha del general cuarenta alojamientos de cincuenta brazos de largo por veinte de ancho, siendo en conjunto ochenta alojamientos destinados a los jefes de brigada, el tesorero y los maestres de campo y cuantos desempeñan cargos en el ejército. Dejaré algunas vacantes para los extranjeros que visiten el ejército y para los que militen por favor del general.

»Por detrás del alojamiento de éste abriré una calle del Mediodía al Norte de treinta brazos de ancha, que llamaré *calle de la Cabeza* y pasará a lo largo de los ochenta alojamientos referidos, de modo que entre esta vía y la de la Cruz quedarán el alojamiento del capitán y los ochenta citados. Desde esta calle de la Cabeza y frente al alojamiento del general abriré otra hasta la puerta de Poniente de treinta brazos de ancho, correspondiendo por el sitio y extensión a la vía Capitana, y la llamaré *calle de la Plaza*. Trazadas ambas calles, estableceré la plaza, donde estará el mercado, situándola a la cabeza de la calle de la Plaza, frente al alojamiento del capitán y unida a la calle de la Cabeza, procurando que sea cuadrada, de ciento sesenta brazos por lado. A derecha e izquierda de la plaza pondré dos cuerpos de ocho alojamientos dobles cada uno, y tendrán veinte brazos de largo por treinta de ancho. La plaza estará, por tanto, entre dieciséis alojamientos por lado, que en junto hacen treinta y dos. En ellos pondré la caballería supernumeraria de las brigadas auxiliares, y, si no cupiera toda, les daré algunos de los alojamientos que están a los lados del cuartel general, especialmente los cercanos a los fosos.

»Me queda alojar las picas y los vélites extraordinarios adjuntos a cada brigada; pues ya sabéis que, según mi ordenanza, cada una tiene, además de los diez batallones, mil picas extraordinarias y quinientos vélites, de modo que las dos brigadas propias cuentan dos mil picas y mil vélites extraordinarios y otros tantos para las brigadas auxiliares. Tengo, pues, que alojar aún unos seis mil hombres de infantería, a quienes colocaré hacia Poniente a lo largo de los fosos y trincheras. Al extremo de la calle de la Cabeza, hacia el Norte, dejando un espacio de cien brazos hasta el foso, situaré un cuerpo de cinco alojamientos dobles que ocupará un local de setenta y cinco brazos de largo y sesenta de ancho, y, dividida la anchura, corresponderá a cada una quince brazos de largo y treinta de ancho. En estos diez alojamientos pondré trescientos infantes, treinta en cada uno de ellos. Dejando un espacio de treinta y un brazos, colocaré de igual modo y con las mismas distancias otro cuerpo de cinco alojamientos dobles, sumando cincuenta alineados a la parte del Norte y distantes cien brazos de los fosos. En ellos acamparán mil cien infantes.

»Volviendo después a mano izquierda, hacia la puerta de Poniente, colocaré en el espacio hasta dicha puerta otros cinco cuerpos de alojamientos dobles, del mismo modo y con iguales distancias, con la diferencia de que un cuerpo sólo distará del otro quince brazos. Alojaré en ellos mil quinientos infantes. De este modo, desde la puerta del Norte a la de Poniente habré establecido a lo largo de los fosos cien alojamientos distribuidos en diez cuerpos de a cinco alojamientos dobles, en los cuales estarán todas las picas y los

vélites extraordinarios de las brigadas propias.

»Desde la puerta de Poniente a la del Mediodía, a lo largo del foso y de igual modo, pondré otros diez cuerpos de diez alojamientos cada uno, para las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas auxiliares. Sus jefes o condestables ocuparán las tiendas que les parezcan más cómodas hacia la parte de los fosos. La artillería estará a lo largo de las trincheras y, en el espacio que queda hacia Poniente, situaré todos los desarmados y la impedimenta del campamento.

»Bajo el nombre de impedimenta comprendían en la Antigüedad, como sabéis, todo lo necesario al ejército, además de los soldados, como carpinteros, herreros, herradores, canteros, ingenieros, artilleros, aunque estos dos últimos deben considerarse verdaderos soldados, pastores con sus rebaños de bueyes y ovejas necesarios para la manutención del ejército y trabajadores de diferentes oficios, con los carros necesarios para las municiones de guerra y boca. No detallaré el alojamiento de la impedimenta, diciendo sólo que las vías trazadas no debe ocuparlas. Los cuatro espacios que entre ellas quedan los designaré en conjunto para la impedimenta, uno para el ganado, otro para los trabajadores y la maestranza, otro para los carros de víveres y otro para las municiones de guerra. Las vías que deben quedar libres son la de la Plaza, la de la Cabeza y además, una que se llamará *calle de en medio*, que irá de Norte a Mediodía, atravesando por su mitad la calle de la Plaza, y será para la parte de Poniente lo que la calle transversal para la de Levante. Trazaré además por detrás de estos cuatro espacios otra calle a lo largo de los alojamientos de las picas y de los vélites extraordinarios. Todas estas calles tendrán treinta brazos de anchura. La artillería, como he dicho, la colocaré a lo largo y por detrás de los fosos.

BAUTISTA —Confieso no entenderlo y no me avergüenzo de confesarlo, porque mi profesión no es la de la milicia. Sin embargo, esa organización me satisface bastante. Quisiera sólo que me aclaraseis dos dudas: una, por qué hacéis las calles y los espacios de alrededor de los alojamientos tan anchos; y otra, para mí más grande, cómo se alojan los soldados en los sitios destinados a este efecto.

FABRIZIO —Hago las calles de treinta brazos de anchura para que pueda pasar por ellas un batallón de infantería en orden de batalla, y recordaréis que esta formación ocupa un espacio de veinticinco a treinta brazos de ancho. Se necesita que sea de cien brazos el que separa los alojamientos del foso, para el manejo de los batallones y de la artillería, conducir el botín por él y, en caso necesario, retirarse tras nuevos fosos y nuevas trincheras. Es además conveniente apartar de los fosos los alojamientos para que estén menos expuestos al fuego y a las armas arrojadizas del enemigo.

»Respecto a la segunda duda, no pretendo que haya una sola tienda en cada espacio trazado, sino que pongan las que quieran los que hayan de ocuparlo, atendiendo a su comodidad, con tal que no se extralimiten del terreno que les corresponde.

»Los que tracen los alojamientos deben ser hombres prácticos y hábiles ingenieros, de modo que tan pronto como el general haya elegido el sitio, sepan darle forma y distribuirlo, trazando las calles, señalando los alojamientos con cuerdas y estacas de un modo práctico, procurando que inmediatamente quede hecha la obra. Para que no resulte

confusión, conviene orientar el campo siempre de igual modo, a fin de que cada cual sepa en qué sitio ha de encontrar su alojamiento. Esto debe observarse en todo tiempo y en todo lugar, de modo que parezca una ciudad móvil que por donde va lleva las mismas calles, las mismas casas y tiene el mismo aspecto, cosa imposible para los que, buscando posiciones fuertes, necesitan variar la forma del campamento, según las condiciones del sitio.

»Los romanos, al contrario, fortificaban el lugar del campamento con fosos, vallados y trincheras y hacían una estacada a su alrededor y delante de ella, un foso ordinariamente de seis brazos de ancho y tres de hondo, que ensanchaban y profundizaban según el tiempo que querían permanecer en aquel punto o el temor que les inspiraba el enemigo. Yo no haría en la actualidad estacadas si no quería invernar en el campamento. Sí haría, fosos y trincheras, no sólo iguales a los romanos, sino mayores, según las circunstancias.

»Además abriría, a causa de la artillería, un foso semicircular en cada uno de los ángulos del alojamiento, desde donde podría batir con los cañones por el flanco a los que atacaran las trincheras.

»El ejercicio de ordenar un campamento deben practicarlo los soldados, acostumbrándose los oficiales a trazarlo con prontitud y los soldados, a conocer rápidamente su sitio, lo cual no es difícil, como oportunamente demostraré.

»Pasaremos ahora a hablar de las guardias del campamento porque, sin la distribución de dichas guardias, los demás trabajos serían inútiles.

BAUTISTA —Antes de tratar ese asunto, os ruego me digáis qué precauciones debe tomar el que quiera acampar cerca del enemigo, porque no creo que haya tiempo para realizar, sin peligro, todas las operaciones que nos habéis explicado.

FABRIZIO —Sabed que ningún general acampa cerca del enemigo si no está dispuesto a dar la batalla cuando éste quiera, y con tal resolución, no corre ningún peligro extraordinario, porque tiene ordenadas siempre para pelear dos terceras partes de su ejército y la restante, encargada del campamento. En tales casos, los romanos destinaban los triarios a fortificar los alojamientos, y los príncipes y los astarios estaban sobre las armas. Hacían esto porque, siendo los triarios los últimos en combatir, siempre tenían tiempo, si atacaba el enemigo, para dejar el trabajo, empuñar las armas y ocupar su sitio en el campo de batalla. Siguiendo el ejemplo de los romanos, dedicaréis a la construcción de los alojamientos a los batallones que hayáis de poner a retaguardia del ejército, en el lugar que ocupaban los triarios. Pero hablemos ahora de las guardias y de cómo deben establecerse.

»No recuerdo que en la Antigüedad se pusieran de noche para guardar el campamento centinelas fuera y a distancia de los fosos, como hoy se usa; y, a mi juicio, no lo hacían para evitar que el ejército fuera engañado a causa de la dificultad de verlos y de la exposición de que el enemigo los gane o los prenda, por lo cual estimaban peligroso fiarse de ellos en parte o en todo. Toda la fuerza de sus guardias estaba, pues, en el interior de los atrincheramientos, haciéndolas con un orden y un cuidado grandísimos y castigando con pena de muerte a los que faltaban a su deber. No explicaré las reglas a

que se ajustaba este servicio para no molestaros inútilmente, puesto que os será fácil enteraros de ellas, si no las sabéis; sólo diré brevemente lo que yo haría. De ordinario, tendría armada cada noche la tercera parte del ejército, y siempre en pie la cuarta parte de ésta, distribuyéndola por todas las trincheras y por todos los sitios del campamento con guardias dobles en cada ángulo, unas fijas y otras patrullando constantemente de una a otra parte de aquél. La misma vigilancia establecería de día cuando el enemigo estuviese próximo.

»Nada diré de la consigna, de la necesidad de renovarla todos los días y de las demás disposiciones que hay que tomar para la guarda del campo, por ser cosa sabida. Sólo recordaré una importantísima, que, si se observa, produce mucho bien, y si no, mucho mal, cual es que se vea con gran cuidado quiénes por la noche se ausentan del campamento y quiénes entran en él. Esto es fácil saberlo si el campamento se ordena como hemos explicado, porque, habiendo en cada alojamiento un número fijo de soldados, es sencillísimo ver si falta o sobra alguno; si falta, castigarlo como desertor, y si sobra, averiguar quién es, qué hace allí, y las demás condiciones en que se encuentra. Este cuidado dificultará grandemente al enemigo mantener inteligencias con los jefes y averiguar las intenciones del general.

»Si los romanos no hubiesen ejercido dicha vigilancia, imposible fuera a Claudio Nerón, teniendo tan cerca a Aníbal, salir del campamento de Lucania e ir a la Marca y volver de ella sin que Aníbal lo supiese.

»No basta con que la organización sea buena; es preciso, además, observarla con toda minuciosidad, pues en ninguna circunstancia necesita el ejército mayor exactitud en el cumplimiento de los deberes. Las leyes que atañen a la seguridad del ejército deben ser, pues, muy rigurosas y hacerlas cumplir estrictamente. Los romanos castigaban con pena capital al que faltaba a la guardia, al que abandonaba el sitio donde se le ponía para combatir, al que sacaba del campamento alguna cosa a escondidas, al que se vanagloriaba de haber hecho alguna hazaña en la batalla sin ser verdad, al que combatía sin orden del general, al que, por miedo, arrojaba las armas. Y si ocurría que una cohorte o una legión entera cometiera alguna de estas faltas, para no matar a todos los que la formaban, los diezmaban, sacando sus nombres a la suerte y matando uno de cada diez soldados; pena de muerte que, si no la sufrían todos los delincuentes, a todos inspiraba temor.

»Como donde los castigos son grandes, deben serlo también las recompensas para que los hombres tengan igual motivo de temor y de esperanza, establecieron los romanos premios para cada acción heroica, como la de salvar la vida a un compañero durante la batalla, ser el primero en asaltar el muro de una plaza sitiada, herir o matar al enemigo en combate o derribarlo del caballo. Cualquier valerosa acción de esta índole la agradecían y premiaban los cónsules, y la elogiaban públicamente los ciudadanos. Los que por tales hechos obtenían recompensas, además de la gloria y fama adquiridas entre los soldados, al volver a la patria las presentaban con noble orgullo y grandes demostraciones de consideración de sus parientes y amigos. No es maravilla que aquel pueblo conquistara tanto imperio siendo tan inflexible en castigar y premiar los actos que por malos o buenos merecían censura o alabanza; ejemplos dignos en su mayoría de ser imitados.

»No creo deber pasar en silencio uno de los castigos que los romanos imponían: el de que, convencido el tribuno o el cónsul de la culpabilidad del reo, tocábanle éstos ligeramente con una varilla. Desde aquel momento, podía huir y todos los soldados matarlo, de modo que cada cual le arrojaba piedras o dardos o lo hería con otras armas, y recorría vivo pocos pasos y eran rarísimos los que escapaban. Aun escapando, no podían volver a sus casas sino con tantos trabajos o tanta ignominia, que les era preferible la muerte.

»Los suizos tienen un castigo idéntico, y hacen matar públicamente a los condenados por los otros soldados, lo cual, bien pensado, está perfectamente hecho. El mejor medio de evitar que haya defensores de culpados es obligarles a que los castiguen, porque el interés que les inspira y el deseo de su castigo les afectan de un modo muy distinto, según sean ellos u otros los que hayan de ejecutar la pena. Si queréis que un pueblo no se haga cómplice de los dañosos proyectos de un ciudadano, haced que el pueblo sea su juez. En prueba de ello puede citarse el ejemplo de Manlio Capitolino, que, acusado por el Senado, fue defendido por el pueblo, hasta que llegó éste a juzgarle y a ser árbitro de su suerte, y lo condenó a muerte. Este género de castigo es, pues, muy a propósito para evitar tumultos y hacer observar la justicia.

»Y como para refrenar a los soldados no basta el temor de las leyes ni el de los hombres, añadíanles en la Antigüedad el prestigio de los dioses: por ello, con solemnes ceremonias hacían jurar a sus soldados la observancia de la disciplina militar, para que, faltando al juramento, no sólo temieran las leyes y a los hombres, sino también a las divinidades. Procuraban además por todos los medios fortalecer en ellos los sentimientos religiosos.

BAUTISTA —¿Permitían los romanos que en sus ejércitos fueran mujeres y que los soldados jugaran, como hoy, a juegos ajenos a los ejercicios corporales?

FABRIZIO —Prohibían ambas cosas, y no era difícil de cumplir la prohibición, por ser tantas las ocupaciones de cada soldado, generales y particulares, que no les quedaba tiempo para pensar en Venus ni en el juego, ni en nada de lo que hace a los soldados sediciosos e inútiles.

BAUTISTA —Perfectamente. Decidme ahora la manera de levantar el campamento.

FABRIZIO —Tocaba la trompeta capitana tres veces. Al primer toque se levantaban las tiendas y se liaba el bagaje; al segundo, cargábanse las bestias, y al tercero, empezaba la marcha en el orden que hemos dicho: los bagajes a retaguardia de cada cuerpo de ejército, poniendo en medio las legiones. Haréis, pues, partir una brigada auxiliar, a continuación sus bagajes, y con ellos, la cuarta parte de la impedimenta común a todos los cuerpos, es decir, la que haya alojada en uno de los cuatro espacios de que hablamos hace poco. Para esto conviene que cada uno de ellos esté asignado a una brigada, a fin de que los alojados en él sepan cuál es su puesto en marcha. Cada brigada, con sus bagajes propios y la cuarta parte de los comunes, seguirá la marcha, como hemos dicho que caminaba el ejército romano.

BAUTISTA —¿Tenían los romanos para acampar algunas reglas además de las que habéis expuesto?

FABRIZIO —Os repito que, ante todo, preferían la acostumbrada forma de sus campamentos, cediendo a ésta las demás consideraciones; pero sin perder jamás de vista dos circunstancias: una, que el sitio del campamento fuera salubre; y otra, situarlo donde el enemigo no lo pudiera cercar ni cortarle el agua o los víveres. Para evitar enfermedades, alejábanse de las tierras pantanosas y expuestas a vientos nocivos, lo que conocían, no sólo por el aspecto de la localidad, sino también por el de sus habitantes; y cuando los veían descoloridos, o asmáticos, o atacados de alguna infección, no acampaban.

»En cuanto a que no pueda ser cercado por el enemigo el campamento, conviene tener en cuenta la naturaleza del terreno, dónde están vuestros amigos y vuestros enemigos, y conjeturar de este modo si es o no posible el asedio. El general debe ser, pues, peritísimo en el conocimiento del país donde opera, y llevar consigo personas de igual pericia.

»Evítanse las enfermedades y el hambre procurando que no se desordene el ejército, pues, para mantenerlo sano, es preciso que el soldado duerma bajo la tienda, que se aloje donde haya árboles que den sombra y leña para cocer la comida, y que no camine durante las horas de más calor. En el verano saldrá de los alojamientos antes de amanecer, y en el invierno se procurará que no camine sobre nieve o hielo sin haber facilidad de encender fuego.

»No debe faltarle el vestido necesario ni beber agua malsana. Con el ejército irán médicos para curar a los enfermos, porque el general no tiene medios de defensa cuando ha de combatir a la vez con las enfermedades y con el enemigo. Pero lo mejor para mantener el ejército sano es el ejercicio, y por ello, en la Antigüedad se hacía diariamente. Puede juzgarse lo que importa el ejercicio sabiendo que en el campamento da la salud y en el campo de batalla, la victoria.

»Para prevenir el hambre, no sólo se procurará que el enemigo no impida la llegada de víveres, sino saber de dónde han de sacarse y cuidar que no se desperdicien los acopiados. Conviene estar siempre aprovisionado para un mes y obligar después a los aliados próximos a llevarlos todos los días. Conviene también almacenar gran cantidad en alguna plaza fuerte y consumirlos con economía, de modo que cada soldado sólo tenga a diario la ración necesaria. El orden en el acopio y el consumo de las provisiones debe cuidarse mucho, pues con el tiempo triunfaréis de todo en la guerra menos del hambre, que, cuanto más dure, más os vence.

»El enemigo que pueda venceros por hambre no la procurará por las armas, porque si aquella victoria no es tan honrosa, es más cierta y segura. El hambre es un peligro inevitable para todo ejército que no esté administrado con rigurosa justicia y que consuma sus víveres con desarreglo y a capricho, porque el desorden impide que lleguen a tiempo las municiones de boca, y si llegan y se desperdician, el resultado es igualmente funesto. En la Antigüedad, cada soldado comía la ración que le daban y en el momento de recibirla, porque todos comían al mismo tiempo que el capitán. Lo que en los ejércitos modernos ocurre, bien sabido es: lejos de ser como los antiguos, modelos de economía y sobriedad, son, al contrario, escuelas de licencia y de embriaguez.

BAUTISTA —Al empezar a explicar los campamentos habéis dicho que no queríais limitarlos a dos brigadas, sino acampar cuatro para mostrar cómo lo hacía un ejército completo. Os ruego que me digáis dos cosas: una, cómo acamparé un ejército más o menos numeroso; otra, qué número de soldados ha de tener un ejército para combatir a toda clase de enemigos.

FABRIZIO —A la primera pregunta respondo que, si el ejército tiene unos seis mil hombres más o menos que el acampado, se alargan o acortan las líneas de alojamiento hasta que sean suficientes, y con este método se puede llegar, en más o menos, hasta el infinito. Sin embargo, cuando los romanos reunían dos ejércitos consulares, hacían dos campamentos unidos por la parte que ocupan los desarmados. Respecto a la segunda pregunta, diré que el ejército ordinario romano era de unos veinticuatro mil hombres, y cuando mayor fuerza ponían en campaña no pasaba de cincuenta mil. Con este número contrarrestaron el ataque de doscientos mil galos, después de la primera guerra púnica, y con el mismo hicieron la campaña contra Aníbal. Notad que tanto los romanos como los griegos han hecho la guerra con pocas tropas, procurando la ventaja con el arte y la disciplina; en cambio, los pueblos de Occidente y de Oriente la hacían en multitud; los primeros con su natural impetuosidad, y los orientales, llevados por la grande obediencia que profesan al monarca.

»Como ni en Grecia ni en Italia existía ninguno de ambos móviles, fue preciso acudir a la disciplina, cuyo poder es tan grande que, relativamente, con pocos soldados superaron el denuedo y la obstinación de inmensa multitud.

»Queriendo imitar a los griegos y a los romanos, nuestros ejércitos no deben pasar de cincuenta mil soldados, más bien menos que más, porque la multitud produce confusión y estorba para la observancia de la disciplina y la práctica de los ejercicios. Solía decir Pirro que con quince mil hombres conquistaría el mundo.

»Pasemos ahora a otro asunto.

»Hemos hecho a nuestro ejército vencer en una batalla y mostrado los accidentes que pueden ocurrir durante el combate. Después, lo he puesto en marcha, previendo todos los peligros con que puede tropezar en el camino, y, finalmente, ha acampado. Le dejaremos, pues, descansar de las fatigas, y pensaremos en la manera de terminar la guerra; porque en los campamentos se trata de muchas cosas, máxime estando aún el enemigo en campaña y habiendo aún plazas fuertes sospechosas o enemigas, las cuales es preciso ocupar o expugnar. Necesario es, pues, hablar de estos diversos objetos y resolver todas las dificultades con la misma gloria alcanzada hasta ahora. Pasemos, pues, a ocuparnos de los casos especiales.

»Si muchos hombres o pueblos hiciesen algo que os fuese útil y a ellos grandemente dañoso, como derribar los muros de su ciudad o desterrar gran número de ciudadanos, convendrá engañar a todos acerca de vuestros proyectos; de tal modo, que ninguno crea os ocupáis de él, y, no pensando en mutuo auxilio, uno tras otro queden sujetos a vuestra voluntad; o mandar a todos en un mismo día lo que deben hacer, para que, creyendo cada cual ser el único a quien os imponéis, sólo piense en obedecer y no en resistir, quedando todos ellos sometidos sin perturbación alguna.

»Si sospecháis de la fidelidad de algún pueblo y queréis aseguraros de él atacándolo de improviso, el mejor modo de encubrir vuestro designio será pedirle auxilio para cualquier otra empresa, pareciendo que no tenéis intento alguno de perjudicarle; de esta suerte, no creyendo que deseáis ofenderlo, no pensará en defenderse y podréis realizar fácilmente vuestro proyecto.

»Cuando sospechéis que hay en vuestro ejército alguno que da a conocer vuestros proyectos al enemigo, lo mejor que podéis hacer es valeros de su perfidia, comunicándole lo que no pensáis hacer y ocultándole lo que vais a realizar, fingiendo temores que no sintáis y callando los que experimentéis. Esto alentará al enemigo para realizar alguna operación creyendo saber vuestros proyectos, y os será fácil engañarle y vencerle.

»Si quisierais, como lo hizo Claudio Nerón, disminuir vuestro ejército enviando refuerzos a algún aliado sin que el enemigo lo advierta, es necesario no reducir el campamento, conservando las mismas filas de tiendas, las mismas banderas, y no alterar en nada el número de las guardias y de las hogueras. Si, al contrario, deseáis ocultar al enemigo los refuerzos que habéis recibido, no aumentéis la extensión de vuestro campamento. El secreto en los actos y designios de la guerra es siempre utilísimo. Cuando Metelo estaba con su ejército en España, le preguntó uno qué iba a hacer al día siguiente, y respondió: «Si lo supiese mi camisa, la quemaría». A uno que preguntaba a Marco Craso cuándo movería el ejército, contestó éste: «¿Crees ser el único que no oiga las trompetas?».

»Para saber los secretos del enemigo y conocer sus disposiciones, algunos generales han empleado el recurso de enviarle embajadores acompañados de jefes peritísimos en la guerra con disfraz de criados, los cuales podían así ver el ejército enemigo, y apreciando su fuerza o flaqueza, procurar los medios para vencerle. Otros han fingido desterrar a uno de sus confidentes, quien, yéndose al campo enemigo, ha averiguado y transmitido sus proyectos. También se conocen los secretos del adversario por medio de los prisioneros.

»En la guerra contra los cimbrios quiso Mario saber si podía confiar en los galos cisalpinos, aliados entonces al pueblo romano, y les mandó unas cartas abiertas y otras cerradas, diciéndoles en aquéllas que abriesen éstas en determinado plazo. Antes de que se cumpliera se las pidió, y, al encontrarlas abiertas, comprendió que no podía fiar en ellos.

»Algunos generales, en vez de ir en busca del enemigo invasor, han penetrado en sus tierras, obligándolo a retroceder para acudir a defenderlas. Este recurso ha tenido repetidas veces buen éxito, porque vuestros soldados empiezan venciendo y adquiriendo confianza y botín, mientras el enemigo, creyéndose de vencedor vencido, se desalienta; pero sólo puede emplearlo quien tenga su país más fortificado que el del enemigo, pues, de lo contrario, sería perjudicial.

»Ha sido provechoso a otros generales, cuando el enemigo sitiaba su campamento, entablar con él negociaciones de paz y ajustar tregua por algunos días. Esto suele hacer negligente al adversario y, aprovechando su descuido, puede presentarse ocasión de

escapar de sus manos. De este modo se libró Sila dos veces de los enemigos, y con el mismo engaño consiguió Asdrúbal en España no ser capturado por Claudio Nerón, que le tenía cercado.

»Aprovechan para librarse del enemigo, además de los recursos citados, algunos otros que lo tengan en suspenso, como, por ejemplo, atacarle con parte de vuestra fuerza, para que, atento a la batalla, no impida la salvación del resto del ejército, o producir algún suceso imprevisto que, por la novedad, lo tenga incierto y parado. Esto hizo Aníbal cuando, cercado por Fabio Máximo, puso durante la noche haces encendidos entre los cuernos de muchos bueyes, y, sorprendido Fabio por aquella novedad, no pensó en cerrar a su enemigo todos los pasos.

»Un buen general debe procurar sobre todo dividir las fuerzas del enemigo, haciendo sospechosos al jefe que los manda los hombres de quienes se fía, o dándole motivo para separar sus tropas y debilitar con ello su ejército. Lo primero se procura atendiendo a los intereses de algunos de los que el general enemigo tiene a su lado, respetando durante la guerra sus posesiones y sus dependientes, y devolviéndoles sus hijos y demás personas de su familia sin rescate. Ya sabéis que cuando Aníbal quemó alrededor de Roma todos los campos, mandó respetar únicamente los bienes de Fabio Máximo, y que, viniendo Coriolano con su ejército contra Roma, ordenó no tocar las posesiones de los nobles y saquear y quemar las de la plebe. Metelo, en la guerra contra Yugurta, inducía a todos los emisarios enviados por éste a que le entregaran dicho príncipe, y en las cartas que les escribía hablábales con preferencia de este proyecto, logrando que al poco tiempo sospechara Yugurta de todos sus consejeros y los hiciese morir de diversos modos.

»Refugiado Aníbal en el reino de Antíoco, los embajadores romanos, en conferencias privadas con este rey, lograron que lo considerara sospechoso y que desechara sus consejos.

»El mejor medio de dividir las fuerzas enemigas es invadir su país, para que, obligadas a defenderlo, abandonen el teatro de la guerra. Así lo hizo Fabio cuando combatía con las fuerzas unidas de los galos, los etruscos, los umbrios y los samnitas.

»Tenía Tito Dimio un ejército inferior en fuerzas al del enemigo, y esperaba una legión de Roma a la cual sus oponentes querían impedir el paso. Para que no fuera contra ella, hizo Tito Dimio correr la voz por todo su ejército de que quería dar al día siguiente la batalla; después, facilitó la fuga a algunos prisioneros, quienes refirieron la orden del cónsul de combatir al siguiente día, y los enemigos, por no disminuir sus fuerzas, renunciaron a ir contra la legión, que llegó sin obstáculo al campamento romano gracias a este ardid, no empleado para dividir las fuerzas enemigas, sino para duplicar las propias.

»Algunos generales han dejado de intento que el enemigo entre en su país y se apodere de varias plazas fuertes, para que, obligado a poner guarnición en ellas, disminuya sus fuerzas, siendo entonces atacado y vencido. Otros, proyectando invadir una provincia, han fingido querer atacar otra con tanta habilidad que, cayendo de repente sobre aquélla, donde no se esperaba su ataque, la han ocupado antes de que el enemigo pudiera socorrerla, porque, inseguro éste sobre si volveréis al punto primeramente

amenazado, no puede abandonar un punto por socorrer otro, y así, muchas veces no defiende ninguno.

»Además de lo dicho, importa mucho a un general saber apaciguar las sediciones o discordias entre los soldados. Lo mejor en tales casos es castigar a los cabezas de motín; pero con tal prontitud, que el castigo lo sufran antes de que puedan sospecharlo. Para ello es preciso, si están alejados del general, llamar a su presencia a todo el cuerpo a que pertenecen, a fin de que, no creyendo los culpados que el llamamiento es para imponer castigos, en vez de procurar escaparse, se presenten a los que han de condenarlos. Cuando la falta de disciplina se comete a la vista del general, debe éste reunir a los obedientes y, con su ayuda, castigar a los culpados. Cuando reine discordia entre los soldados, el mejor modo de extinguirla es llevarlos a punto peligroso, porque el temor les hace estar unidos.

»Pero lo que mejor mantiene la unión en el ejército es la fama del general, originada por su talento y valor, pues sin ellos, ni el nacimiento ilustre ni el cargo bastan para inspirar respeto.

»El primer cuidado del general debe ser la seguridad de castigar y pagar a sus soldados, pues cuando faltan las pagas falta la justificación del castigo. No se puede castigar al soldado a quien no se paga porque robe, ni se le da otro medio de mantenerse. Si al ejército se le paga y no se castigan en él las faltas de disciplina, el soldado llega a ser insolente, pierde el respeto a sus jefes, el general no puede hacerse obedecer, y entonces, por necesidad, nacen los tumultos y las discordias, que son la ruina de un ejército.

»Tenían en la Antigüedad los generales una molestia de que se ven libres en la actualidad, cual era interpretar conforme a sus propósitos los malos augurios; porque si caía un rayo sobre un ejército, si se eclipsaban el sol o la luna, si había un terremoto, si el general al montar o apearse del caballo se caía, lo interpretaban los soldados siniestramente y les infundía tal miedo, que, de dar en seguida una batalla, lo probable fuera perderla. Los generales debían en estos casos explicar los hechos como sucesos naturales o interpretarlos conforme a sus propósitos. Cayose César al desembarcar en África, y exclamó: «África, eres mi presa». Otros generales explicaban a sus soldados las causas de los eclipses de luna y de los terremotos. Tales circunstancias no se presentan en nuestros días, porque los hombres de ahora no son tan supersticiosos y porque nuestra religión aleja del ánimo tales temores; pero si por acaso ocurriese algún acontecimiento de esta clase, convendría imitar la conducta de los generales antiguos.

»Cuando el hambre o cualquier otra necesidad o pasión humana conduce al enemigo a extrema desesperación y, arrastrado por ella, provoca la batalla, debéis permanecer dentro de vuestro campamento y, en cuanto os sea posible, esquivar el combate. Así obraron los lacedemonios contra los mesenios; así lo hizo César contra Afranio y Petreyo.

»Estando el cónsul Fulvio en guerra con los cimbrios y habiendo hecho durante muchos días seguidos escaramuzas de caballería, observó que el enemigo salía siempre de su campamento para perseguirle, y en su consecuencia preparó una emboscada detrás de dicho campamento; hizo atacar de nuevo a la caballería; salieron los cimbrios en su

persecución, y mientras tanto, Fulvio se apoderó del campamento y lo saqueó.

»Encontrándose dos ejércitos frente a frente, algunos generales han enviado destacamentos a talar su propio país, dándoles banderas semejantes a las de los enemigos y, tomándoles éstos por tropas que vienen en su auxilio, han acudido a ayudarles y a participar del botín, desordenándose y facilitando al adversario la victoria. Este ardid lo usó Alejandro de Epiro contra los ilirios y el siracusano Leptenses contra los cartagineses. A los dos les dio feliz resultado.

»Muchos generales han vencido al enemigo permitiéndole comer y beber extraordinariamente. Para ello, fingiendo temor, han abandonado su campamento, lleno de víveres y vino, y cuando los contrarios estaban hartos de comida y bebida los han atacado y vencido. Esto hizo Tamiris contra Ciro, y Tiberio Graco contra los iberos. No ha faltado, en fin, quien en estos casos envenene el vino y los víveres para que la victoria fuese más fácil.

»Ya he dicho que no tenía noticia de que los generales en la Antigüedad pusieran de noche fuera del campamento centinelas o guardias avanzadas, y en mi opinión hacían esto para evitar los males que podía ocasionar. En efecto, muchas veces, de día los centinelas avanzados, para observar al enemigo, han ocasionado la ruina de quien los pone, pues cayendo en manos del adversario, como ha ocurrido en bastantes ocasiones, les obliga esto a hacer la señal convenida para llamar a los suyos, que acuden y quedan muertos o prisioneros.

»Aprovecha algunas veces engañar al enemigo variando nuestras costumbres, pues, ateniéndose a las que conoce, llega a su perdición. Así lo hizo un general que acostumbraba anunciar a los suyos la llegada del enemigo de noche con fuego y de día, con humo. Mandó que se hiciera sin intermisión el fuego y el humo, y después, al venir el enemigo, que no se hiciera señal alguna. Creyó éste llegar sin ser observado, por no ver las señales de haber sido descubierto, y en esta creencia marchaba sin ninguna precaución, por lo cual facilitó la victoria de su adversario.

»Queriendo Memnón de Rodas que el enemigo abandonara una posición muy fuerte, le envió como tránsfuga a uno de los suyos, quien anunció que la discordia imperaba en el ejército de Memnón y que la mayor parte de él se marchaba. Para acreditar la noticia fingió Memnón algunos tumultos en su campamento, y el enemigo, creyendo vencerle, le atacó y fue derrotado.

»No se debe impulsar nunca al enemigo hasta la desesperación. Es una regla que practicó César en una batalla contra los germanos, a quienes abrió camino de retirada al ver que, no teniéndolo, la necesidad de vencer les hacía redoblar sus esfuerzos, y prefirió el trabajo de perseguirles en la huida al peligro de vencerles cuando se defendían. Observando Lúculo que algunos soldados de caballería macedonios que llevaba consigo se pasaban al enemigo, hizo dar inmediatamente el toque de ataque y mandó al resto de su ejército que los siguiera. Creyó el enemigo que Lúculo deseaba dar la batalla y atacó a los macedonios con tal ímpetu, que éstos se vieron precisados a defenderse, convirtiéndose, contra su deseo, de desertores en combatientes.

»Antes o después de una victoria importa mucho asegurarse de una plaza cuya

fidelidad sea sospechosa, y así lo demuestran algunos ejemplos de la Antigüedad. Desconfiando Pompeyo de la fidelidad de los habitantes de Catania, les rogó que acogiesen algunos enfermos que llevaba en su ejército, y enviando, como enfermos, hombres robustísimos, ocupó la ciudad. Sospechó Publio Valerio de los habitantes de Epidauro y los convocó a una especie de jubileo en un templo que había fuera de la población. Cuando todo el pueblo había ido a obtener la indulgencia, cerró las puertas de la ciudad y no permitió entrar en ella más que a aquellos en quienes confiaba.

»Al emprender Alejandro Magno su expedición a Asia, quiso asegurarse de la Tracia y llevó consigo a todos los personajes de este país, dándoles cargos en su ejército y reemplazándolos en los pueblos de Tracia por hombres sin prestigio. De este modo contentó a aquéllos, pagándoles, y mantuvo la paz en Tracia por no haber jefes que agitaran los ánimos.

»Los actos más eficaces de un general para ganarse el afecto de los pueblos son los de castidad y justicia, como los que dio Escipión en España, cuando devolvió una joven bellísima a su padre y marido; acto este que le facilitó, más que las armas, la conquista de este país.

»Haciendo pagar César los árboles que había mandado cortar para formar una empalizada alrededor de su campamento en las Galias, adquirió una reputación de justo que contribuyó poderosamente a la conquista de aquella provincia.

»Creo que a lo dicho sobre este asunto nada hay que añadir, y que está agotada la materia. Sólo me falta deciros el modo de atacar y defender las fortalezas; lo que haré de buen grado si no os cansa escucharme.

BAUTISTA —Vuestra bondad es tanta, que satisfacéis todos nuestros deseos, sin dejarnos el temor de ser indiscretos, pues nos ofrecéis generosamente lo que apenas nos atreveríamos a pediros. No podéis hacernos servicio más grato y provechoso que continuar esta conversación tan instructiva. Pero, antes de pasar a otra materia, aclaradme una duda: ¿es preferible continuar la guerra en invierno, como hoy se hace, a hacerla solamente en verano y tener las tropas en cuarteles de invierno, como se practicaba en la Antigüedad?

FABRIZIO —Sin vuestra oportuna pregunta hubiese olvidado una parte que merece consideración. De nuevo os digo que los antiguos hacían las cosas mejor y con mayor prudencia que nosotros, y si en otros asuntos cometemos algunos errores, en los militares erramos por completo. Lo más imprudente y peligroso para un general es hacer la guerra en invierno, siendo aún mayor el peligro para el agresor que para el agredido. La causa de ello consiste en lo siguiente: todo el cuidado que se pone en la disciplina militar tiene por objeto organizar un ejército y dar una batalla al enemigo, siendo éste el propósito del general, pues del resultado de la batalla depende el éxito de la guerra. El que sabe prepararla mejor y tiene más disciplinado su ejército, aventaja al adversario y es mayor su esperanza de vencerlo. Por otra parte, lo más opuesto a aprovechar la buena organización son los terrenos muy accidentados y los temporales de lluvia o hielo, porque las desigualdades del terreno no permiten desplegar las fuerzas conforme a las reglas del arte militar, y la lluvia y el frío impiden reunir las tropas y presentarlas en masa al

enemigo, siendo, al contrario, preciso alojarlas sin orden y distantes unas de otras conforme a los castillos, aldeas o ciudades que haya en la comarca y donde puedan guarecerse, de manera que el trabajo empleado en disciplinar el ejército resulta inútil. No os sorprenda que ahora se haga la guerra en invierno, porque, no teniendo disciplina, los ejércitos desconocen el peligro de no alojar unidos los diferentes cuerpos, y prescinden de cuanto puede contribuir a una buena organización. Debieran pensar, sin embargo, el daño que produce estar en campaña durante el invierno y recordar que los franceses fueron destrozados en 1503 a orillas del Garellano, más por la inclemencia del invierno que por los españoles.

»En este caso, como os he dicho, la desventaja es para el que ataca, pues el mal tiempo ofende más al invasor de país enemigo que al que se defiende en su propia tierra. Si quiere tener sus tropas reunidas, ha de sufrir los rigores del frío y del agua, y si desea evitarlos, necesitará dividir sus fuerzas. En cambio, el que espera el ataque puede elegir a su gusto el sitio para aguardar al enemigo con sus tropas descansadas; reunirlas en un momento y acometer a cualquiera de los cuerpos separados del ejército enemigo, que no podrá resistir el ataque por la desigualdad de fuerzas. Así fueron derrotados los franceses y así lo serán siempre quienes acometan en invierno a un enemigo hábil y prudente.

»El que quiera no valerse de la fuerza, la organización, la disciplina y el valor de un ejército, emprenda una campaña en el invierno. Los romanos, tan cuidadosos de conservar todas estas ventajas, para no perderlas, evitaban la guerra en invierno, como la guerra en las montañas y cualquiera otra que les impidiera demostrar su valor y disciplina y su excelente organización.

»Creo que lo dicho basta para contestar a vuestra pregunta. Tratemos ahora del ataque y de la defensa de las plazas fuertes y de los puestos militares y de las fortificaciones.

---

39 Se trata de Bautista della Palla, el último interlocutor de Fabrizio Colonna en *El arte de la guerra*.

LIBRO SÉPTIMO

Los sitios fuertes lo son, o por la naturaleza o por el arte. — Cómo deben hacerse las murallas y los fosos. — Dónde deben ponerse las casamatas y la artillería. — Las fortalezas han de tener los bastiones distantes entre sí. — Las edificadas sobre montañas escarpadas son poco fuertes. — La condesa Catalina Sforza y el castillo de Forlì. — Bastiones, revellines, rastrillos, almenas, ballesteras, troneras. — Rastrillos alemanes y franceses en forma de reja. — En las ruedas de las cureñas de la artillería, los rayos oblicuos son mejores que rectos. — Vigas puestas en equilibrio sobre postes a la cabeza de los puentes levadizos, al uso de Francia. — Las plazas fuertes deben tener al menos una milla de terreno despejado a su alrededor. — Municiones de boca y de guerra. — Orden que deben observar los ciudadanos en la defensa de una plaza fuerte. — Armas y máquinas de defensa y ofensa empleadas en la Antigüedad. — La artillería suple ahora a todas ellas. — Modos de evitar la rendición por hambre y de defenderse de los asaltos. — Astucias y engaños de los asaltantes. — Ejemplos antiguos. — Vigilancia de las guardias. — Utilidad de los perros en ellas. — Diversos modos de comunicarse los sitiados con sus amigos y partidarios de fuera. — Manera de reparar las brechas abiertas por la artillería enemiga. — Minas y contraminas. — Vigilancia que debe haber en las horas de descanso. — Desventaja de los sitiados por la necesidad de dividir sus fuerzas. — Cómo se remedia. — La constancia de los sitiados desespera al enemigo. — Reglas generales y máximas acerca del arte de la guerra. — Por qué el autor no se ocupa de la guerra naval y apenas habla de las tropas de caballería. — Cómo se consigue abundancia de buenos caballos en un país. — Dotes de un buen general. — Debe tener, sobre todo, inventiva. — Dificultades de la antigua milicia. — Unos capitanes famosos encontraron el ejército hecho, y otros necesitaron hacérselo. — En Italia es preciso, ante todo, saberlo organizar. — Sólo pueden realizarlo los príncipes poderosos con súbditos propios. — Con mercenarios extranjeros es imposible reformar la milicia al estilo antiguo. — Los soldados suizos y españoles son desde hace largo tiempo mejores que los italianos, pero no llegan a la perfección de los antiguos. — Los ejércitos italianos son malos por culpa de los príncipes. — Defectos de los príncipes italianos de los siglos XV y XVI. — Algo más sobre la milicia nacional. — El príncipe que primero la establezca será el soberano de Italia. — Termina el autor exhortando a la juventud para que haga revivir la antigua milicia.

FABRIZIO —Sabéis, sin duda, que las ciudades y las poblaciones pueden ser fuertes, o por la naturaleza o por el arte. Se encuentran en el primer caso las rodeadas de ríos o pantanos, como Ferrara y Mantua, o las construidas sobre una roca o escarpada montaña, como Mónaco y San Leo, porque las que están en montes de fácil acceso son ahora, por causa de la artillería y de las minas, debilísimas. Por eso, para hacerlas hoy se escoge una llanura y se emplean los recursos del arte en la construcción de sus defensas.

»El primer cuidado del ingeniero es edificar los muros en línea quebrada, es decir, multiplicando los ángulos salientes y entrantes, lo cual impide que se acerque a ellos el enemigo, que puede ser batido de frente y de flanco. Si los muros son demasiados altos, presentan mucho blanco a la artillería, y si son muy bajos se escalan fácilmente. Si se abren fosos delante de ellos para dificultar el escalamiento, el enemigo los rellena, cosa fácil de hacer a un ejército numeroso, y se apodera de las murallas. Creo, por tanto, siempre salvo mejor opinión, que, para evitar ambos inconvenientes, se deben construir las murallas de una determinada altura, con fosos interiores y no exteriores.

»Tal es, según mi parecer, la mejor fortificación, porque defiende de la artillería y del escalamiento e impide al enemigo rellenar los fosos. Elevaréis, pues, los muros a una altura conveniente, haciéndolos de un grueso de tres brazos por lo menos, para que sea más difícil demolerlos. Las torres se construirán a doscientos brazos de distancia unas de

otras; y la anchura del foso interior será por lo menos de treinta brazos y doce de profundidad. Con la tierra de la excavación se formará por el lado de la ciudad un parapeto, partiendo del fondo del foso hasta la altura de un hombre sobre la superficie, con lo cual aumentará la profundidad del foso. En el fondo del foso, a cada doscientos brazos habrá una casamata con artillería para batir a quien a él baje.

»La artillería pesada que defiende la ciudad se emplazará en el muro interior que cierra el foso, porque para la defensa del muro exterior, por ser más alto, no se pueden emplear cómodamente sino cañones pequeños o medianos. Si el enemigo intenta el escalamiento, la altura del muro os defenderá fácilmente. Si se ataca con artillería, necesitará primero batir el muro exterior pero como el efecto de las baterías es que caigan los escombros hacia la parte batida, no encontrando foso que los reciba y oculte, sirve la ruina del muro para aumentar la profundidad del foso; de modo que impiden el paso primero los escombros amontonados, después el foso, y por último, la artillería de la plaza, que, desde el muro interior, bate con toda seguridad a los asaltantes, cuyo único recurso será cegar el foso, cosa dificilísima, no sólo por su gran capacidad, sino por el peligro de acercarse a él, siendo la muralla de ángulos salientes y entrantes, en los cuales, por las razones dichas, no se puede penetrar sin gran riesgo, especialmente teniendo que andar sobre escombros, que forman un obstáculo extraordinario. Creo, pues, que una ciudad así fortificada es inexpugnable.

BAUTISTA —Si además del foso interior se hiciera otro exterior, ¿no sería más fuerte?

FABRIZIO —Lo sería, sin duda; pero mi argumento consiste en que, de hacer un solo foso, vale más abrirlo interior que exteriormente.

BAUTISTA —¿Lo llenaríais de agua, o lo dejaríais en seco?

FABRIZIO —En este punto las opiniones no están de acuerdo, porque los fosos llenos de agua garantizan de las minas, y sin agua son más difíciles de cegar. Teniéndolo todo en cuenta, yo los haría sin agua, porque son más seguros, y ya se ha visto helarse el agua en ellos durante el invierno, y el hielo, facilitar la expugnación de una plaza, como sucedió en Mirandola cuando la sitiaba el papa Julio II. Para librarme de las minas, haría los fosos tan profundos que el enemigo, al horadar por debajo, tropezase con el agua.

»En cuanto a fosos y murallas, haría las fortificaciones de los castillos iguales a las de las plazas fuertes, para que su expugnación ofreciera las mismas dificultades.

»Debo recordar a los defensores de las plazas fuertes que no hagan bastiones fuera y a distancia de las murallas, y a los que construyen castillos, que no edifiquen muros interiores donde pueda refugiarse la guarnición, perdidos los exteriores. El motivo del primer consejo consiste en que nadie debe hacer lo que, sin remedio, daña a la propia reputación, porque, perdida ésta, se desconfía de las demás disposiciones y se atemorizan los comprometidos en la defensa. Esto sucederá siempre al hacer bastiones fuera de la plaza que defendéis, porque siempre se perderán, no cabiendo defensa de estas pequeñas fortificaciones contra el ímpetu de la artillería, y su pérdida será causa y principio de vuestra ruina. Cuando Génova se rebeló contra el rey Luis XII de Francia, los genoveses construyeron algunos bastiones en las colinas que rodean dicha plaza;

tomados por los franceses en poco tiempo, se apoderaron en seguida de la ciudad.

»En cuanto al segundo consejo, afirmo que no hay nada más peligroso para un castillo como la posibilidad de retirarse sus defensores, porque la esperanza de los soldados de defenderse en otro puesto cuando es tomado el que ocupan, hace que lo abandonen, y, abandonado, se pierde todo el castillo. Reciente ejemplo tenemos de ello en la pérdida del de Forlì, cuando lo defendía la condesa Catalina Sforza contra César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, que lo sitió con el ejército del rey de Francia. Tenía aquella fortaleza muchos reductos dispuestos para retirarse de unos a otros. En primer lugar estaba la ciudadela separada del castillo por un foso, de modo que se pasaba al castillo por un puente levadizo. En el castillo había tres recintos rodeados de fosos con agua, y con puentes para el paso. César Borgia batió con la artillería una parte de las murallas. Abierta la brecha y no pensando en defenderla el jefe de la guarnición, Juan de Casale, la abandonó para retirarse a otro reducto. Entraron entonces sin oposición los sitiadores, y en un momento se apoderaron de todo el castillo, por hacerse dueños de los puentes que había entre los reductos.

»Perdiose esta fortaleza, considerada inexpugnable, por dos faltas: una, tener tantos reductos, y otra, no dominar cada uno de ellos sus puentes. La mala construcción de la fortaleza y la poca habilidad de su defensor inutilizaron la valerosa determinación de la condesa de resistir a un ejército que no se atrevieron a esperar ni el rey de Nápoles ni el duque de Milán; y aunque su esfuerzo no produjo resultado, alcanzó la fama que su valor merecía, como lo demuestran las muchas poesías que se hicieron entonces en su honor.

»Si tuviese que edificar un castillo, le haría buenas murallas, y el foso como he dicho, sin que dentro de los muros hubiese más que las casas para habitación, y aun éstas endebles y bajas, para que no impidieran a quien estuviese en medio de la plaza la vista de todo el muro, a fin de que el jefe de la guarnición observara por sus propios ojos dónde era preciso reforzar a los combatientes, y para que todos supieran que, perdida la muralla y el foso, estaba perdido el castillo. Si hacía algunos reductos, colocaría los puentes de tal modo que cada uno de aquéllos dispusiera de los suyos, procurando que los tableros levadizos cayeran sobre postes colocados en medio de los fosos.

BAUTISTA —Habéis dicho que las fortificaciones pequeñas hoy no se pueden defender, y yo tenía entendido lo contrario, que cuanto menores son, mejor se defienden.

FABRIZIO —Pues lo comprendisteis mal, porque no se puede llamar hoy plaza fuerte aquella en que el defensor no tenga espacio donde retirarse, defendido por nuevos fosos y nuevos muros. La violencia de la artillería es tal, que comete grave error quien fíe la defensa en un solo muro y un solo atrincheramiento; y como los bastiones, a menos que pasen del tamaño ordinario, en cuyo caso serían plazas fuertes o castillos, no se hacen de modo que sus defensores tengan retirada, se pierden inmediatamente.

»Es, pues, lo más atinado renunciar a los bastiones exteriores y fortificar las entradas de la plaza, cubriendo las puertas con revellines de modo que no se pueda entrar y salir en línea recta, y que entre el revellín y la puerta haya un foso con puente levadizo.

»Fortifícanse también ahora las puertas con rastrillos, para que se refugien en ellos

los que salen fuera de la plaza a combatir e impedir que, si son rechazados, penetren mezclados con ellos los enemigos en la fortaleza. Estos rastrillos, llamados antiguamente cataratas, se bajan y cierran a los sitiadores el paso, salvando a los que se refugian en la plaza, pues en tales casos no es posible valerse del puente y de la puerta, por donde pasan mezclados y en confusión sitiadores y sitiados.

BAUTISTA —He visto en Alemania esos rastrillos de que habláis hechos con maderos en forma de reja. Los nuestros son de gruesas tablas unidas entre sí. Deseo saber a qué se debe esta diferencia, y cuál de las dos formas es preferible.

FABRIZIO —Os repito que las antiguas instituciones militares no se recuerdan hoy en el mundo, y en Italia están completamente olvidadas. Si nos queda algo de este arte que sea aceptable, lo debemos a los ultramontanos. Ya sabéis, y estos amigos vuestros pueden recordarlo, cuán débiles eran las defensas de nuestras plazas fuertes antes de venir a Italia el rey Carlos VIII de Francia en 1494; las almenas apenas tenían medio brazo de espesor, las ballesteras y troneras se hacían con poca abertura por fuera y mucha por dentro, y con varios otros defectos que omito referir por no cansaros. Nada más fácil que derribar tan débiles almenas y destruir troneras hechas de aquel modo. De los franceses se ha aprendido ahora a hacer las almenas anchas y gruesas; las troneras, anchas por dentro, se estrechan a la mitad del muro y ensanchan de nuevo hacia la pared exterior, con lo cual se impide a la artillería de afuera desmontar las piezas de la muralla. Usan además los franceses otros medios de defensa que no han visto los italianos, y, por tanto, ni estudian ni conocen. Entre ellos figura un rastrillo hecho en forma de reja, que es infinitamente mejor que el vuestro; porque cuando se baja vuestro rastrillo sólido, quedáis encerrados dentro, sin medio de hostigar al enemigo, que con toda seguridad puede destruirlo, valiéndose del fuego o de las hachas; pero hecho en forma de reja, cuando se cala se lo defiende por los claros que hay entre los maderos con lanzas, ballestas y otras armas.

BAUTISTA —He observado en Italia otra costumbre ultramontana que consiste en oblicuar hacia los cubos los rayos de las ruedas de las cureñas. Deseo saber por qué se hace esto, pues los rayos rectos, como los de nuestras ruedas, me parecen más fuertes.

FABRIZIO —Jamás creáis que lo que se aparta de las costumbres ordinarias sea sin objeto, y si suponéis que se les da dicha forma por mayor belleza, os equivocáis, pues donde lo indispensable es la fortaleza, se prescinde de la hermosura. Los hacen así, porque con ellos sus ruedas son más sólidas y seguras que las vuestras. La razón de esta reforma consiste en que, cuando la cureña va cargada, o rueda a nivel, y entonces el peso carga igualmente sobre ambas ruedas, o se inclina hacia uno de los lados. En el primer caso, las dos ruedas sostienen el mismo peso, que, dividido por igual entre ellas, no les es muy gravoso; pero si la cureña se inclina hacia un lado, el peso carga sobre la rueda del mismo. Si los rayos de la rueda son rectos, fácilmente se quiebran, porque, inclinándose con la rueda, no soportan el peso a plomo. Rodando, pues, la cureña a nivel y cargando el peso sobre ambas ruedas, los rayos rectos son los más fuertes, y cuando la cureña se tuerce y carga el peso hacia un lado, son los más débiles.

»Con los rayos oblicuos de las cureñas francesas sucede lo contrario; pues al

torcerse la cureña y apoyarse sobre una de las ruedas, estos rayos, que en la situación normal de la cureña son oblicuos, resultan entonces rectos y soportan a plomo todo el peso; y cuando la cureña marcha a nivel, aunque están oblicuos, sólo resiste cada rueda la mitad del peso.

»Pero volvamos a nuestras fortalezas y castillos.

»Para mayor seguridad de las puertas de sus fortalezas, y en caso de asedio hacer salir y entrar sus tropas fácilmente en la plaza, usan los franceses, además de los medios ya referidos, otro que aún no he visto empleado en Italia; consiste en colocar dos postes en el extremo exterior del puente levadizo, y sobre cada uno de ellos poner en equilibrio una viga de modo que la mitad esté sobre el puente y la otra mitad fuera de él. Las vigas en la mitad que cae fuera del puente están unidas con traviesas en forma de enrejado, y al extremo de cada una, en la parte que cae sobre el puente, fijan una cadena. Cuando desean cerrar el puente por la parte de afuera, sueltan las cadenas y cae toda la parte enrejada de las vigas, cerrando la entrada del puente; y cuando quieren abrirlo, tiran de las cadenas y levantan el enrejado de las vigas, dejando la abertura de la extensión que quieren para el paso de un hombre a pie o a caballo, y cerrándola de pronto, pues las vigas se alzan y se bajan con suma facilidad. Dicho aparato es más seguro que el rastrillo, porque, no cayendo como éste en línea recta, no puede el enemigo impedir su caída con puntales, tal como cabe hacerlo con el rastrillo.

»Tales son las reglas que deben observar los que deseen construir una fortaleza. Además, prohibirán construir o plantar árboles en una milla, por lo menos, alrededor de las murallas; de modo que el terreno presente una superficie plana donde no haya ni árboles, ni matorrales, ni calzadas, ni casas que impidan ver a lo lejos y resguarden a los sitiadores de la plaza. Advertid que cuando la fortaleza tiene los fosos por delante de los muros con terraplenes más altos que el terreno circundante es debilísima, porque estos terraplenes sirven de parapeto al ejército sitiador y no le impiden atacar la plaza, siendo fácil romperlos y dejar espacio a la artillería.

»Entrando ahora dentro de la fortaleza, creo inútil recomendaros que, además de lo dicho, conviene tener grande acopio de municiones de guerra y boca. Es una precaución cuya importancia comprende todo el mundo, y sin la cual todas las demás son inútiles. En este punto se debe cuidar de dos cosas: primero proveerse, y después, impedir al enemigo que aproveche los recursos del país que ha invadido. Necesario es, por tanto, destruir todos los animales, los forrajes y los cereales que no se puedan poner a salvo.

»Quien defiende una plaza debe, además, procurar que no se haga nada tumultuosa y desordenadamente, y arreglar las cosas de modo que en cualquier accidente sepa cada cual el puesto que le corresponde. Es preciso, pues, que las mujeres, los ancianos, los niños y los enfermos se queden en sus casas y dejen calles y plazas a los jóvenes y valerosos, quienes se distribuirán armados para la defensa, unos en las murallas, otros, en las puertas, otros, en los sitios principales de la población para sofocar cualquier desorden que ocurra; otros, no tendrán puesto determinado, destinándoseles a prestar socorro donde la necesidad lo exija. Dispuestas así las cosas, es muy difícil que ocurran desórdenes dentro de la plaza.

»Respecto al ataque y la defensa de las fortalezas, conviene advertir que lo que más esperanza infunde al sitiador de una plaza para apoderarse de ella es saber que los habitantes no tienen costumbre de ver al enemigo, pues muchas veces, en tales casos, el miedo les hace abrir las puertas antes de ser atacados, sobre todo, si el sitiador hace, como debe, terribles demostraciones que llenen de espanto a los sitiados.

»Por su parte, éstos deben poner en los puntos que el enemigo ataque hombres fuertes a quienes no intimiden los alardes del contrario y sólo cedan a la fuerza de las armas. Si, en efecto, el primer ataque es rechazado, se envalentonan los sitiados, y entonces, para vencerlos, necesita el enemigo, no la fama de que fuera precedido, sino la habilidad y el valor.

»Muchas eran las máquinas y armas con que los antiguos defendían las plazas fuertes, como las ballestas, onagros, escorpiones, arcobalistas, hondas, etc. Los instrumentos de ataque no eran menos numerosos, como arietes, torres, manteletes, hoces, tortugas, etc. Ahora sólo se emplea la artillería, lo mismo por sitiadores que por sitiados, y por ello no entraré en detalles.

»Volviendo a mi asunto, explicaré los medios especiales de ataque. Los sitiados deben cuidar de no ser vencidos ni por hambre ni por asalto. Respecto a lo primero, ya hemos dicho que han de proveerse de víveres antes del sitio; pero cuando llegan a faltar porque el asedio dura mucho, se ha apelado en algunos casos a medios extraordinarios para que les provean de ellos los partidarios de fuera interesados en salvar a los sitiados, máxime si por medio de la plaza corre un río. Así, por ejemplo, cuando Aníbal sitió a Casilinum, fortaleza romana, no pudiendo los romanos socorrerla de otro modo, arrojaron al río que pasaba por ella gran cantidad de nueces que, llevadas por el agua, sin que los cartagineses pudieran impedirlo, alimentaron por algún tiempo a los habitantes. Algunos sitiados, para probar al enemigo que tienen víveres en abundancia y hacerle desesperar de rendirlos por hambre, han arrojado panes por encima de los muros o dado de comer trigo a un novillo dejando que lo capturen luego los enemigos, para que, al matarlo y encontrar su estómago lleno de trigo, crean en una abundancia de víveres que no tienen.

»Por otra parte, los generales ilustres han empleado diferentes medios para privar de víveres al enemigo. Fabio dejó sembrar a los habitantes de la Campania, para que tuvieran de menos el trigo que sembraban. Acampado Dionisio junto a Regio, fingió desear un acuerdo con los habitantes, y, durante las negociadones, hacía que les proveyeran de víveres. Cuando por este medio los dejó sin trigo, sitió la plaza y la rindió por hambre. Quiso Alejandro Magno apoderarse de Leucadia y empezó por tomar todos los castillos inmediatos, dejando a sus defensores refugiarse en aquella plaza, y aumentada de este modo considerablemente su guarnición, la tomó por hambre.

»En cuanto a los asaltos, ya he dicho que se debe, sobre todo, rechazar la primera embestida, con la cual tomaron los romanos muchas plazas, atacándolas por diversos puntos a la vez, a lo que denominaban *aggredi urbem corona*. Así se apoderó Escipión de Cartago Nova, en España. Si se rechaza este primer asalto, con dificultad se toma la plaza a viva fuerza.

»Aun en el caso de apoderarse de las murallas los enemigos y penetrar en el interior de la ciudad, todavía tienen los habitantes medios de defensa, si no se acobardan, pues muchos ejércitos, después de entrar en una plaza, han sido rechazados con grandes pérdidas. Los medios consisten en defenderse desde los sitios elevados y combatir al enemigo desde lo alto de las torres y de las casas. Los recursos de los asaltantes contra este peligro, son: uno, abrir las puertas de la ciudad para que escapen por ellas los habitantes, quienes de seguro aprovecharán la ocasión de huir; otro, hacer correr la voz de que sólo se perseguirá a los que estén con las armas en la mano y que se perdonará a los que las arrojen. Esto ha facilitado la conquista de muchas plazas.

»Otro medio de apoderarse sin grandes esfuerzos de una plaza fuerte es atacarla de improviso; lo cual se ejecuta estando distante con el ejército, de modo que no se suponga en ella vuestro propósito de asaltarla o se crea que, por la distancia a que estáis, habrá noticia a tiempo oportuno. En tal caso, si rápida y secretamente lleváis las tropas a dar el asalto, casi siempre alcanzaréis la victoria.

»No me gusta hablar de los sucesos de nuestros tiempos, porque hacerlo de mí y de los míos ofrece inconvenientes, y de los demás no sabría qué decir. Sin embargo, a este propósito debo presentar el ejemplo de César Borgia, llamado el duque Valentino, que, estando en Nocera con su ejército, fingiendo ir a castigar a Camerino, volvió de pronto hacia Urbino y ocupó en un día, sin esfuerzo alguno, un Estado que cualquier otro no hubiese conquistado sino después de mucho tiempo y con grandes gastos.

»Los sitiados deben también guardarse de las asechanzas y engaños del enemigo, y no fiarse de lo que le vean hacer de continuo, sospechando siempre que lo haga por sorprenderlos después con un cambio que les sea funesto. Sitiando una plaza Domicio Calvino, tomó por costumbre rodear diariamente las fortificaciones con numerosa parte de su ejército. Llegaron a creer los habitantes que lo hacía por ejercicio y descuidaron la vigilancia de las guardias. Advirtió Domicio el descuido, dio el asalto y tomó la plaza.

»Al saber algunos generales que los sitiados esperaban refuerzos, han hecho vestir a sus soldados el uniforme de los enemigos, y, entrando en la plaza con este disfraz, se han apoderado de ella.

»El ateniense Cimón incendió un templo que estaba fuera de una plaza fuerte. Acudieron los habitantes de ésta a apagarlo, y Cimón aprovechó su ausencia para apoderarse de la plaza. Otros generales han muerto a los merodeadores de una fortaleza sitiada, y, vistiendo con sus trajes a algunos soldados, lograron con este ardid que les abriesen las puertas.

»Los generales antiguos emplearon diversos medios para alejar las guarniciones de las plazas que querían tomar. Estando en África Escipión, y deseando apoderarse de algunos castillos donde tenían guarnición los cartagineses, fingió muchas veces querer asaltarlos y abstenerse de ello y aun alejarse por temor de un fracaso. Creyó Aníbal cierto lo que era fingido y, para perseguirlo con más fuerzas y poder vencerle más fácilmente, sacó todas las guarniciones de los castillos. Cuando Escipión lo supo, ordenó inmediatamente a Masinisa que se apoderara de ellos. Guerreando Pirro en la Eslavonia, sitió la capital, defendida por numerosa guarnición, y, fingiendo no poder tomarla,

dirigiose a otras poblaciones. Parte de la guarnición de la capital acudió a socorrerlas, y entonces le fue fácil apoderarse de ella.

»Para tomar una plaza fuerte se ha empleado muchas veces el recurso de envenenar las aguas y variar el curso de los ríos; pero en rara ocasión ha producido resultados. Alguna vez se ha conseguido que los sitiados se rindan haciéndoles saber una victoria alcanzada por los enemigos, o que éstos reciben refuerzos. También en la Antigüedad fueron ocupadas varias plazas por traición, ganando en su favor algunos habitantes, y en este punto emplearon diversos procedimientos; unos enviaron como emisario un fugitivo para que adquiriera autoridad y crédito entre los sitiados y lo emplease en favor de los sitiadores, dándoles a conocer la posición de las guardias y facilitándoles así la toma de la plaza; otros, con diferentes pretextos, han impedido con carros o maderos cerrar las puertas, dando así entrada al enemigo. Aníbal persuadió a uno para que le entregase un castillo de los romanos, para lo cual fingió este que salía de caza de noche por temer de día al enemigo, y al volver de la caza entraron con él algunos soldados que mataron a los guardias y entregaron la puerta a los cartagineses.

»Un medio de engañar a los sitiados es el de retirarse, cuando hacen salidas de la plaza, a fin de alejarlos de ella. Muchos generales, entre ellos Aníbal, hasta les han dejado ocupar el campamento para poder cortarles la retirada y tomar la población. También se les engaña fingiendo levantar el sitio, como hizo el ateniense Formión, quien, después de arrasar la comarca de Calcis, recibió embajadores de esta plaza, les dio las mayores seguridades, les hizo toda clase de promesas, y, aprovechando su ciega confianza, se hizo dueño de la población.

»Deben los sitiados vigilar cuidadosamente a los sospechosos que vivan entre ellos, pero muchas veces se les atrae mejor con beneficios que con castigos. Supo Marcelo que Lucio Brancio, de Nola, se inclinaba a favorecer a Aníbal, y le trató tan bondadosa y generosamente que, de enemigo, lo convirtió en el mejor amigo de los romanos.

»Más cuidadosos deben ser los sitiados con las guardias cuando el enemigo está distante que cuando está próximo; como también deben custodiar mejor los sitios por donde crean más difícil el ataque, porque se han perdido muchas plazas a causa de asaltarlas el enemigo por los puntos donde menos lo esperaban. Este error nace de dos causas: o de ser el sitio fuerte y creerlo inaccesible, o porque el enemigo finge atacar por un punto con gran estrépito y da por otro silenciosamente el verdadero asalto. Cuiden, pues, con grande atención los sitiados de evitar ambos peligros y a todas horas, especialmente de noche, tener vigilantes guardias en las murallas, no sólo de hombres, sino también de perros fieros y ágiles para que de lejos olfateen al enemigo y con sus ladridos lo descubran. No sólo los perros, sino los gansos han salvado una ciudad, como ocurrió en Roma cuando los galos sitiaban el Capitolio. Durante el sitio de Atenas por los espartanos, para ver Alcibíades si vigilaban los centinelas, ordenó, bajo penas severas, que cada vez que levantara una luz durante la noche, elevaran otra cada uno de ellos. El ateniense Ifícrates mató a un centinela que dormía, diciendo que lo dejaba tal como lo había encontrado.

»Los sitiados se valen de diferentes medios para enviar avisos a sus partidarios. No

mandándolos verbalmente, los escriben en cifra y los esconden de diferentes modos. Las cifras están convenidas entre los que se corresponden con ellas y la manera de ocultarlas varía según hemos dicho. Unos han guardado las cartas en la vaina de la espada, otros, dentro de un pan crudo y cocido después dándoselo al portador como comida para el viaje. Algunos las meten en los sitios más recónditos del cuerpo humano; otros, en el collar de un perro que acompañe al mensajero; otros han escrito en una carta cosas insignificantes, y después, entre líneas, con un líquido especial que, mojado o calentado el papel, aparecen las letras. Ésta es una invención astutamente empleada en nuestros tiempos. Queriendo algunos comunicar secretos a sus amigos convecinos, y no fiándose de nadie, hacían poner en las puertas de las iglesias cédulas de comunión escritas en la forma ordinaria e interlineadas, como antes he dicho. Conocíanse por una contraseña los que debían enterarse, las quitaban y las leían. Este medio es el más seguro y de menos peligro, porque ni el encargado de poner el escrito en las iglesias sabe lo que lleva.

»Son numerosos los recursos de esta índole que cada cual puede inventar y practicar. Por lo demás, es mucho más fácil escribir desde fuera a los sitiados que éstos a sus partidarios, pues sólo pueden enviar sus cartas con alguno que se finja fugitivo de la plaza, medio de dudosa eficacia y no exento de peligro si el enemigo es cauteloso y vigilante. Los que escriben desde fuera pueden, al contrario, conseguir con diferentes pretextos que el mensajero entre en el campo de los sitiadores, y desde allí tendrá más de una ocasión favorable para penetrar en la plaza.

»Hablemos ahora del actual sistema de ataque de las plazas fuertes. Si sois atacados en una que no tenga fosos interiores, como antes expliqué, para impedir que el enemigo entre por la brecha que la artillería abra en la muralla (porque es inevitable la rotura del muro con los proyectiles), se necesita, mientras la artillería bate la muralla, abrir un foso por detrás de la parte batida, foso que tendrá, por lo menos, treinta brazos de ancho, y la tierra que de él se saque ponerla entre el foso y la población formando parapeto, que sirve para que el foso resulte más profundo. Es preciso empezar este trabajo con tiempo oportuno para que, al caer la parte de muralla batida, tenga el foso por lo menos cinco o seis brazos de profundidad, e importa, mientras se ahonda, cerrarlo por cada lado con una casamata. Si la muralla es bastante resistente para dar tiempo a hacer el foso, resulta más fuerte la plaza por la parte de la brecha que por las demás, porque el reparo tiene la forma que he recomendado al hablar del foso interior.

»Pero si la muralla es débil y no da tiempo a hacer el foso, es indispensable demostrar el mayor valor, oponiéndose con todas las fuerzas disponibles al asalto por la brecha. Esta manera de atrincherarse detrás de las murallas la practicaron los pisanos cuando sitiasteis su ciudad, porque la resistencia de las murallas les daba tiempo para construir los atrincheramientos y la dureza del terreno facilitaba su construcción. Sin estas dos ventajas, estaban perdidos. Será, pues, una precaución utilísima hacer los fosos por el interior de los muros y en toda su extensión, como recomendamos anteriormente, porque en este caso se espera al enemigo descansado y con plena seguridad.

»Tomábanse en la Antigüedad muchas fortalezas por medio de minas, de dos modos: o haciendo secretamente una excavación hasta el interior de la ciudad y entrando

por ella, que es como los romanos se apoderaron de Veyes, o minando las murallas para derribarlas. Este último procedimiento es el preferible, y ocasiona que las ciudades erigidas en las alturas sean débiles por la facilidad de minarlas. Poniendo en las minas pólvora, la explosión no sólo arruina una parte de la muralla, sino que agrieta la montaña y derrumba las fortificaciones por varios puntos. Para impedir esto se construyen las fortalezas en el llano, y los fosos que las rodean se profundizan hasta que el enemigo no pueda pasar con las minas por debajo de ellos sin encontrar agua. Éste es el mejor obstáculo a las minas.

»Si la plaza defendida está en una altura, el remedio a las minas es hacer dentro de ella pozos profundos, con los cuales se inutilizan. También son útiles las contraminas cuando se conoce precisamente el sitio de la mina. Este recurso es excelente, pero resulta difícil descubrir el punto por donde va la mina si el enemigo es cauto al hacerla.

»Procurarán, sobre todo, los sitiados no dejarse sorprender durante el descanso, como después de un asalto o al terminar las guardias, es decir, al amanecer y al anochecer, y especialmente a la hora de comer, porque en estos momentos han sido asaltadas muchas plazas, y también los sitiados han destruido no pocos ejércitos sitiadores. Preciso, es, pues, que unos y otros estén constantemente en guardia y tengan sobre las armas una parte de sus tropas.

»Debo advertir que lo que dificulta la defensa de una plaza fuerte o de un campamento es la necesidad de tener desunidas las fuerzas de los defensores, porque pudiendo el enemigo escoger a su gusto el punto de ataque, preciso es que todos estén custodiados, y, mientras aquél ataca con toda su fuerza, el defensor le resiste con parte de la suya. Además, el sitiado puede ser completamente vencido, mientras el sitiador sólo es rechazado, por lo cual muchas veces los sitiados en una plaza o en un campamento han preferido, aun siendo inferiores en fuerzas, salir a campo raso y combatir y vencer al enemigo. Esto hizo Marcelo en Nola y César en las Galias. Al ver sus campamentos sitiados por gran número de galos y comprender la imposibilidad de defenderlos (por necesitar subdividir sus fuerzas para atender a todos los puntos de ataque y no poder emplearlas unidas en una impetuosa agresión), abrieron uno de los lados, sacaron por él todas sus tropas y acometieron tan valerosamente a los sitiadores, que los rechazaron y derrotaron.

»La constancia en los sitiados infunde también muchas veces desesperación y temor entre los sitiadores. Cuando Pompeyo estaba frente a César en Tesalia, las tropas de éste sufrían hambre, y alguno llevó a Pompeyo un pan de los que servían de alimento, quien, al verlo hecho de hierba, ordenó que no se enseñara a sus soldados, para que no les asustara la idea de la clase de enemigos con quienes habían de combatir. Lo que más honró a los romanos en la guerra contra Aníbal fue su constancia, pues ni aun en los momentos de serles más contraria la fortuna pidieron la paz ni dieron indicio alguno de temor. En prueba de ello, cuando estaba Aníbal en las inmediaciones de Roma, se vendían las tierras donde había situado su campamento en más precio del que valían en las épocas ordinarias. Tanta fue su obstinación, que, sitiando a Capua, mientras Aníbal sitiaba a Roma, no quisieron levantar el asedio de aquella plaza para defender su

ciudad.[40]

»Os he hablado de muchas cosas que seguramente conocíais por vuestros propios estudios; lo he hecho, como ya os lo anuncié, para demostrar mejor con ellas las condiciones de las reformas en el arte militar y para que utilicen estas observaciones quienes no tengan los medios de instrucción que vosotros. Réstame sólo dar algunas reglas que nunca deben olvidarse.[41] Son las siguientes:

»Cuanto aprovecha al enemigo os perjudica, y viceversa.

»El que atienda más en la guerra a vigilar los intentos del enemigo y sea más constante en adiestrar su ejército, incurrirá en menos peligros, y con mejor fundamento esperará la victoria.

»No llevéis jamás vuestras tropas al combate sino después de averiguar sus disposiciones y comprender que van sin miedo y bien organizadas. No las comprometáis en una acción sino cuando tengan la esperanza de vencer.

»Vale más vencer al enemigo por hambre que con las armas: el éxito de éstas depende más de la fortuna que del valor.

»Las mejores resoluciones son las que permanecen ocultas al enemigo hasta el momento de ejecutarlas.

»Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar.

»La naturaleza hace menos hombres valientes que la educación y el ejercicio.

»En la guerra, vale más la disciplina que la impetuosidad.

»Los que se pasan del campo contrario al vuestro, si permanecen fieles, son una gran conquista, porque la fuerza del enemigo disminuye más por la pérdida de los que huyen que por la de los que mueren, aunque el nombre de tránsfuga sea sospechoso entre quienes le reciben y odioso para los que deja.

»Cuando se ordena un ejército en batalla, vale más tener detrás de la primera línea bastantes reservas, que desparramar las tropas por aumentar el frente de combate.

»Difícilmente es vencido quien sabe conocer su fuerza y la del enemigo.

»Respecto a los soldados, vale más el valor que el número, y a veces aprovecha más la posición favorable que el valor.

»Las cosas nuevas y repentinas asustan a los ejércitos; las ordinarias y lentas se estiman poco. Cuando el enemigo es nuevo, conviene que vuestras tropas lo conozcan por medio de algunas escaramuzas antes de empeñar una batalla decisiva.

»El que persiga desordenadamente al enemigo, después de derrotado, es porque quiere convertirse de victorioso en vencido.

»Quien no prepare las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear.

»Es preciso escoger el campo de batalla según se tenga más confianza en la caballería que en la infantería, o viceversa.

»Cuando quieras saber si ha penetrado algún espía en el campamento, ordena entrar a todos en sus tiendas.

»Cambia tus disposiciones cuando adviertas que el enemigo las ha previsto.

»Aconséjate de muchos respecto a lo que debes hacer, y de pocos en lo que quieres hacer.

»El orden en los ejércitos se mantiene durante la paz con el temor y el castigo, y en la guerra, con la esperanza y los premios.

»Los buenos generales sólo entablan batallas cuando la necesidad les obliga o la ocasión los llama.

»Procurad que el enemigo no sepa vuestro orden de batalla, y cualquiera que éste sea, haced que la primera línea pueda refugiarse en la segunda y ésta en la tercera.

»Durante la lucha, no ordenéis a un batallón otra cosa que aquello a que está destinado, porque esto produce incertidumbre y desorden.

»Los accidentes imprevistos se remedian con dificultad; los previstos, fácilmente.

»Los hombres, las armas, el dinero y el pan, son el nervio de la guerra;[42] pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados.

»El rico desarmado es la recompensa del soldado pobre.

»Acostumbrad a vuestros soldados a despreciar las comidas delicadas y los trajes lujosos.

»Tales son las máximas generales que me ocurre recordaros. Hubiera podido dar más desarrollo a estas explicaciones hablándoos de los diferentes modos de organizar los ejércitos en la Antigüedad, de la manera de vestirlos y de las cosas en que les ejercitaban, y añadir muchos detalles que no he juzgado necesario narrar, porque los sabréis sin que yo os lo diga, y porque mi propósito no era explicar la organización de los ejércitos antiguos, sino la manera de tener ahora milicias mucho mejores que las que se usan; por eso no he hablado de las instituciones antiguas más que lo necesario para explicar las que propongo.

»Sé que pudiera haber dicho algo más acerca de la caballería y después hablar de la guerra marítima, porque los que definen la milicia dicen que es un ejército de mar y tierra, de a pie y a caballo. De la marítima nada me atreveré a decir, porque no la conozco: dejaremos esta misión a genoveses y venecianos que, estudiando y aplicando este género de guerra, han hecho desde pasados tiempos grandes cosas. De la caballería no he de añadir nada a lo dicho, porque es el arma que necesita menos reformas. Además, cuando está bien organizada la infantería, que es el nervio del ejército, por necesidad hay buena caballería. Sólo recordaré a quien organice una milicia de gente de su país que, para tener abundancia de caballos, tome dos determinaciones: una, distribuir en sus dominios caballos de buena raza, y acostumbrar a sus súbditos a la compra de potros, como se hace ahora de ganado vacuno y mular; y otra, para procurar compradores, prohibir tener mulas a los que no tengan caballos, de modo que quien quiera poseer una sola cabalgadura, sea ésta por precisión un caballo, y, además. que nadie pueda usar vestidos de seda sin tener caballo. Creo que estas medidas las ha puesto en práctica un príncipe contemporáneo nuestro, consiguiendo organizar en poco tiempo excelente caballería. En lo demás que a esta arma se refiere, me atengo a lo dicho y a lo que hoy se practica.

»¿Deseáis saber ahora las cualidades necesarias a un buen general? Pues satisfaré

vuestro deseo en breves palabras. No elegiría para este cargo sino al que supiese practicar cuanto he explicado, y aun esto no bastaría, necesitando además inventar recursos oportunos, porque sin inventiva nadie puede llegar a ser grande hombre en su profesión, y si la invención honra en todas las cosas, en el arte militar es honrosísima; tanto, que los escritores celebran hasta inventos de poca monta, como se ve que alaban a Alejandro Magno que, para levantar el campo rápidamente, no daba la señal con las trompetas, sino poniendo un gorro sobre una lanza. Asimismo se le alaba por haber ordenado a sus soldados que, al atacar el enemigo, arrodillasen la pierna izquierda para contener con mayor seguridad su empuje, y, alcanzada la victoria por este medio, tanto se le elogió, que todas las estatuas elevadas en su honor se ponían en esta actitud.

»Como ya es tiempo de terminar estas explicaciones, volveré al punto de partida, evitando así la pena que en esta tierra se impone a los que se van y no vuelven.

»Recordaréis, Cosme, haberme dicho que siendo yo tan grande admirador de la Antigüedad y censurando tan acerbamente a los que en las cosas serias no la imitaban, ignorabais el motivo por qué no lo había hecho yo en cuanto concierne al arte de la guerra, que ha sido siempre mi principal ocupación, a lo cual respondí que cuando los hombres quieren realizar una cosa deben empezar por aprender a hacerla para ejecutarla cuando la ocasión lo permita.[43] Dejo a vuestra consideración, después de lo que me habéis oído sobre esta materia, decidir si soy o no capaz de reorganizar un ejército a la manera que lo tenían los antiguos; ya habréis conocido lo mucho que he meditado este asunto, y supongo que imaginaréis el deseo que tengo de realizarlo. Fácilmente comprenderéis si he tenido medios y ocasión;[44] pero a fin de no dejar duda alguna, y para mi completa justificación, diré cuáles son éstas y cumpliré así mi promesa de demostraros las probabilidades y los obstáculos de dicha reforma en los tiempos actuales.

»De todas las instituciones humanas, las militares son las que más se prestan a restablecer las reglas antiguas, pero sólo por príncipes de Estados tan importantes que puedan poner sobre las armas quince o veinte mil jóvenes. Por otra parte, ninguna reforma es más difícil a los que no pueden reunir tales fuerzas.[45] Para que entendáis mejor mi pensamiento, os diré que los generales llegan por dos caminos a ser famosos: unos han realizado grandes cosas con tropas organizadas y disciplinadas, como la mayoría de los generales romanos, y de otros países que mandaron ejércitos, sin más trabajo que el de mantener la disciplina y guiarlos con acierto; otros, antes de ir contra el enemigo, se han visto precisados a organizar y disciplinar las tropas que habían de llevar a sus órdenes, y éstos son dignos, sin duda, de mayor alabanza que los autores de grandes empresas con ejércitos anteriormente formados y organizados. Entre los que han tenido que formar sus ejércitos cabe citar a Pelópidas, Epaminondas, Tulio Ostilio, Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, Ciro, rey de Persia, y el romano Sempronio Graco. Todos estos viéronse obligados a formar el ejército antes de combatir con él; todos pudieron organizarlo no sólo por sus excelentes dotes, sino por tener súbditos en número suficiente para ejecutar sus designios. Por grande que fuera su talento y habilidad, jamás hubieran conseguido buen éxito en un país extranjero, lleno de hombres corrompidos, no acostumbrados a ninguna honrada obediencia, ni a nada digno de alabanza.

»No basta hoy en Italia saber mandar un ejército organizado; es necesario, primero, saberlo hacer y después, saberlo mandar. Esto sólo es posible a los soberanos de extensos Estados y numerosos súbditos; no a mí, que siempre he mandado y mandaré soldados sometidos a un poder extranjero e independientes de mi voluntad. Dejo a vuestra consideración si me es posible plantear las reformas de que os he hablado. ¿Cómo podría obligar a los soldados de hoy a llevar otras armas de las que usan, y además de las armas, víveres para dos o tres días y las herramientas de zapador? ¿Me sería posible hacerles zapar, o tenerlos durante algunas horas diariamente ocupados en ejercicios y simulacros, necesarios para instruirlos y que sean útiles en la guerra? ¿Cuándo se abstendrían del juego, la lascivia, las blasfemias y la insolencia a que están acostumbrados? ¿Cuándo podría obligarles a tanta disciplina y a tanta obediencia y respeto que un árbol cargado de fruto, en medio de un campamento, lo dejaran como lo encuentran, según se lee que sucedió muchas veces en los ejércitos antiguos? ¿Qué puedo yo prometerles? ¿Por qué motivo me han de amar y respetar o temer cuando, terminada la guerra, nada tienen que ver conmigo? ¿Cómo he de avergonzar a los que han nacido y se han educado sin idea del honor? ¿Por qué me habían de respetar, si no me conocen? ¿Por qué dioses o santos les haría jurar, por los que adoran o por los que son objeto de sus blasfemias? Yo no sé si adoran a alguno, pero sí sé que blasfeman de todos. ¿Cómo he de creer que cumplan las promesas hechas a los que a todas horas desprecian? ¿Es posible que los que maldicen hasta de Dios respeten a los hombres? En tal estado de cosas, ¿qué reformas saludables pueden plantearse?

»Si alegáis que los suizos y los españoles tienen buenos ejércitos, confesaré que, desde hace largo tiempo, son mejores que los italianos; pero, recordando mis doctrinas y su modo de proceder, veréis que les faltan muchas cosas para lograr la perfección de los antiguos. Los suizos han llegado a ser naturalmente buenos soldados por las razones que di al principio de esta conversación, y los españoles lo son por necesidad, pues militando en país extranjero y obligados a vencer o morir, por no tener retirada posible, necesariamente han conseguido ser buenos soldados. Pero la superioridad de las tropas de ambos pueblos no llega ni con mucho a la perfección, siendo sólo recomendables por haberse acostumbrado a esperar al enemigo hasta la punta de las picas o de las espadas, y lo que no saben sería difícil enseñárselo, sobre todo a quien ignora su lengua.

»Pero vengamos a los italianos. Gobernados por príncipes ignorantes, no han podido adoptar ninguna buena institución militar, y no obligándoles, como a los españoles, la necesidad, tampoco han sabido organizarse por sí mismos, llegando a ser vituperio del mundo. De esta situación no tienen los pueblos la culpa, sino los príncipes, quienes han sido severamente castigados y sufrido la justa pena que su ignorancia merecía, perdiendo con ignominia sus Estados sin dar la menor muestra de valor. ¿Queréis saber si lo que digo es cierto? Recordad las guerras habidas en Italia desde la venida del rey Carlos VIII de Francia hasta el día.[46] Las guerras suelen hacer a los hombres bravos y famosos, y las nuestras, cuanto mayores y más sangrientas, tanto más han servido para que pierdan la fama el ejército y sus jefes. Esto es forzosa consecuencia de que nuestra organización militar, ni era, ni es buena, y de que nadie ha sabido introducir en ella las reformas

modernas. No creáis posible que las tropas italianas adquieran reputación sino por los medios que he propuesto y por la voluntad de los soberanos de los grandes Estados de Italia, porque la nueva organización militar exige que los soldados sean hombres sencillos, rudos y obedientes a vuestras leyes, y no malvados, vagabundos y extranjeros. Ningún buen escultor hará una bella estatua de un trozo de mármol mal esbozado, sino de un pedazo en bruto.

»Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba a una persona de su condición aprender a redactar una hábil respuesta, a escribir una bella carta, o mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión, saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar a los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar a sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregados al ocio corruptor, conceder por favor los empleos militares, despreciar a quien les diera algún consejo saludable y pretender que sus palabras se tomasen como respuestas de oráculos. No comprendían los desgraciados que se preparaban a ser víctimas del primero que les acometiera. Ésta fue la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las sorprendentes pérdidas que empezaron en 1494.[47] De esta suerte, los tres más poderosos Estados que había en Italia han sido repetidas veces saqueados y devastados.[48]

»Pero lo más lamentable es que los príncipes que nos quedan viven con el mismo desorden y persisten en iguales errores, sin tener en cuenta que, en la Antigüedad, los que querían conservar sus Estados practicaban y hacían practicar todas las cosas de que me he ocupado en este diálogo, y educaban su cuerpo para resistir las fatigas, y su ánimo para no temer los peligros. Alejandro, César y todos los grandes hombres y famosos príncipes de pasados tiempos, combatían en las primeras filas, caminaban armados a pie y, si perdían sus Estados, era perdiendo también la vida, viviendo y muriendo dignamente. Podrá censurarse en todos o en algunos de ellos sobrada ambición de dominar, pero no que se entregaran a la molicie ni a cosa alguna de las que enervan y degradan a los hombres. Si nuestros príncipes leyeran y creyeran estas cosas, seguramente cambiarían de vida, y sus Estados, de fortuna.[49]

»Al principio de nuestro diálogo os quejabais de vuestra milicia. Si hubiese sido organizada conforme a las reglas que he explicado, y a pesar de ello no diera resultado satisfactorio, tendríais razón para quejaros; pero no estando ordenada y ejercitada como he dicho, vuestra milicia es la que tiene derecho a quejarse de vosotros, que habéis hecho de ella un mal boceto en vez de una figura perfecta.[50]

»Los venecianos y el duque de Ferrara empezaron, pero no continuaron, esta reforma por culpa suya y no de sus soldados. Aseguro que el primer príncipe de Italia que la realice, llegará a ser antes que ningún otro señor de toda esta tierra,[51] siendo su Estado lo que fue Macedonia en el reinado de Filipo, quien aprendió del tebano Epaminondas la manera de organizar los ejércitos y, formando y disciplinando los suyos, mientras Grecia vivía ociosamente ocupada en recitar comedias, llegó a ser tan poderoso que en pocos años la conquistó completamente, y dejó a su hijo Alejandro el fundamento

para dominar todo el mundo. El que desprecia estas ideas, si es príncipe, desprecia su Estado; si ciudadano, su patria.

»En cuanto a mí, me quejo del destino, que no debió hacerme saber estas importantes máximas sin darme los medios de realizarlas. Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello os las he explicado ampliamente para que, jóvenes como sois y de elevada posición social, podáis, si os parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de vuestros príncipes para recomendárselas y ayudarles a plantearlas. No temáis ni os desalentéis; esta tierra de Italia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la poesía, la pintura y la escultura. No puedo alimentar, en lo que a mí atañe, tales esperanzas por mi avanzada edad. De haberme dado la fortuna en tiempo oportuno la posición necesaria para realizar tan grande empresa, creo que en brevísimo tiempo hubiera probado al mundo cuánto valen las instituciones antiguas, y ensanchado mis dominios gloriosamente o sucumbido sin deshonra.[52]

---

40 Aquí termina el capítulo VII en cuanto se considera el asedio y la expugnación de ciudades y se inicia una parte final en la que Maquiavelo emprenderá reflexiones de carácter más general.

41 Maquiavelo enumera aquí una serie de reglas que provienen de Vegecio, *Compendio de técnica militar* [trad. de David Paniagua Aguilar], Madrid, Cátedra, 2006. Una enumeración similar, aunque extraída de Diógenes Laercio, escribe en los pasajes finales de la *Vida de Castruccio Castracani*.

42 Este tema Maquiavelo lo desarrolla en *Discursos*, II, X, cuyo título es *El dinero no es el nervio de la guerra, como generalmente se cree*.

43 Colonna retoma aquí la cuestión de Cosme acerca de por qué no había sido capaz de imitar la acción de los antiguos. Colonna se había justificado al defender que no había disfrutado de una ocasión benévola que le permitiera introducir esa forma antigua. Por este motivo, se puede considerar todo el tratado como una reflexión sobre la ocasión. Rinaldi considera que este contraste entre la perfección absoluta de los modelos antiguos y la incierta posibilidad de imitarlos es una contradicción que atraviesa todo el discurso de Fabrizio-Maquiavelo.

44 Es decir, Fabrizio no la tenido ocasión. Sin embargo, deja en el aire el motivo exacto por el que no ha podido hacerlo. Hay que tener en cuenta que uno de los principios básicos sobre los que se construye gran parte del pensamiento histórico de Maquiavelo descansa sobre la ilimitada posibilidad de imitar el pasado.

45 Según lo afirmado, parecería que la imposibilidad de reclutar a ese número de jóvenes sería entonces la ocasión de la que Colonna no ha disfrutado para reintroducir los hábitos militares antiguos.

46 Carlos VIII de Francia es el desencadenante de la ruina política de la península italiana, que pasaría a depender durante todo el siglo XVI de los ejércitos de naciones extranjeras.

47 En esta fecha se produce la invasión del mencionado Carlos VIII.

48 Estos tres Estados serían Milán, Venecia y Florencia.

49 Maquiavelo tiene una gran confianza en que la lectura de sus obras, sobre todo si la realizan políticos influyentes, puede facilitar soluciones para problemas políticos, *Discursos*, I, Prólogo: «[…] a fin de que quienes lean estos discursos míos puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse».

50 Cuando el modelo no es ni siquiera apropiado, no se puede culpar a la institución sino a aquel que no ha sido capaz de darle forma adecuada. Una vez adquirida esta forma, ya el problema estribaría en la dificultad de ejecutarla.

51 Rinaldi considera que existe un gran contraste entre el capítulo final del *El príncipe*, glorioso y confiado, y éste, mucho más «amargo» y «tímido». Sin embargo, por mucho que el tono sea diferente,

Maquiavelo sigue considerando la posibilidad, cuando verosímilmente ya ha muerto Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, de un príncipe panitálico que de hecho es comparado con una figura como la de Filipo de Macedonia.

52 El final de la obra cierra con esta reflexión sobre la ocasión, que se trata del concepto vehicular de este texto. Por fin, aparece la fortuna, que asociada al concepto de ocasión, tiene en la obra de Maquiavelo un papel intermedio. Aunque pudiera parecer que, por la frustración que muestra Fabrizio Colonna, nos encontraríamos ante un concepto dominador de la fortuna, hay que tener en cuenta que, sin ocasión propicia para reformar el ejército, Colonna ha llegado a ser uno de los grandes militares de su tiempo. La fortuna aquí es la poseedora de los logros más elevados, pero sin ella también se pueden alcanzar éxitos si bien menores. Es interesante cómo la escritura se entiende como una especie de depósito de la virtud: la obra se deja escrita con la virtud preparada para que pueda recogerla aquel que disponga de ocasión. También asociada a los conceptos de fortuna-ocasión, una idea parecida sobre la vida intelectual y, en particular, la escritura de libros se encuentra en *Discursos*, II, Prólogo: «[…] para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse a imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les dan ocasión a ello».

DISCURSOS SOBRE
LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO

Traducción de

LUIS NAVARRO

Notas de

MIGUEL SARALEGUI

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la edición *Opere*, Florencia, Tipografia Cenniniana, 1873, L. Passerini y Pietro Fanfani editores.

La densidad de los *Discursos* requiere de la ayuda de las mejores ediciones y comentarios, a los que se harán las referencias necesarias. Los comentarios que se citarán son cinco: el realizado por el contemporáneo y correspondiente de Maquiavelo, F. Guicciardini, y los mucho más recientes llevados a cabo por H. Mansfield, G. Inglese, R. Rinaldi y F. Bausi (los comentarios de estos tres últimos se efectúan sobre ediciones del texto). Siempre que se cite el apellido de estos autores se entenderá que las referencias son *ad locum*, es decir, que los autores citados comentan el pasaje siguiendo el mismo orden que Maquiavelo. Las ediciones utilizadas son las siguientes: F. Guicciardini, *Considerazioni sui «Discorsi» del Machiavelli en Opere* I [ed. de E. Lugnani Scarano], Turín, Utet, 1970 (en adelante, Guicciardini); H. Mansfield Jr, *Maquiavelo y los principios de la política moderna. Un estudio de los «Discursos sobre Tito Livio»* [trad. de S. Mastrangelo], México DF, FCE, 1983 [1979] (en adelante, Mansfield); N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* [introducción de G. Sasso y notas de G. Inglese], Milán, BUR, 1996 (en adelante, Inglese); N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, Dell'arte della guerra e altre opere* [ed. de R. Rinaldi], Turín, Utet, 1999 (en adelante, Rinaldi); N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* [ed. de F. Bausi], Roma, Edizione Nazionale delle Opere, Salerno Editrice, 2001 (en adelante, Bausi). En los casos en que se haga referencia a cualquier otra obra, aparecerá en nota la referencia completa.

NICOLÁS MAQUIAVELO[1] A ZANOBI BUONDELMONTI Y COSME RUCELLAI[2]

Salud

Os envío un regalo que, si no corresponde a mis obligaciones con vosotros, es el mejor que puede haceros Nicolás Maquiavelo, pues en él he expresado cuanto sé y aprendí en larga práctica y continua enseñanza de las cosas del mundo.[3] No pudiendo desear más de mí, ni vosotros ni ningún otro, tampoco os quejaréis de que no os dé más.

Podrá muy bien suceder que os desagrade la pobreza de mi ingenio cuando estas narraciones mías sean pobres y lo falaz del juicio cuando al discurrir en muchos puntos me engañe. A decir verdad, no sé quién está más obligado, yo a vosotros, que me habéis forzado a escribir lo que por mi propia iniciativa jamás hubiera escrito, o vosotros a mí, en caso de que lo hecho no os satisfaga. Aceptad, pues, esto como se aceptan todas las cosas de los amigos, teniendo más en cuenta la intención del que regala que la cosa regalada, y creed que me satisface pensar que, si me equivoqué en muchas circunstancias, no he incurrido en error al preferiros a todos los demás para la dedicatoria de estos discursos míos, tanto porque haciéndolo así paréceme mostrar alguna gratitud por los beneficios recibidos, como por apartarme de la costumbre en los escritores de dedicar sus obras a príncipes,[4] cegándoles la ambición o la avaricia hasta el punto de elogiar en ellos todo género de virtudes, en vez de censurarles todos los vicios.

Para no incurrir en tal error he elegido, no a los que son príncipes, sino a quienes por sus infinitas buenas cualidades merecen serlo; no a los que pueden prodigarme empleos, honores y riquezas, sino a los que quisieran hacerlo si pudiesen; porque los hombres, juzgando sensatamente, deben estimar a los que son, no a los que pueden ser generosos; a los que saben gobernar un reino, no a los que, sin saber, pueden gobernarlo.

Los historiadores elogian más a Hierón de Siracusa cuando era simple ciudadano, que a Perseo de Macedonia cuando era rey, porque para ser príncipe sólo faltaba a Hierón[5] el principado, y Perseo no tenía de rey más que el reino.

Gozad, pues, del bien o del mal que vosotros mismos habéis querido, y si persistís en el error de que mis opiniones os son gratas, continuaré, como os prometí al principio, el examen de esta historia.

Valete.

---

[1] Se hará un breve comentario sobre las ediciones españolas de los *Discursos*. Tras la traducción francesa, la española, realizada por Juan Lorenzo Ottevanti, fue la segunda en aparecer en Medina del Campo editada por Guillermo Milnis en 1552 (con una segunda edición de 1555). Antes de la edición de la traducción de los *Discursos* de Luis Navarro (que aquí se recoge) en *Obras Políticas*, Madrid, Editorial Viuda de Hernando, 1895, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid una traducción manuscrita (Manuscrito 902) de Vélez de León, cuya fecha de redacción se sitúa aproximadamente entre 1680 y 1685. Un comentario sobre estas traducciones en H. Puigdomènech, *Maquiavelo en España*, Madrid, F.U.E., 1988 y, restringida a la de Ottevanti, M. Prades,

«Algunas noticias acerca de un nuevo ejemplar de la primera edición española de los *Discorsi*» en J. M. Forte & P. López, *Maquiavelo y España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

2 Zanobi Buondelmonti (1497-1527) pertenecía al grupo de amigos de Maquiavelo (también aparece como protagonista en el *El arte de la guerra*) y frecuentaba las reuniones de los *Orti Oricellari*, gran centro cultural de la Florencia de fines del siglo XV y comienzos del XVI, que acogió a la Academia Platónica tras la segunda expulsión de los Médicis (1498). Cosimo Rucellai (1494-1519) era, siguiendo la tradición familiar, el principal organizador de estas celebraciones. La fecha de su entierro, 2 de noviembre de 1519, señala el límite temporal antes del cual tuvo que redactarse esta dedicatoria. Aunque Mansfield arriesgadamente ha señalado también que puede considerarse el momento en que pudo comenzar la redacción de la obra.

3 *Cf.* N. Maquiavelo, *El príncipe*, en el presente volumen (en adelante, *El príncipe*), Dedicatoria: «[…] no he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos».

4 Comúnmente se ha interpretado este pasaje como reacción por la desatención a *El príncipe* de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, nieto de Lorenzo el Magnífico.

5 Hierón II, tirano de Siracusa desde 275 hasta 215 a.C. La estima de este personaje se repite en el glorioso capítulo de *El príncipe*, VI, en el que Hierón, en cierta medida, es equiparado con los grandes héroes políticos: Rómulo, Teseo, Moisés y Ciro: «A tan grandes ejemplos deseo añadir otro menor, aunque en cierto modo parangonable a ellos, y que deseo me baste para los demás casos análogos. Se trata de Hierón de Siracusa».

PRÓLOGO

Aunque por la natural envidia de los hombres haya sido siempre tan peligroso descubrir nuevos y originales procedimientos como mares y tierras desconocidos, por ser más fácil y pronta la censura que el aplauso para los actos ajenos, sin embargo, dominándome el deseo que siempre tuve de ejecutar sin consideración alguna lo que juzgo de común beneficio, he determinado entrar por vía que, no seguida por nadie hasta ahora, me será difícil y trabajosa; pero creo que me proporcione la estimación de los que benignamente aprecien mi tarea.

Si la pobreza de mi ingenio, mi escasa experiencia de las cosas presentes y las incompletas noticias de las antiguas hacen esta tentativa defectuosa y no de grande utilidad, al menos enseñaré el camino a alguno que con más talento, instrucción y juicio realice lo que ahora intento, por lo cual, si no consigo elogio, tampoco mereceré censura.[6]

Cuando considero la honra que a la Antigüedad se tributa, y cómo muchas veces, prescindiendo de otros ejemplos, se compra por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo de la casa propia y para que sirva de modelo a los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo;[7] y cuando, por otra parte, veo los famosos hechos que nos ofrece la historia realizados en los reinos y las repúblicas antiguas por reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores, y cuantos al servicio de su patria dedicaban sus esfuerzos, ser más admirados que imitados o de tal manera preferidos por todos que apenas queda rastro de la antigua virtud, no puedo menos que maravillarme y dolerme, sobre todo observando que en las cuestiones y los pleitos entre ciudadanos, o en las enfermedades que las personas sufren, siempre acuden a los preceptos legales o a los remedios que los antiguos practicaban. Porque las leyes civiles no son sino sentencias de los antiguos jurisconsultos que, convertidas en preceptos, enseñan cómo han de juzgar los jurisconsultos modernos, ni la medicina otra cosa que la experiencia de los médicos de la Antigüedad, en la cual fundan los de ahora su saber.

Mas para ordenar las repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el Imperio, no se encuentran ni soberanos, ni repúblicas, ni capitanes ni ciudadanos que acudan a ejemplos de la Antigüedad; lo que en mi opinión procede, no tanto de la debilidad producida por los vicios de nuestra actual religión,[8] ni de los males que el ocio orgulloso ha ocasionado a muchas naciones y ciudades cristianas,[9] como de no tener perfecto conocimiento de la historia o de no comprender, al leerla, su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas.[10]

De aquí nace que a la mayoría de los lectores les agrada enterarse de la variedad de sucesos que narra, sin parar mientes en imitar las grandes acciones,[11] por juzgar la imitación, no sólo difícil, sino imposible; como si el cielo, el sol, los elementos, los

hombres, no tuvieran hoy el mismo orden, movimiento y poder que en la Antigüedad.

Por deseo de apartar a los hombres de este error,[12] he juzgado necesario escribir sobre todos aquellos libros de la historia de Tito Livio que la injuria de los tiempos no ha impedido que lleguen hasta nosotros,[13] lo que acerca de las cosas antiguas y modernas creo necesario para su mejor inteligencia, a fin de que quienes lean estos discursos míos puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse.

Aunque la empresa sea difícil, sin embargo, ayudado por los que me inducen a acometerla, espero llevarla a punto de que a cualquier otro quede breve camino para realizarla por completo.

---

[6] Estos dos primeros párrafos están ausentes de la copia manuscrita sobre la que se han realizado las ediciones críticas de *Discursos* (se trata del Harley 3533 de la British Library de Londres). Sin embargo, están presentes en el único fragmento manuscrito de los *Discursos* redactado por Maquiavelo (Biblioteca Nazionale Centrale, Carte Machiavelli, I, 74). Mientras Inglese (que publica en su edición los dos prólogos) y Rinaldi consideran que el autógrafo se trata de una versión anterior previa que Maquiavelo corrigió (sustituyendo también *religione* por *educatione*, aligerando así la polémica antieclesiástica), Bausi se inclina, aunque no definitivamente, por considerar que se trata de un problema de tradición textual más que a dos elaboraciones del prólogo. En esta edición se opta por mostrar la redacción larga, sobre todo por el privilegio autógrafo, sin establecer un juicio definitivo sobre el porqué de las dos redacciones. Mansfield considera más perfecta y definitiva la «primera» redacción que es la que aquí se publica.

[7] Bausi señala que la referencia a los *Orti Oricellari* es clara por la imponente colección de arte que allí se conservaba.

[8] En el manuscrito londinense, tal como siguen Inglese y Rinaldi, aparece «educación» y no «religión», tal como figura en el autógrafo. Estos editores argumentan que Maquiavelo habría sustituido religión por educación para rebajar la polémica antieclesiástica. Parece pertinente la pregunta que se hace Bausi (pág. 847) y que resta credibilidad a la hipótesis sugerida por Inglese y Rinaldi: ¿por qué Maquiavelo habría quitado aquí religión y al mismo tiempo habría conservado capítulos mucho más polémicos contra la religión cristiana como *Discursos*, I, XII o II, I-II? El que no lo hubiera hecho, demuestra poco probable una revisión tan parcial, limitada al prólogo, por parte de Maquiavelo.

[9] Para un punto de vista diferente en esta misma obra, *cf. Discursos*, I, XII, donde se considera a la Iglesia la principal causa de la ruina de Italia.

[10] Sorprende que el autor considere por un lado que el mundo político se encuentra en ruina por no imitar el pasado pero, sin embargo, reconozca que una de las atribuciones más normalmente aceptadas de la acción política, como es la creación de las leyes civiles, no consista en otra cosa que *las sentencias de los antiguos jurisconsultos*. Inglese ha justificado este parecer por los diferentes principios sobre los que se fundarían la ciencia del Estado y la jurisprudencia. También Rinaldo ha dicho que en el momento en que la política se considera autónoma del derecho se reconoce la inferioridad por la ausencia de imitación.

[11] Rinaldi considera que hay dos tipos de lectura de la historia: la hedonística y la filosófica.

[12] La idea de la identidad del hombre a lo largo de todas las épocas es uno de los principios más constantes del pensamiento maquiaveliano. Esta identidad histórica permite una irrestricta imitación de las grandes gestas políticas del pasado y justifica una imagen de la historia como *magistra vitae*. Según la normalmente aceptada visión de que el Renacimiento creó la sensibilidad histórica, Maquiavelo sería en este punto poco «renacentista», ya que en su esencia todo tiempo histórico es imitable y por lo tanto mantiene un alto grado de identidad. En cualquier caso, la idea de la historia como maestra de vida es clásica y, según Rinaldi, llega al Renacimiento a través de la figura de Coluccio Salutati.

[13] De los 142 libros que componían las historias de Tito Livio sólo han llegado los libros 1-10 y 21-45, aunque se debe tener en cuenta que el tramo 41-45 sólo se descubrió tras la muerte de Maquiavelo.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Cómo empiezan en general las ciudades y cómo empezó Roma

Los que lean cuál fue el principio de la ciudad de Roma, quiénes sus legisladores y el orden que establecieron, no se maravillarán de que hubiera en dicha ciudad tanta virtud durante largos siglos, ni del poder que llegó a alcanzar esta república.

Al hablar de su origen, diré que todas las ciudades son construidas, o por hombres nacidos en las comarcas donde se construyen, o por extranjeros. Ocurre lo primero cuando, dispersos los habitantes en varias pequeñas localidades, ni les ofrecen éstas seguridad por el sitio o por el corto número de defensores contra los ataques del enemigo, ni siquiera pueden reunirse a tiempo cuando éste las invade, y, si lo consiguen, es abandonando muchas de sus viviendas, que son inmediata presa del invasor. A fin de evitar tales peligros, o movidos de propio impulso, o guiados por alguno que entre ellos goza de mayor autoridad, se unen para habitar juntos un sitio elegido de antemano, donde la vida sea más cómoda y más fácil la defensa.

Entre otras ciudades, así se fundaron Atenas y Venecia. Aquélla, por motivos idénticos a los expresados, la edificaron los habitantes dispersos que bajo su autoridad reunió Teseo; ésta por haberse reunido en islotes situados en el extremo del mar Adriático muchos pueblos que huían de las guerras casi continuas que las invasiones de los bárbaros, durante la decadencia del Imperio romano, ocasionaban en Italia. Estos refugiados comenzaron a regirse por las leyes que juzgaban más a propósito para organizar el Estado, sin tener príncipe alguno que los gobernara; y su suerte fue feliz, gracias a la larga paz que la naturaleza del sitio ocupado les permitió gozar, sirviéndoles el mar de barrera, porque los pueblos que asolaban Italia carecían de barcos para acometerles. Así, de tan humilde principio, llegaron a la grandeza en que se encuentran.[14]

El caso segundo de origen de las ciudades es cuando las edifican extranjeros, ya sean hombres libres o dependientes de otros, como sucede con las colonias enviadas, o por una república o por un príncipe, para aliviar sus Estados del exceso de población, o para defensa de comarcas recién conquistadas que quieren conservar sin grandes gastos. Ciudades de este origen fundó muchas el pueblo romano en toda la extensión de su Imperio. A veces las edifica un príncipe, no para habitarlas, sino en recuerdo de su gloria, como Alejandría por Alejandro. Estando estas ciudades desde su fundación privadas de libertad, rara vez ocurre que hagan grandes progresos, ni lleguen a ser contadas entre las principales del reino.[15]

Tal origen tuvo Florencia, fundada, o por los soldados de Sila o por los habitantes de los montes de Fiesole, quienes, confiados en la larga paz que gozó el mundo durante el imperio de Octavio, bajaron a habitar la llanura junto al Arno; pero seguramente edificada durante el Imperio romano, sin que pudiera tener al principio otro

engrandecimiento que el concedido por la voluntad del emperador.[16]

Son libres los fundadores de ciudades, cuando bajo la dirección de un jefe, o sin ella, vense obligados, o por peste, o por hambre, o por guerra, a abandonar su tierra nativa en busca de nueva patria. Éstos, o viven en las ciudades que encuentran en el país conquistado, como hizo Moisés, o las edifican de nuevo, como Eneas. En este último caso es cuando se comprende la virtud del fundador y la fortuna de la fundación, más o menos maravillosa según la mayor o menor habilidad y prudencia de aquél, conociéndose por la elección del sitio y por la naturaleza de las leyes que han de regir.[17]

Los hombres trabajan, o por necesidad o por elección, y se sabe que la virtud tiene mayor imperio donde la elección ocupa menos espacio.[18] De aquí que debieran preferirse, al fundar ciudades, sitios estériles para que los habitantes, obligados a la laboriosidad y no pudiendo estar ociosos, vivieran más unidos, siendo menores, por la pobreza de la localidad, los motivos de discordia. Así sucedió en Ragusa y en muchas otras ciudades edificadas en comarcas de esta clase. Preferir dichas comarcas sería, sin duda, atinado y útil si se contentaran los hombres con vivir de lo suyo y no procurasen mandar en otros.

Pero no siendo posible defenderse de la ambición humana sino siendo poderosos,[19] es indispensable huir de la esterilidad del suelo para fijarse en sitios fertilísimos donde, por la riqueza de la tierra, pueda aumentar la población, rechazar esta a quienes les ataquen y dominar a los que se opongan a su engrandecimiento.

En cuanto al peligro de la holganza que la fertilidad pueda desarrollar, debe procurarse que las leyes obliguen al trabajo, aunque la riqueza de la comarca no lo haga preciso, imitando a los legisladores hábiles y prudentes que, habitando en amenos y fértiles países, aptos para ocasionar la ociosidad e inhábiles para todo virtuoso ejercicio, a fin de evitar los daños que el ocio por la riqueza natural del suelo causara, impusieron la necesidad de penosos ejercicios a los que habían de ser soldados, llegando así a tener mejores tropas que en las comarcas naturalmente ásperas y estériles.

Entre estos legisladores deben citarse los del reino de los egipcios, que, a pesar de ser tierra amenísima, la severidad de las instituciones produjo hombres excelentes, y si la Antigüedad no hubiese borrado su memoria, se vería que eran merecedores de más fama que Alejandro Magno y tantos otros cuyo recuerdo aún vive. Quien estudie el gobierno de los sultanes de Egipto y la organización militar de los mamelucos, antes de que acabara con ellos el sultán Selim, observará el rigor de la disciplina y los penosos ejercicios a que estaban sujetos para evitar la molicie que engendra lo benigno del clima. Digo, pues, que para fundar ciudades, deben elegirse las comarcas fértiles, si por medio de las leyes se reducen a justos límites las consecuencias de la natural riqueza.

Cuando Alejandro Magno quiso edificar una ciudad que perpetuara su fama, se le presentó el arquitecto Dinócrates y le dijo que podía hacerla sobre el monte Athos, el cual, además de ser sitio fuerte, sería dispuesto de modo que la ciudad tuviera forma humana, cosa maravillosa y rara, digna de su grandeza. Preguntole Alejandro de qué vivirían los habitantes, y respondió Dinócrates que no había pensado en ello. Riose

Alejandro, y dejando en paz el monte Athos, edificó Alejandría, donde la fertilidad del país y la comodidad del mar y del Nilo aseguraban la vida de los pobladores.

Si se acepta la opinión de que Eneas fundó Roma, resultará que es de las ciudades edificadas por extranjeros; y si la de que la empezó Rómulo, debe contarse entre las fundadas por los naturales del país. En cualquiera de ambos casos, preciso es reconocer que fue desde el principio libre e independiente,[20] como también, según más adelante diremos, que las leyes de Rómulo, Numa y otros obligaron a severas costumbres, de tal manera, que ni la fertilidad del sitio, ni la comodidad del mar, ni las numerosas victorias, ni la extensión de su Imperio las pudieron corromper en largos siglos, manteniéndolas más puras que las ha habido en ninguna otra república.

Como las empresas de los romanos que Tito Livio celebró las ejecutaron, o por pública o por privada determinación, o dentro o fuera de la ciudad, empezaré a tratar de las interiores y realizadas por el gobierno que considero dignas de especial mención, expresando también sus consecuencias. Estos discursos formarán el primer libro, o sea, la primera parte.[21]

---

[14] Bausi ha señalado especialmente la diferencia entre la imagen positiva que aquí se da de Venecia y la muy negativa que ocupa *Discursos*, I, III-VIII.

[15] Guicciardini considera demasiado rígido el principio general de que el desarrollo y engrandecimiento de la ciudad depende absolutamente del momento inicial de la fundación. De hecho, acepta que Florencia fue fundada de esta manera y que, debilitada la estructura del Imperio, alcanzó su verdadera grandeza. La idea de que la excelencia de Florencia había alcanzado y superado la de Roma era un lugar común del pensamiento florentino. La obra que representa paradigmáticamente este parecer es la de Leonardo Bruni, *Alabanza de la ciudad de Florencia [Laudatio Florentinae urbis]* en *Opere* [ed. de P. Viti], Turín, Utet, 1996. Se pueden leer estos capítulos como un reverso del libro, aunque según Rinaldi los dos mantienen un claro espíritu humanista.

[16] Bausi señala que aquí se presentan las dos hipótesis, la primera formulada por Bruni y la segunda por Poliziano, que tradicionalmente se habían ofrecido para la fundación de Florencia. Este tema se trata más pormenorizadamente en N. Maquiavelo, *Historia de Florencia* [trad. de. F. Fernández Murga], Madrid, Alfaguara, 1979, II, 2, págs. 82-84 (en adelante, *Historia de Florencia*).

[17] Aunque en este capítulo Maquiavelo parece defender que todo el futuro político depende de la primera acción del fundador, esta idea se modificará y se verá como problemática en el siguiente capítulo, donde, influido por Polibio, señala que Roma alcanza la perfección política no por la perfecta acción de un fundador, como en el caso del espartano Licurgo, sino por el modo como el azar (el caso) ordenó la desunión entre la plebe y el Senado.

[18] Se suele considerar esta identificación entre necesidad y virtud como una de las aportaciones características del secretario florentino. Para un desarrollo teórico del concepto de virtud, sin ninguna referencia a la necesidad, *cf*. *Discursos*, II, 1. También se puede encontrar una representación de la necesidad asociada al peligro y no a la virtud en el siguiente capítulo.

[19] Aunque no es seguro que Maquiavelo hubiera leído la *República* de Platón [trad. de C. Eggers Lan], Madrid, Gredos, 1993, 369b, es común la idea de la imposibilidad de crear una sociedad de pura necesidad.

[20] Hay que tener en cuenta que Maquiavelo había afirmado al comienzo del capítulo una distinción entre las ciudades fundadas por los habitantes locales y por extranjeros. Sólo el segundo caso —las ciudades fundadas por extranjeros, que además no eran construidas sólo para la gloria de un príncipe— se unía con el de la

promoción de la libertad. Esta coda final, en la que Roma se asegura la libertad tanto si fue fundada por el local Rómulo como por el foráneo Eneas, obliga a reformular esta distinción inicial. De este modo, aunque aparecen otros problemas con la estructura del capítulo, tanto las repúblicas fundadas por locales como las fundadas por extranjeros, siempre que no se haga por gloria de un príncipe, tendrán abierta la posibilidad de una organización libre.

21 Bausi señala los restos de una estructura tripartita (también presente en el Prólogo de *Discursos*, II y III, I) que se combinaría con la estructura bipartita (los capítulos «sistemáticos», *Discursos*, I, 1-XVIII y el comentario de Tito Livio). Esta estructura tripartita presentaría las siguientes tres ramas: acontecimientos internos por decisión pública (libro I), acontecimientos externos por decisión pública (libro II) y acontecimientos internos y externos por decisión privada (libro III). En el estado como el texto se ha transmitido, esta estructura no es directamente perceptible.

CAPÍTULO II

De cuántas clases son las repúblicas y a cuál de ellas corresponde la romana[22]

Nada quiero decir aquí de las ciudades sometidas desde su origen a poder extranjero. Hablaré de las que se vieron siempre libres de toda exterior servidumbre y se gobernaron a su arbitrio o como repúblicas o como monarquías, las cuales, por su diferente origen, tuvieron también distinta constitución y distintas leyes.[23] Algunas desde el principio, o poco tiempo después, las recibieron de un hombre y de una vez, como las que dio Licurgo a los espartanos; otras, como Roma, las tuvieron en distintas ocasiones, al acaso y según los sucesos.[24]

Puede llamarse feliz una república donde aparece un hombre tan sabio que le da un conjunto de leyes, bajo las cuales cabe vivir seguramente sin necesidad de corregirlas. Esparta observó las suyas más de ochocientos años sin alterarlas y sin sufrir ningún trastorno peligroso. Por el contrario, es desdichada la república que, no sometiéndose a un legislador hábil, necesita reorganizarse por sí misma, y más infeliz cuanto más distante está de una buena constitución, en cuyo caso se encuentran aquellas cuyas viciosas instituciones las separan del camino recto que las llevaría a la perfección, siendo casi imposible que por accidente alguno la consigan.

Las que, si no tienen una constitución perfecta, la fundan con buenos principios capaces de mejorar, pueden, con ayuda de los acontecimientos, llegar a la perfección.[25]

Ciertamente, estas reformas no se consiguen sin peligro, porque jamás la multitud se conforma con nuevas leyes que cambien la constitución de la república, salvo cuando es evidente la necesidad de establecerlas; y como la necesidad no llega sino acompañada del peligro, es cosa fácil que se arruine la república antes de perfeccionar su constitución. Ejemplo de ello es la república de Florencia, que, reorganizada cuando la sublevación de Arezzo en 1502, fue destruida después de la toma de Prato en 1512.[26]

Viniendo, pues, a tratar de la organización que tuvo la república romana y de los sucesos que la perfeccionaron, diré que algunos de los que han escrito de las repúblicas distinguen tres clases de gobierno que llaman monárquico, aristocrático y democrático, y sostienen que los legisladores de un Estado deben preferir el que juzguen más a propósito.

Otros autores, que en opinión de muchos son más sabios, clasifican las formas de gobierno en seis, tres de ellas pésimas y otras tres buenas en sí mismas; pero tan expuestas a corrupción, que llegan a ser perniciosas.[27] Las tres buenas son las antes citadas; las tres malas son degradaciones de ellas, y cada cual es de tal modo semejante a aquella de que procede que fácilmente se pasa de una a otra, porque la monarquía con facilidad se convierte en tiranía; el régimen aristocrático en oligarquía, y el democrático en licencia. De manera que un legislador que organiza en el Estado una de estas tres formas de gobierno, la establece por poco tiempo, porque no hay precaución bastante en impedir que degenere en la que es consecuencia de ella. ¡Tal es la semejanza del bien y el

mal en tales casos!

Estas diferentes formas de gobierno nacieron por acaso en la humanidad, porque al principio del mundo, siendo pocos los habitantes, vivieron largo tiempo dispersos, a semejanza de los animales; después, multiplicándose las generaciones, se concentraron, y para su mejor defensa escogían al que era más robusto y valeroso, nombrándolo jefe y obedeciéndole.

Entonces se conoció la diferencia entre lo bueno y honrado, y lo malo y vicioso, viendo que, cuando uno dañaba a su bienhechor, producíanse en los hombres dos sentimientos, el odio y la compasión, censurando al ingrato y honrando al bueno. Como estas ofensas podían repetirse, a fin de evitar dicho mal, acudieron a hacer leyes y ordenar castigos para quienes las infringieran, naciendo el conocimiento de la justicia, y con él que en la elección de jefe no se escogiera ya al más fuerte, sino al más justo y sensato.

Cuando, después, la monarquía de electiva se convirtió en hereditaria, inmediatamente comenzaron los herederos a degenerar de sus antepasados y, prescindiendo de las obras virtuosas, creían que los príncipes sólo estaban obligados a superar a los demás en lujo, lascivia y toda clase de placeres. Comenzó, pues, el odio contra los monarcas, empezaron éstos a temerlo y, pasando pronto del temor a la ofensa, surgió la tiranía.

Ésta dio origen a los desórdenes, conspiraciones y atentados contra los soberanos, tramados no por los humildes y débiles, sino por los que sobrepujaban a los demás en riqueza, generosidad, nobleza y ánimo valeroso, que no podían sufrir la desarreglada vida de los monarcas.

La multitud, alentada por la autoridad de los poderosos, se armaba contra el tirano, y muerto éste, obedecía a aquéllos como a sus libertadores. Aborreciendo los jefes de la sublevación el nombre de rey o la autoridad suprema en una sola persona, constituían por sí mismos un gobierno, y al principio, por tener vivo el recuerdo de la pasada tiranía, ateníanse a las leyes por ellos establecidas, posponiendo su utilidad personal al bien común, y administrando con suma diligencia y rectitud los asuntos públicos y privados.

Cuando la gobernación llegó a manos de sus descendientes, que ni habían conocido las variaciones de la fortuna ni experimentado los males de la tiranía, no satisfaciéndoles la igualdad civil, se entregaron a la avaricia, a la ambición, a los atentados contra el honor de las mujeres, convirtiendo el gobierno aristocrático en oligarquía, sin respeto alguno a la dignidad ajena.

Esta nueva tiranía tuvo al poco tiempo la misma suerte que la monárquica, porque el pueblo, disgustado de tal gobierno, se hizo instrumento de los que de algún modo intentaban derribar a los gobernantes, y pronto hubo quien se valió de esta ayuda para acabar con ellos.

Pero fresca aún la memoria de la tiranía monárquica y de las ofensas recibidas de la tiranía oligárquica, derribada ésta, no quisieron restablecer aquélla, y organizaron el régimen popular o democrático para que la autoridad suprema no estuviera en manos de un príncipe o de unos cuantos nobles.

Como a todo régimen nuevo se le presta al principio obediencia, duró algún tiempo el democrático, pero no mucho, sobre todo cuando desapareció la generación que lo había instituido, porque inmediatamente se llegó a la licencia y a la anarquía, desapareciendo todo respeto, lo mismo entre autoridades que entre ciudadanos, viviendo cada cual como le acomodaba y causándose mil injurias; de suerte que, obligados por la necesidad, o por sugerencias de algún hombre honrado, o por el deseo de terminar tanto desorden, volviose de nuevo a la monarquía, y de ésta, de grado en grado y por las causas ya dichas, se llegó otra vez a la anarquía.

Tal es el círculo en que giran todas las naciones, ya sean gobernadas, ya se gobiernen por sí; pero rara vez restablecen la misma organización gubernativa, porque casi ningún Estado tiene tan larga vida que sufra muchas de estas mutaciones sin arruinarse, siendo frecuente que por tantos trabajos y por la falta de consejo y de fuerza quede sometido a otro Estado vecino, cuya organización sea mejor. Si esto no sucede, girará infinitamente por estas formas de gobierno.[28]

Digo, pues, que todas estas formas de gobierno son perjudiciales; las tres que calificamos de buenas, por su escasa duración, y las otras tres, por la malignidad de su índole. Un legislador prudente que conozca estos defectos, huirá de ellas, estableciendo un régimen mixto[29] que de todas participe, el cual será más firme y estable; porque en una constitución donde coexistan la monarquía, la aristocracia y la democracia, cada uno de estos poderes vigila y contrarresta los abusos de los otros. Entre los legisladores más célebres por haber hecho constituciones de esta índole descuella Licurgo, quien organizó de tal suerte la de Esparta, que, distribuyendo la autoridad entre el rey, los grandes y el pueblo, fundó un régimen de más de ochocientos años de duración, con gran gloria suya y perfecta tranquilidad del Estado.[30]

Lo contrario sucedió a Solón, legislador de Atenas, cuya constitución puramente democrática duró tan poco, que, antes de morir su autor, vio nacer la tiranía de Pisístrato, y si bien a los cuarenta años fueron expulsados los herederos del tirano, recobrando Atenas su libertad y el poder la democracia, no lo tuvo ésta conforme a las leyes de Solón más de cien años; aunque para sostenerse hizo contra la insolencia de los grandes y la licencia del pueblo multitud de leyes que Solón no había previsto. Por no templar el poder del pueblo con el de los nobles y el de aquél y de éstos con el de un príncipe, el Estado de Atenas, comparado con el de Esparta, vivió brevísimo tiempo.[31]

Pero vengamos a Roma. No tuvo un Licurgo que la organizara al principio de tal modo que pudiera vivir libre largo tiempo; pero fueron, sin embargo, tantos los sucesos ocurridos en ella por la desunión entre la plebe y el Senado, que lo no hecho por un legislador lo hizo el acaso. Porque si Roma careció de la primera fortuna, gozó de una segunda fortuna: porque, aunque sus primeros ordenamientos fueron defectuosos, no se desviaron del derecho camino que podría llevarla a la perfección.

Rómulo y todos los demás reyes hicieron muchas y buenas leyes apropiadas a la libertad; pero como su propósito era fundar un reino y no una república, cuando se estableció ésta, faltaban bastantes instituciones liberales que eran precisas y no habían

dado los reyes.

Sucedió, pues, que al caer la monarquía por los motivos y sucesos sabidos, los que la derribaron establecieron inmediatamente dos cónsules, quienes ocupaban el puesto del rey, de suerte que desapareció de Roma el nombre de éste, pero no la regia potestad. Los cónsules y el Senado hacían la constitución romana mixta de dos de los tres elementos que hemos referido, el monárquico y el aristocrático. Faltaba, pues, dar entrada al popular.

Llegó la nobleza romana a hacerse insolente, por causas que después diremos, y el pueblo se sublevó contra ella. A fin de no perder todo su poder, tuvo que conceder parte al pueblo; pero el Senado y los cónsules conservaron la necesaria autoridad para mantener su rango en el Estado. Así nació la institución de los tribunos de la plebe, que hizo más estable la constitución de aquella república por tener los tres elementos la autoridad que les correspondía.

Tan favorable le fue la fortuna, que aun cuando la autoridad pasó de los reyes y de los grandes al pueblo por los mismos grados y por las mismas causas antes referidas, sin embargo, no abolieron por completo el poder real para aumentar el de los nobles, ni se privó a éstos de toda su autoridad para darla al pueblo, sino que, haciendo un poder mixto, se organizó una república perfecta, contribuyendo a ello la lucha entre el Senado y el pueblo,[32] según demostraremos en los dos siguientes capítulos.

---

[22] Este capítulo es el único punto del *corpus* maquiaveliano en el que aparece formulada de modo explícito la teoría del gobierno mixto en la versión de Polibio. También pueden verse rastros de esta teoría, aunque más como ciclo de constituciones que como gobierno mixto, en *Historias de Florencia*, IV, 1 y V, 1. Ciertamente, la fuente indudable, que en muchos puntos Maquiavelo repite al pie de la letra, es el libro VI de las *Historias* de Polibio [trad. de M. Balasch Recort], Madrid, Gredos, 1981 (en adelante, *Historias*). Respecto del modo como Maquiavelo trata esta fuente, la bibliografía mantiene dos puntos de vista difícilmente conciliables. Por un lado, Bausi ha defendido que, dado que no sabemos el modo preciso como llegó este clásico a Maquiavelo y a que los desvíos ni son muy numerosos ni muy excepcionales, no tiene mucho sentido investigar las diferencias entre el discurso de Polibio y el de Maquiavelo. Es posible que todos ellos dependan de la complicada transmisión textual. Por otro lado, está la postura de Sasso, «Machiavelli e Polibio» en *Machiavelli e gli antichi I*, Nápoles, Riccardo Ricciardi, 1987, págs. 4-118, para quien las modificaciones que Maquiavelo ejerce sobre la base polibiana resultan de una importancia notable, pues provienen de una meditada reflexión que le permite superar los límites trazados por la fuente. En cualquier caso, en este comentario, se informará de las diferencias más llamativas con *Historias*, VI.

[23] En este capítulo se da una igualación ético-política entre monarquía y república, equiparación que convive durante todos los *Discursos* con la idea opuesta de la superioridad ético-política de la forma republicana de gobierno con respecto a la monárquica.

[24] Con esta posibilidad que encarna Roma de alcanzar la perfección política progresivamente se matiza la idea presentada en *Discursos*, I, 1 de la absoluta influencia que el momento de la fundación ejerce sobre el desarrollo de la comunidad política.

[25] Aquí se repite una teoría propia del pensamiento clásico, presente en Polibio, de la dependencia de todos los asuntos políticos respecto de la constitución, *Historias*, VI, 2: «En todo asunto, y en la suerte o en la fortuna adversa, debemos creer que la causa principal es la estructura de la constitución, ya que de ella brotan, como de

una fuente, no sólo las ideas y las iniciativas en las empresas, sino también su cumplimento».

26 A pesar de que el discurso presente un carácter clásico, especialmente este capítulo, las referencias, más o menos veladas, a los acontecimientos florentinos son continuas. Hay que señalar que en este caso, tras la reconquista de Arezzo y la Valdichiana en agosto de 1502, se aprobó la figura de un gonfaloniero perpetuo, cargo que ocupó Piero Soderini.

27 Aunque es una teoría anterior a Polibio, tal como él mismo reconoce, *Historias*, VI, 4: «Hay que afirmar, pues, que existen seis variedades de constituciones». Desde este punto, Maquiavelo seguirá fielmente el relato de Polibio del ciclo de constituciones.

28 Aquí estriba una de las diferencias fundamentales entre el discurso de Polibio y el de Maquiavelo, que Sasso, Inglese, incluso Bausi han resaltado especialmente. La postura de Polibio favorece la duración eterna de este ciclo, *Historias*, VI, 10: «Éste es el ciclo de las constituciones y su orden natural, según se cambian y se transforman para retornar a su punto de origen», mientras que Maquiavelo opone una cierta reserva respecto de la perpetuidad del proceso. Hay que señalar, no obstante, que Maquiavelo se limita a notar la dificultad de que este ciclo se reproduzca indefinidamente, pero salvada la amenaza del dominio extranjero, no anula la opción real y no la mera posibilidad teórica de un continuado transitar por el ciclo de constituciones.

29 Enuncia aquí su preferencia por el régimen mixto, expresión que también ha sido traducida por gobierno mixto y constitución mixta. Se trata de una afirmación que, por su claridad, no encuentra parangón con otro texto de Maquiavelo, ni siquiera con los habitualmente considerados «mixtos» escritos de última época como el *Discursus florentinarum rerum*, en N. Maquiavelo, *Escritos políticos breves* [trad. de M. Teresa Navarro], Madrid, Tecnos, 1991 (en adelante, *Discursus*).

30 Maquiavelo no duda sobre la posibilidad de que exista algo así como un gobierno mixto perfecto, ni siquiera sobre cuál es la perfección propia que puede alcanzar el gobierno mixto. El comentario de Guicciardini se ciñe casi exclusivamente al problema del gobierno mixto y deja de lado los problemas historiográficos dependientes de la teoría del ciclo de constituciones. Al contrario de Maquiavelo, Guicciardini, quien habitualmente pasa por ser un oligárquico defensor del gobierno mixto, muestra su escepticismo respecto de la posibilidad de que el gobierno mixto alcance los bienes que cada régimen particular puede dar (la decisión de la monarquía, la sabiduría de la aristocracia y la representatividad de la democracia). Defiende más bien que el gobierno mixto nunca alcanza una plenitud completa sino que se limita a evitar los defectos propios de cada una de estas formas de gobierno.

31 Ciertamente, el problema de Atenas consiste en no haberse dado una constitución mixta. Sin embargo, resulta sorprendente que en un capítulo en el que no se ha puesto ninguna salvedad al ciclo de constituciones (excepto la «tímida» a las vueltas perpetuas) se anuncie aquí un cambio de gobierno que no sigue ese ciclo sino que se mueve directamente entre democracia y tiranía, movimiento parecido al que aparece en *Historia de Florencia*, IV, 1: «Las ciudades que se administran bajo forma de repúblicas, y sobre todo las que no están bien organizadas, cambian frecuentemente de gobierno y de constitución, no ya libertad y servidumbre, como algunos creen, sino servidumbre y desenfreno». Más que a un posible error de composición, que podría ser una explicación de esta incoherencia, Inglese juzga que el motivo es el deseo de Maquiavelo de poner límites al esquema histórico de Polibio.

32 Este tema será el que ocupe *Discursos*, I, VIII.

CAPÍTULO III

Acontecimientos que ocasionaron en Roma la creación de los tribunos de la plebe, perfeccionando con ella la constitución de la república

Según demuestran cuantos escritores se han ocupado de la vida civil y prueba la historia con multitud de ejemplos, quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se lo permita.[33] Si dicha propensión está oculta algún tiempo, es por razón desconocida y por falta de motivo para mostrarse; pero el tiempo, maestro de todas las verdades, la pone pronto de manifiesto.

Pareció que existía en Roma entre el Senado y la plebe, cuando fueron expulsados los Tarquinos, grandísima unión, y que los nobles, depuesto todo el orgullo, adoptaban las costumbres populares, haciéndose soportables hasta a los más humildes ciudadanos. Obraron de esta manera mientras vivieron los Tarquinos, sin dar a conocer los motivos, que eran el miedo a la familia destronada y el temor de que, ofendida la plebe, se pusiera de parte de ella. Trataban, pues, a ésta con grande benevolencia. Pero muertos los Tarquinos y desaparecido el temor, comenzaron a escupir contra la plebe el veneno que en sus pechos encerraban, ultrajándola cuanto podían, lo cual prueba, según hemos dicho, que los hombres hacen el bien por fuerza; pero cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal, todo lo llenan de confusión y desorden.[34]

Dícese que el hambre y la pobreza hacen a los hombres industriosos, y las leyes, buenos. Siempre que sin obligación legal se obra bien, no son necesarias las leyes, pero cuando falta esta buena costumbre, son indispensables. Por ello, al desaparecer todos los Tarquinos, quienes, por el temor que inspiraban, servían de freno a la nobleza, preciso fue pensar en una nueva organización capaz de producir el mismo resultado que los Tarquinos vivos; y después de muchas perturbaciones, tumultos y peligros ocurridos entre la nobleza y la plebe, se llegó, para seguridad de ésta, a la creación de los tribunos, dándoles tanto poder y autoridad, que constituyeron entre el Senado y el pueblo una institución capaz de contener la insolencia de los nobles.[35]

---

[33] Esta idea de que el legislador debe considerar que todos los hombres son malos y dispuestos a actuar perniciosamente pertenece al grupo de ideas «maquiavélicas», especialmente presentes en *El príncipe*, XV-XIX, que han dado inmortal mala fama a Maquiavelo. Desde un punto de vista teórico, Guicciardini rechaza la idea, pues el legislador no presupone malos a todos los hombres, sino que establece medidas para el conjunto de la población que impidan que el malo pueda actuar. Guicciardini añade que a igualdad de condiciones, todo hombre prefiere el bien al mal y considera un fenómeno marginal (propio de un monstruo) la preferencia por el mal. Hay que señalar, en cualquier caso, que en este punto Maquiavelo no muestra deseo explícito de innovar. Ya sea como excusa o como verdadera condición del pasado, Maquiavelo dice que, sobre ese supuesto de maldad, construyen todos los que piensan acerca del «vivere civile».

[34] Inglese considera que aquí se encuentra la presencia de Polibio en el cambio de una aristocracia a una

oligarquía. Sin embargo, el discurso polibiano habla de un cambio que se debe a la siguiente generación de aristocrátas corrompidos (Polibio, *Historias*, VI, 8: «Pero cuando, a su vez, los hijos heredaron el poder de sus padres, por su inexperiencia de desgracias, por su desconocimiento total de lo que es la igualdad política y la libertad de expresión, rodeados desde la niñez del poder y la preeminencia de sus progenitores, unos cayeron en la codicia de riquezas injustas, otros se dieron a comilonas y a la embriaguez y a los excesos que las acompañan, otros violaron mujeres y raptaron adolescentes») mientras que el cambio aquí presente se refiere a los mismos sujetos que, salvado el obstáculo, muestran su verdadera naturaleza.

35 Como Bausi ha señalado, sorprende la falta de referencias al elemento monárquico —el poder consular en el caso de Roma— de todo gobierno mixto y, particularmente, de la constitución romana. En los siguientes capítulos no se hará ninguna referencia al poder consular o al principio monárquico, con lo que será difícil considerar que en estos capítulos hay una defensa de la constitución mixta clásica.

CAPÍTULO IV

La desunión del Senado y del pueblo hizo poderosa y libre la república romana

Yo quiero dejar de hablar de los tumultos que hubo en Roma desde la muerte de los Tarquinos hasta la creación de los tribunos, ni de decir algo contra la opinión de muchos que sostienen que fue Roma una república llena de confusión y desorden, la cual, de no suplir sus defectos la fortuna y el valor militar, sería considerada inferior a todas las demás repúblicas.[36]

Es innegable que a la fortuna y a la milicia se debió el poderío romano. Creo, sin embargo, que donde hay buena milicia, hay orden,[37] y rara vez falta la buena fortuna.[38] Pero hablemos de otros detalles de aquella ciudad. Sostengo que quienes censuran los conflictos entre la nobleza y el pueblo condenan lo que fue primera causa de la libertad de Roma, teniendo más en cuenta los tumultos y desórdenes ocurridos que los buenos ejemplos que produjeron, y sin considerar que en toda república hay dos humores,[39] el de los nobles y el del pueblo. Todas las leyes que se hacen en favor de la libertad nacen del desacuerdo entre estos dos partidos, y fácilmente se verá que así sucedió en Roma.

Desde los Tarquinos a los Gracos transcurrieron más de trescientos años, y los desórdenes en este tiempo rara vez produjeron destierros y rarísima sangre. No se pueden, pues, calificar de nocivos estos desórdenes, ni de dividida una república que en tanto tiempo, por cuestiones internas, sólo desterró ocho o diez ciudadanos y mató muy pocos, no siendo tampoco muchos los multados; ni con razón se debe llamar desordenada a una república donde hubo tantos ejemplos de virtud; porque los buenos ejemplos nacen de la buena educación, la buena educación, de las buenas leyes, y éstas de aquellos desórdenes que muchos inconsideradamente condenan. Fijando bien la atención en ellos, se observará que no produjeron destierro o violencia en perjuicio del bien común, sino leyes y reglamentos en beneficio de la pública libertad.[40]

Y si alguno dijera que eran procedimientos extraordinarios y casi feroces los de gritar el pueblo contra el Senado, y el Senado contra el pueblo, correr el pueblo tumultuosamente por las calles, cerrar las tiendas, partir toda la plebe de Roma, cosas que sólo espantan a quien las lee, diré que en cada ciudad debe haber manera de que el pueblo manifieste sus aspiraciones, y especialmente en aquellas donde para las cosas importantes se valen de él. Roma tenía la de que, cuando el pueblo deseaba obtener una ley, o hacía alguna de las cosas dichas, o se negaba a dar hombres para la guerra; de manera que, para aplacarle, era preciso satisfacer, al menos en parte, su deseo.

Las aspiraciones de los pueblos libres rara vez son nocivas a la libertad, porque nacen de la opresión o de la sospecha de ser oprimido y cuando este temor carece de fundamento hay el recurso de las asambleas, donde algún hombre honrado demuestra en un discurso el error de la opinión popular. Los pueblos, dice Cicerón, aunque ignorantes, son capaces de comprender la verdad, y fácilmente ceden cuando la demuestra un hombre digno de fe.

Conviene, pues, ser parco en las censuras al gobierno romano, y considerar que tantos buenos efectos como produjo aquella república debieron nacer de excelentes causas. Si los desórdenes originaron la creación de los tribunos, merecen elogios, porque, además de dar al pueblo la participación que le correspondía en el gobierno, instituyeron magistrados que velaran por la libertad romana, como se demostrará en el siguiente capítulo.

---

36 Era una opinión típica la de contraponer la estabilidad veneciana a los conflictos de Roma. Maquiavelo se muestra claramente partidario de la imitación del modelo romano. Sin embargo, Guicciardini consideraba que el modelo romano sólo era excelente para «una ciudad que se rija por las armas».

37 Un principio parecido lo podemos encontrar en *El príncipe*, XII, pasaje al que normalmente suelen conducir los comentadores: «[…] no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas». Sin embargo, los pasajes no son del todo equivalentes, pues en *El príncipe* no se une la reciprocidad entre buenas leyes y buenas armas al tema de la fortuna. Sin embargo, en ambos parece establecerse una cierta dependencia de las leyes respecto de las armas.

38 Maquiavelo presenta como posible el dominio regular de la fortuna a través de las armas y las leyes. Una teoría parecida encontramos en *Discursos*, II, 1. Sin embargo, resulta difícilmente compatible con los pasajes más intermedios o del «riscontro», como encontramos en *El príncipe*, XXV o XXVI o *Discursos*, III, IX, o más decididamente deterministas como en *Discursos*, II, XXIX o la *Vida de Castruccio Castracani* (en adelante, *Vida de Castruccio Castracani*).

39 Término de origen médico, que equivale en cierto sentido a parte o clase social, que se deben tener en cuenta para el ejercicio del poder. La teoría es relativamente estable en defender la existencia de dos humores, el popular y el aristocrático. Sin embargo, en *El príncipe*, XIX, parece incluir uno más, el militar: «Los emperadores romanos se las veían, además, con un tercer obstáculo: tener que soportar la crueldad y la codicia de los soldados».

40 Aquí está la gran diferencia entre los tumultos de Roma y los de Florencia; mientras unos se desenvuelven de modo civil, los otros provocan exilio y muerte (*cf. Historias de Florencia*, III, I).

CAPÍTULO V

Dónde estará más segura la guardia de la libertad, en manos de los nobles o en las del pueblo, y quiénes serán los que den más motivos de desórdenes, los que quieren adquirir o los que desean conservar

Los que prudentemente han organizado repúblicas, instituyeron, entre las cosas más necesarias, una guardia de la libertad, y según la eficacia de aquélla es la duración de ésta. Habiendo en todas las repúblicas una clase poderosa y otra popular, se ha dudado a cuál de ellas debería fiarse esta guardia.[41] En Lacedemonia antiguamente, y en nuestros tiempos en Venecia, estuvo y está puesta en manos de los nobles; pero los romanos la pusieron en las de la plebe. Preciso es, por tanto, examinar cuáles de estas repúblicas tuvieron mejor elección. Poderosas razones hay de ambas partes; pero atendiendo a los resultados, es preferible darla a los nobles, porque en Esparta y en Venecia ha tenido la libertad más larga vida que en Roma.[42]

Acudiendo a las razones, y para tratar primero de lo que a los romanos concierne, diré que la guardia de toda cosa debe darse a quien menos deseo tenga de usurparla, y si se considera la índole de nobles y plebeyos, se verá en aquéllos gran deseo de dominación; en éstos, de no ser dominados, y, por tanto, mayor voluntad de vivir libres, porque en ellos cabe menos que en los grandes la esperanza de usurpar la libertad. Entregada, pues, su guardia al pueblo, es razonable suponer que cuide de mantenerla, porque, no pudiendo atentar contra ella en provecho propio, impedirá los atentados de los nobles.

Los que, al contrario, defienden el sistema espartano y veneciano, dicen que quienes entregan la guardia de la libertad a los nobles hacen dos cosas buenas: una, satisfacer la ambición de los que, teniendo mayor parte en el gobierno del Estado, al poseer esta guardia se encuentran más satisfechos; y otra, privar al ánimo inquieto de la plebe de una autoridad que es causa de infinitas perturbaciones y escándalos en las repúblicas, y motivo a propósito para que la nobleza ejecute algún acto de desesperación, ocasionando en lo porvenir funestos resultados.

Como ejemplo de ello presentan a la misma Roma, donde no bastó a la plebe que sus tribunos tuvieran esta autoridad en sus manos, ni que un cónsul fuera plebeyo, sino quiso que los dos lo fuesen, y después la censura, la pretura y todos los altos cargos de la república. No satisfecha la plebe con tales aspiraciones e impulsada por desmedida ambición, llegó con el tiempo a adorar a los hombres que consideraba aptos para combatir a la nobleza, ocasionando con ello el predominio de Mario y la ruina de Roma.

En verdad, discurriendo imparcialmente, cabe dudar a quién conviene entregar la guardia de la libertad, no sabiendo quiénes son más nocivos en una república, si los que desean conquistar lo que no tienen o los que aspiran a conservar los honores adquiridos.[43]

Quien examine el asunto con madurez llegaría a la siguiente conclusión: o se trata de

una república dominadora, como Roma, o de una que sólo quiere vivir independiente.

En el primer caso tiene que hacerlo todo como Roma lo hizo, y en el segundo puede imitar a Venecia y a Esparta, por las razones que en el siguiente capítulo serán expuestas.[44]

Y volviendo al tema de cuáles hombres son más nocivos en una república, los que desean adquirir o los que temen perder lo adquirido, diré que, nombrado dictador Marco Menennio, y jefe de la caballería Marco Fulvio, ambos plebeyos, para averiguar una conjuración tramada en Padua contra Roma, recibieron también autoridad del pueblo para investigar quiénes en Roma, por ambición y medios extralegales, aspiraban al consulado y demás altos cargos. Pareció a la nobleza que se daba aquella autoridad al dictador contra ella, e hizo correr en la ciudad la noticia de que no eran los nobles quienes aspiraban a los cargos públicos por ambición o medios extraordinarios, sino los plebeyos que, no confiando en su nacimiento ni en sus méritos, acudían a recursos ilegales para alcanzarlos. De esto acusaron especialmente al dictador.

Tanto crédito logró dicha acusación, que Menennio convocó una asamblea popular, quejose en ella de las calumnias de los nobles, renunció a la dictadura y se sometió al juicio del pueblo. Sustanciada la causa, fue absuelto después de discutirse mucho quién es más ambicioso, el que desea conservar o el que desea adquirir, porque una u otra ambición pueden ser fácilmente motivo de grandísimos trastornos.

Sin embargo, las más de las veces los ocasionan quienes poseen, porque el miedo a perder agita tanto los ánimos como el deseo de adquirir, no creyendo los hombres seguro lo que tienen si no adquieren de nuevo. Además, cuanto más poderoso, mayor es la influencia y mayores los medios de abusar. Y lo peor es que los modales altivos e insolentes de los nobles excitan en el ánimo de los que nada tienen, no sólo el deseo de adquirir, sino también el de vengarse de ellos, despojándoles de riquezas y honores que ven mal usados.

---

[41] Bausi ha considerado, apoyándose en parte en las *Considerazioni* de Guicciardini, que este capítulo demuestra cómo la teoría del gobierno mixto no se encuentra presente en estos capítulos, pues consideran que la guardia de la libertad no es una institución mixta sino «de clase». Sin embargo, hay que tener en cuenta que Guicciardini no considera que Maquiavelo se haya apartado de la teoría del gobierno mixto, sino que, como en otros casos, no ha hecho un uso apropiado de sus principios políticos. En cualquier caso, según Guicciardini, en una constitución mixta ortodoxa, la guardia de la libertad debe pertenecer a todos y cada clase es guardián de la otra. Por otro lado, Inglese considera que en este pasaje hay una superación de la idea tradicional de gobierno mixto.

[42] Muchas veces, y no sólo en un nivel popular, se ha juzgado a Maquiavelo como el pensador que defiende la idea de que el fin justifica los medios. Además de la dificultad de encontrar una manifestación literal de esta expresión en las obras de Maquiavelo y de comprender el significado también literal de esta expresión (¿qué otra cosa podía «justificar» un medio sino un fin?), este pasaje viene a refutar la idea de Maquiavelo como partidario de una ética de los resultados. En este capítulo y en el siguiente, Maquiavelo defenderá cómo es necesario imitar a Roma incluso cuando uno de los resultados obtenidos es menos amplio (la libertad duró menos tiempo) que en Esparta y Venecia.

43 Como se ve, la definición de los humores popular y aristocrático es fluctuante (Inglese lo considera sutilmente contradictorio). En algunos pasajes, como éste, se considera el humor popular activo (quiere alcanzar el honor que no tiene), mientras en otros, incluso muy próximos, se trata de una ambición puramente pasiva («no ser dominados»). Lo mismo ocurre con el humor aristocrático, al que a veces se describe como el deseo pasivo de mantener los honores conquistados o la ambición activa de dominar. Esta tensión a la hora de definir la ambición de los humores se encuentra en toda la obra de Maquiavelo.

44 Como el propio Maquiavelo reconoce, hasta este punto la disputa ha quedado en empate.

CAPÍTULO VI

Si era posible organizar en Roma un gobierno que terminara la rivalidad entre el pueblo y el Senado

Ya hemos hablado antes de los efectos que producían las cuestiones entre el pueblo y el Senado. Como continuaron hasta el tiempo de los Gracos, siendo entonces causa de la ruina de la libertad, podrían acaso desear algunos que Roma hiciera las grandes cosas que realizó sin haber en su seno tales disturbios. Paréceme, por tanto, digno de examen ver si en Roma pudo organizarse un régimen de gobierno que evitara estos desórdenes. Para estudiarlo, preciso es acudir a las repúblicas que, sin tales tumultos, han vivido largo tiempo libremente, ver cuál era su gobierno y si pudo tenerlo Roma.

Los ejemplos de que podemos valernos son, en la Antigüedad Esparta, y en los tiempos modernos Venecia, que repetidamente he citado. Esparta tenía para su gobierno un rey y un Senado poco numeroso. Venecia no admite estas distinciones, y a cuantos pueden tomar parte en la gobernación de la república los llama nobles. Este régimen lo debe al acaso,[45] más que a la prudencia de sus legisladores, porque acudiendo a las lagunas donde ahora está la ciudad, por las causas antes mencionadas, tantos, y creciendo el número de éstos, necesitaron leyes para vivir, y organizaron un régimen de gobierno. Se reunían con frecuencia en asamblea para discutir los asuntos de la ciudad, y cuando creyeron ser bastante numerosos para ejercer el gobierno, cerraron la puerta del poder a todos los nuevos habitantes. Se multiplicaron éstos considerablemente, y entonces, para aumentar su reputación los gobernantes, se llamaron nobles, dando a los demás la denominación de clase popular.

Pudo este régimen nacer y subsistir sin alborotos porque, al empezar, cuantos vivían en Venecia tornaban parte en la gobernación; de suerte que nadie podía quejarse. Los nuevos habitantes, encontrando el gobierno organizado, no tenían pretexto ni ocasión para turbar el orden; lo primero, porque nada se les había quitado; lo segundo, porque los tenían sujetos, no ocupándolos en cosa que les permitiera ejercer autoridad. Además, los que después vinieron a habitar en Venecia no fueron tan numerosos que hubiera desproporción entre gobernantes y gobernados, siendo los nobles tantos o más que los plebeyos. Por esta causa se fundó y subsistió en Venecia el régimen actual.[46]

Esparta, gobernada, según he dicho, por un rey y un Senado poco numeroso, subsistió así muchos años porque, siendo pocos los habitantes, estando prohibido a los extranjeros domiciliarse allí y aceptadas y cumplidas respetuosamente las leyes de Licurgo, que prevenían las causas de disturbios, pudieron vivir unidos largo tiempo. Licurgo, con sus leyes, estableció en Esparta más igualdad en los bienes que desigualdad en las condiciones. La pobreza era igual; los plebeyos, menos ambiciosos, porque los cargos públicos se distribuían entre pocos ciudadanos, con exclusión del pueblo, y nunca deseó éste ejercerlos, porque nunca los nobles lo trataron mal. Causantes de esta situación eran los reyes de Esparta que, colocados entre la nobleza y el pueblo y viviendo entre los nobles, necesitaban, para mantener su autoridad, impedir toda ofensa a la plebe;

por ello ésta ni tenía ni deseaba el mando, y no teniéndolo ni deseándolo, no existían motivos de rivalidad con la nobleza, ni ocasión de tumultos y alborotos, pudiendo coexistir largo tiempo unidas ambas clases. Pero las dos principales causas de esta unión fueron, una el corto número de los habitantes de Esparta, y, por tanto, la posibilidad de ser gobernados por pocos; y otra que, estando prohibido a los extranjeros residir en la república, no había ocasión para que se corrompieran las costumbres ni para que la población creciese hasta el punto de crear dificultades a los pocos que la gobernaban.

Teniendo, pues, en cuenta todas estas cosas, se advierte que, para mantener la tranquilidad de Roma, como lo estaba en las citadas repúblicas, los legisladores romanos debían hacer una de estas dos cosas: o no educar a la plebe para la guerra, como los venecianos, o cerrar las fronteras a los extranjeros, como los espartanos. Hicieron precisamente lo contrario, aumentado con ello el número y el poder de la plebe y las ocasiones de tumultos que infinitas veces perturbaron la tranquilidad. Pero si la nación romana hubiese vivido más tranquila, también hubiera sido por necesidad más débil, faltándole los recursos para alcanzar la grandeza a que llegó; de modo que, al desear Roma destruir las causas de los alborotos, destruía también las de su engrandecimiento. Porque quien examine atentamente las cosas humanas observará que, cuando se evita un inconveniente, siempre aparece otro. Si quieres, pues, tener un pueblo numeroso y armado para engrandecer el Imperio, lo has de organizar de tal manera que no siempre puedas manejarlo a tu gusto, y si lo mantienes poco numeroso o desarmado, para dominarlo y llegar a hacer conquistas, no podrás conservarlas, cayendo en vileza tal, que serás presa de cualquiera que te ataque. Conviene, pues, en todas nuestras determinaciones escoger el partido que menos inconvenientes ofrezca, porque ninguno hay completamente libre de ellos.

Pudo Roma, a semejanza de Esparta, tener rey vitalicio y Senado poco numeroso; pero, dada su ambición de dominar, no podía limitar, como Esparta, el número de ciudadanos; y el rey vitalicio y el Senado, poco numeroso para mantener la unión, no le hubieran sido de utilidad alguna. Quien quiera, por tanto, organizar de nuevo una república debe tener en cuenta si ha de ser dominadora y de creciente poderío, como Roma, o vivir dentro de reducidos límites. En el primer caso, es preciso organizarla como lo estuvo Roma, aunque esta organización se preste a tumultos y perturbaciones del orden público; porque sin gran número de hombres bien armados, ninguna república puede ensanchar sus límites y, si los ensancha, conservar las conquistas. En el caso segundo, puede ordenarla a semejanza de Esparta o de Venecia; pero como las conquistas son el veneno de tales repúblicas, debe prohibir por todos los medios posibles su engrandecimiento, que esta aspiración en una república débil es su segura ruina. Así sucedió a Esparta y a Venecia. La primera, después de someter a casi toda Grecia, mostró en un suceso adverso lo débil de su fundamento, pues a la rebelión de Tebas, suscitada por Pelópidas, siguió la de las demás ciudades griegas, quedando Esparta casi completamente aniquilada. Lo mismo aconteció a Venecia que, habiendo ocupado gran parte de Italia, y la mayor no por las armas, sino por dinero y astucia, cuando tuvo necesidad de mostrar su fuerza, todo lo perdió en un día.[47]

Creo que para fundar una república de larga vida lo mejor es ordenarla interiormente, como Esparta y Venecia, situándola en paraje que por la naturaleza sea fuerte, y dándole los elementos de defensa necesarios para que nadie crea poder dominarla por sorpresa; pero no tan grandes que inspiren justificado temor a los vecinos. De esta suerte podrá gozar largo tiempo de su independencia, puesto que sólo por dos motivos se declara la guerra a una república: o por dominarla, o por temer su dominación. Los medios antes indicados evitan ambas causas de conflicto; que si el agredirla es difícil, como supongo ha de serlo si está bien preparada para la defensa, será muy raro o no acontecerá nunca que haya quien intente conquistarla. Viviendo tranquila dentro de los límites de su territorio, demostrará, con los hechos, que no tiene ambición de conquista, y nadie, por temor a su poder, procurará hostilizarla. La prueba será más patente si en su constitución o en sus leyes se prohíben de modo terminante las conquistas. Creo indudable que la verdadera vida política de un Estado y la verdadera paz interior y exterior consisten en mantener en lo posible este equilibrio en los asuntos públicos.

Pero como las cosas humanas están en perpetuo movimiento y no pueden permanecer inmutables, su inestabilidad las lleva a subir o bajar, y a muchos actos induce, no la razón, sino la necesidad; así sucede que una república organizada para vivir sin conquistas, por necesidad tiene que hacerlas, perdiendo con ello los fundamentos de su organización y caminando más rápidamente a su ruina. Por el contrario, si el cielo la favorece hasta el punto de no necesitar la guerra, ocurrirá que del ocio nacerán, o la afeminación de las costumbres, o las divisiones, y ambas cosas, juntas o aisladas, pueden acabar con ella.

No siendo posible en mi opinión, el equilibrio en tales cosas, ni seguir la apropiada vía del medio,[48] es indispensable, al constituir una república, pensar en el partido más honroso y ordenarla de modo que, si la necesidad le obliga a hacer conquistas, pueda conservar lo conquistado.[49] Volviendo, pues, al primer razonamiento, juzgo necesario imitar la constitución romana y no la de las otras repúblicas, pues encontrar un término medio entre estas dos formas de organización paréceme imposible.

Las cuestiones entre el pueblo y el Senado deben ser consideradas como inconveniente necesario para llegar a la grandeza romana.

Además de las razones dichas en demostración de que la autoridad tribunicia era indispensable al afianzamiento de la libertad, fácil es considerar el beneficio que reporta a toda república la facultad de acusar, la cual, como muchas otras, correspondía a los tribunos, según veremos en el capítulo siguiente.

---

[45] Es notable la importancia que Maquiavelo concede al caso-fortuna en la creación de algunas comunidades políticas exitosas como ocurría con la descripción de Roma frente a Esparta en *Discursos*, I, II.

[46] Como Inglese señala, no queda claro por qué Venecia ha sido definida como república mixta y no simplemente aristocrática.

[47] Se refiere a la batalla de Agnadello, librada el 14 de mayo de 1509.

[48] Como Inglese señala, el rechazo de la vía del medio como solución a los problemas políticos recorre toda la obra maquiaveliana. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que el significado de esta expresión *(del mezzo)* puede variar notablemente.

[49] Éste es el punto donde se rompe definitivamente el empate entre el modelo espartano-veneciano y el romano. Hasta este momento, cada uno de estos modos de organizar tenía unas ventajas y unos inconvenientes. Venecia y Esparta, siempre que no se expandieran, mantendrían la capacidad de asegurar su existencia incluso más prolongadamente que Roma. Pero en estos pasajes finales de *Discursos*, I, VI se rompe el equilibrio, ya que se acusa a Esparta y Venecia de «irrealismo político». En el fondo, el equilibrio era ideal, pues, por la configuración del mundo, estos regímenes políticos estaban obligados a invadir y a hacer conquistas, que provocarían al final su ruina política. De esta manera, para Maquiavelo, el empate se quiebra, con el resultado de que Roma aparece como único modelo.

CAPÍTULO VII

De cómo las acusaciones son necesarias en la república para mantener la libertad

A los nombrados en una ciudad para guardianes de su libertad no puede dárseles atribución mejor y más necesaria que la facultad de acusar ante el pueblo o ante un magistrado o consejo a los ciudadanos que de algún modo infringen las libertades públicas.[50] Esta organización tiene dos resultados utilísimos para la república: consiste el primero en que los ciudadanos, por miedo a que los acusen, nada intentan contra el Estado; y si lo intentan, sufren inmediato e inevitable castigo; y el segundo en abrir camino para el desahogo de la animadversión que por cualquier causa llega a inspirar algún ciudadano; porque cuando estas antipatías no tienen medios ordinarios de manifestación, se apela a los extraordinarios, arruinando la república. Nada contribuye más a la estabilidad y firmeza de una república como el organizarla de manera que las opiniones que agitan los ánimos tengan vías legales de manifestación. Así lo demuestran muchos ejemplos, principalmente el de Coriolano, que aduce Tito Livio cuando dice que, irritada la nobleza contra la plebe, por creer a ésta con sobrada autoridad mediante la creación de los tribunos que la defendían, y habiendo en Roma escasez de víveres hasta el extremo de ordenar el Senado traer cereales de Sicilia, Coriolano, enemigo del bando popular, aconsejó aprovechar la ocasión para castigar al pueblo y privarle de la autoridad que había conquistado y usurpado en perjuicio de la nobleza, teniéndolo hambriento y no distribuyéndole trigo. Cuando esta proposición llegó a oídos del pueblo, fue tan grande su indignación contra Coriolano que, al salir éste del Senado, hubiera perecido en medio del tumulto de no citarle los tribunos para que compareciese a defender su causa.

Este suceso prueba lo dicho anteriormente de cuán útiles y aun necesarios son a las repúblicas los medios legales de manifestación de la animosidad de la multitud contra cualquier ciudadano, porque si no existen estos recursos legítimos, se acude a los extralegales, los cuales ocasionan, sin duda, peores resultados que aquéllos, y si un ciudadano es oprimido, aunque lo sea injustamente, pero dentro de la legalidad, escaso o ningún desorden acontece,[51] pues la opresión no es producto de violencia privada ni de fuerza extranjera, que son las que acaban con la libertad, sino del cumplimiento de las leyes, realizado por una autoridad legítima que tiene sus límites propios y que no alcanza a cosa que pueda destruir la república.

Para corroborar esta opinión con ejemplos, bástame, de los antiguos, el citado de Coriolano, pues cualquiera considerará el daño para la república romana de haberle asesinado el pueblo en tumulto; advirtiendo que el asesinato constituye ofensa de unos ciudadanos contra otros, ofensa que engendra miedo, miedo que procura la defensa y busca partidarios, los cuales constituyen facciones en las ciudades, y las facciones destruyen los Estados. Pero si la resolución de los conflictos queda a cargo de personas constituidas en autoridad, se evitan todos los males que pueden ocurrir cuando los resuelve la voluntad privada.

En nuestros tiempos hemos visto las novedades ocurridas en la república de

Florencia por no poder demostrar legalmente la opinión pública su animosidad contra un ciudadano; así sucedió en la época de Francisco Valori,[52] que era como príncipe de la ciudad.[53] Le juzgaron muchos sobrado, ambicioso y hombre capaz, por su audacia y alientos, de sobreponerse a los demás ciudadanos. No había medio en la república de resistirle sino con un bando contrario al suyo. Valori no temía que esto sucediera, pero sí que apelaran contra él a procedimientos extraordinarios, por lo cual comenzó a proporcionarse partidarios que lo defendiesen. Por su parte, los que le combatían, careciendo de medios legales para vencerlo, acudieron a los ilegítimos, y unos y otros recurrieron a las armas. Si hubiera habido medio legal de privarle del poder, acabara su autoridad sin más daño que el suyo propio; pero siendo preciso emplear los recursos ilegítimos, su caída fue en perjuicio suyo y de otros muchos nobles ciudadanos.

Puede también alegarse como prueba de nuestro aserto lo ocurrido en Florencia bajo el mando de Pedro Soderini, a causa de no haber en aquella república procedimiento legal alguno para acusar a los ciudadanos poderosos y dominados por la ambición; pues acusar a un ciudadano importante ante un tribunal de ocho jueces no es bastante en un régimen republicano, necesitándose que los jueces sean muchos más, para que en tales casos los pocos no se inclinen, cual sucede, a favor de la minoría. De haber en Florencia un tribunal en estas condiciones, o ante él hubieran acusado los ciudadanos a Soderini, si gobernaba mal la república, satisfaciendo su animosidad sin hacer venir al ejército español,[54] o, de gobernarla bien, no se hubiesen atrevido a acusarle por temor de ser ellos a su vez acusados, cesando pronto aquellos rencores que motivaron tan grande escándalo.

De esto puede deducirse que cuando se ve a alguno de los partidos militantes en una ciudad llamar en favor suyo fuerzas exteriores, es por defectuosa constitución de la ciudad, a causa de no haber en ella otros recursos sino los ilegítimos para la expresión del disgusto o de la animosidad de los ciudadanos, lo cual se evita estableciendo el derecho de acusación ante un tribunal numeroso, y dando a éste las condiciones necesarias para ser respetado.

Esta organización fue tan perfecta en Roma, que, a pesar de tantos disturbios por la rivalidad de la plebe y el Senado, en ningún caso ni el Senado, ni la plebe, ni ciudadano particular alguno intentó valerse de fuerzas exteriores, pues, teniendo el remedio en casa, no necesitaban buscarlo fuera de ella.

Aunque los anteriores ejemplos bastan para probar la afirmación enunciada, quiero, sin embargo, aducir otro que Tito Livio refiere en su historia. En Clusium,[55] ciudad nobilísima, entonces de Etruria, un tal Lucumon violó a la hermana de Aruntio y, no pudiendo éste vengarse por lo poderoso que aquél era, fue en busca de los galos, poseedores de la comarca llamada hoy Lombardía, y los incitó a venir a Clusium con un ejército, demostrándoles que con provecho propio podían vengarle de la recibida injuria. Si Aruntio hubiese visto en las leyes de la ciudad recursos para reivindicar su honra, no habría apelado seguramente a la fuerza de los bárbaros.

Pero tan útiles como son las acusaciones en las repúblicas, inútiles y dañosas son las

calumnias, según diremos en el siguiente capítulo.

---

50 Es notable que Maquiavelo no ponga ninguna restricción a esta práctica de la acusación que, en cambio, Guicciardini señala cuando afirma que debe ser organizada de tal manera que los inocentes no sean fácilmente acusados ya que puede resultar peligroso que las acusaciones se dirijan sólo a los nobles, creando descontento y una potencial amenaza.

51 Guicciardini dice que condenar a una persona injustamente no es en sí mismo de mucha importancia, pero sí que la tiene el miedo y la alarma que por esta injusticia se crea en el resto de la población.

52 Francesco Valori fue un conocido seguidor de Savonarola y desde 1497, gonfaloniero y jefe del partido de los Piagnoni, que agrupaba a los seguidores del fraile dominico. Fue asesinado el 8 de abril de 1498 después de que su casa fuese asaltada por el pueblo florentino.

53 Bausi considera que esta expresión es equivalente a la más famosa de príncipe civil, institución que analiza pormenorizadamente en *El príncipe*, IX.

54 Tras el saqueo de Prato por las tropas españolas, P. Soderini (1452-1522) abdicó, de tal manera que el 31 de agosto de 1512 se daba fin a la república florentina y, tras un breve período oligárquico, volvían los Médicis al poder.

55 Se refiere a la actual Chiusi, situada en la frontera de las provincias de Siena y Perugia del lado sienés.

CAPÍTULO VIII

Son tan útiles las acusaciones en las repúblicas, como perjudiciales las calumnias

Aunque el valor de Furio Camilo, cuando libró a Roma de la opresión de los galos, fue causa de que todos los ciudadanos romanos, sin entender por ello que menguaban la reputación y jerarquía de cada uno, le prestaran obediencia, Manlio Capitolino no podía sufrir que le concedieran tanto honor y fama, creyendo que, respecto a la salud de Roma, no había contraído él menores méritos al salvar el Capitolio, ni era inferior a Camilo en las demás dotes militares. Lleno de envidia, molestado sin cesar por la gloria de aquél, y viendo que no podía sembrar discordia entre los senadores, se dirigió a la plebe, esparciendo entre ella pérfidas noticias.

Decía, entre otras cosas, que el tesoro reunido para entregarlo a los galos y liberarse de ellos no les había sido dado, usurpándolo varios ciudadanos, y si se devolviera, podía ser de utilidad pública, permitiendo aligerar los tributos de la plebe o pagar deudas a los plebeyos. Estas afirmaciones impresionaron al pueblo, produciendo desórdenes y tumultos en la ciudad, que alarmaron al Senado hasta el punto de considerar la situación peligrosa y elegir un dictador para que juzgara los hechos y refrenase la audacia de Manlio.

Le citó el dictador inmediatamente, y ambos fueron a encontrarse en la plaza pública, el dictador al frente de los nobles y Manlio seguido del pueblo. Ordenó aquél a Manlio que dijera quiénes habían cometido la usurpación del tesoro por él denunciada, pues tanto como el pueblo deseaba saberlo el Senado. Manlio no respondió nada preciso, acudiendo a evasivas y asegurando que no era necesario decir lo que ellos sabían perfectamente. Entonces el dictador lo mandó encarcelar.

Este texto prueba cuán detestable es la calumnia en un régimen de libertad o en cualquier otro, y que debe acudirse a todos los medios oportunos para reprimirla;[56] siendo el que mejor la impide la libre facultad de acusar, pues la acusación es tan útil en las repúblicas como funesta la calumnia. Hay, además, entre ellas la diferencia de que la calumnia no necesita testigos ni ningún otro género de prueba, de manera que cualquiera puede calumniar a otro, pero no acusarlo, porque la acusación exige verdaderas pruebas y circunstancias que demuestren la verdad en que se funda.

Se acusa a los hombres ante los magistrados, ante el pueblo, o ante los consejos. Son calumniados en las plazas o en el interior de las casas, y prospera menos la calumnia a medida que el régimen permite más la acusación.

Por ello, el legislador de una república debe establecer que todo ciudadano pueda acusar a los demás sin temor ni consideración alguna. Así establecido y observado, debe castigar duramente a los calumniadores, quienes no tendrán motivo para quejarse del castigo, puesto que en su mano está el recurso de acusar en público a los que secretamente calumnian.

La falta de buen régimen en este punto produce los mayores desórdenes, porque la calumnia irrita y no corrige a los ciudadanos, y los calumniados procuran asegurarse,

inspirándoles más odio que temor lo que contra ellos se diga.

Esta parte del régimen público estuvo bien ordenada en Roma, y ha estado siempre mal en nuestra ciudad de Florencia; por ello en Roma hizo mucho bien y en Florencia ha causado gran daño.

Los que lean la historia de esta ciudad verán de cuántas calumnias fueron siempre objeto los ciudadanos que entendían en los más graves negocios públicos. Se decía de uno que había robado dinero al Tesoro público; de otro que no realizó determinada empresa por haberse vendido, y de un tercero que, por ambición personal, había creado tales o cuales inconvenientes. De aquí nacía que por todos lados surgiese la malquerencia, que de ésta nacieran las divisiones, de las divisiones los bandos, y de los bandos, la ruina del Estado.

Si hubiese habido en Florencia un régimen que permitiera acusar a los ciudadanos y castigar a los calumniadores, no ocurrieran tantísimos escándalos, porque condenados o absueltos aquéllos, no habrían podido dañar a la república. Además, fueran muchos menos los acusados que han sido los calumniados, pues, según he dicho, no es tan fácil acusar como calumniar.

Las calumnias figuran entre los diferentes medios de que se han valido algunos ciudadanos para adquirir preponderancia. Atacando a los poderosos, que eran obstáculo a sus ambiciones, fomentaban las sospechas calumniadoras del pueblo, y le confirmaban en la mala opinión que hubiese formado de éstos, para ganarse su amistad y apoyo.[57]

Pudiera aducir muchos ejemplos; pero citaré uno sólo. Estaba el ejército florentino acampado delante de Lucca, al mando de Juan Guicciardini, que era comisario del mismo. O por sus malas disposiciones, o por su desdichada fortuna, no pudo tomar la ciudad, e inmediatamente le culparon de haberse dejado corromper por los luqueses, calumnia que, fomentada por sus enemigos, desesperó a Guicciardini, y aunque quiso, para justificarse, ser juzgado por el Capitán,[58] no pudo probar su inocencia, porque en la república florentina faltaban los procedimientos legales para conseguirlo. Esto indignó grandemente a los amigos de Guicciardini, que formaban la mayoría de los poderosos, apoyándoles cuantos deseaban una revolución en Florencia. Por tal motivo, y por otros semejantes, fueron tan grandes las perturbaciones, que al fin acabaron con aquella república.

Fue, pues, Manlio Capitolino calumniador, y no acusador. Los romanos mostraron en este caso cómo debe castigarse a los calumniadores, obligándolos a convertirse en acusadores. Si prueban la acusación, se les premia, y si no se les castiga, como Manlio fue castigado.

---

[56] Nada dice Maquiavelo sobre el modo particular como se podría perseguir una falta de carácter privado como la calumnia (que, como él reconoce, se produce en el interior de las casas), salvo la idea genérica de promover la facultad de acusar. Parece que confía absolutamente en que la libertad de acusación quitará la razón de ser a la calumnia, sin darse cuenta de que la persecución de la calumnia podría desarrollar un Estado policial.

57 La figura a la que se refiere es Cosme de Médicis. Sin embargo, Guicciardini rechaza el juicio de Maquiavelo y considera que aquél se hizo poderoso no a través de la calumnia sino de la prudencia y la riqueza excesiva.

58 Se refiere al Capitán del Pueblo, que junto con el Podestà, ejercía en Florencia la autoridad judicial.

CAPÍTULO IX

De cómo es necesario que sea uno solo quien organice o reorganice una república

Acaso parezca a alguno que he hablado ya mucho de la historia romana sin hacer antes mención alguna de los fundadores de dicha república, ni de sus instituciones religiosas y militares, y no queriendo que esperen más los que acerca de esto desean saber algo, diré que muchos consideraron malísimo ejemplo que el fundador de la constitución de un Estado, como lo fue Rómulo,[59] matara primero a un hermano suyo y consintiera después la muerte de Tito Tacio Sabino, a quien había elegido por compañero o asociado en el mando supremo, y hasta juzgaran por ello que los ciudadanos podían, a imitación de la conducta de su príncipe, por ambición o deseo de mando, ofender a cuantos a su autoridad se opusieran. Esta opinión parecería cierta sino se considerase el fin que le indujo a cometer tal homicidio. Pero es preciso establecer como regla general que nunca o rara vez ocurre que una república o reino sea bien organizado en su origen o completamente reformada su constitución sino por una sola persona, siendo indispensable que de uno solo dependa el plan de organización y la forma de realizarla.

El fundador prudente de una república que tenga más en cuenta el bien común que su privado provecho, que atienda más a la patria común que a su propia sucesión debe, pues, procurar que el poder esté exclusivamente en sus manos. Ningún hombre sabio censurará el empleo de algún procedimiento extraordinario para fundar un reino u organizar una república; pero conviene al fundador que, cuando el hecho le acuse, el resultado le excuse; y si éste es bueno, como sucedió en el caso de Rómulo, siempre se le absolverá. Digna de censura es la violencia que destruye, no la violencia que reconstruye.[60] Debe, sin embargo, el legislador ser prudente y virtuoso para no dejar como herencia a otro la autoridad de que se apoderó, porque, siendo los hombres más inclinados al mal que al bien, podría el sucesor emplear por ambición los medios a que él apeló por virtud.[61] Además, si basta un solo hombre para fundar y organizar un Estado, no duraría éste mucho si el régimen establecido dependiera de un hombre solo, en vez de confiarlo al cuidado de muchos interesados en mantenerlo. Porque así como una reunión de hombres no es apropiada para organizar un régimen de gobierno, porque la diversidad de opiniones impide conocer lo más útil, establecido y aceptado el régimen, tampoco se ponen todos de acuerdo para derribarlo.

Que Rómulo mereciese perdón por la muerte del hermano y del colega y que lo hizo por el bien común y no por propia ambición, lo demuestra el hecho de haber organizado inmediatamente un Senado que le aconsejara, y a cuyas opiniones ajustaba sus actos.

Quien examine bien la autoridad que Rómulo se reservó, verá que sólo fue la de mandar el ejército cuando se declarase la guerra, y la de convocar el Senado. Apareció esto evidente después, cuando Roma llegó a ser libre por la expulsión de los Tarquinos, porque, de la organización antigua, sólo se innovó que al rey perpetuo sustituyeran dos cónsules anuales, lo cual demuestra que el primitivo régimen de la ciudad era más

conforme a la vida civil y libre de los ciudadanos, que despótico y tiránico.

En corroboración de lo dicho, podría citar infinitos ejemplos como los de Moisés, Licurgo, Solón y otros fundadores de reinos y repúblicas, quienes, atribuyéndose autoridad absoluta, hicieron leyes favorables al bien común; pero, por ser bien sabidos, prescindiré de ellos, limitándome a aducir uno que, si no tan célebre, deben tenerlo muy en cuenta los que ambicionen ser buenos legisladores. Es el siguiente: Agis, rey de Esparta, deseaba restablecer la estricta observancia de las leyes de Licurgo entre los espartanos, creyendo que, por relajación en su cumplimiento, había perdido su patria la antigua virtud, y, por tanto, la fuerza y el poder; pero los éforos espartanos lo hicieron matar inmediatamente, acusándole de aspirar a la tiranía. Le sucedió en el trono Cleómenes, quien, concibiendo igual proyecto por los recuerdos y escritos que encontró de Agis, donde se veía claro cuáles eran sus pensamientos e intenciones, comprendió que no podía hacer este bien a su patria, si no concentraba en su mano toda la autoridad, pues creía que, a causa de la ambición humana, le era imposible, contrariando el interés de los menos, realizar el bien común; y aprovechando la ocasión oportuna, hizo matar a todos los éforos y a cuantos podían oponérsele, restableciendo después las leyes de Licurgo. Esta determinación hubiese producido el renacimiento de Esparta y dado a Cleómenes tanta fama como alcanzó Licurgo, a no ser por el poder de los macedonios y la debilidad de las repúblicas griegas.[62] Atacado después de estas reformas por los macedonios, siendo inferior en fuerzas y no teniendo a quien recurrir, fue vencido y su proyecto justo y laudable quedó sin realizar.

En vista de todo lo dicho, deduzco que para fundar una república es preciso que el poder lo ejerza uno solo, y que Rómulo, por la muerte de Remo y de Tacio, no merece censura, sino absolución.

---

59 Desaparece la duda, presente en *Discursos*, I, 1, sobre si Roma había sido fundada por Eneas o por Rómulo, prevaleciendo incontestadamente aquí la segunda hipótesis. La figura de Rómulo se identifica aquí con la acción legislativa de Licurgo y ya no con el desarrollo casual de la historia de Roma, como se representaba en los dos primeros capítulos.

60 Se trata de uno de los pasajes más frecuentemente citados para declarar a Maquiavelo «maestro del mal» (L. Strauss). Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta transgresión, al menos en este pasaje, es justificada sólo por la realización de un bien común.

61 Una de las pocas doctrinas constantes en estos *Discursos* es la del rechazo completo del principio de herencia del poder. Guicciardini muestra la misma desconfianza por este modo de transmisión del poder. Desde un punto de vista de realismo político, resulta decepcionante (Inglese considera que la argumentación procede de modo sofístico) que Maquiavelo no explique cómo se da el paso de la necesariamente singular creación política a la comunitaria vida política ordinaria: ¿por qué Rómulo habría aceptado las prerrogativas del Senado cuando todo el poder era suyo? Por este motivo, la idea de la necesidad de una sola persona para fundar la comunidad política suele interpretarse de modo no literal, tal como hace por ejemplo, en ámbito español, R. Águila & S. Chaparro, *La república de Maquiavelo*, Madrid, Tecnos, 2006.

62 ¿Cuál es el «efecto» que excusa aquí a Cleómenes si de hecho no obtiene el resultado del bien común por la invasión de los macedonios? Ciertamente, el caso de Cleómenes, quien no obtuvo ningún éxito político y

acabó refugiándose en Egipto donde se suicidó, no es directamente asimilable al de Rómulo, pues el espartano fue incapaz de organizar una república sólida. Siguiendo la conocida imagen de I. Berlin con la que quería describir el espíritu del pensamiento político de Maquiavelo, Cleómenes cascó los huevos (mató a los éforos) pero no llegó a hacer, aunque fuese por causas fortuitas, la tortilla.

CAPÍTULO X

Son tan dignos de elogio los fundadores de una república o de un reino, como de censura y vituperio los de una tiranía

Entre los hombres dignos de elogio son alabadísimos los fundadores y organizadores de las religiones, y después de ellos, los que han fundado repúblicas o reinos. El tercer lugar en la celebridad corresponde a los jefes de los ejércitos que acrecentaron su poder o el de su patria, y a su nivel figuran los literatos insignes, cuya fama está en consonancia con su mérito.[63] A los demás hombres, en número infinito, corresponde la parte de elogios merecida por distinguirse en el arte o profesión que ejercitan.

Son, al contrario, infames y detestables los hombres destructores de las religiones, los disipadores de reinos y repúblicas, los enemigos de la virtud, de las letras y de las demás artes que proporcionan honra y provecho al género humano, y en tal caso se encuentran los impíos y tiranos, los ignorantes holgazanes y viles.

No habrá hombre alguno, que, dándole a elegir entre las dos especies, no elogie la que es digna de elogio y censure la que merece vituperio. Sin embargo, engañados por un falso bien, casi todos se inclinan voluntariamente o por error hacia los que merecen más censura que alabanza, hacia los que, pudiendo fundar con perpetua honra suya una república o reino, prefieren la tiranía, sin advertir cuánta fama, honra, seguridad, paz e íntima satisfacción pierden al tomar este partido, y cuánta infamia, vergüenza, reprobación y temor de constante peligro sobre sí atraen.

Los que como ciudadanos particulares viven en una república, y por su fortuna o virtud llegan a ser príncipes, si leen la historia y saben aprovechar las lecciones que la Antigüedad ofrece, seguramente preferirán ser en su patria Escipiones a ser Césares;[64] parecerse más a Agesilao, Timoleón o Dion que a Nabis,[65] Falaris o Dionisio; porque ven a éstos tan llenos de vituperio como a aquéllos colmados de alabanzas; a Timoleón y a los demás, con tanto poder en su patria como Dionisio o Falaris, y gozándolo con muchísima más seguridad.

A ninguno debe engañar la gloria de César, tan celebrada por los escritores, porque quienes le elogiaron estaban ligados a su fortuna, y además, temerosos ante la duración del Imperio, regido por los que habían adoptado aquel nombre, los cuales no dejaban escribir libremente del fundador de su poder personal. Pero quienes quieran comprender lo que hubieran dicho de él, vean lo que escriben de Catilina, siendo aun más detestable César, porque es más digno de censura el ejecutor del mal que quien lo intenta, y en cambio observen cuántas alabanzas tributan a Bruto. No se atreven a decir mal de César, a causa de su poder, pero celebran a su enemigo.

Considere también quien llegue a ser príncipe en una república que, convertida Roma en Imperio, merecieron y obtuvieron grandes elogios los emperadores que vivían sometidos a las leyes y como buenos príncipes; y todo lo contrario los que observaron mala conducta: véase cómo Tito, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio no

necesitaron soldados pretorianos ni multitud de legiones para defenderse, porque sus costumbres, la benevolencia del pueblo y el amor del Senado los defendían; véase también cómo a Calígula, Nerón, Vitelio y otros emperadores malvados no bastaron los ejércitos orientales y occidentales para librarlos de los enemigos que les crearon su viciosa vida y perversas costumbres.

La historia del Imperio romano bien estudiada enseña suficientemente a cualquier príncipe la vía de la gloria o de la infamia, de la confianza o del temor. De los veintiséis emperadores que hubo desde César hasta Maximino, dieciséis fueron asesinados, y sólo diez sucumbieron de muerte natural. Si entre los primeros hubo algunos buenos príncipes como Galba o Pertinax, fueron víctimas de la corrupción que sus antecesores propagaron en la soldadesca; y si entre los que fallecieron de muerte natural se cuenta algún malvado, como Severo, debió este fin a su grandísimo valor y extraordinaria fortuna, cosas ambas que muy pocos hombres disfrutan.

La historia del Imperio romano enseña también cómo se puede constituir un buen reino; porque todos los emperadores que llegaron a serlo por herencia, excepto Tito, fueron malos, y los que por adopción, buenos, como los cinco desde Nerva hasta Marco Aurelio; caminando el Imperio a su ruina desde que predominó la sucesión por herencia. Examine un príncipe la época que medió entre Nerva y Marco Aurelio; compárela con la correspondiente a sus antecesores o sucesores, elija después en cuál hubiese querido nacer y en cuál reinar. En los tiempos de los buenos emperadores verá al príncipe y a los ciudadanos tranquilos y seguros, la paz y la justicia reinando en el mundo, el Senado gozando de su autoridad, los magistrados de sus honores, los ricos de su fortuna, la nobleza y la virtud exaltadas y por todos lados, la calma y la felicidad, habiendo desaparecido todo linaje de discordia, licencia, corrupción o ambición injustificada; verá la edad de oro en que cada cual puede tener y defender la opinión que quiera; verá, finalmente, cómo triunfa en el mundo el respeto, y la gloria para el príncipe, la paz y la felicidad para los pueblos.[66]

Si después estudia atentamente la historia de los otros emperadores, les verá ensangrentarse en las guerras; luchando contra las sediciones; crueles siempre: verá los príncipes asesinados; las guerras intestinas y exteriores incesantes; Italia, afligida cada vez más por nuevos infortunios y sus ciudades saqueadas y arruinadas; verá a Roma quemada, derribado el Capitolio por los mismos ciudadanos, profanados los antiguos templos, corrompidos los ritos, plagada la ciudad de adulterios, lleno el mar de desterrados y los escollos de sangre; verá en Roma innumerables crueldades, y la nobleza, la riqueza, los honores y sobre todo la virtud imputadas como pecados capitales; verá premiados a los delatores, verá corromper a esclavos y a libertos, para que espíen y denuncien a sus amos y a sus patronos, y a los que no tenían enemigos, ser perseguidos por sus amistades. Comprenderá entonces lo que Roma, Italia y el mundo deben a César. Sólo con ser hombre se asustará de imitar en modo alguno épocas de tanta perversión, prefiriendo con vehemente deseo hacer revivir los buenos tiempos.

Y en verdad, cualquier príncipe ambicioso de la gloria del mundo debe desear la posesión de una ciudad corrompida, no para aniquilar por completo en ella las buenas

costumbres, como César, sino para reorganizarla, como Rómulo, porque ni el cielo puede dar a los hombres mejor ocasión de gloria, ni los hombres desearla.[67] Y si para constituir bien una ciudad fuera indispensable abdicar la soberanía, quien por no renunciar a ésta dejara de hacerlo, merecería alguna excusa, pero no así el que pueda hacer las reformas sin dejar de ser príncipe.

En suma: consideren aquellos a quienes el cielo ha puesto en condiciones de realizar tales obras, que ante sí tienen dos vías: una les ofrece seguridad en esta vida y fama y gloria después de la muerte; otra les hará vivir en continua angustia y, muertos, los cubrirá de sempiterna infamia.

---

63 Bausi señala cómo Maquiavelo ni siquiera presenta la tradicional disputa entre las armas (o la vida activa) y las letras (o vida contemplativa). Para Maquiavelo, las armas tienen incluso una prioridad cronológica.

64 Como Bausi apunta, es un tema clásico en el republicanismo florentino la contraposición, y la preferencia por el primero de ellos, entre Escipión (que se exilió para no perjudicar a la república) y César (que destruyó la libertad de Roma).

65 Resulta sorprendente que aquí Nabis aparezca descrito no sólo como tirano sino sobre todo peyorativamente cuando en *El príncipe*, IX, se habla de él positivamente y se lo identifica con la figura positiva o, al menos, neutra del principado civil: «Nabis, príncipe de los espartanos, sostuvo el asedio de toda Grecia y de un más que victorioso ejército romano, logrando salvaguardar contra todos ellos su patria y su poder. Cuando sobrevino el peligro le bastó con precaverse de unos pocos, cosa que no habría sido suficiente de haber sido el pueblo enemigo suyo».

66 Se trata de una imagen extremadamente positiva para una forma política no republicana.

67 Aunque presente también en *Historias de Florencia*, la idea de que la máxima grandeza política sólo se puede extraer de la peor situación posible se encuentra canónicamente expresada en *El príncipe*, VI y XXVI.

CAPÍTULO XI

De la religión de los romanos

Aunque Roma tuvo por primer fundador a Rómulo,[68] de quien, como hija, tiene que reconocer el nacimiento y la educación, juzgando los dioses que las leyes de Rómulo no bastaban para el Imperio que había de tener la ciudad, inspiraron al Senado romano elegir a Numa Pompilio por sucesor de aquél, a fin de que ordenase lo que su antecesor no había establecido.

Se encontró Numa con un pueblo de rudísimas costumbres, y a fin de habituarle a la obediencia por medio de las artes de la paz, acudió a la religión, como cosa indispensable para mantener el orden social. La estableció sobre tales fundamentos, que durante muchos siglos en ninguna parte, como en aquella república, hubo tanto temor a los dioses; temor que facilitó la ejecución de muchas empresas proyectadas por el Senado o por aquellos grandes hombres.

Quien examine los hechos del pueblo romano en general, y de muchos romanos en particular, observará que aquellos ciudadanos temían más faltar a sus juramentos que a las leyes, como todos los que tienen en más el poder de Dios que el de los hombres, según ponen de manifiesto los ejemplos de Escipión y de Manlio Torcuato. Derrotados los romanos por Aníbal en Cannas,[69] muchos ciudadanos se reunieron llenos de turbación y miedo acordando abandonar Italia y refugiarse en Sicilia; pero lo supo Escipión, fue en su busca con la espada en la mano, les obligó a jurar que no abandonarían la patria, y así lo hicieron.

Lucio Manlio, padre de Tito Manlio, llamado después Manlio Torcuato, fue acusado por Marco Pomponio, tribuno de la plebe; y antes de proceder al juicio, buscó Tito a Marco; con amenazas de muerte le obligó a jurar que retiraría la acusación contra su padre, y aunque juró por miedo, cumplió el juramento.

Así pues, a aquellos ciudadanos a quienes ni el amor a la patria ni las leyes retenían en Italia, los retuvo un juramento que les obligaron a prestar; y aquel tribuno prescindió del odio que profesaba al padre, de la ofensa que le hacía el hijo y de su propio honor, para obedecer el juramento prestado. Tal respeto a lo jurado era consecuencia de los principios religiosos que Numa estableció en Roma.

Quienes estudian bien la historia romana observan cuán útil era la religión para mandar los ejércitos, para reunir al pueblo, para mantener y alentar a los buenos y avergonzar a los malos, a tal punto, que si fuera preciso decidir a cual rey debió más Roma si a Rómulo o a Numa, creo que sería éste el elegido,[70] porque donde hay religión fácilmente se establecen la disciplina militar y los ejércitos, y donde sólo hay ejércitos y no religión es muy difícil fundar ésta.[71]

Si Rómulo no necesitó de la autoridad de Dios para crear el Senado y otras instituciones civiles y militares, la necesitó Numa, quien simuló estar inspirado por una ninfa que le aconsejaba lo que debía él aconsejar al pueblo; acudiendo a este recurso por

la precisión de establecer nuevas y desconocidas reglas de conducta y por la duda de que bastase su autoridad para conseguirlo.

Y en verdad han tenido que recurrir a un dios cuantos dieron leyes extraordinarias a un pueblo, porque de otra manera no hubieran sido aceptadas, a causa de que la bondad de muchos principios la conocen los sabios legisladores, pero no tienen pruebas evidentes para convencer al vulgo, y los que quieren evitarse esta dificultad acuden a los dioses. Así lo hizo Licurgo, así Solón y otros muchos que se proponían el mismo objeto.

Admirando, pues, el pueblo romano la bondad y prudencia de Numa, aceptaba todas sus determinaciones. Verdad es que facilitaron sus designios el poder de la religión en aquel tiempo y la rudeza de las costumbres de los hombres a quienes había de convencer de la necesidad de reformas. De igual modo, quien en los actuales tiempos quisiera fundar una república le sería más fácil conseguirlo con hombres montaraces y sin civilización alguna, que con ciudadanos de corrompidas costumbres; como un escultor obtendrá mejor una bella estatua de un trozo informe de mármol que de un mal esbozo hecho por otro.[72]

De todas estas consideraciones deduzco que la religión establecida por Numa fue una de las principales causas de la felicidad de Roma, porque originó un buen régimen, del cual nace la buena fortuna, y de ésta el feliz éxito de las empresas. De igual modo que la observancia del culto divino es causa de la grandeza de las repúblicas, el desprecio de dicho culto ocasiona su perdición; porque cuando llega a faltar el temor a Dios, el Estado perece o vive solamente por el temor a un príncipe, temor que suple la falta de religión.[73] Aun en este caso, siendo corto el reinado de cada príncipe, el reino cuya existencia depende de la virtud de quien lo rige, pronto desaparece. Consecuencia de ello es que los reinos que subsisten por las condiciones personales de un hombre son poco estables, pues las virtudes de quien los gobierna acaban cuando éste muere, y rara vez ocurre que renazcan en su sucesor, según acertadamente dice Dante:

Rade volte discende per li rami
L'umana probitate: é questo vuole
Quel che la dá, perche da lui si chiami[74]

No consiste, pues, la salud de una república o de un reino en tener un príncipe que prudentemente gobierne mientras viva, sino en uno que organice de manera que esta organización subsista aun después de muerto el fundador. Y aunque sea más fácil persuadir a los hombres rudos de la bondad de una constitución u opinión nueva, no es imposible convencer también a los hombres civilizados y que presumen de entendidos. Ni rudo ni ignorante parece ser el pueblo de Florencia, y, sin embargo, le persuadió el fraile Jerónimo Savonarola de que hablaba en nombre de Dios.[75] No diré si era o no verdad, porque de una persona tan importante se debe hablar con respeto; pero sí afirmo que infinitos le creyeron sin haber visto cosa alguna extraordinaria que se lo hiciera creer, y sólo porque su vida, su doctrina y el asunto que trataba bastaban para prestarle fe.

Nadie, pues, debe desesperar de conseguir lo que otro ha logrado, porque todos los hombres, según hemos dicho en el prólogo, nacen, viven y mueren sujetos a las mismas leyes naturales.

---

68 Se mantiene la misma posición que en el capítulo anterior; ya no hay duda entre Eneas y Rómulo acerca de la fundación de Roma.

69 La derrota de Cannas se produjo en 216 a.C.

70 En *Discursos*, I, XIX, Maquiavelo dirá que es Rómulo quien se debe llevar la gloria, tal como en el comentario a este capítulo también defiende Guicciardini.

71 Esta doctrina es relativamente excepcional en Maquiavelo, la de la dependencia de las buenas armas respecto de la religión. La relación de dependencia más habitual es la que las armas ejercen sobre las leyes.

72 Éste es el único principio que establece Maquiavelo para introducir la necesaria religión civil en la ciudad: resultará más fácil introducirla en un pueblo montaraz que en uno ya civilizado.

73 La diferencia entre el temor de un príncipe y de Dios no es tanto de grado cuanto que el temor de un príncipe resulta más difícilmente perdurable en las generaciones.

74 Dante, *Divina Comedia*, Purgatorio, VII, 121-123: «Rara vez se transmite por sucesión la probidad humana, y así lo quiere quien la da, para que se proclame que de él depende».

75 Se relativiza, por tanto, el principio de que sólo los montaraces pueden recibir la religión. Además, nos encontramos ante una imagen positiva de Savonarola, quien, a pesar de que en muchos lugares se lo trata de modo opuesto (Inglese defiende que, pese a las críticas, es un tema de reflexión profundo), recibe un tratamiento positivo, al menos por los grandes personajes con los que es comparado, en *El príncipe*, VI: «Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar por tan largo tiempo sus ordenamientos de haber estado desarmados, tal como en nuestros días acaeció a Savonarola».

CAPÍTULO XII

De lo importante que es hacer gran caso de la religión, y de que Italia, por no hacerlo, a causa de la Iglesia romana, está arruinada

Los príncipes y las repúblicas que quieren vivir sin que se corrompan las costumbres, deben cuidar, ante todo, de la pureza de la religión y sus ceremonias, y de que siempre sean veneradas, porque el indicio más seguro de la ruina de un Estado es ver despreciado en él el culto divino. Fácil es comprender esto, una vez conocidos los fundamentos de la religión de un país; porque toda religión tiene una base capital en que descansa su sistema. La de los gentiles se fundaba en las respuestas de los oráculos y en la secta de los augures y de los arúspices; todas las demás ceremonias, sacrificios y ritos dependían de ellos, por creerse fácilmente que el dios que podía predecir o el bien o el mal futuro, lo podía también realizar. De aquí nacieron los templos, los sacrificios, las plegarias y todas las demás ceremonias empleadas para venerar a los dioses; porque el oráculo de Delos, el templo de Júpiter Ammón y otros oráculos célebres tenían al mundo admirado y devoto. Pero cuando los oráculos empezaron a predecir según convenía a los poderosos, y los pueblos descubrieron esta falsedad, los hombres llegaron a ser incrédulos y aptos para perturbar el régimen establecido.

Deben, pues, los encargados de regir una república o un reino mantener los fundamentos de la religión que en ellos se profese, y hecho esto, les será fácil conservar religiosa la república y, por tanto, buena y unida; y deben acoger y acrecentar cuantas cosas contribuyen a favorecer la religión, aun las que consideren falsas, tanto más cuanto mayor sabiduría y conocimiento de las cosas naturales tengan.

Por haberlo hecho así los hombres sabios nació la opinión de los milagros que se celebran en las religiones, aun en las falsas; porque cualquiera que sea su origen, los prudentes les dan crédito y su autoridad propaga la fe en la muchedumbre. De estos milagros hubo muchos en Roma, y entre otros el de que, saqueando los soldados romanos la ciudad de Veyes, entraron algunos en el templo de Juno y acercándose a la estatua de la diosa y diciéndole *vis venire Roman*?,[76] algunos creyeron ver que la diosa hacía señales de aceptación, y otros que dijo «sí». Sucedió esto porque, siendo aquellos hombres muy religiosos (lo que demuestra Tito Livio al decir que entraron en el templo sin tumulto y llenos todos de devoción y respeto), les pareció oír la respuesta que para su demanda previamente suponían. Camilo y otros jefes de los romanos favorecieron y acrecentaron esta creencia.

Si los príncipes de las naciones cristianas hubieran mantenido la religión conforme a las doctrinas de su fundador,[77] los Estados y las repúblicas cristianas estarían mucho más unidos y serían mucho más felices. El mejor indicio de su decadencia es el ver que los pueblos más próximos a la Iglesia romana, cabeza de nuestra religión, son los menos religiosos. Quien considere los fundamentos en que descansa y vea cuán diversas de las primitivas son las prácticas de ahora, juzgará, sin duda, inmediata la época de la ruina o del castigo. Y porque algunos opinan que el bienestar de las cosas de Italia depende de la

Iglesia de Roma, expondré contra esa opinión algunas razones que se me ocurren, dos entre ellas poderosísimas, que, en mi sentir, no tienen réplica. Es la primera, que por los malos ejemplos de aquella corte ha perdido Italia toda devoción religiosa, lo cual ocasiona infinitos inconvenientes e infinitos desórdenes, porque de igual manera que donde hay religión se presuponen todos los bienes, donde falta hay que presuponer lo contrario.[78]

Y quien quisiera ver pronto por experiencia la verdad del aserto necesitaría ser tan fuerte que pudiera trasladar la corte romana, con la autoridad que en Italia tiene, a Suiza, único pueblo que hoy vive en cuanto a religión y a la disciplina militar como los antiguos, y vería cómo al poco tiempo causaban en dicho país más desórdenes las deplorables costumbres de dicha corte que cualquier otro accidente en época alguna pudiera producir.[79]

El primer servicio que debemos, pues, nosotros los italianos a la sede pontificia y al clero es el de haber llegado a ser irreligiosos y malos; pero aún hay otro mayor que ha ocasionado nuestra ruina, y consiste en que la iglesia ha tenido y tiene a Italia dividida.

Jamás hubo ni habrá país alguno unido y próspero si no se somete todo él a la obediencia de un gobierno republicano o monárquico, como ha sucedido a Francia y a España.[80] La causa de que Italia no se encuentre en el mismo caso, de que no tenga una sola república o un solo príncipe que gobierne, consiste en la Iglesia;[81] porque, habiendo adquirido y poseyendo dominio temporal, no ha llegado a ser lo poderosa y fuerte que era preciso para ocupar toda Italia y gobernarla, ni tan débil que no le importe perder su dominio temporal, obligándole el deseo de conservarlo a pedir auxilio a un poderoso contra el que en Italia llegare a serlo demasiado; como antiguamente se vio repetidas veces, cuando, mediante Carlomagno, arrojó a los lombardos que habían reducido ya a su dominación casi toda Italia, y cuando, en nuestros tiempos, quitó el poder a los venecianos con ayuda de Francia, y después, con el auxilio de los suizos, arrojó a los franceses. No siendo nunca la Iglesia bastante poderosa para ocupar Italia, ni permitiendo que otro la ocupe, ha causado que no pueda unirse bajo un solo jefe, viviendo gobernada por varios príncipes y señores. De aquí nació la desunión y debilidad que la han llevado a ser presa, no sólo de los bárbaros poderosos, sino de cualquiera que la invade. Todo esto lo debemos los italianos a la Iglesia solamente y a ningún otro.

---

76 «¿Quieres venir a Roma?»

77 Se refiere al mismo Jesucristo.

78 Muchos de estos pasajes fueron recortados de las primeras ediciones de los *Discursos*. Bausi (pág. 811) informa de que uno de los ejemplares de la edición giuntina que ha examinado (el de la Biblioteca Apostólica Vaticana) tiene recortados los capítulos XI-XV del primer libro, así como el nombre de Maquiavelo y la carta dedicatoria.

79 Todos los testimonios y los editores, excepción hecha de Bausi (págs. 818-819), a quien seguimos, colocan este párrafo («Y quien quisiera […] producir») al final del capítulo actual («Todo esto lo debemos los italianos a la Iglesia solamente»). El motivo del cambio se debe a que el lugar habitual del párrafo no resulta

coherente con el tema que en ese momento está tratando, sino que debe situárselo en este punto donde habla de la permeabilidad de las malas costumbres de la curia. Bausi, que sigue a Martelli en este punto, afirma que debe de tratarse de un error de arquetipo o un descuido del copista. Si Inglese y Rinaldi consideran la argumentación de Martelli razonable, Cutinelli-Rèndina la describe como impecable.

80 Por este énfasis en la importancia de la organización nacional, ya sea en la forma de república o de monarquía, este pasaje ha sido conectado con la exhortación del capítulo XXVI, demostrando en parte que la idea de la unidad nacional no sólo era una imaginación para Maquiavelo.

81 Esta acusación tan directa a la Iglesia, en una época en la que ésta era gobernada por los florentinos Médicis, puede ser reflejo de la decepción que León X causó en Maquiavelo por la falta de una política más decidida de fortalecimiento de Florencia y apoyo al proyecto principesco de Lorenzo, el joven duque de Urbino.

CAPÍTULO XIII

De cómo los romanos se servían de la religión para organizar la ciudad, proseguir sus empresas y refrenar los tumultos

Yo creo fuera de propósito presentar algún ejemplo de cómo se servían los romanos de la religión para organizar la ciudad y proseguir sus empresas. Aunque en Tito Livio se encuentran muchos, me limitaré a los siguientes:

Habiendo elegido el pueblo romano todos los tribunos con potestad consular, todos ellos plebeyos salvo uno, y ocurriendo aquel año peste y hambre, acompañadas de algunos prodigios, aprovecharon la ocasión los patricios para combatir la nueva creación de los tribunos, diciendo que los dioses estaban llenos de ira por haber usado mal Roma de la majestad de su imperio, y que el único medio de aplacarlos consistía en restablecer la elección de los tribunos como antes se verificaba. El pueblo, que era muy religioso, asustado por lo que se decía de los dioses, eligió a todos los tribunos de clase patricia.

Se vio también en el asedio de Veyes que los jefes del ejército se valían de la religión para disponerlo a cualquier empresa. Las aguas del lago de Albano crecieron aquel año extraordinariamente; los soldados romanos estaban cansados del largo cerco, y querían volver a Roma; pero los generales averiguaron que las respuestas de Apolo y de otras divinidades, comunicadas por los oráculos, anunciaban que se tomaría la ciudad el año que se desbordasen las aguas del referido lago, y esto solo bastó para que los soldados soportasen el cansancio de la guerra y del asedio con la esperanza de apoderarse de Veyes y para que continuaran la empresa; hasta que Camilo, elegido dictador, la tomó diez años después de cercada. Véase, pues, cómo sirviéndose oportunamente de la religión, pudieron conquistar Veyes y restituir la autoridad tribunicia a los patricios, cosas ambas que difícilmente se hubieran conseguido por otro medio.

A este propósito aduciré otro ejemplo. La obstinación del tribuno Terentillo en querer promulgar cierta ley, produjo varios tumultos en Roma por motivos que más adelante diremos, y uno de los primeros medios a que acudieron los patricios contra él fue la religión. Valiéronse de ella de dos modos: uno haciendo ver los libros Sibilinos y predecir, por el contenido de ellos, que aquel año amenazaba a Roma el peligro de perder la libertad, a causa de las discordias civiles, y aunque los tribunos descubrieron la falsedad de la predicción, causó tanto terror en la plebe, que la retrajo de seguirles. Consistió el otro modo en que, ocupado de noche el Capitolio por un tal Apio Erodonio, seguido de cuatro mil bandidos y esclavos, dando así ocasión a temer que si los equos y los volscos, perpetuos enemigos del nombre romano, atacaban a la ciudad pudieran apoderarse de ella, y no cesando por este motivo los tribunos en insistir en su pretensión de promulgar la ley de Terentillo, pues aseguraban que aquel alboroto era una estratagema, salió del Senado Publio Rubecio, ciudadano grave y autorizado, y con frases, cariñosas unas y amenazadoras otras, mostró al pueblo el peligro en que Roma estaba, y lo intempestiva que era la exigencia de los tribunos, obligando al fin al pueblo a jurar que obedecería al cónsul. Inmediatamente atacó y tomó el pueblo el Capitolio, pero

en el ataque fue muerto el cónsul Publio Valerio, siendo elegido sin pérdida de tiempo para sucederle en el consulado Tito Quincio, quien, para no dar descanso al pueblo ni dejarle tiempo de pensar en la ley Terentilla, le ordenó salir contra los volscos, alegando que, por el juramento prestado de obedecer al cónsul, estaba obligado a seguirle. Se oponían los tribunos, diciendo que el juramento se había prestado al cónsul muerto, y no a él; pero Tito Livio escribe que el pueblo, por respeto a la religión, prefirió obedecer al cónsul a creer a los tribunos, y añade el historiador estas palabras en loor de la religión antigua: *Nondum hœc, quœ nunc tenet sœculum, negligentia Deum venerat, nec interpretando sibi quisque jusjuradum et lejes aptas faeiebat.*[82] Temieron los tribunos, en vista de la determinación del pueblo, perder toda su autoridad, y convinieron con el cónsul en que éste le obedeciera; en no hablar durante un año de la ley Terentilla, y en que, en dicho plazo, no llevaran los cónsules al pueblo a la guerra.

De tal suerte pudo el Senado, por medio de la religión, vencer un conflicto que, sin ella, jamás hubiera podido dominar.

---

82 «No se había llegado aún a la culpable indiferencia de ahora hacia nuestros dioses, ni interpretaba cada cual en provecho propio los juramentos y las leyes.»

CAPÍTULO XIV

Los romanos interpretaban los auspicios según las necesidades. Aparentaban prudentemente observar la religión, cuando se veían forzados a faltar a sus preceptos, y si alguno cometía la temeridad de despreciarla, lo castigaban

No sólo era la institución de los augures, según ya hemos dicho, el fundamento de buena parte de la antigua religión de los gentiles, sino también la causa del bienestar de la república romana, por lo cual la estimaban los romanos mucho más que todas las otras, empleándola en los comicios consulares, al principiar todas las empresas, al sacar los ejércitos a campaña, al dar batalla y en general en todos los actos importantes, civiles o militares. Jamás se comenzaba una expedición belicosa sin haber persuadido a los soldados de que los dioses les prometían la victoria.

Entre los arúspices, había algunos, llamados polarios, que acompañaban a los ejércitos, y cuando los generales determinaban dar batalla al enemigo, les pedían que hicieran los auspicios, que consistían en echar de comer a los pollos sagrados. Si éstos picoteaban con afán, era buen augurio y daban la batalla; y si no, se abstenían de pelear. Sin embargo, cuando había motivos racionales para hacer alguna cosa la realizaban, aunque los auspicios fuesen contrarios, pero disfrazando los actos de tal suerte, que, al parecer, no la ejecutaban en desprecio de la religión.

De tales medios se valió el cónsul Papirio en una batalla importantísima que dio a los samnitas, derrotándolos y casi aniquilándolos. Se encontraba Papirio con su ejército frente al de los samnitas y deseoso de dar una batalla, porque juzgaba segura la victoria, ordenó a los polarios que hicieran los auspicios. Aunque los pollos no comían, al ver el jefe de los polarios el gran ánimo de los soldados para combatir y la esperanza del cónsul y de los capitanes en la victoria, por no privar al ejército de la ocasión de alcanzarla, dijo al cónsul que los auspicios eran buenos. Ordenaba Papirio el ejército para la lucha, cuando algunos soldados supieron por los polarios que los pollos no habían comido, y lo refirieron a Espurio Papirio, sobrino del cónsul. Se lo dijo Espurio a éste, pero el cónsul le contestó que atendiera a cumplir bien su deber, pues los auspicios eran buenos para él y para el ejército, y si los polarios le habían engañado, ellos sufrirían el daño. Para que el efecto correspondiera al pronóstico, ordenó a los legados poner a los polarios al frente de las tropas. Y sucedió que, al marchar contra el enemigo, un soldado romano disparó un dardo, matando casualmente al jefe de los polarios. Referido el suceso al cónsul, exclamó que todo iba bien y que los dioses les eran favorables, porque con la muerte de aquel mentiroso se había lavado el ejército de toda culpa y desaparecido toda la indignación que tuvieran los dioses contra él. Así supo acomodar Papirio sus propósitos con los auspicios y dar la batalla, sin que el ejército sospechara que estaba en desacuerdo con lo que ordenaba su religión.

Lo contrario hizo Apio Pulcro en Sicilia cuando la primera guerra púnica, pues, queriendo pelear con el ejército cartaginés, mandó a los polarios hacer los auspicios, y al decirle que los pollos no comían, contestó: «Veamos si quieren beber», y los arrojó al

mar. Comenzó en seguida la batalla y la perdió. Le castigaron en Roma y recompensaron a Papirio, no tanto porque éste venció y aquél no, como por haber obrado Papirio contra los auspicios con prudencia, mientras Pulcro lo hizo temerariamente.

Se pedían los auspicios para inspirar a los soldados la confianza que casi siempre es garantía de la victoria, y por ello hubo esta costumbre entre los romanos y entre otros pueblos. Citaré un ejemplo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XV

De cómo los samnitas, por último remedio a situación apuradísima, acudieron a la religión

Derrotados los samnitas repetidas veces por los romanos, destruidos en Toscana, deshechos sus ejércitos, muertos sus capitanes y vencidos también sus aliados toscanos, galos y umbríos, *nec suis, nec externis viribus jam stare poterant: tamen bello non abstinebant, adeo ne infeliciter quidem defensæ libertatis tædebant, et vinci, quam non tentare victoriam, malebant.*[83] Intentaron, pues, la última prueba, y sabiendo que para vencer necesitaban infundir en los soldados tenaz resolución y que el mejor medio de conseguirlo era la religión, por consejo de Ovio Paccio, su gran sacerdote, renovaron su antiguo sacrificio, organizándolo en esta forma: hecho el sacrificio solemne, y después de hacer jurar ante los altares y las víctimas muertas a todos los capitanes que no abandonarían el campo de batalla, llamaron a los soldados uno a uno y también ante los altares y rodeados de muchos centuriones espada en mano, les hicieron jurar primero que nada dirían de lo que estaban viendo u oyendo, y después, con frases terribles y espantosos versos, prometer a los dioses obedecer cuanto ordenaran sus jefes, no huir de la batalla y matar a cuantos vieran que huían, y, de no cumplir el juramento, que sufriera las consecuencias del perjurio el jefe de su familia y de su estirpe. Los que, asustados, no querían jurar, eran inmediatamente muertos por los centuriones; de suerte que los que iban detrás, amedrentados por la ferocidad del espectáculo, juraban.

Para que aquella reunión, que era de cuarenta mil hombres, resultara más solemne, vistieron a la mitad de blanco con cimeras y penachos en las celadas, y en esta forma acamparon en las proximidades de Aquilonia.

Contra ellos fue Papirio, que para alentar a sus soldados, les dijo: *Non enim cristas vulnera facere, et picta atque aurata scuta transire Romanum pileum,*[84] y a fin de disipar la impresión que en sus tropas había hecho el juramento de los enemigos, les dijo que inspiraría miedo y no valor a los que habían jurado, pues debían temer al mismo tiempo a sus conciudadanos, a los dioses y a los enemigos.

Librada la batalla, los samnitas fueron vencidos, porque el valor de los romanos y el terror que les inspiraban las anteriores derrotas superó la tenacidad en la lucha que el juramento y el respeto a la religión les había inspirado. Se ve, sin embargo, que para recobrar el antiguo esfuerzo no encontraron otro medio ni otro refugio que el de la religión.[85] Prueba clara de la confianza que se debe tener en el sentimiento religioso bien empleado.

Aunque este ejemplo debería figurar quizás entre las cosas extrínsecas,[86] sin embargo, lo he puesto en este lugar por su relación con una de las más importantes instituciones de la república romana y para no tener que hablar nuevamente de este asunto.

[83] «No podían resistir ni con sus propias fuerzas ni con ayudas externas y, sin embargo, no desistían de hacer la guerra; hasta tal punto que no se cansaban de defender la libertad, si bien hasta entonces poco felizmente, y preferían ser vencidos a no intentar la victoria.»

[84] «Pues los penachos no producen heridas y la jabalina romana puede atravesar los escudos pintados y dorados.»

[85] Es un comentario común señalar que el ejemplo que Maquiavelo en este pasaje pone no prueba el principio que quiere demostrar. A los samnitas en este caso la religión no les ayuda a ganar la batalla; por lo tanto, el ejemplo no prueba que se tenga que tener confianza en el «sentimiento religioso bien empleado», ya que algunas veces no sirve de nada.

[86] El propio Maquiavelo percibe el problema estructural que crea la inclusión de este ejemplo.

CAPÍTULO XVI

El pueblo acostumbrado a vivir bajo la dominación de un príncipe, si por acaso llega a ser libre, difícilmente conserva la libertad

Infinitos ejemplos que se leen en las historias antiguas prueban cuán difícil es a un pueblo acostumbrado a vivir bajo la potestad de un príncipe, mantenerse libre si por acaso conquista la libertad, como Roma al expulsar a los Tarquinos. Esta dificultad es razonable, porque el pueblo que en tal caso se encuentra es como un animal fiero criado en prisión, que si se le deja libre en el campo, a pesar de sus instintos salvajes, faltándole la costumbre de buscar el pasto y el refugio, es víctima del primero que quiere apresarlo.[87] Lo mismo sucede a un pueblo habituado al gobierno ajeno: no sabiendo decidir en los casos de defensa u ofensa pública, no conociendo a los príncipes,[88] ni siendo de ellos conocido, pronto recae en el yugo, el cual es muchas veces más pesado que el que poco antes se quitó del cuello.

Y tropieza con esta dificultad aun en el caso de no estar del todo corrompido, porque si ha penetrado por completo la corrupción, no ya poco tiempo, ni un instante puede vivir libre, según demostraremos. Me refiero, pues, a los pueblos donde la corrupción no es muy extensa y donde hay más bueno que malo.[89]

A la dificultad citada añádase otra, cual es que el Estado, al llegar a ser libre, adquiere enemigos, y no amigos. Enemigos llegan a serlo cuantos medran con los abusos de la tiranía y se enriquecen con el dinero del príncipe. Privados de los medios de prosperar, no es posible que vivan satisfechos, y se ven obligados a intentar todos los medios para restablecer la tiranía y volver a su antiguo bienestar. Y no adquiere amigos, según he dicho, porque el vivir libre supone que los honores y premios se dan cuando se merezcan y a quien los merezca, y los que se juzgan con derecho a las utilidades y honores, si los obtienen no confiesan agradecimiento a quien se los da. Además, los beneficios comunes que la libertad lleva consigo, el goce tranquilo de los bienes propios, la seguridad del respeto al honor de las esposas y de las hijas y la garantía de la independencia personal, nadie los aprecia en lo que valen mientras los posee, por lo mismo que nadie cree estar obligado a persona que no le ofenda.

Resulta, pues, según he dicho, que, al conquistar la libertad un Estado, adquiere enemigos, y no amigos; y para evitar estos inconvenientes y los desórdenes que acarrean, no hay otro remedio mejor, ni más sano, ni más necesario que el aplicado al matar a los hijos de Bruto, quienes, como demuestra la historia, fueron inducidos con otros jóvenes romanos a conspirar contra su patria por no gozar, bajo el gobierno de los cónsules, de los privilegios que tenían durante la monarquía, hasta el punto de parecer que la libertad de aquel pueblo era para ellos la esclavitud.

Quien toma a su cargo gobernar un pueblo con régimen monárquico o republicano, y no se asegura contra los enemigos del nuevo orden de cosas, organiza un Estado de corta vida. Juzga, en verdad, infelices a los príncipes cuando para mantener su autoridad y

luchar con la mayoría de los súbditos necesitan apelar a vías extraordinarias; porque quien tiene pocos enemigos, fácilmente y sin gran escándalo se defiende de ellos; pero cuando la enemistad es de todo un pueblo, nunca vive seguro, y cuanta mayor crueldad emplea, tanto más débil es su reinado. El mejor remedio en tal caso es procurarse la amistad del pueblo.

Lo dicho en este capítulo se aparta de lo referido en el anterior, porque aquí hablo de la monarquía y allí, de la república. Añadiré breves observaciones para no tratar más esta materia.[90]

Cuando un príncipe quiere ganarse la voluntad de un pueblo que le sea enemigo (y me refiero a los príncipes que llegaron a ser tiranos de su patria), debe estudiar primero lo que el pueblo desea, y sabrá que siempre quiere dos cosas: vengarse de los que han causado su servidumbre y recobrar su libertad. El primero de estos deseos puede satisfacerlo el príncipe por completo; el segundo, en parte. Del primero citaré el siguiente ejemplo:

Clearco, tirano de Heraclea, estaba desterrado cuando ocurrió disensión entre el pueblo y los gobernantes. Viéndose éstos menos fuertes que aquél, determinaron favorecer a Clearco; tramaron con él conjuración; lo llevaron a Heraclea contra la voluntad del pueblo, y privaron a éste de libertad. Se encontró Clearco entre la insolencia de los poderosos que le habían exaltado, a quienes no podía contentar ni corregir, y el odio del pueblo, que no sufría con paciencia la pérdida de su libertad, y determinó librarse de la molestia que le causaban los poderosos ganándose a la vez el afecto del pueblo. Aprovechando una ocasión oportuna, hizo asesinar a todos los magnates con gran contentamiento del pueblo, y así satisfizo uno de los deseos de éste: el de vengarse.

Respecto a la otra aspiración popular, la de recobrar la libertad, aspiración que el príncipe no puede satisfacer, si se examinan las causas y motivos por los que los pueblos desean ser libres se verá que un corto número de ciudadanos quieren libertad para mandar, y todos los demás, que son infinitos, para vivir seguros. En todas las repúblicas hay, en efecto, cualquiera que sea su organización, cuarenta o cincuenta ciudadanos que aspiran a mandar, y, por ser tan pequeño el número, fácil cosa es asegurarse contra sus pretensiones: o deshaciéndose de ellos, o repartiéndoles los cargos y honores que, conforme a su posición, puedan satisfacerles. A los que sólo desean vivir seguros, se les contenta también fácilmente, estableciendo buenas instituciones y leyes que garanticen sus derechos y la seguridad de ejercerlos. Cuando un príncipe haga esto y el pueblo vea que por ningún accidente son quebrantadas las leyes, vivirá al poco tiempo seguro y contento.

Ejemplo de ello es el reino de Francia, donde hay tranquilidad porque limitan el poder real infinitas leyes, asegurando la libertad de todos sus pueblos. Los que organizaron aquel Estado permitieron al rey disponer libremente del ejército y del dinero; pero de las demás cosas, sólo conforme a las leyes.

Los príncipes y las repúblicas que desde un principio no establecen el gobierno sobre firmes bases, deben hacerlo en la primera ocasión oportuna, como lo hicieron los romanos; y quienes la dejan pasar se arrepienten tarde de no haberla aprovechado. No

estaban corrompidas las costumbres del pueblo romano cuando recobró la libertad, y muertos los hijos de Bruto y extinguidos los Tarquinos, pudo afianzarla con las instituciones y los medios de que ya antes hemos hablado. Pero si el pueblo está corrompido, ni en Roma, ni en parte alguna habrá medios eficaces para mantenerla, según demostraremos en el capítulo siguiente.

---

87 La imagen puede parecer desconcertante pues compara al pueblo habitualmente sometido a un príncipe con un animal salvaje. Precisamente, un pueblo acostumbrado al dominio de un príncipe puede más bien compararse con un animal domesticado.

88 Bausi también señala lo extraño de este comentario, pues, ¿qué cosa conocería mejor un pueblo acostumbrado a la monarquía que los propios príncipes?

89 Bausi señala que luego se añadirá la distinción entre ordenamientos no corruptos y pueblos corruptos.

90 Como observan Inglese y Bausi, toda esta parte central del capítulo no tiene por objeto la república, que por el título del capítulo es de lo que debería ocuparse, sino la institución del principado civil. Si esto es así, habría que reconocer que, para Maquiavelo, Francia era un principado civil, ya que aparece entre los ejemplos que se tratan dentro de la parte del capítulo dedicado «improcedentemente» a esta institución.

CAPÍTULO XVII

Cuando un pueblo corrompido llega a ser libre, difícilmente conserva la libertad

En mi opinion, era necesario que la monarquía desapareciera de Roma, o que llegara a ser Roma, en brevísimo tiempo, débil y de ningún valer. Tan corruptos eran ya aquellos reyes que, continuando dicha forma de gobiernos dos o tres reinados más, la corrupción de la cabeza del Estado se hubiera extendido por los miembros, y entonces la reforma habría sido imposible. Pero separaron la cabeza cuando el tronco estaba sano, y de este modo les fue fácil establecer un gobierno libre.

Es verdad indudable que un pueblo corrompido que vive bajo la dominación de un príncipe, no llegará a ser libre aunque éste con toda su estirpe desaparezca. Conviene, pues, que sea otro príncipe quien destrone al reinante. Un pueblo en tales condiciones no vive tranquilo sin tener señor, y gozará de libertad cuando encuentre uno que por sus condiciones y virtudes quiera concederla y durante el tiempo que éste reine. Así sucedió en Siracusa bajo el mando de Dión y de Timoleón, por cuyas virtudes la ciudad vivió libre. Muertos ellos, se volvió a la antigua tiranía.

Ningún ejemplo de lo que decimos es tan elocuente como el de Roma, donde, expulsados los Tarquinos, se pudo establecer inmediatamente la libertad y mantenerla; pero muerto César, muerto Calígula, muerto Nerón y agotada la estirpe de los Césares, fue imposible no sólo mantener la libertad, sino hasta el intento de restablecerla. La causa de sucesos tan contrarios en una misma ciudad fue no estar corrompido el pueblo romano en tiempo de los Tarquinos, y estar corrompidísimo en el de los Césares. Para mantenerlo en su propósito de apartarse de la monarquía, bastó en el primer caso hacerle jurar que no consentiría rey en Roma; pero en el segundo no fue bastante la severa autoridad de Bruto, con todas las legiones de Oriente, para inducirle a defender la libertad que, a semejanza del primer Bruto, le había devuelto. Tal fue el fruto de la corrupción del pueblo por el partido de Mario, cuyo jefe, César, logró cegar a la multitud hasta el extremo de no ver el yugo que por sí mismo ponía sobre su cuello.

Aunque el ejemplo de Roma sea preferible a cualquier otro, quiero, sin embargo, citar a este propósito el de dos pueblos conocidos en nuestros tiempos, Milán y Nápoles, donde es tal la corrupción, que ningún suceso, por importante o violento que sea, podrá convertirlos en pueblos libres.[91] Ya se vio, cuando la muerte de Felipe Visconti, que Milán quiso recobrar la libertad y no supo mantenerla.

Fue gran dicha para Roma que sus reyes se viciaran pronto hasta el punto de ocasionar su caída antes de que el contagio de corrupción llegase a las entrañas de la ciudad, porque a causa de la pureza de las costumbres y de la rectitud de las intenciones, los infinitos tumultos ocurridos favorecieron a la república, en vez de dañarla.

Cabe, pues, deducir que, donde la masa de la población está sana, los tumultos y asonadas no perjudican, y donde corrompida, las mejores leyes no aprovechan si no las aplica alguno que con extraordinaria fuerza las haga observar hasta conseguir el restablecimiento de las buenas costumbres, lo cual no sé si ha ocurrido o si es posible que

suceda,[92] porque se ve, como antes dije, que un pueblo en decadencia por la corrupción de las costumbres, si se regenera es gracias a las condiciones del hombre que lo dirige, no por las virtudes de la generalidad de los ciudadanos afectos a las buenas instituciones; e inmediatamente que aquél muere, vuelve el pueblo a sus anteriores hábitos. Así sucedió en Tebas, donde por su virtud y mientras vivió, organizó Epaminondas un Estado con forma de gobierno republicano; pero, apenas muerto, volvieron los tebanos a su primera anarquía; porque no es posible a un hombre tan larga vida que su duración baste para regenerar un pueblo cuyas viciosas costumbres son antiguas, y aunque la tuviera larguísima o le sucedieran en el gobierno otros hombres virtuosos, al faltar cualquiera de ellos, la decadencia sería inmediata si no consigue a costa de grandes peligros y de mucha sangre regenerar las costumbres: que la corrupción y la escasa aptitud para ser libres nacen de una gran desigualdad en el pueblo, y para restablecer la igualdad se necesitan remedios extraordinarios, siendo pocos los que saben o quieren practicarlos, según diremos especialmente más adelante.

---

91 La misma opinión sobre la incapacidad de organizar una república en Nápoles o Milán aparece en *Discursos*. Si bien el impedimento es en este escrito la desigualdad de las condiciones sociales; en éste es la corrupción. Es cierto que en algunos casos estos dos conceptos pueden llegar a identificarse.

92 Las mismas reservas sobre la posibilidad de que la acción de un solo hombre regenere a una república se analizarán pormenorizadamente en el siguiente capítulo. Esta imposibilidad de autorregeneración de una república corrupta es uno de los elementos más realistas y trágicos del pensamiento político de Maquiavelo.

CAPÍTULO XVIII

De qué modo puede mantenerse en un pueblo corrompido un gobierno libre si existía antes, y si no, establecerlo[93]

Me parece no fuera de propósito ni ajeno a lo dicho antes investigar si en un pueblo corrompido puede mantenerse un gobierno libre preexistente o, de no existir, fundarlo. Ante todo, diré que es muy difícil realizar cualquiera de ambas cosas; y aunque sea casi imposible dictar reglas por ser indispensable proceder según los grados de corrupción, sin embargo, conviniendo razonar de todo, no quiero dejar esta cuestión sin examen.

Supongo un pueblo corruptísimo, donde las dificultades sean tales, que no baste ley ni reglamento alguno para refrenar la universal corrupción; pues así como las buenas costumbres se mantienen con buenas leyes, éstas, para ser observadas, necesitan buenas costumbres. Además, la constitución y las leyes hechas al organizar una república y cuando los hombres son buenos carecen de eficacia en tiempos de corrupción. Las leyes cambian con arreglo a las circunstancias y los sucesos; pero no varía, o rara vez sucede que varíe, la constitución, lo que ocasiona que las leyes nuevas sean ineficaces por no ajustarse a la constitución primitiva o contrariarla.[94]

Para que se entienda mejor, diré cuál era en Roma la organización del gobierno o del Estado y cuáles las leyes que, con los magistrados, refrenaban a los ciudadanos. Las bases de la constitución eran la autoridad del pueblo, del Senado, de los tribunos y de los cónsules; el sistema de elección y de nombramientos de los magistrados y la forma de hacer las leyes. Esta organización varió poco o nada, a pesar de tantos y tan diversos acontecimientos. Cambiaron las leyes que refrenaban a los ciudadanos, como la ley de adulterio, las suntuarias, la de soborno y muchas otras, a medida que los ciudadanos iban siendo más corrompidos, pero manteniéndose la constitución del Estado, aunque no convenía ya a costumbres relajadas. Las leyes nuevas no eran eficaces para mejorar a los hombres, y lo hubieran sido si, con la reforma de las leyes, se hiciera también la de la constitución. La insuficiencia de ésta para las costumbres viciadas se ve clara en dos puntos capitales: en la elección de magistrados y en la formación de las leyes.

El pueblo romano no daba el consulado y los demás cargos principales de la ciudad sino a quienes los solicitaban, y tal sistema fue al principio bueno, porque los pedían solamente los ciudadanos que se juzgaban dignos de ellos, siendo ignominioso no obtenerlos; de manera que se observaba buena conducta para merecer cargos públicos. Este régimen llegó a ser en la ciudad corrompida perniciosísimo, porque, no los más honrados, sino los más poderosos, pedían las magistraturas, y los que no lo eran, aunque fuesen dignísimos, se abstenían de pedirlas por miedo. A este abuso no se llegó de pronto sino gradualmente, como con todos los demás sucede.

Dominadas África y Asia por los romanos y reducida casi toda Grecia a su obediencia, estaban seguros de su libertad, no viéndose enemigos que pudieran infundirles temor. La propia confianza y la debilidad de los enemigos hizo que el pueblo romano no atendiera a la virtud, sino al favor, para conceder el consulado, elevando a

esta dignidad a los que mejor sabían agradar al pueblo, no a los que sabían mejor vencer al enemigo. Después de concederlo a los que gozaban más favor, lo dio a los más poderosos, y, por defectos del sistema electoral, los buenos quedaron completamente excluidos.

Podía un tribuno o cualquier otro ciudadano proponer al pueblo una ley, y, antes de ser aprobada, todos los ciudadanos tenían derecho a hablar en favor o en contra de ella. Este método era bueno cuando eran también buenos los ciudadanos, porque siempre fue beneficioso que los que idean algo útil para el público puedan proponerlo, y también lo es que todos tengan derecho a emitir su opinión, para que, oídas todas, pueda el pueblo elegir lo mejor. Pero al viciarse los ciudadanos, el sistema de hacer las leyes llegó a ser pésimo, pues sólo los poderosos las proponían, no para la libertad común, sino para aumentar su poder; y, por miedo a ello, nadie se atrevía a combatirlas. Así, el pueblo, o engañado o forzado, decretaba su propia ruina.

Era, pues, necesario, si se quería que en la Roma corrompida subsistiese la libertad, cambiar las formas constitucionales, como fueron reformando las leyes, a tenor de las costumbres, porque al malo se le gobierna de distinto modo que al bueno, y en dos casos tan contrarios no cabe igual procedimiento.[95]

Cuando se comprende que la constitución de un Estado no es buena, se cambia de pronto o se reforma poco a poco, a medida que se conozcan sus defectos; pero ambos métodos son casi irrealizables; porque la reforma paulatina sólo puede hacerla un hombre sabio y prudente, que presienta[96] el defecto o lo advierta cuando aparece, y es facilísimo que no haya en una ciudad un hombre en tales condiciones. Aun habiéndolo, jamás podría persuadir a los demás de lo que él sólo presiente, porque los acostumbrados a vivir de un modo determinado rehúsan variar, sobre todo no teniendo el mal a la vista y necesitando apreciarlo por conjeturas.

Respecto a cambiar la constitución de pronto, cuando todos reconocen que no es buena, digo que, aun advertidos sus defectos, es difícil corregirlos, porque para hacerlo no pueden aplicarse los procedimientos ordinarios, insuficientes y a veces peligrosos, sino apelar a los extraordinarios, a la violencia de las armas para llegar a ser dueño del Estado y disponer de él según la propia voluntad; y como la regeneración de las costumbres políticas en un pueblo sólo puede hacerla un hombre de bien, y únicamente un hombre malo apelar a la violencia para dominar un Estado, resulta que rarísima vez querrá el bueno llegar por mal camino a la soberanía, aunque sus propósitos sean excelentes; y menos aún el malvado, convertido en príncipe, obrar bien, haciendo buen uso de una autoridad mal adquirida.[97]

Lo dicho demuestra la dificultad o imposibilidad de conservar o fundar de nuevo una república en ciudad corrompida. Para organizar el gobierno se deberá acudir mejor a instituciones monárquicas que populares, a fin de que los hombres cuya insolencia no pueden corregir las leyes, sean refrenados por un poder casi regio. Querer hacerlos buenos por otro camino sería empresa crudelísima o imposible. Cierto es que, como antes dije, Cleómenes, para ejercer solo el poder, mandó matar a los éforos, y Rómulo, para lo mismo, mató a su hermano y a Tito Tacio Sabino, haciendo ambos después buen

uso de su autoridad; pero conviene tener en cuenta que ninguno de ellos encontró en el pueblo la corrupción de que en este capítulo hablamos. Pudieron, por tanto, gobernar bien y dar un aspecto beneficioso a los medios de que se valieron para conseguirlo.[98]

---

[93] La crítica más especializada ha considerado que éste es el último capítulo de la primera redacción de los *Discursos*, la hipotética *Obra sobre las repúblicas* de la que se habla al comienzo de *El príncipe*, II: «Pasaré por alto tratar de las repúblicas, pues ya en otra ocasión lo hice por extenso». Esta interpretación ya tradicional —la que, sin embargo, la influyente crítica anglosajona no tiene normalmente en cuenta— señala cómo en este punto Maquiavelo se habría dado cuenta de que la reforma de la república de Florencia sería imposible, siendo la única opción realista para la supervivencia de la comunidad política el establecimiento del principado. Por este motivo, Maquiavelo en este punto habría dejado de lado la redacción de los *Discursos* y habría comenzado a redactar *El príncipe*.

[94] Inglese señala que si la constitución no cambia, el cambio legislativo particular resultará vano.

[95] Esta consideración sobre la ley y la constitución separa a Maquiavelo de cierto constitucionalismo moderno y es posiblemente una de sus más agudas observaciones. Para que una comunidad política se organice adecuadamente no basta con tener una buena ley. De hecho, la buena ley, en sentido absoluto, no existe, pues para que una ley sea buena deberá tener en cuenta el pueblo (la materia, en terminología maquiaveliana) sobre el que legisla. Así, del mismo modo que una ley deja de ser buena ante un pueblo corrupto, una ley que es eficaz para un pueblo no lo es para otro diferente. Esta idea parece que algunas ramas del constitucionalismo decimonónico no la tuvo en cuenta, omisión que explica que muchos países hispanoamericanos copiaran la constitución estadounidense como garantía frustrada de un buen desenvolvimiento político.

[96] Tal y como Bausi indica, en la tradición de pensamiento florentino, como en M. Palmieri, la capacidad de presentir o de ver de lejos es una de las características fundamentales del político prudente.

[97] La dificultad de la situación es la siguiente: en primer lugar, debe aparecer un hombre bueno que vea el problema y sepa cómo arreglarlo. Si esto ya es complicado, se añade la dificultad de que para implantar su proyecto de reforma no puede acogerse a los modos ordinarios y debe emplear la violencia. Pero quienes recurren a la violencia sólo son excepcionalmente hombres buenos. Así que tenemos una escalera de dificultades (la de encontrar hombre bueno, la de que se haga caso y la que aplique correctamente la violencia) que hacen casi imposible la reforma política.

[98] Se acaba aquí el principal núcleo teórico de los *Discursos*. En adelante, sólo se comentarán con el mismo grado de detalle los siguientes capítulos; del libro I: XXXIII, LV y LVI; del libro II: Prólogo, 1, II, V, XIII, XXIX; del libro III: 1, IX, XXI, XXXI. En cuanto a los restantes capítulos, las notas se limitarán a la traducción de los pasajes en latín y a la contextualización histórica.

CAPÍTULO XIX

Puede sostenerse un príncipe débil sucediendo a un buen príncipe; pero ningún reino subsiste si a un príncipe débil sucede otro también débil

Considerando atentamente las condiciones y el modo de proceder de Rómulo, Numa y Tulio, los tres primeros reyes de Roma, se ve la fortuna grandísima de esta ciudad, por ser el primero rey bravo y belicoso, el segundo, religioso y pacífico y el tercero, igual en valentía a Rómulo y más amante de la guerra que de la paz; porque al principio de su fundación necesitaba Roma un organizador de la vida civil, pero también que los otros reyes imitasen el valor de Rómulo, para que no se afeminaran las costumbres y llegara a ser Roma presa de sus vecinos. Dedúcese, pues, que un príncipe, aun sin tener las dotes de su predecesor, puede mantener un Estado por el valor de aquel a quien sucede, aprovechándose de sus esfuerzos. Pero si llega a ser de larga vida o falta a su sucesor el genio y ánimo del primero, la ruina del reino es inevitable. Si, al contrario, suceden uno a otro dos príncipes de gran valor, pronto se ve que hacen cosas extraordinarias y que su fama llega hasta el cielo.

David fue, sin duda, hombre eminente por su pericia en las armas, sus conocimientos y su claro juicio. Con gran valor venció a sus vecinos, dejando un reino pacífico a su hijo Salomón, quien, con las artes de la paz y no de la guerra, pudo conservarlo gozando tranquilamente los frutos de las victorias de su padre; pero no lo dejó en iguales condiciones a su hijo Roboam, quien, por carecer del valor del abuelo y de la fortuna del padre, apenas mantuvo en su poder la sexta parte del reino.

Bayaceto, sultán de los turcos, más pacífico que belicoso, gozó también el fruto de las empresas de su padre Mehmet, quien, como David, venció a sus vecinos, dejando un reino seguro y fácil de conservar con las artes de la paz; pero ya habría sido destruido si Solimán, hijo de Bayaceto, que reina actualmente, se pareciera al padre y no al abuelo: no sucede así, y promete, al contrario, superar la gloria de Mehmet. Insisto, pues, con estos ejemplos, en que después de un príncipe excelente puede reinar uno débil; pero si a éste sucede otro débil, no subsistirá el reino si no lo mantiene su antigua constitución, como sucede en Francia. Llamo príncipes débiles a los incapaces para guerrear.

Termino, pues, estas consideraciones diciendo que el gran valor de Rómulo permitió a Numa Pompilio gobernar Roma durante largos años con las artes de la paz. Sucediole Tulio, cuyo genio belicoso eclipsó el de Rómulo, y a Tulio, Anco, cuyas dotes naturales eran a propósito para la paz y la guerra. Inclinose primeramente a la paz, pero pronto conoció que los pueblos fronterizos, juzgándolo afeminado, le estimaban poco y que necesitaba, para defender a Roma, acudir a la guerra. Entonces imitó a Rómulo y no a Numa.

Aprovechen este ejemplo los príncipes que gobiernan Estados; quien imite a Numa conservará o no su autoridad, según la fortuna y las circunstancias; quien, como Rómulo, una la prudencia a la fuerza de las armas, la mantendrá en todos los casos, salvo que una fuerza tenaz e invencible se la quite.

Seguramente puede creerse que si el tercer rey de Roma hubiera sido hombre incapaz de restablecer el crédito de su patria por medio de las armas, no hubiese ésta adquirido, al menos sin grandísima dificultad, la fama de que gozó, ni realizado hechos tan maravillosos. Así pues, mientras vivió el régimen monárquico, estuvo en peligro de que arruinara Roma un rey débil o malvado.

CAPÍTULO XX

La sucesión de dos príncipes excelentes produce grandes efectos. Las repúblicas bien organizadas tienen, por necesidad, sucesión de gobernantes virtuosos y, por ello, aumentan y extienden su dominación

Cuando Roma expulsó a sus reyes librose del peligro que corría bajo el gobierno de un rey débil o malvado, porque el poder supremo recayó en los cónsules, quienes, no por herencia o por intriga, ni por la violencia, hija de la ambición, sino por el libre sufragio, adquirían la autoridad, siendo siempre hombres notables. Roma aprovechó sus talentos y a veces su fortuna para llegar a la mayor grandeza, en otro tanto tiempo como el que había estado bajo el poder de los reyes.

Si basta, como hemos dicho, la sucesión de dos grandes príncipes para conquistar el mundo, cual sucedió con Filipo de Macedonia y Alejandro Magno, lo mismo debe hacer una república, teniendo en su mano elegir, no dos, sino infinitos hombres de genio que se sucedan unos a otros en el poder; cosa que ocurrirá en toda república bien constituida.

CAPÍTULO XXI

Son dignos de censura los príncipes y las repúblicas que no tienen ejército nacional

Los príncipes y las repúblicas de ahora que para el ataque o la defensa no tienen ejército nacional deben avergonzarse de sí mismos y meditar, dado el ejemplo de Tulio, que si les falta no es por carecer de hombres aptos para la milicia, sino por culpa de ellos, que no supieron hacerlos soldados. Porque, gozando Roma de la paz durante cuarenta años, no encontró Tulio, al acceder al trono, hombre alguno que hubiese guerreado, y, sin embargo, proyectando una empresa belicosa, no pensó servirse ni de los samnitas, ni de los toscanos, ni de ningún otro pueblo acostumbrado a vivir con las armas en la mano, sino, como hombre prudentísimo, valerse de los suyos. Y fue tan grande su habilidad, que al poco tiempo de su reinado tenía excelentes soldados.

No cabe duda, pues, de que si donde hay hombres no hay soldados, no es por culpa de su naturaleza o de la tierra que habitan, sino del príncipe que los gobierna. Citaré recentísimo ejemplo. Todos saben que cuando, hace poco tiempo, el rey de Inglaterra invadió el reino de Francia, valiose únicamente de los soldados de su nación que, por haber vivido en paz durante treinta años, carecía de capitanes y soldados aguerridos. A pesar de ello, no titubeó en invadir un reino poseedor de buenos ejércitos y de numerosos capitanes, que continuamente habían estado en campaña en las guerras de Italia. E hizo esto porque aquel rey era hombre prudente, y su reino estaba tan bien gobernado que durante la paz no fue abandonada la educación militar.

Los tebanos Pelópidas y Epaminondas, después de liberar Tebas del yugo espartano, encontraron su ciudad habituada a la servidumbre y su pueblo, afeminado; a pesar de ello, no dudaron, ¡tan grande fue su ánimo!, en armar a este pueblo, salir con él al encuentro del ejército espartano y vencerlo en campo abierto. Los que narraron tal empresa dicen cómo estos dos ciudadanos, en breve tiempo, probaron que los hombres belicosos no sólo nacían en Lacedemonia, sino en cuantas partes nacen hombres, con tal que haya quien sepa educarlos para la milicia, tal como educó Tulio a los romanos. Virgilio expresa perfectamente esta opinión y se adhiere a ella con elocuentes palabras, cuando dice:

Desidesque movebit
Tullus in arma viros.[99]

[99] «Y a los ociosos, Tulio los convertirá en hombres de armas.»

CAPÍTULO XXII

Lo que fue más notable en el combate de los tres Horacios y los tres Curiacios

Convinieron Tulio, rey de Roma, y Metio, rey de Alba, en que lucharían tres hombres de cada uno de ambos pueblos, y el de los vencidos quedaría sujeto a la dominación del otro. Murieron los tres Curiacios y dos de los Horacios, quedando, por tanto, Metio, rey de Alba, y su pueblo sujetos al poder de los romanos. Al volver el Horacio vencedor a Roma encontró a una hermana suya, casada con uno de los Curiacios muertos, llorando la pérdida de su marido, y la mató. Sometido Horacio a juicio por este delito, después de empeñados debates, fue absuelto más bien por los ruegos de su padre que por su mérito como vencedor de los albanos.

En este suceso hay que advertir tres cosas: una, que jamás se debe arriesgar toda la fortuna al empleo de parte de las propias fuerzas; otra, que en un pueblo bien gobernado nunca se compensan los actos criminales con los meritorios; y la última, que no es determinación sabia aquella cuya inobservancia se pueda o deba sospechar. La servidumbre es tan grave para una ciudad, que jamás debió esperarse se sometieran de buen grado a ella ninguno de aquellos dos reyes y pueblos, porque fueran vencidos tres de sus ciudadanos. Así sucedió que, si bien inmediatamente después de la victoria de los Horacios Metio se declaró vencido y prometió obediencia a Tulio, en la primera expedición hecha por ambos contra los veyenses, notose que procuró engañarle, cual si hubiera advertido, aunque tarde, la temeridad de su determinación. Y como de esta tercera advertencia hemos hablado lo necesario, trataremos de las otras en los dos capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXIII

Que no se debe poner en riesgo toda la fortuna sin emplear toda la fuerza; por lo cual es muchas veces peligroso limitarse a guardar los desfiladeros

Jamás se estimó acertada determinación poner en peligro toda la fortuna sin emplear toda la fuerza. Esto se realiza de varias maneras; una, como lo hicieron Tulio y Metio cuando sometieron la fortuna de sus respectivas patrias y la suerte de tantos hombres como ambos tenían en sus ejércitos al valor o fortuna de tres ciudadanos, que eran la mínima parte de sus fuerzas. No advirtieron que, con esta determinación, cuanto habían trabajado sus antecesores para organizar la república, para darle larga vida y para convertir a los ciudadanos en defensores de su libertad era empresa vana, confiando a tan pocos la facultad de perderla. Aquellos reyes no pudieron, pues, cometer mayor error.

En la misma falta incurren quienes, al invadir su país el enemigo, determinan atrincherarse en los sitios fuertes y guardar los pasos de entrada, porque casi siempre será dañoso, si no se concentra toda la fuerza en algunos de aquellos sitios. Cuando esto es posible, debe hacerse; pero si el punto elegido es agreste y montañoso y no se puede concentrar en él toda la fuerza, resulta la determinación perjudicial. Oblígame a pensar así el ejemplo de los que, atacados por un enemigo poderoso y estando en país rodeado de montañas y sitios agrestes, no intentaron hacerle frente en los montes y desfiladeros, apartándose ellos para atacarle, y cuando no quisieron hacer esto lo esperaron dentro de la comarca montañosa; pero no en sitios quebrados y ásperos, sino abiertos, para poder desplegar todas sus fuerzas. En efecto; no pudiendo reunirse muchos hombres en la defensa de los desfiladeros y sitios montañosos, o por no ser fácil llevar a ellos víveres para mucho tiempo, o porque su estrechez impide colocar allí mucha gente, tampoco es posible sostener en tales parajes el choque de un enemigo que fácilmente llegará a ellos con numerosas fuerzas, pues no intenta detenerse en aquel punto, sino pasar adelante. En cambio el ejército defensor no puede ser grande, porque necesita permanecer más tiempo, ignorando cuándo querrá el enemigo pasar por los desfiladeros abruptos. Al perder estos pasos que te habías propuesto defender y en cuya defensa tu pueblo y el ejército confiaba, se apodera casi siempre del pueblo y de las demás tropas tan gran terror, que antes de poner a prueba su valor resultan vencidos, y perdida toda la fortuna sin haber empleado más que una parte de la fuerza.

Todos saben cuán difícil fue a Aníbal pasar los Alpes que separan la Lombardía de Francia y los que dividen la Lombardía de Toscana; sin embargo, los romanos le esperaron primero en el Tesino y después en la llanura de Arezzo, prefiriendo exponer sus ejércitos a que los destruyera el enemigo en lugares donde también podían vencerle, a llevarlo a los Alpes, donde lo exponían a perecer por las dificultades del terreno. Quien lea atentamente la historia advertirá que son poquísimos los valerosos capitanes que han intentado defender tales pasos por las razones antes expuestas, y porque no se pueden cerrar todos. Los montes, como los llanos, no sólo tienen vías conocidas y frecuentadas,

sino otras muchas que los forasteros desconocen y saben los del país, con cuyo auxilio siempre es fácil llegar a determinados sitios contra quien quiera impedirlo. De ello tenemos un ejemplo recentísimo de 1515. Cuando Francisco, rey de Francia, determinó entrar en Italia para recobrar el Estado de Lombardía, los enemigos de esta empresa confiaban, sobre todo, en que los suizos le atajarían el paso en sus montes. La experiencia demostró cuán vana fue esta esperanza. El rey prescindió de los dos o tres desfiladeros que defendían los suizos; llegó por camino desconocido, y se presentó en Italia antes de que aquéllos pudieran imaginarlo; sorprendidos y atemorizados se retiraron los suizos a Milán, y todos los pueblos de Lombardía se rindieron a los franceses al ver fallida su esperanza de que los detendrían en las montañas.

CAPÍTULO XXIV

Las repúblicas bien organizadas establecen premios y castigos para los ciudadanos, sin compensar jamás unos con otros

Preclaros fueron los méritos de Horacio por vencer valerosamente a los Curiacios; pero, al matar a su hermana, cometió un crimen atroz. Tanto indignó a los romanos esta muerte, que, a pesar de ser sus servicios tan grandes y tan recientes, le obligaron a defender su vida. Parecerá esto, a quien superficialmente lo considere, un ejemplo de ingratitud popular; pero el que lo examine con atención e investigue con juicio lo que deben ser las leyes en las repúblicas, censurará a aquel pueblo, no por haberle querido condenar, sino por haberlo absuelto. Y la razón consiste en que ninguna república bien ordenada compensó jamás los servicios con los delitos; al contrario, establecidos los premios para los actos meritorios, y los castigos para las malas acciones, premiado un ciudadano por obrar bien, es castigado después si obra mal, sin consideración alguna a sus precedentes servicios. Bien observados estos principios, puede gozar una república de libertad largo tiempo; de otra suerte camina a pronta ruina.

En efecto; si a la fama que un ciudadano logra por haber hecho un servicio eminente a la república se agrega la audaz confianza de poder hacer algo malo sin temor a la pena, llegará a ser en breve tan insolente, que anulará la eficacia de las leyes.

Es necesario, cuando se quiere que haya temor al castigo de las malas acciones, no olvidar el premio a las buenas, como se ha visto que no olvidaba Roma. Aunque una república sea pobre y pueda dar poco, no debe dejar de darlo, porque cualquier pequeña recompensa en premio de un servicio, por grande que sea, la estimará, quien la recibe, magna y honrosa. Conocidísima es la historia de Horacio Coclés y la de Mucio Escévola. Aquél combatió a los enemigos sobre un puente, mientras los romanos lo cortaban; éste se quemó la mano por errar el golpe cuando quiso matar a Porsena, rey de los toscanos. Ambas heroicas acciones las premió el pueblo dando a cada uno una fanega de tierra.

Sabida es también la historia de Manlio Capitolino, que, por salvar el Capitolio, sitiado por los galos, recibió una pequeña cantidad de harina de cada uno de los que con él estaban cercados. Esta recompensa, dada la riqueza que entonces había en Roma, fue considerable; tanto, que movió después a Manlio, o por envidia, o por su mala índole, a promover una sedición en Roma, procurando ganarse al pueblo; pero sin consideración alguna a sus servicios, fue arrojado desde aquel mismo Capitolio que anteriormente salvó con tanta gloria suya.

CAPÍTULO XXV

Quien quiera reformar la antigua organización de un Estado libre, conserve al menos la sombra de las antiguas instituciones

Quien desee reformar la constitución de un Estado de suerte que la reforma sea aceptada y subsista con el beneplácito de todos, necesita conservar la sombra al menos de las antiguas instituciones, para que el pueblo no advierta el cambio, aunque la nueva organización sea completamente distinta de la anterior; porque a casi todos los hombres satisfacen lo mismo las apariencias que la realidad, y muchas veces les agitan más las primeras que la segunda.

Los romanos, que conocían esta necesidad, al recobrar sus libertades, sustituyendo al rey con dos cónsules, no quisieron que tuviesen éstos más de doce lictores, para no aumentar el número de los que servían al rey. Además, practicándose en Roma un sacrificio anual, que no podía hacerlo sino el propio rey en persona, y queriendo los romanos que no echara de menos el pueblo, por la falta de rey, ninguna de las antiguas ceremonias, crearon un jefe para dicho sacrificio, denominándole rey de sacrificios, y sometiéndolo a la autoridad del sumo sacerdote. Por tales medios disfrutó el pueblo de la ceremonia anual, sin que hubiera ocasión a que, por echarla de menos, deseara la vuelta de los reyes.

Esto deben hacer cuantos quieran cambiar el antiguo régimen de un Estado para establecer uno nuevo y libre, porque las novedades alteran la imaginación de los hombres y conviene que, en lo posible, sean respetados los antiguos usos. Si en las magistraturas cambia el número, la autoridad o la duración del cargo, conserven al menos el nombre. Así deben proceder cuantos quieran cambiar un poder absoluto, sea en la forma monárquica o en la republicana. Pero el que desee crear el poder absoluto, llamado por los autores tiranía, debe reformarlo todo, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI

El príncipe nuevo en ciudad o provincia conquistada por él, debe reformarlo todo

Quien se apodera de una ciudad o de un Estado y no quiere fundar en él una monarquía o república, el mejor medio para conservarlo, por lo mismo que los fundamentos de su poder son débiles, consiste en reformarlo todo para que la organización sea nueva, como lo es el príncipe, nuevo el gobierno, con nuevo nombre, con nueva autoridad, con nuevos hombres que la ejerzan, y convertir a los pobres en ricos, como hizo David cuando llegó a ser rey: *Qui esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes.*[100] Necesita, además, edificar nuevos pueblos, destruyendo los antiguos; trasladar los habitantes de un sitio a otro; no dejar, en fin, nada como estaba, y que no haya rango, cargo, honor o riqueza que no reconozca el agraciado debérselo al nuevo príncipe. Debe tomar por modelo a Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, quien con estos procedimientos llegó, siendo el rey de un pequeño Estado, a dominar toda Grecia. Los que escribieron su historia dicen que trasladaba los hombres de una provincia a otra, como los pastores conducen los ganados. Son estos medios crudelísimos, no sólo anticristianos, sino inhumanos; todos deben evitarlos, prefiriendo la vida de ciudadano a ser rey a costa de tanta destrucción de hombres. Quien no quiera seguir este buen camino y desee conservar la dominación, necesita ejecutar dichas maldades. Los hombres, sin embargo, escogen un término medio, que es perjudicialísimo, porque no saben ser ni completamente buenos, ni completamente malos, según vamos a demostrar en el siguiente capítulo.

---

[100] «Que a los pobres los llenó de bienes y a los ricos los dejó sin nada.»

CAPÍTULO XXVII

Rarísima vez son los hombres perfectamente buenos o completamente malos

Yendo en 1505 el papa Julio II a Bolonia para arrojar de aquel Estado a los Bentivoglio, que lo gobernaban desde hacía cien años, quiso también quitar Perugia a Juan Pablo Baglioni, que se había apoderado de ella; porque el propósito del papa era despojar a todos los tiranos de las tierras de la Iglesia que ocupaban. Al llegar junto a Perugia con esta determinación de todos conocida, sin esperar el ejército que le seguía, entró en ella desarmado, a pesar de estar allí Juan Pablo con bastantes tropas que había reunido para defenderse. La impaciente energía con que el papa gobernaba todas las cosas le hizo ponerse con su pequeña escolta en manos de su enemigo, a quien se llevó consigo, nombrando un gobernador de la ciudad en nombre de la Iglesia.

Las personas prudentes del séquito del papa advirtieron la temeridad del pontífice y la cobardía de Juan Pablo, no comprendiendo cómo éste desaprovechó la ocasión de adquirir perpetua fama apoderándose, por un golpe de mano, de su enemigo, y enriqueciéndose con magnífica presa, pues al papa acompañaban todos los cardenales con sus preciosas joyas. Era increíble que dejase de hacerlo por benevolencia o por escrúpulos, pues ningún sentimiento de piadoso respeto cabía en hombre tan malvado, que abusaba de su hermana y había muerto, para reinar, a sus primos y sobrinos. De esto se deduce que los hombres no saben ser o completamente criminales o perfectamente buenos, y que, cuando un crimen exige grandeza de alma o lleva consigo alguna magnanimidad, no se atreven a cometerlo. Juan Pablo, que no se avergonzaba de ser públicamente incestuoso y parricida, no supo, o mejor dicho, no se atrevió, cuando tenía justo motivo para ello, a realizar una empresa capaz de producir general admiración, dejando de sí eterna memoria, por ser el primero que demostrara a los prelados cuán poco dignos de estimación son los que viven y reinan como ellos, y por ejecutar un acto cuya grandeza habría superado a la infamia y los peligros que llevara consigo.

CAPÍTULO XXVIII

Por qué razón los romanos fueron menos ingratos con sus conciudadanos que los atenienses con los suyos

Al leer la historia de las repúblicas, encontraráse en todas una especie de ingratitud hacia los conciudadanos; pero en la de Roma es menor que en la de Atenas y en cualquier otra. Investigando la razón de esta diferencia, en lo que a Roma y Atenas concierne, creo que consiste en que los romanos tenían menos motivos para sospechar de sus conciudadanos que los atenienses de los suyos. En Roma, desde la expulsión de los reyes hasta Sila y Mario, ningún ciudadano atentó contra la libertad de su país; no habiendo, por tanto, fundada razón para desconfiar de ninguno, ni para ofenderlo inconsideradamente.

Lo contrario sucedió en Atenas: en su época más floreciente la privó de la libertad Pisístrato, engañándola con falsas virtudes. Cuando después volvió a ser libre, recordando la pasada servidumbre y las injurias sufridas, fue acérrima vengadora, no sólo de los errores, sino hasta de la sombra de los errores de sus conciudadanos. Esto produjo el destierro y la muerte de tantos hombres eminentes; el establecimiento del ostracismo y las demás violencias de que fueron víctimas en diferentes épocas sus grandes hombres; siendo muy cierto lo que dicen los escritores políticos, que los pueblos muerden más fieramente cuando recobran la libertad que cuando la han conservado.

Quien fije la atención en lo que decimos, ni censurará por esta conducta a Atenas, ni alabará a Roma, comprendiendo que la diferencia nace de la diversidad de los sucesos ocurridos en ambos pueblos, y un investigador penetrante conocerá que si Roma hubiera perdido su libertad, como Atenas, no fuera más piadosa que ésta con sus conciudadanos. Así puede juzgarse por lo que hizo, después de la expulsión de los reyes, con Colatino y Publio Valerio. Ambos fueron desterrados: el primero, a pesar de haber contribuido a la libertad de Roma, únicamente porque llevaba el nombre de Tarquino, y el segundo por hacerse sospechoso, a causa de edificar una casa en el monte Celio. Lo suspicaz y severa que fue Roma en ambos casos demuestra que hubiera practicado la ingratitud como Atenas, de ser, cual ésta, oprimida por sus conciudadanos en los primeros tiempos y antes del desarrollo de su poder.

Para no ocuparme más de este asunto de la ingratitud, diré cuanto me ocurre en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

¿Quién es más ingrato, un pueblo o un príncipe?

A propósito de lo antedicho, paréceme oportuno investigar quién entre un pueblo y un príncipe da más frecuentes ejemplos de ingratitud, y a fin de aclarar mejor este asunto, diré que el vicio de la ingratitud nace de la avaricia o de la desconfianza. Cuando un pueblo o un príncipe encargan a un capitán una expedición importante y vuelve éste vencedor y cubierto de gloria, el príncipe o el pueblo están obligados a premiarle, y, si en vez de hacerlo, les impulsa la avaricia a deshonrarle o a ofenderle, cometen un imperdonable error que les cubre de perpetua ignominia. Hay, sin embargo, muchos príncipes que se encuentran en tal caso, y Cornelio Tácito lo explica con esta sentencia: *Proclivius est injuriæ, quam beneficio vicem exolvere, quia gratia oneri, ultio in questu habetur*.[101] Pero cuando no se premia, o mejor dicho, se ofende, no a impulsos de la avaricia, sino por temerosa sospecha, el pueblo o el príncipe merecen alguna excusa. Actos de ingratitud por tal motivo son frecuentísimos, porque el general que valerosamente conquista un imperio a su señor venciendo a los enemigos, llenándose de gloria y a sus soldados de riquezas, necesariamente adquiere en el ejército, entre los enemigos y aun entre los súbditos del príncipe tanta fama, que su victoria no puede ser muy grata al señor que le dio el mando. Y como los hombres son naturalmente ambiciosos y suspicaces y no saben contenerse en la buena fortuna, es imposible que la suspicacia nacida en el ánimo del príncipe, inmediatamente después de la victoria de su general, no la aumente este mismo con algún acto o frase altanera o insolente que obligue al príncipe a meditar el modo de librarse de él, o haciéndole morir o privándole de la fama ganada en el ejército y en el pueblo; para lo cual procura hábilmente mostrar que la victoria no se debe a su valor, sino a la fortuna o a la cobardía de los enemigos, o a la prudencia de los generales que le acompañaban en la belicosa empresa.

Cuando Vespasiano, estando en Judea, fue proclamado emperador por su ejército, Antonio Primo, que se encontraba al frente de otro ejército en Iliria, declarose partidario suyo, vino a Italia contra Vitelio, que imperaba en Roma, derrotó valerosamente a dos ejércitos de éste y ocupó Roma, de manera que Muziano, enviado por Vespasiano, halló conquistado todo y vencidas todas las dificultades por el valor de Antonio. La recompensa obtenida por Antonio fue que Muziano le privara del mando del ejército, y poco a poco le redujera a no tener ninguna autoridad en Roma. Fue Antonio a ver a Vespasiano, que aún estaba en Asia. Recibiole éste muy mal, y al poco tiempo, despojado de todo cargo, casi desesperado, murió. De tales ejemplos, está llena la historia.

En nuestra época, cuantos aun viven saben el genio y valor con que Gonzalo Fernández de Córdoba, guerreando en Nápoles contra los franceses por Fernando, rey de Aragón, venció a sus enemigos y conquistó aquel reino; y cómo el premio de su victoria fue que Fernando partiese de Aragón, viniera a Nápoles, le quitara primero el mando del ejército, después las fortalezas, y por último, lo llevara consigo a España, donde poco

tiempo después murió desdeñado.

Tan naturales son estas suspicacias en los príncipes, que no pueden evitarlas ni tampoco ser agradecidos a los que, vencedores bajo su bandera, hacen para ellos grandes conquistas.

No es milagroso ni digno de grande admiración que sea imposible a un pueblo librarse de lo que no puede evitar un príncipe. Los pueblos libres tienen dos pasiones: la de engrandecerse y la de conservar su libertad; ambas les hacen cometer faltas.

De los errores por ensanchar los dominios se hablará en lugar oportuno. Los que cometa por mantener la libertad son, entre otros, los siguientes: ofender a los ciudadanos que debiera premiar, y tener por sospechosos a los merecedores de su confianza.

Aunque estos procedimientos en una república ya corrompida sean causa de grandes males y no pocas veces la conduzcan a la tiranía, como ocurrió en Roma cuando César tomó por fuerza lo que la ingratitud le negaba, sin embargo, en república no corrompida producen grandes bienes, prolongando la vida de las instituciones libres y siendo los ciudadanos, por miedo al castigo, mejores y menos ambiciosos.

Cierto es que de todos los pueblos que ejercieron gran dominación fue el de Roma, por las antedichas razones, el menos ingrato, y puede decirse que Escipión es el único ejemplo de su ingratitud, pues a Coriolano y a Camilo los desterró por ofensas que ambos habían hecho a la plebe. No perdonó a aquél por su constante odio al pueblo; pero a Camilo le llamó y honró como a un príncipe por el resto de su vida.

La ingratitud de que Escipión fue víctima nació de la desconfianza que inspiraba a los ciudadanos y que de ningún otro habían tenido; desconfianza excitada por la grandeza del enemigo a quien venció, por la fama que le dio terminar victorioso tan larga y peligrosa guerra, por la rapidez del triunfo y por el favor que su juventud, su prudencia y demás admirables cualidades le conquistaron.

Temieron hasta los propios magistrados la autoridad que a Escipión daban tantos méritos, y desagradó hasta a los más prudentes, como cosa inaudita en Roma. Parecía tan extraordinaria esta posición social, que Catón Prisco, reputado como el ciudadano más puro, fue el primero en oponerse a ella y en decir que no podía llamarse libre una ciudad donde viviese uno a quien hasta los magistrados temieran. Si el pueblo romano siguió en este caso la opinión de Catón tenía la excusa que, según antes dije, merecen los pueblos y los príncipes ingratos por sospechas.

Para terminar este capítulo, diré que, ocasionado el vicio de la ingratitud por avaricia o suspicacia, verase cómo los pueblos jamás la ejercen por avaricia, y aun por suspicacia, mucho menos que los príncipes, a causa de ser para ellos menores las ocasiones de temer, según demostraremos más adelante.

---

101 «Mayor es la inclinación a castigar la ofensa que a premiar el beneficio, porque el agradecimiento pesa y la venganza satisface.»

CAPÍTULO XXX

Medios que debe emplear un príncipe o una república para evitar el vicio de ingratitud, y cómo pueden impedir un general o un ciudadano ser víctimas de él

Para evitar un príncipe ser suspicaz o ingrato debe dirigir personalmente las expediciones militares, como lo hicieron los primeros emperadores romanos, como lo hacen en nuestros tiempos los turcos y como lo han hecho y harán cuantos son valerosos; porque, venciendo, suya es la gloria de la conquista; y cuando ellos no mandan las tropas, siendo la gloria de otros, parece que no pueden gozar de lo conquistado si no extinguen en los victoriosos la fama que por sí y para sí no supieron ganar, llegando a ser ingratos e injustos, y siendo, sin duda, más lo que pierden que lo que adquieren. Pero cuando, o por pereza o por escasa prudencia, permanecen ociosos en sus palacios y envían a un general a mandar el ejército, lo único que aconsejo es lo que en tal caso saben hacer los generales por sí mismos.

Digo, pues, que no pudiendo, en mi opinión, librarse el general de las mordeduras de la ingratitud, haga una de estas dos cosas: o dejar el ejército inmediatamente después de la victoria, poniéndose en manos del príncipe, y cuidando de no ejecutar ningún acto de altivez ni de ambición, para que éste, libre de toda sospecha, le premie o no le ofenda, o si no quiere hacer esto, tome animosamente el partido contrario y acuda a todos los medios que juzgue apropiados para que la conquista resulte en su favor y no en el de su príncipe, procurándose la benevolencia de los soldados y de los súbditos; trabando nuevas amistades con los pueblos vecinos; guarneciendo con hombres de su confianza las fortalezas; seduciendo a los principales jefes de su ejército; teniendo seguros a los que no pueda corromper y procurando por tales medios castigar de antemano a su señor por la ingratitud de que seguramente le haría víctima. No hay más que estos dos caminos; pero como los hombres, según ya se ha dicho, no saben ser completamente buenos ni malos, sucede siempre que, en seguida de la victoria, ni quieren los generales dejar el ejército, ni pueden portarse con modestia, ni saben acudir a recursos extremos no desprovistos de grandeza y, permaneciendo indecisos, durante la indecisión son oprimidos.

A las repúblicas no se les puede aconsejar los mismos medios que a los príncipes para evitar el vicio de la ingratitud, es decir, que dirijan por sí y no por otro las expediciones militares, pues necesitan dar el mando a un ciudadano. Conviene, por tanto, y es lo que les aconsejo, imitar los procedimientos de la república romana, menos ingrata que las otras, procedimientos nacidos de las instituciones de aquel pueblo, donde, educándose todos para la guerra, así los nobles como los plebeyos, hubo en Roma en todas épocas tantos hombres valerosos triunfadores de los enemigos, que el pueblo no tenía motivo para sospechar de ninguno, pues la rivalidad entre varios impide la dominación de uno. De esta suerte se conservaban puros y cuidadosos de evitar hasta la sombra de cualquier ambición para no dar motivo a que, por ambiciosos, los castigara el pueblo, y la mayor gloria de los que llegaban a la dictadura era la más pronta renuncia de

este cargo. No pudiendo con tal conducta inspirar sospechas, tampoco ocasionaban ingratitudes. Así pues, la república que no quiera tener motivos para ser ingrata debe gobernarse como la romana, y el ciudadano que desee no ser víctima de ingratitud, observar la misma conducta que los romanos.

CAPÍTULO XXXI

Los generales romanos jamás fueron castigados severamente por las faltas que cometieron, ni tampoco cuando por ignorancia o malas determinaciones ocasionaron daño a la república

No sólo fue la romana, según hemos dicho, menos ingrata que las demás repúblicas, sino también menos severa y más parca que éstas en castigar a los generales de sus ejércitos. Si éstos erraban por malicia, los castigaba humanamente; y si por ignorancia, en vez de imponerles penas, les daba premios y honores.

Este proceder de los romanos era atinado, pues juzgaban de tanta importancia para los que tenían el mando de sus ejércitos la libertad de pensamiento y acción y no sujetar sus actos a consideraciones extrañas, que rehusaban añadir a lo que era por sí difícil y peligroso nuevas dificultades y peligros, convencidos de que, en caso contrario, ninguno podría operar valerosamente.

Por ejemplo, enviaban un ejército a Grecia contra Filipo de Macedonia o, en Italia, contra Aníbal o contra los pueblos que antes habían vencido, y el general a quien confiaban el mando de la expedición tenía que cuidar por lo pronto de los muchos preparativos indispensables a tales empresas, los cuales son graves e importantísimos. Si a esta preocupación añadiese la de numerosos ejemplos de romanos crucificados o muertos de otra manera por haber perdido batallas, era imposible a este general, dominado por tantas preocupaciones, tomar una resolución animosa. Juzgando, pues, la república que, a los que en tal caso se encuentran, bastante pena es perder la batalla, no quiso intimidarlos con amenaza de mayor castigo.

He aquí un ejemplo de errores cometidos a sabiendas. Estaban Sergio y Virginio en campaña contra los veyenses, mandando cada uno una parte del ejército. Sergio hacia el punto por donde podían venir los toscanos, y Virginio en el opuesto. Atacado Sergio por los falerianos, prefirió ser derrotado y puesto en fuga a pedir auxilio a Virginio, quien, por su parte, esperando que su colega se le humillase, antes quiso la deshonra de su patria y la destrucción de aquel ejército que prestarle ayuda. Ejemplo verdaderamente lamentable y capaz de inspirar mala opinión de la república romana si ambos generales no hubieran sido castigados. Pero su castigo, que en otra república hubiera sido de pena capital, en Roma fue una multa; no porque sus faltas dejaran de merecer más dura pena, sino porque los romanos, por las razones antedichas, prefirieron seguir en este caso sus antiguas costumbres.

En cuanto a las faltas por ignorancia, ningún ejemplo mejor que el de Varrón. Por su temeridad, derrotó Aníbal a los romanos en Cannas, derrota que hizo peligrar la libertad de la república. Fue ignorancia y no malicia, y a causa de ello, en vez de castigarle, le honraron, saliendo todos los senadores a recibirle cuando volvió a Roma. No pudiéndolo premiar por la batalla perdida, le demostraron su agradecimiento por haber vuelto y no desesperar de la salvación de la república.

Cuando Papirio Cursor quiso dar muerte a Fabio por haber librado batalla a los

samnitas sin su orden, entre los argumentos que alegaba el padre de Fabio contra la obstinación del dictador, uno era el de que jamás había hecho el pueblo romano con ninguno de sus generales derrotados lo que Papirio quería hacer con su hijo victorioso.

CAPÍTULO XXXII

Ni las repúblicas ni los príncipes deben diferir los remedios a las necesidades públicas

Fue beneficioso a Roma cuando Porsena vino contra ella para restablecer a los Tarquinos y dudó el Senado de si la plebe preferiría admitir al rey a mantener la guerra, lo que éste hizo para atraérsela, suprimiendo la contribución de la sal y otros tributos a causa, según dijo, de que los pobres bastante hacían por el bien público criando a sus hijos.

En agradecimiento de estos favores se prestó la plebe a sufrir el asedio, el hambre y la guerra; pero nadie debe, fiando en este ejemplo, esperar hasta la llegada del peligro para ganarse la voluntad del pueblo. Si entonces tuvo buen éxito, no lo tendrá siempre; porque el pueblo puede creer que tales beneficios no los debe a ti, sino a tus adversarios, y temeroso de que, pasado el peligro, le quites lo que por fuerza le has dado, no te quedará agradecido.

Fue ventajosa a los romanos esta determinación, primero porque era un Estado nuevo, no muy seguro, y además porque aquel pueblo había visto que anteriormente se hicieron leyes en su beneficio, como la de la apelación a la plebe. Así pudo persuadirse de que el favor hecho no lo ocasionaba la llegada del enemigo, sino la propensión del Senado a beneficiarlo. Además, estaba reciente el recuerdo de los reyes que de muchas maneras lo habían ultrajado y vilipendiado. Como tales circunstancias concurren raras veces, en raras también aprovechará el remedio. Por ello, el que rige un Estado, sea república o monarquía, debe prever los tiempos y sucesos contrarios que puedan sobrevenirle, y los hombres de quienes en la adversidad pueda valerse, tratándolos desde luego cual lo haría si necesitara de ellos en algún peligro. Los que gobiernan de otro modo, sean príncipes o repúblicas, y máxime si son príncipes, formándose la ilusión de que, llegado el peligro, ganarán la voluntad de los hombres a fuerza de beneficios, se engañan, y lejos de aumentar su seguridad, aceleran su perdición.

CAPÍTULO XXXIII

Cuando cualquier dificultad llega a ser muy grande en un Estado o contra un Estado, es mejor partido contemporizar con ella que combatirla de frente

Crecía la república romana en fama, fuerza y poder, y sus vecinos, que al principio no se preocuparon de que les pudieran causar daño alguno, comenzaron, ya tarde, a comprender su error y quisieron remediar lo que oportunamente no impidieron, aliándose cuarenta pueblos contra Roma. Tomaron los romanos las medidas que acostumbraban en casos de apremiante peligro, y entre ellas la de nombrar dictador, es decir, dar el poder supremo a un hombre que, sin necesidad de consultar con nadie, determinara lo que debía hacerse y, sin apelación alguna, lo ejecutara. Este recurso les fue entonces útil, porque gracias a él dominaron los inminentes peligros, y utilísimo siempre en cuantos sucesos contrarios a la república ocurrieron en varias épocas durante el crecimiento de su poder.[102]

Conviene advertir a este propósito que cuando se presenta una dificultad grave en una república o contra una república por causas internas o externas, y llega al punto de inspirar general temor, es mucho mejor contemporizar con ella que intentar extirparla; porque casi siempre lo ejecutado para extinguirla, aumenta y acelera el mal temido.[103]

Tales accidentes ocurren en las repúblicas con más frecuencia por causas interiores que exteriores, porque muchas veces, o se tolera adquirir a un ciudadano más autoridad de la razonable, o se empieza a alterar una ley que es nervio y vida de las instituciones libres. Se permite la continuación de este error, hasta llegar a ser peor intentar remediarlo que dejarlo seguir; y es tanto más difícil conocer tales inconvenientes cuando aparecen, cuanto más natural es en los hombres favorecer siempre todo lo que empieza, especialmente las obras que aparentan llevar en sí alguna virtud y ejecutan los jóvenes; porque si en una república aparece un joven noble de mérito extraordinario, todos los ciudadanos fijan en él la vista, y acuden sin consideración alguna a tributarle honores; de manera que, por poca ambición que tenga, uniendo a los méritos con que le dotó la naturaleza los favores de sus compatriotas, llega rápidamente a tan elevada posición que, cuando los ciudadanos comprenden su error, apenas tienen medio de remediarlo; y si lo intentan con los recursos que les quedan, sólo consiguen afirmar su poder. No pocos ejemplos podrían citarse de esta verdad; pero sólo presentaré uno, tomado de la historia de Florencia.

Cosme de Médicis, con quien empezó la grandeza de la casa de los Médicis en nuestra ciudad, llegó a tener tanta reputación por su prudencia y por la ignorancia de los demás florentinos, que empezó a ser temible al gobierno, hasta el punto de juzgar sus conciudadanos peligroso ofenderle, y peligrosísimo dejarle tanta influencia. Vivía entonces Nicolás de Uzzano, tenido por muy experto en los negocios públicos; quien, habiendo cometido la primera falta de no prever los peligros que el poder de Cosme podía ocasionar, no permitió durante su vida que se cometiera la segunda, es decir, que se intentara destruir la preponderancia de Cosme, por creer que tal intento ocasionaría la

completa ruina de la república. Así lo demostraron los hechos después de su muerte porque, no siguiendo los supervivientes su consejo, lograron ser fuertes contra Cosme, y lo desterraron. Consecuencia de ello fue que, irritado su partido por esta ofensa, le llamó al poco tiempo y lo hizo señor de la república; poder que jamás hubiese alcanzado sin la declarada oposición que se le hizo.[104]

Lo mismo sucedió en Roma con César: le favorecieron al principio Pompeyo y otros ciudadanos, a causa de sus preclaras dotes, y el favor fue poco a poco convirtiéndose en miedo. Así lo atestigua Cicerón al decir que Pompeyo empezó tarde a temer a César. El miedo hizo pensar en los remedios, y los aplicados aceleraron la ruina de la república.

Repito, pues, que, siendo difícil conocer estos males cuando empiezan,[105] por lo que ilusionan las cosas en su principio, es más atinado y sensato contemporizar[106] con ellos que contrarrestarlos abiertamente, porque, contemporizando, o desaparecen por propia consunción, o se prorrogan a largo plazo.

Los gobernantes que quieran destruir u oponer resistencia a la fuerza y el ímpetu de estos males, deben ser muy vigilantes para no aumentar lo que quieren disminuir; atraer lo que desean alejar, y secar una planta regándola; deben estudiar bien el mal: si se encuentran en condiciones de poderlo curar, curarlo sin consideración alguna; y si no, dejarlo estar, guardándose bien de contrariarlo; porque sucederá lo que antes hemos dicho y lo que acaeció a los vecinos de Roma, a quienes, por haber crecido tanto el poder de ésta, hubiera sido más ventajoso procurar con procedimientos pacíficos tenerla satisfecha y contenida dentro de su territorio, que obligarla con actos hostiles a pensar en nuevos medios de defensa y de ataque. El resultado de la conjura de aquellos pueblos contra los romanos fue estrechar la unión de éstos, hacerlos más valerosos y obligarles a imaginar nuevos recursos para ensanchar en breve tiempo su poder. Entre éstos fue uno la creación de la dictadura, con la cual, no sólo triunfaron de inminentes peligros, sino que lograron evitar infinitos males que, sin esta institución, hubieran aquejado a la república.[107]

---

[102] Maquiavelo se refiere aquí a la dictadura comisaria, prevista por la constitución de Roma para casos de urgencia política. A lo largo de los *Discursos* se da una imagen positiva de esta institución.

[103] Inglese considera insólita esta defensa del contemporizar («temporeggiare»). Ciertamente, la acción rápida y decidida que Maquiavelo recomienda y le lleva por ejemplo a rechazar en *El príncipe* mantener posiciones neutrales (XXI: «Se estima igualmente a un príncipe cuando es verdadero amigo y verdadero enemigo, es decir, cuando se alía sin ambages con uno en contra del otro. Decisión esa siempre más útil que permanecer neutral») casa mal con esta recomendación más moderada y, tal como Inglese también dice, más realista.

[104] La historia de Florencia recomendaba este principio general de «contemporizar» con los enemigos internos (pero Maquiavelo también habla de los externos). El ejemplo de Cosme de Médicis resultaba muy claro: tras su expulsión en 1433, cuando ya era muy fuerte, su partido lo reclama un año más tarde y gobierna su ciudad, aunque sin derogar la república, como si fuese un príncipe hasta 1464. La posición de Maquiavelo defiende que mejor habría sido no haber hecho nada contra él, pues al atacarlo se le da una fuerza que sino no hubiera tenido, que le permitirá gobernar «monárquicamente» Florencia durante treinta años.

105 La dificultad de «ver los problemas de lejos» *(vedere discosto)* está presente en toda la obra de Maquiavelo, aunque en algunos casos parece una capacidad más habitual y no tan extraordinaria como en este capítulo. También aparece la dificultad de esta capacidad en *Discursos*, I, XVIII. En *El príncipe*, III, la considera, sin embargo, una de las habilidades propias de la república romana y de todo príncipe sabio: «Los romanos, en efecto, hicieron en esos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: prestar atención no sólo a los desórdenes presentes, sino también a los futuros, recurriendo a toda su habilidad para evitarlos. Y es que, cuando se los prevé a tiempo, el remedio es fácil, pero si se espera a que se te echen encima la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable». Hay una gran dificultad para encontrar la manera en que estos dos pasajes sean compatibles.

106 En *El príncipe*, III, como se acaba de señalar, también se señala la dificultad de ver de lejos; sin embargo, la recomendación y el modo de actuación que aprueba no es el de contemporizar sino todo lo contrario: «Por eso los romanos, viendo venir de lejos las dificultades, les pusieron siempre remedio, y jamás las dejaron proseguir para rehuir una guerra, sabiendo que la guerra no se evita, sino que se difiere para ventaja de los demás». Una posible coherencia entre estos dos pasajes podría ser que Maquiavelo recomienda una cosa a los actores políticos virtuosos, como Roma, y otra diferente a los actores políticos incapaces, como Florencia. De este modo, Roma, al ver de lejos, debe atacar, mientras Florencia debe contemporizar. Sin embargo, esta interpretación presenta dos problemas. En primer lugar, los actores políticos incapaces nunca podrán mejorar. En segundo lugar, esta interpretación sigue resultando problemática, pues también hay muchos capítulos en donde se echa en cara a Florencia su excesivo entretenimiento y parsimonia en cuestiones bélicas.

107 En este caso, no sólo aprueba la institución de emergencia de la dictadura, sino que la considera como una de las principales responsables de la grandeza de Roma.

CAPÍTULO XXXIV

La autoridad dictatorial benefició y no dañó a la república romana. No es la autoridad concedida por libre sufragio, sino aquella de que se apoderan los ciudadanos, la perniciosa a las instituciones libres

Han censurado algunos escritores a los romanos que idearon y crearon la dictadura por estimarla cosa que, andando el tiempo, ocasionaría la tiranía en Roma, alegando que el primer tirano que en ella hubo ejerció su poder con título de dictador, y diciendo que, de no existir la dictadura, con ningún título público hubiera excusado César su tiranía.

No meditaron bien esta opinión quienes la expusieron, ni los que después ligeramente la han creído; porque ni el nombre ni el cargo de dictador hizo sierva a Roma, sino la autoridad de que se apoderaron algunos para perpetuarse en el poder. De no ser conocido allí el nombre de dictador hubieran tomado cualquier otro, porque la fuerza fácilmente adquiere denominación, pero ésta no da la fuerza; y es notorio que el dictador, cuando llegó a serlo por nombramiento legal y no por autoridad propia, siempre hizo bien a Roma. Perjudican a las repúblicas las magistraturas creadas y la autoridad concedida por procedimientos extraordinarios; pero no si lo han sido conforme a las leyes.

Así se ve que durante larguísimo tiempo todos los dictadores hicieron en Roma gran bien a la república. Y la razón de ello es notoria. Primeramente es preciso para que un ciudadano pueda causar daño adquiriendo extraordinaria autoridad, que concurran en él varias condiciones, las cuales en la república donde haya pureza de costumbres jamás puede reunir ninguno, porque necesita ser riquísimo o contar con gran número de adeptos y partidarios, cosa imposible donde las leyes se cumplen; y si, a pesar de todo, hubiera hombres en este caso, serían tan temidos que nunca encontrarían apoyo en el sufragio libre. Además, la dictadura era un cargo temporal: nombrábase dictador para resolver determinado conflicto y hasta que desapareciera; su poder alcanzaba a determinar por sí mismo los remedios al urgente peligro, a ponerlos en práctica sin necesidad de consulta, y a castigar sin apelación; pero no podía hacer cosa alguna que alterase las instituciones del Estado, como lo sería privar de su autoridad al Senado o al pueblo, o derogar la antigua constitución política para establecer otra nueva. De manera que por la brevedad del tiempo que la dictadura duraba, por la autoridad limitada que el dictador ejercía y por la pureza de costumbres del pueblo romano, era imposible cualquier extralimitación en daño de Roma. En cambio, la experiencia demuestra que esta situación siempre le produjo beneficios, mereciendo especial estudio por ser una de las que más contribuyeron al poderío de Roma, y sin la cual difícilmente hubiera triunfado en los grandes peligros que amenazaron su existencia. Los procedimientos de gobierno en las repúblicas son lentos. No pueden hacer nada por sí los consejos ni los magistrados, necesitando en muchos casos los unos de los otros para tomar resolución, y como en el acuerdo de las voluntades se emplea tiempo, las determinaciones son tardías, y a veces peligrosas cuando tienen por objeto remediar lo que no admite espera.

Todas las repúblicas deben, por tanto, establecer entre sus instituciones una semejante a la dictadura. La de Venecia, que entre las repúblicas modernas es excelente, ha reservado a corto número de ciudadanos el ejercicio de la autoridad, y en casos urgentes están facultados para determinar lo necesario sin consultar a nadie.

La república en que falta una institución de esta clase se ve obligada a perecer por conservar sus procedimientos constitucionales o a salvarse quebrantándolos, y en un Estado bien regido no debe ocurrir cosa que haga indispensable acudir a remedios extraordinarios, porque aun cuando éstos produjeran buen resultado, el ejemplo será peligroso. La costumbre de quebrantar la constitución para hacer el bien conduciría a quebrantarla con tal pretexto, para, en realidad, hacer el mal. Jamás será, pues, perfecta la organización de una república si sus leyes no proveen a todo, fijando el remedio para cualquier peligro y el modo de aplicarlo. Termino diciendo que las repúblicas que para peligros urgentes no tienen el recurso de la dictadura o de otra idéntica institución, siempre las arruinará cualquier grave accidente.

Digna de estudio es la sabiduría con que los romanos organizaron la elección de dictador; porque siendo su nombramiento en cierto modo molesto a los cónsules, quienes de ser jefes del Estado venían a quedar en la misma condición de obediencia que los demás ciudadanos, y suponiendo que esto podía desprestigiarles en el concepto público, determinaron que lo hicieran los mismos cónsules por creer que, cuando el peligro obligara a Roma a acudir a esta regia potestad, lo harían de buen grado, y, haciéndolo ellos, les molestaría menos; pues las heridas y los demás males, cuando se los ocasiona el hombre espontáneamente y por propia voluntad, duelen mucho menos que si proceden de impulso ajeno. Además, en los últimos tiempos acostumbraron los romanos a dar la autoridad dictatorial a los cónsules con la fórmula *Videat Consul, ne Res publica quid detrimenti capiat.*[108]

Volviendo a nuestro asunto, terminaré asegurando que los vecinos de Roma, al procurar oprimirla, únicamente consiguieron que se organizara, no sólo para la defensa, sino para atacar a sus enemigos con más fuerza, mejor acuerdo y mayor prestigio.

108 «Provea el cónsul para que la república no sufra ningún daño.»

CAPÍTULO XXXV

Por qué fue nociva a la libertad de la república romana la creación de los decenviros, a pesar de elegirlos el voto público y libre del pueblo

Lo que hemos dicho de que la autoridad adquirida violentamente, y no la que se obtiene por medio del sufragio, es la perjudicial a la república, parece contradecirlo la elección de los diez ciudadanos nombrados por el pueblo para hacer las leyes en Roma, quienes, andando el tiempo, se convirtieron en tiranos y sin consideración alguna acabaron con la libertad.

Pero deben tenerse en cuenta los modos de dar la autoridad, y el tiempo porque se da. Cuando se concede amplia, por largo tiempo, es decir, por más de un año, siempre es peligrosa y producirá buen o mal resultado, según sean buenos o malos aquellos a quienes se haya dado.

Comparando las facultades de los decenviros con las de los dictadores, se verá cuánto mayores eran aquéllas. Nombrado el dictador, continuaban los tribunos, los cónsules y el Senado con sus respectivas facultades. El dictador no podía privarles de ellas, y aun autorizado para destituir a un cónsul o a un senador, le era imposible anular el orden senatorial y dictar nuevas leyes; de manera que el Senado, los cónsules y los tribunos, continuando con su propia autoridad, venían a ser una guardia vigilante para que el dictador no se extralimitara. Pero al crear los decenviros sucedió todo lo contrario, puesto que anularon a los cónsules y a los tribunos, y se les facultó para dictar leyes y cuanto podía hacer el pueblo romano. Encontrándose, pues, solos, sin cónsules, sin tribunos y sin apelación al pueblo, y no habiendo quien vigilara sus actos, pudieron al segundo año de su mando, impulsados por la ambición de Apio, abusar de su ilimitada autoridad.

Adviértase, pues, que cuando se ha dicho que la autoridad concedida por el sufragio libre no perjudica a ninguna república, se presupone que ningún pueblo la dará sino con las debidas precauciones y por el tiempo preciso; pero si por ser engañado o por cualquier otro motivo que le ciegue la concede imprudentemente y en la forma que el pueblo romano la dio a los decenviros, le acontecerá siempre lo que sucedió entonces.

Fácil es probarlo comparando las causas que hicieron a los dictadores buenos y a los decenviros malos, y observando lo hecho por las repúblicas bien organizadas al conceder la autoridad suprema por largo tiempo, como la daban los espartanos al rey y los venecianos al dux, pues se verá que en ambos Estados había funcionarios con las facultades necesarias para impedirles abusar de sus poderes. No basta en estos casos que la masa del pueblo no esté corrompida, porque el poder absoluto en brevísimo tiempo la corrompe, y quien lo ejerce adquiere amigos y partidarios, no importando que sea pobre y sin familia, porque la riqueza y todos los demás beneficios acudirán a él rápidamente, según veremos al tratar de la creación de los citados decenviros.

CAPÍTULO XXXVI

Los ciudadanos que han ejercido los más elevados cargos no deben desdeñar el desempeño de los más modestos

Eligieron los romanos a Marco Fabio y G. Manilio cónsules, y durante su consulado ganaron una gloriosísima batalla a los veyenses, en la cual pereció Quinto Fabio, hermano del cónsul, que había sido también cónsul el año anterior.

Esto hace ver cuán a propósito era la organización de aquella república para su engrandecimiento y cuánto se equivocan las demás repúblicas que adoptan distinto régimen; pues, aunque los romanos eran aficionadísimos a la fama, no juzgaban deshonroso obedecer a quien antes habían mandado, y servir en el mismo ejército que anteriormente estaba a sus órdenes; cosa muy opuesta a las ideas, instituciones y costumbres de los ciudadanos en nuestros tiempos.

En Venecia subsiste aún el error de desdeñar el ciudadano que ha desempeñado alto cargo, cualquier otro inferior, consintiéndole la república que pueda rehusarlo. Esto será dignísimo para el particular, pero resulta inútil para el público. Porque mayor debe ser la esperanza de la república y más debe confiar en quien de un alto cargo desciende a desempeñar otro inferior, que en el que de uno de éstos pasa a otro de aquéllos. La aptitud de éste le será, por razón natural, dudosa, si no le ve rodeado de hombres de consideración y respeto, cuyos consejos moderen su autoridad y suplan su inexperiencia.

De haber en Roma la misma preocupación que en Venecia y en otras repúblicas y reinos, si el que hubiera sido cónsul no volviese al ejército sino con autoridad consular, fueran muchos los inconvenientes y grandes los errores para las libertades públicas, tanto por los errores que cometieran los nuevos funcionarios como por su ambición, que satisfarían mejor no teniendo a su lado hombres cuya respetabilidad les obligara a cumplir sus deberes. Su libertad de acción fuera mayor, pero en detrimento de los intereses públicos.

CAPÍTULO XXXVII

De las perturbaciones que causó a Roma la ley agraria y de lo peligroso que es en una república hacer una ley con efecto retroactivo y contra una antigua costumbre nacional

Es sentencia de los escritores de la Antigüedad que a los hombres suele afligir el mal y hartar el bien, y que ambas sensaciones producen el mismo resultado. En efecto; cuando los hombres no combaten por necesidad, combaten por ambición, la cual es tan poderosa en el alma humana, que jamás la abandona, cualquiera que sea el rango a que el ambicioso llegue. Causa de esto es haber creado la naturaleza al hombre de tal suerte, que todo lo puede desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo que los medios de lograrlo, lo poseído ni satisface el ánimo, ni detiene las aspiraciones. De aquí nacen los cambios de fortuna, porque, ambicionando unos tener más y temiendo otros perder lo adquirido, se llega a la enemistad y a la guerra, motivo de ruina para unos Estados y de engrandecimiento para otros.

He dicho esto porque a la plebe romana no bastó asegurarse contra los nobles con la creación de los tribunos, a cuya exigencia la obligó la necesidad. Conseguido esto, empezó a combatir por ambición, aspirando a compartir con los nobles los honores y las riquezas, las dos cosas que los hombres más estiman. Esto originó la calamidad en las luchas por la ley agraria y causó al fin la pérdida de la libertad.

Como en las repúblicas bien organizadas el Estado debe ser rico y los ciudadanos pobres, necesariamente en Roma la ley agraria era defectuosa, o porque no se hizo desde el principio de tal modo que no exigiera reformas a cada momento, o porque se tardó tanto en hacerla que era peligroso tocar lo establecido, o porque, estando bien hecha desde su origen, se hizo mal uso de ella. Cualquiera que fuese el motivo, es lo cierto que siempre que se trató en Roma de esta ley hubo grandes disturbios.

Tenía la ley agraria dos puntos principales: el uno disponía que no pudiera poseer cada ciudadano más de determinado número de fanegas de tierra; el otro, que el territorio ocupado a los enemigos se distribuyera al pueblo romano. Causaba, pues, dos perjuicios a los nobles, porque los poseedores de mayor cantidad de tierra de la permitida por la ley (que eran casi todos patricios) debían perder el exceso, y distribuyéndose entre la plebe los bienes de los enemigos, se privaba a la nobleza del medio de enriquecerse. Esta agresión contra hombres poderosos, rechazada por éstos en nombre del bien público, siempre que se renovó produjo perturbaciones en la ciudad. Los nobles, con paciencia y habilidad, dilataban la observancia de la ley, o enviando un ejército fuera de Roma, o haciendo que al tribuno que la proponía se opusiera otro tribuno, o cediendo en parte, o fundando una colonia en las tierras que se hubieran de distribuir, como se hizo en la comarca de Anzio, dada a una colonia de ciudadanos salidos de Roma para terminar la cuestión de su reparto, que había promovido de nuevo las agitaciones de la ley agraria. Notables son las frases con que Tito Livio lo refiere, diciendo que con dificultad se encontró quien quisiera formar parte de dicha colonia, porque la plebe prefería pedir bienes en Roma a poseerlos en Anzio.

Los disturbios ocasionados por esta ley se reprodujeron durante algún tiempo, hasta que los romanos comenzaron a enviar sus ejércitos a las extremidades de Italia, y aun fuera de Italia. Entonces cesaron, porque, estando muy lejos de la vista de la plebe los bienes de los enemigos de Roma y en parajes donde no era fácil cultivarlos, los deseaba menos. Además, los romanos no castigaban tanto a sus enemigos con la pérdida de sus tierras, y cuando se apoderaban de algunas, enviaban a ellas colonias.

Tales causas mantuvieron la inobservancia de la ley agraria hasta la época de los Gracos, quienes quisieron ponerla en vigor, ocasionando la ruina de la libertad, porque, redoblado el poder de los adversarios de dicha ley, fue tanto el odio entre la plebe y el Senado, que ambos partidos acudieron a las armas y se derramó la sangre, con absoluto olvido de los procedimientos legales. No pudiendo impedirlo las autoridades, ni esperando de ellas remedio los bandos, cada uno de ellos se procuró un jefe que lo capitanease. En aquel gran desorden, la plebe acudió a Mario, haciéndole cuatro veces cónsul, con tan cortos intervalos, que por sí mismo pudo hacerse nombrar otras tres veces. No viendo la nobleza medio de contrarrestar este abuso, favoreció a Sila, lo hizo su jefe, y estalló la guerra civil, en la cual, después de mucha sangre y varia fortuna, triunfaron los nobles.

Renacieron estas divisiones en la época de César y Pompeyo, porque tomando César la jefatura de los partidarios de Mario, y Pompeyo la de los de Sila, acudieron también a las armas. Triunfó César, el primer tirano de Roma, y desapareció la libertad en aquel pueblo.

Tal fue el principio y el fin de la ley agraria. Aunque demostré antes que las cuestiones entre la plebe y el Senado en Roma mantuvieron la libertad, originando leyes favorables a ella, y no parezca de acuerdo con la demostración las consecuencias de la ley agraria, insisto en mi opinión. Los instintos ambiciosos de los nobles son tales, que si por varias vías y de diversos modos no son combatidos, pronto arruinan al Estado. De suerte que si con las luchas ocasionadas por la ley agraria tardó Roma trescientos años en ser sierva, acaso hubiese llegado mucho más pronto a la servidumbre si la plebe, con esta ley y con sus otras muchas aspiraciones, no hubiese refrenado siempre la ambición de los nobles.

Se ve también en este caso cuánto más estiman los hombres los bienes que los honores; porque la nobleza romana en lo relativo a estos últimos siempre cedió, sin grande oposición, a la plebe; pero al tocar a los bienes, los defendió con tanta obstinación, que el pueblo, para saciar su apetito, tuvo que acudir a los extraordinarios medios antes citados. Promovedores de estos disturbios fueron los Gracos, en quienes es más de alabar la intención que la prudencia; porque querer corregir un abuso antiguo en una república y hacer para ello una ley con efecto retroactivo es grave error, y camino cierto, como antes dijimos, para acelerar el mal a que el abuso conduce. Contemporizando con éste, o el mal llega más tarde, o el transcurso del tiempo lo extingue antes de que se realice.

CAPÍTULO XXXVIII

Las repúblicas débiles son irresolutas y no saben tomar partido: si alguna vez lo toman es por necesidad, no por elección

Afligía a Roma gravísima epidemia, y creyeron los volscos y los equos que era oportuno el momento para apoderarse de ella. Formaron dichos dos pueblos numeroso ejército, y acometieron a los latinos y a los hérnicos, arrasando sus tierras. Viéronse éstos obligados a avisar a los romanos y a rogarles que acudieran en su defensa; pero los romanos, en lucha con la peste, les repondieron que se defendieran por sí mismos y con sus armas, porque no podían auxiliarles. Demostrose en esta respuesta la prudencia y magnanimidad de aquel Senado, que tanto en la próspera como en la adversa fortuna fue digno de dirigir las determinaciones de sus conciudadanos, no avergonzándole jamás acordar algo contrario a sus principios, y aun a otros acuerdos anteriores, cuando la necesidad se lo imponía.

Digo esto porque en varias ocasiones el mismo Senado había prohibido a los citados pueblos armarse y defenderse, y otro Senado menos prudente hubiera creído desacreditarse desatendiendo dicha defensa. Pero éste juzgó las cosas cual debían juzgarse, tomando como mejor partido el menos malo. Sabía sin duda que era un mal no poder defender a sus súbditos; que lo era igualmente que se armasen y ello por los motivos ya dichos y por otros que fácilmente se comprenden; pero conociendo la necesidad de que se armaran al verse atacados por el enemigo, tomó el partido mejor, y quiso que lo que habían de hacer lo hicieran con su licencia, a fin de impedir que, desobedeciéndole entonces por necesidad, le desobedecieran después voluntariamente.

Aunque parezca determinación que debe tomar cualquier república, sin embargo, las débiles y mal aconsejadas, ni la adoptan ni saben hacer de la necesidad virtud.

Había tomado el duque Valentino[109] Faenza y obligado a Bolonia a aceptar las condiciones de un tratado. Deseando regresar a Roma por Toscana, envió a Florencia a uno de sus hombres para pedir permiso de pasar él y su ejército. Discutiose en Florencia lo que convendría hacer en este caso, y nadie opinó en favor de conceder el paso. No se siguió en esto la política de los romanos, porque, estando el duque al frente de un ejército, y los florentinos sin fuerzas para impedirle pasar, era más honroso que, al parecer, lo hiciera con permiso de estos que por su propia voluntad, y de la vergüenza sufrida al negarle el paso y no poder impedirlo, se libraran en gran parte obrando de distinta manera.

Pero lo peor de las repúblicas débiles es ser irresolutas, de tal suerte, que cuantas determinaciones toman las adoptan por fuerza, y cuando de ello les resulta algún bien, débenlo a la necesidad y no a la prudencia. Citaré otros dos ejemplos de sucesos de nuestro tiempo, ocurridos en Florencia en el año de 1500.

Había recobrado Milán el rey de Francia Luis XII, y deseando devolver Pisa a los florentinos para cobrar los cincuenta mil ducados que éstos le prometieron por la restitución, envió su ejército hacia Pisa al mando de monseñor de Beaumont, quien,

aunque francés inspiraba mucha confianza a los florentinos. Situados el general y su ejército entre Cascina y Pisa para atacar esta plaza, a fin de disponer el asedio, permanecieron allí algún tiempo, durante el cual se presentaron a Beaumont embajadores de los pisanos, ofreciendo entregar la ciudad al ejército francés con la condición de prometerles, en nombre del rey, no ponerla en manos de los florentinos hasta pasados cuatro meses. Rechazaron la condición los florentinos, y ocurrió que, sitiada Pisa, tuvieron que levantar el cerco y retirarse vergonzosamente. No aceptaron la condición por desconfiar de la palabra del rey, en cuyas manos forzosamente se habían puesto a causa de la incertidumbre y timidez de sus determinaciones.

Por otra parte, la desconfianza impedíales ver cuánto más fácil era que el rey les devolviera a Pisa estando dentro de ella. De no hacerlo, descubriría sus intentos; mientras que, sin tenerla, sólo cabía la promesa, necesitando conquistar a Pisa para cumplirla. Así pues, les hubiera sido más útil consentir que Beaumont entrara en dicha ciudad apoderándose de ella bajo cualquier condición, según demostró la experiencia en 1502, cuando, sublevada Arezzo, acudió en auxilio de los florentinos, enviado por el rey de Francia, monseñor Imbaut con tropas francesas, y al poco tiempo de llegar junto a Arezzo comenzó a negociar con los de esta plaza, quienes, a semejanza de los pisanos, ofrecían entregársela con determinadas condiciones. Rechazaron éstas en Florencia, pero monseñor Imbaut, pareciéndole que los florentinos no comprendían bien sus intereses, gestionó personalmente con los aretinos, prescindiendo de los comisarios de Florencia, e hizo con ellos un convenio, entrando seguidamente con sus tropas en Arezzo y dando así a entender a los florentinos cuán necios eran y cuán poco entendían de las cosas de este mundo; pues si querían Arezzo, les bastaba con pedirlo al rey, y éste podría dárselo mucho mejor teniendo sus tropas dentro que fuera de dicha plaza. No cesaron en Florencia de censurar y zaherir al citado Imbaut, hasta que los hechos les probaron que si Beaumont hiciera en Pisa lo que Imbaut en Arezzo, la hubiesen recuperado, como recuperaron Arezzo.

Volviendo a nuestro propósito, diré que las repúblicas irresolutas no toman ninguna determinación buena sino por fuerza, pues su propia debilidad no les deja determinar cuando alguna duda ocurre, y si esta duda no la disipa alguna violencia que aclare la verdad, permanecen siempre en la incertidumbre.

---

[109] Se refiere a César Borgia (1475-1507), hijo del papa Alejandro VI, una de las figuras históricas más importantes para el desarrollo del pensamiento político de Maquiavelo. El análisis más extenso de este personaje se encuentra en *El príncipe*, VII *(De los principados nuevos adquiridos por medio de las armas y de la fortuna ajena)*, que se le dedica casi íntegramente.

CAPÍTULO XXXIX

Frecuencia con que ocurren en pueblos distintos idénticos sucesos

El que estudia las cosas de ahora y las antiguas conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos y las mismas pasiones; de suerte que, examinando con atención los sucesos de la Antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir, puede aplicar los mismos remedios que usaron los antiguos, y, de no estar en uso, imaginarlos nuevos, por la semejanza de los acontecimientos. Pero estos estudios se descuidan; sus consecuencias no las suelen sacar los lectores, y si las sacan, las desconocen los gobernantes, por lo cual en todos los tiempos ocurren los mismos disturbios.

Perdió la república de Florencia, después del año de 1494, Pisa y otras poblaciones con gran parte de su territorio, y tuvo que guerrear con los que lo ocupaban; pero siendo éstos poderosos, la guerra era costosa y sin fruto. El aumento de gastos ocasionaba aumento de tributos, y éstos, infinitas quejas del pueblo. Dirigía la guerra un Consejo de diez ciudadanos, llamado *Los Diez de la guerra*,[110] y todo el pueblo empezó a demostrarles aversión, cual si fueran la causa de ella y de los gastos que ocasionaba, persuadiéndose de que, suprimido el Consejo, terminaría la guerra. Para conseguirlo, dejaron expirar los poderes de los consejeros sin elegir sucesores, y concedieron dicha autoridad a la Señoría. Tan perniciosa fue esta determinación, que no sólo continuó la guerra, contra la creencia del pueblo, sino que aumentó el desorden hasta el punto de perder, además de Pisa, Arezzo y otras muchas poblaciones, por haber prescindido de los que con prudencia la dirigían. Advirtió, por fin, el pueblo su error, comprendió que la causa del mal era la fiebre y no el médico, y restableció el Consejo de los Diez.

El mismo odio inspiró alguna vez en Roma el nombre de cónsul, porque viendo aquel pueblo que a una guerra seguía otra, sin momento de reposo, en vez de atribuirlo, como era cierto, a la necesidad de rechazar a sus vecinos, deseosos de acabar con Roma, lo achacó a la ambición de los nobles, y suponía que, no pudiendo éstos castigar a la plebe dentro de Roma porque la defendía la autoridad tribunicia, procuraban sacarla de la ciudad a las órdenes de los cónsules, para sujetarla donde no encontrase apoyo. Creyeron, pues, los romanos indispensable suprimir los cónsules o limitar de tal modo su poder, que no tuvieran autoridad sobre el pueblo, ni dentro, ni fuera de Roma. El primero que intentó establecer esta ley fue un tribuno llamado Terentillo, quien proponía la elección de cinco ciudadanos encargados de examinar y limitar la potestad consular. La nobleza recibió muy mal este intento, pareciéndole que la majestad del imperio iba a desaparecer, y que no quedaría para los nobles ningún rango político en la república. Fue, sin embargo, tan grande la obstinación de los tribunos, que se suprimió el nombre de cónsul y, hechas algunas reformas, quedaron al fin satisfechos, eligiendo, en vez de cónsules, tribunos con autoridad consular, porque lo que odiaban era el nombre y no el cargo. Así estuvieron largo tiempo hasta que, conociendo su error, restablecieron los cónsules, como los florentinos el Consejo de los Diez.

[110] *Los Diez de la guerra* era la magistratura más comúnmente llamada como los Diez de Balía (a partir de 1494 su nombre fue el de «Los Diez de Paz y Libertad»), de la que Maquiavelo fue secretario desde 1498 hasta 1512; se ocupaba de la política externa y de todas las cuestiones militares de la república. Con el paso del tiempo aumentó sus competencias, convirtiéndose en una de las instituciones políticas más importantes y más impopulares de Florencia. Con la vuelta de los Médicis en 1512, los Diez quedaron abolidos y los sustituyeron los Ocho de Práctica.

CAPÍTULO XL

De la creación del decenvirato en Roma y de lo que se debe notar en ella, donde se considera, entre otras cosas, cómo un mismo suceso puede salvar o perder una república

Deseando discurrir especialmente acerca de los acontecimientos que hubo en Roma por la creación del decenvirato, no creo inútil narrar primero las consecuencias de dicha creación y examinar después los casos más notables en estos sucesos, que son muchos y de grande importancia, lo mismo para los que desean mantener la libertad en la república, como para los que intentan dominarla; pues en el relato encontraremos muchos errores del Senado y de la plebe en daño de la libertad, y también muchas equivocaciones de Apio, el jefe de los decenviros, en perjuicio de la tiranía que se había propuesto establecer en Roma.

Después de grandes debates y contiendas entre el pueblo y la nobleza para hacer en Roma nuevas leyes que garantizasen aún más que lo estaba la libertad del Estado, enviaron, de común acuerdo, a Espurio Postumio y otros dos ciudadanos a Atenas para estudiar y traer a Roma las leyes que Solón dio a aquella ciudad, a fin de que sirvieran de modelo a las nuevas leyes romanas. Fueron y volvieron, y entonces nombraron los romanos personas encargadas de examinar las leyes de Solón y redactar las nuevas para Roma, eligiendo diez ciudadanos por un año, entre ellos Apio Claudio, hombre sagaz y turbulento.

A fin de que sin cortapisa ni consideración alguna pudieran establecer las nuevas leyes, fueron suprimidas en Roma todas las demás autoridades, especialmente los tribunos y los cónsules, y suprimieron también la apelación al pueblo; de suerte que los decenviros llegaron a ser en realidad soberanos de Roma.

Favorecido por el pueblo, acaparó pronto Apio toda la autoridad del decenvirato, afectando tanta llaneza en sus modales, que pareció maravillosa su prontitud en cambiar de modo de ser y de carácter, pues había sido hasta poco antes cruel perseguidor de la plebe. Al principio portáronse los decenviros con modestia, teniendo sólo doce lictores que marchaban delante del presidente; y aunque ejercían una autoridad absoluta, sin embargo, acusado un ciudadano romano de homicidio, lo citaron ante el pueblo e hicieron que éste lo juzgara.

Escribieron las nuevas leyes en diez tablas, y en vez de declararlas vigentes, las expusieron al público para que todo el mundo pudiera discutirlas y, si se encontraba en ellas algún defecto, enmendarlo antes de ser obligatorias. Entre tanto hizo Apio correr la noticia de que si a las diez tablas se añadían otras dos, sería aquella legislación perfecta, y esta idea ocasionó que el pueblo prorrogara la autoridad de los decenviros por un año más, prestándose a ello de buen grado, por no tener que elegir cónsules y porque esperaba pasarse sin tribunos, si él mismo continuaba siendo juez de las causas, como antes hemos dicho.

Tomada esta resolución, toda la nobleza se agitó aspirando al honor del cargo, y

entre los primeros para ser reelegido Apio, cuya benevolencia con la plebe empezó a ser sospechosa a sus colegas: *credebant enim hand gratuitam in tanta superbia comitatem fore.*[111] Dudando oponerse a él abiertamente, determinaron hacerlo con disimulo, y aunque era el más joven de todos, le encargaron proponer al pueblo los nombres de los futuros decenviros para que, según lo hecho siempre por los que recibían este cargo, no se propusiera a sí mismo, cosa inusitada e ignominiosa en Roma: *ille vero impedimentum pro occasione arripuit.*[112] Nombrose entre los primeros con admiración y desagrado de todos los nobles, y designó después otros nueve a su gusto.

La renovación del decenvirato por un año más empezó a mostrar al pueblo y a la nobleza la falta que habían cometido. *Apio, finem fecit ferendæ alienæ personæ,*[113] y apareció su innata soberbia, consiguiendo que sus costumbres las adoptaran a los pocos días sus colegas. Para asustar al pueblo y al Senado, en vez de doce lictores, nombraron ciento veinte. El temor fue igual por ambas partes durante algunos días; pero pronto comenzaron los decenviros a desatender al Senado y maltratar a la plebe, y si el castigado por uno de aquéllos apelaba a otro, tratábanle peor en la apelación que en la primera instancia. Conoció entonces el pueblo su falta, y dirigía las afligidas miradas a los nobles: *et inde libertatis captare auram, unde servitutem timento, in eum statum republicam adduxerant.*[114] Agradaba a los nobles su aflicción, *ut ipsi, tædie præsentium*, *Consules desiderarent*.[115]

Llegó el día en que terminaba el año; las dos tablas de la ley estaban hechas, pero no publicadas. De esto tomaron pretexto los decenviros para prorrogar su autoridad, y comenzaron a ejercerla por medios violentos y a convertir en satélites suyos a los jóvenes nobles, entre quienes distribuían los bienes de los que condenaban: *Quibus donis juventus corrumpebatur, et malebat licentiam suam, quam omnium libertatem.*[116]

Sucedió por entonces que los sabinos y los volscos declararon la guerra a los romanos, y ante este peligro comenzaron los decenviros a ver la debilidad de su situación, porque sin el Senado no podían organizar la guerra y, al convocarlo, temían perder su autoridad. Obligados a tomar este último partido, apenas se reunió el Senado, muchos senadores, especialmente Valerio y Horacio, hablaron contra la soberbia de los decenviros, y terminara el poder de éstos si el Senado, rival del pueblo, hubiese ejercido toda su autoridad; pero temió que, si los decenviros cesaban voluntariamente en sus cargos, fueran restablecidos los tribunos de la plebe. Acordó, pues, hacer la guerra, y al mando de algunos decenviros salieron dos ejércitos de Roma, quedando Apio para gobernar la ciudad. Enamorose entonces de Virginia; quiso lograrla por fuerza; Virginio, padre de ésta, para librar a su hija del oprobio, la mató, y el suceso produjo una sublevación en Roma y en los ejércitos. Unidos éstos a lo que en la ciudad había quedado de la plebe, se situaron en el Monte Sacro, donde permanecieron hasta que los decenviros abdicaron su autoridad, fueron nombrados los tribunos y los cónsules, y quedó restablecida la antigua forma de gobierno.

Prueba lo dicho, primero, que el inconveniente de crear la citada tiranía se produjo en Roma por las mismas causas originarias de tiranía que en casi todas las repúblicas: el

gran deseo de libertad en el pueblo y el gran deseo de mando en la nobleza. Cuando ambas clases no se ponen de acuerdo para hacer una legislación favorable a la libertad y cada una se dedica a enaltecer a un ciudadano, surge inmediatamente la tiranía. Convinieron el pueblo y la nobleza romana en crear los decenviros con tanta autoridad por el deseo que cada una de estas clases tenía de acabar, la una con los cónsules y la otra con los tribunos. Creados los decenviros, la plebe creyó que Apio defendía sus intereses y contrariaba los de la nobleza, y se dedicó a favorecerle. Cuando un pueblo comete la falta de ensalzar a alguno porque combate a los que él aborrece y el ensalzado es hábil, llega éste siempre a ser tirano del Estado; porque, con el favor del pueblo, destruirá a la nobleza, y cuando lo haya conseguido oprimirá al pueblo, que, comprendiendo entonces su servidumbre, no tendrá a quién recurrir en demanda de auxilio. Tal es el procedimiento de cuantos han fundado tiranías en las repúblicas, y, de seguirlo Apio, no hubiera acabado la suya tan pronto. Pero hizo todo lo contrario, no pudiendo obrar con mayor imprudencia, pues para ejercer la tiranía se enemistó con los que se la habían dado y podían sostenerlo en ella, y se hizo amigo de los que no concurrieron a dársela ni podían conservársela. Perdió, pues, sus verdaderos partidarios, y los buscó entre los que no habían de serlo, que aun cuando la nobleza desea la tiranía, los nobles no participantes en ella son enemigos del tirano, quien nunca puede ganarse a todos a causa de no disponer de las riquezas y los honores necesarios para satisfacer la gran ambición y extraordinaria avaricia de todos ellos.

Al apartarse Apio del pueblo para unirse a los nobles, incurrió, pues, en un error evidentísimo por las razones ya dichas, y porque cuando se quiere ejercer el mando apelando a la violencia, preciso es tener más fuerza que los forzados a obedecer. Por ello, los tiranos que tienen al pueblo por amigo y por enemigos a los grandes, están más seguros, a causa de apoyar su tiranía en mayor fuerza, de la que poseen los que cuentan con la amistad de los nobles y no tienen la del pueblo. Con el favor de éste le bastan las fuerzas interiores para sostenerse, como bastaron a Nabis, tirano de Esparta, cuando le atacaron toda la Grecia y el pueblo romano y, poniendo a buen recaudo a los pocos nobles, se defendió con el apoyo del pueblo, cosa imposible, de no contar con su cariño. Pero cuando los amigos, por su rango, forman clase menos numerosa, no bastando las fuerzas interiores, hay que acudir a las exteriores. Éstas han de ser de tres clases: guardia personal formada por soldados extranjeros; armamento de los campesinos, para que hagan el oficio que harían los ciudadanos, y alianza con los vecinos poderosos para fundar en ellos la defensa. El que apela a estos medios y los emplea con prudencia, aunque tenga por enemigo al pueblo, conservará en cierto modo el poder.

Pero Apio no podía apoyarse en los campesinos, porque eran tan ciudadanos como los habitantes de Roma, y lo que pudo hacer no supo hacerlo; de suerte que destruyó el fundamento de su dominación.

Al crear el decenvirato cometieron el Senado y el pueblo un error grandísimo, porque aunque dijimos al hablar de la dictadura que los poderes nocivos a la libertad son los constituidos por la voluntad de quien los ejerce y no los que da el pueblo, sin embargo, cuando éste organiza poderes debe hacerlo de modo que sean responsables del

abuso de sus facultades, y en vez de establecer medios de hacer efectiva la responsabilidad, suprimieron los romanos los que existían, creando una sola autoridad y anulando las demás, por el vehemente deseo de acabar el Senado con los tribunos, y el pueblo con los cónsules. De tal modo les cegó, que ambos concurrieron a la creación de un poder arbitrario. Porque los hombres, como decía el rey Fernando, hacen a veces lo mismo que algunas pequeñas aves de rapiña, que en el afán de cazar la presa a que su instinto las incita, no advierten que sobre ellas vuela otra ave mayor con el propósito de devorarlas. Quedan, pues, demostrados, como me propuse hacerlo en este capítulo, los errores del pueblo romano al querer salvar la libertad, y los de Apio al desear mantener su tiranía.

---

111 «Creían que su amabilidad, siendo de carácter tan orgulloso, ocultaba algo.»

112 «Convirtió el impedimento en una ocasión.»

113 «Apio terminó de quitarse una mascara que no le convenía.»

114 «Y buscaba la libertad en aquellos de quienes temió la servidumbre, y, por temerla, había puesto la república en aquel estado.»

115 «Para que éstos deseasen la vuelta de los cónsules por la molestia de la situación presente.»

116 «A causa de estos regalos, la juventud se corrompía y prefería la licencia propia a la libertad de todos.»

CAPÍTULO XLI

Es imprudente e inútil pasar sin gradación de la humildad a la soberbia, de la compasión a la crueldad

Entre los recursos a que apeló Apio para afianzar la tiranía no fue el menos perjudicial para él cambiar de pronto de modales y de carácter. Porque mostró habilidad al engañar astutamente a la plebe, fingiéndose amigo del pueblo, y en los medios de que se valió para que prorrogaran la autoridad de los decenviros y en la audacia de presentar su candidatura contra la opinión de los nobles y en proponer para colegas suyos a los que le eran adictos; pero no en cambiar de pronto, como antes dije, y cuando ya había hecho todo esto, de costumbres y de carácter, convirtiéndose de amigo en enemigo de la plebe; de humilde en soberbio; de accesible en inaccesible, y tan rápidamente, que todo el mundo había de comprender la falacia de su conducta. Porque quien siendo bueno durante algún tiempo se convierte en malo por convenir a su propósito, debe hacer la transición gradualmente, aprovechando las ocasiones y, antes de que el cambio prive de los antiguos amigos, conseguir tantos nuevos para reemplazarlos, que su autoridad no se debilite. De otra suerte, descubiertas sus intenciones y sin partidarios, quedará perdido.

CAPÍTULO XLII

De la facilidad con que se corrompen los hombres

Adviértese también en este asunto del decenvirato la facilidad con que los hombres se corrompen y cambian de costumbres, aunque sean buenos y bien educados, considerando cómo la juventud de que Apio se había rodeado empezó a aficionarse a la tiranía por la utilidad no muy grande que le procuraba, y cómo Quinto Fabio, que formó parte del segundo decenvirato y era hombre excelente, cegado por la ambición y persuadido de la maldad de Apio, trocó en malas sus buenas costumbres, y fue igual a éste. Bien estudiados tales sucesos por los legisladores en las repúblicas o en los reinos, les inducirán a dictar medidas que refrenen rápidamente los apetitos humanos y quiten toda esperanza de impunidad a los que cometan faltas arrastrados por sus pasiones.

CAPÍTULO XLIII

Los que combaten por su propia gloria son buenos y fieles soldados

Véase pues, por lo antedicho, cuánta es la diferencia entre un ejército satisfecho que combate por su gloria, y otro malcontento que pelea por la ambición ajena; porque los ejércitos romanos, mandados por los cónsules, casi siempre fueron victoriosos, y por los decenviros siempre vencidos. Este ejemplo es uno de los que demuestran la inutilidad de los soldados mercenarios, los cuales combaten únicamente por el dinero que reciben, motivo insuficiente para hacerles fieles y adictos hasta el punto de dar la vida por la causa que defienden; y si los ejércitos no consideran como propia dicha causa, carecen del valor necesario para resistir a un enemigo algo esforzado. El amor a los intereses y a la honra de la patria sólo lo tienen los súbditos, y cuando se quiere conservar un Estado, sea república o reino, preciso es armar a los ciudadanos o súbditos, como han hecho cuantos con sus ejércitos engrandecieron la patria. Tan valerosos eran los ejércitos romanos en la época de los decenviros como antes; pero la falta de afecto a sus jefes les impedía conseguir los mismos resultados. Abolido el decenvirato, apenas comenzaron a combatir como hombres libres, renació en ellos el antiguo ánimo y sus campañas volvieron a tener el mismo feliz éxito a que anteriormente estaban acostumbrados.

CAPÍTULO XLIV

Una multitud sin jefe es inútil. No se debe amenazar sin tener los medios de cumplir la amenaza

Estaba el pueblo romano armado y reunido, a causa de la muerte de Virginia, en el Monte Sacro. Mandole el Senado comisionados para preguntarle con qué derecho había abandonado a sus jefes y retirádose al citado monte. Tan respetada era la autoridad del Senado, que no teniendo el pueblo allí jefes, nadie se atrevía a responder. Tito Livio dice que no le faltaban razones que alegar, sino quien las expusiera, lo cual demuestra la inutilidad de una multitud sin jefes.

Comprendió Virginio la causa del silencio, y por orden suya fueron creados veinte tribunos militares, encargándoles de responder y tratar con el Senado. Empezaron éstos por pedir que les enviasen a Valerio y Horacio para decirles lo que deseaban. Dichos senadores no quisieron ir si previamente no renunciaban a su autoridad los decenviros, y al llegar al monte donde estaba el pueblo, dijéronles los comisionados de este que querían el restablecimiento de los tribunos de la plebe, la apelación al pueblo de las decisiones de todas las autoridades, y que les entregaran a todos los decenviros para quemarlos vivos. Aprobaron Valerio y Horacio sus dos primeras demandas, y censuraron la última, diciendo: *Crudelitatem damnatis, in credulitatem ruitis.* Aconsejaron, pues, al pueblo que no mencionara a los decenviros y procurase recobrar el poder y la autoridad, pues no le faltarían después ocasiones de satisfacer sus deseos. De esto se deduce cuán necio e imprudente es pedir una cosa, diciendo de antemano: «Quiero obrar mal con ella». La intención no debe mostrarse antes de lograr por cualquier medio lo que se desea. Basta pedir a uno el arma que tiene, sin añadir: «Te quiero matar con ella». Apoderado del arma, puedes matarle.

CAPÍTULO XLV

Es de mal ejemplo no observar una ley hecha, máxime si son sus autores quienes dejan de cumplirla; y peligrosísimo para los que gobiernan un Estado tener en continua incertidumbre la seguridad personal

Hecho el acuerdo y restablecidas las antiguas instituciones en Roma, citó Virginio a Apio ante el pueblo para defender su causa. Presentose éste acompañado de muchos nobles. Pidió Virginio que lo prendieran, y Apio demandó a gritos la apelación al pueblo. Sostenía Virginio que no era digno de aquella apelación quien la había abolido, ni de tener por defensor a aquel pueblo que había maltratado. Apio replicaba que no debía violar el pueblo aquel derecho de apelación, cuyo restablecimiento con tanto empeño había reclamado. A pesar de ello fue preso, y antes de ser juzgado se suicidó.

Aunque la malvada vida de Apio merecía el mayor castigo, fue, sin embargo, injusto violar en su perjuicio las leyes, y mucho más la que se acababa de restablecer; pues creo que lo de peor ejemplo en una república es hacer una ley y no cumplirla, sobre todo si la inobservancia es por parte de quien la ha hecho.

Reformada la gobernación de Florencia en 1594 con ayuda de fray Jerónimo Savonarola, cuyos escritos demuestran la ciencia, prudencia y virtud de su ánimo, hízose, entre otras leyes para la seguridad personal, una que establecía la apelación al pueblo de las sentencias que por delitos políticos dieran el Tribunal de los Ocho y la Señoría, ley cuya aprobación costó a Savonarola mucho tiempo y muchísimo trabajo. A poco de estar vigente, condenó la Señoría a muerte a cinco ciudadanos por delitos de aquella índole. Quisieron los condenados apelar al pueblo y no se les permitió, infringiendo la ley. Este hecho desacreditó más que ningún otro al citado fraile, porque si la apelación era útil, debió hacerla observar; y si no lo era, no debió procurar con tanto empeño su establecimiento. Y tanto más llamó la atención este suceso, cuanto que en ninguno de los numerosos sermones que Savonarola predicó después de esta infracción legal condenó o excusó a los infractores, como quien no quiere censurar aquello que redunda en su provecho y al propio tiempo no puede excusarlo, cosa que, poniendo al descubierto su ambición y su parcialidad, le hizo perder el crédito y le causó grave daño.

Perjudica también mucho a un Estado reavivar de continuo las pasiones entre los ciudadanos persiguiendo a unos u otros, como sucedió en Roma después del decenvirato. Todos los decenviros y otros ciudadanos, unos después de otros, fueron acusados y condenados, y el temor de la nobleza llegó a ser grandísimo, sospechando que si no se ponía término a aquella persecución, toda ella sería exterminada. La alarma hubiera producido perniciosos efectos en la ciudad si el tribuno Marco Duellio no la disipara con un edicto que prohibía citar ante el tribunal o acusar a cualquier ciudadano romano en el término de un año, edicto que tranquilizó a la nobleza.

Este ejemplo demuestra cuán dañoso es a una república o a un príncipe tener, por continuos procesos y castigos, sobresaltados y temerosos los ánimos de los súbditos. No puede haber cosa peor sin duda alguna, porque los hombres que viven inciertos de su

seguridad personal, procuran por cualquier medio librarse de este peligro, y al efecto se aumenta su audacia y atrevimiento contra el orden de cosas establecido. Es, pues, indispensable no hacer daño a nadie o hacerlo de una vez, y después tranquilizar los ánimos con medidas que les infundan confianza.

CAPÍTULO XLVI

Los hombres pasan de una ambición a otra. Procuran primero defenderse y después atacar a los otros

El pueblo romano había recobrado su libertad asegurando su intervención en el gobierno, afirmando su poder gracias a nuevas y muchas leyes que al efecto se hicieron. Parecía razonable que Roma estuviese durante algún tiempo tranquila; pero la experiencia demostró lo contrario, porque diariamente surgían nuevos conflictos y nuevos desórdenes. Como Tito Livio explica muy juiciosamente, las causas de ellos, paréceme oportuno trasladar sus palabras. Dice que «siempre entre el pueblo y el patriciado se ensoberbecía el uno a medida y en la proporción que se humillaba el otro. Así pues, estando la plebe tranquila sin extralimitarse de sus derechos, comenzaron los jóvenes de la nobleza a ofenderla, no pudiéndolo remediar los tribunos, porque ellos mismos eran ultrajados. La nobleza, por su parte, creyendo que su juventud abusaba demasiado, prefería que las extralimitaciones, caso de haberlas, las ejecutaran los suyos y no la plebe. Así pues, el deseo de defender la libertad ocasionaba que el predominio de uno de estos partidos fuese la opresión del otro». Los que procuraban librarse del temor, empezaban al conseguirlo a hacerse temer, y las ofensas de que se libraban causábanlas a los contrarios, cual si fuera indispensable ofender o ser ofendido.

Obsérvese que es éste uno de los modos por los cuales las repúblicas se pierden; cuán fácilmente pasan los hombres de una ambición a otra, y cuán cierta es la máxima puesta por Salustio en boca de César: *quod omnia mala exempla bonis initiis orta sun.*

Procuran, como ya he dicho, los ciudadanos ambiciosos que viven en una república, primero que nadie pueda perjudicarles, ni los particulares ni las autoridades, y para lograrlo buscan y adquieren amistades por medios aparentemente honrados, o prestando dinero o defendiendo a los pobres contra los poderosos; y por parecer esto virtuoso, engañan fácilmente a todo el mundo y nadie trata de evitarlo. Mientras tanto, el ambicioso, perseverando sin obstáculo en su propósito, consigue, por la influencia adquirida, que los particulares le teman y las autoridades lo respeten. Cuando, por no impedir a tiempo su engrandecimiento, goza de extraordinario poder, es imposible, sin exponerse a gran peligro, combatirle de frente, por las razones ya dichas al hablar de lo peligroso que es afrontar un vicio o un mal profundamente arraigado en un pueblo, quedando las cosas reducidas a los siguientes términos: o procurar vencerlo, con riesgo de súbita ruina, o dejarle mandar, resignándose a manifiesta servidumbre, si la muerte o algún suceso no libra de ella; pues al llegar al extremo de que ciudadanos y autoridades teman castigar al poderoso y a sus amigos, con muy poco esfuerzo logran estos que los juicios y sentencias respondan a sus deseos.

Oportunamente diremos cómo las repúblicas deben tener entre sus leyes una que impida a los ciudadanos causar daño aparentando hacer bien, y adquirir mayor influencia de la necesaria para favorecer y no perjudicar a la libertad.

CAPÍTULO XLVII

Los hombres, en conjunto, pueden engañarse en los asuntos generales, pero no en los particulares

Disgustaba al pueblo romano, según hemos dicho, la dignidad consular y pretendió que pudieran ser cónsules los plebeyos o que se limitaran las atribuciones de este cargo. Adoptó la nobleza, por no rebajar la autoridad consular con cualquiera de estas exigencias, un término medio, conformándose con que se crearan cuatro tribunos con potestad consular, y que pudieran ser plebeyos o nobles. Satisfizo la concesión a la plebe, pareciéndole que, representada en el consulado, destruía la preponderancia de los cónsules. Ocurrió, sin embargo, un suceso notable, cual fue que, al llegar a la creación de estos tribunos, pudiendo la plebe escogerlos plebeyos, los eligió todos nobles; con cuyo motivo, dice Tito Livio: *Quorum comitiorum eventus docuit, alios animos in contentione libertatis et honoris, alios secumdum deposita certamina in incorrupto judicio esse.*

En mi opinión, la causa de este suceso es que los hombres en conjunto se engañan con frecuencia respecto a los asuntos generales, pero no tanto en los particulares. Creía la plebe romana merecer el consulado, por ser la mayor parte de la población, por afrontar mayor peligro en la guerra y por mantener con sus brazos a Roma libre y hacerla poderosa. Pareciéndole, como he dicho, el deseo razonable, quiso tener derecho por cualquier medio a aquella dignidad; pero cuando necesitó formar juicio individual de sus candidatos, comprendió la insuficiencia de éstos, estimó que ninguno merecía en particular lo que la plebe en masa creía merecer y, avergonzada de la incapacidad de los suyos, eligió a los más aptos para desempeñar los cargos.

Admirado Tito Livio de esta determinación, dice: *Hanc modestiam, æquitatemque, et altitudinem animi, ubi nunc ni uno inveneris, quæ tunc populi universi fuit?*[117]

En corroboración de esto puedo presentar otro notable ejemplo ocurrido en Padua, después que Aníbal derrotó a los romanos en Cannas. Agitada toda Italia por esta derrota, estaba Capua a punto de sublevarse a causa del odio que existía entre el pueblo y el Senado. Era entonces primer magistrado Pacuvio Culano, quien comprendió el peligro que corría el orden público y quiso valerse de su autoridad para reconciliar a la plebe con la nobleza. A fin de conseguirlo, reunió al Senado y le manifestó el odio que inspiraba al pueblo y el peligro que corrían los senadores de ser muertos por la plebe y entregada la ciudad a Aníbal, sin que los romanos, derrotados, pudieran impedirlo. Añadió que si le permitían dirigir el grave asunto, conseguiría restablecer la unión. Al efecto deseaba encerrarlos en el palacio y, para salvarles, conceder al pueblo facultad de imponerles penas.

Aceptaron los senadores su consejo, y Pacuvio, después de encerrar en el palacio a los senadores, reunió al pueblo y le dijo que era llegado el momento de domar la soberbia de los nobles y vengarse de sus ofensas, porque todos los senadores estaban encerrados bajo su guarda; pero, creyendo que no querría dejar la ciudad sin gobierno, al matar a los

senadores antiguos debía elegir los nuevos que les sustituyeran, para lo cual había metido los nombres de todos los senadores en una bolsa, de la que iba a sacarlos, y uno a uno serían muertos, previo el nombramiento del que a cada cual había de suceder.

Sacó el primer nombre, que excitó grandísima gritería, llamándole soberbio, cruel y arrogante. Pidioles Pacuvio que eligieran el sucesor; se restableció el silencio en la multitud, y al poco tiempo fue nombrado uno de la plebe. Al oír su nombre comenzaron unos a silbar, otros a reír, muchos a hablar mal de él en un sentido u otro. Lo mismo aconteció respecto a cuantos fueron propuestos, porque a todos juzgaba el pueblo indignos del cargo senatorial. Aprovechando entonces la ocasión Pacuvio, dijo: «Puesto que no comprendéis que la ciudad no podría estar bien sin Senado y no os ponéis de acuerdo para reemplazar a los actuales senadores, me parece lo mejor vuestra reconciliación con ellos. El miedo que están pasando ahora los hará bastante humildes para encontrar en ellos la benignidad que buscáis en otros».

Así se acordó, verificándose la unión de las dos clases, y el error en que estaba el pueblo se puso de manifiesto tan pronto como tuvo que decidir en lo individual y resolver en los detalles.

Engáñase también el pueblo, generalmente, cuando en conjunto juzga los sucesos y sus causas; pero al examinarlos detalladamente, advierte su error.

Después del año de 1494, expulsados de Florencia los principales ciudadanos, reemplazó al gobierno regular una ambiciosa licencia que hacía caminar los asuntos públicos de mal en peor. Muchas personas del pueblo, viendo la ruina de la ciudad y no comprendiendo la causa, la achacaban a la ambición de algunos poderosos, suponiendo que excitaban los desórdenes para establecer un gobierno a su gusto y acabar con la libertad. Andaban éstos por calles y plazas hablando mal de muchos ciudadanos y amenazándoles con que, si formaban parte de la Señoría, descubrirían y castigarían sus intrigas. Sucedía con frecuencia que alguno de estos censores era, en efecto, elegido miembro del citado Supremo Consejo, y al enterarse de las cosas, viéndolas más de cerca, comprendía cuáles eran las causas de los desórdenes, los peligros que ocasionaban y la dificultad de evitarlos. Viendo que el verdadero origen de los disturbios dependía de las circunstancias, y no de los hombres, cambiaba inmediatamente de opinión y de conducta, porque el conocimiento detallado de los asuntos públicos le demostraba el error del juicio que formó al apreciarlos en conjunto.

Pero los que le habían oído hablar antes de formar parte de la Señoría y lo veían en ella sin cumplir sus amenazas, atribuíanlo, no al más exacto conocimiento de los hechos, sino a haberse dejado corromper por los poderosos. Ocurriendo este cambio de opinión muchas veces y en muchos hombres, dio origen al proverbio: «Ésos tienen un ánimo en la plaza y otro en el palacio».

Todos estos ejemplos demuestran que cuando el pueblo se equivoca juzgando en conjunto, se le puede abrir los ojos buscando el modo de que descienda a los detalles, tal como hicieron Pacuvio en Padua y el Senado en Roma.

Puede discutirse también, en mi opinión, que ningún hombre prudente debe rehuir el juicio popular en las cosas particulares, como la distribución de empleos y dignidades. Es

lo único en que no se engaña, o se engaña mucho menos, que un corto número de personas encargadas de hacer tales distribuciones.

No creo superfluo mostrar en el capítulo siguiente la astucia de que se valía el Senado romano para que las elecciones populares resultaran según su deseo.

---

117 «Esta modestia, esta equidad, esta grandeza de alma que entonces mostraba el pueblo, ¿dónde se encuentra ahora?»

CAPÍTULO XLVIII

Quien quiera que una magistratura no se dé a un hombre vil o perverso, hágala pedir por uno más vil o más perverso, o por uno excelente y nobilísimo

Cuando el Senado temía que el cargo de tribuno con potestad consular se diera a un plebeyo, apelaba a uno de estos recursos: o lo hacía pedir a los hombres de mejor fama de Roma, o por medios ocultos corrompía a algún plebeyo sórdido y despreciable, el cual, mezclándose entre los plebeyos de mejores condiciones que de ordinario, solicitaba el cargo, lo pedía para él. En este último caso, la plebe se avergonzaba de darlo, en aquél de negarlo.

Esto viene a probar también lo dicho anteriormente de que, si el pueblo se engaña respecto de las cosas en general, no se equivoca en lo que a los individuos atañe.

CAPÍTULO XLIX

Si a las ciudades libres desde su fundación, como Roma, les es difícil establecer leyes que mantengan la libertad, a las que han estado anteriormente en servidumbre les es imposible

La historia de la república romana demuestra lo difícil que es, al organizar una república, proveerla de todas las leyes necesarias para mantener la libertad, pues a pesar de las muchas leyes que dio primero Rómulo, después Numa, Tulio Ostilio y Servio, y con posterioridad los decenviros, autoridad creada para hacerlas, sin embargo, en el gobierno de aquella ciudad descubríanse a cada momento nuevas necesidades, y era preciso dictar nuevas leyes. Así sucedió cuando crearon los censores, firmísimo apoyo de la libertad mientras Roma fue libre, porque siendo jueces supremos de las costumbres, constituían un fuerte dique contra el progreso de la corrupción.

Al fundar esta magistratura cometiose el error de nombrar los censores para cinco años; pero al poco tiempo lo corrigió la prudencia del dictador Mamerco, que, por nueva ley, redujo el tiempo del ejercicio del cargo a diez y ocho meses. Tan a mal llevaron esta reforma los que entonces estaban desempeñándolos, que prohibieron a Mamerco la entrada en el Senado, cosa censurada por plebeyos y patricios. Y como la historia no dice si Mamerco pudo defenderse de la animosidad de los censores, o la historia es deficiente, o era imperfecta la constitución romana en este punto; pues ningún Estado debe estar organizado de modo que, por dar un ciudadano una ley favorable a la libertad, pueda ser perseguido sin tener medio de defensa.

Pero volviendo a lo dicho al principio de este capítulo, añadiré que en la creación de nuevas autoridades se debe tener en cuenta que, si en las ciudades cuyas instituciones han sido libres desde la fundación y se han gobernado por sí mismas, como Roma, es muy difícil dictar buenas leyes para mantener la libertad, no es maravilla que aquellas cuyo principio fue la servidumbre tengan, no dificultad, sino imposibilidad de organizarse para vivir libres y tranquilas.

Así ha sucedido en Florencia. Fundada bajo el poder del Imperio romano y viviendo después sujeta a gobiernos extranjeros, mientras estuvo de esta suerte no pensó en su libertad. Posteriormente, cuando llegó la ocasión de emanciparse, comenzó a formar su constitución que, siendo mezcla de leyes nuevas y buenas con antiguas y malas, no podía ser perfecta. Tal y como es subsiste desde hace doscientos años, si la memoria no me es infiel, sin que haya sido reformada en ningún caso de modo que pueda verdaderamente llamarse constitución republicana. Esta dificultad con que tropezó Florencia la ha habido siempre en todas las ciudades de idéntico origen, y aunque muchas veces por sufragio libre y público se ha dado amplia autoridad a un corto número de ciudadanos para la reforma constitucional, nunca la han hecho en beneficio de todo el pueblo, sino en provecho de su partido, ocasionando, no mayor orden, sino mayor desorden en la ciudad.

Para demostrarlo con algún ejemplo, diré que, entre las cosas que el legislador de

una república tiene que examinar con más cuidado, es en qué manos pone el derecho de imponer la pena de muerte a los ciudadanos. En Roma estaba perfectamente organizado este derecho, porque ordinariamente se podía apelar al pueblo y, en casos extraordinarios, cuando el diferir la aplicación de la pena fuera peligroso, tenían el recurso del dictador, cuyas órdenes eran inmediatamente ejecutadas; recurso a que no acudían sino por extrema necesidad.

Pero en Florencia y otras ciudades nacidas como ella, en la servidumbre, esta facultad la ejercía un extranjero nombrado por el príncipe soberano. Aun después de la emancipación fue también un extranjero, a quien llamaban Capitán, el que desempeñaba dicho cargo, y por la facilidad con que lo sobornaban los poderosos ocasionó grandes males. Posteriormente esta potestad cambió, por las variaciones en la constitución del Estado, dándosela a ocho ciudadanos que tenían a su cargo las funciones del Capitán, lo cual era ir de mal en peor, pues ya hemos dicho que un tribunal de corto número de funcionarios siempre está sometido a la voluntad de pocos ciudadanos, los más influyentes.

De estas dificultades se ha librado Venecia, donde un tribunal de diez ciudadanos puede penar sin apelación a cuantos delincan; y por si no tuviera fuerza para castigar a los poderosos, aunque sí facultades, fueron creadas las *Cuarentías*[118], y además se estableció que el Senado, es decir, el Consejo Supremo, pueda también juzgar y castigar; de suerte que no faltan allí ni acusadores ni jueces para tener a raya a los poderosos.

Viendo cómo en Roma, organizada por sí misma y con la intervención de tantos hombres prudentes, a cada momento ocurrían sucesos que obligaban a dictar leyes nuevas en favor de la libertad, no es de admirar que en otras ciudades, más desorganizadas en su origen, surjan tales obstáculos al afianzamiento de un buen régimen.

---

118 Las cuarentías *(Quarantia)* eran consejos de cuarenta miembros encargados de juzgar las causas civiles y criminales. Bausi indica que la información que Maquiavelo suministra es incorrecta, pues fueron establecidas antes del Consejo de los Diez en el año 1179.

CAPÍTULO L

Ningún Consejo ni magistratura debe estar facultado para detener el curso de los negocios públicos

Eran cónsules en Roma Tito Quincio Cincinnato y Cneo Julio Mento, que por sus desavenencias impedían el despacho de los asuntos públicos. Sabiéndolo, el Senado les pedía el nombramiento de un dictador para que hiciese lo que su desunión impedía realizar; pero los cónsules en todo estaban en desacuerdo menos en no querer nombrarlo. Careciendo de medios para remediar el mal, pidió el Senado ayuda a los tribunos, los que, con la autoridad de aquél, obligaron a los cónsules a obedecerle.

Aquí hay que notar dos cosas: una, la utilidad del tribunado, no sólo conveniente para enfrentar la ambición de los poderosos cuando era a costa del pueblo, sino también para impedir los abusos entre los mismos nobles; y otra, que jamás se debe conceder a corto número de ciudadanos el ejercicio de las funciones que ordinariamente necesita la república para su existencia. Por ejemplo: si se da facultad a un Consejo para distribuir ciertos honores y cargos o a un magistrado para desempeñar una parte de la administración, conviene, u obligarle a que cumpla su misión de cualquier modo que sea, u ordenar que, cuando no la cumpla, la pueda y deba ejecutar otro. Si no se hace así, la organización será incompleta y peligrosa; como lo fuera en Roma de no haber sido posible oponer a la obstinación de los citados cónsules la autoridad de los tribunos.

En la república veneciana, el Gran Consejo distribuía los honores y los cargos; pero ocurría a veces que la mayoría de los consejeros, por desagrado o falsa sugestión, no nombraba suplentes a los magistrados de la ciudad ni a los que fuera de ella administraban las posesiones de la república. Esto ocasionaba grandísimo desorden, porque en el momento más impensado las posesiones y aun la misma ciudad de Venecia quedaban sin sus legítimas autoridades, y nada podía obtenerse si la mayoría del Consejo no quedaba satisfecha o engañada. Este defecto de organización hubiese producido a Venecia funestas consecuencias, si no lo remediaran algunos sabios y prudentes ciudadanos, quienes, aprovechando una ocasión oportuna, dictaron una ley según la cual ningún cargo público dentro o fuera de la ciudad debía quedar vacante, estando obligados quienes los desempeñaban a entregarlos personalmente a sus sucesores, cuando había nuevos nombramientos. Así se privó al Gran Consejo de poder impedir, con peligro de la república, el curso de los negocios públicos.

CAPÍTULO LI

Las repúblicas y los príncipes deben demostrar que hacen generosamente aquello a que la necesidad les obliga

Los hombres prudentes saben convertir en mérito propio sus acciones, aun las que por necesidad ejecutan. El Senado romano empleó hábilmente esta prudencia al determinar que se pagara sueldo del Tesoro público a los que hasta entonces militaban a su costa.

Veía que de tal modo las guerras no podían ser largas, ni por tanto sitiar plazas o enviar lejos los ejércitos y, considerando indispensables ambas cosas, acordó dar los referidos sueldos; pero de tal modo, que se juzgó generosidad lo que por precisión hacía, y tanto agradó al pueblo esta gracia, que se entregó a transportes de alegría, pareciéndole un beneficio superior a cuanto podía pedir y debía esperar.

Y aunque los tribunos procuraban calmar el entusiasmo, demostrando que la concesión, en vez de beneficiosa era perjudicial a la plebe, porque el nuevo gasto ocasionaría nuevos tributos, no pudieron aminorar las demostraciones de agradecimiento, aumentadas por la forma en que el Senado distribuyó los tributos, pues los mayores y más gravosos los impuso a la nobleza y fueron también los primeros que se cobraron.

CAPÍTULO LII

El medio más seguro y menos ruidoso para contener la ambición de cualquier hombre influyente en una república es el de adelantársele en el camino que conduce al poder

Ya hemos dicho en el capítulo anterior el crédito que la nobleza adquirió con la plebe por los actos realizados en su beneficio, tanto respecto al sueldo para los que servían con las armas en la mano como en el modo de repartir los impuestos. De seguir siempre los nobles esta conducta se habrían evitado los desórdenes en Roma y hubiesen privado a los tribunos de la influencia que tenían en el pueblo, y, por tanto, de su autoridad.

Y en verdad no es posible en las repúblicas, sobre todo cuando están ya viciadas las costumbres, emplear procedimiento menos escandaloso ni más fácil para oponerse a la ambición de algún ciudadano que el de ocupar antes que él la vía por donde se dirige al logro de sus deseos. Si se hubiera usado contra Cosme de Médicis mejor resultado consiguieran sus adversarios que expulsándolo de Florencia; porque si los ciudadanos que con él competían aplicaran su actividad, como él, sin tumultos ni violencias, le habrían quitado de las manos las armas de que más se valía.

Pedro Soderini había adquirido gran fama en Florencia sólo por favorecer al pueblo. A los ciudadanos que envidiaban su reputación, era en verdad mucho más honrado, menos peligroso y de menor daño para la república aventajarle en aquella vía por donde iba a la grandeza, que oponérsele, para que su ruina acarreara la de la república; porque si le hubiesen quitado de las manos las armas que lo hacían poderoso (cosa fácil de realizar), habrían podido en todos los consejos y debates públicos contrarrestarle sin temor ni consideración alguna. Pudiera decirse que si los ciudadanos enemigos de Soderini cometieron un error al no anticipársele en el camino para ganar el crédito popular, también se equivocó Soderini no apelando a los mismos medios que sus adversarios empleaban contra él; pero éste merece excusa, porque no le era honroso ni fácil ejecutarlo. Los medios con que le combatieron y vencieron consistían en favorecer a los Médicis, y estos medios no podía emplearlos decorosamente Soderini sin perder su buena fama y la libertad de la cual lo habían hecho vigilante defensor. Además, un cambio de esta índole, no pudiendo hacerse secretamente ni por golpe de mano, era para Soderini peligrosísimo, pues al mostrarse amigo de los Médicis, incurriría en la desconfianza y en el odio del pueblo, facilitando así a sus enemigos los mejores medios de vencerle.

Deben, pues, los hombres, antes de tomar una determinación, calcular bien sus inconvenientes y peligros, y no adoptarla cuando sea mayor la exposición que la utilidad, aunque en favor de ella esté la opinión pública. De lo contrario, ocurrirá lo que sucedió a Cicerón cuando quiso destruir la fama de Marco Antonio y la acrecentó. En efecto: declarado Marco Antonio enemigo del Senado, reunió un numeroso ejército formado en gran parte de antiguos soldados de César. Para quitarle estos soldados indujo Cicerón al Senado a valerse de Octavio, enviándole con un ejército y con los cónsules contra Marco Antonio. Alegaba en pro de la determinación que tan pronto como los soldados de Marco

Antonio oyesen el nombre de Octavio, sobrino de César, y que se hacía llamar César, vendríanse con él, abandonando a Antonio y, privado éste de fuerzas, fácil sería acabar con él. Pero sucedió todo lo contrario, pues Marco Antonio se atrajo a Octavio, quien abandonó a Cicerón y al Senado para unírsele. Este suceso, fácil de prever, ocasionó la destrucción del partido aristocrático. En vez de aceptar lo que Cicerón propuso, debía temer el Senado el nombre de César, que con tanta gloria suya había aniquilado a sus enemigos y establecido un poder monárquico en Roma, y no esperar de sus herederos y partidarios nada favorable a la libertad.

CAPÍTULO LIII

El pueblo desea muchas veces su ruina engañado por una falsa apariencia de bienestar, y fácilmente se le agita con grandes esperanzas y halagüeñas promesas

Tomada la ciudad de los veyenses, circuló entre el pueblo romano la idea de ser muy útil a Roma que la mitad de su población se trasladara a Veyes, porque la fertilidad de su territorio, sus numerosos edificios y la corta distancia que la separaba de Roma permitirían enriquecerse a muchísimos ciudadanos sin que, a causa de la proximidad de ambas ciudades, sufrieran perturbación alguna los asuntos civiles. El proyecto pareció al Senado romano y a los ciudadanos más sabios y prudentes tan inútil y perjudicial, que públicamente manifestaban preferir la muerte a consentirlo. La cuestión tomó tanto incremento y enardeció tanto a la plebe contra el Senado, que se habría acudido a las armas y derramado la sangre de no emplear el Senado como escudo el valimiento de algunos ancianos y queridos ciudadanos cuya respetabilidad contuvo al pueblo y le impidió llevar más allá su atrevimiento.

En esto hay que destacar dos cosas: la primera, que el pueblo, engañado muchas veces por una falsa apariencia de bienestar, desea su ruina, y si no le prueba alguno en quien tenga confianza lo que es bueno y lo que es malo, queda expuesta la república a infinitos daños y peligros; siendo inevitable su ruina cuando desgraciadamente el pueblo no tiene confianza en nadie, como a veces ocurre, por haberle engañado los acontecimientos o los hombres. Dante dice a este propósito en su tratado *De la Monarquía*, que el pueblo grita muchas veces «¡viva nuestra muerte! y ¡muera nuestra vida!».

De esta incredulidad nace que a veces en las repúblicas no se adopten buenas determinaciones, como sucedió a los venecianos, según antes dijimos, cuando, atacados por tantos enemigos, no pudieron tomar el partido de ganarse algunos de sus adversarios dándoles lo que habían quitado a otros (apropiaciones que ocasionaron la guerra y produjeron la Liga de los Príncipes contra ellos) antes de que se consumara su ruina. Al tratar de cuándo es fácil y cuándo difícil persuadir a un pueblo, hay que hacer la distinción de si lo que se le va a aconsejar presenta al primer aspecto ganancia o pérdida, y si es un acto magnánimo o despreciable.

Cuando, presentado el asunto al pueblo, ve éste ganancia, aunque en el fondo se oculte pérdida, y cuando le parece magnánimo, aunque encubra la ruina de la república, siempre será fácil persuadir a la multitud: en cambio, será siempre difícil que apruebe lo propuesto si en la apariencia hay pérdida o cobardía, aunque conduzca a provecho o salvación del Estado. Esto lo demuestran infinitos ejemplos de los romanos y de los demás pueblos antiguos y modernos. Entre ellos el de Fabio Máximo en Roma, de quien opinó pésimamente el pueblo por querer persuadirle de lo útil que era a la república maniobrar lentamente contra el ímpetu de Aníbal, y no presentarle batalla. Calificaba el pueblo de cobardía este consejo, sin advertir su conveniencia y sin que Fabio alegara razones convenientes en su apoyo; y tanto ciega a los pueblos las ilusiones de victorias,

que el romano cometió el error de autorizar al general de la caballería de Fabio a presentar batalla, aunque Fabio no quisiera, cuya autorización expuso al ejército a ser destruido, si el prudente Fabio no lo remediara. Y no le bastó esta experiencia, sino que eligió cónsul a Varrón, cuyo único mérito era andar diciendo por las calles y los sitios públicos de Roma que destrozaría a Aníbal en cuanto le concedieran mando en el ejército. Esto ocasionó la batalla y derrota de Cannas, y casi la ruina de Roma.

Citaré otro ejemplo de la historia romana en confirmación de lo dicho. Hacía ya ocho o diez años que estaba Aníbal en Italia, cubriendo de cadáveres romanos toda aquella tierra, cuando se presentó al Senado Marco Centenio Penula, hombre desacreditadísimo (aunque había tenido alguna graduación en la milicia), y prometió que si se le daba permiso para reclutar un ejército de voluntarios en el sitio de Italia que él eligiera, en brevísimo tiempo entregaría a Aníbal muerto o vivo. Pareció al Senado temeraria esta determinación; pero creyendo que si negaba el permiso y sabía el pueblo la negativa podía ocurrir algún disturbio, o excitar rencor y malquerencia contra los senadores, lo concedió, prefiriendo que peligrase la vida de los que siguieran a Centenio Penula a provocar alborotos del pueblo, y convencido de que, hecha la petición para ilusionarle, sería difícil disuadirlo. Salió Centenio con desordenada muchedumbre en busca de Aníbal, y apenas lo encontró, fue con cuantos le seguían derrotado y muerto.

Respecto a Grecia, no pudo en manera alguna el respetabilísimo y prudentísimo Nicias persuadir al pueblo de Atenas de que era perjudicial llevar la guerra a Sicilia y, aprobada esta empresa contra el parecer de todos los hombres sabios, produjo la ruina de Atenas.

Cuando Escipión fue nombrado cónsul pidió el mando de la provincia de África, prometiendo destruir completamente Cartago. El Senado, fundándose en los principios de Fabio Máximo, no quería concedérselo, y en vista de ello Escipión lo amenazó con proponerlo al pueblo, sabiendo perfectamente cuánto agradan a la multitud tales determinaciones.

Puedo añadir otro ejemplo tomado de nuestra historia, cual es el de que Hércules Bentivoglio, general del ejército florentino, que en unión de Antonio Giacomini, derrotó en San Vicente a Bartolomé de Alviano, fue a sitiar a Pisa; empresa acordada por el pueblo de Florencia, al cual sedujeron las halagüeñas promesas de Hércules, aunque muchos sabios y prudentes ciudadanos se opusieron a ella, pero inútilmente, porque no hubo medio de contrarrestar la opinión de la multitud, excitada por los brillantes ofrecimientos de Bentivoglio.

Digo, pues, que el medio más fácil de arruinar una república donde el pueblo tenga facultades para tomar determinaciones es aconsejar a éste brillantes conquistas, porque en tal caso siempre decide acometerlas, sin que puedan impedirlo los de contraria opinión.

Pero si esto ocasiona la pérdida de la república, también produce, y con mayor frecuencia, la de los ciudadanos que inducen a tales empresas; porque, confiando el pueblo en la victoria, cuando sobreviene el desastre no lo atribuye a la mala fortuna, ni a la imposibilidad de vencer, sino a malicia o ignorancia de los jefes, y no pocas veces los

mata, o los aprisiona o los destierra, como sucedió a muchísimos capitanes cartagineses y a muchos atenienses. Y no les valen sus anteriores victorias, porque la última derrota las hace olvidar. Esto ocurrió a nuestro Antonio Giacomini que, no pudiendo tomar Pisa, como el pueblo esperaba y él prometió, fue tan grande su impopularidad que, a pesar de los buenos y numerosos servicios anteriores, debió la vida a la clemencia de las autoridades, no a motivos que contrarrestaran la antipatía del pueblo.

CAPÍTULO LIV

Autoridad que tiene un grande hombre para apaciguar a una multitud sublevada

La segunda cosa digna de atención en el texto citado en el capítulo precedente es que nada hay tan a propósito para refrenar una multitud sobreexcitada, como la autoridad de un hombre grave y respetado que salga a su encuentro. No sin razón dijo Virgilio:

> *Tum pietate gravem ac meritis si forte virum quem*
> *Conpexere, silent, arrectisque auribus adstant*[119]

Por tanto, el que manda en un ejército o en una ciudad donde ocurre un tumulto, debe presentarse ante los amotinados muy sereno y lo más dignamente que pueda, revestido de las insignas de su mando, para inspirar mayor respeto.

Hace pocos años estaba Florencia dividida en dos bandos: el de los *frailunos* y el de los *rabiosos*, que así se llamaban. Acudieron a las armas y fue vencido el de los frailunos, en el cual figuraba Pablo Antonio Soderini, famoso ciudadano en aquel tiempo. Dirigiose tumultuosamente hacia su casa el pueblo armado para saquearla. Por acaso encontrábase en ella su hermano Francisco, entonces obispo de Volterra y ahora cardenal, quien, al oír las voces y al ver a la turba, se puso sus más lujosos hábitos, sobre ellos el roquete episcopal y salió al encuentro de la multitud armada, a la cual contuvo con sólo su presencia y sus palabras. Durante muchos días se habló y se celebró este suceso en toda la ciudad.

Resulta, pues, que el medio mejor y más necesario para contener una multitud sublevada es la presencia de un hombre que, por su dignidad, imponga respeto. Refiriéndonos a lo dicho antes se ve también la obstinación con que la plebe romana deseaba ocupar Veyes, porque la utilidad inmediata le impedía ver los peligros, y cómo este deseo, que ocasionó bastantes tumultos, hubiese producido gravísimo daño si el Senado no se valiera de personas de autoridad y respeto para refrenar al pueblo.

---

[119] Virgilio, *Eneida*, I, 151-152: «Si entonces ven un hombre que tiene autoridad por sus méritos y valores, callan y lo escuchan con los oídos atentos».

CAPÍTULO LV

Cuán fácilmente se gobiernan las cosas en una ciudad donde la multitud no está corrompida. Donde hay igualdad no puede haber monarquía, y donde no la hay, es imposible la república

He hablado antes[120] de lo que puede temerse y esperarse de un pueblo corrompido, y no creo fuera de propósito citar aquí una determinación del Senado relativa al voto que Camilo había hecho de dar a Apolo la décima parte del botín capturado a los veyenses. El botín, por haber caído en manos del pueblo romano, no se podía calcular con exactitud, y el Senado publicó un edicto para que cada cual presentara la décima parte de lo que había tomado. Aunque no se cumplió el mandato, porque el Senado adoptó otro recurso para dejar satisfechos a Apolo y al pueblo, su primera determinación prueba la confianza que tenía en la probidad de los ciudadanos y en que ninguno dejaría de presentar lo ordenado en el edicto. Por otra parte, se ve que la plebe no pensó en burlar la orden apelando al fraude, es decir, dando menos de lo mandado, sino en librarse de la obligación, mostrándose indignada contra el edicto. Este ejemplo, unido a otros ya citados, prueba la bondad y religiosidad de aquel pueblo y lo mucho bueno que debía esperarse de él.[121]

Y en verdad, donde no hay esta honradez no cabe esperanza de bien alguno, como no la hay en los pueblos que en estos tiempos están corrompidos, cual sucede sobre todo en Italia y aun en Francia y España, donde también la corrupción alcanza. Y si en estas naciones no son tantos los desórdenes como se ven en Italia diariamente, se debe, no tanto a la probidad de los pueblos, de que en gran parte carecen, como a tener un rey que los mantiene unidos por su virtud o valor y por el régimen monárquico, cuyos resortes no están aún gastados.[122]

Bien se ve que en Alemania[123] la honradez y la religión son todavía grandes y hacen que muchas repúblicas vivan libres y sea en ellas tan estricta la observancia de las leyes, que nadie de fuera o de dentro se atreva a atentar contra ellas. Y prueba cuán cierto es que aún existe allí buena parte de la antigua probidad el siguiente ejemplo, parecido a los citados del Senado y del pueblo romano. Es costumbre en aquellas repúblicas, cuando se precisa hacer gastos públicos, que los magistrados o Consejos, con facultades para ello, impongan a los ciudadanos un tributo del uno o dos por ciento de lo que poseen. Dictada la orden, según la forma establecida, cada cual se presenta al recaudador del impuesto y, bajo juramento de pagar lo que le corresponde, deposita en una caja destinada al efecto, sin más testigo que su conciencia, la cantidad que debe. Este ejemplo demuestra la probidad y la religiosidad que existen aún en aquellos hombres,[124] debiendo creerse que cada cual paga lo que le corresponde, porque, de no hacerlo, no produciría el impuesto la cantidad calculada conforme a lo recaudado en casos anteriores; no produciéndolo se conociera el fraude, y, conocido, hubiera adoptado otro procedimiento.[125]

Tal probidad es admirable por su rareza en estos tiempos, y solamente se la ve en

aquella comarca, lo cual nace de dos causas. Es la primera no haber estado en frecuente comunicación con sus vecinos, porque ni éstos van a Alemania, ni los alemanes salen de su país, satisfechos de vivir con lo que tienen, con los productos de sus tierras y la lana de sus rebaños; y esta falta de relaciones es un dique que impide penetrar la corrupción ajena, por lo cual no han adoptado las costumbres de franceses, españoles e italianos, naciones que son la corrupción del mundo.[126] La otra causa consiste en que aquellas repúblicas donde se conservan incorruptibles las instituciones,[127] no toleran que ciudadano alguno sea o viva como noble, manteniendo entre todos perfecta igualdad, e inspirándoles grandísima aversión los señores o nobles que hay en aquellas comarcas, hasta el punto de que, si alguno cae en sus manos, lo matan por considerarle principio de corrupción y motivo de toda clase de escándalos.[128]

Llamo nobles o caballeros en este caso a los ociosos que viven abundantemente de las rentas de sus numerosas posesiones, sin cuidarse para nada de cultivarlas ni tener ninguna otra ocupación o profesión de las necesarias para la vida. Los que en este caso se encuentran son perniciosos en cualquier república o Estado, y aún lo son mucho más los que no sólo tienen bienes, sino también castillos y súbditos que les obedezcan.

De estas dos clases de hombres están llenos el reino de Nápoles, la comarca de Roma, la Romaña y la Lombardía, siendo causa de que en estos países ni haya repúblicas ni ningún gobierno estable, pues tales hombres son completamente enemigos de todo régimen bien ordenado. Imposible sería fundar repúblicas en tales países, que sólo cabe reorganizar con gobiernos monárquicos, porque donde la corrupción es tan grande que no bastan las leyes para contenerla, se necesita la mayor fuerza de una mano real, cuyo poder absoluto y excesivo ponga freno a las ambiciones y a la corrupción de los magnates.[129]

Corrobora estas observaciones el ejemplo de Toscana, donde en corta extensión de terreno subsisten desde hace largo tiempo tres repúblicas, Florencia, Siena y Lucca. Las demás ciudades de este territorio, aunque sujetas a las tres citadas, tienen su gobierno organizado de manera que mantienen o aspiran a mantener su libertad. Todo esto nace de no haber en aquella comarca ningún señor de castillos y ninguno o poquísimos nobles, sino tanta igualdad, que un hombre sabio y conocedor de las antiguas instituciones políticas fácilmente establecería la vida civil; pero este país es tan infortunado, que hasta ahora no ha producido ningún hombre capaz de poder o de saber fundarlo.[130]

Se deduce de lo dicho que, quien desee crear una república donde hay muchos nobles, no podrá realizarlo sin acabar primero con todos ellos, y que, si donde existe la igualdad quiere alguno fundar un reino o un principado, no lo conseguirá sino sacando del nivel igualitario los de ánimo inquieto y ambicioso, convirtiéndolos en nobles, no sólo de nombre, sino de hecho, dándoles castillos y posesiones, riquezas y súbditos.[131] En medio de ellos y mediante ellos mantendrá su poder, y éstos, por medio del rey o del príncipe, satisfarán su ambición. Los demás se verán obligados a soportar el yugo que sólo por la fuerza se sufre, y mientras la fuerza de los que mandan esté nivelada con la de los que obedecen, cada cual permanecerá en su puesto.

Pero fundar una república en país apropiado para ser un reino, o viceversa, sólo puede hacerlo un hombre de grande entendimiento y grandísima autoridad.[132] Muchos han querido acometer esta empresa y pocos han logrado realizarla, porque su grandeza asusta a unos y detiene a otros; de tal modo que, casi al principiar, fracasan.[133]

A esta opinión mía de que donde hay nobles no se puede fundar una república, se objetará presentando el ejemplo de la república veneciana, en la que sólo los nobles desempeñan los cargos públicos; pero contestaré que el ejemplo es ineficaz, porque en Venecia los nobles más lo son de nombre que de hecho, a causa de que sus riquezas proceden del comercio, consisten más en valores mobiliarios que en fincas territoriales, y ningún noble posee castillo ni jurisdicción sobre los hombres. El título de noble es en ellos título de dignidad o de prestigio, sin fundarse en ninguno de los privilegios que tienen en los otros países. Como en las demás repúblicas hay divisiones con distintos nombres entre los ciudadanos, en Venecia se dividen en nobleza y pueblo. La nobleza ejerce o puede ejercer todos los cargos públicos, de los cuales está excluido el pueblo, sin que esto altere el orden en aquella república, por motivos que ya hemos explicado.

Fundad, pues, una república donde existe ya grande igualdad o donde se establezca, y, al contrario, fundad un reino allí, donde la desigualdad sea también grande. De otro modo, haréis un edificio desproporcionado y de corta vida.[134]

---

120 Se refiere a *Discursos*, I, XVII-XVIII, aunque Inglese señala que entre éstos hay significativas modificaciones del punto de vista.

121 Bausi señala cómo este ejemplo no prueba lo que Maquiavelo desea. La propuesta de dar la décima parte del botín fue rechazada rápidamente por el pueblo romano y, para cumplir la promesa a Apolo, se tuvo que recurrir a las arcas públicas. Además, este ejemplo no es comparable al de los alemanes que va a dar continuación.

122 Maquiavelo señala dos niveles de corrupción, que en *Discursos*, I, XVIII o no había tenido en cuenta o no le habían parecido relevantes: una es la corrupción del pueblo (común, en este caso, a Italia, Francia y España) y otra, la corrupción de las instituciones (propia de Italia).

123 Por el lugar y el tiempo en que se sitúa, el caso de Alemania debería equipararse al de Francia y España; sin embargo, por el tipo de acciones al que se hace referencia y el modo de describirlas, debe compararse con Roma.

124 Bausi corrige el orden de esta frase y la sitúa detrás de «procedimiento». Sin embargo, se mantiene este mismo orden en el resto de las ediciones.

125 Resulta curioso que un autor al que tantas veces, y no sin razón, se le ha atribuido la máxima politicidad se refiera a un proceso más bien privado, como es el pago voluntario de impuestos, para determinar el valor político de un pueblo. No habla del arrojo en la batalla, ni de la preocupación por participar en las instituciones, sino de pagar impuestos.

126 Inglese señala que Maquiavelo exagera la falta de relaciones internacionales *(conversazioni)* de los alemanes.

127 Identifica en este punto Maquiavelo corrupción y desigualdad. Las ciudades no corruptas son aquellas en las que no se ha introducido y admitido una gran desigualdad.

128 Habitualmente, los comentadores no consideran que en este caso hay un abandono de la idea del

conflicto positivo: se aprueba que se mate a los que vivan como nobles.

129 El paralelismo es muy fuerte con *Discursus*.

130 Bausi señala que la situación de corrupción de Florencia impide que sean los propios ciudadanos quienes se encarguen de «reordenar» la ciudad. Sin embargo, esta situación, y con un pronóstico mucho más grave, ya estaba anunciada en *Discursos*, I, XVIII. Lo que aleja a este capítulo es la consideración de que esa reforma se realizaría «fácilmente» y que sólo la mala fortuna lo ha evitado. Bausi se remite a *Historia de Florencia*, III, 1, donde también se considera fácil la reforma legal de Florencia por un creador de leyes.

131 Maquiavelo insiste aquí en una fundamentación sociológica de los tipos de gobierno. Allí donde haya mucha «desigualdad social» será necesaria la monarquía; donde haya igualdad, se requerirá en cambio la república.

132 Maquiavelo considera que es una labor muy difícil el establecimiento de un sistema político que no sea acorde con la situación social. De este modo, no es más difícil crear una monarquía donde la gente es republicana que establecer una república ante una situación social de desigualdad. No habría, por tanto, una mayor dificultad en el cambio a la monarquía por la especial fidelidad del pueblo republicano a su constitución.

133 Este párrafo señala que no hay un determinismo sociológico, sino tan sólo una gran influencia de las condiciones sociales sobre la forma política. Un gran hombre podrá fundar una monarquía en condiciones sociales de igualdad o una república con una sociedad desigual. En *Discursus* sí que se encontrará un más pronunciado determinismo sociológico.

134 Aquí se vuelve a mostrar la tendencia al determinismo sociológico que se asentará en *Discursus*.

CAPÍTULO LVI

Antes de ocurrir grandes sucesos en una ciudad o en un Estado, aparecen señales que los pronostican u hombres que los anuncian

El origen lo ignoro; pero es notorio, por ejemplos antiguos y modernos, que jamás ocurre ningún grave accidente en una ciudad o un Estado sin ser anunciado, o por adivinos, o por revelaciones, prodigios u otros signos celestes.[135] Por no acudir a otros, citaré un ejemplo de entre nosotros. Todo el mundo sabe que el fraile Jerónimo Savonarola predijo la venida de Carlos VIII de Francia a Italia, y además, en toda la Toscana se dice que sobre Arezzo se vieron en los aires hombres de armas peleando entre sí.[136] Todo el mundo sabe también que antes de la muerte del viejo Lorenzo de Médicis cayó un rayo sobre la cúpula de la catedral, causando grandes destrozos en el edificio; y que también poco antes de que Pedro Soderini, gonfaloniero vitalicio del pueblo florentino, fuese privado de su cargo y desterrado, cayó otro rayo en el palacio de la Señoría.

Otros muchos ejemplos podría aducir, y no lo hago por evitar molestia. Sólo referiré el que trae Tito Livio de que, antes de la llegada de los galos a Roma, un plebeyo llamado Marco Cedicio dijo al Senado que a media noche, pasando por la Vía Nueva, oyó una voz mayor que humana, la cual le ordenaba decir a los magistrados que los galos venían contra Roma. Las causas de estos prodigios toca estudiarlas e interpretarlas a los que tengan conocimientos que yo no poseo, de las cosas naturales y sobrenaturales. Puede ser acaso que, estando el aire poblado de inteligencias, como asegura algún filósofo,[137] dotadas de virtud propia para prever lo futuro, compadecidas de los hombres, les advierten con tales señales para que se preparen a la defensa. Sea como fuere, los hechos son ciertos, y siempre, después de tales prodigios, ocurren sucesos extraordinarios y nuevos en los Estados.

---

[135] Este pasaje ha sido interpretado como una aceptación de Maquiavelo de los milagros (M. Á. Granada, *Cosmología, religión y política en el Renacimiento: Ficino, Savonarola, Pomponazzi, Maquiavelo*, Barcelona, Anthropos, 1988). Sin embargo, y sin negar la validez de esta interpretación, Bausi apunta que era un lugar común de la época la idea de que los «desastres» que siguieron a la muerte de Lorenzo los habían predicho los cielos.

[136] Se refiere a las prédicas en las que Savonarola auguraba la llegada a la península Itálica de un nuevo Ciro que habría dominado también la ciudad de Florencia. Ningún reparo pone Maquiavelo a las capacidades predictivas de Savonarola.

[137] Bausi juzga esta referencia como genérica y de uso común; mientras Inglese cita *Sobre la adivinación* de Cicerón como fuente de este pasaje, aunque señala también la presencia de ideas como éstas en la cultura vulgar.

CAPÍTULO LVII

El pueblo en conjunto es valeroso, pero individualmente es débil

Cuando los galos arruinaron Roma, algunos ciudadanos, obrando contra la constitución y las prohibiciones del Senado, fueron a habitar a Veyes. Para poner remedio a este desorden, ordenó el Senado, por medio de edictos, que en plazo fijado y bajo determinadas penas volviera cada cual a habitar en Roma. Al pronto se burlaron de estas órdenes los que habían de cumplirlas; pero al acercarse la época del cumplimiento, todos las obedecieron, y Tito Livio dice a este propósito: *Ex ferocibus universis, singuli metu suo obedientes fuere.*[138] Y en verdad que no se puede demostrar mejor que con este ejemplo la índole de la multitud; audaz muchas veces en las palabras contra las decisiones del príncipe, cuando amenaza el castigo, por desconfiar unos de otros, todos se apresuran a obedecer.

Así pues, dígase lo que se quiera, es positivo que no se debe hacer gran caso de la disposición favorable o contraria del pueblo, siempre que se hayan tomado las medidas necesarias para alentarlo si está bien dispuesto, y si no lo está, para impedirle que ofenda. Pero entiéndase bien que esto se refiere a los casos en que la indignación popular no proceda de la pérdida de la libertad o de un príncipe amado, y que aún viva, porque entonces es formidable y exige grandes medios para refrenarla. En los demás se vence fácilmente si el pueblo no tiene jefe en quien no apoyarse, pues nada aparece tan terrible como una multitud amotinada y sin jefe, y, sin embargo, nada es más débil. Aunque esté armada es facilísimo sujetarla siempre que haya retirada segura para resistir su primer ímpetu, porque cuando los ánimos empiezan a calmarse y cada ciudadano piensa en volver a su casa, cunde la desconfianza entre ellos y el deseo de acudir a la propia salvación, huyendo o capitulando.

Por tanto, cuando el pueblo se subleva y no quiere correr este peligro, debe nombrar inmediatamente jefe que lo mantenga unido y provea a su defensa, como hizo la plebe romana cuando, después de la muerte de Virginia, salió de Roma, y para defender su actitud nombró veinte tribunos. No haciendo esto sucederá siempre lo que dice Tito Livio en la referida frase, que la multitud es valerosa, pero cuando cada cual empieza a pensar en el propio peligro, se convierte en débil y cobarde.

[138] «De altaneros se convirtieron en obedientes, temiendo cada uno por sí mismo.»

CAPÍTULO LVIII

La multitud sabe más y es más constante que un príncipe

Nada hay tan móvil e inconstante como la multitud. Así lo afirman nuestro Tito Livio y todos los demás historiadores. Ocurre, en efecto, con frecuencia, al relatar los actos humanos, que la muchedumbre condena a alguno a muerte y, después de muerto, deplora grandemente su sentencia y echa de menos al castigado. Así sucedió al pueblo romano cuando condenó a muerte a Manlio Capitolino, y dice nuestro autor: *Populum brevi, posteaquam ab ea pericullum nullum erat, desiderium ejus tenuit.*[139] Y en otro lugar, cuando refiere lo ocurrido en Siracusa a la muerte de Hierónimo, sobrino de Hierón, añade: *Hæ natura multitudinis est: aut umiliter servit, aut superbe dominatur.*[140]

No sé si al defender cosa que, según he dicho, todos los escritores censuran, acometo empresa tan difícil que necesite renunciar a ella avergonzado o seguirla, expuesto a un fracaso; pero sea como fuere, creo y creeré siempre acertado mantener todas las opiniones cuando no se emplea para ello ni más autoridad ni más fuerza que la de la razón.

Digo, pues, que del mismo defecto que achacan los escritores a la multitud se puede acusar a todos los hombres individualmente, y en particular a los príncipes, porque cuantos no necesiten ajustar su conducta a las leyes cometerán los mismos errores que la multitud sin freno. Esto se comprueba fácilmente, porque de los muchísimos príncipes que ha habido, son muy pocos los buenos y los sabios. Me refiero a los que han podido romper el freno que contenía sus acciones, no a los que nacían en Egipto cuando en tan remota Antigüedad se gobernaba aquel Estado conforme a las leyes, ni a los nacidos en Esparta, ni a los que en nuestros tiempos nacen en Francia, que es el reino más ajustado a las leyes de cuantos ahora conocemos. Los reyes que gobiernan conforme a tales constituciones, no pueden figurar entre aquellos cuyo carácter y acciones sean objeto de estudio y comparación con los actos de la multitud. A ellos sólo pueden comparárseles los pueblos que también viven dentro de la observancia de las leyes, y se verá en éstos la misma bondad que en aquéllos, sin que exista la soberbia en el mando ni la humillación en la obediencia.

Así era el pueblo romano mientras duró la república sin corromperse las costumbres; ni servía con bajeza ni dominaba orgulloso, y en sus relaciones con las autoridades y los cuerpos del Estado conservó honrosamente el puesto que le correspondía. Cuando la sublevación contra un poderoso era necesaria, se sublevaba, como hizo contra Manlio, contra los decenviros y contra otros que trataron de oprimirlo, y cuando era preciso obedecer a los dictadores y a los cónsules, les obedecía. Y no es de admirar que, muerto Manlio Capitolino, lo echara de menos el pueblo romano, porque deseaba sus virtudes, tan grandes, que su memoria inspiraba compasión a todos. El mismo efecto hubiera producido en un príncipe, pues, en opinión de todos los escritores, las virtudes se alaban y admiran aun en los enemigos. Si Manlio, tan sentido, hubiera resucitado, el pueblo

romano repitiera contra él la sentencia de muerte, sacándole de la prisión para matarlo; como ha habido reyes tenidos por sabios que, después de ordenar la muerte de algunas personas, sintieron grandemente que murieran; como Alejandro deploró la de Clito y de otros amigos suyos, y Herodes el Grande, la de su esposa Mariammen.

Pero en lo dicho por nuestro historiador sobre la índole de la multitud, no se refiere a la que vive con arreglo a las leyes, como vivía la romana, sino a la desenfrenada, como la de Siracusa, igual en sus errores a los hombres furiosos y sin freno, cual lo estaban Alejandro Magno y Herodes en los citados casos. No se debe, pues, culpar a la multitud más que a los príncipes, porque todos cometen demasías cuando nada hay que les contenga. Además de los ejemplos referidos, podría citar muchísimos de emperadores romanos y de otros tiranos y príncipes en quienes se observan tanta inconstancia y tantos cambios de vida, como puede encontrarse en cualquiera multitud. Afirmo, por tanto, y aseguro contra la común opinión de que los pueblos cuando dominan son veleidosos, inconstantes e ingratos, no ser mayores sus faltas que las de los reyes. Quien censura por igual las de unos y otros dice la verdad, pero no si exceptúa a los reyes; porque el pueblo que ejerce el mando y tiene buenas leyes será tan pacífico, prudente y agradecido como un rey, y aun mejor que un rey querido por sabio. Al contrario: un príncipe no refrenado por las leyes será más ingrato, inconstante e imprudente que un pueblo. Las variaciones de conducta en pueblos y reyes no nacen de diversidad de naturaleza, porque en todos es igual, y si alguna diferencia hubiera sería en favor del pueblo, sino de tener más o menos respeto a las leyes bajo las cuales viven. Quien estudie al pueblo romano lo verá durante cuatrocientos años enemigo de la monarquía y amante del bien público y de la gloria de su patria, atestiguándolo muchísimos ejemplos. Si alguien alegase en contra su ingratitud con Escipión, responderé refiriéndome a lo dicho extensamente sobre esta materia para demostrar que los pueblos son menos ingratos que los príncipes.

Respecto a la prudencia y a la constancia, afirmo que un pueblo es más prudente y más constante que un príncipe. No sin razón se compara la voz del pueblo a la de Dios, porque los pronósticos de la opinión pública son a veces tan maravillosos, que parece dotada de oculta virtud para prever sus males y sus bienes. Respecto al juicio que de las cosas forma cuando oye a dos oradores de igual elocuencia defender opiniones encontradas, rarísima vez ocurre que no se decida por la opinión más acertada y que no sea capaz de discernir la verdad en lo que oye. Y si respecto a empresas atrevidas o juzgadas útiles se equivoca algunas veces, muchas más lo hacen los príncipes impulsados por sus pasiones, mayores que las de los pueblos. Sus elecciones de magistrados también son mejores que las de los príncipes, pues jamás se persuadirá a un pueblo de que es bueno elevar a estas dignidades a hombres infames y de corrompidas costumbres, y por mil vías fácilmente se persuade a un príncipe. Nótase que un pueblo, cuando empieza a cobrar aversión a una cosa, conserva este sentimiento durante siglos, lo cual no sucede a los príncipes. De ambas cosas ofrece el pueblo romano elocuentes ejemplos, pues en tantos siglos y en tantas elecciones de cónsules y de tribunos no hizo más de cuatro de las que tuviera que arrepentirse, y su aversión a la dignidad real fue tan grande, que ninguna clase de servicios libró del merecido castigo a cuantos ciudadanos aspiraron a

ella.

Nótase además que los Estados donde el pueblo gobierna, en brevísimo tiempo toman gran incremento, mucho mayor que los que han sido siempre gobernados por príncipes; como sucedió en Roma después de la expulsión de los reyes, y en Atenas cuando se libró de Pisístrato.

Sucede así porque es mejor el gobierno popular que el real, y aunque contradiga esta opinión mía lo que nuestro historiador dice en el citado texto y en algunos otros, afirmaré que, comparando los desórdenes de los pueblos con los de los príncipes y la gloria de aquéllos con la de éstos, se verá la gran superioridad del pueblo en todo lo que es bueno y glorioso.

Si los príncipes son superiores a los pueblos en dar leyes y en formar nuevos códigos políticos y civiles, los pueblos se superan en conservar la legislación establecida, aumentando así la fama del legislador.

En suma, y para terminar esta materia, diré que tanto han durado las monarquías como las repúblicas; unas y otras han necesitado leyes a que ajustar su vida, porque el príncipe que puede hacer lo que quiere es un insensato, y el pueblo que se encuentra en igual caso no es prudente. Comparados un pueblo y un príncipe, sujetos ambos a las leyes, se verá mayor virtud en el pueblo que en el príncipe; si ambos no tienen freno, menos errores que el príncipe cometerá el pueblo y los de éste tendrán mejor remedio; porque un hombre honrado y respetable puede hablar a un pueblo licencioso y desordenado y atraerlo fácilmente con su elocuencia a buena vía, y la maldad de un príncipe no se corrige con palabras, sino con la fuerza. Puede, pues, conjeturarse la diferencia de enfermedad por lo distintas que son las medicinas; pues la de los pueblos se curan con palabras y la de los príncipes necesitan hierro. Todos comprenderán que la mayor energía del remedio corresponde a mayores faltas. De un pueblo completamente desordenado no se temen las locuras que hace, no se teme el mal presente, sino el que puede sobrevenir, pues de la confusión y la anarquía nacen los tiranos; pero con los príncipes sin freno sucede lo contrario: se teme el mal presente y se espera en lo porvenir, persuadiéndose los hombres de que a su mala vida pueda suceder alguna libertad. Notad, pues, la diferencia entre uno y otro para lo que es y para lo que ha de ser.

La multitud se muestra cruel contra los que teme que atenten al bien común, y el príncipe, contra quienes él sospeche que son enemigos de su interés personal. La preocupación contra los pueblos nace de que todo el mundo puede libremente y sin miedo hablar mal de ellos, aun en las épocas de su dominación, mientras de los príncipes se habla siempre con gran temor y grandísimas precauciones.

No creo fuera de propósito, ya que el asunto me invita a ello, tratar en el capítulo siguiente de si se puede confiar más en las alianzas con las repúblicas que en las hechas con los príncipes.

139 «En poco tiempo el pueblo tuvo el deseo de ese hombre, pues después no había ningún peligro».

140 «Así es la índole de la multitud: o sirve con humildad, o domina con insolencia».

CAPÍTULO LIX

De cuáles confederaciones o ligas merecen más confianza, si las hechas con una república o las que se hacen con un príncipe

Sucediendo con frecuencia que un príncipe con otro, o una república con otra, hacen ligas y tratados de amistad, y que también se alían los príncipes con repúblicas, creo oportuno examinar quién, entre príncipe y república, es en estos casos más fiel, más constante y merece mayor confianza.

Bien visto todo, creo que en muchos casos son iguales y en algunos hay diferencias. En mi opinión, los tratados hechos por fuerza no los cumplirán fielmente ni los príncipes ni las repúblicas; y si el Estado llega a estar en peligro, ni unos ni otras lo dejarán perder por respeto a las alianzas, prefiriendo en este caso la ingratitud a la fidelidad. Demetrio, el llamado expugnador de ciudades, había hecho a los atenienses multitud de beneficios; y cuando, derrotado por sus enemigos, buscó refugio en Atenas como ciudad amiga y obligada a su persona, los atenienses no quisieron recibirle. Esta ingratitud le fue más dolorosa que la pérdida de sus Estados y de su ejército. Derrotado Pompeyo por César en Tesalia, se refugió en Egipto, a cuyo rey Tolomeo había restablecido en el trono, y Tolomeo ordenó matarlo. Ambos sucesos tuvieron igual causa, pero fue más humano y menos ofensivo el proceder de la república que el del príncipe.

Cuando el temor domine será igual la escasa fe en cumplir las promesas, y por iguales causas se expondrá una república o un príncipe a la ruina, antes de quebrantar la fidelidad a los aliados. En cuanto al príncipe, bien puede ocurrir que sea amigo de otro príncipe poderoso, el cual no pueda por el momento defenderle, pero sí deba esperar de él que, andando el tiempo, le restablezca en sus Estados, o que, habiéndole seguido como partidario, no espere paz ni amistad del enemigo. Ésta ha sido la situación de los príncipes de Nápoles que siguieron al partido francés; y en cuanto a las repúblicas, ésta fue la de Sagunto en España al esperar su ruina por ser fiel a los romanos, y la de Florencia en 1512 por no apartarse de la alianza francesa. Bien comparadas todas las cosas, creo que en estos casos de urgente peligro hay más constancia en las repúblicas que en los príncipes; pues aunque las repúblicas tengan los mismos deseos e intereses que los príncipes, la mayor lentitud en sus determinaciones les obligará a tardar más que éstos en faltar a sus compromisos.

Rómpense las alianzas por interés y utilidad, y en este caso las repúblicas son desde la Antigüedad más fieles a los tratados que los príncipes. Pueden citarse ejemplos de príncipes que han faltado a la fe por pequeños motivos de interés, y de repúblicas que ni por grandes ventajas lo han hecho. Temístocles dijo a los atenienses reunidos en asamblea que tenía un proyecto utilísimo a su patria y no podía descubrirlo, porque en tal caso desaparecía la ocasión de realizarlo. El pueblo de Atenas eligió entonces a Arístides para saber el secreto y determinar conforme a lo que el proyecto le pareciera. Temístocles le demostró que, fiando en los tratados, todo el ejército griego se encontraba en situación de ser fácilmente ganado o destruido, lo cual haría a los atenienses árbitros

de Grecia. Arístides refirió al pueblo que el proyecto de Temístocles era utilísimo, pero deshonroso, y el pueblo lo rechazó. No hubieran hecho tal cosa Filipo de Macedonia y otros príncipes, que han buscado y adquirido mayores utilidades faltando a la fe que respetándola.

No me refiero ahora a la ordinaria ruptura de los tratados por la inobservancia de alguna de sus cláusulas, sino de la producida por motivos extraordinarios; y creo, por lo dicho, que el pueblo comete menos errores que el príncipe; por tanto, merece mayor confianza que éste.

CAPÍTULO LX

De cómo el consulado y cualquier otra magistratura se daban en Roma sin consideración a la edad

La historia nos demuestra que desde que la plebe pudo en Roma aspirar al consulado, concediose este cargo sin consideración a la edad ni al nacimiento; si bien la primera nunca se tuvo en cuenta en aquella república, atendiéndose sólo al mérito, y no a que fuese joven o viejo quien hubiera de desempeñar cargos públicos. Así lo prueba el ejemplo de Valerio Corvino, nombrado cónsul a la edad de veintitrés años. El mismo Valerio decía hablando a sus soldados, que el consulado *era præmium virtutis, non sanguinis.*[141] Muy discutible es si lo hecho en este punto por los romanos fue bueno o malo.

Viéronse obligados por necesidad a no atender al nacimiento, lo cual sucederá, como en Roma, en cuantos Estados aspiren a la grandeza de Roma, según ya se ha dicho, porque ni se puede imponer a los hombres trabajo sin premio, ni quitarles sin peligro la esperanza de conseguir la recompensa. En buena hora se acordó que la plebe esperase conseguir el consulado, y durante algún tiempo contentose con la esperanza; pero después ya no bastó, y fue preciso convertirla en realidad.

El Estado que no asocie al pueblo a sus gloriosas empresas puede tratarlo como quiera, según ya se ha dicho; pero el que pretenda hacer lo que hizo Roma no debe establecer distinción entre sus ciudadanos. Esto sentado respecto al nacimiento, la distinción de la edad no es discutible, ni puede defenderse; porque al dar a un joven cargo que necesite prudencia de viejo, es preciso, si lo ha de elegir el pueblo, que por alguna preclara acción se haga digno de él; y cuando un joven ha dado a conocer su mérito extraordinario con hechos notables, sería perjudicialísimo que el Estado no pudiera aprovechar inmediatamente sus servicios, necesitando esperar a que, con la vejez, pierda el vigor del ánimo y la actividad propias de la juventud; dotes de que su patria puede valerse, como se valió Roma de las de Valerio Corvino, Escipión, Pompeyo y tantos otros que muy jóvenes obtuvieron los honores del triunfo.

141 «Premio a la virtud, no a la sangre.»

LIBRO SEGUNDO

PRÓLOGO

Alaban siempre los hombres, y no siempre con razón, los antiguos tiempos y censuran los presentes, mostrándose tan partidarios de las cosas pasadas que no sólo celebran lo conocido únicamente por las narraciones de los escritores, sino lo que, al llegar a la vejez, recuerdan haber visto en su juventud. Estas opiniones son muchas veces erróneas y, en mi concepto, se fundan en varias causas.

Es la primera el no conocerse por completo la verdad respecto a los sucesos antiguos, ignorándose las más de las veces lo que podría infamar aquellos tiempos, mientras lo que los honra y glorifica es referido en términos pomposos y con grandes ampliaciones. La mayoría de los escritores obedece de tal manera a la fortuna de los vencedores que, por enaltecer sus victorias, no sólo exageran lo que valerosamente hicieron, sino hasta la resistencia de sus enemigos; de modo que los descendientes de los vencedores y de los vencidos tiene sobrados motivos para maravillarse de aquellos hombres y de aquellos tiempos y se ven obligados a elogiarlos y a amarlos.[142]

La segunda causa consiste en que el odio en los hombres nace, o de temor o de envidia, y no lo pueden inspirar los sucesos antiguos, que ni tememos ni envidiamos. Pero lo contrario sucede con lo que se está viendo y manejando sin desconocer pormenor alguno, así los buenos como los desagradables, cosa que obliga a estimar los tiempos actuales muy inferiores a los antiguos, aunque en verdad merezcan los presentes mayor elogio y fama que los pasados.

No me refiero en esto a las obras de arte, cuyo valor es tan notorio que el transcurso del tiempo apenas aumenta o disminuye su mérito real y positivo, sino a la vida y las costumbres de los hombres, que no ofrecen tan claros testimonios.

Repito, pues, que es razonable la costumbre de alabar lo antiguo y censurar lo moderno, sin que en ello se incurra siempre en error, pues a veces, por el perpetuo movimiento ascendente o descendente de las cosas humanas, resultan los juicios exactos. Se ve, por ejemplo, una ciudad o un Estado bien organizados políticamente por un buen legislador, cuyo talento les hace caminar hacia la perfección; en tal caso, los que viven en dicho Estado y alaban más los tiempos antiguos que los modernos se engañan, causando su error los motivos antes mencionados. Pero los que nacen en el mismo Estado cuando ya se encuentra en decadencia y en él predomina el mal, no se equivocan.

Reflexionando yo en la marcha de las cosas, creo que el mundo siempre ha sido igual, con los mismos males y con idénticos bienes, aunque variando los bienes y los males de pueblo en pueblo. Así se advierte por las noticias que de los antiguos reinos tenemos, los cuales sufrieron cambios por la variación de las costumbres, continuando el mundo lo mismo. La diferencia consistía en que las virtudes existentes al principio en Asiria pasaron a la Media y después a Persia, de donde vinieron a Italia y Roma; y si al Imperio romano no siguió ningún otro que fuera duradero y en el que el mundo

concentrara las virtudes, en cambio se distribuyeron éstas entre muchos pueblos que llegaron a un estado floreciente, como el reino de los franceses, el imperio de los turcos, el del sultán de Egipto, y hoy día las naciones de Alemania; y antes de todos éstos los sarracenos, que realizaron tan grandes cosas y ocuparon tan extenso territorio, después de destruir el Imperio romano de Oriente.[143]

En las naciones y los pueblos nacidos de las ruinas del Imperio romano continuó la antigua virtud, y en parte de ellos aún existe y es digna de las alabanzas que se le tributan. Los que nacen en estos pueblos y prefieren los tiempos pasados a los presentes pueden engañarse, pero quien nace en Italia o Grecia y no llega a ser en Italia ultramontano o en Grecia turco, motivos tiene para quejarse de estos tiempos y preferir los antiguos, porque en los antiguos hay muchas cosas que le maravillan y en los actuales nada le compensa de tan gran miseria, infamia y vituperio;[144] porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, ni se observa la ordenanza militar; manchando todas las conciencias los vicios más repugnantes, vicios tanto más detestables cuanto que sobresalen en los que forman los tribunales, o ejercen autoridad, o pretenden ser adorados.[145]

Pero volviendo a nuestro asunto, digo que los hombres se engañan al creer mejores unos tiempos que otros, porque de los antiguos no pueden tener tan perfecto conocimiento como de los presentes. Los ancianos que prefieren los de su juventud a los de su vejez, parece que no debieran equivocarse, porque ambos los conocen bien; y así sería si los hombres conservaran toda su vida el mismo juicio y tuvieran las mismas pasiones; pero variando aquél y éstas, y no el tiempo, no puede parecerles éste lo mismo cuando llegan a tener otros gustos, otros deseos y otras consideraciones en la vejez que en la juventud. Con la edad van perdiendo los hombres las fuerzas y aumentando su prudencia y su juicio, y necesariamente lo que les parecía en la juventud soportable y bueno, en la ancianidad lo tienen por malo e insufrible; no es, pues, el tiempo lo que cambia, sino el juicio.

Siendo, además, los deseos del hombre insaciables, porque su propia naturaleza le impulsa a quererlo todo mientras sus medios de acción le permiten conseguir pocas cosas, resulta continuo disgusto en el entendimiento humano, desdén por lo poseído y, como consecuencia, maldecir los tiempos presentes, elogiar los pasados y desear los futuros, aunque para ello no tengan motivo alguno razonable.

No sé si debo figurar yo mismo entre los que se equivocan al elogiar tanto en este libro los tiempos de los antiguos romanos y al censurar los nuestros; y ciertamente si no fuesen tan claras como el sol las virtudes que entonces imperaban y los vicios que ahora reinan, sería más parco en mis afirmaciones, temeroso de incurrir en el mismo error que en otros advierto; pero siendo la cosa tan evidente, me atreveré a decir con toda claridad lo que pienso de aquellos y de estos tiempos, para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse a imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les da ocasión a ello;[146] porque es deber de hombre honrado enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de su suerte no ha podido realizar.

Acaso, siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo.

Y habiendo hablado en el libro precedente de los actos de los romanos relativos a su régimen interior, discurriremos en éste de lo que hicieron para ensanchar su dominación.[147]

---

142 Esta idea de que los historiadores se engañan con la fortuna de los vencedores se encuentra en muchos pasajes de la obra de Maquiavelo, como en *Discursos*, I, X: «A ninguno debe engañar la gloria de César, tan celebrada por los escritores» o en la *Vida de Castruccio Castracani*: «Y como en vida no fue [Castruccio] inferior a Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, ni a Escipión el Africano, murió a la misma edad de ambos. A los dos hubiera superado, de no nacer en Lucca, sino en Macedonia o Roma». También es una idea común al epistolario con Vettori.

143 Los comentadores, aunque con la habitual discusión sobre las fuentes, señalan cómo aquí Maquiavelo trata el tópico de la *translatio imperii*.

144 Inglese considera que el juicio de Maquiavelo sobre la Italia en la que vivía se hace cada vez más amargo, y más idealizado el de Roma.

145 Inglese recuerda que en este pasaje no hay ninguna referencia a la teoría polibiana del ciclo de constituciones.

146 Tanto Bausi como Inglese, aunque refiriéndose a diferentes pasajes, unen esta parte final del prólogo de *Discursos*, II, con *El arte de la guerra*.

147 Bausi señala que aquí están presentes los restos de la estructura tripartita de los *Discursos*. Esta parte sería la de los asuntos externos por decisión pública.

CAPÍTULO 1

De si fue el valor o la fortuna lo que más contribuyó a agrandar el Imperio de los romanos

Muchos, y entre ellos Plutarco,[148] escritor de grande autoridad, han creído que al pueblo romano favoreció más la fortuna que el valor en la conquista de su vasto Imperio, y dicen, entre otras razones, que se demuestra por confesión propia de aquel pueblo deber a la fortuna sus victorias, pues a ésta edificó más templos que a ningún otro dios. Parece que el mismo Tito Livio es de esta opinión, pues rara vez hace hablar a algún romano del valor sin que añada la fortuna.[149]

Ni soy de esa opinión ni creo que pueda sostenerse, porque si no ha habido república alguna tan conquistadora como la romana, es porque ninguna fue organizada para conquistar como ella. Al valor de sus ejércitos debió su Imperio y a sus propias y peculiares leyes, dadas por su primer legislador, el conservarlo, según probaremos cumplidamente en los capítulos sucesivos.

Dicen aquellos que si los romanos no tuvieron nunca a la vez dos peligrosas guerras se debió a la fortuna y no a la habilidad de este pueblo, pues no guerrearon con los latinos sino después de batir a los samnitas; tanto, que la guerra contra aquéllos fue en defensa de éstos; ni combatieron con los toscanos sino después de sojuzgar a los latinos y casi extinguir con numerosas derrotas el poder de los samnitas; y si dos de estos pueblos, cuando podían disponer de todas sus fuerzas, se hubiesen aliado contra Roma, fácil es sospechar que habrían destruido la república romana.

Pero fuera por lo que fuese, es positivo que en ningún caso tuvieron a la vez dos poderosas guerras. Acababa una al empezar otra o nacía la nueva cuando estaba a punto de concluir la anterior; lo cual se ve fácilmente en la sucesión de las guerras de entonces, porque, prescindiendo de las hechas antes de que Roma fuera tomada por los galos, se observa que, mientras combatió con los equos y con los volscos, y mientras estos pueblos fueron poderosos, ningún otro atacó a los romanos. Dominados aquéllos, empezó la guerra contra los samnitas, y aunque antes de su término se rebelaron los latinos, cuando la rebelión estalló, los samnitas estaban ya aliados a los romanos y les ayudaron con su ejército para castigar el atrevimiento de los latinos. Vencidos éstos renació la guerra contra Samnio; casi agotadas ya las fuerzas de los samnitas por varias derrotas, empezó la de Etruria, y apenas había acabado cuando se rebelaron de nuevo los samnitas por el desembarco de Pirro en Italia. Rechazado éste y de vuelta en Grecia, comenzó la primera guerra púnica; y apenas había acabado, cuando todos los galos de ambos lados de los Alpes atacaron a los romanos, quienes hicieron horrible carnicería en ellos entre Popolonia y Pisa, donde hoy está la torre de San Vicente. Terminada esta guerra, fueron de escasa importancia las que tuvieron durante veinte años, pues sólo combatieron con los ligures y con los galos que habían quedado en Lombardía. Así estuvieron hasta que empezó la segunda guerra púnica, que les ocupó en Italia durante diez y seis años. Acabada ésta gloriosamente para Roma, empezó la guerra macedónica,

a la cual siguió la sostenida contra Antíoco en Asia, y después de vencido éste no quedó en el mundo rey o república que, aliados o separados, fueran capaces de contrarrestar el poder de Roma.

Pero antes que en el victorioso resultado, fíjese la atención en el orden de estas guerras y en el modo de proceder en ellas, y se verá que a la fortuna se unen grandísimo valor y no menor prudencia; la suerte que quien investigue las causas de las victorias las encontrará fácilmente, pues es notorio que cuando un príncipe o un pueblo llegan a tan grande reputación de valerosos que los demás pueblos o príncipes vecinos temen atacarle, jamás se verá agredido sino por necesidad ineludible de los agresores, y estará en el caso de elegir por su parte a quién de los vecinos ha de hacer guerra, mientras con industria mantiene a los demás tranquilos; cosa fácil, no sólo por el respeto que su poder infunde, sino también por los recursos que emplea para engañarlos y adormecerlos. Las potencias más apartadas que no vivan en relaciones con ellos se cuidarán de los sucesos como de cosas lejanas que no les interesan; en este error continuarán hasta que el incendio se les acerque y, cuando les llegue, sólo tendrán para apagarlo las fuerzas propias, insuficientes contra un enemigo que ha llegado a ser poderosísimo.[150]

Prescindiré del hecho de que los samnitas vieran tranquilamente cómo los romanos vencían a los volscos y a los equos y, para no ser prolijo, trataré sólo de los cartagineses, que tenían ya gran poder y fama cuando los romanos combatían con los samnitas y toscanos, pues dominaban en toda el África, en Cerdeña, en Sicilia y en una parte de España. Este poder y el estar apartados de los límites de la dominación romana fueron causa de que no pensaran en atacar a los romanos, ni en socorrer a los samnitas y toscanos. Hicieron, pues, lo que generalmente se hace con los pueblos que prosperan: procurarse su amistad y aliarse con ellos, acrecentando su poder, y no advirtieron el error cometido hasta que los romanos, después de someter a todos los pueblos situados entre ellos y los cartagineses, empezaron a combatir la dominación de éstos en Sicilia y en España.

A los galos sucedió lo mismo que a los cartagineses, y lo propio a Filipo, rey de Macedonia, y a Antíoco. Cada uno de éstos creyó, mientras el pueblo romano guerreaba con cualquiera de ellos, que serían vencidos los ejércitos de Roma o que habría siempre tiempo de defenderse de los romanos, con la paz o con la guerra. Creo, pues, que la fortuna que en esta parte tuvieron los romanos la hubiese tenido cualquier príncipe que procediera como ellos y mostrara igual valor.

Oportuno sería decir aquí los procedimientos de que se valían los romanos al invadir una nación, si no los hubiéramos referido ya en nuestro tratado *El príncipe*, donde se habla de ellos ampliamente;[151] diremos sólo con brevedad que en las nuevas comarcas procuraban tener siempre algunos amigos que les sirvieran como escala o puerta para entrar o salir o permanecer en ellas. Así se ve que por medio de los capuanos entraron en Samnio, de los camertinos en Etruria, de los mamertinos en Sicilia, de los saguntinos en España, de Masinisa en África, de los etolios en Grecia, de Eumenes y otros príncipes en Asia, de los marselleses y de los eduos en la Galia; nunca les faltó apoyo de esta clase que facilitase sus empresas para conquistar pueblos y matenerlos sujetos a su

dominación. Los Estados imitadores de esta conducta necesitarán menos de la fortuna que los que no la observen, y para que todo el mundo comprenda cuánto más influyó el valor que la fortuna en las conquistas romanas,[152] hablaremos en el siguiente capítulo de las condiciones de los pueblos con los que tuvieron que guerrear y de la obstinación con que éstos defendieron su libertad.

---

148 La referencia maquiaveliana a Plutarco no es correcta y resulta sorprendente, pues, como indica Inglese, ya en el siglo XV se sospechaba que el tratado de Plutarco *De fortuna Romanorum* [trad. de M. López Salva], en *Moralia*, Madrid, Gredos, 1989, V, estaba incompleto. Mientras que en la primera parte de esta obra se encuentra la demostración de que la fortuna era la principal responsable del éxito de Roma, la segunda parte del tratado defiende que el éxito de Roma dependía de su virtud. Esta incongruencia ha hecho pensar a algunos intérpretes, como al propio Bausi, que el conocimiento de Maquiavelo de esta obra de Plutarco era indirecto o aproximado.

149 Bausi señala que esta referencia a Tito Livio es sorprendente. Para este intérprete, hay que tener en cuenta que la concepción clásica de la fortuna no considera que la virtud sea su enemiga, como sí lo hace la cristiana, doctrina que confirmaría en este pasaje Maquiavelo con su estricta oposición entre fortuna y virtud.

150 La visión de la fortuna es, por decirlo así, voluntarista, como también en el siguiente capítulo. Maquiavelo se centra aquí en un solo caso para demostrarlo: depende de Roma y no de la fortuna el no haber luchado nunca dos guerras al mismo tiempo. Inglese está de acuerdo con este punto de vista, pues afirma que el éxito de los romanos no es otra cosa que la conjunción de suma virtud y prudencia.

151 Se refiere a *El príncipe*, III.

152 En cualquier caso, sigue habiendo restos de teoría intermedia, que reconocen una cierta influencia de la fortuna, si bien menor, en los acontecimientos que llevaron a Roma al éxito.

CAPÍTULO II

Con qué pueblos tuvieron los romanos que combatir, y cuán tenazmente defendieron aquéllos su independencia

Los mayores obstáculos para los romanos al conquistar los pueblos inmediatos a ellos y algunos de las provincias lejanas nacían del amor que en aquel tiempo tenían muchos de éstos a su independencia, tan obstinadamente defendida, que era precisa grandísima virtud para sojuzgarlos. Repetidos ejemplos hay de los peligros a que se exponían por conservar o recuperar su libertad y de las venganzas contra los que les privaban de ella. También enseña la historia los daños que a una ciudad o a un pueblo causa la servidumbre.

Países en donde apenas puede decirse ahora que hay ciudad libre, en los tiempos antiguos estaban ocupados por pueblos libérrimos. En la época a que nos referimos, Italia, desde los Alpes que dividen ahora a la Toscana con Lombardía hasta el extremo meridional, contenía muchos pueblos libres, como lo eran los etruscos, los romanos, los samnitas y otros varios que habitaban en el resto de la Península.[153] No se sabe que tuvieran reyes, excepto los que reinaron en Roma, y Porsena, rey de Etruria, cuya estirpe, que se distinguió, no menciona la historia; pero se sabe bien que, cuando los romanos sitiaron Veyes, Etruria era libre, y tanto amaba su libertad y odiaba el nombre de rey que, habiendo nombrado uno los veyenses para su defensa y pidiendo auxilio a los etruscos contra los romanos, aquéllos, después de varias deliberaciones, determinaron negarlo mientras tuvieran rey por creer que no debía defenderse la patria de los que ya la habían sometido a la voluntad de un señor.

Es cosa fácil comprender de dónde nace la afición de los pueblos a las instituciones libres, porque se ve, por experiencia, que sólo cuando hay libertad aumentan el poder y la riqueza de los ciudadanos. Causa, en efecto, admiración considerar cuánta fue la grandeza de Atenas en el espacio de cien años, después que se libró de la tiranía de Pisístrato, y aún es más maravillosa la de Roma después que abolió la monarquía. La causa de ello tiene fácil explicación. No es el bien particular, sino el bien común, lo que engrandece los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas. En ellas sólo se ejecuta lo encaminado al provecho público, aunque perjudique a algunos particulares; pues son tantos los beneficiados, que imponen las resoluciones a pesar de la oposición de los pocos a quienes dañan.

Lo contrario sucede cuando hay monarquía. La mayoría de las veces lo que hace el príncipe[154] para sí es perjudicial al Estado, y lo que hace por el Estado es opuesto a su personal interés;[155] de modo que, cuando una tiranía sustituye a un régimen liberal, lo menos malo para el Estado es no progresar ni aumentar poder y riqueza, y las más de las veces, si no siempre, empieza su decadencia. Y si la suerte hace que aparezca un tirano virtuoso que por su valor e inteligencia ensancha los límites de sus dominios, no será la utilidad para la república, sino para él; pues no puede enaltecer a ningún ciudadano

valeroso y bueno de los que él tiraniza, si quiere librarse de rivalidades inquietantes.[156]

Tampoco los Estados que conquista puede someterlos o hacerlos tributarios del que él domina, por no convenirle que éste sea poderoso, sino que las nuevas adquisiciones estén disgregadas y dependientes sólo de su autoridad personal. Sus conquistas son, pues, favorables a él y no a su patria.[157]

Quien quiera demostrar esta opinión con otros infinitos argumentos, lea el tratado de Jenofonte titulado *De la tiranía*.[158]

No es, pues, maravilloso que los antiguos pueblos persiguieran con tanto odio a los tiranos y amaran la libertad, cuyo nombre en tan grande estimación tenían. Así sucedió cuando Hierónimo, nieto del siracusano Hierón, fue muerto en Siracusa. Llegada la noticia de su muerte a su ejército, que acampaba no lejos de dicha ciudad, comenzó éste por amotinarse y acudir a las armas contra los que le mataron; pero al saber que en Siracusa se aclamaba la libertad, seducido por este nombre, se aquietó, depuso su ira contra los tiranicidas, y contribuyó a que se estableciera en aquella ciudad un gobierno liberal.

Tampoco es infrecuente que los pueblos se hayan vengado cruelmente de los que les privaban de su libertad. Hay de ello muchos ejemplos; pero sólo referiré uno, ocurrido en Corfú, ciudad de Grecia, durante la guerra del Peloponeso. Los griegos estaban entonces divididos en dos bandos, uno favorable a los atenienses y otro a los espartanos, división que alcanzaba a los vecinos de muchas ciudades, siendo unos partidarios de Esparta y otros, de Atenas. En Corfú prevalecieron los nobles y privaron de la libertad al pueblo; pero éste, ayudado por los atenienses, recuperó el poder, prendió a los nobles y los encerró en prisión capaz para todos. De ella los fue sacando, ocho o diez cada vez, con pretexto de desterrarlos a diversas partes; pero en realidad, para hacerlos morir con los más crueles tormentos. Sabido esto por los que quedaban, determinaron librarse, si les era posible, de muerte tan ignominiosa y, echando mano a cuanto pudieron encontrar para su defensa, combatieron con los que deseaban penetrar en la prisión, defendiendo la entrada. Acudió el pueblo al ruido de la lucha, destechó la prisión y sepultó en los escombros a los nobles que en ella quedaban.

De esto hubo en Grecia otros muchos ejemplos notables y horribles, demostrándose que los pueblos se vengan con mayor crueldad de los que les privan de su libertad, que de los que quieren quitársela.[159]

Meditando en qué consiste que los pueblos antiguos fueran más amantes de la libertad que los actuales, creo que procede del mismo motivo que hace ahora a los hombres menos fuertes, cual es la diferencia de educación, fundada en la diferencia de religión. Enseñando la nuestra la verdad y el verdadero camino, hace que se tengan en poco las honras de este mundo; pero los gentiles, estimándolas y considerándolas como el verdadero bien, aspiraban a ellas con mayor vigor y energía. Esto se advierte en muchas de sus instituciones, singularmente en la magnificencia de sus sacrificios comparada con la humildad de nuestras ceremonias religiosas, en las cuales la pompa, más sencilla que imponente, no tiene nada que sea enérgico o feroz. No escaseaba en la

Antigüedad el esplendor a las ceremonias; pero añadían a ellas feroces y sangrientos sacrificios, matando infinidad de animales, cuyo terrible espectáculo daba energía y dureza al carácter de los hombres. Además, la religión pagana sólo deificaba a hombres llenos de gloria mundana, como los generales de los ejércitos y los jefes de las repúblicas, y la nuestra ha santificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los de enérgica actividad. Además, coloca el supremo bien en la humildad, en la abnegación, en el desprecio de las cosas humanas, mientras la pagana lo ponía en la grandeza del ánimo, en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir a hacer los hombres fortísimos. La fortaleza de alma que nuestra religión exige es para sufrir pacientemente los infortunios, no para acometer grandes acciones.[160]

Esta nueva manera de vivir parece que ha hecho más débiles a los pueblos y más fácil convertirlos en presa de los malvados, que con mayor seguridad pueden manejarlos al ver a casi todos los hombres más dispuestos, para alcanzar el paraíso, a sufrir las injurias que a vengarlas. Pero la culpa de que se haya afeminado el mundo y desarmado el cielo, es, sin duda, de la cobardía de los hombres que han interpretado la religión cristiana conforme a la pereza y no a la virtud; pues si consideramos que aquélla permite la gloria y la defensa de la patria, deduciremos que quiere que la amemos, que la honremos y que nos preparemos para ser capaces de defenderla.[161]

Estas falsas interpretaciones, y la educación que de ellas nace, hacen que no haya ahora tantas repúblicas como antiguamente, ni en el pueblo tanto amor a la libertad como entonces. Creo, sin embargo, que lo que más ha contribuido a este resultado son las conquistas del Imperio romano, el cual ahogó con sus armas y su grandeza todas las repúblicas y todas las libertades: y aunque este Imperio se arruinó, los pueblos no han podido aún reorganizarse, ni establecer instituciones libres sino en poquísimas comarcas de las que abarcaba.[162]

Sea de ello lo que fuere, los romanos encontraron en no pocas partes del mundo una liga de repúblicas armadas y obstinadas en la defensa de su libertad; lo cual prueba que, sin el extraordinario valor de aquel pueblo, no hubiera podido vencerlas. Y para mencionar un ejemplo de esta resistencia, citaré el de los samnitas. Es verdaderamente admirable, y Tito Livio lo confiesa, que este pueblo fuera tan poderoso y valiente que hasta el consulado de Papirio Cursor, hijo del primer Papirio, es decir, durante cuarenta y seis años, resistiera a los romanos a pesar de tantas derrotas, estragos y ruinas como tuvieron en sus tierras, pobladísimas entonces, hoy casi desiertas, y cuyo buen gobierno, unido al valor de sus habitantes, las hacía inconquistables por cualquier otro enemigo que no fuese el valeroso pueblo romano.

Fácil es comprender la causa de la antigua prosperidad y de la actual miseria, pues depende de que entonces había allí un pueblo libre y ahora un pueblo siervo, y los países libres, en todas las comarcas ya hemos dicho que hacen grandísimos progresos. La población aumenta porque, no habiendo obstáculo que estorbe los lazos matrimoniales, son los hombres más propensos a casarse y procrean los hijos que creen poder alimentar, en la seguridad de no ser privados de su patrimonio; como también de que nacen ciudadanos libres y no esclavos, y que mediante sus méritos pueden llegar a ser hasta

jefes del Estado. Las riquezas que proceden de la agricultura y de la industria se multiplican, porque cada cual se aplica a aumentar las suyas, pudiendo gozar de ellas libremente, y conforme crecen las de los particulares aumentan la del Estado.

Lo contrario sucede en los países donde impera la servidumbre, tanto más faltos de bienes cuanto más rigurosa es aquélla. De todas las servidumbres, la más pesada es la impuesta por una república; primero, por ser la más duradera y no haber esperanza de librarse de ella; después, porque las repúblicas propenden a debilitar y enervar a los otros Estados para aumentar ellas su poder; cosa que no hace un príncipe conquistador, a menos de ser un bárbaro, destructor de países y de instituciones de gobierno, como son los príncipes orientales. Pero si tiene rectitud y siquiera algunos sentimientos humanos, casi siempre ama por igual a todos los pueblos que le están sometidos, deseándoles prosperar y que se rijan por casi todas sus antiguas leyes. De esta manera, si no aumentan su poder como Estados libres, tampoco se arruinan como siervos.[163]

Entiéndase que me refiero a la servidumbre de los pueblos sometidos a un extranjero; no a la impuesta por sus conciudadanos, pues de ésta ya traté anteriormente.

Al que medite en lo dicho no le admirará el poder de los samnitas cuando eran libres, y la debilidad que la servidumbre les produjo. Tito Livio lo demuestra varias veces, especialmente en la guerra contra Aníbal, cuando dice que, maltratados los samnitas por una legión establecida en Nola, enviaron embajadores a Aníbal para pedirle socorro, y en sus discursos dijeron que durante cien años habían combatido con los romanos sin otros recursos que sus propias fuerzas y sus propios generales, afrontando muchas veces las de dos ejércitos consulares y dos cónsules; pero que habían llegado a tanta debilidad, que apenas se podían defender de la pequeña legión romana acampada en Nola.

---

153 Bausi indica que Maquiavelo no habla de los veyenses, ya que ellos sí que tenían rey.

154 Bausi señala cómo Maquiavelo identifica en este capítulo principado y tiranía.

155 Según este principio, ¿cómo se explicaría lo que, tal como aparece en *Discursos*, I, LV, ocurre en Francia y España, que a pesar de tener una materia corrupta mantienen un cierto orden?

156 La idea de que el tirano no puede favorecer a los ciudadanos virtuosos es una idea clásica, tal como señalan los comentadores remontándose a Salustio (Inglese) y Jenofonte (Bausi). Sin embargo, es un tema que ya aparece en la *República* de Platón.

157 En este capítulo se encuentra la oposición más marcada entre monarquía y república, en la que ésta aparece como la única que alcanza la verdadera politicidad, pues sólo en ella se persigue el bien común. Este punto de vista, que contrasta con otras posturas que ya se han visto en *Discursos*, puede asociarse a una postura republicana clásica de Maquiavelo.

158 Como los comentadores señalan, Maquiavelo debió de utilizar la traducción que de este texto Leonardo Bruni hizo al latín. Inglese añade que el texto de Jenofonte no es tan contrario a la tiranía y que, por tanto, la cita está completamente reelaborada.

159 ¿Cómo se compagina esto con lo que defendía en *Discursos*, I, XVI donde se dice que sólo unos pocos quieren la libertad para mandar y la mayoría para estar seguros? Aquí parece que la libertad del pueblo tiene un carácter perseguidor mucho más decidido. Maquiavelo señalará que es el tiempo lo que ha hecho que el amor a la libertad haya variado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en aquel pasaje de los *Discursos* Maquiavelo

no sugería ninguna restricción temporal.

160 No cabe duda de que Maquiavelo atribuya aquí la decadencia de la vida política a la debilidad que el cristianismo introduce en la educación. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que Maquiavelo considera que el cristianismo introduce debilidad y desapego de la guerra, interpretación opuesta al pensamiento político barroco, que en muchos de sus más eximios representantes, como en el caso de Hobbes, especialmente en el libro IV de *Leviatán*, intentará neutralizar a un cristianismo que se considera principalmente conflictivo y bélico. Que el cristianismo no implica un abandono de las armas o una debilidad bélica lo podría aceptar el mismo Maquiavelo tanto por lo que dice a continuación de que no se siguió el camino del fundador (frase que los intérpretes suelen calificar de irónica sin más) como por los éxitos militares que países tan cristianos como Francia y España obtenían en los tiempos de Maquiavelo.

161 Inglese considera que este pasaje debe leerse en sentido literal. Maquiavelo no reivindicaría en este pasaje la vuelta a una abstracta religiosidad pagana. Quiere interpretar el cristianismo según la *virtù*, de tal manera que se entendería el interés que siente por Savonarola y por la influencia del sentimiento religioso en política, aunque ello implique una sustancial indiferencia hacia el núcleo de la fe.

162 Inglese señala que en este pasaje Maquiavelo quitaría a la difusión del cristianismo cualquier rasgo milagroso. Sin embargo, Maquiavelo no entra explícitamente en la cuestión de la difusión del cristianismo, sino tan sólo en señalar, paradójicamente, que la ausencia de repúblicas en su tiempo se debe inicialmente a las conquistas de Roma. Así que si por un lado era la religiosidad cristiana mal entendida la que impedía la verdadera virtud pública, el momento histórico que inició este proceso no es el cristianismo, como tradicionalmente sostuvieron muchos historiadores de Roma al estilo de Gibbon, sino las propias «desmesuradas» conquistas de Roma.

163 Se mantiene la férrea distinción entre la bondad de la república (en una perspectiva casi economicista) y la desventaja del gobierno monárquico.

CAPÍTULO III

Roma se engrandece arruinando a las ciudades vecinas y concediendo fácilmente a los extranjeros la cualidad de ciudadanos romanos

Crescit interea Roma Albæ ruinis[164]

Los que deseen que una ciudad llegue a tener grandes dominios deben procurar por todos los medios hacerla populosa, porque sin grande abundancia de hombres jamás aumentará su poder. Esto se consigue de dos modos: por atracción cariñosa, o por la fuerza. Por atracción, ofreciendo camino franco y seguro a los extranjeros que deseen venir a habitar en ella, de manera que les agrade vivir allí; por fuerza, destruyendo las ciudades inmediatas y obligando a sus vecinos a vivir en la vencedora.

De tal modo se observaron en Roma estos dos principios, que en tiempos de su sexto rey había en dicha ciudad ochenta mil hombres capaces de llevar armas; porque los romanos imitaron a los buenos cultivadores, quienes para que los árboles crezcan y puedan producir y madurar sus frutos les podan las primeras ramas que echan, a fin de que, retenida la savia en el tronco, salgan después otras más lozanas y fructíferas.

Los ejemplos de Esparta y de Atenas demuestran que estos medios para ampliar la dominación son necesarios y buenos. Ambas repúblicas eran belicosas y tenían excelentes leyes; sin embargo, no llegaron a la grandeza de Roma, que parecía más tumultuosa y menos bien regida. No puede explicarse esto sino por las razones ya referidas, pues, aumentando Roma su población, pudo poner sobre las armas doscientos ochenta mil hombres, y ni Esparta ni Atenas pasaron nunca de veinte mil cada una.

Esta diferencia no nacía de ser la posición de Roma mejor que la de Esparta y Atenas, sino del distinto modo de proceder. Licurgo, fundador de la república espartana, consideró que nada podía viciar tanto sus leyes como la mezcla de nuevos habitantes, e hizo todo lo posible para impedir a los extranjeros avecindarse allí. Además de prohibirles casarse en Esparta, negoles la posibilidad de adquirir el derecho de ciudadanía y dificultó todas las relaciones que mantienen la comunicación de los hombres entre sí, ordenando que en aquella república se usara moneda de cuero, a fin de impedir que acudieran forasteros por el deseo de vender mercancías o de ejercer alguna industria. Así pues, aquel Estado no podía aumentar el número de habitantes.

Todas nuestras acciones imitan a la naturaleza; no es posible ni natural que un tallo delgado mantenga grueso ramaje, ni que una república pequeña conquiste ciudades y reinos que sean más grandes y poderosos que ella y, si los conquista, le sucede lo que al árbol que tiene ramas más gruesas que el tronco, que el peso de aquéllas lo agobia y el menor impulso del viento lo derriba. Así sucedió a Esparta: ocupó todas las ciudades de Grecia, y cuando se rebeló Tebas, las demás imitaron su ejemplo y quedó el tronco sin ramas.

No podía suceder esto a Roma, cuyo tronco era tan grueso que sostenía fácilmente todas las ramas, y a tal procedimiento, unido a otros que mencionaremos más adelante,

debió Roma su grandeza y su poder; lo cual expresa Tito Livio en pocas palabras, cuando dice: *Crescit interea Roma Albæ ruinis*.

[164] «Mientras tanto, creció Roma sobre las ruinas de Alba.»

CAPÍTULO IV

Las repúblicas han practicado tres procedimientos para engrandecerse

Quien lea atentamente la historia antigua observará que las repúblicas han tenido tres modos de engrandecerse. Uno, el practicado por los antiguos toscanos, que consistía en formar una liga de varias repúblicas, sin que ninguna de ellas ejerciera sobre las otras autoridad o preeminencia. En tal caso, las ciudades conquistadas entran a formar parte de la liga, como en otros tiempos lo practicaban los suizos y en los antiguos lo hacían en Grecia los aqueos y los etolios.

Como los romanos guerrearon bastante con los toscanos, para que se conozca bien la primera forma de engrandecimiento daré noticias detalladas de este pueblo.

Con anterioridad a la dominación romana fueron en Italia los toscanos o etruscos poderosísimos por mar y tierra; y aunque no haya historia especial de este pueblo, quedan algunos recuerdos y algunos vestigios de su grandeza. Se sabe que fundaron una colonia en la costa del mar de Arriba, llamándola Adria, que llegó a ser famosa para dar nombre al mar que aún llaman los latinos Adriático. Sábese también que sus ejércitos fueron obedecidos desde el Tíber hasta el pie de los Alpes que limitan al norte la tierra de Italia; pero doscientos años antes de que los romanos tuvieran gran fuerza, habían perdido ya los citados etruscos la dominación del país que hoy se llama Lombardía, ocupado por los galos, quienes a impulso de la necesidad o atraídos por la dulzura de los frutos, y especialmente del vino, bajaron a Italia a las órdenes de su jefe Belloveso, derrotaron y expulsaron a los habitantes y fijaron allí su estancia, edificando muchas ciudades y dándole el nombre de Galia, que conservó hasta que los romanos la conquistaron.

Vivían, pues, los etruscos con instituciones igualitarias, empleando para engrandecerse el primer medio que hemos citado. Constituían una federación de doce ciudades, que eran Chiusi, Veyes, Fiésole, Arezzo, Volterra y otras, las cuales gobernaban toda la comarca sujeta a su dominio. Sus conquistas no traspasaron los límites de Italia ni alcanzaron a gran parte de esta Península, por los motivos que después diremos.

El segundo modo consiste en aliarse con otros Estados, cuidando de conservar la superioridad del mando, la capitalidad y la iniciativa en las empresas; éste fue el empleado por los romanos.

El tercer modo estriba en convertir en súbditos, y no en aliados, a los vencidos, como hicieron los espartanos y los atenienses.

De estos tres sistemas de engrandecimiento, el tercero es inútil, y lo fue en las dos citadas repúblicas, las cuales perecieron por haber hecho conquistas que no podían conservar. Porque gobernar por fuerza ciudades sometidas, sobre todo si están acostumbradas a vivir libres, es cosa difícil y de gran trabajo. Sin numeroso ejército no podréis regirlas y gobernarlas; y para tener muchas tropas necesitáis alianzas que aumenten vuestra población. Por no haber hecho Atenas y Esparta ni lo uno ni lo otro, sus procedimientos fueron ineficaces.

Roma, ejemplo del segundo sistema, hizo ambas cosas, y así logró poder tan grande; por ser el único Estado que constantemente siguió estas reglas, fue el único en llegar a tanta dominación, pues adquiriendo en toda Italia numerosos aliados que bajo muchos conceptos gozaban de iguales derechos que los romanos, y, por otra parte, reservándose, según antes dijimos, la capitalidad y el mando de las empresas, los aliados contribuían, sin saberlo, con su trabajo y con su sangre a sojuzgarse a Roma. Sobre todo, cuando los ejércitos empezaron a salir de Italia conquistando provincias y reinos y sujetando pueblos que, por la costumbre de vivir bajo la dominación de reyes, no se afligían por cambiar de señor; y como los gobernadores eran romanos y los ejércitos que los vencían llamábanse romanos, sólo reconocían por superior a Roma. Los auxiliares que ésta tenía en Italia llegaron a estar, por tal causa, circundados de súbditos romanos y dominados por una poderosísima ciudad cual era Roma. Cuando advirtieron el engaño en que vivían ya no fue tiempo de remediarlo; tanta era la autoridad adquirida por Roma en las provincias extranjeras y tan grande ya la fuerza que en su seno acumulaba aquella ciudad populosísima y armadísima. Y aunque los aliados, para vengar tal injuria, se rebelaron contra ella, pronto fueron vencidos, empeorando su condición, porque, de aliados, se convirtieron en súbditos.

Este sistema sólo lo han seguido, según hemos dicho, los romanos, y es el único para una república que quiera ensanchar sus dominios; pues la experiencia demuestra que ninguno es más sensato y seguro.

El primer medio de que hablamos, el de las confederaciones que practicaron los etruscos, los aqueos y los etolios, y hoy practican los suizos, es, después del usado por los romanos, el mejor; porque si no facilita el aumento de territorio, resultan de esta dificultad dos bienes: uno, no tener frecuentes guerras; y otro, poder conservar sin trabajo lo que se adquiere. Impide el engrandecimiento la forma disgregada de estas repúblicas y la falta de capitalidad única, cosas ambas que dificultan los medios de deliberar y resolver. Los que así viven no son deseosos de dominación, porque, debiendo repartir las conquistas entre todos los confederados, el estímulo a realizarlas es menor que en las repúblicas unitarias, las cuales esperan aprovecharlos por completo. Además, gobiernan a aquellas consejos federales, cuyas resoluciones, por esta forma del poder supremo, no son tan rápidas como las tomadas por los que viven en el corto ámbito de una capital.

La experiencia demuestra también que estas federaciones tienen un límite fijo, sin que haya ejemplo de haber sido traspasado. Fórmanlas doce o catorce Estados a lo más, y cuando a tantos llegan, no procuran aumentarlos por creer que bastan para poder defenderse unos a otros, y porque no les obliga la necesidad a extender su poder, supuesto que, según hemos dicho, la extensión no les es útil. En efecto, con las conquistas necesitarían hacer una de dos cosas: o aumentar los Estados confederados, lo cual sería expuesto a confusión, o convertir en súbditos a los conquistados; y por huir aquella dificultad y no estimar mucho esta ventaja, desdeñan el engrandecimiento.

Al llegar estas federaciones al número de Estados que les parece suficiente para vivir en seguridad, se dedican a dos cosas: una es tomar bajo su protección pequeños Estados

y, por este medio, procurarse dinero que fácilmente puede distribuirse en la confederación; otra, combatir por cuenta de otros Estados, de este o aquel príncipe que para sus empresas los toma a sueldo, como se ve que hacen ahora los suizos y se lee que hacían las confederaciones antiguas, de lo cual es buen testimonio Tito Livio cuando dice que parlamentaba Filipo, rey de Macedonia, con Tito Quinto Flaminio, tratando de la paz en presencia de un pretor de los etolios, y al hablar el rey con éste, censuró la avaricia y la infidelidad de los etolios, que no se avergonzaban de militar al servicio de un Estado y enviar también tropas a las órdenes de su enemigo; de manera que muchas veces se veían las banderas de Etolia en dos ejércitos contrarios.

Esto demuestra que tales confederaciones han sido siempre iguales y producido los mismos efectos. Se ve también que sus medios para adquirir súbditos fueron y son débiles y de escaso provecho, y que cuando las conquistas superaban los medios de la confederación para conservarlas, estas repúblicas federales perecieron rápidamente. Si dicho procedimiento para adquirir súbditos es inútil en las repúblicas armadas, lo es mucho más en las desarmadas, como se encuentran en nuestro tiempo las de Italia.

Queda, pues, demostrado que el mejor medio de engrandecimiento fue el adoptado por los romanos, tanto más admirable cuanto que no hay ejemplo de él con anterioridad a Roma, y nadie después de Roma lo ha imitado.

Respecto a las confederaciones, sólo las de Suiza y Suabia imitan a las antiguas.

Como diremos al final de esta obra, la excelente organización romana, tan buena para los asuntos interiores como para los exteriores, ni la imitamos en nuestros tiempos ni siquiera nos cuidamos de ella, juzgándola unos fabulosa, otros imposible, otros inoportuna e inútil y, viviendo en esta ignorancia, somos presa de cualquiera que quiere dominar nuestra patria.

Aunque el imitar ahora la organización romana parezca difícil, no deben creer los actuales toscanos que lo sea copiar la de los antiguos etruscos; porque si éstos no pudieron formar un imperio semejante al de Roma, adquirieron, sin embargo, en Italia el dominio que sus medios de ejecución les permitían, formando por largo tiempo un Estado tranquilo, muy glorioso por su poder y fuerza y muy elogiado por sus costumbres y su religión. Los galos disminuyeron su dominación y su gloria y los romanos la extinguieron después, hasta el punto de que, siendo tan grande el poder de los etruscos hace dos mil años, apenas queda ahora memoria de él. Esto me ha hecho pensar en las causas del olvido, y de ellas trataré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

Los cambios de religión y de lengua, unidos a los desastres de inundaciones y epidemias, extinguen la memoria de las cosas

A los filósofos partidarios de que el mundo es eterno,[165] creo se les podría contestar que en tal caso el recuerdo alcanzaría a sucesos ocurridos desde hace más de cinco mil años,[166] si no fuera notorio que la memoria de los tiempos se extingue por diversas causas, procedentes unas de los hombres y otras del cielo.[167] Son las primeras las que origina la variación de creencias religiosas y de lengua, porque cuando aparece una secta nueva, es decir, una nueva religión, su primer cuidado es adquirir crédito extinguiendo la antigua; y si los fundadores de la nueva religión hablan distinto idioma, lo consiguen fácilmente. Se conoce esto examinando los procedimientos de la religión cristiana contra la pagana, pues destruyó todas sus instituciones y todas sus ceremonias, sin dejar memoria[168] de esta antigua teología. Verdad es que no pudo borrar por completo las noticias de los hechos que ejecutaron hombres ilustres del paganismo, pero esto se debe a la necesidad de conservar la lengua latina, puesto que en ella escribía la nueva ley: de poderla promulgar en nuevo idioma, teniendo en cuenta las otras persecuciones que sufrió el paganismo, no quedaría memoria de los anteriores sucesos.

Léase lo que hacían san Gregorio y los otros propagandistas de la religión cristiana, y se verá con qué obstinación perseguían cuanto pudiera recordar la idolatría, quemando las obras de poetas e historiadores, destruyendo las estatuas de los dioses y alterando o arruinando cuanto pudiera ser recuerdo de la Antigüedad; de suerte que si a tal persecución hubieran podido añadir el uso de un nuevo idioma en brevísimo tiempo, todo lo antiguo se habría olvidado.

Debe creerse que lo hecho por la religión cristiana contra el paganismo lo hicieron también los paganos contra las religiones anteriores a la suya,[169] y como en cinco o seis mil años han ocurrido dos o tres veces estos cambios de religión, no hay memoria de sucesos anteriores a dicho tiempo; los pocos indicios que quedan se tienen por fabulosos, y no se les presta fe, como ha sucedido con la historia de Diodoro Sículo, que da cuenta de sucesos de hace cuarenta o cincuenta mil años, y goza fama, en mi opinión merecida, de mentirosa.

Causas que proceden del cielo destruyen la generación humana y reducen a pocos los habitantes de tal o cual comarca; dichas causas son las epidemias, el hambre y las inundaciones. La última de estas calamidades es la más importante, no sólo por ser la más universal, sino porque los que se libran de ella son montañeses rudos que no tienen noticia alguna de la Antigüedad, ni pueden, por tanto transmitirla a las nuevas generaciones; y si con ellos se salva algún hombre instruido, por adquirir nombre y fama, oculta y transforma lo que sabe según le conviene, de modo que sólo queda a los sucesores lo que él ha querido escribir.

No creo que dude nadie de que han existido inundaciones, hambre y epidemias, pues

de estas plagas dan cuenta todas las historias, y explican el olvido de tantas cosas de la Antigüedad. Parece razonable que tales cosas sucedan, pues la naturaleza obra como los cuerpos de los seres, que, cuando acumulan muchas sustancias superfluas, tienen repetidos movimientos espontáneos para expelerlas y recobrar la normalidad de la vida. Así sucede en este cuerpo mixto de la generación humana, que cuando una comarca está demasiado poblada, de manera que los habitantes ni pueden vivir, ni salir de ella por estar también pobladísimas las demás, y cuando la astucia y la malignidad humanas han llegado al colmo, resulta indispensable que se aminore la gente por alguna de las tres citadas plagas, para que, quedando pocas personas y abatidas, tengan más medios de vivir y sean mejores.

Fue, pues, Etruria, según he dicho, una nación poderosa donde la religión y la virtud florecían; con usos y costumbres propios y lengua patria; todo lo cual destruyó de tal modo el poder romano, que sólo ha quedado memoria del nombre.

---

165 La cuestión de la eternidad del mundo es un problema filosófico planteado no sólo por la filosofía aristotélica sino por todo el pensamiento clásico a toda la reflexión cosmológica posterior de matriz obligadamente creacionista. Por tanto, es una cuestión de un marcadísimo interés para la filosofía medieval y renacentista, en todas sus expresiones y que por las consecuencias que implicaba y las disputas que hubo, pudo traspasar a la cultura popular. Bausi señala, en cualquier caso, que tal como aparece aquí la cuestión carece de un interés filosófico particular, ya que no se trataría más que de un lugar común que Maquiavelo habría recibido acríticamente. G. Sasso, «De aeternitate mundi» en *Machiavelli e gli antichi e altri saggi I*, Nápoles; R. Ricciardi, 1987, por el contrario ha llevado a cabo un profuso estudio de la relevancia filosófica de este pasaje. En el ámbito español, M. A. Barbuto, «Questa oblivione delle cose. Reflexiones sobre la cosmología de Maquiavelo» en *Daimón. Revista de Filosofía* 34 (2005), pág. 48, no acepta la interpretación de Bausi y juzga que la relevancia filosófica del pasaje descansaría precisamente en la destrucción del cristianismo (pág. 51).

166 Esta idea era un lugar común no sólo del pensamiento cristiano sino también del pensamiento clásico (se encuentra en Lucrecio, por ejemplo). De todos modos, una fuente a la que tanto Inglese como Bausi consideran directa es san Agustín, *La ciudad de Dios*, Madrid, Gredos, XII, 10-11.

167 Bausi señala que Maquiavelo rechace una de las posturas típicas en contra de la eternidad del mundo no significa que acepta que el mundo es eterno. Además, siguiendo a C. Vasoli, *Machiavelli e la filosofía degli antichi*, señala cómo se abandona rápidamente el ilustrísimo problema de la eternidad del mundo para introducirse en otro de no menor raigambre clásica: el del olvido de los tiempos pasados.

168 Como Inglese apunta, memoria no significa en este caso noticia sino influjo viviente.

169 Si esta explicación de la historia es cierta, habría que señalar, tal como hace Inglese, que la religión pagana fue mucho más eficaz en suprimir los recuerdos anteriores, aunque la cristiana compartiera la misma voluntad anuladora.

CAPÍTULO VI

De cómo hacían la guerra los romanos

Hemos dicho lo que hacían los romanos para agrandar su Imperio; digamos ahora cómo procedían en la guerra, y se verá en todos sus actos con cuánta prudencia se apartaban de los procedimientos comunes a los demás, para facilitarse el camino de dominar a todos.

Los propósitos de quienes por elección o por ambición hacen la guerra, son conquistar y conservar lo conquistado, procediendo de modo que, en vez de empobrecerse su patria y los países conquistados, aumenten en riqueza. Para ello es necesario que en la conquista y en la conservación de lo conquistado se gaste lo menos posible, teniendo siempre la vista fija en la utilidad pública. Quien quiera hacerlo así, debe imitar lo que practicaban los romanos. Hacían éstos la guerra, como dicen los franceses, corta y en grande, saliendo a campaña con numerosos ejércitos. Cuantas luchas tuvieron con los latinos, los samnitas y los etruscos, las terminaron en brevísimo tiempo. Si se estudian sus guerras desde el principio de Roma hasta el sitio de Veyes, veráse que todas las terminaron en seis, en diez o en veinte días; porque su costumbre era ir con el ejército, inmediatamente que se declaraba la guerra, al encuentro del enemigo y dar la batalla. Alcanzada la victoria, pedía el enemigo, para que no fuera su patria arrasada, condiciones de paz, y los romanos le imponían la de cederles terrenos que distribuían entre individuos partidarios suyos, o dedicaban a la fundación de colonias situadas en la frontera enemiga, que venían a ser salvaguardia de la romana, con utilidad de los colonos a quienes se distribuían los campos y de Roma, que, sin gastos, aseguraban sus fronteras.

No podía haber procedimiento más seguro, ni más formidable, ni más útil, porque mientras el enemigo estaba tranquilo, aquella guardia fronteriza era bastante; y cuando iba con poderoso ejército a atacar a la colonia, acudían los romanos con numerosas fuerzas, daban la batalla, la ganaban, imponían durísimas condiciones al vencido y volvíanse a su ciudad. De esta manera adquirieron fama entre sus enemigos y aumentaron su poder.

Así procedieron hasta después del sitio de Veyes, en que mudaron de sistema porque, para hacer largas guerras, determinaron pagar a los soldados, cosa antes innecesaria por la corta duración de las campañas. Pero a pesar del sueldo por la precisión de mantener largas guerras y en países lejanos, donde la lucha duraba mucho tiempo, perseveraron en su primitiva costumbre de acabarlas lo más pronto posible, según lo permitieran el sitio y el tiempo, y de fundar colonias en el país conquistado; porque a sus hábitos de abreviar las guerras uníase la ambición de los cónsules, cuya autoridad sólo duraba un año y, de éste, sólo seis meses podían estar en campaña, deseando terminarla para obtener los honores del triunfo. En la fundación de colonias insistieron, por la utilidad y la comodidad grandísima que les resultaba de su establecimiento.

En cuanto al botín, modificaron su conducta, no siendo tan liberales como al principio, o por no parecerles necesario repartirlo entre soldados asalariados o porque, llegando a ser importantísimas las presas, determinaron enriquecer con ellas el Tesoro público, para no verse obligados a mantener la guerra a costa de los tributos de los ciudadanos. Con tal procedimiento, el erario llegó pronto a estar riquísimo.

Estos dos sistemas, el de emplear el botín en los gastos militares y el de fundar colonias en los países conquistados, hicieron que Roma se enriqueciera con las guerras, las cuales son causa de empobrecimiento para monarquías y repúblicas menos sabias.

Llegó la cosa a términos de creerse que no merecía los honores del triunfo un cónsul que a sus victorias no añadiera gran cantidad de oro, plata u otra clase de botín para el erario público.

Con estos procedimientos y con terminar pronto las campañas, agotar las fuerzas de los enemigos por medio de frecuentes guerras, destruir sus ejércitos, devastar sus territorios y obligarles a aceptar tratados ventajosos para Roma, fueron los romanos cada vez más ricos y poderosos.

CAPÍTULO VII

Cantidad de terreno que daban los romanos a cada colono

Muy difícil es saber con certeza la cantidad de terreno que los romanos distribuían a cada colono.

Creo que darían más o menos según el sitio donde fundaban la colonia, y es probable que, de todas suertes y cualquiera que fuese el lugar, la cantidad sería pequeña, primero para poder enviar más hombres, puesto que estaban destinados a la guarda del país, y además porque, viviendo pobremente en Roma, no era razonable que quisieran la abundancia para sus conciudadanos fuera de ella.

Tito Livio dice que cerca de Veyes fundaron una colonia y dieron a cada colono tres yugadas y siete onzas de tierra, que equivalen en nuestra medida….[170]

Además de los motivos ya expresados, para ser parcos en la cantidad de tierra concedida a cada colono, juzgaban que no era la extensión del terreno lo que enriquecía, sino el buen cultivo, y hay que tener en cuenta que en toda colonia había prados y bosques de aprovechamiento común para pastar los ganados y surtirse de leña los colonos, sin lo cual no se fundaba ninguna.

---

170 Bausi señala que esta laguna informa del carácter no terminado de la obra, como señalaba el primer editor romano Antonio Blado. Maquiavelo habría reservado un segundo momento para la redacción de esta equivalencia, que nunca se llegó a producir. También Rinaldi confirma esta suposición.

CAPÍTULO VIII

Por qué motivos se expatrían los pueblos, trasladándose a países extranjeros

Dicho ya el modo de proceder que en la guerra observaban los romanos, y mencionado el ataque de los galos a los etruscos, no me parece ajeno a este asunto distinguir las guerras en dos especies, según el móvil que las origina. Unas las hacen los príncipes o las repúblicas por ambición de ensanchar sus dominios, como fueron las hechas por Alejandro Magno y por los romanos, y las que ordinariamente hace una potencia a otra. Estas guerras son peligrosas, pero no despueblan el país conquistado, porque al vencedor le basta con la obediencia de los pueblos; casi siempre les deja vivir conforme a sus leyes y siempre en sus casas y con sus bienes.

La otra clase de guerra la produce la invasión de un pueblo entero que con todas las familias abandona una comarca, impulsado por el hambre o por las agresiones, y va en busca de nuevas tierras, no para dominarlas, como sucede en las guerras antedichas, sino para distribuirselas y poseerlas, matando o expulsando a sus habitantes. Esta guerra es crudelísima y espantosa, y a ella se refiere Salustio al final de la historia de Yugurta, cuando dice que, vencido Yugurta, conociose el movimiento de los galos que venían a Italia, y añade que el pueblo romano combatía contra los otros enemigos sólo por la dominación; pero contra los galos combatió siempre cada cual por su vida. A un príncipe o a una república que invade un territorio, le basta acabar con los que en él mandan; pero las invasiones de pueblos enteros necesitan matar o ahuyentar a todos los habitantes, para poder vivir con lo que éstos vivían.

Tuvieron los romanos tres de estas peligrosas guerras. Fue la primera cuando llegaron a Roma los galos que, según antes decimos, quitaron la Lombardía a los etruscos y se establecieron en ella. Tito Livio atribuye esta invasión a dos causas: una la ya dicha, de haberles atraído la dulzura de los frutos y del vino de Italia, de que carecían en la Galia; otra, la excesiva población en ésta, donde ya no había medio de alimentar a tanta gente, por lo cual juzgaron los gobernantes de aquellas comarcas ser necesario que parte de ella fuese a habitar nuevas tierras y, tomada esta determinación, eligieron los que se expatriaban por jefes a Belloveso y Sicoveso, dos reyes de aquellos pueblos. Belloveso vino a Italia, y Sicoveso pasó a España. Aquél ocupó la Lombardía e inició las guerras de los galos contra Roma.

La segunda agresión de aquel pueblo fue después de la primera guerra púnica, y en ella los romanos mataron entre Piombino y Pisa a más de doscientos mil galos. La tercera invasión de un pueblo entero fue cuando teutones y cimbrios bajaron a Italia y, después de vencer a varios ejércitos romanos, fueron derrotados por Mario.

De estas tres peligrosísimas guerras salieron victoriosos los romanos, necesitando para ello todo su valor; porque se ve que después, cuando desapareció la virtud romana y perdieron los ejércitos el antiguo esfuerzo, pueblos semejantes a los galos, cuales eran los godos, vándalos y otros bárbaros, destruyeron aquel Imperio, ocupando el de Occidente.

Salen estos pueblos de sus comarcas, según ya hemos dicho, impulsados por la

necesidad, y ésta nace, o del hambre, o de guerras u opresiones en su propio país, hasta el extremo de verse obligados a buscar nuevas tierras. Cuando son en gran número invaden violentamente el país ajeno, matan a sus habitantes, se apoderan de sus bienes, forman un nuevo reino y cambian el nombre de la comarca, como hizo Moisés e hicieron los pueblos que ocuparon el Imperio romano. Éste es el origen de los nuevos nombres que hay en Italia y en las otras naciones; nombres que les dieron los invasores, como el de Lombardía a la Galia Cisalpina; el de Francia a la Galia Transalpina, y que se llamó Francia por ser los francos quienes la ocuparon; la Esclavonia, que antes era Iliria, como Hungría a Panonia, Inglaterra a Britania, y tantas regiones cuyo cambio de nombres sería prolijo enumerar. Moisés también llamó Judea a la parte de Siria que ocupó.

En prueba de lo que antes dije de que a veces algunos pueblos fueron expulsados de su propio país por la guerra, viéndose en la precisión de buscar nuevas tierras, citaré a los moros, habitantes de la antigua Siria, quienes al verse amenazados de la invasión del pueblo hebreo, juzgando que no podían rechazarla, creyeron preferible salvarse y abandonar su propio país a perder éste y perderse ellos si intentaban defenderlo; y con sus familias fueron a África, donde se establecieron, expulsando a los habitantes que allí encontraron. De esta manera, los que no habían podido defender su propia patria, ocuparon la ajena. Procopio, el autor de la historia de la guerra hecha por Belisario a los vándalos que se habían apoderado de África, refiere haber leído en columnas elevadas en los parajes que habitaron los moros la inscripción siguiente: *Nos Maurusii, qui fugimus a facie Jesu latronis filli Navæ*;[171] en la que aparece el motivo de su salida de Siria.

Son, pues, peligrosísimos los pueblos que abandonan sus tierras por extrema necesidad, y únicamente se les puede contener con formidable ejército. Pero cuando los emigrantes no son en gran número, el peligro es menor, pues, no pudiendo emplear la fuerza, apelan a la astucia para ocupar algún terreno y, ocupado, mantenerse en él como amigos y aliados. Así lo hicieron Eneas, Dido, los marselleses y otros muchos, que sólo por el consentimiento de los habitantes de los países donde llegaron pudieron continuar en ellos. Los pueblos que se expatriaron en masa salieron casi todos de la Escitia, comarca fría y pobre, donde los habitantes, por ser numerosos y no encontrar medios de subsistencia, vense precisados a la expatriación por muchas causas, sin ninguna que la impida.

Hace ya quinientos años que por varios motivos cesaron las invasiones de tales hordas. El primero es la gran cantidad de gente que abandonó la Escitia durante la decadencia del Imperio romano, pues salieron de allí más de treinta pueblos; el segundo, que en Alemania y Hungría, de donde también salían pueblos invasores, el país está cultivado de tal modo, que pueden vivir en él cómodamente sus habitantes, no viéndose obligados a buscar nuevas tierras; y siendo éstos muy belicosos, sirven de barrera a los escitas, con quienes confinan, los cuales no esperan poder vencer a aquéllos ni atravesar su país. Muchas veces se han dado grandes movimientos de tártaros, cuya irrupción contienen húngaros y polacos, y con frecuencia se alaban éstos de que, sin sus ejércitos, Italia y la Iglesia habrían sufrido en repetidas ocasiones la opresión de las hordas de la Tartaria. Respecto a estos pueblos, con lo dicho basta.

[171] «Nosotros, moros, que huimos ante el ladrón Josué, el hijo de Nava.»

CAPÍTULO IX

Cuáles son ordinariamente los motivos de guerras entre los poderosos

El motivo de la guerra entre romanos y samnitas, aliados durante largo tiempo, fue uno de los que comúnmente la producen entre todos los Estados poderosos; motivo, hijo unas veces del acaso, y ocasionado otras por el que desea la lucha.

El que dio origen a la de los romanos con los samnitas fue casual, porque el propósito de éstos al atacar a los sediciosos primero y después a los campesinos, no era guerrear con los romanos. Pero oprimidos los campanios, sin tener en cuenta lo que opinaran romanos y samnitas, acudieron a aquéllos en demanda de auxilio, entregándoseles para que los defendieran como cosa propia. De esta manera les comprometieron en una guerra que en su concepto no podían eludir honrosamente. Porque creían los romanos no deber defender a los campanios como amigos contra los samnitas, también amigos, pero consideraban vergonzoso no defenderlos como súbditos o protegidos, teniendo en cuenta que, de no tomar tal defensa, alejarían de ellos a cuantos quisieran someterse a su dominación. Aspirando Roma al poder y a la gloria, y no al goce tranquilo de la paz, no podía negarse a esta guerra.

También fue casual el motivo de la primera guerra contra los cartagineses, que la originó la defensa tomada por los romanos de los habitantes de Mesina, en Sicilia. Pero no así el de la segunda, ocurrida poco después, porque el general cartaginés Aníbal atacó a los saguntinos, aliados de Roma en España, no tanto por ofenderles como por hacer que los romanos tomaran las armas y tener ocasión de combatirlos y pasar a Italia.

Este procedimiento de provocar nuevas guerras lo han empleado siempre las naciones poderosas que tienen algún respeto a la fe de los tratados, porque si quiero guerrear con un príncipe al que me unen tratados de paz respetados algún tiempo, con cualquier motivo o pretexto atacaré a un aliado suyo y, o tomará su defensa, en cuyo caso consigo mi intento guerreando contra él, o lo abandonará a su suerte, y entonces pondrá de manifiesto su habilidad o su infidelidad a la obligación de defender a sus protegidos. Cualquiera de ambas cosas le han de acarrear la pérdida de la fama y contribuirán a mi intento.

Debe advertirse, con motivo de la referida determinación de los campanios a fin de comprometer a los romanos en su apoyo, que el recurso de un pueblo débil para defenderse de cualquier modo del que lo ataca es entregarse libremente al que escoge por defensor, como se entregaron los capuanos a los romanos y los florentinos al rey Roberto de Nápoles, que, no queriendo defenderlos como aliados, los defendió como súbditos contra Castruccio de Lucca, que los oprimía con su ejército.

CAPÍTULO X

El dinero no es el nervio de la guerra, como generalmente se cree

Cada cual puede comenzar la guerra cuando guste, pero no acabarla; y los príncipes deben, antes de acometer empresa de esta clase, medir sus fuerzas y arreglarse a ellas, haciéndolo con tal prudencia que no le engañen las ilusiones, como sucederá si sólo se fía del dinero, de los obstáculos del terreno o del efecto de los hombres; pero le falta un buen ejército. Las tres cosas predichas aumentan las fuerzas, pero no las crean. Cada una por sí es nula, y para nada sirve sin el auxilio de un ejército fiel. Faltando éste, todo el dinero es inútil: es inútil la fortaleza natural del país, inútiles la fe y la buena voluntad de los hombres, porque éstos no serán fieles a quien no puede defenderlos. Los montes, los lagos, los parajes inaccesibles dejan de ser obstáculos cuando no hay quien los defienda, y el dinero, sin ejército, en vez de contener, alienta al enemigo codicioso.

La máxima de que el dinero es el nervio de la guerra la dijo Quinto Curcio a propósito de la guerra entre el macedonio Antípatro y el rey de Esparta, al referir que, por carecer éste de dinero, viose obligado a dar la batalla y quedó derrotado; y si hubiera podido diferirla algunos días, la noticia llegada a Grecia de la muerte de Alejandro bastara para que, sin necesidad de combatir, quedase vencedor; pero acabándose el dinero y temiendo que el ejército, por falta de pagas, lo abandonara, viose precisado a aventurar la batalla. Con este motivo, afirma Quinto Curcio que el dinero es el nervio de la guerra.

Esta máxima se alega ahora casi diariamente, y la siguen los príncipes que carecen de la prudencia necesaria. Fundándose en ella, creen que los tesoros bastan para su defensa, sin pensar que si con tener dinero se venciera, Darío hubiese vencido a Alejandro, los griegos a los romanos; en nuestros tiempos, el duque Carlos el Temerario a los suizos; y recientemente no hubieran tropezado los florentinos con tantas dificultades para vencer a Francisco María, sobrino del papa Julio II, en la guerra de Urbino.

Todos los citados fueron vencidos por los que creían que el nervio de la guerra no es el dinero, sino los buenos soldados.

El rey de Lidia, Creso, enseñó al ateniense Solón, entre otras diferentes cosas, su inmenso tesoro, preguntándole qué le parecía su poder; a lo que respondió Solón que por aquella riqueza no lo juzgaba muy fuerte, puesto que la guerra se hacía con hierro y no con oro, y alguno con más hierro que él podía quitarle el oro.

Además, cuando, después de la muerte de Alejandro, una multitud de galos pasó a Grecia y luego a Asia, y envió al rey de Macedonia embajadores para ajustar la paz, el rey, por hacer alarde de su poder y asombrarlos, les enseñó el oro y la plata que tenía, y a su vista los embajadores, que casi habían firmado ya la paz, la rompieron por el deseo de apoderarse de aquellas riquezas, perdiendo el rey lo que para su defensa había acumulado.

Hace pocos años que los venecianos, con su erario lleno de dinero, perdieron casi todos sus Estados, sin poder defenderlos.

Sostengo, pues, que no es el oro, como vulgarmente se dice, el nervio de la guerra,

sino los buenos soldados, porque el oro no es suficiente para tener un ejército bien organizado y éste sí lo es para encontrar oro. Si los romanos hubieran querido hacer la guerra con dinero y no con hierro, no les bastaran todos los tesoros del mundo, a juzgar por las grandes empresas que acometieron y por las dificultades interiores que necesitaron vencer; pero haciendo la guerra con hierro, jamás tuvieron carestía de oro. Quienes lo tenían, lo llevaban hasta sus campamentos.

Si el rey de Esparta, por falta de dinero, tuvo que arriesgarse a librar una batalla, lo sucedido por tal penuria es lo que muchas veces acontece por cualquier otra causa, pues ha ocurrido que por falta de víveres se vea obligado un ejército entre morir de hambre o batallar, a preferir la lucha, por ser más honroso y prestarse más a los favores de la fortuna. También se ha visto muchas veces que, al saber un general que las fuerzas enemigas iban a recibir socorro, se apresurara a combatir, para no tenerlo que hacer después contra un ejército más numeroso y con notoria desventaja (como le sucedió a Asdrúbal en La Marca cuando le atacó Claudio Nerón, unido a otro cónsul romano). Igualmente, si un general se ve en la precisión de huir o pelear, siempre elige combatir, porque, aun cuando le parezca muy dudoso el éxito, puede vencer y, huyendo, la derrota es segura.

Son, pues, muchos los motivos que obligan a un general a dar batallas contra su voluntad, y entre ellos alguna vez lo será la falta de dinero; pero no por esto debe considerarse el dinero nervio de la guerra, más que lo son las otras causas que imponen aquella obligación.

Insisto, pues, en que no es el oro el nervio de la guerra, sino los buenos soldados. Muy necesario es el dinero como elemento secundario; pero es una necesidad que los buenos soldados saben satisfacer, porque es tan imposible que dejen de adquirirlo en la guerra, como lo es que el dinero por sí solo sirva para tener buenos soldados. La historia demuestra en mil ocasiones la verdad de lo que decimos. Aunque Pericles aconsejó a los atenienses hacer la guerra por todo el Peloponeso, mostrando que podían ser victoriosos por su pericia y su dinero, y aunque en esta guerra alcanzaron los atenienses algunas victorias, al fin perdieron la campaña, valiendo más el tacto y los buenos soldados de Esparta que la habilidad y el dinero de Atenas.

Pero en este punto la opinión de Tito Livio es mejor testimonio que la de ningún otro, y cuando examina la cuestión de si, de venir a Italia, Alejandro Magno, hubiera vencido a los romanos, dice que para la guerra son necesarias tres cosas: muchos soldados y buenos, generales prudentes y próspera fortuna; y calculando quién entre los romanos y Alejandro prevalecería en tales cosas, hace la deducción sin decir nada del dinero.

Cuando los sidicinos pidieron auxilio a los capuanos contra los samnitas, debieron los de Capua juzgar del poder de aquéllos por su dinero y no por sus soldados, pues habiendo determinado auxiliarles, después de sufrir dos derrotas viéronse obligados a convertirse en tributarios de Roma para poder salvarse.

CAPÍTULO XI

No es determinación prudente contraer alianza con un príncipe que tenga más fama que fuerza

Queriendo Tito Livio mostrar el error de los sidicinos al fiar en el auxilio de los campanios y el de éstos al creer que podían defenderlos, lo hace con gran exactitud en la siguiente frase: *Campani magis nomen in auxilium Sidicinorum, quam vires ad præsidium attulerunt.*[172] De donde se deduce que las alianzas que se hacen con príncipes que no pueden prestar fácilmente auxilio por la distancia de los lugares o por falta de medios, a causa de su mala conducta o por otras circunstancias, dan más reputación que utilidad a quien fía en ellas; como ha sucedido en nuestros días a los florentinos cuando en 1479 les atacaron las fuerzas del papa y del rey de Nápoles, pues siendo aliados del rey de Francia, sacaron de aquella alianza *magis nomen quam præsidium;*[173] como sucedería a cualquier príncipe que, fiando en el emperador Maximiliano, acometiera alguna empresa, por ser la alianza con este emperador una de las que dan *magis nomen quam præsidium*, como se dice en el texto que daba a los sidicinos la de los capuanos.

Equivocáronse, pues, los capuanos al creerse más fuertes de lo que eran, como se equivocan a veces los hombres de escasa prudencia que, no sabiendo ni pudiendo defenderse, pretenden defender a otros. Así sucedió a los tarentinos cuando iba el ejército romano al encuentro de los samnitas y enviaron embajadores al cónsul de Roma para decirle que deseaban la paz entre aquellos dos pueblos y que estaban dispuestos a declarar la guerra al que de ellos la quebrantara. El cónsul sonrió al oír la petición, y en presencia de los embajadores hizo tocar a ataque, ordenando el avance de sus tropas contra el enemigo y mostrando a los tarentinos con obras, y no con palabras, la respuesta de que eran dignos.

Habiendo hablado en este capítulo de los partidos desacertados que toman los príncipes por defender a otros, trataré en el siguiente de los que toman para la propia defensa.

---

172 «Los campanios acudieron en ayuda de los sidicinos más con su fama que con hombres que protegieran.»

173 «Más fama que protección.»

CAPÍTULO XII

Si cuando se teme ser atacado vale más llevar la guerra a la tierra enemiga que esperarla en la propia

He oído a hombres muy prácticos en el arte de la guerra discutir algunas veces si entre dos príncipes de fuerzas casi iguales, cuando el más poderoso declara la guerra al otro, conviene a éste esperar al enemigo en los límites de su territorio o ir a buscarlo en su país y atacarle en él.

Los que prefieren atacar al enemigo en sus propias tierras citan el consejo que Creso dio a Ciro cuando, al llegar a los confines de los masagetas para guerrear con ellos, su reina Tamires envió a decirle que eligiera entre los dos partidos: o entrar en su reino, donde lo esperaría, o que ella fuera a encontrarle. Sometido el caso al Consejo, Creso fue el único que opinó ir contra ella, alegando que, si se la vencía lejos de su reino, no se la privaría de éste, por tener tiempo para rehacerse; pero vencida en los límites de su propio territorio, se la podría perseguir en la fuga y, no dejándole tiempo para rehacerse, quitarle su reino. Alegan también el consejo que dio Aníbal a Antíoco cuando proyectaba declarar la guerra a los romanos, diciéndole que éstos solamente serían vencidos en Italia, porque sólo allí podían aprovecharse sus enemigos de sus armas, de sus riquezas y de sus aliados; y combatiéndoles fuera de Italia les quedaba siempre libre esta fuente inagotable para suministrarles fuerzas donde las necesitaran, deduciendo que era más fácil quitarles Roma que el Imperio, y antes Italia que cualquier otra provincia. Se fundan también en que Agatocles, no pudiendo mantener la guerra en su país contra los cartagineses, la llevó a tierra de éstos y les obligó a pedir la paz; y, finalmente, en que Escipión, para librar a Italia, trasladó la guerra a África.

En favor de la opinión contraria dícese que el mayor mal que se puede causar a un enemigo es sacarlo de su tierra, citando el ejemplo de los atenienses que, mientras hicieron la guerra cómodamente en su país, quedaron vencedores, y cuando salieron de él, enviando sus ejércitos a Sicilia, perdieron la libertad. Cítase también la fábula poética recordando que Anteo, rey de Libia, atacado por el egipcio Hércules, fue invencible mientras lo esperó dentro de los límites de su reino; pero al apartarse de éste por astucia de Hércules, perdió reino y vida; así se explica la fábula de que Anteo, al tocar la tierra, recobraba las fuerzas, porque su madre era la Tierra, y, al advertirlo Hércules, lo levantó para apartarle de la tierra. Cítanse también ejemplos modernos. Todo el mundo sabe que Fernando, rey de Nápoles, tuvo en su tiempo reputación de habilísimo príncipe. Al saber, dos años antes de su muerte, que el rey de Francia Carlos VIII quería ir a atacarle, hizo grandísimos preparativos de defensa; pero enfermó, y al acercarse el momento de su muerte, entre otros consejos que dio a su hijo Alfonso fue el de que esperase al enemigo dentro del reino y por nada en el mundo sacara tropas de sus Estados, teniéndolas todas dentro de ellos para cuando llegasen los franceses. No siguió Alfonso este consejo, y envió a la Romania un ejército que perdió sin combatir, como también sus Estados.

Las demás razones que por ambas partes se aducen son que el que ataca procede

con más valor que el que espera, e inspira mayor confianza a su ejército. Además, quita comodidad al enemigo para valerse de sus propios recursos, no pudiendo auxiliarle los súbditos que son saqueados; y por tener al enemigo dentro de casa, vese obligado el príncipe a proceder con más cautela en la petición de servicios y dinero a sus súbditos, de manera que, como decía Aníbal, se agota la fuente que le permitía mantener la guerra. Además, los soldados, cuando están en tierra extranjera, necesitan vencer para salvarse y esta necesidad, como ya hemos dicho muchas veces, les infunde valor.

Por la otra parte se dice que esperando al enemigo son mucho mayores las ventajas, porque, sin perjuicio propio, se le puede dificultar mucho el aprovisionarse y conseguir las demás cosas que un ejército necesita. El mejor conocimiento del país facilita la oposición a sus designios; la facilidad en la concentración permite atacarle en un punto dado con mayores fuerzas, porque él no puede sacar de sus Estados todas las suyas; en caso de derrota es fácil rehacerse, no sólo porque, teniendo refugio próximo, las derrotas pueden salvarse, sino también porque los refuerzos no están lejanos, de manera que cabe arriesgar toda la fuerza y no toda la fortuna, mientras el que sale de su país arriesga toda la fortuna y no toda la fuerza. Algunos, para debilitar más al enemigo, le han dejado internarse no pocas jornadas en su país y apoderarse de bastantes pueblos, a fin de que, obligado a dejar guarnición en ellos, mengüe su ejército y sea más fácil vencerlo.

En mi opinión, conviene distinguir si el país está armado como lo tenían los romanos y como lo tienen los suizos, o si está desarmado, como lo tenían los cartagineses y como los tienen el rey de Francia y los italianos. En este caso conviene que esté el enemigo lejos, porque, consistiendo el principal medio de defensa en el dinero, y no en los soldados, si te impiden sacarlo por medio de tributos o en otra forma estás vencido y nada lo estorba tanto como el encontrarse el enemigo dentro de casa. Ejemplo de ello fueron los cartagineses, quienes mientras tuvieron su patria segura de invasión enemiga sacaron de ella todo lo necesario para guerrear con los romanos, y, cuando fue invadida, no pudieron resistir a Agatocles.

Los florentinos no tenían medios de defensa contra Castruccio, señor de Lucca, porque les hacía la guerra en sus Estados, y viéronse obligados a entregarse al rey Roberto de Nápoles para que los defendiera. Pero, muerto Castruccio, aquellos mismos florentinos tuvieron ánimo para invadir los Estados del ducado de Milán y casi apoderarse de ellos. ¡Tanto valor mostraron en la guerra lejana y tanta cobardía en la inmediata!

Pero si los reinos están armados como lo estaba Roma y lo están los suizos, cuanto más de cerca se les ataca es más difícil vencerlos, porque pueden reunir más fuerza para resistir una invasión que para invadir ajenas tierras. La autoridad de Aníbal no me induce a pensar de otro modo; porque sus consejos a Antíoco fundábanse en la pasión y en la conveniencia personal. Si los romanos hubieran tenido en las Galias las tres derrotas que les hizo sufrir Aníbal en Italia, sin duda quedaran perdidos, porque les fuera imposible aprovechar los restos de sus ejércitos, como en Italia lo hicieron, ni tuvieran tan fáciles medios de rehacerse, ni en otro país que el suyo hubieran podido resistir al enemigo con las fuerzas que les quedaron. Para invadir una nación enemiga, nunca enviaron más de

cincuenta mil hombres, y para defender la suya pusieron en armas contra los galos, después de la primera guerra púnica, un millón ochocientos mil. Tampoco hubieran podido derrotarlos en Lombardía como lo hicieron en la Toscana, por la dificultad de llevar lejos tanto ejército contra tan gran número de enemigos y combatirles con ventaja. Los cimbrios derrotaron un ejército romano en Alemania; pero cuando llegaron a Italia y los romanos pudieron disponer contra ellos de todas sus fuerzas, los destrozaron.

Fácil es vencer a los suizos fuera de su país, porque sólo pueden sacar de él treinta o cuarenta mil hombres; pero en su tierra, donde pueden reunir cien mil, es dificilísimo.

Afirmo, pues, de nuevo que, cuando un príncipe tiene su pueblo armado y organizado para la guerra, debe esperar en sus Estados al enemigo poderoso y no salir a su encuentro; pero si los súbditos están desarmados y desacostumbrados los pueblos a guerrear, debe apartarla de ellos cuanto pueda. De una o de otra manera, según los casos citados, le será más fácil la defensa.

CAPÍTULO XIII

De cómo se pasa de pequeña a gran fortuna, más bien por la astucia que por la fuerza

Considero cosa certísima que rara vez o nunca llegan los hombres de escasos medios a elevado rango sin emplear la fuerza o el fraude, a no ser que lo obtengan por herencia o donación.[174] Creo también que en muchas ocasiones la fuerza sola no basta; pero sí la astucia, como verá claramente quien lea la vida de Filipo de Macedonia, la del siciliano Agatocles y la de muchos otros que de ínfima o mediana posición llegaron a regir reinos o imperios vastísimos.

Demuestra Jenofonte en la *Vida de Ciro* la necesidad de engañar, puesto que la primera expedición de éste contra el rey de Armenia es un tejido de fraudes, y con engaños y con la fuerza se apoderó de su reino. Lo que deduce Jenofonte de estos hechos es que un príncipe deseoso de realizar acciones memorables necesita aprender a engañar. También narra cómo engañó de varios modos a Ciaxares, rey de los medos, su tío materno, asegurando que, sin estos fraudes, no hubiese podido Ciro llegar a tanta grandeza.

Creo, pues, que jamás persona alguna de humilde estado ha logrado gran poder sólo por medio de la fuerza, empleándola franca e ingenuamente; pero sí sólo con la astucia, como lo hizo Juan Galeazzo para quitar el Estado e imperio de Lombardía a su tío, maese Bernabé.

Lo que necesitan hacer los príncipes al comenzar su engrandecimiento también necesitan hacerlo las repúblicas, hasta que llegan a ser tan poderosas que les baste sólo la fuerza. Y como Roma tuvo que practicar a veces por acaso, a veces por designio, todos los recursos para adquirir su poderío, también apeló al engaño. No pudo usarlo mayor al principiar su historia, cuando, según hemos dicho anteriormente, hizo alianzas con los latinos y otros pueblos próximos; pues con el nombre de aliados les convirtió en esclavos suyos. Se valió de sus ejércitos para dominar a los pueblos convecinos y adquirir la fama de potencia conquistadora y, vencidos estos pueblos, llegó a tanta grandeza, que por sí sola pudo batir a los demás.

No comprendieron los latinos su estado de servidumbre sino al ver las dos derrotas de los samnitas, que les obligaron a pedir la paz. Estas victorias acrecieron considerablemente la reputación de los romanos entre los príncipes de apartadas comarcas, y por ellas conocieron el nombre de Roma antes que sus armas. También engendraron la envidia y las sospechas de los que veían y sentían su fuerza, entre los cuales estaban los latinos, y pudo tanto esta envidia y este temor, que no sólo los latinos, sino hasta las colonias romanas del Lacio y los campanios, defendidos poco antes por los romanos, se conjuraron contra Roma. Emprendieron esta guerra los latinos, como antes hemos dicho que empezaban la mayor parte de las guerras, no atacando directamente a los romanos, sino defendiendo a los sidicinos contra los samnitas que, con permiso de Roma, guerreaban con aquéllos.

Tito Livio prueba la certeza de que los latinos se levantaron por haber conocido la

mala fe de los romanos, cuando pone en boca de Annio Setino, pretor latino, estas palabras pronunciadas en el Consejo: *Nam, si etiam nunc sub umbra fœderis æqui servitutem pati possumus*,[175] etcétera.

Se ve, pues, que los romanos al principio de su engrandecimiento no dejaron de emplear la astucia, recurso siempre necesario para los que, de pequeños, quieren llegar a la grandeza, y menos vituperable cuanto más disimuladamente se emplea, como lo hicieron los romanos.

---

[174] Bausi reenvía a *Historias de Florencia*, III, 13 y *El príncipe*, VII. Sin embargo, el pasaje más contrastante es, sin duda, el comienzo de *Vida de Castruccio Castracani* donde se muestra un parecer completamente opuesto; no hace falta la fuerza ni el fraude para que los de origen humilde triunfen; tan sólo lo harán los de pobre nacimiento, pues así la fortuna mostrará su poderío: «Parece, queridísimos Zanobi y Luis, a quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos o la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y obscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna».

[175] «Pues también ahora puede soportarse la esclavitud con el pretexto de un acuerdo justo.»

CAPÍTULO XLV

Engáñanse muchas veces los hombres creyendo que la humildad vence a la soberbia

Vese muchas veces que la humildad, en vez de aprovechar perjudica, sobre todo si se emplea con hombres insolentes que por envidia o cualquiera otra causa os odian. De ello da fe nuestro historiador con motivo de la guerra entre los romanos y los latinos, porque, quejándose los samnitas a los romanos de que los latinos les habían atacado, no quisieron los romanos prohibir a éstos aquella guerra por no irritarlos, determinación no agradecida que sólo sirvió para aumentar la audacia de los latinos, mostrándola pronto contra los mismos romanos. Así lo atestiguan las frases del pretor latino Annio en el citado discurso, cuando dice: *Tentastis patientiam negando militem: quis dubitat exarsisse eos? Pertulerunt tamem huno dolorem. Exercitus nos parare adversus Samnites fœderatos suos audierunt, nec moverunt se ab urbe. Undehœ illis tanta modestia, nisi a conscientia virium, et nostrarum, et suarum?*[176]

Se ve, pues, claramente en esta cita cómo la paciencia de los romanos insolentó a los latinos.

Así pues, ningún príncipe debe descender de su rango, ni entregar voluntariamente cosa alguna, sino cuando la pueda o se crea que la puede conservar. Si se llega a término de tener que entregar algo, vale más dejar que lo tomen por fuerza que cederlo por temor, porque si lo das por miedo y deseo de evitar la guerra, las más de las veces no la evitas; que aquel a quien pruebas con la concesión tu cobardía, no se dará por satisfecho y querrá apoderarse de otras cosas, atreviéndose a más cuanto menos te estime. Por otra parte, encontrarás frialdad en tus defensores al creerte débil o cobarde.

Pero si tan pronto como descubras los deseos del adversario preparas tus fuerzas, aunque sean inferiores a las suyas, el mismo enemigo empieza a estimarte, y más aún los príncipes de los Estados limítrofes; y al ver tu resolución por la defensa, quizás intente ayudarte alguno que jamás lo hiciera si te entregaras.

Entiéndase esto para el caso de que sólo tengas un enemigo, pues siendo varios, lo más prudente es dar a alguno de ellos parte de lo que posees para ganarlo en tu favor, aunque haya empezado la guerra, y en todo caso para separarle de los demás aliados contra ti.

---

[176] «Habéis probado su paciencia negándoles soldados: ¿quién duda de que los habéis ofendido? Sufrieron, sin embargo, esta afrenta. Oyeron que nosotros preparábamos un ejército contra los samnitas, aliados suyos, y tampoco se movieron de la ciudad. ¿Por qué muestran tanta modestia sino porque son conscientes de nuestras fuerzas y de las suyas?»

CAPÍTULO XV

Los Estados débiles son siempre indecisos, y la lentitud en las resoluciones es siempre perjudicial

En este asunto y al tratar del principio de la guerra entre latinos y romanos, puede advertirse que en toda deliberación conviene tratar inmediatamente del hecho que la provoca y no permanecer en la incertidumbre. Esto es notorio en las discusiones que tuvieron los latinos cuando pensaron separarse de los romanos, quienes, sospechando la predisposición que contra ellos reinaba en los pueblos latinos, para asegurarse de ello y ver si podían, sin acudir a las armas, ganarse de nuevo su voluntad, les pidieron que enviasen a Roma ocho ciudadanos, porque necesitaban consultar con ellos. Sabido por los latinos que tenían conciencia de cuanto habían hecho en desagrado de Roma, reuniéronse en consejo para determinar quiénes debían ir a Roma y lo que allí habían de decir. Cuando se trataba este punto, dijo Annio: *Ad summam rerum nostrarum pertinere arbitror, ut cogitetis magis, quid agendum nobis, quam quid loquendum nobis sit. Facile erit, explicatis consiliis, accomodare rebus verba.*[177]

Estas frases, todos los príncipes y repúblicas deben tenerlas en cuenta. La ambigüedad y la incertidumbre sobre lo que debe hacerse es inexplicable; pero tomado un partido y resuelto el ánimo a realizarlo, fácilmente se encuentran frases para explicarlo.

Insisto en esta observación, por haber visto muchas veces los perjuicios de la indecisión en los negocios públicos, con daño y vergüenza de nuestra república, y en los casos dudosos, cuando se necesita energía para resolver, habrá siempre incertidumbre, si los llamados a aconsejar y determinar son hombres débiles.

No es menos nociva la lentitud y tardanza en las resoluciones, sobre todo si se refieren a auxiliar a un aliado, porque le privan del auxilio y dañan al mismo que en ellas incurre. La lentitud en las determinaciones procede, o de flaqueza de ánimo, o de falta de fuerzas, o de perfidia en los encargados de tomarlas, quienes, por deseo de arruinar la patria o de lograr cualquier aspiración personal, en vez de facilitar las determinaciones, las estorban y entretienen de mil modos. Los buenos ciudadanos, aunque vean que en un arrebato popular se toma decisión perniciosa, jamás la impiden, sobre todo tratándose de cosas que no admiten espera.

Muerto Hierón, tirano de Siracusa, cuando la guerra estaba más empeñada entre romanos y cartagineses, discutían los siracusanos si debían aliarse a Roma o a Cartago. Era tan grande el empeño de los dos partidos, que el asunto estaba indeciso, sin tomarse ninguna determinación, hasta que Apolónides, uno de los principales ciudadanos de Siracusa, en un discurso prudentísimo, demostró que no se debía censurar la opinión de los que deseaban la amistad romana, ni la de los que preferían a los cartagineses; pero sí aquella incertidumbre y tardanza en tomar un acuerdo, porque veía en esta indecisión la completa ruina de la república, mientras que, adoptado un partido cualquiera que fuese, cabía esperar algún bien. No podía demostrar mejor Tito Livio los daños de la

irresolución.

También lo prueba la guerra de los latinos, porque, habiendo pedido éstos a los lavinios auxilio contra Roma, tardaron tanto en decidirlo, que apenas salidas de su ciudad las tropas auxiliares, llegó la noticia de la derrota de los latinos, por lo cual su pretor Milonio dijo: «El poco camino andado, nos lo harán pagar caro los romanos». En efecto, si hubieran determinado a tiempo conceder o negar su auxilio a los latinos, en el primer caso, no se hubiesen atraído la enemistad de Roma; y en el segundo, uniendo oportunamente sus fuerzas a las de los latinos, acaso vencieran éstos; pero, con la tardanza, cualquiera que fuese el resultado les perjudicaba, y así sucedió.

De seguir los florentinos esta máxima no hubieran sufrido de los franceses tanto daño y tantos disgustos durante la expedición del rey de Francia Luis XII contra Luis Sforza, duque de Milán. Cuando el rey la proyectaba pidió auxilio a Florencia. Los embajadores de esta república ante el monarca convinieron con él la neutralidad y que al llegar Luis XII a Italia tomaría bajo su protección la república florentina. Tenía el gobierno de Florencia el plazo de un mes para ratificar el tratado; pero los que imprudentemente favorecían la causa del duque de Milán entretuvieron la ratificación y, cuando Luis XII alcanzó la victoria, no la consintió, por conocer que la necesidad, y no el afecto, les decidía en su favor. Esto costó a los florentinos bastante dinero y estar en peligro de perder su independencia. Lo mismo les ocurrió en otra ocasión por idéntica causa. Tanto más dañosa fue su irresolución, que ni siquiera a Luis Sforza aprovechaba, y, de ser éste vencedor, hubiera probado su enemistad a Florencia de modo más enérgico que lo hizo el rey.

Ya había tratado en otro capítulo de los males que estas vacilaciones causan a las repúblicas; pero presentándose ahora ocasión oportuna, he querido insistir en ello, por ser materia que no deben olvidar repúblicas como la nuestra.

---

[177] «Considero que para nuestros más destacados intereses es más importante determinar qué hay que hacer antes de qué hay que decir. Tomadas las decisiones, fácilmente se acomodarán las palabras a los intereses.»

CAPÍTULO XVI

Diferencia entre los ejércitos modernos y los antiguos

La victoria más grande de cuantas alcanzaron los romanos en sus guerras con los demás pueblos fue la obtenida contra los latinos durante el consulado de Torcuato y de Decio, porque racionalmente debe creerse que, así como por haber perdido la batalla los latinos quedaron en servidumbre, lo mismo sucediera a los romanos de no haberla ganado. Ésta es la opinión de Tito Livio, quien dice que los ejércitos eran iguales en todo, en organización, en valor, en número de soldados y en deseo de triunfar; la única diferencia consistió en que los generales romanos fueron más hábiles y heroicos que los latinos.

Ocurrieron durante esta batalla dos sucesos antes nunca vistos y de los que la historia presenta después raros ejemplos. Para que los soldados fueran animosos, obedientes a sus órdenes y arrojados en la lucha, uno de los cónsules se mató y el otro mató a su hijo.

La igualdad que Tito Livio dice había entre ambos ejércitos nacía de haber militado juntos durante largo tiempo, tener la misma lengua, la misma organización e iguales armas. Igual era también su manera de preparar las batallas, e iguales los nombres de las divisiones y de los cargos militares. Era, pues, indispensable, por la igualdad de fuerzas y de valor, que ocurriera algo extraordinario para hacer más tenaces a los unos que a los otros, pues, como he dicho otras veces, en la obstinación consiste la victoria, y mientras dura aquélla en el pecho de los combatientes, ningún ejército vuelve la cara. Para que fuese más duradera en el corazón de los romanos que en el de los latinos hizo, en parte la ocasión y en parte el valor de los cónsules, que Torcuato matase a su hijo y Decio se suicidara.

Al hablar de esta igualdad de fuerzas, explica Tito Livio la organización de los ejércitos romanos y su manera de pelear. No reproduciré sus largas explicaciones, sino sólo aquello que juzgo interesante, y que han descuidado los generales de nuestro tiempo, ocasionando esta negligencia suya muchos desórdenes en los ejércitos y en las batallas.

El texto de Tito Livio explica que el ejército romano se dividía en tres partes principales, que en lengua toscana podemos denominar tres *schiera.*[178]

Llamábanse, la primera *hastiarios*, la segunda *príncipes* y la tercera *triarios*. Cada una de ellas tenía su caballería correspondiente. En el orden de batalla se colocaban los *hastiarios* delante, en segunda línea, y precisamente a su espalda, los príncipes, y en tercera, y en igual dirección, los *triarios*. Ponían la caballería a derecha y a izquierda de cada uno de dichos cuerpos, y estos escuadrones, por su formación y por el sitio que ocupaban, llamábanse *alas*, pues parecían las dos alas de un cuerpo. Los hastiarios, que eran la primera fila, formaban codo con codo para poder rechazar o resistir el choque del enemigo. La segunda línea, la de los príncipes, que no tenía que combatir en primer término, sino auxiliar a la primera si era batida y rechazada, no tenía formación tan compacta, sino algo más espaciosa y de modo que pudiera recibir en ella, sin desordenarse, a los hastiarios, si, rechazados por el enemigo, necesitaban retirarse. La

tercera línea, la de los triarios, tenía la formación aún más abierta, para recibir en ella, en caso necesario, a las dos primeras de príncipes y hastiarios.

Situados así los tres cuerpos, comenzaba la batalla. Si los hastiarios eran rechazados o vencidos, retirábanse a las filas de los príncipes y, formando los dos cuerpos uno solo, reanudaban la lucha. Cuando hastiarios y príncipes unidos eran batidos, todos se refugiaban en la línea abierta de los triarios, cuyos claros cubrían, y los tres cuerpos, convertidos en uno, renovaban la pelea. Vencidos los tres y no pudiendo rehacerse, la batalla estaba perdida. Cuantas veces entraban en lucha los triarios la situación del ejército era peligrosa, y de aquí nació el proverbio *Res redacta est ad triarios*,[179] lo cual significa jugar la última carta.

Los generales de nuestros tiempos, de igual manera que han abandonado las otras reglas de organización, sin observar nada de la antigua disciplina, prescinden también de este orden de batalla, que no es de poca importancia, porque quien se organiza para poder luchar tres veces durante la acción ha de tener tres veces la fortuna contraria para ser vencido, y el enemigo, el valor necesario para tres victorias seguidas.

Pero cuando no se está ordenado ni aun para recibir el primer choque, como sucede a los ejércitos cristianos, fácil es perder la batalla; que cualquier desorden o un mediano valor del enemigo bastan para ello.

Lo que impide a nuestros ejércitos rehacerse tres veces es haber olvidado el modo de concentrarse una línea en otra, porque ahora el orden de batalla es de una de estas dos viciosas formas: o ponen los batallones uno al lado de otro formando un frente de batalla largo, pero poco profundo, y por tanto de poca resistencia, o, cuando se quiere hacer la línea más fuerte, se concentran los batallones por el método de los romanos; pero si el primer frente es batido, no estando formada la segunda línea de modo que puedan reunirse en sus intervalos los vencidos, éstos la desorganizan al mezclarse unos con otros. Rechazada la primera línea, atropella a la segunda, y si ésta quiere avanzar, se lo impide la primera. De tal modo, desordenando la primera a la segunda y la segunda a la tercera, la confusión es tan grande que un pequeño accidente puede causar y causa con frecuencia la pérdida de todo un ejército.

Los ejércitos español y francés en la batalla de Rávena, donde murió monseñor de Foix, que mandaba a los franceses (batalla muy bien dirigida conforme a las ideas modernas), formaron las tropas de uno de los dos citados modos, esto es, los batallones uno al lado del otro, teniendo ambos ejércitos un extenso frente de batalla, pero de líneas sin profundidad.

Esto ocurre siempre que el campo de operaciones es una vasta llanura, como sucedía en Rávena, porque sabiendo los generales el desorden que se produce al retirarse la primera línea sobre la que hay detrás, lo evitan en cuanto es posible, extendiendo la línea de batalla según he dicho. Pero cuando el terreno es angosto, adoptan la formación en varias líneas, sin remediar los defectos ya referidos.

Con igual desorden avanza la caballería por país enemigo, para capturar presas o para cualquier otra operación de guerra. En Santo Regolo y en otros puntos donde los florentinos fueron derrotados por los pisanos, durante la guerra que mantuvieron contra

Pisa, por su rebelión al llegar a Italia el rey Carlos VIII de Francia, produjo las derrotas la caballería florentina, que, yendo delante, al ser rechazada por el enemigo, atropellaba y desordenaba la infantería de su propio ejército, con lo cual todos huían. Maese Ciriaco del Borgo, antiguo general de la infantería florentina, ha dicho muchas veces delante de mí que nunca fue derrotado más que por la caballería de su ejército.

Los suizos, que son los maestros en la guerra moderna, cuando pelean unidos a los franceses, procuran ponerse a un lado para que la caballería de éstos, si es rechazada, no les atropelle.

Aunque estos principios parezcan de fácil comprensión y facilísima práctica, ninguno de nuestros generales de ahora imita la organización antigua y reforma la moderna. Nuestros ejércitos constan también de tres cuerpos, llamados vanguardia, batalla y retaguardia, pero sólo se sirven de ellos para disponer los alojamientos, y en el campo de batalla rara vez acontece, según antes dijimos, que los tres cuerpos, por su colocación, dejen de estar expuestos a igual peligro.

Y porque muchos, para excusar su ignorancia alegan que la violencia de la artillería no permite en estos tiempos practicar la organización antigua, trataré en el siguiente capítulo de esta materia y examinaré si, en efecto, la artillería impide el uso antiguo de guerrear.

---

178 La *schiera* es una tropa o un número determinado de soldados.

179 «La cosa está reducida a los triarios.»

CAPÍTULO XVII

De cómo debe apreciarse la artillería en los ejércitos de estos tiempos, y de si la opinión que generalmente se tiene de ella es cierta

Considerando yo, además, de los puntos de que he tratado, cuántas batallas campales (llamadas en nuestro tiempo por los franceses *jornadas*, y por los italianos *hechos de armas*) dieron los romanos en diversas épocas, he reflexionado acerca de la opinión generalmente admitida de que, si en aquellos tiempos se usara la artillería, no hubiera sido ni fácil ni posible a los romanos apoderarse de tantas provincias, hacer tributarios tantos pueblos, ni realizar tan admirables conquistas. Dícese también que mediante esta nueva arma de fuego los hombres no pueden probar su valor como antiguamente en el campo de batalla y no se puede emplear el antiguo sistema de concentración; de modo que la guerra se reducirá, andando el tiempo, a combates de artillería. No es cosa, según creo, fuera de propósito examinar si estas opiniones son ciertas; si la artillería ha aumentado o disminuido la fuerza de los ejércitos, y si quita o da ocasión a los buenos generales para operar valerosamente.

Comenzaré hablando de la primera opinión, la de que los ejércitos romanos no hubieran realizado tantas conquistas si en su tiempo se usara la artillería. Respondo a esto diciendo que la guerra se hace para defenderse o para ofender, y lo primero que se debe examinar es a cuál de estos dos sistemas de guerra, el de la defensa o el del ataque, favorece o perjudica más la artillería.

Aunque se ha dicho mucho en pro y en contra, creo que sin comparación perjudica más al que se defiende que al que ataca, y me fundo en que el primero está dentro de una plaza fuerte o en un campo atrincherado. Si está en una plaza, o es pequeña, como lo son casi todas las fortalezas, o es grande. En el primer caso puede considerarse completamente perdido, porque el ímpetu de la artillería es tal, que derriba en pocos días cualquier muro por grueso que sea, y cuando no tiene espacio para retirarse tras de nuevos fosos y parapetos, le es imposible resistir al enemigo, que entra por la brecha, sin que para impedirlo le sirva la artillería, porque es máxima evidente que cuando los hombres atacan en masa y con ímpetu, la artillería no les contiene. Por ello, en ninguna defensa de plaza se han podido resistir los asaltos de las tropas ultramontanas. Recházanse fácilmente los de los italianos, que atacan, no en masa, sino en pequeños destacamentos, llamando a estos combates, con nombre muy propio, *escaramuzas*. Los que atacan con tanta tibieza y desorden la brecha de un muro artillado van a una muerte cierta, y contra ellos es eficaz la artillería; pero los que acometen en batallones cerrados, cuyas filas una empuja a la otra, se apoderan de la brecha si no lo impiden fosos y parapetos, y toman la plaza, a pesar de la artillería. Mueren algunos, pero nunca tantos que las pérdidas imposibiliten la victoria.

Las muchas fortalezas asaltadas por los ultramontanos en Italia demuestran esta verdad, sobre todo la toma de Brescia, porque, sublevada esta plaza contra los franceses, pero quedando la fortaleza a favor de ellos, los venecianos, para rechazar el ataque que

desde ella pudiera dirigirse contra la ciudad, pusieron artillería en todas las vías entre la ciudadela y la población, lo mismo de frente que por los flancos, y en todos los parajes oportunos. De tales preparativos no hizo caso alguno monseñor de Foix, y con sus tropas bajó a pie, pasando por entre los cañones y apoderándose de la población, sin que conste que en este ataque sufriera pérdidas considerables.

Resulta pues, como he dicho, que cuantos se defienden en pequeñas plazas, después de abierta la brecha en las murallas y no tienen espacio para retirarse donde construir nuevos fosos y parapetos, fiando sólo en su artillería, pronto son vencidos.

Si la defensa es de una plaza grande, donde hay facilidad para retirarse, la artillería es, sin embargo, mucho más útil a los sitiadores que a los sitiados; primero, porque para que la de la plaza cause daño a los de fuera es preciso situarla casi al nivel del suelo, pues de lo contrario, construyendo el enemigo poco elevados parapetos, estará seguro de que no has de causarle daño. Obligados los defensores a emplazar sus cañones en lo alto de los muros o cualquier otro punto elevado, tropiezan con dos dificultades: una, no poder emplear piezas del mismo calibre y alcance que los sitiadores, porque en pequeño espacio no se manejan grandes cañones, y otra que, aun pudiéndolos colocar, no cabe cubrir las baterías con parapetos tan fuertes y seguros como las de los sitiadores, que, dueños de ancho terreno, tienen espacio para situarlas donde les convenga. Si éstos poseen bastante artillería pesada, será imposible a los defensores de la plaza tener baterías altas, y las bajas ya he dicho que son casi inútiles.

Las ciudades hay, pues, que defenderlas con los brazos y con artillería ligera, la cual es de escasa utilidad, porque los inconvenientes de su empleo contrapesan su eficacia, obligando a que los muros sean poco elevados y a colocarla casi en los fosos; y como no se verifica el asalto hasta que están abiertas las brechas o rellenados los fosos, los sitiados tienen ahora muchas más desventajas. Resulta pues, como he dicho antes, que la artillería es mucho más ventajosa para el que ataca que para quien se defiende.

En el tercer caso, es decir, el de atrincherarse en un campo para no librar batalla sino oportunamente y con ventaja, sostengo que no hay ahora más medios de los que tenían los antiguos para evitar el combate, y a veces, por causa de la artillería, resulta desventaja; porque si el enemigo te flanquea y ocupa mejores posiciones, como puede suceder fácilmente, si se apodera de sitios más elevados, o cuando llega no has terminado tus atrincheramientos ni te has cubierto bien con ellos, inmediatamente y sin que puedas evitarlo, te obliga a salir de ellos y a dar la batalla. Así sucedió a los españoles en la de Rávena, donde, sitiados entre el río Ronco y un parapeto, por no haber elevado éste lo necesario y por tener los franceses alguna ventaja en el terreno, obligoles la artillería de éstos a salir de las trincheras y dar la batalla.

Pero en el caso de que, como sucederá la mayoría de las veces, el sitio elegido para el campo atrincherado sea más elevado que los que le rodean, y que el atrincheramiento sea bueno y seguro, de modo que por la posición y los parapetos el enemigo no se atreva a atacar, acudirá a lo mismo que se hacía en este caso antiguamente cuando se situaba un ejército en una posición inatacable, que era enviar partidas a recorrer y arrasar el país, a devastar el de los aliados, a impedir los aprovisionamientos, de modo que por necesidad

abandonarás las trincheras y darás la batalla, en la que, como diré más adelante, no produce la artillería grandes efectos.

Considerando de qué manera hacían los romanos la guerra y viendo que casi siempre era ofensiva y no defensiva, se deducirá, por ser lo antedicho cierto, que, teniendo artillería, fueran mayores sus ventajas y hubiesen hecho más rápidamente sus conquistas.

Respecto al segundo argumento, de que los hombres no pueden mostrar ahora su valor personal como antiguamente, a causa de la artillería, digo que ciertamente los que se exponen al fuego yendo diseminados, corren más peligro que entonces al escalar un muro o atacar sin ir unidos, ni en masa, sino aisladamente. Verdad es también que los generales y jefes del ejército están ahora más expuestos al peligro de morir que antes, pudiéndoles alcanzar la artillería donde se sitúen, aunque sea en las últimas filas o resguardados por hombres fortísimos. Sin embargo, se observa que ninguno de ambos peligros causa daño extraordinario; porque las plazas bien fortificadas no se escalan, ni contra ellas se intentan débiles asaltos: cuando hay propósito de tomarlas, se las sitia, como hacíase antiguamente. Y en los asaltos tampoco son ahora mayores los peligros que entonces, porque no faltaban a los que antiguamente defendían las plazas armas arrojadizas, que, si no producían tanto ruido, para el efecto de matar hombres eran como las de ahora.

En cuanto al mayor peligro de muerte de generales y jefes, en los veinticuatro años que ha durado la última guerra en Italia ha habido menos de estas desgracias que en diez años de la Antigüedad, porque, excepto el conde Luis de la Mirandola, muerto en Ferrara, cuando hace pocos años invadieron los venecianos este ducado, y el duque de Nemours, que murió en Ceriñola, ningún otro caso hay de muerte de generales por la artillería, pues monseñor de Foix no murió en Rávena a tiros, sino a estocadas y lanzadas.

Si los hombres no muestran ahora el mismo valor que en la Antigüedad, no es por causa de la artillería, sino por la falta de disciplina y la debilidad de los ejércitos que, careciendo de valor en conjunto, no lo pueden mostrar individualmente.

El tercer argumento consiste en que ya no se puede combatir cuerpo a cuerpo, y que la guerra se convertirá en combates de artillería: contesto a él que es opinión completamente falsa, y por tal la tendrán los que quieran organizar sus ejércitos a la manera antigua; porque a quien quiere tener un buen ejército le conviene, con combates verdaderos o simulados, acostumbrar a sus soldados a acercarse al enemigo y llegar a la lucha cuerpo a cuerpo y al arma blanca, y debe procurar el fundamento de su fuerza mejor en la infantería que en la caballería, por razones que se dirán después. Cuando la base de un ejército es la infantería organizada como se ha dicho, la artillería llega a ser completamente inútil, porque la infantería, al atacar al enemigo, puede librarse del fuego de los cañones con más facilidad que antiguamente se libraba del ímpetu de los elefantes, de los carros armados de hoces y de otros inusitados medios de ataque que la infantería romana encontró, y contra los cuales siempre tuvo medios de resistencia; con mayor facilidad los hubiera hallado contra éste. La artillería puede ofender menos tiempo que

ofendían los elefantes y los carros, que desordenaban las filas con su empuje en lo más empeñado de la lucha, porque aquélla sólo combate al empezar la batalla, y de sus disparos fácilmente se libra la infantería, o resguardándose en las desigualdades del terreno o echándose en tierra. Ni aun esto es necesario, según demuestra la experiencia, sobre todo para librarse de la artillería pesada, la cual no se puede apuntar con exactitud, y sus tiros, o por altos no te tocan, o por bajos no te alcanzan.

Claro es como la luz que cuando dos ejércitos llegan al combate cuerpo a cuerpo, ni la artillería pesada, ni la ligera pueden causar daño, porque si está puesta delante de las tropas, cae en poder de quien ataca; y si detrás, daña primero a los suyos que a los contrarios, y en los flancos no puede evitar ser atacada y caer en manos del enemigo, como en el primer caso.

Esto es indisputable, y lo prueba el ejemplo de los suizos en Novara en 1513, que sin artillería ni caballería acometieron al ejército francés provisto de cañones y atrincherado, y lo derrotaron, a pesar de la artillería y de las trincheras. Sucedió así porque, además de las razones alegadas, hay la de que la artillería, para maniobrar, necesita defensa de muros, fosos o parapetos, y si le falta esta defensa, cae en poder del enemigo y resulta inútil, como sucede en batallas campales, en que sólo la defienden los hombres. En los flancos no puede emplearse sino como empleaban los antiguos las máquinas de proyectiles arrojadizos, que ponían separadas del grueso de las fuerzas para que combatieran sin desordenar las líneas, y cuantas veces las atacaban la caballería u otras fuerzas, refugiábanse dentro de las legiones. Los que usan la artillería de otro modo no conocen bien esta arma, y fían en ella un apoyo que fácilmente puede faltarles.

Si por la artillería vencieron los turcos a los persas y a los egipcios, no fue a causa de su eficacia, sino del espanto que el inusitado estruendo causaba en la caballería enemiga.

Resumiendo lo dicho en este capítulo, afirmo que la artillería es útil en un ejército valeroso como los antiguos, pero ineficaz cuando falta el valor y se lucha contra un ejército esforzado.

CAPÍTULO XVIII

De cómo por la autoridad de los romanos y por los ejemplos de la milicia antigua se debe estimar más la infantería que la caballería

Puede probarse claramente, con muchas razones y no pocos ejemplos, que los romanos en todos sus hechos militares estimaron más las tropas de a pie que las de a caballo, fundando en aquéllas el éxito de sus empresas. Entre otros ejemplos, debe citarse el de la batalla que contra los latinos libraron junto al lago Regalo. Empezaba ya a ceder terreno el ejército romano cuando ordenaron los generales que para ayudar a la infantería echase pie a tierra la caballería, y renovado así el combate, alcanzaron la victoria. Demuestra este hecho que los romanos confiaban más en su gente de a pie que en la de a caballo. El mismo recurso emplearon en otras muchas batallas, siendo siempre excelente remedio en los mayores peligros.

No se oponga a esto la opinión de Aníbal, quien viendo en la batalla de Cannas que los cónsules ordenaban desmontar a la caballería, burlándose de la orden, dijo: *Quam mallem vinctos mihi traderent equites.*[180]. Aunque esta opinión sea de un general famoso, en punto a autoridad merece más crédito que la de Aníbal la de la república romana y de tantos excelentes capitanes como en ella hubo. Y además del argumento de autoridad, hay otros muy atendibles.

El soldado de infantería camina por muchos sitios que no son practicables para la caballería; a la infantería se la puede obligar a permanecer ordenada, y si se desordena, a restablecer las líneas; mientras es más difícil en la caballería mantener el orden, e imposible reorganizarla, una vez dispersada. Además, entre los caballos, como entre los hombres, los hay tímidos y animosos. Sucede muchas veces que un hombre cobarde monta un caballo valiente, y un bravo jinete un caballo miedoso y esta disparidad, sea como sea, produce la inutilidad de ambos y la desorganización. La infantería bien formada podrá romper fácilmente a la caballería, y es muy difícil que esta última rompa a aquélla.

Corrobora dicha opinión, además de muchos ejemplos antiguos y modernos, la autoridad de los que dan reglas sobre las instituciones públicas, quienes muestran que al principio hiciéronse las guerras sólo con caballería, porque aún no se conocía la organización de la infantería; pero cuando fue inventada, comprendiose inmediatamente cuánto más útil era que aquélla.

No quiere decir esto que la caballería deje de ser útil en un ejército. Se necesita para las descubiertas, para las correrías y presas en país enemigo, para perseguir el ejército que huye y para contrarrestar a la caballería enemiga; pero el fundamento, el nervio del ejército y lo que más debe estimarse es la infantería.

Entre las faltas de los príncipes italianos que han convertido Italia en sierva de los extranjeros, la mayor es, sin duda, haber hecho poco caso de la infantería, fijando toda su atención en fomentar la caballería. Causa de este desorden ha sido la mala intención de los generales y la ignorancia de los jefes de los Estados; porque, organizado el ejército

italiano, de veinticinco años a esta parte, con aventureros sin patria, sus jefes creyeron que la mejor manera de hacerse necesarios era estar ellos armados y desarmados los príncipes. Éstos no pueden pagar de continuo una fuerza numerosa de infantería, ni tienen tampoco súbditos bastantes para organizarla, y un corto número de soldados de a pie los hace poco temibles, por lo cual imaginaron tener caballos. Doscientos o trescientos pagados a un *condottiero* les daban crédito, y el gasto no era tan grande que los jefes de los Estados no pudieran satisfacerlo. Para realizar estos designios fácilmente y para mantener su reputación, difamaron la infantería y ponderaron los servicios de la caballería. Creció tanto este desorden, que ejércitos muy numerosos apenas tenían infantería. Dicha costumbre, unida a otras muchas faltas de organización, debilitan tanto el ejército italiano, que Italia ha sido fácilmente pisoteada por todos los ultramontanos.

El error de preferir la caballería a la infantería lo demuestra más claramente otro ejemplo de los romanos.

Sitiaban éstos Fora, y salió de la plaza un cuerpo de caballería para atacar a los sitiadores. Hízole frente el maestro de la caballería romana con sus jinetes, y por acaso en el primer encuentro murieron los jefes de ambas fuerzas, lo cual no impidió que continuara el combate entre los dos cuerpos sin generales. A fin de vencer más fácilmente, los romanos echaron pie a tierra, obligando así a los jinetes enemigos a hacer lo mismo para poder defenderse, y de este modo alcanzar aquéllos la victoria.

Este ejemplo de la superioridad de la infantería sobre la caballería no puede ser más convincente, porque en otros casos los cónsules mandaban desmontar a los jinetes romanos para socorrer a la infantería agobiada y necesitada de auxilio; pero en éste echaron pie a tierra, no para socorrer a la infantería, no para combatir con la infantería enemiga, sino en combate de caballería contra caballería, juzgando que no podían vencer a caballo y sí a pie.

Sostengo que un cuerpo de infantería bien organizado no puede ser vencido sino con grandísima dificultad, y sólo por otro cuerpo de infantería.

Craso y Marco Antonio se internaron en el país de los partos con poquísima caballería y mucha infantería, teniendo que luchar con la innumerable caballería de sus enemigos. Craso fue muerto con una parte de su ejército, pero Marco Antonio se salvó valerosamente. En esta misma derrota de los romanos se ve la superioridad de la infantería sobre la caballería, porque, siendo un país llano, donde las montañas son raras y los ríos rarísimos, alejado del mar y falto de todo, sin embargo, Marco Antonio, a juicio de los mismos partos, se salvó animosamente sin que toda la caballería de los enemigos pudiera desorganizar su ejército. Si Craso murió, quien lea atentamente su expedición verá que más fue engañado que vencido. Nunca, aun en los mayores apuros de su ejército, se atrevieron los partos a atacarle de frente, sino a correr por sus flancos, impidiéndole aprovisionarse y haciéndole promesas no cumplidas. Así lo redujeron a la mayor necesidad.

Creería necesario esforzarme más en persuadir al lector de la superioridad de la infantería sobre la caballería, si la historia contemporánea no ofreciera tantos ejemplos que lo demuestran por modo evidente. Ya hemos dicho que nueve mil suizos atacaron en

Novara a diez mil jinetes y otros tantos infantes y los vencieron porque la caballería no les podía causar daño, y la infantería, compuesta en su mayor parte de gascones y mal organizada, la estimaba en poco. Viose después a veinte mil suizos acometer más arriba de Milán a Francisco I de Francia, cuyo ejército era de veinte mil jinetes, cuarenta mil infantes y cien piezas de artillería. Si no triunfaron, como en Novara, combatieron durante dos días valerosamente y, aunque vencidos, la mitad de ellos se salvaron. Se atrevió Marco Atilio Régulo a sostener con su infantería el choque, no sólo de la caballería, sino también de los elefantes, y si su atrevimiento fracasó, demuestra, sin embargo, que la fortaleza de su infantería animó a aquel general para intentar tamaña resistencia.

En tiempo de Felipe Visconti, duque de Milán, bajaron a Lombardía unos diez y seis mil suizos. El duque envió contra ellos a su general Carmignuola con unos mil jinetes y pocos infantes. Desconociendo éste cómo peleaban los suizos, les atacó con la caballería, esperando derrotarlos a la primera embestida; pero al ver que permanecían inmóviles y que él perdía mucha gente, se retiró. Como Carmignuola era bravísimo general y en circunstancias extraordinarias sabía apelar a recursos también extraordinarios, reforzó su ejército y volvió a buscar a los suizos. Al emprender de nuevo la batalla, hizo desmontar a todos sus hombres de armas y, poniéndoles al frente de su infantería, atacó a los suizos, quienes no pudieron resistir, porque, estando los hombres de Carmignuola a pie y armados de todas armas, penetraron fácilmente en las líneas suizas sin recibir lesión alguna y, dentro de ellas, más fácilmente aún las destrozaron, hasta el punto de que si algunos suizos quedaron con vida, fue por humanidad de Carmignuola.

Creo que son muchos los que conocen la diferencia que existe en la utilidad de la infantería y la caballería; pero vivimos en tiempos tan infaustos, que ni los ejemplos antiguos ni los modernos, ni aun la confesión del error, basta para que los actuales príncipes procuren reformar la milicia, y se convenzan de que, para restablecer el crédito del ejército de una provincia o de un Estado es necesario apelar a la organización antigua con todo su vigor y disciplina, a fin de que el ejército dé a su vez al Estado la seguridad y consideración necesarias; pero se apartan de la organización antigua como de otras cosas ya dichas, y de aquí que las conquistas no sean grandeza, sino carga para el Estado que las hace, según vamos a demostrar.

---

180 «Cómo habría preferido que me los entregaran ya atados.»

CAPÍTULO XIX

Las conquistas hechas por repúblicas mal organizadas, que no toman por modelo a la romana, arruinan, en vez de engrandecer, al conquistador

Las falsas opiniones fundadas en malos ejemplos que gozan de crédito en este nuestro corrompido siglo, hacen que los hombres no piensen apartarse de la rutina. ¿Cómo se podría convencer a un italiano de hace treinta años de que diez mil infantes pudieron atacar en una llanura a diez mil jinetes y otros tantos soldados de infantería, y no sólo combatir con ellos, sino vencerlos, como ocurrió, según hemos dicho, en Novara? Pues aunque la historia esté llena de estos ejemplos, no los creerán, y si tuvieran que creerlos, dirían que en estos tiempos las tropas van mejor armadas, y que un escuadrón de hombres de armas es capaz de atravesar, no sólo una fuerza de infantería, sino hasta un escollo.

Con estos falsos argumentos vician la opinión pública. No tienen en cuenta que Lúculo con poca infantería derrotó a ciento cincuenta mil jinetes de Tigranes, y que entre ellos había un cuerpo completamente idéntico a nuestros hombres de armas. Ha sido preciso que los ultramontanos nos demuestren el error.

Viéndose que resulta cierto cuanto dice la historia respecto de la infantería, deberíamos también juzgar verdaderas y útiles las otras instituciones antiguas. Si las repúblicas y los príncipes lo creyeran, cometerían menos errores, serían más fuertes para contrarrestar el ímpetu de quien viniera a atacarlos, no fundarían esperanzas en la huida, y los que tuvieran en sus manos el gobierno de un Estado sabrían conducirse mejor, o para engrandecerlo o para conservarlo. Comprenderían que aumentando el número de ciudadanos, procurándose aliados y no súbditos, estableciendo colonias que mantengan en la obediencia los países conquistados, reforzando con las presas el Tesoro público, domando al enemigo con invasiones y batallas, y no con asedios de plazas, teniendo al Estado rico y al ciudadano pobre, y conservando cuidadosamente la disciplina militar, es como se hacen grandes las repúblicas, y pondrían freno a toda ambición, arreglando el Estado con buenas leyes, buenas costumbres, renunciando a las conquistas y atendiendo sólo a la defensa, para la cual estuviera todo dispuesto, como lo hacen las repúblicas de Alemania, que así han vivido y viven libres hace largo tiempo. Sin embargo, como ya dije otra vez cuando expliqué la diferencia entre organizarse para conquistar y disponerse para la defensa, es imposible que una república pequeña pueda vivir tranquila y gozar de su libertad; porque si no molesta a los vecinos, será molestada por ellos, y esta molestia le producirá el deseo y la necesidad de conquistar. Y si no halla el enemigo fuera lo hallará en casa, como parece indispensable que ocurra en todas las grandes ciudades.

Si las repúblicas de Alemania viven tranquilas desde hace tiempo, débese a las condiciones especiales de aquel país, que no se encuentra en ningún otro, sin las cuales no podría gozar de libertad. Estaba la parte de Alemania a la que me refiero sujeta al Imperio romano, como la Galia y España; pero al llegar la decadencia del Imperio y al disminuirse su autoridad en aquellas comarcas, comenzaron las ciudades más poderosas

a emanciparse, aprovechando las necesidades o la cobardía de los emperadores, a cambio de un pequeño censo que anualmente les entregaban. De esta manera, poco a poco, todas aquellas ciudades inmediatas al Imperio y no sujetas a ningún otro príncipe, fueron liberándose.

Al mismo tiempo que esto ocurría, algunas comunidades sujetas al duque de Austria se rebelaron contra él, entre ellas Friburgo, los suizos y otras semejantes, las cuales, prosperando desde el principio, llegaron poco a poco a tanto engrandecimiento, que, lejos de caer de nuevo bajo el yugo de Austria, inspiran temor a todos sus vecinos. Éstos son los llamados suizos.

Está, pues, dividida hoy Alemania entre el emperador, los príncipes, las repúblicas (que se llaman ciudades libres) y los suizos.

El motivo de que entre Estados de tan diversa organización no haya guerras, o si las hay no sean duraderas, es la dignidad imperial que, aun cuando sin fuerzas, les inspira gran respeto y mantiene la paz, porque en cualquier conflicto el emperador se interpone como mediador, e impide la lucha. La mayor y más larga guerra que tuvieron fue la de los suizos contra el duque de Austria, y aunque hace muchos años que emperador y duque de Austria son una misma persona, no le fue posible domar la audacia de los suizos, con quienes no ha habido otro medio de acuerdo que la fuerza.

El resto de Alemania ha prestado escaso auxilio a los emperadores contra los suizos, sea porque las ciudades libres no estén dispuestas a combatir a los que, como ellos, quieren vivir libres, sea porque los príncipes, unos no puedan prestarlo por pobres, y otros no quieran por envidia al poder imperial.

Pueden vivir las ciudades libres satisfechas con su pequeño dominio, porque a causa de la protección del emperador, no tienen motivo para desearlo mayor, pueden vivir en paz dentro de sus muros, porque el enemigo está cerca y aprovecharía la ocasión de apoderarse de ellas en cualquiera perturbación interior. Si Alemania estuviera organizada de otro modo, saldrían estas ciudades de su situación tranquila y procurarían ensanchar sus dominios.

En los demás países, las condiciones son distintas, y no es posible seguir igual conducta, siendo preciso que el engrandecimiento se haga, o por alianzas o por los medios que los romanos usaban, y quienes no lo hacen así no procuran por su vida, sino por su muerte y ruina, porque de mil modos y por muchas razones las conquistas son peligrosas. Puede extenderse la dominación sin acrecentar las fuerzas, y engrandecerse sin fortificarse es caminar a segura perdición. No adquieren fuerza los que se empobrecen con la guerra, aunque sean victoriosos, ni aquellos a quienes las conquistas cuestan más que éstas producen, como ha sucedido a los venecianos y a los florentinos, que eran más débiles cuando aquéllos poseían Lombardía y éstos la Toscana, que cuando los primeros se contentaban con el dominio del mar y los segundos, con seis millas de territorio. El mal para ellas fue ambicionar conquistas sin saber realizarlas, y merecen mayor censura porque tenían a la vista los procedimientos de los romanos, que podían imitar, procedimientos que éstos, por falta de ejemplos anteriores, tuvieron que inventar, apelando a su saber y prudencia.

No dejan tampoco de ser perjudiciales las conquistas, aun a las repúblicas mejor organizadas, cuando se adquieren ciudades o comarcas de costumbres voluptuosas que, con el trato, se extienden a los conquistadores. Así sucedió primero a Roma cuando conquistó Capua y después a Aníbal (cuando se apoderó de ella). Si Capua hubiese estado más lejos de Roma, y por tanto la indisciplina y voluptuosidad de los soldados no fuera prontamente corregida, o de haber en Roma gérmenes de corrupción, sin duda alguna la conquista de Capua hubiera sido la ruina de la república romana. El mismo Tito Livio lo atestigua cuando dice: *Iam tunc minime salubris militari disciplinæ Capua, instrumentum omnium voluptatum, delinitos militum animos avertit a memoria patriæ*.

Tales ciudades y comarcas se vengan del vencedor sin lucha y sin sangre porque, contagiándole sus malas costumbres, lo exponen a ser vencido por el primero que le ataca. Juvenal lo expresó perfectamente en sus sátiras cuando dice que en los pechos romanos entraron extrañas costumbres por la conquista de extrañas tierras, y en vez de la continencia y otras excelentes virtudes, *gula et luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem*.

Si, pues, las conquistas estuvieron a punto de ser perniciosas para los romanos en la época en que con tanta prudencia y tanto valor procedían, ¿qué sucederá a los que se apartan de sus procedimientos? ¿Qué ha de sucederles si a sus demás errores, ya mencionados, añaden el de valerse de soldados auxiliares o mercenarios? Los daños que de esto les resulta los mencionaremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX

Peligros a que se exponen los príncipes o repúblicas que se valen de tropas auxiliares o mercenarias

Si no hubiera tratado extensamente en otra obra mía[181] de lo inútil que es la milicia mercenaria y auxiliar, y de lo útil que es la propia, me ocuparía de ello ahora con más espacio de lo que voy a hacerlo; pero habiendo sido allí largo, seré aquí breve, y no prescindo de este asunto por encontrar en Tito Livio un elocuente ejemplo del peligro de valerse de tropas auxiliares.

Son éstas las que un príncipe o república envía en vuestro auxilio, pagadas por él o ella, y mandadas por sus generales. Ateniéndonos al texto de Tito Livio, diré que, después que los romanos derrotaron en diversos sitios a los samnitas con los ejércitos que enviaron en auxilio de los capuanos, y quedó Capua libre de la guerra que le hacían aquéllos, deseando que volvieran a Roma sus tropas, y a fin de que Capua no fuera de nuevo presa de los samnitas si quedaba desguarnecida, dejaron en aquella comarca dos legiones para que la defendiesen. El ocio en que éstas vivían corrompió sus costumbres hasta el punto de que, olvidada la patria y el respeto al Senado, proyectaron tomar las armas y apoderarse de aquel país que con su valor habían defendido, pareciéndoles que sus habitantes no eran dignos de poseer lo que no sabían defender. Supiéronlo oportunamente los romanos y reprimieron y castigaron aquel intento, como extensamente diremos al hablar de las conjuraciones.

Repito, pues, que de toda clase de tropas, las auxiliares son las más dañosas. El príncipe o república a quien auxilien, ninguna autoridad ejerce sobre ellas, porque continúan dependiendo del que las envía, supuesto que, como antes he dicho, llámanse tropas auxiliares las facilitadas por un príncipe que las paga, al mando de sus generales y con sus banderas, como fue el ejército que los romanos enviaron a Capua. Los soldados de esta clase, cuando son vencedores, ordinariamente roban lo mismo al auxiliado que al vencido, o por perfidia del príncipe de quien dependen o por propio instinto codicioso. Aunque los romanos no tenían intención de faltar a los tratados que con los de Capua habían hecho, tan fácil juzgaron las dos legiones dominar a aquellos habitantes, que la misma facilidad les inspiró la idea de quitarles la ciudad y el Estado.

De esto podría presentar muchos ejemplos; pero me basta el citado y el de Regium, a cuyos habitantes privó de la libertad y de la vida una legión que los romanos enviaron para guardarla.

Deben, pues, los príncipes o las repúblicas tomar cualquier determinación como preferible a la de llamar en su defensa soldados auxiliares, sobre todo si tienen que fiar en ellos. Cualquier convenio o capitulación con el enemigo, por duro que sea, resultará mejor que este recurso. Si se lee atentamente la historia antigua y se reflexiona acerca de los sucesos contemporáneos, verase que para un caso que haya tenido buen fin, infinitos terminan en engaños.

Un príncipe o una república ambiciosos no pueden tener mejor ocasión de

apoderarse de una ciudad o de un Estado que la de que le pidan un ejército para la defensa. El Estado que, no sólo para defenderse, sino para ofender a otro, pide tal auxilio, procura la conquista de lo que no puede conservar y le quitarán fácilmente los mismos auxiliares. Pero la ambición de los hombres es tan grande que, por lograr la satisfacción de un deseo, no se cuidan de un mal que en breve tiempo ha de resultarles. En este punto, como en los otros que hemos tratado, no les convencen los ejemplos de la Antigüedad, porque si los convencieran sabrían que cuanto más liberal seas con los vecinos y menos deseos muestres de quitarles su independencia, más fácilmente se echan en tus brazos, como vamos a demostrar con el ejemplo de los capuanos.

---

181 Se refiere a los capítulos XII *(De los diferentes tipos de tropas y de las tropas mercenarias)* y XIII *(De las tropas auxiliares, mixtas y propias)* de *El príncipe*.

CAPÍTULO XXI

El primer pretor que enviaron los romanos fuera de su ciudad, cuatrocientos años después de haber comenzado a guerrear con otros pueblos, fue a Capua

Ya hemos dicho detalladamente cuán distintos de los procedimientos que ahora se emplean para ensanchar la dominación eran los que usaban los romanos, y cómo a los pueblos que no destruían les dejaban vivir con arreglo a sus leyes, no sólo a los que convertían en aliados, sino a los que reducían a la condición de súbditos. Ni aun en éstos quedaba señal de la dominación romana, imponiéndoles sólo algunas condiciones, y dejándoles, mientras las cumplían, su dignidad y su independencia como nación. Sabido es que observaron este método hasta que salieron de Italia y empezaron las conquistas de reinos y Estados fuera de ella.

Evidente ejemplo de lo que decimos es que el primer pretor que enviaron fuera de Roma fue el de Capua, y no por ambición de los romanos, sino porque los capuanos lo pidieron, juzgando necesario tener en la ciudad un magistrado romano para poner fin a sus discordias intestinas y restablecer el orden y la buena armonía. El ejemplo de los capuanos indujo a los antitas, que sufrían el mismo mal, a pedir a Roma otro pretor, y Tito Livio dice a propósito de estas peticiones y de este nuevo modo de dominar: *Quod jam non solum arma, sed jura romana pollebant.*[182]

Ya hemos visto cuánto facilitó esto el engrandecimiento de Roma, porque las ciudades acostumbradas a vivir libres y a ser gobernadas por sus habitantes están contentas y tranquilas con una dominación que no ven, aunque les sea algo más gravosa que con la que ven a diario, y parece reprobarles diariamente su servidumbre. Resulta, además, de este sistema otro bien para el príncipe, cual es que, no dependiendo de sus ministros los magistrados que ejercen la justicia civil y criminal, ninguna sentencia puede originar odio contra él, librándose así de muchos motivos de malquerencia e incluso de calumnias.

En prueba de esta verdad podríamos presentar multitud de ejemplos antiguos si no hubiera uno reciente de Italia, pues todo el mundo sabe que habiendo sido ocupada Génova muchas veces por los franceses, siempre el rey, excepto ahora, ha mandado un francés para que en su nombre la gobierne.

Al presente, no por su voluntad, sino por necesidad, ha dejado que se gobierne por sí misma y con gobernador genovés; y quien estudie cuál de estos dos procedimientos asegura mejor la dominación del rey y satisface más al pueblo, confesará sin duda que el último de ellos.

Además, tanto mejor se echan en tus brazos los hombres cuanto menos deseo muestras de sujetarlos, y tanto menos temen por su libertad cuanto más suave y humano te muestras con ellos. Esta desinteresada amistad fue causa de que los capuanos pidieran un pretor a Roma, pues si los romanos mostraran el más pequeño deseo de mandarlo, hubiesen excitado instantáneamente los celos de los de Capua, enemistándoles con ellos.

Pero ¿qué necesidad hay de buscar ejemplos en Capua y Roma teniéndolos en

Florencia y en la Toscana? Todo el mundo sabe cuánto tiempo hace que la ciudad de Pistoia se sometió voluntariamente a la dominación de Florencia. Sabida es también la constante enemistad de los florentinos con los pisanos, luqueses y sieneses. Esta diversidad de afectos no ha nacido de que los de Pistoia no aprecien su libertad como los demás, ni porque se crean inferiores a ellos, sino por tratarles siempre los florentinos como hermanos y a los otros como enemigos. Esto ha hecho que los de Pistoia acudan de buen grado a formar parte del Estado de Florencia, mientras los otros han hecho y hacen toda clase de esfuerzos para no someterse. Si los florentinos, en vez de atemorizar a sus vecinos, hubieran procurado atraérselos por vías legales o prestándoles auxilios, actualmente serían, sin duda, señores de toda la Toscana. No quiere decir esto que en mi opinión no se deban emplear la fuerza y las armas; pero conviene que sea en último caso y a falta de otros medios.

182 «Puesto que ya no sólo las armas sino también las leyes romanas dominaban.»

CAPÍTULO XXII

Cuán erróneas son a veces las opiniones de los hombres al juzgar las cosas grandes

Los que asisten a asambleas deliberantes han visto y ven cuán falsas son muchas veces las opiniones de los hombres, pues con frecuencia los acuerdos, si no los inspiran y dirigen personas notables, son disparatados; y como los hombres eminentes en las repúblicas corrompidas, sobre todo en épocas tranquilas, por motivos de envidia o de ambición son odiados, se prefiere lo que el error común juzga bueno o lo que proponen hombres más deseosos del favor del público que del bien de la patria. La equivocación resulta evidente en las adversidades y entonces se acude a los que en tiempos de paz son olvidados, según demostraremos oportunamente.

Hay acontecimientos respecto de los cuales con facilidad se engañan los hombres que no tienen consumada experiencia, porque se presentan bajo aspectos capaces de hacer creer lo que no son.

Decimos esto a propósito de lo que aconsejó a los latinos su pretor Numicio, después de derrotarlos los romanos, y por lo que muchos creían pocos años, cuando Francisco I vino a conquistar a Milán, que defendían los suizos.

A la muerte de Luis XII le sucedió en el trono de Francia Francisco de Angulema, y deseando recobrar para su reino el ducado de Milán, ocupado pocos años antes por los suizos a incitación del papa Julio II, procuraba tener auxiliares en Italia que le facilitaran la empresa. Además de los venecianos, a quienes el rey Luis XII había ganado ya, solicitó la ayuda de los florentinos y del papa León X, que juzgaba de suma importancia para el buen éxito de sus designios, pues había tropas del rey de España en Lombardía y otras fuerzas del emperador en Verona.

No accedió el papa León a los deseos del rey por persuadirle (según se dice) sus consejeros de que la neutralidad le prometía segura victoria, pues a la Iglesia no le convenía tener poderosos en Italia ni a los franceses ni a los suizos, siendo preciso para devolverle su antigua independencia, librarla de la servidumbre de unos y otros.

En la imposibilidad de vencerlos, juntos o separados, convenía que derrotaran los unos a los otros, y que la Iglesia, con sus aliados, acometiera después al vencedor. No era posible para esto encontrar mejor ocasión que la de entonces: franceses y suizos estaban frente a frente y, teniendo el papa sus tropas bien ordenadas, podía acercarlas a la frontera lombarda en las inmediaciones de aquellos ejércitos con excusa de querer guardar su territorio, esperando allí a que se diera la batalla, sangrienta sin duda para ambos ejércitos, porque los dos eran valerosos; batalla que dejaría al vencedor debilitado hasta el punto de ser fácil al papa atacarlo y derrotarle, con lo cual lograría para gloria suya el dominio de Lombardía, siendo entonces árbitro de toda Italia.

Los sucesos demostraron el error de este cálculo, porque, vencidos los suizos en una empeñada batalla, en vez de atreverse las tropas del papa y de España a atacar al vencedor, se retiraron, librándose de un descalabro sólo por la humanidad o indiferencia del rey de Francia, quien no buscó una segunda victoria y se limitó a firmar la paz con la

Iglesia.

Los motivos de la determinación del papa, aunque separados parecen ciertos, reunidos no lo son, pues rara vez acontece que el vencedor pierda mucha gente, si la pierde en la lucha, y no en la huida. En el ardor del combate, cuando los soldados pelean cuerpo a cuerpo, son pocos los que caen, porque casi siempre la lucha dura escaso tiempo. Aunque murieran muchos de los vencedores, es tanta la fama que da la victoria y el terror que infunde, que compensan con exceso el daño sufrido por las pérdidas de la batalla. Si un nuevo ejército, fundado en la creencia de estas pérdidas, fuera a su encuentro, se engañaría, a no ser que tuviera las fuerzas necesarias para atacarle en cualquier tiempo, antes o después de la victoria. En este caso podría, según su valor y fortuna, ser vencedor o vencido; pero el que peleó primero y alcanzó la victoria, tendrá siempre esta ventaja sobre su contrario.

Es lo que demostró la experiencia en el caso de los latinos, por el daño que sufrieron a causa de dar crédito a las excitaciones del pretor Numicio, quien, después de la victoria de los romanos, gritaba por todo el Lacio que entonces era la oportunidad de atacarles. Suponíales debilitados por la batalla que contra aquéllos acababan de ganar, teniendo nombre de vencedores y pérdidas de vencidos, hasta el punto de que la acometida de un pequeño ejército bastaría para destrozarlos. Creyeron a Numicio aquellos pueblos; organizaron un nuevo ejército, que fue inmediatamente derrotado, y sufrieron todos los males que experimentarán siempre los que dan crédito a semejantes opiniones.

CAPÍTULO XXIII

De cómo los romanos, cuando tenían que tomar alguna determinación respecto de sus súbditos, evitaban los partidos medios

Jam latio is status erat rerum, ut neque pacem, neque bellum pati possent.[183] De todas las situaciones desgraciadas, la más infeliz es la de una república o un príncipe reducidos a términos de no poder estar en paz ni en guerra. En este caso se encuentran los que para la paz sufren condiciones demasiado gravosas, y para la guerra se exponen a ser presa de sus aliados o de sus enemigos. A tal extremo se llega, o por los malos consejos, o por las malas determinaciones, o por no calcular bien las propias fuerzas, como antes dijimos; porque la república o el príncipe que las mide bien, con dificultad llega al término en que se encontraron los latinos, quienes no supieron hacer la guerra ni la paz con los romanos cuando debían hacerlo, de modo que la enemistad y la amistad de Roma les fue igualmente perjudicial. Los vencieron y redujeron a la mayor extremidad, primero Manlio Torcuato, y después Camilo, que les obligó a entregarse incondicionalmente a los romanos, puso guarnición en todas las ciudades del Lacio, recibió rehenes y al volver a Roma dijo al Senado que todo el Lacio estaba en su poder.

Y porque lo hecho entonces es notable y deben tenerlo en cuenta los príncipes en ocasiones semejantes, referiré las palabras que Tito Livio pone en boca de Camilo, las cuales manifiestan el procedimiento usado por los romanos para ensanchar sus dominios, y muestran que en los asuntos de Estado prescindieron de los términos medios y acudieron a los extremos, pues gobernar no es otra cosa que mantener a los súbditos de modo que no puedan ni deban ofender, cosa que se consigue, o sujetándolos de manera que les sea imposible dañarte, o beneficiándolos hasta el punto de que no sea razonable que deseen mudar de estado.

Esta distinción aparece clara en lo que propuso Camilo y acordó el Senado.

Sus palabras fueron:

Dii immortales ita vos potentes hujus consilii fecerunt, ut sit Latium, an non sit, in vestra manu posuerint. Raque pacem vobis, quod ad Latinos attinet, parare in perpetuum, vel sæeviendo, vel ignoscendo potestis. Vultis crudeliter consulere in deditos, victosque? licet delere omne Latium. exemplo majorum, augere rem romanam, victos in civitatem accípiendo? materia crescendi per summam gloriam supeditat. Certe ir firmissimum imperium est, quod obedientes gaudent. Illorum igitur animos, dum expectatione, stupent, seu pena, seu beneficio præoccupari opportet.[184]

A esta proposición sucedió el acuerdo del Senado enteramente conforme con las palabras del cónsul, y de las ciudades del Lacio que tenían alguna importancia, unas fueron beneficiadas y otras, destruidas. A los habitantes de aquéllas les concedieron exenciones y privilegios y el derecho de la ciudadanía, dándoseles toda clase de auxilios. Los de las segundas vieron arrasadas sus tierras, adonde fueron enviadas colonias y, conducidos a Roma, los dispersaron de tal modo que ni con las armas, ni con los consejos podían causar daño alguno. No emplearon los romanos términos medios, como

acabo de manifestar.

Este ejemplo es el que deben imitar los príncipes y el que debieron seguir los florentinos cuando en 1502 se rebeló Arezzo y todo el Val de Chiana, porque, de obrar así, hubiesen asegurado su dominación y aumentado considerablemente la ciudad de Florencia, adquiriendo los campos que le faltaban para sustentar a sus habitantes. Pero emplearon los términos medios, perniciosos siempre que se trata de disponer de los hombres: unos aretinos fueron desterrados, otros condenados, y a todos se les privó de los cargos y honores que tenían en la ciudad, pero ésta quedó íntegra; y si algún florentino en las deliberaciones aconsejaba destruirla, los que parecían ser más sabios contestaban que su destrucción sería poco honrosa para la república, porque se creería que a Florencia le faltaban fuerzas para dominarla.

Esta razón es más aparente que verdadera: fundándose en ella, no se debería matar a un parricida, a un malvado o a un sedicioso, porque avergonzaría al príncipe mostrar que carecía de fuerza para dominar a un hombre solo. Los que tienen tales opiniones no ven que los hombres aislados o las ciudades enteras cometen a veces hechos punibles contra el Estado, y que el príncipe se ve precisado a castigarlos por seguridad propia y para que el castigo sirva de ejemplo. Lo honroso es saber y poder castigar a los culpados, no el poderlos contener a costa de mil peligros. El príncipe que no castiga a quien delinque de manera que no pueda volver a delinquir, es tenido por ignorante o cobarde.

Lo atinada que fue la determinación de los romanos en el caso citado, confírmalo, si necesario fuese, la que tomaron también contra los privernates. En este punto del texto de Tito Livio deben notarse dos cosas: una, lo que antes hemos dicho de que a los súbditos rebeldes se les debe beneficiar o destruir, y la segunda, cuánto agrada a los hombres prudentes y sabios la nobleza del ánimo de los que dicen la verdad ante ellos.

Estaba reunido el Senado romano para juzgar a los privernates que se habían rebelado y sometido después por fuerza a la obediencia de Roma. Los habitantes de Privernium enviaron muchos ciudadanos para implorar perdón al Senado, y, estando en su presencia, preguntó un senador a uno de ellos: *Quam pænam meritos Privernates censeret?*[185] A lo que contestó el preguntado: *Eam, quam merentur qui se libertate dignos censent.*[186] A esto replicó el cónsul: *Quid si pænam remittimus vobis, qualem nos pacem vobiscum habituros speremus?.*[187] A lo cual contestó el otro: *Si bonam dederitis, et fidelem et perpetuam; si malam, haud diuturnam.*[188] Aunque a muchos desagradó esta altivez, la parte mayor y más sabia del Senado dijo: *Se audivisse vocem et liberi et viri; nec credi posse illum populum, aut hominem, denique in ea conditione cujus eum pæniteat, diutius quam necesse sit, mansurum. Ibi pacem esse fidam, ubi voluntaria pacati sint, neque co loco ubi servitutem esse velint fidem sperandam esse.*[189] Conforme a estos principios decidió el Senado que los privernates fueran ciudadanos romanos, concediéndoles los privilegios corresdientes a esta ciudadanía y diciéndoles: *Eos demum qui nihil præterquam de libertate cogitant, dignos esse, que Romani fiant.*[190] Tanto agradó a los ánimos generosos aquella verdadera y leal respuesta de los privernates, porque cualquier otra hubiese sido falsa y cobarde. Los que no opinan

así de los hombres, sobre todo de los acostumbrados a ser libres o creer que lo son, se engañan, y este error les hace tomar partidos malos por sí y no satisfactorios para los que son objeto de ellos; partidos que con frecuencia ocasionan rebeliones y la ruina de los Estados.

Volviendo al asunto de que trato en este capítulo, deduzco de este ejemplo y del relativo a los latinos que cuando se ha de decidir respecto a grandes poblaciones acostumbradas a vivir en libertad, conviene, o destruirlas o favorecerlas; cualquiera otra determinación es inútil. Se debe huir sobre todo de términos medios, por ser perniciosos como lo fueron a los samnitas cuando redujeron a los romanos a las Horcas Caudinas, y, no queriendo seguir la opinión de aquel anciano que les aconsejó dejarlos volver con honor o matarlos, tomaron un término medio; los desarmaron e hicieron pasar por debajo del yugo, permitiéndoles marchar llenos de rabia y de ignominia. Poco tiempo después conocieron a su pesar los samnitas cuán atinado era el consejo del anciano y perniciosa su citada determinación, según explicaremos en sitio oportuno.

---

183 «El Lacio atravesaba tal situación que ya no podían soportar ni la paz ni la guerra.»

184 «Los dioses inmortales os han hecho tan dueños de determinar lo que queráis, que pusieron en vuestras manos la existencia o no existencia del Lacio. Podéis tener paz perpetua con el Lacio, con el rigor o con la clemencia. ¿Queréis ser crueles con los rendidos a vuestra discreción? Podéis acabar con todo el Lacio. ¿Preferís, imitando a vuestros mayores, aumentar las fuerzas de Roma recibiendo a los vencidos en la ciudad? Momento sumamente glorioso tenéis para multiplicar sus habitantes. Seguramente, el más firme imperio es el que se obedece de buen grado, y mientras los latinos están sumidos en estupor, conviene apoderarse de ellos, o por el temor, o por los beneficios.»

185 «¿Qué castigo considera que se merecen los privernates?»

186 «Aquella que se merecen los que se consideran dignos de la libertad.»

187 «Si os perdonamos el castigo, ¿qué paz mantendremos con vosotros?»

188 «Si nos la dieráis buena, fiel y perpetua; si mala, no duradera.»

189 «Que era la respuesta de hombre libre y valeroso, y que no podía creer que ni pueblo ni hombre alguno vivieran en condición aflictiva más tiempo que aquel a que la necesidad les obligara. Que no había paz sólida cuando los vencidos no la aceptaban de buen grado, y que no debía esperar fidelidad de los que fueran tratados como esclavos.»

190 «Sólo aquellos que no piensan más que en la libertad, son dignos de convertirse en romanos.»

CAPÍTULO XXIV

Las fortalezas son, en general, más perjudiciales que útiles

Parecerá a los sabios de ahora que los romanos obraron mal al no construir fortalezas para asegurarse la posesión de los pueblos del Lacio y de la ciudad de Privernium, siendo axiomático en Florencia y repitiéndolo de continuo nuestros sabios, que Pisa y otras ciudades semejantes deben tener siempre fortalezas. Y en verdad, si los romanos hubiesen sido como son ahora nuestros políticos, pensaran en edificarlas; pero teniendo otro valor, otro juicio y otro poder, no las construyeron.

Mientras Roma vivió libre y atenida a sus leyes y a su excelente régimen, jamás hizo fortalezas para sujetar ciudades o provincias, y sólo conservó alguna de las que encontró construidas. Tal fue la conducta de los romanos en este punto, contraria a la nuestra, y creo oportuno examinar si es bueno construir fortalezas y si éstas son útiles o perjudiciales a quienes las edifican.

Primeramente se debe considerar si las fortalezas se hacen para defenderse de los enemigos o para sujetar a los súbditos. En aquel caso, no son necesarias, y en éste, perjudiciales. Empezaremos por demostrar lo último.

Cuando un príncipe o república tiene miedo a sus súbditos o teme que se rebelen es porque se hace odioso a ellos. Este odio nace de su mal comportamiento y el mal proceder de la confianza en su fuerza o de la poca prudencia de los gobernantes. Una de las cosas que engendra la confianza en la fuerza es tener fortalezas, y los malos tratamientos que producen el odio los ocasiona no pocas veces esta confianza de los príncipes o las repúblicas en sus plazas fuertes; en tal concepto son mucho más perjudiciales que útiles, pues en primer lugar, como he dicho antes, permiten a los tiranos ser más audaces y más violentos con los súbditos, y en segundo, no prestan la seguridad que se cree, porque cuanta violencia se emplea para contener a un pueblo es nula excepto en dos casos: cuando se tiene dispuesto siempre un buen ejército para salir a campaña, como lo tenían los romanos, o cuando los súbditos se desordenan y dispersan, de manera que no pueden unirse para ofender. Si los empobreces, *spoliatis arma supersunt.*[191] Si lo desarmas, *furor arma ministrat.*[192] Si matas a los jefes y continúas oprimiendo a los demás, renacen los jefes como las cabezas de la hidra, y si construyes fortalezas, te serán útiles en tiempo de paz porque te animan a obrar mal; pero en el de guerra inutilísimas, porque, atacadas por tus enemigos y por tus súbditos, no es posible que resistan a unos y otros.

Nunca las fortalezas fueron tan inútiles como en nuestros tiempos, por causa de la artillería, cuyo ímpetu hace imposible la defensa de las pequeñas plazas, donde no hay sitio para nuevos refugios, una vez destruidos los muros.

Deseo tratar este asunto detalladamente.

Si quieres tú, ¡oh príncipe!, con tales fortalezas refrenar al pueblo de tu ciudad; si quieres tú, príncipe o república, sujetar la ciudad conquistada en la guerra, diríjome al príncipe y le digo: la fortaleza para hacerte respetar de tus súbditos no puede ser más

inútil por las razones ya dichas; porque estarás más pronto y tendrás menos reparo en oprimirlos, y esta opresión les inducirá a tu ruina y los alentará a realizarla, de tal modo que la fortaleza, motivo del odio, no te podrá defender.

Un príncipe sabio y bueno, para no dejar de serlo ni dar a sus hijos audacia y ocasión de ser malos, no construirá fortalezas, a fin de que funden su poder, no en las fortificaciones, sino en el amor de sus súbditos.

Si el conde Francisco Sforza, que llegó a ser duque de Milán y tenía fama de sabio, hizo en Milán una ciudadela, no fue en este caso sabio, y los hechos demostraron que tal fortaleza fue para daño, y no para seguridad de sus herederos; porque, creyendo que con ella vivían seguros y podían maltratar a sus súbditos, apelaron a toda clase de violencias, llegando a ser tan odiosos que perdieron sus Estados cuando los atacó el enemigo. Aquella fortaleza que en la paz les había perjudicado tanto, no les prestó en la guerra utilidad alguna. De no haberla tenido, y sí la más elemental prudencia, hubieran tratado bien a sus súbditos, descubierto más pronto el peligro y retirádose a tiempo, pudiendo después resistir más valerosamente el ímpetu de los franceses con súbditos fieles y sin fortaleza, que con ésta, pero sin el apoyo de los milaneses.

Las fortalezas para nada son útiles, porque se pierden, o por traición de quien las guarda, o por la fuerza de quien las ataca, o por hambre. Si quieres que te sirvan y ayuden a recobrar un Estado perdido, donde sólo queden en tu favor las fortalezas, necesitarás un ejército para arrojar del país al que te ha expulsado, con cuyo ejército de todos modos recobrarías el Estado aunque no hubiera fortalezas, tanto más fácilmente cuanto más fieles te sean los súbditos, por no haberlos maltratado a causa del orgullo que te inspiren las plazas fuertes.

La experiencia demuestra que la ciudadela de Milán no fue de ninguna utilidad, ni a los Sforza ni a los franceses en la época de sus desventuras, y a todos causó no poco daño y ruina, porque, confiando en ella, no pensaron en medios más honrosos para conservar el ducado.

Guido Ubaldo, duque de Urbino, hijo de Federico, famoso capitán en su época, fue echado de sus dominios por César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, y al volver a ellos, cuando se lo permitieron los sucesos, mandó arrasar todas las fortalezas que había en su ducado por considerarlas perjudiciales. Amado de sus súbditos, no las necesitaba para imponerles fidelidad, y bien veía la imposibilidad de defenderlas de los enemigos sin tener un ejército en campaña, por lo cual prefirió demolerlas.

El papa Julio II echó a los Bentivoglio de Bolonia y construyó en dicha ciudad una fortaleza. Sirvió ésta al gobernador de la plaza para maltratar al pueblo hasta tal punto, que se rebeló y le hizo perder la fortaleza, no aprovechándole para nada, y antes perjudicándolo, porque, de no tenerla, se hubiera portado de otro modo.

Nicolás de Castello, padre de los Vitelli, al volver a su patria, de donde había sido desterrado, hizo derribar inmediatamente dos fortalezas que había construido el papa Sixto IV, pensando que, para conservar sus dominios, valía más el amor del pueblo que las plazas fuertes. Pero el ejemplo más reciente y notable de todos los que prueban la inutilidad de construir fortalezas y el beneficio de arrasarlas es el de Génova, ocurrido en

nuestros días. Sabido es que, en 1507, Génova se rebeló contra el rey Luis XII de Francia, quien acudió allí en persona con todo su ejército para recuperarla, y cuando lo consiguió hizo construir un castillo, el más formidable de los conocidos hasta entonces, porque, por su situación y por otras circunstancias, era inexpugnable. Situado sobre una colina que se extiende hasta el mar, y que los genoveses llaman Codefa, batía el puerto y gran parte del Estado de Génova. Ocurrió después, en 1512, que, expulsados los franceses de Italia, Génova, a pesar de su fortaleza, se sublevó, poniéndose al frente de la sublevación Octavio Fregoso, quien hábilmente, y al cabo de diez y seis meses, se apoderó por hambre del castillo. Algunos creían, y muchos le aconsejaban, que lo conservara para refugio propio en cualquier trance; pero él, como político prudentísimo, reconociendo que no son las fortalezas, sino la voluntad de los hombres lo que mantiene a los príncipes en los Estados, lo demolió. Fundando, pues, la dominación, no en el castillo, sino en su valor y prudencia, la ha conservado y conserva todavía; y bastando antes un millar de hombres para cambiar el gobierno de Génova, sus adversarios le han atacado con diez mil, sin poder vencerle.

Todo esto demuestra que el arrasar el castillo no ha perjudicado a Octavio, y el construirlo no sirvió de defensa al rey de Francia, porque cuando pudo venir a Italia con su ejército, recuperó Génova no fortificada, y cuando le fue imposible acudir con sus tropas, perdió Génova con la fortaleza. Mucho gastó el rey en construirla y la perdió vergonzosamente, mientras para Octavio fue motivo de gloria conquistarla y de utilidad destruirla.

Pero vengamos a las repúblicas que construyen fortalezas, no en su patria, sino en los países conquistados. Si para comprender el error no bastan el ejemplo de Francia y Génova, creo que bastará el de Florencia y Pisa. Cuando los florentinos construyeron una ciudadela para dominar Pisa, desconocieron que una ciudad siempre enemiga de ellos, que había sido libre y que se rebelaba por serlo, no dependería de ellos sino por el procedimiento romano de asociarla al Estado o destruirla.

La utilidad de las fortalezas bien se vio cuando bajó a Italia el rey Carlos VIII, a quien se rindieron todas, o por traición de sus gobernantes o por medio de mayor mal. Si no hubieran existido, tampoco los florentinos fundaran en ellas su esperanza de dominar Pisa, ni el rey se valiera de este motivo para quitarles dicha ciudad. Los medios que emplearon, antes de hacer la ciudadela, para su dominación en Pisa, bastaron para conservarla, y sin duda no dieron tan mal resultado como las fortificaciones.

En conclusión, las fortalezas en el interior de la patria y para dominarlas, son perjudiciales, y para conservar las tierras conquistadas, inútiles. Lo afirmo fundándome en la autoridad de los romanos, quienes en las comarcas donde querían mantener por la fuerza su dominio, no las edificaban y destruían las hechas. A los que aleguen contra esta opinión, los ejemplos de Tarento en la Antigüedad y de Brescia en estos tiempos, ciudades que, sublevadas, pero quedando en poder de los dominadores sus fortalezas, por medio de éstas las recuperaron, responderé que para recobrar a Tarento al cabo de un año fue enviado Fabio Máximo con todo su ejército, quien lo mismo hubiera vencido la sublevación no estando la fortaleza en poder de los romanos, y si por ella atacó Fabio

la ciudad, de no haberla, hubiera acometido por cualquier otro punto, con igual resultado. No comprendo la utilidad de una fortaleza cuando para rendir la plaza que domina se necesita un ejército consular y un general como Fabio Máximo. Que los romanos se hubieran apoderado de Tarento de cualquier otro modo lo prueba el ejemplo de Padua, que no tenía ciudadela y la reconquistaron con su ejército.

Respecto a Brescia, diré que rara vez sucede lo que ocurrió en esta rebelión, y fue que la fortaleza quede en poder de los dominadores y tengan éstos un numeroso ejército en las cercanías, como lo estaba el de los franceses. En efecto: encontrábase Gastón de Foix con sus tropas en Bolonia cuando supo la sublevación de Brescia, y sin pérdida de tiempo salió para dicho punto, adonde llegó a los tres días, entrando por la ciudadela en la ciudad. Necesitó, pues, la fortaleza de Brescia para ser útil un monseñor de Foix y un ejército francés que, a los tres días de la sublevación, la socorriera.

Este ejemplo, pues, no contrarresta los alegatos sobre la inutilidad de las fortificaciones. Muchas plazas fuertes han sido conquistadas y reconquistadas en las guerras de estos tiempos, con igual facilidad que se conquistan y reconquistan las comarcas abiertas, no sólo en Lombardía, sino en la Romaña, en el reino de Nápoles y en toda Italia.

En cuanto a las fortalezas construidas para defenderse de los enemigos exteriores, afirmo que no las necesitan los reinos y repúblicas que tienen buenos ejércitos, y si no los tienen, son aquéllas inútiles; porque los buenos ejércitos defienden el país sin necesidad de fortalezas, y éstas, sin buenos ejércitos, no pueden defenderlo.

Prueban dicha afirmación la conducta y la experiencia de los pueblos tenidos por más sabios y más hábiles en la gobernación, como por ejemplo, los romanos y los espartanos. Si los romanos no construían fortalezas, los espartanos ni siquiera consentían murallas en sus ciudades, porque querían que su única defensa consistiera en el valor de los ciudadanos. Por esto, preguntando un ateniense a un espartano si le parecían fuertes las murallas de Atenas, respondió: «Sí, si dentro de ellas sólo hay mujeres».

Un príncipe que cuenta con buenos ejércitos, si en las costas o fronteras de sus Estados tiene algunas fortalezas que, mientras reúne sus fuerzas, detengan al enemigo, pueden serle alguna vez convenientes, aunque no necesarias. Pero si el príncipe no tiene buen ejército, las plazas fuertes en las fronteras o en el interior le son perjudiciales e inútiles; perjudiciales porque fácilmente las pierde y el enemigo se vale de ellas; y si fueran inexpugnables para el invasor, éste las deja a su espalda y no sirven para nada; porque los buenos ejércitos, cuando encuentran seria resistencia, entran en país enemigo sin cuidarse de las ciudades y fortalezas que a su espalda dejan. Así lo refiere la historia antigua y así lo hizo Francisco María al invadir recientemente el ducado de Urbino, dejando tras él diez ciudades enemigas sin hacer caso de ellas.

En resumen: el príncipe que pueda tener buen ejército no necesita edificar fortalezas, y el que no lo tiene tampoco debe construirlas. Lo que le conviene es fortificar la ciudad donde habite y tenerla bien provista y bien dispuestos sus habitantes a resistir el ataque del enemigo, para dar tiempo a un tratado o un auxilio extranjero que le libre de él. Todos los demás medios son costosos en la paz e inútiles en la guerra.

Quienes aprecien bien cuanto he dicho, conocerán que los romanos, sabios en todas las cosas, fueron prudentes en sus determinaciones respecto a los latinos y a los privernates, a los cuales sujetaron a su dominación sin necesidad de fortalezas y por medios más hábiles y valerosos.

---

191 «A los expoliados les quedan las armas.»

192 «El furor consigue armas.»

CAPÍTULO XXV

Que es mala determinación aprovechar las discordias entre los habitantes de una ciudad para asaltarla y ocuparla

Tanta era la desunión entre la nobleza y el pueblo en la república romana, que los veyenses, unidos a los etruscos, pensaron aprovecharla para acabar con Roma y, organizando un ejército, invadieron los dominios romanos. Envió el Senado contra ellos a Gn. Manlio y a M. Fabio, que llevaron sus tropas adonde estaban los veyenses, quienes, con frases injuriosas vituperaban y ofendían el nombre de Roma, llegando a tanto su temeridad e insolencia, que los romanos, dando al olvido sus disensiones, se unieron, libraron la batalla y los derrotaron.

Este ejemplo prueba cómo se engañan los hombres, según antes dijimos, al tomar una resolución, y cómo creen muchas veces ganar alguna cosa y la pierden. Juzgaron los veyenses que, si atacaban a los romanos desunidos, los vencerían, y su ataque ocasionó que se unieran y los derrotasen. La causa de la desunión en las repúblicas nace muchas veces del odio que sigue a la paz, y el motivo de la unión, del miedo a la guerra. Si los veyenses hubieran sido astutos, pensaran menos en la guerra cuanto mayor fuera la desunión entre los romanos, procurando, con las artes de la paz, someterlos. El modo de conseguir esto es inspirar confianza a los parciales de cada bando y ofrecer tu mediación mientras no llegan a las armas. Cuando esto sucede, ayudar algo a la parte más débil a fin de mantener la lucha y que ésta cause la ruina de unos y otros, sin presentar grandes fuerzas que les hagan sospechar tus propósitos de opresión y tus deseos de llegar a ser su rey. Observando esta conducta conseguirás el fin que ambicionas.

La ciudad de Pistoia, citada en otro capítulo y con otro objeto, se sometió a la república de Florencia por estos medios. Dividida en bandos, los florentinos favorecían alternativamente a uno u otro, cuidando de no destruir ninguno, y así la llevaron al extremo de que, cansada de aquella vida de desórdenes, se echó voluntariamente en brazos de Florencia.

Nunca han influido tanto los florentinos en Siena como cuando les han hecho pocos y pequeños favores a cualquiera de sus bandos, pues al querer auxiliarlos con grandes, todos los sieneses se unían para defender el régimen existente.

Añadiré a los anteriores otro ejemplo. Aprovechando las discordias de los florentinos, les declaró varias veces la guerra Felipe Visconti, duque de Milán, y siempre fue vencido, hasta el punto de decir, quejándose de sus fracasos, que las locuras de los florentinos le habían hecho gastar inútilmente dos millones de oro.

En suma; lo veyenses y los etruscos engañáronse en sus propósitos, como ya hemos dicho, y en una sola batalla fueron dominados por Roma. De igual suerte se engañará siempre quien por tales vías y en parecidas circunstancias crea poder subyugar un pueblo.

CAPÍTULO XXVI

Las injurias e improperios engendran odio contra quien las emplea y no le producen utilidad alguna

Creo que una de las mejores reglas de prudencia que pueden usar los hombres es la de abstenerse de injurias y amenazas de palabra, porque ninguna de ambas cosas quita fuerza al enemigo. En cambio, aquéllas engendran contra ti odio, y éstas le obligan a ser más cauto y a emplear mayor industria en tu ofensa.

Bien se ve esto en el ejemplo de los veyenses, de quienes hemos hablado en el anterior capítulo. No contentos con causar a los romanos los males de la guerra, añadieron a ellos frases injuriosas cuyo uso deben prohibir los jefes prudentes a sus soldados, porque enardecen al enemigo y lo excitan a la venganza, sin quitarle, como he dicho, los medios de ofender; de manera que la injuria es un arma que se vuelve contra quien la emplea.

De esta verdad hubo un ejemplo notable en Asia. Sitiaba Amida el general persa Gabade, y, cansado de la duración del asedio, determinó no continuarlo y marcharse. Cuando levantaba el campamento, los habitantes de la ciudad acudieron a las murallas ensoberbecidos con la victoria, y no omitieron ninguna clase de injuria, vituperando y acusando de cobardía al enemigo. Irritado, Gabade mudó de propósito, y volviendo al asedio por la indignación que le produjeron las ofensas, a los pocos días tomó y saqueó la ciudad.

Esto mismo sucedió a los veyenses, los cuales, como he dicho, no creyendo bastante hacer la guerra a los romanos, los injuriaban de palabra e iban hasta las empalizadas de su campamento para insultarlos, irritándolos más con las palabras que con las armas; de modo que los soldados que al principio combatían de mala gana, obligaron a los cónsules a dar la batalla y, según referí, sufrieron los veyenses la pena de su imprudente audacia.

Deben, pues, los buenos generales y los buenos gobernadores de las repúblicas prohibir el uso de injurias e improperios, lo mismo entre ciudadanos que entre militares; lo mismo en la población que en el ejército; lo mismo entre sí que contra el enemigo, porque contra el enemigo producen los resultados ya dichos, y entre sí tienen peores consecuencias si no se cuida de reparar inmediatamente sus efectos, como lo hacen siempre las personas sensatas.

Cuando las legiones romanas dejadas en Capua conspiraron contra los capuanos, como en su lugar se dirá, la conjura produjo una sedición que apaciguó Valerio Corvino, y entre las cláusulas del convenio que se hizo, una fue la de imponer penas gravísimas a los que se atrevieran a censurar a aquellos soldados por la sedición.

Durante la guerra contra Aníbal fue nombrado Tiberio Graco general de los esclavos que los romanos, a falta de hombres libres, habían armado, y una de las primeras cosas que ordenó fue la de castigar con pena capital a quien echase en cara a cualquiera de ellos su estado de esclavitud. Tan dañoso consideraron los romanos vilipendiar a los hombres o acusarles de algo vergonzoso, porque no hay cosa que más enardezca los

ánimos, ni cause mayor indignación como las injurias dichas en serio o en burla: *Nam facetice asperæ, quando nimium ex vero traxere, acrem, sui memoriam relinquunt.*[193]

---

193 «Porque las burlas crueles, cuando tienen bastante de verdad, dejan amarga memoria.»

CAPÍTULO XXVII

Los príncipes y las repúblicas prudentes deben contentarse con vencer, porque muchas veces, por querer más, se pierde todo

El usar palabras ofensivas contra el enemigo nace las más de las veces de la soberbia que la victoria engendra o de la falsa esperanza de vencer, falsa esperanza que hace errar a los hombres no sólo en lo que dicen, sino también en lo que hacen, porque al penetrar en su corazón les hacen traspasar los justos límites y perder con frecuencia la ocasión de conseguir un bien seguro por ambicionar otro mayor, pero incierto.

Asunto es este que merece seria consideración, por ser frecuentes los errores de los hombres con daño propio y de su patria, y creo que debo tratarlo especialmente con ejemplos antiguos y modernos, porque con razonamientos no podría demostrarlo de un modo evidente.

Cuando Aníbal derrotó a los romanos en Cannas, envió comisionados a Cartago para dar cuenta de su victoria y pedir recursos. Discutiose mucho en el Senado sobre lo que debía hacerse. Hannón, anciano y prudente ciudadano cartaginés, aconsejó que se aprovechara la victoria hábilmente para ajustar la paz, pues, como vencedor, se obtendría con condiciones ventajosas, y no esperar a tenerla que pedir como vencido; porque el propósito de los cartagineses era demostrar a Roma que tenían fuerzas y medios para combatirla y, conseguido el triunfo, no se debía desaprovechar esta ventaja por la esperanza de otro mayor. Rechazose el consejo y el Senado cartaginés comprendió lo bueno que era cuando pasó la oportunidad de seguirlo.

Había conquistado ya Alejandro todo el Oriente, cuando la república de Tiro, célebre en aquellos tiempos y poderosa por tener su capital asentada en islotes como Venecia, viendo la grandeza de Alejandro, le envió embajadores para decirle que querían ser buenos servidores suyos y prestarle la obediencia que deseaba; pero que no lo recibirían ni a él ni a su ejército en el territorio de la república. Indignado Alejandro porque una ciudad le cerrara las puertas cuando todo el mundo se las había abierto, despidió a los embajadores, rechazando sus condiciones, y mandó sitiar Tiro. Edificada ésta, según he dicho, sobre islotes, estaba provista de los víveres y municiones necesarios para la defensa; de manera que, después de cuatro meses de asedio, comprendió Alejandro que le entretenía aquel sitio más tiempo que sus muchas anteriores conquistas, sin ganar mayor fama, y determinó hacer un convenio con Tiro, concediéndole lo mismo que los embajadores de esta ciudad habían ofrecido antes. Pero, enorgullecidos los sitiados, no sólo rehusaron aceptar el ofrecimiento, sino que además mataron a los comisionados para parlamentar. La indignación de Alejandro fue entonces tan grande que, apretando el asedio, tomó y arruinó la ciudad y mató o esclavizó a sus habitantes.

Vino en 1512 un ejército español a los dominios florentinos para restablecer a los Médicis en Florencia e imponer tributos a la ciudad. Llamáronlo algunos florentinos, prometiéndole que, al entrar en las tierras de su patria, empuñarían las armas en su favor; llegó a la llanura, y nadie se sublevó. Por carecer de víveres intentaron los españoles un

convenio; pero, ensoberbecido el pueblo de Florencia, no lo aceptó, ocasionando la perdida de Prato y la ruina del Estado.

El mayor error que pueden cometer los príncipes que se ven atacados por fuerzas muy superiores a las suyas desde hace largo tiempo, es, por tanto, negarse a un acuerdo, sobre todo si se lo ofrecen, porque las proposiciones no serán tan duras que no favorezcan de algún modo a quien las acepta, y en tal sentido se interpreten como una victoria suya.

Debió bastar al pueblo de Tiro que Alejandro aceptara las condiciones que primero rehusó, y era para aquél una brillante victoria obligar a tan grande hombre con las armas en la mano a condescender con su deseo. Debió bastar también al pueblo florentino, y también era una victoria, que el ejército español cediera en algunas de sus pretensiones y no realizase todos sus propósitos, que eran tres: cambiar el régimen de gobierno en Florencia, separarla de la alianza francesa y obligarla a dar dinero. Con ofrecerle de estas tres cosas las dos últimas, hubiera quedado al pueblo una, la de conservar su forma de gobierno. Teniendo este honor y esta satisfacción, no debió cuidarse de los otros dos propósitos, puesto que mantenía su independencia; ni aun esperando como segura mayor victoria, exponer a los caprichos de la fortuna sus últimos recursos, cosa que sin extrema necesidad, no hace ninguna persona prudente.

Llamado por los cartagineses para socorrer a su patria, partió Aníbal de Italia después de estar en ella diez y seis años victorioso. Encontró a Sífax y a Asdrúbal derrotados, perdido el reino de Numidia, reducido el poder de Cartago a las murallas de la ciudad, y sin más medios de resistencia que el ejército a sus órdenes. Conociendo que era éste el último recurso de su patria, no quiso arriesgarlo inmediatamente sin intentar antes otros remedios. No se avergonzó de pedir la paz, juzgando que si había salvación para Cartago era en la paz y no en la guerra, y cuando los romanos la negaron dio la batalla, casi seguro de perderla, por si la fortuna le favorecía o, en caso contrario, sucumbir gloriosamente.

Si Aníbal, que era tan valeroso y tenía intacto su ejército, procuró primero la paz que la guerra, cuando vio que de la pérdida de una batalla dependía la libertad de su patria, ¿qué deben hacer los de menos valor y menos experiencia que él? Pero los hombres cometen la falta de no limitar sus esperanzas, y, fundándose en ellas, sin atender a otras condiciones, llegan a la ruina.

CAPÍTULO XXVIII

De lo peligroso que es para una república o un príncipe no castigar las ofensas hechas a los pueblos o a los particulares

Lo que causa indignación a los hombres se conoce fácilmente por lo que sucedió a los romanos cuando enviaron a los tres Fabios de embajadores a los galos que venían a atacar Etruria y especialmente Clusium. Había pedido esta ciudad auxilio a Roma, la cual encargó a sus embajadores que dijeran a los galos, en nombre del pueblo romano, que se abstuvieran de guerrear contra los etruscos.

Llegaron los Fabios en el momento en que se iba a dar la batalla entre galos y etruscos, y siendo más a propósito para los hechos que para las palabras, se unieron a éstos y pelearon contra aquéllos. Reconocidos por los galos, toda su indignación contra los etruscos la convirtieron contra los romanos, y fue aún mayor porque, habiendo enviado embajadores al Senado de Roma para quejarse de esta ofensa, pidiendo que como reparación de ella les entregaran a los Fabios, no sólo no se los dieron, ni les castigaron de ningún otro modo, sino que en las elecciones hechas entonces por los comicios fueron nombrados tribunos con potestad consular. Viendo los galos recompensados a los que merecían castigo, juzgaron que esto se hacía por menosprecio a ellos, y llenos de indignación y de ira atacaron a Roma y la tomaron, excepto el Capitolio. Motivo de esta desdicha de los romanos fue su inobservancia de la justicia, porque, habiendo violado sus embajadores el derecho de gentes y debiendo ser castigados, fueron premiados.

Los príncipes y las repúblicas deben, pues, procurar que no se cometan tales ofensas, ni contra los pueblos, ni contra los particulares; porque si un hombre es gravemente ofendido por un Estado o un individuo y no obtiene la reparación que juzgue necesaria, si es ciudadano de una república, procura vengarse aunque sea a costa de la ruina de su patria, y si súbdito de un príncipe, y tiene alguna altivez, no quedará satisfecho hasta que de algún modo se haya vengado de él, aun a costa de su propia vida.

El mejor y más elocuente ejemplo de esto que digo es el de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro. Había en su corte un hermoso y noble joven llamado Pausanias, de quien se enamoró Atalo, uno de los personajes más importantes del reino. Solicitó éste repetidas veces a Pausanias para que accediera a sus deseos y, rechazado siempre por el joven, determinó conseguir por engaño y fuerza lo que de otro modo le era imposible. Al efecto, organizó un espléndido banquete al que acudieron Pausanias y muchos otros señores ilustres. Cuando todos habían comido y bebido en abundancia, hizo sujetar a Pausanias, conducirlo a una estancia secreta, y allí, no sólo satisfizo por medio de la violencia su liviandad, sino que, para mayor ignominia, hizo que muchos otros de los convidados lo atropellaran de igual modo.

De esta gravísima ofensa quejose muchas veces Pausanias a Filipo, quien, entreteniéndole durante algún tiempo con la esperanza de vengarle, no sólo no lo hizo, sino que dio a Atalo el gobierno de una provincia de Grecia. Viendo Pausanias a su

enemigo premiado en vez de castigado, indignose, no tanto contra quien lo había injuriado como contra Filipo, que le dejó sin venganza, y en un día solemne, el de las bodas de la hija de Filipo con Alejandro, rey de Epiro, cuando Filipo iba a celebrarlas al templo entre los dos Alejandros, su hijo y su yerno, lo asesinó.

Este ejemplo, parecido al de los romanos, demostrará a los gobernantes que a ningún hombre se le debe menospreciar hasta el punto de creer que, por injuriado que sea, no pensará en vengarse a costa de los mayores peligros, aun el de perder la vida.

CAPÍTULO XXIX

La fortuna ciega el ánimo de los hombres cuando no quiere que éstos se opongan a sus designios[194]

Si se considera bien cómo proceden las cosas humanas, se verá que muchas veces ocurren hechos y accidentes que los cielos[195] impiden prever. Habiendo sucedido esto en Roma, donde había tanto valor, tanta religiosidad y tan buenas instituciones, no es maravilla que ocurra con mayor frecuencia en ciudad o Estado faltos de tales condiciones.[196]

Prueba esto la omnipotencia del cielo en las cosas humanas, y Tito Livio procura demostrarlo en largo y elocuente discurso, diciendo que, por querer el cielo para algún designio suyo que los romanos conocieran su poder, hizo que los Fabios, enviados como embajadores a los galos, cometieran la falta ya dicha, que ocasionó la guerra contra Roma; determinó después que en esta guerra no hicieran los romanos cosa alguna digna de este gran pueblo, pues primero ordenaron el destierro a Ardea[197] de Camilo, quien era el único remedio a tanto mal; después, cuando los galos estaban ya en marcha sobre Roma, los mismos que para contener el ímpetu de los volscos y de otros infinitos enemigos habían nombrado muchas veces un dictador, no lo nombraron en esta ocasión; la recluta de los soldados fue escasa y tardía, siendo tan remisos para empuñar las armas, que apenas llegaron a tiempo de encontrar a los galos juntos al río Allia, a diez millas de Roma. Allí asentaron los tribunos el campamento sin ninguna de las acostumbradas precauciones, no examinando primero el terreno, no rodeándolo de fosos y parapetos, no practicando, pues, nada de lo que aconseja la prudencia divina o humana. Al dar la batalla, las líneas eran de escasa profundidad, de suerte que ni soldados ni capitanes hicieron nada digno de la disciplina romana. No se derramó sangre en la batalla, porque los romanos huyeron al ser atacados, dirigiéndose la mayoría a Veyes y los demás a Roma, donde, sin entrar en sus casas, se refugiaron en el Capitolio. En vista de ello, el Senado ni pensó en la defensa de Roma ni siquiera mandó cerrar las puertas de la ciudad; unos senadores huyeron y los otros se encerraron en el Capitolio. Mejor orden emplearon en la defensa de éste, porque no lo llenaron de gente inútil y acumularon en él cuantos víveres pudieron para resistir el asedio. De la turba inútil de viejos, mujeres y niños, la mayoría huyó a las poblaciones circunvecinas y el resto quedó en Roma presa de los galos. Así pues, quien hubiese leído las cosas hechas por aquel pueblo tantos años antes y leyera después lo que sucedió entonces, no podría creer que se trataba del mismo pueblo. La descripción de tales desórdenes la termina Tito Livio, diciendo: *Adeo obcæcat animos fortuna, cum vim suam ingruentem refringi non vult.*[198]

Esta deducción es certísima. Los hombres que viven ordinariamente en la mayor prosperidad o en la mayor desventura merecen menos[199] de lo que se cree alabanzas o censuras.[200] La mayoría de las veces[201] se les verá caer en la desgracia o ascender a la mayor fortuna impulsados por una fuerza superior a ellos, que procede del cielo y que les

da o quita la ocasión de mostrar su virtud.[202] Cuando la fortuna quiere que se realicen grandes cosas, elige un hombre de tanta inteligencia y tanto valor, que comprenda y aproveche la ocasión que le presenta. De igual manera, cuando quiere producir grandes ruinas presenta en primer término hombres que ayuden a realizarlas, y si hubiera alguno capaz de impedirlas, o lo mata o le priva de los medios de ejecutar bien alguno.

Adviértase muy bien en estos sucesos que la fortuna, para engrandecer a Roma e impulsarla a su venidera gloria, juzgó necesario sufriese este descalabro (que narraremos al principio del siguiente capítulo), pero no quiso arruinarla por completo.[203] Para esto hizo que Camilo fuera desterrado y no muerto, que los galos se apoderasen de Roma, pero no del Capitolio; que los romanos nada hicieran de provecho para defender la ciudad, ni descuidaran nada para la defensa del Capitolio; que, para facilitar la ocupación de Roma, la mayoría de los soldados derrotados en el Allia huyeran a Veyes, privando así a Roma de todos los medios de defensa. Al mismo tiempo que arreglaba así las cosas, preparaba lo necesario para recobrar la ciudad, pues al efecto condujo a Veyes un ejército entero y puso a Camilo en Ardea, para que las tropas romanas, a las órdenes de un general que ninguna parte había tenido en la vergonzosa derrota de Allia y mantenía incólume su reputación, pudieran hacer frente al enemigo y reconquistar la patria.

Podrían aducirse ejemplos modernos en confirmación de lo expuesto, pero no lo juzgo necesario, bastando el de los romanos. Afirmo una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte.[204]

---

[194] Dentro de todos los *Discursos*, exceptuando alguna referencia suelta fatalista, éste es el capítulo largo dedicado a la fortuna más determinista. Desde luego, no se trata de un texto puramente fatalista pues, a pesar de sus palabras iniciales, se centra casi exclusivamente en la esfera política. Además, como G. Sasso, *Niccolò Machiavelli. Storia del suo pensiero politico*, Bolonia, Il Mulino, 1980, ha indicado, el capítulo cuenta, en sus últimos párrafos, con un concepto final de fortuna mucho menos determinista y más «intermedio».

[195] Según Inglese, hay que identificar este concepto de cielo con la fortuna, y ambos con el movimiento natural de las cosas, tal como defendía la cultura hermético-astrológica.

[196] Como se ve, el discurso de la fortuna se mantiene en un terreno puramente político, la acción de Roma.

[197] Ciudad del Lazio, a unos treinta y cinco kilómetros de Roma y vecina de la costa mediterránea. Según Marcial, había recibido este nombre por las elevadas temperaturas que se alcanzaban.

[198] «La fortuna ciega el entendimiento, porque no quiere que se detenga su violencia.»

[199] En este «menos», Inglese encuentra, incluso en este punto, una teoría no determinista de la fortuna.

[200] Los hombres, por tanto, tan sólo serían responsables en las situaciones «intermedias».

[201] En esta expresión «mayoría de las veces» *(il piú delle volte)*, señala Inglese que se comprueba el deseo de Maquiavelo de no concluir con excesiva rigidez.

202 Parece que la ocasión ya no ocupa un lugar intermedio sino que es propiedad exclusiva de la fortuna.

203 Muestra aquí la fortuna su proverbial carácter caprichoso y no sólo su amenaza para la libertad del hombre. Inglese considera, sin embargo, que en este capítulo Maquiavelo, tras haber escrito casi treinta capítulos muy confiados en la acción de la virtud, ofrece una imagen contrastante que adelanta la teoría intermedia *(riscontro)* y verdadero punto final de la discusión. De modo diferente, Bausi considera, sin embargo, que el fatalismo de estos primeros párrafos lo aleja no sólo de *El príncipe*, sino también de otros capítulos de este libro.

204 Este párrafo final es el intermedio y la «brillante contradicción», según Sasso, respecto del resto del capítulo. En este último párrafo se vuelve a dar una imagen más intermedia. Ya no es la fortuna la que lo hace todo, que antes escogía el momento del éxito y el hombre que se encargaría de esta situación, sino que el hombre se enfrentaría ante un mundo general dominado por la fortuna en el que él sería responsable de su última decisión.

CAPÍTULO XXX

Las repúblicas y los príncipes verdaderamente poderosos no adquieren aliados por dinero, sino con el valor y la reputación de su fuerza

Estaban los romanos sitiados en el Capitolio, y aunque esperaban el socorro de las tropas reunidas en Veyes y las de Camilo, agobiados por el hambre empezaron a negociar con los galos para liberarse mediante una cantidad de oro; pero mientras convenían en ella y se estaba pesando el oro, llegó Camilo con su ejército, cosa dispuesta por la fortuna, dice Tito Livio, para que los romanos no se vieran rescatados por dinero. Esto no sólo es de notar en el caso citado, sino en todos los demás de la historia de la república romana, donde se ve que jamás hizo conquistas con dinero, ni la paz por dinero, sino por el valor de sus soldados, lo que no creo haya ocurrido a ninguna otra república.

Una de las señales para conocer el poderío de un Estado es su manera de vivir con sus vecinos. Cuando se arregla de modo que éstos, para conservar su amistad, le pagan tributos, seguramente el Estado es poderoso. Si sus vecinos, aun siendo inferiores en fuerza, le sacan dinero, la prueba de su debilidad es evidente.

Léase toda la historia romana y se verá que los marselleses, los eduos, los de Rodas, el siracusano Hierón, los reyes Eumenes y Masinisa, vecinos todos de los dominios de Roma, para que no les faltase la amistad de esta república, contribuían a sus gastos y a sus necesidades con tributos, sin otra recompensa que su protección.

Lo contrario sucede a los Estados débiles. Empezando por el nuestro de Florencia, en los pasados tiempos, cuando era mayor su esplendor, no había potentado en la Romaña a quien no diera pensión, y las daba también a los de Perugia, a los de Castello y a todos sus demás vecinos. De estar la república florentina armada y poderosa, hubiese sucedido lo contrario; pues, por acogerse a su protección, todos le hubieran dado dinero, procurando comprar la amistad de Florencia, en vez de venderle la suya.

Y no sólo a los florentinos se les debe censurar esta cobardía, sino también a los venecianos y al rey de Francia, quien, poseyendo un reino tan grande, es tributario de los suizos y del rey de Inglaterra. La causa de ello es tener desarmado al pueblo y preferir el citado rey y las repúblicas mencionadas la presente ventaja de poderlo oprimir y de evitar un peligro más imaginario que real, a hacer cosas encaminadas a la seguridad y felicidad perpetua del Estado. Esta política débil produce la paz durante algunos años; pero ocasiona, andando el tiempo, necesidades, daños y ruina irremediables.

Larga tarea sería referir las veces que los florentinos, los venecianos y el rey de Francia han comprado la paz por dinero; en cuántas ocasiones se han sometido a la ignominia que sólo en una estuvieron los romanos a punto de sufrir. También sería largo nombrar las plazas y comarcas que florentinos y venecianos han adquirido por dinero; sistema que origina grandes desórdenes, porque lo que se conquista con oro no se sabe defender con hierro.

Observaron los romanos esta política generosa y este modo de vivir mientras fueron libres; pero al caer bajo el dominio de los emperadores, y cuando éstos empezaron a ser

malos y a preferir la sombra al sol, comenzaron también a rescatarse por dinero, ora de los partos, ora de los germanos, ora de otros pueblos limítrofes, lo cual fue origen de la ruina del Imperio. Este mal procedió de haber desarmado sus pueblos, y engendraba otro mayor, cual es que, cuando el enemigo más avanza en el interior de tus Estados, más débil te encuentra; porque quien vive de este modo, maltrata a los súbditos del interior de su imperio para mantener hombres que en las fronteras contengan al enemigo, y a fin de tenerlo más alejado, necesita dar pensiones a los señores y a los pueblos limítrofes. Así las cosas, se hace alguna resistencia en las fronteras; pero si el enemigo las traspasa, no quedan medios de contenerlo. Esta conducta es contraria a toda buena organización, pues lo que se debe tener armado es el corazón, la parte vital, y no las extremidades, que sin éstas se vive, pero la herida en el corazón mata. Los imperios organizados según hemos dicho, arman sus pies y sus manos y dejan el corazón sin defensa.

Esta viciosa organización se ha visto y se ve hoy día en Florencia, pues cuando cualquier ejército pasa las fronteras y se acerca al corazón de la república, no encuentra ninguna resistencia.

Hace pocos años que los venecianos dieron igual prueba de flaqueza, y se hubiera visto el fin de su ciudad de no estar rodeada por el agua. Esta inexperiencia no es tan frecuente en Francia, por ser éste un gran reino y haber pocos que le superen en fuerza. Sin embargo, cuando los ingleses en 1513 invadieron Francia, el temor fue tan general, que lo mismo el rey que los súbditos juzgaban posible la pérdida de la independencia con sólo perder una batalla.

Lo contrario sucedía a los romanos, pues cuanto más se acercaba el enemigo a Roma, tanta mayor era la resistencia que encontraba; y a la llegada de Aníbal a Italia se vio que, después de tres derrotas y de la muerte de tantos capitanes y soldados, no sólo pudieron contenerlo, sino vencerle. Tenían bien armado el corazón y se cuidaban poco de las extremidades, porque los fundamentos de su poder eran Roma, el pueblo latino, sus aliados en Italia y sus colonias, de donde sacaban tantos soldados que fueron bastantes para conquistar y dominar el mundo. Prueba de esta verdad es la pregunta que hizo el cartaginés Hannón a los enviados de Aníbal después de la victoria de Cannas. Ponderaban éstos lo hecho por Aníbal, cuando les preguntó Hannón si alguno del pueblo romano había venido a pedir la paz y si alguna de las ciudades latinas o de las colonias se había rebelado contra los romanos. Respondieron negativamente, y replicó Hannón: «Pues en tal caso, la guerra, está como al comenzarla».

Demuestran, pues, las consideraciones expuestas cuán diverso es el modo de proceder entre las repúblicas modernas y las antiguas, y esto explica las milagrosas pérdidas y las milagrosas conquistas; porque donde los hombres tienen escaso valor y poca prudencia, muestra la fortuna su poder; y, como ésta es variable, cambian frecuentemente los Estados y las repúblicas sometidos a su influencia, y continuarán variando mientras no aparezca alguno tan amante de los preceptos de la Antigüedad que domine a la fortuna, quitándole los medios de mostrar su extrema inconstancia.

CAPÍTULO XXXI

De lo peligroso que es dar crédito a los desterrados

Creo oportuno hablar aquí de lo peligroso que es dar crédito a los desterrados de su patria, cosa de que diariamente tienen que ocuparse los que gobiernan Estados, y puedo demostrarlo con un ejemplo memorable que trae Tito Livio en su historia, aunque no con este propósito.

Cuando Alejandro Magno entró con su ejército en Asia, Alejandro de Épiro, su tío y cuñado, vino con otro ejército a Italia, llamado por los desterrados de Lucania, quienes le hicieron creer que, mediante ellos, ocuparía toda esta provincia. Confiando en esta promesa llegó a Italia, y los desterrados lo mataron, por haberles prometido sus conciudadanos, como premio de esta muerte, levantarles el destierro.

Obsérvese, pues, cuán vanas son la fe y las promesas de los que están desterrados de su patria. En cuanto a la fe, no se debe perder de vista que en cualquiera ocasión pueden por otros medios que los que tú les des volver a sus casas, y, por tanto, que te abandonarán y se unirán a otros a pesar de sus promesas; y en cuanto a las facilidades que prometen y a las esperanzas que dan, debe tenerse en cuenta que su grandísimo deseo de volver a la patria les hace creer, naturalmente, muchas cosas falsas e inventar muchísimas. Lo que ellos creen y lo que inventan, te infunden esperanzas y realizas un gasto inútil y una empresa ruinosa.

En prueba de ello, basta añadir al ejemplo ya citado de Alejandro de Épiro el del ateniense Temístocles, que, por rebelde, tuvo que acogerse a la corte de Darío en Asia, e hizo tantas promesas para cuando quisiera atacar Grecia, que éste decidió emprender la campaña; pero no pudiendo Temístocles cumplirle lo ofrecido, o por vergüenza, o por temor al suplicio, se envenenó. Si un grande hombre como Temístocles cometió este error, calcúlese cuánto se equivocan los que, sin tener su talento y saber, se dejan arrastrar más fácilmente por la violencia de sus pasiones.

Deben, pues, los príncipes andar con tiento en acometer empresas aconsejadas por desterrados, porque las más de las veces sólo producen la vergüenza de un fracaso o daños gravísimos.

Como a veces se intenta tomar las plazas fuertes por sorpresa o por connivencias con los de dentro, creo oportuno hablar de ello en el siguiente capítulo, añadiendo los diferentes modos que usaban los romanos para conquistarlas.

CAPÍTULO XXXII

Diferentes sistemas de los romanos para tomar las plazas fuertes

Dedicados casi constantemente los romanos a la guerra, la hicieron siempre con toda clase de ventajas, tanto respecto a los gastos como a las demás cosas que a la milicia se refieren. Por ello, procuraban no sitiar las plazas fortificadas, juzgando que los gastos y las molestias superaban con mucho a la utilidad de tomarlas, y preferían apoderarse de ellas por cualquier otro sistema que el del asedio, hasta el punto de que, en tantas guerras durante tantos años, hay poquísimos ejemplos de sitios en regla.

Los dos modos que empleaban para tomar las fortalezas eran el asalto o la capitulación. El primero lo ejecutaban, o empleando sólo la fuerza de las armas, o ésta y la astucia. En el primer caso asaltaban las murallas sin romperlas previamente (a lo cual llamaban *aggredi urbem corona*), porque rodeaban la población con todo el ejército y atacaban a la vez el recinto por todas partes, ocurriendo muchas veces que al primer asalto se apoderaban de la plaza, aunque fuera fortísima. Así tomó Escipión Cartagena, en España. Cuando el asalto no era suficiente, procedían a romper las murallas con arietes y otras máquinas de guerra, o hacían minas por las cuales entraban en la ciudad (así tomaron la de Veyes), o, para igualarse en altura con los que defendían las murallas, construían torres de madera o terraplenes apoyados por su parte exterior en las murallas. Contra el primer medio de ataque, cuando la plaza era asaltada por todos lados, defendíanse con sumo peligro los sitiados, y era muy dudoso su triunfo, porque, necesitando tener en toda la muralla bastantes defensores, o no los había para luchar y relevarse unos a otros o, de haberlos, no eran todos de igual valor para resistir y, forzado un solo punto, perdíanse los demás.

Sucedía muchas veces, como he dicho, que esta forma de ataque tenía feliz éxito; pero si eran rechazados en el asalto no lo repetían, por ser peligroso para el ejército, a causa de tener que distribuir sus fuerzas en grande espacio y quedar débil para resistir una salida de los sitiados por un solo punto, además de lo que cansaban y desordenaban las tropas. Solían, pues, intentarlo una sola vez y por sorpresa.

El ataque de las máquinas para abrir brecha en las murallas se resistía, como ahora, haciendo parapetos interiores, y a las minas se oponían las contraminas, impidiendo la entrada del enemigo o por fuerza, o cerrándole el paso en otras formas, una de las cuales era llenar toneles de plumas y pegarles fuego al meterlos en las minas; el humo pestilente hacía imposible entrar por ellas. Cuando el ataque era por medio de torres de madera, procuraban incendiarlas, y cuando por terraplenes, rompían la muralla por la parte inferior del punto en que éstos se apoyaban, metiendo por el agujero dentro de la plaza la tierra que los de afuera amontonaban, y así, el terraplén no aumentaba en altura.

Este género de ataque no se puede continuar largo tiempo, siendo preciso, si no tiene éxito pronto, o levantar el sitio y buscar otro medio de vencer en la guerra, como hizo Escipión cuando, al llegar a África, atacó Útica, no pudo tomarla y levantó el sitio para buscar y combatir al ejército cartaginés; o formalizar el sitio en regla, como hicieron los

romanos en Veyes, Capua, Cartagena, Jerusalén y otras plazas que de este modo ocuparon.

Ocurre la toma de las plazas por fuerza y astucia, cuando se tiene inteligencia con algunos de los sitiados. Así se apoderaron los romanos de Palepolí. Muchas veces los romanos y otros pueblos han intentado tomar fortalezas de este modo y pocos lo han conseguido, porque el más leve obstáculo desconcierta lo convenido y los obstáculos se presentan fácilmente, pues la conjura se descubre casi siempre antes de tener efecto, cosa no difícil por la falta de fidelidad entre los conjurados o por la casi imposibilidad de tramarla con un enemigo a quien no se le puede hablar sin justo motivo. Y aunque la conspiración no se descubra al tramarla, ocurren mil contrariedades al ejecutarla; porque el acudir un poco antes o un poco después del momento convenido, o cualquier ruido impensado, como el de los graznidos de los gansos del Capitolio, o un cambio en la forma habitual de vigilancia, o un error o una falta cualquiera, hace abortar la empresa. Añádase a esto la oscuridad de la noche, más temerosa para los que tienen que pelear en las tinieblas que cualquier otro peligro, y si desconocen los soldados las condiciones del sitio por donde han de ir, se confunden, aturden y acobardan por el más pequeño y fortuito accidente, bastando una sombra para ponerlos en fuga.

Nunca hubo capitán tan experto en esta clase de ataques sigilosos y nocturnos como Arato Sicioneo, tan bravo en ellos como pusilánime en los combates en pleno día y campo abierto. Esto debe atribuirse a un talento especial suyo, mejor que a la facilidad de realizar tales empresas, por ser muchas las que se intentan, pocas las que se practican y poquísimas las que tienen buen éxito.

En cuanto a las plazas que se entregan, preciso es distinguir si lo hacen voluntariamente o por fuerza. En el primer caso, si es por alguna necesidad exterior que les obliga a someterse al poder de otro, como lo hizo Capua con los romanos, o por deseo de ser bien gobernadas, induciéndoles a ello el ejemplo del buen gobierno que un príncipe tiene en los pueblos puestos bajo su dirección, como hicieron los de Rodas, los marselleses y tantos otros pueblos que voluntariamente se sometieron a los romanos.

En cuanto a la rendición forzada, o es término de un largo asedio, como ya he dicho, o la producen las continuas correrías, depredaciones y otros daños de que sólo se pueden librar entregándose. De todos los sistemas, éste fue el que con más frecuencia usaron los romanos, empleando cuatrocientos cincuenta años en gastar las fuerzas de sus vecinos con continuas correrías y batallas, y en adquirir sobre ellos, por medio de tratados, todas las ventajas posibles, como ya dijimos. Los demás medios de agresión también los usaron; pero, encontrando en ellos algo peligroso o inútil, prefirieron constantemente aquél, porque en los asedios hay pérdida de tiempo y de dinero, en los asaltos, duda del éxito y peligro, y en las inteligencias con algunos de los sitiados, incertidumbre. Vieron prácticamente que una batalla ganada les daba en un día un reino, y en tomar por asedio una plaza obstinada en defenderse consumían muchos años.

CAPÍTULO XXXIII

Los romanos daban a los generales de sus ejércitos completa libertad para dirigir las operaciones militares

Creo que deben tenerse en cuenta, si se lee con fruto la historia de Tito Livio, las reglas de conducta del pueblo y del Senado romano, y entre las muchas cosas dignas de estudio figura la extensión de la autoridad concedida a los cónsules, dictadores y demás generales de sus ejércitos, que era grandísima, no reservándose el Senado sino el derecho de declarar la guerra o de confirmar la paz. Todo lo demás quedaba al arbitrio y bajo la potestad del cónsul. Porque acordada por el Senado y el pueblo una guerra como, por ejemplo, la de los latinos, todos los detalles de la ejecución correspondían al cónsul, que podía dar una batalla o no darla, sitiar una plaza u otra según lo estimara conveniente.

Prueban esta libertad de acción muchos ejemplos, y especialmente lo ocurrido en una expedición contra los etruscos; porque habiéndoles vencido el cónsul Fabio cerca de Sutrium,[205] y determinando después pasar con el ejército la selva Cimina para internarse en Etruria, ni pidió consejo al Senado, ni siquiera le notificó su proyecto, a pesar de que se empeñaba en una campaña incierta y peligrosa, por ser en tierra desconocida. Demuestra la verdad de esto el acuerdo del Senado, contrario al proyecto de Fabio, pues, al saber la victoria del cónsul, sospechando que quisiera atravesar la citada selva de Etruria, y creyendo que no debía intentarse tal cosa ni exponerse a aquel peligro, le envió dos legados para decirle que no se internara en Etruria. Llegaron éstos cuando ya había atravesado la selva y alcanzado otra victoria, y los que fueron para impedir la guerra volvieron como mensajeros de las conquistas hechas y de la gloria adquirida.

Bien examinada esta conducta, debe reconocerse que es prudentísima, porque si el Senado hubiese querido que el cónsul obrara en la guerra conforme a detalladas y continuas instrucciones suyas, lo hacía menos circunspecto y menos activo, por parecerle que la gloria de la victoria no era sólo de él, sino en participación con el Senado, a cuyos consejos se había atenido. Además, el Senado se entrometería a aconsejar en asuntos para él desconocidos, pues aunque en él todos eran peritísimos en la guerra, cuando no se está en el ejército y no se saben los infinitos detalles de momento indispensables para aconsejar bien, se cometen muchos errores. Por esto quisieron que el cónsul obrara por sí y que la gloria fuera exclusivamente suya, juzgando que el deseo de adquirirla sería el mejor aliciente para que obrase bien.

Hago notar esta conducta con el mayor cuidado, porque veo que las repúblicas actuales, como la veneciana y la florentina, se portan de otro modo, y si sus generales, proveedores o comisarios tienen que emplazar una batería, quieren saberlo antes y decirlo. Sistema tan digno de alabanza como los demás que practican; todos los cuales las han traído a la situación en que ahora se encuentran.

[205] Actual Sutri, en la provincia de Viterbo, a unos cincuenta kilómetros de Roma. Tito Livio la considera una de las llaves de Etruria.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO 1

Cuando se quiere que una religión o una república tengan larga vida, es preciso restablecer con frecuencia su primitivo estado

Es evidente que la existencia de todas las cosas de este mundo tiene término inevitable; pero sólo cumplen toda la misión a que el cielo generalmente las destina las que no desorganizan su constitución, sino, al contrario, la mantienen tan ordenada que no se altera, o si se altera, no es en su daño.[206] Y refiriéndome a cuerpos mixtos,[207] como son las repúblicas o las sectas religiosas, afirmo que son saludables las alteraciones encaminadas a restablecerlas en sus principios originales. Por eso están mejor constituidas y gozan de más larga vida las que en sus propias instituciones tienen los medios de frecuente renovación o la consiguen por accidentes extraños al régimen habitual de su existencia.

También es una verdad más clara que la luz del día que, de no renovarse estos cuerpos, perecen. La renovación sólo puede hacerse, como he dicho, volviendo a las primitivas instituciones,[208] porque los principios de las religiones, repúblicas y reinos, por necesidad contienen en sí algo bueno en que fundan su primer prestigio y su primer engrandecimiento, y como con el transcurso del tiempo aquella bondad se corrompe, si no ocurre algo que la vivifique, por necesidad mata el organismo que animaba. Por eso dicen los médicos hablando del cuerpo humano: *Quod quotidie aggregatur aliquid, quod quandoque indiget curatione.*[209]

El restablecimiento de las primitivas instituciones, hablando de una república, lo produce un suceso exterior, o es efecto de la prudencia de los ciudadanos. Ejemplo de lo primero fue la toma de Roma por los galos, cosa necesaria para que la república renaciese con nueva vida y virtud, restableciendo la observancia de la religión y de la justicia, que comenzaba a decaer; y bien lo da a entender Tito Livio en su historia, cuando dice que al enviar el ejército contra los galos y al nombrar los tribunos con potestad consular, no observaron los romanos ninguna de las ceremonias religiosas. De igual manera no sólo dejaron de castigar a los tres Fabios que, faltando al derecho de gentes, combatieron contra los galos, sino que los nombraron tribunos. Debe suponerse, pues, que empezaban a hacer de las buenas instituciones de Rómulo y otros príncipes sensatos, menos caso del que es conveniente y necesario para mantener la libertad.

Fue, pues, oportuna esta derrota para reorganizar todas las instituciones del Estado, y para que los romanos comprendieran no sólo la necesidad de observar la religión y la justicia, sino también la de honrar a sus buenos ciudadanos, teniendo en cuenta más su virtud que las ventajas a que aspirasen con sus obras.

La lección fue aprovechada, porque inmediatamente de recobrada Roma fueron restablecidas las antiguas prácticas religiosas, castigados los Fabios, que habían

combatido *contra jus gentium*, y estimaron en tanto la virtud y el carácter de Camilo, que pusieron en sus manos la dirección de los intereses públicos, dando al olvido el Senado y los demás ciudadanos la envidia que les inspiraba.

Es indispensable, pues, a los hombres que viven en sociedad, bajo una organización cualquiera, restablecer con frecuencia las primitivas instituciones, y demuestran esta conveniencia sucesos exteriores o interiores. Los últimos son de dos clases: o defecto de una ley que obligue a los ciudadanos a dar con frecuencia cuenta de su conducta, o resultado de aparecer un hombre eminente que con sus ejemplos y sus valerosos esfuerzos produzca el mismo efecto que la ley. Renace, pues, el bien en una república, o por virtud de un hombre, o por virtud de una ley; y las leyes que renovaron en Roma las primitivas costumbres fueron las de la creación de los tribunos de la plebe, de los censores y todas las demás dictadas contra la ambición y la insolencia de los hombres.

Tales leyes exigen, para que produzcan los efectos deseados, el valor de un ciudadano que rigurosamente contrarreste el poder de los que las infringen. De este rigor fueron notables ejemplos, antes de la toma de Roma por los galos, la muerte de los hijos de Bruto, la de los decenviros, y la de Melio Frumentario: y después de la toma de Roma, la muerte de Manlio Capitolino, la del hijo de Manlio Torcuato, el castigo que Papirio Cursor impuso a Fabio, general de su caballería, y la acusación contra los Escipiones. Cuando ocurría alguno de estos terribles sucesos, por su extraordinaria importancia hacía renacer en los ciudadanos el respeto a las antiguas leyes, y cuando empezaron a ser raros, aumentó la corrupción de los hombres y con ella la resistencia tumultuosa a estos castigos y el peligro de imponerlos. De una a otra de estas penas ejemplares no debían transcurrir más de diez años, porque, pasado más tiempo, empiezan los hombres a variar de costumbres y a infringir las leyes; y si no ocurre algo que traiga a su memoria el castigo y a su ánimo el temor de sufrirlo, llega pronto a ser tan grande el número de delincuentes, que es peligroso castigarlos.

Decían a este propósito, los que han gobernado Florencia desde 1434 hasta 1494,[210] que se necesitaba recoger cada cinco años el poder; pues, de lo contrario, era muy difícil mantenerlo; y llamaban recoger el poder renovar en los hombres el terror y el miedo que, al apoderarse de la gobernación, les infundieron, castigando severamente a los que, según sus principios de gobierno, obraron mal. Pero como el recuerdo de estos castigos poco a poco se borra, los hombres se atreven a intentar cosas nuevas y a hablar mal del régimen establecido. Esto se evita restableciendo las bases primordiales de la gobernación.

En las repúblicas suele causar este efecto un ciudadano virtuoso, y no una ley que lo ordene. El ejemplo de sus virtudes influye tanto, que los buenos desean imitarle y los malos se avergüenzan de llevar vida opuesta a la suya. Produjeron especialmente en Roma tan buen resultado Horacio Coclés, Escévola, Fabricio, los dos Decios, Régulo Atilio y algunos otros que con sus raros ejemplos de virtud produjeron casi el mismo efecto que se consigue con leyes y ordenanzas. Y si los castigos que antes mencionamos, unidos a estos especialísimos ejemplos de virtud, se hubieran repetido cada diez años en aquella ciudad, seguramente jamás llegara la corrupción de sus costumbres; pero ésta fue aumentando a medida que aquéllos eran más raros. En efecto, después del de Marco

Régulo no hay otro ejemplo de extraordinaria virtud, y aunque Roma produjo a los dos Catones, medió tanto tiempo entre aquél y estos dos, y quedaron tan aislados, que les fue imposible hacer con su buen ejemplo ninguna obra buena, especialmente el último Catón, quien encontró la república tan corrompida, que no consiguió con su ejemplar vida hacer mejores a los ciudadanos.

Baste lo dicho respecto a las repúblicas.

En cuanto a las sectas religiosas, demuestra que esta renovación es indispensable el ejemplo de nuestra religión, que se hubiera extinguido completamente si san Francisco y santo Domingo no la hubiesen hecho retroceder hacia sus principios. Estos santos, con la pobreza y con el ejemplo de la vida de Cristo, la resucitaron en la mente de los hombres, donde había muerto. Las Órdenes franciscana y dominica que fundaron fueron bastante poderosas para impedir la ruina de la religión por las malas costumbres de prelados y de pontífices.

Viviendo pobremente, pero con gran influencia en el pueblo por medio del confesionario y del púlpito, aconsejaban ser dañoso para él oír murmuraciones o murmurar de los que gobernaban mal, debiendo vivir obediente a las instrucciones del clero, y si éstos cometen errores, dejar su castigo a Dios, con lo cual los gobernantes se portaban lo peor posible, por no creer en castigos que no veían. Este restablecimiento de la primitiva doctrina ha conservado y conserva la religión.[211]

También necesitan las monarquías esta renovación y restablecer por medio de leyes sus principios originales.

Estos buenos efectos adviértense especialmente en el reino de Francia, más observante de las instituciones y de las leyes que ningún otro. De la conservación del respeto a las instituciones y a las leyes cuidan los Parlamentos, especialmente el de París, renovando la observancia de cuando en cuando por medio de medidas ejemplares contra algún grande del reino o derogando disposiciones del rey. Se ha conservado hasta ahora dicho reino por la obstinada resistencia a los abusos de la nobleza; pero si alguna vez quedasen impunes sus desafueros y éstos se multiplicaran, el resultado sería, o la necesidad de corregirlos con gran riesgo, por el número y poder de los culpados, o la disolución del reino.

En resumen: lo más necesario en la vida social para una religión, monarquía o república, es devolverles el crédito que tuvieron en su origen, procurando conseguirlo por medio de buenas leyes o de buenos hombres y no por causa exterior; pues aun cuando ésta sea a veces óptimo remedio, como lo fue en Roma, es tan peligroso, que no se debe desear en modo alguno.[212]

Para demostrar cuánto contribuyeron los hechos de algunos ciudadanos particulares al engrandecimiento de Roma y los buenos resultados que en esta ciudad causaron, daré cuenta de ellos en este tercer libro, último de mis reflexiones sobre la primera década de Tito Livio.

De las acciones de los reyes que fueron grandes y notables no hablaremos: la historia las refiere extensamente, y sí sólo de lo que hicieron en provecho propio.

Empecemos por Bruto, padre de la libertad romana.

[206] Sólo recorren el camino previsto aquellos seres que mantienen el orden asignado por la naturaleza. Bausi indica que todo el comienzo de este capítulo está acompañado de imágenes médicas, práctica frecuente cuando se habla de las patologías de cualquier comunidad política.

[207] Para Inglese, sólo las asociaciones colectivas (organizaciones colectivas, como ciudades o religiones) son mixtas. Hay que tener en cuenta que la cosmología aristotélica, en sus diferentes versiones popular y académica, consideraba mixto y, por tanto, necesariamente corruptible, a todas las entidades sublunares y no sólo a las asociaciones colectivas.

[208] La renovación no se entiende como la aceptación de una nueva manera de organizarse sino como la vuelta a una esencia originaria, a la que casi como principio ontológico se le supone una cierta bondad.

[209] «Puesto que todos los días se añade algo que necesitará curación.»

[210] Se refiere a los Médicis. Bausi indica que es habitual que no los nombre directamente.

[211] Bausi señala cómo Maquiavelo, llevado de la polémica antieclesiástica, acaba negando las virtudes renovadoras que había asignado a las dos Órdenes mendicantes.

[212] El peligro de las hipotéticas mejoras que vienen del exterior ya había sido anunciado por Maquiavelo en *Discursos*, I.

CAPÍTULO II

De cómo es cosa sapientísima fingirse loco durante algún tiempo

Nadie ha dado tan clara prueba de prudencia, ni merecido el calificativo de sabio por acciones memorables como Junio Bruto al fingirse insensato; y aunque Tito Livio diga que el único motivo de este fingimiento fue poder vivir tranquilamente y conservar su patrimonio, sin embargo, teniendo en cuenta su modo de proceder, puede creerse que lo hizo para ser menos observado y poder más fácilmente combatir al rey y librar a su patria de la monarquía en la primera ocasión oportuna que se presentara. Y que éste era su propósito se ve, primero por la interpretación del oráculo de Apolo cuando simuló caer para besar la tierra, creyendo que con esto serían favorables los dioses a sus proyectos, y después en la muerte de Lucrecia, cuando entre el padre, el marido y otros parientes de ella fue el primero en arrancar el puñal de la herida y en hacer jurar a cuantos allí estaban no sufrir en adelante rey en Roma.

Este ejemplo deben tenerlo en cuenta cuantos viven descontentos de un príncipe, empezando por medir y pesar sus fuerzas; y si son bastante poderosos para mostrarse enemigos declarados y hacerle abiertamente la guerra, deben tomar este camino como el menos peligroso y más noble. Pero si las condiciones en que se encuentran les impiden luchar ostensiblemente contra él, deberán captarse su amistad, y para ello adoptar cuantos medios sean precisos, aprobando sus placeres y mostrándose complacidos con cuanto contribuya a sus deleites. Esta familiaridad te permite vivir seguro y sin peligro alguno, y además te hace participar de la buena fortuna del príncipe, proporcionándote al mismo tiempo toda clase de facilidades para la realización de tus designios contra él.

Cierto es que en opinión de algunos ni se debe estar tan cerca del príncipe que haya peligro de caer envuelto en su ruina, ni tan apartado que no se pueda acudir a tiempo de aprovecharla, debiendo preferirse un término medio, si se pudiera conservar; pero juzgo esto imposible: hay que elegir entre los dos referidos términos, o alejarse o vivir junto a él. Quien haga otra cosa y sea un personaje, vive en continuo peligro. No basta decir «no me cuido de nada; no deseo honores ni ventajas; quiero vivir tranquilamente y sin ambición», porque tales excusas se oyen y no se creen. Los hombres de elevada posición social no escogen su manera de vivir, pues aun haciéndolo de buena fe y sin oculto propósito, no se les creería, y si se empeñan en realizar su deseo se lo impedirán los demás.

Conviene, pues, fingirse estúpido como Bruto, y se practica este fingimiento hablando, viendo y obrando contra tus propósitos y por complacer al príncipe.

Y puesto que hemos referido la prudencia de éste para restablecer la libertad en Roma, hablaremos a continuación de su severidad para conservarla.

CAPÍTULO III

De cómo fue indispensable matar a los hijos de Bruto para mantener en Roma la libertad conquistada

La severidad de Bruto no sólo fue útil, sino indispensable para mantener en Roma la libertad que él había conquistado, siendo ejemplo rarísimo en la historia de los acontecimientos humanos ver a un padre que, como juez, condena a muerte a sus hijos y asiste a la ejecución de la sentencia.

Los que estudian atentamente la historia antigua saben que en toda mutación de régimen político, de república a tiranía o de tiranía a república, se necesita un castigo memorable aplicado a enemigos del régimen imperante. Quien lograra ser tirano y no matase a Bruto, y quien estableciera una república y no matase a los hijos de Bruto, durarían poco tiempo.

He tratado ya este asunto ampliamente, y a lo dicho me atengo. Sólo presentaré un ejemplo de nuestros tiempos, inolvidable en nuestra patria, el de Pedro Soderini. Creyó dominar con la paciencia y bondad de su carácter la obstinación de los nuevos hijos de Bruto en restablecer otra forma de gobierno, y se equivocó.

Su prudencia le daba a conocer el peligro; las ambiciones de quienes le combatían motivó ocasión para acabar con ellos, y, sin embargo, jamás tuvo el valor de hacerlo. Además de creer que podía con la mansedumbre y bondad dominar las malas pasiones, y con los premios extinguir algunas enemistades, juzgaba (y muchas veces lo decía a sus amigos) que para vencer definitivamente a sus enemigos y batir a sus adversarios, necesitaba apoderarse de una autoridad extraordinaria y establecer leyes contrarias a la igualdad civil. Este recurso, aun sin usarlo después tiránicamente, hubiera asustado tanto al pueblo de Florencia, que nunca se atreviera a elegir, después de muerto Soderini, un gonfaloniero vitalicio; forma de gobierno que, en su concepto, convenía consolidar.

Era esta opinión sabia y buena; pero no se debe dejar crecer un mal por conseguir un bien que el mismo mal, creciendo, impedirá realizar. Debió tener en cuenta que, juzgadas sus obras e intenciones por los resultados, en el caso de conservar largo tiempo la fortuna y la vida, podía atestiguar a todo el mundo que aquéllas tenían por objeto el bienestar de la patria y no su personal ambición, arreglando las cosas de suerte que su sucesor no pudiera valerse para el mal de las leyes que él estableciera para el bien común; pero, engañado por su opinión antedicha, no conoció que la malignidad, ni la doma el tiempo, ni la aplacan las dádivas y beneficios. Por no saber imitar a Bruto perdió, a la vez que a su patria, el gobierno y la fama.

Tan difícil como salvar un Estado libre es salvar un reino, y lo demostraremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IV

No vive seguro un príncipe en su Estado mientras viven los que han sido despojados de él

El asesinato de Tarquino Prisco por los hijos de Anco, y el de Servio Tulio por Tarquino el Soberbio, demuestran cuán difícil y peligroso es quitar a otro la corona y dejarlo vivo, aun procurando ganarse su afecto con beneficios.

Se ve, pues, cuánto se engañó Tarquino Prisco al creer que poseía la corona que le había dado el pueblo y confirmado el Senado, no imaginando que el resentimiento de los hijos de Anco fuera tan extremado que les impidiese contentarse con lo que satisfacía a toda Roma. También se equivocó Servio Tulio al creer que, con nuevos favores, conseguiría la adhesión de los hijos de Tarquino. De suerte que el primer caso nos enseña que ningún príncipe vivirá seguro en su reino mientras viven en él los despojados de la corona; el segundo recordará a los poderosos que las viejas ofensas no se borran con beneficios nuevos, tanto menos cuanto el beneficio es inferior a la injuria.

Es indudable que Servio Tulio tuvo escasa prudencia al creer que los hijos de Tarquino se conformarían pacientemente con ser sus yernos, cuando se juzgaban con derecho a ser los reyes. La ambición de reinar es tan grande, que no sólo domina a los que tienen por su nacimiento esperanza de sentarse en el trono, sino a los que no la tienen. Así se ve que la mujer de Tarquino el Joven, hija de Servio Tulio, arrastrada por esta pasión ambiciosa contra todo sentimiento de piedad filial, indujo a su marido a quitar a su padre la vida y el reino. ¡Tanto prefería ser reina a ser hija de rey!

Si Tarquino Prisco y Servio Tulio perdieron la corona por no saberse guardar del odio de aquellos a quienes se la habían usurpado, Tarquino el Soberbio la perdió por no haber observado las leyes que sus predecesores dieron, según demostraremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

Lo que hace perder la corona a un rey que lo es por derecho hereditario

Muerto Servio Tulio por Tarquino el Soberbio, y no dejando herederos, ocupó éste tranquilamente el trono sin temor de perderlo por la misma causa que sus dos citados antecesores. Y aunque la forma de apoderarse de la corona fue extraordinaria y odiosa, si hubiese mantenido las antiguas instituciones de los otros reyes, fuera tolerada su dominación, sin concitarse en su contra la animadversión del Senado y del pueblo para quitarle el trono.

No fue arrojado del trono por haber forzado a Lucrecia su hijo Sexto, sino por violar las leyes del reino, gobernando tiránicamente, asumiendo en él toda la autoridad de que despojó al Senado, dedicando a la construcción de su palacio cuanto el Senado invertía en el embellecimiento de los sitios públicos, con lo cual aumentaba la envidia de sus adversarios, y privó a Roma en poco tiempo de la libertad de que había gozado bajo el mando de los anteriores reyes.

No bastándole la enemistad del Senado, se concitó también la del pueblo, obligándole a trabajar en oficios mecánicos muy distintos de aquellos en que lo ocupaban sus predecesores en el trono. Harta Roma de tantos ejemplos de su crueldad y de su soberbia, estaban ya resueltos los ánimos de todos los ciudadanos a rebelarse tan pronto como la ocasión se presentara; y, de no ocurrir el hecho de Lucrecia, cualquier otro hubiera producido igual resultado porque, de gobernar Tarquino como los anteriores reyes, a él acudieran Bruto y Collatino para pedir justicia por el delito de su hijo Sexto, y no al pueblo romano.

Sepan, pues, los príncipes que empiezan a perder el trono cuando empiezan a quebrantar las leyes y los antiguos usos y costumbres, con los cuales han vivido los hombres largo tiempo. Si, privados del trono, fueran lo bastante sensatos para conocer cuán fácilmente se gobiernan los reinos cuando los reyes son bien aconsejados, mucho más les dolería la pérdida de la corona, y se condenarían a más severa pena que la sufrida; porque es más fácil hacerse amar de los buenos que de los malos, y obedecer las leyes que sobreponerse a ellas.

Los príncipes que deseen aprender a gobernar bien lo conseguirán sin otra molestia que la de tomar por modelo la vida de los buenos príncipes, como Timoleón y Corinto, Arato de Sición y otros semejantes. Ofrece la vida de estos reyes tanta seguridad y tanto bienestar para gobernantes y gobernados, que debía inspirar a los príncipes el deseo de imitarla, ya que, según hemos dicho, tan fácil les es conseguirlo. Cuando los hombres son gobernados bien no pretenden ni desean otras libertades, como sucedía en los pueblos regidos por Timoleón y Arato, a quienes obligaron a reinar durante toda su vida, aunque varias veces mostraron deseo de volver a la condición de ciudadanos.

Como en este capítulo y en los dos anteriores se ha hablado de las conspiraciones contra los príncipes, de la conjura de los hijos de Bruto contra la patria y de las que fueron víctimas Tarquino Prisco y Servio Tulio, no creo fuera de propósito hablar con

extensión en el siguiente de las conspiraciones; materia que importa a príncipes y ciudadanos.

CAPÍTULO VI

De las conjuraciones

Creo que no debo omitir tratar de este asunto de las conjuraciones, tan peligrosas para príncipes y súbditos, como lo prueba el haber perdido por ellas la vida y la corona más reyes que por los desastres de la guerra. En efecto; son pocos los que pueden declarar guerra abierta a un monarca, pero cualquiera puede conspirar contra él.

Por otra parte, nada hay tan expuesto y peligroso como una conjuración, cosa difícil y arriesgadísima en todas sus partes. Por ello son muchas las que se fraguan, y muy pocas las que producen el fin con que se intentan.

Deben, pues, los príncipes aprender a guardarse de este peligro, y los súbditos, meterse lo menos posible en conspiraciones, contentándose con vivir bajo el gobierno que la suerte les depare. Hablaré extensamente de este asunto, no admitiendo ningún ejemplo que pueda servir de enseñanza a príncipes y súbditos.

Es verdaderamente admirable la sentencia de Cornelio Tácito cuando dice «que los hombres deben reverenciar las cosas pasadas y obedecer las presentes; desear los buenos príncipes y tolerar los que se tienen». En efecto: quien obra de otra manera, las más de las veces se pierde y pierde a su patria.

Entrando en materia, lo primero que debemos examinar es contra quién se forma la conjuración, y veremos que es, o contra la patria, o contra un príncipe. De ambas clases de conspiraciones vamos a tratar, porque de las que se fraguan para entregar al enemigo una plaza sitiada o para cosas parecidas, ya hemos dicho antes lo necesario.

Empecemos por las que se traman contra los príncipes, y analicemos sus causas, que pueden ser varias; pero una mucho más importante que las demás, cual es la general animadversión que inspire, porque los príncipes que concitan en su contra el odio universal tienen entre sus súbditos algunos más especialmente ofendidos y más deseosos de vengarse, deseo que crece en proporción a la general malevolencia.

Debe, pues, evitar el príncipe esta universal antipatía (no decimos aquí cómo, por haberlo expuesto anteriormente). Guardándose de ella, las ofensas individuales que cometa le serán menos peligrosas, pues rara vez se encuentran hombres tan sensibles a las injurias que arriesguen la vida por vengarlas; y aunque los haya con poder y voluntad de hacerlo, el general afecto que inspira el príncipe les impide realizarlo.

Los ultrajes que se pueden hacer a un hombre son en sus bienes, en su persona o en su honor. Respecto a los segundos, es más expuesto amenazar que ejecutar la ofensa. Las amenazas son peligrosísimas, y ningún peligro hay en realizar los ultrajes, porque los muertos no meditan venganza, y los que sobreviven casi siempre la dejan al cuidado del muerto. Pero quien es amenazado y se ve por necesidad en la alternativa de obrar o de huir, conviértese en hombre muy peligroso para el príncipe, como oportunamente demostraremos.

Después de este género de ultrajes, los dirigidos contra los bienes o la honra son los que más ofenden a los hombres, y de ellos debe también abstenerse el príncipe; porque a

nadie se le puede despojar hasta el punto de no quedarle un cuchillo para vengarse, ni deshonrarlo hasta el extremo de que pierda el obstinado amor a la venganza. De los insultos hechos a la honra, el más grave es el dirigido contra el honor de las mujeres, y después, el vilipendio de la persona. Este último ultraje fue el que armó la mano de Pausanias contra Filipo de Macedonia y otras muchas contra otros príncipes. En nuestros tiempos, Julio Belanti conspiró contra Pandolfo, tirano de Siena, porque éste le concedió primero y le negó después la mano de una de sus hijas. La causa principal de la conjuración de los Pazzi contra los Médicis fue la herencia de Juan Bonromei, quitada a aquéllos por orden de éstos.

Hay otro motivo poderosísimo de conjuración contra el príncipe, cual es el deseo de librar a la patria de la tiranía. Éste fue el que alentó a Bruto y Casio contra César, y a otros muchos contra los Falaris, los Dionisios y demás tiranos.

El único medio que tiene el príncipe para librarse de este peligro es renunciar a la tiranía, y, como ninguno renuncia, pocos son los que no mueren trágicamente. De aquí los versos de Juvenal:

Ad generum Cereris sine coede et vuluere pauci
Descendunt reges, et sicca morte tiranni[213]

Los peligros a que se exponen los conspiradores son gravísimos y en todos los momentos, lo mismo al tramar e intentar la conspiración que al ejecutarla; antes, durante y después de la ejecución. Conspiran uno o varios; en el primer caso, no puede decirse que haya conjura, sino firme resolución en un hombre para matar al príncipe. Sólo en este caso falta el primero de los tres peligros mencionados, porque antes de la ejecución no hay riesgo alguno, no siendo nadie poseedor del secreto, ni pudiendo llegar por tanto a oídos del príncipe. Esta resolución puede tenerla cualquier hombre, humilde o poderoso, noble o plebeyo, admitido o no en la familiaridad del príncipe; porque todos pueden encontrar alguna vez ocasión de hablarle, y, por tanto, de realizar su venganza. Pausanias, de quien ya he hablado en otra ocasión, mató a Filipo de Macedonia cuando iba al templo rodeado de un millar de hombres armados y entre su hijo y su yerno; pero era noble y conocido del rey. Un español pobre y humilde dio una puñalada en el cuello a Fernando V, rey de España. No fue mortal la herida, pero la facilidad y el propósito de matarle quedaron demostrados. Un derviche o sacerdote turco levantó la cimitarra contra Bayaceto, padre del actual sultán de Turquía; no le hirió, pero no por falta de ánimo y de ocasión para hacerlo. Muchos serán, según creo, los que formen tales propósitos, porque en formarlos no hay peligro alguno; pero pocos los que lo realicen, y aun, de éstos, poquísimos los que no sean muertos en el acto, por lo cual no se encuentra con frecuencia quien quiera arriesgarse a muerte segura.

Pero dejemos estas conjuraciones individuales y vamos a las colectivas. La historia enseña que todas éstas las han formado hombres de elevada posición social y muy familiares del príncipe. Los de humilde condición y alejados del príncipe, a menos de estar locos, no pueden conspirar; porque ni tienen ni esperan la ocasión indispensable

para ejecutar la conjura. Además, carecen de los medios que aseguran la fidelidad de los cómplices, porque no pueden prometerles nada de lo que determina a los hombres a arrostrar grandes peligros; de modo que al entrar en la conspiración más de dos o tres personas, hay en seguida un acusador que los pierde. Pero, aun teniendo la suerte de que no lo haya, les es tan difícil llevar a la práctica su propósito, por no poder acercarse al príncipe, que casi seguramente fracasa al llegar a la ejecución. Si los nobles y grandes de la nación que tienen tan fácil acceso al príncipe tropiezan con los obstáculos que después diremos, éstos deben aumentar extraordinariamente para los plebeyos.

Y como los hombres, al jugarse vida y hacienda no pierden completamente el juicio, si son de condición humilde se guardan de estos peligros, y, cuando aborrecen a un príncipe, se limitan a hablar mal de él y a esperar que los de más elevada posición les venguen. Si por acaso alguno de condición humilde se atreve a conspirar, más debe alabarse su intención que su prudencia.

Se ve, pues, que todos los conspiradores contra los príncipes han sido personajes o amigos íntimos de aquéllos, y que a unos les excitaron a conspirar las ofensas, y a otros los beneficios excesivos, como a Perennio contra Cómodo; a Plautiano contra Severo; a Sejano contra Tiberio. A todos ellos dieron los emperadores tantas riquezas, honores y dignidades, que, al parecer, sólo les faltaba para el supremo poder el trono imperial, y a fin de conseguirlo conspiraron contra el príncipe, teniendo las conjuraciones el fin que su ingratitud merecía. En nuestros tiempos, una conspiración de esta índole ha tenido buen éxito; la de Jacobo de Apiano contra Pedro Gambacorti, príncipe de Pisa, que le había mantenido, educado y puesto en alto rango, y a quien quitó sus Estados.

También ha sido de esta clase en la época en que vivimos la conspiración de Coppola contra el rey Fernando de Aragón. A tan elevada posición social llegó este Coppola, que no creía le faltase más que el trono, y por ambicionarlo perdió la vida. Y en verdad las conjuraciones de los grandes contra los príncipes que parece debieran ser de más seguro éxito son las de esta clase, porque las dirigen quienes pueden llamarse segundos reyes y tienen la mayor facilidad para realizarlas; pero la ambición de mando que los ciega, ciégales también para dirigir la conjura, pues si supiesen emplear la prudencia en su infame propósito, sería imposible evitar la realización.

Debe, pues, el príncipe que quiera guardarse de conspiraciones temer más a los que ha colmado de beneficios que a los que ha ofendido; porque a éstos les faltan oportunidad y medios y a aquéllos les sobran. La voluntad es igual en unos y otros, porque el deseo de la dominación es tan grande como el de la venganza, si no mayor.

La autoridad de sus favoritos ha de ser la necesaria para que quede bastante distancia entre el que la da y quien la recibe, dejando siempre a éste algo que ambicionar; de lo contrario, será raro que no les ocurra lo que a los príncipes citados.

Pero, volviendo a nuestro asunto, digo que, debiendo ser los conjurados personajes y de fácil acceso al príncipe, conviene examinar las causas del buen o mal éxito de estas empresas. Como antes dije, hay en toda conspiración tres períodos de peligro; cuando se proyectan, cuando se ejecutan y después de la ejecución, siendo casi imposible salir de todos ellos felizmente.

Los peligros del primer período son, sin duda, los mayores, y se necesita ser prudentísimo y tener mucha suerte para que, al proyectar una conjuración, no se descubra, o por declaraciones o por conjeturas. Ocasionan lo primero la poca fe o escasa prudencia de los hombres a quienes te confías. Con la poca fe se tropieza fácilmente; porque no puedes decir el secreto más que a amigos tan íntimos que por la amistad se expongan a la muerte o a descontentos del príncipe. De los primeros se podrán encontrar uno o dos, y si quieres allegar más te será imposible hallarlos. Además, es preciso que la amistad que te profesen sea tan grande, que supere el peligro a que se exponen y el miedo al suplicio. Los hombres se engañan con frecuencia respecto a la adhesión de sus amigos, la cual sólo se conoce por experiencia, y la experiencia en estos casos es por demás arriesgada. Y aunque en otra ocasión de peligro hubieras probado con buen éxito la amistad de algunos, no es posible por esta prueba confiar en el afecto personal, al tratar de asunto infinitamente más peligroso.

Si juzgas la fidelidad por la malquerencia de cualquiera contra el príncipe, fácilmente puedes equivocarte. Al confiar tu proyecto a un descontento, le das medios para que deje de serlo, y es preciso para tenerle seguro, o que su odio al príncipe sea muy grande, o grandísima tu autoridad sobre él. De aquí que muchas conjuraciones hayan sido conocidas y sofocadas al iniciarse, considerándose milagroso que alguna pueda estar entre muchos hombres secreta largo tiempo, como la de Pisón contra Nerón, y, en nuestros tiempos, la de los Pazzi contra Lorenzo y Julián de Médicis, sabida por más de cincuenta personas, y que, a pesar de ello, llegó a la ejecución sin ser descubierta.

Descúbrense las conjuraciones por escasa prudencia cuando un conjurado habla con tan poca cautela que pueda enterarse una tercera persona, como, por ejemplo, un siervo. Así sucedió a los hijos de Bruto, que, al conspirar con los emisarios de Tarquino, les oyó un esclavo y los denunció; o cuando por ligereza se da cuenta de la conspiración a mujer o muchacho que ames o a cualquier otra persona de escasa importancia, como lo hizo Dino, uno de los conjurados con Filotas contra Alejandro Magno, al dar cuenta de la conjura a un joven a quien quería, llamado Nicómaco, quien inmediatamente se lo dijo a su hermano Ciballino y éste, al rey.

Ejemplo de descubrimiento de conspiraciones por conjeturas es el de la que tramó Pisón contra Nerón. La víspera del día en que iban a matar a Nerón, uno de los conjurados, Escevino, hizo testamento y ordenó que su liberto Melichio afilase un viejo y herrumbroso puñal, dio la libertad y dinero a todos sus esclavos y dispuso que se preparasen vendajes para heridas. Fundado en estos indicios, Melichio le acusó a Nerón. Fue preso Escevino, y al mismo tiempo que él otro conjurado, Natalis, con quien le habían visto hablar en secreto largo tiempo el día anterior; no declararon de acuerdo sobre esta conversación y tuvieron que confesar la verdad, quedando la conjuración descubierta y perdidos cuantos en ella tomaron parte.

Imposible es evitar que una conspiración no se descubra por malicia, imprudencia o ligereza cuando son más de tres o cuatro los conspiradores. Presos más de uno de ellos, la trama se descubre, por la dificultad de que se pongan de acuerdo para todas las declaraciones; y cuando sea detenido uno solo, bastante animoso para no nombrar a los

cómplices, preciso es que éstos tengan igual firmeza de carácter para mostrarse tranquilos y no descubrirse con la fuga; porque si falta el valor, sea en el que está preso, sea en los que permanecen libres, la conspiración se descubre. Raro es el ejemplo que sobre este punto trae Tito Livio; la conjuración contra Hierónimo, rey de Siracusa. Preso Teodoro, uno de los conjurados se negó, con gran valor, a manifestar el nombre de sus cómplices, y acusó a los amigos del rey. Los conjurados, por su parte, confiando en el valor de Teodoro, permanecieron en Siracusa sin temor alguno.

Hay que arrostrar todos estos peligros al proyectar una conjuración mientras llega el momento de ejecutarla. Si se quiere evitarlos, acúdase a estos remedios. El primero, el más eficaz o por mejor decir el único, consiste en no dejar tiempo a los conjurados para denunciarte, dándoles cuenta del proyecto sólo cuando se va a ejecutar, y no antes. Los que así lo hicieron no han corrido los peligros antes mencionados, y sus intentos tuvieron el éxito que deseaban. Todo hombre hábil y prudente puede practicar este recurso, y lo demostraré con dos ejemplos.

No pudiendo Nelemato sufrir la tiranía de Aristotimo, tirano de Épiro, reunió en su casa a muchos parientes y amigos y les exhortó a liberar la patria. Algunos de ellos pidieron plazo para decidirse y prepararse, pero Nelemato mandó a sus esclavos cerrar la casa, y a los que había llamado les dijo: «O juráis ir ahora mismo a ejecutar lo que os he propuesto, u os entrego a todos prisioneros a Aristotimo». Asustados por la amenaza, juraron e inmediatamente cumplieron la orden de Nelemato.

Ocupó un mago, valiéndose de engaños, el trono de Persia, y descubierto el fraude por Ortano, uno de los hombres más ilustres de aquel reino, lo manifestó a otros seis personajes, diciéndoles que era indispensable librar el reino de la tiranía de aquel mago. Pidió alguno de ellos tiempo para decidirse, y levantándose Darío, uno de los seis llamados por Ortano, dijo: «O vamos ahora mismo a realizar el proyecto, o voy a denunciaros». Todos se levantaron, y sin dar tiempo a que ninguno se arrepintiera, ejecutaron su decisión.

Idéntico a estos ejemplos es el de la muerte de Nabis por los etolios. Con pretexto de auxiliarle le enviaron a Alexameno, su conciudadano, con treinta jinetes y doscientos infantes, dando la secreta misión sólo a Alexameno, y ordenando a los que con él iban que le obedecieran en cuanto mandase, bajo pena de destierro. Fue a Esparta, y nada dijo a los suyos de la orden de matar al tirano hasta el momento de realizarla.

Así evitaron estos jefes de conjuraciones los peligros que el tramarlas ocasiona y los evitarán cuantos les imiten; cosa que está en su mano hacerlo, como lo demuestra el ya citado ejemplo de la conspiración de Pisón. Era éste uno de los personajes más grandes del Imperio, amigo de Nerón y de su mayor confianza. Con frecuencia iba Nerón a sus jardines a comer con él. Pudo Pisón buscar amigos entre hombres de ánimo y corazón para realizar la empresa (lo cual a un poderoso es facilísimo), y cuando Nerón estuviera en sus jardines, darles cuenta del proyecto y con frases oportunas inducirles a hacer, sin tiempo para discutir, lo que era imposible que fracasase.

Si se estudian todas las conspiraciones, encontrarase que son pocas las que no se han podido realizar de este modo; pero los hombres muestran ordinariamente poca

habilidad en estos asuntos, y con frecuencia cometen grandes faltas, cosa que no debe admirar tratándose de sucesos tan extraordinarios como lo son las conjuraciones. Deben, pues, los que conspiran no decir nada de la conspiración sino en caso de extrema necesidad, y en el momento de ejecutarla y de comunicar el proyecto, hacerlo a uno solo cuya discreción hayas experimentado repetidas veces, y a quien muevan las mismas pasiones que a ti. Encontrar uno en quien concurran estas circunstancias es mucho más fácil que encontrar varios, y, por tanto, menos peligroso. Además, aunque te engañase, tienes medios de defensa que no existen cuando son varios los conjurados; porque a hombres prudentes he oído decir que a una sola persona se le puede hablar de todo, pues tanto vale el sí del uno como el no del otro, si no has cometido el error de escribir de tu puño y letra. De esto último todos deben guardarse como de un escollo; porque no hay prueba más convincente contra ti que un escrito de tu mano.

Queriendo Plautiano asesinar al emperador Severo y a su hijo Antonino, encargó la ejecución de este deseo al tribuno Saturnino, quien no quiso obedecerle y sí denunciarlo; pero, dudando que en el momento de la denuncia fuese más creído Plautiano que él, le pidió un mandamiento escrito. Ciego de ambición, Plautiano se lo dio, y entonces el tribuno le acusó y probó la acusación. Sin aquel escrito y otros indicios, no fuera Plautiano reo convicto; tal era su audacia para negar los hechos.

Hay, pues, medios de defensa contra la acusación de uno solo, cuando no existe escrito ni contraseña que sirva de prueba, de lo cual deben todos guardarse. En la conjuración de Pisón entró una mujer llamada Epicaris, que había sido amante de Nerón: esta mujer juzgó conveniente para el éxito ganarse al capitán de algunos soldados que Nerón tenía para su guardia, y le comunicó la conjura, pero no los nombres de los conspiradores. Faltó el capitán a la fe jurada y la denunció a Nerón, pero fue tan grande la audacia de Epicaris para negar, que, dudoso el emperador, no la condenó.

Hay dos riesgos en comunicar a uno solo la conjura: el primero, que te denuncie sin pruebas, y el segundo, que lo haga cuando, preso por algún indicio, la violencia del tormento le obligue a declarar. Pero contra los dos peligros hay alguna defensa, porque en el primer caso se puede alegar que te odia, y en el segundo, la fuerza del dolor que le obliga a mentir. Lo más prudente es no decir nada a nadie, seguir los ejemplos que hemos citado, y, cuando se comunique la conjuración, decirla a una solo, pues aunque esto ocasione algún peligro, es menor que el de confiarla a varios.

Caso idéntico al de los ejemplos referidos puede ser el que la necesidad te obligue a hacer con el príncipe lo que tú ves que él quiere hacer contigo, y que el peligro sea tan apremiante que sólo te deje tiempo para pensar en tu propia seguridad.

Dicha necesidad produce casi siempre el fin deseado, y bastan para probarlo estos dos ejemplos: entre los íntimos amigos y familiares del emperador Cómodo figuraban los dos capitanes de pretorianos Leto y Electo, y su concubina más amada era Marcia. Porque los tres le habían censurado varias veces los excesos con que manchaba su persona y la dignidad imperial, determinó Cómodo matarles y puso sus nombres en una lista con los de otros que en la noche siguiente debían morir; luego, metió la lista debajo de las almohadas de su cama. Jugando en la estancia y sobre el lecho un niño a quien el

emperador quería mucho, encontró la lista, y cuando salía con ella en la mano lo vio Marcia, se la quitó, la leyó y, al ver lo que decía, hizo que llamaran inmediatamente a Leto y Electo. Comprendieron los tres el peligro que les amenazaba, determinaron prevenirlo, y a la noche asesinaron a Cómodo.

Estaba el emperador Antonino Caracalla con su ejército en Mesopotamia, y tenía por prefecto a Macrino, hombre más bien pacífico que belicoso. Como los príncipes que no son buenos temen siempre que haya quien contra ellos ejecute lo que merecen, escribió Antonino a Roma a su amigo Materniano pidiéndole que consultara a los astrólogos si había alguno que aspirase al Imperio, y se lo avisara. Respondiole Materniano que el aspirante era Macrino.

Llegó la carta a manos de éste antes que a las de Caracalla, y viéndose en la alternativa de morir o de matar al emperador antes de que recibiera nueva carta de Roma, encargó a un fiel centurión, Marcial, cuyo hermano había sido muerto pocos días antes por orden de Caracalla, que asesinara al emperador, lo cual ejecutó sin obstáculo que se lo impidiera. Se ve, pues, que cuando la necesidad obliga a no perder tiempo, produce el mismo resultado que el referido procedimiento de Nelemato de Épiro; prueba también dicho ejemplo la verdad de lo que aseguré casi al principio de este capítulo: que las amenazas son más dañosas al príncipe y ocasionan más peligrosas conspiraciones que las ofensas, y que el príncipe debe cuidar no hacerlas, porque es preciso tratar benévolamente a los hombres o tenerlos sujetos, y no ponerles jamás en la alternativa de morir o matar.

Los peligros que se corren en la ejecución de las conjuraciones nacen, o de cambios de órdenes, o de falta de ánimo en los encargados de ejecutarlas, o de errores que cometan por imprudencia o por no consumar el proyecto, dejando vivos a algunos de los que pensaban matar.

Lo que más perturba y entorpece los actos de los hombres es la necesidad de cambiar de plan en un momento dado y repentinamente. Estos cambios son sobremanera peligrosos en la guerra y en asuntos como el que ahora tratamos; porque en ellos lo más importante es que cada cual esté resuelto a ejecutar la parte que le toca, y si durante muchos días se vacila en el empleo de tales o cuales medios, la perturbación de los ánimos es inevitable y con ella, el fracaso del proyecto; de manera que vale más persistir en el plan convenido al principio, cualesquiera que sean sus inconvenientes, que, por evitar éstos, cambiarlo y exponerse a otros mayores. Así sucede cuando falta tiempo para reorganizar el plan; porque si lo hay, puede reformarse a gusto de los conjurados.

Conocida es la conjuración de los Pazzi contra Lorenzo y Julián de Médicis. El proyecto era asesinarlos en casa del cardenal de San Jorge, donde debían comer. Se habían distribuido los encargos de quiénes debían matarles, quiénes apoderarse del palacio del gobierno y quiénes recorrer las calles excitando al pueblo a proclamar la libertad. Ocurrió que, estando en la catedral de Florencia los Pazzi, los Médicis y el cardenal asistiendo a una misa solemne, se supo que Julián no asistiría a la comida y, reunidos los conjurados, acordaron de pronto hacer en la iglesia lo proyectado para ejecutarlo en casa del cardenal. Esto perturbó lo convenido antes, porque Juan Bautista

Montesecco se negó a intervenir en los asesinatos diciendo que no quería hacerlos en la iglesia, y fue preciso distribuir nueva y apresuradamente los encargos; de modo que, faltando tiempo para que los nuevos actores afirmaran la decisión en el ánimo, cometieron tales errores al ejecutar la conjura, que les costó la vida.

La falta de ánimo procede, o del respeto que inspiran las víctimas, o de la cobardía del ejecutor. La majestad propia del príncipe y la reverencia que se le guarda pueden fácilmente contener o asustar al ejecutor. Preso Mario por los habitantes de Minturno, enviaron un esclavo para que lo matara; pero, amedrentado éste al ver a aquel grande hombre y al recordar su fama, se acobardó y le faltó el ánimo para matarle. Si tiene esta influencia un hombre encerrado en una prisión y víctima de la mala fortuna, ¡cuánto mayor no será la de un príncipe libre en medio de la majestad y pompa de la corte y rodeado de sus cortesanos! No sólo puede esta magnificencia amilanar al ejecutor, sino la afectuosa acogida del soberano, desarmarle.

Conspiraron contra Sitalces, rey de Tracia, algunos de sus vasallos; acordaron el día de la ejecución, fueron al sitio convenido, donde estaba el príncipe, y ninguno se movió para ofenderle. Partieron de allí sin intentar nada y sin saber por qué se habían contenido, culpándose unos a otros. Sucedió lo mismo varias veces, hasta que, descubierta la conjuración, sufrieron el castigo del mal que pudieron y no quisieron hacer.

Dos hermanos de Alfonso, duque de Ferrara, conspiraron contra él, valiéndose para ejecutar el complot de un sacerdote y cantor del duque, llamado Giennes, quien lo condujo varias veces, a petición de los conspiradores, al sitio donde éstos le aguardaban y podían fácilmente asesinarle; pero ninguno se atrevió a hacerlo, y, descubierta la conjuración, sufrieron el castigo de su maldad y de su imprudencia. Su timidez para realizar el proyecto sólo puede atribuirse, o al respeto que la presencia del duque les inspiraba, o a que su bondad los desarmase.

Ocurren en la ejecución de las conjuraciones inconvenientes o errores por poca prudencia o por falta de valor; porque una u otra cosa ofuscan el entendimiento y hacen decir o hacer lo que no se debe. Esta ofuscación la demuestra Tito Livio en lo que refiere del etolio Alexámenes, cuando mató, según antes dijimos, al espartano Nabis, pues en el momento de la ejecución, cuando ordenó a los que llevaba lo que debían hacer, dice Tito Livio estas palabras: *Collegit et ipse animum, confusum tantee cogitatione rei*.[214] Es imposible que hombre alguno, por sereno que sea y acostumbrado a ver morir a sus semejantes y a manejar la espada, no se perturbe en tales momentos. Por ello deben elegirse hombres experimentados en estos asuntos y no fiarse de otros, por valerosos que sean; porque nadie debe confiar en su valor si no está experimentado en cosas de tan grande importancia. La turbación puede hacer caer el arma de tu mano, o hacerte decir cosas que produzcan el mismo efecto.

Lucila, hermana de Cómodo, ordenó que Quintiano lo matara. Esperó éste a Cómodo a la entrada del anfiteatro, y acercándose a él con el desnudo puñal en la mano, gritó: «Esto te envía el Senado», palabras que ocasionaron su detención antes de poder herirle.

Antonio de Volterra, comisionado, como antes hemos dicho, para matar a Lorenzo

de Médicis, al acercarse a él exclamó: «¡Ah, traidor!». Exclamación que salvó a Lorenzo y perdió a los conjurados.

Pueden no tener buen éxito las conspiraciones contra una sola persona, por los motivos antes referidos; pero lo tienen mucho menos si la conjuración es contra dos, hasta el punto de ser dificilísimo que prosperen; porque realizar dos hechos iguales y al mismo tiempo en diferentes sitios, es casi imposible. Ejecutarlos en distinto tiempo tampoco se puede sin peligro de que el uno dificulte el otro. De suerte que si conspirar contra un príncipe es empresa dudosa, arriesgada y poco prudente, hacerlo contra dos a la vez es vana e insensata; y si no fuese por el respeto que la historia merece, nunca creería posible lo que Herodiano dice, de que Plautiano encargó al centurión Saturnino que él solo matara a Severo y Antonio Caracalla, quienes habitaban en distintos edificios. La cosa es tan inverosímil, que sólo la autoridad de Herodiano puede hacérmela creer.

Conspiraron algunos jóvenes atenienses contra Diocles e Hipias, tiranos de Atenas. Mataron a Diocles; pero quedó Hipias, que le vengó. Chión y Leónidas, ambos de Heraclea y discípulos de Platón, conspiraron contra los tiranos Clearco y Sátiro. Mataron al primero, pero no al segundo, y éste vengó a aquél. Los Pazzi, tantas veces citados, lograron matar solamente a Julián de Médicis; de suerte que de tales conjuras contra más de una persona todo el mundo debe abstenerse, porque ningún bien producen, ni a los conjurados, ni a la patria, ni a nadie. Y los que se libran de ellas se hacen más insufribles y crueles, como sucedió en Florencia, Atenas y Heraclea en los casos citados. Verdad es que la conjuración de Pelópidas para libertar a su patria, Tebas, aunque tropezó con dificultades, tuvo completo éxito, y que no fue contra dos tiranos, sino contra diez; pero ni era confidente de ellos, ni tenía fácil acceso a sus personas, sino que un rebelde que entró en Tebas mató a los tiranos y dio libertad a su patria. Aun así, sólo pudo ejecutarlo con la ayuda de un tal Carón, consejero de los tiranos, que le facilitó la entrada para realizar sus designios.

Que no haya quien imite su atrevimiento, porque la empresa era casi imposible y milagrosamente salió bien; por ello la han celebrado y celebran los escritores como extraordinario y sin igual suceso.

Pueden hacer fracasar las conspiraciones un temor infundado o un accidente ocurrido al tiempo de ejecutarlas. Durante la mañana del día en que Bruto y los demás conjurados mataron a César, estuvo éste hablando mucho tiempo con Cneo Pompilio Lena, uno de los conspiradores, y al observar los otros tan largo parlamento, creyeron que Pompilio estaba denunciando la conjuración y a punto estuvieron de asesinar inmediatamente a César, sin esperar a que fuera al Senado. Así hubiese sucedido si no les tranquilizara ver que, terminada la conversación, no hizo César ademán alguno extraordinario.

Estas falsas alarmas deben tenerse en cuenta y apreciarse prudentemente por la facilidad con que se producen; porque quien tiene la conciencia impura, fácilmente cree que se habla de él, y una frase dicha con otro objeto la atribuye a lo que preocupa su ánimo y produce la alarma ocasionando, o la fuga, que descubre la conjura, o su fracaso por precipitar la ejecución. Esto es tanto más fácil cuanto mayor es el número de

conspiradores.

En cuanto a los accidentes imprevistos, lo mejor es citar algunos ejemplos que enseñen a precaver sus efectos.

Julio Belanti, de Siena, a quien antes citamos, por odio contra Pandolfo, que le había robado la hija después de prometérsela en matrimonio, determinó matarle, y eligió el momento. Pandolfo iba todos los días a visitar a uno de sus parientes enfermos y pasaba por delante de la casa de Julio. Observado por éste, metió a los conjurados en su casa y les ordenó asesinar a Pandolfo cuando pasara. Preparados estaban detrás de la puerta, y uno de ellos en una ventana para avisar de la llegada de Pandolfo; pero cuando se acercaba, y hecha ya la señal, encontró a un amigo que le detuvo. Algunos de los que con él iban siguieron andando, llegaron ante la casa de Julio, vieron allí extraños movimientos, oyeron ruido de armas y descubrieron la emboscada, salvándose Pandolfo y teniendo que huir de Siena Julio y sus compañeros. El inesperado encuentro del amigo bastó para que fracasara el propósito de Belanti. Estos accidentes son raros, y por ello no cabe precaverlos. Conviene, pues, calcular los probables para remediarlos.

Réstanos hablar ahora de los peligros posteriores a la ejecución. No hay más que uno: consiste en que sobreviva alguno que vengue al príncipe muerto. Pueden sobrevivir sus hermanos o sus hijos u otros parientes llamados a sucederle en el trono, y ocurrir esto, o por negligencia de los conjurados, o por cualquiera de las causas ya referidas, que facilitan la venganza; como sucedió a Juan Andrés de Lampognano, que con otros conjurados mató al duque de Milán, pues quedaron un hijo y dos hermanos del muerto, que lo vengaron. En tales casos, ni lo que sucede es por faltas de los conjurados, ni hay remedio posible; pero cuando sobrevive alguno por imprudencia o negligencia de los conspiradores, no merecen éstos excusa.

Algunos conjurados de Forlí asesinaron al conde Jerónimo, su señor, y prendieron a la condesa y a sus hijos, que eran pequeños. Para asegurarse, necesitaban tener en su poder el castillo, que no quería entregar el gobernador. Doña Catalina (que así se llamaba la condesa) prometió a los conjurados rendirlo si le permitían entrar en él, dejándoles en rehenes sus hijos. Fiados en la prenda que les daba, le permitieron subir a él, y cuando estuvo dentro los vituperó por la muerte de su marido, amenazándoles con toda clase de castigos; y para demostrarles que no se cuidaba de sus hijos, les enseñó los órganos genitales, diciéndoles que tenía con qué hacer otros. Comprendieron los conjurados demasiado tarde la falta cometida, y pagaron su imprudencia con perpetuo destierro.

Pero de todos los peligros que pueden seguir a la ejecución de una conjura, ninguno es más seguro ni de mayor temor que el afecto del pueblo al príncipe asesinado, porque en tal caso no hay remedio para los conjurados, siéndoles imposible librarse de todo el pueblo. Ejemplo de esto es César. Le amaba el pueblo romano y vengó su muerte porque, arrojando de Roma a los conjurados, hizo que murieran todos violentamente en diversos tiempos y distintos lugares.

Las conspiraciones contra la patria son menos peligrosas para los que las traman que las proyectadas contra los príncipes. En su preparación hay menos riesgo, en proseguirlas los mismos que en estas últimas, y en ejecutarlas, ninguno. Los peligros son menores al

proyectarlas, porque cualquier ciudadano puede aspirar al poder sin manifestar a nadie sus intenciones, y si no hay nada que estorbe sus propósitos, dar feliz cima a la empresa. Si hay alguna ley que lo impida, espera su oportunidad o toma otro camino. Esto puede ocurrir en una república donde haya elementos de corrupción, porque en las que no existen, a ningún ciudadano se le ocurre tal pensamiento.

Pueden además los ciudadanos por muchas vías y medios, y sin correr grandes riesgos, aspirar a la soberanía. Las repúblicas toman contra este peligro menos precauciones y más lentas, porque, guardando más consideraciones a los ciudadanos poderosos, les facilitan ser más audaces y atrevidos contra ellas. Todos saben la conjuración de Catilina, descrita por Salustio, y que, aun después de descubierta, Catilina permaneció en Roma y fue al Senado, donde insultó a los senadores y al cónsul. ¡Tan grande era el respeto que en Roma se guardaba a los ciudadanos!

Aun después de partir de Roma y de ponerse al frente de su ejército, no hubiera sido preso Léntulo, junto con los otros conjurados, de no haberse descubierto cartas de su puño y letra que probaban manifiestamente su delito.

Aspirando a la tiranía Hannón, poderosísimo ciudadano de Cartago, determinó envenenar en las bodas de una hija suya a todos los senadores y proclamarse después príncipe. Descubierto el complot, limitose el Senado a hacer una ley que fijaba el máximo de los gastos en convites y bodas. ¡Tanta fue la consideración que guardaron a la grandeza de Hannón!

Ciertamente, en la trama de una conjuración contra la patria las dificultades y los peligros son mayores, porque rara vez bastan contra tantos ciudadanos las fuerzas propias de un conspirador, y pocos son los que se encuentran en estos casos al frente de ejércitos, como César, Agatocles, Cleómenes y otros, que en un momento dominaron por fuerza la patria. Éstos encuentran el camino expedito y seguro; pero los que no pueden disponer de tales medios necesitan valerse del engaño, la astucia o las tropas extranjeras.

De engaño y de astucia véanse ejemplos. Por su victoria contra los megarenses amaba mucho el pueblo de Atenas a Pisístrato. Salió de su casa una mañana herido, diciendo que la nobleza por celos le había atacado, y pidió llevar consigo una guardia de hombres armados. Conseguido esto, fácilmente aumentó su poder hasta llegar a ser tirano de Atenas.

Pandolfo Petrucci volvió con otros desterrados a Siena y le fue dado el mando de la guardia de la plaza, como cargo sin importancia que otros rechazaban; sin embargo, sus hombres armados llegaron a darle tanto prestigio, que al poco tiempo logró la soberanía.

Otros muchos se han valido de procedimientos semejantes, llegando sin peligro, y al cabo de algún tiempo, a ejercer el poder.

Los que con ejército propio o tropas extranjeras conspiraron para subyugar a su patria, tuvieron varia suerte, según los sucesos. Catilina, ya citado, sucumbió. Hannón, mencionado también, al fracasar el envenenamiento, armó a muchos de sus partidarios y pereció con ellos. Algunos ciudadanos de Tebas, deseosos de ser tiranos, llamaron en su auxilio un ejército espartano y se apoderaron del mando supremo de la ciudad.

Examinando todas las conspiraciones contra la patria, encontraranse pocas o ninguna

que fracasen mientras se traman. Todas ellas fracasan o vencen en la ejecución.

Cuando triunfan, no ocasionan otros riesgos que los inherentes al poder supremo, porque quien llega a ser tirano corre los peligros propios de la tiranía, cuyos únicos remedios ya hemos citado.

Esto es cuanto me ocurre decir de las conjuraciones, y si he hablado de aquellas en que se usan las armas y no el veneno, es porque en ambas se procede de igual modo. Verdad es que aquellas en que se emplea el veneno son más peligrosas por ser más inciertas. Este medio no está al alcance de todo el mundo; es necesario entenderse con quien lo posee, y de aquí el riesgo que se corre al buscar la complicidad. Además, por muchas causas puede no matar un veneno, como sucedió en el asesinato de Cómodo, quien rechazó el que le daban, y, queriendo los asesinos acabar con él, tuvieron que estrangularlo.

La mayor contrariedad, la mayor desdicha para un príncipe es una conspiración contra él, porque lo mata o le infama. Si la conjura prospera, él muere, y si se descubre y son muertos los conjurados, siempre se supone que ha sido una invención del príncipe para satisfacer su avaricia, o su crueldad, o su sed de sangre, o su codicia de los bienes de los castigados.

No dejaré de advertir al príncipe o república contra quien se conspire que, descubierta la conjuración, antes de castigar a los conjurados, examinen bien la índole e importancia de aquélla, y calculen con cuidado las condiciones y los recursos de los conspiradores y sus propios medios. Si el partido de aquéllos es numeroso y potente, no deben intentar el castigo hasta contar con fuerza bastante para vencerlo. Obrando de otro modo aceleran su propia ruina; y conviene disimular cuidadosamente, porque los conjurados, al verse descubiertos, por necesidad recurrirán a la violencia.

Ejemplo de ello lo hay entre los romanos, quienes, habiendo dejado dos legiones para guardar Capua contra los samnitas, según antes dijimos, los jefes de estas tropas se conjuraron para dominar a los de Capua, y sabida en Roma la conspiración, fue enviado el nuevo cónsul Rutilio con orden de poner remedio. Para adormecer a los conjurados publicó Rutilio que el Senado prorrogaba la estancia en Padua de las dos legiones. Creyéndolo los soldados, parecioles que había tiempo para realizar sus proyectos, y no trataron de acelerar la ejecución, hasta que vieron que el cónsul separaba a unos de otros, cosa que les infundió sospechas y los obligó a descubrirse y a procurar la realización de sus designios.

No puede aducirse mejor ejemplo para los conspiradores y para aquellos contra quienes se conspira, porque prueba la lentitud de los hombres cuando creen tener tiempo para realizar las cosas y su aceleramiento cuando la necesidad les obliga. Tampoco pueden emplear mejores medios el príncipe o la república que desean descubrir en tiempo oportuno una conjuración, que el de presentar astutamente a los conjurados próxima ocasión de realizar sus planes, para que, aguardándola, o creyendo que tienen tiempo, se lo proporcionen a los que han de castigarles.

Quien procede de otro modo acelera su pérdida, como hicieron el duque de Atenas y Guillermo de Pazzi. Llegó el duque a ser tirano de Florencia, y sabiendo que conspiraban

contra él, sin enterarse bien de la importancia de la conjura, mandó prender a uno de los conjurados, ocasionando con ello que los otros pusieran inmediatamente mano a las armas y le quitaran el poder.

Siendo Guillermo comisario en Val de Chiana en 1501, supo que se conspiraba en Arezzo en favor de los Vitelli, para emanciparse del dominio de los florentinos; inmediatamente fue a aquella ciudad, y sin calcular la fuerza de los conjurados ni la suya, ni aprontar recursos para vencer a aquéllos, guiándose únicamente por consejos del obispo de Arezzo, que era hijo suyo, mandó prender a uno de los conspiradores, con lo cual acudieron los demás a las armas y emanciparon Arezzo de Florencia, quedando prisionero el comisario Guillermo.

Pero cuando la conspiración carece de fuerzas, se la debe sofocar inmediatamente. No conviene imitar entonces los dos ejemplos que a continuación citamos, y que parecen contradictorios. Refiérese el primero al mencionado duque de Atenas, quien para demostrar la confianza que tenía en el cariño de los ciudadanos florentinos mandó matar a uno que le denunció una conspiración; y el segundo a Dión de Siracusa, que, para conocer las intenciones de uno que le era sospechoso, ordenó a su confidente Calipo que le propusiera conspirar contra él. Ambos hicieron mal, porque el primero desanimó a los denunciadores y con ello alentó a los deseosos de conspirar, y el otro facilitó el camino de que le mataran, haciéndose, por decirlo así, jefe de la conjuración que produjo su muerte, según demostraron los sucesos; porque pudiendo Calipo conspirar sin temor alguno contra Dión, lo ejecutó tan bien, que le quitó los Estados y la vida.

---

213 Maquiavelo cita la sátira décima de Juvenal: «Pocos los reyes, pocos los tiranos / Son que a los reinos de Plutón descienden / Sin ser heridos por puñal aleve».

214 «Concentró su espíritu, turbado por la idea de tan grande empresa.»

CAPÍTULO VII

Por qué los cambios de la libertad a la servidumbre y de la servidumbre a la libertad son unas veces sangrientos y otras no

Preguntarán quizás algunos por qué unas veces ocasionan derramamiento de sangre y otras no, los cambios de la libertad a la tiranía y viceversa, pues la historia demuestra que en tales variaciones unas veces han muerto muchísimos hombres, y otras a nadie se causó ofensa; como ocurrió al pasar Roma del poder de los reyes al de los cónsules, siendo desterrados solamente los Tarquinos y no perjudicando a ninguna otra persona. Esto depende de que el orden de cosas que se muda haya nacido o no con violencia, porque en el primer caso ha dañado a muchos ciudadanos, y, al derribarlo, los ofendidos se vengan. Este deseo de venganza produce el derramamiento de sangre. Pero si el régimen que se derriba fue creado con el consentimiento general de los ciudadanos, no hay motivo, al destruirlo, para ofender más que a los gobernantes.

Así sucedió en Roma al expulsar a los Tarquinos, y así en Florencia cuando en 1494 cayeron del poder los Médicis, siendo ellos los únicos desterrados. Tales cambios no suelen ser muy peligrosos; pero son peligrosísimos los que realizan hombres dominados por el deseo de vengarse, y la lectura de los atropellos que ocasionaron siempre causa verdadero horror. Como la historia está llena de ejemplos de esta clase, no hay para qué citarlos aquí.

CAPÍTULO VIII

Quien desee introducir cambios en una república debe examinar el estado en que se encuentra

Hemos dicho antes que un mal ciudadano no puede causar daño a una república que no esté corrompida, y esto lo prueban, además de las razones aducidas entonces, los ejemplos de Espurio Casio y de Manlio Capitolino. Era Espurio un ambicioso que deseaba ejercer extraordinaria autoridad en Roma, ganándose la voluntad de la plebe con grandes beneficios, como el de la proposición de venderle las tierras que los romanos habían conquistado a los érnicos.

Descubrieron los senadores su ambición, y tan sospechosa llegó a ser, que hablando Espurio al pueblo y ofreciéndole el dinero producido por la venta del trigo traído de Sicilia, negose aquél a aceptarlo, creyendo que lo que Espurio quería darle era el precio de su libertad. Pero si el pueblo hubiese estado corrompido no habría rechazado el ofrecimiento, abriendo a la tiranía la puerta que cerró.

Más elocuente es el ejemplo de Manlio Capitolino, porque demuestra cómo la horrible ambición de reinar anula las mejores condiciones de ánimo y de cuerpo y los mayores servicios hechos a la patria. Esta ambición nació en Manlio por envidia de los honores tributados a Camilo, y le cegó de tal suerte que, sin tener en cuenta la organización de Roma ni el estado de las costumbres, poco a propósito para viciosas reformas, empezó a provocar tumultos contra el Senado y contra las instituciones de su patria. Entonces se probó la fortaleza y bondad de la constitución de Roma, porque ningún noble, aunque todos eran acérrimos defensores unos de otros, quiso favorecer a Manlio, ni se puso de su lado ninguno de sus parientes. Solían hacerlo los de otros acusados, mostrándose vestidos de negro, cubiertos de polvo y con afligido semblante para excitar la misericordia; pero junto a Manlio no pareció ninguno de los suyos. Los tribunos de la plebe, casi siempre favorables a cuanto pudiera redundar en beneficio del pueblo y partidarios de todo lo que contrariaba a los nobles, pusiéronse en este caso al lado de ellos y contra el enemigo común. El pueblo romano, deseoso siempre de cuanto podía favorecerle y amante de todo lo que perjudicaba a la nobleza, mostrose al principio favorable a Manlio; pero cuando los tribunos lo citaron y sometieron a su fallo el proceso de Manlio, aquel pueblo, convertido de defensor en juez, lo condenó sin consideración alguna a la última pena.

No creo que haya en la historia de Roma ejemplo más elocuente para demostrar la excelencia de las instituciones de aquella república que el de ver cómo nadie quiso defender a un ciudadano dotado de tan eminentes cualidades y que al público y a los particulares había hecho numerosos y laudables servicios. En todos prevaleció el amor de la patria a cualquier otra consideración, y todos estimaron el riesgo presente por la ambición de Manlio en mucho más que las pasadas meritorias acciones de este ciudadano, e indispensable su muerte para conjurar el peligro. Tito Livio dice: *Hunc existum habuit vir, nisi in libera civitate natus esset, memorabilis.*[215]

De este hecho se deducen dos consideraciones: una, que son distintos los procedimientos para adquirir gloria en las repúblicas corrompidas que en las que conservan puras las costumbres públicas, y la otra (casi idéntica a la anterior), que los hombres deben ajustar su conducta, sobre todo en las grandes acciones, a la condición de los tiempos, ateniéndose a ella, y los que por error o inclinación natural se ponen en contradicción con su época, viven las más de las veces infelizmente y sus actos tienen un éxito funesto. Lo contrario sucede a los que saben acomodarse a su época.

De la citada frase de Tito Livio se deduce como cosa indudable: que si Manlio hubiese nacido en los tiempos de Mario y de Sila, cuando las costumbres estaban ya viciadas y eran materia, por tanto, para realizar su ambición, tuviera el mismo éxito que Mario y Sila y los demás que después de ellos aspiraron a la tiranía. De igual manera, si Mario y Sila nacieran en la época de Manlio, sus atentados hubiesen fracasado inmediatamente. Porque un hombre puede muy bien comenzar con criminales manejos la corrupción de un pueblo, pero la vida de un hombre no basta a consumarla de suerte que pueda el corruptor lograr el fruto de su trabajo, y si el transcurso del tiempo lo permitiera, lo imposibilitaría la natural impaciencia humana para realizar lo que apasiona y por apresuramiento o por lo que se engañan los hombres, sobre todo en las cosas que más anhelan, acometeríase la empresa antes de tiempo y fracasaría.

Para tiranizar una república es, pues, indispensable que las costumbres públicas se estén viciando desde tiempo atrás, y que poco a poco y de generación en generación se camine al desorden, al que necesariamente se llega si, como antes hemos dicho, no se procura con frecuencia, por medio de buenos ejemplos y nuevas leyes, restablecer la primitiva pureza de las costumbres públicas.

Hubiera sido Manlio un hombre raro y memorable naciendo en una república corrompida. Deben, pues, los ciudadanos que en las repúblicas intenten algún cambio en favor de la libertad o de la tiranía, examinar atentamente el estado de las costumbres públicas y calcular por él los inconvenientes de la empresa; porque tan difícil y peligroso es querer dar libertad al pueblo que desea vivir en servidumbre, como esclavizar al que quiere ser libre.

He dicho antes que, en sus actos públicos, los hombres deben acomodarse a las condiciones del tiempo en que viven y proceder conforme a ellas, y de esto hablaremos con más extensión en el siguiente capítulo.

---

215 «Tal fue el fin de este hombre, que, de no haber nacido en una ciudad libre, sería memorable.»

CAPÍTULO IX

De cómo conviene variar con los tiempos si se quiere tener siempre buena fortuna[216]

He observado con frecuencia[217] que la causa del buen o mal éxito de los hombres consiste en acomodar su modo de proceder con el tiempo en que viven,[218] porque se ve que unos proceden con impetuosidad y otros, con prudencia y circunspección; y como en ambos casos se traspasan los límites convenientes no siguiendo la verdadera vía, en ambos se yerra.[219] El que menos se equivoca y goza de más próspera fortuna es quien acomoda sus acciones al tiempo en que vive, ya que siempre se actúa siguiendo la naturaleza.

Todo el mundo sabe cuánto distaban la prudencia y circunspección de Fabio Máximo en el mando de su ejército, del ímpetu y audacia habituales en los romanos, y su buena suerte hizo que este procedimiento estuviera de acuerdo con aquellos tiempos, porque, llegado a Italia Aníbal, joven y en el goce de los primeros favores de la fortuna, y habiendo derrotado ya dos veces a los romanos, se encontraba Roma sin sus mejores soldados y muy temerosa de su suerte. Lo mejor que podía sucederle en aquel momento era tener un capitán cuyas precauciones y lentitud de movimientos fueran dique a la impetuosidad del enemigo. Tampoco pudo Fabio encontrar tiempos más adecuados a su carácter, y de aquí su gloriosa fama. Que Fabio obraba así no por cálculo, sino por sus condiciones personales, bien lo demuestra su oposición terminante al deseo de Escipión de pasar a África con aquel ejército para terminar la guerra, por ser esta empresa contraria a sus procedimientos y costumbres militares; y de tener él la dirección absoluta de la guerra, aún estaría Aníbal en Italia, porque Fabio no advertía que el cambio de los tiempos obligaba a cambiar el sistema de guerra. Siendo rey de Roma probablemente hubiese perdido la campaña por no saber acomodar su conducta a las variaciones de los tiempos; pero había nacido en una república fecunda en hombres de todo género de caracteres, que tuvo un Fabio, excelente general en el tiempo en que convenía alargar la guerra, y un Escipión cuando llegó el momento de terminarla.

Las repúblicas tienen más vida y mejor, y más duradera fortuna que las monarquías, pues pueden acomodarse, a causa de la variedad de genios de sus ciudadanos, a la diversidad de los tiempos, cosa imposible para un príncipe; porque un hombre acostumbrado a proceder de cierto modo, no cambia de costumbres, según he dicho, y, cuando los tiempos varían en sentido contrario a sus procedimientos, por necesidad sucumbe.[220] Pedro Soderini, citado ya varias veces, obraba en todas las cosas con humanidad y paciencia. Él y su patria prosperaron mientras los tiempos se acomodaban a este sistema; pero después vinieron otros en que era necesario prescindir de la humildad y de la paciencia, y no supo hacerlo, sucumbiendo él y su patria.[221] Durante todo su pontificado procedió el papa Julio II con furiosa impetuosidad y, favoreciéndole los tiempos, llevó a buen fin todas sus empresas; pero si hubiesen cambiado las circunstancias, exigiendo otro proceder, su ruina fuera inevitable, por serle imposible

cambiar de genio y de conducta.[222]

Dos cosas impiden estos cambios; la imposibilidad de resistir a nuestras inclinaciones naturales y la dificultad de convencerse, cuando se ha tenido buen éxito con un procedimiento determinado, de la conveniencia de variarlo.[223] De aquí las alternativas de la fortuna de un hombre, porque la fortuna cambia con las circunstancias y los hombres no cambian de método. Las repúblicas perecen también por no ajustar sus instituciones a los tiempos, según manifestamos anteriormente; pero tardan más, porque les cuesta más variar, siendo preciso que la variación de tiempos quebrante todas las instituciones, y un hombre solo, cualquiera que sea la mudanza de su conducta, no produce este resultado.[224]

He dicho antes que Fabio Máximo tuvo en jaque a Aníbal, y creo oportuno examinar en el siguiente capítulo si a un general que quiere batallar de cualquier modo con su enemigo, se lo puede impedir éste.

---

216 J. M. Forte, «Fortuna, fatalismo, libertad. El giro maquiaveliano», *Endoxa* 16 (2002), págs. 160-161, señala algunas de las dificultades de este escrito para armonizarlo con una teoría del «riscontro», aunque él mismo sugiere que la congruencia es posible o al menos, no terminantemente contradictoria.

217 Se refiere principalmente a *Ghiribizzi* en N. Maquiavelo, *Antología* [trad. de M. Á. Granada], Barcelona, Península, 1987 (en adelante, *Ghiribizzi*) y a *El príncipe*, XXV.

218 Bausi insiste en que acomodar *(riscontrare)* no significa «conformar» sino encontrar conforme. Este significado indica que no hay capacidad activa del hombre de acomodarse a los tiempos, sino que sólo pasivamente y por suerte su modo de actuar coincide con los tiempos. Como dice Bausi, en realidad, son los tiempos los que se adaptan a los hombres.

219 Ésos son los dos modos principales de actuación: el impetuoso y el resuelto *(impeto)*, por un lado; el cauto y circunspecto *(rispetto)*, por otro.

220 Inglese dice que se trata de un poderoso argumento en favor de la superioridad de las repúblicas sobre los principados, absolutamente ligados al modo de ser de sus gobernantes. Sin embargo, no está claro si el cambio de «impulsivos» y «cautos» se debe a la suerte o a un modo racional de elección. Si el primer caso fuese verdadero, la república tampoco evita completamente la influencia de la fortuna.

221 Es muy curioso que justo después de hablar de la superioridad adaptativa de la república, Maquiavelo muestre un ejemplo donde ésta fracasa (hay que recordar que P. Soderini era un gobernante republicano) y que, de hecho, provoca un cambio progresivo hacia el principado.

222 El personaje de Julio II representa paradigmáticamente en la obra de Maquiavelo el modo de proceder «impetuoso» que consigue éxito. Se puede formular la hipótesis de que son las exitosas acciones de Julio II en Perugia las que no sólo llevan a Maquiavelo a escribir los *Ghiribizzi*, sino también a reflexionar abundantemente sobre este tema.

223 Ante una determinación cosmológica tan clara (uno no puede cambiar su modo de proceder), el argumento psicológico parece secundario (uno no cambia tampoco porque con la vieja manera había conseguido éxitos). El problema es que, según Maquiavelo, ni siquiera si con su vieja manera de ser no hubiera conseguido éxitos, podría cambiar. De hecho, Inglese señala que la razón psicológica no es sino la manifestación de la causa cosmológica. Para Inglese, siguiendo a Sasso, lo mejor de estas páginas estriba en haber racionalizado completamente la acción de la fortuna, rechazando al mismo tiempo la postura de Giovanni Pico della Mirandola del «hombre-camaleón».

224 Si antes se hablaba de la capacidad de adaptación de la república, ahora se muestran también sus límites y se ve cómo ante cambios grandes, la acción de un hombre, el gobernante de la república, no puede devolverla a los viejos órdenes prósperos. Bausi ha señalado que, respecto de la adaptación, la república tiene dos tiempos: el corto plazo y el largo plazo. Si en el corto son superiores al principado, en el largo, su inercia constitucional produce la ruina. En cualquier caso, no deja de sorprender que es la misma capacidad de adaptación la que parece superior en unos casos de manera general, y que también de manera general se diga que a las repúblicas les cuesta más variar (¿más que a los principados?). El problema está si en el texto de Maquiavelo están los elementos para desarrollar esta interpretación o si, más bien, en este capítulo encontramos dos principios de la república respecto al cambio igualmente generales (sin distinción de tiempo largo y tiempo corto) y contradictorios.

CAPÍTULO X

De cómo un general no puede evitar la batalla cuando su adversario la quiere dar de cualquier modo

Cneus Sulpitius Dictator adversus Gallos bellum trabebat, nolens se fortunae commitere adversus hostem, quem tempus deteriorem in dies, et locus alienus, faceret.[225]

Cuando todos o la mayoría de los hombres adoptan un error, creo conveniente refutarlo repetidas veces, y por ello, aunque antes he demostrado con repetición cuánto distan los procedimientos de ahora de los antiguos en los casos de importancia, juzgo que no es superfluo insistir en este asunto. En lo que se debía imitar más a los antiguos es en el arte de la guerra, y al presente no se observa ninguna de las máximas que ellos estimaban más. Nace esto de haber dejado los jefes de las repúblicas y los príncipes a otras personas el mando de los ejércitos, desembarazándose de este cuidado para evitar el peligro. Si se les ve en nuestros tiempos alguna vez mandar en persona un ejército, no se crea que este ejemplo ocasione cambios laudables; pues al ir a campaña lo hacen por mostrar la pompa real, y no por motivo alguno digno de elogio.

Los príncipes, sin embargo, cometen menos errores presentándose algunas veces a sus soldados y tomando el mando de sus ejércitos, que las repúblicas, y especialmente las italianas, que debiendo fiarse de otros, por no entender ellas de asuntos militares, y queriendo, por otra parte, tomar determinaciones para que aparezca siempre su soberanía, cometen multitud de faltas. Aunque ya he citado muchas de ellas, no pasaré en silencio una importantísima.

Cuando los príncipes tímidos o las repúblicas afeminadas envían a la guerra a uno de sus generales, la orden más beneficiosa que creen darle es que de ningún modo aventure batalla ni se deje obligar a darla, juzgando que así imitan la prudencia de Fabio Máximo, quien, evitando combatir, salvó Roma, y sin tener en cuenta que la mayoría de las veces esta recomendación es inútil o perjudicial; porque es indudablemente seguro que un general que quiera permanecer en campaña no puede evitar la batalla cuando el enemigo está dispuesto a darla de cualquier modo, y la orden en tal caso significa decirle: «Da la batalla a gusto del enemigo y no del tuyo». Para seguir la campaña y no librar batalla, hay un medio seguro, que es el de estar constantemente a cincuenta millas de distancia del enemigo y tener buenos espías para avisarte a tiempo si se acerca. Otra determinación es la de encerrarte en una plaza fuerte, pero ambas son muy peligrosas; porque en el primer caso se abandona el país al pillaje del enemigo y un príncipe valiente preferirá exponerse al resultado de una batalla a prolongar la guerra con tanto daño de sus súbditos. En el segundo la pérdida es manifiesta, porque si te encierras con el ejército en una ciudad, llegarás a ser sitiado, y al poco tiempo el hambre te obligará a rendirte; de suerte que evitar la batalla por cualquiera de estos dos medios es peligrosísimo.

El ejemplo de Fabio Máximo de permanecer en fuertes posiciones es bueno cuando se tiene tan valeroso ejército que el enemigo no se atreve a atacarle. No puede decirse

que Fabio evitara la batalla, sino que quería darla en condiciones ventajosas, porque si Aníbal fuera en su busca le hubiera esperado librando el combate, pero Aníbal no se atrevió a combatir con Fabio en las condiciones que éste deseaba, y tanto uno como otro esquivaban la batalla. Si alguno de ellos la hubiera querido dar de cualquier modo, el otro no podía tomar más que uno de los dos partidos antes citados, o el de la fuga.

Millares de ejemplos comprueban esta verdad, especialmente en la guerra que los romanos hicieron a Filipo de Macedonia, padre de Perseo, porque, atacado por el ejército de Roma, determinó no batallar e imitar para ello la conducta de Fabio Máximo en Italia; al efecto se atrincheró en la cima de un monte, creyendo que los romanos no se atreverían a acometerle en aquel sitio; pero éstos lo atacaron arrojándole de sus posiciones, y no pudiendo Filipo resistirles, huyó con la mayor parte de su ejército; lo salvó de la completa destrucción la aspereza de la comarca, que impidió a los romanos perseguirle.

Filipo, pues, no quería pelear, pero, situando su campamento cerca de los romanos, viose obligado a huir. Comprendiendo por experiencia que el permanecer en lo alto de los montes no le evitaba las batallas, y no queriendo encerrarse en una ciudad, tomó la determinación de apartarse muchas millas del campamento de los romanos. Así pues, cuando éstos estaban en una provincia él se iba a otra, y cuando la evacuaban, entraba él. De tal manera iba alargándose la guerra, y viendo que empeoraba su situación, porque devastaban su reino sucesivamente él y los romanos, determinó intentar la suerte de las armas y dio una batalla conforme a todas las reglas.

Resulta, pues, que es útil no combatir cuando los ejércitos tienen las condiciones que poseía el de Fabio o que tuvo el de Cayo Sulpicio, es decir, que sea tan bueno que el enemigo no se atreva a atacarle en sus atrincheramientos y que internado en tu país sin haberlo dominado, tropiece con dificultades para las subsistencias. En este caso, es la mejor determinación la que da Tito Livio: *Nolens se fortunae committere adversus hostem, quem tempus deteriorem in dies, et locus alienus, faceret.*[226] Pero en cualquier otro caso no se puede esquivar la lucha sino con deshonor y peligro, porque huir como lo hizo Filipo equivale a ser vencido, y más vergonzosamente que en una derrota, puesto que no se da prueba alguna de valor. Si él logró salvarse, no lo lograría otro, a no ayudarle, como a Filipo, las dificultades del terreno.

Nadie negará que Aníbal era maestro en el arte de la guerra, y en su campaña contra Escipión en África, si hubiese visto ventajas en prolongarla, así lo hiciera, como lo hizo Fabio en Italia, cosa no difícil siendo tan gran capitán y mandando excelente ejército. Si no obró así, debió de ser por algún motivo importante. En efecto; el capitán que manda un ejército y ve que por falta de dinero o de apoyo en el país no puede conservarlo largo tiempo, será insensato no intentando la batalla antes de que sus fuerzas se desorganicen, pues, evitándola, seguramente se pierde, y, dándola, puede vencer.

Además, hay que tener en cuenta que, aun perdiéndola se puede adquirir gloria, que más glorioso es ser vencido por la fuerza de las armas que aniquilado por cualquier otra causa. Esto fue lo que determinó a Aníbal a dar la batalla.

Por otra parte, aunque el general cartaginés hubiera evitado la lucha y a Escipión le

faltara ánimo para ir a buscarle en las fuertes posiciones que ocupara, nada perdía este que, habiendo vencido ya a Sífax y conquistado gran extensión de terreno en África, podía mantenerse allí con tanta seguridad y comodidad como en Italia. No sucedía esto a Aníbal cuando guerreaba con Fabio, ni a los galos cuando tenían enfrente a Sulpicio.

Cuando un general invade un país enemigo, tanto menos puede evitar el combatir, cuanto más desea internarse en él, para lo cual necesita batallar tan pronto como el enemigo se presenta, y si se atrinchera apoyándose en una plaza, más obligado estará a combatir; como sucedió en nuestros tiempos al duque Carlos de Borgoña, que, estando acampado en Morat, fue atacado y vencido por los suizos, y como ocurrió al ejército francés situado en Novara, y al cual también derrotaron los suizos.

---

225 «Cneo Sulpicio, nombrado dictador contra los galos, dilataba la guerra, no queriendo exponerse a la suerte de una batalla contra un enemigo a quien el tiempo y la desventaja del terreno perjudicaban más cada día.»

226 «No se debe aventurar batalla contra un enemigo a quien el tiempo y las desventajas del terreno perjudican más cada día.»

CAPÍTULO XI

Quien tiene que combatir con varios enemigos, si puede resistir el primer ataque, aunque sea inferior a ellos en recursos, logrará vencerles

La autoridad de los tribunos de la plebe era en Roma muy grande, y fue necesaria, como repetidamente hemos dicho, porque de otra manera no se podía enfrenar la ambición de la nobleza, que hubiera corrompido las costumbres públicas mucho antes de lo que sucedió. Pero como todas las cosas, según antes dijimos, tienen en sí algo malo que ocasiona inesperados sucesos, conviene prevenirlos con nuevas medidas. Cuando la autoridad tribunicia llegó a ser abusiva y temible para la nobleza y para toda Roma, hubiera resultado dañosa a la libertad romana si Apio Claudio no mostrara el medio de defenderla contra la ambición de los tribunos, medio que consistía en buscar uno de entre ellos a quien, por miedo, por corrupción o por amor al bien público, se le indujera a oponerse a los deseos de los otros tribunos, cuando quisieran tomar alguna determinación contraria a la voluntad del Senado. Este recurso templó mucho una autoridad tan ilimitada, y por largo tiempo fue muy útil a Roma.

Me hace creer el medio citado, que cuando muchos poderosos se coaligan contra uno que también lo es, aunque sin igualar en fuerza a la que aquéllos reúnen, se debe esperar más del que está solo y es más débil que de los aliados, a pesar de ser más fuertes; porque, dejando aparte las cosas que aprovechan mejor a uno que a varios (que son infinitas), siempre podrá el que está solo, empleando alguna astucia, desunir a los aliados y, con ello, debilitarles.

Para confirmación de esta creencia, podría citar muchos ejemplos antiguos; pero bastan los modernos y de nuestros tiempos. Aliose toda Italia en 1484 contra los venecianos, y agobiados éstos, cuando su ejército no podía ya seguir la campaña, ganaron a Luis Sforza, que gobernaba a Milán, con quien hicieron un convenio que les permitió, no sólo recobrar la tierra perdida, sino además apoderarse de parte del ducado de Ferrara, de suerte que sus pérdidas en la guerra se convirtieron en ganancias en la paz.

Hace pocos años conjurose contra Francia todo el mundo, y, sin embargo, antes de que terminara la guerra, separose España de la alianza y ajustó la paz con Francia, viéndose los demás aliados en la precisión de hacer al poco tiempo lo mismo.

Debe, pues, creerse indudable cuando estalla una guerra de varios contra uno, que éste triunfará si tiene talento militar para resistir el primer ímpetu y esperar los sucesos, ganando tiempo. Cuando no lo posea, se expondrá a multitud de peligros, como sucedió a los venecianos en 1508, que de haber podido detener al ejército francés y disponer de tiempo para ganar en su favor alguno de los aliados contra ellos, hubieran evitado aquel desastre; pero careciendo de ejército valeroso que contuviera al enemigo y sin tiempo para introducir la discordia entre los aliados, sucumbieron. Bien se vio que cuando el papa recobró lo suyo hizo la paz con ellos, y lo mismo España; y con mucho gusto ambos potentados les hubieran conservado sus Estados de Lombardía contra Francia, si hubiesen podido, para disminuir la influencia francesa en Italia. Debieron los venecianos

dar parte para salvar el resto; lo cual hubiera sido habilísimo realizándolo antes de emprendida la guerra, y cuando, al parecer, no había necesidad de ello; pero una vez comenzada la campaña, era vergonzoso y quizá de escaso provecho. Antes de la guerra, pocos venecianos podían ver el peligro, poquísimos el remedio, y ninguno aconsejarlo.

De lo dicho en este capítulo se deduce que, así como el Senado romano encontró remedio para salvar la patria de la ambición de los tribunos valiéndose de que eran muchos, así también lo encontrará cualquier príncipe que sea atacado por varios, siempre que sepa usar con prudencia los recursos oportunos para desunirlos.

CAPÍTULO XII

De cómo un general prudente debe poner a sus soldados en la necesidad de batirse y quitar esta necesidad a sus enemigos

Ya hemos dicho anteriormente cuán útil es la necesidad a las acciones humanas, y cómo ha sido causa de hechos gloriosos. Acertadamente han escrito algunos filósofos moralistas que las manos y la lengua de los hombres, dos nobilísimos instrumentos para enaltecer la raza humana, no hubieran obrado bien, ni producido la grandeza a que han llegado los actos humanos, sino obligados por la necesidad.

Conocían los antiguos generales la virtud de la necesidad, y sabiendo cómo obligaba a combatir a los soldados, hacían lo posible para que la sintieran sus tropas y las precisaran a pelear. Procuraban al mismo tiempo que el enemigo no la experimentase, y muchas veces le abrían caminos que lo podían cerrar, mientras a sus soldados les cerraban los que podían dejarles abiertos.

Quien quiera que una ciudad se defienda obstinadamente y que obstinadamente pelee un ejército en campaña, debe procurar, sobre todo, convencer a sus tropas de la necesidad de combatir. El general prudente que tiene que sitiar una plaza, calculará la facilidad o dificultad de tomarla por lo que sepa respecto a la necesidad de los habitantes para la defensa: si ésta es grande, la expugnación será difícil, y si no, fácil. De aquí nace que sofocar la rebelión de una provincia sea cosa más difícil que conquistar ésta por primera vez; porque en la conquista, no habiendo cometido ofensa los habitantes, y no temiendo el castigo, se rinden fácilmente; pero en la rebelión juzgan los rebelados que hay ofensa, temen la pena y resisten tenazmente a los que les combaten.

Nace también la obstinación de los odios entre príncipes y entre repúblicas cuyos Estados son vecinos, por la ambición de dominar y por celos de preponderancia, sobre todo si son repúblicas, como sucede en la Toscana, celos que hacen muy difícil la dominación de una por otra.

Quien considere bien la índole de los Estados vecinos de Florencia y de los de Venecia, no se admirará, como sucede generalmente, de que Florencia haya gastado mucho más en guerras y conquistado mucho menos que Venecia. Esto es debido a que los venecianos no han tenido en su vecindad pueblos tan obstinados en la defensa como Florencia. Aquéllos estaban acostumbrados al mando de un príncipe, no a vivir en libertad, y a los que viven en servidumbre les importa generalmente muy poco cambiar de señor; tan poco, que muchas veces lo desean. Así pues, aunque los Estados vecinos de Venecia eran mucho más poderosos que los de Florencia, pudo dominarlos, por ser menor su resistencia que la opuesta por las ciudades libres inmediatas a Florencia.

Volviendo al asunto de que me ocupo, debe, pues, el general que sitia una plaza ingeniarse con diligencia para que los sitiados no tengan la necesidad de la defensa, y, por consiguiente, la obstinación en realizarla, prometiendo perdón a los que temen el castigo; y si lo que temen es la pérdida de la libertad, mostrar que no va contra el bien común, sino contra unos cuantos ciudadanos ambiciosos, cosa que muchas veces ha facilitado el

triunfo y la toma de las plazas; pues aunque el objeto de tales promesas es fácilmente conocido, sobre todo por las personas entendidas, casi siempre engaña a los pueblos, que, deseosos de la paz, cierran los ojos a los peligros que estas lisonjeras promesas encubren.

Por tal vía han llegado a la servidumbre infinitas ciudades, como le sucedió a Florencia hace poco tiempo y como ocurrió a Craso y a su ejército. Comprendió Craso cuán vanas eran las promesas de los partos, hechas para quitar a sus soldados la precisión de defenderse, y, sin embargo, no pudo obligarles a pelear, cegados por la oferta de paz que le habían propuesto sus enemigos. Así se ve en la historia de su vida.

Faltando a los tratados y excitados por la ambición de algunos de ellos, hicieron los samnitas correrías y pillajes en las tierras de los confederados de Roma. Enviaron después a esta ciudad embajadores para pedir la paz, ofreciendo la restitución de lo robado y el castigo de los autores de los atropellos hechos. Rechazaron los romanos sus ofrecimientos y volvieron los embajadores a Samnio sin esperanza de arreglar el conflicto. Entonces Claudio Poncio, general del ejército samnita, demostró en un notable discurso que los romanos querían de todos modos la guerra, y aunque ellos deseaban la paz, la necesidad les obligaba a la lucha, pronunciando estas palabras: *Iustum est bellum; quibus necessarium, et pia arma, quibus nisi in armis spes est.*[227] En esta necesidad fundaron él y sus soldados la esperanza de la victoria.

Para no tener que tratar más esta materia aduciré los ejemplos de la historia romana más dignos de notarse. Fue Cayo Manlio con su ejército contra el de los veyenses, y habiendo entrado parte de éstos en los atrincheramientos romanos, acudió Manlio con fuerzas de socorro a fin de cerrarles el paso y, para que no pudieran salvarse, ocupó todos los puntos de salida. Viéndose los veyenses encerrados, comenzaron a combatir con tanta rabia, que mataron a Manlio, y no destruyeron todo el ejército romano por la prudencia de un tribuno que les abrió camino para salir de allí. Resulta, pues, que mientras la necesidad obligó a los veyenses a combatir, pelearon ferozmente, y cuando tuvieron la vía abierta prefirieron la huida a la lucha.

Los volsgos y los equos habían invadido con sus ejércitos el territorio de los romanos, quienes enviaron los dos cónsules para rechazarles. Empeñada la batalla, el ejército de los volsgos, que mandaba Vetio Mescio, quedó de pronto encerrado entre su campamento, ocupado ya por uno de los dos ejércitos romanos y el otro ejército consular. Viéndose en la precisión de morir o abrirse camino espada en mano, dijo el general a sus soldados estas palabras: *Ite mecum; non murus nec vallum, armati armatis obstant, virtute pares, quo ultimum ac maximum telum est, necesitate superiores estis.*[228] Así, pues, Tito Livio llama a la necesidad *ultimum ac maximum telum*.

Camilo, el más prudente de todos los generales romanos, estaba ya dentro de la ciudad de los veyenses con su ejército, y para facilitar la ocupación completa y quitar a los enemigos la necesidad de desesperada defensa, mandó, de modo que los veyenses lo oyeran, no ofender a los apresados sin armas. Esto hizo que las arrojaran al suelo, y fue tomada la ciudad casi sin derramamiento de sangre. Muchos generales imitaron después este ejemplo de Camilo.

227 «Justa es la guerra para aquellos para los que es necesaria, pías son las armas para quienes su esperanza no está en otro lugar que en las armas.»

228 «Seguidme; no tenéis delante ni muros ni fosos, sino hombres armados como vosotros. Iguales sois a ellos en valor y tenéis a vuestro favor la necesidad, que es la última y mejor de todas las armas.»

CAPÍTULO XIII

De si debe inspirar más confianza un general que tenga mal organizado un ejército, o un buen ejército mandado por general inhábil

Desterrado de Roma Coriolano, se fue al país de los volsgos, donde reunió un ejército y, para vengarse de sus conciudadanos, marchó sobre Roma, de donde al fin se retiró, más por los ruegos de su madre que por la fuerza de los romanos. Al referir esto, añade Tito Livio que se conoció entonces cómo la república romana ensanchaba su poder más bien por el valor y pericia de sus generales que por el esfuerzo de sus soldados, pues los volsgos, que antes siempre habían sido vencidos, sólo vencieron batiéndose a las órdenes de Coriolano.

A pesar de esta opinión de Tito Livio, su historia da cuenta en muchas ocasiones de soldados sin general que dieron maravillosas pruebas de su valor, continuando más ordenados y más bravos después de la muerte de los cónsules, que antes de morir. Así, ocurrió con el ejército que los romanos tenían en España a las órdenes de los Escipiones. Muertos estos dos generales, no sólo se salvó el ejército por su propio valor, sino que además venció al enemigo y conservó aquella provincia para la república.

Examinando, pues, atentamente este asunto, se encontrarán muchos ejemplos de batallas ganadas por el valor de los soldados y otros muchos en que el triunfo se debió a la pericia de los generales, deduciéndose que ambas cosas son necesarias.

Pero se presenta la duda de qué será más temible, un buen ejército mal mandado, o un buen general que mande malas tropas. En opinión de César, tan poco vale lo uno como lo otro. Cuando éste fue a España contra Afranio y Petreio, que tenían un buen ejército, dijo que se cuidaba poco de él: *quia ibat ad exercitum sine duce*,[229] para indicar la impericia de los capitanes. Al contrario, cuando fue a Tesalia contra Pompeyo, dijo: *Vado ad ducem sine exercitu.*[230]

Puede también examinarse otra cuestión, la de si es más fácil a un buen general organizar un buen ejército, o a un buen ejército hacer un buen general. El problema parece resuelto con sólo examinarlo, porque más fácil es a muchos hábiles encontrar o instruir a uno para que lo sea, que no uno a muchos. Cuando fue enviado Lúculo contra Mitrídates, era inexperto en la guerra; sin embargo, el buen ejército que mandaba, en el cual había excelentes capitanes, convirtiole pronto en buen general. Armaron los romanos muchos esclavos y encargaron que los ejercitara a Sempronio Graco, quien en poco tiempo formó un buen ejército. Pelópidas y Epaminondas, después de librar a su patria, Tebas, del yugo de los espartanos, según antes dijimos, hicieron en poco tiempo de los campesinos tebanos excelentes soldados, no sólo para contrarrestar al ejército espartano, sino también para vencerlo.

Resulta, pues, la cosa igual, en vista de que un ejército puede hacer un buen general y un general un buen ejército. Sin embargo, un buen ejército sin un buen jefe suele llegar a ser insubordinado y peligroso, como sucedió al de Macedonia después de la muerte de Alejandro, y como lo fueron los veteranos en las guerras civiles de Roma. Creo, por

tanto, que se debe confiar más en un general que cuente con medios para armar sus tropas y comodidad para instruirlas, que con un ejército insubordinado que tumultuosamente elige quien lo mande.

Duplicada merecen la gloria y la fama los generales que, no sólo han tenido que vencer al enemigo, sino también organizar, instruir y ejercitar sus tropas antes de llegar a las manos; porque esto demuestra doble mérito, y tan raro, que si se hubiera exigido a muchos capitanes, tendrían menos fama y celebridad.

---

229 «Porque iba contra un ejército sin general.»

230 «Voy contra un general sin ejército.»

CAPÍTULO XIV

Efecto que producen durante una batalla las nuevas estratagemas y las voces inesperadas

Muchos ejemplos hay de accidentes imprevistos durante una batalla o una sublevación por algo nuevo que se vea o que se diga, y se puede citar lo ocurrido en la batalla de los romanos contra los volsgos, durante la cual, viendo Quintio, que mandaba a aquéllos, replegarse una de las alas de su ejército, empezó a gritar que estuviera firme, porque la otra ala iba venciendo, con cuyos gritos alentó a los suyos y asustó a los enemigos, alcanzando la victoria.

Y si tales voces producen grande efecto en ejército disciplinado, en el organizado tumultuosamente y mal regido lo causan grandísimo, y bastan a veces para dispersarlo. Notable ejemplo de esto ha ocurrido en nuestros días. Hace pocos años estaban divididos los habitantes de Perugia en dos partidos, el de los Oddi y el de los Baglioni. Éstos dominaban y aquéllos vivían en el destierro. Reunieron los Oddi, con el auxilio de sus amigos, algunas tropas, y desde una posesión suya inmediata a Perugia, donde las tenían, secundados por sus partidarios, entraron una noche en esta ciudad, avanzando sin ser descubiertos hacia la plaza. En todas las bocacalles de Perugia había cadenas para impedir el paso, y la gente de los Oddi, a fin de que pudieran pasar los caballos, llevaban delante un hombre que, con una maza herrada, rompía los cierres de las cadenas. Faltábale romper únicamente el de la que daba a la plaza, y, producida ya la alarma, oprimía al de la maza la turba que iba tras él, sin dejarle levantar bien el brazo para romper el cierre. A fin de poder manejarse, dijo: *Haceos atrás*, y la palabra *atrás*, repetida de fila en fila, hizo huir a los últimos. Su fuga se propagó a todos los demás con tal espanto, que por sí solos se dispersaron, fracasando, por tan pequeño accidente, el intento de los Oddi.

Debe tenerse en cuenta que la disciplina es necesaria no sólo para combatir ordenadamente, sino para evitar que cualquier accidente desorganice las fuerzas. Por esta causa, las aglomeraciones de gente del pueblo no sirven para la guerra, pues cualquiera voz, cualquier ruido, cualquier estrépito las asusta y hace huir. Y un buen general debe determinar siempre, entre otras cosas, quiénes son los que han de recibir sus órdenes y comunicárselas a los demás, acostumbrando a sus soldados a no dar crédito más que a los oficiales, y a éstos a decirles sólo lo que mande el jefe. Por la inobservancia de dicha regla han ocurrido grandísimos males.

En cuanto a las estratagemas, los generales deben inventar algunas durante la lucha que anime a sus soldados y amilane al enemigo, porque entre los accidentes en una batalla, éste es eficacísimo. De ello nos presenta un buen ejemplo el dictador romano Cayo Sulpicio, que, al librar batalla a los galos, armó a todos los sirvientes y merodeadores que había en el campamento, y los hizo montar en mulos y otras bestias de carga con armas y banderas para figurar tropas de caballería, poniéndolos detrás de una colina, y ordenó que a una señal suya, en lo más empeñado de la lucha, se

presentaran ante el enemigo. Así lo hicieron, con tanto terror de los galos, que perdieron la batalla.

Todo buen general debe inventar algún ardid para asustar al enemigo y estar prevenido contra los que éste invente, para descubrirlos y contrarrestrarlos. Así lo hizo el rey de la India con Semíramis. Al ver esta reina los muchos elefantes de aquél, para asustarle, probándole que aun de estos animales tenía ella mayor número, los imitó con pieles de búfalo y de vaca puestas sobre camellos, haciendo a éstos marchar delante. Pero el rey conoció el engaño, y no sólo fue inútil, sino perjudicial a Semíramis.

Peleaba el dictador Mamerco contra los fidenates, quienes para asustar al ejército romano dispusieron, en lo más empeñado de la batalla, que salieran de Fidenas numerosos soldados con fuego encendido en la punta de las lanzas, a fin de que los romanos, preocupados por aquella novedad, se desordenaran.

A propósito de esto hay que advertir que, cuando en tales invenciones hay más de verdadero que de fingido, pueden muy bien emplearse contra todos los hombres, porque lo cierto oculta por algún tiempo lo aparente; pero cuando lo fingido supera a lo verdadero, lo mejor es no hacerlo, y si se hace, mantenerlo a distancia para que no pueda ser pronto descubierto, como hizo Cayo Sulpicio con su improvisada caballería. Sin esto, la debilidad real se descubre en seguida, y el ardid perjudica más que favorece, como sucedió a Semíramis con sus contrahechos elefantes, y a los fidenates con sus fuegos, que al principio desorganizaron algo el ejército; pero acudió el dictador diciendo a sus soldados si no les avergonzaba huir del humo como las abejas, y los hizo volver contra el enemigo, gritándoles: *Suis fiammis delete Fidenas, quas vestris beneficiis placare non potuistis.*[231] Resultó, pues, inútil el ardid de los fidenates y perdieron la batalla.

---

231 «Con sus propios fuegos incendiad Fidenas, ya que vuestros beneficios no pudieron aplacarla.»

CAPÍTULO XV

El mando del ejército debe tenerlo uno y no varios, porque en más de uno es perjudicial

Los fidenates sublevados asesinaron a los colonos enviados a su ciudad por los romanos, y para castigar el agravio nombraron éstos cuatro tribunos con potestad consular, de los cuales dedicaron uno a la guarda de Roma y enviaron con el ejército contra los fidenates y los veyenses, a los otros tres que, por sus diferencias de opinión, sufrieron descrédito, aunque no daño. Produjeron el descrédito sus divisiones y evitó el daño el valor de los soldados. Vieron los romanos este desorden y nombraron un dictador para remediarlo. Prueba esto cuán inútil es encargar a varios del mando de un ejército o de una plaza que sea preciso defender. Claramente lo dice Tito Livio en la siguiente frase: *Tres Tribuni potestate consulari documento fuere, quam plurium imperium bello Mutile esset; tendendo ad sua quisque consilia cum alii aliud videretur, aperuerunt, ad occasionem locura hosti*.[232]

Aunque baste dicho ejemplo para probar el desorden que produce en la guerra la pluralidad de mandos, presentaré otros de tiempos modernos y antiguos, que lo demuestran por completo. Cuando el rey de Francia Luis XII tomó Milán en 1500, mandó tropas a Pisa para restituir esta población a los florentinos, quienes enviaron como comisarios a Juan Bautista Ridolfi y a Lucas Antonio de Albizzi, y como Juan Bautista gozaba de gran reputación y era de mayor edad, dejábale Lucas Antonio el gobierno de todas las cosas, sin demostrar ambición contrariándole, pero poniéndola de manifiesto con su silencio, su negligencia y su desdén por cuanto se hacía. No ayudaba, pues, al ejército ni con obras ni con consejos, como si para todo fuera inútil; pero pronto se conoció lo contrario, cuando, por un accidente ocurrido, tuvo que volver Juan Bautista a Florencia. Quedando solo Lucas, demostró cuánto valía por su habilidad y su talento, dotes no probadas mientras tuvo compañero. En confirmación de mi propósito, apelaré de nuevo a las palabras de Tito Livio. Dice este historiador que, habiendo enviado los romanos contra los equos a Quintio y a su colega Agripa, éste quiso que toda la dirección de la guerra estuviera a cargo de Quintio, diciendo: *Saluberrimum in administratione magnarum rerum est, summam imperii apud unum esse.*[233]

Nuestras repúblicas y nuestros príncipes de ahora hacen todo lo contrario. Para administrar mejor las localidades sujetas a su gobierno mandan muchos jefes, lo cual produce admirable confusión. Si se investigan las causas de los fracasos de los ejércitos franceses e italianos en nuestros tiempos, encontrarse que dependen de esta importantísima falta. En resumen, vale más encargar cualquier empresa a un hombre solo de mediana prudencia, que a dos de gran mérito con igual autoridad.

232 «Tres tribunos con potestad consular mostraron cuán inútil es el mando ejercido por varios. Teniendo cada cual su opinión y deseando imponerla a los otros, ocasionaron que el enemigo se aprovechara de su desacuerdo.»

233 «Lo más recomendable para la administración de las cosas importantes es que la suprema autoridad la reúna una única persona.»

CAPÍTULO XVI

El verdadero mérito búscase en los tiempos difíciles. En los fáciles no son los hombres meritorios los favorecidos, sino los más ricos o mejor emparentados

Siempre ha ocurrido y sucederá que las repúblicas hagan poco caso de los grandes hombres en tiempo de paz, porque, envidiándoles muchos ciudadanos la fama que han logrado adquirir, desean ser sus iguales y aun superiores. De esto refiere un buen ejemplo el historiador griego Tucídides, quien dice que, habiendo quedado victoriosa la república ateniense en la guerra del Peloponeso, refrenado el orgullo de los espartanos y casi sometida toda Grecia, fue tan grande su ambición, que determinó conquistar Sicilia.

Discutiose el asunto en Atenas. Alcibíades y algunos otros ciudadanos aconsejaban la empresa, porque más que al bien público atendían a su propia gloria, esperando ser los encargados de ejecutarla; pero Nicias, que era el primero entre los ciudadanos más distinguidos, oponíase a ella, y el argumento más fuerte que exponía en sus arengas al pueblo para persuadirle de su opinión, consistía en que, al aconsejar que no se hiciera esta guerra, aconsejaba contra su propio interés, porque bien sabía que en tiempo de paz eran infinitos los ciudadanos deseosos de figurar en primer término; pero también que, en la guerra, ninguno le sería superior ni siquiera igual.

Existe, pues, en las repúblicas la irregularidad de estimar en poco a los hombres de mérito en las épocas tranquilas; cosa que ofende a éstos doblemente, por no ocupar el lugar que les corresponde y por ver como iguales o superiores a personas indignas o de menos capacidad que ellos. Estas injusticias han causado grandes males en las repúblicas, porque los ciudadanos que inmerecidamente son desdeñados y comprenden que la causa de ello es la tranquilidad y seguridad del Estado, procuran perturbarlo promoviendo nuevas guerras, con perjuicio de la nación.

Reflexionando sobre los medios de evitar este mal, sólo encuentro dos: uno, impedir que los ciudadanos se hagan ricos, a fin de que no puedan, con riquezas y sin virtud, corromper a los demás; otro, organizarse de tal manera para la guerra, que en cualquier momento se pueda hacer y constantemente sean precisos los servicios de los ciudadanos famosos, como hizo Roma durante sus primeros tiempos. Siempre tenía esta ciudad ejércitos en campaña, y, por tanto, ocasión para que se probara el talento y valor de los hombres. No se podía privar a ninguno del cargo que desempeñara bien para darlo a quien no lo mereciese. Si alguna vez se hacía esto por error o por intentar nuevo sistema, producíase en seguida tan peligroso desorden, que inmediatamente se volvía al buen camino. Pero las demás repúblicas no organizadas como Roma, y que sólo hacen la guerra cuando la necesidad les obliga, no pueden evitar tales inconvenientes, y siempre serán causa de interiores discordias, si el ciudadano meritorio y desdeñado es vengativo y tiene en la ciudad partidarios que le sigan. Roma evitó este peligro durante algún tiempo; pero cuando hubo vencido a los cartagineses y a Antíoco, no temiendo ya los riesgos de la guerra, creyó poder confiar el mando de los ejércitos a los que lo solicitaban, no mirando tanto al valor y el mérito como a otras cualidades de las que proporcionan el

favor popular. Así se ve que a Paulo Emilio se le negó muchas veces el consulado y no llegó a ser cónsul hasta que se emprendió la guerra contra Macedonia. Juzgose peligrosa esta guerra, y entonces los ciudadanos, por voto unánime, le nombraron para dirigirla.

En las guerras sostenidas desde 1494 por nuestra ciudad de Florencia, ningún ciudadano se había hecho famoso como buen general. Encontrose al fin uno que enseñó la manera de dirigir un ejército, y fue Antonio Giacomini. Mientras hubo que mantener guerras peligrosas, cesaba la ambición de los demás florentinos, y al elegirse comisario y general, no tenía competidor alguno; pero hubo que hacer una de seguro éxito y a propósito para adquirir honores y fama, y entonces encontró tantos competidores que, debiendo ser nombrados tres comisarios para el cerco de Pisa, prescindieron de él. Aunque no se vieron claramente los males que produjo al Estado el no enviar a Giacomini pueden, sin embargo, conjeturarse fácilmente, porque los pisanos carecían de víveres y medios de defensa, y Antonio les hubiera puesto cerco tan riguroso, que pronto se rindieran a discreción de los florentinos. Pero, dirigido el asedio por generales que no sabían estrecharlo ni asaltar la plaza, se perdió tanto tiempo, que Florencia necesitó comprar lo que podía haber adquirido por la fuerza de las armas. Seguramente sintió Antonio Giacomini el menosprecio y fue muy paciente y bueno para no desear vengarse, o con la ruina del Estado, de poderla realizar, o con la pérdida de alguno de sus émulos. Toda república debe guardarse de tal peligro, como demostraremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVII

No se debe ofender a un ciudadano y darle después una administración o mando importante

Deben las repúblicas no confiar mandos importantes a ciudadanos a quienes antes hayan ofendido gravemente.

Claudio Nerón estaba con su ejército frente al de Aníbal, y se marchó con parte de él a la Marca de Ancona para unirse con el otro cónsul y combatir a Asdrúbal, antes de que uniera sus fuerzas con las de Aníbal. Anteriormente había combatido con Asdrúbal en España, arrinconándolo en un paraje donde éste tenía que pelear con desventaja o morirse de hambre; pero el cartaginés le entretuvo astutamente con algunas gestiones de convenio, y pudo escapar, quitando a Claudio la ocasión de capturarlo. Sabido esto en Roma, el Senado y el pueblo hicieron grandes cargos a Claudio Nerón, hablando injuriosamente de él en toda la ciudad y menoscabando su honor, cosa que le indignó en extremo.

Elegido después cónsul y enviado contra Aníbal, tomó la determinación antedicha, tan peligrosa, que Roma estuvo inquieta y alarmada hasta que supo la noticia de la derrota de Asdrúbal. Preguntado después Claudio por qué obró de aquel modo, exponiendo sin necesidad apremiante la libertad de Roma, respondió que lo hizo porque sabía que, si triunfaba, reconquistaría la fama perdida en España, y si era vencido, fracasando su atrevimiento, se vengaba de aquella ciudad y de aquellos ciudadanos que tan indiscreta e ingratamente le habían ofendido.

Si la impresión de la ofensa duraba tanto en el ánimo de un ciudadano romano en época en que aquella república no estaba aún corrompida, júzguese lo que influirá en los habitantes de una ciudad que no se encuentre en la situación en que Roma estaba entonces.

Como para estos desórdenes que ocurren en las repúblicas no cabe dar seguro remedio, resulta que tampoco es posible organizar un Estado republicano con carácter de perpetuidad, porque por mil inesperadas vías llega a su ruina.

CAPÍTULO XVIII

La mayor habilidad de un general consiste en adivinar los designios del enemigo

Decía el tebano Epaminondas que lo más necesario y útil a un general del ejército es conocer los proyectos y las determinaciones del enemigo. Siendo difícil este conocimiento, digno de grande alabanza es quien lo adquiere. Y no ofrece tanta dificultad saber los intentos del enemigo como conocer sus actos, sobre todo cuando no está lejano, sino inmediato, pues muchas veces ha sucedido que, durando una batalla hasta llegar la noche, el vencedor se crea perdido y el vencido, victorioso; error que ha producido determinaciones funestas para quien las toma, como sucedió a Bruto y Casio, que, por una equivocación de esta índole, perdieron la batalla. Vencedor Bruto en el ala que mandaba, y vencido Casio en la suya, creyó este que todo el ejército estaba derrotado y que no podía salvarse, por cuyo error se suicidó.

En nuestros tiempos y en la batalla que en Santa Cecilia, en Lombardía, dio el rey Francisco I de Francia a los suizos, al anochecer, algunos batallones suizos que estaban intactos creyeron ser vencedores, sin saber que otros muchos de ellos habían sido destrozados, error que causó su pérdida, por esperar la venida del nuevo día para reanudar el combate con grandísima desventaja, y que además produjo otra equivocación que pudo ser de funestas consecuencias para los ejércitos pontificio y español, los cuales, por la falsa noticia de la victoria de los suizos, pasaron el Po, y si llegan a avanzar, quedan prisioneros de los franceses victoriosos.

En igual error incurrieron el ejército romano y el de los equos. Mandaba aquél el cónsul Sempronio, y, empeñada la batalla, duró todo el día la lucha con varia fortuna. Llegada la noche y medio destrozados los dos ejércitos, ninguno de ellos volvió a su campamento, retirándose ambos a las colinas próximas, para mayor seguridad. El ejército romano se dividió en dos partes: una se fue con el cónsul y la otra con el centurión Tempanio, cuyo valor salvó a los romanos aquel día de completa derrota. A la mañana siguiente, el cónsul, sin saber nada del enemigo, emprendió la retirada hacia Roma, y también se retiró el ejército de los equos, porque cada cual creía que el contrario era vencedor, y ambos abandonaban sus respectivos campamentos como presa del victorioso. Pero ocurrió que Tempanio, al retirarse con parte de las tropas romanas, oyó decir a algunos heridos de los equos que sus capitanes se habían marchado, abandonando el campamento. Al saber esta noticia volvió, salvó el campamento romano, saqueó después el de los equos y llegó a Roma vencedor.

Esta victoria, como se ve, fue para el primero que supo el desorden en que estaba el enemigo. Debe, pues, tenerse en cuenta, porque con frecuencia ocurre, que dos ejércitos enemigos, estando frente a frente, sufran igual desorden y tengan iguales necesidades, venciendo en tal caso el primero que sepa los apuros del otro. Citaré un ejemplo de nuestro país y de nuestros tiempos. En 1498, los florentinos sitiaban a Pisa con numeroso ejército, estrechando mucho a los sitiados; los venecianos, que la habían tomado bajo su protección, no vieron otro medio de salvarla que el de distraer la atención

y las fuerzas de Florencia, invadiendo con las suyas otras posesiones de los florentinos, y, con poderoso ejército, entraron por el Val de Lamona, ocuparon el pueblo de Marradi y cercaron la fortaleza de Castiglione, situada en el collado que lo domina. Al saberlo los florentinos, determinaron socorrer a Marradi, sin disminuir las fuerzas que sitiaban Pisa. Para ello reunieron tropas de a pie y de a caballo y las enviaron en aquella dirección a las órdenes de Jacobo IV de Appiano, señor de Piombino, y del conde Rinuccio de Marciano. Al llegar este ejército al collado de Marradi, levantó el enemigo el sitio de Castiglione y se parapetó en el pueblo. Ambas fuerzas estuvieron algunos días frente a frente, careciendo las dos de víveres y de otros efectos necesarios. Ninguna se atrevía a atacar, porque mutuamente ignoraban sus respectivos apuros, y en una misma noche determinaron abandonar los alojamientos a la mañana siguiente y retirarse, los venecianos hacia Berzighella y Faenza, y los florentinos hacia Casaglia y el Mugello. Al amanecer, en los dos campamentos pusieron en marcha los bagajes; pero, por acaso, una mujer, que por su vejez y pobreza no inspiraba sospechas, salió del pueblo de Marradi y fue al campamento florentino para ver a algunos parientes suyos que había en este ejército. Por ella supieron los jefes que los venecianos estaban en marcha, y animándoles esta noticia, mudaron de resolución, salieron persiguiendo al enemigo como si lo hubieran desalojado de sus posiciones, y escribieron a Florencia que le habían rechazado y vencido en aquella guerra. Esta victoria la debieron al acaso de saber la retirada de los venecianos antes que éstos la de los florentinos; de suceder lo contrario, aquéllos habrían sido los vencedores.

CAPÍTULO XIX

Si para gobernar a la multitud es preferible la indulgencia o la severidad

Cuando agitaban a Roma las desavenencias entre nobles y plebeyos, sobrevino una guerra y enviaron al frente de los ejércitos a Quintio y Apio Claudio. Era Apio cruel y severo en el mando, y fue mal obedecido, hasta el punto de que, casi derrotado, huyó de su provincia. Quintio, al contrario, por ser benigno y de bondadoso carácter, tuvo obedientes a sus soldados y alcanzó la victoria. De aquí se deduce que para gobernar a la multitud vale más ser humano que soberbio, piadoso que cruel. Sin embargo, Cornelio Tácito, cuya opinión siguen otros muchos escritores, declara lo contrario al decir: *In multitudine regenda plus pena, quam obsequium valet.*[234]

Procurando armonizar ambas opiniones, distinguiré si tienes que dirigir hombres que de ordinario sean compañeros tuyos u hombres que son siempre súbditos. En el primer caso no se puede usar el rigor y la severidad de que habla Tácito; y como la plebe romana compartía el gobierno de la ciudad con los nobles, ninguno que temporalmente ejerciera autoridad sobre ella podía tratarla con crueldad y rudeza. Muchas veces se vio obtener mejor fruto a los generales romanos que se hacían amar de los ejércitos manejándolos bondadosamente, que a los que se hacían temer por modo extraordinario, si no tenían grandísimo mérito, como el de Manlio Torcuato.

Pero los que mandan a súbditos, a quienes Tácito se refiere, para que no lleguen a insolentarse y a menospreciar una autoridad excesivamente bondadosa, deben preferir muchas veces el rigor a la clemencia, si bien la severidad debe ser moderada para que no inspire el odio contra quien la emplea, pues a ningún príncipe conviene hacerse odiar. El modo de evitarlo es respetar los bienes de los súbditos. Ningún príncipe hace derramar sangre por gusto, sino por necesidad, a no excitarle la rapiña, y la necesidad ocurre raras veces; pero buscará y encontrará pretextos para derramarla si codicia los bienes, según ampliamente demostramos en otro lugar.

Merece, sin embargo, mayor alabanza Quintio que Apio, y la opinión de Tácito, dentro de límites prudentes, y no en el caso de Apio, debe aprobarse.

Puesto que he hablado del rigor y de la clemencia, no creo ocioso explicar cómo pudo más en el ánimo de los faliscos un ejemplo de humanidad que la fuerza de las armas romanas.

---

[234] «Para regir a la multitud, vale más la severidad que la clemencia.»

CAPÍTULO XX

Un rasgo de humanidad pudo más en el ánimo de los faliscos que todo el poder de Roma

Sitiaba Camilo con su ejército la ciudad de los faliscos, y un maestro de escuela que enseñaba a los niños de las principales familias de esta población, para hacerse grato a Camilo y al pueblo romano, sacó a sus discípulos con pretexto de hacer ejercicio, los condujo al campamento romano, y presentándolos a Camilo, le dijo que, mediante aquellos rehenes, se entregaría la ciudad. Camilo no sólo rehusó el regalo, sino que hizo desnudar al maestro, atarle las manos a la espalda, y dando a cada niño una vara, les mandó que lo volvieran a la ciudad azotándolo. Al saber los faliscos el suceso, agradoles tanto la humanidad e integridad de Camilo, que determinaron no defenderse más y entregar la plaza.

Este ejemplo demuestra cuánto más influye a veces en el ánimo de los hombres un acto generoso y caritativo, que uno feroz y violento, y cómo la ocupación de una provincia o de una ciudad que ha resistido a las armas, a las máquinas de guerra y a toda humana fuerza se consigue muchas veces por un ejemplo de bondad, de piedad, de castidad o de liberalidad, de los cuales se leen muchísimos en la historia.

Los ejércitos de Roma no podían arrojar a Pirro de Italia, y lo consiguió la liberalidad de Fabrizio, dándole a conocer la oferta hecha por uno de sus familiares a los romanos de envenenarle.

No dio tanto prestigio en España a Escipión el Africano la toma de Cartagena, como el ejemplo de castidad al devolver intacta a su marido una joven y bella esposa; la fama de este acto le granjeó la amistad de toda España.

La historia demuestra también cuánto desean los pueblos estas virtudes en los grandes hombres, y cuánto las alaban los escritores, tanto los que narran la vida de los príncipes, como los que les preceptúan la manera de vivir. Jenofonte, entre otros, insiste mucho en demostrar los honores, las victorias y la buena fama que produjeron a Ciro ser humano y afable, y no dar ejemplo alguno de soberbia, ni de crueldad, ni de lujuria, ni de vicio alguno de los que manchan la vida de los hombres.

Sin embargo, como Aníbal, observando una conducta opuesta a la de Ciro, alcanzó gran fama y grandes victorias, examinaré en el siguiente capítulo la causa de ello.

CAPÍTULO XXI

Por qué Aníbal, procediendo de distinto modo que Escipión, fue tan victorioso en Italia como éste en España

Admirará a algunos, sin duda, ver que capitanes que han observado opuesta conducta a la antes elogiada hayan alcanzado, sin embargo, iguales triunfos, de manera que, al parecer, la victoria no depende de las citadas causas y éstas no dan ni mayor fuerza ni mejor fortuna, pues, realizando lo contrario, puede adquirirse fama y gloria. Para demostrar lo que antes he afirmado, compararé a los dos hombres ya citados.[235]

Entró Escipión en España, y por su piedad y sentimientos humanitarios conquistó inmediatamente la amistad de aquella provincia, haciéndose amar y admirar de sus habitantes. Aníbal, al contrario, invadió Italia, procediendo con violencia, crueldad, avaricia y todo género de perfidias, y, sin embargo, logró dominar lo mismo que Escipión en España, porque en su favor se rebelaron todas las ciudades de Italia y le siguieron todos los pueblos.

Pensando de dónde pueda nacer que distintos procedimientos produzcan iguales efectos, encuéntranse motivos en la misma naturaleza de los hechos. Es el primero el deseo natural en los hombres por cosas nuevas. Lo mismo aspiran a novedades los que viven bien que los que viven mal, y ya dijimos en otra ocasión, por ser cierto, que la buena vida cansa y la mala aflige. Esta aspiración facilita las vías a quien en una provincia se pone al frente de cualquier cambio. Si viene de fuera se acude a recibirlo; si es del país se le rodea, ensalza y favorece, y proceda como quiera, hace grandes progresos en aquella comarca.[236]

Además, excitan principalmente a los hombres dos afectos, el amor y el miedo, y lo mismo les domina quien se hace amar que el que les inspira temor, siendo frecuente que sigan y obedezcan mejor a quien temen que a quien aman. Importa, por tanto, poco a un general seguir cualquiera de ambos caminos, siempre que por su valor y mérito sea famoso; pues si su reputación es grande, como lo fue la de Aníbal y la de Escipión, borra cuantas faltas se cometen, por hacerse amar o temer demasiado. Ambas cosas pueden producir grandes inconvenientes y sucesos ocasionando la ruina de un príncipe, porque quien desea ser excesivamente amado, a poco que se aparte de la verdadera vía, resulta despreciable; y quien aspira a ser muy temido, a poco que exagere los medios, será odioso. No consintiendo nuestra propia naturaleza permanecer en justo término medio, los excesos en uno u otro sentido los mitiga la reputación que da un mérito extraordinario, como el de Aníbal o el de Escipión, y, sin embargo, ambos sufrieron contrariedades y lograron ventajas con cada uno de estos procedimientos. Los triunfos, ya los hemos referido; veamos ahora las desdichas.

A Escipión se le rebelaron en España sus soldados con parte de sus aliados a causa de no temerle, pues los hombres son tan inquietos que, a poco que se les facilite realizar sus ambiciones, inmediatamente olvidan el afecto inspirado por la bondad del príncipe, como lo hicieron los soldados y aliados de Escipión, quien, para reprimirles, tuvo que

emplear el rigor, que le repugnaba. Respecto a Aníbal, no hay ejemplo de caso alguno en que su crueldad y falta de fe le dañaran, pero puede suponerse que Nápoles y otras muchas ciudades permanecieron fieles al pueblo romano por miedo a la reputación de falso y cruel que tuvo el famoso cartaginés. Tales condiciones le hicieron más odioso a los romanos que ningún otro enemigo de los que tuvo Roma, y mientras a Pirro, cuando aún estaba con su ejército en Italia, le dijeron quién quería envenenarlo, a Aníbal, aun desarmado y expatriado, nunca le perdonaron, persiguiéndole hasta que se suicidó. Por su impiedad, crueldad y perfidia tuvo este fin; pero en cambio le produjo la ventaja, admirada por todos los escritores, de que en su ejército, formado con gentes de todas clases y naciones, nunca hubo turbulencias entre las tropas ni rebeliones contra el jefe, a causa seguramente del terror que inspiraba; el cual, unido a su fama, era tan grande, que bastaba para mantener la disciplina y la obediencia.

En conclusión: poco importa el procedimiento que emplee un general, siempre que sus grandes méritos contrarresten los efectos de las exageraciones en que pueda incurrir por uno u otro camino, el del rigor o el de la benevolencia.

Se ha visto cómo Escipión por sus virtudes, dignas de alabanza, y Aníbal con actos vituperables, consiguieron igual resultado. Veamos ahora cómo dos ciudadanos romanos, por distintos caminos y ambos laudables, lograron gloriosa fama.

---

[235] Se trata de una preocupación fundamental para la teoría de la acción de Maquiavelo, que ya ha tratado en este libro, *Discursos*, III, IX. Además, desarrolla pormenorizadamente en este capítulo un ejemplo del que se ha servido desde que comenzó a escribir sobre el tema en *Ghiribizzi*: se trata de contraponer el modo de actuación de Escipión (cauto) y con el de Aníbal (impulsivo).

[236] Tanto Bausi como Inglese se refieren para este pasaje a Plutarco y al *De Fortuna*. Sin embargo, en *Ghiribizzi*, ya se encuentra que la idea de la adaptación a los tiempos (el *riscontro*) funciona dialécticamente; por decirlo así: el malo tiene ventajas en un mundo de buenos y el bueno, en uno de malos: «Sirve para dar reputación a un señor nuevo la crueldad, la perfidia y la irreligión en aquel país en el que la humanidad, la fe y la religión han abundado durante mucho tiempo, de la misma manera que la humanidad, la fe y la religión sirven allí donde la crueldad, la perfidia y la irreligión han reinado un buen plazo de tiempo, pues al igual que las cosas amargas pertuban el gusto y las dulces lo cansan, los hombres se hastían del bien y del mal se duelen» (págs. 192-193).

CAPÍTULO XXII

De cómo alcanzaron igual gloria Manlio Torcuato con su severidad, y con su humanidad, Valerio Corvino

Hubo en Roma al mismo tiempo dos excelentes capitanes, Manlio Torcuato y Valerio Corvino. De igual valor, y victoriosos ambos, tanto uno como otro aumentaron la gloria de su patria, venciendo a los enemigos; pero fueron de diverso proceder en lo tocante al trato con sus propios soldados, porque Manlio era severísimo, ocupándoles en constante y fatigoso trabajo, y Valerio, bondadoso siempre, los mandaba con paternal afecto. Para mantener la obediencia militar, Torcuato hizo matar a su propio hijo, y Valerio no castigó a nadie. A pesar de tan distinta conducta, uno y otro consiguieron iguales resultados contra los enemigos, en favor de la república y en provecho de su gloria. Con ellos, ningún soldado negose a pelear, o se rebeló o se apartó de la obediencia en lo más mínimo, aunque el mando de Manlio fuera tan duro que, para calificar después de extraordinariamente severa cualquiera disposición, se la llamaba *manliana imperia*.

Conviene examinar por qué Manlio procedió con tanto rigor y Valerio con tanta benevolencia; cuáles fueron las causas de que tan diferentes procedimientos produjeran iguales resultados, y, por último, cuál sea el mejor y de más útil aplicación.

Quien observe el carácter de Manlio desde el momento en que Tito Livio empieza a hablar de él, le verá hombre valeroso, piadosamente sumiso a su padre y a la patria y respetando siempre a sus superiores. Dio a conocer estas dotes al matar al galo con quien luchó en singular combate, al defender a su padre contra un tribuno, y en estas palabras dichas al cónsul antes del citado combate con el galo: *Injussu tuo adversus hostem nunquam pugnabo non si certam victoriam videam.*[237]

Cuando un hombre de esta índole llega a ejercer un mando, desea que los demás se le parezcan, y la fortaleza de su espíritu le hace ordenar cosas difíciles y exigir el estricto cumplimiento de sus órdenes. Es regla certísima que cuando con severidad se manda, rigurosamente hay que hacer cumplir el mandato, pues de otra suerte se engañará el que mande. Además, el que quiera ser obedecido necesita saber mandar. Saben hacerlo los que, comparando sus fuerzas con las de quienes han de obedecer, cuando las ven en proporción conveniente, dan las órdenes y cuando desproporcionadas en su contra, se abstienen. Por eso decía un hombre prudente que para emplear en una república medios violentos, era preciso que la fuerza del opresor fuera proporcionada a la de los oprimidos, y mientras la proporción durase duraría la violencia; pero cesaría tan pronto como el oprimido llegara a ser más fuerte.

Volviendo a nuestro tema, digo que, para ordenar cosas enérgicas y difíciles conviene ser fuerte, y los que tienen esta fortaleza de ánimo, no emplean blandura para hacerse obedecer. Los que carecen de ella no ordenan nada extraordinario, y en lo ordinario pueden mostrar la bondad de su carácter, pues los castigos ordinarios no se imputan a los que mandan, sino a las leyes y a las exigencias del orden. Debe creerse que Manlio fue obligado a tanto rigor por las extraordinarias condiciones que su carácter daba

a la autoridad que ejercía; rigor conveniente en una república para restablecer la antigua pureza de las costumbres y de las leyes; y si hubiera algún Estado republicano tan feliz que apareciesen con frecuencia en él hombres que con su ejemplo renovaran el primitivo carácter de las leyes, según antes hemos dicho, y que no sólo le impidiera correr a la ruina, sino que lo impulsara en sentido contrario, duraría siempre. Manlio fue uno de los que con la severidad de su mando mantuvo la disciplina militar en Roma, obligándole a ello primero su propia índole, y después el deseo de que se cumpliera lo que a impulso de las condiciones del mismo mandaba. Valerio, por su parte, podía proceder bondadosamente, porque le bastaba que se cumpliera lo que era costumbre observar en el ejército romano, y, como lo acostumbrado era bueno, bastaba para su honrosa reputación, sin ser molesta a los soldados la observancia, y sin que Valerio necesitara castigar a los transgresores, o porque no los había, o porque, habiéndolos, imputarían, como he dicho, el castigo a las leyes, y no a la crueldad del que mandaba. Podía, pues, Valerio practicar sus sentimientos bondadosos, consiguiendo con ellos el cariño y la disciplina de sus soldados.

Resulta, pues, que siendo Manlio y Valerio igualmente obedecidos, consiguieron por distinta vía el mismo resultado; pero los que quieran imitarles, se exponen a atraerse el desprecio o el odio que mencioné al hablar de Aníbal y de Escipión, odio o desprecio que sólo evita o mitiga una gran superioridad sobre los demás.

Resta apreciar ahora cuál de ambos procedimientos es preferible, y no es cosa resuelta, porque los escritores lo mismo elogian uno que otro. Sin embargo, los que escriben para la educación de los príncipes son más partidarios de Valerio que de Manlio, y Jenofonte, citado anteriormente, al presentar muchos ejemplos de la bondad de Ciro, resulta estar bastante de acuerdo con lo que de Valerio dice Tito Livio en el siguiente párrafo: *Non allias militi familiarior dux fuit, inter infimos militum omnia haud gravate munia obcundo. In ludo praeterea militari, cum velocitatis viriumque inter se aequales certamina ineunt, comiter facilis vincere ac vinci, vultu eodem; nec quemquam aspernari pareen qui se offerret; factis benignus pro re: dictis, haud minus libertatis aliente, quam sute dignitatis mentor; et (quo nihil popularis est) quibus artibus petierat magistratus, iisdem gerebat.*[238]

También habla Tito Livio de Manlio con elogio, mostrando que su severidad al ordenar la muerte de su hijo hizo tan obediente el ejército al cónsul, que a tal obediencia debíase la victoria del pueblo romano contra los latinos, y tanto le alababa, que después de esta victoria, de describir todo el plan de la batalla y de mostrar los peligros que corrió el pueblo romano y las dificultades que necesitó vencer, termina diciendo que sólo el valor de Manlio dio la victoria a los romanos. Comparando después las fuerzas de ambos ejércitos, afirma que hubiera vencido el que estuviese a las órdenes de Manlio.

Teniendo, pues, en cuenta lo que los escritores dicen de Valerio y de Manlio, es muy difícil la elección; pero a fin de no dejar sin resolver el asunto, digo que, tratándose de un ciudadano sometido a las leyes de una república, la conducta más laudable y menos peligrosa es la de Manlio, por resultar completamente favorable al Estado y no a la ambición privada: que no se forma partido mostrándose con todos severo y amando sólo

el bien de la patria. Quien tal hace no tiene de esos amigos que, como antes decimos, llámanse partidarios. El proceder de Manlio es, por tanto, conveniente y laudable en una república, por atender a la utilidad pública y no permitir sospechas de ambición individual.

Con el de Valerio sucede lo contrario, porque si bien en cuanto al servicio público el resultado es igual, inspira, sin embargo, desconfianza, por el especial cuidado en atraerse el cariño de los soldados, de que un prolongado mando sea de perniciosos efectos para la libertad. No los ocasionó Valerio, porque entonces, ni los romanos estaban corrompidos, ni él tuvo por largo tiempo el mando.

Pero si nos refiriéramos a la educación de un príncipe, como lo hace Jenofonte, tomaríamos por modelo a Valerio y no a Manlio; porque un príncipe debe procurar la obediencia y el amor de los soldados y de los súbditos. Consigue la primera observando las leyes y siendo virtuoso, y lo segundo, mostrándose bondadoso y humano, y poseyendo las demás cualidades que reunía Valerio y por las cuales Jenofonte alaba a Ciro. El cariño del pueblo al príncipe y la fidelidad del ejército están muy de acuerdo con la índole del poder que ejerce; pero en una república no lo está con la general obligación de atenerse a las leyes y de obedecer a las autoridades el que un ciudadano pueda disponer del ejército.

Entre los antiguos sucesos que refiere la historia de la república veneciana, se lee el siguiente: llegaron al puerto de Venecia las galeras del Estado, y suscitada cuestión entre los tripulantes y el pueblo, vinieron a las manos, produciéndose gran tumulto. Ni la fuerza pública, ni el respeto a los personajes de la ciudad, ni el miedo a las autoridades, podían restablecer la tranquilidad. De pronto se presentó ante los marineros un noble que el año anterior había sido su general: por afecto a él, dejaron de luchar y volvieron a las galeras. Esta obediencia fue tan sospechosa al Senado que al poco tiempo, para librarse los venecianos del citado noble, o le prendieron o lo mataron.

En conclusión: las dotes de Valerio, buenas en un príncipe, son perniciosas en un ciudadano, perniciosas para la patria y para él; para aquélla, porque preparan el camino a la tiranía; y para él, porque la sospecha de sus intenciones obliga a los demás ciudadanos a prevenirse en contra de él y en su perjuicio. Por la razón contraria afirmo que la conducta de Manlio en un príncipe sería perjudicial a sus intereses, y en un ciudadano es útil, sobre todo, a la patria. Además, rara vez causa daño a quien la sigue, a no ser que al odio por la severidad se unan las sospechas por la gran fama que las otras virtudes le produzcan, como veremos que sucedió a Camilo.

---

237 «No combatiré jamás al enemigo sin orden tuya, aunque viere cierta la victoria.»

238 «Jamás hubo un jefe más familiar. Todos los trabajos, por penosos que fueran, los compartía hasta con los más ínfimos soldados. En los ejercicios militares se complacía en luchar en fuerza y velocidad con los demás, y, vencedor o vencido, ninguna alteración sufría su semblante, aceptando medir sus fuerzas con cualquiera que lo solicitara. Era benigno en sus actos y en sus discursos, tan atento a la libertad ajena como a la propia dignidad y (lo que no es habitual) se mostraba en el ejercicio de los cargos lo mismo que al solicitarlos.»

CAPÍTULO XXIII

Por qué causa fue Camilo desterrado de Roma

Hemos dicho que quien procede como Valerio perjudica a su patria y a sí mismo, y quien como Manlio, favorece a su patria, aunque alguna vez su conducta le sea personalmente dañosa. Demuestra esto mismo el ejemplo de Camilo, quien en sus procedimientos se asemejaba más a Manlio que a Valerio. Por ello dice Tito Livio hablando de él: *Eius virtutem milites oderant, et mirabantur.*[239] Admiraban su solicitud, su prudencia, la grandeza de su alma, el buen orden con que disponía y mandaba el ejército; odiaban su inclinación a ser más severo en los castigos que liberal en las recompensas.

Tito Livio refiere los siguientes motivos de este odio: en primer lugar, el dinero que produjo la venta de los bienes de los veyenses lo aplicó al Tesoro público y no lo repartió como botín; además, al entrar en triunfo en Roma, hizo que arrastraran su carro triunfal cuatro caballos blancos, y a causa de ello se dijo que, por orgullo, había querido igualarse al sol: finalmente, habiendo hecho voto de entregar a Apolo la décima parte del botín capturado a los veyenses, para cumplirlo tuvo que quitar a los soldados parte del que habían arrebatado.

Fácilmente se comprende, por lo dicho, lo que en el pueblo ocasiona mayor animadversión contra un jefe, siendo la principal causa privarle de algo útil. Esto tiene bastante importancia, porque jamás olvida el hombre que le quiten lo que le produce utilidad. Cuando necesita lo que le han quitado, recuerda la ofensa y, como la necesidad es casi diaria, también lo es el recuerdo.

El orgullo y la altanería es otra de las causas que ocasionan la animadversión de los pueblos, sobre todo de los pueblos libres, y aunque el fausto y la soberbia no le produzcan daño alguno, odia al soberbio. De este defecto debe guardarse un príncipe como de un escollo, porque atraerse el odio sin utilidad alguna es determinación imprudente y temeraria.

239 «Los soldados admiraban y odiaban su virtud.»

CAPÍTULO XXIV

La prolongación del mando militar causó la pérdida de la libertad en Roma

Estudiando bien el gobierno de la república romana, veranse las dos causas que produjeron su decadencia. Fue una las cuestiones y disturbios ocasionados por la ley agraria, y otra, la prolongación de mandos. Si ambas cosas se hubieran comprendido bien desde un principio, poniéndoles debido remedio, la libertad hubiese durado en Roma más tiempo y con más tranquila vida. Aunque la prolongación de los mandos no produjo en dicha ciudad ningún tumulto, los hechos prueban cuán perjudicial es a la igualdad civil la supremacía de los ciudadanos que por largo tiempo ejercen autoridad.

Si todos a los que prorrogaron el ejercicio del cargo que desempeñaban hubiesen sido tan prudentes y virtuosos como Lucio Quintio, no habría existido esta causa de decadencia. Merece citarse su notable ejemplo de virtud. Habían llegado a un acuerdo el Senado y la plebe, y ésta, juzgando a los tribunos de entonces a propósito para contrarrestar la ambición de los nobles, les prorrogó por un año el ejercicio del cargo. El Senado, por rivalidad con la plebe y por no parecer menos que ella, quiso prolongar también el consulado a Lucio Quintio, quien se opuso en absoluto a esta determinación, diciendo que se debían extirpar los malos ejemplos en vez de aumentarlos con uno más, y exigió el nombramiento de nuevos cónsules.

Si esta bondad y prudencia la hubieran tenido todos los ciudadanos romanos, no habrían dejado introducir la costumbre de prorrogar primero los mandatos civiles y luego los militares, cosa que, andando el tiempo, causó la ruina de la república. El primero a quien se le prorrogó el mando militar fue Publio Filón, que sitiaba la ciudad de Palépolis cuando llegó el término de su consulado, y, juzgando el Senado próxima su victoria, no le envió sucesor, sino que lo nombró procónsul, siendo también el primero que obtuvo este cargo. Impulsó al Senado la utilidad pública para esta determinación que en lo porvenir hizo sierva a Roma, pues cuanto más se alejaban sus ejércitos, más necesarias parecieron estas prórrogas y con mayor frecuencia las concedió; lo cual tenía dos inconvenientes: uno, disminuir el número de hombres ejercitados en el mando y reducir a pocos los que adquieren celebridad; otro, que, ejerciendo por largo tiempo un ciudadano el mando de un ejército, ganaba para sí el afecto de los soldados, quienes poco a poco olvidaban la autoridad del Senado, y sólo obedecían la de su jefe. De este modo pudieron Sila y Mario encontrar soldados que les siguieran contra el bien público, y sólo así logró César hacerse dueño de su patria. No prolongando los romanos la duración en el ejercicio de los cargos civiles y militares, hubieran tardado más en adquirir su inmenso poder; pero siendo menos rápidas sus conquistas, lo fuera también la pérdida de su libertad.

CAPÍTULO XXV

Pobreza de Cincinnato y de muchos ciudadanos romanos

Ya hemos dicho que las disposiciones más útiles en una república son las que sirven para mantener a los ciudadanos en la pobreza, y aunque no se sepa que hubiera en Roma leyes ni ordenanzas encaminadas a producir este efecto, máxime siendo la ley agraria objeto de tanta. impugnación, sin embargo, demuestra la experiencia que cuatrocientos años después de la fundación de la ciudad había en ella grandísima pobreza. Puede creerse que si se acomodaban los romanos a vivir pobremente era porque la escasez de recursos no impedía obtener los más altos cargos y honores. Se buscaba la virtud en cualquier casa que habitase, y este modo de vivir disminuía la ambición de riquezas.

Prueba evidente de lo que decimos es lo que sucedió cuando los equos tenían cercado el ejército del cónsul Minutio. El temor de que este ejército se perdiera, hizo que los romanos nombraran un dictador, último remedio en los casos de apuro, y eligieron a Lucio Quintio Cincinnato, que se encontraba en su pequeña hacienda, cultivada por sus manos, cosa que Tito Livio celebra con estas hermosas palabras: *Operae precium est audire, qui omnia prae divitiis humana spernunt, neque honori magno locum, neque virtuti putant esse, nise effuse affluant opes.*[240]

Arando estaba Cincinnato su pequeña finca, que no era mayor de cuatro yugadas de tierra, cuando llegaron de Roma los legados del Senado a notificar su elección como dictador y el peligro en que estaba la república romana. Púsose Cincinnato la toga, fue a Roma, reunió un ejército y salió para liberar a Minutio. Cuando venció y despojó a los enemigos y salvó al citado cónsul, no quiso que el ejército cercado participara del botín, pronunciando estas palabras: «No permito que participéis de lo tomado a aquellos de quienes vosotros habéis estado a punto de ser presa». A Minutio le quitó el consulado y lo hizo legado, diciéndole: «Permanecerás en este cargo hasta que aprendas a ser cónsul». Eligió para jefe de la caballería a Lucio Tarquino, que combatía a pie por carecer de recursos para adquirir caballo.

Véase, pues, cómo la pobreza era honrada en Roma y cómo a un hombre tan valiente y meritorio cual Cincinnato, le bastaban para las necesidades de la vida cuatro yugadas de tierra. Aun en tiempo de Marco Régulo no desprestigiaba ser pobre porque, estando en África con su ejército, pidió licencia al Senado para volver a cuidar de su hacienda, deteriorada por los encargados de cultivarla.

Obsérvanse, pues, en este asunto dos cosas notabilísimas: una, que vivían satisfechos con su pobreza, contentándose en la guerra con los laureles de la victoria y dejando al Tesoro público las riquezas conquistadas, porque si hubieran pensado en enriquecerse con las campañas, poco les importara que sus fincas fueran mal cuidadas; otra es la magnanimidad de aquellos ciudadanos que, puestos al frente de un ejército, mostraban más grandeza de ánimo que todos los príncipes. Ni reyes ni repúblicas les imponían, ni cosa alguna les asustaba; y al volver a la vida privada mostrábanse económicos, humildes, cuidadosos de sus pequeñas propiedades, obedientes a los

magistrados, respetuosos con sus mayores, hasta el punto de que parece imposible cambio tan grande en un hombre.

Duró esta pobreza hasta los tiempos de Paulo Emilio, que fueron casi los últimos días felices de aquella república, en los cuales un ciudadano que con sus triunfos enriqueció a Roma, continuó viviendo pobre. Tanto se estimaba aún la pobreza que, al recompensar a los que se habían portado bien en la guerra, dio Paulo Emilio a un yerno suyo una copa de plata, y éste fue el primer objeto de dicho metal que entró en su casa.

Podría demostrarse en largo discurso cuán preferibles son los frutos de la pobreza a los de las riquezas y cómo aquéllos han honrado y hecho prosperar a las ciudades, a las provincias y a las religiones, mientras éstos las han arruinado, si otros autores no hubiesen tratado ya esta materia repetidas veces.

---

240 «Sépanlo los que prefieren en este mundo las riquezas a todas las demás cosas y creen que no existe honor y virtud más que donde aquéllas abundan.»

CAPÍTULO XXVI

De cómo por causa de las mujeres se arruina un Estado

Suscitose en la ciudad de Ardea una cuestión entre patricios y plebeyos por un casamiento. Pidieron en matrimonio a una rica heredera un plebeyo y un noble; no tenía aquélla padre; los tutores querían darla al plebeyo y la madre, al noble; de aquí el conflicto, que llegó a términos de acudir a las armas, empuñándolas todos los patricios por el noble y todos los plebeyos por el de su clase. Vencidos éstos, salieron de Ardea y pidieron auxilio a los volsgos. Los nobles lo solicitaron de Roma. Llegan primero los volsgos y acampan junto a Ardea. Acuden después los romanos y encierran a los volsgos entre la ciudad y ellos, estrechándoles tanto, que por hambre tuvieron que rendirse a discreción. Tomaron los romanos a Ardea, mataron a todos los jefes de la sedición y arreglaron los asuntos de aquella ciudad.

En este acontecimiento hay muchas cosas que observar. Se ve primero que las mujeres han sido causa de muchas ruinas, ocasionando gran daño a los que gobiernan pueblos, y en éstos, muchas divisiones. Ya hemos dicho que el atentado contra Lucrecia privó del poder a los Tarquinos, y el perpetrado contra Virginia, a los decenviros.

Entre las principales causas de la ruina de los tiranos que menciona Aristóteles figura la de ofender a los hombres atentando contra las mujeres, deshonrándolas, violándolas o desmoralizando los matrimonios, de lo cual tratamos extensamente en el capítulo relativo a las conjuraciones. Ni los reyes absolutos ni los gobernadores de repúblicas deben descuidar este asunto, sino tener muy en cuenta los desórdenes que tales sucesos pueden engendrar y remediarlos antes de que el remedio resulte dañoso al Estado o a la república, como sucedió a los de Ardea, que, por haber dejado crecer la rivalidad entre los habitantes, produjeron la división entre los ciudadanos, y, para restablecer la unión, apelaron a los extranjeros, principio siempre de próxima servidumbre.

Pasemos a la segunda observación, relativa al modo de restablecer la paz en una ciudad, de lo cual hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVII

De cómo se ha de restablecer la unión en una ciudad donde hay divisiones, y de lo falsa que es la opinión de la conveniencia de éstas para conservar el poder

El ejemplo de lo hecho por los cónsules romanos para restablecer la tranquilidad en Ardea debe servir de modelo a los que quieran acabar con las facciones en una ciudad, para lo cual el mejor medio es matar a los jefes de sediciones. En estos casos sólo hay tres maneras de terminar los disturbios: o la muerte de los jefes, como se hizo en Ardea, o el destierro o convenir la paz, con obligación de que no se ofendan más los contendientes. De estos tres procedimientos, el último es el más perjudicial e inútil, por ser imposible que la paz forzosa dure, cuando ha corrido la sangre o han mediado ofensas de idéntica gravedad. Tienen que verse diariamente los rivales, y es muy difícil que dejen de injuriarse, pudiendo surgir a cada momento, por las conversaciones, nuevos motivos de querella.

Buen ejemplo de ello es el de la ciudad de Pistoia. Desde hace quince años está dividida en dos bandos, el de los Panciatichi y el de los Cancellieri, antes con las armas en la mano y ahora desarmados. Después de muchas cuestiones entre ellos, llegaron al derramamiento de sangre, la destrucción de las casas, los saqueos y todas las calamidades de la guerra. Los florentinos, para restablecer la paz en Pistoia, empleaban siempre el tercero de los modos citados, y siempre se reproducían, con mayor gravedad cada vez, los tumultos y los escándalos, hasta que, cansado el gobierno de Florencia, acudió al segundo procedimiento, el de apoderarse de los jefes de los bandos, aprisionando a unos y confinando a otros a distintos lugares. Así se restableció en Pistoia la tranquilidad, que aún dura. Más seguro hubiera sido, sin duda, el primer medio, pero exigía una grandeza y un poder de que carece una república débil, que apenas tuvo energía para emplear el segundo.

De esta clase son las faltas que, como dije al principio, cometen los príncipes de nuestros tiempos, necesitados de tomar determinaciones en casos extraordinarios. Deberían estudiar la conducta de los que en la Antigüedad resolvieron idénticos conflictos; pero la flaqueza de ánimo de los hombres actuales, producida por una educación afeminada, y las escasas noticias que de los pasados sucesos tienen, hace que juzguen la aplicación de las máximas antiguas, en parte, inhumana y en parte, imposible. En cambio, las modernas se apartan en absoluto de la verdad, como la que propalaban los sabios de nuestra ciudad no ha mucho tiempo de que era «preciso dominar Pistoia por medio de los bandos, y Pisa, con fortalezas», no comprendiendo la inutilidad de ambas cosas. Nada diré de las fortalezas, porque ya he tratado de ellas extensamente; pero sí de lo inútil que es mantener divisiones en las ciudades donde se domina. En primer lugar, es imposible al príncipe o república que manda en ellas tener a su devoción los dos bandos contrarios, por ser propio de la naturaleza humana, cuando hay diferencia de opiniones y sentimientos, tomar partido o mostrar preferencia por unos o por otros. Estando, pues, malcontentos los de un bando, la ciudad se pierde en la primera guerra

que ocurre, no siendo posible conservarla contra los enemigos de fuera y de dentro. Si pertenece a una república, no hay mejor modo de corromper a los ciudadanos y de dividirlos en la capital del Estado, que fomentar los bandos en cualquier población del mismo, porque cada uno de éstos busca en la residencia del gobierno, por todos los medios y corruptelas, quienes le apoyen y favorezcan, ocasionando dos graves inconvenientes: en primer lugar, la dificultad de gobernar bien y mantener satisfecha una ciudad cuando el gobierno varía con frecuencia, y con él, la dominación de uno u otro bando; en segundo, que el espíritu de discordia, mantenido en una población, se extiende a toda la república. Da fe de ello el historiador Biondo, cuando, hablando de los florentinos y de los habitantes de Pistoia, dice: «Mientras los de Florencia procuraban unir a los de Pistoia, se dividieron ellos mismos».

Fácil es, por tanto, comprender el daño que estas divisiones ocasionan. En 1501, cuando se perdió Arezzo, todo el Val de Tevere y el Val de Chiana, ocupados por los Vitelli y el duque Valentino, vino un señor de Laón, comisionado por el rey de Francia para hacer que fueran restituidas a los florentinos todas las poblaciones de que habían sido despojados, y encontrando en todos los castillos hombres que, al verlo, le decían ser del bando de Marzocco, censuró bastante esta división, diciendo que si en Francia un súbdito del rey dijere que era del partido del rey, sería castigado, porque el decirlo supondría que en aquella nación había gente enemiga del rey, y éste quería que toda la nación le fuera fiel y estuviese unida y sin partidos.

Todas estas opiniones y diversas maneras de gobernar nacen verdaderamente de la debilidad de los gobernantes, quienes, incapaces de mostrar energía y valor para conservar sus Estados, acuden a estas argucias, aprovechables a veces en tiempos tranquilos, pero ilusorias en los borrascosos y adversos.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo deben vigilarse los actos de los ciudadanos, porque muchas veces algunos, al parecer virtuosos, esconden un principio de tiranía

Afligía a Roma el hambre, y no bastando las provisiones hechas por el gobierno para hacerla cesar, un cuidadano muy rico para aquellos tiempos, Espurio Melio, determinó adquirir grandes cantidades de trigo por su cuenta y repartirlas gratuitamente al pueblo. Tan grande fue la popularidad que ganó con esto, que el Senado, teniendo en cuenta los inconvenientes que de la liberalidad de Espurio podían nacer, para conjurarlos a tiempo nombró, únicamente contra Espurio Melio, un dictador que lo hizo morir.

Prueba esto que muchas veces los actos que parecen caritativos e imposibles racionalmente de causar daño, llegan a ser malísimos y en una república, muy peligrosos, cuando con oportunidad no se corrigen.

Para desarrollar esta idea diré que ninguna república puede vivir y gobernarse bien sin tener algunos ciudadanos de gran reputación, y que, por otra parte, la fama que adquieren puede ser causa a veces de la tiranía. A fin de conjurar este peligro, es preciso establecer las instituciones de manera que la reputación de los ciudadanos favorezca, y en ningún caso perjudique, al Estado y a la libertad. A este propósito deben tenerse en cuenta las vías seguidas para adquirir la fama, las cuales son públicas o privadas.

Siguen las primeras los que, aconsejando bien y obrando mejor en beneficio de la patria, adquieren reputación. Tales consejos y tales servicios deben ser premiados con honores que satisfagan a los que los prestan. La fama adquirida por medios tan puros y sencillos, nunca es peligrosa al Estado; pero es peligrosísima para la patria cuando se obtiene por procedimientos privados. Consisten éstos en favorecer a unos y otros prestándoles dinero, casando las hijas, defendiéndolos contra la autoridad de los magistrados y haciéndoles idénticos servicios, con los cuales consiguen partidarios y alientan a quien los tiene para corromper las costumbres y violentar las leyes. Debe una república bien ordenada abrir camino, como he dicho, a los que buscan la fama por medio de servicios públicos, y cerrarlo a los que se la procuran con favores privados. Así se hacía en Roma, donde para premiar los actos beneficiosos a la patria crearon los triunfos y muchas otras clases de recompensas con las que honraban a los ciudadanos beneméritos; y contra los que por distintas vías y en forma privada procuraban acrecer su influencia, ordenaron la acusación; y si ésta no bastaba, por cegar al pueblo algún falso beneficio, nombraban un dictador cuyo poder absoluto imponía la obediencia de las leyes a quienes trataran de eludirla, como se hizo al castigar a Espurio Melio.

Cualquier atentado de esta índole que quede impune basta para arruinar una república, por ser dificilísimo, después de tal ejemplo, restablecer el imperio de las leyes.

CAPÍTULO XXIX

Las faltas de los pueblos provienen de las de los príncipes

No se quejen los príncipes de las faltas que cometan los pueblos gobernados por ellos; provienen de su negligencia o de haberlas cometido ellos antes. Quien observe cuáles pueblos en nuestros días viven entregados al pillaje y a otros vicios semejantes, verá que no son mejores que ellos quienes los gobiernan. Antes de que el papa Alejandro VI limpiara la Romaña de los señores que mandaban en ella, era aquella comarca ejemplo de todo género de maldades, cometiéndose, por los motivos más fútiles, asesinatos y robos espantosos. Estas calamidades las originaban los príncipes, no la perversa condición de los pueblos, como aquéllos decían, porque siendo los señores pobres y queriendo vivir con lujo y ostentación, necesitaban para conseguirlo acudir a toda clase de rapiñas. Entre otros medios reprensibles, empleaban el de hacer leyes prohibiendo cualquier cosa; eran ellos los primeros en favorecer su inobservancia y dejaban sin castigo a los infractores hasta que llegaban a ser un número considerable: entonces imponían penas, no por deseo de que las leyes se cumplieran, sino por codicia del dinero que los culpados daban para librarse de ellas.

Resultaban de esto muchos males, y sobre todo el de que los pueblos se empobrecían sin corregirse, procurando los empobrecidos resarcirse a costa de los más débiles. De aquí los excesos citados antes, e imputables sólo a los príncipes.

Tito Livio confirma esta verdad cuando dice que al llevar los legados romanos el donativo del botín de los veyenses a Apolo, fueron presos por los piratas de Lípari en Sicilia y conducidos a esta comarca; pero, sabedor el jefe de los ladrones, Timasiteo, del objeto del donativo, adónde lo llevaban y quién lo enviaba, portose, aunque nacido en Lípari, como romano y mostró a su pueblo que era impiedad apoderarse de él, de tal modo que, por unánime consentimiento, dejaron marchar a los legados con cuanto llevaban. Y dice Tito Livio: *Timasitheus multitudinem religione implevit, quae semper regenti est similis.*[241]

En confirmación de esta máxima dice Lorenzo de Médicis:

> *E quel che fa il signor, fanno poi molti;*
> *Che nel signor son tutti gli occhi volti*[242]

[241] «Timasiteo llenó a la multitud, que siempre es similar al que la gobierna, de espíritu religioso.»

[242] Cita no exacta de Lorenzo de Médicis: «Muchos hacen lo que el señor hace, porque todos tienen la vista fija en él.»

CAPÍTULO XXX

Cuando un ciudadano desea hacer algún bien a su república con un acto personal, necesita primero acallar la envidia. Cómo se debe ordenar la defensa de una ciudad al aproximarse el enemigo

Al saber el Senado romano que en toda Etruria se habían hecho nuevas levas de tropas para atacar a Roma, y que los latinos y los hérnicos, antiguos aliados de Roma, se unían a los volsgos, sus perpetuos enemigos, juzgó que esta guerra sería peligrosa. Camilo, tribuno entonces con potestad consular, opinó que no era necesario nombrar dictador, si los otros tribunos, sus colegas, querían cederle la suprema potestad, cosa que éstos hicieron voluntariamente; *nec quicquam* (dice Tito Livio) *de majestate sua detractum credebant, quod majestati ejus concessissent.*[243]

Prometida esta cesión de autoridad, ordenó Camilo que se formaran tres ejércitos. El primero debía ir a sus órdenes contra los etruscos; el segundo, al mando de Quinto Servilio, permanecería próximo a Roma para hacer frente a los latinos y a los hérnicos si intentaban algún movimiento ofensivo, y el tercero, mandado por Lucio Quintio, debía atender en todo caso a la guarda de la ciudad y a la defensa de sus puertas y del Senado. Determinó, además, que Horacio, uno de sus colegas, proveyese de armas, de trigo y de los demás efectos necesarios en tiempos de guerra. A otro colega suyo, Cornelio, encargó presidir el Senado y las reuniones del pueblo para aconsejar lo que diariamente debería hacerse. De esta manera, y por la salvación de la patria, mostráronse entonces todos los tribunos dispuestos a mandar y a obedecer.

Adviértese en este caso lo que hace un hombre bueno y sabio, y el bien y la utilidad que reporta a su patria cuando sus grandes virtudes imponen silencio a la envidia, que en muchas ocasiones impide a los hombres ser útiles, privándoles de la autoridad indispensable en las cosas de importancia. Mátase la envidia de dos modos: es uno que algún gran peligro haga temer a cada cual por su vida, en cuyo caso prescinden todos de la propia ambición y acuden voluntariamente a obedecer al que juzgan que por su valor puede salvarles, como sucedió a Camilo, que por haber dado tantas pruebas de mérito excepcional, desempeñado tres veces la dictadura y gobernado siempre conforme al interés público y no a su personal utilidad, consiguió que los demás hombres no temieran su preponderancia, y que, por la grandeza de su fama, no juzgasen humillante serle inferiores. Por eso la reflexión antes citada de Tito Livio es muy oportuna. El otro modo de extinguir la envidia consiste en que, natural o violentamente, mueran los que son tus émulos en la aspiración a la fama o a la grandeza, y que, al verte más reputado que ellos, no pueden vivir tranquilos ni sufrirlo con paciencia. Y si son hombres habituados a vivir en una ciudad de costumbres viciosas, donde la educación no pueda infundirles alguna virtud, será imposible que suceso alguno contenga sus malas inclinaciones; al contrario, por realizar sus propósitos y satisfacer sus perversos instintos, verían satisfechos la ruina de su patria. El único remedio para vencer esta envidia es la muerte del que la alimenta.

Si la fortuna es tan propicia al hombre meritorio que, por fallecimiento natural de sus

émulos, lo libra de las asechanzas de la envidia, llega a ser famoso, pudiendo ejercitar sus virtudes sin obstáculos ni violencias; pero si no tiene esta suerte, debe pensar en la manera de librarse de envidiosos, y antes de intentar ninguna empresa, tener vencida esta dificultad.

Quien lea la Biblia sensatamente advertirá que Moisés viose obligado, para asegurar la observancia de sus leyes y su gobierno, a matar a muchísimos hombres, que, impulsados únicamente por la envidia, se oponían a sus proyectos.

Conoció muy bien la necesidad de esta conducta fray Jerónimo Savonarola; conocióla también Pedro Soderini, gonfaloniero de Florencia. Aquél no podía seguirla por su profesión (era fraile) y porque no le comprendieron bien aquellos de sus seguidores que hubieran podido practicarla. No quedó, sin embargo, por Savonarola el intentarlo, pues sus sermones están llenos de acusaciones e invectivas contra los sabios del mundo, que así llamaba a los envidiosos y a los que contrariaban sus ideas.

Soderini creía vencer a los envidiosos con el transcurso del tiempo, su bondadoso carácter, su fortuna y los beneficios que repartía. Viéndose joven aún y con gran popularidad por su comportamiento, juzgó poder vencer sin escándalos, violencias ni tumultos a los que por envidia se le oponían; pero ignoraba que del tiempo nada se debe esperar, que el carácter bondadoso no basta, que la fortuna no varía y que no hay factores capaces de aplacar la envidiosa malignidad. Lo mismo Savonarola que Soderini se perdieron, y causó su pérdida no saber o no poder vencer la envidia de sus rivales.

Digno es de algunas consideraciones el orden que Camilo estableció dentro y fuera de Roma para la salvación de su patria. Verdaderamente no sin razón, los buenos historiadores, como Tito Livio, refieren con detalles ciertos acontecimientos para que la posteridad pueda aprovecharlos como ejemplos en idénticas circunstancias. Debe observarse en este punto que ninguna defensa de plaza es más inútil y peligrosa que la que se hace desordenada y tumultuosamente. Esto lo demuestra el cuidado de Camilo en organizar el tercer ejército para encargarle la guarda de Roma, cuidado que muchos han estimado y estimarán superfluo tratándose de un pueblo ordinariamente armado y belicoso, que no necesitaba previa organización, sino ordenarle empuñar las armas cuando llegara el peligro. Pero Camilo, como todo hombre que tenga su experiencia, opinó de distinta manera, no permitiendo nunca que la multitud tomara las armas sin orden ni método.

Todo hombre encargado de la defensa de una ciudad debe imitar este ejemplo, escogiendo y alistando a los que quiera armar y dándoles a conocer los jefes a quienes deban obedecer, los puntos de reunión y aquellos a que hayan de dirigirse. A los no filiados les ordenará que permanezcan cada cual en su casa para guardarla y defenderla.

Dispuesta de esta suerte la defensa de una ciudad sitiada, podrá resistir fácilmente a sus enemigos. Los que procedan de otro modo, ni imitarán a Camilo, ni la defenderán bien.

243 «Creían no disminuir la dignidad de su cargo por la autoridad que concedían.»

CAPÍTULO XXXI

Las repúblicas fuertes y los grandes hombres tienen el mismo ánimo e igual dignidad en la próspera que en la adversa fortuna

Entre las admirables frases que Tito Livio pone en boca de Camilo para pintar el retrato de un grande hombre, figura la siguiente; *Nec mihi dictatura animos fecit, nec exilium ademit.*[244] Estas palabras demuestran que en los grandes hombres no influyen las variaciones de fortuna, y si ésta unas veces les exalta y otras los humilla, ellos no varían y la arrostran con firme ánimo, tan inseparable de su carácter, que todo el mundo comprende cuán inaccesibles son a sus golpes.[245]

De muy distinto modo se portan los hombres débiles. Llenos de orgullo y vanidad en la próspera fortuna, atribuyen sus favores al mérito de que carecen, haciéndose insoportables y odiosos a cuantos les rodean. En cambio, cuando llega la mala suerte pasan rápidamente de un exceso a otro, convirtiéndose en cobardes y abyectos. Consecuencia de ello es que los príncipes de tales condiciones, en la adversidad piensan más en huir que en defenderse, como todos aquellos que, aprovechando mal la buena fortuna, no están preparados para hacer frente a ninguna contrariedad.

La virtud y el vicio indicados, lo mismo que en los hombres se encuentran en las repúblicas, y ejemplo de ello son la de Roma y la de Venecia. En ningún caso amilanó a la primera la mala suerte ni la insolentaron las victorias, como se vio claramente después de la derrota de Cannas y de vencer a Antíoco. La derrota, aunque gravísima por ser la tercera que les hacía sufrir Aníbal, no acobardó a los romanos, y pusieron en campaña nuevos ejércitos. Por no violar las instituciones, se negaron a rescatar a los prisioneros, y ni a Aníbal ni a Cartago pidieron la paz, sino al contrario: prescindiendo de toda determinación cobarde, pensaron siempre en la guerra, armando, por carestía de hombres, hasta a los ancianos y los esclavos. Supo esto el cartaginés Hannón, y manifestó al Senado de Cartago, según antes dijimos, cuán poco debía tenerse en cuenta la victoria de Cannas para la terminación de la guerra. Se ve, pues, que los tiempos difíciles, ni amedrentaron ni abatieron a los romanos.

Por otra parte, las prosperidades no les hicieron insolentes. Envió emisarios el rey Antíoco a Escipión para pedir la paz antes de dar y perder una batalla. Se la ofreció Escipión a condición de que se retirara al interior de Siria, dejando el resto del país al arbitrio de los romanos. Se negó Antíoco, dio la batalla, la perdió, y envió nuevos comisionados a Escipión diciéndole que aceptaba las condiciones que el vencedor impusiera, quien exigió las mismas que antes de la batalla, añadiendo estas palabras: *Quod Romani, si vincuntur, non minuuntur animis; nec si vicunt, insolescere solent.*[246]

Conducta enteramente opuesta a la de los romanos han seguido los venecianos, quienes en la próspera fortuna, pareciéndoles que dependía de un valor que les faltaba, se hicieron orgullosos hasta el punto de llamar al rey de Francia protegido de san Marcos. Despreciaban a la Santa Sede; les parecía pequeña Italia a su ambición, e imaginaban

formar un imperio semejante al de Roma. Pero cuando los abandonó la fortuna y atacados por el rey de Francia, sufrieron una semiderrota en Vaila; no sólo perdieron todas sus posesiones por rebelión, sino que buena parte de ellas las dieron al papa y al rey de España por cobardía y rebajamiento de ánimo, envileciéndose hasta el punto de mandar embajadores al emperador para ofrecerse tributarios suyos, y de escribir al papa cartas humildísimas para excitar su compasión. A tan gran desdicha llegaron en cuatro días y sólo con una medio derrota, porque después de sostener su ejército un combate, al retirarse fue vencida solamente la mitad de él, salvándose uno de sus proveedores, que llegó a Verona con más de veinticinco mil soldados de a pie y de a caballo. De modo que si en Venecia quedara algún germen de valor, fácil hubiera sido rehacerse y probar nuevamente fortuna, poniéndose en el caso de vencer o de ser vencida sin ignominia, o de alcanzar condiciones de paz más honrosas. Pero la cobardía del ánimo, ocasionada por una viciosa organización militar, le hizo perder en un instante sus fuerzas y sus posesiones.

Lo mismo sucederá siempre a gobiernos como el veneciano, porque el mostrarse insolentes en los tiempos prósperos y abyectos en las contrariedades, es consecuencia de las costumbres y de la educación. Cuando ésta es afeminada y superficial, te hace semejante a ella, y si es de otra clase, tú también lo serás. Cuanto mejor te haga conocer el mundo, tanto menos te enorgullecerá la fortuna y te desalentará la desgracia. Lo que decimos de un solo hombre puede aplicarse a los ciudadanos de una república que se educan conforme a las costumbres dominantes en ella.

No creo inútil repetir aquí que el fundamento de un Estado es la buena organización militar, y que sin ella no puede haber, ni buenas leyes, ni cosa alguna buena.[247] Esta necesidad se pone de manifiesto repetidas veces en la historia romana, como también que la milicia no puede ser buena si no está ejercitada, y no puede ejercitarse si no la forman todos los súbditos de un Estado; y aunque siempre no se está en guerra ni se puede estar, conviene adiestrarla durante la paz, lo cual sólo puede hacerse con tropas de ciudadanos, pues de otro modo sería costosísimo.

Ya hemos dicho que Camilo fue con su ejército contra los etruscos. Cuando sus soldados vieron las numerosas fuerzas del enemigo, se asustaron creyendo que no las tenían ellos para resistir el ímpetu de tan poderoso ejército. Llegó la noticia de este miedo a oídos de Camilo, quien recorrió el campamento hablando a unos y otros entre los soldados para disipar aquel temor, y, por último, dio por única orden la siguiente: *Quod quisque didicit, aut consuevit, faciet.*[248]

Quien reflexione en esta frase de Camilo para animar a sus soldados, comprenderá que no se podía dirigir más que a un ejército aguerrido y disciplinado en paz y en guerra, pues de tropas acostumbradas a no hacer nada no puede fiarse un general ni esperar que se porten bien. Con ellas fracasaría hasta un nuevo Aníbal, porque, no pudiendo estar el general en todas partes mientras se da una batalla, si no hay en todos lados quienes cumplan puntualmente sus órdenes para que el ejército participe del espíritu que a él le anima, necesariamente será vencido.

Todo Estado que se encuentre armado y organizado como Roma y cuyos

ciudadanos se ocupen a diario privada y públicamente en experimentar su valor y destreza y en adiestrarse contra la adversa fortuna, tendrá en cualquier tiempo el mismo valor e igual dignidad que el pueblo romano; pero si vive desarmado y confiando solamente, no en su valor, sino en su fortuna, cuando ésta cambie, cambiará su suerte y dará ejemplos como el de los venecianos.

---

244 «Ni la dictadura me llenó de ánimos, ni el exilio me los quitó.»

245 Tema de gran raigambre estoica, para el que Bausi se refiere a Cicerón e Inglese, a Plutarco y Polibio. Muchos otros podrían ser citados; pues el hombre sabio, al que nada puede la fortuna, es uno de los temas más queridos para el pensamiento estoico y, con algún matiz, para todo el pensamiento ético clásico. Este pasaje puede servir de reflexión para mostrar las diferencias como habitualmente aparece la fortuna en la filosofía moral clásica y medieval y en el pensamiento de Maquiavelo.

246 «Puesto que los romanos, si son vencidos, no pierden el ánimo; ni suelen ensoberbecerse cuando vencen.»

247 Inglese señala la excepcionalidad de este pasaje que considera a la milicia fundamento del Estado; sin embargo, ya han sido señalados otros pasajes donde Maquiavelo muestra esta misma confianza en la formación política que se sigue de un buen ejército. Ciertamente, hay algunos pasajes, quizá más famosos (*El príncipe*, XII), donde la milicia no ocupa un lugar preeminente respecto de las leyes en la formación del Estado.

248 «Cada uno hará lo que sabe y está acostumbrado a hacer.»

CAPÍTULO XXXII

Medios que han empleado algunos para hacer imposible la paz

Rebeláronse contra los romanos Circea y Velitra, dos de sus colonias, esperando que las defendieran los latinos. Vencidos éstos, desapareció esta esperanza, y muchos ciudadanos de las citadas colonias aconsejaron enviar embajadores a Roma para implorar la clemencia del Senado.

Los autores de la rebelión, temerosos de que cualquier castigo impuesto por los romanos sería contra ellos, impidieron tomar este acuerdo, y para que fuera imposible cualquier negociación de paz, excitaron a la multitud a armarse y a hacer correrías por las posesiones de Roma.

En efecto: cuando alguno quiere quitar a un pueblo o a un príncipe el deseo de un convenio, el medio más eficaz y duradero consiste en hacerle cometer una gran maldad contra aquel con quien no se quiere que trate, porque el temor del castigo que crea merecer por el crimen cometido, le tendrá siempre alejado de él.

Después de la primera guerra que los cartagineses tuvieron con los romanos, los soldados de Cartago, destinados durante ella a la defensa de Sicilia y de Cerdeña, hecha la paz, volvieron a África donde, no satisfechos de su paga, empuñaron las armas contra los cartagineses, nombrando dos jefes, Mato y Espendio, apoderándose de muchas poblaciones de esta república y saqueando otras. Deseosos los cartagineses de emplear todos los recursos antes que el de las armas, enviaron a su conciudadano Asdrúbal, que había sido anteriormente general de aquellas tropas, creyendo que aún le obedecerían; pero cuando llegó, para quitar Mato y Espendio a los soldados toda esperanza de reconciliación con Cartago y obligarles así a la guerra, los persuadieron de que lo mejor era asesinar a Asdrúbal y a todos los ciudadanos cartagineses que tenían prisioneros, y, en efecto, los mataron, sometiéndoles antes a horribles suplicios, y añadiendo a esta maldad una proclama en la que amenazaban hacer lo mismo con todos los cartagineses que en adelante capturasen. Esta determinación, puntualmente ejecutada, hizo tan cruel y tenaz la guerra de aquellos rebeldes contra Cartago.

CAPÍTULO XXXIII

Para ganar una batalla se necesita la confianza de las tropas, o en sí mismas o en su general

Si se quiere que un ejército sea victorioso, es necesario inspirarle tal confianza que se crea seguro de vencer, suceda lo que suceda. Le hace confiar en su fuerza el estar bien armado y disciplinado y el conocerse los soldados unos a otros, para todo lo cual es preciso que vivan y se adiestren juntos.

Conviene también que el general merezca la confianza de los soldados por su prudencia y habilidad, y confiarán seguramente en él si de ordinario le ven solícito y valeroso desempeñando su elevado cargo con la dignidad que le corresponde, como sucederá si castiga las faltas, no fatiga innecesariamente a los soldados, cumple sus promesas, muestra fácil el camino de la victoria y oculta o atenúa lo que puede infundir temor. Observados bien estos preceptos, el ejército tendrá confianza, y, confiando, vencerá.

Acostumbraban los romanos valerse de la religión para inspirar esta confianza, y de aquí que consultaran a los augures y los auspicios para nombrar cónsules, para formar ejércitos, para sacarlos a campaña y antes de dar las batallas. Un general hábil y prudente no empeñaba una acción sin estas consultas previas, juzgando que la podría perder fácilmente si los soldados no sabían de antemano que los dioses les eran favorables. Un cónsul o un general que se atreviese a combatir teniendo los auspicios desfavorables, hubiera sido castigado, como lo fue Claudio Pucher.

Aunque esta costumbre se mencione con frecuencia en la historia romana, pruébanla de una manera indudable las palabras que Tito Livio pone en boca de Apio Claudio, quien, quejándose al pueblo de la insolencia de los tribunos de la plebe, y mostrando que, mediante ellos, los auspicios y otras cosas pertenecientes a la religión se desprestigiaban, dice: *Eludant nunc licet religionem. Quid enim interest, si pulli non pascentur, si ex cavea tardius exierint, si occinuerit avis? Parva sunt hae; sed parva ista non contemnendo, majores nostri maximan hanc Rempublicam fecerunt.*[249] En efecto; estas pequeñas cosas son las que mantienen unidos e inspiran a los soldados la confianza, que es causa principal de la victoria. Conviene, sin embargo, que a tales cosas acompañe el valor, porque sin él, nada valen.

Los prenestinos enviaron su ejército contra los romanos, situándolo junto al río Allia, en el sitio donde aquéllos habían sido derrotados por los galos, eligiéndolo para inspirar confianza a sus soldados y temor a los de Roma, por el recuerdo del descalabro. Aunque su esperanza era fundada, por las razones ya dichas, el resultado de la batalla demostró que el verdadero valor no teme tan débiles obstáculos. Bien lo expresa Tito Livio al poner en boca del dictador las siguientes palabras, dirigidas al general de su caballería: *Vides tu, fortuna illos fretos ad Alliam consedisse; at tu, fretus armis animisque, invade mediam aciem.*[250]

El verdadero valor, la excelente disciplina y la confianza que inspiran repetidas

victorias, no las anulan cosas de tan poca monta; ni una preocupación vana les amedrenta, ni un ligero desorden les perjudica, como se vio cuando, estando en campaña los dos cónsules llamados Manlio, contra los volsgos, enviaron imprudentemente parte de sus tropas a devastar tierras de los enemigos, y los que marcharon y los que en el campamento quedaron fueron a la vez acometidos por los volsgos, de cuyo peligro no libró a los romanos la prudencia de los cónsules, sino el valor de los soldados, como dice Tito Livio con estas palabras: *Militum, etiam sine rectore, stabilis virtus tutala est.*[251]

No dejaré de mencionar un recurso empleado por Fabio cuando por primera vez invadió con su ejército Etruria, para que éste confiara en el buen éxito de la empresa, considerando que esta confianza era más necesaria entonces por haberlo conducido a tierras desconocidas y contra un enemigo nuevo. Arengaba a sus soldados antes de la batalla, y después de manifestar los motivos por los que debían ser vencedores, añadió que podría darles otras razones en testimonio de segura victoria, si no fuera peligroso decirlas. Este recurso, empleado entonces hábilmente, merece ser imitado.

---

249 «Dejen de observar, si lo creen lícito, las prácticas religiosas. ¿Qué les interesa si las gallinas no comen, si salen despacio de sus jaulas, si las aves cantan siniestramente? Cosas pequeñas son éstas; pero no desdeñándolas nuestros mayores, engrandecieron la república romana.»

250 «Observa; contando ellos con la fortuna, acampan sobre el Allia; pero fiado tú en tus armas y tu valor, penetra entre sus huestes.»

251 «El ejército sin jefe se salvó por su inquebrantable valor.»

CAPÍTULO XXXIV

De cómo la fama, la voz pública, la opinión conquistan a un ciudadano el favor popular, y de si los pueblos eligen con mayor prudencia que los príncipes las personas que han de desempeñar los cargos públicos

Ya hemos dicho que Tito Manlio, llamado después Torcuato, salvó a su padre, Lucio Manlio, de una acusación dirigida contra él por Marco Pomponio, tribuno de la plebe, y aunque en el modo de salvarle hubo algo violento y extraordinario, su piedad filial fue, sin embargo, tan grata al pueblo, que no solamente no se le reprendió, sino que, debiendo ser nombrados por entonces los tribunos militares, el segundo elegido fue Tito Manlio.

Este suceso motiva, en mi opinión, que tratemos del modo que tiene el pueblo de escoger a los hombres para el desempeño de los cargos públicos, y si es o no cierto lo que afirmamos anteriormente, de que los pueblos los escogen mejor que los príncipes. Fían aquéllos, para conceder cargos, en lo que se dice de los candidatos por pública voz y fama, cuando no los conocen por sus obras, o por las presunciones u opinión que de ellos se tiene. Ambas cosas dependen, o de la fama adquirida por sus padres a causa de eminentes servicios, creyéndose que sus hijos sean iguales a ellos, mientras sus actos no demuestren lo contrario, o de la conducta que observan.

La mejor para alcanzar la estimación pública consiste en vivir en intimidad con personas respetables, de buenas costumbres y bien reputadas por su saber y su prudencia, porque el mejor indicio para juzgar del mérito de un hombre es el de las personas de su amistad y compañía; si éstas son honradas, adquieren merecidamente buena reputación, porque es imposible que no tengan analogía con ellas. También se adquiere buena fama por algún acto extraordinario y notable, aunque sea de índole privada, cuando honra a quien lo ejecuta.

De estas tres cosas que pueden producir excelente reputación, la que la da mayor es la última, porque la del parentesco es engañosa, no causa gran impresión en los hombres, y pasa pronto si no la sostienen las cualidades personales de aquel a quien debe favorecer. La segunda, la que te acredita por tus relaciones y amistades, es mejor que la primera, pero inferior a la tercera, porque mientras no se ven actos tuyos, tu mérito sólo se juzga por conjeturas que fácilmente desaparecen. Pero la reputación que nace y se funda en actos tuyos, te da desde el principio tan buen nombre, que sólo pueden destruirlo otros muchos actos tuyos posteriores, y evidentemente opuestos a los primeros. Los que nacen en una república deben tomar esta vía e ingeniarse para realizar obras extraordinarias que ilustren su nombre.

Así lo practicaron muchos jóvenes en Roma, o proponiendo una ley de pública utilidad o censurando a algún poderoso ciudadano por cometer ilegalidades, o con otros actos notables que hicieran hablar de ellos. No sólo son precisos hechos de esta clase para darse a conocer ventajosamente, sino indispensables para conservar la fama adquirida y aumentarla, repitiéndolos, como lo hizo Tito Manlio durante toda su vida; porque después de defender a su padre por modo tan animoso y extraordinario y

adquirida de esta suerte su primera reputación, algunos años después combatió y mató al galo, apoderándose del collar de oro que llevaba, y que le valió el sobrenombre de Torcuato. Además de esto, ya en la edad madura hizo matar a su hijo por haber combatido sin orden suya, aunque venció al enemigo. Estos tres actos han perpetuado su nombre a través de los siglos, haciéndole más célebre que por todas sus victorias y triunfos, en los que no le supera ningún otro romano, porque si tuvo muchos semejantes a él en hazañas militares, muy pocos o ninguno le igualaron en sus actos privados.

Al gran Escipión no le dieron tanta gloria todos sus triunfos como el haber defendido, siendo casi un niño, la vida de su padre junto al Tesino, y el hacer jurar, espada en mano, a muchos jóvenes romanos, después de la derrota de Cannas, que no abandonarían Italia, como pensaban hacerlo. Ambas acciones fueron principio de su fama y de los laureles que después alcanzó en España y África, aumentando su gloria el acto de respetar en España el honor de una joven prisionera, devolviéndola a su padre y su marido.

Semejante conducta no sólo es necesaria a los ciudadanos que desean adquirir fama para obtener honroso puesto en una república, sino también indispensable a los príncipes para mantener su dignidad y conservar su poder. Nada tan a propósito para atraerse la estimación pública, como realizar actos o pronunciar frases notables inspiradas en el bien público, que le hagan aparecer magnánimo o liberal o justo, y que se repitan como proverbio entre sus súbditos.

Volviendo a nuestro tema, digo que cuando el pueblo concede por primera vez un cargo a un ciudadano, guiándose por cualquiera de los tres motivos citados, es acertada su elección; y lo es aún mayor si el elegido se ha dado ya a conocer por repetidos actos meritorios, porque entonces casi nunca se equivoca. Me refiero a los que obtienen cargos por primera vez, antes de que haya experiencia por repetidas pruebas de su capacidad para desempeñarlos, o pasan del ejercicio de uno al de otro desemejante. En estos casos, la influencia de la falsa opinión y de la corrupción es menos de temer en los pueblos que en los príncipes.

Y como pudiera suceder que los pueblos se engañasen respecto de la fama, la reputación o las acciones de un hombre, estimándole más meritorio que lo sea en realidad (cosa que no sucederá a un príncipe, porque se lo advertirán y le desengañarán sus consejeros), los fundadores de repúblicas bien organizadas han determinado —para que tampoco falten a los pueblos consejeros respecto a la elección de los que han de desempeñar los cargos más importantes, por el peligro de entregarlos a personas incapaces— que cuando se vea al pueblo inclinado a hacer una mala elección, sea lícito y hasta honroso a cualquier ciudadano dar a conocer en públicos discursos los defectos del candidato, para que, sabiéndolos el pueblo, pueda elegir mejor.

De que tal costumbre existía en Roma es testimonio el discurso de Fabio Máximo al pueblo cuando la segunda guerra púnica, porque en la elección de cónsules la opinión popular se inclinaba a elegir a Tito Octacilio. Juzgándole Fabio incompetente para desempeñar en aquel tiempo el consulado, habló en contra de su nombramiento, mostró su insuficiencia y consiguió que el pueblo votara a quien merecía el cargo mejor que

Octacilio.

Estiman, pues, los pueblos para la elección de sus magistrados, los testimonios más verídicos que existen de la capacidad de los hombres. Cuando pueden ser aconsejados, como lo son los príncipes, cometen menos errores que éstos; y los ciudadanos que aspiren a la popularidad, deben ganársela con algún hecho notable, como la ganó Tito Manlio.

CAPÍTULO XXXV

Peligros a que se expone quien aconseja una empresa, los cuales son mayores cuanto ésta es más extraordinaria

Larga y ardua materia sería explicar los peligros que corre el jefe de una empresa nueva que interesa a muchos y las dificultades de dirigirla, realizarla y mantenerla en sus efectos. Dejándola para sitio más oportuno, hablaré únicamente del riesgo a que se exponen los ciudadanos que aconsejan a un príncipe una determinación grave e importante, de manera que toda la responsabilidad de la misma se atribuya a quien da el consejo; porque juzgando los hombres las cosas por sus efectos, todo el mal que resulta impútase al autor del consejo, como si el éxito es bueno se le elogia; pero el premio no es ni con mucho equivalente al daño.

El actual sultán Selim, llamado Gran Turco, preparábase (según dicen algunos que vienen de sus Estados) a invadir Siria y Egipto, cuando uno de sus bajaes que estaba en los confines de Persia le aconsejó que se dirigiera contra este imperio, y, siguiendo el consejo, acometió con numeroso ejército la empresa. Llegó a aquellas inmensas comarcas donde hay muchos desiertos y escasea muchísimo el agua, y tropezó con los mismos inconvenientes que habían causado la ruina de tantos ejércitos romanos, perdiendo gran parte del suyo, aunque vencedor siempre, a causa del hambre y de la peste. Indignado Selim contra el autor del consejo, lo ejecutó.

Muchos ejemplos trae la historia de ciudadanos que fueron al destierro por haber aconsejado una empresa y tener ésta mal éxito.

Propusieron algunos romanos que se nombrara un cónsul plebeyo; el primer elegido salió al frente del ejército y fue derrotado, y no sufrieron daño los autores de la propuesta porque formaban un partido numeroso y fuerte. Indudablemente, los consejeros de una república o de un príncipe están en la dura alternativa de no aconsejar lo que juzgan útil a la república o al príncipe, en cuyo caso faltan a su deber, o aconsejarlo a riesgo de su vida y de la suerte del Estado, porque en este punto todos los hombres son ciegos y juzgan de la bondad o malicia de los consejos por los resultados.

Reflexionando acerca del modo de evitar esta deslealtad o este peligro, no veo otro camino que el de proceder con moderación, no hacer empresa alguna cuestión de amor propio y decir la opinión y defenderla sin apasionamiento, de manera que si el príncipe la sigue sea por su exclusiva voluntad y no parezca obligado por importunas instancias. Obrando así, no será probable que el príncipe o el pueblo lleven a mal un consejo que no es aceptado contra la voluntad del mayor número. Éste resulta peligroso cuando son muchos los que lo contradicen, y, por tanto, si da mal resultado, los que contribuyen a la perdición del consejero. Quien obre como digo, no adquiere la gloria que corresponde al que solo, contra muchos, aconseja cosa que resulte bien; pero en cambio goza de dos ventajas; una, librarse del peligro; otra, que si aconsejas modestamente alguna cosa y por la oposición de tus contradictores el consejo no es seguido, aceptándose el de otro, si de

ello resulta alguna catástrofe, tu reputación aumentará considerablemente; y aunque la gloria adquirida a causa de las desgracias de tu república o tu príncipe no sea envidiable, debe tenerse, sin embargo, en cuenta.

Creo que en este punto no cabe mejor determinación que la indicada, porque la de callarse, no manifestando nunca la opinión, equivale a ser inútil a la república o al príncipe, sin evitar el peligro, porque el silencio inspira en los demás sospechas y pudiera suceder al silencioso lo que al amigo del rey de Macedonia, Perseo. Derrotado éste por Paulo Emilio, huía acompañado de algunos amigos; y hablando de lo que les acababa de pasar, uno de éstos manifestó a Perseo las muchas faltas que había cometido, causando su ruina. Volviose a él Perseo, y le dijo: «¡Traidor, has esperado a decírmelo cuando no podía remediarlas!». Y seguidamente, con sus propias manos le mató. Así sufrió el castigo de haber callado cuando debía hablar, y de haber hablado cuando debió callar, no evitando el peligro con omitir el consejo. Creo, pues, que se debe observar la conducta que he propuesto.

CAPÍTULO XXXVI

Motivos por que se dijo de los galos y se dice de los franceses que son más que hombres al comenzar la batalla, y menos que mujeres al terminarla

La audacia de aquel galo que a orillas del río Anio desafiaba a cualquier romano para combatir personalmente y la lucha que tuvo con Tito Manlio, me recuerda lo dicho por Tito Livio muchas veces de que los galos eran al empezar la batalla más que hombres, y durante el combate llegaban a ser menos que mujeres.

Investigando la causa de ello, suponen muchos que consista en su temperamento. Opino lo mismo; pero creo también que esta disposición natural a empezar la lucha con tanto valor, podría mantenerse con la organización y disciplina hasta el término del combate.

Para probarlo, distinguiré tres clases de ejércitos: unos que tienen valor y disciplina, porque la disciplina mantiene el verdadero valor, como sucedía en los ejércitos romanos. La historia refiere muchas veces la buena organización de los ejércitos de Roma y la disciplina a que estaban sujetos. En un ejército bien organizado, nadie debe hacer más que lo que está dentro de sus atribuciones, y en el romano, que debe servir de ejemplo a todos los demás, porque venció al mundo entero, ni se comía, ni se dormía, ni se aprovisionaba, ni se hacía ningún acto militar ni civil sin orden del cónsul. Los ejércitos organizados de otro modo no son verdaderos ejércitos, y si alcanzan alguna ventaja, débese a ciega impetuosidad, no a verdadero valor.

Cuando el valor está sujeto a la disciplina, se emplea a propósito y en la forma conveniente, sin que pueda abatirlo ni desalentarlo ningún obstáculo. Con el buen orden renacen las fuerzas y el aliento y la esperanza en el triunfo, que nunca falta mientras aquél se mantiene.

Lo contrario sucede en la segunda clase de ejércitos. En ella domina el furor y no la disciplina, y así eran las tropas de los galos, cuyo ardor desaparecía durante el combate; porque si no alcanzaban la victoria al primer choque, faltándoles la disciplina, que sostiene el valor, y no teniendo cosa alguna que les inspirara confianza, salvo el furor con que empezaban la batalla, cuando se enfriaba el primer ardimiento eran vencidos. No sucedía esto en los ejércitos romanos. Tranquilos ante el peligro por su buena organización, sin desconfiar de la victoria, firmes en sus posiciones, con igual valor y tenacidad combatían al principio que al fin de la batalla, y el ardor del combate aumentaba su esfuerzo.

La tercera clase de ejércitos es aquella en que las tropas no tienen valor natural ni disciplina militar, como sucede a los ejércitos italianos de nuestros tiempos, los cuales son completamente inútiles, y sólo vencerán en el caso de que cualquier imprevisto accidente ponga en fuga al enemigo. Sin necesidad de alegar ejemplos, bien a la vista están las diarias pruebas de que carecen de todas las virtudes militares.

Para que con el testimonio de Tito Livio comprenda todo el mundo la diferencia que hay entre un buen ejército y uno malo, copiaré las palabras de Papirio Cursor, cuando

quería castigar a Fabio, general de la caballería: *Nemo hominum, nemo Deorum verecundiam habeat; non edicta imperatorum, non auspicia observantur: sine commeatu, vagi milites in pacato, in hostico errent; immemores sacramenti, se ubi velint exauctorent; infrequentia deserant signa; neque conveniant ad edictum, nec discernant interdiu, nocte; legua, iniquo, loco jussu, injussu imperatoris pugnen; et non signa, non ordines servent: latrocinii modo, cceca et fortuita, pro solemni et sacrata militia sit.*[252]

Con este texto a la vista, fácilmente se comprende si la milicia de nuestros días es fuerza ciega y confusa o sagrada y solemne, lo que le falta para asemejarse a lo que se puede llamar buen ejército, y cuánto dista de ser valerosa y disciplinada como la romana, o impetuosa como la de los galos.

---

[252] «No temer a los hombres ni a los dioses; no observar las órdenes de los generales ni los auspicios; por carecer de provisiones, ir errantes los soldados a tomarlas indistintamente en las comarcas amigas o enemigas; olvidando los juramentos, faltar a ellos cuando se quiera; la frecuencia en desertar de las banderas; en no acudir a la orden; el pelear sin distinguir el día de la noche; el lugar favorable del desventajoso, con o sin orden del general; no ser fieles ni a la ordenanza ni a la bandera, constituye una fuerza ciega y confusa semejante a gavilla de ladrones y no a solemne y majestuoso ejército.»

CAPÍTULO XXXVII

Si es preciso que a una batalla general precedan combates parciales; y, caso de querer evitarlos, qué debe hacerse para conocer las condiciones de un enemigo con quien por primera vez se pelea

Parece que en las acciones de los hombres, como ya hemos dicho, además de las dificultades naturales cuando se quieren llevar las cosas a la perfección, se encuentra siempre algún mal inmediato al bien, y tan unido a éste, que es imposible obtener el uno sin el otro. Esto se ve en cuanto los hombres hacen, y por ello es difícil conquistar el bien si no ayuda la fortuna, de suerte que con sus fuerzas venza el citado obstáculo natural y ordinario. Me recuerda esta verdad el combate entre Manlio Torcuato y el galo, del cual dice Tito Livio: *Tanti ea dimicatio ad universi belli eventum momenti fuit, ut Gallorum exercitus, relictis trepide castris, in Tiburtem agrian, mox in Campaniam transierit.*[253]

Primeramente, considero que un buen general debe evitar cuanto sea de escasa importancia y pueda causar mal efecto en su ejército, siendo temerario empeñar un combate donde no se emplee toda la fuerza y se arriesgue toda la fortuna, como ya lo dije al hablar de la guarda de los desfiladeros.

En segundo lugar, creo que un general prudente, cuando va al encuentro de un ejército nuevo y bien reputado, necesita, antes de empeñar una batalla decisiva, provocar algunas escaramuzas para que sus soldados conozcan al enemigo y se acostumbren a combatirlo, perdiéndole el miedo que su fama les haya inspirado. Este deber es esencial y casi indispensable para un general, pues evidentemente caminará a segura pérdida si no procura por el indicado medio destruir el terror que la fama del enemigo infunda a sus soldados.

Enviaron los romanos a Valerio Corvino al frente del ejército contra los samnitas, con quienes combatían por vez primera, pues anteriormente no habían medido sus armas estos pueblos, y dice Tito Livio que Valerio comenzó por acostumbrar a sus soldados con algunas escaramuzas a combatir a sus nuevos enemigos: *Ne eos novum bellum, ne novus hostis terreret.*[254] Se corre, sin embargo, el peligro de que, vencidos los soldados en estas escaramuzas, aumente tu temor y abatimiento, siendo el efecto contrario al propósito de quien las provoca con ánimo de alentarlos. Ésta es una de las cosas en que lo malo se encuentra tan unido a lo bueno, que es fácil, al buscar el provecho, encontrar el daño.

A este propósito digo que un buen general debe evitar con gran cuidado todo lo que por cualquier accidente desanime a su ejército. Lo que más puede desalentarlo es comenzar la campaña con algún fracaso, y por ello las escaramuzas no debe empeñarlas sino con grandísima ventaja y fundada esperanza de victoria, ni procurar la guarda de desfiladeros donde no quepa el desarrollo de todas sus fuerzas, ni defender más fortalezas que aquellas cuya pérdida produciría su ruina, y éstas defenderlas de manera que, en caso de asedio, pueda socorrerlas con todo su ejército, renunciando a auxiliar las demás plazas fuertes; porque la pérdida de lo que se abandona, cuando el ejército está

intacto, ni desprestigia, ni disminuye la esperanza de vencer; pero es un fracaso cuando lo perdido se quería conservar, conociendo todos el empeño en la defensa. Entonces ocurre lo que sucedió a los galos: por un contratiempo de escasa importancia se pierde la campaña.

Filipo de Macedonia, padre de Perseo, que para su tiempo tenía grandes condiciones de militar, al ser atacado por los romanos comprendió que no podía defender gran parte de su territorio, y lo devastó y abandonó. Como general prudente, juzgó pernicioso perder su fama empeñándose en guardar lo que no tenía defensa, y prefirió dejarlo a discreción del enemigo, como cosa que se abandona. Cuando los romanos se vieron en tan gran apuro después de la derrota de Cannas, negáronse a auxiliar a muchos de sus aliados y súbditos, recomendándoles que se defendieran lo mejor que pudiesen. Dicha determinación es preferible a la de intentar defensas y no poder realizarlas, porque en este caso se pierden amigos y fuerzas, y en aquél solamente amigos.

Volviendo a las escaramuzas, digo que si un general se ve obligado a intentar algunas contra un enemigo nuevo, debe hacerlo en condiciones tales que no tenga peligro de perderlas, o seguir el ejemplo de Mario (que es la mejor determinación), quien al ir contra los cimbrios, que bajaban a asolar a Italia causando terror a su paso por su barbarie, su número y el haber derrotado ya a un ejército romano, juzgó necesario, antes de llegar con ellos a las manos, hacer algo para desvanecer el temor que inspiraban a sus soldados, y como experimentado general situó su ejército en lugar por donde el de los cimbrios había de pasar, para que, parapetados en sus atrincheramientos, pudieran los romanos verles, acostumbrándose a mirar cara a cara al enemigo, y enterándose de que era una multitud desordenada, con enorme impedimenta, desarmada en parte y en parte mal armada, cuyo espectáculo había de tranquilizarlos y hacerles desear la batalla. Esta hábil determinación de Mario deben imitarla otros para no exponerse al peligro antes mencionado y no hacer lo que los galos, *qui ob rem parvi ponderis trepidi, in Tiburtem agrura et in Campaniam transierunt.*[255]

Puesto que hemos citado las frases de Valerio Corvino, quiero mostrar con sus palabras en el capítulo siguiente lo que debe ser un general.

---

[253] «Tan decisiva fue esta acción para el éxito de la guerra, que el ejército de los galos, abandonando precipitadamente su campamento, se retiró del lado de Tibur, y desde allí, a la Campania.»

[254] «Para que una nueva guerra y un enemigo desconocido no les asustara.»

[255] «A quienes el temor producido por tan pequeña causa les hizo retirarse del lado de Tibur a la Campania.»

CAPÍTULO XXXVIII

Cualidades que debe tener un general para inspirar confianza a su ejército

Enviado Valerio Corvino con un ejército, según hemos dicho, contra los samnitas, enemigos nuevos del pueblo romano, para infundir confianza a sus soldados y hacerles conocer al adversario, empeñó algunas escaramuzas; y además quiso arengarlos antes de la batalla, mostrándoles eficazmente el poco aprecio que se debía hacer de tales enemigos, dado el valor de sus soldados y el suyo propio. Las palabras que Tito Livio pone en su boca explican las condiciones que debe tener un general para inspirar confianza a sus tropas; dicen así: *Tum etiam intueri cuius ductu auspicioque ineunda pugna sit: utrum qui audiendus dumtaxat magnificas adhortator sit, verbis tantum ferox, operum militarium exers; an qui, et ipse tela tractare, procedere ante signa, versari inedia in mole pugna' sciat. Facta mea, non dicta vos milites sequi volo; nec disciplinara modo, sed exemplum etiam a me petere, qui hac dextra mihi tres consulatus, summamque laudem peperi.*[256]

Estas palabras, bien comprendidas, enseñan las cualidades necesarias para ser buen general, y a los que carezcan de ellas, si la fortuna o la ambición les lleva a desempeñar dicho cargo, en vez de honor le ocasionará desprestigio; porque no son los títulos los que honran a los hombres, sino éstos a los títulos.

Téngase también en cuenta que si como hemos dicho al principio de este capítulo, los grandes capitanes han empleado medios extraordinarios para inspirar confianza a un ejército de veteranos frente a un enemigo desconocido, con mayor razón deben emplearse cuando se manda un ejército de bisoños que no ha visto la cara al adversario; porque si el enemigo nuevo infunde temor a tropas veteranas, con mayor motivo debe infundirlo a un ejército de reclutas cualquier otro con el que haya de medir sus armas.

Sin embargo, no pocas veces se ha visto a buenos generales vencer todas estas dificultades con suma prudencia, como lo hicieron el romano Graco y el tebano Epaminondas, de quienes hemos hablado anteriormente, y que con tropas bisoñas vencieron a soldados veteranos y ejercitadísimos. Para ello les adiestraban durante algunos meses en combates simulados, acostumbrándolos a la obediencia y al orden, y después los empeñaban con la mayor confianza en las verdaderas batallas. Ningún general debe desconfiar de tener buen ejército cuando no le falten hombres. El príncipe que tiene muchos hombres y carece de soldados, debe atribuirlo, no a la cobardía de los hombres, sino a su indolencia y falta de habilidad.

---

[256] «Mirad, además, bajo qué dirección y con qué auspicios se empeña la lucha; si el jefe no es más que un brillante orador, bueno sólo para ser oído, bravo sólo en palabras, inexperto en la guerra, o es hombre que sabe manejar las armas, marchar al frente de las banderas, meterse donde más enconada es la lucha. Mis hechos, y no mis palabras, quiero que imitéis. No me pidáis solamente órdenes, sino también ejemplos. Por este brazo mío

he obtenido tres consulados y toda mi gloria.»

CAPÍTULO XXXIX

El general debe conocer el terreno donde opera con su ejército

Necesita entre otros conocimientos un general de ejército el de la comarca donde opera y conocerla detalladamente, porque sin ello no puede intentar cosa alguna de provecho. Si en todas las ciencias es indispensable la práctica para saberlas bien, ésta exige práctica grandísima, y el conocimiento detallado de los terrenos se adquiere mejor con la caza que con ningún otro ejercicio; por eso dicen los escritores antiguos que los héroes que gobernaron entonces el mundo se educaban en los bosques y en la caza. Esta ocupación, además del detalle del terreno, enseña infinitas cosas que en la guerra son necesarias.

Refiere Jenofonte en la vida de Ciro que, estando éste para atacar al rey de Armenia, hablaba con los que le seguían de la próxima batalla, y les decía que iba a ser como una de las cacerías que con frecuencia habían hecho juntos. Comparaba a los destinados a emboscarse en los montes con los cazadores que ponían las piezas, y a los que debían recorrer la llanura, con los ojeadores que levantan las piezas de sus guaridas para que den en las redes. Cítase este ejemplo a fin de demostrar cuánto la caza, según Jenofonte, se parece a la guerra; por lo cual es para los grandes hombres ejercicio sano y necesario, y el mejor y más cómodo para adquirir el conocimiento de los terrenos, porque les obliga a saber detalladamente la comarca donde se ejercitan, y, bien familiarizados con ella, con facilidad conocen otras regiones, porque todas en conjunto y en detalle tienen alguna semejanza, y la práctica adquirida en una sirve para las demás.

Pero el que no la adquiere bien en una región, difícilmente y sólo después de largo tiempo se entera de otra. Quien, al contrario, tiene esta práctica, con una mirada comprende la posición de llanuras y montañas, la extensión de un valle y todo lo demás que ha observado en otros parajes. La verdad de esta afirmación la demuestra Tito Livio con el ejemplo de Publio Decio. Era tribuno militar en el ejército que el cónsul Cornelio mandaba en la guerra contra los samnitas, y estando el cónsul metido en un valle donde los romanos podían ser fácilmente encerrados por los samnitas, al verse en tanto peligro, le dijo Decio: *¿Vides tu, Aule Corneli, cacumen illud supra hostem? Arx illa est spei salutisque nostro, si eam (quoniam ceci reliquere Samnites) impigre capimus.*[257]. Y antes de referir estas palabras de Decio, dice Tito Livio: *Publius Decius, tribunus militum, unum editum in saltu collem, inminentem hostium castris, aditu arduum impedito, agmini, expeditis haud difficilem.*[258] Enviado por el cónsul con tres mil soldados para ocupar la altura, salvó al ejército romano, y, deseando aprovechar la noche para salvarse él y sus soldados, les habló de esta manera: *Ite mecum, ut dum lucis aliquid superest, quibus locis hostes praesidia ponant, qua pateat hinc exitus, exploremus. Hcec omnia sagulo militari amicties, ne ducem circuire hostes notarent, perlustravit.*[259]

Quien lea atentamente este pasaje verá cuán útil y aun necesario es a un general conocer la naturaleza del terreno. De no tener Decio este conocimiento, imposible le

hubiera sido juzgar lo útil que era al ejército romano apoderarse de aquella colina, ni advertir desde tan lejos si ésta era o no accesible; y, después de ocupada, al querer partir para unirse al cónsul, rodeándole los enemigos, tampoco acertara a distinguir a gran distancia el camino que le quedaba abierto y los puntos guardados por los samnitas. Preciso fue, pues, que Decio tuviera perfecto conocimiento de las localidades, y por ello, apoderándose de la colina, salvó al ejército romano y supo después, estando cercado, encontrar medio de librarse él y los suyos.

---

257 «¿Ves, Aulo Cornelio, ¿aquella altura sobre el campo enemigo? Allí está la esperanza de nuestra salvación si la ocupamos pronto, ya que los samnitas cometen la torpeza de no apoderarse de ella.»

258 «Publio Decio, tribuno militar, vio sobre el campamento enemigo una colina de difícil subida para un ejército que marcha con bagajes, pero fácil de ocupar por tropas ligeras.»

259 «Seguidme; aprovechemos lo que queda de día por ver dónde sitúa su campamento el enemigo y por qué sitio podremos retirarnos. Y temiendo que le conocieran por el traje de oficial, púsose uno de soldado para el reconocimiento.»

CAPÍTULO XL

De cómo el uso de engaños en la guerra merece elogio

Aunque el engaño sea en todo lo demás reprensible, en la guerra es cosa laudable y digna de elogio, y lo mismo se alaba a quien, por medio de él, vence al enemigo, como a quien lo rechaza por fuerza. Bien se ve esto en las apreciaciones hechas por los que han escrito la vida de los grandes hombres, cuando elogian a Aníbal y a otros generales que fueron notabilísimos en el empleo de este recurso. Siendo tantos y tan frecuentes los ejemplos, no citaré ninguno, y sólo diré que no considero glorioso el engaño cuando consiste en romper la fe a los tratados, porque esto, aunque haya producido alguna vez la conquista de Estados y reinos, jamás, como he dicho en otra ocasión, reportará gloria.

Refiérome al engaño o ardid empleado contra el enemigo que se fía de ti y que constituye propiamente el arte de la guerra; como fue el utilizado por Aníbal cuando fingió huir junto al lago de Trasimeno para cercar al cónsul y al ejército romano, y cuando, para escapar de las manos de Fabio Máximo, puso fuego en los cuernos de sus bueyes. Semejante a estos engaños fue el que empleó el general samnita Poncio para embolsar al ejército romano en los desfiladeros de las Horcas Caudinas. Ocultó su ejército detrás de los montes y envió a la llanura muchos soldados vestidos de pastores, con bastante ganado, del cual se apoderaron los romanos, preguntando a aquéllos dónde estaba el ejército samnita. Todos respondieron, conforme a las órdenes de Poncio, que en el asedio de Nocera. Creyéronles los cónsules y entraron en el desfiladero de Caudium, donde los atacaron los samnitas.

Esta victoria, conseguida por medio de un ardid, fuera gloriosísima para Poncio si hubiese seguido el consejo de su padre, quien quería que todos los prisioneros romanos fueran muertos o puestos en libertad; pero adoptó un término medio, *qae neque amicus parat, neque inimicos tollit*;[260] término pernicioso siempre en los asuntos de Estado, como anteriormente probamos.

---

[260] «Que no da amigos ni quita enemigos.»

CAPÍTULO XLI

La patria debe ser siempre defendida, sea con ignominia, sea con gloria, porque de cualquier modo la defensa es indispensable

Estaban, como he dicho en el capítulo anterior, cercados por los samnitas los cónsules y el ejército romano, y propusieron aquéllos a éstos las condiciones más ignominiosas, como eran pasar bajo el yugo y ser enviados a Roma sin armas. Al saberlas, los cónsules quedaron atónitos y el ejército, desesperado; pero Lucio Léntulo, legado romano, dijo que en su opinión no debía rechazarse ningún medio de salvar la patria, porque consistiendo la vida de Roma en la existencia de este ejército, debía procurarse su salvación a cualquier precio; añadió que la defensa de la patria es siempre buena de cualquier modo que se la defienda, o con ignominia o con gloria, porque salvándose aquel ejército, siempre tendría tiempo Roma de vengar la afrenta y, no salvándose, aunque muriera gloriosamente, Roma y su libertad estaban perdidas. Su consejo fue aceptado.

Este suceso debe tenerlo en cuenta todo ciudadano que se encuentre en el caso de aconsejar a su patria, porque cuando hay que resolver acerca de su salvación, no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de ignominia. Ante todo y sobre todo, lo indispensable es salvar su existencia y su libertad.

Los franceses observan este principio en sus dichos y en sus hechos, al defender la majestad de su rey y el poder de su reino.

Lo que más les molesta es oír decir que tal o cual determinación es ignominiosa para el rey, porque aseguran que cualquier partido que tome, en la buena o en la mala fortuna, no puede ser vergonzoso. Vencedor o vencido, cuanto hace es, en su sentir, cosa propia de un rey.

CAPÍTULO XLII

Las promesas hechas por fuerza no deben ser cumplidas

Cuando volvieron a Roma los cónsules y el ejército desarmados, después de la afrenta sufrida, el primero en sostener en el Senado que no se debía observar la paz acordada en Caudium fue Espurio Postumio, asegurando que el pueblo romano no estaba obligado a cumplir lo convenido, sino él y quienes con él hicieron el convenio; y si quería librarse Roma de toda obligación, le bastaba con entregar a los samnitas como prisioneros a él y a los que con él habían convenido la paz.

Tan obstinadamente defendió esta proposición, que el Senado la aprobó, protestando de nulidad el acuerdo hecho, y devolviendo a los samnitas los prisioneros. Favorable fue entonces la fortuna a Postumio, pues los samnitas le dejaron volver a Roma, resultando entre los romanos más gloriosos, con haber perdido, que Poncio entre los samnitas, habiendo triunfado.

En este suceso hay que observar dos cosas; una, que con cualquier acción se puede adquirir gloria; porque con la victoria siempre se logra, y con la derrota también si se demuestra que no fue por culpa del vencido, o ejecutando inmediatamente después alguna acción preclara que la haga olvidar; otra, que no es indigno dejar sin cumplir lo que por fuerza se promete. Las promesas forzadas que se refieren al interés público, cuando desaparece la fuerza que las impuso, se rompen sin deshonor para quien deja de observarlas. De esto hay muchos ejemplos en la historia, y diariamente se están presentando. Entre los príncipes no sólo no se observan las promesas hechas por fuerza, cuando ésta desaparece, sino tampoco las demás promesas, cuando dejan de existir los motivos porque se hicieron. No diremos ahora si esto es digno de elogio o de censura, y si los príncipes deben o no deben observar tal conducta, porque ya lo examinamos extensamente en *El príncipe*.

CAPÍTULO XLIII

Los naturales de un Estado tienen casi constantemente el mismo carácter

Suelen decir las personas entendidas, y no sin motivo, que quien desee saber lo porvenir consulte lo pasado, porque todas las cosas del mundo, en todo tiempo, se parecen a las precedentes. Esto depende de que, siendo obras de los hombres, que tienen siempre las mismas pasiones, por necesidad han de producir los mismos efectos. Verdad es que sus actos son más virtuosos, ora en un país, ora en otro; pero esto depende de la educación dada a los pueblos y de la influencia que ésta tiene en las costumbres públicas.

Lo que facilita prever lo venidero por el conocimiento de lo pasado, es observar cuán largo tiempo conserva una nación las mismas costumbres, siendo constantemente avara o pérfida o mostrando de continuo algún otro vicio o virtud.

Quien lea la historia de nuestra ciudad de Florencia o examine los sucesos de estos inmediatos tiempos, encontrará a los pueblos alemán y francés avariciosos, soberbios, crueles y pérfidos, porque con la práctica de estas cuatro condiciones han ofendido mucho en diversas épocas a nuestra ciudad. Respecto a la falta de fe, todos saben cuántas veces se ha dado dinero al rey Carlos VIII, prometiendo él en cambio entregar a Florencia la ciudadela de Pisa, y jamás lo hizo, mostrando así su mala fe y su avaricia.

Pero dejemos estos sucesos recientes. Todo el mundo habrá oído lo que ocurrió cuando la guerra entre Florencia y los Visconti, duques de Milán. Privados de recursos los florentinos, pidieron al emperador que viniera a Italia para que con su reputación y sus fuerzas dominara Lombardía. Prometió el emperador venir con numerosas tropas, declarar la guerra al duque de Milán y defender a los florentinos, a condición de que éstos le dieran cien mil ducados al ponerse en marcha y otros cien mil cuando entrara en Italia. Aceptaron los florentinos la petición, entregando inmediatamente el dinero del primer plazo, y después el del segundo; pero desde Verona volvió a su patria sin intentar ninguna empresa, alegando que los que habían faltado al compromiso eran los florentinos. Si no hubiese estado Florencia obligada por la necesidad o arrastrada por la pasión, y hubiera leído y conocido las antiguas costumbres de los bárbaros, ni en ésta, ni en otras muchas ocasiones se dejara engañar por los que siempre han hecho lo mismo en todas las cosas y con todos los pueblos.

De igual modo se portaron antiguamente con los etruscos, quienes, no pudiendo resistir con sus propias fuerzas a los romanos que les habían derrotado varias veces, convinieron con los galos cisalpinos darles una suma de dinero porque unieran sus ejércitos a los de los etruscos para combatir a los romanos. Los galos tomaron el dinero y no quisieron después tomar las armas para defender a los etruscos, diciendo, para excusar su conducta, que no habían convenido hacer la guerra a los romanos, sino abstenerse de correrías y devastaciones en Etruria. De esta suerte, la avaricia y mala fe de los galos privó a los etruscos de su dinero y del auxilio que de ellos esperaban.

Estos ejemplos relativos a los antiguos y modernos habitantes de la Toscana prueban

que galos y franceses se han portado siempre de igual modo, y la ninguna confianza que los príncipes deben tener en las promesas de Francia.

CAPÍTULO XLIV

Con el ímpetu y la audacia se consigue muchas veces lo que con los procedimientos ordinarios no se obtendría jamás

Atacados los samnitas por los romanos, comprendieron que con sus propias fuerzas no podían resistir a las de Roma en campo abierto, y, dejando guarnecidas sus fortalezas, determinaron pasar con todo su ejército a Etruria, que estaba entonces en tregua con Roma. El objeto de esta determinación fue ver si con la presencia de sus tropas podían inducir a los etruscos a empuñar de nuevo las armas, a pesar de haberlo negado a los embajadores de Samnio. En los discursos que los samnitas dirigieron a los etruscos, sobre todo en la demostración de los motivos que les habían obligado a emprender la guerra, emplearon frases notables, como la de que: *Rebellase, quod pax servientibus gravior, quam liberis bellum esset.*[261]

Con sus persuasiones en parte y en parte con la presencia de su ejército, obligaron a los etruscos a auxiliarles en la guerra.

Dedúcese de aquí que cuando un príncipe desea obtener algo de otro, debe, si las circunstancias lo permiten, no dejarle tiempo para pensarlo, sino obrar de modo que éste comprenda la necesidad de decidirse prontamente, como sucederá si comprueba que negándose o no decidiéndose, puede ocasionar súbita y peligrosa indignación. Este recurso lo han empleando bien en nuestros tiempos el papa Julio II con los franceses y monseñor de Foix, general del rey de Francia, con el marqués de Mantua.

Quiso el papa Julio expulsar a los Bentivoglio de Bolonia, y juzgando que para esta empresa necesitaba el auxilio del ejército francés y la neutralidad de los venecianos, solicitó ambas cosas, sin obtener más que respuestas dudosas y evasivas. En vista de ello, les obligó a acceder a sus deseos, no dejándoles tiempo para otra determinación. Al efecto partió de Roma con cuantos soldados pudo reunir, dirigiéndose a Bolonia. A los venecianos les dijo que permanecieran neutrales, y al rey de Francia, que le enviase tropas. No teniendo tiempo aquéllos ni éste para meditar el partido que más les conviniera, y temerosos de la indignación del papa por su negativa o falta de decisión, accedieron a lo que pedía, dándole el rey ejército, y permaneciendo neutrales los venecianos.

Estaba monseñor de Foix con su ejército en Bolonia, cuando supo la rebelión de Brescia. Para ir a recobrar esta plaza tenía dos caminos: uno por tierras del rey, largo y fatigoso; otro corto, por las posesiones del marqués de Mantua. Necesitaba pasar por éste, y le convenía hacerlo por unas calzadas entre los lagos y pantanos que inundan aquella región, calzadas en que había fortificaciones y otros medios de defensa. Resuelto Gastón de Foix a seguir este camino, para vencer toda dificultad y no dejar tiempo de reflexionar al marqués, entró con su ejército por aquella vía y pidió al marqués las llaves de todos los pasos. Sorprendido éste por tan repentina determinación, se las envió, cosa que no hiciera si Foix hubiese procedido con menos rapidez y energía, porque el marqués tenía dos motivos justificados para negarlas: uno su entrada en la liga con el papa y los

venecianos, y otro estar uno de sus hijos en manos del papa. Pero la súbita decisión de Foix, no dejándole tiempo para reflexionar, le obligó a conceder lo que pedía.

Por idéntica causa los etruscos, en presencia del ejército de Samnio, empuñaron las armas que poco tiempo antes rehusaban tomar.

---

261 «Se rebelaron porque la paz con la servidumbre era más pesada carga que la guerra con la libertad.»

CAPÍTULO XLV

Si la determinación de esperar en una batalla el ataque del enemigo, y, rechazado, atacarle, es preferible a la de comenzar impetuosamente el combate

Los cónsules romanos Decio y Fabio, con sendos ejércitos, guerreaban, el uno contra los samnitas y el otro contra los etruscos. Al mismo tiempo les libraron batalla, y con tal motivo conviene examinar cuál de los dos procedimientos que emplearon es preferible.

Decio atacó al enemigo con el mayor ímpetu y con todas sus fuerzas. Fabió limitose a resistir el primer choque, juzgando que el ataque metódico es mucho más útil, y reservó el esfuerzo de sus soldados para después que el enemigo perdiese el primer arrojo. El éxito fue mucho más favorable a Fabio que a Decio. Éste agotó el vigor de sus soldados en el primer ataque, y viéndolos más dispuestos a huir que a continuar la ofensiva, para conquistar con su muerte la gloria de que le privaría la pérdida de la batalla, a imitación de su padre, se sacrificó por las legiones romanas. Cuando lo supo Fabio, por no conquistar menos gloria viviendo, que su colega muriendo, empleó contra el enemigo todas las fuerzas que en el primer momento había reservado y consiguió señalada victoria.

El método de Fabio es, por consiguiente, más seguro y digno de imitación.

CAPÍTULO XLVI

Por qué se conserva el mismo carácter en una familia durante largo tiempo

No solamente en las instituciones y costumbres difieren unas ciudades de otras haciendo que el carácter de sus habitantes sea duro o afeminado, sino que dentro de una misma población nótase gran diferencia entre las familias. Todas las ciudades justifican esta verdad, y la de Roma presenta numerosos ejemplos, porque los Manlios eran siempre duros y tenaces; los Publícolas, benignos y amantes del pueblo; los Apios, ambiciosos y enemigos de la plebe, y así sucesivamente, cada familia tenía peculiares dotes de carácter, que la diferenciaba de las demás.

Esta distinción no puede nacer sólo de la sangre, porque ha de variar a causa de las distintas alianzas matrimoniales, sino de la diversa educación en el seno de las familias. Cuando un niño oye expresar desde sus primeros años tales o cuales juicios que impresionan vivamente su entendimiento, estos juicios se convierten en reglas de conducta para toda su vida. De no ser así, resultaría imposible que los Apios tuvieran siempre los mismos deseos y las mismas pasiones, como lo advierte Tito Livio en muchos pasajes, especialmente cuando dice que siendo censor uno de ellos, su colega en la censura dejó el cargo por haber transcurrido el término legal de diez y ocho años, y Apio no quiso hacerlo, sosteniendo que podía desempeñarlo cinco años más, conforme a la primera ley relativa a la censura.

Y aunque sobre esto hubo bastantes asambleas y no pocos tumultos, no fue posible vencer la obstinación de Apio, que continuó siendo censor contra la voluntad del pueblo y de la mayoría del Senado.

Quien lea el discurso que pronunció contra el tribuno de la plebe Publio Sempronio, notará toda la insolencia de los Apios, que forma contraste con la respetuosa obediencia a las leyes y a los auspicios de su patria de otros infinitos ciudadanos.

CAPÍTULO XLVII

El amor a la patria debe hacer olvidar a un buen ciudadano las ofensas privadas

El cónsul Manlio mandaba un ejército contra los samnitas. Herido en un combate, para que este accidente no fuera peligroso al ejército, juzgó el Senado indispensable enviar a Papirio Cursor como dictador, en sustitución de Manlio. Pero era preciso que la dictadura se la concediera Fabio, que estaba con su ejército en Etruria, y en la duda de que quisiera hacerlo, porque era enemigo de Papirio, el Senado le envió dos embajadores para rogarle que depusiera su enemistad personal en beneficio de la patria e hiciera el nombramiento. Hízolo Fabio por amor a la patria, si bien su silencio y otras muchas pruebas demostraron cuán enojoso le era nombrar dictador a su enemigo.

Cuantos deseen la reputación de buenos ciudadanos, deben imitar este ejemplo.

CAPÍTULO XLVIII

Cuando se ve que el enemigo comete una gran falta, debe sospecharse que intenta un ardid

Quedó Fulvio delegado en el ejército que los romanos tenían en Etruria mientras el cónsul fue a Roma con objeto de asistir a algunas ceremonias religiosas. Para ver los etruscos si caía en una celada, emboscaron tropas en sitio próximo al campamento romano, y algunos soldados, con traje de pastores, llevaron mucho ganado a la vista de los romanos, acercándose hasta el campamento atrincherado que éstos ocupaban. Un atrevimiento tan poco natural admiró al legado y le hizo descubrir la celada, siendo vano el intento de los etruscos.

Este suceso prueba que el general de un ejército no debe fiarse de cualquier error evidente que cometa el enemigo, porque siempre ocultará alguna estratagema, no siendo razonable tanta imprudencia. Pero el deseo de vencer ciega a los hombres hasta el punto de no distinguir las verdaderas faltas de las simuladas, juzgándolas todas favorables a sus designios.

Vencieron los galos a los romanos junto al Allia; llegaron después a Roma, encontrando abiertas y sin guardas las puertas de la ciudad, y estuvieron un día y una noche sin entrar en ella, por temor a una celada y porque les era incomprensible que los romanos fueran tan cobardes e insensatos que les abandonaran la patria.

Cuando en 1508 fueron los florentinos a sitiar Pisa, un pisano que tenían prisionero, Alfonso de Mutolo, les prometió, si le daban libertad, entregar una de las puertas de dicha plaza al ejército de Florencia. Se la dieron y, con pretexto de convenir los medios de ejecución, salió varias veces a conferenciar con los que para este objeto nombraron los comisarios. A dichas conferencias no acudía en secreto, sino públicamente y acompañado de algunos pisanos, de quienes sólo se apartaba al hablar con los florentinos. Podía muy bien conocerse la doblez de su ánimo, porque no era creíble, si trataba de buena fe, que lo hiciera tan al descubierto; pero el deseo de tomar a Pisa cegó de tal suerte a los florentinos que, conforme al aviso de Mutolo, avanzaron hacia la puerta de Lucca, perdiendo allí, por la doble traición de éste, muchos jefes y soldados y sufriendo vergonzosa derrota.

CAPÍTULO XLIX

La república que quiere conservar su libertad debe tomar cada día nuevas precauciones. Servicios que valieron a Quinto Fabio el calificativo de Máximo

Ya hemos dicho que en una gran ciudad republicana ocurren con frecuencia dolencias que hacen necesario el médico, y que su sabiduría sea proporcionada a la gravedad del mal. En ninguna ciudad hubo tantos y tan inesperados accidentes como en Roma; por ejemplo, el complot de las mujeres romanas para matar a sus maridos, que llegó a vías de realización, porque algunas los envenenaron y otras tenían ya preparado el veneno; la conspiración de las Bacanales descubierta en tiempo de la guerra con Macedonia, en la que estaban comprometidos muchos miles de hombres y mujeres, y que, de no descubrirse, hubiera sido peligrosísima para Roma, como también si los romanos no estuvieran, como estaban, acostumbrados a castigar a los delincuentes, cualquiera que fuese su número, pues aunque no hubiera otras infinitas pruebas de la grandeza de aquella república y de la energía de sus determinaciones, bastaría la del modo como castigaba los delitos. Nunca dudó hacer matar por vía de justicia a una legión o a todos los habitantes de una ciudad o desterrar ocho o diez mil hombres, en condiciones tales, que para uno solo serían difíciles, y para tantos parecían imposibles. Así lo hizo, por ejemplo, cuando desterró a Sicilia a los soldados que tan infortunadamente combatieron en Cannas, imponiéndoles además las penas de no habitar en poblado y de comer de pie. Pero el más terrible de estos castigos consistía en diezmar los ejércitos, matando, por sorteo, un hombre de cada diez. No cabía pena más espantosa para castigar una multitud, porque cuando ésta delinque sin haber autor conocido, no es posible imponer pena a todos los que la forman, a causa de su gran número. Castigar a unos y dejar a otros impunes es ser sobradamente severos con aquéllos y alentar a éstos para que repitan las faltas; pero si matan la décima parte por sorteo, cuando todos merecen la misma pena, el castigado lamenta su mala suerte y el que queda libre teme que en otro sorteo le toque morir, y se guarda de ejecutar actos culpables.

Fueron, pues, castigadas las envenenadoras y las Bacanales cual merecían sus delitos. Aunque estas dolencias produzcan en una república malísimos efectos, no son mortales, porque siempre hay medios de curarlas. Pero no sucede lo mismo con las que atacan a los fundamentos de las instituciones, las cuales, si no las corrige a tiempo un hombre hábil, arruinan el Estado. Por la liberalidad con que los romanos concedían el derecho de ciudadanía a los extranjeros aumentaron considerablemente en Roma las familias nuevas y empezaron éstas a influir grandemente en las elecciones, con lo cual comenzaron los cambios en el gobierno, perdiendo la participación en él los hombres que antes lo desempeñaban y no realizándose los efectos a que estaban acostumbrados.

Advirtiolo Quinto Fabio, que era entonces censor, y formó con las nuevas familias que ocasionaban este daño cuatro tribus, para que, limitada así su influencia, no pudiera ser nociva a toda la ciudad. Fabio comprendió muy bien la índole del mal y le puso, sin ocasionar disturbios, el remedio oportuno.

Su conducta fue tan elogiada por los ciudadanos, que le pusieron el sobrenombre de Máximo.

VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI

Traducción de

LUIS NAVARRO

Notas de

MIGUEL SARALEGUI

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la edición *Opere*, Florencia, Tipografía Cenniniana, 1873, L. Passerini i Pietro Fanfani editores.

VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI[1] DE LUCCA DEDICADA POR EL AUTOR A SUS ÍNTIMOS AMIGOS ZANOBI BUONDELMONTI Y LUIS ALAMANNI

Parece, queridísimos Zanobi y Luis, a quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos o la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y oscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna; porque casi todos, o fueron expuestos a las fieras, o tuvieron padres tan humildes que, por avergonzarse de ellos, presumieron ser hijos de Júpiter o de cualquier otro dios. Todos conocen de esto numerosos ejemplos, y no cansaré al lector citándolos, por ser innecesario.[2] Presumo que la fortuna desea mostrar así al mundo ser ella y no la prudencia la que hace los grandes hombres, empezando a probar su poder cuando la prudencia nada influye, y es por tanto preciso reconocer que de aquélla depende todo.[3]

Fue Castruccio Castracani de Lucca[4] uno de los que, conforme al tiempo en que vivió y a la ciudad donde vio la luz, realizó más grandes cosas, sin ser de más notorio e ilustre nacimiento que los demás, como diremos al referir su vida, que juzgo debe quedar grabada en la memoria de los hombres, por encontrar en ella actos de valor y fortuna de grandísimo ejemplo; y la dedico a vosotros por ser, de cuantos conozco, los que mejor estimáis las grandes acciones.

La familia de Castracani, extinguida hoy por la inestabilidad de las cosas humanas, figuraba entre las nobles de la ciudad de Lucca. A ella perteneció un tal Antonio, de estado eclesiástico, que llegó a ser canónigo de San Miguel, en Lucca, y a quien, en prueba de consideración, llamaban maese Antonio. Tuvo éste una hermana que casó con Buonaccorso Cenami, y que, al morir su marido, fue a vivir con su hermano, decidida a no contraer nuevo matrimonio.

Tenía maese Antonio, a espaldas de la casa que habitaba, una viña, en la cual, por lindar con varios huertos, se podía entrar fácilmente por todos lados. Sucedió que una mañana, poco después de salir el sol, paseaba Dianora (así se llamaba la hermana de Antonio) por la viña recolectando, según costumbre de las mujeres, hierbas para sus condimentos, cuando notó moverse los pámpanos de una vid y, mirando al sitio, pareciole que oía llorar; acudió pronta y vio el rostro y las manos de un niño que, envuelto en las hojas, parecía pedirle que no le abandonara.

Entre maravillada y asustada, llena de compasión y de miedo, lo recogió, llevó a casa, lavó y envolvió en blancos paños, según es costumbre, presentándole a maese Antonio cuando volvió a la casa, quien al oír el caso y ver el niño, también se maravilló y apiadó de él como su hermana. Siendo él sacerdote, y no teniendo ella hijos, determinaron criar y educar a aquel niño. Pusiéronle nodriza y lo cuidaron tan cariñosamente como si fuera de su familia, bautizándole con el nombre de Castruccio, que fue el del padre de Antonio y de Dianora.

Con los años aumentó en Castruccio la gentileza, mostrando en todo grande ingenio y penetración, aprovechando en los estudios a que maese Antonio le dedicaba con

propósito de hacerlo sacerdote y renunciar con el tiempo en su favor la canonjía y sus demás beneficios.

Pero las inclinaciones de Castruccio en nada se acomodaban al sacerdocio. Así pues, al llegar a los catorce años y lograr algún ascendiente en el ánimo de Antonio y de Dianora, para no temer sus amonestaciones, empezó a dar de lado a los libros eclesiásticos y a manejar las armas, que era lo que más le deleitaba. Corría, saltaba y luchaba con sus camaradas, cuyos ejercicios y otros de igual índole eran su pasión favorita, siendo en ellos, por su valor y agilidad, muy superior a todos sus compañeros. Si por acaso leía alguna vez, era en libros que hablaran de guerras o de hazañas de grandes hombres, cosa que apesadumbraba mucho a maese Antonio.

Vivía en Lucca un noble de la familia Guinigi, llamado Francisco, que en riqueza, gallardía y valor sobrepujaba en mucho a todos los demás luqueses. Su profesión era la milicia, habiendo servido bastante tiempo a los Visconti de Milán. En el bando gibelino, que era el suyo, se le estimaba en Lucca el primero. Acostumbraba reunirse con otros luqueses por la mañana y la tarde, cuando residía en esta ciudad, en la galería del Podestá, que está enfrente de la plaza de San Miguel, la principal de Lucca, y vio muchas veces a Castruccio jugando con los demás muchachos a los ejercicios que acabo de referir, advirtiendo que, además de superarles en destreza, tenía sobre todos ellos una autoridad regia, sabiendo hacerse querer y respetar por ellos. Preguntó quién era aquel niño, dijéronselo los circunstantes, y tuvo mayor deseo de conocerlo. Llamole un día y le preguntó dónde viviría más a gusto, o en casa de un caballero que le enseñara a montar a caballo y a manejar las armas, o en la de un sacerdote donde no se oyeran más que rezos y misas.

Advirtió Francisco la alegría de Castruccio al hablarle de caballos y armas; pero la vergüenza le impedía responder. Animándole a hablar Francisco, dijo al fin que, si quería maese Antonio, para él no habría mayor placer que el de dejar los estudios eclesiásticos y emprender los de soldado. Agradó a Francisco la respuesta, y en pocos días procuró y consiguió que maese Antonio se lo entregara, influyendo para ello, más que ninguna otra causa, el carácter del muchacho y el convencimiento de que no podría tenerle mucho tiempo a su lado.[5]

Pasó, pues, Castruccio de casa de Antonio Castracani, canónigo, a la de Francisco Guinigi, *condottiero* o capitán de soldados, y fue cosa extraordinaria el poco tiempo que empleó en aprender todas las cualidades y costumbres que pueden exigirse a un caballero. Primero se hizo excelente jinete, manejando un fogoso caballo con suma destreza, y en justas y torneos, a pesar de su corta edad, era el más admirado, pues ni en fuerza ni en destreza le superaba ninguno. Añadíanse a esto sus buenas costumbres y su inestimable modestia, no haciendo ni diciendo nada que desagradase, siendo respetuoso con los mayores, modesto con los iguales y cariñoso con los inferiores, cualidades que le hacían ser amado, no sólo de toda la familia Guinigi, sino de todos los luqueses.

Diez y ocho años tenía Castruccio cuando ocurrió que los güelfos arrojaron de Pavía a los gibelinos, y los Visconti de Milán enviaron en favor de éstos a Francisco Guinigi, con quien fue Castruccio, encargado ya de todo lo relativo a la compañía que aquél

mandaba. En esta expedición dio Castruccio tales pruebas de valor y habilidad, que ninguno logró tanta fama como él, no sólo en Pavía, sino en toda la Lombardía.

De vuelta a Luca, con mayor estimación de la que tenía al salir, procuraba, en cuanto le era posible, ganarse amigos, apelando a los procedimientos más oportunos para conseguirlo. Acaeció entonces la muerte de Francisco Guinigi, quien dejó un hijo de trece años, llamado Pablo, y por tutor y administrador de sus bienes a Castruccio, a quien llamó antes de morir y le rogó que educara a su hijo con el mismo celo con que él había sido educado, y que los servicios que ya no podía prestar al padre, los prestara al hijo.

Muerto Francisco Guinigi, y convertido Castruccio en tutor y gobernador de Pablo, creció tanto su crédito y poder, que el general cariño de los luqueses se convirtió, en parte al menos, en envidia, tanto, que muchos lo calumniaban suponiéndole hombre sospechoso e inclinado a la tiranía. Entre éstos estaba Jorge de Opizi, jefe del bando güelfo. Esperaba éste llegar a ser, por la muerte de Francisco Guinigi, el principal en el gobierno de Lucca; pero la nueva posición de Castruccio, y la influencia que le daban sus cualidades personales, eran un obstáculo a sus miras, y por ello andaba sembrando calumnias que le privaran de simpatías. Al principio se indignó Castruccio, y después uniose a la indignación el temor de que Jorge trabajara para hacerle sospechoso al vicario del rey Roberto de Nápoles, y éste lo expulsara de Lucca.

Era entonces señor de Pisa Uguccione della Faggiuola, de Arezzo, a quien los pisanos nombraron capitán y de quienes se hizo señor. Con Uguccione estaban algunos desterrados luqueses del bando gibelino, y con ellos trató Castruccio para que, ayudados por Uguccione, pudieran volver a su ciudad. Dio cuenta de este proyecto a algunos de sus amigos de Lucca, que no podían sufrir el poder de los Opizi.

Convenido lo que cada cual debía hacer, fortificó Castruccio con cautela la torre de los Onesti, llenándola de víveres y municiones para, en caso de necesidad, mantenerse en ella algunos días y, al llegar la noche convenida con Uguccione, dio la señal a éste, que con muchas tropas había bajado al llano, entre los montes y Lucca. Vista la señal, se acercó a la puerta de San Pedro y prendió fuego a la anteporta.

Castruccio dio la alarma, dentro, llamando al pueblo a las armas, y forzó por el interior la puerta, entrando Uguccione con sus tropas, apoderándose de la ciudad, matando a maese Jorge, a todos los de su familia y a muchos de sus amigos y partidarios, y expulsando al gobernador. El gobierno de la ciudad se reorganizó a gusto de Uguccione, con grandísimo daño de ella, porque más de cien familias fueron expulsadas de Lucca. Parte de ellas se trasladaron a Florencia, y las demás a Pistoia, ciudades donde dominaba el bando güelfo, y que, por tanto, llegaron a ser enemigas de Uguccione y de los luqueses.

Creyeron los florentinos y otros güelfos que el bando gibelino había adquirido en Toscana sobrada autoridad, pusiéronse de acuerdo para restablecer en Lucca a los desterrados y, organizando numeroso ejército, vinieron a Val de Nievole y ocuparon Montecatini, desde donde fueron a acampar en Montecarlo, para tener libre el paso hasta Lucca.

Por su parte, Uguccione reunió bastantes tropas de Luca y Pisa, además de mucha

caballería tudesca que trajo de Lombardía, y fue en busca de los florentinos, que al saber la marcha del enemigo, partieron de Montecarlo y se situaron entre Montecatini y Pescia. Uguccione se estableció por bajo de Montecarlo, a dos millas del enemigo, y durante algunos días hubo escaramuzas entre la caballería de ambos ejércitos, porque, enfermo Uguccione, ni los pisanos ni los luqueses querían arriesgar la batalla. Agravada la dolencia, retirose Uguccione para curarse a Montecarlo, dejando el cuidado del ejército a Castruccio. Esto fue causa de la ruina de los güelfos, porque les animó la creencia de que el ejército enemigo estaba sin general.

Conociolo Castruccio y, durante algunos días, obró de modo que confirmaran esta opinión, aparentando temerles, y sin dejar salir a nadie de los atrincheramientos. Cuanto más miedo fingía Castruccio, más insolentes eran los güelfos, presentando todos los días la batalla. Pero cuando Castruccio juzgó haberles confiado bastante y conoció bien sus disposiciones, determinó dar la batalla arengando antes a sus soldados, a quienes prometió segura victoria si obedecían sus órdenes.

Había observado Castruccio que el enemigo ponía sus mejores tropas en el centro y las más débiles en las alas, y él hizo lo contrario, colocando en éstas sus más bravos soldados, y en el centro, los de menos confianza. Ordenado así, el ejército salió de las trincheras, llegando a la vista del enemigo, que insolentemente, y según costumbre, venía a buscarle. Determinó Castruccio que el centro fuera despacio y avanzaran las dos alas tanto que, al venir a las manos, sólo se combatía en ambas alas, quedando inactivo el centro, porque el del ejército de Castruccio había quedado tan atrás, que el del enemigo no lo alcanzaba.

De esta suerte, las mejores tropas de Castruccio combatían con las peores de los florentinos, y las más bravas de éstos estaban inactivas, sin poder ofender al enemigo que tenían enfrente, pero lejano, ni tampoco auxiliar a los suyos. Sin gran dificultad fueron rechazadas las dos alas del ejército florentino, y el centro, viéndose sin apoyo en los flancos y sin tener ocasión de mostrar su valor, huyó también.

La derrota y la matanza fueron grandes, pues perdieron los güelfos más de diez mil hombres, entre ellos muchos jefes y grandes caballeros de toda la Toscana, pertenecientes al bando güelfo, y además, varios príncipes que habían acudido en su favor, como Pedro, hermano del rey Roberto, y su sobrino Carlos, y Felipe, señor de Tarento.

Castruccio no perdió más que trescientos hombres, entre ellos Francisco, hijo de Uguccione, quien, jovenzuelo y ávido de gloria, murió en el primer asalto.

Esta victoria dio fama tan grande a Castruccio, que Uguccione, lleno de celos y envidia por su posición, no pensaba más que en el modo de acabar con él, pareciéndole que aquel triunfo, en vez de darle el poder, se lo quitaba. Preocupado con este proyecto, y esperando ocasión propicia de realizarlo, ocurrió el asesinato en Lucca de Pedro Ángel Micheli, persona muy distinguida y de gran consideración. El asesino se refugió en casa de Castruccio, quien rechazó a los arqueros del Capitán cuando fueron a prenderle, de suerte que por el auxilio de Castruccio se salvó el homicida.

Supo Uguccione, que estaba entonces en Pisa, el suceso y, juzgando el motivo

suficiente para castigar a Castruccio, llamó a su hijo Neri, a quien ya había dado la Señoría de Luca, y le encargó que, con pretexto de convidar a Castruccio, le prendiera y matara. Fue Castruccio al palacio del señor familiarmente y sin sospechar ofensa alguna; invitole Neri a cenar y después lo prendió.

Sospechando Neri que, si le mandaba matar sin motivo justificado, se sublevaría el pueblo, lo tuvo vivo en su poder, ya que Uguccione sabría cómo tratarlo. Censuró éste la tardanza y cobardía de su hijo para cumplir el encargo, y salió de Pisa con cuatrocientos jinetes en dirección a Lucca.

Aún no había llegado a Baqui, cuando los pisanos se sublevaron y dieron muerte a su vicario y a los demás de su familia que quedaron en Pisa, nombrando señor de la ciudad al conde Gaddo de la Gherardesca.

Supo Uguccione, antes de llegar a Lucca, lo ocurrido en Pisa, y no creyó conveniente volver atrás, para evitar que los luqueses, siguiendo el ejemplo de los pisanos, le cerraran también las puertas. Pero los luqueses, al saber lo de Pisa, y a pesar de la venida de Uguccione, aprovechando la ocasión de pedir la libertad de Castruccio, empezaron por hablar sin respeto de Uguccione en corros formados en la plaza, y después se sublevan, acudiendo a las armas y exigiendo la libertad de Castruccio, de tal manera que Uguccione, por temor a mayores males, le sacó de la prisión.

Inmediatamente, Castruccio, ayudado por sus amigos y contando con el favor del pueblo, acometió a Uguccione, quien no pudo resistir, y huyó con sus partidas a Lombardía, refugiándose en casa de los señores de la Scala, donde murió pobremente.

Convertido Castruccio de prisionero en casi príncipe de Lucca, trabajó con sus amigos y aprovechó el reciente favor del pueblo de tal modo, que fue nombrado general de las tropas de la república por un año. Para adquirir reputación en la guerra, determinó recuperar muchas plazas que se habían rebelado contra los luqueses después de la partida de Uguccione y, aliado a los pisanos, fue, con ayuda de éstos, a acampar junto a Serezana. Para expugnarla construyó un fuerte que dominaba la ciudad, y que, reconstruido después por los florentinos, llámase hoy Screzanello. A los dos meses de sitio tomó Serezana. Como consecuencia de esta victoria, se le entregaron Musa, Carrara y Lavenza, y en brevísimo tiempo ocupó toda la Lunigiana. Para cerrar el paso que desde la Lombardía conduce a la Lunigiana, se apoderó de Potriemoli, expulsando a Anastasio Palavicino, señor de esta ciudad.

A su vuelta a Lucca, después de estas victorias, todo el pueblo salió a recibirle, y juzgó Castruccio el momento oportuno para hacerse señor de la ciudad, contado para ello con Pazzino del Poggio, Puccinello del Portico, Francisco Boccansacchi y Ceceo Guinigi, los más ilustres de sus compatriotas, a quienes se había ganado. El pueblo, pues, le eligió solemnemente príncipe de Lucca.

Vino por entonces a Italia Federico de Baviera, rey de romanos, para coronarse emperador, y Castruccio contrajo amistad con el, yendo a buscarle con quinientos jinetes, dejando en Lucca por lugarteniente a Pablo Guinigi, al cual, por la memoria de los favores que debió a su padre, estimaba como hijo propio.

Federico recibió a Castruccio honrosamente, concediéndole muchos privilegios y

nombrándole su lugarteniente en la Toscana. Además, como los pisanos habían expulsado a Gaddo de la Gherardesca, y, por miedo a él, acudido a Federico en demanda de auxilio, éste nombró a Castruccio señor de Pisa, aceptándole los pisanos por temor al partido güelfo, y en particular, a los florentinos.

Volvió Federico a Alemania, dejando en Roma un gobernador encargado de sus asuntos en Italia, y todos los gibelinos toscanos y lombardos afiliados al partido del emperador acudieron a Castruccio, prometiéndole cada cual el dominio de su ciudad cuando, por medio de él, lograra volver a ella. Entre éstos estaban Mateo Guidi, Nardo Scolari, Lapo Uberti, Gerozzo Nardi y Pedro Buonaccorsi, todos ellos gibelinos y desterrados de Florencia.

Resolvió Castruccio, valiéndose de estos desterrados y de todas sus fuerzas, dominar la Toscana y, para aumentar su crédito, se alió con Mateo Visconti, duque de Milán, y organizó militarmente la ciudad y el territorio de Lucca.

Porque Lucca tenía cinco puertas, dividió en cinco partes el condado, armando y distribuyendo los habitantes con banderas y jefes. De esta manera podía reunir inmediatamente veinte mil hombres, sin contar los que vinieran en su ayuda de Pisa.

Provisto de esta fuerza y de estos amigos, ocurrió que Mateo Visconti fue atacado por los güelfos de Piacenza, que habían expulsado a los gibelinos, con ayuda de los florentinos y del rey Roberto de Nápoles. Pidió Visconti a Castruccio que atacara a los florentinos para que, obligados éstos a defender sus propias tierras, retirasen las tropas de Lombardía. Inmediatamente, Castruccio, con bastantes tropas, invadió el Valdarno inferior y ocupó Fucechio y San Miniato, causando grandes desórdenes en la comarca. Esto obligó a los florentinos a llamar a sus tropas, que apresuradamente llegaron a Toscana, cuando Castruccio, obligado por otra necesidad, volvió a Lucca.

La familia Poggio era poderosa en esta ciudad, no sólo por haber favorecido a Castruccio, sino también por ser la que más contribuyó a hacerle señor y, juzgando que sus servicios no habían sido bien remunerados, púsose de acuerdo con otras familias para sublevar la población y expulsar de ella a Castruccio. Una mañana empuñaron las armas, fueron al palacio donde residía el lugarteniente de Castruccio, encargado de administrar justicia, y lo mataron. Seguidamente, empezaron a sublevar al pueblo; pero Esteban Poggio, hombre anciano y pacífico, que no había tomado parte en la conspiración, acudió ante los conjurados y, con su autoridad, les hizo deponer las armas, prometiendo ser mediador entre ellos y Castruccio para que realizaran sus aspiraciones. Rindieron, pues, las armas con tan escasa prudencia como las habían tomado; porque sabedor Castruccio de lo ocurrido en Lucca, sin pérdida de tiempo, con parte de su ejército, y dejando al frente del resto a Pablo Guinigi, vino a la ciudad. Contra lo que esperaba, vio que había cesado el motín, y colocó a sus partidarios, armados, en todos los sitios oportunos.

Juzgaba Esteban Poggio que Castruccio debía estarle obligado, y fue a verle, no rogando por él, pues creía no necesitarlo, sino por sus parientes, suplicándole que tuviese en cuenta la juventud de los culpados y la antigua amistad y los servicios que le había prestado su casa. Respondiole Castruccio cariñosamente que se tranquilizara, porque le

producía mayor satisfacción encontrar apaciguado el tumulto que disgusto tuvo al saber este desgraciado suceso. Pidió además a Esteban que le trajera a todos los comprometidos, dando gracias a Dios por la ocasión que le deparaba de demostrar su clemencia y liberalidad. Pero cuando llegaron a su presencia, confiados en la palabra de Castruccio y en la de Esteban, fueron, con éste, presos y muertos.[6]

Mientras tanto, los florentinos habían recobrado San Miniato; pero a Castruccio pareció oportuno cesar en aquella guerra, porque hasta asegurarse en Lucca, no debía apartarse de esta ciudad. Hizo, pues, proponer una tregua a los florentinos, que éstos aceptaron inmediatamente, a causa de estar agotados sus recursos y necesitar suprimir los gastos. Pactose la tregua por dos años, quedando cada cual dueño del territorio que poseía.

Libre Castruccio de los cuidados de la guerra, para que no renaciera el peligro en que había estado su dominación en Lucca, con diferentes motivos y pretextos se deshizo de cuantos, por ambición, podían aspirar al dominio de la ciudad, no perdonando a ninguno, privándoles de la patria y de los bienes, y a los que pudo apresar, de la vida, y asegurando haber conocido por experiencia que ninguno de ellos podía serle fiel. Para mayor seguridad construyó una ciudadela en Lucca, empleando como materiales los de las torres pertenecientes a los que había desterrado o muerto.[7]

Mientras Castruccio, hecha la paz con los florentinos, se fortificaba en Lucca, seguía haciendo cuanto pudiera, sin manifiesta guerra, contribuir a su mayor grandeza; y muy deseoso de ocupar Pistoia, por creer que, dueño de esta ciudad, tenía puesto un pie en Florencia, procuró por varios procedimientos atraerse a los habitantes de la montaña. Al mismo tiempo se gobernaba de tal suerte con los bandos de Pistoia, que todos confiaban en el.

Encontrábase entonces dividida esta ciudad, como lo estuvo siempre, en blancos y negros. El jefe de los blancos era Sebastián de Possente,[8] y el de los negros, Jacobo de Abra. Ambos tenían con Castruccio secretísimas negociaciones, y cada uno de ellos deseaba expulsar al otro, hasta el punto de que, después de varias cuestiones, acudieron a las armas. Jacobo se hizo fuerte en la Puerta Florentina y Sebastián en la Luquesa y, confiando los dos más en Castruccio que en los florentinos, por creerle más expedito y dispuesto a la guerra, ambos le pidieron secretamente auxilio, y a ambos lo prometió Castruccio, diciendo a Sebastián que iría en persona, y a Jacobo que enviaría a su pupilo Pablo Guinigi. Fijado el momento oportuno, envió a Pablo por la vía de Pisa, y a medianoche fue él directamente a Pistoia, porque así lo habían convenido Castruccio y Pablo.

Llegaron ambos a Pistoia y fueron recibidos como amigos, dándoles entrada en la población. Cuando Castruccio juzgó el momento oportuno, hizo señal a Pablo, y entonces el uno mató a Jacobo de Abra y el otro, a Sebastián de Possente. Los partidarios de uno y otro fueron o muertos o presos, quedando Castruccio dueño de Pistoia, cuya Señoría expulsó del Palacio y obligó al pueblo a prestarle obediencia. Para atraerse su benevolencia, perdonó muchas de las deudas antiguas y le hizo muchísimas ofertas, como también a toda la comarca, de cuyos habitantes, la mayoría acudió a ver al

nuevo príncipe. Por las esperanzas que dio y por su conocido valor, consiguió que todos tranquilamente le obedecieran.

Por entonces, la carestía de víveres produjo algunos tumultos en Roma, porque el pueblo atribuía la causa de este mal a la ausencia del papa, residente en Aviñón, quejándose del gobierno de los tudescos y siendo frecuentes los homicidios y otros desórdenes, sin que Enrique, lugarteniente del emperador, pudiera remediarlo. Temió Enrique que los romanos le expulsaran de la ciudad y llamasen al rey Roberto de Nápoles, restituyendo Roma al papa. No tenía amigo más próximo a quien poder acudir que Castruccio, y le rogó, no sólo que le auxiliara, sino ir personalmente a Roma. Creyó Castruccio que debía hacerlo inmediatamente, para prestar un servicio meritorio al emperador, y porque la ausencia de éste era, a su juicio, muy perjudicial a su dominación en Roma.

Dejando en Lucca a Pablo Guinigi, fue con seiscientos jinetes a Roma, donde le recibió Enrique con grandes honras, y en breve tiempo su presencia aumentó tanto el prestigio del partido del emperador que, sin sangre ni violencias, quedó restablecida la tranquilidad, pues Castruccio hizo traer por mar, de la comarca de Pisa, bastante trigo, y con ello quitó motivo a los tumultos. Después, aconsejando unas veces y castigando otras a los principales de Roma, a todos los redujo a obedecer a Enrique. El pueblo nombró a Castruccio senador de Roma y le concedió otros muchos honores. Del cargo de senador tomó posesión Castruccio con grandísima pompa, poniéndose una toga de brocado con un letrero que decía por delante: *Es lo que Dios quiere*; y por detrás: *Será lo que Dios quiera*.

Mientras tanto, los florentinos, descontentos de que Castruccio se hubiera apoderado de Pistoia durante la tregua,[9] meditaban la manera de sublevarla, cosa que en su ausencia creían fácil. Entre los desterrados de Florencia que vivían en Pistoia, encontrábanse Babbo Ciechi y Jacobo Baldini, personas de autoridad y dispuestas a intervenir en todo trastorno. Estaban en inteligencia con sus amigos de dentro de Pistoia, y, ayudados por los florentinos, penetraron de noche en esta ciudad y expusaron de ella a los partidarios y a las autoridades puestas por Castruccio, matando a algunos y devolviendo la libertad a su patria.

La noticia de este suceso causó vivo enojo a Castruccio y, con licencia de Enrique, regresaron él y sus tropas apresuradamente a Lucca.

Al saber su vuelta, los florentinos, creyendo que no se detendría hasta llegar a Pistoia, determinaron anticipársele y ocupar con sus tropas Val de Nievole; ocupación que, a su juicio, cortaba el paso a Castruccio para recobrar Pistoia. Su ejército, engrosado con los partidarios del bando güelfo, acampó en el territorio de esta ciudad.

Castruccio, con el suyo, vino a Montecarlo y, al saber dónde estaba el de los florentinos, determinó, no ir a su encuentro a la llanura de Pistoia, ni esperarlo en la de Pescia, sino dar la batalla, si le era posible, en el desfiladero de Serravalle, en cuyo caso creía segura la victoria, aunque sabía que los florentinos tenían treinta mil hombres y él sólo había escogido de los suyos doce mil. Aunque confiaba en su genio y en el valor de sus soldados, temía que, en terreno llano, le envolviera la multitud de sus enemigos.

Serravalle es un castillo situado entre Pescia y Pistoia, sobre una colina que cierra el val de Nievole. No está junto al camino, sino a distancia de un tiro de arco y dominándolo. El sitio por donde se pasa es escarpado; la pendiente, suave por ambas laderas, pero tan estrecha, sobre todo en la altura donde se dividen las aguas, que veinte hombres de frente pueden ocuparla.

Éste fue el punto donde Castruccio determinó hacer frente al enemigo, o para que sus pocas tropas tuvieran ventaja, o para que no vieran a los enemigos antes de la batalla, a fin de que el gran número de éstos no les asustara.

El gobernador del castillo de Serravalle era Manfredi, alemán, quien, antes de que Castruccio fuera señor de Pistoia, conservó la fortaleza como sitio común a los de Lucca y a los de Pistoia, y después nadie quiso agredirle, ya que él prometía la neutralidad y no ponerse de parte de ningún bando. Por esto, o por ser muy fuerte el castillo, quedaron así las cosas; pero, en las circunstancias actuales, deseó Castruccio apoderarse de aquel punto y, teniendo estrecha amistad con uno de los del castillo, convino con él enviarle por la noche, víspera de la batalla, cuatrocientos soldados y que matara al gobernador.

Así dispuestas las cosas, no movió el ejército de Montecarlo, para que los florentinos se animaran a pasar. Éstos, que deseaban alejar la guerra de Pistoia y reducirla a Val de Nievole, acamparon bajo Serravalle con propósito de pasar al día siguiente el desfiladero; pero Castruccio que, sin ruido, se apoderó aquella noche del castillo, partió a medianoche de Montecarlo y silenciosamente llegó al amanecer con el ejército al pie de Serravalle, de suerte que los dos ejércitos empezaron a ascender, cada cual por su lado, la colina.

Dirigió Castruccio su infantería por el camino ordinario, y un cuerpo de cuatrocientos jinetes por la izquierda hacia el castillo.

Los florentinos, por su lado, enviaron delante cuatrocientos hombres a caballo, después la infantería y tras ella, los hombres de armas, no esperando encontrar a Castruccio sobre la colina, porque ignoraban que se había apoderado del castillo.

De pronto, la caballería florentina, al llegar a lo alto, descubrió la infantería de Castruccio tan cerca, que apenas tuvieron tiempo los florentinos para calar las celadas.

Los de Castruccio, dispuestos al ataque contra sus enemigos desprevenidos, les acometieron resueltamente, y éstos casi no pudieron resistir, siendo pocos los que hicieron frente. Al correr la noticia de este encuentro en el ejército florentino, todo fue confusión y desorden. La caballería no podía moverse entre la infantería, y ésta era atropellada por los caballos y los carruajes. A los jefes era imposible, por lo estrecho del sitio, ir adelante ni atrás, de manera que, en tan gran confusión, nadie supo lo que podía ni lo que debía hacer. Entre tanto, la caballería que había venido a las manos con la infantería enemiga, era destrozada sin poder defenderse, porque la estrechez del terreno no le permitía desplegarse, y tan sólo por voluntad resistía, pues teniendo a los dos flancos la montaña, detrás a los suyos y delante a los enemigos, no le quedaba sitio por donde huir.

Entre tanto, Castruccio, en vista de que los empeñados en el combate no eran bastantes para rechazar al enemigo, envió infantería por el camino del castillo, atacándole por el flanco con tanta furia, que los florentinos no pudieron resistir el ímpetu, y vencidos

más bien por las malas condiciones del terreno que por la fuerza del enemigo, empezaron a huir. Los que estaban detrás emprendieron la fuga hacia Pistoia y, extendiéndose por la llanura, cada cual procuraba salvarse como mejor podía.

La derrota fue grande y sangrienta. Cayeron prisioneros muchos capitanes, entre ellos, Bandino de Rossi, Francisco Brunelleschi, Juan de la Tossa, todos ellos nobles florentinos, y otros muchos toscanos y napolitanos que envió el rey Roberto en favor de los güelfos y militaban con los florentinos.

Los de Pistoia, al saber la derrota, inmediatamente expulsaron a los partidarios de los güelfos y se entregaron a Castruccio, quien, no contento con esto, ocupó Prato y todas las fortalezas del llano a ambos lados del Arno, acampando con su ejército en la llanura de Peretola, a dos millas de Florencia, donde estuvo muchos días repartiendo el botín y festejando la victoria con carreras de caballos y otros juegos, en que tomaban parte hombres y meretrices, y haciendo acuñar moneda, como en desprecio de los florentinos.

También intentó corromper a algunos nobles ciudadanos para que abriesen de noche las puertas de Florencia; pero, descubierto el complot, fueron presos y decapitados los jefes, entre ellos Tomás Lupaccio y Lambertuccio Frescobaldi.

Asustados los florentinos por aquella derrota, apenas veían medio de salvar su independencia y, para tener mayor certeza en el auxilio del rey Roberto de Nápoles, le enviaron embajadores, prometiéndole a cambio la soberanía de Florencia. El rey aceptó el ofrecimiento, no tanto por el honor que le dispensaban los florentinos, como por saber lo mucho que importaba a sus Estados que el partido güelfo continuara dominando en la Toscana. Convino con los florentinos que éstos le pagaran doscientos mil florines anuales, y envió a su hijo Carlos con cuatro mil hombres a caballo.

Mientras tanto se veían los florentinos libres de la vecindad de las tropas de Castruccio, porque éste tuvo necesidad de ir a Pisa para reprimir una conjuración contra él suscitada por Benedicto Lanfranchi, uno de los principales de aquella ciudad, quien, no pudiendo sufrir que su patria fuera súbdita de un luqués, se sublevó contra él con propósito de ocupar la ciudadela, expulsar la guarnición y matar a los partidarios de Castruccio. Pero como en tales negocios el secreto sólo puede mantenerse entre pocos comprometidos y éstos no bastan para la ejecución, cuando buscaba mayor número de afiliados, encontró quien descubriera la conspiración a Castruccio; se atribuyó esta infamia a Bonifacio Cerchi y a Juan Giudi, ambos florentinos, desterrados en Pisa.

Castruccio prendió y ejecutó a Lanfranchi, además de desterrar a todos sus parientes. También mandó decapitar a muchos otros nobles ciudadanos.

Conoció que no le era posible contar con la fidelidad de Pistoia y de Pisa y, por todos los medios de astucia y de fuerza, procuraba consolidar en ellas su poder, lo cual dio tiempo a los florentinos para reunir tropas y esperar la venida de Carlos. Cuando éste llegó, determinaron no perder tiempo, y juntaron un numeroso ejército, por haber llamado en su auxilio a casi todos los güelfos de Italia. Este ejercitó contaba con más de treinta mil soldados de infantería y diez mil de caballería.

Discutido si debían atacar primero Pistoia o Pisa, decidieron acometer a Pisa como empresa de más fácil éxito, por la reciente conjuración que en ella había ocurrido contra

Castruccio, y de mayor utilidad, pues creían que, tomada Pisa, se rendiría Pistoia.

A principios de mayo de 1328 salió a campaña este ejército florentino, y ocupó inmediatamente Lastra, Signa, Montelupo y Émpoli, llegando a San Miniato.

Por su parte, Castruccio, al saber el numeroso ejército que los florentinos habían organizado contra él, no se asustó en manera alguna, creyendo que había llegado el momento en que la fortuna pusiera en su mano la dominación en la Toscana, porque el enemigo no se mostraría más esforzado en Pisa que lo había estado en Serravalle y ahora no le quedaría ni la esperanza de rehacerse como entonces. Reunió, pues, veinte mil infantes y cuatro mil hombres a caballo, situándose en Fucecchio, y envió a Pisa a Pablo Guinigi con cinco mil infantes.

El castillo de Fucecchio es el más fuerte de la comarca de Pisa, por estar situado entre la Gusciana y el Arno, y en una elevación sobre la llanura. En aquel punto, el enemigo no podía impedirle, sino dividiendo sus fuerzas en dos partes, recibir provisiones que le llegaban de Pisa y de Lucca, ni sin gran desventaja atacarle o acometer a Pisa, porque, en el primer caso, quedaría entre el ejército de Castruccio y el que había en Pisa, y en el segundo, teniendo que pasar el Arno, no podría hacerlo con el enemigo a su espalda, sino con grandísimo peligro. Para animar a los florentinos a pasar el río, Castruccio había colocado su ejército, no en la orilla del Arno, sino junto a los muros de Fucecchio, dejando espacio entre el río y sus tropas.

Ocupado San Miniato, los florentinos celebraron consejo para decidir entre atacar Castruccio o dirigirse a Pisa y, calculadas las dificultades de cada una de estas empresas, decidieron dar la batalla. Las aguas del Arno iban entonces tan bajas, que se podía vadear el río, pero mojándose los soldados hasta los hombros y los caballos hasta la silla. Al amanecer el día 10 de junio, los florentinos, dispuestos a la batalla, hicieron pasar el río a parte de su caballería y un cuerpo de diez mil infantes. Castruccio, atento a lo que le convenía hacer, atacó con cinco mil infantes y tres mil jinetes a los que pasaban el río y, sin darles tiempo a que todos estuvieran fuera del agua, vino con ellos a las manos. Además, envió mil infantes ligeros por la orilla del Arno, aguas arriba, y otros mil aguas abajo. La infantería florentina, agobiada con el peso de las armas y del agua, aún no había salido toda del cauce del río. Al pasar los primeros caballos, que no fueron muchos, removieron el fondo del Arno, hasta el punto de hacer difícil el paso a los que venían tras ellos; porque muchos, al no pisar tierra firme, se encabritaban contra los jinetes, y muchos más se hundían en el fango, quedando sin poder moverse.

Viendo los generales florentinos la dificultad de pasar el río por aquel punto, llevaron las tropas río arriba para encontrar fondo más firme y cauce más fácil de cruzar.

A este paso se oponían los infantes enviados por Castruccio hacia aquella parte. Armados a la ligera con rodelas y lanzas cortas, les herían en la cara y en el pecho, dando al mismo tiempo grandes gritos, con los cuales y las heridas espantaban a los caballos, que, revueltos unos con otros, rehusaban avanzar.

La pelea entre la gente de Castruccio y los que habían pasado el río, fue ruda y terrible. Por ambas partes las bajas eran numerosas, y cada una hacía los mayores esfuerzos para vencer a la otra. Los de Castruccio querían echar al río a los florentinos, y

éstos ganar terreno para que, saliendo del agua los que estaban pasando el Arno, pudieran entrar en combate. A la obstinación de los soldados se unían las excitaciones de los jefes. Castruccio recordaba a los suyos que tenían delante a los mismos que poco antes habían vencido en Serravalle, y los generales florentinos censuraban a sus tropas que se dejasen vencer por tan pocos.

Viendo Castruccio que la batalla duraba y que todos los combatientes estaban cansados, siendo muchos de ambas partes los heridos y los muertos, mandó avanzar un nuevo cuerpo de cinco mil infantes y, cuando estuvo detrás de los que combatían, ordenó a estos que, como si huyeran, se retirasen a derecha y a izquierda de este nuevo cuerpo. Al hacer dicha retirada, los florentinos avanzaron y ganaron algún terreno; pero al llegar a las manos los fatigados por la lucha con los que venían de refresco, al poco tiempo les rechazaron éstos hasta el río.

La lucha entre la caballería de ambos ejércitos era aún incierta. Conocedor Castruccio de la inferioridad de la suya, había ordenado a los capitanes que se limitaran a resistir el choque del enemigo, porque esperaba vencer la infantería y, vencida ésta, rechazar con más facilidad la caballería, como así sucedió, porque, cuando los infantes enemigos se retiraron hasta el río, envió el resto de su infantería contra los caballos, hiriéndoles con lanzas y dardos. Entonces atacó la caballería de Castruccio con mayor ímpetu, y obligó a huir a los enemigos.

Observando los generales florentinos las dificultades de su caballería para atravesar el río, intentaron que pasara infantería por más abajo para atacar por el flanco a las tropas de Castruccio; pero la altura de las márgenes y el estar ocupada la opuesta por los soldados de éste, hicieron fracasar dicha tentativa. Fue, pues, el ejército florentino derrotado, con gran gloria de Castruccio, y de tan gran número de tropas, sólo se salvó una tercera parte. Quedaron prisioneros muchos jefes, y Carlos, hijo del rey Roberto, con Miguel Agnolo, Falconi y Tadeo de Albizzi, comisarios florentinos, se refugiaron en Émpoli. Fue el botín grande y la mortandad, grandísima, como puede imaginarse por la importancia y tenacidad de la lucha. De los florentinos murieron veinte mil doscientos treinta y un hombres, y de Castruccio, mil quinientos setenta.

Pero la fortuna, enemiga de su gloria, cuando más debía prolongarle la vida, se la quitó, interrumpiendo los grandes designios que de mucho tiempo antes meditaba realizar, y que sólo la muerte podía impedir.[10]

Durante el día de la batalla se había fatigado mucho Castruccio y, al terminar ésta, lleno de cansancio y sudor, se retiró a la puerta de Fucecchio, esperando allí la vuelta de sus soldados victoriosos, para recibirlos personalmente y darles las gracias, y también para acudir, si el enemigo continuaba haciendo frente en alguna parte, al punto que fuera necesario; porque juzgaba que el oficio de un buen general obligaba a ser el primero en montar a caballo y el último en apearse. Así estuvo expuesto a una brisa que hacia el mediodía se eleva del Arno, brisa, casi siempre pestilente, que le enfrió todo el cuerpo.[11]

No hizo caso Castruccio de esta molestia, como hombre habituado a tales indisposiciones, y su negligencia le costó la vida; porque, a la noche siguiente, fue atacado de una fiebre violentísima y, yendo en aumento, todos los médicos juzgaron

mortal la dolencia. Comprendiendo Castruccio la gravedad de su estado, llamó a Pablo Guinigi y le dijo:[12]

«Si hubiera creído, hijo mío, que la fortuna me detuviese en mitad del camino de la gloria que ambicionaba, después de tan grandes éxitos, mis esfuerzos no fueran tantos, y te dejara, con Estado más pequeño, menos enemigos y menos envidias; porque, satisfecho con la dominación de Pisa y de Lucca, no hubiera sojuzgado a los de Pistoia y, con tantas ofensas, irritado a los florentinos. Haciéndome amigo de Florencia y Pistoia, mi vida, si no más larga, hubiese sido más tranquila, dejándote Estado menos grande, pero sin duda más sólido y seguro. Pero la fortuna, que quiere ser árbitro de todas las cosas humanas, ni me dio juicio bastante para conocerla, ni tiempo suficiente para dominarla.

»Tú sabes, porque muchos te lo han dicho y yo no lo he negado, cómo, siendo muchacho, entré en casa de tu padre, privado de cuantas esperanzas caben en un ánimo generoso; cómo tu padre me crió y educó con afecto puramente paternal, y cómo, bajo su dirección, llegue a ser valeroso y digno de la fortuna que has visto y ves. Al morir tu padre encomendó a mi lealtad tu persona y toda su fortuna. Te he educado y he acrecido tu herencia con el cariño y la fidelidad a que estaba obligado por los beneficios de tu padre.

»Para que fuese tuyo, no sólo todo lo que tu padre te dejó, sino también lo que con mi valor y fortuna ganase, jamás quise tomar esposa, a fin de que el amor de los hijos no me impidiera en algún modo mostrar a tu padre y a ti la gratitud a que me juzgo obligado.[13] Te dejo un gran Estado, con gran satisfacción mía; pero me contrista dejártelo débil y poco seguro. Te queda la ciudad de Lucca, que nunca estará satisfecha de vivir bajo tu dominación. Te queda Pisa, donde viven hombres de condición inconstante y de mala fe; ciudad que, aunque acostumbrada a estar en dominio ajeno en varias épocas, se desdeñará de servir a un señor luqués. Pistoia también te será poco fiel, por estar dividida en bandos e irritada contra nosotros a causa de recientes injurias. Tienes por vecinos a los florentinos ofendidos, a quienes de mil modos hemos injuriado, sin acabar con su poder, y recibirán la noticia de mi muerte con más alegría que la de la conquista de toda la Toscana. No puedes confiar en los duques de Milán ni en el emperador, por vivir lejos, ser perezosos y tardíos en enviar socorro. No cuentes pues, sino con tu propia habilidad y el recuerdo de mi valor, y con la reputación que te dará la presente victoria que, si la aprovechas con prudencia, servirá para que hagas la paz con los florentinos, quienes, asustados por la derrota, accederán a ella de buen grado. Yo procuraba tenerlos por enemigos, por creer que su enemistad me proporcionaría poder y gloria; pero tú debes buscar por todos los medios su amistad, porque, con ella, vivirás tranquilo y seguro.

»En este mundo es muy importante conocerse a sí mismo y saber calcular la posición y los recursos. Quien se reconoce incapaz para la guerra, debe ingeniarse para reinar por medio de las artes de la paz. Te aconsejo que, por este camino, procures gozar el fruto de mis esfuerzos y peligros, lo cual lograrás fácilmente, si estimas acertados mis consejos.[14] Así tendrás conmigo doble obligación, la de haberte dejado tantos dominios y

la de enseñarte a conservarlos.»

Después mandó venir a los ciudadanos que de Lucca, Pisa y Pistoia militaban a sus órdenes, y recomendándoles a Pablo Guinigi, hizo que le juraran obediencia. Hecho esto, murió, dejando a la posteridad gloriosa memoria, y causando a sus amigos mayor pesar del producido en todo tiempo por la muerte de un príncipe.

Sus honras fúnebres fueron celebradas con gran pompa, sepultándole en la iglesia de San Francisco en Lucca.

Ni el mérito ni la fortuna fueron tan amigos de Pablo Guinigi como de Castruccio, pues poco después perdió a Pistoia y en seguida a Pisa, manteniendo, no sin trabajo, la dominación en Lucca, que continuó en su familia hasta su biznieto.

Fue, pues, Construccio, como lo demuestra cuanto hemos dicho, hombre de raro mérito, no sólo entre sus contemporáneos, sino comparado con los de pasadas épocas. De elevada estatura, bien proporcionado y tan amable y cariñoso con cuantos se le acercaban, que ninguno de los que le hablaron se separó de él descontento. Sus cabellos eran casi rojos y los llevaba cortados por encima de las orejas. En todo tiempo, aunque lloviera o nevara, iba con la cabeza descubierta.

Fue cariñoso con sus amigos, terrible con sus enemigos, justo con sus súbditos, infiel con los extranjeros.

Si podía vencer por astucia, no empleaba la fuerza, porque decía que lo que da fama es la victoria, no los medios de alcanzarla. Ninguno fue tan audaz para afrontar los peligros, ni tan cauto al salir de ellos. Acostumbraba decir que los hombres deben intentarlo todo sin asustarse de nada, y que Dios ama a los hombres animosos, porque siempre se vale de ellos para castigar a los pusilánimes.

Era, además, admirable por la oportunidad de sus respuestas y por la agudeza o urbanidad de sus sátiras. En éstas no perdonaba a nadie, pero tampoco se ofendía porque no le perdonasen. De aquí que se citen muchas frases mordaces dichas por el y muchas que oyó con paciencia, como las siguientes:[15]

Compró una perdiz en un ducado y, censurándole un amigo su prodigalidad, le dijo: «¿Tú no darías por ella más que un sueldo?» «Así es en verdad», respondió el amigo. A lo que replicó Castruccio: «Pues un ducado para mí vale mucho menos».

En cierta ocasión tenía ante sí un adulador y, por desprecio, le escupió al rostro. El adulador dijo entonces: «Los pescadores mojan todo su cuerpo en las aguas del mar por capturar un pequeño pez; bien puedo yo dejarme mojar con tu saliva, para capturar una ballena». Castruccio, no sólo le oyó pacientemente, sino que le premió.

Diciéndole un religioso que no era bueno viviese con tanto lujo, respondió «Si esto fuera vicio, no haríais tan brillantes fiestas a vuestros santos».

Al pasar por una calle vio a un jovenzuelo que salía de casa de una meretriz y que se ruborizó porque le viera. Castruccio le dijo: «No te avergüences cuando sales, sino cuando entras».

Diole un amigo a desatar un nudo muy bien hecho, y le dijo: «¿Crees, necio, que quiera yo desatar lo que atado me da tanto que hacer?»

Diciendo a uno que presumía de filósofo: «Sois como los perros, que andan siempre

alrededor de quienes pueden darles mejor de comer», le respondió aquél: «Y también somos como los médicos, que vamos a casa de quienes más nos necesitan».

Iba por mar de Pisa a Liorna y lo sorprendió furiosa tempestad, asustándole mucho. Uno de sus compañeros le motejó su pusilanimidad, diciendo que él no tenía miedo, a lo cual contestó Castruccio: «No me maravilla, porque cada cual estima su alma en lo que vale».

Preguntándole uno cómo lograba hacerse querer, le respondió: «Procura, cuando vayas a un convite, que sobre la silla de madera no se siente un madero».

Vanagloriándose uno de haber leído mucho, le dijo Castruccio: «Mejor es vanagloriarse de haber retenido algo en la mente».

A otro que se envanecía de beber mucho y no embriagarse, le replicó: «Lo mismo hace un buey».

Vivía Castruccio en grande intimidad con una joven. Un amigo se lo censuró, diciéndole que hacía mal en permitir que le dominara una mujer. «Te equivocas —le respondió—; no me posee, yo la poseo».

Censurándole otro su afición a manjares muy delicados, replicó: «Tú no gastarías en ellos lo que yo gasto». Y diciendo aquel que era cierto, añadió: «Entonces tú eres más avaro que yo glotón».

El luqués Tadeo Bernardi, hombre riquísimo y espléndido, le convidó a cenar. Al llegar a su casa, le llevó Tadeo a una habitación cubierta toda de tapices, y cuyo pavimento era un mosaico de piedras finas entrelazadas de modo que formaban flores, ramas y follaje. Entonces Castruccio escupió a Tadeo en la cara. Enojado éste, díjole aquél: «No sabía dónde escupir que te ofendiera menos».

Preguntáronle cómo murió Cesar, y contestó: «¡Quiera Dios que yo muera como él!»

Estando una noche en casa de uno de sus capitanes, donde habían sido convidadas bastantes señoras para una fiesta, y bailando y bromeando más de lo que a su posición convenía, un amigo se lo censuró, y él le dijo: «Quien es juicioso de día, no será loco de noche».

Fue uno a pedirle un favor, y Castruccio hizo como que no le oía; el solicitante se arrodilló, y Castruccio le censuró esta humillación. «La culpa es tuya —dijo aquél—, por tener los oídos en los pies.» Por esta respuesta consiguió doble de lo que pretendía.

Acostumbraba decir que el camino para ir al infierno era fácil, porque se iba hacia abajo y con los ojos cerrados.

Pedíale uno cierto favor con muchas e inútiles frases, y le dijo: «Cuando quieras algo de mí, envía a otro que lo pida».

A otro charlatán que le pronunció largo y fastidioso discurso, diciéndole al final: «Temo haber cansado vuestra atención con mis palabras», le respondió: «De ningún modo, porque no he oído nada de lo que has dicho».

De uno que fue hermoso niño y había llegado a ser hombre gallardo, decía que era demasiado ofensivo, pues primero quitó los maridos a las mujeres y ahora quitaba las mujeres a los maridos.

A un envidioso que reía, le dijo: «¿Ríes porque te sucede algo bueno, o porque a otro le ocurre algo malo?».

Cuando estaba aún a las órdenes de Francisco Guinigi, le dijo uno de sus camaradas: «¿Qué quieres, si me dejas darte un bofetón?». Respondió Castruccio: «Un yelmo».

Mandó matar a un ciudadano de Lucca que le ayudó a engrandecerse, y le dijeron que hacía mal en matar a un antiguo amigo; a lo cual respondió: «No me engaño, porque mato a un enemigo nuevo».

Alababa Castruccio a los hombres que vivían con mujer sin casarse, como a los que proyectaban navegar y no se embarcaban. «Me maravillan —decía— los hombres que, cuando compran un objeto de barro o de cristal, lo hacen sonar antes para ver si es bueno, y para tomar mujer, se contentan con verla».

Preguntole uno, cuando estaba expirando, cómo quería ser enterrado: «Con la cara contra la tierra —respondió—; porque sé que, muerto yo, todo este país se volverá de arriba abajo».

Preguntáronle también si, para salvar su alma, había pensado alguna vez en hacerse fraile, y respondió que no, porque le parecía extraño que fray Lazarcone fuera al paraíso y Uguccione della Faggiuola al infierno.

Otra pregunta hecha a Castruccio fue la de cuándo convenía comer para estar sano, y contestó: «El rico, cuando tiene apetito, y el pobre, cuando puede».

A uno de sus oficiales que se hacía ayudar por su criado para vestirse le dijo: «Dios quiera que también tengan que llevarte la comida a la boca».

Había puesto uno en la fachada de su casa un letrero en latín pidiendo que Dios le preservara de malvados. Castruccio lo vio, y dijo: «Preciso es, para conseguirlo, que él no ponga los pies en su casa».

Pasando un día por una calle donde había una casa muy pequeña con una puerta muy grande, exclamó «Esa casa se escapará por la puerta».

Discutiendo con un embajador del rey de Nápoles sobre los bienes de los desterrados, llegó a acalorarse, y el embajador le dijo: «¿No temes al rey de Nápoles?». Castruccio le respondió: «Vuestro rey, ¿es bueno o malo?». «Bueno», contestó el embajador». «Entonces —replicó Castruccio—, ¿cómo quieres que tema a los hombres buenos?»

Podría referir otros dichos suyos llenos de ingenio y seriedad; pero creo que los expresados bastan para testimonio de sus grandes cualidades.

Vivió cuarenta y cuatro años, y en la buena y mala fortuna fue excelente: de la buena hay suficiente memoria; sus desgracias las atestiguan las esposas con que estuvo encadenado en la prisión y que aún se ven hoy en la torre de su casa, donde mandó fijarlas para perpetuo testimonio de sus adversidades.

Y como en vida no fue inferior a Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, ni a Escipión el Africano, murió a la misma edad de ambos. A los dos hubiera superado, de no nacer en Lucca, sino en Macedonia o Roma.[16]

[1] Existe una edición crítica del texto, N. Machiavelli, *La vita di Castruccio Castracani* [ed. de Riekie Brakkee], Nápoles, Liguori Editore, 1986. Resulta sorprendente, y es un hecho en el que en este lugar se insiste por primera vez, la increíblemente alta recepción de la *Vida de Castruccio Castracani* en lengua española. Esta recepción resulta especialmente cuantiosa, sobre todo si se tiene en cuenta la escasez, diversamente justificada, tanto de traducciones manuscritas como de ediciones de las obras de Maquiavelo en lengua española entre los siglos XVI y XIX. La recepción de este escrito es muy importante tanto desde un punto de vista manuscrito como editorial. Esta presencia manuscrita, que es casi idéntica a la de *El príncipe*, puede encontrar una explicación en que la biografía del condotiero luqués se editó junto con *El príncipe* desde las primeras ediciones, romana y florentina, de 1532 (esta primera edición también incluía los *Retratos de las cosas de Alemania y de Francia*). Mucho más excepcional resulta, no obstante, la recepción editorial de este escrito en el siglo XVI, ya que Maquiavelo estaba totalmente prohibido. La obra *Vida de Castruccio Castracani (De quan excelente capitán fue Castrucho Astracano)* se editó en las páginas finales que de una traducción-plagio de obras poéticas de Maquiavelo hizo Pero Mexía con el título *Silua de varia lecion*.

[2] Esta frase muestra una manera típica de argumentar de Maquiavelo. El gusto por enunciar un principio general del que luego no expone una lista de casos representativos que sirvan para justificar ese principio (en este caso, no se da ni un solo ejemplo, aparte del de Castruccio, que es históricamente falso, pues pertenecía a una importante familia luquesa). Cabe decir que en este pasaje Maquiavelo lleva esta forma de presentar su argumento al límite, pues resulta un principio (todos los hombres que han hecho cosas grandes tienen un nacimiento humilde) no sólo imposible de demostrar lógicamente, sino que ni siquiera puede persuadir retóricamente al lector.

[3] En este primer párrafo, se encuentran dos ideas fundamentales. Una de ellas, muy presente en la obra de Maquiavelo, aunque con graves problemas de coherencia, la de la omnipotencia de la fortuna. Aunque se ha defendido que Maquiavelo se acerca a esta idea por pesimismo, se puede comprobar su presencia desde escritos tempranos como el *Capítulo de Fortuna* o los *Ghiribizzi*. La segunda de ellas explica una característica más particular de la acción de la fortuna. Con espíritu burlón, la fortuna otorgaría sus favores sólo a los que nacen en condiciones bajísimas para así mostrar que ella, y no la prudencia, reina sobre el mundo. Hay que decir que aunque esta presentación de la fortuna es coherente, resulta exactamente contradictoria con lo expuesto en *Discursos*, II, XIII. En ese capítulo, se defiende exactamente lo contrario, pues si «rara vez ocurre que los hombres de pequeña fortuna obtengan altos honores sin la fuerza y el fraude» se debe a que los hombres que nacen con honores pueden alcanzarlos de manera más natural y fácil, esto es, sin recurrir a la fuerza y al fraude. C. Vivanti en N. Machiavelli, *Opere III*, Turín, Einaudi, pág. 856, señala la relación de esta idea con el *Capítulo de Fortuna*, aunque establece una diferencia. Mientras aquí resulta obligatoria la presencia de la fortuna en los primeros tiempos, en el *Capítulo* se dice que sólo «tarde o temprano» se manifestará. P. Giovio, *Elogi degli uomini ilustri (Elogio de los hombres ilustres)*, Turín, Einaudi, 2006 [1546], págs. 511-518, en la biografía que escribe de Castruccio, también insistirá en la importancia de la fortuna en su vida (en adelante, P. Giovio).

[4] Castruccio Castracani (1281-1328) fue un condotiero luqués que logró grandes éxitos militares, como la reconquista de Pistoia, tras la que murió a causa de unas fiebres contraídas en la batalla. La biografía que aquí se nos presenta resulta, en cualquier caso, increíble y, a veces, divertidamente poco respetuosa con los hechos históricos y con las fuentes (que para la vida de Castruccio son fundamentalmente la *Crónica* de G. Villani y la biografía de N. Tegrimi). La crítica ha aportado dos explicaciones fundamentales para la falta de respeto por la realidad histórica ofrecida por Maquiavelo. Estudiosos como Whitfield han juzgado que Maquiavelo no falseó la historia, sino que sus imprecisiones provienen de una apresurada y escasa documentación. Otros autores, que se pueden considerar representantes de la interpretación académicamente mayoritaria, han justificado estas imprecisiones en el deseo de componer una biografía de estilo plutarquiano. En cualquier caso, algunos errores pueden deberse al primer motivo; otros, al segundo. Otros errores se justificarían simplemente por un espíritu burlón, como por ejemplo, cuando juega con los nombres de los jefes de los bandos pistoienses. Existe una cuarta explicación, cronológicamente previa a las otras tres, para estas imprecisiones.
La ofrece P. Giovio, pág. 369, quien considera que los errores se deberían a la vieja enemistad entre florentinos y luqueses. Maquiavelo llenaría de errores la biografía por una inveterada pasión antiluquesa: «Maquiavelo, el historiador florentino, no olvidó el antiguo odio de su patria y, con una mala fe desvergonzada, llenó de mentiras la gloria inmortal de este célebre comandante. Al escribir en toscano la vida de este acérrimo enemigo, alteró la verdad inviolable de las acciones de Castruccio, de quien se reiría de un modo tan insolente como astuto».

También P. Giovio, pág. 518: «Por esto detesto profundamente el odio y la hostilidad de Nicolás Maquiavelo, quien, por escribir una biografía inventada de Castruccio, retratándolo como enemigo de su patria, complaciéndose vergonzosamente de no respetar la realidad de los hechos, produce la pérdida de dignidad de otros trabajos suyos de historiografía». Sea cual sea el motivo, estas imprecisiones resultan difícilmente entendibles, al menos para el lector moderno, pues con este escrito comenzaba una carrera como historiador oficial de Florencia. Ni las bromas, ni el clasicismo ni, todavía menos, la preparación apresurada sirven para explicar completamente el misterio de este escrito.

5 Se puede decir que casi nada de lo afirmado por Maquiavelo resulta cierto. Castruccio era hijo de Gerio Castracani y de Puccia degli Streghi, sin que nada se sepa, obviamente, de una adopción por parte de un canónigo Antonio y su hermana Dianora. Tampoco se tienen datos de un F. Guinigi, que se encargaría de educar militarmente al niño. Las biografías desconocen una temprana educación militar de Castruccio, quien era de familia comerciante y como tal ejerció durante su juventud. Los actuales biógrafos de Castruccio siguen sin poder determinar por qué Castruccio dejó los negocios y optó por la vida militar. Parece razonable suponer que en este inicio de la biografía hay un deseo manifiesto de otorgar a la vida de Castruccio un aspecto clásico, que recuerda a tantas historias de niños expósitos. Aunque saca conclusiones que van mucho más lejos, P. Trovato en N. Machiavelli, *La vita di Castruccio Castracani* [ed. de Riekie Brakkee], pág. 27, defiende el mismo juicio sobre este primer episodio de la biografía. En adelante, no se señalarán todas las inexactitudes de la biografía sino tan sólo las que tengan alguna relación directa con su teoría política. Queda claro, en cualquier caso, el tipo de discurso histórico que Maquiavelo elaboró en esta biografía.

6 Las acciones de Castruccio hasta la eliminación de los Poggio describían tan sólo a un líder con una enorme capacidad militar. Sus dotes bélicas se demuestran en la estrategia decidida en la batalla contra los florentinos. Al engañar y eliminar a Esteban Poggio, Castruccio adquiere, en tanto que simulador, un tono más cercano al propio César Borgia y a las astucias de éste para eliminar en Senigaglia a sus concurrentes para la dominación de los Estados Pontificios. Por este motivo, parece exagerada el juicio de G. Sasso, *Niccolo Machiavelli I. Il pensiero politico*, Bolonia, Il Mulino, 1993, págs. 703-704, que, apoyándose principalmente en el carácter determinista del texto, afirma que Castruccio no tiene nada que ver con César Borgia ni con el Maquiavelo más optimista de *El príncipe* y de algunos capítulos de los *Discursos*.

7 Nueva acción de Castruccio que lo caracteriza no sólo como inteligente y valeroso militar, sino como eficaz príncipe nuevo deseoso de afirmar su poder.

8 El toque humorístico de esta falsificación no pudo pasar por alto a los amigos de Maquiavelo. Sebastián de Possente, o Bastiano di Possente, con mote Zinzi, era un hospedero famoso de Pistoia que había alojado a Maquiavelo a su paso por la ciudad.

9 Nueva acción «fraudulenta» de Castruccio.

10 Maquiavelo vuelve a retratar a la fortuna como una completa dominadora. Si se tienen en cuenta las acciones descritas hasta ahora, Castruccio no ha sido descrito como un hijo de la fortuna (¿cuál sería el beneficio que ella le habría entregado salvo el haber «nacido» de baja condición?). Al contrario, sus acciones lo representaban como un militar virtuoso y un político astuto, características que lo acercan mucho al político modélico esbozado en el *El príncipe*. La fortuna en este texto, más que una realidad omnipresente, puede juzgarse como una realidad omnipotente que sólo actúa en los momentos más relevantes de la vida. Ciertamente, por la omnipotencia indudablemente adscrita a la fortuna en este texto, sería posible la interpretación de que todas las acciones de Castruccio se deben a la fortuna. Sin embargo, parece más acorde con la presentación intermitente considerar que la fortuna sólo actúa y muestra su omnipotencia sobre los límites de la vida: en este caso, la muerte y la posibilidad de Castruccio de alcanzar el éxito político del dominio de la Toscana. En el resto de las acciones, Castruccio habría mostrado verdadera virtud en el sentido de actos responsables no sometidos a la fortuna.

11 La fortuna actúa no sólo de manera omnipotente, sino irrespetuosa y burlona, pues enferma mortalmente a Castruccio por haberse comportado como un valeroso general.

12 Comienza aquí la oración fúnebre de Castruccio, considerada desde el primer momento la parte más elevada de la obra. Así decía Z. Buondelmonti en N. Machiavelli, *La vita di Castruccio Castracani* [ed. de Riekie Brakkee], pág. 17 en una carta del 6 de septiembre de 1520 (hay que tener en cuenta la inmediatez de este juicio

pues la *Vita* se había escrito poco antes del 29 de agosto de 1520): «Y sobre todas las cosas me parece que os expresáis correctamente en la oración. Creo que porque os eleváis con el estilo más que en cualquier otro lugar, como el tema exige».

13 Nueva falsificación: Castruccio tuvo descendencia.

14 Pero si es cierto lo que Castruccio decía al comienzo de la oración: «Si hubiera creído, hijo mío, que la fortuna me detuviese en mitad del camino de la gloria que ambicionaba, después de tan grandes éxitos, mis esfuerzos no fueran tantos, y te dejara, con Estado más pequeño, menos enemigos y menos envidias», este consejo resultará imposible de seguir. La fortuna es precisamente la que impide un verdadero autoconocimiento y la que, por tanto, hará que P. Guinigi se equivoque y tome una decisión errada. La recomendación a P. Guinigi de autoconocerse supone una contradicción, posiblemente inconsciente, en el discurso sobre la omnipotencia de la fortuna en el que se insiste desde las primeras líneas.

15 Así como la oración ha sido desde siempre la parte más ensalzada de la obra, esta sucesión de dichos «filosóficos» extraídos, entre otros, de Diógenes Laercio fue la más vituperada. En la ya mencionada carta, Z. Buondelmonti, juzga: «Hay que prestar atención a ciertos pasajes, los cuales, si están bien, se podrían mejorar; como la parte última de dichos y pareceres ingeniosos y agudos dichos por Castruccio, la cual sería mejor si fuese más breve, porque, además de ser muchos, hay algunos cuya autoría corresponde a sabios antiguos y modernos».

16 El tema de cómo los historiadores se equivocan al formar sus juicios y crean una falsa historia que los demás aceptan es un tema muy querido a Maquiavelo. Especialmente frecuente está presente este *topos* en el epistolario con Vettori. Muy similar a este pasaje, *Discursos*, I, 1, cuando se refiere a que los egipcios no son considerados modélicos sólo por falta de memoria: «Y si sus nombres [los de los egipcios] la Antigüedad no los hubiese borrado, se vería cómo merecían más fama que Alejandro Magno y otros que todavía conservan fresca la memoria». También en *Discursos*, I, X, donde explica por qué los historiadores han llenado a Julio César de una fama que no merecía: «A ninguno debe engañar la gloria de César, tan celebrada por los escritores, porque quienes le elogiaron estaban ligados a su fortuna, y además, temerosos ante la duración del Imperio, regido por los que habían adoptado aquel nombre, los cuales no dejaban escribir libremente del fundador de su poder personal». Una preocupación similar por la manera de hacer la historia se encuentra en *Discursos*, II, V: «Debe creerse que lo hecho por la religión cristiana contra el paganismo lo hicieron también los paganos contra las religiones anteriores a la suya, y como en cinco o seis mil años han ocurrido dos o tres veces estos cambios de religión, no hay memoria de sucesos anteriores a dicho tiempo; los pocos indicios que quedan se tienen por fabulosos, y no se les presta fe».

DISCURSOS SOBRE LA SITUACIÓN DE FLORENCIA TRAS LA MUERTE DEL JOVEN LORENZO DE MÉDICIS

Traducción de

LUIS NAVARRO

Notas de

MIGUEL SARALEGUI

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la edición *Opere*, Florencia, Tipografía Cenniniana, 1873, L. Passerini i Pietro Fanfani editores.

DISCURSUS FLORENTINARUM RERUM POST MORTEM IUNORIS LAURENTII MEDICES[1]

La causa de los frecuentes cambios de constitución en Florencia consiste en no haber sido nunca ni republicana ni monárquica con las cualidades genuinas de cada una de estas formas de gobierno; porque no se puede llamar monarquía estable donde las cosas se hacen según lo que quiere uno y se deliberan con la opinión de muchos, y no puede ser república duradera la que no satisface los humores que si insatisfechos, arruinan la república.

Esta verdad la demuestran los cambios operados en Florencia desde 1393 hasta ahora.

Empezando por la reforma que hizo entonces Maso de Albizzi, se verá que quisieron los florentinos organizar una república aristocrática; pero había en ella tantos defectos, que no vivió más de cuarenta años, y hubiese durado menos a no mantener la unión en Florencia el peligro de la guerra contra los Visconti.

Sus defectos fueron, entre otros, hacer los escrutinios para largos plazos, en los que eran fáciles los fraudes y la elección podía no ser buena, porque los sorteables no desempeñaban los cargos sino bastante tiempo después del escrutinio y, por los frecuentes cambios de condiciones y sentimientos, aun siendo buenos cuando se produjo el escrutinio, podían no serlo al tiempo de ejercer los empleos, resultando en tal caso el escrutinio bueno y la elección, mala. Además, nada se estableció para impedir a los poderosos formar sectas y bandos, que son la ruina de cualquier Estado.[2] Tenía también la Señoría poca consideración y sobrada autoridad, pues podía disponer, sin apelación, de la vida y hacienda de los ciudadanos, y convocar al pueblo, según su voluntad, a asambleas extraordinarias; convirtiéndose, por tanto, no en defensora del Estado, sino en instrumento de su ruina, siempre que un ciudadano importante lograse dominarla o dirigirla. Además, según he dicho, su reputación era escasa, por figurar en ella con frecuencia hombres abyectos o demasiado jóvenes, y porque los señores lo eran por tan poco tiempo, que no lo tenían para realizar las grandes empresas que dan crédito y fama.

Había, además, en esta constitución un vicio grave, cual era el de que los particulares intervenían en los Consejos donde se trataba de los asuntos públicos. Esto daba importancia a algunos hombres privados a costa de la autoridad y reputación de los magistrados y funcionarios públicos. Tal costumbre es contraria a todo buen orden político. A estos vicios añadíase otro aún más importante, cual era el de que el pueblo no tenía intervención alguna en el gobierno.

Todos estos defectos ocasionaban infinitos desórdenes, y a no ser, como he indicado, por la guerra exterior, hubieran arruinado aquella forma de gobierno mucho más pronto.

Sucedió a esta constitución la de Cosme de Médicis, con mayor tendencia a la monarquía que a la república, y su mayor duración fue por dos condiciones: una, estar hecha con el apoyo del pueblo, y otra, dirigir el gobierno dos hombres prudentes, cuales

fueron Cosme de Médicis y su nieto Lorenzo. Sin embargo, la necesidad de someter a deliberación las empresas que Cosme se proponía ejecutar, hizo este gobierno tan débil, que muchas veces estuvo a punto de perecer.[3] Por ello las frecuentes convocatorias de las asambleas del pueblo y los muchos destierros que se hicieron durante este orden de cosas, que al fin desapareció a raíz del accidente del paso por Florencia del rey de Francia, Carlos VIII.[4]

Después de este suceso quiso la ciudad tener forma de gobierno republicana, y no atinó a establecerla de suerte que fuese duradera; porque las nuevas instituciones, ni satisfacían las pasiones populares, ni servían para contenerlas; apartándose tanto de las que son propias de una verdadera república, que un gonfaloniero vitalicio, si era hábil y ambicioso, con facilidad podía ser príncipe, y si bueno y débil, con mayor facilidad podía caer, arrastrando con su caída la ruina de las instituciones.

Y porque sería larga materia la de exponer todas las razones, sólo diré una, cual es que el gonfaloniero no tenía a su alrededor quien pudiera defenderle siendo bueno, ni refrenarle o corregirle si era malo.[5]

La causa de que todas estas instituciones hayan sido defectuosas consiste en que las reformas no se hacían atendiendo al bien común,[6] sino al dominio y la seguridad de los partidos, lo cual tampoco se conseguía, porque siempre quedaba alguno descontento y constituía excelentísimo instrumento para los deseosos de mudanzas.

Réstame hablar del régimen que ha existido desde 1512 hasta ahora y de su fuerza o debilidad; pero, por ser cosa reciente y de todo el mundo sabida, nada diré de él. Verdad es que, ocurrida la muerte del duque de Urbino,[7] y tratándose del establecimiento de nuevo gobierno, creo que, en prueba de mi buena fe con Su Santidad, debo decirle cuanto pienso.

Empezaré por manifestarle la opinión de otros muchos, según la he oído, y después expondré la mía, rogando a Vuestra Santidad que, si yerro, me excuse, por ser mayor mi celo que mi habilidad.

Según unos, no puede establecerse gobierno mejor que el habido en tiempo de Cosme y de Lorenzo de Médicis. Otros lo quisieran más liberal. Aquéllos sostienen que las cosas vuelven fácilmente a su estado natural y, siendo natural en los florentinos honrar vuestra casa, gozar de los beneficios que ésta ha dispensado a Florencia, amar lo que ella amaba, acostumbrándose a ello durante sesenta años, es imposible que, mantenido el mismo gobierno, no subsistan las mismas costumbres, siendo pocos los que se opongan, y aun éstos, por el hábito de la sumisión, cederían sin dificultad. Añaden a estas razones la de la necesidad, porque, en su opinión, no puede estar Florencia sin jefe, y vale más tenerlo de estirpe respetada ya en tal cargo, que carecer de él y vivir en la anarquía y obedecer a un extranjero, menos considerado y menos agradable a los ciudadanos.

Los adversarios de esta opinión sostienen que el gobierno organizado de tal suerte es peligroso por su debilidad: que si el de Cosme de Médicis era tan débil como antes he dicho, el de ahora lo sería mucho más, porque la ciudad, los ciudadanos y los tiempos

han cambiado. No sería, pues, posible organizar en Florencia un gobierno sólido que se pareciera al de Cosme. En primer lugar, entonces le favorecía la opinión pública, y ahora le sería contraria. Los florentinos de aquel tiempo no habían tenido gobierno alguno que satisficiese mejor sus intereses, y los de ahora han gozado de uno que juzgan más respetuoso de sus derechos y que les gusta más. No había entonces en Italia ni ejército ni potencia o Estado a quien los florentinos con sus tropas, aun sin aliados, no pudieran contrarrestar.[8] Ahora, dominada Italia por España y Francia, preciso es vivir en amistad con una de estas dos potencias, y si es vencida, los aliados son inmediatamente presa del vencedor; peligro que en tiempo de Cosme no existía. Los ciudadanos estaban acostumbrados entonces a pagar bastantes tributos; hoy, por impotencia o falta de costumbre, se ven libres de estas cargas, y sujetarlos a ellas de nuevo sería inconveniente y peligroso. Los Médicis, que entonces gobernaban, criados y educados entre sus conciudadanos, trataban a éstos con una familiaridad que atraía en su favor todas las voluntades; ahora han llegado a tanta grandeza, que se encuentran fuera de las condiciones de igualdad civil, no pueden vivir en intimidad con sus conciudadanos, y, por tanto, no conseguirían su afecto. En vista de tan gran diferencia en los hombres y en los tiempos, es pura ilusión creer que, a materia tan distinta, sea posible dar igual forma; y si entonces los Médicis estaban expuestos cada diez años a perder la dominación, ahora la perderían en seguida. No es creíble que los hombres vuelvan fácilmente a vivir conforme a las antiguas costumbres, porque esto sólo sucede cuando aquéllas agradan más que las nuevas: si no ocurre así, vuelven forzados y sólo mientras la fuerza dura.

Además, aunque sea cierto que Florencia no puede vivir sin jefe, y que, teniendo que elegirlo entre sus conciudadanos, preferiría la casa Médicis a cualquier otra; sin embargo, si se tuviese que elegir entre un jefe privado y uno público, siempre se preferirá el jefe público, incluso si es extranjero, que uno privado. Creen algunos que sólo puede destruir el gobierno una agresión extranjera y que siempre se está a tiempo de hacer un tratado de amistad con los agresores, lo cual es un error, porque las más de las veces no se contrae alianza con el más poderoso, sino con quien puede perjudicar más fácilmente o con quien el capricho o las inclinaciones aconsejan. Es entonces probable que vuestro aliado sea vencido y quedéis con él a discreción del vencedor, porque éste no quiera acuerdo con vos, o por no habérselo pedido en tiempo oportuno, o por rencor, a causa de vuestra alianza con su enemigo.[9]

Luis Sforza, duque de Milán, se hubiera aliado, de poder hacerlo, con Luis XII de Francia. Lo mismo hiciera el rey Federico de Nápoles, de encontrar ocasión propicia. Ambos perdieron sus Estados por la imposibilidad de tratar, a causa de mil inconvenientes que lo estorbaron. Así pues, bien considerado, no se puede llamar este régimen de gobierno ni seguro ni estable, existiendo tantas causas de inestabilidad que ni Vuestra Santidad ni sus amigos tendrán motivo alguno para preferirlo.

En cuanto a los que desean un régimen más amplio, diré que si la amplitud no llega hasta la organización de una república bien ordenada, sólo servirá para apresurar la ruina del Estado. Si especificaran cómo desean organizar el gobierno, respondería yo detalladamente; pero, limitándose a generalidades, de igual suerte contesto, y creo que

esta contestación basta.[10]

Sólo quiero que esta respuesta me baste para refutar el gobierno de Cosme y este gobierno. Digo que ningún Estado puede vivir ordenadamente sino con verdadera monarquía o con verdadera república, porque todo régimen intermedio es defectuoso.[11] La razón es clarísima: tanto la monarquía como la república, sólo tienen un camino de destrucción; para aquélla, convertirse en república; para ésta, en monarquía. Los gobiernos intermedios tienen dos vías: una la que les conduce hacia la monarquía, y otra la que les lleva hacia la república, y de aquí su instabilidad.

Si Vuestra Santidad desea crear en Florencia un gobierno estable para gloria suya y provecho de sus amigos, tiene, pues, que elegir entre una monarquía verdadera o una república organizada conforme a los principios que le son propios: todas las demás formas de gobierno son vanas y de brevísima vida.

En cuanto a la monarquía, no entraré en detalles, por las dificultades con que tropezaría su establecimiento y la falta de persona a quien dar la autoridad suprema.

Debo hacer observar a Vuestra Santidad que nada es tan difícil como fundar una monarquía en donde existe la igualdad civil para todos los ciudadanos: así pues, para organizar una república en Milán, donde existe tan gran desigualdad entre los ciudadanos, sería indispensable acabar con la nobleza, sometiendo a los nobles a la misma condición de los plebeyos; porque son tantos los hombres de posición superior al pueblo, que no bastan las leyes para contenerlos y se necesita un poder enérgico, una potestad regia que les reprima: por lo contrario, para crear una monarquía en Florencia, donde la igualdad es grandísima, sería preciso antes establecer la desigualdad, crear la nobleza poseedora de villas y castillos que, de concierto con el príncipe y estrechamente unida a él, empleara las armas en dominar la ciudad y todo el Estado florentino.[12] Porque un monarca solo y sin nobleza que le apoye no puede sostener el peso de la monarquía; necesita entre él y el pueblo una clase intermedia que le ayude a soportarlo.

Esto se ve en todas las monarquías, y principalmente en Francia, donde los nobles dominan al pueblo, los príncipes, a los nobles y el rey, a los príncipes.[13]

Pues el fundar una monarquía en un Estado con condiciones propias para una república, o viceversa, es por demás difícil, y por su dificultad, inhumano e indigno de todo hombre generoso y bueno,[14] no hablaré de la monarquía, y sí de la república,[15] tanto porque en Florencia existen las mejores condiciones para esta forma de gobierno, como porque se dice que Vuestra Santidad está muy inclinado a establecerla, y se cree que no lo ha hecho ya por desear un orden de cosas que mantenga y fortalezca su autoridad en Florencia, y asegure la posición y tranquilidad de sus amigos. He meditado esta solución, y deseo exponer a Vuestra Santidad mi pensamiento, porque, si encuentra en él algo útil, lo aprovechará, y, en todo caso, conocerá mi profunda sumisión a su persona.

Vuestra santidad observará que en mi organización republicana no sólo subsiste, sino que aumenta su autoridad; sus amigos conservan la posición y consideraciones que hoy gozan, y la generalidad de los ciudadanos tiene motivos evidentes para vivir satisfecha.

Ruego a Vuestra Santidad que ni elogie ni censure este dictamen mío hasta que lo lea todo, y también le suplico que no se asuste por los cambios que propongo en las magistraturas, porque donde la organización política no ha sido buena, cuanto menos se conserva, menos malo queda.

Los que organizan una república deben hacer intervenir en ella a las tres clases de hombres que forman la ciudad: los principales, los medianos y los últimos.[16] A pesar de la igualdad que, según hemos dicho, existe en Florencia, hay en ella personas de elevado carácter que bien merecen estar al frente de sus conciudadanos, y cuyas aspiraciones, en la organización republicana, conviene tener en cuenta. Por no atender esta necesidad se arruinó el anterior gobierno, y, para satisfacerla, es preciso dar importancia a los primeros cargos de la república, a fin de que, en sus personas, conserven una especie de majestad.

No es posible este crédito en los altos cargos en Florencia manteniendo la organización de la Señoría y de los Colegios como lo ha estado hasta ahora, porque raras veces permite figurar en ellos a hombres graves y dignos de respeto. Conviene, pues, o colocarlos en grado inferior (lo cual es contrario a todo buen orden político), o devolverlos a los primeros ciudadanos, reformándolos de modo que los más ambiciosos se consideren satisfechos con su desempeño.

Esto puede conseguirse del modo siguiente:

Hay que suprimir la Señoría, el Consejo de los Ocho y el de los Doce hombres buenos, y para aumentar la dignidad del gobierno, reemplazarlos por 65 ciudadanos de cuarenta y cinco años de edad, 53 de ellos escogidos en las artes mayores y 12 en las menores. Los 65 ejercerían el gobierno durante su vida en esta forma:

Nombraríase de entre ellos un gonfaloniero de justicia por dos o por tres años, cuando no se juzgara conveniente que lo fuera por toda su vida. Los 64 ciudadanos restantes formarían dos agrupaciones de a 32, y cada año. gobernaría una de ellas, en unión con el gonfaloniero. Estas dos agrupaciones, llamadas a gobernar alternativamente con el gonfaloniero, formarían la nueva Señoría.

Los 32 encargados del gobierno se distribuirían en cuatro agrupaciones de a ocho, y los de cada grupo habitarían con el gonfaloniero durante tres meses en el Palacio; tomarían posesión de sus cargos con las ceremonias acostumbradas, y desempeñarían todas las funciones que hoy corresponden a la Señoría, a los Ocho y a los Consejos, cuya supresión he propuesto. Ésta sería la primera magistratura del Estado, y, bien examinada, se verá que devuelvo a los altos funcionarios de la república la dignidad y consideración que merecen, y que los hombres graves y autorizados siempre ocuparán estos primeros puestos, sin que para ello necesiten intrigar como particulares, lo cual es, según antes dije, muy pernicioso en toda república. Los 32 a quienes no correspondiera gobernar en el año, podrían auxiliar a los gobernantes con sus consejos y su vigilancia.

En la primera elección de estos sesenta y cinco pudieran resultar elegidos los amigos y partidarios de Vuestra Santidad, según diré más adelante.[17]

Pero pasemos a la organización de otros centros gubernativos.

Creo que, dividiéndose en tres las clases de ciudadanos, deben ser tres y no más los órdenes de magistraturas en una república. Convendría, pues, abolir la multitud de

Consejos que ha existido durante algún tiempo en nuestra ciudad; Consejos que fueron organizados, no por necesidades de gobierno, sino para satisfacer mayor número de ambiciones particulares, y satisfacerlas con honores que en rigor nada importaban a la tranquilidad y bienestar de Florencia, puesto que disponía de ellos el bando triunfante.

Queriendo, pues, distribuir en tres categorías las magistraturas, opino que deben abolirse el Consejo de los Setenta, el de los Ciento y el del pueblo y municipal, y, a cambio de todos ellos, crear un Consejo de doscientos ciudadanos que hayan cumplido cuarenta años de edad; ciento sesenta elegidos de las artes mayores, y cuarenta por las menores. Ninguno de este Consejo podría ser de los sesenta y cinco; el cargo de consejero sería vitalicio, y esta corporación se llamaría Consejo de los Selectos. Con los sesenta y cinco desempeñarían todas las funciones que hoy están encomendadas a los diferentes Consejos cuya supresión propongo, y constituiría la segunda magistratura del Estado, siendo todos estos consejeros nombrados por Vuestra Santidad.

Para hacerlo y organizar y mantener estas diferentes instituciones y las que mencionaré más adelante, como también para asegurar la autoridad de Vuestra Santidad y la de sus amigos, daríase por la Balía a Vuestra Santidad y al reverendísimo cardenal de Médicis,[18] durante la vida de ambos, tanta autoridad como la que corresponde a todo el pueblo de Florencia.

Vuestra Santidad tendría derecho a nombrar de tiempo en tiempo el Consejo de los Ocho de la guarda y Balía o Consejo extraordinario.

Para mayor seguridad del gobierno y de los amigos de Vuestra Santidad, con las milicias de infantería formaríanse dos divisiones, al mando cada una de un Comisario nombrado por Vuestra Santidad.

Se ve, pues, que, con tales instituciones, queda satisfecha la ambición de dos clases de ciudadanos y sólidamente establecida en Florencia vuestra autoridad y la de vuestros amigos, porque el ejército y la justicia criminal quedan en vuestras manos; las leyes Vuestra Santidad las hará, y todos los jefes del gobierno serán partidarios suyos.[19]

Resta ahora contentar a la tercera y última clase, que la forman la generalidad de los ciudadanos, la cual no quedará satisfecha (y quien opine lo contrario es poco cuerdo) si no se le devuelve o se le promete devolver su autoridad. Como la devolución completa e inmediata sería peligrosa para el mantenimiento del poder de Vuestra Santidad y la seguridad de sus amigos, es indispensable devolverla en parte y en parte prometerla, de manera que tengan parte de sus derechos y la esperanza de que se los completen. Para ello juzgo necesario restablecer el Consejo de los Mil, o al menos de seiscientos ciudadanos, y concederle desde luego el nombramiento para todos los empleos y magistraturas, excepto los cargos del Consejo de los Sesenta y cinco, de los Doscientos y de los Ocho de la Balía, que, durante la vida de Vuestra Santidad y la del cardenal, quedarían a elección vuestra.

Para que vuestros amigos estuvieran seguros de que sus nombres eran incluidos en las bolsas electorales, Vuestra Santidad designaría ocho escrutadores que, haciendo los escrutinios en secreto, dieran los votos a quienes Vuestra Santidad quisiera, no siendo permitido recusar públicamente a nadie. Y para que el pueblo creyera que estaban en las

bolsas los nombres de los que resultaran elegidos, se daría al Consejo la facultad de nombrar dos ciudadanos de su seno para que presenciaran el acto de introducir los nombres en las bolsas.

Jamás se ha organizado una república estable sin atender los deseos del pueblo, y no quedará satisfecha la generalidad de los ciudadanos florentinos si no se restablece el Consejo de los Mil. Conviene, pues, si se ha de organizar una república en esta ciudad, dicho restablecimiento, con las atribuciones de distribuir los cargos públicos. Vuestra Santidad debe saber que el primer ambicioso que atente contra su autoridad en Florencia, procurará, ante todo, restablecer el Consejo de los Mil, y más vale que Vuestra Santidad prevenga este designio con útiles precauciones, y que impida a sus enemigos valerse de esta medida para privarle de su autoridad, y arruinar a sus amigos.

Organizadas así las instituciones, aunque Vuestra Santidad y el reverendísimo cardenal vivieran eternamente, no sería necesaria ninguna otra reforma. Pero siendo forzosa la muerte y queriendo los dos que en Florencia quede una república perfecta y consolidada en todas sus partes, y que cada cual vea y comprenda que las cosas han de subsistir así; para que el pueblo, por lo que se le da y por lo que se le promete quede contento, es preciso ordenar además lo siguiente.[20]

Que los diez y seis gonfalonieros de las compañías del pueblo sean elegidos en la misma forma y por el mismo tiempo que lo han sido basta aquí, correspondiendo la designación al Consejo o a Vuestra Santidad, según le plazca, aumentando sólo las exclusiones, para que sea mayor el número de ciudadanos que puedan optar al cargo, y ordenando que no lo sea ninguno de los del Consejo de los Sesenta y cinco. Una vez elegidos, serían nombrados de entre ellos cuatro prebostes que desempeñen el cargo durante un mes, para que, al finalizar el plazo de duración de esta magistratura, todos hayan sido prebostes. De los cuatro será elegido uno, el cual habitará una semana en el Palacio con los nueve señores residentes, y de esta manera, a fin del mes, habrán residido allí los cuatro. Los nueve señores residentes en el Palacio no podrán determinar nada en ausencia del preboste; pero éste no tomará parte en sus deliberaciones y acuerdos, limitándose a ser testigo de ellos.

Estará, sin embargo, facultado para impedir la ejecución de cualquiera de éstos, exigiendo que antes se discuta por los treinta y dos señores.

De igual manera no podrán determinar nada los treinta y dos señores sin la presencia de dos prebostes, a quienes corresponda el derecho de interrumpir cualquier deliberación, exigiendo que se someta el caso al Consejo de los Selectos.

Al Consejo de los Doscientos también le estará prohibido hacer cosa alguna sin la presencia de seis de los diez y seis gonfalonieros y dos prebostes, cuyas únicas facultades consistirán en apelar de las decisiones de este Consejo ante el Consejo grande, siempre que, para ello estén tres de acuerdo.

No celebrará sesión el Consejo grande sin la presencia de doce gonfalonieros, y entre ellos, lo menos tres prebostes; todos los cuales tendrán voz y voto como los demás consejeros.

Esta organización de Consejos es indispensable después de la muerte de Vuestra

Santidad y del reverendísimo cardenal, por dos razones: una, para que la Señoría o el alto Consejo si, por desunión de sus miembros, no determina lo conveniente, o, por malicia, intenta algo contra la salud del Estado, tenga cerca quien le contenga, apelando de sus determinaciones a otro Consejo; porque no conviene que una magistratura o Consejo pueda decidir, sin que institución alguna tenga facultades para corregir sus decisiones, ni que los ciudadanos queden libres de toda vigilancia y con facultades para realizar el mal sin obstáculo.

La otra razón consiste en que, privando a la generalidad de los ciudadanos de condiciones para llegar a la Señoría (cambiada como he propuesto la organización de ésta), es necesario darle un poder idéntico al que se le quita, y el que le atribuyo es más importante, más útil a la república y más honroso que el que pierde.

Conviene nombrar desde luego gonfalonieros, para habituar la ciudad a estas autoridades, pero no permitiéndoles que ejerzan el derecho de apelación sin licencia de Vuestra Santidad, quien podrá emplear este derecho para conseguir que los actos todos del gobierno concurran al mantenimiento de su autoridad.

Además de la citada reforma, para mayor consolidación de la república, después de la muerte de Vuestra Santidad y del reverendísimo cardenal, y para que nada quede imperfecto, es preciso establecer un recurso judicial ante los Ocho de la guarda y treinta ciudadanos sacados entre los elegibles para el Consejo de los Doscientos y de los Seiscientos; ante cuyo Consejo podrá llevar el acusador al reo en un plazo fijado. Este recurso no se empleará, durante la vida de Vuestra Santidad, sin su licencia.

Dicha apelación es indispensable en una república en que tribunales de corto número de jueces no se atreven a imponer castigo a los poderosos, siendo preciso que concurran como jueces muchos ciudadanos, a fin de que los autores del fallo, disimulados por el número, puedan negar su participación en él.

Servirá también esta apelación, durante vuestra vida, para que el tribunal de los Ocho despache las causas pronto y con justicia, porque, temeroso de que permitáis la apelación, juzgara con mayor rectitud. Para que no se abuse de la apelación, se determinará que sólo pueda interponerse, por ejemplo, en los delitos de robo, cuando el valor de lo robado fuera al menos de cincuenta ducados, y en atentados contra las personas cuando hubiese fractura de hueso o derramamiento de sangre, o ascendiera el daño a cincuenta ducados.

He explicado detalladamente las instituciones de una república que, sin vuestra autoridad, pueda subsistir; pero en vida de Vuestra Santidad y de monseñor el cardenal será una monarquía,[21] porque tendréis el mando de la fuerza armada y la dirección de los tribunales de justicia criminal; conforme a vuestra voluntad se harán las leyes, y no es posible tener ni desear más en un Estado. No se ve peligro alguno para vuestros amigos, que son buenos y quieren vivir con el producto de sus bienes y su trabajo, conservando Vuestra Santidad un poder tan amplio, y pudiendo ocupar ellos los primeros cargos del gobierno. No veo motivo para que el pueblo deje de estar satisfecho, cuando sepa que se le devuelve en parte el derecho a la distribución de los cargos públicos y se le promete devolvérselo todo poco a poco; porque Vuestra Santidad podrá dejar alguna vez al

Consejo del pueblo la elección para cubrir las vacantes del de los Sesenta y cinco, y también del de los Doscientos, o hacer directamente los nombramientos, según las circunstancias.

Seguro estoy de que en poco tiempo, gracias al ascendiente de vuestra santidad y a su dirección de los asuntos públicos, estas dos formas de gobierno, monárquica y republicana, se modificarían de tal manera la una por la otra, que llegarían a formar un solo sistema, para tranquilidad de Florencia y perpetua fama de Vuestra Santidad; porque su autoridad en el gobierno le daría siempre los medios de corregir los defectos que la experiencia demostrara.[22]

En mi opinión, los mayores honores que pueden tener los hombres son los que voluntariamente les concede su patria, como el mayor bien que puede hacerse y el más grato a Dios es el que se hace a la patria. Aparte de esto, los hombres más enaltecidos por sus actos son los que con instituciones y leyes reforman las repúblicas y los reinos. Después de los deificados, merecieron siempre las mayores alabanzas.[23] Por ser pocos los que han tenido ocasión de hacer estas reformas y poquísimos los que han sabido hacerlas, la gloria de reformadores alcanza a corto número de personas, siendo tan estimada, que algunos, imposibilitados de organizar prácticamente una república, la organizaron por escrito. Así lo hicieron Aristóteles, Platón y otros muchos, queriendo demostrar, al mundo que si, como Solón y Licurgo, no crearon un régimen político, no fue por ignorancia, sino por impotencia.[24]

No puede dar el cielo a un hombre mayor beneficio ni mostrarle más gloriosa vía; y entre tantas felicidades como ha proporcionado Dios a vuestra casa y a la persona de Vuestra Santidad, ésta es la mayor; porque os da ocasión y medios de inmortalizar vuestro nombre superando la gloriosa fama de vuestro padre y de vuestro abuelo.

Considere Vuestra Santidad que, manteniendo el actual orden de cosas en Florencia, al menor accidente se pueden correr mil peligros, y sin que esto suceda, Vuestra Santidad tendrá que soportar mil insufribles disgustos, de algunos de los cuales puede daros fe monseñor el cardenal, que acaba de pasar varios meses en Florencia, disgustos que nacen en parte de las exigencias presuntuosas y excesivas de muchos ciudadanos, y en parte de creer que, con el régimen actual, no viven seguros, pidiendo de continuo que se organice otro nuevo, según unos más liberal, según otros más restringido, sin que ninguno diga la amplitud o la restricción que ha de establecerse, por reinar entre ellos la mayor confusión. Comprendiendo la inseguridad del régimen actual, no saben cómo reformarlo, ni confían en que haya quien lo reforme. Tanta confusión es capaz de enloquecer el cerebro mejor organizado.

Sólo hay dos maneras de evitar estos disgustos: o suprimir las audiencias, no permitiendo a ningún ciudadano dirigiros, ni aun por los procedimientos ordinarios, ninguna petición, ni siquiera hablar si no se les pregunta, como lo hacía el duque de ilustre memoria, u organizar el Estado de modo que se administre por sí mismo, bastando a Vuestra Santidad dirigirle media ojeada.

De ambos recursos, el primero libra a Vuestra Santidad de disgustos, y el segundo, de disgustos y peligros.

Insistiendo en los peligros a que expone el actual orden de cosas, quiero hacer un pronóstico. Si sobreviene un accidente y el gobierno no está reformado, ocurrirá una de estas dos cosas, o ambas a la vez: que en el tumulto aparezca un jefe inesperado, quien con las armas y la violencia defienda el Estado, o que una parte del pueblo se apodere de la sala del Consejo y convierta a la otra en su víctima. Si cualquiera de ambas cosas sucede (Dios no lo quiera), piense Vuestra Santidad cuántas muertes, cuántos destierros, cuántos atropellos serán su consecuencia, capaces de hacer morir de dolor al hombre más cruel, y aún con mayor motivo a Vuestra Santidad, que es piadosísimo.

El único medio de evitar estos males es organizar en Florencia un gobierno sólido, y lo será cuando todos intervengan en él, sabedor cada cual de lo que tiene que hacer y lo que debe esperar; cuando ninguna clase de ciudadanos, por falta de seguridad o por ambición, desee innovaciones o reformas en el gobierno.

---

[1] Este texto es también conocido como el *Discursus florentinarum rerum* o simplemente como *Discursus*. A pesar de que puede considerarse una de las obras más compactas y teóricamente estructuradas de cuantas escribió Maquiavelo, el *Discursus* sólo fue publicado en 1760, con la edición de *Opere inedite di Niccolò Machiavelli*, Londres [Lucca]. Dos son las circunstancias de redacción fundamentales, y ambas se reflejan en el título. La primera de ellas es la muerte de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino (1492-1519), segundo destinatario de *El príncipe*. La segunda la determina la falta de representantes de la familia Médicis para gobernar directamente Florencia y, por tanto, la necesidad de León X de proveerse de proyectos políticos. Existe un acuerdo académico en que hay que circunscribir la fecha de redacción a un período más breve: noviembre de 1520 y enero de 1521. Ya en 1842, G. Capponi atribuía a este texto una posición directamente republicana, «Intorno ai Discorsi» en, ASI, 1842, I, pág. 415: «Maquiavelo no dudó en aconsejar a León X una forma de gobierno que, manteniendo la autoridad del papa y del cardenal [se refiere a Julio de Médicis, posteriormente papa con el nombre de Clemente VII], hiciese después revivir la república». Desde entonces, el juicio de Capponi ha sido predominante en la crítica italiana, donde la imagen de Maquiavelo como republicano ha sido dominante. Recientemente, sin embargo, F. Bausi ha puesto en duda el republicanismo radical de esta obra, y se lo ha conectado con la teoría del gobierno mixto defendida en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

[2] En la consideración negativa de las divisiones sociales estriba una de las principales diferencias entre el Maquiavelo de los *Discursos* y el de las *Historias de Florencia*. Si en la primera se evalúan positivamente los conflictos sociales, en la segunda se analizan los peligros de los tumultos internos. Es doctrina común sostener que este diferente juicio sobre el conflicto se debe al cambio de atención de Maquiavelo: de la historia de Roma a la historia de Florencia. Mientras en Roma produjeron buenos efectos políticos, el sectarismo que se habría producido en Florencia la habría conducido a la ruina.

[3] La debilidad del gobierno de los Médicis, en este caso de Cosme y de su nieto Lorenzo el Magnífico, se debe a que era un principado demasiado respetuoso respecto a las instituciones y los procedimientos republicanos.

[4] La entrada de Carlos VIII en 1494 provocó una crisis política total en las ciudades-estado italianas. Esta inestabilidad acabó teniendo por beneficiario al reino de España, que dominó la península Itálica durante el siglo XVI. Las fuentes suelen estar de acuerdo en considerar la entrada de los franceses como el comienzo del «desastre». Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el propio Maquiavelo en el epistolario con Vettori señala a Fernando el Católico como el responsable de todas las ruinas de Italia, afirmación que, sin embargo, corrige Vettori.

[5] Interesante forma de redactar, a través de una disyunción, el problema constitucional de la república soderiniana (1498-1512). Este modo de redacción puede deberse al objetivo de Maquiavelo de contentar a

aquellos críticos de Soderini de extracción medicea que lo podrían considerar demasiado tiránico (hasta Soderini, cuando se hace vitalicio, el cargo de gonfaloniero no duraba más que dos meses; por otra parte, la república había expulsado a los Médicis). Por otros textos, sin embargo, sabemos que Maquiavelo consideraba que el defecto de Soderini no consiste en ser demasiado tiránico sino, al contrario, demasiado bueno. Por este motivo, lo critica en *Discursos*, III, LVI: «Viéndose joven aún […] [habla de Soderini en contraposición a Savonarola] juzgó poder vencer sin escándalos, violencias ni tumultos a los que por envidia se le oponían».

6 Es importante señalar la importancia de la terminología del bien común, que aquí se identifica con la satisfacción de todas las partes de la ciudad. Esta idea de la satisfacción de las partes conducirá a una idea de la constitución como reparto de poderes y no de funciones políticas entre las clases.

7 Lorenzo de Médicis el Joven, duque de Urbino, hijo de Piero de Médicis y sobrino de Léon X

8 Parece que este problema, la Florencia del siglo XVI lo tendría independientemente de su forma de gobierno. El problema político que ya en 1520 se presenta en Florencia no admite la posibilidad de la «autonomía internacional» sino tan sólo de escoger entre aliados. La república, para su desgracia, escogió Francia; los Médicis —con el paréntesis de la alianza «guicciardiniana» de Cognac que obtuvo como consecuencias el saqueo de Florencia de 1527 y la república florentina (1527-1530)— se decantaron por España.

9 Es necesario repetir el comentario de la nota anterior.

10 Interesante crítica sobre todo un texto que habitualmente es considerado «republicano». Puede que en esta época un planteamiento verdaderamente republicano, debido en parte a la importancia que habían alcanzado los Médicis, fuese implanteable y todavía más utópico que el proyecto que va a ofrecer. En cualquier caso, resultaría bastante paradójico que la formación de una república se debiera a la decisión de un papa, monarca al fin y al cabo, jefe de la familia que desde comienzos del siglo XV había dominado intermitente Florencia. La misma paradoja, y quizá más aguda por menos acomodaticia, se halla en F. Guicciardini, quien continuamente desaconseja a la familia dominante en el culmen de su poder que instaure una república aristocrática.

11 Hay que tener en cuenta que la terminología clásica del gobierno mixto, que tradicionalmente se muestra partidaria de formas «intermedias», se parece a la terminología propia maquiaveliana o más bien florentina del «principado civil», que siempre tiene algo de «intermedio». Por lo tanto, en este pasaje, Maquiavelo no rechaza el gobierno mixto. Como lo ha señalado desde el primer párrafo, responsabiliza de la decadencia florentina a las formas intermedias entre república y principado, que él identifica con el gobierno de los Médicis. En cualquier caso, este rechazo radical de cualquier forma intermedia (al fin y al cabo, el gobierno mixto no es, al menos en su forma clásica, ni pura monarquía ni pura aristocracia o democracia) hace que sea muy difícil considerar este texto como partidario del gobierno mixto.

12 Se insiste en un presupuesto que ya había sido señalado en *Discursos*, I, LV, que se puede llamar como el del principio sociologista de la forma política. Así dice en este capítulo: «Se deduce de lo dicho que, quien desee crear una república donde hay muchos nobles, no podrá realizarlo sin acabar primero con todos ellos». A pesar del intenso paralelismo, hay que tener en cuenta que más que ante una imposibilidad, el cambio de la forma política ante una materia disímil aparece como una acción extremadamente difícil en este capítulo de los *Discursos*: «Pero fundar una república en país apropiado para ser un reino, o viceversa, sólo puede hacerlo un hombre de grande entendimiento y grandísima autoridad. Muchos han querido acometer esta empresa y pocos han logrado realizarla». De esta manera, Maquiavelo establece un principio en el que las condiciones sociales, la igualdad o desigualdad de la ciudad, determinan la forma política. Donde haya desigualdad corresponderá la monarquía; donde impere la igualdad, la república. Ninguna referencia a la base social que la aristocracia, tercer pie obligatorio de cualquier teoría del gobierno mixto, debería tener para constituirse como forma política.

13 La acción del rey parece contradictoria. En el caso de Milán (es decir, una ciudad donde prima la desigualdad y abundan los nobles), un rey es necesario para dominar a unos nobles demasiado soberbios como para obedecer la ley. Siguiendo este mismo principio, parece que el rey podría ejercer directamente el poder en Florencia, donde no habría problemas de insubordinación nobiliaria. Sin embargo, la manera como el rey ejerce el poder cambia en una república: ya no aparece como dominador de los nobles sino que se lo retrata como ayudado por unos nobles, que se encargarían de extender y hacer efectivo el poder regio.

14 Los argumentos pasan de un determinismo sociológico a una recomendación moral. Parece ahora políticamente posible la modificación institucional, aunque severamente desaconsejable —«inhumana e indigna»—

desde un punto de vista moral. Un parecer similar se encuentra en *Discursos*, I, XXVI donde también se considera desaconsejable la acción («Son estos medios crudelísimos no sólo anticristianos, sino inhumanos»), pero donde se señala cómo debe comportarse un príncipe para cambiar la forma de un gobierno civil (o republicano o monárquico) a uno tiránico: «Hacer todas las cosas en ese gobierno de nuevo». También en *Discursos*, I, XXV, se habla de cambio de la forma política (de un reino a una república), donde paralelamente se da un consejo inverso al del XXVI. Se recomienda a los nuevos gobernadores republicanos (como hicieron en Roma tras la expulsión de los Tarquinos) mantener las apariencias de las instituciones regias. En cualquier caso, en ninguno de estos dos capítulos de los *Discursos* se encuentra rastro de la teoría del determinismo sociológico de la forma política.

15 Entre las dos opciones posibles, Maquiavelo se inclina por la republicana. Sin embargo, para establecer si nos encontramos ante un texto republicano, habrá que tener en cuenta la descripción de la república.

16 Se trata de una de las afirmaciones que más directamente enlazan este escrito con la teoría del gobierno mixto. Hay que tener en cuenta que nos encontramos ante una comprensión clientelarista o sociológica de la constitución mixta. No se considera que cada uno de los elementos sociales (el príncipe, los aristócratas y el pueblo) o, más bien, de los números sociales (el uno, los pocos y los muchos) puedan realizar una aportación necesaria para el gobierno de la comunidad, como, sin embargo, lo entiende la teoría polibiana del gobierno mixto. Maquiavelo entiende que a cada segmento se le debe entregar una parte del poder para neutralizarlo políticamente. Se trata de una reinterpretación clientelarista de la teoría del gobierno mixto. Además, queda una pregunta: ¿quiénes son los «principales» y los «medianos» en el discurso maquiaveliano? Según la teoría del gobierno mixto, los «principales» deberían ser los Médicis y los «medianos», las familias aristocráticas florentinas. Sin embargo, parece que los «principales» y los «medianos» se identifican con los partidarios de los Médicis y, en general, los aristócratas, que han producido, junto con las tropas españolas, el colapso de la república soderiniana. De este modo, a los Médicis y, en especial, al papa León X, se les reserva un lugar supraprincipial, que impide la inclusión de este texto en el marco de la teoría del gobierno mixto. Tampoco se habla del rey, figura necesaria en una teoría clásica del gobierno mixto.

17 Los principales se identifican aquí con los aristócratas partidarios de los Médicis. Parece que quedan excluidos los aristócratas que rechazan a los Médicis. De este modo, parecería que esta reforma constitucional seguiría manteniendo el defecto de todas las reformas anteriores: no querer el bien común, sino tan sólo el de la parte vencedora.

18 Se refiere a Giulio de Médicis (1478-1534), futuro papa, con el nombre de Clemente VII. Giulio era hijo ilegítimo del hermano de Lorenzo el Magnífico, Giuliano, asesinado en la conjura de los Pazzi en 1478. La tradición republicana lo considera, más que a cualquier otro Médicis, el responsable de la anulación de la libertad florentino. Así dice Lorenzino de Médicis *Apologia* en *Apologia e lettere* [ed. de F. Erparmer], Roma, Salerno, 1991, págs. 36-37: «Vino el papa Clemente VII con toda la violencia que se sabe para privar de la libertad a su patria y hacer tirano a Alejandro».

19 A pesar de la forma republicana, se comprueba el inmenso poder que corresponde en esta organización política a los Médicis.

20 Maquiavelo propone como forma política una monarquía en la que nacería, tras la muerte de Giulio, la posibilidad de transformarse en república. Se trata de una forma política que, por extraordinaria que parezca, y en cualquier caso absolutamente utópica, tiene un cierto precedente en la teoría republicana de Maquiavelo. Esta autodisolución del encubierto principado mediceo en república se parece al proceso descrito en *Discursos*, I, IX, en el que el fundador de la comunidad política entrega su poder a un Senado. Esta acción sería la que Rómulo habría llevado a cabo tras la fundación de Roma y la que justificaría los crímenes cometidos: «Que Rómulo mereciese perdón por la muerte del hermano y del colega y que lo hizo por el bien común y no por propia ambición, lo demuestra el hecho de haber organizado inmediatamente un Senado que le aconsejara, y a cuyas opiniones ajustaba sus actos». Por otro lado, resulta increíblemente ingenuo que Maquiavelo no tuviera en cuenta a los jóvenes Médicis, Hipólito y Alejandro, a los que los poderosos León y Clemente seguro que deseaban un futuro político. Fue Clemente quien se encargó de poner a Alejandro de Médicis (1510-1537), de quien algunos estudiosos lo consideran padre. Oficialmente, a Alejandro se lo tenía por hijo ilegítimo del ya mencionado Lorenzo el Joven, duque de Urbino.

[21] El propio Maquiavelo reconoce explícitamente el carácter anfibio de la propuesta política de *Discursus*: se trata de una monarquía que se convierte, a través de un abstruso proceso legal, en república.

[22] Lo sorprendente del reconocimiento explícito del carácter anfibio no viene sólo del carácter práctico que este escrito pretendía, sino también del carácter intermedio que obligatoriamente esta forma tiene y que en los comienzos del escrito aparecía como la principal debilidad de las constituciones florentinas desde finales del siglo XIV. ¿Qué es una monarquía que se convierte en república sino algo obligatoriamente intermedio?

[23] Maquiavelo establece aquí una escala de valores que recuerda los pasajes iniciales de *Discursos*, I, X, aunque la ahí realizada sea mucho más amplia: «Entre los hombres dignos de elogio son alabadísimos los fundadores y organizadores de las religiones, y después de ellos, los que han fundado repúblicas o reinos. El tercer lugar en la celebridad corresponde a los jefes de los ejércitos que acrecentaron su poder o el de su patria, y a su nivel figuran los literatos insignes, cuya fama está en consonancia con su mérito.».

[24] Se trata de una de las tres referencias explícitas a Aristóteles, aparte de la presente en *Discursos*, I, LVI y en el epistolario con Vettori. Sobre el posible conocimiento de Aristóteles, existe una enorme discusión, donde ninguna de las partes concede la mínima razón a la contraria. Especialmente polémico y a la vez informativo, M. Martelli, «I dettagli della filologia», en *Tra filologia e storia* [ed. de F. Bausi], Roma, Salerno, 2009. Más extraordinaria aún resulta la cita de Platón. Es un hecho notable, que proviene posiblemente del ambiente neoplatónico partidario de una interpretación conciliadora de los dos grandes filósofos griegos, que se considere que el objetivo de las obras políticas de estos dos autores sea el mismo. Sorprende que un texto tan «idealista» como la *República* sea identificado en propósito con un libro como la *Política*, donde algunos libros no pasan de ser un elenco constitucional. Aunque algunos de los libros de la *Política* pueden considerarse más «idealistas», parece injustificado que se considere que el propósito de la obra de Aristóteles es sustituir una acción política imposible. Parece que Maquiavelo repite una idea que semeja provenir más de un contexto cultural que de una detenida lectura. Por otra parte, el objetivo de Aristóteles y Platón con sus obras políticas resulta sospechosamente parecido al que el mismo Maquiavelo habría declarado al final del prólogo del libro II de los *Discursos*: «Porque es deber del hombre honrado enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de la suerte no ha podido realizar».

ÍNDICE

Índice